3 1761 03552 3430

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

XI

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo XI

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

QUINTA SECCIÓN

51353
25/10/91

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1900

EJEMPLAR NÚM. 165

DE

MR. H. WELTER

PQ
6438
A1
1890
t.11

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

QUINTA SECCION

OBSERVACIONES PRELIMINARES

OBSERVACIONES PRELIMINARES.

Todas las comedias incluídas en este volumen pertenecen á la época gloriosa de los Reyes Católicos, si bien alguna se extiende á sucesos del tiempo del emperador Carlos V.

I.—LA ENVIDIA DE LA NOBLEZA.

Publicada en la *Parte XXIII* de Lope de Vega (1638). Si, como puede inferirse de su argumento y de los tres últimos versos,

> Aquí acaba la comedia
> *Prisión de los Bencerrajes*
> *Y Envidia de la nobleza*,

es la misma que, con el título de *Cegríes y Bencerrajes*, se anuncia en la primera lista de *El Peregrino*, habrá que suponerla anterior á 1604. Pero las condiciones de su estilo y versificación, y sobre todo la abundancia de décimas, me inducen á suponerla muy posterior, y de los últimos años del poeta. Acaso Lope trató dos veces el mismo argumento, cosa en él no desusada. Hay un detallado análisis de esta comedia en los *Studien zu Lope de Vega*, de Guillermo Hennigs, que, á mi juicio, se pasa de hiperbólico cuando llega á declararla «una de las mejores de Lope de Vega» (1).

Tanto ésta como las demás comedias de asunto granadino, de Lope, y aun pu-

(1) *Auch dieses Stück muss ich berücksichtigen. Es ist so wunderbar schön, dass eine genauere Kenntnis der Handlung von Interesse sein wird. Das Stück ist eines von jenen bezaubernden, welches uns mit den Mauren bekannt macht. Die Liebensszene, in welcher sich die Maurenfürstin vom Fenster ans mit dem Bencerragen unterhält, ist von einer ausgesuchten Lieblichkeit und Feinheit der Sprache, die noch erhölt sind an den Stellen, wo der Dichter den alten Romanzenton so herrlich trifft und uns gewissermassen dadurch in die alte Zeit zurückversetzt. Das Entkommen des letzten Bencerragen is nicht historisch. Mit Recht kann man behaupten, dass das Stück eines der besten von Lope de Vega ist. Der Dichter zeigt sich hier in seiner ganzen Grösse. Es ist alles vollendet: Sprache, Handlung und der dramatische Bau.* (Págs. 22-23.)

diéramos decir toda la literatura dramática y novelesca relativa á Granada, hasta muy entrado el siglo presente, se deriva más ó menos del célebre y sabrosísimo libro de Ginés Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, cuya primera parte, única que para el caso importa, fué impresa en Zaragoza en 1595 con el título de *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes..... agora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben-Hamin, natural de Granada.* La segunda parte, concerniente á la guerra de los moriscos en tiempo de Felipe II, es historia anovelada, y, en parte, memorias de las campañas de su autor: obra verídica en general, como se reconoce por la comparación con las legítimas fuentes históricas. Pero la primera parte, única que hizo fortuna en el mundo (aunque la segunda, por méritos distintos, también lo mereciese), es obra de otro carácter: es una novela histórica y de las más antiguas del género, aunque dentro de España tuviese desde el siglo XV el precedente de la *Crónica del rey don Rodrigo.* Nadie puede tomar por lo serio el cuento del original arábigo de su obra, que Pérez de Hita inventó (1), á estilo de lo que practicaban los autores de libros de caballerías: su misma novela indica que no estaba muy versado en la lengua ni en las costumbres de los mahometanos, puesto que acepta etimologías ridículas, comete estupendos anacronismos, y llega á atribuir á sus héroes el culto de los ídolos (*«un Mahoma de oro»*) y á poner en su boca reminiscencias de la mitología clásica. Pero sería temerario dar todo el libro por una pura ficción. Otras muchas novelas se han engalanado con el calificativo de históricas sin merecerlo tanto como ésta. Histórico es el hecho de las discordias civiles que eñflaquecieron el reino de Granada y allanaron el camino á la conquista cristiana. Histórica la existencia de la tribu de los abencerrajes y el carácter privilegiado de esta milicia. Histórico, aunque no en las circunstancias que se supone, ni por orden del monarca á quien Hita le atribuye, el degüello de sus principales jefes. Aun el peligro en que se ve la Sultana, parece nacido de alguna vaga reminiscencia de las

(1) «Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, coronista de los Católicos Reyes; y así no las escribió, ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la Reina, porque dello se guardó el secreto..... Nuestro moro coronista supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó..... Visto por el coronista perdido el reino de Granada, se fué á Africa y á Tremecén, llevando todos los papeles consigo: allí murió y dejó hijos, y un nieto suyo, no menos hábil que él, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se lo presentó á un judío llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original arábigo le presentó á don Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailen. Y por saber lo que contenia, y por haberse hallado su abuelo y bisabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese al castellano, y despues el conde me hizo merced de dármelo.» (Cap. XVII.)

Cervantes parodió todo este cuento al referirnos el hallazgo de los cartapacios arábigos que compró en el Alcaná de Toledo, y que un morisco le tradujo por dos arrobas de pasas y dos hanegas de trigo.

rivalidades de harem entre las dos mujeres de Abul-Hassán (el Muley Hazén de nuestros cronistas): Zoraya (D.ª Isabel de Solís) y Aixa, la madre de Boabdil. La acusación de adulterio, la defensa de la Reina por cuatro caballeros cristianos, es claro que pertenece al fondo común de la poesía caballeresca; y sin salir de nuestra casa le encontraremos en la defensa de la Emperatriz de Alemania por el Conde de Barcelona Ramón Berenguer (argumento de la comedia de Lope *El Catalán valeroso)*, en la de la Reina de Navarra por su entenado D. Ramiro (véase *El Testimonio vengado* de nuestro poeta), en la de la Duquesa de Lorena por el rey D. Rodrigo, según se relata en la *Crónica* de Pedro del Corral. Pero, aun siendo falso el hecho y contradictorio con las costumbres musulmanas, todavía la circunstancia de intervenir D. Alonso de Aguilar es como un rayo de luz que nos hace entrever la vaga memoria que á fines del siglo XVI se conservaba del reto que á aquel magnate cordobés, de triste y heroica memoria, dirigió su primo el Conde de Cabra, dándoles campo franco el Rey de Granada Muley Hazén, según consta en documentos que son hoy del dominio de los eruditos (1). Aun por lo que toca á los juegos de toros, cañas y sortija, al empleo de blasones, divisas y motes, y al ambiente de galantería que en todo el libro se respira, y que parece extraño á las ideas y hábitos de los sarracenos, ha de tenerse en cuenta que el reino granadino, en sus postrimerías y aun mucho antes, estaba penetrado por la cultura castellana, puesto que ya en el siglo XIV podía decir Aben Jaldún que «los moros andaluces se asemejaban á los gallegos (es decir, á los cristianos del Norte) en trajes y atavíos, usos y costumbres, llegando al extremo de poner imágenes y simulacros en el exterior de los muros, dentro de los edificios y en los aposentos más retirados» (2).

La elaboración de la *Historia de los bandos*, fácilmente se explica sin salir del libro mismo, ni conceder crédito alguno á la invención del original arábigo, no menos fantástico que el de Cide Hamete Benengeli. Á cada momento cita é intercala Ginés Pérez, en apoyo de su relación, romances fronterizos del siglo XV, históricos á veces y coetáneos de los mismos hechos que narran. Y con frecuencia también resume ó amplifica en prosa el contenido de otros romances mucho más modernos y de diverso carácter: los llamados *moriscos*, que á fines del siglo XVI se componían en gran número, género convencional y artificioso, cuanto animado y brillante, que Pérez de Hita no inventó, pero á cuya popularidad contribuyó más que nadie con su libro. Con esto mezcló algo de lo que cuentan los historiadores castellanos, Pulgar y Garibay especialmente, que son los únicos á quienes cita; y no hay duda que se aprovecharía también del conocimiento geográfico que adquirió del país cuando anduvo por él como soldado contra los moriscos, y quizá de tradiciones orales, y por tanto algo confusas, que andaban en boca del vulgo en los reinos de Granada

(1) *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, que publica la Sociedad de Bibliófilos españoles.* Madrid, 1868, págs. 69-143.

(2) Prolegómenos de Aben-Jaldún en el tomo XVI, pág. 267, de las *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Impériale de France.*

y Murcia. A esta especie de tradición familiar puede reducirse el personaje real ó fabuloso de aquella Esperanza de Hita que había sido esclava en Granada, y cuyo testimonio invoca á las veces nuestro apócrifo é ingenioso cronista.

Compuesta de tan varios y aun heterogéneos elementos, la novela de Ginés Pérez no podía tener gran unidad de plan, y realmente hay en ella bastantes capítulos episódicos y desligados, que se refieren por lo común á lances y bizarrías y combates singulares de moros y cristianos en la Vega de Granada. Pero la acción principal es, sin duda, la catástrofe de los abencerrajes; asunto también de la presente comedia de Lope.

Prescindiré de lo relativo al duelo en defensa de la Sultana, puesto que Lope omitió aquí este lugar común de la poesía caballeresca, sin duda por haberle puesto en otras obras, y examinaré brevemente los restantes datos de la leyenda.

La voz *Abencerraje* es de indudable origen arábigo: *Aben-as-Serrách*, el hijo del sillero. Esta poderosa milicia, de procedencia africana, interviene á cada momento en la historia granadina del siglo XV, ya imponiéndose á los emires de Granada como una especie de guardia pretoriana, ya sosteniendo á diversos usurpadores y pretendientes del solio. Los reyes, á su vez, se vengaban y deshacían de ellos cuando podían. Los historiadores más próximos á la conquista y mejor enterados de lo que en Granada pasaba, atribuyen á Abul-Hassán no uno, sino varios degüellos de abencerrajes y de otros caballeros principales, hasta un número muy superior al de treinta y seis que da Pérez de Hita, quien, por lo demás, yerra únicamente en atribuir la matanza á Boabdil y no á su padre. Hernando de Baeza, intérprete que fué del Rey Chico, narra el caso en estos términos:

«Estando, pues, este rrey (Abul-Hassán) metido en sus vicios, visto el desconcierto de su persona, levantáronse ciertos caballeros en el rreyno..... y alzaron la obediencia del rrey, y hiciéronle cruda guerra: entre los cuales fueron ciertos que decian Abencerrajes, que quiere dezir los hijos del sillero, los quales eran naturales de allende, y habian pasado en esta tierra con deseo de morir peleando con los christianos. Y en verdad ellos eran los mejores caballeros de la gineta y de lanza que se cree que ovo jamás en el rreyno de Granada: y aunque fueron casi los mayores señores del Reyno, no por eso mudaron el apellido de sus padres, que eran silleros: porque entre los moros no suelen despreciarse los buenos y nobles por venir de padres officiales. El rey, pues, siguió la guerra contra ellos, y prendió y degolló muchos de los caballeros, entre los quales un dia degolló siete de los abencerrajes; y degollados, los mandó poner en el suelo, uno junto con otro, y mandó dar lugar á que todos los que quisiesen los entrasen á ver. Con esto puso tanto espanto en la tierra, que los que quedaban de los Abencerrajes, muchos de ellos se pasaron en Castilla, y unos fueron á la casa del duque de Medina Sidonia, y otros á la casa de Aguilar, y ahí estuvieron haziéndoles mucha honrra á ellos y á los suyos, hasta que el rrey chiquito, en cuyo tiempo se ganó Granada, rreynó en ella, que se volvieron á sus casas y haziendas: los otros que quedaron en el Reyno, poco á poco los prendió el Rey, y dizen que de solo los abencerrajes degolló catorze, y de otros

caballeros y hombres esforzados y nombrados por sus personas, fueron, segun dizen, ciento veinte y ocho, entre los quales mató uno del Albaicin, hombre muy esforzado.....» (1).

Pero no eran estas inauditas crueldades las primeras del emir Abul-Hassán. Otras había perpetrado antes, según refiere Hernando de Baeza; y por ellas se explica una creencia tradicional todavía en la Alhambra, y enlazada en la fantasía del pueblo con la matanza de los abencerrajes. Siendo todavía príncipe, prendió al rey Muley Zad, competidor de su padre, «y lo truxo al Alhambra, y el padre le mandó degollar, y ahogar con una *tovaja* á dos hijos suyos de harto pequeña edad; y porque al tiempo que lo degollaron, *que fué en una sala que está á la mano derecha del quarto de los Leones, cayó un poco de sangre en una pila de piedra blanca, y estuvo allí mucho tiempo la señal de la sangre, hasta hoy los moros y los cristianos le dizen á aquella pila, la pila en que degollaban á los Reyes*» (2).

---

(1) *Relaciones de los últimos tiempos del reino de Granada*, pág. 9.

(2) En la novelita de *Abindarráez y Jarifa*, muy anterior á las *Guerras civiles de Granada* (pues aun la refundición de Antonio de Villegas estaba hecha en 1551), se cuenta la matanza de los abencerrajes de un modo bastante próximo á la historia, sin hacer intervenir al rey Boabdil, ni mentar para nada los amores de la Sultana, ni el patio de los Leones. Verdad es que, en cambio, se hace remontar el suceso á la época de D. Fernando el de Antequera. Pero ya en este relato se ve á los abencerrajes presentados con la misma idealización caballeresca que en las novelas y romances posteriores:

«Hubo en Granada un linaje de caballeros, que eran la flor de todo aquel reino: porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja á todos los demás; eran muy estimados del Rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban.

»Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo abencerraje escaso, ni cobarde, ni de mala disposición; no se tenía por abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oirás. El Rey de Granada hizo á dos destos caballeros, los que más valían, un notable é injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos, y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al Rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera ó falsa, fué descubierta; y por no escandalizar el Rey al reino, que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al Rey grandes rescates por sus vidas; mas él, aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos las damas á quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los abencerrajes tan miserablemente..... Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso, que ningún abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes deste delito, á condición que los

Ginés Pérez de Hita, aunque no habla de la mancha de sangre, dice que los treinta y seis abencerrajes fueron degollados *en la cuadra de los Leones, en una taza de alabastro muy grande* (cap. XIII). En esto pudo engañarle su fantasía, porque es difícil admitir que los abencerrajes penetrasen hasta el cuarto de los Leones, que pertenece á la parte más reservada del palacio árabe, es decir, al harem (1).

Falta averiguar cómo pudo mezclarse el nombre de una reina de Granada en un suceso ajeno, al parecer, á toda influencia femenina. Pero creo que todo se aclara con este pasaje del juicioso y fidedigno historiador granadino Luis del Mármol Carvajal (2), que aunque escribía á fines del siglo XVI trabajaba con excelentes materiales: «Era Abil Hascen hombre viejo y enfermo, y tan sujeto á los amores de una renegada que tenía por mujer, llamada la Zoraya (no porque fuese este su nombre propio, sino por ser muy hermosa (3), la comparaban á la estrella del alba, que llaman Zoraya), que por amor della habia repudiado á la Ayxa su mujer principal, que era su prima hermana, y con grandísima crueldad *hecho degollar algunos de sus hijos sobre una pila de alabastro, que se ve hoy dia en los alcázares de la Alhambra en una sala del cuarto de los Leones*, y esto á fin de que quedase el reino á los hijos de la Zoraya. Mas la Ayxa, temiendo que no le matase el hijo mayor, llamado Abi Abdilehi ó Abi Abdala (que todo es uno), se lo habia quitado de delante, descolgándole secretamente de parte de noche por una ventana de la torre de Comares con una soga hecha de los almaizares y tocas de sus mujeres; *y unos caballeros llamados los Abencerrajes* habian llevádole á la ciudad de Guadix, queriendo favorecerle, porque estaban mal con el Rey *á causa de haberles muerto ciertos hermanos y parientes, so color de que uno dellos habia habido una hermana suya doncella* dentro de su palacio; mas lo cierto era que los queria mal porque eran de parte de la Ayxa, y por esto se temia dellos. Estas cosas fueron causa de que toda la gente principal del reino aborreciesen á Abil Hacen, y contra su voluntad trajeron de Guadix á Abi Abdilehi su hijo, y estando un dia en los Alijares le metieron en la Alhambra, y le saludaron por rey; y cuando el viejo vino del campo no le quisieron acoger dentro, llamándole cruel, que habia muerto sus hijos y la nobleza de los caballeros de Granada.»

El testimonio de Mármol, que siempre merece consideración aun tratándose de

---

hijos que les naciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.»

Se ha de notar en esta breve narración que no sólo se omite el nombre del rey que mandó degollar á los abencerrajes, sino también el sitio en que se verificó la ejecución, lo cual indica que estos pormenores todavía estaban poco divulgados.

(1) Página 5 de las *Relaciones*.

(2) *Historia del rebelion y castigo de los Moriscos del reino de Granada* (Málaga, por Juan René, 1600), lib. I, cap. XII.

(3) En esto de la hermosura no parece que anduvo muy bien informado Mármol, porque Hernando de Baeza, que la conoció, aunque ya vieja, dice que le pareció que «no había sido mujer de buen gesto».

cosas algo lejanas de su tiempo, aparece confirmado en lo sustancial por el del famoso compilador árabe Almacari (1) y por el de Hernando de Baeza, que habla largamente de la rivalidad entre las dos reinas; y como cliente que era de Boabdil, trata muy mal á *la Romía* (Zoraya), á la cual, por el contrario, tanto quiso idealizar Martínez de la Rosa en la erudita y soporífera novela que compuso con el título de *Doña Isabel de Solís* (1837-1846). Lo que sólo aparece en Mármol, y casi seguramente procede de una tradición oral, verdadera ó fabulosa, es la intervención de los abencerrajes en favor de la sultana Aixa, y el pretexto que se dió para su matanza, es decir, los amores de uno de ellos con una hermana del Rey. De aquí al cuento de Pérez de Hita no hay más que un paso: dos actos feroces de Abul-Hassán, confundidos en uno solo y transportados al reinado de su hijo; los abencerrajes, partidarios de una sultana perseguida; una aventura amorosa atribuída primero á la hermana de Abul-Hassán, después á su mujer, y por último á su nuera. Ginés Pérez no pudo aprovechar el libro de Mármol, que no se imprimió hasta el año 1600, pero pudo oir contar cosas parecidas á algún morisco viejo, y sobre ellas levantó la máquina caballeresca de la acusación y del desafío, que pudo tomar de cualquier parte, pero á la cual logró dar cierta apariencia histórica, mezclando nombres de los más famosos en Murcia y Andalucía, y especialmente los del mariscal D. Diego de Córdoba y D. Alonso de Aguilar, de quienes vagamente se recordaba que el Rey de Granada les había otorgado campo para algún desafío.

De este modo se explican para mí lisa y llanamente los orígenes de esta famosa narración. Otras muchas cosas de las *Guerras civiles de Granada* proceden de fuentes poéticas; ésta no. Entre los romances fronterizos, uno solo hay, el de «¡Ay de mi Alhama!» (de origen árabe, si hemos de dar crédito á la declaración de Pérez de Hita), que alude rápidamente á la muerte de los abencerrajes, sin especificar la causa:

Mataste los Bencerrajes,—que eran la flor de Granada.

Otros dos romances que trae el mismo Hita:

En las torres del Alhambra—sonaba gran vocerío.....
Caballeros granadinos,—aunque moros hijosdalgo.....,

son composiciones modernas, y probablemente suyas, hechas para dar autoridad á su prosa (2).

Lope de Vega transportó al teatro tan interesante asunto, pero, contra lo que

---

(1) *The History of the Mohammedan dynasties in Spain..... by Ahmed ibn Mohammed Al-Makkarí..... Translated..... by Pascual de Gayangos.....* London, 1843, tomo II, páginas 370 y 571.

(2) Siguiendo fielmente la prosa de Hita, se compusieron luego dos romances vulgares de *La Gran Sultana*, que todavía venden los ciegos (números 1.208 y 1.209 del *Romancero* de Durán).

pudiera creerse, no sacó de él gran partido, quizá por haberse separado sistemáticamente del texto de Ginés Pérez de Hita, dejando sólo los datos esenciales y enlazándolos por medio de una fábula muy pobre. *La Envidia de la nobleza*, á pesar de los grandes encomios que de ella hicieron Grillparzer y Hennigs, dista mucho de ser una de las buenas comedias de Lope, siquiera esté muy agradablemente escrita. La trama es floja, los personajes incoloros, no hay ninguna situación culminante. El morisco Zaide aburre con su media lengua. Hay menos color local granadino que en las obras juveniles de Lope, sin duda porque ésta pertenece, según la sospecha que al principio indicamos, á los últimos años del poeta, cuando conservaba menos fresca la impresión de la incomparable ciudad, que visitó dos veces, la última en 1604. En esta comedia apenas se encuentran más rasgos descriptivos que estas lozanas redondillas del acto primero, que recuerdan un célebre romance de Góngora (1).

. . . . . .
Apenas verás, señora,
Tu Granada sólo un día,
La belleza de sus muros,
Los castillos de Abenámar (2),
Las fuentes de Dinadámar,
Mares de cristales puros (3);

---

(1) Es el que principia:

Ilustre ciudad famosa,
Infiel un tiempo, madre
De Zegríes y Gomeles,
De Muzas y Reduanes.....

(2) Estos castillos de Abenámar, que con tal nombre no existen, son reminiscencia, sin duda, del célebre romance

Abenámar, Abenámar, — moro de la morería.....

(3) «Los autores árabes recuerdan con particular elogio el carmen y almunia conocidos con el nombre de *Ain addamai* ó *Fuente de las lágrimas*, que se conserva todavía algo alterado en el sitio llamado *Ainadámar* ó *Dinadámar*. El viajero Ebn Bathutha, que, como arriba se dijo, visitó á Granada por los años de 1360, dice que *Ain addamai* era uno de los parajes más encantadores de aquellos contornos, y aun de todo el orbe, siendo un monte amenísimamente cubierto de huertas y verjeles. Ebn Aljathib añade que este lugar de recreo estaba cerca del monte de *Alfajar*, hoy *Alfacar*, y era un sitio deleitoso, con suavísimo y templado ambiente, huertos placenteros, floridos jardines, aguas dulces y copiosas, suntuosos aposentos, numerosos alminares y casas de sólida construcción, plantíos de hierbas aromáticas, y otras delicias. Luis del Mármol hace también mención de este sitio de placer, con el nombre de los *Cármenes de Ainadámar*, y advierte que es voz corrompida, pues los moriscos de su tiempo llamaban á aquel pago *Ainadama*, que quiere decir *Fuente de lágrimas*.»

Simonet, *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los naseritas, sacada de los autores árabes, y seguida del texto inédito de Mohammed Ebn Aljathib* (Madrid, 1861), páginas 46 y 47.

Sus cármenes (1) cultivados,
Cada cual otro pensil,
Y en jaspes verdes, Genil,
Quebrando vidrios helados (2);
Las ricas Torres Bermejas,
Donde, luego que amanece,
Tiende el sol, limpia y guarnece
Sus encrespadas guedejas (3);
El Alhambra y la famosa
Torre de Comares, tal,
Que no ha visto joya igual
Roma, en su edad victoriosa (4);
Almazán (5), Bibataubín (6)
Y el Zacatín, y si pasas
La vista, un monte de casas
El levantado Albaicín.
Verás con arenas de oro
Bajar el Darro en la vega,

---

(1) Esta voz, que, al parecer, sólo se conserva en Granada, se deriva del árabe *carm*, que significa viña, terreno cultivado, predio.

(2) En las menores circunstancias se advierte lo penetrado que estaba Lope de la geografía pintoresca de España. Describiendo el curso del Genil, dice Mármol (lib. I, cap. IX): «Su fuente es en Sierra Nevada, en una umbría que está encima del lugar de Güéjar..... De allí se despeña por valles fragosísimos de peñas....., *y en él se hallan ricos mineros de jaspes tapizados de diversas colores, de donde el Rey don Felipe, nuestro señor, hizo sacar las ricas piedras verdes de que está hecho su sepulcro en San Lorenzo el Real.*»

(3) «Este mismo Rey (Abí Abdilehi, segundo monarca de Granada) edificó otro castillo pequeño, con su torre de homenaje, en las ruinas de otra fortaleza antigua, que debió ser la de la villa de los Judíos, y la llaman agora las *Torres Bermejas.*» (Mármol, *Rebelión*, lib. I, capítulo VII). Respecto del estado actual de estas torres, dicen los Sres. Oliver y Hurtado en el libro *Granada y sus monumentos árabes* (Madrid, 1875, pág. 207): «Los fuertes y baluartes interiores de las Torres Bermejas son obra moderna, correspondiendo únicamente á la época árabiga los dos grandes torreones con piezas habitables, entre los cuales se abre la puerta actual de aquel recinto.»

(4) «Singular y bellísima» llamaba á la Torre de Comares Andrea Navagiero en 1526, y la frase es digna de notarse por ser de un hombre del Renacimiento, educado en todos los refinamientos del gusto italiano. (*Il Viaggio fatto in Spagna et Francia, del Magnifico M. Andrea Navagiero..... In Vinegia*, 1563; fol. 18 vto.).

(5) Es la tercera de las puertas de Granada que enumera Mármol (*Rebelión*, lib. I, cap. VI): «Luego sigue *Bib el Marstan*, que quiere decir puerta del hospital de los Incurables, porque donde agora está Sant Lázaro habia un hospital de incurables, y los cristianos la llaman Bib Almazan.» El verdadero nombre árabe, según Simonet (*Descripción*, pág. 55), es *Bab Almarestan* ó del Hospital.

(6) Es la quinta puerta en la enumeración de Mármol: «Luego está *Bib Taubin*, puerta de los Curtidores.» Simonet enmienda: «*Bab Attawabin*, ó de los Convertidos.»

Adonde corrido llega
De haber dormido sonoro (1).
De Bibarrambla (2) no digo
Lo que en las fiestas verás
Con la nobleza, que es más
Desde el tiempo de Rodrigo.
Vuelve á Granada su fama;
Que más valen los linteles
De una calle de Gomeles (3),
Que mil villas de Cartama.

Hay también un recuerdo de la Alhambra y del Generalife en estos pulidos tercetos:

Calle la portentosa arquitectura
De esta Alhambra, sus jaspes y colores,
Que á pesar de los tiempos vive y dura;
Las torres que del sol los resplandores
Le vuelven al nacer, y las bizarras
Puertas con mil pendones vencedores;
Las acequias, que en cárdenas pizarras
Parece que destilan dulcemente
La nieve de las altas Alpujarras.....

Aunque esta pieza es muy poco fiel á la historia, Lope, según su costumbre, ha procurado apoyarse en el testimonio de los romances. Uno hay que no encuentro en las colecciones, pero que no tiene trazas de ser inventado por él:

El rey don Fernando el Santo,—desde Córdoba partía
Á dar asalto á Jaén,—de Abenámar defendida.....
. . . . . .

---

(1) La edición antigua de Lope dice *sin oro*, pero es errata evidente por *sonoro*, epíteto muy apropiado al Darro, pues, como nota Navagiero, «passa mormorando sempre tra infiniti et gran sassi alle volte che ha nell alveo, *ne mai tacito*». (Fol. 22 vto.)

(2) *Bab Arramla* ó Puerta del Arenal. Cuarta de las citadas por Mármol. Dió nombre á la célebre plaza, tantas veces mencionada en las historias de Granada, y donde estaban los *Miradores* desde donde el Ayuntamiento presenciaba las funciones públicas, que es á lo que aluden los versos de Lope.

(3) Nadie ignora que la Cuesta de Gomeles es la subida de la Alhambra. Tomó su nombre, según Mármol, «de una generacion de africanos naturales de las sierras de Velez de la Gomera, llamados Gomeres, que venian á servir en la milicia».

Claro es que estas notas son impertinentes y superfluas para lectores españoles, y especialmente granadinos; pero no he querido omitirlas en obsequio á los eruditos extranjeros que manejan las obras de Lope, y que pueden encontrar alguna dificultad en estas indicaciones topográficas.

Bien se defienden los moros;—pero después de tres días
Se rinden al Rey Fernando,—y á partido le convidan.
En las torres de Jaén,—¡oh, cuán bien resplandecían
Las cruces de los cristianos—y de Santiago divisas!

Pero hay otro romance, verdaderamente tradicional y antiguo, del cual sacó mucho partido, intercalando en el diálogo algunos de sus versos, y amplificándolos con su habitual bizarría. El romance á que aludo se halla en el libro de Ginés Pérez de Hita, y tiene en la *Primavera* de Wolf el núm. 72. Comienza así:

Reduán, bien se te acuerda—que me diste la palabra
Que me darías á Jaén—en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples,—daréte paga doblada,
Y si tú no lo cumplieres,—desterrarte he de Granada;
Echarte he en una frontera—do no goces de tu dama.....

Véase la imitación de Lope:

REY.

Reduán, bien se te acuerda—que me diste la palabra
De darme á Jaén la fuerte—en una noche ganada;
Y que en sus altas almenas,—que cruces rojas esmaltan,
En tafetanes azules—pondrías lunas de plata;
Y que del fuerte Pacheco,—que allá su Maestre llaman,
Me traerías la cabeza,—ó por lo menos las armas.
Reduán, si no lo cumples,—desterrarte he de Granada,
Quitándote el Alcaidía—de las torres de la Alhambra.
Daré al mayor enemigo—los amores que más amas;
Tus oficios y tus rentas,—á criados de mi casa.
Mira que te va la vida,—después de tu honor y fama;
Que donde faltan las obras—son infames las palabras.

REDUÁN.

No merecen mis servicios—el rigor con que me tratas
Delante de la nobleza—de caballeros y damas;
Que no soy yo el moro Alcaide,—el de la vellida barba,
El que mandaste prender—por la pérdida de Alhama (1).
Y si el otro respondió—entonces con arrogancia:
«Bien lo puede hacer el Rey,—mas yo no le debo nada»;
Yo responderé, señor,—con la lanza y con la adarga,
Sacando contra Castilla—los soldados de Granada.
Iré á Jaén, y verás—en empresa tan gallarda,
Que no sobra la ventura—cuando las palabras faltan.
Yo te traeré del Maestre—ó la cabeza ó las armas,
Que bien las conocerás—en la señal colorada.
Y si no fuere mi dicha—tanta, que pueda ganarla,
No volveré de la guerra—sin que en un pavés me traigan.

(1) Alusión á otro romance tan conocido que parece inútil recordarle.

La cabalgada de Reduán contra Jaén es histórica, aunque mucho más antigua de lo que supone Lope. Aconteció en el mes de Octubre de 1407, y en ella encontró la derrota y la muerte aquel caudillo granadino, del modo que narra la *Crónica de D. Juan II* (año primero, cap. XLV):

«Y el Rey de Granada con seis mil de caballo, é ochenta mil peones, combatió la cibdad (de Jaén) tres dias muy fuertemente; é los de la cibdad se defendieron muy bien, é mataron é firieron muchos moros. Y el Prior de San Juan é Diego Hurtado de Mendoza, que en la cibdad estaban, esforzaban tanto la gente que era maravilla. Estando los pendones juntos con la cerca de la cibdad, el Obispo de Jaen, tio de Rodrigo de Narvaez, é Diaz Sanchez de Benavides, é Pero Diaz de Quesada con hasta quinientos de caballo peleando valientemente á pesar de los moros, se lanzaron en la cibdad, con que hubieron tan gran esfuerzo los que en ella estaban, que abrieron las puertas, é salieron á pelear con los Moros, é mataron é firieron muchos dellos, y el Rey de Granada se hubo de levantar dende con poca honra, é quemó los arrabales é huertas é viñas, é volvióse á Granada. *Y en este combate murió el Alcayde Reduan, que era el mayor caballero que él consigo traia.*»

También imitó Lope, aunque refundiéndole del todo, excepto los primeros versos, el romance que principia:

Caballeros granadinos,—aunque moros hijosdalgo.....

Difiere de Pérez de Hita en muchas circunstancias. Llama Zelindo y Hamete á los autores del engaño contra los abencerrajes, y da á su traición causas algo diversas:

Y que á Granada pretenden—entregar al rey Fernando,
Porque metieron en ella—al Maestre de Santiago,
Que con otro caballero—salió con ellos al campo;
Y que los venció confiesan,—por asegurar su engaño.
Dicen que una banda y plumas,—trofeos que les quitaron,
Han visto á la Reina puestas—en el cuello y el tocado,
De donde arguyen que tiene—Zelindo amoroso trato
Con ella, para que el Rey—se incite con este agravio.....

Si este romance es flojo y prosaico, no puede decirse lo mismo de otros bellísimos que hay en esta comedia, y que podrían figurar entre lo más selecto del romancero morisco. Léase, por ejemplo, esta escena de amor entre Xarifa y Zelindo (acto segundo):

XARIFA.

En las torres de la Alhambra—que á Sierra Nevada miran,
Melancólica y llorosa—está mirando Xarifa
Si su amado Bencerraje—viene á verla, ó se le olvida;
Porque es propio de quien ama—temer cualquiera desdicha.
El son de las verdes hojas—y de las fuentes la risa
Tiene por voces humanas,—y en sus engaños suspira.

Ya la coronada noche,—de sí misma fugitiva,
Por la mitad de los cielos—iba entre sombras dormida,
Cuando sintió por el campo—que el Bencerraje venía;
Porque el bien llega más presto—al alma que no á la vida.
Paseábase el Bencerraje,—que á sus conciertos venía
Al lienzo del fuerte muro—con unas armas lucidas
Que el Maestre de Santiago—le dió aquella noche misma,
Rebozado un capellar—sobre la marlota rica.
¿Sois vos? le dice la Reina;—que quien de su dulce amiga
La casa ó calle pasea,—las puertas del alma pisa.
Mirad que si sale el alba,—de nubes de oro vestida,
Dará luz á mis secretos—y obscuridad á mi dicha.

ZELINDO.

Aquí estoy, dulce señora;—aquí estoy, señora mía,
Esperando á que amanezca—el alba de mi alegría.
Desde que para matarme—os trujo, mi amada prima,
El alcaide Reduán,—de Cartama, nuestra villa,
A sèr Reina de Granada,—por hermosura divina,
Mis ojos han sido fuentes,—y muerte ha sido mi vida.
No puedo vivir sin vos,—ni los cielos lo permitan;
Que no es vida la que vive—quien tiene celos y envidia.
Con vos me crié en Cartama,—que, sin perderos de vista,
Con esos ojos miraba,—con esa vida vivía.
Muero, mi vida, sin vos;—que no es posible que viva
Quien os mira en otros brazos—y en sus brazos os tenía.
Si vos queréis, mi señora,—que nos vamos á Castilla,
El Maestre está en Granada,—aquel de la roja insignia.
Por ese muro, una noche — podéis salir escondida;
Que nunca quien quiere bien, — en dificultades mira.

Las bellezas líricas que en esta pieza abundan justifican, en parte, el encomiástico juicio que de ella formuló Grillparzer, aunque su contextura dramática sea harto endeble.

II.—EL HIDALGO BENCERRAJE.

Por otro título *El gallardo Jazimín*, y así está citada en los catálogos de Medel y Huerta. Si es la misma que *El gallardo Jacobín*, mencionada en la segunda lista de *El Peregrino*, ha de ser anterior á 1614, lo cual su estilo no contradice. Lope la publicó en la *Parte XVII* de sus *Comedias*, una de las más raras, por cierto (Madrid, 1621 y 1622).

Muy poco tiene de histórico esta pieza, que casi podría clasificarse entre las de pura invención. Un D. Juan de Mendoza, sobrino del Marqués de Santillana, roba de palacio á una dama, D.ª Elvira de Vivero, y se refugia en Granada con ella dis-

frazada de paje. El Rey moro llega á descubrir que es mujer, se enamora de ella, encarcela al amante y da orden de degollarle en la Fuente de los Leones. Afortunadamente se apiada de él un generoso abencerraje llamado Jazimín, y no sólo le salva de la muerte, sino que consigue ponerle en libertad y protege sus amores. El Rey, entretanto, apura inútilmente todo género de requiebros y persuasiones con la cautiva, que permanece fiel á su primer amor. Complícase la acción con otros incidentes, como el robo de Daraja, mujer de Jazimín, de la cual se apodera, al rayar *el alba, entre los álamos verdes que cercan á Dinadámar*, el alcaide de Iznatoraf, Sancho de Cárdenas; y después de mil peripecias novelescas, todo logra regocijado fin, mediante los esfuerzos del noble abencerraje y el perdón de los Reyes Católicos.

El argumento, como se ve, no carece de interés, y tiene cierta novedad y atrevimiento el haber hecho héroe de la pieza, no á ninguno de los caballeros cristianos que en ella intervienen, sino á un moro, á quien se presenta como dechado de todas las virtudes caballerescas, y que, naturalmente, acaba por convertirse. Ginés Pérez de Hita y los autores de romances moriscos iban haciendo á su manera la rehabilitación de la raza proscrita; y Lope, no sólo siguió este impulso, sino que se esforzó en hacer á su Jazimín cristiano de alma, aun antes de recibir el bautismo:

DON JUAN.
¿Vos cristiano? Juraré
Que sois galán Bencerraje.
JAZIMÍN.
Aunque traigo sólo el traje,
Traeré algún día la fe.
Mas ¿cristiano no es aquel
Que tiene el alma cristiana?
DON JUAN.
Eso, amigo, es cosa llana,
Pues habrá bautismo en él.

En la pasión que el rey Mahomad concibe por una esclava cristiana, y en los extremos que hace por ella, y en la indignación que esto causa á los principales muslimes, se reconoce, aunque muy alterado, un recuerdo de los tempestuosos y desatinados amores de Abul-Hassán con *la Romía* Zoraya (D.ª Isabel de Solís):

—¿Que de esa suerte está por la cristiana?
—De esta manera está por doña Elvira,
Bien á pesar del reino que gobierna;
Porque ni oye á nadie ni despacha,
Ni trata de la paz ni de la guerra.....
Con esto, las fronteras de Castilla,
Los soldados y alcaides de Fernando
Corren la vega, y en la puerta Elvira
Osan clavar las lanzas y las dagas.

—¡Que se haya Mohamad cegado tanto
De una mujer!.....
—Sólo diré que si el amor le dura,
Verán presto las altas Alpujarras
Sus cabezas de nieve por el suelo
A los pies de Fernando valeroso.....

Al fin de la comedia se leen estos versos:

Belardo dice que halló
Esta historia en los anales
De los Reyes de Granada.
Ella es cierta: perdonalde.

No sabemos á qué *anales* se refiere. No es verosímil que conociese la *Relación* de Hernando de Baeza, que no ha sido impresa hasta nuestros días, y cuyas copias son muy raras, aunque ya la tuvo presente Argote de Molina cuando escribió su *Nobleza de Andalucía*. Pero seguramente conocía á Mármol, y acaso también el tratadillo *de los Reyes de Granada y su origen*, que por mandato de la Reina Católica compuso su cronista Hernando del Pulgar. Sospecho esto, porque al paso que Mármol nada dice del linaje de Zoraya, y H. de Baeza habla de ella como de una mozuela de origen humildísimo, Pulgar la supone hija del alcaide de Martos (1), lo cual conviene mejor con el origen aristocrático que asigna Lope á su D.ª Elvira.

Al revés de la anterior, esta comedia está bastante bien combinada; pero pobre y débilmente escrita, en cuanto puede esto decirse de Lope de Vega, que hasta en los rasgos más desaliñados pone alguna marca de su genio. Merecen vivir, por ejemplo, estas redondillas con que el rey Mahomad galantea á la desdeñosa cristiana, y parecen una *oriental* romántica á estilo de Víctor Hugo y Zorrilla:

Dame en tu desdén entrada,
Así verás tu persona
Con la famosa corona
De nuestra imperial Granada.
Gozarás oro de Dauro,
Verde jaspe de Genil,
Del Albaicín la sutil
Toca, y de tu frente lauro.
Daráte Generalife
Flores que esa mano arranque;
Comares, en blanco estanque,
Te dará dorado esquife;
Bibataubín con soldados
Te hará salva cada día;
Zacatín y Alcaicería

(1) Véase en el *Semanario erudito*, de Valladares, tomo XII, págs. 57-144.

Te darán tela y brocados.
  Los cármenes sus acequias,
Que cuando en su orilla mores,
Te cantarán ruiseñores
Como el cisne sus exequias;
  Celebrados carmesíes
La calle que es de tu nombre (1);
Granada, porque te asombre,
Granos de rojos rubíes;
  Bibarrambla sus balcones,
Para que en fiestas estés,
Y para adornar tus pies
Bibalmazán sus pendones;
  La vega, con su verdura,
Rojo trigo y verdes parras;
Su nieve las Alpujarras,
Corridas de tu blancura;
  Dinadámar su corriente,
Todos los campos sus frutos,
Mis vasallos sus tributos,
Y yo el laurel de mi frente.

Dedicó Lope esta comedia á D.ª Ana de Piña, hija del escribano Juan Izquierdo de Piña, á quien su grande intimidad con el Fénix de los Ingenios y los servicios que le prestó en buenos y malos lances, han dado más notoriedad que la revesada prosa de sus disparatadísimas novelas (2).

III.—EL HIJO DE REDUAN.

Comedia de las viejas de Lope, incluída ya en su *Primera parte* (1604).

Apenas tiene de tradicional y granadino más que los nombres del rey *Baudeles* (Boabdil) y de *Reduán*, que tanto suena en la *Historia de los bandos*, de Ginés Pérez de Hita. Por lo demás, es un drama novelesco, cuya principal curiosidad estriba en cierta semejanza, ya advertida por Max. Krenkel (3) y otros, entre el carácter del protagonista y el Segismundo de Calderón. El Rey de Granada, como el de Polonia, hace criar en la soledad á un hijo suyo, aunque no por librarle de ningún fatídico horóscopo, sino por ocultar su ilegítimo nacimiento. Gomel, que así se llama el infante, pasa, y él propio se tiene, por hijo de Reduán, que es el encargado de su

(1) Elvira.

(2) Hay un extenso análisis de *El hidalgo Bencerraje*, en los *Studien zu Lope de Vega*, de Wilhelm Hennigs (Göttigen, 1891), págs. 19-22.

(3) *Klassische Bühnendichtungen der Spanier, herausgeben und erklart von Max Krenkel.* Leipzig, 1881.—*Calderón*, I, 19-20.

custodia, y adquiere en el campo fuerzas hercúleas, valor selvático, temeridad y audacia á toda prueba, si bien la corteza tosca y grosera de su educación vela al pronto las altas y regias prendas de su alma. Acosador de osos y jabalíes, derribador de reses bravas, se encuentra trasladado de pronto á la corte, donde empiezan por causar maravilla y provocar necias burlas su raído alquicel y sus abarcas de cuero crudo. El hombre de la naturaleza se revela en sus instintos soberbios, en su áspero lenguaje, en su voluntad indómita, en la arrogancia desaforada con que acomete, rinde y atropella todo lo que se le pone por delante. Ni aun los halagos del amor logran vencer del todo su fiera condición, y eso que dos gallardas moras, encantadas de su bizarría al verle combatir, se proponen hacer su educación sentimental, y se le declaran en términos tan expresivos como poéticos, dignos, en suma, de la blanda musa de Lope, gran maestro en ternezas y galanterías:

LIZARA.

Como el oro entre la mina
Y el diamante por labrar;
Como el coral en el mar
Y en concha la perla fina;
Así como el tosco traje
Desta montaña ó desierto,
Tienes, Gomel, encubierto
El valor de tu linaje.
Ya te habemos conocido
No más de por lo que has hecho;
Que del oro de tu pecho
Artífices hemos sido.
Y de tal suerte creímos
Lo que reluce y parece,
Que ya por quién te merece
En competencia venimos.

ZELORA.

Escoge, fuerte Gomel,
De las dos la que te agrada;
Que ésa de hoy más es llamada
Dichosa, firme y fiel.
Ésa labrará la toca
Que á tu bonete revuelvas
Cuando de la guerra vuelvas
Á Granada, en verte loca.
Ésa la manga curiosa
Que saques para las cañas,
Cansado de las hazañas
De la guerra peligrosa.
Ésa la banda polida
Y el almaizal con que dances,
Cuando de la mano lances

La lanza, en sangre teñida.
  Daráte el mote ingenioso
Para el campo de la adarga,
Breve cifra á pena larga
Para el penacho vistoso.
  Saldrá luego al mirador
Cuando tu caballo pase,
Y cuando otros, entraráse,
Preciándose de tu amor.....

Esta primera jornada, donde la originalidad del protagonista resalta tanto, prometia un drama excelente; pero si no en el estilo, á lo menos en la acción, se echa á perder desde el acto segundo, extraviándose en un laberinto de intrigas vulgares, que conducen en el tercero á una catástrofe casi ridícula, aunque, bien preparada, pudo ser eminentemente trágica. La Reina, mujer de Baudeles, horriblemente ofendida por él y sabedora de que trama asechanzas á su vida, busca un vengador, y pone el puñal en manos de Gomel, que, ciegamente enamorado de ella y deslumbrado por la perspectiva del imperio, mata á su propio padre sin conocerle (1). La escena, que pudo ser terrible y sublime, en que el Rey moribundo le declara su origen y le perdona, está tratada sin ningún género de gravedad trágica; y todavía son más infelices las que siguen, terminando todo con la salida de un león que se escapa de la jaula y viene á postrarse como un manso perrillo á los pies de Gomel, que exclama muy satisfecho:

Sin duda que ha conocido
Que soy león como él.
  ¿Si es éste con quien yo tuve
Desde muchacho amistad,
En aquella soledad
De los montes donde anduve?.....

No recelando nada de tan buen compañero, y sosegados al parecer los remordimientos de su parricidio, Gomel se queda beatíficamente dormido con el león á las plantas; y en tal reposo le sorprende el pueblo alborotado, que admirando, y no era para menos, tanta serenidad, le proclama rey de Granada.

Tal es este absurdo embrollo, donde sólo pueden elogiarse algunos trozos de versificación feliz, por ejemplo, el romance morisco del acto segundo:

Al hijo de Reduán,
Al de la Sierra Nevada.....

---

(1) Lo mismo hace Seide en el *Mahoma* de Voltaire, aunque la fuerza que le impulsa al crimen no es el amor, sino el fanatismo. La coincidencia debe de ser casual, porque Voltaire no conocía las obras de Lope.

IV.—PEDRO CARBONERO.

Publicada en la *Parte catorze* de las *Comedias* de Lope (1621).

Es héroe de esta comedia un personaje probablemente histórico, aunque no le hemos visto mencionado en ningún libro: un osado guerrillero andaluz que con una cuadrilla de 12 hombres hizo grandes salteamientos y estragos en la frontera del reino árabe de Granada, y murió en un encuentro peleando valerosamente contra los infieles, que en vano le ofrecieron la vida si renegaba de la fe. Su nombre hubo de ser celebrado en alguna canción popular, de la cual parece que quedan rastros en la última escena del drama de Lope:

Virgen sin mancilla,
Hoy mueren, y muero,
Pedro Carbonero
Con la su cuadrilla.
Hoy lleva la muerte,
En agraz marchitos,
Trece mancebitos,
Todos de una suerte;
Que dejando á Hamete,
Que os da su palabra,
Cuatro son de Cabra,
Y tres de Alcaudete.
Quieren en Castilla
Su fama dejar,
Cuatro de Aguilar
Y uno de Montilla.

CERBÍN.

Vuelve, Pedro, en ti,
Y vuélvete moro:
Tendrás un tesoro
En el Rey y en mí.
Curarás la herida,
Gozarás tu amor,
Daráte Almanzor
Regalada vida.
Serás su vasallo
Si á servirle pruebas,
Daráte armas nuevas,
Lucido caballo.
Crecerá tu vida
Como verde cedro,
Casaráste, Pedro,
Con mora garrida.

PEDRO.

Despidámonos los dos:
Morir quiero, morir quiero.
¡Oh mundo, no más con vos!
Muera Pedro Carbonero,
Y muera en la fe de Dios.

Todas las escenas en que interviene Pedro Carbonero con su cuadrilla, y especialmente el episodio de la gallarda moza de Andújar, á quien saca del cautiverio penetrando audazmente en Granada, y que, enamorada de él, le acompaña hasta en la muerte, tienen mucho brío y una especie de poesía agreste y selvática. Los cuadros de la vida bandolera, que ya hemos visto en otras producciones de Lope, están ennoblecidos y mejorados aquí por el sentimiento religioso y patriótico, que no abandona á Pedro y á los suyos aun en medio de sus mayores desafueros y rapiñas.

Con esta acción principal se entreteje otra accesoria, que es el suplicio de los abencerrajes, conforme al relato de Ginés Pérez de Hita, seguido con más fidelidad que en *La Envidia de la nobleza*, pero prescindiendo también de la acusación y defensa de la Sultana. Esta parte de la comedia vale menos que lo referente á Pedro Carbonero, pero hubo de hacer mucho efecto en el vulgo la escena en que se corre la cortina y aparecen sobre la mesa del festín las cabezas de los abencerrajes degollados.

El mérito principal de esta *tragicomedia* consiste, sin duda, en el vigoroso carácter del héroe plebeyo Pedro Carbonero, y en algunos trozos líricos, como este cantarcillo del primer acto:

Riberitas hermosas
De Darro y Genil,
Esforzad vuestros aires,
Que me abraso aquí.
Hermosas riberas
Donde yo nací,
La que fué mi muerte,
En vosotras ví:
En el fuego es Julio,
Y en la vista Abril.
Orillas hermosas
Que el cristal cubrís,
Tened, que me muero,
Lástima de mí.
Si encubre las llamas
De nieve y jazmín,
Esforzad vuestros aires,
Que me abraso aquí.

La dedicatoria del *Pedro Carbonero* es curiosa para la historia literaria. Va dirigida al joven é ingenioso poeta sevillano D. Diego Félix de Quixada y Riquelme,

autor de 80 sonetos, que tituló *Soliadas* por tratarse en ellos únicamente de las propiedades y efectos del Sol, aplicándolos á la hermosura de una dama á quien llamó *Finelda*. Estos sonetos, muy resabiados de culteranismo, pero no de tal suerte que ofusque por completo los destellos de la viva imaginación de su autor, merecieron los mayores elogios de poetas tan ajenos de esa tendencia como el clásico y severo D. Juan de Arguijo y el terso y llano Lope de Vega, que no sólo en la dedicatoria de esta comedia, sino en una carta que va al frente de las *Soliadas*, manifestó la intención de honrar estos sonetos, imprimiéndolos con otras rimas suyas. No hay vestigio de que esto se realizase, y á mi juicio las *Soliadas* han permanecido inéditas hasta nuestros días, en que por diligencia del Marqués de Jerez de los Caballeros, tan benemérito de nuestra antigua literatura poética, han visto la luz en elegante edición, ajustada al manuscrito original, con fecha de 1619, que poseía el difunto bibliófilo D. José Sancho Rayón (1).

Hizo Lope de Vega grande aprecio del ingenio de Quixada y Riquelme, dirigiéndole, además de esta comedia, la epístola cuarta de las que imprimió con la *Filomena* en 1621, y mencionándole al lado de Jáuregui en otra epístola que con el título de *El Jardín* dedicó al licenciado Francisco de Rioja:

Aquí don Juan de Jáuregui, en la mano
De Apolo el arco y el pincel de Apeles;
Aquí *don Diego Félix*, sevillano.

Hubo de malograrse muy joven este ingenio, puesto que ya en el *Laurel de Apolo*, publicado en 1630, se le dedica este elogio fúnebre:

Mas despertar en su lugar le agrada
La memoria llorosa
De aquel joven *don Diego de Quijada*,
Que la muerte envidiosa,
Transformada en arado,
Cortó sin tiempo, como flor en prado.....,

Y añade Lope, muy profundamente conmovido al parecer:

Que vive en mí la fe de aquel amigo
Por quien mi musa trágica suspira,
Como cuando vivió, después de muerto,
Y morirá conmigo.
. . . . . .

Había puesto en relación á ambos poetas el secretario del Duque de Alcalá, Juan Antonio de Ibarra, que en el rarísimo libro titulado *Encomio de los ingenios sevi-*

(1) *Soliadas de D. Diego Félix de Quixada y Riquelme. Dedicadas en* 1619 *á D. Francisco de Guzmán, Marqués de Ayamonte..... Sevilla. En la oficina de E. Rasco.....* 1887; 4.° Con un erudito prólogo del malogrado humanista D. José Vázquez y Ruiz.

llanos en la fiesta de los Santos Ignacio de Loyola y Francisco Xavier (1623), hace de D. Diego Félix, triunfador en varios premios de aquel certamen, los más frecuentes y pomposos elogios.

Lope aprovechó la ocasión de esta dedicatoria (la de *Pedro Carbonero*) para zaherir de paso á los ingenios anochecidos y tenebrosos, entre los cuales, sin grave cargo de conciencia, hubiera podido incluir á su patrocinado D. Diego. Y muéstrase quejoso también de las necias censuras de los presumidos de gramáticos, añadiendo esta frase feliz: «Si algo me debe mi lengua, no quiero yo decirlo si ella no lo dice.» Es digno de notarse también el elogio de D. Juan de Arguijo: «Caballero en todo rigor científico, y de integridad y costumbres dignas de mayor fortuna, si su filosofía cristiana, con naturaleza de armiño, no la cerrara el paso.» Para aclararar estas alusiones sería preciso engolfarnos en la biografía de aquel varón eminente; materia que no es para tratada de paso ni en este lugar.

V.—EL REMEDIO EN LA DESDICHA.

Dice nuestro autor en la dedicatoria de esta comedia á su hija Marcela, que la escribió *en sus tiernos años.* Puede ser la misma que con el título de *Abindarráez y Narváez* se designa en la primera lista de *El Peregrino* (1604), pero seguramente Lope debió de retocarla mucho para incluirla en su *Parte XIII* (1620), porque es una de sus comedias mejor escritas y nada tiene de la inexperiencia propia de la primera juventud. Ha sido reimpresa en el tomo III de la colección selecta de Hartzenbusch.

La fuente única de este poema dramático está indicada con toda precisión por el autor mismo en estas líneas: «Escribió la historia de Jarifa y Abindarráez, Montemayor, autor de la *Diana*, aficionado á nuestra lengua con ser tan tierna la suya, y no inferior á los ingenios de aquel siglo; de su prosa, tan celebrada entonces, saqué yo esta comedia. Allí pudiérades saber este suceso, que nos calificaron por verdadero las corónicas de Castilla en las conquistas del reino de Granada.....»

De la certidumbre del hecho, aunque en sí mismo nada tenga de inverosímil y extraordinario, puede dudarse algo, puesto que el primer historiador propiamente tal que le menciona, es Gonzalo Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía* (1588, fol. 296), autor muy docto, pero algo crédulo y muy inclinado á leyendas y anécdotas poéticas y caballerescas. De todos modos, el principal personaje, Rodrigo de Narváez, es enteramente histórico, y Hernando del Pulgar hizo honrosa conmemoración de él en el título XVII de sus *Claros varones de Castilla:* «¿Quién fué visto ser más industrioso ni más acepto en los actos de la guerra que Rodrigo de Narvaez, Caballero fijodalgo, á quien por notables hazañas que contra los moros fizo, le fué cometida la cibdad de Antequera, en la guarda de la qual, y en los vencimientos que fizo á los Moros, ganó tanta fama y estimacion de buen caballero, que ninguno en sus tiempos la ovo mayor en aquellas fronteras?» Pero ni

el cronista de la Reina Católica, ni Ferrant Mexía, el autor del *Nobiliario vero* (1492), que se gloriaba de contar entre sus parientes á Narváez, á quien llama «caballero de los bienaventurados que ovo en nuestros tiempos, desde el Cid acá, batalloso é victorioso» (lib. II, cap. XV), se dan por enterados de su célebre acto de cortesía con el prisionero abencerraje. Es cierto que al fin de la *Historia de los Árabes*, de D. José Antonio Conde, se estampa, con el título de *Anécdota curiosa* (1), este mismo cuento, y aun se añade que «la generosidad del alcayde Narvaez fué muy celebrada de los buenos caballeros de Granada y *cantada en los versos de los ingenios de entonces*». Pero semejante noticia tiene trazas de ser una de las muchas invenciones y fábulas de que está plagado el libro de Conde, y, por otra parte, basta leer su breve relato de la aventura para comprender que no está traducido de ningún texto arábigo, sino extractado de cualquiera de las novelas castellanas que voy á citar inmediatamente. Arrastrado quizá por la autoridad que en su tiempo se concedía á la obra de Conde, y más aún por el justo crédito de Argote, todavía D. Miguel Lafuente Alcántara en su elegante *Historia de Granada* (2), dió cabida á la anécdota del moro. Y, sin embargo, bien puede sospecharse que Argote no conocía la historia de los amores de Abindarráez más que por el *Inventario* de Villegas, á quien cita, ni Conde más que por ese mismo libro, ó más probablemente por la *Diana enamorada*.

Pasando, pues, del campo de la historia al de la amena literatura, nos encontramos con dos narraciones novelescas, casi idénticas en lo sustancial, y que á primera vista pueden parecer copia la una de la otra. La más breve, la más sencilla, la que con toda justicia puede considerarse como un dechado de afectuosa naturalidad, de delicadeza, de buen gusto, de nobles y tiernos afectos, en tal grado que apenas hay en nuestra lengua novela corta de su género que la supere, es la que fué impresa por dos veces en la miscelánea de verso y prosa que, con el título de *Inventario*, publicó un tal Antonio de Villegas en Medina del Campo. La primera edición de este raro libro es de 1565, la segunda de 1577; pero consta en ambas que la licencia estaba concedida desde 1551, circunstancia muy digna de tenerse en cuenta por lo que diremos después (3).

Algo amplificada esta historia, escrita con más retórica, y afeada con unas sexti-

---

(1) *Historia de la dominación de los Árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas, por el Dr. D. José Antonio Conde.....* Tomo III (Madrid, 1821), páginas 262-265.

(2) Tomo II (edición de París, Baudry, 1852), páginas 42-45.

(3) *Inventario de Antonio de Villegas, dirigido á la Magestad Real del Rey Don Phelippe, nuestro señor..... En Medina del Campo impresso por Francisco del Canto. Año de* 1565. *Con previlegio.* 4.°

Inventario de Antonio de Villegas..... Va agora de nuevo añadido un breue retrato del Excelentissimo Duque de Alua..... Impresso en Medina del Cãpo por Francisco del Canto, 1577. *A costa de Hieronymo de Millis, mercader de libros.* 8.°

Amplios extractos de este libro, y entre ellos la novela del *Abencerraje*, reproducida con

nas de pésimo gusto, se encuentra inoportunamente intercalada en el libro IV de la *Diana* de Jorge de Montemayor; pero entiéndase bien: no en las primeras ediciones, sino en las posteriores al mes de Febrero de 1561, en que Montemayor fué muerto violentamente en el Piamonte. El plagio ó superchería se cometió poco después de su muerte por editores codiciosos de engrosar el volumen del libro con ésta y otras impertinentes añadiduras, que ya figuran en una edición de Valladolid, comenzada el mismo año de 1561, y terminada en 7 de Enero de 1562. De allí pasaron á todas las posteriores, que son innumerables (1).

Basta comparar el texto malamente atribuído á Jorge de Montemayor, con el de Villegas, para ver que el primero está servilmente calcado sobre el segundo. Poco importa saber quién hizo tal operación, ni es grave dificultad el que la *Diana* de Valladolid estuviese ya impresa en 1561, mientras que el *Inventario* no lo fué hasta 1565, pues sabemos que estaba aprobado desde 1551, aunque el autor, por motivos que se ignoran, dejase pasar quince años sin hacer uso de la cédula regia,

---

entera sujeción á la ortografía y puntuación del original, se hallan en el libro de D. Cristóbal Pérez Pastor, *La Imprenta en Medina del Campo* (Madrid, 1895), páginas 199-218.

El mérito de haber renovado en nuestro siglo la memoria, ya casi perdida, de este sabroso cuento, corresponde al bibliófilo D. Benito Maestre, que llegó á reunir una colección muy numerosa y selecta de antiguas novelas castellanas, incorporada hoy á la Biblioteca Nacional. Maestre fué quien en 1845 hizo imprimir en uno de los periódicos ilustrados de entonces, *El Siglo Pintoresco* (tomo I, páginas 8-16), la historia de Jarifa y el Abencerraje, que todavía se popularizó más cuando fué incluída por Aribau en el tomo de *Novelistas anteriores á Cervantes* de la Biblioteca de Rivadeneyra. Desde entonces se ha reimpreso varias veces, mereciendo especial recuerdo la linda reproducción fototipográfica de la segunda edición de Medina, hecha por el difunto bibliófilo D. José Sancho Rayón.

(1) Es problema bibliográfico no resuelto aún, el de averiguar en qué año fué impresa por primera vez la *Diana*. El docto hispanista inglés James Fitz-Maurice Kelly ha probado, á mi ver de un modo convincente (Vid. *Revue Hispanique*, Noviembre de 1895, páginas 304-311), que las supuestas ediciones de 1530, 1542 y 1545, ni existen ni han podido existir, y que el libro apareció, según toda probabilidad, entre 1558 y 1559.

La edición de Valencia que poseyó Salvá (núm. 1.909 de su Catálogo), y que puede muy bien ser la primera, no tiene año, ni tampoco otra rarísima de Milán que tengo entre mis libros, y que no he visto descrita en ninguna parte:

Diana. Los siete libros de la Diana de Jorge de Monte Mayor. Á la ylustre Señora Barbara Fiesca Cauallera Vizconde. Con preuilegio que nadie lo pueda vender, ni imprimir en este estado de Milan sin licencia de su Autor. So la pena contenida en el original.

8.°; cuatro hojas preliminares y 188 páginas dobles. Al fin de la última se lee: *In Milano per Andrea de Ferrari nel corso di porta Tosa.*

Los preliminares son: dedicatoria de Montemayor á la Sra. Bárbara Fiesca; sonetos laudatorios de Luca Contile (en italiano), D. Gerónimo de Texeda y Hieronimo Sampere.

Constando por testimonio de Fr. Pedro Ponce, en su *Clara Diana* (1599), que en 1559 Montemayor estaba todavía en España, y constando, por otra parte, su muerte violenta en el Piamonte á principios de 1561, debe inferirse que esta edición, hecha en Italia por su propio autor y con nueva dedicatoria suya, ha de ser de 1560.

con lo cual vino á caducar, y tuvo que solicitar otra. Pudo llegar el manuscrito á noticia de muchos, y pudo el impresor Francisco Fernández de Córdoba, ó cualquier otro, copiar de él la historia del Abencerraje para embutirla en la *Diana;* pero si tal cosa sucedió, ¿no parece extraño que Antonio de Villegas, vecino de Medina del Campo, y que debía de estar muy enterado de lo que pasaba en la vecina Valladolid, no hubiese reivindicado de algún modo la paternidad de obra tan linda? El silencio que guarda es muy sospechoso, y unido á otros indicios que casi constituyen prueba plena, me obligan á afirmar que tampoco él es autor original del *Abencerraje.*

Ante todo, le creo incapaz de escribirle. Hay en el *Inventario* algunos versos cortos agradables, en la antigua manera castellana; pero la prosa de una novelita pastoril que allí mismo se lee, con el título de *Ausencia y soledad de amor*, forma perfecto contraste, por lo alambicada, conceptuosa y declamatoria, con el terso y llano decir, con la sublime sencillez de la historia de los amores de Jarifa. Es humanamente imposible que el que escribió la primera pueda ser autor de la segunda. Villegas es tan plagiario como el autor de la versión impresa con la *Diana.*

Existe, en efecto, un rarísimo opúsculo gótico sin año ni lugar (probablemente Zaragoza), cuyo título dice así: *Parte de la Corónica del ínclito infante D. Fernando que ganó á Antequera: en la qual trata como se casaron a hurto el Abendarraxe Abindarraez con la linda Xarifa, hija del Alcayde de Coin, y de la gentileza y liberalidad que con ellos usó el noble caballero Rodrigo de Narbaez, Alcaide de Antequera y Alora, y ellos con él.* Es anónimo este librillo, y va encabezado con la siguiente dedicatoria:

«Al muy noble y muy magnífico señor el Sr. Hieronymo Jimenez Dembun, señor de Bárboles y Huytera, mi señor.

»Como yo sea tan aficionado servidor de vuestra merced, muy noble y muy magnífico señor, como de quien tantas mercedes tengo recebidas, y á quien tanto debo; deseando que se ofresciese alguna cosa en que me pudiese emplear para demostrar y dar señal desta mi aficion; *habiendo estos dias pasados llegado á mis manos esta obra ó parte de corónica que andaba oculta y estaba inculta, por falta de los escriptores*, procuré, con fin de dirigirla á vuestra merced, lo menos mal que pude sacarla á luz, enmendando algunos defectos de ella. *Porque en partes, estaba confusa y no se podia leer, y en otras estaba defectiva, y las oraciones cortadas, y sin dar conclusion á lo que trataba*, de tal manera que aunque el suceso era apacible y gracioso, *por algunas impertinencias que tenia, la hacian áspera y desabrida.* Y hecha mi diligencia, como supe, comuniquéla á algunos mis amigos, y parecióme que les agradaba: y así me aconsejáron y animaron á que la hiziese imprimir, mayormente por ser obra acaescida en nuestra España.....»

Esta crónica, aunque ha llegado á nosotros incompleta en el único ejemplar que de ella existe, ó existía en tiempo de Gallardo, concuerda, según declaración del mismo erudito, con el texto de Antonio de Villegas, que no hizo más que retocar y modernizar algo el lenguaje. Y realmente, en las primeras líneas, que Gallardo

transcribe como muestra, no se advierte ninguna variante de importancia (1).

Consta, por tanto, que antes de 1551, en que Villegas tenía dispuesto para salir del molde su *Inventario*, corría por España una novela del moro Abindarráez igual á la que él dió por suya; y que tampoco ésta era original, sino refundición de un pedazo de crónica que andaba *oculta*, *inculta y defectiva*, y que muy bien podía remontarse al siglo XV, aunque no la creemos anterior al tiempo de los Reyes Católicos, por el anacronismo de suponer á Rodrigo de Narváez alcaide de Álora, que no fué conquistada hasta la última guerra contra los moros granadinos.

Muy natural parece que la hazaña de Rodrigo de Narváez, antes de ser cantada en prosa, diera tema á algunos romances fronterizos. Pero si existieron, no queda ninguno, á menos que no quiera tenerse por rastro de ellos el cantarcillo no asonantado que Villegas pone en boca del moro antes de su encuentro con Narváez:

Nascido en Granada,
Criado en Cartama,
Enamorado en Coín,
Frontero de Álora (2).

Los romances que hoy tenemos sobre este argumento, todos, sin excepción, son artísticos, y han salido del *Inventario* ó de la *Diana*, principalmente de esta última. Abre la marcha el librero valenciano Juan de Timoneda con el interminable y prosaico *Romance de la hermosa Jarifa*, inserto en su *Rosa de amores* (1573): siguióle, aunque con menos pedestre numen, el *escriptor* ó escribiente de la Univer-

---

(1) Encontró Gallardo este desconocido opúsculo en la biblioteca de Medinaceli, encuadernado con una *Diana*, edición de Cuenca, por Juan de Canova, 1561. Nos hemos valido del extracto que formó aquel incomparable bibliógrafo, y que se conserva entre el grandísimo número de papeles suyos recientemente descubiertos, y que, Dios mediante, se han de publicar como quinto tomo de su *Ensayo*.

Nada puedo decir de otro libro que se cita con el título de *El moro Abindarraez y la bella Xarifa, novela. Toledo, por Miguel Ferrer, 1562.* En 12.°

(2) En la *Diana* están glosados de esta manera:

En Cartama me he criado,
Naci en Granada primero,
Mas fuí de Alora frontero,
Y en Coyn enamorado.
Aunque en Granada nací
Y en Cartama me crié,
En Coyn tengo mi fe
Con la libertad que dí.
Allí vivo donde muero,
Y estoy do está mi cuidado,
Y de Alora soy frontero,
Y en Coyn enamorado.

Lope los reprodujo á la letra.

sidad de Alcalá de Henares, Lucas Rodríguez, que en su *Romancero historiado* (1579) tiene dos romances sobre el asunto: le trató luego con gran prolijidad Pedro de Padilla, versificando en cinco romances el texto atribuído á Montemayor: trabajo tan excusado como baladí (1583): Jerónimo de Covarrubias Herrera, vecino de Rioseco, se limitó á un solo *Romance de Rodrigo de Narváez*, que insertó en su novela pastoril *La enamorada Elisea* (1594). Todo esto apenas pertenece á la poesía, pero no sucede lo mismo con un romance anónimo, de poeta culto, que comienza así:

Ya llegaba Abindarráez—á vista de la muralla.....,

y con otro que puso nuestro Lope en su *Dorotea:*

Cautivo el Abindarráez—del alcaide de Antequera..... (1).

Todas estas variaciones sobre un mismo tema poético prueban su inmensa popularidad, á la cual puso el último sello Cervantes, haciendo recordar á D. Quijote, entre los desvaríos de su imaginación después de la aventura de los mercaderes toledanos (Parte primera, cap. v), «las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él habia leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe». Después de tan alta cita, huelga cualquiera otra; pero no quiero omitir la indicación de un poema en octavas reales y en diez cantos, tan tosco é infeliz como raro, que compuso en nuestra lengua un soldado italiano, Francisco Balbi de Correggio (1593), con el título de *Historia de los amores del valeroso moro Abinde-Arraez y de la hermosa Xarifa* (2).

Por tan largo camino hemos venido á parar á la linda comedia de Lope, quien para componerla no tuvo presente más libro que la *Diana*, ni le necesitaba tampoco, puesto que todos los autores, prosistas y poetas no han hecho más que copiarse unos á otros, y todos al anónimo cronista primitivo. Estando tan á la mano de cualquiera el relato de Villegas en la *Biblioteca de Rivadeneyra*, y el de la *Diana* en múltiples ediciones, alguna de ellas de nuestro siglo, juzgo de todo punto superfluo el extractarlos, bastando recordar los principales puntos de la leyenda, tal como la resume el licenciado Alonso García de Yegros en su *Historia* (manuscrita) de la ciudad de Antequera, escrita por los años de 1609 (3):

«Entre otras hazañas que dicen hizo Rodrigo de Narváez, no es de menor me-

---

(1) Los romances relativos á Abindarráez figuran en la colección de Durán con los números 1.089 á 1.094, pero hay que añadir los de Padilla, que sólo se encuentran en su *Romancero*, reimpreso por la Sociedad de Bibliófilos españoles en 1880 (páginas 220-241); el de Jerónimo de Covarrubias (fol. 245 de *La enamorada Elisea*), y quizá algún otro que no recuerdo.

(2) *Historia de los amores del valeroso moro Abinde-Arraez y de la hermosa Xarifa Abencerases. Y la battalla que hubo con la gente de Rodrigo de Narbaez á la sazon Alcayde de Antequera y de Alora, y con el mismo Rodrigo. Vueltos en verso por Francisco Balbi de Correggio..... En Milan, por Pacifico Poncio, 1593.*

(3) *Tratado de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Antequera, en la provincia de Andalucia, y relacion de sus privilegios y libertades....., ordenado por el licenciado Alonso García de*

moria la gran liberalidad que tuvo con Abindarráez, moro de Granada del linaje de los Abencerrajes; *si es verdad lo que della se refiere, que yo no la testifico por no hallarla en autores graves.....* Y fué que saliendo este Alcaide una noche de Antequera con diez caballeros, se dividieron en dos caminos, con orden que si se les ofreciere necesidad, llamasen los unos á los otros.

»Los cinco encontraron con aquel moro, que venía solo; y aunque lo acometieron para rendirlo, él se defendió tan bien, que traia á mal andar á sus contrarios.

»A esta escaramuza acudió Rodrigo de Narváez, y visto que sólo era un moro el que peleaba, quiso de persona á persona combatir con él, y tanto fué el valor del Alcaide, que al fin rindió al moro, en extremo valiente caballero.

»Con esta contraria fortuna que se le había seguido, el Abencerraje mostró suma tristeza, más de la que un hombre tan valeroso como él debiera en contrarios trances de guerra; y Rodrigo de Narváez, deseoso de saber la causa, le preguntó que cómo sentía tan demasiadamente su cautiverio. El moro le dixo que él iba á ver á una dama á la villa de Coin, con quien se habia de casar; y con aquel contrario suceso se le impedía el mayor bien que podía tener ni desear. Rodrigo de Narváez le tomó la palabra y fee de que habiéndose visto con Jarifa (que así se decía la dama) volvería á su cautiverio. El moro la dió y siguió su viaje con la licencia que el Alcaide le dió.

»Abindarráez, después de haber hablado con la mora, le dió larga cuenta de todo lo que le había sucedido con el Alcaide de Antequera, y que necesariamente había de volver á su poder y cautiverio. Y así concertaron ir á Antequera juntos, donde se entregaron en manos de Rodrigo de Narváez, el cual escribió al Rey de Granada para que mandase al padre de Jarifa la perdonase por haberse casado sin su licencia, y recibiese al Abencerraje por su yerno. Y así lo mandó el Rey, y Rodrigo de Narváez les dió liberalmente libertad, y se volvieron los moros á sus tierras, bien agradecidos de las mercedes que dél habían recibido. Fué esto por los años de 1410.»

Tal es el esqueleto de la leyenda; pero su lindísimo desarrollo debe estudiarse en la narración impresa por Villegas, que está llena de rasgos encantadores de pasión ingenua, de discreta cortesía, y es toda ella un bizarro alarde y competencia de generosidad é hidalguía entre el moro y el cristiano: tipo el más puro, así como fué el primero, de la novela granadina (cuya descendencia llega hasta *El último Abencerraje* de Chateaubriand), y joya, en suma, de tal precio que ni siquiera queda ofuscada por los mejores capítulos de Ginés Pérez de Hita, ni por esta misma comedia de Lope, con ser excelente. Con candoroso, pero no irracional entusiasmo, escribió D. Bartolomé Gallardo al fin de la novelita, en su ejemplar del *Inventario*: «Esto parece que está escrito con pluma del ala de algún ángel.»

Yegros, tesorero y canónigo de la santa iglesia de la ciudad de Baza, y natural de Antequera. (Escribía por los años de 1609.) Manuscrito de la Biblioteca Colombina, extractado por Gallardo, *Ensayo*, núm. 4.425. Tratan de Rodrigo de Narváez los capítulos XXIV á XXVI, y se insertan unas octavas de arte mayor, seguramente del siglo XV, contando una batalla que tuvo Narváez en la vega de Antequera, junto á la torre de la Matanza, con el moro Alibero.

Aunque Lope no cita *El Abencerraje* impreso en Medina, puede decirse que el plan de su drama está calcado sobre aquel excelente original, pues en esta parte no hay diferencia alguna entre aquel texto y el de la *Diana*. Lo único que hizo fué alterar, para mayor efecto dramático, el orden de las situaciones, poniendo en acción gran parte de lo que en la novela es narración hecha por el mismo abencerraje. Tuvo el buen gusto de respetar la sencillez del asunto, si bien trató demasiado prolijamente, no sin mengua de la unidad de interés, el episodio de los amores de Narváez con la mora Alara, y de los celos de su marido. En la novela de Villegas, este incidente, que sólo tiene por objeto mostrar la magnanimidad de Narváez, vencedor de su pasión en aras del honor, es mucho más poético y mejor concertado. Pero el interpolador de la *Diana* tuvo la infeliz ocurrencia de suprimirle, y Lope, que seguramente conocía también el otro texto, debia de recordarle de un modo muy confuso, puesto que hace mora á la dama, falsea el carácter del marido y omite los pormenores más poéticos, como puede verse por el extracto que ponemos al pie (1).

---

(1) «Este caballero fué primero Alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor deste caballero, amaba á su marido tanto, que hacía poco caso dél. Aconteció así, que un día de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavilán, como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo: «¿Qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? »Pues hágoos saber, que cuando el Alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y »así los mata.»

»Ella, fingiendo no le conocer, le preguntó quién era. «Es el más valiente y virtuoso caba»llero que yo hasta hoy vi.» Y comenzó á hablar dél muy altamente, tanto, que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: «Pues ¡cómo, los hombres están enamorados deste caballero, »y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto, yo estaré bien disculpada de lo que por »él hiciere, pues mi marido se ha informado de su derecho.»

»Otro día adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer, aunque no dió crédito á ello, acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado; mas con todo eso, á la hora concertada, muy á recaudo, fué á ver á la dama, que le estaba esperando en un lugar secreto; y así ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo había sido requerida. Pensaba también en la fortuna que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla más, y pasando por todos ellos le recebió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas le dijo: «Señor Rodrigo de Narváez, yo soy vues»tra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis »á mí, que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas, os aprovecharon poco »conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en »el estado que agora estoy.»

»Tras esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo: «Y cierto, señor,

Aparte de este defecto, que es grave, pero que no recae sobre el fondo de la obra, sino sobre una porción de ella que fácilmente puede ser desmembrada sin daño de la integridad del poema, son muy raras las aberraciones del gusto en esta comedia, sin que apenas pueda señalarse otra que las ridículas octavas en esdrújulos con que empieza el acto tercero, y son un pueril ensayo de gimnasia métrica, indigno de un versificador del temple de Lope, que por desgracia le repitió en otras ocasiones. Todo lo demás es limpio, correcto, afectuoso, bizarro, como lo pedía el argumento, tan análogo á la índole y al genio de nuestro poeta. El lenguaje del amor suena como deliciosa música en los coloquios de Jarifa y Abindarráez, y lo mismo las gentiles estancias líricas que las populares redondillas, se deslizan, como de fuente perenne, con aquella galana fluidez que es dote característica de Lope, y hace que sus versos venzan en facilidad á la más fácil prosa, sin confundirse jamás con ella:

JARIFA.

Amor que celos no sabe,
Amor que pena no tiene,
A mayor perfección viene,
Y á ser más dulce y süave.
Quiéreme bien como hermano:
No te aflijas ni desveles,
Sigue el camino que sueles,
Verdadero, cierto y llano.

. . . . . .

ABINDARRÁEZ.

¡Ah, hermana! ¡Pluguiera á Alá
Que vuestro hermano no fuera,
Y que este amor fin tuviera,
Que el de mi vida será,
Y que celos y querellas
Tuviera más que llorar,
Que arenas tiene la mar
Y que tiene el cielo estrellas!

»vos debéis á mi marido más que él á vos.» Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía á quien dél decía tantos bienes; y apartándose afuera, dijo: «Por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de »aquí adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre que tan aficionadamente ha hablado de »mí, haga yo tan cruel daño; antes, de hoy más he de procurar la honra de vuestro marido como »la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo.» Y sin aguardar más, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad. El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento, y alabándole mucho, él dijo que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió: «Por Dios, señor, yo no quisiera »servidor tan virtuoso; mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera, y »pudo más con él la honra del marido, que la hermosura de la mujer.» Y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.»

Por bienes que son tan raros,
Era poco un mal eterno;
Qué penas! las del infierno
Eran pocas por gozaros.....

Por la singularidad del caso advertiré que hay en esta pieza un soneto que es imitación muy bien hecha de un célebre epigrama latino de Ausonio, *Armatam Pallas Venerem Lacedæmone visens*, que nadie esperaría encontrar en una comedia de moros y cristianos, y puesto en boca del Alcaide de Antequera:

Bañaba el sol la crespa y dura cresta
Del fogoso león por alta parte,
Cuando Venus lasciva y tierno Marte,
En Chipre estaban una ardiente siesta.
La diosa, por hacerle gusto y fiesta,
La túnica y el velo deja aparte;
Sus armas toma, y de la selva parte,
Del yelmo y plumas y el arnés compuesta.
Pasó por Grecia, y Palas vióla en Tebas,
Y díjole: «Esta vez tendrá mi espada
Victoria igual de tu cobarde acero».
Venus le respondió: «Cuando te atrevas,
Verás cuánto mejor te vence armada
La que desnuda te venció primero».

Y apuntemos de paso otra curiosidad de historia literaria. En *El remedio en la desdicha* (acto primero) se encuentran dos redondillas que, repetidas casi á la letra en *El condenado por desconfiado* (1), han dado pie, juntamente con otros indicios, para que algunos atribuyan á Lope de Vega este grandioso drama:

Mira no entienda de ti
Que de su amor no te fías,
Pues viendo que desconfías,
Todo lo ha de hacer ansí.

---

(1) En *El condenado por desconfiado* dice el viejo Anareto, padre del bandolero Enrico:

Y nunca entienda de ti
Que de su amor no te fías,
Pues viendo que desconfías,
Todo lo ha de hacer así.
Con tu propio ser la iguala;
Amala, sirve y regala;
Con celos no la des pena,
Porque la mujer no es buena
Si ve que piensan que es mala.

Notó esta singular coincidencia el malogrado crítico D. Manuel de la Revilla (*Obras*....., 1883, página 358), y es claro que por sí sola no decide la cuestión; pero unida á las reminiscencias de *La buena guarda* que hay en *El condenado*, da que pensar mucho.

Amala, sirve y regala;
Con celos no la des pena,
Porque la mujer no es buena
Si ve que piensan es mala.

No hay en esta comedia de Lope imitación directa de ningún romance ajeno, pero domina en toda ella el tono de los romances moriscos más bien que el de los fronterizos; la gala y pompa de los primeros, más bien que el arranque épico de los segundos. Parece que la dicción del poeta quiere emular el lujo de los arreos con que se atavía y previene el gallardo Abindarráez para festejar á la señora de sus pensamientos:

Dame una marlota rica,
Llena de aljófar y perlas,
Que ha de verme y ha de verlas
Quien al sol su lumbre aplica.
Dame un hermoso alquicel
Ó bordado capellar,
Y también me puedes dar
Alguna banda con él.
Dame bonete compuesto
De mil tocas y bengalas
Y plumas, porque no hay galas
Que luzgan sin plumas: presto.
Dame una manga bordada
De aljófar y oro, á dos haces.
Los amores son rapaces:
Con rapacejos me agrada.
Dame borceguí de lazo,
Y acicate de oro puro,
Y porque vaya seguro,
Ensillarásme el picazo.
Ponle una mochila azul
Y un freno de campanillas,
La más fuerte de mis sillas
Y una adarga de Gazul;
Una lanza de dos hierros,
Que los extremos se igualen,
Por si al camino me salen
Algunos cristianos perros.....

La misma abundancia y lozanía, que rayan en pródigas sin tocar en viciosas, hay en los dos bellos romances «Famoso alcaide de Alora» y «Llegó á Cartama Celindo», que sirven á Lope en los actos segundo y tercero de su comedia para condensar la historia del abencerraje, y que seguramente exceden á todos los que se han escrito sobre el mismo argumento.

El remedio en la desdicha, por el mérito constante de su locución y estilo, por la

nobleza de los caracteres, por la suavidad y gentileza en la expresión de afectos, por el interés de la fábula, y aun por cierta regularidad y buen gusto, es la mejor comedia *de moros y cristianos* que puede encontrarse en el repertorio de Lope, y aun en todo el Teatro español, teniendo entre las comedias de su género la misma primacía que su modelo *El Abencerraje* entre las novelas.

VI.—LOS HECHOS DE GARCILASO DE LA VEGA Y MORO TARFE.

Comedia inédita hasta ahora. Imprímese por el manuscrito de la Biblioteca Nacional, que perteneció antes á D. Cayetano Alberto de la Barrera; copia antigua, pero no muy correcta, adquirida por él en la almoneda de los libros de D. José de Gámez. Al frente puso aquel insigne bibliógrafo la siguiente nota, que reproducimos con su peculiar ortografía:

«La *Comedia de los Hechos de Garcilaso de la Vega y moro Tarfe*, compuesta por Lope de Vega, y por él menzionada con el simple título de *Garcilaso de la Vega*, es completamente inédita: la gloria de su descubrimiento me perteneze. Casi puede decirse que ni aun constaba como perdida; puesto que enlazándose tambien el argumento de la titulada *El cerco de Santa Fé*, incluida en la *Primera parte* de Comedias de El mismo Autor, con el dudoso hecho de ese tal Garcilaso, jeneralmente se calculaba que debian de ser una misma pieza. Pero solo tienen de comun el asedio de la ziudad ó el triunfo del *Ave María*.»

Razón tenía Barrera para estar ufano de su hallazgo, porque la presente comedia es, sin disputa, la más antigua de cuantas conocemos de Lope. Y al decir esto no me olvido de *El verdadero amante*, que Lope llamó *primera comedia suya*, y que acaso lo sea, pero que de seguro fué refundida por él antes de imprimirla, como lo prueba la división en tres actos, que no es la que Lope usó en sus primeros ensayos, según resulta de estas terminantes palabras del *Arte nuevo de hacer comedias:*

> Y yo las escribí de *once* y *doce* años,
> De á *cuatro* actos y de *á cuatro* pliegos,
> Porque cada acto un pliego contenía

La única comedia de Lope en cuatro actos es el *Garcilaso*, y por consiguiente, la única muestra de sus comedias infantiles, de las que componía á los once y doce años. Por el estilo y la traza se parece esta comedia á las de Juan de la Cueva. Por la valentía y brillo de la versificación, por el instinto de las situaciones dramáticas, por la soltura del diálogo, y sobre todo por el hábil empleo de la poesía popular, las deja á larga distancia, y no puede ser más que de Lope. ¡Y esto lo escribía un niño de doce años! Digamos con un antiguo poeta nuestro:

> Los Hércules que mandan la fortuna,
> Doman los monstruos en la misma cuna.

La hazaña de Garcilaso de la Vega á que esta pieza se refiere, es no sólo *dudosa*, como dice Barrera, sino enteramente fabulosa; pero, como todas las leyendas, nació de varios datos históricos confundidos ó mal interpretados. Su proceso es verdaderamente curioso. Hubo, es cierto, un Garcilaso entre los conquistadores de Granada, pero fué personaje bastante obscuro, de quien no constan particulares empresas. Su apellido, sin embargo, y su asistencia en aquella jornada, sugirieron á la fantasía de algún cantor popular la extraña amalgama de especies genealógicas y heráldicas que vamos á deslindar.

La ilustre y antigua familia de los Lasos de la Vega debe su apellido, según es notorio, no á las hazañas que hiciesen en la vega de Granada, como creyó el autor del romance, sino á la circunstancia de tener su solar en la vega montañesa donde hoy se levanta la rica y floreciente villa de Torrelavega, segunda en vecindario é importancia entre las poblaciones de la actual provincia de Santander (1). La notoriedad de este linaje comienza en Garcilaso de la Vega, llamado *el Viejo*, Merino mayor de Castilla, gran privado de Alfonso XI y víctima del furor popular, que le dió cruda muerte en la iglesia de San Francisco de Soria el año 1326, del modo que se refiere en la *Crónica* de aquel Monarca. Hijos suyos fueron Garcilaso y Gonzalo Ruiz de la Vega, que en la batalla del Salado (1340) fueron los primeros en pasar la puente y herir en el haz de los musulmanes. «Et estos caballeros estidieron muy firmes, sufriendo muchas azagayadas et espadadas, et dando muchos golpes en los moros; pero los moros eran muchos y los cristianos pocos et estaban en grande afincamiento.» Nada más que esto dice la *Crónica* (cap. CLIII), y no es pequeña gloria para los dos adalides montañeses el haber llevado la vanguardia en tal jornada, decidiendo con su impetuoso arranque lo que la excesiva prudencia ó la mala voluntad de D. Juan Manuel parecía querer retardar en aquel momento supremo. Pero los genealogistas no se dieron por contentos con tan poca cosa, é inventaron el encuentro y desafío de Garcilaso con un moro que llevaba atado á la cola del caballo un listón con las letras del *Ave María*, letras que Garcilaso puso en su escudo, después de vencido y muerto el insolente moro. De este modo lo cuentan, siempre con referencia á la batalla del Salado, Gonzalo Fernández de Oviedo en sus *Quincuagenas* (batalla 1.ª, quincuagena 3.ª, diálogo 43), Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía* (lib. II, capítulo LXXXIII), y por supuesto el famoso coplero Gracia Dei, en sus pícaras trovas:

Sin figuras ni colores
Vimos la vega dorada,
Solar de grandes señores,
Con muchas doradas flores

(1) Vid. *Costas y montañas, por Juan García* (D. Amós de Escalante), Madrid, 1871, páginas 373-391, y *Los Garcilasos*, por D. Ángel de los Ríos y Ríos (*Revista Cántabro-Asturiana*, Santander, 1877).

De lis, con azul cercada.

. . . . . .

Sobre verde relucía
La banda de colorado
Con oro, con que venía
La celeste *Ave María*
Que se ganó en el Salado.

Esta leyenda heráldica, transportada del Salado á la vega de Granada, y del tiempo de Alfonso XI al de los Reyes Católicos, nos da el segundo elemento de la fabulosa tradición que investigamos. Pero también ella tiene explicación fácil. El célebre Marqués de Santillana, D. Iñigo López de Mendoza, que pertenecía á la familia de los Garcilasos por su madre D.ª Leonor de la Vega, usó constantemente en sus escudos y banderas el mote del *Ave María*, no como emblema nobiliario ni por vanidades del mundo, sino como muestra de la especial devoción que tenía á la Virgen Santísima. Sus descendientes continuaron tan piadosa costumbre, y el *Ave María* quedó en las armas de la Casa del Infantado, sin necesidad de que ningún rey se la concediera ni de que fuese ganada en batalla ninguna.

Pero todavía falta un cabo por desenredar en esta madeja. No en la guerra de Granada, pero en tiempos bastante próximos á ella, en el reinado de Enrique IV, otro Garcilaso, de la prosapia de los anteriores, sobrino del Marqués de Santillana, murió heroicamente en la hoya de Baza el 21 de Septiembre de 1455, «ofreciendo su vida por la salud de los suyos», cual otro Decio, y mereciendo los honores de la inmortalidad en un canto fúnebre de su deudo Gómez Manrique. Sumemos esta muerte gloriosa, y no lejos de Granada, con el apellido y el mote, y tendremos explicada íntegramente la leyenda. Otras han nacido de principios mucho más livianos.

No sabemos cuándo empezó á correr entre el vulgo; pero sí que uno de los primeros libros en que se halla es la *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*, de Ginés Pérez de Hita (1595). En el cap. XVIII de esta famosa novela se inserta un romance que Hita llama *antiguo*, pero su antigüedad, juzgando por el estilo y versificación, no parece mucha. En él está fundada la comedia de Lope, y, por consiguiente, no debemos omitirle, aunque figura en las colecciones de Durán y Wolf:

Cercada está Santa Fe—con mucho lienzo encerado,
Al derredor muchas tiendas—de seda, oro y brocado,
Donde están duques y condes,—señores de grande estado,
Y otros muchos capitanes—que lleva el rey don Fernando.....
Cuando á las nueve del día—un moro se ha demostrado
Encima un caballo negro—de blancas manchas manchado,
Cortados ambos hocicos,—porque lo tiene enseñado
El moro, que con sus dientes—despedace á los cristianos.
El moro viene vestido—de blanco, azul y encarnado,
Y debajo esta librea—trae un muy fuerte jaco,

Y una lanza con dos hierros—de acero muy bien templado,
Y una adarga hecha en Fez,—de un ante rico estimado.
Aqueste perro, con befa,—en la cola del caballo,
La sagrada *Ave María*—llevaba, haciendo escarnio.
Llegando junto á las tiendas,—de esta manera ha hablado:
—¿Cuál será aquel caballero—que sea tan esforzado,
Que quiera hacer conmigo—batalla en aqueste campo?
Salga uno, salgan dos,—salgan tres ó salgan cuatro;
El Alcaide de Donceles—salga, que es hombre afamado;
Salga ese Conde de Cabra,—en guerra experimentado;
Salga Gonzalo Fernández,—que es de Córdoba nombrado,
Ó si no, Martín Galindo,—que es valeroso soldado;
Salga ese Portocarrero,—señor de Palma nombrado,
Ó el bravo don Manuel—Ponce de León llamado,
Aquel que sacara el guante—que por industria fué echado
Donde estaban los leones,—y él le sacó muy osado.
Y si no salen aquéstos,—salga el mismo rey Fernando,
Que yo le daré á entender—si soy de valor sobrado.—
Los caballeros del Rey,—todos le están escuchando:
Cada uno pretendía—salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,—mozo gallardo, esforzado;
Licencia le pide al Rey—para salir al pagano.
—Garcilaso, sois muy mozo—para emprender este caso;
Otros hay en el real—para poder encargarlo.—
Garcilaso se despide—muy confuso y enojado,
Por no tener la licencia—que al Rey había demandado.
Pero muy secretamente—Garcilaso se había armado,
Y en un caballo morcillo,—salido se había al campo.
Nadie le ha conocido,—porque sale disfrazado;
Fuése donde estaba el moro,—y de esta suerte le ha hablado:
—¡Ahora verás, el moro,—si tiene el rey don Fernando
Caballeros valerosos—que salgan contigo al campo!
Yo soy el menor de todos,—y vengo por su mandado.—
El moro, cuando le vió,—en poco le había estimado,
Y díjole de esta suerte:—Yo no estoy acostumbrado
Á hacer batalla campal—sino con hombres barbados:
Vuélvete, rapaz, le dice,—y venga el más estimado.—
Garcilaso, con enojo,—puso piernas al caballo;
Arremetió para el moro,—y un gran encuentro le ha dado.
El moro, que aquesto vió,—revuelve así como un rayo:
Comienzan la escaramuza—con un furor muy sobrado.
Garcilaso, aunque era mozo,—mostraba valor sobrado;
Dióle al moro una lanzada—por debajo del sobaco:
El moro cayera muerto,—tendido le había en el campo.
Garcilaso, con presteza,—del caballo se ha apeado:
Cortárale la cabeza—y en el arzón la ha colgado:
Quitó el *Ave María*—de la cola del caballo:

Hincado de ambas rodillas,—con devoción la ha besado,
Y en la punta de su lanza,—por bandera la ha colgado.
Subió en su caballo luego,—y el del moro había tomado.
Cargados de estos despojos,—al real se había tornado,
Do estaban todos los grandes,—también el rey don Fernando.
Todos tienen á grandeza—aquel hecho señalado;
También el Rey y la Reina—mucho se han maravillado
En ser Garcilaso mozo—y haber hecho un tan gran caso.
Garcilaso de la Vega—desde allí se ha intitulado,
Porque en la Vega hiciera—campo con aquel pagano.

Indudablemente este romance, calificado de viejo y tradicional en la *Primavera* de Wolf (núm. 93), no es muy vetusto, ni siquiera parto genuino de la musa popular. Su languidez y prosaísmo revelan la mano de algún refundidor de los últimos años del siglo XVI, acaso del mismo Pérez de Hita. Otro debió de existir, más rápido y animado, del cual éste conserva vestigios, especialmente en el reto del moro. Ya veremos de qué suerte Lope (¡á los doce años!) restauró por instinto la parte heroica y primitiva del romance, combinándole muy hábilmente con otro también fronterizo, pero de diverso asunto, el *de la muerte de Albayaldos* (número 89 de Wolf), que comienza:

Santa Fe, ¡cuán bien pareces—en los campos de Granada!....

Y este infantil acierto es tanto más de admirar, cuanto que los poetas cultos de las postrimerías del siglo XVI que intentaron refundir el romance del desafío de Garcilaso, así Lucas Rodríguez en su *Romancero historiado* (1579), como Gabriel Lobo Laso de la Vega en su *Romancero y tragedias* (1587), á los cuales se debe, dicho sea de paso, el nombre de Tarfe dado al moro retador, en nada mejoraron el original que imitaban. Y no hablemos de otros dos detestables romances anónimos, insertos en el *Romancero general* de 1604, y en su *Segunda parte*, publicada por Miguel de Madrigal en 1605; composiciones llenas de insulsos juegos de palabras, en que se compara el *Ave María*, por lo de *ave*, con la gallina que da sustancia al caldo de la olla, y se llama á Garcilaso de la Vega «divino cazador» y «caballero del Toisón», con otras sandeces semejantes, á las cuales es mil veces preferible la vulgaridad del interminable romanzón del *Triunfo del Ave María* (que hoy mismo cantan y venden los ciegos), y que seguramente está tomado de una de las comedias que indicaremos en el capítulo siguiente (1).

Tornando á la comedia de Lope, no se puede negar que los dos primeros actos, si bien lozanamente versificados, revelan la inexperiencia del prodigioso niño, y apenas se enlazan con la acción principal, ocupados como están con los amores y celos de Tarfe, Fátima y Gazul. Puede decirse que huelgan completamente, aunque

(1) Véanse todas estas composiciones en el *Romancero* de Durán, números 1.118 á 1.123 y 1.300.

siempre sería lástima perder tan sonoros tercetos y rotundas octavas. El drama caballeresco no empieza hasta la jornada tercera, con la fundación de Santa Fe, que un renegado anuncia al rey Boabdil en estos términos:

Sabrás que el rey cristiano don Fernando
Viene con gran furor contra Granada,
Eterna destrucción amenazando,
Y en tu anchurosa vega desdichada
Ha hecho una ciudad gallarda y bella,
De grueso muro y torres adornada;
Tiene asentadas en el hilo dellas,
De seda y oro tan gallardas tiendas,
Que todo el cristianismo ha junto en ellas.
Suelta, perdido Rey, suelta las riendas
Al llanto amargo ó las airadas manos
Y adonde te repares y defiendas;
Que el atrevido Rey de los hispanos
Ha juntado en la empresa valerosa
Los leones fierísimos cristianos.
Viene en su campo, Rey, la más famosa
Gente que tiene la invencible España,
De gloria y nombre eterno deseosa;
Y el fiero Rey, con la sangrienta saña,
En aqueste propósito tan firme,
Que ya sus filos en tu sangre baña.

El Rey Chico, después de muchas imprecaciones contra Mahoma por el desamparo en que le deja, siente arder en sus venas la belicosa sangre de sus antepasados, y se prepara para la defensa:

Hágase alarde de mi gente armada,
Repárense los fosos y los muros,
La gruesa cerca esté fortificada;
Salgan las armas y los petos duros,
A quien la blanda paz puso en la tierra;
Que no es ya tiempo de vivir seguros.
Los instrumentos que en su centro encierra,
Salgan acicalados y lucidos,
Suenen los añafiles sangre y guerra.
Vengan con vuestros pechos atrevidos
Los hierros y pendones de las lanzas,
De la cristiana sangre guarnecidos;
Cóbrense las perdidas esperanzas;
Que nunca rey temió, ni menos temo,
De la fortuna encuentros y mudanzas.

«Descúbrese un lienzo, y hase de ver en el vestuario una ciudad con sus torres

llenas de velas y luminarias, con música de trompetas y campanas.» (Esta acotación indica ya los progresos del aparato escénico.) Salen Garcilaso, Martín Galindo, Portocarrero y otros héroes cristianos; su diálogo, que los espectadores debían de acompañar en coro, es una glosa de las palabras del romance:

Santa Fe, ¡cuán bien pareces
En la vega de Granada!

GALINDO.

¡Cuán alta belleza alcanza!
Y es de tanta perfección,
Que muestra en ella el león
La fuerza de su pujanza.
¡Cómo alegre y adornada
Á nuestra vista te ofreces!
Santa Fe, ¡cuán bien pareces
En la vega de Granada!

PORTOCARRERO.

Galindo, señor de Palma,
Y vos, mi buen Garcilaso,
Entended que á cada paso
Se me regocija el alma.
¡Oh ciudad fortificada,
Que en nueva esperanza creces!
Santa Fe, ¡qué bien pareces
En la vega de Granada!
¿Qué más gloria y bien querer,
Qué contento y alegría,
Que haber hecho en sólo un día
Lo que nadie pudo hacer?
Publique el cristiano bando,
Que donde imposible fué,
Cercada está Santa Fe
De mucho lienzo encerado.

GALINDO.

¡Qué alegre y vistosa risa
Es el ver contra el pagano
Tanto bizarro cristiano,
Tanto pendón y divisa;
Ver tanto caballo atado,
Quebrando frenos y riendas,
Asentadas ricas tiendas
De sedas, oro y brocado!

. . . . . .

El reto del moro Tarfe es también una paráfrasis del romance:

Bando cristiano, ajuntado
Para vuestro intento fiero,

¿Cuál será aquel caballero
En armas aventajado,
Pues de vuestro sitio estampo,
La planta en vuestra deshonra,
Que por ensalzar su honra
Se salga conmigo al campo?
Y pues del alto teatro
Os ayuda vuestro Dios,
Salga uno, salgan dos,
Salgan tres ó salgan cuatro.
Probad mi pecho acerado;
Salga todo el campo entero,
O salga Portocarrero,
Comendador afamado.
Muéstrese el pecho esforzado
Como en el reto de lindo,
O salga ese buen Galindo,
Señor de Palma nombrado.
¿Qué estáis suspensos mirando?
Vengad los fieros denuestos;
Y si no hay ninguno déstos,
Salga el propio rey Fernando.....

Pide Garcilaso licencia al Rey para salir á lidiar con el pagano, y oye en contestación las palabras del romance:

Garcilaso, sois muy mozo,
Y en las armas poco usado.

A semejanza de Cervantes y otros dramaturgos de aquel período de transición, Lope hace uso de una máquina alegórica: sale la Fama por encima del muro tañendo su trompeta para anunciar al orbe la hazaña de Garcilaso.

Tal es esta pieza, informe, sin duda, pero suficiente para demostrar que Lope, al salir de la escuela, se encontraba ya en posesión de la fórmula generadora de su teatro histórico: la conversión de las rapsodias épicas en drama.

VII.—EL CERCO DE SANTA FE.

Citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604), é impresa aquel mismo año en la *Parte primera* de las comedias de Lope. Ha sido traducida al alemán por Lorinser (1).

Ligeramente han creído algunos que esta pieza podía ser refundición de la ante-

(1) *Zwei historische Schauspiele* (la otra es *El rey Vamba*), *von Lope de Vega. Aus dem Spanischen übersetzt. Regensburg*, 1877.

terior. Lope de Vega no tenía tiempo para refundirse. Lo que hizo fué tratar de nuevo el mismo asunto, sin acordarse para nada de la comedia de su infancia; pero como prosiguió inspirándose en los romances, alguna vez tuvo que encontrarse con lo que primitivamente había escrito. La segunda comedia tiene un argumento mucho más complejo y variado, y en él, siguiendo el camino abierto por el romancerista literario Gabriel Lobo Laso de la Vega, mezcla con la fabulosa hazaña de Garcilaso la muy histórica de Hernán Pérez del Pulgar, que debe ser considerada aparte.

En el elegante y erudito bosquejo que de los prodigiosos hechos de aquel caudillo escribió con clásica pluma D. Francisco Martínez de la Rosa, así como en biografías más recientes (1), pueden verse reunidos todos los irrefragables testimonios que comprueban el hecho de haber penetrado Pulgar en la mezquita principal de Granada, clavando en sus puertas el pergamino del *Ave María*. Consigna lo principal del hecho, pero no todas sus circunstancias, la Real cédula del emperador Carlos V, á 22 días de Septiembre de 1529, mandando al Cabildo de la iglesia de Granada dar cumplimiento á la concesión de asiento y sepultura hecha por los Reyes Católicos á Hernando del Pulgar, señor del Salar y regidor de Loja, por los muchos y señalados servicios que hizo en la conquista de este reino, especialmente «que seyendo esta dicha ciudad de moros, en la plaza de Alhama hizo voto de entrar en ella á pegalle fuego, é á tomar posesion, para iglesia, de la mezquita mayor, y poniéndolo en obra, vino con quince de caballo; dejando los nueve á la puerta entró con los seis á la dicha mezquita, que es ahora iglesia mayor, é allí á la puerta puso una hacha de cera encendida, con otros autos, en señal de la dicha posesion, lo qual visto por los moros, al rey y á ellos puso en escándalo, dolor y turbacion».

Aunque esta cédula (publicada ya por el licenciado Bermúdez de Pedraza en su *Historia eclesiástica de Granada*, 1638, cuarta parte, cap. CCXIV) no dice con claridad cuáles son los *autos de posesión* de que se trata, resultan especificados en el acta del Cabildo de Granada, dando cumplimiento á la cédula del Emperador en 9 de Octubre del mismo año. En este documento se refiere que Hernán Pérez de Pulgar presentó una carta de los Reyes Católicos «firmada de sus nombres, fecha á trece de diciembre de mil y quatrocientos y noventa años, en la qual parece que el dicho Fernan Perez, con ciertos escuderos en ella contenidos, entró á pegar fuego á esta ciudad, siendo de moros, é á la mezquita mayor, é asimismo en la sentencia é carta ejecutoria que en esta Real Audiencia se dió á favor de su libertad

(1) *Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas. Bosquejo histórico, por D. Francisco Martínez de la Rosa. Madrid, Febrero de* 1834. *Imprenta de D. Tomás Jordán.*

Hernán Pérez del Pulgar y las guerras de Granada. Ligeros apuntes sobre la vida y hechos hazañosos de este caudillo, por D. Francisco de Paula Villa-Real y Valdivia. Segunda edición. Madrid, Junio de 1892. *Tipografía de M. Ginés Hernández.*

Hernán Pérez del Pulgar, el de las Hazañas. Estudio histórico crítico, por D. José Balcázar y Sabariegos. Ciudad Real, 1898.

y hidalguía, vimos y leimos los dichos de los testigos, así de los escuderos que con él entraron á hacer lo susodicho, como de otros cristianos nuevos que á la sazon eran moros, vecinos de la dicha ciudad, los quales en sus dichos y deposiciones dicen el pesar, escándalo y alboroto que en ella ovo al tiempo que el dicho Fernan Perez del Pulgar llegó á la puerta de esta santa iglesia, que estaba allí donde ahora está fecho un arco, por el qual se entra de la capilla real de los dichos Católicos Reyes á esta dicha iglesia, *donde puso la dicha hacha de cera encendida, con un puñal clavada una carta, que decia cómo venia á tomar posesion de la dicha mezquita para iglesia, con otros autos que allí á la dicha puerta fizo*» (1).

Los nombres de los quince escuderos que acompañaron á Pulgar en su entrada, constan en una cédula de los Reyes Católicos fecha en 30 de Diciembre de 1490 (2). Empresa tan hazañosa no podía librarse de su correspondiente amplificación legendaria, y la encontramos, en efecto, en dos libros genealógicos, uno del siglo XVII y otro del XVIII (3), que relatan la entrada de Pulgar con gran riqueza de pormenores, derivados seguramente de la tradición oral, pero en los cuales se reconoce gran exactitud topográfica, y un sello de veracidad que no es común en este género de narraciones:

«Entrando Fernan Perez del Pulgar en Alhama, como la conversacion de los soldados toda es de su ejercicio, estaban repitiendo los lances que habian sucedido en la conquista: unos de haber llegado á las puertas de Granada, y clavado puñal ó lanza; otros pegado fuego..... Oyólo Fernando del Pulgar, é hizo le trajeran una hacha de cera encendida, é hincándose de rodillas en la puerta de la iglesia, hizo voto de entrar en Granada á tomar posesion de su mezquita mayor para iglesia, con título de Nuestra Señora de la O, y pegar fuego á la Alcaycería. Divulgóse el caso, y cada uno lo juzgó con su valor ó afecto; y sabiéndose que uno de sus compañeros iba con él, le dijeron: *¿Con Pulgar ís? la cabeza llevais pegada con alfileres;* lo que se quedó por adagio. Previno su viaje Fernando Perez, y mandó que en un pergamino rodeado con cintas verdes y rojas, le escribiesen el Ave María, Padre nuestro, Credo y Salve, y abajo, cómo, para qué, quién y por quién tomaba posesion de la mezquita; y el dia 17 de Diciembre de 1490, cerca de la noche, partió para Granada llevando sus quince escuderos una hacha de cera, alquitran y una cuerda encendida; y en el camino mandó que de atocha hiciesen unos

---

(1) Documento del archivo de la casa del Salar, publicado por Martínez de la Rosa, núm. 12.

(2) Original en el archivo del Salar (núm. 14 del apéndice de Martínez de la Rosa).

(3) *Cronicon pósthumo de la vida, proezas, mercedes y genealogía de Fernando Perez del Pulgar y Osorio, primer alcaide Señor del Castillo y Villa del Salar..... Historiada por D. Martin de Angulo y Pulgar, natural de la ciudad de Loja. Hecho en Loja en* 1649. En este manuscrito, que no llegó á ver Martínez de la Rosa, aunque tuvo conocimiento de su existencia, va fundado principalmente el libro del Sr. Villarreal.

Historia de la casa de Herrasti, escrita por D. Juan Francisco Perez de Herrasti, octavo señor de dicha casa. Granada, 1750. Copia en gran parte el manuscrito de D. Martín de Angulo.

manojos de hachos, y prosiguiendo su viaje, llegó á Granada como á la una de la noche, á los 18 de diciembre, dia en que la yglesia celebra la fiesta de la Espectacion de Nuestra Señora Reyna de los cielos, llamada de la O. Se encaminó por el río Darro arriba, y llegando debajo de la *Puerta de los Curtidores* se apearon, y sobre quiénes se habian de quedar en guarda de los caballos, ó entrar al hecho, se movió rumor entre los compañeros, que Fernando del Pulgar sosegó diciendo hacian más los que se quedaban que los que entraban; porque éstos sólo tenian que guardar sus personas, y aquéllos las suyas y los caballos; y llevando de los quince escuderos los seis, que fueron Francisco Bedmar, Jerónimo de Aguilera, Tristan de Montemayor, Diego de Baena, Montesino Dávila y Pedro del Pulgar, que siendo moro se volvió á nuestra ley, y fué adalid, y el que guió á nuestro Pulgar, por haber sido su padrino, como quien sabia la tierra; pero advertido, se receló de él por lo que habia sido, y asiéndole del collar, le amenazó con un puñal, si prevaricaba; y ya fuese de miedo, ó ya la fé, cumplió como católico; y encaminándole por entre *la ribera de la tenería*, y por las *callejas de la gallinería* salió al *Zacatin;* de allí entraron por la *calleja de la azacaya de los tintes*, y pasaron rectamente á la puerta principal de la mezquita mayor, oculta hoy de la capilla real, cuyo arco es al presente entierro de los Pulgares; donde hincados todos de rodillas, clavó Fernando Perez el pergamino con su oracion en la puerta, y mandó encender la hacha prevenida con alquitran y cuerda, y la puso junto á la puerta, haciendo los demás actos de posesion, con que cumplió la mejor parte de su voto; y pasó á la que restaba de pegar fuego á la *Alcaycería*, cuya puerta cae al *Zacatin;* y prevenida atocha y alquitran, pidió la cuerda á Tristan de Montemayor, que se disculpó diciendo la habia apagado.....; á que irritado Pulgar dijo: «¡Oh mal hombre! Esta no»che quedaba abrasada Granada y me has quitado el mayor hecho que se hubiera »oído»; y embistiendo con él, le dió una cuchillada en la cara; y pasara á más si Diego de Baena no dijera: «Sosegaos, señor; que yo os traeré lumbre.» A lo que respondió Pulgar: «Si vos lo cumplís, os daré una yunta de bueyes»; y volviendo Baena á la mezquita, encendió en la hacha un hacho de atocha; y al volver la esquina del *Zacatin* salió su ronda, y reparando no ser moros en el traje, les tiró una piedra; pero Baena, dándole una cuchillada, avisó á su gente, como el moro con sus gritos á sus vecinos. Pulgar salió por donde entró; y al paso *de los noques de la tenería*, cayó Jerónimo de Aguilera en uno; y Fernando del Pulgar, por no dejar prenda viva, le tiró una lanzada que no alcanzó; y otro, echándole su lanza, le sacó del peligro; y todos salieron de la ciudad y pasaron á la de Alhama, dejando á Granada en la mayor confusion; porque á las voces del moro herido acudió la ronda; y sabido el caso, buscando al hechor, halló la hacha y pergamino, y se lo llevaron al Rey Chico, quien quiso castigar al guarda, como culpado; pero satisfecho, es tradicion, le dió el puñal, llenándose toda la ciudad de confusion y espanto, y la de Alhama de admiracion y asombro.»

Por lo mismo que era tan histórica la hazaña de Pulgar, fué menos decantada en los romances que la de Garcilaso. No conozco ninguno verdaderamente antiguo

y popular sobre este argumento. Pero hay una mediana composición artística de fines del siglo XVI, que empieza por copiar el primer verso de uno de los más famosos romances fronterizos, y prosigue remedando con bastante habilidad algunos pasos de ellos, aunque muy pronto cae en el falso y amanerado gusto de los romances moriscos:

Santa Fe, ¡qué bien pareces—en la vega de Granada,
Toda cercada de muros,—de torres bien torneadas;
Una casa á la redonda,—que toda te cerca y baña!
Fundóte el rey don Fernando,—doña Isabel en compaña,
Y otros muchos caballeros—de la nobleza de España.
Con el secreto silencio—y resplandor de Dïana,
Una noche que hacía—muy resplandeciente y clara,
Noche que huelgan los moros—y la estiman más que el alma,
Más que el sábado el judío,—más que el cristiano la Pascua
Del venturoso Bautista,—á quien la Iglesia señala
Por uno de los mayores—que en los nacidos se halla:
Aquesta noche los moros—hacen grande fiesta y zambra,
No en la Vega ni el Genil,—como era su antigua usanza,
Porque, de temor, las fiestas—hacen á puerta cerrada;
Y luego, al siguiente día,—una züiza gallarda
De moros y de cristianos,—toros y juegos de cañas,
Que resplandece en la Vega—la luz de sus luminarias.
Parte Hernando del Pulgar—desde Santa Fe á Granada,
En una yegua, por pista,—tres horas antes del alba,
Que pretende hallarse en ella—aunque por punta de lanza.....

Sigue una prolija, absurda y anacrónica descripción del traje de Pulgar, que va ataviado como á un baile. De lòs compañeros del héroe no se dice una palabra; á fuerza de querer exagerar la hazaña, resulta imposible:

Con esto llegó á dar vista—á la invencible Granada.
No va por la puerta Elvira,—que sabe que está cerrada;
Va por la puerta del Rastro,—do halló durmiendo los guardas.
Quiso Dios y la ventura—que el Darro le diese entrada
Por el hueco de la puente—hasta llegar á la escala,
Que á veces Dios á los suyos—los cubre con telarañas.
Baja por la Herrería,—que aloja á la Vivarrambla;
Entra por el Zacatín;—con el Rey moro encontraba,
Y el Rey le dijo: «¿Qué gente?»—Y él, sin turbarse palabra,
Porque la arábiga lengua—corta como la cristiana,
Le dice: «Soy Reduán,—que voy de fiestas mañana,
Porque hago en la züiza—una figura gallarda.»
«¿Qué figura», dijo el Rey,—no entendiendo que le engaña.
«Hago á Hernando del Pulgar,—que parezco hasta en el habla,
Que este vestido que traigo—me lo hizo una cristiana,
Que parece ser el mismo—que Pulgar se viste y calza.»

El Rey quedó tan contento—de su bizarría y gala,
Que mandó darle un caballo—para que á las fiestas salga.
Dando vuelta á la ciudad,—se vino á la Vivarrambla,
Do vido estar un castillo—hecho de madera y tabla,
Y una casa á la redonda—que toda la cerca baña.
Preguntó en algarabía—cómo el castillo se llama:
Dícenle que Santa Fe,—que han de rendirla y ganarla.
Rióse d'eso Pulgar,—y dice: «¡Perra canalla,
No os veréis en ese gozo—si Dios me guarda mañana!»
Y estando en estas razones,—vido un moro con un hacha,
La cual hacha le quitó,—y tan gran golpe le daba,
Que le dejara por muerto,—tendido junto á la cava,
Y con el hacha encendida,—fuego á las casas pegaba.
Unos dicen: «¡Fuego, fuego!»;—otros dicen: «¡Agua, agua!»;
Otros dicen que es rebato—que viene del Alpujarra;
Otros dicen que es Pulgar,—que estaba dentro, en Granada;
Y Pulgar se andaba entre ellos—lleno de cólera y rabia.
Fuése para la mezquita,—y hallóla desocupada,
Y en lo más alto que pudo,—adonde su mano alcanza,
Puso el pergamino blanco—de la que es llena de gracia,
Y una antorcha junto á él,—encendida, en una escarpia;
Y cuando ya amanecía,—en casa del Rey entraba,
Por cobrar aquel caballo—que el Rey entregar le manda.
El Rey tenía ya mandado—á los criados de casa
Que le dieran á escoger—el caballo que gustara.
Escoge un caballo blanco,—que á la nieve se compara,
Enjaezado de oro,—las herraduras de plata,
Caballo que en treinta pasos—corre, galopea y para,
Y con un sutil cabello—se puede tener á raya.
Con una marlota azul,—toda de perlas sembrada,
Bajóse á la Plaza Nueva,—y de allí á la Vivarrambla.
Los moros habían puesto—un rey Fernando de paja,
Y un moro hecho de bulto,—que una azagaya le pasa.
Allí se enojó Pulgar,—con ira y cólera brava;
Deja caer la marlota,—metiendo mano á la espada,
Y al que encontró por delante,—de claro en claro le pasa.
Llévanle la nueva al Rey,—que está dentro del Alhambra;
Y cuando acudió con gente,—Pulgar en Santa Fe estaba.

(Núm. 1.115 del *Romancero* de Durán.)

Además de este romance anónimo, hay cuatro de Gabriel Lobo Laso de la Vega, en su *Romancero y tragedias* (1587), y este poeta fué el primero, como queda dicho, que enlazó la historia de Pulgar con la fábula de Garcilaso (números 1.116-1.119 de Durán).

Aunque la comedia de *El Cerco de Santa Fe* no tiene por único argumento estos dos lances caballerescos, sino que más bien es una serie de cuadros de la

conquista de Granada, todavía las mejores escenas son aquellas en que intervienen Pulgar y Garcilaso, y son también las que sirven de nudo y desenlace al drama. Un gallardo abencerraje arroja al campo cristiano, dando en la misma tienda de la Reina, una lanza, en cuyo hierro iba clavada una cinta ó listón, prenda de su dama. Indígnase Hernando del Pulgar, y determina tomar venganza de aquel atrevimiento y desacato, emprendiendo algún famoso hecho en honra de la Virgen, de quien se declara paladín y caballero:

Virgen más pura que del sol la lumbre,
Á cuyos pies la luna está humillada,
Mostrad vuestra divina mansedumbre
Y la frente de estrellas coronada;
Vos, por quien fué la antigua pesadumbre
De aquella sierpe sin igual domada.....
Yo, pues, á quien palabras faltan, quiero,
No como el Ildefonso toledano,
Mas como belicoso caballero,
Serviros hoy las armas en la mano;
Y pues motes se escriben, lo primero,
En el favor divino y cortesano,
Quiero escribir un mote en honra vuestra,
Principio de la gloria y salud nuestra.
En un virgen y blanco pergamino,
La *Ave María* escribiré dichoso
Que el paraninfo celestial divino
Os dijo en aquel día venturoso:
Con él hacer un hecho determino,
Que por mil siglos quedará famoso;
Que á pesar de ese perro que me incita,
Mañana he de clavarlo en la mezquita.
Allí lo clavaré con esta daga,
Para ensalzar vuestro famoso nombre.....

Clava Pulgar el pergamino en la mezquita, y Tarfe viene á buscar el desagravio, pronunciando, á guisa de reto, el siguiente romance, cuyos versos «descubren más de una vez (como oportunamente advirtió Martínez de la Rosa) (1) la facilidad de Lope, su gala y lozanía», en medio de rasgos de innegable mal gusto:

Cristianos de Santa Fe,
Entre lienzos y cendales,
Como en vuestro muro fuertes
Al aire que los combate:
Vosotros, que de ser hombres
Os habéis puesto á pañales,

(1) *Hernán Pérez del Pulgar*, pág. 292.

Con las mantillas de seda,
Con lienzos por tantas partes;
Ovejas en los rediles,
Que á pacer con el sol nacen,
Ó paños en arpillera,
Ó trigo dentro en costales:
Si queréis saber quién soy,
(Para que el son no os espante,
Como á mujeres paridas
Trueno ó campana que tañen),
Estadme bien advertidos,
Oid, oid, que soy Tarfe,
El sobrino de Almanzor,
Y del Alhambra el alcaide.
Las Alpujarras son mías,
Y los ricos Alixares,
Y tengo en Bibataubín
Mis armas en cuatro calles.
Estando en Granada ayer,
Llegó un cristiano arrogante
Que llamáis Pulgar vosotros,
Y tiene buenos pulgares,
No sé si diga en los dedos,
Que si bien entra, bien sale;
Pero sea lo que fuere,
Él vino á un hecho notable.
Clavó ayer en la mezquita,
Sobre sus conchas de alambre,
Ese rótulo que veis
Donde el caballo le trae.
Quisieron salir á ello
De los moros principales;
Pero guardóse esta empresa
Para que yo la vengase.
Quisieron salir Zegríes,
Gomeles y Abencerrajes,
Abenzaides, Abenyucas,
Hametes, Abindarraes;
Pero yo vengo en su nombre,
Que soy de su peso atlante;
Y así, á todos desafío,
Pobres, ricos, chicos, grandes.
Salga Fernando, el Rey vuestro,
Si más que el gobierno sabe,
Porque su Isabel le vea,
Que gusta de ver combates.
Salga ese Gran Capitán,

Los Girones y Aguilares,
Salgan aquesos Manriques,
Sotomayores, Suárez,
Que armados á tres y á cuatro,
Y al mundo, si el mundo sale,
Tarfe reta y desafía
De villanos y cobardes.
Salgan aquí esos maestres,
Los capilludos y frailes,
Esos que las cruces rojas,
O blancas, ó verdes, traen.
Cobrad vuestra *Ave María*,
Que no es mucho que la clave
Un cristiano en nuestras puertas,
Cuando un moro así la abate.....
Aquí traigo el pergamino,
Cristianos viles, cobralde;
Que aquí desde el alba espero
Hasta las tres de la tarde.

Además de esta amplificación libre y poética de las palabras del reto, puso Lope en la primera jornada de su comedia otras imitaciones del mismo romance:

Cercada está Santa Fe
De mucho lienzo encerado,
Y alrededor muchas tiendas
De terciopelo y damasco (1).

---

(1) Otros incidentes de esta comedia parece que provienen de la tradición oral. En la jornada segunda refiere Garcilaso á la Reina Católica

. . . . . que una mora
De las más principales de Granada,
Tiene una higuera al pie del mismo muro,
Y como el ir por la madura fruta
Siempre es uso y costumbre entre los moros,
Viene por la mañana con un moro
Con su cesta de mimbres en el brazo,
Y le descuelga por el muro abajo,
Donde cantando está y comiendo higos.

La Reina manifiesta antojo de ellos, y un caballero llamado Martín Fernández (quizá el mismo Martín Galindo de la comedia anterior) se trae la cesta de los higos y al moro de paso. Un cuento análogo se conserva todavía entre el vulgo de Granada, y sirvió de base á una de las *Leyendas españolas* de D. José Joaquín de Mora (Londres, 1840, páginas 30-45), que puso en ella la siguiente advertencia: «Cuando yo estaba en Granada arrastrando bayetas, la buena mujer que me cuidaba la ropa, me contaba que la reina Isabel era muy aficionada á buñuelos. Hallándose poniendo el cerco á Granada en la ciudad de Santa Fe, fundada con este designio,

Siguiendo en gran parte la traza de la comedia de Lope de Vega, compuso *un ingenio de esta corte*, que, á juzgar por su estilo, debía de florecer en la segunda mitad del siglo XVII, y acaso en sus postreros años, una *famosa comedia de moros y cristianos*, titulada *El Triunfo del Ave María:* famosa ciertamente, no por su mérito intrínseco, que no es grande, sino por la circunstancia de representarse todos los años en Granada el día 2 de Enero, aniversario de la reconquista de aquella ciudad. Es, pues, un drama popular en toda la extensión de la palabra, y merece serlo por lo interesante y patriótico del argumento, por los recuerdos que evoca, gratos á toda alma española, y hasta por la bizarría y desenfado de algunas escenas. Desgraciadamente, esta comedia suele representarse sin el respeto y solemnidad que su noble argumento requiere; se han hecho en ella atajos y mutilaciones que dejan incomprensibles algunas escenas, y se exagera en demasía la parte grotesca que el autor puso cediendo al mal gusto de su época. Con todas estas desventajas, el drama tradicional resiste, y aunque en varias ocasiones se ha intentado refundirle, el público granadino ha desdeñado estas refundiciones, y con certero instinto sigue recreándose en la obra antigua, que no es para él un documento literario, sino un recuerdo familiar y venerable (1).

---

supo que en una plazuela de Granada, llamada el Pilar del Toro, ponía su ambulante manufactura una buñolera mora, que tenía unas manos divinas. Antojósele á la Reina Católica comer los productos de su industria; noticioso de lo cual Gonzalo de Córdoba, entró en medio del día por la puerta y calle de Elvira, vestido de moro y á caballo; llegó al Pilar del Toro, agarró á la buñolera por un brazo la puso á las ancas y partió á correr. Como el buñuelo no es un objeto muy á propósito para los adornos poéticos, he transformado á la buñolera en bordadora, y le he dado un granito de amor, que es ingrediente tan necesario en las aventuras de aquel siglo y de aquella escena.» Y en efecto, la leyenda de Mora se titula *La Bordadora de Granada.*

(1) Hay de esta pieza (incluída también en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo LI) dos curiosas reimpresiones modernas:

El Triunfo del Ave María, comedia famosa de un Ingenio de la Corte..... Granada, imp. y librería de D. J. M. Zamora, 1851; 4.º Con un prólogo de D. José Jiménez Serrano.

Comedia famosa de moros y cristianos, titulada El Triunfo del Ave María, precedida de un prólogo de D. Francisco de Paula Valladar. Granada, imp. de *El Defensor de Granada*, 1899; 8.º

En el erudito prólogo de esta edición se da cuenta de la comedia que con el título de *La Conquista de Granada*, y con la pretensión de sustituir á *El Triunfo*, escribió en 1842 el conocido poeta D. José María Díaz, y puso en escena la noche de su beneficio el actor D. José Tamayo, padre del inmortal dramaturgo D. Manuel Tamayo y Baus. El drama no gustó, y según parece no fué impreso; pero en la excelente revista *La Alhambra*, que entonces se publicaba en Granada, se da bastante idea de su argumento, y se copia algún trozo, que por cierto tiene notable analogía con otro de Rubí en *Isabel la Católica*, escrita bastantes años después.

El Sr. Díaz (según cuenta el revistero de *La Alhambra*) conservó en su drama las escenas de *El Triunfo* «que más simpatías despertaban entre los granadinos»; introdujo un nuevo elemento histórico en la acción, «las rivalidades entre las tribus moras»; suprimió los graciosos de la obra primitiva; procuró engrandecer el personaje de la Reina Católica, é introdujo en el cuadro nuevas figuras, Colón, el cardenal Mendoza, etc., «enlazando con bastante habilidad

VIII.—LOS COMENDADORES DE CÓRDOBA.

Citada en la primera lista de *El Peregrino* (1604) con el solo título de *Los Comendadores* (1). Publicada en la *Parte segunda* de las comedias de Lope (1609),

---

tres acciones en una.....: la rendición de la ciudad, los amores de Pulgar con Moraima, y la determinación de la Reina para que partiese Colón al descubrimiento del Nuevo Mundo».

Á pesar de tanta acumulación de nuevos primores, y quizá por culpa de ellos (pues un drama histórico, por ampliamente que se imagine, nunca puede confundirse con un compendio de historia), el drama del *poeta Díaz*, como entonces se le llamaba, fracasó estrepitosamente, y hubo que volver á la comedia antigua, donde, en cambio de lo mucho que se quitó, se intercalaron algunos trozos de autor desconocido, pero de versificación robusta y de buen efecto escénico.

El prólogo del Sr. Valladar contiene otras especies curiosas relacionadas con este asunto, entre ellas un breve catálogo de obras dramáticas relativas á la Conquista de Granada (que no reproducimos aquí por no tener relación inmediata con la comedia de Lope), y una noticia de las representaciones populares *de moros y cristianos*, que todavía se hacen en algunos puntos de aquel reino y duran días enteros.

(1) Puede sospecharse que esta comedia se escribió en Toledo, donde Lope hizo frecuentes residencias en los primeros años del siglo XVII. Véase esta relación que en la jornada tercera se pone en boca del lacayo Galindo:

Estáse Toledo allí
Con su alcázar y sus puentes;
Paséanle pretendientes
Que en la corte se usa ansí.
Y en casa de los señores,
Lisonja, envidia y privanza,
Y anda la pobre esperanza
En poder de corredores.
Hay mil ricos ignorantes,
Y mil necios inocentes;
Perecen los inocentes,
Y gastan los ignorantes.
Damas de guadamecí
No tienen solo un real;
Las que son de más caudal
Se escriben con el Sofí.
Los pobres hacen retablo
De sus duelos y pesar;
No hay dinero que jugar,
Y juégase del vocablo.
Hay poetas de romance
Que parecen de latín,
Y hay vino de San Martín
Que no hay seso que lo alcance.

Compárese con la carta escrita también desde Toledo á persona desconocida, en 14 de Agosto de 1604: «Toledo está caro, pero famoso, y camina con propios y extraños al paso que suele.....; de poetas, no digo: buen siglo es éste.....», etc., etc.

de la cual hay por lo menos seis reimpresiones. Modernamente ha sido reproducida en el *Handbuch der Spanischen Literatur* de Luis Lemcke (Leipzig, 1856; tomo III, páginas 233-289). La comedia manuscrita de *Los Comendadores de Córdoba* que se conserva en la Biblioteca Nacional no es la de Lope, como han creido algunos, sino otra enteramente distinta, autógrafa de Andrés de Claramonte.

Tienen por asunto ambos dramas la espantosa venganza que de su honor conyugal tomó el Veinticuatro de Córdoba Fernán Alfonso, primer señor de Belmonte, en varias personas de su casa, comenzando por su adúltera mujer D.ª Beatriz de Hinestrosa, y sus deudos D. Jorge Solier, comendador de Cabeza del Buey, y D. Fernando Alfonso de Córdoba, comendador del Moral, uno y otro de la Orden de Calatrava, hijos del tercer Alcaide de los Donceles, y hermanos del Obispo de Córdoba D. Pedro Solier. Seremos muy breves en la noticia de este trágico suceso, porque apenas puede añadirse nada á lo que con su acostumbrada erudición y fina crítica ha expuesto nuestro querido amigo y compañero D. Emilio Cotarelo en las notas al *Cancionero* de Antón de Montoro (1), que acaba de publicar con aplauso de los doctos.

El documento capital que comprueba la verdad histórica de este suceso, es el privilegio rodado que otorgó el rey D. Juan II en 20 de Febrero de 1448, perdonando cualquier muerte que hubiesen cometido, de hombres ó de mujeres, á todos los que por tiempo de un año y un día habitasen á su costa en la ciudad de Antequera, asistiendo á la defensa de aquella plaza, de reciente conquista y amenazada continuamente por los infieles. A este privilegio se acogió el homicida Fernán Alfonso, haciendo sacar traslado de él en Antequera el 28 de Noviembre de 1449, y logrando de este modo el indulto. Testificaron las justicias de Antequera que «el dicho Fernan Alfonso, Veinticuatro de la dicha ciudad de Córdoba, vino á esta dicha ciudad á facer é fizo el dicho servicio é morada el dicho año é dia..... por cuanto diz que le pusieron é ponen en culpa, é le embargaban é embargan de la muerte de doña Beatriz de Finestrosa, su mujer, é de Catalina é de Beatriz, sus criadas, é de Fernando de Córdoba, comendador de Calatrava, é de Jorje, comendador de la Cabeza del Buey, é diz que fueron muertos en la dicha ciudad de Córdoba, en las casas donde el dicho Fernan Alfonso, Veinticuatro, facia su morada, de ciertas feridas que diz que le fueron dadas agora puede haber veinte y un meses poco más ó menos, é diz que por que le ponian en culpa é encargaban é encargan de otros excesos é maleficios, por ser perdonado é quito de todo é cada cosa dello, segun que el dicho Señor Rey manda por el dicho Previlegio é libertad.....» (2).

Además de la carta de perdón, acaba de confirmar el hecho la declaración del homicida Fernán Alfonso en su testamento, otorgado en Bujalance á 22 de Abril

---

(1) *Cancionero de Antón de Montoro (El Ropero de Córdoba), poeta del siglo XV, reunido, ordenado y anotado por D. Emilio Cotarelo y Mori.* Madrid, 1900; páginas 316-325.

(2) *Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo LXXXI (Madrid, 1883), páginas 1 y siguientes.

de 1471, en que dice haber recibido ciertos bienes cuando casó con D.ª Beatriz, su primera mujer, y aunque creía tener derecho á ellos por el crimen que ella había cometido, sin embargo, por amor de Dios, lega 30.000 maravedises para hacer bien por el alma de la dicha D.ª Beatriz (1).

Tan espantable caso conmovió fuertemente la imaginación del vulgo, tanto por la atrocidad de sus circunstancias, como por la alta jerarquía del matador y de las víctimas, y de tal asombro quedó huella, así en la poesía culta como en la popular. Antón de Montoro, el famoso judío converso, sastre ó *ropero* de Córdoba, escribió unas octavas de arte mayor, «*á la muerte de los dos hermanos Comendadores*,» composición algo revesada y pedantesca, como todas aquellas en que quiso remontar el vuelo su numen agudo y festivo, nacido para la poesía picante y de burlas. Pero á falta de otro mérito tienen esas estancias el de dejar traslucir ó adivinar algo sobre los pormenores del suceso (2). Infiérese que los Comendadores debían de ser muy mozos, pues Montoro los llama

Aquellos cogollos de palmas noveles,
Tajados en ante de tiempos venidos,

y al más joven de ellos se le presenta implorando clemencia y declarándose inocente, sin que el Veinticuatro se ablandara por eso:

Despues á los tristes, en fin de sus vidas,
Negaron la orden de los Sacramentos.
Aquel menor niño y llaga mayor,
Así como vido la fin del hermano,
Negaba la suya, diciendo: «Señor,
Decline la ira, señor, vuestra mano,
Alumbre la muerte de vuestro omiciano,
La cual cierta vedes sin causa dudosa;
Sea vuestra mano medio clemenciosa,
Pues yo soy sin culpa y vos sois humano.»
Mas el enemigo con su flamejante
Cara, más viva que rayos nin truenos,
Jamás no cesaba atrás ni adelante,
Matando los suyos, mejor los ajenos.....
Pues como se vieron en casas ajenas,
Del miedo vencidos muy más que del hierro,
La fabla podían dar á duras penas,
Ni darse á las armas ni darse al destierro.....
De sus carnes tiernas ficieron paveses,
Así se mostraron omildes al fierro.
Los tristes, las faces con sangre mezcladas,

(1) Nota del Dr. Vázquez Venegas, publicada por D. Luis María Ramírez de las Casas Deza en el libro *Tradiciones cordobesas* (Córdoba, 1863), páginas 38-40.

(2) *Cancionero de Antón de Montoro*, 38-43.

Las dueñas bordadas de sangre y cabellos,
Deshechas las trenzas y muy mal peinadas
Y descoloridos sus rostros tan bellos.....
Y como lo vieron airado y confuso
Que no perdonaba jamás su querella,
Sangraron la tierra y besaron en ella
Y dieron las almas á quien se las puso.
. . . . . .
Al fierro mostraban sus albas gargantas.
¡Oh dueñas varonas, princesas, infantas,
Pensad por do limpio guardeis vuestro lecho;
Catad que en tal caso non salva el derecho,
Nin pecho, nin ruego de santos nin santas!
. . . . . .
Aquellos amantes que con tantas priesas
Se dieron al uso de muy amadores,
Muy altas é claras parescen sus fuesas,
Mas no, mal pecado, sus vivos amores.

¡Cuánto más que los alambicados conceptos de Montoro y sus impotentes esfuerzos para reproducir el trágico horror de aquella situación, valen los versos inartificiosos de una lastimera canción popular, compuesta, sin duda, poco después del suceso, y que suena como el lúgubre tañido de una campana funeral:

¡Los Comendadores,—por mi mal os vi;
Yo vi á vosotros,—vosotros á mí!
Al comienzo malo—de mis amores,
Convidó Fernando—los Comendadores
Á buenas gallinas,—capones mejores.
Púsome á la mesa—con los señores:
Jorge nunca tira—los ojos de mí.
¡Los Comendadores, etc.
Turbó con la vista—mi conoscimiento:
De ver en mi cara—tal movimiento,
Tomó de hablarme—atrevimiento.
Desque oí cuitada—su pedimiento,
De amores vencida—le dije que sí.
¡Los Comendadores, etc.
Los Comendadores—de Calatrava,
Partieron de Sevilla—á hora menguada,
Para la cibdad—Córdoba la llana,
Con ricos trotones—y espuelas doradas;
Lindos pajes llevan—delante de sí.
¡Los Comendadores, etc.
Por la puerta del Rincon—hicieron su entrada,
Y por Sancta Marina—la su pasada.
Vieron sus amores—á una ventana:

Á doña Beatriz—con su criada.
Tan amarga vista—fuera para sí.
¡*Los Comendadores*, etc.
Luego que pasaron—d'esta manera,
Ante que llegasen—á la Corredera
Le vino de presto—la mensajera:
Dice que Fernando—estaba en la Sierra;
Qu'en los quince dias—no verná de allí.
¡*Los Comendadores*, etc.
Desqu'ellos oyeron—aquella nueva,
La respuesta dieron—d'esta manera:
«Idos, madre mía,—en hora buena,
Que la noche es larga—y placentera:
Cenaremos temprano,—iremos dormir.»
¡*Los Comendadores*, etc.
Cenan los señores—y se dan prisa,
Llegan donde amores—los atendian.
Acuéstase Jorge—con la su dama,
Tambien el su hermano—con la criada;
Y los cuatro gozan—de gustos sin fin.
¡*Los Comendadores*, etc.
Entre mil regalos—Jorge se durmió,
Pero sueño malo—dicen que soñó;
Consigo puñaba,—y se dispertó
Temiendo la muerte—que cierta halló.
Cubriósc su rostro—de frío sudor;
Guarecerse quiso—de doña Beatriz.
¡*Los Comendadores*, etc.
Aun la media noche—no era llegada,
Ya subia Hernando—por una escala,
Y entra muy feroz—por la ventana,
Un arnés vestido—y espada sacada.
«Caballeros malos,—¿qué haceis aquí?»
¡*Los Comendadores*, etc.
Y luego en entrando—solo á una cuadra,
Vido con sus ojos—su afrenta clara.
Pasó el pecho á Jorge—de una estocada,
Y á Beatriz la mano—dejóla cortada;
Y luego furioso—se salió de allí.
¡*Los Comendadores*, etc.
Habló el hermano:—«Aquí me teneis;
Mi señor Hernando,—vos no me mateis;
Á mi hermano Jorge—ya muerto le habeis:
La suya os perdono—si dejais á mí.»
¡*Los Comendadores*, etc.
Dijo la cuitada—con gran recelo:
«Vos, amores míos,—tenedme duelo,

Pues ya veis mi mano—por ese suelo.»
La triste, tendida—sobre su velo,
Bien junta con Jorge—degollóla allí.
¡*Los Comendadores*, etc.
Despues de haber muerto—cuantos allí son,
Anda por la casa—muy bravo leon;
Vido un esclavo—detrás un rincon!
«Tú, perro, supiste—tambien la traicion,
Por lo cual, malvado,—morirás aquí.»
¡*Los Comendadores*, etc.
Jueves era, jueves,—dia de mercado,
Y en Sancta Marina—hacian rebato;
Que Fernando dicen,—el que es Veinticuatro,
Habia muerto á Jorge—y á su hermano,
Y á la sin ventura—doña Beatriz.
¡*Los Comendadores*, etc. (1).

Creemos firmemente que esta canción es contemporánea del hecho, y que son históricas todas sus circunstancias. Consta que era popularísima en tiempo de los Reyes Católicos. Cuando en 1501 murió heroicamente D. Alonso de Aguilar, peleando contra los moros rebelados en Sierra Bermeja, se hicieron á su muerte unas coplas que se cantaban con *la sonada de los Comendadores:*

¡Ay, Sierra Bermeja,
Por mi mal os vi,
Quel bien que tenía,
En ti lo perdí!
En ti los paganos
Hallaron ventura;
Tú de los cristianos
Eres sepultura:
Tinta su verdura
De tu sangre vi,
Y el bien que tenía,
En ti lo perdí..... (2).

Continuaba esta popularidad en 1527, según lo testifica el famoso y desvergonzado *Retrato de la lozana andaluza*, que imprimió en Italia el clérigo cordobés

(1) Imprimiéronse estas endechas en un pliego suelto, gótico (Biblioteca de Campo-Alanje, hoy en la Biblioteca Nacional), que lleva por título *Lamentaciones de amor hechas por un gentilhombre apasionado*. Hállase también, aunque con muchas variantes, en el *Cancionero llamado Flor de enamorados*, de Juan de Linares (Barcelona, 1573). El texto que damos, por ser el más completo, aunque está algo retocado, es el de Durán, *Romancero general*, núm. 1.902.

(2) *Coplas sobre lo acaescido en la Sierra Bermeja y de los lugares perdidos. Tiene la sonada de los Comendadores*. (Pliego suelto, gótico, de la Biblioteca Nacional de Lisboa, reimpreso en Sevilla por D. José Vázquez Ruiz, 1889.)

Francisco Delicado. La protagonista, recordando que el jueves es día de mercado en Córdoba, cita los primeros versos del cantar, y le da su propio y adecuado nombre:

«Jueves era, jueves,
Dia de mercado;
Convidó Hernando
Los Comendadores.

»¡Oh, si me muriera cuando esta *endecha* oí!» (1).

Finalmente, se encuentra recordado este cantar en el *Coloquio de Timbria*, de Lope de Rueda, en la presente comedia de Lope y en otras varias partes.

Pero conforme pasaba el tiempo, la tradición se iba desfigurando, aun entre los mismos cordobeses. La fantasía meridional exageraba el número, ya por sí bastante crecido, de las víctimas inmoladas por el celoso furor del Veinticuatro, y además aderezaba el hecho con circunstancias novelescas, y aun le ponía en distinto tiempo de aquel en que había sucedido. De todas estas confusiones se hizo eco el jurado de Córdoba Juan Rufo en un romance de los más largos que hay en castellano, publicado en su libro de *Las seiscientas apotegmas* (Toledo, 1596). Este romance, que, por ser tan enorme, aparece dividido en cinco en el *Romancero general* de 1604, y también en el de Durán (números 1.032-1.036), no es de gran valor como poesía, aunque se deja leer con menos enfado que las octavas de la *Austriada*, del propio autor, pero tiene mucho interés para nosotros, por ser la principal fuente de esta comedia de Lope de Vega, el cual adoptó todas las caprichosas variantes introducidas por Juan Rufo en la leyenda, ó más bien historia, primitiva. Calló Rufo los apellidos de marido y mujer por loable respeto al buen nombre de la familia:

Que no es bien, nombrando un muerto,
Avergonzar muchos vivos.

Trasladó la acción al tiempo de los Reyes Católicos. Inventó ó recogió el episodio del anillo donado por el Rey al Veinticuatro, por el Veinticuatro á su mujer, y por ella á su amante,

Que de la traicion oculta
Descubrió bastante indicio;
Don que no le fué, por cierto,
Para tal fin concedido,
Ni á tan triste ministerio
Se pensó ser ofrecido.
Era un hermoso diamante
De gran fondo, limpio y fino,
No menos por sí precioso

(1) *Retrato de la lozana andaluza* (tomo I de la colección de *Libros españoles raros y curiosos*, pág. 72).

Que por su engaste exquisito.
Esta fué la última prenda
Que, recelosa de olvido,
Dió Beatriz á sus amores
Cuando le vió de camino.
No del real aposento
Hubo don Jorge salido,
Cuando el Rey mandó llamar
Á Fernando, y tal le dixo:
«Confuso y maravillado
Me tienes, por cierto, amigo,
Por dos cosas, que no puedes
Excusarte si las digo:
La primera es que sin orden
Enajenaste mi anillo,
Que debieras vinculalle
Siquiera porque fué mío;
La otra, que más pondero,
Es el haberme mentido
En decir que á tu mujer
Le diste, y tráele un vecino.
Mucho mejor te estuviera
Mostrárteme agradecido,
Que á Jorge tan liberal,
Y negarme lo que he visto.»
Nunca sentencia de muerte
Impresion tamaña hizo
En pecho de algun culpado,
Como en el sin culpa el tiro;
Porque siente sus agravios
Y el verse reprehendido,
Á tiempo que la disculpa
No carece de peligro;
Y así, responde á su Rey,
Que le juzga convencido,
Como verisímilmente
Daba en el semblante indicios:
«No quiero darte descargo
(Buen Rey) de quién soy y he sido,
Aunque dalle tal pudiera,
Que me bastara contigo;
Mas por ciertas ocasiones,
Al tiempo se lo remito,
Que será de mi entereza
El verdadero testigo:
Yo haré una informacion
De la verdad que te he dicho,

Que en los anales de España
Permanezca su registro.
Sólo á tu benignidad
Por merced pido y suplico
Licencia de ir á mi casa
A componer mis litigios.»

Dásela el Rey, en efecto, y el Veinticuatro parte de Toledo, llega á Córdoba, es recibido con fingidos halagos y caricias por su infiel esposa, y acaba de cerciorarse de su deshonra por las revelaciones de su leal siervo Rodrigo.

Éste fué un gallardo esclavo
Que, de incierto padre hijo
Y de cautiva africana,
Nació en su casa cautivo.....
El esclavo, por extenso,
El caso infame le dixo;
Aunque no tuvo paciencia
Para acabar bien de oíllo.
. . . . . .

El marido disimula el dolor de su afrenta, y espera cautelosamente el día de su venganza. Pasa mes y medio, y llegan casi simultáneamente los dos Comendadores, Jorge, de Toledo, y Fernando, de Sevilla. Eran, según el poeta,

Semejantes en los talles,
En los rostros y en el brío;
Uno su tono de habla,
Y uno mismo era su estilo.....

El Veinticuatro les convida á comer

Para el primero domingo,
Por sustanciar el proceso
Y averiguar los indicios.
Sentados, pues, á la mesa,
Los ojos, que son testigos
De los secretos del alma,
Callando hablan á gritos;
Y aun hubo quien estuviese
Del manjar tan divertido,
Que, de la mano á la boca,
Erró el derecho camino.....
Y alzada que fué la mesa,
A sus cazadores dixo
Que en comiendo se apresten
Para el usado exercicio,
Porque se quiere ir á monte

Por cuatro dias ó cinco,
A un bosque fragoso entonces
De fieras albergue y nido,
Y agora dicho Trasierra,
Que es de granjas paraíso.....
Jorge y Beatriz, d'esta nueva
Sintieron tal regocijo,
Que un buen letor en sus caras
Lo pudiera ver escrito.
La casa de dentro y fuera
Resonaba con bullicio;
Los criados, fervorosos,
Traen viandas, pan y vino,
Y enfundan los almofrexes
Con el regalado lino.....
Los caballos, en el patio
Daban soberbios relinchos;
Y los canes de traílla
Alborozados ladridos.
Todo sale puesto á punto,
Y Fernando iba vestido
De verde, que presto espera
Verlo en rojo convertido.
Por la puerta del Rincon
Sale, de muchos seguido,
En un gallardo caballo
De color rucio tordillo:
Con él van sus convidados,
De los cuales despedido,
Se fué hacia la Merced,
Y ellos hacia San Francisco:
Risueños van y contentos
De la suerte que han tenido,
Cuando Jorge á don Fernando
Estas palabras le dixo:
« Si suele el comunicarse
Hacer el bien más crecido,
Mucho añado en el que tengo
Si esta noche os vais conmigo.
Ya sabeis que donde amo
Soy muy bien correspondido,
Y la ocasion que pintada
A las manos me ha venido,
Para que juntos gocemos
El premio de mis servicios:
Yo estaré con mi señora,
Vos, señor, entretenido

Con Ana, su secretaria,
De quien sois galán bien quisto,
Y vos sabeis que no es fea
Ni para echar en olvido:
Y ya que soy algo tierno,
Templado á lo de Calixto,
Vaya por nuestro Sempronio
Mi camarero Galindo,
Porque es hombre confidente,
Secreto y bien entendido.»
Mientras esto se concierta,
Fernando dexa el camino,
Mandando marchar su gente,
Sino fué á sólo Rodrigo.
Ya el sol su cara escondia,
Cuando se quedó escondido
En un montecillo espeso,
Donde estuvo, sin ser visto,
Aguardando la hora y punto
De executar el castigo:
Graves cuidados le cercan,
Y así hablaba consigo.....

Del pedantesco soliloquio en que exhala sus cuitas el desventurado marido, sólo merecen recordarse estos versos:

Porque quien vive sin honra
No puede llamarse vivo.

Nos acercamos al momento de la catástrofe, que Rufo prepara con cierta habilidad y algún sentimiento poético:

La sombrosa noche estaba
En medio de su camino,
Callaban montes y valles,
Los pueblos hacen lo mismo;
El dulce sueño profundo
Daba el sosiego y olvido
Al humano entendimiento,
De mil congoxas archivo,
Y á los miembros trabajados
En diversos ejercicios.....,
Cuando dexa el verde lecho
El caballero afligido,
La rienda toma en la mano,
Poniendo el pie en el estribo,
Y puesto firme en la silla,
Para Córdoba se vino,

Como el que á reconocer
Llega el contrario presidio.
Dexó á recado el caballo,
Y rastreando un portillo,
Le halla, y entra por él,
Aunque estrecho se le hizo.
No encuentra ronda en las calles,
Ni menos hombre nacido;
Todo estaba en un silencio
De ninguno interrumpido;
Hasta los canes caseros
No dan molestos ladridos,
Que á los hurtos amorosos
Son mortales enemigos:
Sólo de nocturnas aves
Se escuchan tristes aullidos,
Que siempre en casos funestos
Endechan con más ahinco.
Quebranta su propia casa,
Y en cierta pared subido,
Ayudado de su esclavo,
Le ayuda y lleva consigo:
Fueron á dar á las piezas
Donde estaban repartidos
Los huéspedes mal mirados,
Torpemente entretenidos,
Con luz y mucho sosiego,
De su daño inadvertidos,
Y de pensar que la parca
Les quiere cortar el hilo.
Agora ¡oh hijo de Venus!
Invoco otra vez tu auxilio,
Para contar tus hazañas
Con versos en sangre escritos,
Pues aunque en ocio y blandura
Naces, dulce, afable niño,
Despues, como rey tirano,
Bebes la de tus amigos.
Ya está Hernando en la sala;
Dexa á la puerta á Rodrigo;
La espada lleva desnuda,
Y él va de esfuerzo vestido:
Arremete contra el lecho
Mal guardado y bien sabido,
Ardiendo en honrosa saña,
Como honrado y ofendido.
Jorge, medio sin acuerdo,

Con su espada se le vino,
Mas vergüenza y sobresalto
Le embotan la punta y filos.
Hernando cierra con él,
Despues de habelle ferido,
De un terrible tajo abierto
Cerca del siniestro oído,
Y dióle tres puñaladas,
Que al morir dieron postigo,
Con sangre y dolor inmenso
Y mal formado gemido.
Ya andaba el triste bascando,
Y el cuerpo, en tierra caído,
Celebraba con el alma
Aquel divorcio temido,
Cuando á su hermano, que estaba
En un retrete dormido,
Ana despertó, diciendo:
«¡Señor, que somos perdidos!»
«¿Cómo así (dijo) esto pasa?»
Y saltó despavorido,
Con la que antes fué acerada
Y entonces era de vidrio;
Y así embistiendo con él
Aquel severo ministro,
Le hizo igual á su hermano
En la muerte y el castigo.
Ana imploraba clemencia,
Pero poco le ha valido;
Que de servicios y vida
Le dieron el finiquito.
Beatriz estuvo á estas cosas
Presente, y fuera del siglo,
Porque un desmayo mortal,
Causado de temor frío,
Le suspendió las potencias
Y privó de los sentidos;
Y así le fué por entonces
Su amargo fin diferido,
Porque despierta pagase
El mal que despierta hizo.
En un rincon de la sala
Hubo señal de rüido,
Y fué que detrás de un cofre
Estaba el pobre Galindo,
El cual, de puro temor,
Aun no osó estar escondido.....

El Veinticuatro está á punto de ablandarse con los ruegos del pobre paje,

Y preguntóle á su esclavo:
«¿Qué te parece, Rodrigo?»
Respondió: «Señor, los menos
Vivan de tus enemigos.....»

Mata, pues, á Galindo; y cebado ya en la carnicería, prosigue amontonando víctimas, hasta tocar en los límites en que lo horrible se confunde con lo grotesco:

Siguió la matanza fiera
Como lobo en el aprisco:
Mató ancianos escuderos,
Á los porteros ariscos,
Las dueñas y las doncellas,
Los pajes, grandes y chicos,
Á los mozos de caballos,
Y hasta los perros mismos
Aullaron pasando muerte,
Y gatos dieron maullidos;
A una mona y papagayo,
No les valieron graznidos,
Ni los inqüietos saltos
A un atribulado jimio.
Esta confeccion de sangres
Hacen de la casa un rio,
En que el honor se restaura,
Cobra fuerza y queda limpio.

¡Valiente restauración y limpieza! Aun en tiempo de Juan Rufo pareció algo excesiva, y un poeta anónimo que refundió esta composición para incluirla en el *Romancero General*, excluyó de la degollina á los perros, monos, papagayos y demás irracionales:

Mató escuderos, porteros,
Dueñas, mozas de servicio,
A mecánicos criados,
Pajes de falda pulidos,
Porque todos consintieron
El adulterio maligno.

Muestra el jurado de Córdoba talento y sensibilidad en reservar para el fin la muerte de D.ª Beatriz, que es la única persona á quien el matador concede confesión; su arrepentimiento templa algo la bárbara impresión de este cúmulo de horrores:

Ya el alba se levantaba
De su lecho alabastrino,
Y sus rosadas mexillas

Mostraban color distinto.....,
Cuando Beatriz en sí vuelve
Y recupera el sentido;
Suspirar porque aun vivía
Fué lo primero que hizo,
Y vuelto el rostro turbado
Al indignado marido,
Le vió de sangre cubierto,
Con el color amarillo,
Horrible el ceño y semblante
Y de cólera encendido.
Baxó los ojos al suelo,
Temerosa de lo visto,
Y vió el destrozo sangriento
Para dolor más esquivo,
Sintiendo los grandes males
De que la causa habia sido.
En esta cruel reseña
Vió su túmulo preciso:
Cuajósele allí la sangre,
Quedó el cuerpo helado y frío,
Los labios se le secaron,
Los ojos hacen lo mismo,
Que el licor faltaba al llanto,
Y el aliento á los suspiros,
Porque la pena rabiosa
Cerró todos los caminos
Que á los tristes lastimados
Suelen ser de algun alivio.....
Tres veces probó á fablar,
Y otras tantas perdió el tino;
La voz salió sin efecto,
Formando un ronco sonido:
A la cuarta, como pudo,
Dixo, como desde el limbo,
La desdichada señora
Estas palabras que escribo:
«Pues mi yerro es sin disculpa,
Del remedio desconfío;
Y porque sé que es muy fea
La traicion que he cometido,
Si ya perdon te pidiesse
(Oh, Hernando, señor mío),
Sería irritar tu enojo
Con otro nuevo delito:
Satisfágate mi muerte
De lo que mal he vivido.

Justo es que mi cuerpo pague
La maldad torpe que hizo,
Pues fué siervo de la pena
Cuando se rindió á los vicios.
Tú lavarás con mi sangre
Tu agravio y mi desvarío,
Y yo saldré de la deuda
De tal caso y tal marido,
A quien tan mal conocí
Por no habelle merecido.
Sólo para arrepentirme
Un breve tiempo te pido;
Confesaré mis pecados
Con doloroso gemido,
Porque si el alma no pierdo,
Todo es poco lo perdido:
Y si acaso, porque es mía,
También la has aborrecido,
Debes por fuerza estimalla,
Porque Dios la ha redemido.»
Tal eficacia tuvieron
Las verdades que le dixo,
Que sacaron tierno llanto
De aquel pecho diamantino.....
Hizo oficio de albacea
El verdugo de Galindo,
Y trúxole un confesor,
(Que confesor pidió á gritos),
Porque ignorando la causa
Y pisando un mar sanguino,
Entre veinte cuerpos muertos
Juzgó su fin por vencido.
Su penitente le anima,
Y puesto Dios por testigo,
Le manifiesta sus culpas,
Y él la absuelve enternecido.
Perdon la dexa pidiendo
A los pies de un crucifixo,
Y él, puesto á los de Hernando,
Tales palabras le dixo:
«Si la más alta vitoria
Es tenella de sí mismo,
Y es generosa venganza
Perdonar al enemigo,
Católico caballero,
Por muerta á Beatriz te pido;
Viva á Dios y muera al mundo,

En penitencia y cilicio;
Que trocado nombre y señas,
En un convento me obligo
A hacella monja oculta,
Donde sirva al que la hizo.»
«Padre, entonces le responde,
Muy bien estoy en lo dicho,
Pues á cada cual le toca
Hacer su debido oficio:
Vos hablais conforme al vuestro,
Yo haré conforme al mío.....»

Degollada su mujer, el Veinticuatro huye camino de Francia; pero los Reyes Católicos no solamente perdonan *al cordobés foragido*, sino que aprueban aquel castigo *exemplar y heroico*, le mandan volver á su patria *honrado y favorecido*, y contrae segundas nupcias con D.ª Constanza de Haro (1).

Tal es, en lo sustancial. esta prolija leyenda, que no carece de felices rasgos é intenciones poéticas, desfiguradas las más veces por la incorrección y el mal gusto. He preferido el texto original de Juan Rufo, por ser el único auténtico y hallarse en un libro muy raro; pero debo advertir que las innumerables enmiendas con que esta composición aparece en el *Romancero general* de 1604 y en el de Durán la mejoran considerablemente, como puede observar cualquiera que se tome el trabajo de cotejar ambas lecciones.

Trazó Lope de Vega el plan de su drama sobre el poemita de Rufo, conservando hasta los nombres del esclavo Rodrigo, del paje Galindo y de la cómplice D.ª Ana, á quien supuso sobrina del Veinticuatro. Puso la acción en tiempo de los Reyes Católicos, poco después de la conquista de Granada, cuyos recuerdos le sirvieron para enlazar esta comedia con las de argumento morisco, animando las escenas de corte con la presencia de los mismos héroes que hemos visto en *El Cerco de Santa Fe:* Garcilaso de la Vega, Hernando del Pulgar, el señor de Palma. De la poesía popular sacó el gran partido que solía, haciendo repetir á D.ª Ana y á D.ª Beatriz, mientras, ocupadas en su labor, se lamentan de la ausencia de sus amantes, el principio de las antiguas endechas:

Los Comendadores,
Por mi mal os vi.
¡Tristes de vosotros,
Cuitada de mí!
Jorge y don Fernando,
De las cruces rojas,
De nuestras congojas

(1) *Las seyscientas Apotegmas de Iuan Rufo, y otras obras en verso. Dirigidas al Principe nuestro señor. Con Privilegio. En Toledo, por Pedro Rodriguez, impressor del Rey nuestro señor.* 1596. 8.º Páginas 196-221.

Se fueron burlando,
Pues no llega el cuándo
De volver aquí.
¡Tristes de vosotros,
Cuitada de mí!
¡En qué triste día
Se trató el amor,
Que con tal rigor
Á los dos desvía,
Pues el alma mía
Os lleváis ansí!
¡Tristes de vosotros,
Cuitada de mí!

Con ser tan numerosos los dramas de nuestra literatura que tienen por asunto trágicas venganzas de maridos ultrajados, no pertenece el de *Los Comendadores* á la misma familia que *El Médico de su honra*, *El Pintor de su deshonra*, *Á secreto agravio*, para no citar otros menos conocidos. En la mayor parte de ellos, lo que se castiga no es el adulterio consumado, sino la mera sospecha de adulterio, y aun la simple posibilidad moral, y á veces ni esto siquiera, pues el mismo D. Gutierre de Solís, que en nombre de la bárbara jurisprudencia llamada del honor asesina á su mujer con una sangría suelta, reconoce y proclama su inocencia antes y después de cometer su espantable crimen. En *Los Comendadores*, por el contrario, la venganza del veinticuatro Fernán Alfonso, aunque ferocísima, recae sobre adúlteros cogidos *in fragranti*, y que en todo el curso de la pieza hacen cínico alarde de su liviandad desenfrenada, sin asomo de pudor ni de vergüenza. El poeta no ha querido hacerlos simpáticos por ningún aspecto, no ha querido atenuar en nada la fealdad de su culpa, ni disminuir con un mal entendido sentimentalismo la feroz ejemplaridad del castigo. Las atrocidades del Veinticuatro eran, más que legendarias, históricas en gran parte, y no había más remedio que conservarlas. A un poeta idealista y algo inclinado á lo quimérico y sofístico, como Calderón, no le hubieran satisfecho los brutales motivos de este drama, donde no hay más que lujuria y sangre. Lope de Vega, que era poeta de otro temple, acometió el asunto de frente y sin escrúpulos, é hizo un drama poderoso y en algunas partes admirable, más humano y menos inmoral en el fondo que *El Médico de su honra*, porque el vértigo sanguinario que convierte á Fernán Alfonso en una bestia brava, y le hace casi irresponsable de sus acciones, resulta menos atroz que la enmarañada y fria casuística con que preparan su venganza los maridos calderonianos.

Desde el principio al fin, *Los Comendadores de Córdoba* es un drama en que hierve la vida; todo es acción y movimiento: en las situaciones culminantes el diálogo se precipita con rapidez fulmínea; dondequiera se reconoce aquella franca objetividad, prenda característica de Lope, aquella expresión inmediata de la naturaleza que tanto enamoraba á Grillparzer. No es menester que los veamos en escena; basta con los versos del poeta para que pasen delante de nosotros los dos Comen-

dadores, ataviados de galas y plumas, desempedrando con sus caballos las calles de Córdoba:

No burléis, por tales fines,
Los caballos y aderezos
Que están en esos patines
Con bandas á los pescuezos
Y listones á las crines;
Jaeces, que es un tesoro
Su valor, obra de un moro
Famoso entre los Gazules:
Caparazones azules
Bordados de plata y oro.
Entrad, veréis cuál están,
De española furia llenos,
Un bayo y un alazán
Desempedrando el zaguán
Y jabonando los frenos.
Parece que están diciendo
Que hasta salir no se aplacan,
Y entre el espumoso estruendo,
A vueltas están comiendo
La misma sangre que sacan.

Aun en el detalle más accesorio, en la pendencia del lacayo Galindo con el cocinero del Obispo, en los amoríos de las criadas del Veinticuatro, hay tal plenitud y expansión de vida, que la ilusión naturalista es completa. Este primer acto, tan animado, tan alegre, tan bizarro, es un modelo de exposiciones en acción, muy digno de estudiarse. Es lástima que algunos toques de malo y conceptuoso gusto, como la alegoría de la guitarra, desfiguren el trozo de la visita de los Comendadores en casa de su prima; donde, por otra parte, está magistralmente indicado el súbito principio de un amor que no es más que capricho de los sentidos. Pero á todo vence la hermosa escena del inesperado regreso del Veinticuatro, con las zalamerías de su infiel esposa, la honrada confianza del buen caballero, el contentamiento que siente por su soñada felicidad doméstica, de la cual va á tener un despertar tan horrible. Todo ello con una riqueza de pormenores familiares y expresivos, con una espontaneidad maravillosa, que se confunde con la realidad misma y no parece esfuerzo del arte:

VEINTICUATRO.

¡Que ya en mi casa me veo!

RODRIGO.

Dame esos pies.

VEINTICUATRO.

¡Oh Rodrigo!

RODRIGO.

¿Cómo vienes?

VEINTICUATRO.

Bueno, amigo;
Ya se cumplió mi deseo.

. . . . . .

ESPERANZA.

Mi señora viene ya.

VEINTICUATRO.

¿Cómo, mi bien, la postrera?

DOÑA BEATRIZ.

Si el placer lugar me diera,
Y el alma, que en vos está,
Por la ventana saltara
Ó por este corredor.
¡Gracias á Dios, mi señor,
Que ya veo vuestra cara!
Otro abrazo os quiero dar.
¡Jesús, qué bueno venís!

VEINTICUATRO.

¿Estáislo vos?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué decís?
Pues con vos, ¿no lo he de estar?
Si muerta ahora estuviera
Y esta mano me tocara,
Al mundo otra vez tornara
Y por milagro viviera.

VEINTICUATRO.

El placer os da licencia
Para decir imposibles.

DOÑA BEATRIZ.

Y el haber sido terribles
Los sentimientos de ausencia.
Dadme, mi bien, esas manos.

VEINTICUATRO.

Dejad ya tantos excesos.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué hay de salud y sucesos?

VEINTICUATRO.

Que en Córdoba estamos sanos.

. . . . . .

DOÑA BEATRIZ.

Quitadle aquellas espuelas,
Dadle ropa, descalzalde.

VEINTICUATRO.

No llego á mi casa en balde.

RODRIGO.

Espérate: quitarélas.

VEINTICUATRO.

Déjalas estar, Rodrigo;
Que he de ir á besar los pies
Al Obispo.

DOÑA BEATRIZ.

Iréis después,
Que ahora os quiero conmigo;
Esta noche descansad.

VEINTICUATRO.

La obligación es por vos.

DOÑA BEATRIZ.

Pues mejor me ayude Dios
Que vos rondéis la ciudad.
¿Hay á quién dar alegría
Y recibir parabién?

VEINTICUATRO.

Alto: una ropa me den.
No haya más, señora mía.
¿Qué hay que cenar, Esperanza?

ESPERANZA.

Señor, como no supimos
Que venías, no tuvimos
Más que la honesta pitanza;
Pero no te dé cuidado,
Que no falta un perdigón
Con que se gaste un limón,
Sobre un torrezno cortado:
Dos conejos hay en casa.

VEINTICUATRO.

¡Oh pesar de mi capote!
Yo quiero entrar hoy á escote:
Luego al momento los asa.
¿Eso dices que no es nada?

ESPERANZA.

Matarte puedo un capón.

VEINTICUATRO.

No gastes otro limón.

ESPERANZA.

También tengo una empanada.

. . . . . .

VEINTICUATRO.

Si yo muero con mi lengua,
No servirás á hombre vivo (1).
¡Oh, cuánto gusto recibo!
¿Quién pone en casarse mengua?

(1) Es decir, «te emanciparé en mi testamento». Esperanza y Rodrigo son esclavos.

¿Quién era aquel ignorante
Que habló mal del casamiento?
¿Tiene otro estado el contento
Que ahora tengo delante?
El que está más enfadado,
Pruebe alguna vez siquiera
Á hacer que viene de fuera;
Verá lo que es ser casado.
Miren aquí mi familia,
Mis criados y mujer,
Reventando de placer.
¿Qué hay de Juan? ¿Qué hay de Sicilia?
Todos los he de abrazar,
Que aunque negros, gente son.
. . . . . .
Hasta los perros parece
Que alegra verme en mi casa.
¿Qué piensa quien no se casa?
La libertad envejece.
¡Oh, alegre y dichoso estado!
Si la cabeza me duele,
Tengo, al fin, quien me consuele,
Que es mi mujer á mi lado.
Siente, en efecto, mi mal,
Alégrase de mi bien,
Y, en efecto, tengo quien
Lo sienta con rostro igual.
Si me ausento, me desea,
Si vengo, me da sus brazos,
No con fingidos abrazos,
Como de otros bien se crea.
Mira mi hacienda, y regala,
Es médico y es consuelo:
Si es buena, es prenda del cielo,
Y del infierno, si es mala.
Vamos, hijos, á cenar,
Descalzadme: acostaréme.
. . . . . .

Por iguales pasos camina la jornada segunda, que no tiene menos bellezas. Con ciega, pero muy humana confianza, es el marido mismo quien vuelve á llevar á su casa á los Comendadores, haciendo con la mayor efusión el panegírico de ellos:

No tengo amigos mayores.
. . . . . .
Son mis deudos, y tan buenos
Que me honro de su lado.
. . . . . .

Hónrase el Obispo mucho
De tener sobrinos tales,
Porque son muy principales.
. . . . . .
¡Qué galanes, qué hidalgados,
Qué bien que lucen ahora!
Y aun os prometo, señora,
Que son muy buenos soldados.
Pues don Jorge, ¿no es discreto?
Es una perla, ¡por Dios!
. . . . . .
Mozos de grande esperanza,
Á su fianza me obligo.
En tales manos cayese
Mi honor.

A lo cual la taimada mujer responde con este rasgo de feroz ironía, digno del mayor poeta dramático:

Ya lo está.

Esta situación terrible y equívoca, este conflicto entre la perversidad y la buena fe, continúa con la misma fuerza dramática en la escena en que el Veinticuatro, llamado á la corte por el Rey, se despide de su mujer y de sus primos.

JORGE.

Señora, consuéleos Dios
En esta ausencia.

BEATRIZ.

Él lo haga.

VEINTICUATRO.

Bien quiero á Jorge.

BEATRIZ.

Él os paga.

VEINTICUATRO.

¡Qué bonitos son los dos!
¡Bien empleada crianza
En mozos tan gentilhombres!

BEATRIZ.

Galanes son.

VEINTICUATRO.

Y muy hombres.

BEATRIZ.

¡Qué bien le está su alabanza!

Un poeta romántico hubiera procurado hacer interesante á D.ª Beatriz, para que nos conmoviera su trágico destino. Lope, más atento á los cánones de la moral, que en este punto se confunden con los del arte, la hace constantemente odiosa, lo cual es de una psicología más verdadera y más profunda. Habla y obra como sierva vil del apetito, y sus delirios son los de una bacante.

Así exclama, dirigiéndose á su sobrina:

DOÑA BEATRIZ.

Qué, ¿quieres mucho también,
Por tu vida, á don Fernando?

DOÑA ANA.

En ausencia de mi tío,
Lo que le quiero verás.

DOÑA BEATRIZ.

No le puedes querer más
Que yo al dulce primo mío.
Estoy loca de contenta,
Ciega en hacerle favor;
Que sobre la sangre, amor,
Como oro en azul asienta.
Mucho tiene negociado
La sangre cuando amor llega;
La sangre me incita y ciega,
Mucho ha de ser mi cuidado.
Mas ¡mira qué dulce vida,
Del Veinticuatro en ausencia,
Esperar la resistencia
De la libertad perdida!
¡Qué dulces horas! ¡Qué días!
¡Qué noches tan venturosas!
¡Alargad, horas dichosas!
¡Detened, lágrimas mías!
¡Ay, qué enamorada estoy!
¡Ay, sangre! ¡Ay, amor! ¡Ay, fuego!

DOÑA ANA.

Un ciego sigue á otro ciego.
¡Ay de mí, qué triste voy!
Pero pensando en el bien,
Comunicado mayor,
Pierdo el respeto al honor,
Y aun al peligro también.
Holguémonos, pues quedamos
Solas, que no hay qué temer.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué tormento puede ser
Igual al bien que gozamos?

El incidente de la sortija es igual en Lope de Vega que en Juan Rufo: estaba indicado como resorte dramático, y nuestro poeta le aprovechó para el final del segundo acto, dando más energía á las palabras del Rey:

Si á tu mujer se la diste,
Que tu mujer te la dé.

La jornada tercera flaquea al fin por vicio intrínseco del argumento, pero está trazada con mucho arte y con un género de siniestra poesía que prepara el ánimo á los horrores del desenlace, y recuerda análogas escenas de *El Caballero de Olmedo.* La supersticiosa imaginación de Lope se complace en acumular agüeros, presagios y sueños fatídicos que mantienen suspensa sobre la cabeza de los Comendadores la inminente catástrofe. Sus espadas no quieren salir de la vaina; el espejo en que se miran se quiebra en cuatro pedazos, y exclama D. Fernando:

No he tenido tal agüero
Desde el día en que nací.

JORGE.

Peor me sucedió á mí,
Haciendo mal al overo;
Que el freno se me quedó,
Con las riendas, en la mano.

FERNANDO.

Esta noche toda, hermano,
Un mal sueño me espantó.

JORGE.

¿Cómo sueño? ¡Por Dios juro
Que esta noche un grito oí,
Que estuve una hora sin mí,
Viendo el aposento obscuro!
Pues un perro, allá en la calle,
¡Qué aullidos daba y aprisa!
. . . . . .
Mas no perdamos la misa
Por estos malos agüeros.

Y los agüeros continúan en la escena del convite, que termina con un rasgo digno de Shakespeare:

JORGE.

¡Qué comida tan dulce!

VEINTICUATRO.

Y la postrera.

RODRIGO.

Ya lo entiendo, señor.

VEINTICUATRO.

Aquí te espera.

Pero ni los avisos sobrenaturales, ni las palabras del Veinticuatro, llenas de mortífera ironía, aguzadas como punta de cuchillo, bastan á detener el infernal torbellino que arrastra á los adúlteros á su perdición. En la mesa, delante del marido, hablan á media voz y se hacen señas; y cuando se acerca el momento de la cita, estalla el júbilo de D.ª Beatriz en descompuestos gritos, que traducen admirablemente el ardor de una pasión muy sensual, pero muy humana:

¡Ah, noche, que tardas ya!
¡Vete, perezoso día!
¿Posible es, sobrina mía,
Que sola esta casa está?
¿Que ya es ido el Veinticuatro?
¿Que ha de ser este aposento,
De mi esperado contento
Entapizado teatro?
Esperanza, Esperancica.....

ESPERANZA.

Señora.....

BEATRIZ.

¡Gran loca estoy,
A mil partes vengo y voy!
Presto ropa y lumbre aplica;
Abre aquesos cofres, anda.

ESPERANZA.

¿Agora andamos en esto?

BEATRIZ.

¡Ay, don Jorge!..... Enjuga presto
Cuatro sábanas de holanda.
Saca pastillas, pues sabes,
Del escritorio pequeño:
Haz fiestas al nuevo dueño.
¿Qué aguardas? Toma las llaves.
Perfuma esta cuadra toda,
Echa aquella colcha indiana.
Hoy es, amiga doña Ana,
Nuestro desposorio y boda.
Ya parece que anochece.
¿Está eso limpio? ¿Está bien?

ANA.

Nunca amaneció tan bien
Como agora que anochece.

El efecto de esta bellísima escena de los preparativos se acrecienta con oportunas alusiones al romance viejo *de la esposa infiel* (núm. 136 de la *Primavera* de Wolf), hoy mismo tan popular en muchas provincias de España:

FERNANDO.

Gocemos de la ocasión
Mientras anda en sus destierros.

BEATRIZ.

Rabia le mate los perros,
Y aguilica el su falcón.

La matanza final hace poco efecto por su misma atrocidad y por los estúpidos chistes del gracioso, y por los grotescos incidentes de la mona y del papagayo, que

el poeta no se atrevió á suprimir en su excesivo respeto á la tradición, siquiera fuese la muy degenerada de Juan Rufo. En cambio, fué lástima que no sacase partido de la confesión y arrepentimiento de D.ª Beatriz, indicados por el mismo poeta.

En la tragedia de Lope, el matador no huye, sino que se presenta espontáneamente al Rey Católico, haciendo alarde de su espantosa hazaña. El Rey, no sólo aprueba todo lo hecho, y le premia y galardona con la mano de D.ª Constanza de Haro, sino que le proclama cordobés ilustre, aun más que Séneca y Lucano: ¡extraña asociación de nombres!

Sois, don Fernando, tan dino
De premio por tal venganza,
Qua hasta á un Rey parte le alcanza
Del honor que á vos os vino.
Hónrase Córdoba más
Que por Séneca y Lucano,
De tener tal ciudadano.

VEINTICUATRO.

Cuanto he pedido me das:
Has confirmado mi honor
Con tu generosa boca.

REY.

Eso á mí solo me toca:
Decí á mi Alcalde mayor
Que no hable en esta justicia,
Que yo lo tomo á mi cargo;
Que no quiero más descargo
Ni más probada malicia.

Son defectos de esta comedia, aparte de la barbarie de las ideas, que no es imputable al poeta, sino á su tiempo, el desaliño y atropellada ejecución de algunos trozos y la afectación y mal gusto de otros, vicio de que principalmente adolecen los monólogos del Veinticuatro. Pero hay tales relámpagos de genio, tal ímpetu de salvajes pasiones y tan férvida animación en el conjunto, que no puede menos de clasificarse esta obra entre las más notables de la *primera manera* de Lope.

Ya hemos advertido que la comedia de *Los Comendadores de Córdoba* que existe manuscrita en la Biblioteca Nacional (Vv-711) no es ésta de Lope, sino otra desconocida y enteramente diversa. No lleva nombre de autor: el manuscrito es autógrafo de Andrés de Claramonte, pero es imposible que sea suya, porque está muy bien escrita y versificada, y Claramonte era incorrectísimo versificador. Además, el manuscrito no tiene enmiendas; cosa inverosímil en un borrador original. Creemos, por consiguiente, que se trata de una copia de teatro, hecha por Claramonte, que, como es sabido, juntaba á la condición de autor dramático la de representante y director de compañías.

De todos modos, la comedia es muy notable y está compuesta con más reflexión y estudio que la de Lope, pero carece de las espontáneas bellezas que en ésta

admiramos. Es mucho más fiel á la historia, puesto que pone la acción en tiempo de D. Juan II y la enlaza con el sitio de Antequera, lo cual indica que el poeta había visto la carta de perdón de Fernán Alfonso, ó á lo menos tenía noticia de su contenido. Tomó de la comedia de Lope de Vega los nombres de D.ª Ana, Esperanza, Galindo y Rodrigo, y el recurso dramático de la sortija; pero se ve que puso especial empeño en apartarse de su predecesor, disponiendo de una manera muy diversa su plan, y haciendo profundas alteraciones en los caracteres, con la mira principal de presentarlos menos odiosos. Así supone que D.ª Beatriz y el comendador D. Jorge se amaban honestamente antes del casamiento de la primera con el Veinticuatro, y que esta boda fué impuesta por el Rey, que también estaba enamorado de la hermosa cordobesa, y rondando su calle había cruzado las armas con D. Jorge y su hermano. Hace resistir con gran entereza á D.ª Beatriz todas las persecuciones de su antiguo amante y las pérfidas intrigas y tercerías de su prima D.ª Ana; pero con tales antecedentes no se explica su caída, que nace sólo de un arrebato de celos. Desaparece toda la parte sensual y grosera de la obra primitiva, pero por lo mismo que los Comendadores se presentan tan urbanos y corteses, y tan morigerada D.ª Beatriz hasta que repentinamente cambia de carácter, resulta ilógico el desarrollo de la pieza, y doblemente bárbara la catástrofe al recaer en personajes simpáticos. Quiso guardar el poeta las apariencias morales, y faltó á la verdad moral del argumento, como sucede siempre que se quiere refundir leyendas antiguas con nimia delicadeza y con sentido diverso del que en su origen tuvieron. Por lo demás, repito que esta obra, aunque muy distante de la de Lope en interés y brío poético, es mucho más correcta y atildada, honra á su desconocido autor y merece ser impresa y estudiada.

Además de estas comedias antiguas, existen varias narraciones modernas, en prosa ó en verso, sobre el trágico suceso de los Comendadores, debidas á la pluma del erudito cordobés D. Luis M.ª Ramírez de las Casas Deza (1), de nuestro difunto compañero D. Vicente Barrantes (2), de D. Juan Federico Muntadas (3) y de D. Eduardo de Lustonó (4).

---

(1) Diez y seis romances en el libro *Tradiciones cordobesas. Colección de leyendas históricas y fantásticas, en prosa y verso, escritas por varios literatos cordobeses.* Tomo I, Córdoba, imprenta de D. R. Arroyo, 1863. Páginas 9-40. En el *Semanario Pintoresco* de 1844 (páginas 39 y 44) hay otra leyenda en prosa, *Hernando de Córdoba el Veinticuatro*, que debe de ser del mismo Ramírez, aunque no está firmada.

(2) *Hernando el Veinticuatro de Córdoba.* (En *El Mundo Pintoresco*, 1859, y en un tomo de *Cuentos y leyendas de D. Vicente Barrantes.* Madrid, 1875.) Está en prosa.

(3) *Los dos Comendadores.* (En los *Ensayos poéticos de Juan Federico Muntadas.* (Madrid, 1848, imprenta de Rivadeneyra. Páginas 205-237.)

(4) *El Anillo del Rey.* (En *La Ilustración Española y Americana* de 8 de Marzo de 1882.)

IX.—LOS GUANCHES DE TENERIFE Y CONQUISTA DE CANARIAS.

Está citada en la segunda lista de *El Peregrino* con el título de *Conquista de Tenerife*, y por consiguiente, es anterior á 1609; pero no se publicó hasta 1618, en la *Parte décima* de Lope, que tuvo dos reimpresiones.

Fúndase el argumento de esta comedia en un rarísimo y estimable poema, parte en verso suelto y parte en octavas reales, compuesto por el bachiller Antonio de Viana, natural de Tenerife, y estudiante de medicina en Sevilla, con el título de *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria*. Entre los sonetos laudatorios que se leen al frente de este libro, impreso en Sevilla en 1604, hay uno de Lope de Vega que principia:

Por más que el viento entre las ondas graves
Montes levante, y con las velas rife,
Vuela por alta mar, isleño esquife,
Á competencia de las grandes naves.....

y termina:

Islas del Oceano, de corales
Ceñid su frente, en tanto que de Apolo
Crece á las verdes hojas inmortales (1).

Lope, que en todas partes encontraba asuntos de comedia, leyó, ó por lo menos hojeó, el poema del vate canario; obra imperfectísima, á la verdad, si se la considera ya como poema épico, ya como historia, pues para lo primero contiene demasiadas circunstancias prosaicas, y para lo segundo demasiadas fábulas; ensayo juvenil, por otra parte, que se resiente de inexperiencia y gusto poco maduro, pero que

---

(1) *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria. Conquista de Tenerife y aparescimiento de la Imagen de Candelaria. En verso suelto y octava rima. Por el Bachiller Antonio de Viana, natural de la Isla de Tenerife. Dirigido al Capitan Don Ivan Guerra de Ayala, Señor del Maiorazgo del Valle de Guerra. En Sevilla por Bartolome Gomes. Año* 1604.

8.º; 333 hojas.

Esta primera edición es uno de los libros más raros de nuestra literatura poética. Ha sido reimpreso en 1883 por la Sociedad Literaria de Stuttgart:

Der Kampf von Teneriffa. Dichtung und Geschichte von Antonio de Viana, herausgegeben von Franz von Löher..... Tübingen, 1883. (Es el tomo CLXV de la *Bibliothek des Litterarischen Vereins in Stuttgart.*) Sé que existen otras dos reimpresiones, hechas en Santa Cruz de Tenerife en 1854 y 1882, pero no las he visto. Al parecer, se hicieron no por el libro, sino por copias manuscritas de él, lo cual acredita su gran rareza.

Algunas noticias biográficas de Antonio de Viana pueden verse en las *Biografías de Canarios célebres*, por D. Agustín Millares. Segunda edición. (Las Palmas de Gran Canaria, 1879; tomo II, páginas 197-222.)

anunciaba en su autor felicísimas condiciones para la poesía descriptiva. Agradóle sin duda el estilo lozano y exuberante del buen Bachiller, su fantasía pródiga y amena, la candidez idílica de sus cuadros, y sobre todo la extrañeza y novedad de las cosas que cuenta y de la naturaleza que describe. Le enamoró el color local del argumento, y con los materiales del poema labró esta comedia, cuyo primer acto es muy lindo, aunque los dos siguientes decaen mucho. Comienza el poema de Viana con un lujoso si bien desaliñado panegírico del clima y producciones de las islas que van á ser teatro de la narración:

Manaban leche las hermosas fuentes,
Las peñas miel suave, entapizadas
Con nativos panales, entre el musgo
Pajizo, blanda y delicada *orchilla*.
Con esperanza cierta, el verde campo
Al venidero siglo, ya presente,
Prometía mostrar fecundas cepas
Y ñudosos sarmientos de las vides,
Resudando el licor dulce y ardiente
De racimos melosos, en los pámpanos
Y rubias cañas destilando el zumo
De que se cuaja el fino azúcar cándido,
Sabroso néctar de los sacros dioses.....
Por sus aires volaban varias aves
De música sonora, y muchedumbre
De aquellos vocingleros pajaruelos
Que por canarios los celebra el mundo.
Producen sus espesos y altos montes
Álamos, cedros, lauros y cipreses,
Palmas, lignalóes, robles, pinos,
Lentiscos, barbucanos, palos blancos,
Viñátigos y tiles, hayas, brezos,
Acebuches, tabaibas y cardones,
Granados, escobones, y los dragos,
Cuya resina ó sangre es utilísima (1).
Tienen grandes arroyos de aguas claras,
Con cuyo riego, yerbas olorosas
Brotan y esparcen matizadas flores,
El poleo vicioso, el blando heno,
El fresco trébol, toronjil, asándar,
El hinojo entallado y el mastranzo;
Sube la yedra, y el jazmin se enreda,

(1) Para inteligencia de toda esta botánica véase el *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias, por D. José de Viera y Clavijo. Impresión promovida por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de las Palmas de Gran Canaria.* Las Palmas, 1866-1869. Dos tomos.

Y se entreteje la violeta, y hacen
Un bello tornasol, con alhelíes,
En los espesos y frondosos árboles.....

Descritas luego muy menudamente las costumbres y supersticiones de los naturales, se hace en el canto II breve conmemoración de la conquista de las islas de Fuerteventura, Lanzarote, Hierro, Gomera y Gran Canaria, para entrar de lleno en la de Tenerife, que es el verdadero asunto del poema. El héroe indígena del poema es Bencomo, rey de Taoro, de quien hace Viana el retrato siguiente:

De cuerpo era dispuesto y gentilhombre,
Robusto, corpulento, cual gigante.....
De altor de siete codos, y aun se dice
Tuvo sesenta muelas, sin los dientes.
Frente arrugada, calva y espaciosa,
Repartida melena, poca y larga,
Rostro alegre y feroz, color moreno,
Los ojos negros, vivos y veloces,
Pestañas grandes, de las cejas junto,
Nariz en proporcion, ventanas anchas,
Largo y grueso el bigote retorcido,
Que descubría en proporcion los labios,
Encubridores del monstruoso número
De diamantinos dientes; larga, espesa
La barba cana, de color de nieve,
Que le llegaba casi á la cintura;
Brazos nervosos, de lacertos llenos,
Derechos muslos, gruesas las rodillas,
Fuertes las piernas, pies pequeños, firmes,
Temperamento en todo á lo colérico,
Algo compuesto con humor sanguíneo.
Era ligero, altivo en pensamientos,
Justiciero, modesto, grave, sabio,
Prudente, y sobre todo arrogantísimo.
Un *tamarco* curioso gamuzado
De delicadas pieles le vestía,
Á los brazos las *huymas* como mangas,
Y *guaycas* en las piernas como medias.
Tiene en la diestra mano el regio cetro,
Hueso mondado del valiente brazo
Del gran Tinerfe, bisabuelo suyo.....

Hallábase este disforme bárbaro celebrando un rústico festín con sus capitanes después de haber hecho revista y alarde de su gente de guerra, cuando comparece de súbito un sacerdote ó mágico llamado Guañeme, y lleno de confusión y tristeza da cuenta al Rey de los siniestros agüeros que ha tenido:

Por el cerúleo mar vendrán nadando
Pájaros negros de muy blancas alas,
Truenos, rayos, relámpagos echando,
Señales propias de tormenta y malas;
Dellos saldrán á tierra peleando
Fuertes varones con diversas galas,
Del otro mundo extraño y belicoso,
Para quitarte el reino poderoso.
Conquistarán por armas esta tierra,
Sin que puedas hacerles resistencia,
Que el cielo, en su furor, nos hará guerra
Con brava contagiosa pestilencia;
Cuanto *Nivaria* (1) y su distrito encierra,
Ha de dar á sus reyes la obediencia:
Esto por mil agüeros es creible;
Perdona, y pon remedio en lo posible.

Tales presagios no aterran al reyezuelo, pero le enfurecen, y manda ahorcar de un árbol al agorero. Entretanto, el adelantado D. Alonso Fernández de Lugo, después de haber sometido la isla de la Palma, se aprestaba á la conquista de Tenerife, única isla de las siete del pequeño archipiélago que restaba por dominar. El candoroso poeta pone en renglones desiguales, con la mayor sencillez del mundo, la lista de apellidos de todos los aventureros que concurrieron á la expedición. Era en el mes de Abril de 1494.

Aquí se interpola un episodio romántico que Viana trata bastante bien y que Lope no podia desperdiciar. Tenia el formidable Bencomo una hija llamada Dácil ó Dácila, doncella de extremada hermosura, á quien adoraban y pretendian todos los príncipes de la isla, si bien ella los desdeñaba, prefiriendo la soledad de los bosques y de las fuentes al bullicio de la corte:

Es de muy poca edad, gallardo brío,
Tiene donaire, gracia, gentileza,
Frente espaciosa, grave, á quien circuye
Largo cabello, más que el sol dorado;
Cejas sutiles que, del color mismo,
Parecen arcos de oro, y corresponden,
Crecidas las pestañas, á sus visos;
Los ojos bellos, son como esmeraldas
Cercadas de cristales transparentes,
Entreveradas de celosos círculos;
Cual bello rosicler las dos mejillas,
Y afilada nariz proporcionada;
Graciosa boca, cuyos gruesos labios
Parecen hechos de coral purísimo,

(1) Nombre de Tenerife.

Donde á su tiempo la templada risa
Cubre y descubre los ebúrneos dientes,
Cual ricas perlas ó diamantes finos;
Hermoso rostro de color de nieve,
Con fuego y sangre misturado á partes,
Y como al cielo claro, lo estrellaban
Algunas pecas como flores de oro.....
(Canto IV.)

Esta gentil doncella, lejos de asustarse con el presagio de *los pájaros negros*, soñaba que uno de ellos había de traerle á su amante, y con la esperanza de verle llegar se subía de continuo á las más altas peñas, é increpaba al mar con estas voces:

Un pájaro muy grande, extraño, ajeno,
Espero que por ti vendrá volando.
¡Oh, si volase bien! que por él peno.....

Llegan, en efecto, los anunciados pájaros, que eran 15 barcos españoles. El capitán Gonzalo del Castillo sale á reconocer el bosque de la Laguna, encuentra á la infanta Dácil (que es como la princesa Nausicaa de esta pequeña *Odisea*) y enamórase súbitamente de ella, en el mismo punto en que ella ve realizado su sueño:

Dácil estaba cerca de una fuente
Que tiene en sí la falda de una sierra,
Cuyas vertientes claras descendiendo,
Al lago llevan bullicioso arroyo;
Y era el espeso bosque tan cerrado,
Que no se divisaba en él la gente.....
Era el estanque de la fuente grande,
Largo, espacioso y hecho de artificio,
Con cantos enterrados en la arena,
Y con el masapez bien embarrados,
Dando comodidad una gran peña
De la parte de arriba, á quien cubrian
Diversas yerbas y esmaltadas flores,
Y á quien cercaban de frondosos árboles
Entretejidas ramas, defendiéndola
De la violencia de los tiempos varios.....
Gozaba Dácil del alegre sitio,
Sentada encima de la peña misma,
En lo más alto de ella, entre las flores,
Mirándose en las aguas de la fuente,
En donde hacia una agradable sombra,
Como en espejo de cristal purísimo.
Oía el murmurar del claro arroyo,
Que desde allí tomando su principio,
Bajaba al hondo y espacioso valle,
Y de las aves la sonora música.....

Acercábase, en tanto, á la fuente el capitán Castillo, encantado con la belleza del paisaje, y pensando que sin duda alguna debieron de ser aquellos los Campos Elíseos de los antiguos:

Diciendo aquesto, estaba ya muy cerca
De la agradable fuente; pero Dácil
Tiene los ojos puestos en su aspecto.
Túrbase al ver aquel gallardo brío,
Pulido traje y militar arreo,
Tan diferente en todo á su costumbre,
Que con dificultad juzga ser hombre;
Quiere huir, y teme, y así dice:
«¡Cielo! ¿Qué será aquesto que aquí veo?
¿Qué puedo hacer? ¡Ay triste, si me siente!
¡Quiero huir! Pero que es hombre creo.
¿Hombre? Sí, mas extraño y diferente:
Combate mi temor con mi deseo;
Un extranjero tengo ya presente:
¿Veréle bien? Mas temo de miralle:
¡Qué lindo, qué galán, qué de buen talle!»
Y mientras entre sí Dácil forjaba
Aquestos y otros tales pensamientos,
Llegó Castillo á la agradable fuente;
Deléitase con ver el agua clara,
Descálzase los guantes de gamuza,
Baña las manos y refresca el rostro,
Saca el lenzuelo, enjúgase y descansa,
Contempla el agua pura, y clava en ella
Al vivo la figura de su sombra,
Y advierte junto á sí la que la Infanta
Hace tambien de encima de la peña.
Á todas partes mira quién la causa,
Pero no puede verla, que lo impiden
Las verdes ramas de los frescos árboles,
Y así, confuso y admirado, dice:
«Un bulto solo soy, pero dos sombras
Veo en el agua: aquésta, cierto, es mía,
Mas tú, ¿quién eres, sombra, que me asombras?
¿Qué es esto, loca y vana fantasía?
Entre las flores, como sobre alfombras
Bordadas de preciosa pedrería,
Parece está sentada una pastora.....
»¡Vista notable! Pero en el contorno
De aquesta fuente sólo á mí me veo.....
Allí la sombra está, y aunque el arreo
De la zagala es poco y sin adorno,
Su imagen, aumentando mi deseo,

Parece clara con la sombra obscura,
Y peregrina y rara su hermosura.
»Loco debo de estar: ¿qué es esto? ¿Acaso
Es Narciso á sí mismo aficionado,
Ó es ésta aquella fuente del Pegaso,
Y este lugar de ninfas encantado?
¿Es ésta alguna musa del Parnaso,
Monte por hechicero celebrado,
Ó qué es aquesto, cielos soberanos?
Al fin no es ésta tierra de cristianos.»
. . . . . .
Tanta fué de Castillo la porfía,
Que no pudo cubrírsele la infanta.....
Habíase ya Dácil levantado,
Viendo que la miraba el caballero,
Mas él dejó la fuente, y fué siguiéndola
Con presurosos y turbados pasos.
Llegóse cerca della; considera
Su traje extraordinario, y sobre todo
La rara y no compuesta hermosura,
Y ella se estaba en él embelesada,
Vencida y llena de vergüenza honesta:
Sienten los dos un no sé qué de gloria.....
Saltos da el corazón dentro en sus pechos.

No son de poeta vulgar algunos de estos versos, ni lo es tampoco la hábil composición de esta especie de *égloga guanche*, donde la ingenuidad del sentimiento realza la belleza del paisaje:

Quiere Castillo hablar, mas dificulta
Que le pueda entender, ni responderle,
Cierto de que sus lenguas son contrarias;
Mas vencido de amor y del deseo,
Le dice tiernamente estas palabras:
«Ángel ó serafín en forma humana,
Ó cifra de la misma hermosura,
En la belleza y partes soberana,
Y solamente humana en la figura:
Si mi humildad vuestra grandeza allana,
Ved que mi alma en vos se transfigura,
Para gozar de vuestra vista bella;
No lo extrañeis; transfiguraos en ella.
»Es poderoso amor como la muerte,
Que si la muerte aparta lo muy junto,
Él junta lo apartado en unión fuerte,
Y así con vos me prende en este punto.....
»Es propio á la humildad siempre vencerse,

Y es de suyo agradable la belleza,
Y es lo que agrada fácil de quererse,
Y el querer es amor, y amor firmeza.
No permitais que vea yo perderse
Amor que me inspiró vuestra pureza:
Angel sois vos, y fuego en que me inflamo,
Miradme amando, entendereis que os amo.
»No ignoro que extrañais mi oscura lengua,
Pues no me respondeis, mas el conceto
De la fe de mi amor no queda en mengua,
Pues entendeis del alma lo secreto:
Testigos son mis ojos, como lengua
Del corazon, del amoroso efeto.....»
A todo aquesto Dácil, pensativa,
Dudando estaba á qué determinarse,
Y en confuso discurso entre sí dice:
«Parece que me habla aficionado;
Mas no le entiendo, en cuanto dice, nada:
Sin duda debe ser enamorado,
Pues con tal brevedad de mí se agrada.
¿Qué le responderé? Mas si ha hablado
Sin entenderle yo, desengañada
Estoy de que tampoco á mí me entienda.
Mas ¡ay! ¿Si es éste aquel de quien soy prenda?»

Castillo estrecha la mano, en signo de amor, á la asombrada doncella, y sin mucha resistencia logra llevarla en su compañía.

Al fin camina con turbados pasos.....
Dácil se aflige en verse sola; siente,
Siente su gran peligro, disimula,
Quiebra la sarta larga que traía
Puesta por rico adorno al blanco cuello,
De caracoles, conchas y juguetes;
Y deja en las veredas del camino
Seguido rastro, conocido y cierto,
Para ser de los suyos socorrida.
En esto ya llegaba el gran Sigoñe
A la fuente, buscando cuidadoso
A Dácil, que siguiendo otra vereda,
Subió por la otra parte del arroyo.
No la halla, se admira y reconoce
El rastro; va siguiendo sus pisadas
Con tal solicitud, que en breve tiempo
Alcanza á divisar de allí muy cerca
Al caballero y á la bella Infanta.
Túrbase el fuerte y valeroso mozo,

Detiene el paso, considera y mira
Lo que puede entender del extranjero;
Alza la voz con espantosos gritos,
Óyenle sus soldados, que le siguen,
Y acuden todos á librar su Infanta.
Vuelve el noble español atrás los ojos,
En blanco pone la fulgente espada
Y ofrécese animoso al gran peligro.
Dácil le mira atenta, alborotada
De ver luciendo el refulgente acero,
Pero del caballero condoliéndose,
Le hace aprisa señal de que se vaya.
Él llama á voces su cercana gente.....
Sin Dácil se retira en la espesura,
Y júntase al momento con los suyos.
(Canto v.)

Además del episodio amoroso de Dácil (que es lo mejor del poema y de la comedia), encontró Lope en la obra del bachiller Viana otros materiales poéticos, especialmente la piadosa historia del origen, aparición y milagros de la santa imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, patrona de la isla de Tenerife y de todo el archipiélago canario (cantos VI y XVI), materia que antes de Viana había tratado fray Alonso de Espinosa, de la Orden de Predicadores, en un librillo de extraordinaria rareza, el primero que se publicó acerca de las islas (1). Pero en esta parte procedió Lope con excesiva libertad, alterando los pormenores de la leyenda y añadiendo milagros que no se cuentan de aquélla, sino de otras imágenes.

De la parte puramente historial del libro de Viana, es decir, lo relativo á la conquista de Tenerife y á las batallas de guanches y castellanos, Lope de Vega hizo poco caudal, limitándose á recoger algún nombre, como el de Tinguaro. Tengo por seguro que no leyó entero el poema; cosa á la verdad bastante difícil, aun para los canarios mismos, como no sean muy amantes de las antigüedades de su tierra. Y no porque el médico de Tenerife careciera de dotes poéticas, que bien patentes están en los fragmentos que hemos transcrito, los cuales bastan para que nunca pueda confundírsele entre la turbamulta de los fabricantes de epopeyas ultramarinas que brotaron al calor de la triunfante *Araucana*. Viana es imitador de Ercilla, pero no de los adocenados: su poema vale tanto como el de Pedro de Oña, que tiene más fama que él. Si sus indígenas son convencionales, no menos idealizados están los de su maestro, y de la mezcla de crónica nimia y prosaica con invenciones románticas participan uno y otro. Lo que daña sobremanera al cantor de las *Antigüedades*

(1) *Del Origen y Milagros de Nuestra Señora de la Candelaria, que apareció en la isla de Tenerife, con la decripcion de esta isla, compuesto por el P. Fr. Alonso de Espinosa, de la Orden de Predicadores. Sevilla, por Juan Leon, 1594.* 8.° Reimpreso en Santa Cruz de Tenerife, 1848, formando parte de la curiosísima *Biblioteca isleña*.

de las islas Afortunadas es su híbrido y desagradable sistema de versificación, que imitó acaso de Gregorio Hernández de Velasco en su traducción de la *Eneida*. Los endecasílabos sueltos, de que lastimosamente abusa, se confunden muchas veces con la prosa más vil; y hasta cuando parecen buenos, lo son aisladamente, no como parte de un período poético. Ignoraba el arte de construirlos, como casi todos los versificadores de su tiempo, exceptuando á Jáuregui y á Francisco de Figueroa. Si hubiera escrito todo el poema en octavas reales, mucho hubieran ganado sus versos con este freno, y algo se hubiera atajado su facilidad desaliñada, que le lleva hasta poner en lista los nombres de los conquistadores.

El crédito histórico de este libro ha tenido desde antiguo recios impugnadores entre los historiógrafos canarios, y, á la verdad, bastaba leerle para comprender que gran parte de él era mero producto de la fantasía poética. Ya D. Juan Núñez de la Peña, que escribía á fines del siglo XVII, dijo con buen sentido, antes de empezar la relación de la conquista de Tenerife: «No trato aquí de los amores que dice el licenciado Viana tuvo el capitan Castillo con la hermosa infanta Dácil, hija del Rey de Taoro, á quien dice halló en el recreo de una cristalina fuente en la Laguna, que de Taoro se habia venido á holgar con guardas de sus vasallos; ni de las finezas del príncipe Ruiman, hijo del Rey de Güimar y de la infanta bella Guazimara, ni de las amorosas quejas del príncipe Gueton y de la infanta Rosalva, ni de los desvelos del príncipe y capitan Tinguaro y de la infanta Guajara, ni de las promesas que el Benharo de Naga hacia á este príncipe Tinguaro, ni de los agüeros que hacian los *guañames*, que, sin agraviar á este autor, más parece comedia que historia verdadera: así, lo dejo á un lado y prosigo mi conquista, sin que el lector se embaraze en leer estas historias, cómicas á mi parecer» (1).

A pesar de esta sensata advertencia, un siglo después, el más clásico y excelente de los historiadores de Canarias, Viera y Clavijo, olvidado esta vez de la ironía un tanto volteriana que suele mostrar en cosas más graves, repite sin muestras de incredulidad el cuento de los amores de la infanta Dácil y del capitán Castillo, y aun narra una aventura semejante, pero muy anterior, acaecida en la costa de Gran Canaria, donde fueron sorprendidas por los corsarios de Diego de Herrera (que se titulaba *rey* del archipiélago) tres jóvenes isleñas, una de ellas sobrina del *guanarteme* ó cacique de Gáldar. En confirmación del hecho cita estas dos octavas, de autor desconocido:

Estándose bañando con sus damas,
De Guanarteme *el Bueno* la sobrina,
Tan bella, que en el mar enciende llamas,
Tan blanca, que á la nieve más se empina,

(1) *Conquista y antigüedades de las islas de la Gran Canaria y su descripcion, con muchas advertencias de los privilegios, conquistadores, pobladores y otras particularidades, en la muy poderosa isla de Tenerife....., compuesto por el licenciado D. Juan Nuñez de la Peña.* Madrid, 1676. Reimpreso en Santa Cruz de Tenerife, 1847 *(Biblioteca isleña)*. Página 110.

Salieron españoles de entre ramas,
Y desnuda fué presa en la marina:
Y aunque pudo librarse, cual Diana,
Del que la vió bañar en la fontana,
Partir se vió la nave á Lanzarote,
Donde con el santísimo rocío
La bañó en nueva fuente el sacerdote;
De do salió con tal belleza y brío,
Que con ella casó monsieur Maciote,
Que el noble Bethencourt era su tío:
Y de estos dos, como del jardín flores,
Proceden los ilustres *Bethencores* (1).

Esta narración, como otras de Viera, procede de la *Descripcion histórica y geográfica de las islas de Canaria*, del alférez mayor D. Pedro Agustín del Castillo, que escribía por los años de 1737; escritor crédulo (aunque diligente) y muy picado de la manía genealógica (2). Dice que las octavas se las enviaron de Lanzarote entre otros papeles antiguos; á juzgar por el estilo parecen contemporáneas del Dr. Carrasco de Figueroa, y acaso sean suyas; aunque confieso que no he tenido valor para buscarlas entre el fárrago de las *quince mil* que hay en el *Templo militante*. Puede creerse que en esta leyenda de familia se inspiró Viana, transportando la aventura á la isla de Tenerife y exornándola poéticamente.

Lope le siguió paso á paso en el primer acto de su drama, pero con libertad é independencia de gran poeta. Copió el vaticinio del agorero, á quien, por evitar el nombre un tanto salvaje y poco eufónico de Guañameñe, dió el nombre demasiado clásico de Sileno:

Y he hallado en la observancia de los árboles,
En las ondas del mar, en las estrellas,
En el salir del sol y en el ponerse,
En los nocturnos cantos de las aves,
En las entrañas de las muertas fieras
Y en otras cosas mil, que á Tenerife
Vuelven tercera vez con alas blancas
Aquellos negros pájaros de España
Que, como ya sabéis, llaman navíos.....

(1) *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias.....*, *por D. José de Viera y Clavijo..... Nueva edición corregida y aumentada..... Santa Cruz de Tenerife. Imprenta isleña de D. Juan N. Romero*, 1859. Tomo II, páginas 57, 184 y 215. (La primera edición de este notable libro es de Madrid, por Blas Román, 1772-1783.)

(2) *Descripcion histórica y geográfica de las islas de Canaria, que dedica y consagra al Príncipe Ntro. Sr. D. Fernando de Borbon, D. Pedro Agustín del Castillo Ruiz de Vergara, sexto Alférez Mayor hereditario de Canaria y decano perpetuo de su cabildo y regimiento. Sta. Cruz de Tenerife, Impr. Isleña*, 1848. Páginas 74-45.

Pero añadió de su propia Minerva esta valiente réplica del rey Bencomo:

¿Voy yo, por dicha, á conquistar á España?
¿Tengo pájaros yo que allá me lleven?
¿Codicio las mujeres de su tierra,
Las galas que se visten, y las cosas
De que se adornan sus dichosos reinos?
¿Qué me quieren á mí, que me persiguen?
¿Qué tengo yo que de su gusto sea?
¿Qué riquezas me ven, qué plata y oro?.....

El episodio de Dácil bañándose en la laguna parece que estaba convidando al pincel suave y amoroso de Lope:

En esa verde ribera,
Cuya selva pisa el mar,
Hay una fresca laguna
Que vierte una fuente bella:
Quisiera bañarme en ella,
Porque no he visto ninguna
De tanta hermosura y flores
Por las márgenes y orillas,
Donde otras mil fuentecillas
Le pagan censos menores.....
Míranse en su claridad
Tantos árboles frondosos,
Que se enloquecen de hermosos,
Con ver sombra y novedad.
Tal copia de ánades llueve,
Y tanto en sus aguas medran,
Que parece que la empiedran
De copos de blanca nieve.
Si el viento incita las olas,
Forma unas labores tales,
Que no se labran iguales
Sino es en tus tocas solas.
Las copas que en torno están,
Cuando las sacude el viento,
¿Qué cuerdas en instrumento
Más süave acento dan?
En los árboles ya secos,
Dentro del agua hacen nidos
Mil pájaros, escondidos
Entre los ramillos huecos:
Porque entretejen, señor,
De los que traen en los picos,
Unos edificios ricos
De nunca vista labor.....

Alrededor, todo el suelo
De tantas flores se tiñe,
Que parece que la ciñe
El arco del mismo cielo.
Y porque á cosa tan bella
No ser muerta le conviene,
Jurarías que alma tiene
Cuando el sol se mira en ella.....

Con la misma gracia y morbidez está tratada la escena del encuentro entre la princesa guanche y el capitán español; pero hay que confesar que las principales bellezas se encuentran ya en el poema de Viana, si bien lucen menos en sus destartalados endecasílabos que en los fáciles romances y redondillas de Lope.

Adviértese en esta pieza, como en casi todas las históricas y las tradicionales de nuestro poeta, cierto estudio del color local. Se ve que busca como fuente de interés dramático el contraste entre las costumbres bárbaras y las civilizadas, y que se complace en recoger lo más característico que hay en las descripciones de Viana. Así exclama el rey Bencomo en la jornada segunda:

Yo soy un rey que el primero
Salgo á guardar mi ganado;
Es mi palacio dorado
La cueva de un risco entero.
De una vez, Naturaleza
Mis aposentos labró;
En ellos no encierro yo
La codiciada riqueza.
Sobre pieles de animales
Duermo hasta que sale el día,
Desde que la noche fría
Baña sus negros umbrales.
Es harina de cebada,
En un *guanigo* molida,
Mi sustento y mi comida,
Sobre unas brasas tostada.
Alguna silvestre fruta
Á aquellos árboles debo;
Agua con las manos bebo
De aquella riscada gruta.
Si algún vasallo en el mar
Halla un caracol ó bucio,
Muy limpio, oloroso y lucio,
Me le suele presentar.
Éste, y otros más pequeños,
Me cuelgo alguna mañana
Del cuello, en trenzas de lana,

Cuando hacéis fiestas, isleños.
  Pues si toda mi riqueza
Es dos limpios caracoles,
¿Á qué vienen españoles
Á conquistar mi pobreza?
. . . . . .
  Por dicha, ¿voy á buscar
Á los españoles yo?
¿Qué pájaro me llevó
Por encima de la mar?
  ¿Tengo yo rayos y truenos
Como ellos? ¿Formo yo acaso
Fuego, con que un hombre abraso,
De que todos vienen llenos?
  ¿Traigo yo picos agudos,
Sino estos dardos tostados,
Y algunos ramos cortados,
Ya de sus hojas desnudos?
  El arco y flechas, ¿no son
Armas hidalgas del mundo?
¿En qué fuego oculto fundo
La muerte, engaño y traición?

Lope, con su serena objetividad, resume en estos versos la filosofía de la conquista, tal como debió presentarse en el cerebro de los conquistados.

También la musa popular le inspiró y ayudó, como siempre. No existian en Canarias romances tradicionales de la conquista, excepción hecha del bellísimo fragmento, á modo de endechas, que deplora la muerte de Guillén Peraza en La Palma. Pero existía un baile indígena, extraordinariamente famoso, hasta el punto de decir Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias* (cap. CCXXIV): «Dos cosas andan por el mundo que han ennoblecido á estas islas: los *pájaros canarios*, tan estimados por su canto, y el *canario*, baile gentil y artificioso.» El docto arcediano de Fuerteventura, que al parecer alcanzó todavía este baile, puesto que pondera su tono vivo, alegre y lleno de expresión, dice que «es un tañido músico de cuatro compases, que se danza haciendo el son con los pies, con violentos y cortos movimientos. Los naturales de la isla del Hierro practicaban otra especie de contradanza, cuya figura consistía en tomarse las manos y marchar ambas líneas una hacia delante y otra hacia atrás, dando furiosos saltos, todos juntos y paralelos. Acompañaban este baile con un aire de endechas lúgubres y patéticas, en las que trataban materias de amores y de infortunios, que, *aun traducidas á la lengua española*, movian á lágrimas las personas de blando corazón» (1).

---

(1) Viera y Clavijo, *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*, tomo I, páginas 145-146.

Lope de Vega introdujo en la segunda jornada de su comedia una escena musical de *baile canario* con la siguiente letra:

Españoles bríos,
Mirar y matar;
Volveréis vencidos:
Fan, falalán.
Vino á las Canarias
Por el rey don Juan,
Con lucida armada,
Un gran capitán.
Puso gente en tierra,
Salió de la mar,
Tomó cuatro islas;
Por el Rey están:
Lanzarote, el Hierro,
Y luego se da
La Fuerte Ventura,
En el nombre más.
Españoles bríos,
Mirar y matar;
Moriréis vencidos:
Fan, falalán.
Católicos Reyes,
Que en Castilla estáis:
Fernando, á quien ciñe
Laurel militar;
Isabel gloriosa,
Que agora enviáis
Con fuertes soldados
Nuevo General,
Nuestra Tenerife
No penséis que está
Tan desnuda de armas
Como allá pensáis.
Los rayos de fuego,
Plomo y alquitrán
No espantan los Guanches
De aqueste lugar.
Los pájaros negros
Con que el mar pasáis,
Dejarán las alas
Ó aquí morirán.
No son nuestros Guanches
Como los demás,
Pues en las batallas
Os hacen temblar.

Dos victorias tienen
Que ganado os han;
De sangre teñisteis
El blanco arenal.
Españoles bríos,
Mirar y matar;
Volveréis vencidos:
Fan, falalán.

En lo restante de la comedia hay cosas buenas y malas, discretas y pueriles; mezcla común en obras de este género. El deseo de acentuar el contraste entre las costumbres bárbaras y las europeas, lleva al poeta á cierta afectación de candor y simplicidad que muchas veces empalaga. Los amorios de las guanches, que toman al pie de la letra las expresiones metafóricas y creen que los españoles andan repartiendo almas á las mujeres, son pura ñoñez, más bien que rústica inocencia. El devoto episodio de la invención de la Virgen de la Candelaria está presentado con muy poco arte y con una familiaridad que degenera en irreverente. Por esta comedia y otras tales pudo decir Cervantes (*Quixote*, parte primera, cap. XLVIII): «¡Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin más respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman.» Pareció á Lope muy cómodo para desenlace de su comedia atribuir á la Virgen de la Candelaria de Tenerife el célebre milagro que se cuenta del Cristo de la Vega de Toledo y de otras imágenes, y que ha dado argumento á la mejor leyenda de Zorrilla, *Á buen juez, mejor testigo.* El capitán Castillo niega á Dácil la palabra de esposo que la había dado, y ella invoca como testigo á la peña, que, entreabriéndose milagrosamente, deja ver en su centro la imagen rodeada de candelas.

—Peña, ¿no eres tú testigo?
¿No me la dió?
—¿Piensas que hablan
Las peñas?
—Cuando Dios quiere.
—¡Oh, qué maravilla extraña!

La frase *cuando Dios quiere* es admirable y compite con el sublime *haremos lo que sepamos* de Zorrilla; pero puesta donde está, no hace efecto ninguno por lo rápido y mal preparado de la escena, que pasa como un incidente fugaz (1).

---

(1) Además de Grillparzer (VIII, 340), ha estudiado esta comedia el crítico italiano Pedro Monti, en su *Discorso sulla vita e sulle opere di Lupo Felice de Vega Carpio* (Milán, 1855), inserto en el tercer volumen de su *Teatro scelto di Pietro Calderon de la Barca, con opere teatrali di altri illustri poeti castigliani*..... Daremos alguna muestra de su juicio:

«La acción de esta comedia es simple, una, maravillosa. Lo maravilloso de la acción nace principalmente de la novedad y grandeza de las cosas que describe, y también del uso de la

X.—EL NUEVO MUNDO DESCUBIERTO POR CRISTÓBAL COLÓN.

Texto de la *Parte IV* de Lope (1614). Debe de ser la misma comedia que con el solo título de *El Nuevo Mundo* se cita en la primera lista de *El Peregrino*, y fué, por consiguiente, anterior á 1604. Sin duda por la notoriedad de su argumento ha tenido la fortuna, bien poco merecida, de ser reimpresa y traducida en varias lenguas, al mismo tiempo que yacían en completo olvido las obras más geniales y admirables de nuestro poeta. Figura en el tomo II del *Tesoro del Teatro español*, que publicó Ochoa en la colección de Baudry (París, 1838); y lo que es más doloroso, ha sido escogida como muestra del inmenso repertorio de Lope, en la serie de textos de literatura española que con fines de enseñanza publica la Casa editorial de Garnier, bajo la sabia dirección de E. Mérimée (1). Verdaderamente aflige el ánimo semejante elección, que parece sugerida por algún enemigo póstumo del inmortal dramaturgo. ¿Qué se diría de un crítico español que para dar idea del teatro de Molière reprodujese *La Princesse d'Elide*, ó que escogiera por modelo del arte de Racine la *Tebaida*, y del arte de Corneille el *Atila* ó el *Agesilao*?

Las traducciones abundan también. En alemán hay la de Mauricio Rapp (2); en francés la de Damas-Hinard (3); en italiano la de Giovanni La Cecilia (4); en ho-

---

máquina, que en tiempo del poeta no era absurda ni inverosímil. El ameno episodio del baño de Dácil y su amorosa aventura, sirve para hacer conocer mejor las costumbres de los salvajes. Las escenas se suceden una á otra de improviso, sin que el arte prepare el tránsito de las unas á las otras, y aparecen como otros tantos grupos distintos entre sí. Pero esto, poco ó nada perjudica al efecto teatral, pues los acontecimientos tienen suficiente unidad, pudiendo considerarse las escenas como una serie de pinturas sobre lienzos distintos, unas á continuación de otras, pero refiriéndose todas á un mismo asunto. Los capitanes españoles que intervienen en esta obra no son notables más que por aquel arrojo caballeresco que los hizo conquistadores de medio mundo: por lo demás, tienen un carácter uniforme. Los bárbaros no están mejor descritos. Sólo el carácter de Bencomo tiene realce entre los demás. Se muestra fuerte y virtuoso, y la sencillez de su vida recuerda los primeros tiempos del género humano, y forma apacible contraste con la avidez y soberbia de los conquistadores españoles. Si cede al fin, no es á la fuerza de los enemigos, sino á una potencia sobrehumana, que le derriba y postra. Pero sería de desear que en esta su caída mostrase mayor grandeza. El poeta, por adular á sus reyes, degradó el carácter de aquel héroe sublime.....»

(1) *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón. Comedia de Lope de Vega. Édition annotée avec notices et biographie par Ed. Barry, professeur au lycée de Tarbes.* París, Garnier (1897).

(2) En el tomo III de su *Spanisches Theater* (primero de Lope de Vega), Leipzig, 1869. Páginas 199-299.

(3) *Théâtre de Lope de Vega.* París, Charpentier, 1892. (La primera tirada es de 1842.) Tomo I, páginas 217-282.

(4) *Teatro scelto spagnuolo antico e moderno. Raccolta dei migliori Drammi, Commedie e Tragedie..... Torino*, 1857-1859. Tomo III, páginas 103-155.

landés una muy reciente de F. Smit Kleine, impresa en Nimega, en 1895, con el título de *Columbus* (1).

Los nombres de Colón y de Lope de Vega asociados explican el milagro de esta difusión, que, por otra parte, no hubiera envanecido al poeta. Pero como el pabellón cubre la mercancía, no han faltado fervientes admiradores de esta rapsodia, al paso que otros han extremado la crítica hasta un punto que se confunde con el desacato. Como ejemplo de las variaciones del gusto, será curioso el cotejar varios juicios formulados en distintas épocas sobre esta pieza. Oigamos primero á D. Leandro Moratín en las notas que escribía, al correr de la pluma, sobre algunas obras dramáticas: «Comedia de las más disparatadas de Lope. La escena es en Lisboa, en Santa Fe, en Granada, en Barcelona, en Guanahaní, y en medio del mar y en el aire. Entre los personajes de ella hablan el Demonio, la Providencia, la Religión Cristiana, la Idolatría y la imaginación de Cristóbal Colón. En la tercera jornada hay una confusa mezcla de fornicación y doctrina cristiana, teología y lujuria, que no hay más que pedir» (2).

Colocado en el polo opuesto de la crítica dramática, escribe Damas-Hinard lo que sigue:

«Esta pieza me parece superiormente concebida desde el punto de vista español y católico. El descubrimiento de América es un nuevo mundo conquistado para la fe. La visión de Colón en el primer acto, el acto de plantar y adorar la cruz en el segundo, y al fin del tercero el bautismo de los indios, hacen resaltar esta idea, y todos estos episodios forman un conjunto harmonioso.

»El carácter de Colón está muy bien trazado. La superioridad de su inteligencia, la nobleza de sus sentimientos, la viveza de su imaginación italiana, su presencia de ánimo, su sangre fría, su valor, astucia y humanidad, todo está admirablemente comprendido y no menos admirablemente expresado. En cuanto Colón aparece y habla, reconocemos en él al hombre superior, al hombre destinado á grandes cosas. Sin embargo, es de lamentar que Lope no haya hecho exponer á Colón desde el principio los motivos científicos en que se funda para anunciar un nuevo mundo. Es cierto que los indica en varios lugares del primer acto, pero esto no es suficiente, á mi juicio: hubiera convenido que nos los revelase en alguna de las primeras escenas, por ejemplo, en la entrevista con el Rey de Portugal. Lope

(1) Más bien que traducción es un arreglo que fué hecho para representarse en las fiestas del cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo (1892), representación que no llegó á efectuarse á consecuencia del incendio del teatro de Amsterdam. Está en verso suelto, con una sola escena en prosa y otra en rima perfecta. Por escrúpulo protestante suprime todas las escenas de carácter religioso. Suprime también los personajes alegóricos, las escenas entre los indios, y muchos detalles de historia de España que supone ininteligibles para espectadores holandeses, con lo cual la obra viene á quedar reducida á un esqueleto. Esta adaptación dió motivo al artículo del Sr. Hazañas, que citaré luego.

(2) *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín.* Madrid, 1867. Tomo III, páginas 133-134.

hizo bien en no omitir la historia verdadera ó falsa del piloto que se dice haber confiado á Cristóbal Colón el secreto de la existencia de tierras incógnitas hacia el Occidente, pero esta tradición popular debía venir en segundo término. Procediendo así, el poeta hubiera presentado á su héroe de una manera más elevada y seria.

»Los caracteres de Fernando é Isabel, el uno tenaz, circunspecto y cauteloso, la otra inteligente, piadosa, prudente y resuelta, son conformes á la historia. Bartolomé Colón, devoto de su hermano y lleno de confianza en su genio, es igualmente verdadero. En Pinzón está indicado, con algunos rasgos felices, el tipo del atrevido navegante andaluz. Se reconocen en Boabdil los hábitos voluptuosos de los últimos reyes de Granada. La plebe de los españoles que acompañan á Colón, Terrazas, Arana y los restantes, son hombres bravos y devotos, sensuales y ávidos, que buscaban los placeres y el oro, al mismo tiempo que trabajaban para establecer su religión en el Nuevo Mundo.

»Las costumbres de los indios, sus pasiones, sus creencias, su ignorancia, están pintadas con mucho arte. Pero lo que admiro sobre todo, es la manera cómo expresa Lope la impresión producida por la llegada de los españoles en el espíritu de los indios. Sin saber precisamente qué peligro les amenaza, sienten una extraña inquietud: sus amores, sus odios y rivalidades, todo queda en suspenso: parecen presentir que un gran acontecimiento se cumple.

»Algunos críticos censurarán acaso ciertos episodios que tienen un carácter más épico que dramático; éste era el inconveniente del asunto. ¿Acaso hubiera valido más que Lope se abstuviese de tratarle?»

Hasta aquí Damas-Hinard, á cuyos elogios es inútil añadir otros, puesto que nadie ha ido más lejos que él en el panegírico de esta pieza. La verdad, como sucede muchas veces, se encuentra entre estas dos apreciaciones, igualmente exageradas: *El Nuevo Mundo* dista mucho de ser una *monstruosidad dramática*, ni una obra *disparatadísima*, admitido el género histórico que Lope cultivaba, y que ciertamente nada tiene que ver con la comedia tal como la entendía Moratín. Es una especie de poema épico dialogado, mucho más fiel á la historia que la mayor parte de las obras que se han compuesto sobre el mismo tema. Exigir en tal argumento las tres famosas unidades, como todavía lo hace algún crítico francés, arguye un candor extremo ó una preocupación inveterada. Un drama de Colón tiene que desarrollarse en España, en el mar y en América, y no puede menos de abrazar todo el tiempo marcado por los acontecimiantos históricos desde el principio al fin de la empresa, desde las proposiciones de Colón á los Soberanos, hasta su llegada triunfal á Barcelona. La unidad de acción existe en su concepto más amplio, pues aunque hay varias acciones secundarias, todas concurren á la principal: unas, como la conquista de Granada, porque están enlazadas con el destino de Colón, y era imposible dejar de llevar al héroe al real de Santa Fe, donde se firmaron las capitulaciones; otras, como los amoríos y rivalidades de los indios, porque, bien ó mal presentadas, sirven para el contraste entre la vida salvaje y la de los aventureros de Europa.

Pero sobre toda esta parte episódica se cierne la unidad de la grande empresa, interpretada con un sentido religioso y patriótico innegable.

Otros reparos todavía menos razonables se han puesto á esta comedia. Crítico hay que, olvidándose de que el teatro es pura convención, se ha manifestado muy sorprendido de que los indios aparezcan hablando en castellano antes de la llegada de los españoles. Pues ¿qué lengua habían de usar en el teatro, el dialecto de las islas Caribes? Por esta regla, Bayaceto debería hablar en turco, Mitrídates en la lengua del Ponto, y Atalía en hebreo, puesto que de fijo ninguno de ellos supo en su vida palabra de francés. ¡Valiente torre de Babel sería el teatro con este procedimiento!

No son estos pueriles motivos los que nos obligan á declarar que *El Nuevo Mundo* de Lope es obra de calidad muy inferior. No son siquiera otros defectos técnicos, tan palpables que no hay mérito alguno en descubrirlos; ni incongruencias tales como las alusiones á la Mitología en boca de indios, más groseras, sin duda, pero no más absurdas en el fondo, que las galanterías y sentimientos palaciegos que la tragedia francesa atribuyó sistemáticamente á personajes griegos y romanos. Lo que daña á *El Nuevo Mundo* es el contraste entre la ejecución, débil, atropellada, superficial, infantil muchas veces, y la grandeza abrumadora del asunto. Y, sin embargo, el poeta era de los más grandes del mundo; en condiciones nativas quizá superior á todos. ¿Cómo explicar este fracaso? Dése cuanta parte se quiera á su genial precipitación, á los azares de su vena improvisadora; algo más que esto debe de haber: quizá el argumento entraña algún vicio radical que no han podido vencer los esfuerzos de todos los poetas, algunos insignes, que han querido llevar al teatro ó á la epopeya el descubrimiento de América. Es uno de los casos en que la sublime realidad histórica oprime y anonada la invención poética. Y aquí la historia es de ayer, comprobada y documentada en todas sus partes, sin que le quede á la fantasía modo de refugiarse en la penumbra de la leyenda, á la cual sólo convienen los tiempos remotos y fabulosos. Cuando comienza la historia crítica, acaba la epopeya. Cuando la poesía sale de los archivos, fuera insensatez buscarla en boca de los juglares y rapsodas. Para que la historia moderna pueda ser fuente de poesía, será preciso que el transcurso de los siglos vaya deformando la noción histórica y engendrando nuevos mitos.

Añádase á esto, en el caso particular de Colón, la circunstancia de haber sido él mismo el primer historiador de sus viajes y descubrimientos, en su diario y en sus cartas, donde no sólo se admira la espontánea elocuencia de un alma inculta, á quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándola, por el poder de la emoción sincera, á alturas superiores á toda retórica, sino que aparece el hombre entero, con su mezcla de soberbia y debilidad, de amargura desalentada y de sobrenatural esperanza; con el presentimiento grandioso de su misión histórica; con la iluminación súbita de su gloria; con el terror religioso que le penetra y embarga al ver descorrido y patente el misterio de los mares; con sus fantasías proféticas, en que el oro de Paria y la conquista de Jerusalén, las perlas y las especerías del Le-

vante y la conversión de los súbditos del Gran Kan de Tartaria, forman tan abigarrado y prestigioso conjunto. Porque fué providencial que en el descubridor se juntasen aquellas tan diversas cualidades de místico, hombre de ciencia experimental hasta cierto grado, hombre de sentimiento poético y de inmenso amor á la naturaleza, y logrero genovés, enamorado supersticiosamente del oro, pero con cierto género de superstición romántica que no ha de confundirse con la sórdida codicia (1).

Por muy refinada y compleja que sea hoy la psicología dramática, creemos que los impulsos que agitaron el alma de Colón no son de los que caben en el poema escénico. Sólo la novela, cuyo campo es ilimitado, y que escrita de cierto modo puede ser comentario é interpretación de la historia, sería capaz de expresarlos, aunque hasta ahora apenas lo haya intentado. Pero aun la novela misma tendría que luchar con la competencia de la historia, tan amena y brillante, de Washington Irving, que, como libro popular, no ha sido superado todavía.

Pobre é infeliz recurso sería el de introducir episodios amorosos en tal historia, aunque del amor principalmente viva el teatro. La trascendencia humana de la empresa excluye y aun hace parecer ridículo todo móvil que no sea la fe religiosa, la curiosidad científica, el anhelo de conquista y poderío, la exaltación del espíritu aventurero y la fiebre del oro. Tampoco hay verdadero conflicto dramático; el conflicto fué con la naturaleza y no con los hombres, y este género de luchas no sirven para el teatro. La conquista del *mar tenebroso*, el arranque sublime con que nuestra raza ensanchó los angostos términos del antiguo mundo y completó el conocimiento del planeta, puede reflejarse de algún modo en los raptos y visiones de la poesía lírica, que rompe todos los lindes de lugar y tiempo, y logra condensar la intuición del universo en un momento de la vida del poeta: pero de fijo se estrellará quien intente tratarla en forma directa y encerrarla entre los bastidores de un escenario de comedias. Ni siquiera cabe la intervención de lo sobrenatural, el *Deus ex machina*, porque sobrenatural es la acción misma, aunque lograda en apariencia por medios puramente humanos.

En todos estos escollos naufragó Lope, que fué el primer dramaturgo que se embarcó en este ingrato argumento, de tan seductora apariencia. No le abandonó su habitual conciencia histórica, y demuestra haber leído dos de los cuatro principales libros que hasta entonces corrían impresos sobre la materia, es á saber: las *His-*

---

(1) Este rasgo del carácter del descubridor tampoco se le ocultó á Lope de Vega, que pone en su boca estas palabras:

Señor, dineros, que el dinero es todo:
Es el maestro, el norte, la derrota,
El camino, el ingenio, industria y fuerza,
El fundamento y el mayor amigo.....

En una de sus cartas había dicho Colón: «El oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa las ánimas al Paraíso.»

torias generales de las Indias, de Gonzalo Fernández de Oviedo (1555) y de Francisco López de Gómara (1552). No parece haber conocido ni las *Décadas* de Pedro Mártir, ni la biografía del Almirante, que Alfonso de Ulloa imprimió en 1571 á nombre de su hijo D. Fernando Colón, y que, á lo menos en lo sustancial, es indisputablemente obra auténtica. Ni mucho menos tuvo acceso á los textos entonces inéditos del cura de Los Palacios y de Fr. Bartolomé de las Casas.

De los historiadores de Colón he escrito largamente en otra parte, y no procede repetir lo que allí expuse. Se ha acusado á Oviedo de parcial y sospechoso en las cosas de Colón, que trata en los tres primeros libros: más bien debería llamársele ligero y mal informado. No conoció más que de vista, y siendo muchacho, al Almirante, pero le admiraba tan sinceramente, que deseaba para él una estatua de oro macizo, y de su memoria decía que «no puede aver fin, porque aunque todo lo escrito y por escribir en la tierra perezca, en el cielo se perpetuará tan famosa historia». No obstante, D. Hernando Colón le maltrata por haber recogido sin crítica cuentos vulgares y rumores ofensivos á la prioridad del descubrimiento hecho por su padre. Es Oviedo el primer historiador que consigna la tradición del piloto muerto en casa de Colón, pero la consigna sin darla gran crédito («que esto passase asi ó no, ninguno con verdad lo puede afirmar») y como «novela que anda por el mundo entre la vulgar gente». Hay, además, en la relación, demasiado sucinta y atropellada, que Oviedo hace de los viajes de Colón, notables confusiones de tiempos y lugares, que podía haber remediado sólo con leer más atentamente á Pedro Mártir, si es que sabía bastante latín para entenderle. Pero no por eso es despreciable su testimonio, pues nos conserva una versión que pudiéramos llamar popular entre soldados y marineros, favorable á los Pinzones, aunque no hostil sistemáticamente al Almirante. Si es cierto que en historia debe oirse á todos, no hay razón para declarar fábulas y mentiras todo lo que en Oviedo no concuerda con las cartas de Colón ó con las *Décadas* de Pedro Mártir.

En cuanto á Gómara, sería uno de los mejores historiadores del siglo XVI si hubiera sido tan cuidadoso de la verdad y tan diligente en averiguarla, como lo fué en hacer alarde de su limpia dicción y picantes agudezas. Por lo tocante á los primeros descubrimientos, Oviedo fué su principal fondo, sin que añadiese nada nuevo, salvo tradiciones y rumores vagos, de origen obscuro y de poco fundamento. Fué el primero que dió por historia averiguada el cuento del piloto que murió en casa de Colón, dejándole sus papeles.

De uno ú otro de estos autores, ó quizá de entrambos, porque Lope leía mucho, pasó esta anécdota á la comedia que vamos analizando, donde se pone en boca del descubridor mismo:

Yo soy Cristóbal Colón
(Alto Rey de Lusitania);
Nací en Nervi, pobre aldea
De Génova, flor de Italia.
Ahora vivo en la isla

Que de la Madera llaman,
Adonde aportó un piloto,
Huésped de mi humilde casa.
Éste, de la mar perdido,
Enfermo, vino á tomarla
Por hospital y por muerte,
Por sepultura y posada.
Llegado al tránsito, pues,
De dar á su dueño el alma,
Moviendo en los dientes fríos
La voz ya trémula y baja,
«No tengo, Colón (me dijo),
Otro premio ni otra paga
De tu rica voluntad,
Y tu pobre mesa y cama,
Sino son estos papeles,
Que de marear son cartas,
En que van mis testamentos,
Mis codicilos y mandas.
Estos son mis muebles todos;
Raíces, no hay que buscallas,
Que todos son bienes muebles
Cuantos de la mar se sacan.
Por el Océano, pues,
De Poniente caminaba,
Cuando una tormenta fiera
Mi seso y nave arrebata.
Sin norte, aguja ni tiento,
Por sus anchuras me pasa,
Donde vi con propios ojos
Nuevo cielo y tierras varias,
Tales, que nunca los hombres
Pensaron imaginarlas,
Cuanto más que fueran vistas
Y de nuestros pies tocadas.
La misma tormenta fiera
Que allí me llevó sin alas,
Casi por el mismo curso
Dió conmigo vuelta á España.
No se vengó solamente
En los árboles y jarcias,
Sino en mi vida, de suerte
Que ya, como ves, se acaba.
Toma estas cartas y mira
Si á tales empresas bastas;
Que si Dios te da ventura,
Segura tienes la fama.»

Dijo, y apretando el cuello,
De donde entonces colgaba
El alma, que ya salía,
Cortó el hilo á las palabras.
Yo, que aunque pobre nací,
Tengo para cosas altas
Entendimiento y valor,
(Que aquí no es vil la alabanza),
Quiero, si me das favor,
Desta empresa temeraria,
Desta tierra nunca vista
Ser el primer argonauta.
Iré á darte un nuevo mundo
Que á Portugal rinda parias
Para tu gloria y aumento,
Piedras, perlas, oro, plata.
Dame algunos portugueses,
Naves, carabelas, zabras;
Que yo romperé con ellos
Las nunca tocadas aguas.
Serás señor del camino
Que el sol más ardiente abrasa,
Y la gente que le habita
Haré que bese tus plantas.

Esta relación es acaso lo mejor escrito de la obra; pero el poeta, fascinado por el prestigio de la conseja popular, no repara lo mucho que amengua la talla de su héroe, después de haberle presentado en la escena anterior como un genio, agitado por el demonio de la inspiración para el cumplimiento de una misión altísima:

Una secreta deidad
Á que lo intente me impele,
Diciéndome que es verdad;
Y en fin, que duerma ó que vele,
Persigue mi voluntad.
¿Qué es esto que ha entrado en mí?
¿Quién me lleva ó mueve ansí?
¿Dónde voy, dónde camino?
¿Qué derrota, qué destino
Sigo ó me conduce aquí?

Aquí está en germen el verdadero espíritu de Colón, que tenía mucho de iluminado y visionario; aspecto que Lope procura exteriorizar mediante las apariciones de *la Imaginación* (que es como su demonio interior, su *demonio socrático*), de la Religión cristiana, de la Idolatría y del Demonio. Es lástima que toda esta parte fantástica y simbólica, de que Moratín y otros se han burlado sin entenderla, esté ejecutada de un modo tan primitivo, que recuerda las formas procesales de los autos

y *misterios* de la Edad Media; pero la concepción inicial es poética y grandiosa, y sirve al autor para exponer indirectamente la filosofía del descubrimiento, que para él significa el triunfo y ensalzamiento de la cruz y la salvación de infinitas almas. No por eso se olvida de los manoseados argumentos contra la conquista, aunque éstos, naturalmente, los pone en boca del Demonio y de la Idolatría, que desean prolongar su dominio en América, y los refuta por boca de la Providencia:

No los lleva cristiandad,
Sino el oro y la codicia.
España no ha menester
Oro, que oro tiene en sí;
Sépanlo buscar allí,
Que aun yo le haré parecer.
. . . . . .
So color de religión
Van á buscar plata y oro
Del encubierto tesoro.
—Dios juzga de la intención:
Si Él, por el oro que encierra,
Gana las almas que ves,
En el cielo hay interés;
No es mucho le haya en la tierra.

Es histórica la repulsa que el Rey de Portugal hizo de los proyectos de Colón, pero seguramente no lo son las burlas, insolencias y desatinos cosmográficos que se ponen en su boca; ni puede darse cosa más ajena del carácter del *Príncipe Perfecto*, tan enaltecido por Lope en otra comedia, escrita muchos años después y con más inteligencia y respeto de la verdad histórica, aun en el punto de las relaciones de Colón con Portugal. Para ensalzar á Colón no hacía falta poner en ridículo á un Rey tan grande:

No sé cómo te he escuchado,
Colón, sin haber reído,
Hasta el fin, lo que has hablado;
El hombre más loco has sido
Que el cielo ha visto y criado.
¡Un muerto con frenesí
Te pudo mover ansí
Con dos borrados papeles!
Si de engañar vivir sueles,
¿Cómo te atreves á mí?.....

Oviedo (lib. I, cap. IV) se limita á decir que el Rey, «informado de sus consejeros y de personas á quienes él cometió la examinacion desto, burló de quanto Colon decia, é tuvo por vanas sus palabras».

Todavía es menos histórica la escena, por otra parte muy cómica, en que los Du-

ques de Medinaceli y Medinasidonia se mofan de las ofertas de Colón, y le hacen pasar una especie de carrera de baquetas. Lope ha recargado malignamente el cuadro, con intención poco caritativa para los descendientes de aquellos magnates. Lo que pudo leer en Oviedo es lo que sigue: «Llegado á Sevilla, tuvo sus inteligencias con el ilustre y valeroso don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia; y tampoco halló en él lo que buscaba. É movió despues el negocio más largamente con el muy ilustre don Luis de la Cerda, primero duque de Medina Celi; el qual tambien tuvo por cosa fabulosa sus ofrecimientos, aunque quieren decir algunos que el duque de Medina Celi ya queria venir en armar al dicho Colom en su villa del Puerto de Sancta María, y que no le quisieron dar licencia el Rey é Reyna Cathólicos para ello.» Gómara, escribiendo más al vuelo, dice que «entrambos duques tuvieron aquel negocio y navegacion por sueño y cosa de italiano burlador». La verdad es que todo esto se halla en el aire, por falta de documentos fehacientes. Si alguno hay, más bien indica lo contrario. Cuando, realizado el descubrimiento, todo el mundo se dió á exagerar su participación en él, también el Duque de Medinaceli salió reclamando parte en los provechos, porque había tenido en su casa dos años á Colón: «Yo tove en mi casa á Cristobal Colomo que se venia de Portogal y se queria ir al rey de Francia para que emprendiese de ir á buscar las Indias con su favor y ayuda, é yo lo quisiera probar y enviar desde el Puerto (*de Sta. María*), que tenia buen aparejo, con tres ó cuatro carabelas, que no me demandaba más; pero como vi que era esta empresa para la Reina nuestra Señora, escrebilo á Su Alteza desde Rota, y respondióme que gelo enviase: yo gelo envié entonces, y supliqué á Su Alteza, pues yo no lo quise tentar y lo aderezaba para su servicio, que me mandase hacer merced y parte en ello, y que el cargo y descargo deste negocio fuese en el Puerto» (1). La comedia de Lope indica, sin embargo, que la tradición contraria persistía á principios del siglo XVII.

Nada hay que decir de otras particularidades de la comedia, porque en general va ceñida á las crónicas de Oviedo y Gómara, si bien muy superficialmente extractadas. El viaje no era dramático de suyo, y del motín de los marineros poco partido podía sacarse. Las escenas de amor que pasan en América han sido tachadas de excesivo realismo, y aun de brutales y groseras, pero indican cierto conato de color local casi siempre frustrado. Lope adivinó que la sorpresa mutua de indígenas y europeos, y el contraste de sus ideas y hábitos, podía ser una fuente de interés poético; pero poco versado en las cosas americanas, y trabajando, por otra parte, con gran descuido, apenas acertó á beneficiar ninguna de las preciosas indicaciones que hay en los primitivos historiadores y geógrafos de Indias, limitándose á consignar algunos nombres exóticos de plantas, animales y utensilios, que, mezclados con otros enteramente europeos y desconocidos en el Nuevo Mundo antes de la conquista, forman la fauna y la flora más extravagante y abigarrada que puede darse: vicio

(1) Número 14 de la colección diplomática de Navarrete, tomo II de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, páginas 22 y 23.

común, por otra parte, en todos los poetas descriptivos de entonces, incluso en el mismo Pedro de Oña, que no había salido de Chile y el Perú cuando compuso su *Arauco domado*, donde, sin embargo, la vegetación es enteramente fantástica y aprendida en los poetas italianos. Tampoco parece muy americano aquel *areito* que Lope hace cantar á sus indios en los desposorios de Tacuana, ni mucho menos la idea de hacerle acompañar con panderos; pero aun en esto se trasluce la continua preocupación del canto y danza popular que Lope tenía, y que le fué de tanto auxilio:

Hoy que sale el sol divino,
  Hoy que sale el sol;
Hoy que sale de mañana,
  Hoy que sale el sol,
Se juntan de buena gana,
  Hoy que sale el sol,
Dulcanquellín con Tacuana,
  Hoy que sale el sol.
. . . . . .
Nuestro *areito* gloriöso,
  Hoy que sale el sol,
Consagre el canto famoso;
Hoy que sale el sol divino,
  Hoy que sale el sol.

Como rasgo altamente cómico, pero que á la par demuestra feliz intuición del espíritu de los salvajes, puede citarse la ocurrencia del indio que, enviado por Pinzón para llevar unas naranjas al P. Buyl, se come la mitad en el camino, y reconvenido por el hurto con el testimonio de una carta que llevaba consigo, se figura que el papel ha sido su acusador, y cuando quiere repetir el hurto con unas aceitunas, entierra la carta para que no le vea, y sacándola luego muy satisfecho con su precaución, se asombra de que por ella le arguyan del robo (1).

Algo hay, pues, en esta comedia que acredita el ingenio de su autor. Muy endeble es, sin duda, pero, al fin, obra de Lope, que nada hizo enteramente malo. Y en los anales de la literatura tiene la curiosidad de ser la más antigua producción dramática consagrada al descubrimiento del Nuevo Mundo, sin que ninguna de las posteriores la haya aventajado mucho ni en fidelidad histórica, ni en interés teatral, aunque por lo común parezcan menos toscas y rudas en su traza, estilo y artificio.

Claro es que, al decir esto, no me refiero al *Cristóbal Colón* de Comella (1790), que es quizá la más perversa entre todas las producciones de este infando autor, clavado por Moratín en la picota de su sátira inmortal. Ni tampoco á aquella comedia inglesa, *The Colombus*, de autor para mí desconocido, que el mismo D. Leandro

(1) Citó ya con elogio estas chistosas escenas (aunque atribuyéndolas, por error de memoria, á la comedia de *Los Guanches de Tenerife*) el abate Marchena, en el discurso preliminar á sus *Lecciones de Filosofía, Moral y Elocuencia* (Burdeos, 1820), I, pág. 72.

vió representar en Londres en 1792, y de la cual nos ha dejado esta chistosa caricatura:

«Aparece Colón en la isla Española con sus compañeros y soldados, y entre ellos un fraile que hace de capellán, y un inglés aventurero, que, como es natural, es el más galán, el más valiente y el más amable del mundo. Los indios se admiran y se aficionan de los nuevos huéspedes, y al cabo de algunas escenas episódicas, resulta que los soldados de Colón se amotinan: él pone una lanza en el suelo para que la atraviese, pasando de su parte, el que sea honrado y leal; pero todos se van al otro lado y le abandonan, excepto el inglés, que (como se deja inferir) es más honrado y animoso que todos ellos, y se pone al lado de Colón, dispuesto á resistir á todo el universo. No obstante, cargan de cadenas á Colón, y el inglés tiene que escapar en camisa, porque trataban ya de quemarle con otros cuantos por hereje, lo cual da motivo á varias chuscadas contra el fraile y la Inquisición, porque aunque entonces ni los ingleses eran herejes, ni la Inquisición se había establecido, es menester que el patio se ría, y en efecto se ríe. El tercero, cuarto y quinto actos se gastan en los amores del inglés con una india, en burlarse ésta de dos personajes grotescos españoles, de los cuales el uno es médico, y hacerles creer que los dos deben morir á un tiempo: el uno se hace el muerto, y el otro patalea y hace visajes, y el auditorio se complace infinito con esta caricatura de entremés. Para templar la risa grosera que esto excita, se trata de hacer un sacrificio al sol, siendo la víctima una de las sacerdotisas del templo. Se dilata la ceremonia casualmente, y sobreviene una tempestad espantosa, y entre los truenos y rayos que la acompañan se ve desplomar una parte del templo, saliendo de entre sus ruinas la sacerdotisa destinada al sacrificio. Encuéntrase con ella un español, amante suyo y amigo de Colón, que se había quedado en la isla; quiere llevársela, pero ella lo resiste y vuelve á meterse en su prisión: llega el caso de que le van á asaetear, pero se oye ruido de batalla, los indios se asustan, y aparece Colón, vestido de galán, trayendo varios presentes de Europa, premiado del Rey y vencedor de sus enemigos: la sacerdotisa se casa con su amante español, y la india que se burlaba del médico, con el inglés. Por el manuscrito de esta comedia dieron los cómicos al autor diez y seis mil reales: según todos los papeles públicos, ha sido una de las más concurridas y aplaudidas de cuantas se han representado en estos últimos años» (1).

En la colección de las obras de Juan Jacobo Rousseau figura una tragedia lírica en tres actos muy cortos, *La Découverte du Nouveau Monde*, escrita en 1740, y no representada nunca. No tiene más curiosidad que el nombre de su autor, y aun así, pocos se habrán fijado en ella. Hizo, en cambio, mucho ruido, y es por varias razones muy curioso, el *Christophe Colomb*, de Nepomuceno Lemercier, representado en 1809. Lemercier, que era un innovador á medias, contradictorio consigo mismo y de fuerzas por todo extremo inferiores á la audacia de sus propósitos, llamó á su

(1) *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín* (Madrid, 1867), t. III, págs. 183 y 184.

pieza *comedia histórica shakspiriana*, y tuvo el arrojo de violar las unidades de lugar y tiempo, que, en verdad, eran incompatibles con tal asunto. Hízolo por medio de un hábil escamoteo, presentando siempre á la vista del público la carabela de Colón, con lo cual el viaje se efectúa sin cambio de escena, salvándose en apariencia el ridículo precepto, al mismo tiempo que se le conculca en lo sustancial. El recurso era ingenioso, pero la pieza fué silbada, y quizá lo merecía por otros conceptos. El tumulto fué tan espantoso, que se convirtió en batalla campal, y un hombre quedó muerto en el teatro, y otros muchos salieron magullados y contusos, en obsequio á la *Poética* de Boileau y á las tres unidades. En cambio, el carácter semirromántico de la pieza la hizo grata á Guillermo Schlegel, que en su *Curso de literatura dramática* (lección 12) encuentra en ella verdadero sentimiento del arte, aunque reconoce la debilidad de la ejecución (1).

En estos últimos años el dominico P. Lhermite ha compuesto, con el título de *Colomb dans les fers*, un drama de notable mérito poético, pero infiel á la historia en muchas circunstancias. Como ya lo indica su título, no tiene por argumento el descubrimiento de América, sino la prisión de Colón por Bobadilla, que, por cierto, muere asesinado al fin de la pieza. Como era de rigor en tal asunto, salimos bastante malparados los españoles, á quienes Colón califica de *horda* desde el segundo verso.

Es obra también de relativo mérito, aunque excesivamente melodramática y llena de efectos vulgares, no menos que de absurdos históricos, el *Cristoforo Colombo* de Pablo Giacometti, que en dos partes y diez actos abraza toda la historia del héroe. Jorge Briano, maestro de Silvio Pellico, hizo representar en Turín, en 1842, la primera parte de una trilogia colombina, y aun del mismo Silvio se dice que habia empezado á trabajar un poema dramático sobre este argumento. Melodramas líricos hay varios, comenzando por el de Pradelini, *Colombo ovvero l'India scoperta*, que se remonta á 1691. Uno solo merece citarse, siquiera por ser de quien es, aunque no tenga mucha fama entre sus libretos: el *Colombo* de Félix Romani, música de Morlachi, estrenado en Génova en 1828. Otras tentativas italianas son tan infelices, que sólo en una nota bibliográfica pueden recordarse (2). En uno de estos dramas,

---

(1) Apenas es digno de mención un melodrama en cinco actos y ocho cuadros, de Mestépès y Eugenio Barré, *Christophe Colomb*, estrenado en París en 1861: obra de mero aparato y bambolla teatral.

(2) Parece ser la más antigua una comedia de las llamadas en Italia *dell'arte*, es decir, improvisadas, que se representó en Génova en 1708. Á ella siguieron una de Pedro Chiari, que se ha perdido, y las dos de Francisco Cerlone, *Il Colombo nelle Indie* y *Gli Empi puniti, ossia il ritorno di Colombo nel Messico* (1).

De 1830 es otro drama de gran espectáculo, de Gherardi d'Arezzo. Añádanse el monólogo de Gazzoletti, *Le ultime ore di Colombo*; la comedia de Garassini, *Lanaiuolo o marinaio?*; el melodrama lírico de Pollezi, *Colombo fanciullo*, y otros varios libretos, de los cuales el más reciente es el de Luis Illica, música de Franchetti (1892).

De la mayor parte de estas obras se da razón en el libro de P. Carboni, *Cristoforo Colombo nel teatro* (Milán, 1892), trabajo superficial, pero curioso.

el de Francisco Cerlone (poetastro napolitano del siglo pasado), Colón hace la conquista de Méjico, é impone al Nuevo Mundo el nombre de América. Otras versan sobre la infancia de Colón, que quiere hacerse marinero á pesar de sus padres. Con éste y otros pueriles modos se ha intentado rejuvenecer una materia que parecía exhausta, aunque en realidad esté casi virgen.

Nada puedo decir de los dramas alemanes de Federico Rückert (1845) y de Alejandro Dedekind (1892), porque no los he visto; pero el de Rückert, eminente poeta lírico, algo bueno debe de tener, aunque sus condiciones nativas no fuesen las más adecuadas para el teatro.

En España, finalmente, además del *Cristóbal Colón* de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, que se representó con algún éxito en el teatro de Novedades de Madrid, en 1863, y de otras producciones menos extensas (1), es sabido que el descubridor del Nuevo Mundo interviene mucho en el drama de D. Tomás Rodríguez Rubí, *Isabel la Católica*, que nos abstendremos de juzgar en obsequio á la memoria de aquel respetable compañero é ilustre autor dramático, que en la comedia propiamente dicha obtuvo merecidos triunfos.

Numerosas son, como se ve, las tentativas dramáticas de que Colón ha sido objeto, pero no es seguro que ninguna de ellas (aunque estén á veces mejor concertadas y escritas, como era de presumir, dados los progresos de la técnica teatral) saque grandes ventajas poéticas á la de Lope, con ser tan ruda y tosca, y seguramente una de las peores de su inmenso repertorio. En ella, por lo menos, el descubrimiento está entendido á la española y con sentido común; hállanse indicados algunos rasgos del verdadero carácter de Colón; la historia está tratada con gran simplicidad y llaneza, y los candorosos yerros que hay nada tienen que ver con las groseras falsedades y artificios novelescos que tanto abundan en las adocenadas producciones de la literatura colombina. La verdad es que hasta ahora, ni en el teatro, ni en la epopeya, ni en la poesía lírica (2), á pesar de grandes esfuerzos y de fragmentos muy felices, ha logrado su digna y total glorificación aquel hecho portentoso, que Francisco López de Gómara llamaba en 1552 «la mayor cosa, despues de la creacion del mundo, sacando la encarnacion y muerte del que lo crió». No son los asuntos más fértiles para el arte los que en la historia se presentan con más realce y atractivo. Regularmente acontece lo contrario. De una tradición obscura, de una anécdota local, de una copla de cuatro versos, brotaron las maravillas

---

(1) Tales son: «*¡Tierra!*», cuadro lírico-dramático de D. José Campo Arana, música de don Antonio Llanos (1879); *La última hora de Colón*, cuadro dramático, en catalán, de D. Víctor Balaguer (1868); *Colón y el Judío Errante*, por D. Eugenio Sánchez de Fuentes, y seguramente otras que no recuerdo.

(2) No hablaré de estas manifestaciones, tanto por ser muy numerosas, y en cierto modo ajenas de mi plan, cuanto por haber tratado ya de ellas con selecta erudición y recto juicio el joven y distinguido escritor americano D. Calixto Oyuela, en su estudio *Colón y la Poesía*, inserto en la revista madrileña *El Centenario* en 1892.

de *Peribáñez*, de *El Comendador de Olmedo*, de *Fuente Ovejuna*, de *La Estrella de Sevilla*, de *El rey D. Pedro en Madrid*. Y de la inmensa realidad histórica de los viajes de Colón, nadie, ni el mismo Lope, pudo sacar nada, porque la historia lo había agotado todo (1).

XI.—LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN.

Texto de la *Parte* 23 (póstuma) de Lope (1638). Es seguramente comedia de sus últimos años, y trazada para halagar á su patrono el Duque de Sessa, descendiente del inmortal conquistador de Nápoles. Promete al fin una segunda parte, que probablemente no llegó á escribir.

Si grandes dificultades ofrecía para el teatro el descubrimiento del Nuevo Mundo, no eran menores las que presentaba la figura enteramente histórica del Gran Capitán. Hechos y personajes tales exceden el marco de la escena, y quedan desnaturalizados y empequeñecidos cuando se los arranca de las páginas de una crónica, que es el más digno pedestal de su grandeza. Lo cual en nada contradice la profunda sentencia aristotélica que declara la poesía cosa más grave y filosófica que la historia, antes la confirma y robustece, mostrando cómo la poesía abdica de su dignidad y degenera de su intrínseca virtud, cuando, en vez de inspirarse en la historia, la copia é intenta sustituirla. No son incompatibles la verdad poética y la historia, antes suelen coincidir, y poesía es la historia á su modo; pero tal congruencia ha de buscarse no en el material detalle de los hechos, sino en la intuición del alma de lo pasado, que se manifiesta mejor á los ojos del artista en la penumbra de la leyenda que en la plena luz de la historia. Las épocas remotas donde hay que reconstruirlo casi todo, los personajes vaga é imperfectamente conocidos, atraen la fantasía con el prestigio del misterio, y están convidando al poeta para que cumpla su oficio de *vate*, descifrando lo arcano, entreviendo lo porvenir, y mandando juntarse de nuevo á los huesos insepultos. Cuando la historia calla ó habla á medias, toca al poeta completarla é interpretarla: cuando la historia cercana á nosotros tiene todo el rigor y certeza de los documentos diplomáticos, debe enmudecer la poesía si no quiere parecer inferior á su hermana. Quizá en ninguna parte como en el riquísimo teatro histórico de Lope de Vega puede estudiarse la diferencia entre ambos procedimientos, y el opuesto resultado que dan, aun manejados por un mismo poeta, á quien en dotes

(1) Son numerosos los juicios sobre esta comedia de Lope. Además de los de Grillparzer (*Studien*, 80-82), Klein (x, 54 y siguientes) y Schaeffer (I. 107) hay que mencionar los varios que se publicaron en España con ocasión del centenario del descubrimiento de América, entre los cuales merecen particular recuerdo el de D. Antonio Sánchez Moguel (en su libro *España y América*, 1895, páginas 87-99), el de D. Juan Pérez de Guzmán (*Colón en el teatro de Lope de Vega*, inserto en un número extraordinario del *Memorial de Artillería*), y el de D. Joaquín Hazañas y la Rúa, en la *Revista contemporánea*, 15 de Agosto de 1898.

dramáticas no ha aventajado nadie. Compárense sus *leyendas* con sus *crónicas*, y se palpará la exactitud de lo que venimos diciendo. Cuando el poeta vuela con sus propias potentísimas alas, y sólo pide á la tradición un nombre, un hecho, el tema de una canción popular, se encumbra á las más altas esferas del arte, produce criaturas vivas que con las del gran trágico inglés pueden equipararse, y alcanza no sólo la verdad poética, sino la verdad histórica íntima y sustancial. Cuando calca servilmente la historia, produce crónicas dialogadas, informes, sin unidad orgánica y sin espíritu de adivinación histórica.

No es, sin embargo, *Las Cuentas del Gran Capitán* una de las obras más irregulares de su género. Escrita en la vejez del poeta, no sólo tiene la corrección de estilo propia de sus últimas obras, sino una acción bastante sencilla, que en realidad se concreta á un momento solo de la vida de Gonzalo. Lope comprendió esta vez que las grandes campañas de su héroe, la conquista de Nápoles, los triunfos de Ceriñola y el Garellano, que cambiaron la faz del arte de la guerra en el Renacimiento, no eran materia dramática, sino épica. Prescindió, pues, de batallas y asedios, y en vez de una comedia de espectáculo, hizo una comedia anecdótica, basada en el dicho vulgar de las *cuentas*, en el hecho histórico del viaje del Rey Católico á Nápoles en 1506, y en las infundadas sospechas que tuvo de la lealtad de Gonzalo, y que fueron labrando en él hasta engendrar el desvío con que le trató en los últimos años.

El fondo histórico de esta comedia, que se reduce á la entrada del Rey en Nápoles, puede estar tomado de la *Corónica llamada las dos Conquistas del reyno de Nápoles* (1), voluminosa compilación de autor anónimo, que por un fraude editorial fué atribuída á Hernán Pérez del Pulgar, autor de otra crónica ó más bien *Breve suma* de los hechos del mismo glorioso caudillo. Las *cuentas* son una invención vulgar, pero, según acontece con todas las anécdotas famosas, tiene ésta cierto valor simbólico como censura de la parsimonia y suspicacia del Rey Católico, y pudo te-

---

(1) *Corónica llamada las dos Conquistas del reyno de Nápoles, donde se cuentan las altas y heroycas virtudes del serenissimo príncipe Rey don Alonso de Aragon. Con los hechos y hazañas maravillosas que en paz y en guerra hizo el Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Aguilar y de Cordoba. Cō las claras y notables obras de los Capitanes don Diego de Mendoza y don Hugo de Cardona, el conde Pedro Navarro, Diego Garcia de Paredes y otros valerosos capitanes de su tiempo.....*

«*Fué impressa la presente corónica general del gran Capitan: a honor y gloria de dios..... en la muy noble y leal ciudad de Zaragoza en casa de Agustin Millan, impresor de libros. Acabose á quinze dias del mes de Setiembre de mil y quinientos y cinquēnta y nueve años.*» Folio. Letra gótica.

Hay otras ediciones: de Sevilla, 1580 y 1582; Alcalá de Henares, 1584.

Pero todavía tuvo Lope más presente el *Libro de la vida y chronica de Gonzalo Hernandez de Cordoba, llamado por sobrenombre el Gran Capitan. Por Pablo Jovio, Obispo de Nocera. Agora nuevamente traduzida en Romance Castellano por Pedro Blas Torrellas. Anvers, por Gerardo Spelmanno*, 1555. 8.°

ner algún fundamento en quejas que ciertos oficiales del Tesoro presentasen contra Gonzalo. De todos modos, el origen de la conseja no puede ser más sospechoso, siendo el primero que alude á ella un historiador de tan poca conciencia y veracidad como Paulo Jovio (1).

La escena de las *cuentas* es la culminante y la mejor de la obra de Lope, que parece compuesta exclusivamente para ella. Está llena de chiste, desenfado y ligereza cómica, sin mengua de la dignidad del héroe. La parte grotesca pónese á cargo del Sansón extremeño Diego García de Paredes, protagonista de otra comedia de Lope que examinaremos después. En una y otra se conservan los rasgos capitales de la verdadera fisonomía de aquel hercúleo soldado; pero no puede negarse que su fiereza y desgarro, sus continuos retos, provocaciones y pendencias, degeneran muchas veces en fanfarronada, siempre grata al populacho, y lindan con la caricatura, en la cual dió de bruces Cañizares al refundir esta comedia de *Las Cuentas*.

El carácter episódico de la pieza traía el inconveniente de no poder presentar al Gran Capitán en situaciones heroicas, sino en la obscura lucha contra los amaños de la envidia; pero así y todo, consigue el poeta hacer descollar su arrogante figura sobre todas las que le rodean, y presentarle siempre con nobleza, decoro y majestad; inaccesible á los golpes de la adversa fortuna y á los halagos de la próspera; prudente, comedido y discreto; con aquella mezcla de sagacidad y energía que era la base de su carácter, y que hizo de él no un paladín insensato y romántico, sino uno de los primeros hombres modernos. En cambio, la figura de D. Fernando *el Católico*

---

(1) «Habia Gonzalo Hernandez en aquellos dias burlado de la diligencia y curiosidad de los thesoreros envidiosos, á él enojosos y pesados, y al Rey poco honrosos, que siendo llamado como á juicio para que diesse cuenta de lo gastado en la guerra, y del recibo de las rentas del reyno, lo qual estaba assentado en la thesoreria, y mostrando ser muy mayor la entrada que no era lo gastado, respondió severamente que él traeria otra escriptura muy más auténtica que ninguna de aquellas, por la qual mostraria claramente que avia mucho más gastado que recebido, y que queria que se le pagasse todo el alcance de aquella cuenta, como deuda que la devia la cámara real. El dia siguiente presentó un librillo, con un título muy arrogante, con que puso silencio á los thesoreros y vergüenza al Rey, y á todos mucha risa. En el primero capítulo assentó que avia gastado en frayles y en sacerdotes religiosos, en pobres y monjas, las quales continuamente estaban en oracion rogando á nuestro señor Dios, y á todos los Santos y Santas que le diessen vitoria, *Dozientos mil setecientos treynta y seis ducados y nueve reales.* En la segunda partida assentó: *Setecientos mil quatrocientos noventa y cuatro ducados*, secretamente dados á los espías, por diligencia de los quales avia entendido los designios de los enemigos, y ganado muchas vitorias, y finalmente la libre posession de un tan gran Reyno. Entendida el Rey la argutia, mandó poner silencio al infame negocio. Porque, ¿quién seria aquel si no fuesse algun ingrato, ó verdaderamente de baxa y vil condicion, que buscasse los deudores, y quisiesse saber el número de los dineros dados secretamente de un tan excelente Capitan? El Rey determinó de perdonar á Gonzalo Hernandez todas las cosas passadas, y confirmar todo lo que avia dado y repartido, y de olvidar toda la sospecha que avia tenido en lo de aspirar á el Reyno.»

(Paulo Jovio, traducido por Torrellas, págs. 102 y 103.)

queda injustamente rebajada en la obra de Lope, por una especie de prevención é inquina que no ha sido rara en los escritores castellanos.

Ocupan gran espacio en esta comedia los amoríos de un fabuloso sobrino de Gonzalo de Córdoba, llamado D. Juan de Toledo, con una dama italiana; pero aunque este episodio se dilate demasiado y quebrante la unidad de interés, sirve para mostrar en acción la magnanimidad del Gran Capitán en casos de honra que atañen á su propia sangre; y está además artificiosamente enlazado con la acción principal mediante la intervención de los dos italianos émulos y calumniadores de Gonzalo en la corte del Rey Católico.

En suma, el drama no es vulgar y está bien escrito, pero no corresponde á la gloria del héroe, de la cual dijo con razón Quintana que «hasta ahora está depositada con más dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía».

Y en efecto, el Gran Capitán ha sido siempre poco afortunado en esto de encontrar dignos cantores de sus hazañas. El poema latino de Cantalicio, *De bis recepta Parthenope*, impreso por primera vez en 1506 y galardonado por el héroe mismo, tiene más curiosidad histórica que poética, pero así y todo es menos infeliz que los dos únicos poemas castellanos del mismo asunto que por el momento recuerdo. Uno de estos poemas, el más moderno, la *Neapolisca* (1651), de D. Francisco de Trillo y Figueroa, poeta gallego recriado en Granada, nada sirve para la historia, como lo indica ya su fecha tan remota de la de Gonzalo de Córdoba, y nada vale poéticamente, puesto que Trillo y Figueroa, ingenioso y ameno en las burlas, cultivador feliz de la poesía ligera, hasta confundirse á veces con Góngora el bueno, resulta, cuando quiere embocar la trompa épica, uno de los más furibundos, enfáticos y pedantes secuaces de Góngora el malo, sin ningún acierto que compense sus innumerables desvaríos.

La *Historia parthenopea* del sevillano Alonso Hernández (1516), libro muy raro, aunque bastante conocido y citado por nuestros eruditos, tiene siquiera la ventaja de estar escrito con más llaneza; y la ventaja todavía mayor de ser obra de un contemporáneo, que pudo recoger la tradición viva y la impresión directa que había dejado el gran caudillo en los ánimos de los españoles, á quienes hizo árbitros de Italia. Y aunque el monumento no sea, ni con mucho, digno de su nombre, pues difícilmente se hallarán en castellano peores versos, hay que reconocer lo sincero de la admiración que el poeta sentía por su héroe, y que da cierta viveza y frescura á su testimonio, muy distinto del entusiasmo puramente retórico que á larga distancia de los sucesos podía sentir Trillo y Figueroa ó cualquier otro zurcidor de cantos épicos, de los que han sido en todos tiempos plaga de nuestra literatura.

Compuesta la *Historia parthenopea* en los primeros años del siglo XVI, pertenece todavía, por el gusto y por el metro, á la escuela del siglo anterior (1). Es un poema

(1) *Historia parthenopea dirigida al Illu- | strissimo y muy reverẽdissimo Señor don bernaldino de caravajal Cardenal de santa Cruz cõpuesta por el muy | cloquente varon alonso hernãdes cle- | rigo ispalẽsis prothonotario de la sanc | ta Sede apostolica dedicada en loor del | Illus-*

medio histórico, medio alegórico, en estancias de arte mayor; una deliberada imitación de las *Trescientas* de Juan de Mena, pero seguramente una de las obras más ínfimas de su género. Para colmo de desgracia, está llena de italianismos que desfiguran no sólo la construcción, sino hasta lo material de las palabras, dando al libro catadura extranjeriza, como de autor mal versado en la lengua castellana, y eso que él se preciaba de haberse «esforzado con la profundidad de los sesos interiores y con los nervios de las cosas grandes de alzar y expolir la lengua de la hispana musa». Salvo las visiones y la máquina mitológica, todo lo que en este poema se contiene es materia rigurosamente histórica, que el autor de ningún modo podía alterar, tratándose de acontecimientos contemporáneos y tan famosos. Todo el gasto de invención que se le ocurrió fué resucitar al cantor Demodoco de la *Odisea*, para hacerle referir á Ulises la conquista de Nápoles. Con esto y una aparición de Palas Atenea á los Reyes Católicos y una desconcertada imitación del libro I de la *Eneida*, haciendo que Eolo, á ruego de Neptuno y de las ninfas marinas, presididas por Galatea, levante furiosa tempestad contra las naves del Gran Capitán, y las ponga á punto de anegarse; y un viaje todavía más disparatado que por el reino de Nápoles emprende Mercurio, hospedándose, como personaje de tanta cuenta, en casa de la Duquesa de Milán, y siendo obsequiado por el Duque de Calabria con un juego de cañas; con éstos, digo, y otros tales episodios quiso amenizar la narración histórica para que las musas no se quedasen *sitibundas*, *tristes* y *malencónicas*.

Otra obra poética hay dedicada al mismo egregio caudillo, y en la cual se hace, aunque de paso, alguna conmemoración de sus hazañas. Tal es el libro que lleva el título de *Las valencianas lamentaciones y tratado de la partida del ánima;* su autor, el cordobés Juan de Narváez, que le tituló así por haberle compuesto en Valencia, donde á principios del siglo XVI enseñaba letras humanas (1). Intercalado en las *Lamentaciones* hay un elogio del Gran Capitán que tiene cierta importancia histórica, porque en él parece responder el poeta á las sospechas de infidelidad que tan injustamente circularon contra Gonzalo, acusándole de querer alzarse con el reino

---

trissimo Señor don gonçalo her- | nandes de cordova duque de Terra- | nova gran Capitan de los muy altos Reyes de Spaña.

(Al fin:) *Impresso en Roma por Maestre Stephano Guillen de Lo- | reño año de nuestro Redentor de mill y quinientos* XVI | *á los diez y ocho de Setiembre.* Folio.

—*Neapolisea, poema heroyco y panegírico; al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Cordova, por D. Francisco de Trillo y Figueroa. Granada, Baltasar de Bolivar y Francisco Sanchez,* 1651. 4.° Poema en octavas y en ocho libros.

(1) El original de este poema perteneció á la biblioteca del Conde del Aguila, y está hoy en la del Cabildo de Sevilla (vulgarmente llamada *Colombina*, aunque contiene libros de muy diversas procedencias). Ha sido recientemente impreso en bella edición de corto número de ejemplares:

—*Las valencianas lamentaciones y el tratado de la partida del ánima, por Juan de Narváez, con un prólogo de D. Luis Montoto..... Publícalos por primera vez la Excma. Sra. D.ª María del Rosario Massa y Candau de Hoyos. Sevilla, imp. de E. Rasco,* 1889. 4.°

de Nápoles, dos veces conquistado por él. «A lo cual me movió (dice Narváez en su preámbulo) una bárbara opinion y cognoscida invidia, que de la boca de algunos en mis orejas et aun en mi ánima, muchas veces, andando por estas partes ha tocado.» Desgraciadamente, los versos no corresponden aquí al noble propósito del autor ni á la excelsitud del héroe, y son de los más flojos de la obra.

Creo inútil mencionar el *Gonzalve de Cordoue*, novela del caballero Florián, muy leída á fines del siglo pasado (1); porque el afeminado y sentimental Gonzalo que en este ridículo libro se representa, suspirando de amor á las plantas de una mora, y acometiendo mil aventuras extravagantes, no es ni prójimo siquiera del gran estratégico del Renacimiento que en las ciénagas del Garellano y ante los muros de Gaeta fijó para más de un siglo la rueda del predominio militar de España. Con ser tan insulsa y pueril la rapsodia de Florián, descúbrese en ella la mala y torcida intención de hacer olvidar los verdaderos triunfos de Gonzalo, tan duros para la vanidad francesa, sustituyéndolos con quiméricas empresas contra moros de cartón.

Incidentalmente hemos mencionado *Las Cuentas del Gran Capitán*, comedia que D. José de Cañizares compuso en los postreros años del siglo XVII, á los trece ó catorce de su edad, según tradición consignada por el diligente historiador de los *Hijos ilustres de Madrid*, Alvarez Baena. Tal precocidad, aunque tenga trazas de fabulosa, no sorprende del todo cuando se repara que esta comedia, lo mismo que otras de Cañizares, es un descarado plagio de Lope, de quien no sólo copia los lances, sino gran número de versos, pero estropeándolo todo con el pedestre y chocarrero gusto propio de su tiempo. Así desfigura el carácter de Diego García de Paredes, convirtiéndole en un guapo ó valentón de oficio, digno de ser cantado en romances de ciego, y le hace objeto de las burlas de un gracioso llamado Pelón. Así, en la escena de las cuentas, añade varias partidas que son otras tantas bufonadas indignas de ponerse en boca del Gran Capitán: diez mil ducados en guantes de ámbar para evitar la infección de los cadáveres; medio millón de aguardiente para emborrachar á las tropas antes de la batalla; ciento setenta mil ducados para reparar las campanas que se rajaron repicando en celebridad del triunfo. Estas majaderías y otras que omito gustaron mucho, y la pieza de Cañizares suplantó fácil-

(1) Tuvo esta novela la inmerecida suerte de encontrar un buen traductor español para la prosa, y otro mejor todavía para los versos intercalados en ella:

— *Gonzalo de Córdoba ó la Conquista de Granada, escrita por el caballero Florián. Publícala en español D. Juan López de Peñalver. Segunda impresión.* Madrid, 1804. Tres tomos en 8.° Los versos son de Cienfuegos, á quien el libro está dedicado, y que en él encontró argumento para su mejor tragedia, *Zoraida*.

En la parte morisca, el libro de Florián está fundado en las *Guerras civiles de Granada*, pero con muchos más anacronismos y disparates, y con absoluta falta de color local. Parece imposible que sea de la misma mano un epítome de la historia de los árabes que acompaña á la novela; trabajo superficial, pero de lo menos malo que en aquel tiempo podía escribir quien no fuese arabista. Florián confiesa que en esta parte le ayudó mucho su amigo D. Juan Pablo Forner.

mente á la de Lope, conservándose en el teatro hasta principios de nuestro siglo.

Pobre tributo pagó la musa romántica á Gonzalo de Córdoba, pues prescindiendo del absurdo papel que desempeña en *Isabel la Católica*, de Rubí (donde aparece enamorado de la Reina), tampoco vale mucho *El Gran Capitán*, drama en cinco actos y en verso, de D. Antonio Gil y Zárate, representado é impreso en 1843. Gil y Zárate, poeta más estudioso que inspirado, y que sólo en una ó dos de sus obras traspasó los límites de la medianía, quiso imitar con poca imaginación y pocos recursos de estilo la libre forma de la antigua comedia histórica, y yendo á estrellarse en un escollo que ya Lope había tenido el buen instinto de evitar, acumuló en una serie de diálogos bastante inconexos los principales hechos de la vida de Gonzalo, poniendo en escena la batalla de Ceriñola, el desafío de Barleta, la partición del reino de Nápoles. El estilo es incoloro y á veces declamatorio; la versificación, tolerable. En la escena de las cuentas y en el carácter de Diego García de Paredes, se conoce que tuvo presente la comedia de Cañizares, pero no la mejoró gran cosa. Es singular que este drama, el último en orden de tiempo y debido á un poeta de fantasía tan yerta, á quien su nativa inclinación llevaba al clasicismo académico, sea el más desordenado de todos en su plan, el más irregular en su estructura y el que tiene mayor número de personajes y de incidentes heterogéneos.

XII.—EL BLASÓN DE LOS CHAVES DE VILLALBA.

En la primera lista de *El Peregrino*, tiene por único título *Los Chaves de Villalba*. El manuscrito autógrafo de esta comedia, fechado en Chinchón á 20 de Agosto de 1599, existía á fines del siglo pasado en el archivo de la casa ducal de Sessa. Ignoro su paradero actual, pero en la Biblioteca Nacional existe una copia, sacada en 1781 por D. Miguel Sanz de Pliegos, archivero de aquella casa. Es documento importante, no sólo porque mejora en algunas cosas el texto de la *Parte X* de Lope (1618), en que esta comedia salió impresa, sino porque nos da razón de las raras alteraciones que en ella mandó hacer la censura. Tratábase en la comedia de las guerras de Italia entre franceses y españoles, llevando los nuestros la mejor parte, como la llevaron en la realidad histórica, y no escaseaban conceptos hostiles y ofensivos para el amor propio de nuestros vecinos. Vivíase en paz con éstos desde 1598, fecha del tratado de Vervins; acababa de subir Felipe III al trono, y el Duque de Lerma, que en su nombre gobernaba, era pacífico por temperamento y por cálculo. Comunicóse, pues, no sabemos por quién, orden al secretario Tomás Gracián Dantisco, censor de esta comedia, para que no la dejase representar sin que se hiciesen en ella algunos cambios, «por tocar en la historia que tocaba», y tanta importancia se dió al caso, que hubo una representación previa de la pieza, enmendada, en casa de un Consejero de Castilla, el licenciado Tejada, con asistencia de D. Pedro de Tapia, D. Juan Ocón y otros consejeros, y del célebre predicador de S. M., Dr. Terrones, los cuales la aprobaron y dieron por buena des-

pués de examinada. Este ensayo, que se verificó en la noche del sábado 30 de Diciembre de 1600, muestra la atención que entonces se concedía á las cosas de teatro y el aprecio que ya se hacía del talento de Lope de Vega, todavía muy joven (1).

Difícil era enmendar una comedia enteramente histórica y cuyos personajes eran conocidos de todo el mundo. Redújose todo á poner *albanés* en vez de *francés*, y *Albania* en vez de *Francia*, sin reparar que muchas veces se destruía el verso; y se disfrazaron un poco algunos nombres y apellidos, escribiendo *Oristán* por *Guzmán*, *rey Enrique* por *rey Fadrique* (de Nápoles), *Dionís* por *Luis duodécimo* (de Francia). Pero como al mismo tiempo quedaban otros muchos sin alteración, resultó un galimatías, que hemos procurado remediar en esta edición, restableciendo el primitivo texto.

Es comedia genealógica, de poco valor, como casi todas las de su género. Está fundada en una anécdota, probablemente fabulosa, que Lope hubo de recoger de la tradición oral, porque no la he encontrado en ningún libro de historia, ni siquiera en la obra manuscrita de D. Juan Duque de Estrada sobre el linaje de los Chaves (2). El mismo Lope es quien la refiere de este modo en las notas á su novela pastoril *La Arcadia*, que publicó un año antes de escribir la comedia:

«Villalva, ó Chaves de Villalva, fué un caballero español, natural de Truxillo, cuya valerosa hazaña, tan digna de memoria, pasó así:

---

(1) En la página última de esta comedia se lee:

«*Licencias de los jueces eclesiásticos.*

»Examínese esta comedia y los entremeses y cantares por el Secretario Tomás Gracián Dantisco, y dé su censura. Madrid, á 16 de Diciembre de 1600.»

«Habiendo visto esta comedia, y reparado en ella, conforme á la orden que se me tiene dada, por tocar en la historia que toca, el señor licenciado Tejada mandó que se diese la muestra de ella en su casa, la cual se representó el sábado en la noche, 30 de Diciembre de 1600, en presencia de dicho señor y de los señores Pedro de Tapia, don Juan Ocón, del Consejo de Su Majestad, y otros Consejeros, con el doctor Terrones, predicador de Su Majestad, de lo cual resultó que mudada como está se aprobó, y que para dar licencia se mandó pusiese esta relación; y conforme á lo que se resolvió, podrá vuestra merced ser servido de firmarla. En Madrid, á 2 de Enero de 1601.—*Tomás Gracián Dantisco.*»

«Esta comedia se puede representar, conforme á la censura de arriba. Fecho en Madrid á 2 de Enero de 1601.

»No tiene esta comedia cosa alguna por donde no se pueda representar.—*Fray Manuel Coalla.*»

«Podráse representar.—*Juan Granados.*»

«Podráse representar en virtud de aprobación del Ordinario. 1.º de Marzo de 1607.—*Jerónimo Villasante.*»

(2) *Discursos del origen y definición de la nobleza, con la descendencia de la ilustre casa de Chaves, por D. Juan Duque de Estrada. Al Ilmo. Sr. D. Juan de Chaves y Mendoza y Sotomayor, del Consejo Real de Castilla y de la Cámara, y Presidente Gobernador del Consejo de las Ordenes.* (Manuscrito de la Biblioteca Nacional.)

»Cuando el rey Charles de Francia passó á Italia con ánimo de hacerse señor de ella, dándole entrada por Milan el duque Esforcia, un caballero Valon, hombre de grandíssimas fuerzas é igual soberbia, que venia en su exército, llegando el Rey á la sagrada ciudad de Roma, cabeza del mundo, silla de la Iglesia, puso carteles por las calles, en que sustentaba que el rey Charles era el mejor y mayor Rey del mundo, á uno, á dos, y á tres en desafío. Estaban entonces en la corte romana el Embajador y algunos Españoles sentidos desta afrenta, pero con menos ánimo de la satisfaccion que Chaves de Villalva, el cual, aunque era muchacho, con ánimo verdadero español se opuso al Valon soberbio, como otro tierno David al Filisteo gigante, sustentando y defendiendo que el rey Don Fernando V, que á la sazon lo era de España, era y se debía llamar el mayor y mejor del mundo. Aplazado el desafío, y asistiendo á la estacada el Rey y todo su francés exército, con lo noble de la Caballería romana, pobladas de damas las ventanas y la plaza de guardas y armas, entró Chaves con las suyas, donde movió á lástima general, viéndole tan niño. La manera del combate fué larga, y más para contar en historia que en exposicion tan breve: las armas fueron muchas y diferentes, pero finalmente venció nuestro español y dejó muerto en el campo al Valon temerario, con gran aplauso de las damas y corte, aunque no menor sentimiento de sus heridas, que pasaron de diez y siete. Era en extremo hermoso y gentil hombre: vivió y convaleció dellas, y volviendo victorioso á España, le dió el rey Fernando, entre otras mercedes, dos águilas de oro por armas, que sus descendientes gozan» (1).

Como esta acción caballeresca no bastaba para llenar una comedia, Lope la dilató con una intriga amorosa mil veces repetida en su Teatro, y con muchas escenas históricas en que intervienen el Gran Capitán, Diego García de Paredes y los generales franceses Aubigny *(Mosiur de Aubení)* y el Duque de Nemours, á quien llama *Namurcio*. Hay algún trozo poético de mérito, por ejemplo, la narración del desafío de Barleta en el acto segundo, y el reto de Chaves de Villalba en el tercero, y el conjunto debió de agradar por la representación animada de la vida soldadesca, por la jactancia patriótica y por el aparato escénico de la batalla entre Chaves y el señor de Aspramonte.

---

(1) En el libro III de *La Arcadia* (tomo VI de la edición de Sancha, pág. 207) puso Lope esta inscripción en loor del *honrado caballero Chaves de Villalba*, que en honra del Rey Católico *venció en Roma aquel celebrado desafío:*

«Desafíos puso en Roma
Un Valon, que el Rey francés
El mayor del mundo es,
Y en su honor las armas toma.
»Yo dixe que el Rey de España;
Y le maté peleando,
Y dióme de oro Fernando
Dos águilas por la hazaña.»

XIII. — LA CONTIENDA DE DIEGO GARCÍA DE PAREDES Y EL CAPITÁN JUAN DE URBINA.

El original de esta comedia, inédita hasta ahora, y que probablemente es la misma que en las dos listas de *El Peregrino* se designa con el título de *El capitán Juan de Urbina*, existía en la biblioteca de los Duques de Sessa, y desapareció, como tantas otras preciosidades, en el lamentable desbarate del archivo y biblioteca de dicha casa, en tiempos bastante recientes. Sólo se ha salvado una copia, hecha en 1781 por el ya mencionado archivero D. Miguel Sanz de Pliegos, la cual, procedente de la colección de D. Agustín Durán, se custodia ahora en la Biblioteca Nacional. Firmó Lope esta comedia en 15 de Febrero de 1600, y en 28 del mismo mes la aprobó el secretario Tomás Gracián Dantisco. Por las licencias que van al fin del manuscrito consta que fué representada en Jaén en el mes de Enero de 1614 por el «autor de comedias Becerra».

Esta comedia, casi contemporánea de la anterior, y del mismo estilo, comprende tres acciones principales: los hechos de Diego García de Paredes en Italia; la atroz venganza que el capitán Juan de Urbina tomó en su adúltera mujer; y la disputa ó contienda de Paredes y Urbina sobre la adjudicación de las armas del Marqués de Pescara.

En lo que toca á las portentosas valentías y alardes de fuerza del Sansón extremeño, Lope de Vega sigue paso á paso la *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes, la cual él mismo escribió y la dejó firmada de su nombre, como al fin della parece*, papel suelto, en letra gótica, que comúnmente se halla al fin de la *Crónica del Gran Capitán (ó de las dos conquistas del reino de Nápoles)*, pero con paginación diversa. Juntas estaban también en el ejemplar que tenía el ventero de la primera parte del *Quijote* (cap. XXXII), aunque le estimaba menos que los otros dos libros que componían su biblioteca; es á saber: *Don Cirongilio de Tracia* y *Félix Marte de Hircania*. «Hermano mio, dijo el Cura, estos dos libros son mentirosos y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro y dél sólo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él de sí mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes. — ¡Tomáos con mi padre! dijo el ventero; ¡mirad de qué se espanta, de detener una rueda de mo-

lino! Por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircania, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños!..... Calle, señor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego Garcia que dice.»

Advierte Clemencin, con su acostumbrada y algo cómica puntualidad, que Cervantes, citando de memoria, según costumbre, atribuyó á Diego García de Paredes lo de la rueda de molino, que fué bizarría del capitán Céspedes, el Hércules manchego, á quien ya encontraremos en otra comedia de Lope; y que lo del puente no está en la autobiografía de Paredes, sino en la *Crónica del Gran Capitán.*

En fecha muy posterior á esta comedia de Lope, su amigo D. Tomás Tamayo de Vargas publicó el curioso libro que lleva por título *Diego García de Paredes: Relación breve de su tiempo* (Madrid, por Luis Sánchez, 1621), obra en que le ayudó el malogrado Baltasar Elisio de Medinilla, recogiendo papeles y noticias. Tamayo de Vargas, hombre de mucha erudición histórica, de buen estilo y de buen juicio cuando no le extraviaba la pasión de los falsos cronicones, tomó por base la *Relación* atribuida á Diego García de Paredes, pero la amplió y mejoró considerablemente con ayuda de las historias españolas é italianas y con algunos documentos originales de tanta importancia como el privilegio que el emperador Carlos V dió á Paredes en Bolonia, al armarse caballero, en 24 de Febrero de 1530, donde se recopilan sus principales hazañas y servicios.

A este volumen debe acudir el que quiera apurar con rigor histórico las portentosas valentías de Diego García de Paredes (1), pero para nuestro objeto importa más la autobiografía que se supone escrita por el jayán extremeño en su última enfermedad, y dirigida á su hijo D. Sancho de Paredes, «para que en las cosas que se ofreciesen de su persona y honra haga lo que debe como caballero, poniendo á Dios siempre delante de sus ojos, y procurando tener razon para que le ayude». Cervantes pondera la modestia del heroico soldado, como hemos visto, y Tamayo de Vargas, comparando su *Relación* con los *Comentarios* de Julio César, dice que «refiere sus sucesos con menos ambicion que el romano, y más como soldado, que sólo pretendia hacer relacion de sus cosas, no adornarlas, sin reparar en el cómputo de los tiempos ni en la sucesion de los acaecimientos, porque, fuera de anteponer los que eran últimos, dejó en silencio muchos que no lo merecían.»

---

(1) En la conocida obra de D. Fernando Pizarro y Orellana *Varones ilustres del Nuevo Mundo* (Madrid, por Diego Díaz de la Carrera, 1639), hay también una *Vida de Diego García de Paredes* (páginas 399-427), que nada de particular ofrece, y está muy inoportunamente añadida á esta obra, puesto que Paredes jamás pasó al Nuevo Mundo.

De unos *Apuntamientos ó advertencias particulares á la vida de Diego García de Paredes*, por el cronista Antonio de Herrera, no tengo más noticia que la que da Tamayo de Vargas en su libro. (Vid. Barrantes, *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*, tomo III. Madrid, 1879. Artículo *Trujillo*.)

A pesar de tan respetables testimonios, no parece un dechado de modestia la *Breve suma de Diego García de Paredes*, y seguramente hay en ella pasajes dignos del valentón más desaforado, pero es tan sabrosa en medio de su ruda llaneza, y está tan enlazada con la comedia de Lope, que puso en acción ó en narración la mayor parte de ella, que no podemos menos de transcribirla, á lo cual su propia brevedad convida:

«*Sumario de las cosas que acontecieron á Diego García de Paredes y de lo que hizo, escrito por él mismo cuando estaba enfermo del mal que murió.*

»En el año de mil é quinientos é siete, ove una diferencia con Rui Sanchez de Vargas sobre un caballo que yo le tenia para venir de Italia: vino tras mí Rui Sanchez, y luego sus escuderos me acometieron de tal manera que me vi en aprieto; pero al fin los descalabré á todos y seguí mi camino.

»En el mismo año llegué á Roma con gran necesidad, yo y mi hermano Alvaro de Paredes, en la cual ciudad no hallamos quien nos diese de comer por la falta de guerra, que no habia; y estando pensando cómo se podria salir de tal fatiga, acordamos de asentar con el Papa por alabarderos de su guardia, queriendo más poner los cuerpos á la servidumbre que darnos á conoscer al Cardenal de Santa Cruz, don Bernardino de Carvajal, cuyos primos éramos. Pasando algudos meses en esta vida con otros españoles amigos, cuyos nombres son Juan de Urbina, Juan de Vargas, Pizarro, Zamudio y Villalba, y pasando todos juntos, nos tocó la guardia de la puerta, donde estábamos tirando la barra unos con otros, de lo cual el Papa se holgaba. Llegaron unos caballeros á tirar, y entre ellos habia uno que se tenia por gran tirador, y éste dijo á mi hermano si habia quien tirase cien ducados, que él se los tiraría; fuéle respondido que sí; éste se desnudó y puso los cien ducados y demandó al tirador que habia de tirar: yo tomé la barra no teniendo los ducados y quise tirar por gentileza, y éste, enojado de mí, dijo que me fuese á tirar con otros como yo, que no era su honra tirar conmigo: yo le dije que mentía, y sus compañeros y criados echaron mano á las espadas y yo á la barra que en las manos tenia, y con ellos nos defendimos con su daño, que matamos cinco dellos, y más de diez heridos; por donde se revolvió la corte de tal suerte, que mandó el Papa que se prendiesen los romanos por el poco respeto que tuvieron, y así fué hecho, y á nosotros dados por libres.

»En el mes de Marzo se vieron mis amigos y yo más necesitados que nunca, y andábamos tan alcanzados con el poco partido que encontrábamos, que determiné darme á conocer al Cardenal por salir de tal caso, y ansí lo hice, que fué provecho de todos, que no pasando Abril y Mayo se revolvió Montefrascon y otra tierra que confina con tierra del Próspero Colona, para la cual cosa se hicieron seis banderas, cuatro de infantería y dos de caballos, y allí me dieron la primera compañía que tuve.

»Fué mi alférez Juan de Urbina, mi hermano Pizarro sargento, Villalba y Zamudio cabos de escuadra. Fué general de esta gente un sobrino del Papa: hicimos el viaje caminando de noche por no ser sentidos, y llegamos á la media noche

al burgo de la tierra; buscamos escalas, palancas, vaivenes y otras cosas convenientes, y tomé cuerdas que bastaban á la muralla, y atados dos leños á los cabos y con picas, los atravesé en las almenas, por donde subí tan paso que no fuí sentido, y el general ordenó saltar la tierra de la otra parte, más con ruido que con obras, porque cargase la gente allí; y yo hice subir mis compañeros por las sogas y mataron los centinelas de la muralla, y bajaron á la guardia mis compañeros y pelearon con ella: yo fuí á la puerta, y así del cerrojo que estaba con llave, y arranqué las armellas, y abrí las puertas por donde entraron los nuestros, y fuimos á la plaza do se recogieron para pelear los enemigos. Eran por todos ocho banderas de infantería; fueron rompidas y la tierra saqueada, y la otra tierra se rindió de miedo.

»De allí se despidió la gente, salvo mi compañía, que vueltos á Roma, me metieron en Sant Angel, y estuve allí todo el año hasta la guerra del Papa y el duque de Urbino, que favoreció el Gran Capitan por mandado del Emperador Maximiliano, por la liga que se hizo contra él. Salimos en compañía siendo yo de guardia: los enemigos me acometieron por dos partes; dímonos tan buena maña con ellos, que se perdieron los más muertos y heridos, y porque peleando con ellos dije *España*, fuí reprendido del capitan Cesáreo Romano, diciendo que yo era traidor; yo le desmentí y fué necesidad de combatir con él, y dióme Dios la victoria, que le corté la cabeza, no queriendo entenderle que se rendia. Sabido por el Papa, mandóme quitar la compañía y que me prendiesen, y así se hizo; que yo fuí preso en la tienda del general, y guardábanme ocho soldados, y á media noche me aventuré á salvarme, tomando de la guardia una alabarda, y con ella maté á la centinela, y salí fuera, y la guardia tras mí hasta la guardia del campo, y allí reparé por la mucha gente que venia, y el capitan alborotado detuvo la gente con mano armada, no sabiendo qué fuese; yo salí á la centinela, demandóme el nombre; como no se lo sabia dar acometióme y yo le maté, y salí fuera del fuerte y fuíme al campo del duque, do fuí recibido, aunque la noche pasada habia hecho daño en ellos. Fuí llevado á la tienda del duque, el cual mostró conmigo mucho placer y dióme una compañía de arcabuceros de un capitan que fué muerto la noche pasada, y ofrecióme más merced, y estando de dia en dia para dar la batalla, repliqué al duque nos llegásemos más, y así lo hizo, que pasamos el río por barcas y entramos en una isleta y allí nos aislamos. Porque los enemigos supieron que venian de socorro y eran venecianos y tomaron las barcas, y por la otra parte el campo del Papa nos tomó una puente que estaba al otro brazo del río, de que hubimos temor de hambre; y como yo fuí la causa de este cerco procuré el remedio, porque no habia vitualla para dos dias, y dije al duque que queria probar ventura, y tomé un caballo en calzas y en camisa, y hice esplanar la punta de arriba do se partian los brazos del río, y con una lanza entré en el río entre las dos aguas, y quísome Dios tan bien que tentando hallé vado, aunque alta la salida, y fué menester allanalla, y tornando al duque, demandé quinientos caballos y quinientos arcabuceros, y tomados á las ancas con los trompetas y atambores del campo, me partí diciendo al duque reposase hasta una hora antes del dia, y á aquella hora se pusiese cerca de la

puente, que yo queria romper los enemigos y tomalles la artillería; y así fué, que pasados de la otra parte el duque les tocó arma toda la noche, y estando de vela y cansados mandaron por una carta á los venecianos que pasasen el río, la cual yo tomé, y venida la hora puse en cinco partes la gente y comencé á destemplar las cajas de los atambores, y los enemigos pensaron que fuesen venecianos, y así pude llegar sin alboroto al campo, al cual acometimos todos á un tiempo, entrando por él, matando y quemando, de tal suerte que no era bien de dia cuando eran rotos sin saber quién los rompia, y tomé el artillería, haciendo volver las bocas hacia ellos, y salido el duque acabamos la jornada, do reposamos cuatro horas y tuvimos modo de enviar la carta á los venecianos y que pasasen el río, y así lo hicieron, y pasaron todos, que eran seis mil, y yo fuí con dos mil escopeteros á un soto donde los puse secretos, y el duque vino como á recibillos, y ellos no sabiendo cosa de lo pasado, salvo el ruido del artillería, pasaron sin sospecha, y queriendo ponerse en orden, los acometí con la escopetería, do murieron más de dos mil, y los otros presos y ahogados fenescieron. Estas dos batallas, por la voluntad de Dios, ganamos en aquel dia, con que el duque cobró lo que tenia perdido y sosegó su estado.

»De allí fuimos al campo de Próspero Colona, y el Gran Capitan me recibió muy bien, y el Próspero me llevó consigo y me dió una compañía de caballos, y dos de escopeteros, y fui coronel de esta gente. Sucedió la guerra del rey de Francia por la parte del reino de Nápoles; fuese á dar la batalla de Ravena, do la perdimos por la mucha gente, que eran sesenta mil, y nosotros quince mil; pero quedaron tan pocos como nosotros éramos; escaparon dos mil y quinientos españoles, y recogimos al duque de Urbino, y rehízose el campo, y fuimos tras los enemigos, y alcanzámoslos en el Ferrarés. Venecianos tornaron con socorro y el Papa tambien: el duque de Ferrara en favor de Francia. Duró la guerra algunos dias, escaramuceando unos con otros; iba nuestro bagaje dando sacomano en los enemigos, los cuales siendo avisados hicieron una emboscada de dos mil hombres, y fuí por escolta con mis tres banderas, dos de escopeteros y una de caballos, do se hizo el sacomano. Dejé la infantería é yo pasé adelante con los caballos; fuí acometido dellos y tomáronme el paso. Fué forzado pelear y romper por medio, lo cual se hizo á su pesar. Pasados dellos, salió la escopetería en nuestro socorro, y tomáronnos en medio, y peleamos tanto los unos con los otros que de los míos quedaron doscientos vivos é de los suyos cuatrocientos; todos los otros murieron, y á mí me prendieron con tres heridas de escopeta y mi caballo muerto. Tomáronme cuatro hombres de armas, y llevándome preso á pie, topamos una puente sin bordes, y allí me abracé con ellos, que me llevaban asido, y abrazados así me dejé caer de la puente abajo, y ellos se ahogaron, y yo escapé por buen nadador y voluntad de Dios; que si me llevaran al campo, me dieran mil muertes; y así volví á nuestro campo, armado de todas armas, á pié y mojado y seis millas de camino; con todo fuí bien recibido del Próspero. Los enemigos tomaron tanto miedo desta vez, que pidieron treguas por dos meses. El coronel Palomino se dejó decir que habia yo ganado poca honra con los enemigos, pues perdí mi gente, y que fué más la

saña que la valentía; yo le envié un cartel diciendo que yo habia hecho más aquel dia que él haria toda su vida; él respondió feamente, por donde convino combatir. Fué mi padrino Juan de Somado, maestre de campo; fué suyo Perucho de Garro; fueron señores del campo el Próspero y el Gran Capitan; combatimos con espada sola, en calzas y en camisa. Dióme una cuchillada en el brazo izquierdo desde el codo hasta la uña del dedo pulgar; díle yo otra á él que le corté el brazo de la guarnicion y la mano; arremetí á tomalle con la mano izquierda, y díle otra en el muslo que di con él en el suelo. Quise cortalle la cabeza, pidiómele el Gran Capitan por hombre muerto, y yo se le di.

»Cumplida la tregua de la guerra, hubo concierto entre los campos, con mandado de los reyes, que combatiesen doce por doce. Vino á efecto. Por una parte fueron éstos: el coronel Villalba, el coronel Aldana, el coronel Pizarro, el coronel Santa Cruz, el capitan Juan de Haro, el capitan Juan de Somado, el capitan Alvarado, dos capitanes de gente d'armas, dos italianos y yo. Quiso Dios mostrar su justicia, que fueron muertos. Sobre este combate se revolvió un capitan francés conmigo, porque yo le habia muerto dos hermanos. A los dos dias combatimos con porras de hierro en medio de dos campos, rodeados de hombres d'armas. Viendo el francés la pesadumbre de la porra, echó la suya en el campo no pudiéndola menear, y puso mano al estoque y vino á mí pensando que yo no podria alzar la porra, y dióme una estocada por la escarcela del arnés, hiriéndome, y yo le di con la porra en la cabeza y le hundí en ella el almete, y murió. Por estas cuatro cosas que me acaecieron casi juntas me vinieron muchos reveses, ansí de amigos como de enemigos, que por espacio de dos meses combatí otras tres veces, y quiso Dios darme victoria por la razon que tenia. Desde á pocos dias fué la batalla de Vicencia y la ganamos, aunque pensaron tenernos en la red.

»De ahí fuí á España con el Gran Capitan, que fué á dar cuenta de los hechos, y alcanzó al rey por cient mill ducados, y estando un dia en la sala del rey muchos caballeros, entre ellos hubo dos que dijeron que el Gran Capitan no daba buena cuenta de sí. Yo respondí alto que lo oyó el rey, que cualquier que dijese que el Gran Capitan no era el mejor criado suyo y de mejores obras, que tomase un guante que yo le presenté en la mesa. El rey me lo volvió, que no lo tomó naide, y dijo el rey que fuera verdad lo que yo decia, y de allí adelante el Gran Capitan estuvo bien conmigo, que él hasta entonces no me podia ver porque no serví á Próspero. De allí me fuí á mi tierra por Coria; llegué tarde con solo un paje, que á mi casa no pude andar tanto, y hallé en la posada dos rufianes y dos mujeres de mal vivir y unos bulderos que querian cenar; y como vestido de pardillo me viesen y con un papahigo, pensaron que era merchan de puercos, y comenzáronme á preguntar dónde iba y si iba á comprar puercos, que allí los habia buenos; y no respondiendo pensaron que era judío y sordo, y llegó uno de los rufianes á tirarme del papahigo diciendo que si era sordo. Yo estuve quedo por ver qué haria, mas un buldero que parescia hombre de bien le dijo quedito que no se burlase conmigo, que no sabia quién era y que se me parescian armas debajo del sayo. Estos rufianes llegaron á

mí por ver las armas; desque me vieron armado, los judíos no hicieran más escarnio; las mujercillas decían sí habia escapado del sepulcro huyendo; en esto llegó mi gente, que traia de Italia veinte y cinco arcabuceros, y envié el paje á ellos, que no dijesen quién yo era é hiciesen que no me conoscian, por ver en qué paraba la fiesta; y tornados al tema, vino uno de ellos y tiróme del papahigo, queriendo que le mostrase las armas, que eran doradas, y aun me dijeron si las habia hurtado. Un cabo de escuadra mío, no lo pudiendo ya sufrir, quiso poner mano á la espada; yo me levanté y tomé un banco en que estaba sentado y comencé por el rufian y las mujercillas, y abrí la cabeza al rufián y eché las mujeres y los bulderos en el fuego; una mujer cayó debajo y murió; los otros, quemadas las caras y manos, salieron dando voces á la justicia, y el mesonero con ellos. Nosotros nos sentamos á cenar su cena, hasta que todo el pueblo se juntó á la puerta y vino un alcalde á quebrar la puerta; yo le hice abrir, y entrando de golpe los porquerones, yo que tenia la tranca de la puerta en las manos, derroqué dos ó tres dellos y no osaron entrar más, y de fuera me requerian que me diera á prision, si no que me quemarian la casa, y en fin vino el obispo, que era mi deudo, y arreglóse todo.

»Desde á poco tiempo se me mandó ir á Navarra; fuí coronel de nueve banderas; tomamos á Moya un castillo fuerte; fuimos á Pamplona, dimos la batalla, perdiéronla los franceses; fuimos á Fuenterrabia, tomámosla por hambre. Despidióse la gente que no fué menester: subcedieron las Comunidades. Pararon en lo que sabemos. Volvimos luego á Navarra con el príncipe Dorange y el condestable; tomamos de franceses á Vidalia, Monleon, Vesolla y á Salvatierra. De allí fuimos á Tariz, y fué quemada por los alemanes y saqueada, mas del vino que bebieron se pararon tales, que los enemigos les tomaron toda el artillería que llevaban; y yo iba de retaguardia con mis escopeteros, y atravesé un monte y toméles un paso á los que iban con la presa, que eran por todos cinco mil: tomélos descuidados, rompímoslos é quitámosles el artillería y matamos mil dellos y prendiéronse muchos, y de ahí fuimos á Fuenterrabía y rindióse; fué despedida la gente que no fué menester: quedó Gutierre Quijada y yo, cada uno con su coronelía. Vino campo de franceses, tomamos el castillo de Treavía, que era el paso; defendímosle, tornáronse todos, salvo cinco mil esguízaros escogidos entre doce mil. Despidióse nuestra gente; quedaron seiscientos españoles. Vinieron los esguízaros contra ellos por una montaña arriba tan derecha que subian asiéndose con las manos, por degollarnos. Cuando fueron en lo alto arremetimos con ellos, rompímoslos; vinieron á morir despeñados por nuestras manos y ahogados en un rio más de cuatro mil, y los otros fueron presos y llevados á los gobernadores de España á Vitoria.

»Luego vino S. M. de Flandes: fuí yo á besarle las manos: hizo cortes: fué luego á Italia, á Bolonia. Coronóse: fuimos luego á Hungría: retiróse el Turco: tornamos á Italia, y llegados al Friul, una jornada atrás me quedé en una casa en la campaña, por ser tarde, á una milla del campo. Iban conmigo unos criados del Emperador con sus mujeres, con sus carros de pan y seis criados mios y mi hijo Sancho de Paredes. A media noche sentí ruido al derredor de la casa. Levantéme de un banco

en que estaba armado, hice armar mis criados, y escuchando por una ventana vino una lengua que yo tenia, y dijo: señor, quemar nos quieren la casa y el dueño no lo consiente, y ellos dicen que se la pagarán. Yo por no ser quemado salí fuera, y en saliendo diéronme cuatro escopetazos; quiso Dios que todos me hicieron poco mal; y tomáronnos en medio á todos y con alabardas y piedras comenzaron á pelear. Diéronnos tantas pedradas que nos descalabraron á todos, y convínonos retirar las espaldas á la casa, y allí nos defendimos lo mejor que se pudo, hasta que un soldado que se quedó escapó aquella noche huyendo, y fué nuestra salvacion, que fué al campo ya que era de dia, diciendo que mataban á Diego García de Paredes. Volvieron en nuestro socorro el alférez Diego de Avila con cincuenta arcabuceros todos á caballo, y si tardaran más todos éramos despedazados, porque estábamos todos mal heridos y yo de rodillas en tierra entre algunos suyos muertos, do no me podian herir en las piernas, y ansí llegó el socorro, y matamos tantos que escaparon pocos más de cient hombres que eran: yo prometo á Dios que fuí el hombre más cruel que nunca fuí, porque maté más de diez dellos. Mataron ellos un criado del Emperador y á su mujer, y diéronme á mí seis heridas pequeñas, y dieron á Sancho Paredes tres; de manera que á todos nos señalaron. Sea loado Dios, pues nos libró. Venimos á Bolonia, do siendo Dios servido daré fin á mis dias. Dejo estas cosas á Sancho de Paredes por espejo en que haga sus obras conforme á estas en servicio de Dios» (1).

Basta pasar los ojos por esta relación para sospechar que si no es enteramente apócrifa (y por su estilo no lo parece), está á lo menos corrompida é interpolada. Pondré un ejemplo solo, para no entrar en disquisiciones histórico-críticas, ajenas del estudio presente. Constan en todos los historiadores fidedignos, y, para citar uno solo que vale por muchos, en los *Anales* de Zurita (lib. v, cap. III), los nombres de los campeones del desafío de Barleta, que no fueron doce, sino once (2). Ni uno solo de ellos, á excepción de Diego García de Paredes, coincide con los que trae el *Sumario*, donde por una parte se ve el deseo de enaltecer apellidos militarmente ilustres, como los de Villalba, Aldana, Pizarro y Alvarado, pero que lo fueron en campañas posteriores; y por otra, una vaguedad grande de noticias, citando, sin nombrarlos, á dos capitanes de gente de armas y á dos italianos. Aun en esto anduvo torpe el falsario, pues no concurrió ningún italiano á aquella lid campal. Es igualmente falso que todos los caballeros franceses quedasen muertos: sólo murió

(1) Sigo el texto del manuscrito G-77 de la Biblioteca Nacional, folios 186-190, publicado ya por D. Manuel Juan Diana en su libro *Capitanes ilustres y Revista de libros militares* (Madrid, 1851), páginas 122-129.

(2) «De la compañía del Gran Capitan, el alférez Gonzalo de Arévalo, y Gonzalo de Allér, y de la del Clavero de Calatrava, Oñate; y de la compañía de D. Diego de Mendoza, el alférez Segura, y Moreno, su hermano, y Rodrigo Piñan; y de la de D. Joan Manuel, Martin de Tuesta, y Diego de Vera, que era capitan de la artillería; y de la de Iñigo Lopez de Ayala, el alférez Andrés de Olivera, y Jorge Díaz, y el onceno fué el muy esforzado caballero y extrañamente valiente Diego García de Paredes.» (Zurita, tomo v, pág. 248, segunda edición.)

uno á manos de Diego de Vera; y el éxito del combate quedó indeciso, dándoseles á todos por buenos, no sin gran enojo del Gran Capitán, que dijo al mismo Diego García: «Por mejores os envié yo». Tampoco hablan las crónicas del desafío de Paredes con el capitán francés, y parece inventado como en desquite del verdadero duelo entre Bayardo y el español Alonso de Sotomayor, que murió atravesado por un golpe de daga que su adversario le dió por debajo de los ojos.

Ha de considerarse, pues, este *Sumario*, ó como un *rifacimento* de memorias originales, cuya existencia no nos atrevemos á negar de plano, ó como una leyenda popular y soldadesca, forjada por autor desconocido con recuerdos algo confusos y anacrónicos de las andanzas del hercúleo extremeño.

Para Cervantes y para Lope fué, sin embargo, historia auténtica. Las principales escenas de la comedia del segundo están fundadas en ella.

Mayor dificultad encuentro para discernir el fundamento histórico ó tradicional que pueda tener la venganza atribuída al capitán Juan de Urbina, que hace embarcarse á su mujer con toda su familia y domésticos, y en alta mar los anega á todos, sin perdonar ni siquiera á los irracionales:

Que en una barca, en la mar
Metió su casa, de suerte
Que hasta perros y gallinas
Quiso que á la fiesta fuesen:
Los cuales, y un tierno niño,
Echó á la mar y á los peces,
Y nadando, á la ribera
Salió bramando impaciente.....

Esta atrocidad, que por el modo de ejecutarse ha podido servir de modelo á la catástrofe de *Á secreto agravio, secreta venganza*, parece inspirada en la trágica historia del Veinticuatro de Córdoba, argumento de otra comedia de Lope. No habiendo encontrado hasta ahora el caso del capitán Urbina en libros de historia, con ser tantos los que hacen mención de sus proezas en Italia, me doy á pensar que se trata de alguna tradición de familia que acaso Lope pudo oir de labios de su primera mujer, D.ª Isabel de Ampuero *Urbina* y Cortinas.

Acaso á este mismo propósito de reivindicación familiar responde la contienda, enteramente fabulosa, que Lope deja indecisa, entre Diego García de Paredes y Juan de Urbina, sobre la adjudicación de las armas del Marqués de Pescara: contienda imitada de la de Ulises y Ayax de Telamón sobre las armas de Aquiles, en el libro XIII de las *Metamorfosis* de Ovidio, tan familiares á Lope de Vega.

Esta comedia, que carece de todo género de unidad, pero no de bellezas aisladas, comprende, además de muchos trozos de historia general, una descripción del asalto de Roma, en octavas reales; y una escena de carácter simbólico, en que el magnánimo Pescara rechaza las ofertas de varios príncipes y repúblicas, para que, declarándose contra el Emperador, haga la unidad de la Península italiana. Aun siendo

tan anecdótico el drama, no deja de asomar á las veces cierta elevada intención histórica.

Por la fecha de su composición hubiera debido anteceder á *Las Cuentas del Gran Capitán*, pero he preferido reservarla para este lugar porque sus últimas escenas pertenecen al reinado del emperador Carlos V. Juntas estas comedias con la de *Los Chaves de Villalba*, forman una trilogia sobre las empresas de los españoles en Italia. Pero no son las muestras más sobresalientes de la comedia soldadesca de Lope, cuyo tipo más perfecto hemos de encontrar en *El Valiente Céspedes*.

La comedia de D. Juan Bautista Diamante *El valor no tiene edad* (1) (conocida también con el título de *El Sansón de Extremadura*), inserta en la *Parte* 48 *de comedias escogidas* (1704), no es refundición de ésta de Lope, pero tiene el mismo protagonista y se funda, como ella, en el *Sumario*, añadiendo otras tradiciones que recopila en un romanzón interminable puesto en boca del héroe: trozo de *bravura* que debía dejar sin aliento al cómico que lo recitase: son cerca de 400 versos.

XIV.—LAS BATUECAS DEL DUQUE DE ALBA.

No figura en la primera lista de *El Peregrino*, y sí en la segunda, lo cual indica que fué escrita entre los años 1604 y 1614; pero la tradición á que se refiere debió de recogerla Lope en Alba de Tormes, donde hizo tan larga residencia en los últimos años del siglo XVI, visitando entonces, según sospechamos por fuertes indicios, una parte de la Extremadura Alta, donde encontró los argumentos de *La Serrana de la Vera*, de *Los Chaves de Villalba* y de otras varias comedias. La de *Las Batuecas* apareció en la *Parte* 23 (póstuma), impresa en 1638.

Fúndase esta entretenida y graciosa comedia en el fabuloso descubrimiento que del escondido valle de las Batuecas se supone hecho por una doncella y un paje de la Casa de Alba; según unos, en tiempo de Felipe II; según nuestro Lope, en tiempo de los Reyes Católicos. No entra en nuestro plan exponer toda la copiosa literatura concerniente á esta selvática región y á los extraños usos, creencias y supersticiones que se han atribuído á sus infelices moradores: monografías y tratados especiales hay sobre el asunto, donde á poca costa puede satisfacerse la curiosidad más exigente y amiga de lo anómalo y maravilloso (2); pero no puedo menos de in-

---

(1) Este título recuerda en seguida el famoso verso de Corneille:

La valeur n'attend point le nombre des anneés.....

Notorio es que Diamante, por caso singular entre nuestros dramáticos, sabía francés, é imitó ó más bien tradujo libremente *El Cid* de Corneille en *El honrador de su padre*.

(2) *Las Jurdes y sus leyendas. Conferencia leída en la Sociedad Geográfica de Madrid la noche del 1.º de Julio de 1890*, por D. Vicente Barrantes. Madrid, imp. de Fortanet, 1893.

Un mundo desconocido en la provincia de Extremadura.—Las Hurdes, por D. Romualdo Martín Santibáñez. (En la revista titulada *La Defensa de la Sociedad*, tomos IX y X, 1876-1877.)

dicar las principales vicisitudes por que fué pasando esta curiosa leyenda, y las obras de imaginación que ha inspirado.

Ante todo, y para evitar confusiones geográficas en que muchos han caído, conviene saber que las Batuecas propiamente dichas no son más que una dehesa enclavada en una comarca mucho mayor, que se conoce con el nombre de las Hurdes ó Jurdes, y pertenece á la provincia de Cáceres, partido judicial de Granadilla. Todo el territorio jurdano forma un cuadrilátero irregular de diez leguas de largo de Oriente á Poniente, por cinco de ancho de Norte á Sur. Dista de la raya de Portugal diez leguas, cinco de Ciudad-Rodrigo, doce de Salamanca, y diez y ocho de Cáceres. Las sierras de Gata y de la Peña de Francia abrigan esta región aislada y montuosa, cuyas comunicaciones con el resto del país han sido siempre escasas y difíciles. Son, pues, las Batuecas, en su sentido propio y riguroso, una parte sola de un territorio mucho mayor; pero el nombre de esta parte ha solido aplicarse al todo, especialmente en los libros antiguos, donde es muy raro encontrar el nombre de Hurdes, siendo acaso Larruga, en sus *Memorias*, el primero que hace la debida distinción.

El más antiguo documento en que aparece consignada la fábula de las Batuecas, es la presente comedia de Lope; pero es claro que él no la inventó, aunque por la celebridad de sus escritos contribuyese muy principalmente á difundirla. Hay más: puede decirse que la recogió apenas nacida. En 1597, cabalmente cuando residía Lope en Alba de Tormes, se hablaba mucho de las Batuecas, con motivo de haber emprendido los Carmelitas Descalzos la fundación de su convento del Desierto.

Cuando Fr. Alonso de la Madre de Dios penetró en el oculto y misterioso valle, corrían entre las gentes de Salamanca y Extremadura mil raras especies y noticias prodigiosas, de que nos informa en estos términos la *Chrónica de la Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen* (Madrid, 1683), lib. x, cap. XIII:

«La extrañeza y retiro de estos montes, de estas rigorosas breñas, habian derramado en los pueblos circunvecinos opinion que allí habitan demonios, y alegaban testigos de los mismos infestados de ellos. Decian que la causa de no ser frecuentado de los ganados era el miedo de los pastores. En los pueblos más distantes corria fama que en tiempos pasados habia sido aquel sitio habitacion de salvajes y gente no conocida en muchos siglos, oída ni vista de nadie, de lengua y usos diferentes de los nuestros; que veneraban al demonio; que andaban desnudos; que pensaban ser solos en el mundo, porque nunca habian salido de aquellos claustros. Añadian haber sido halladas estas gentes por una señora de la Casa de Alba, que rendida al amor de cierto caballero, dió tan mala cuenta de sí, que le fué necesario huir para salvar la vida; que ella y él, buscando lo más escondido de Castilla, hallaron estas gentes, á quienes oyeron algunas voces góticas entre las demás que no entendian; que hallaron cruces y algunos vestigios de los antiguos Godos. De esta historia, que tambien aprobó el P. Nieremberg, da otro autor moderno (1) por

(1) Debe de ser el Maestro Alonso Sánchez.

autores á nuestros archivos carmelitanos, por haber hallado en ellos que despues que entró allí la Religion, no se ven ni oyen las apariciones y ruidos que antes. Dice tambien que oyó decir á un Padre de San Francisco, que conoció á los nietos de aquellas gentes bautizados ya y hechos á nuestra Fe, lengua y traje, repartidos en los pueblos de la serranía.

»Esta relacion tiene de verdad la fama que en la Alberca y otros pueblos cercanos habia, de que los pastores veian y oian algunas figuras y voces de demonios. Tambien tiene de verdad, que despues que la Religion allí entró y se dijeron misas, cesó todo, aunque no sé que se haya verificado el hecho con examen jurídico de los pastores. *Lo demás de la historia dicha es relacion de Griegos, sin dia ni Cónsul, y ficciones poéticas para hacer comedias, como se han hecho y creído en Salamanca, Madrid y otras ciudades, de aquellos que sin examen reciben lo que oyen.* Hallándose ya en aquel yermo los religiosos, preguntaron á muchas personas de aquella serranía, de las más antiguas y de mayor razon, el fundamento de esta fama, y dice el Padre Fr. Francisco de Santa María, primer Presidente que fué de la fundacion: «Unos se reian de nosotros, con ser ellos serranos, de que hubiésemos creído se»mejante fábula; otros se quejaban de los de la Alberca, diciendo que por hacerles »mal la habian inventado, dándoles opinion de hombres bárbaros y silvestres: y »unos y otros juraban que era novela, y que ni á padres ni á abuelos la habian oído, »ni jamás en sus pueblos hubo tal noticia.....» (1).

A pesar de las cuerdas prevenciones del cronista carmelitano, que se muestra muy dolido de que *autores de obligaciones* hubiesen recibido por buena ficción tan imposible como la de gentes salvajes encerradas por muchos años en el corazón de estos reinos sin ver ni ser vistas de nadie, la ficción siguió triunfante, apoyada como estaba, no ya sólo por los poetas dramáticos, á quienes brindaba deleitoso tema, sino por historiadores de crédito, como el maestro Alfonso Sánchez en su *Ancephaleosis* (2), y por naturalistas al modo de aquel tiempo, como el P. Juan Eu-

---

(1) Copió este texto el P. Feijóo en su discurso sobre *Fábulas de las Batuecas y países imaginarios*, que es el décimo de los incluídos en el tomo IV del *Theatro crítico*.

(2) *Magistri Alfonsi Sanctii, Hispani, de Rebus Hispaniæ Anacephalœosis libri septem; a condita Hispania ad annum* 1633. *Ad Clariss. virum D. Joan. Gonsalium Usquetam et Valdesium. Compluti. Typis Antonii Duplastre*, 1634. Libro VII, cap. V. (Páginas 368-371.)

De Batvecis, caput V.

«Profecto dum nostra fastidimus aut negligimus, inhiamus alienis. Hispanis auri et argenti fodinæ copiosiores et ditior vena quam Indis. Attamen peregrinæ divitiæ, delitiæque tantum in pretio. Navigationibus annuis orbem complexi ad inauditas nationes barbarasque stupemus, cum magis nos in patria peregrinos admirari debeamus. Iuvat ergo alienis peregrina nostra conjungere.

»Ex familia Ducis Albani fæmina virque sese turpi consuetudine miscuerunt. Intumescente utero scelus proditum. Ab ira Ducis amasiis quæsitæ latebræ. Sed ubi gentium tutus illis locus, in Hispania præcipue, a viro tam potenti severoque. Ingeniosa tamen necessitas est à metu profecta. Duodecim fere Hispanica milliaria ab urbe Salmantica, in ditione prædicti Ducis est locus

sebio Nieremberg en su libro de la *Curiosa Philosophia* (1). Uno y otro, especialmente el primero, fueron amigos de Lope, y no es temerario sospechar que el

altissimis montium cacuminibus undique septus, inaccessusque. Rupes, saxa, densaque sylva vicinis populis illuc penetrandi curiositatem abstulerunt. Visus is amasiis locus ad latebras opportunus, in illos ergo se montes abdunt et insinuant: paulatimque, qua se monstrabat ascensus, arrepunt et in fastigium evadunt. Ad cœlum se pervenisse putabant, et fabulosos Gagantum (¿Gigantum?) montes superasse, metu faciente animos, ut tam invia mortalibus loca penetrarent. Inde tanquam in orbe altero (adeo longe aberant) profundissimum vallem despiciunt, montibus illis undique clausum.

»Subiit illis admiratio loci, et ab admiratione nata curiositas videndi. Ergo se invicem cohortantes, adjuvantesque, per avia illa confragosaque se demittunt, et summo tandem labore ad ima perveniunt. Locus erat ab omni semotus humana consuetudine, omnium arborum silvestrium densa sylva amœnitate miranda. Sed o res inaudita! Repertum ibi genus hominum nulli mortalium aut cognitum, aut auditum. Linguæ nostræ nulla notitia. Religio, Dæmonis humana forma sæpius apparentis adoratio superstitiosa. Ad primum aspectum illos, homines humano cultu, ornatuque, corpore amicto; hos, nudos, et Indorum more ab omni hominum conservatione alienos, admiratos quidam stupor, attonitosque defixerat. Nunquam illis venit in montem esse homines alios ab se, aut alios terræ tractus. Vallis illa totus illis mundus erat montibus illis inclusa: cum neque humanam vocem, aut aliquid extraneum nunquam accepissent. Inde ergo egressi admiratione et fama prodigiosæ gentis repertæ vicinos populos implent. Ad rei novitatem (augente fama vires eundo) factus concursus: à Ducis familia homines armati conveniunt. Superatis montibus explorata vallis. Rogati qui, qualesque mortales? Nihil a barbara lingua perceptum, præter quasdam voces Gotticis temporibus similes, semper illis admirantibus supervenientes homines, cum nullos præter ipsos putarent. Repertæ tamen cruces aliquot vetustate carieque vix formam retinentes. Rogati, nihil se scire de crucibus illis, nutu et vocibus inconditis responderunt. Inventa præterea quædam arma Gotticis quam simillima, vetusta rubigine corrosa. Creditum, aut tempore quo Gottorum et aliarum nationum arma Romanum imperium invaserunt, aut in Hispaniæ vastatione, metu sese ibi cum uxoribus homines inclusisse, accidisseque illis quod orbi primo, culpa parentum filios veræ religionis oblitos ad superstitiosum dæmonum cultum conversos. Carmelitani excalceati veri cultores eremi in eo secessu extructo monasterio, mira vitæ sanctitate florent, in quorum monumentis reperi scriptum Diabolum sæpius ibi homines delusisse, et sacrosancto Missæ sacrificio, exorcismisque ab Ecclesia deputatis, tanquam è suo Regno, inde expulsum. Accepi præterea à quodam ex ordine Franciscano, qui illuc ad instruendam illam gentem rudem penetraverat, se quendam annosum convenisse senem, qui rogatus, se gentemque Gothos esse responderit. Extant hodie ab illis hominibus nepotes in aliquot pagos distributi, qui sedes mutare, indeque exire noluerint, quanvis fidem et quandam soli culturam admiserint, et iam pane vescantur, cum antea prisco more castaneis, quarum ibi copia, glandibus et caprino lacte victitaverint. Hæc fando explorata mihi magis. Displicent hæc Ægidio Gonsalio Regio historiographo, qui vicinæ gentis authoritate motus inter fabulas computat. At Hispani certe, incuria laborant passim. Nos maiori nitimur testimonio ab incolis loci, a Carmelitanis monumentis, ab scriniis Episcopi Cauriensis, ab hominibus aulæ Ducis Albani, qui prope illa tempora vixerunt. Inter quos Lupus a Vega Carpius principem locum obtinet, ut in poëtica facultate.»

(1) *Curiosa Filosofía y Cuestiones naturales*, lib. I, cap. XXV. (En el tomo III de las *Obras filosóficas del P. Juan Eusebio Nieremberg, de la C.ª de Jesús*. Madrid, por Domingo García y Morrás, 1651. Página 327.)

recuerdo de la comedia influyese en ellos. El primero dice que los amantes fugitivos de Alba encontraron en las Batuecas ciertas cruces que tenían algo perdida la forma, y que oyeron de labios de sus moradores términos semejantes á los que se usaban en los tiempos góticos. El segundo, discutiendo muy formalmente *si en la isla de Ceilán estuvo el Paraíso*, añade por vía de ejemplo: «En medio de España se nos han encubierto por inmemoriales años unos valles que llamamos ahora las Batuecas, sin saber nosotros dellos, ni los que estaban allí de nosotros, criándose en aquel espacio breve como bestias, sin religion, sin noticia de más mundo. Pues si en la frecuencia del mundo, y sin extraordinaria providencia del cielo se nos ocultó aquella tierra hasta estos dias, ¿qué mucho si el Paraíso se nos escondiese por singular consejo de Dios y ministerio de los ángeles?»

Tan disparatado razonamiento, aunque apareciese escudado por el nombre famoso del autor de la *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, no hubo de convencer al licenciado Tomás González de Manuel, clérigo presbítero, natural de la villa de la Alberca, la cual ejercía sobre gran parte del territorio de las Hurdes cierto género de soberanía feudal, oprimiendo á los batuecos, según parece, con todas las exacciones y socaliñas que podían lograrse en tierra tan mísera, y haciéndoles pasar además por gente bárbara é incivil. En el raro libro que tituló *Verdadera relacion y manifiesto apologético de la antigüedad de las Batuecas* (Madrid, 1693) (1), se esfuerza el licenciado González en demostrar por una parte la falsedad del descubrimiento, y por otra la inmemorial sujeción de aquellos valles al lugar de la Alberca, alegando para ello algunos privilegios y escrituras de su archivo municipal, y apuntando, entre otras especies curiosas que prueban la antigua población de aquel territorio, el hallazgo de unas medallas romanas del emperador Trajano, hecho por los años de 1665, en la alquería llamada de Batuequillas. Sirvió este *Manifiesto* de fondo principal para el ameno discurso del P. Feijóo sobre *la fábula de las Batuecas*, donde asimismo trata por incidencia de otros países más ó menos fabulosos, como la Atlántida de Platón, la Pancaya de Diodoro Sículo, la isla de San Borondán, el Dorado y el reino de Quivira.

Pero ni los mazorrales alegatos de Tomás González, ni las consideraciones demasiado rápidas del P. Feijóo, que se resienten de la falta de conocimiento del país y de trato con sus moradores, bastaron á aclarar el misterio de las Batuecas ni á ahuyentar del todo la superstición vulgar, hasta que á fines del siglo XVIII aparecieron dos obras memorables y de grande utilidad cada una en su género: el *Viaje*, de Ponz, y las *Memorias*, de Larruga. Ponz (2) no visitó las Batuecas, pero obtuvo de un amigo suyo, á quien no nombra, y que por el contexto de su carta manifiesta que era persona de buen juicio y no vulgar erudición, una minuciosa noticia geográfica y descriptiva del país, acompañada de curiosas tradiciones. «No es fuera de

(1) Reimpreso en Salamanca, 1797, por Francisco de Toxar.

(2) *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella. Su autor, D. Antonio Ponz.* Madrid, por Ibarra, 1778. Tomo VII, págs. 181-206.

propósito poner aqui (dice el incógnito corresponsal de Ponz) lo que dijo el señor Galarza, Obispo de Coria, en cuya diócesis están las Batuecas, cuando dió su licencia de fundar el convento de los Padres Carmelitas Descalzos, y se halla escrito en el Libro Becerro de aquella casa en esta forma: «Doy yo, mis padres, gracias al »Señor, de que en una tierra tan áspera, y en que, como consta de testimonios »que tengo en el archivo de mi Obispado, ahora cuarenta años, poco más ó me»nos, habia hombres gentiles, á quien el demonio traía engañados con aparicio»nes exteriores y visibles, quiera S. M. se haga ese Santuario para ser servido en »él. Daré yo esta licencia de muy buena gana, y ayudaré lo que pudiere á tan »santa obra.»

»Siendo cierto este documento, como se asegura, ya hubo algun fundamento para lo que despues fueron inventando. Daría por ventura crédito este Prelado á exageraciones, y además es muy verosímil que en las Batuecas y en las Jurdes hubiese mucha falta de instruccion cristiana, hasta que despues se fundaron algunas iglesias, por la distancia en que antes se hallaban las más vecinas.»

Habla también de un cabezo de la sierra, que llaman vulgarmente *el sepulcro del rey D. Sebastián* (á quien acaso se supuso refugiado en aquellas asperezas, haciendo vida eremítica, después del desastre de Alcazarquivir), y de una cueva, probablemente prehistórica, que decían *de las cabras pintadas*, «porque en las peñas, que están tan perpendiculares como paredes de casa con sus esquinas y ángulos rectos, se veían ciertas figuras muy mal hechas por los pastores con almazarron, en que parece quisieron representar cabras»: pinturas análogas, según toda apariencia, á las que en estos últimos tiempos han sido descubiertas en la cueva de Altamira, cerca de Santillana de la Mar.

También aseguran que en las eminencias de esta sierra se ve un castillo arruinado, que, según conjeturas, sirvió para defender los cristianos la subida de ella por el lado de Ciudad-Rodrigo. Es tradición entre los jurdanos que dicho castillo lo quemaron los moros con alquitrán.

Para varias de estas noticias dice el autor de la carta haberse valido del manuscrito de un ermitaño de las Batuecas, llamado Fr. Juan de San Joaquín, el cual, á vueltas de etimologías ridículas, consignaba especies muy dignas de tenerse en cuenta, porque se enlazan con tradiciones de carácter épico que ya hemos tenido ocasión de mencionar tratando de Bernardo del Carpio. El ermitaño cronista daba por cierto que «en la invasion de los moros se retiraron á estas sierras los de Caparra y los de otros muchos pueblos..... Lo apoya con no sé qué historia de la Peña de Francia (1), en la cual se refiere que perdida ésta baxaron por aquellos derrumbaderos los cristianos, y que habiéndoles sitiado los moros en uno de aquellos montes, los derrotaron, confirmándolo el hallarse en aquel sitio frenos, herraduras, huesos humanos, etc. Dice tambien que uno de los cerros, llamado *Monsagro*, tiene

(1) Pudo ser cualquiera de las tres que mencionamos en las *Observaciones preliminares* del tomo VII, página 148.

este nombre porque cierto obispo Hilario lo consagró para sepulcro de los cristianos».

El benemérito y no bastante consultado D. Eugenio Larruga (1), que fué para las noticias económicas de España lo que Ponz para las artísticas, escribe sobre las Hurdes un artículo breve, pero mucho más exacto que los que se leen en diccionarios geográficos y relaciones de viajeros posteriores. El cuadro que presenta de la despoblación y miseria del país nada tiene de bucólico, pero no llega á las monstruosas exageraciones que Madoz y otros patrocinaron después, y señala con certero tino una de las principales causas de aquel misero estado social.

«En esta sierra (dice Larruga) hay tres concejos, Nuño Moral, Camino Morisco y Franqueado, que son de la jurisdicción de la villa de Granadilla y de la subdelegación de Plasencia..... Los concejos constan de seiscientos cuarenta y dos vecinos; las casas parecen chozas de salvajes, fabricadas de piedras toscas sin barro, cubiertas de ramas y pizarra, de una sola pieza las más, en que se recogen las personas y el ganado.

»El concejo de lo Franqueado está todo en baldíos del Duque de Alba, y los otros dos en la socampana de la Alberca. Es increíble la miseria en que viven aquellos infelices; para sembrar un poco de centeno y legumbres tienen que descuajar de matorrales y peñas un pedazo de terreno á fuerza de brazos, y esto les proporciona tan escaso producto, que los más se ven precisados á abandonar sus casas y familias gran parte del año para ganar un jornal ó mendigar por Castilla y Extremadura.....

»Estos concejos no tienen propios ni arbitrios; sus gastos se reparten entre los vecinos; no hay médico, cirujano ni botica. El concejo de lo Franqueado, como está situado en baldíos del Duque de Alba, puede libremente hacer descuajos si hubiere terreno acomodado; pero los otros dos, por su dependencia de la Alberca, sufren todos los años una visita compuesta del alcalde, escribano y ministro de este lugar, todos asalariados, los cuales obligan al alcalde del concejo á acompañarlos de balde para reconocer todos los sitios y alquerías de los mencionados concejos, y por cada descuajo que encuentran imponen veinte y un reales de multa; lo mismo por cada árbol nuevamente plantado (2), si es en tierra propia nueve reales, y si con el nuevo árbol ha dado algún ensanche á su terreno, se le multa en trece reales. Todas estas multas son para los visitadores de la Alberca: cuando el total de ellas asciende á mil seiscientos reales, cada concejo contribuye con ochocientos reales para completar esta suma, y si falta se hace un repartimiento entre los vecinos, pagando el que cometió el pretendido delito de ser laborioso y el que en nada contravino á las leyes de la Alberca. La exacción de estas multas se ejecuta con

(1) *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España.* Los tomos XXXV á XL, impresos de 1795 á 1797, tratan de Extremadura. En el XXXV, pág. 237, está la descripción de las Hurdes.

(2) ¡Admirable organización agraria!

tanto rigor, que cuando no tienen otra cosa, les quitan hasta los pobres vestidos con que se cubren. Además obligan á aquellos infelices á ir á la Alberca á sacar cartas de dote, cuyos derechos ascienden á trece reales, pues de lo contrario repiten dichas multas al año siguiente: sobre estas vejaciones han intentado pleito por dos veces aquellos concejos, pero como no tienen fondos, no han podido continuarlos..... ¿Qué extraño será, pues, que con el tiempo quede todo aquel país desierto, como quizá lo habrá estado por algún tiempo, y esto pudo dar motivo á la fábula de las Batuecas.»

Contrastan con este juicioso artículo las extravagancias que sobre las Hurdes contiene el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, compilado en 1849 por D. Pascual Madoz: obra útil, pero muy desigual, y que desgraciadamente todavía no ha sido reemplazada por otra mejor. Allí se compara la riqueza mineral de aquellas pobres montañas con la del cerro del Potosí; se habla de sus «innumerables y perennes ríos» como si se tratara de la región del Orinoco, y al mismo tiempo se describe á los habitadores del país como una tribu enteramente salvaje, á quien son familiares «los crímenes más atroces, sin excluir el parricidio y la poligamia». «Habitado el país por una raza degenerada é indolente, ni aun se conocen los oficios más necesarios á la vida; su ocupación se reduce á pedir limosna por las provincias inmediatas, lo mismo los hombres que las mujeres y niños..... En sus casas no hay muebles de ninguna clase; para cama se destina un tronco de un árbol ahuecado y relleno de helechos, en donde duerme la familia entera, sin distinción de edades ni de sexos..... Su alimento ordinario es la patata cocida y compuesta con sebo de cabra, la cual comen sin más preparativo..... Sólo cuando están próximos á la muerte se les da pan de trigo..... Hombres y mujeres son de baja estatura y de un aspecto asqueroso y repugnante, aumentado con la palidez y miseria que asoma á sus rostros; en cambio son ágiles, trepan por las montañas con la mayor ligereza, y no hay distinción en uno ú otro sexo en cuanto á las ocupaciones necesarias para ganar su subsistencia..... No tienen médicos ni cirujanos; ellos usan su botánica especial y se forman las medicinas, alcanzando, sin embargo, larga vida. Determinan sus estaciones por el estado de la vegetacion y de los efectos de la atmósfera; guían sus operaciones agrícolas por las fases de la luna..... La religión es desconocida; el abandono de sus costumbres casi salvajes, la abyección é indolencia que produce su miseria, la escasez de párrocos y la falta absoluta de los maestros de primera educación, los hacen inmorales en alto grado; viven usando de una licencia brutal, conducidos por su ignorante albedrío.» Y aún siguen otras lindezas que no hay para qué transcribir, siendo lo más notable de esta grotesca pintura que el autor era, según cuentan, uno de los curas párrocos del mismo territorio por él tan vilipendiado, hasta decir que en él *la religión era desconocida.*

En tan absurdas exageraciones se oculta, sin embargo, una parte de verdad tristísima, que basta para explicar por analogía el nacimiento de la fábula de las Batuecas. El país es ciertamente de los más míseros y atrasados de España; y su cultura moral é intelectual, lejos de adelantar después del siglo XVI, ha venido á menos en

el actual con la desaparición del único centro que hubiera podido mantenerla, es decir, del monasterio carmelitano del Desierto (1). Pero dejando aparte este género de consideraciones, que no son de nuestra incumbencia, y remitiendo á los que quieran profundizar esta materia, que es de interés social y humanitario, á los muchos y autorizados trabajos que modernamente se han publicado (2), ya con loables fines de investigación científica, ya con otros, más loables todavía, de caridad y regeneración, apartemos los ojos de la áspera realidad presente y consideremos sólo las Batuecas como objeto de *folk-lore* y de poesía, única compensación que suelen tener los pueblos incultos y malaventurados.

Como sucede en muchos casos análogos, la mayor parte de los poetas y novelistas que han escrito de las Batuecas no las han visitado nunca, y aun puede dudarse que el mismo Lope lo hiciera, aunque su obra tiene más color local que las restantes, como inspirada que fué, ya que no escrita, en tierras bastante cercanas al famoso valle, y en días en que todo el mundo se hacía lenguas de sus maravillas y misterios. Toda creencia popular ejercía sobre Lope infalible hechizo, y el mito de las Batuecas era bastante poético para inspirar una obra ingeniosa, que de seguro aventaja mucho al *Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, y que en cierto modo puede considerarse como su parodia. Aquí lo pequeño ha triunfado de lo grande, y lo humorístico se ha sobrepuesto á lo épico; transformación estética que nada tiene de singular, pero que quizá encierra provechosa enseñanza para el poeta ambicioso de grandes asuntos. En las obras de Lope hay muchos ejemplos de esto. Es la victoria de la *Gatomaquia* sobre la *Jerusalén conquistada*.

Pintar el contraste de la barbarie con la civilización es tema espléndido y que puede seducir al principiante, pero que por su misma elevación y complejidad expone á graves riesgos: ora al de una idealización enfática y falsa, como es la de Chateaubriand y los escritores de su escuela; ora al de un realismo menudo y pueril, pecado de que no se libra Lope, así en *El Nuevo Mundo*, como en *Los guanches de Tenerife* y en *Arauco domado*. Más afortunado anduvo en *Las Batuecas*, por lo mismo que no trataba el argumento en serio, ni le ataba la superstición del texto escrito ni la gravedad de la materia. Esta y otras comedias son unlibre juego de la

---

(1) Además de la descripción de Ponz, léense curiosas noticias de este convento y de las ermitas en el *Semanario Pintoresco Español*, 1839 (tres artículos firmados por J. Arias Girón); en el tomo de *Salamanca*, *Avila* y *Segovia*, escrito por D. José María Quadrado para los *Recuerdos y Bellezas de España;* en el libro de Antonio de Latour *Valence et Valladolid* (París, 1877; págs. 327-372), y en otros libros modernos de viajes por España.

(2) Véanse, entre otros, la *Memoria geológico-minera de la provincia de Cáceres*, escrita por los ingenieros D. Justo Egozcue y D. Lucas Mallada, é impresa en 1876 por la Comisión del Mapa geológico; la *Memoria relativa á las escuelas del territorio de las Hurdes*, por el inspector de primera enseñanza D. Francisco Pizarro (Cáceres, 1880); el interesante viaje del doctor J. B. Bide por *Las Batuecas* y *Las Jurdes*, inserto en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* (1892), y las monografías, ya citadas, de los Sres. Santibáñez y Barrantes, que nos han sido de mucha utilidad en el presente estudio.

fantasía, y esta libertad, que á veces degenera en licencia en el drama histórico, es aquí fuente de interés novelesco, de sales cómicas y de apacible recreo para la fantasía. Por dar más chiste al diálogo puso Lope en labios de sus batuecos cierta especie de jerigonza ó *fabla antigua*, con toques de dialecto leonés y aun de bable; pero usó parcamente de ella, sin mengua del estilo poético, y al contrario, con cierta novedad picante, como puede juzgarse por estas quintillas de la primera jornada, en que el rústico Giroto hace alarde de sus fuerzas contra su rival Mileno:

¿Sabes tú, endebre garzón,
Que contra el mismo sol pecas,
Que soy en esta ocasión
Del valle de las Batuecas
El más soberbio varón?
¿Sabes que el más fuerte enebro
Deshago, desgancho y quiebro,
Que arranco un fresno de cuajo,
Y que un castaño descuajo
Si con él mis fuerzas puebro?
¿Sabes que descuerno un toro,
Que un jabalí desquijaro,
Que por la prenda que adoro
Ciervos, que en el curso paro,
Traigo á la choza en que moro?
¿Sabes que porque reservo
La fuerza, fugí veinte años
De mojer, que es mal protervo,
Más que enebros ni castaños,
Jabalí, toro ni ciervo?

La ignorancia y rusticidad de los batuecos no sería cómica si Lope no hubiese puesto en ellos desde el primer momento el germen de la curiosidad, el presentimiento de la existencia de un mundo mayor que el de su valle, presentimiento que apoyan en tradiciones obscuras y en los hallazgos que á veces hacian en sus cavernas, ya de una espada mohosa, ya de momias de extraña catadura, ya de pinturas de exóticos animales, ya de otras antigüedades que no acertaban á descifrar. Si Lope hubiese escrito trescientos años después, diríamos que estas escenas habían sido trazadas para burlarse de la arqueologia prehistórica. Véase esta acotación: «Se abra ó caiga de lo alto una puerta hecha de peñas y ramos, y dentro de una cueva se ve un cadáver sobre un lienzo, y la calavera será de pasta. Tenga una lanza en la mano y un escudo en la otra, con dos leones y dos castillos pintados, y alrededor estas cuatro letras: T. S. D. R.»

—Bien prenotan estas cosas
Que aquí otra gente ha venido.
—Á la fe, Tirso, que el mundo
Non se campuza en Batueca.
. . . . . .

—Esas casas que pintadas
Se ven en ese trabón,
Non son en Batueca halladas;
Que nuesas casas non son
Tan pòlidas fabricadas.
Ni esos fuertes animales
Tan feroces ni tan listos,
Con garras y lanas tales,
Son en nuestros valles vistos
Por montañas ni arenales.
Luego es señal que hay más gente,
Más mundo y cosas más bellas.

De todas estas cosas se disputa largamente en una junta que aquellos bárbaros vestidos de pieles celebran, como en parodia anticipada del *contrato social*, para deliberar si deben elegir rey ó continuar en la pacífica democracia en que hasta entonces habían vivido. Pártense en dos bandos, uno que podemos llamar conservador; otro amigo de innovaciones y partidario del progreso. Invocan los primeros el respeto debido á las costumbres antiguas y patriarcales:

..... Non se acuerdan
Los más ancianos del batueco valle
De haber oído á sus mayores, Tirso,
Que jamás algún home de nosotros
Hobiese sido más que sus iguales.
. . . . . .
Nosotros habitamos este valle,
Cerrado de estos montes espesísimos,
Cuyas sierras empinan sus cabezas
Á topetar con las estrellas mismas,
Sin que jamás ninguno haya sabido
Quién fué el primero que nos dió principio.
En esta lengua habramos, estas chozas
Nos cubren, estos árboles sustentan,
Y la caza que matan nuestros arcos.
Si vivimos en paz sin ser regidos
Y nos habemos aumentado tanto,
¿Por qué das ocasión que nos deshaga
Alguna envidia donde nunca reina?

Los otros sienten el impulso de lo desconocido, la ambición de transponer los montes:

TIRSO.

Que no es posible que el autor primero
Que nos hizo á nosotros, no criase
Otros también.

DARINTO.

¡Extrañas cosas dices!

¿Más homes que nosotros? ¿Por adónde?
¿Tú non ves que han subido esas montañas
Atrevidos garzones, y se han vuelto
Diciendo que se agota el mundo en ellas
Y que más en las puntas por las nubes?

TIRSO.

¡Ah Darinto! ¿Es posible que el que fizo
Aquel sol tan fermoso y rellociente,
Con la luna tan branca y rellenada;
Uno con cara de oro, otro de prata,
Y todas las estrellas que los cercan,
Estas fuentes que corren, estos árboles,
Estas frutas y caza, solamente
Las fizo y las crió para tan pocos?

PELASGO.

¿Pocos te parecemos?

TIRSO.

Pues ¿qué somos
Para que tal grandeza merezcamos?

MARFINO.

Calla, que esas estrellas, sol y luna,
Son manchas de la capa de los cielos.

TIRSO.

Las manchas son defectos en las capas,
Y allí semejan guarniciones ricas.
Pero decidme: si este valle fuera
La redondura de la tierra toda,
Estos arroyos, que corriendo vemos,
Y estos ríos, que siempre se despeñan,
Luego como tocaban en el cabo
Volvieran otra vez encia nosotros.

. . . . . .

PELASGO.

¡Qué sabihondo que te enlictra el cielo!
Nunca se vido en las Batuecas home
Que tuviese tan altas cuidaduras;
Sin duda que hay más tierra y que hay más gente.

En suma: que los batuecos estaban admirablemente preparados para ser descubiertos, en el preciso momento en que descienden al valle los dos fugitivos de la Casa de Alba, D. Juan de Arce y D.ª Brianda, esta última también en hábito de varón; lo cual da lugar en el curso de la pieza á situaciones más grotescas que ingeniosas. El poeta tiene buen cuidado de advertir socarronamente que todo esto acontecía en el mismo año en que Colón había salido para su primer viaje.

Intérnanse estos otros Colones en las fragosidades de la sierra:

Asperísimas peñas, donde apenas
Ha llegado jamás estampa humana,
En cuyas frentes vierte la mañana
Escarcha, en vez de flores y azucenas.....
Profundos valles, del obscuro invierno
Lóbrega habitación, piedras que trae
De su furiosa lluvia el curso eterno.....

Después de vagar cuatro días hambrientos y extraviados, apártase D. Juan en demanda de una fuente; queda sola la afligida dama, y hé aquí que comparece el rústico Mileno, cuyo asombro está pintado con mucha gracia y viveza:

¡Válgame el sol! ¿Esto había
Desotra parte del mundo?
¡Ah, Tirso, sabio y profundo!
Catad si verdad decía.
Tembrando estó de mirar
Una tan branca figura;
Non he visto catadura
Tan sabrosa de acatar.
Las piernas tiene amariellas,
Y todos brancos los pies,
Y de la faz al envés
Con más luz que las estrellas.
Si es home de por acá,
¡Qué lindo mundo, á la fe!
. . . . . .

BRIANDA.

¡Qué serrano tan feroz!
Daré á don Juan una voz.....
. . . . . .

MILENO.

Garzón, non fuyáis de mí.....
. . . . . .

BRIANDA.

¡Don Juan, que un monstruo me lleva!

Don Juan, que anda perdido por el monte, no la oye, y el bárbaro se la lleva á su cueva, pero con muy buenos modos:

Non sé qué tienes, garzón,
Que en el mismo corazón
Me vas faciendo cosquiellas.

Con estos versos termina el primer acto. No es menos lindo el segundo, en que la prófuga y cautiva Brianda inicia á los batuecos en la civilización y les trae nuevas del otro mundo. El diálogo es rápido, naturalísimo y salpicado de felices ocurrencias:

TIRSO.

Home del mundo divino,
Rico de tales despojos,
Cual en jamás antes vino
Ni al oído ni á los ojos
De todo el valle vecino,
Dadnos nuevas de la tierra
Onde tal gloria se encierra.
¿Posible es que ha tantos años
Que entre niebros y castaños
Vivamos en esta tierra,
Sin haber visto algún home
De tu catadura y faz?

. . . . . .

Dinos la tu tierra y nome;
Que nosotros non sabemos
Que haya más mundo que el valle
Que entre aquestos montes vemos.

BRIANDA.

Aunque es bárbaro su talle, (Aparte.)
Son piadosos sus extremos.

. . . . . .

Serranos, qué, ¿no sabéis
Cúya es la tierra en que estáis,
Ni el gran señor que tenéis?

TIRSO.

¿Qué señor?

BRIANDA.

Luego ¿ignoráis
El dueño que obedecéis?

TIRSO.

Nosotros no conocemos
Otro Dios ni rey que el sol,
Cada que encima le vemos.

BRIANDA.

¿Ni que es Fernando español,
Vuestro rey?

DARINTO.

Nada sabemos.

TIRSO.

¿Qué español?

BRIANDA.

El Rey de España.

TIRSO.

¿Qué es España?

BRIANDA.

Aquesta tierra,

Que el por mar mil partes baña.

TIRSO.

¿Qué es mar?

BRIANDA.

El agua que encierra
El mundo en sí.

TIRSO.

¡Cosa extraña!
¿España se llama el mundo?

BRIANDA.

No, sino una parte dél.

TIRSO.

¿Parte dél? ¡Caso profundo!
Luego ¿hay más que España en él?

. . . . . .

¿Será España del tamaño
Deste valle?

BRIANDA.

¡Caso extraño!
Más que cien mil valles es.

. . . . . .

TIRSO.

Mira que somos aquí
Doscientos homes y más.
¿Hay más en España? Di.

. . . . . .

BRIANDA.

No hay lugar tan pequeñuelo
Que no tenga más dos veces.

TIRSO.

Y ¿hay muchos?

BRIANDA.

Cubren el suelo,
Como las aguas de peces,
Como de estrellas el cielo.
Ciudad hay que tiene en sí
Doscientos mil hombres.

TIRSO.

¿Tantos?
Y ¿caben juntos así?

BRIANDA.

Y muchos más.

TIRSO.

¡Cielos santos!
¿Por qué entre montes nací?

Lope vislumbró que en la fábula de las Batuecas habia el germen de un admira-

ble cuento filosófico, y aunque por su genial precipitación no sacó del asunto todo el partido que debía, hizo, como siempre, alarde de su ingenio en la invención de antítesis humorísticas y de picantes inverosimilitudes, ennoblecidas por aquel raro y poético sentido que él tenía de todas las cosas humildes, rústicas y primitivas. Groseras son, ciertamente, las escenas del embarazo de Brianda, que se empeña en persuadir á los batuecos de que en su tierra paren los varones; pero ¿quién no se las perdona á Lope cuando tropieza con versos como los siguientes, puestos en boca de la bárbara Taurina:

Yo te daré todo un prado
De feno en hasta la cinta,
Que la primavera pinta
De flor el Abril rosado.
Daréte un arroyo fresco
Que crucia de un monte á otro,
Donde con caña y quillotro
Truchas salmonadas pesco.
Daréte cien avellanos,
Treinta castaños y más,
Que desde aquí los verás
En aquellos verdes llanos.
Daréte cien reses grandes
Y cuatrocientas pequeñas,
Tan mansas, que con tus señas
El ir y venir las mandes.
Daréte dos chozas buenas,
No pajizas ni ahumadas,
Y en carrascas acopadas
Veinte corchos de colmenas.
Lino y cáñamo sé hilar,
De que son los camisones
Que á las vegadas te pones;
Y también te quiero dar,
Para que veas si es justo
Quererme más tiernamente,
Un alma que eternamente
Viva en la ley de tu gusto.

Lope, según su costumbre, aparece en esta comedia con el nombre de *Belardo*, especie de firma que solía poner en sus cuadros dramáticos, retratándose en un rincón de ellos, al modo que lo han practicado muchos artistas ilustres:

..... Muy bien puede
Fiar Su Señoría de Belardo,
Que es hombre que ha leído el *Flos Sanctorum*,
Y canta en la tribuna los domingos;
Compone villancicos.....

En cuanto á la parte historial, da por supuesto Lope que los batuecos eran descendientes de los godos fugitivos de la pérdida de España, y que la momia de la caverna pertenecía á un Teodosilo, sobrino del rey D. Rodrigo. El Duque de Alba bautiza á toda la tribu, funda iglesias y conventos, y el signo de la cruz ahuyenta los demonios, que por más de seiscientos años habían infestado el valle.

Esta comedia, como otras de Lope, tuvo la desgracia de ser torpemente refundida en el siglo XVII. No fué el refundidor Juan Pérez de Montalbán, como pudiera inferirse de lo que dice el licenciado González de Manuel en su *Manifiesto apologético*, y han repetido otros. Aquel respetuoso discípulo nunca puso la mano ni en ésta ni obra alguna del que veneraba como maestro y oráculo. Las refundiciones (porque hubo dos) son más tardías. Una hizo D. Juan de la Hoz y Mota con el título de *El descubrimiento de las Batuecas*, manuscrito que poseyó lord Holland. Otra anda impresa en la *Parte* 37 de *Comedias escogidas* (1671), y también en ediciones sueltas, con el título de *El Nuevo Mundo en Castilla;* su autor, D. Juan de Matos Fragoso. Matos regularizó un poco la trama y aligeró la pieza de personajes ociosos; pero echó á perder el estilo, sustituyendo á la encantadora naturalidad de Lope su propia locución amanerada, conceptuosa y altisonante.

Poca relación tiene con estas obras antiguas la comedia de magia que con el título de *Las Batuecas* dió á las tablas en 1843 D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con poco favor del público; pero con estimación de los doctos y discretos, que reconocieron en ella (aun lamentándose de que tal ingenio malgastase sus fuerzas en un género inferior) las mismas cualidades de urbano gracejo, sátira culta y ameno estilo que habían aplaudido en *La Redoma encantada.* Sólo el punto de partida de esta comedia, es decir, el viaje á las Batuecas de los fugitivos de la Casa de Alba, pertenece á la tradición popular (1): en lo restante hay imitaciones, que Hartzenbusch confiesa, de *La Volière de Frère Philippe, vaudeville* de Scribe (1818), fundado á su vez en un cuento de Boccacio. También declara haber tenido presente la comedia de Mr. Delisle *Timon le misanthrope.*

---

(1) Al fabuloso país se refieren únicamente estas dos octavas:

Esta selva espesísima encantada,
Donde salir nos veis de peñas huecas,
Guarda en su seno la escondida entrada
Del dichoso país de las Batuecas.
Vega profunda, en torno coronada
De riscos altos, cuyas cimas secas
Forma de muro inaccesible tienen,
Ignorada en Castilla la mantienen.
Un pueblo culto y numeroso habita
Dentro del amenísimo recinto,
Que los usos de España en parte imita
Y otros tiene de género distinto.
De tiempo en tiempo aquí se precipita,
Ó cual vosotros, ó por propio instinto,
Algún viajero á quien asilo damos
Tres mágicos que el valle custodiamos.

Finalmente, algún recuerdo merece, no por su mérito, que es bien exiguo, sino por el espíritu cándidamente socialista que la informa, una novela de la Condesa de Genlis, que en la traducción castellana impresa en Valencia (1826) lleva el título de *Plácido y Blanca ó las Batuecas*. Dice Jorge Sand en sus *Memorias* que este libro, que leyó de niña, hizo profunda impresión en su ánimo é influyó más adelante en el curso de sus ideas. «Las Batuecas (dice Jorge Sand, compendiando á su modo la novela) son una pequeña tribu que ha existido, en realidad ó en imaginación, dentro de un valle de España, rodeado de montañas inaccesibles. A consecuencia de no sé qué acontecimientos, esta tribu se encerró voluntariamente en un lugar donde la naturaleza le ofrece todos los recursos imaginables, y donde se perpetúa hace muchos siglos, sin tener contacto alguno con la civilización actual.»

¡Si Mad. de Genlis y Mad. Dudevant hubieran sabido lo que era este oasis! ¡Para socialismo, el que ejercían los concejales de la Alberca! Por algo el nombre de los infortunados batuecos ha quedado en el refranero peninsular como un símbolo satírico, que Larra eternizó, dándole valor trascendental, en las cartas de *El pobrecito hablador*, donde el nombre de las Batuecas está tomado como sinónimo del de España. A semejanza de otros mitos análogos, el de las Batuecas comenzó por ser geográfico, pasó á ser mito social (de lo cual ya se ve algún vislumbre en la comedia de Lope) y acabó por disolverse en la forma negativa de la sátira.

XV.—LOS PORCELES DE MURCIA.

Texto de la *Parte séptima* de las comedias de Lope (1617).

Esta comedia, con pretensiones de genealógica, difiere mucho de todas las demás de su clase que encontramos en el Teatro de Lope de Vega. No procede de ninguna crónica ó nobiliario, sino de un cuento popular que se encuentra en el *folk-lore* de todas partes, y que fué caprichosamente aplicado á una ilustre familia de Murcia, así como á otra de Provenza, por una falsa interpretación etimológica de su apellido. Como el caso tiene mucho de extravagante y grotesco, no es maravilla que la comedia de Lope escociese bastante á los Porceles de Murcia, según insinúa el mismo poeta al dedicar en 1626 *El Serafín humano* á la Sra. D.ª Paula Porcel de Peralta, mujer del licenciado Gregorio López Madera: «Años ha que escribí la descendencia de los Porceles, no la historia, sino la fábula, no creyendo que recibiría disgusto su siempre ilustre familia; porque las más de las comedias, así de reyes como de otras personas graves, no se deben censurar con el rigor de historias, donde la verdad es su objetivo, sino á la traza de aquellos antiguos cuentos de Castilla, que comienzan *Érase un rey y una reina*..... Donde seguí la verdad fué en la comedia de *Los Peraltas* (1), con que pido perdon de *Los Porceles*, de cuyas dos familias tiene Vm. tan ilustre ascendencia.»

(1) Esta comedia es desconocida hoy.

Los Porceles murcianos preferían descender de los romanos Porcios, Porcanos y Porcelos, con quienes los había emparentado el P. Román de la Higuera en su nunca bien ponderado cronicón de Marco Máximo: *Porcellorum familia in Hispaniæ Tarraconensis urbe Bigastro, quæ nunc Murcia dicitur, a Romanorum gente trahens originem, clara et insignis habetur.* Cayó en el lazo el licenciado Francisco de Cascales, varón verdaderamente docto y de buen juicio en otras cosas, pero de anchas tragaderas en lo que se refiere á historias de linajes; y en sus *Cartas philológicas* apadrinó el testimonio del seudo Máximo, y declaró á su manera el origen de las armas de la familia, que son una puerca con unos lechones ó *porcelos* debajo de una carrasca, con alusión, según Cascales, á la puerca y á los lechoncillos que encontraron en Albalonga, y tuvieron por feliz augurio, los troyanos compañeros de Eneas, del modo que en la *Eneida* de Virgilio se decanta (1).

Pero esta docta interpretación nunca fué popular entre los murcianos, que explicaban muy de otra manera las armas y el apellido. El Dr. Cristóbal Lozano, que era natural de Hellín, dice en sus *Reyes nuevos de Toledo* (1667; pág. 36): «Está siempre fresco el caso en la ciudad de Murcia, de aquellos niños Porceles, sangre noble, á los cuales, por ser muchos de un parto, y temer la madre que se lo habia de atribuir su marido á alguna flaqueza, los enviaba con la esclava á echar al rio; y permitió el cielo que con ser muy á deshora, la topase su dueño á la puerta de la ciudad (que de allí le quedó el nombre, llamándose la puerta de los Porceles), y viéndola turbada, y con bulto entre los brazos, pensando que se huía, desvalijó la ropa y topó con los pedazos vivos de su corazon, niños hermosos, condenados á las aguas del rio Segura.»

Esta es la leyenda que habia dramatizado Lope, y por ella debemos comenzar nuestro estudio. Afortunadamente, puedo ofrecer á mis lectores un documento curiosísimo: nada menos que una información de testigos hecha en nuestro propio siglo «para que la verdad del caso parezca y para otro cualquiera buen fin que convenga». Es, pues, una tradición *que consta en autos*, lo cual podrá decirse de muy pocas. Me la comunicó el erudito escritor murciano D. Pedro Díaz Cassou, de quien son también las interesantes notas que acompañan al extracto de la información:

«APUNTES SOBRE LA TRADICION QUE SIRVIÓ DE ARGUMENTO Á LOPE DE VEGA PARA SU COMEDIA «LOS PORCELES DE MURCIA».

»(Del libro manuscrito *Noticias de Murcia y su reino*) (2).

»La historia que se refiere en Murcia de los siete Porceles, está apoyada desde tiempos remotos en la vulgar opinion. Ella dió nombre á una puerta antigua de esta

(1) *Cartas Philologicas, es á saber, de letras humanas, varia erudicion, explicacion de lugares, lecciones curiosas, documentos poéticos, observaciones, ritos y costumbres y muchas sentencias exquisitas: auctor el Licdo. Francisco Cascáles. Segunda Impresion.* Madrid, por Sancha, 1779; páginas 368-370.

(2) »Es un libro manuscrito que obra en poder de D. Pedro Díaz Cassou, quien vió hace pocos años el original de la informacion en poder del Sr. D. Juan Albacete, pintor, arqueólogo y catedrático de Murcia.

Ciudad que ya no existe (1), pero ha dejado el nombre al sitio donde estuvo y á la calle que se extiende por él; y ella fué tan generalmente recibida como se ve del siguiente documento, cuyo original llegó á mis manos el año pasado de 1815, desde las del presbítero D. Ambrosio Albacete (que conserva este manuscrito curioso), y no me pareció impertinente extractar, á pesar de los obstáculos que opone á su inteligencia el calado de la polilla y el carácter de la letra. Mi ánimo, al recopilar con otras esta noticia, no es el de autentizar unos hechos cuya propia monstruosidad los desmiente, sino más bien el de recoger manuscritos y documentos que de cualquier modo que sea sirven de apoyo á la misma vulgar opinión. Su tenor en extracto es el siguiente:

«AÑO DE 1817.

»*Informacion.*

»ESCRIBANO MONTALVO.

»En la muy noble y muy leal ciudad de Murcia á trece dias del mes de Septiem»bre de mil ochocientos y ocho años, ante el Ldo. D. Gregorio Enjon, Alcalde »mayor de la dicha Ciudad, por el Rey nuestro Señor, se presentó esta peticion:

»Don Baltasar Fontes de Albornoz, como más haya lugar de derecho, digo: »que por los señores regidores, Justicia y Concejo de esta Ciudad, se mandó dar »al P. Gonzalo de Albornoz, Religioso de la Compañía de Jesús, testimonio signado, »autorizado y sellado, de la nobleza, caballeria y repartimiento que se hizo de las »tierras y heredades de esta jurisdiccion, á los Caballeros hijosdalgo de la familia y »linage de los Porceles (2), como unos de los conquistadores y pobladores de esta »Ciudad, y ansí mesmo como los dichos caballeros Porceles están escritos en el libro »y registro de los Caballeros hijosdalgo notorios vecinos de esta Ciudad, el qual »testimonio se sacó de dos libros (3) que estan en el archivo de esta Ciudad, dentro »del arca de las tres llaves, el uno intitulado *Libro de los Caballeros, dueñas é Don»cellas fijosdalgos notorios vecinos, é moradores de la muy noble é muy leal Ciudad »de Murcia, que son escritos é intitulados en este registro del Concejo.* Y el otro es »el libro donde están escritos los conquistadores y pobladores de esta Ciudad, y los »repartimientos de caballerías, tierras y heredades que á cada uno por su orden se »les hizo por los repartidores nombrados por el Señor Rey D. Alonso el décimo»

(1) »La puerta de Aljufia, que los pobladores murcianos llamaron del Porcel desde que, inmediato á la misma, labraron palacio los caballeros mayorazgos de este apellido.

(2) »Esta familia, de abolengo vasco (?) vino á implantarse en Murcia con Orrigo Porcel; descendientes del mismo fueron Guarner, que como procurador de Murcia juró á D. Pedro I, y Don Juan Porcel, que casó con D.ª Juana Perea, supuesta madre de los siete hijos: todavía quedan en Murcia Porceles.

(3) »Los dos han desaparecido juntamente, y antes un ejemplar manuscrito de Las Partidas con anotaciones marginales que se suponian del Rey Sabio, y que debieron ser del maestro Jacobo, avecindado y enterrado en Murcia.

»el qual testimonio presenta con este el presente Escribano, al qual se allega la »tradicion muy antigua, notoria, y autorizada con la pintura ansí mesmo muy »antigua que estaba en las paredes de una de las puertas de esta Ciudad, la que dicen »la *Puerta Porcel*, que de poco tiempo á esta parte se ha quitado con ocasion de »haberse renovado el edificio de la dicha Puerta (1), del caso que le sucedió á una »señora, mujer de un caballero de la familia y linage de los Porceles, por haber »parido siete hijos de un mismo parto, seis de los quales entregó á una criada suya »para que los echase en el rio, quedándose con uno solo para criallo, recelándose »que el marido no la matase por haber dicho en su presencia muchas veces, que la »mujer que paria más de uno de un parto, era cierto habia tenido acceso carnal con »más de un hombre: Y como llevando la dicha criada los seis niños para arrojallos »en el rio encontró con el caballero Porcel, Padre de los dichos niños, el qual »siendo informado de la dicha criada del caso, encomendándole el secreto, dió á »criar los dichos niños, y siendo ya mayores los trujo á su casa todos vestidos de »una librea, donde los alimentó y crió juntamente con el que crió la dicha su »mujer, *etc.*, *etc.* De todo lo qual tengo necesidad se reciba informacion de la noto»riedad del caso, y antigua tradicion y pintura, nobleza y vecindad del linage de »los Porceles, *ad æternam rei memoriam;* y para que la verdad del caso parezca »y para otro qualquiera buen fin que convenga; Por tanto á V. E. pido y suplico »mande que los tres testigos que para el efecto yo presentare, sean preguntados por »el tenor de este pedimento y á cada uno de ellos se le muestre por el presente »Escribano el testimonio referido, para que visto digan y depongan lo que han oido »decir á sus mayores antepasados en razon de dicho caso, y fecha dicha informa»cion, se me de un traslado, dos ó más, signado y autorizado en debida forma y »manera que haga fé; á todo lo qual V. interponga su autoridad y decreto judicial »sobre que pido justicia, &.—D. Baltasar Fontes Albornoz.»

«Visto por el señor Alcalde mayor, mandó que se haga informacion, y los testi»gos que se presentasen se examinen, y dió comision á mí el Notario, &.—Juan »Montalvo.»

»Examinados tres testigos, uno de ellos el Dean de esta Santa Iglesia de Cartagena, contestan al tenor de la peticion y aseguran la tradicion de la historia de los Porceles, y sobre la informacion recibida recayó el auto ordinario de aprobacion. Todo es copia en extracto y el pedimento á la letra del original que tiene D. Ambrosio Albacete, sacada por mí en el año de 1816» (2).

---

(1) »En 1725.

(2) »Concluyamos por la historia. Doña Juana Perea, mujer de D. Juan Porcel, tuvo sucesion despues de muchos años en que se había creído estéril. En cumplimiento de un voto, ó por gratitud, hizo pintar y colocar en la fachada de su casa-palacio, junto á la puerta de Aljufia, un cuadro que representaba á Santa Isabel, apareciéndose á una dama rodeada de unos niños; y aunque D.ª Juana Perea fundó en 1443 (y retiróse á) un convento de franciscanas, que puso bajo la advocacion de Santa Isabel, quedó el cuadro empotrado en la pared del palacio y alumbrado devotamente durante siglos, en los que tuvo la imaginacion de los murcianos tiempo bastante

Tiene esta rara leyenda, sin salir del territorio de la Península, otras cuatro estrechamente afines, es á saber:

a) La de Santa Librada, patrona de la ciudad de Sigüenza. Puede leerse acerca de ella el farragoso libro del Dr. Renales Carrascal, *Las nueve infantas de un parto* (1), y el más racional y crítico del deán González Chantos, *Santa Librada vindicada* (2), que procuró limpiar la tradición primitiva de las escorias amontonadas por los falsos cronicones.

Mucho antes de la invención de éstos, ya el verídico y sincero Ambrosio de Morales (*Crónica*, lib. x, cap. XVIII) tuvo por sospechosas las circunstancias del caso, aunque apoyadas en las lecciones y antífonas del antiguo Breviario de la iglesia de Sigüenza, y ni siquiera quiso referirlas, considerándolas como extrañezas, de que no podía sacarse certidumbre, ni ejemplo, ni doctrina. Lo que Morales no quiso contar es, en suma, que Santa Librada y sus ocho hermanas, nacidas todas de un parto, hijas de Catelio y Calsa, régulos ó potentados de Lusitania, fueron mandadas arrojar por su madre á un río, pero las salvó la partera, que fué Santa Silas, dándolas á criar á gente cristiana, que las adoctrinó en la fe y las preparó para el martirio, que recibieron de manos de su propio padre. Los que han querido salvar alguna parte de esta insostenible leyenda han supuesto que lo del parto ha de entenderse no del material, sino del espiritual, es decir, de la regeneración por medio del bautismo, que recibieron juntas las nueve hermanas; pero, á la verdad los que ordenaron el oficio de la Santa no pensaban de esta manera, sino que entendían las cosas en su

---

para cristalizar dos leyendas. Fué una, la primera y más poética, la que eternizó Lope de Vega en *Los Porceles de Murcia*; fué la otra producto de la imaginacion jocosa del bajo pueblo murciano. Segun ambas, D.ª Juana Perea habia tenido de una vez siete hijos (sin duda porque el pintor no habia puesto en su cuadro más ni menos); pero como el artista habia tratado de dar á cada una de las fisonomías de los pequeños una expresion diferente, y el pueblo se fijó en que, de todos ellos, uno solo tenia la boquita abierta, nació la leyenda nueva, segun la que, estando embarazada D.ª Juana Perea, tuvo antojo de unos bollos; no comió, porque no le quisieron dar, más de media docena, y parió por ello seis niños con la boca cerrada, y uno con la boca abierta, á quien no se le pudo hacer cerrarla por ningun modo, muriendo á pocos dias. Los periódicos *La Enciclopedia* y *La Miscelánea*, de Murcia, trajeron ambas leyendas.

»PEDRO DÍAZ CASSOU.»

(1) *Las nueve Infantas de un parto, mártires de Galicia, hijas de Reyes de la gran Lusitania, y singular nacimiento, vida y martirio de la esclarecida virgen y mártir Santa Wilgeforte ó Librada, patrona que se venera en la santa iglesia catedral de la ciudad de Sigüenza y su obispado.* Madrid, por los herederos de Juan García Infanzón, 1736. 4.°

(2) *Santa Librada, virgen y mártir, patrona de la santa iglesia, ciudad y obispado de Sigüenza, vindicada del manifiesto error y supuesto falso de que por los años de 1300 traxo de Italia el cuerpo de la Santa el obispo D. Simon, y le colocó en esta iglesia, como tambien de las falsedades que en el siglo XVII se interpolaron en su rezo..... Por el Dr. D. Diego Eugenio Gonzalez Chantos y Ullauri, dean de la misma iglesia de Sigüenza.* Madrid, 1806, imp. del Real Arbitrio de Beneficencia. 4.°

sentido literal. El bachiller Bartolomé Palau, natural de Burbáguena, compuso un poema, que probablemente sería dramático, con el título de *Historia de Santa Librada y sus ocho hermanas*, que, según D. Nicolás Antonio, fué impreso en 1569; obra desconocida hasta el presente.

b) La leyenda del conde D. Diego Porcelos, fundador de Burgos, á quien su apellido condenaba fatalmente á cargar con el mochuelo de tan excéntrica genealogía. Y, en efecto, Ambrosio de Morales (lib. XV, cap. XVII), siguiendo, aunque con indicios de poca credulidad, á mosén Diego de Valera y otros cronistas antiguos, dice que «al Conde se le dió el nombre latino de *Porcellus*, que quiere decir lechon, por haberle parido su madre *juntamente con otros seis de un parto*, como las madres de los lechones suelen. Yo refiero lo que hallo en nuestras historias, sin poder dexar de hacer memoria dello, no habiendo más probabilidad que esta en una cosa tan extraña. Y no tendrá tampoco esta por muy grande maravilla quien viere lo que cuenta Plinio de algunas mujeres que parieron muchos juntos, y una en Egypto siete. Tambien para no extrañar esto por increible, se puede pensar que los otros seis que parió la madre del Conde con él no fueron más que unas figurillas pequeñitas de criaturas muertas, cuales algunas veces suelen nacer con una viva y sin ella».

c) La del nacimiento de los infantes de Lara, tal como la recogió en Arlanza don Ramón Menéndez Pidal de boca de la guardiana de las ruinas del monasterio, transcribiéndola así, con las propias palabras de la narradora: «Doña Alambra (Lambra) *sosoñaba* á una su vecina llamándola puerca, porque libró de un parto dos criaturas; por eso Dios la castigó, haciéndola á su vez preñada de siete. Llegada la hora del alumbramiento, no quiso ella sufrir tanta vergüenza, mandó á la moza que la servía tirar secretamente los recien nacidos al rio, guardando sólo uno para criarlo. Cuando la sirviente sacaba ya de la casa los dos primeros metidos en un cántaro (fué esto permision de Dios), el padre, que volvía de afuera, la detuvo, vióla desconcertada, y descubriendo la maldad, salvó á todos sus hijos, porque buen cristiano era, dándolos á criar á escondidas de la madre. Andados siete años, mandó un dia el noble señor á su mujer preparar un gran convite, porque iban á venir á su casa seis príncipes, y quería hacerles gran regalo. Puestos ya los manteles y prevenido todo, hizo el padre sentar á la mesa á sus hijos, así al que criaba la madre, como á los otros seis que quiso matar; *todos estaban vestidos de un color y de una librea.* Entonces preguntó á doña Alambra: «¿Cuál es el hijo que tú »criaste?» La malvada los miró á todos fijamente, pero no supo distinguir el uno del otro, y llena de vergüenza, salióse de la sala del convite, cogió su caballo, y corriendo, desesperada, fué á arrojarse á la Laguna Negra, allá en las sierras muy frías, por cima de Barbadillo de Herreros» (1).

---

(1) R. Menéndez Pidal, *La Leyenda de los infantes de Lara* (Madrid, 1896), págs. 182-193. En este admirable libro está agotada la materia en términos tales, que apenas cabe añadir ni rectificar nada, aun en puntos accesorios como éste.

Según se ve, esta leyenda coincide con la de Murcia, aun en pequeñas circunstancias, como la de ir los niños vestidos *de un color y una librea.* Seguramente, no es muy antigua, puesto que en las más primitivas tradiciones épicas referentes á los infantes de Lara no se encuentra rastro de ella; pero debió de serles aplicada por la supersticiosa virtud atribuída al número septenario, que encontramos así en estas dos variantes como en la burgalesa de Diego Porcelos. Ya en uno de los romances dice D.ª Lambra á su cuñada:

que pariste siete fijos—como puerca en cenagal.

Por el contrario, el número *nueve*, que también tiene especial valor en el simbolismo popular, es el que aparece en la versión semihagiográfica de Sigüenza, y también en la leyenda genealógica provenzal de los *Pourcelet*, Marqueses de Maiano (Maillane) y poderosos señores en la villa de Arlés, cuyo apellido sonó mucho en las Cruzadas, en la guerra de los Albigenses, en las Vísperas Sicilianas, en las contiendas de Nápoles en tiempo de la reina Juana y en otros famosos sucesos. Su blasón, análogo al de los Porceles de Murcia, ostentaba nueve lechoncillos, y es muy verosímil que de la familia provenzal, cuyas memorias se remontan á los primeros años del siglo XI, procediesen el Guarner Porcel, el Porcelin Porcel y el Orrigo Porcel que asistieron con D. Jaime á la conquista de Murcia, y están inscritos en el libro del repartimiento de aquella ciudad.

El gran poeta Federico Mistral, nacido en Maillane, donde está el solar de los Porcelet, ha contado su leyenda, que apenas difiere de las nuestras, salvo en algún rasgo más feroz y menos delicado. Una ricahembra, soberbia y despiadada con los pobres, insulta á una mujer que la pedía limosna con tres niños. La mendiga la maldice, deseando que pára tantos como una puerca. Pare nueve, y manda echar tres al río. La criada se conduele de ellos, y se los da á criar á un vecino. Cuando llegan á ser grandes, denuncian á su madre. El juez la manda llamar, y la pregunta qué pena debe imponerse á una mujer que de sus nueve hijos mandó ahogar tres. Contesta que debe ser descuartizada, y se condena por su propia sentencia, mandando el juez atarla de cuatro caballos feroces (1).

---

(1) Por la gracia que siempre tiene el estilo de Mistral y por la curiosidad de la lengua, pondré aquí íntegra su relación:

«Aro, se voulès saupre d'ounte venié lou noum d'aquelo famiho celèbro, vès-eici la sourneto qu'aven toujour ausi counta:

»Uno fes, i'avié 'no barouno, auturouso e despiètouso, que poudié pas vèire li paure. Touti li fes qu'à soun castèu n'en passavo quaucun, ie dounavo l'óumorno en repetenejant.

»Un jour passè 'no femo qu'avié tres enfantoun.

»—Bonjour, Madamo, diguè la pauro femo, fasès me la carita de quaucarèn, au noum de Diéu!

»—Anas-vous-en au diable! ie faguè la segnouresso. Venès en òdi, la pauriho! Avès besoun de faire tant d'enfant?.....

»—Marrido Damo! ie respoundeguè la pauro, pousqués-ti, vous, n'en faire autant coume uno trueio!.....

Remontándonos algo más en la corriente histórica, encontraremos la leyenda de Paulo Diácono sobre el segundo rey de los longobardos, Lamissio, que la *Crónica general* (folio 262 de la edición de Ocampo) resume en estos términos: «Ca en verdad parió su madre *siete* fijos de una vez, é mandó que los echasen en una albuhera, por vergüenza que ovo. E el rey Agilmundo passando por aquel logar, quando vido los niños en el agua, metió la lanza que traye, entre ellos, é uno dellos trabó de la lanza, é el rey quando esto vió, entendió que aquel serie ome bueno é rezio é valiente á maravilla.»

Evidente es el parentesco entre las cuatro versiones castellanas, la provenzal y la longobárdica, que forman un grupo perfectamente caracterizado y distinto dentro del tema más general de los partos monstruosos, en que no nos detendremos por ser materia que han tratado innumerables autores, desde Plinio, Alberto Magno y demás naturalistas antiguos hasta Antonio de Torquemada en su *Jardín de flores curiosas*, el P. Nieremberg en su *Curiosa y oculta filosofía*, y el P. Fuente la Peña en su *Ente dilucidado*, libros todos de amena y regocijada lectura.

Entre estos casos estupendos ninguno lo es tanto como el de la condesa Margarita de Holanda, que por efecto de la maldición consabida parió de una vez tantas criaturas como días tiene el año, todas las cuales murieron después de recibir el bautismo: hecho portentoso que se consignó con una inscripción latina en el convento de monjas bernardas cerca del Haya, según testifican graves escritores, entre ellos Cristóbal Calvete de Estrella en el *Felicissimo viaje del príncipe D. Phelippe* (Amberes, 1552), folio 282 vto.

En la *Rosa Gentil* de Juan de Timoneda (1573) se lee un pésimo romance sobre este argumento:

Estén atentos los hombres,—sin haberse de admirar;
Las mujeres, temerosas—d'esto no se han de espantar:
Y es que aconteció en Irlanda (1),—verísimo, sin dudar,

»Or la barouno venguè grosso, venguè grosso, venguè grosso; e faguè nèu enfant!.....

»E' m'acò, vergougnouso de talo pourtaduro, n'en mandè nega tres à la bailo que l'acouchè. Mai aquesto, pietadouso, li pourtè au segnour vesin-que lis abariguè.

»Quand aquésti fuguèron grand, denouncieron sa maire, e la justiço la mandè apela.

»E' m'acò, la barouno estènt davans lou juge, lou juge ie venguè:

»—Madamo, digas-me: ce que devèn faire d'uno maire que, de si nòu enfant, n'a manda nega tres?

»—La fau faire escarteira, respoundeguè la damo.

»—Eh! bèn, diguè lou juge, madamo, avès vous-memo prounouncia vosto sentènci.

»E' m'acò, l'estaquèron entre quatre chivau fòu, e fuguè escarteirado.

»D'aqui si nòu enfant fuguèron apela despièi li Pourcelet; e li nòu Pourcelet devenguèron nòu ome, dison, subre-valent.—F. Mistral.—Maiano, 1877.»

Armana Prouvençau, 1878; folios 57-59.

Me ha comunicado esta curiosa variante el Sr. Menéndez Pidal, á quien se la ha enviado el joven hispanista Mr. J. Ducamin.

(1) *Sic*, por Holanda.

Que yendo una mujer pobre—su limosna á demandar,
Llevando en sí muchos hijos,—hermosos para alabar,
Allegó á pedir limosna,—por poderse alimentar,
Á madama Margarita,—que así la solían llamar,
Princesa, dicen algunos,—que fué de Irlanda sin par,
La cual, al ver tantos niños,—fué á la pobre á preguntar:
«¿Tus hijos son todos esos?»—Tal respuesta le fué á dar:
«Sí, mi señora, y de un padre,—el cual vive á su mandar.»
Respondióle: «Es imposible;—antes cierto es de pensar
Que ellos son de muchos padres,—y esto no puedes negar.»
La pobre mujer, aflicta,—como se viese infamar,
Con las manos hacia el cielo—fuése en tierra arrodillar,
Diciendo: «¡Oh, plegue á Dios,—como él lo puede obrar,
Que tantos hijos de un padre—vengas, señora, á alcanzar,
Que no puedas conocerlos,—ni menos poder criar!»
Fué este ruego tan acepto,—que esta dama fué á engendrar
Trescientos setenta hijos,—cosa de maravillar:
Todos los parió en un día—sin peligro y con pesar,
Chicos como ratoncillos,—vivos, sin uno faltar,
Á los cuales un obispo—á todos fué á baptizar
En una fuente de plata.—Despues fueron á gozar
De aquella gloria suprema—que no se puede preciar.
Esta fuente en una iglesia—hoy en día suele estar,
Y á nuestro emperador Carlos—se la fueron á mostrar.
Y esto ser verdad testiguan—autores muy de estimar:
Uno es Baptista Fulgoso,—Henrico con Algozar,
Y el gran doctor valenciano—Vives, que no es de olvidar.

A pesar de su remota fecha, este romance tan pedestre y que procura cubrirse con autoridades eruditas, tiene ya el tono de los vulgares del siglo XVII y principios del XVIII, como puede verse cotejándole con el de *Los cinco hijos de un parto* (número 1.345 del *Romancero* de Durán), cuyo autor invoca una porción de testimonios, pero principalmente el del P. Fuentelapeña:

Nó quiero extender mi pluma
Sobre monstruosos partos:
Sólo diré que lo trae
El *Ente dilucidado*.....

Pero no fueron estas miserables rapsodias las únicas manifestaciones que en el romancero peninsular tuvo este caso tocológico. Muy anterior á ellas es el bello romance de *Espinelo*, en que de una manera verdaderamente poética se presenta la superstición aneja, no ya al parto múltiple y monstruoso, sino al parto de gemelos:

Muy malo estaba Espinelo;—en una cama yacia;
Los bancos eran de oro,—las tablas de plata fina,
Los colchones en que duerme—eran de holanda muy rica,

Las sábanas que le cubren—en el agua no se vian,
La colcha que encima tiene—sembrada de perlería;
Á la cabecera asiste—Mataleona, su amiga;
Con las plumas de un pavon—la su cara le resfria.
Estando en este solaz,—tal demanda le hacia:
«Espinelo, Espinelo,—¡cómo naciste en buen dia!
El dia que tú naciste—la luna estaba crecida (1),
Que ni punto le faltaba,—ni punto le fallecia.
Contádesme tú, Espinelo,—contádesme vuestra vida.»
«Yo te la diré, señora,—con amor y cortesía:
Mi padre era de Francia,—mi madre de Lombardía;
Mi padre con su poder—á toda Francia regia;
Mi madre, como señora,—una ley introducía:
Que mujer que dos pariese—de un parto y en un dia,
Que la den por alevosa—y la quemen por justicia,
Ó la echen en el mar,—porque adulterado habia.
Quiso Dios y mi ventura—que ella dos hijos paría
De un parto y en una hora,—que por deshonra tenía.
Fuérase á tomar consejo—con tan loca fantasía
Á una captiva mora—que sabe nigromancía.
«¿Qué me aconsejas tú, mora,—por salvar la honra mía?»
Respondiérale: «Señora,—yo de parecer seria
Que tomases á tu hijo,—el que se te antojaria,
Y lo eches en la mar,—en una arca de valia,
Bien embetunada toda,—con mucho oro y joyeria,
Porque quien al niño hallase,—de criarle holgaria.
Cayera la suerte en mí,—y en la gran mar me ponia,
La cual, estando muy brava,—arrebatado me habia,
Y púsome en tierra firme—con el furor que traia,
Á la sombra de una mata,—que por nombre Espino habia,
Que por eso me pusieron—de Espinelo nombradia.
Marineros navegando—halláronme en aquel día;
Lleváronme á presentar—al gran soldan de Suría.
El soldán no tenía hijos;—por su hijo me tenia;
El soldán agora es muerto.—Yo por el soldan regia (2).

Increíble parece que sobre la fábula de los Porceles haya podido componerse una obra dramática. Pero á Lope no había asunto que le arredrase, por monstruoso que fuera, en siendo tradicional y creído por el pueblo. Tanto él como sus espectadores entraban de buena fe en la leyenda, la sentían con ingenuidad, que es el modo más poético de sentirla, y esta candidez es lo que salva y hace interesante lo que

(1) Versos tomados literalmente del romance fronterizo, que comienza:

Abenámar, Abenámar,—moro de la Morería.....

(2) Núm. 152 de la *Primavera* de Wolf, tomado de la *Rosa de amores* de Timoneda, y del *Cancionero Flor de enamorados.*

presentado con aparato artístico sería ridículo é intolerable. Las heroínas de esta comedia paren en escena; la criada sale llevando en una cesta los niños para tirarlos al río: verdad es que ya el clásico Terencio había hecho resonar en el teatro los gritos de la parturiente y hecho salir á la comadre á lavar los paños. Lope trató el cuento como cuento, sin alteraciones, artificios ni melindres de ningún género, é hizo, no un drama regular, lo cual era de todo punto imposible, pero sí una representación novelesca, ingeniosa, amena, poética, rica de felices rasgos locales, así en la pintura de los colmenares de los montes de Toledo (1), como en las alusiones á la cría de los gusanos de seda y á la granjería y trato de ella en Murcia (2),

(1) Así dice de las abejas:

Que es gente que tienen rey,
Y que en república están;
Que marchan con capitán
Y tienen gobierno y ley.
. . . . . .
¡Quién se las ve de las frescas
Flores, al Abril vestidas,
Con sus cueras guarnecidas
Y con sus calzas tudescas!
¡Quién se las ve los piquillos,
Pies y manos y pescuezos,
Llenos de flores de brezos,
De romeros y tomillos!
Y ¡quién se las ve enojadas
En iguales ocasiones
Con sus agudos lanzones
De furia y soberbia armadas!

(2) Así de los gusanos y de las moreras:

Son los gusanos de seda
La cosa más delicada
Que hoy tiene el mundo criada.
. . . . . .
¡Notables secretos hallo
En este animal pequeño!
—En fin, ¿ninguno murió
En esta tempestad?
—No,
Que soy cuidadoso dueño.
Con panderos y sonajas
Los hicimos tal ruido,
Que los truenos no han sentido
Ni se han movido en las pajas.
—¿Ya les das hoja?
—Ya comen.
—Los morales, ¿cómo están?
—Cien hojas por una dan,
Aun antes que se las tomen.
Apenas los acabamos,
Lisandro, de desnudar,
Cuando ellos vuelven á dar
Más hojas que les quitamos.

sin que tampoco falte el indispensable elemento del canto y música popular (1).

Terminadas en este volumen las comedias históricas cuya acción se desarrolla en tiempo de los Reyes Católicos, dedicaremos el siguiente á las obras del mismo género que tienen por tema acontecimientos de la época del Emperador Carlos V, y de Felipe II.

M. Menéndez y Pelayo.

---

(1) Al fin del acto primero hay una canción de romería:

A la Virgen bella
De aquesta ermita
Cielo y tierra celebren
Su dulce día.
A la bella Virgen
Que á tantos guia,
Da salud, rescata,
Da gloria y vista.
Murcia, que la tiene
Por amparo, diga:
«Cielo y tierra celebren
Su dulce dia.»
Morenica me adoran
Cielos y tierra,
Que del sol de mis brazos
Estoy morena.
Tanto sol me ha dado
Del niño hermoso,
Que hasta el pecho amoroso
Tengo abrasado:
Todos me han llamado
Blanca azucena;
Que del sol de mis brazos
Estoy morena.

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

QUINTA SECCION

LA ENVIDIA DE LA NOBLEZA

LA ENVIDIA DE LA NOBLEZA

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Zaide.
Zelindo.
Zulema.
Hamete.
Fatimín.
Sultán.
Almanzor, *Rey*.
Un músico.
Reduán.
Lindaraja.
Alima.
Xarifa.
La Reina de Granada.
Maestre de Santiago.
Maestre de Calatrava.
Rey D. Fernando.
Don Juan de Mendoza.
Tello, *soldado*.
Carpio, *soldado*.
Lucindo.

ACTO PRIMERO.

Zelindo y Zaide.

ZELINDO.

¿Pues qué quieres que haga,
Zaide, en tanta desdicha?

ZAIDE.

Tente un poco.
¿Así tu amor me paga el que me debe?

ZELINDO.

Será volverme loco;
Que un mal en tanto exceso,
Mas presto resistido, quita el seso.

ZAIDE.

El no tener paciencia
En las adversidades no es de pechos
Magnánimos.

ZELINDO.

¿Qué ciencia
Los que están del amor más satisfechos
Contra el amor hallaron?
¿Qué hierbas y palabras le aplicaron?
Á mí no solamente
Me mata amor, que yo le agradeciera
Mi muerte; otro accidente
Mayor me obliga á que celoso muera:
Y aún quieren hoy los cielos
Que tenga mayor mal que amor y celos.
Perder el bien ¡oh Zaide!
¿No es mayor mal que celos y que amores?
Pues mañana el Alcaide
De la Alhambra, con seis de los mejores
Soldados que ella tiene,
Á nuestra villa por Xarifa viene.
Quiere el Rey de Granada
Hacerla su mujer, porque ha sabido

Su hermosura extremada;
En fin, al viejo padre le ha pedido,
Que allá en un pleito estaba;
Dióscla al Rey, con ver que yo la amaba;
Porque no ha reparado
Que me la prometió como á sobrino
Que, en efecto, ha criado
Como á hijo.

ZAIDE.

No pienso que un camino
Que es de tanta importancia
Tendrá sin prevención breve distancia.
En lo que toca al viejo,
No ha errado en dar su hija al Rey.

ZELINDO.

¿No ha errado
En darla, sin consejo
De sus deudos, al Rey, que nunca ha estado
Bien con nuestro linaje?
¿No era mejor un hombre Bencerraje?
¿No ves que eternamente
Nos habemos mezclado con Zegríes?

ZAIDE.

Ver coronar su frente
Por Reina de Granada, aunque porfíes,
Le disculpa y abona.

ZELINDO.

La que está dividida no es corona.
Si el Rey quiere mañana,
¿No hará reinar también otras mujeres?
Bien haya la cristiana
Ley..

ZAIDE.

Con muy justa causa la prefieres;
Pero si el Rey la estima,
Tendrála sola.

ZELINDO.

¡Ay mi Xarifa, ay prima!
¿Qué haré yo por librarte
De Reduán y los soldados fieros
Que al Rey quieren llevarte?
Pero Granada tiene caballeros
De mi linaje, y tales,
Que harán hazañas á mi amor iguales.
Escribiré que vengan
Cinco ó seis que, saliéndole al camino,
Á Reduán detengan,
Maten á Reduán.

ZAIDE.

¡Qué desatino!
Si el Rey otros envía.

ZELINDO.

Pues dejaré llevar la prenda mía.
Y cuando caminando
Vayan por algún bosque, á él saldremos,
Y á Xarifa quitando,
El reino de Granada dejaremos;
Que Rey tiene Sevilla,
Ó nos dará su sueldo el de Castilla.

ZAIDE.

Cuanto deba estimarse
Un buen consejo, muestra el buen suceso.

ZELINDO.

Que no puede pagarse
Con el oro del mundo te confieso;
Mas di: ¿qué me aconsejas,
Zaide? Que moriré si así me dejas.

ZAIDE.

En Jaén está ahora
El famoso Maestre de Santiago,
Que venera y adora
Castilla, y es de nuestra sangre estrago:
Escríbele una carta,
Con que le harás que á tu remedio parta;
Que si á Xarifa bella
Roba el Maestre y el Alcaide quita,
No casará con ella
El Rey, como en tu daño solicita;
Ni dirá que tú has sido
Quien saliste á quitársela atrevido.
Con esto libre quedas
Del enojo del Rey, y más seguro
De que casarte puedas,
Siendo el Maestre tu defensa y muro.

ZELINDO.

Es consejo divino;
Mas parece escribirle desatino.
Si yo le conociera,
Bien pienso que el Maestre me ayudara.

ZAIDE.

¿Pues en eso qué hiciera
Cuando amistad, Zelindo, le obligara?
La hazaña está en hacerte
Este bien y merced sin conocerte.
Yo conozco cristianos
Que harán bien á sus propios enemigos.

ZELINDO.

Poner quiero en sus manos
Mi remedio.

ZAIDE.

Los cielos son testigos
Que te hablo sin engaños,
Por excusarte de mayores daños.

ZELINDO.

¿Quién llevará la carta?

ZAIDE.

¿No tienes tú criado que haya estado
En Castilla, y que parta
En la lengua y la industria confiado?

ZELINDO.

Zulema un poco sabe,
Y suele ser de mis secretos llave.

ZAIDE.

Pues ése parta luego,
Que es hábil para todo y atrevido.

ZELINDO.

Voy á escribir. ¡Ay ciego
Y dulce amor, infierno del sentido,
No tengas por victoria
Dar pena al alma y á los ojos gloria!

Vanse.

Salen Xarifa y Alima.

XARIFA.

Plegue á Dios que nunca sea,
Ni tanto dure mi vida.

ALIMA.

No hay discreto que no crea
El mal.

XARIFA.

No estoy ofendida
De que Almanzor me desea.
De mi padre, Alima, estoy
Quejosa.

ALIMA.

Culpa te doy,
Como á tu padre disculpa.

XARIFA.

¡Luego no tiene la culpa,
Y yo la culpada soy!

ALIMA.

Tu padre hacerte procura
Reina de Granada, cosa
Que tu grandeza asegura;
Pero tu culpa es forzosa,
Causada de tu hermosura;
Que si no fuera por ella,
No le incitara la fama.

XARIFA.

Maldigo mi mala estrella.

ALIMA.

El Alcaide de Cartama
Le dijo que eras tan bella;
Y un cautivo, gran pintor,
Que ha dado en hacer retratos,
Ha encendido más su amor.

XARIFA.

¡Ay, Alima! Para ingratos
Es el infierno mayor.
Bien sabes tú lo que debo
Á mi primo, el más galán,
Valiente y noble mancebo
De nuestro linaje.

ALIMA.

Están
Sirviendo al amor de cebo
El parentesco y el trato.

XARIFA.

Dejarle no es justa ley;
Que yo sé de su recato
Que cuando le hicieran Rey
No fuera conmigo ingrato.
Y fuera de esto, mi amor
Y la inclinación, Alima,
Á su talle, á su valor,
No hace del reino estima,
Porque el del alma es mayor.
Mucho quisiera saber
Si esta desdicha ha de ser
Como mi padre me escribe.
Aquel tu espejo apercibe
Para que lo pueda ver.
Haz lo que sabes, Alima,
Pues no hay mora que te iguale,
Si mi dolor te lastima.

ALIMA.

Contra los hados no vale
Cuanta fuerza el mundo estima.
Ya por el espejo voy.

XARIFA.

Plegue á los cielos que vea
Cómo de mi primo soy.

ALIMA.

No sé, Xarifa, qué crea
En la confusión que estoy.

Vase.

XARIFA.

El sátiro, que vió primero el fuego
Resplandeciente, claro y luminoso,
Fuéle á abrazar alegre y codicioso;
Pero abrasado se detuvo luego.
Miró unas flores, que el ameno riego
Fertilizaba de un arroyo hermoso,
Y dijo: ¡Oh campo alegre y deleitoso!
¿Por qué os dejé de aquella lumbre ciego?
Tal yo, que con mi engaño me aconsejo
Y de todo el sentido me despojo,
Sigo mi daño, y de mi bien me alejo.
Mi muerte busco, y de vivir me enojo;
Las flores de oro en la corona dejo,
Y al fuego del amor el alma arrojo.

Sale Alima con un espejo.

ALIMA.

El espejo viene aquí
Con toda la diligencia
Que se puede hacer por ti.

XARIFA.

¿Abriréle?

ALIMA.

Ten paciencia.

XARIFA.

Furia es amor.

ALIMA.

Es así.

XARIFA.

¿Tienes algo más que hacer?

ALIMA.

No, Xarifa, aquí te mira.

XARIFA.

¡Cielos, permitidme ver
Con Zelindo, aunque mentira
Mi deseo venga á ser!

Mírase al espejo.

¡Ay de mí!

ALIMA.

¿Qué ves?

XARIFA.

Aquí,

Alima, me veo á mí
Con una corona de oro.

ALIMA.

Con ese real decoro
Te verás presto.

XARIFA.

¿Yo?

ALIMA.

Sí.

XARIFA.

Quítame el espejo allá;
Maldita sea mi suerte.

ALIMA.

¿Pues esto pena te da?

XARIFA.

Más quisiera ver mi muerte,
Aunque en la corona está.
¿Yo sin Zelindo? ¿Yo Reina?
¿Para el laurel de Almanzor
Amor mis cabellos peina?
No es Reina quien tiene amor
Y en brazos ajenos reina.
Yo me mataré primero,
Dulce adorado, bien mío;
Que la corona que espero
Veréis en mi cuerpo frío
Pasado de un blanco acero.
No quiero yo bien sin vos;
Que no está en el oro el bien.

ALIMA.

Espero, Xarifa, en Dios
Que templarás el desdén
Y que os querréis bien los dos.

XARIFA.

¿Quién?

ALIMA.

Tú y el Rey.

XARIFA.

¡Qué bajeza!

ALIMA.

Aún no te han llamado alteza.

XARIFA.

Eso no, que soy mujer
De las que saben querer;
Porque no hay mayor firmeza.

Vanse.

Salen el Maestre de Santiago y Tello y Carpio, soldados.

MAESTRE.

Duerme tal vez en brazos del sosiego,
Con el soldado, de la guerra el arte:
Juega con la celada el niño ciego,
Y en el regazo de Acidalia Marte.
Diez años sobre Troya estuvo el griego,
Y aunque asistiendo en una misma parte,
No siempre armado; que tal vez los graves
Colgaron las espadas de las naves.
No siempre del veloz arco tirada
Está la cuerda, que tal vez afloja;
No siempre se ha de desnudar la espada,
Aunque provoca nuestra insignia roja.
Ahora juega amor con la celada,
Mientras el fiero Marte se despoja
De las doradas armas, que algún día
Más luz al sol, que de ellas tiene, envía.
Duerma seguro el ínclito Fernando,
Jaén, Granada (1), y goce la ribera
De Genil Almanzor, que amenazando
Su muro está la verde primavera;
Que cuando Dinadámar esmaltando
Vaya su margen de la flor que espera,
Con las hojas de nácar su Granada
Coronará su espléndida celada.

TELLO.

Si bien, Maestre ilustre, duerme ufano
Sobre la parva el labrador contento,
En la imaginación previene el grano,
Á la primera sementera atento:
Así todo soldado castellano
Espera, con heroico pensamiento
Sobre mil felicísimas victorias,
De la empresa mayor mayores glorias.

CARPIO.

Aquí está un moro, que con gran secreto
Te quiere hablar.

MAESTRE.

¿De dónde?

CARPIO.

De Granada.

MAESTRE.

¿Es hombre noble?

CARPIO.

No, pero discreto.

MAESTRE.

¿Qué armas?

CARPIO.

Sola una azagaya herrada.

MAESTRE.

Di que éntre.

Sale Zulema, morillo gracioso.

ZULEMA.

Alá, sonior, á quien sojeto
Estar el mondo, el que temer tu esbada,
Gardamos vosancé.

MAESTRE.

Bien seas venido.

ZULEMA.

Los pies é manos que besamos pido.

MAESTRE.

¿Qué miras alrededor?
¿Tienes miedo, ó no te agradan
En tu embajada testigos?

ZULEMA.

Ser segreta me embajada,
É por eso soplicalde,

(1) Falta el sentido.

Vosancé, que al esgocharla,
Ser de brosona á brosona,
Porque estamos de emportancia.

MAESTRE.

¡Hola, soldados!

TELLO.

Señor.

MAESTRE.

Retírense. Moro, habla;
Que seguramente puedes.

Vanse los soldados.

ZULEMA.

Luz de la nación crestiana,
Honra de la santa empresa,
Que tenelde colorada,
Por ser esbada famosa
Teñeda en sangre frecana,
Saber que el moro Zelindo,
De la villa de Cartama,
Cabaliero zenzerraje
De la más florede casta,
Como decer en Castilia,
Gozmán, Borriquez de Lara,
Bacheco, Castro, Toledo,
Cordova, Geron e Vargas,
Hejo de Algaides é nieto
De reyes, valiente esbada,
Que vos haber conocido,
Losa, Marubel e Baza,
Estar en on grande pena;
Que entre las cosas homanas
Decer sabios que el amor
Ser la mayor para el alma.
Amor que estar on beliaco,
Poto, becaro, que mata,
Pos entra hacendo cosquilias,
E despos metemos lanza.
Amor que estamos el quedo,
E estar como mula falsa,
Que al ir al echar el silia,
Dar al barrega batadas.
Mas tener el zenzerraje
Razón, que tenemos ansias
Por Xarifa, prima suya,
Á la más prima de Esbania.
Escochame el que te dego,
Si sabemos retratarla,
Aunque vista pocas veces,
Que entrar Zolema en so casa.
Porque ser mora doncelia,
E más vertuosa é casta
Que estar la mojer de Olises,
La que Peroloper liaman.
Tener el primero on frente
De marfil tan lisa tabla,
Que el amor y la fortuna
Podelde jogar el damas.
Cobrimosla de un cabelio
Pardo enzarzado, que basta
Á volver almas ovejas,
Que en zarza dejar el lana.
¿Qué te decer de los ojos?
Si en el cielo estar glavadas
Algonas estrelias negras,
Poras estrelias retratan.
Ojos negros habrás visto,
Mas aquestos acombania
Ona certa becardía
Que el corazón arrebata.
¿Qué te decemos narez?
Ni estar pequenia ni larga;
Pero estar flecha de amor,
Porque de dos arcos basa.
El boca es perder el seso,
Porque dos rosas engastan
Perlas, que ir al mal de Sur
Natoraleza á boscarlas.
El bescozo estamos neve,
Más pora que en Alpojarras.
El manos estar locura,
Ser diez garambanos de agua.
El demás no le decemos,
Porque vos adevenalda,
Porque la emagenación
Tal vez no admite palabras.
Finalmente, estar al belia
Desde el cabelio á la planta,
E morto de amor Zelindo,
Proseguimos el que falta.
La fama de so hemosura
Liegar al rey de Granada
Manzor, é pedirla al padre,
Que hacerla querer Soltana.
Padre otorgar el partido:
El rey Manzor damos traza,
Que el alcaide Redoán
Ir por Xarifa á Cartama.
Zelindo, entre tantos celos
E trestes desconfianzas,
Pensamos en tu nobleza,
E escrebemosle esta garta.
Porque con algona gente
Te pedemos al que vayas
Al cameno á Redoán,
Y que á Xarifa quitalda.
Que traelda vosancé
Á Jaén, e ser so esclava,
Para que después Zelindo
Casar con elia en to casa.
Tres cosas mover to pecho:
So amor, so sangre, esta hazania;
Que para el valor Bacheco,
Gran sonior, cualquiera basta.

MAESTRE.

Dame la carta.

ZULEMA.

Ésta ser.
¿Haberlo entendido?

MAESTRE.

Aguarda.

ZULEMA.

Bordonar, se no estar diestro
Á la samia casteliana.

Lee el Maestre.

«Invictísimo Maestre, agravio hacen á tu valor todos los caballeros que no le buscan para ampararse de él en todas las ocasiones. Yo lo soy, aunque africano, pero no importa, para que tú me favorezcas; que el sol igualmente sale en Granada y en Castilla. El mensajero de ésta te informará despacio del estado de mis desdichas; que para lo que de tu valor dice la fama, bastará que las sepas. Y para que creas mi agradecimiento, sabe que soy bencerraje. Xarifa, mi prima, te suplica lo mismo; y los dos, con lágrimas, nos echamos á tus pies, prometiendo ser tus esclavos eternamente. Perdona la ignorancia de esta carta; que las grandes confusiones nunca hallaron palabras discretas en los pechos afligidos. Alá te guarde.—*Zelindo.*»

ZULEMA.

¿Agradamos vosancé
El cartera?

MAESTRE.

En fin, ¿la quiere
El Rey?

ZULEMA.

Que por elia muere.

MAESTRE.

Pues perdone, que yo haré
De suerte que no la goce.
¿Cuándo por ella vendrán?

ZULEMA.

Logo, sonior.

MAESTRE.

¿Reduán
Es bravo?

ZULEMA.

Ben le conoce
Vosancé, que estar con él,
Según cantaron Granada,
Peleando en emboscada
Al monte de Murabel.

MAESTRE.

¿Allá se cantan de mí
Canciones con Reduán?

ZULEMA.

El mochachos, cuando van
Por zeite, decer así:
Maestre Santiago bon cabaliero,
Redoán más valente, que le vencemos.
Monte Murabel pelear de noche,
Santiago é Mahoma retomba el monte.
Maestre resbonde: rindete berro.
Redoán más valente, que le vencemos.

MAESTRE.

¿Qué, en fin, hay poetas moros?

ZULEMA.

¿Pues no sonior? Y aun jodíos.

MAESTRE.

Mal trataron de mis bríos
Por aumentar sus decoros.

ZULEMA.

Mera on hombre y on león,
Sobre cuál estar más forte,
Ir jontos, é ver por sorte
Un fonte en esta casión,
Que un hombre tener pentado
Con un león á los pies;
Decer el hombre: ya ves
Que te tener derrebado.
El león con disgresión
Responder: si león hiciera
Aquesta fonte, estoviera
El hombre al pie del león.

MAESTRE.

¡Tello!

Sale Tello.

TELLO.

Señor.

MAESTRE.

Seis soldados
Tomen seis caballos luego.

TELLO.

¿Cuáles mandas?

MAESTRE.

Tú y don Diego,
Carpio, Ortiz, Lerma y Tirados.
¿Bastan éstos?

ZULEMA.

Pesia tal,
Redoán, mera el que digo,
Hacemos cera de trigo
En vendo el rojo senial.

MAESTRE.

Ve delante; que canción
Dirán presto diferente.

ZULEMA.

Que el Maestre es el valente
En hacer el fonte el león.

Vase.

Salen Reduán, Xarifa y moros y Zelindo detrás, encubierto.

REDUÁN.

Pues, ¿cómo, en todo el camino
No has de levantar los ojos?
¿Ser Reina te causa enojos?
¿No es el llorar desatino,
Quien va á ser de un Rey mujer?

XARIFA.

No lloro yo, Reduán,
Mis dichas, que antes me dan
Imaginadas placer.
Dejar mi patria, enternece

Mis ojos.

REDUÁN.

Pues, ¿á qué aldea
Te llevan, para que sea
La causa que te entristece?
Dime, ¿en qué reino extranjero
Te casas, donde jamás
Padres ni deudos verás?

XARIFA.

Estas soledades quiero
Más que todas las grandezas
Del mundo.

ZELINDO.

Muriendo voy;
Pero no, que muerto estoy,
Pues no digo mis tristezas.
¡Ay sol, que te vas de mí,
Aunque me abrasas el pecho!
¿Cómo antípoda me has hecho
Hoy que amaneciste en mí?
¿Cómo te vas á poner
En la noche de mis celos?
¿Cómo permiten los cielos
Que te puedas esconder,
Cuando me estás abrasando?

XARIFA.

Haberme criado aquí
Causa esta tristeza en mí,
Y por eso voy llorando.
Que no vuelvo, Reduán,
A mi Cartama los ojos
Que no me den mil enojos
Las prendas que en ella están.
¡Ay patria del alma mía,
Mi soledad os adora!

REDUÁN.

Apenas verás, señora,
Tu Granada sólo un día,
La belleza de sus muros,
Los castillos de Abenámar,
Las fuentes de Dinadámar,
Mares de cristales puros,
Sus cármenes cultivados,
Cada cual otro pensil,
Y en jaspes verdes, Genil,
Quebrando vidrios helados.
Las ricas Torres Bermejas,
Donde, luego que amanece,
Tiende el sol, limpia y guarnece
Sus encrespadas guedejas.
El Alhambra y la famosa
Torre de Comares, tal,
Que no ha visto joya igual
Roma, en su edad victoriosa;
Almazán, Bibataubín
Y el Zacatín, y si pasas
La vista, un monte de casas
El levantado Albaicín.
Verás con arenas de oro
Bajar el Darro en la vega,
Adonde corrido llega
De haber dormido sin oro.
De Bibarrambla no digo
Lo que en las fiestas verás
Con la nobleza, que es más
Desde el tiempo de Rodrigo.
Vuelve á Granada su fama;
Que más valen los linteles
De una calle de Gomeles
Que mil villas de Cartama.
Y estando las leguas de ella
Que sabes, y en ocasión
De tal bien, ¿por qué razón
Vuelves los ojos á vella?

XARIFA.

¿Qué sabes tú lo que puede
La imaginación de un triste
Cuando un pensamiento asiste
Donde á sí mismo se excede?
Con los árboles suspiro,
Porque en sus hojas mis ojos
Imaginan los enojos
Del bien que por ellos miro.
Y como vienen de allá
Aquestas fuentes también,
Preguntéles por mi bien,
Cómo queda y cómo está.

REDUÁN.

¡Extraño amor!

ZELINDO.

¡Quién pudiera
Responder!

REDUÁN.

Si has descansado,
Vamos; que me da cuidado
Ver que el Rey ama y espera.

XARIFA.

Adiós para siempre, adiós
Ze (Zelindo iba á decir);
Adiós, que voy á morir,
Cartama, ausente de vos.

Vanse.

ZELINDO.

Fuése, partióse, quedé
Sin luz, sin alma y sin vida;
Porque allá la lleva asida
El alma que se me fué.
Tardó el Maestre. ¿Qué haré?
Pero ¡ay Dios! que no tardó,
Sino que se anticipó
Reduán más de dos días,
Con que á las desdichas mías
Todo el remedio quitó.
Xarifa de mis entrañas,
¿Cómo te vas y me dejas?
¿Por qué al ansia de mis quejas
Son las tuyas tan extrañas?
Tened, nevadas montañas,
Piedad de mí, pues no hay medio,
Y no la dejéis pasar.

Mientras que yo lloro un mar,
Será el dolor el remedio.
¡Ay, cielos, cómo volvía
Los ojos para buscarme,
Ó acaso para informarme
De aquella vil cobardía!
Pues espera, prima mía,
Mi luz del alma adorada;
Que yo sacaré la espada,
No para librarte á ti,
Mas para matarme á mí,
Antes de verte en Granada.
Celos, ¿qué me aconsejáis?
Pero aunque sois mal tan viejo,
Nunca disteis buen consejo;
Que sois envidia y cegáis.
Alma, ¿qué consejo dais
En mi remedio también?
¿Nadie responde? ¿No hay quién?
Pero bien hacéis, tiranos;
Que son los consejos vanos
Después de perdido el bien.
Pues en algo ha de parar
Este amor que me atormenta;
Pues para que no le sienta,
Dice que me ha de matar.
Bien mío, dame lugar
Para de ti despedirme;
Espera: ¿quieres oirme?
Tan firme vengo á quedarme
Que me pesa de matarme,
Porque dejo de ser firme.

Salen el Maestre y soldados con rodelas.

MAESTRE.
¿Por aquí no decís que suenan voces?
TELLO.
En arábigo suenan tristes quejas,
Como quien de la vida se despide.
MAESTRE.
Salid del monte y en la senda entremos,
Donde mejor información tendremos.
ZELINDO.
Gente á caballo de este monte sale,
Y alguna viene á pie, porque no tenga
Remedio aun en la muerte un hombre triste,
Aunque para los tristes hubo muerte.
¿Pero qué habrá que un desdichado acierte?
CARPIO.
¿Quién va?
ZELINDO.
¿Ya no lo ves?
TELLO.
Detente, moro.
ZELINDO.
Cristianos, ¿es posible que llegásteis
Tan cerca de Granada?
CARPIO.
No te admires;
Que somos del Maestre de Santiago.
ZELINDO.
¿Del Maestre?
TELLO.
De él mismo.
ZELINDO.
¿Dónde queda?
TELLO.
Aquel á quien ocupa todo el pecho
La roja cruz, es el Maestre.
ZELINDO.
Deja
Que me arroje á sus pies. Maestre noble,
Cumpliste al fin, como cristiano Marte,
Con las obligaciones que te debes.
¡Oh caballero insigne, en quien se emplea
El laurel victorioso justamente,
Cómo se ha visto en ti la gran nobleza
Del apellido de tu insigne casa,
Y en mí la gran desdicha de la mía!
MAESTRE.
¿Eres el bencerraje?
ZELINDO.
Soy Zelindo,
El que se puso en tus valientes manos.
MAESTRE.
¿Pues de qué te lamentas de ese modo?
ZELINDO.
Pacheco, porque ya perdióse todo.
MAESTRE.
Yo no tardé, que luego que me dieron
Tu carta, puse á punto mis soldados
Y salí de Jaén.
ZELINDO.
Mi desventura
Causó venir más presto que pensábamos
Por Xarifa, mi prima, el fiero Alcaide,
Que ya estará muy cerca de Granada.
MAESTRE.
¿No le podré alcanzar?
ZELINDO.
De ningún modo,
Pacheco, porque ya perdióse todo.
MAESTRE.
Por vida de Fernando, que aunque sea
Llegar hasta la misma puerta Elvira,
He de seguirle.
ZELINDO.
Tente, ilustre príncipe,
Pues sabes ya que el capitán discreto
No se pone á peligro sin efeto.
Xarifa será Reina de Granada.
Tu esclavo soy.
MAESTRE.
Por Dios, amigo Tello,
Y por la espada roja de Santiago,
Que desde que saqué la blanca mía,
No he tenido pesar como este día.
¡Que he de volverme sin aquesta empresa
De amor, de honor y de un contrario mío,
Como el alcaide Reduán!

TELLO.

Ya es hecho.
Tú las obligaciones has cumplido
De caballero, y este noble moro
Conoce que él el desdichado ha sido.

MAESTRE.

¿Qué dirán en Jaén?

TELLO.

Ninguno sabe
La causa que movió tu heroica espada;
Y basta estar tan cerca de Granada.

ZELINDO.

Noble Maestre, cuando tú llegaste
Solicitaba yo mi justa muerte;
No has hecho poco, pues con sólo verte,
Vida deseo ya para servirte.
Entre esos montes, ya desconfiado,
Dejé mi bien, y voy tan consolado
De tu real magnánima presencia,
Que sufriré mil años de su ausencia:
Que aunque ahora se fué, bien há cien años,
Tal pueden con amor dulces engaños.
Sólo te pido que me otorgues sólo
Un solo bien.

MAESTRE.

Haré por tu persona,
Zelindo, cuanto pueda, y cuanto espero
Hacer después, á ley de caballero.

ZELINDO.

Ven conmigo á Cartama; que su Alcaide
Es mi tío, y llevándote conmigo
Nos abrirán la villa, y en mi casa
Descansarás honrándola.

MAESTRE.

Quisiera
Poder hacer tu gusto.

ZELINDO.

No me niegues
Esta merced; que no tendré consuelo,
Perdida mi Xarifa, sin llevarte.

MAESTRE.

¿Qué haremos, Tello?

TELLO.

Hacer lo que es tan justo:
Descansarán siquiera los caballos;
Que volvellos así será matallos.

MAESTRE.

Vamos, Zelindo, y viva tu linaje,
Que basta ser galán abencerraje.

ZELINDO.

No habrá cobrar mi vida de otro modo,
Pacheco, porque ya perdióse todo.

Salen el rey Almanzor y Lindaraja.

REY.

¿Ésto te causa cuidado?

LINDARAJA.

¿Qué quieres que me le dé
Mayor, pues tan claro sé
Que Xarifa te le ha dado?
Dícenme que has enviado
Por ella ahora á Cartama.

REY.

Así lo dirá la fama,
Y verdad debe de ser;
Pero la propia mujer
Nunca es buena para dama.

LINDARAJA.

¡Qué donaire! ¿Pues por qué?

REY.

Porque cierta posesión
Disminuye la afición,
Y de experiencia se ve:
Amor que seguro esté
Nunca le llames amor.
Amor ha de ser temor
De dos que se quieren bien;
Que temer perder el bien
Hace su fuerza mayor.

LINDARAJA.

Luego, señor, mientras ama
Vuestra Alteza esta mujer,
¿Cuál de las dos viene á ser,
Dígame, mujer ó dama?

REY.

Mujer ahora se llama.

LINDARAJA.

Pues amándola, ¿en qué está
La diferencia?

REY.

En que habrá
Tiempo de no amarla.

LINDARAJA.

Veo
Que el trato enciende el deseo.

REY.

No hará.

LINDARAJA.

Sí hará.

REY.

No podrá.

LINDARAJA.

Sí podrá, que siendo hermosa
No podrá desmerecer
Por el nombre de mujer.

REY.

Antes es cosa forzosa.

LINDARAJA.

¿Por qué?

REY.

Porque si es celosa,
No hay condición tan sujeta;
Que si ese lazo le aprieta,
Le pueda mucho sufrir.

LINDARAJA.

Ella los sabrá pedir
Á tiempo, como discreta.

REY.

¿Pues como tú, Lindaraja,
Me los pides?

LINDARAJA.
No soy yo.
Tu mujer.
REY.
Eso firmó
En el amor la ventaja:
Ahora bien, celos ataja,
Que son del amor rodeo.
LINDARAJA.
Pues permite á mi deseo
Y á mis ojos que te den
De Xarifa el parabién,
Como de tu nuevo empleo.

Sale Hamete.

HAMETE.
Ya ha llegado Reduán
Con tu esposa.
REY.
Á verla voy.

Vase.

LINDARAJA.
Yo también.
HAMETE.
Espera.
LINDARAJA.
Soy
Á quien estos celos dan.
HAMETE.
¿Es posible que aún están,
Lindaraja, tus desdenes
Firmes?
LINDARAJA.
¡Qué nuevo que vienes!
¿Con celos no lo han de estar?
HAMETE.
No; que ocasión de olvidar
En dándote celos tienes.
LINDARAJA.
Yo no olvido lo que quiero
Por celos ó por mudanza.
HAMETE.
No hay amor sin esperanza.
LINDARAJA.
Pues yo le tengo y no espero.
HAMETE.
Será tu amor el primero
Que haya de esta calidad.
LINDARAJA.
Pues yo tengo voluntad
Sin pagarme, y no es error;
Que en sus costumbres amor
También tiene novedad.
HAMETE.
Pensara que despreciabas
Mi amor, porque soy Zegrí;
Pero amando al Rey así,
De que amas Zegrí te alabas:
Dirás que ya te admirabas
De que esto no te decía,
Que si no es tema, es porfía,
En lo que ya todas dais,
Pues en Bencerraje halláis
Amor, gusto y valentía.
No se tiene por mujer
La que no ama Bencerraje.
Que dais en que este linaje
Sólo ha llegado á saber
La firmeza del querer,
El vestir y el pelear:
En que se ve que esto es dar
En locura y no en razón,
Pues amar por elección
Es baja suerte de amar.
Si un Bencerraje se viste
De un color, éste alabáis;
Éste en Granada sacáis,
Ó sea alegre ó sea triste,
La buena fiesta consiste
En que salga Bencerraje;
Hasta el caballo y el paje
Del Bencerraje es mejor,
Como si estuviera amor
En paje, caballo y traje.
Para mí, ni el Rey te pica,
Ni te obliga su valor,
Porque sin duda tu amor
Á Bencerraje se aplica:
Esto bien lo significa
Este desdén, Lindaraja,
Haciendo yo más ventaja
Al mejor de estos infames
Que.....
LINDARAJA.
No quiero que los llames
Palabra, Hamete, tan baja.
Pero basta ser Zegrí
Para que envidioso seas,
Pues imitarlos deseas
Diciéndome mal á mí:
Hasta ahora nunca en mí
Hizo Bencerraje asiento;
Pero ya mi pensamiento
Se mudará á Bencerraje,
Porque es el mejor linaje
Y de más merecimiento.
HAMETE.
Mientes.
LINDARAJA.
No importa; que yo
Sabré vengarme de ti.
HAMETE.
La que no estima Zegrí
Es la que no mereció.
LINDARAJA.
¿Pues dígote yo que no?
Sois muy nobles y galanes,
Sois los fuertes capitanes,
Sois del vulgo maravilla,

Como lo son en Castilla
Los Córdovas y Guzmanes.
Déjame pasar, y vete;
Que no es bien que tu grandeza
Se ocupe con mi bajeza.

HAMETE.

¿Tanto rigor?

LINDARAJA.

Suelta, Hamete.

HAMETE.

Lo que tu desdén promete,
No lo ha de hacer tu piedad.

LINDARAJA.

Mal sabes mi libertad.

HAMETE.

Y si volverme pudieras
En Bencerraje, ¿qué hicieras?

LINDARAJA.

Tuviérate voluntad.

HAMETE.

¿Qué culpa tuve yo, fortuna esquiva,
En no tener la sangre venturosa
De este linaje, para ser dichosa
La esperanza que sólo en serlo estriba?
¿Nací de alguna bárbara cautiva,
Que me desprecia Lindaraja hermosa?
¿Ya mi sangre real es afrentosa?
¿Y sólo es bien que el Bencerraje viva?
Pues, ¡vive Dios! que la canalla fiera
Ha de morir, si está en su vida el precio
De nuestra libertad. Amor, espera,
Que para ti, si no eres loco ó necio,
Del breve tiempo y de la muerte afuera,
No hay veneno mortal como el desprecio.

Salen Sultán, Zaide y Fatimín, Bencerrajes.

ZAIDE.

Si esta fiesta concertamos,
No ha de entrar hombre Zegrí,
Gomel y Albenzaide sí.

SULTÁN.

¿Cómo la determinamos?

FATIMÍN.

Seis puestos de á seis.

SULTÁN.

¡Famosa!
Con que serán treinta y seis.

ZAIDE.

¿Qué librea sacaréis?

HAMETE.

Esta es la canalla odiosa.
Vive Dios, que no es al mar
Tan contraria la tormenta
Al hombre noble la afrenta,
Ni al discreto el necio hablar,
Al dulce sueño el ruïdo,
Á la esperanza el engaño,
Al amante el desengaño
Ni al beneficio el olvido,
Ni un traidor en un linaje,
Como éstos son para mí;
Que á los ojos de un Zegrí
Es veneno un Bencerraje.

Vase.

SULTÁN.

¿Quién era aquel caballero?

FATIMÍN.

Hamete me pareció.

ZAIDE.

Es noble y honrado, y yo
Por todo extremo le quiero.
No le falta, por Alá,
Más que ser de sangre nuestra.

FATIMÍN.

Sólo éste afición nos muestra,
Y de nuestra parte está;
Mas no os fiéis del mejor.

Sale Zulema.

ZULEMA.

Temblando por Dios llegar,
Mas hacer el que mandar
Zelindo, que estar sonior.
Con Xarifa estar movida
Al festas toda Granada.
¡Ay del alma, que estar dada
Á berros por su partida!
Que acechar mandar á me,
Todo el que para so amor.
¿Ser Zaide aquél? ¡Ah, senior!
Escocharme vosancé.

ZAIDE.

¿Es Zulema?

ZULEMA.

Estar quedico.

ZAIDE.

De varias congojas lleno,
Esperé, Zulema amigo,
El fin de aqueste suceso.
Cuando partí de Cartama,
Topé á Reduán, soberbio,
Con una escuadra de moros;
Y en verlos llegar tan presto,
Temí que no llegaría,
Zulema, el Maestre á tiempo.
Y cuando vi que Xarifa
Entraba, quedé suspenso,
Como el agua á quien le pone
Grillos en la noche el hielo.
¿Vino el Maestre? ¿Qué dijo?

ZULEMA.

Logo que el bon caballero
Receber el carta, y logo
Que el relazón entendemos,
Partir con seis de cabalio
En lanzas é dargas destros,
Que podemos, si salilde,

Á matar mil é quinentos.
Mas como venir Redoán
El primero que sabeldo,
Llegar tarde, estar Granada,
No haber homano remedio.
Volver Maestre á Cartama
Con Zelindo, dar posento
So padre, é todo soldado
Descansalde merecemos.
Yo partir, Zaide, en on yegua,
Que dejar potrillo overo,
Porque con el grande amor
Podemos volver más presto.
Para Maestre é soldados
Traer de Jaén dos cueros
Destos que beber crestianos,
Que estar bono al que sabemos.

ZAIDE.

¿Probástelo? ¡Mas no harías
Tan gran pecado!

ZULEMA.

Tenemos
Por becador por so vida;
Porque al camino venendo
Dar al diablo el tentazón,
En desatándole el piezgo,
Poner el boca tantico.

ZAIDE.

¿Qué tanto?

ZULEMA.

Estar boco tempo;
No ser más de un cuarto de hora.

ZAIDE.

Gran pecado.

ZULEMA.

Yo deseo
Ser gran becador, senior.

ZAIDE.

Di adelante.

ZULEMA.

En fin, volvemos
Á Cartama, y regalamos
Crestianos berdiz, conejo,
Cabrito, ternera, pollos,
Sólo porco al no teneldo.
Cuando el Maestre partirse,
Darle dos copas el vejo
De grestal y de oro puro,
Que valer metad de un reino;
Diez sortejas de diamantes,
Y on bayo de cabos negros,
Con on fanje é so tahelí,
Y en plata nelada el freno.
Partir Maestre, é decer
Que en todo contecimiento
Jorar á Dios, que matar
A los beliacos nemegos.
Mas no estando consolado
Zelindo, logo queremos
Que partimos á Granada,
Y él quedar lieno de celos.

ZAIDE.

Ya, pues, Zulema, la Reina
Que fué Xarifa, y tu dueño,
Entra en el Alhambra.

ZULEMA.

Estoy
Por matarme, é se lo dejo.
No creas, senior, que es más
De porque vivir deseo.

Suena música, sale acompañamiento, Reduán, la Reina, Hamete y el rey Almanzor, por otra parte, con las moras que puedan.

XARIFA.

Deme los pies vuestra alteza.

REY.

No, sino el alma en que os tengo.

XARIFA.

Yo soy, señor, vuestra hechura.

REY.

Y yo soy esclavo vuestro.
Venís buena, porque yo
Con veros estoy tan bueno,
Que tengo mil vidas ya.

XARIFA.

Vos me las dais, yo os las vuelvo.

REY.

¡Qué peregrina hermosura,
Reduán!

REDUÁN.

Es, Rey supremo,
Un gigante con su fama.

REY.

Mucho, por Alá, te debo.

XARIFA.

La salud, señor, que traigo
Á vuestro servicio ofrezco.

ZAIDE.

¿Qué os parece de Xarifa?

FATIMÍN.

Que la fama dijo menos
De lo que en ella se ha visto.

REY.

Esta ocasión, caballeros,
Es la de más gusto mío.

SULTÁN.

Trazadas, señor, tenemos
Fiestas en nuestro linaje.

REY.

Bien podéis agradecerlo;
Que son Bencerrajes todos,
Y son del linaje vuestro.

XARIFA.

Confieso á vuestra grandeza,
Señor, que me huelgo en verlos.

HAMETE.

También hay aquí Zegríes,
No menos nobles y buenos
Y el Rey, mi señor, lo es,
Que es lo mejor que tenemos.

REDUÁN.
Entrad, señora, en mi Alhambra.
HAMETE.
¡Qué poco honor nos ha hecho,
Que aun responder no ha querido!
REDUÁN.
Viene triste, no lo entiendo.
ZAIDE.
¿Qué te parece, Zulema?
ZULEMA.
Que es mojer, y que en dormiendo
Dos noches en otros brazos,
Trocar el amor en sueño.
Porque la mojer más firme
Estar veleta lejero,
Que hacia aquel parte que sopla
Hacia allí llevar el vento.

ACTO SEGUNDO.

Zelindo y el Maestre.

MAESTRE.
Fuera cumplimientos vanos,
Que no suele permitir
Amor entre amigos llanos.
ZELINDO.
Él me ha obligado á venir,
Maestre, á besar tus manos.
MAESTRE.
No he tenido más contento
Que el de hoy en verte en mi casa,
Después que la guerra intento.
ZELINDO.
Porque sepas lo que pasa
De mi loco pensamiento,
Vine, Pacheco, á Jaén;
Mas lo principal también
Por verte.
MAESTRE.
Pagas mi amor.
¿Vate bien de aquel rigor?
ZELINDO.
Del mal á nadie va bien.
Fué Zulema á ver la entrada
De Xarifa.
MAESTRE.
Esa sería
Como de Reina en Granada.
ZELINDO.
Toda la ciudad se ardía
En una Troya abrasada.
No había sin luz almena,
Ni torre menos que llena
De fuego: mas no llegaba
Al que el alma me abrasaba
Por mi fementida Elena.
Lucieron los Bencerrajes,
Dicha que siempre tuvieron,
Más que los otros linajes
En las fiestas que se hicieron,
Ya en las suertes, ya en los trajes.
Los Zegríes se han picado,
Porque dama no ha quedado
Sin Bencerraje galán,
De que me dicen que están
Con vergonzoso cuidado.
Á la Reina han ofrecido,
Para el día de sus años,
Una fiesta, y prometido
Que hasta los reinos extraños
No pueda cubrirla olvido.
Ya no hay en la Alcaicería
Tela que no esté comprada,
Ni joya en la platería.
MAESTRE.
Será fiesta celebrada
Por toda la Andalucía.
ZELINDO.
Al sol pienso que han pedido
Los caballos de su carro.
Y todo aquesto ha nacido
De un cierto Zegrí bizarro,
Quejoso de un largo olvido,
Si no es envidia de ver
Lucido nuestro linaje.
MAESTRE.
Lo cierto debe de ser;
Pero el vuestro Bencerraje
No tiene ya que temer.
Que la opinión concebida
No se la podrán quitar.
ZELINDO.
Yo pienso que no se olvida
Mi linaje en conservar
La fama y honra adquirida.
Que los que en Granada viven
Á los demás nos escriben
Que les vamos á ayudar,
Para no les dar lugar
Que con estas fiestas priven.
Zaide me pide que vaya,
Y aunque el amor de mi prima,
Maestre, me tiene á raya,
El honor común me anima,
Cuanto el amor me desmaya.
Ya tengo determinado
Ir á Granada.
MAESTRE.
Y es justo,
Á honrar tu linaje.
ZELINDO.
He dado
En tener algún disgusto
De lo que está concertado.

Y quiérome hallar en él
Por ayudarles en algo,
Por Bencerraje y Gomel.

MAESTRE.

Es propio de un pecho hidalgo
Ser á su sangre fiel.
Y podrás ver entretanto
Á la Reina.

ZELINDO.

No lo niego,
Aunque mi muerte adelanto,
Pues quiero acercarme al fuego.

MAESTRE.

Aunque en Cartama de ti,
Fuera del buen hospedaje,
Mil regalos recibí,
Generoso Bencerraje,
Y sin servirte de mí,
Quiero atreverme á que lleves
Una corta niñería
Á las fiestas, con que pruebes
Mi amor; que él dirá algún día
Si es verdad que me le debes.

ZELINDO.

Beso mil veces tus pies;
Pero temo que le des
Á mi padre algún disgusto.

MAESTRE.

No es pagarle, sino gusto
De ser con los dos cortés.
Seis caballos llevarás
Á las fiestas, en que creo
Que lucir mucho podrás,
Y llevarás mi deseo,
Que no hay que decirte más.
Un picazo, dos melados,
En fiestas ejercitados,
Y un castaño corpulento,
Que engendrar pueden al viento,
No ser del viento engendrados.
Un rosillo y un overo,
Con un blanco, á quien yo llamo
El cisne, aunque por ligero
Pudiera llamarle el gamo,
Si le probara primero.
Todos irán adornados
De ricos caparazones
De oro y de perlas bordados,
Que si en la plaza los ponen
Han de parecer pintados.

ZELINDO.

Para tanta obligación,
¿Adónde he de hallar respuesta?

MAESTRE.

Conocieras mi afición,
Á no serme tan molesta
La guerra en esta ocasión.
Que por esta cruz, que fuera
Á Granada disfrazado,
Y que en fiestas y en cualquiera
Suceso, siempre á tu lado,
Bencerraje pareciera;
Que yo sé la lengua bien
Y supiera disfrazarme.

ZELINDO.

Vida los cielos te den.

MAESTRE.

Si yo pudiere ausentarme
Estos días de Jaén,
Allá me verás vestido
Á usanza de Bencerraje.

ZELINDO.

Si has de ir, por merced te pido,
Y en honra de mi linaje,
Aunque nunca te ha servido,
Vayas conmigo, pues vas
Más seguro, aunque en Granada
Y en todo el mundo lo estás
Á la sombra de tu espada,
Que no hay que decirte más.

MAESTRE.

Ahora bien, entra á comer.

ZELINDO.

No ha nacido caballero
Tan noble.

MAESTRE.

Si puede ser,
Irá contigo mi acero,
Por si fuere menester.

Vanse.

Salen Hamete y Lucindo; moros.

LUCINDO.

En fin, que olvidando al Rey
Ama á Zaide.

HAMETE.

Ese rigor,
Lucindo, es la ley de amor,
Si puede llamarse ley.

LUCINDO.

¿Cómo no te quiso á ti
Viendo que la adoras y amas?

HAMETE.

Porque es delito en las damas
Ser caballero Zegrí.

LUCINDO.

Es influencia del cielo
Privar este mujeril
Linaje.

HAMETE.

Cosa tan vil
No sustenta ahora el suelo.
Debe de ser lo importante
Esto afeminado y lindo,
Porque cada cual, Lucindo,
Ha de amar su semejante.
Y así no te espantarás
Si ser mujeres los vieres,
Y que quieran las mujeres
A quien les parece más.

LUCINDO.

Eso, Hamete, contradice

La buena filosofía,
Y también la astrología
De Venus y Marte dice,
Por ejemplo natural:
Amor que cualquier mujer,
Que Venus se ha de entender,
Tiene al que es hombre marcial.
Si éstos son afeminados,
¿Cómo pueden ser queridos?

HAMETE.

Sus golillas, sus vestidos
Y sus cabellos rizados;
Sus manos blancas, que apenas,
Por no verlas lastimadas,
Los puños de las espadas
Tocaron de afeite llenas;
Aquel escucharse hablando,
Tan preciados de discretos,
Que van, por hallar concetos,
Quien los escucha matando;
Esto del tierno mirar
Y de escribir un papel
Tan cultivado que en él
No hay letra que cercenar,
Tiene, Lucindo, esta fuerza.

LUCINDO.

¿Dónde hay más merecimiento,
No llamo envidioso intento.
El que á la venganza esfuerza?
¿Sufriremos que en Granada
Hasta la gente vulgar
No acabe de celebrar
Su fiesta y virgen espada?
¿Y que á estar tan loco el Rey,
Por ser Bencerraje, venga
Con Xarifa, que ya tenga
Sólo su gusto por ley?
¿Sufriremos que les den
Los oficios y alcaidías,
Hamete, como estos días
Las provisiones se ven,
Solamente á Bencerrajes?

HAMETE.

Deja tú pasar las fiestas,
Verás á su vida opuestas
Las armas de mil linajes.
No ha de quedar, por Alá,
Hombre de esta sangre infame.

LUCINDO.

¿Quién habrá que la derrame,
Si el Rey tan perdido está
De amor de Xarifa bella?

HAMETE.

Ese es todo el fundamento;
Que en tratando de este intento
Se ha de comenzar por ella.
Mas disimula; que viene
Con el Rey.

LUCINDO.

Aquí te aparta.

Salen Sultán, Fatimín, Zaide, Lindaraja, Alima, Xarifa y rey Almanzor.

SULTÁN.

Apenas de ver se harta
Su hermosura.

ZAIDE.

Razón tiene.

REY.

En fin, no pueden ser en este día
Que cumples años, las alegres fiestas
Que el linaje Zegrí te prometía.

XARIFA.

Si son tan grandes, no estarán dispuestas;
Quiero decir, tan presto prevenidas.

REY.

Tu agradecido pecho manifiestas.
Quisiera de estas márgenes floridas,
Xarifa, hacerte una guirnalda hermosa,
Si el oro y perlas de mi frente olvidas.
Aquí en este jardín pareces rosa;
Siéntate, porque aprenda el jazmín puro
De tu garganta la color lustrosa.

Sale el Maestre, vestido de moro, y Zelindo.

MAESTRE.

Á notable peligro me aventuro,
Pero voy en la lengua confiado.

ZELINDO.

Maestre, en ser quien eres vas seguro.
¿No miras cómo el Rey está sentado
En el jardín con mi adorada ingrata?

MAESTRE.

Y con mucha razón enamorado.
Una Venus bellísima retrata
Xarifa.

ZELINDO.

Lisonjéanla las flores,
Y el agua, que era perlas, vuelta plata.
¿Quién os culpa, dulcísimos amores,
Si son tales amando los sujetos?
¡Oh bien hayan mis penas y dolores!
¡Oh amor, enfermedad para discretos!
Si algún necio os tuviere, luego olvide,
Parézcanse á la causa los efetos.
Hermosa prima, envidia me divide
De verte siempre, pues el bien de verte
Con otro ningún mal se iguala y mide.
Venga mil veces la cobarde muerte:
Muera mil veces yo, mas no de ausencia,
Pues no hay penas mayores que perderte.

MAESTRE.

Haz, Zelindo, un instante resistencia
Al sentimiento de tu prenda amada.

ZELINDO.

¡Ay, que me vuelvo loco en su presencia!

MAESTRE.

De todas las grandezas de Granada,
Ninguna vi mayor que su hermosura.

ZELINDO.

¡Por Dios, Maestre, que igualó á tu espada!

MAESTRE.

Calle la portentosa arquitectura
De esta Alhambra, sus jaspes y colores,
Que á pesar de los tiempos vive y dura;
Las torres, que del sol los resplandores
Le vuelven á nacer, y las bizarras
Puertas con mil pendones vencedores;
Las acequias, que en cárdenas pizarras
Parece que destilan dulcemente
La nieve de las altas Alpujarras;
Que su hermosura, á todos eminente,
Me admira más.

ZELINDO.

Honraste mis tristezas,
Y la dulce ocasión de mi accidente;
Que un rostro celestial, cuantas grandezas
Tiene la tierra, excede.

MAESTRE.

Á tus amigos
Puedes hablar; que amigos son riquezas,
Y más entre envidiosos enemigos.

ZELINDO.

Zaide, amigo.

ZAIDE.

¡Oh mi querido
Zelindo!

ZELINDO.

¡Oh fuerte Sultán!
¡Oh Fatimín!

LINDARAJA.

El galán
Zelindo, Alima, ha venido.

ALIMA.

Traeránle de su Cartama
Las fiestas de los Zegríes.
Parece que te sonríes.
¿Pues tiene en Palacio dama?
Que él siempre ha vivido allá.

LINDARAJA.

Dama sé yo que tenía
En Cartama, y este día
Dentro de Granada está.

ALIMA.

Malicias tuyas.

ZAIDE.

Los pies
Besa, Zelindo, á su alteza.

ZELINDO.

Tu coronada cabeza,
Que digna del mundo es,
Guarden los cielos, señor.

REY.

Zelindo, seáis bien venido;
Que lo que has tardado ha sido
Ofensa de nuestro amor.

ZELINDO.

Dadme, señora, las manos.

REY.

Dadle vuestras manos bellas;
Que bien pueden merecellas
Los que son primos hermanos.

XARIFA.

Estoy con él enojada,
Y jüez os quiero hacer,
Pues no me ha venido á ver,
Desde que estoy en Granada.
Que este injusto disfavor
Ni es sangre ni es amistad.

ZELINDO.

No culpéis mi voluntad,
Mi obligación ni mi amor,
Sino mi salud tan poca
Que quizás la sentiréis,
Si digna, señora, hacéis
De vuestra nieve mi boca.

XARIFA.

Mándallo el Rey, mi señor,
Me obliga á desenojarme.

ZELINDO.

Bien podéis las manos darme
Con su sentencia en favor.

XARIFA.

Para que os alcéis del suelo
Os las doy.

ZELINDO.

¿Quién me pudiera
Alzar, sino quien me diera
Diez estrellas de su cielo?
Las manos me las han dado,
Y todas son menester,
Señora, para poder
Levantar un desdichado.

REY.

¿No decían que tenía
Una zambra Reduán?

ALIMA.

Vestidos, señor, están;
Pero no es para de día;
Que con hachas ha de ser.

REY.

¿No me dijo que un cautivo
Cantaba con excesivo
Donaire en el baño ayer?

FATIMÍN.

Por él es ido, señor.

REY.

Pues decidle que queremos
Oirle; que bien sabemos
Su lengua.

XARIFA.

De ese cantor
Me han contado mil primores;
Y Generalife ahora,
Hará su voz más sonora
Con fuentes y ruiseñores.

ZAIDE.

Aquí viene Reduán.

Salen Reduán y un músico, de cautivo.

REDUÁN.

Y aquí, señor, el cautivo.

MÚSICO.
Ya el instrumento apercibo.
REDUÁN.
Mira que oyéndote están
Los Reyes y la nobleza
De Granada.
MAESTRE.
¿Qué hay, Zelindo?
ZELINDO.
Hay, Maestre, que me rindo
Á una amorosa tristeza.
Cuando aquella blanca mano
Besar quise á la cruel
Xarifa, le di un papel,
Y besé su nieve en vano.
Que no sólo me templó,
Pero con ardor más grave,
En el remedio süave
Mi vida la muerte halló.
MAESTRE.
Ya canta.
ZELINDO.
Amor me lastima.
MAESTRE.
Está atento, oye cantar.
ZELINDO.
Sí haré, porque pienso estar
En los ojos de mi prima.

Canta el músico.

MÚSICO.
El rey don Fernando el Santo
Desde Córdoba partía,
Á dar asalto á Jaén,
De Abenamar defendida.
El Maestre de Santiago,
Con lo mejor de Castilla,
Á los muros y á la fama
Altas escalas ponía.
Bien se defienden los moros;
Pero después de tres días
Se rinden al santo Rey,
Y á partido le convidan.
En las torres de Jaén,
¡Oh cuán bien resplandecían
Las cruces de los cristianos
Y de Santiago divisas!
REY.
No más, músico ignorante;
Que nuestras desdichas cantas,
Y á quien te escucha por gusto
Sus enemigos alabas.
Por Alá, que á no saber
Que lo has hecho de ignorancia,
Que con diferentes cuerdas
Te apretara la garganta.
MÚSICO.
¡Señor!
REY.
Echadle de aquí.
REDUÁN.
Pésame de ser la causa
De tu disgusto, señor,
Y en ocasión que pensaba
Que te hiciera algún servicio.
REY.
Oye atento.
REDUÁN.
¿Qué me mandas?
REY.
Reduán, bien se te acuerda
Que me diste la palabra
De darme á Jaén la fuerte
En una noche ganada;
Y que en sus altas almenas,
Que cruces rojas esmaltan,
En tafetanes azules
Pondrías lunas de plata;
Y que del fuerte Pacheco,
Que allá su Maestre llaman,
Me traerías la cabeza,
Ó por lo menos las armas.
Reduán, si no lo cumples,
Desterrarte hé de Granada,
Quitándote el Alcaidía
De las torres de la Alhambra.
Daré al mayor enemigo
Los amores que más amas,
Tus oficios y tus rentas
Á criados de mi casa.
Mira que te va la vida,
Después de tu honor y fama;
Que donde faltan las obras
Son infames las palabras.
REDUÁN.
No merecen mis servicios
El rigor con que me tratas
Delante de la nobleza
De caballeros y damas.
Que no soy yo el moro Alcaide,
El de la vellida barba,
El que mandaste prender
Por la pérdida de Alhama.
Y si el otro respondió
Entonces con arrogancia,
Bien lo puede hacer el Rey,
Mas yo no le debo nada.
Yo responderé, señor,
Con la lanza y con la adarga,
Sacando contra Castilla
Los soldados de Granada.
Iré á Jaén, y verás
En empresa tan gallarda,
Que no sobra la ventura
Cuando las palabras faltan.
Yo te traeré del Maestre
Ó la cabeza ó las armas,
Que bien las conocerás
En la señal colorada.
Y si no fuere mi dicha
Tanta que pueda ganarla,

No volveré de la guerra
Sin que en un pavés me traigan.

ZELINDO.

Reduán, en propia boca
Es afrenta la alabanza;
Y mal pensados principios
Trágicos fines aguardan.
¿Por qué imposibles prometes?
Pues sólo el Maestre basta
Para quitarte la vida
Y defender las murallas
De Jaén. Yo le conozco
Como á mí, y en la campaña
Hemos medido los dos
Los aceros y las astas.
Vencióme, yo lo confieso,
Y si quieres ver que engañas
Al Rey, prueba si conmigo
Acreditas tu arrogancia.
Yo, vencido del Maestre,
Te venceré, porque salgas
Tú de la duda en que estás
Y de su engaño Granada.

MAESTRE.

¿Qué dices?

ZELINDO.

Mira, Maestre,
Que te pierdes si no callas.

REY.

¿Qué es esto?

MAESTRE.

Decís verdades,
Si en los palacios se hallan.

REY.

Basta ya.

MAESTRE.

Deja.

REY.

No muevas
Más la lengua ni las plantas.

REDUÁN.

Con hombres como tú puede
Ganar el Maestre fama.

MAESTRE.

Sí que si son como tú,
Aun vencerlos es infamia.

REY.

¿Cuándo te ha vencido?

MAESTRE.

Ahora. (Aparte.)
Pues no desnudo la espada.

REY.

Vamos, señora, de aquí.

REDUÁN.

El que mi amigo se llama,
Sígame.

HAMETE.

No quedará
Caballero que no vaya
Contigo.

Síguenle Hamete y Lucindo.

REDUÁN.

¿No hay Bencerraje,
Moros, que conmigo salga?

HAMETE.

No, que en Granada se quedan
Á hacer labor con las damas.

ZELINDO.

Mientes, si da el Rey licencia,
Hamete.

HAMETE.

Ya con la espada
Te hubiera yo respondido;
Pero por eso hay campaña.
Y también sabe su alteza
Que en las rejas y en las plazas
Jugáis extremadamente
Los vocablos y las cañas;
Pero en la guerra no hay hombre
Que os haya visto la cara,
Ni os conoce el enemigo,
Que siempre os ve las espaldas.

ZAIDE.

Zelindo dijo denantes
Que mentías, y eso basta.

REY.

Prended á Hamete.

HAMETE.

¡Señor!

REY.

Llevalde á una torre, guardas.

Vanse todos, y quedan Zelindo y el Maestre.

MAESTRE.

¡Quién pudiera hablar aquí!
Pues dos cosas me obligaban
Tan justas.

ZELINDO.

¡Oh, gran Maestre,
Las cañas se vuelven lanzas!
¡Vive Dios, que no me pesa,
Cuando me matan el alma
Celos del Rey y Xarifa,
Que se revuelva Granada!
No haya fiestas, pesia á tal,
Ni los Zegríes las hagan,
Cuando yo me estoy muriendo.

MAESTRE.

Respondiera con la espada
Á las palabras de Hamete,
Si estos mirtos y retamas
En lo llano de esa vega
Fueran espinos y zarzas.
Y al alcaide Reduán,
Que con hinchada arrogancia
Le prometió mi cabeza,
Le diera seis cuchilladas.
Con que llevara á Jaén,
En una noche ganada,
En tafetanes azules
Lunas de plata en palabras.

Perdona, que cada uno
Á su propósito habla;
Ni hay hombre tan vil, que sufra
Que hablen de él mal, y en su patria.
Yo soy castellano, y soy
Cristiano: la ilustre casa
De Pacheco, mi apellido,
Es de las nobles de España.
Yo vine á ver estas fiestas,
Y no sin causa, á Granada,
Porque pienso que mi Rey
Quiere tratar de cercarla.
Su sitio he visto y defensas;
Que por iguales hazañas
Los soldados de Castilla
El temerario me llaman.
Dame licencia y perdona;
Que antes que el Alcaide salga
De Granada, he de tener
Á Jaén fortificada.

ZELINDO.

No saldrá, Maestre ilustre,
Sin prevenir sus escuadras
Reduán; que hay del decir
Al hacer mucha distancia.
Tiempo tienes de partirte.
Si venir Fernando trata
Á Granada este verano,
Haz de mí más confianza.
Mira muy bien la ciudad,
Sus torres altas y bajas;
Que yo en este cuerpo moro
Ya tengo el alma cristiana.
¡Por Alá, que ha de ser tuya!

MAESTRE.

Gente viene, aquí te aparta.

Sale Zulema.

ZULEMA.

¿Estar acá vosancé?
Valga el diablo so tardanza;
Esperar con darga é lanza,
É caballo, Tello y me.
Hoy no ser festas decilde,
Á mañana estar tan boco;
Vos que amar, estamos loco,
É vos ¿por qué no reñilde?
Tello, que poco saber
Del arábigo, estar morto
Decir; que tempo ser corto,
Se vos pensalde volver.
Se no, que mandar liebar
El cabalios á so casa
De Zaide, que el gente pasa,
É cansamos brogontar.

MAESTRE.

Espere Tello un momento,
Zulema, que yo también
Volver deseo á Jaén,
Pues basta el atrevimiento.
Las fiestas se han vuelto en guerras;
Eso me detiene aquí.

ZULEMA.

De Córcoles nunca oí
Valor que ese pecho encierra.

ZELINDO.

Hércules, dice, Zulema;
Ni le igualan mil tebanos.

ZULEMA.

¡Oh forte Cid de crestianos!
El mondo tus armas tema.
Mas dejando á Marte un boco,
¿Cómo le va á vosancé
De amor?

ZELINDO.

Que llegué, que entré,
Que vi y que me vuelvo loco.

ZULEMA.

¿É cómo estar so premica?
¿Asentamos so persona
Lindamente la corona?

ZELINDO.

Como al rojo sol se aplica
Aquel resplandor dorado.

ZULEMA.

¿Hablámosla?

ZELINDO.

Y la besé
La mano.

ZULEMA.

Pos vosancé,
¿De qué estar desatenado?
¿No sentir desde la boca
Ir certa consolación
Poco á poco al corazón?

ZELINDO.

¡Ay, que era nieve muy poca
Para tanto fuego mío!

ZULEMA.

Pos andamos Alpojarra,
Que de su mano bezarra
No le bastamos el frío.

ZELINDO.

Por otra parte, me quema,
Me deshace y me lastima
Ver con otro hombre mi prima,
Mi prima y mi bien, Zulema,
Y que á su lado se siente.

ZULEMA.

¿É qué emporta estar al lado?
Peor fora haber pensado
Al que estamos frente á frente.

Sale un paje con un papel.

PAJE.

Hamete, Zegrí, os envía,
Zelindo, aqueste papel.

ZELINDO.

Veré lo que dice en él.

MAESTRE.

¿Cuánto va que es desafío?

ZELINDO.

Lee.

«Si sois tan valiente con la espada como mujer con la lengua, esta noche lo podéis mostrar orillas de Genil, junto á las huertas de Reduán, donde á Zaide y á vos os esperamos yo y Lucindo, desde las diez á las once.—HAMETE, *zegrí.*»

Decid, paje, al bravo Hamete
Y al arrogante Lucindo
Que verse con él Zelindo
Con mucho gusto promete.
Y que orillas de Genil,
Á las diez, iré á saber
Que hay un Zegrí tan mujer
Que tenga lengua tan vil.
Y que de allá no vendrán
Estas manos ni esta espada
Sin que la deje clavada
Primero en Vivalmazán.

PAJE.

Yo voy con ese recado.

Vase.

MAESTRE.

Á mi gusto has respondido.

ZELINDO.

Tú le has visto desmentido,
Y le verás castigado.

MAESTRE.

Sal de palacio.

ZULEMA.

Esperar,
Sonior, que venir Alima.

ZELINDO.

Es el alma de mi prima.

Sale Alima.

ALIMA.

¿Puedo hablarte?

ZELINDO.

Y puedes dar
Vida á quien está sin ella.

ALIMA.

Xarifa vió tu papel,
Y más que las letras dél
Fueron las lágrimas della.
Tan enternecida está,
Que quiere esta noche hablarte,
Que hay tiempo y secreta parte;
Porque me dice que irá
Á los balcones que caen
Al campo, sobre el jardín
De Generalife.

ZELINDO.

En fin,
Nuevas de vida me traen
Esas manos generosas.
¿Y á qué hora ha de salir?

ALIMA.

Á las diez has de venir,
Porque entonces son forzosas
Del Rey las ocupaciones.

ZELINDO.

¿Á las diez?

ALIMA.

No hay más lugar
Para que te pueda hablar:
Tú sabes ya los balcones.
Quédate adios, no me vean
Hablar contigo.

ZELINDO.

Yo iré.

Vase Alima.

MAESTRE.

¿Qué tenemos?

ZELINDO.

Que llegué
Donde mis penas desean.
¿Hay suceso imaginado
Más triste y más riguroso?
¡Que venga yo á ser dichoso
Para ser más desdichado!

MAESTRE.

¿De qué suerte?

ZELINDO.

Quiere hablarme
La Reina á las diez.

MAESTRE.

Pues bien.

ZELINDO.

¿No ves que á las diez también
Hamete quiere esperarme,
Y que palabra le dí?
Pues si á la Reina he de hablar,
¿Cómo puedo yo llegar
Al plazo que prometí?
Y si salgo al desafío,
¿Cómo á la Reina hablaré?
Y la ocasión perderé
De tanto remedio mío.
Muerto soy.

MAESTRE.

No tengas pena;
Que con Tello, que está aquí,
Saldré esta noche por ti,
Que está de nublados llena,
Y no nos conocerán.
Tú, en tanto, irás donde puedas
Hablarla.

ZELINDO.

Que me concedas,
¡Oh cristiano capitán!
Los pies te suplico y pido.

MAESTRE.

Si tenemos buen suceso,
Que por Tello te confieso

Que está seguro el partido,
Á buscarte volveré
Para que no vuelvas solo.

ZELINDO.

No hay hombre de polo á polo
Que se iguale con tu pie.
Celebre Grecia (1), su Aquiles,
Troya á Héctor y Antenor,
Que con tu heroico valor
Son fabulosos y viles.

MAESTRE.

Zulema.

ZULEMA.

Sonior.

MAESTRE.

¿Adónde
Queda Tello?

ZULEMA.

Al porta estar.

MAESTRE.

Quiero hablarle.

ZULEMA.

Con caliar
Al que pregunta resbonde.

ZELINDO.

Vamos, Pacheco famoso.

MAESTRE.

Soy tu amigo.

ZELINDO.

Soy tu esclavo.

ZULEMA.

¿Quén tener de hombre tan bravo
So corazón animoso?
¡Oh valente capotan!
Si estar tos forzas amegas,
Joro á Dios que estar hormegas
A Reinaldos é á Roldán.

Vanse.

Salen Hamete y Lucindo, con rodelas.

HAMETE.

Baja la obscura noche destocada
De sus estrellas á encubrir, Lucindo,
Agravios que hoy ha de vengar la espada.

LUCINDO.

¡Que se atreviese el bárbaro Zelindo
En la mayor nobleza de Granada!

HAMETE.

Pensaba yo que de galán y lindo
Sólo estaba preciado.

LUCINDO.

Con su daño
Verá de su locura el desengaño.

HAMETE.

Tanto deseo verle, que no creo
Que ha de tener valor para cumplirme,
Cumpliendo su palabra, mi deseo.

LUCINDO.

Zaide es más hombre, y la tendrá más firme.

HAMETE.

Ya me parece que á mis pies le veo
Con mujeriles lágrimas pedirme
La vida; pero dársela no puedo,
Pues en Granada por infame quedo.
Por Mahoma, que á todo este linaje
Tener quisiera aquí.

LUCINDO.

¿Qué le ha traído
De Cartama á Granada?

HAMETE.

Hacerme ultraje
Por las fiestas que al Rey he prometido.

LUCINDO.

La Reina, como ves, es Bencerraje.
Por Alá, que sospecho que ha venido
Siguiendo su hermosura, que en Cartama
Era ser su galán pública fama.

HAMETE.

Si esta noche su muerte no estuviera
Determinada, esa razón bastara
Para que el Rey su loco amor supiera,
Y de ninguno de ellos se fiara.

LUCINDO.

Ámala el Rey, y desatino fuera;
Pues no era agravio que á Xarifa amara
Siendo doncella; que antes del marido
Es el amor honesto y permitido.

HAMETE.

Ya murmura Genil de su tardanza;
Que como cerca de él viven Zegríes,
Es más Zegrí que Bencerraje.

LUCINDO.

Alcanza
Valor por Abenámares y Alíes.

HAMETE.

Que volveré, me dice la esperanza,
Sus círculos de plata carmesíes,
Con sangre de este infame.

LUCINDO.

En la ribera
El eco siento de una voz.

HAMETE.

Espera.

Salen el Maestre y Tello, con rodelas.

MAESTRE.

¿Son éstos?

TELLO.

Ellos son.

HAMETE

¿Quién va?

MAESTRE.

Quien puede.

LUCINDO.

¿Quién va?

TELLO.

Dos hombres.

---

(1) *Troya* dice el texto impreso, pero es errata evidente.

HAMETE.
¿Sois los Bencerrajes?
MAESTRE.
En diciendo dos hombres, ¿no se entiende,
Si sólo se merecen llamar hombres?
HAMETE.
Zelindo infame, aquí verás ahora
Que sólo son los hombres los Zegríes.
MAESTRE.
¡Santiago, Tello, á ellos!
LUCINDO.
¿Qué es Santiago?
TELLO.
¡Ojalá fueran más!
HAMETE.
¿Qué furia es ésta?

Riñen.

MAESTRE.
Preguntad á las armas la respuesta.
HAMETE.
Tu brazo desconozco; espera un poco.
MAESTRE.
Quien da lugar á su enemigo es loco.
HAMETE.
Rendido estoy.
LUCINDO.
Y yo también me rindo.
¡Por Alá, que no son Zaide y Zelindo!
MAESTRE.
Jamás á los rendidos di la muerte;
Pero tampoco perdoné la vida
Sin darme el enemigo algún trofeo.
HAMETE.
¿Qué prenda quieres?
MAESTRE.
Bastan esas plumas.
LUCINDO.
¿Tú qué quieres de mí?
TELLO.
Lo mismo quiero.
LUCINDO.
Toma esa banda.
MAESTRE.
Vamos, Zaide amigo;
Que á infames esto basta por castigo.
HAMETE.
¿Qué te parece de esto?
LUCINDO.
Que estos hombres
No son los enemigos que esperabas,
Sino que los cobardes han buscado
Los más valientes hombres del linaje.
HAMETE.
Antes ninguno es de ellos Bencerraje,
Ni moro, por Alá.
LUCINDO.
Pues ¿qué?
HAMETE.
Cristiano;
Porque al sacar la espada, ¿qué africano
Dice Santiago?
LUCINDO.
Luego, de esta suerte,
Cristianos traen estos Bencerrajes.
Pues si ellos tienen trato con cristianos,
No les busques, Hamete, más delito.
Mas mira que estos hombres atrevidos,
Como están en la lengua ejercitados,
Sirven de espías al cristiano, y llegan
De noche hasta las puertas de Granada.
HAMETE.
Eso, y estar herido, me detiene
De no decirlo al Rey; pero si llego
Á averiguar que con cristianos tratan,
Cuenta por acabado este linaje.
LUCINDO.
Que no haya sido brazo Bencerraje
El que me hiriese, le agradezco al cielo.
HAMETE.
Ven á Granada; que me da recelo
Que declina la dicha de estos hombres.
LUCINDO.
¡Ay, Hamete, primero que sus nombres
Quites del mundo, que los ama tanto,
Será Granada de Fernando el Santo!

Salen Zelindo y Zulema, con capellar y rodelas.

ZULEMA.
Por aquí sonar el fonte.
ZELINDO.
La hora pienso que es dada.
ZULEMA.
Fiar, sonior, de mi espada,
Que estar ona Rodamonte.
E joro á Dios, se venir
El mondo merar que dego,
Que basta vener conmego
Para que hacemos huir.
ZELINDO.
Aquí, Zulema, estarás
Alerta siempre el oído.
ZULEMA.
De estos olmos escondido
Hacemos el que verás.
ZELINDO.
Mira que fío de ti
El alma, vida y honor.
ZULEMA.
Caliandico estar, sonior,
E dejar hacer á mí.
ZELINDO.
¿Sientes algo en el balcón?
ZULEMA.
Vosancé liegar allá,
Para ver lo que será.
ZELINDO.
Voy.
ZULEMA.
Andar con bendición.

El pensamos zenzerraje
Que estar valente Zulema,
E no haber al que no tema,
E más con pensar que baje
El garda de aquesta torre.
No sé quen metemos mí
En vener armado así
Adonde nadie el socorre.
Decemos, que estar valente,
E no tener bon olor,
Porque, fora del temor,
Estar casón sofecente.

Paséase Zelindo.

Zenzerraje presomir
Que el espada le gardar,
E solamente merear
Por donde poder huir.
Contar Sopo que un mosquito
Ir sobre mula de un carro,
E á todos decer bezarro
Que lievarle, á quien yo imito.
Estar mosquito, que vamos
Sobre el zenzerraje aquí:
E á todos decir que mí
El carro de amor lievamos.

Sale Xarifa en lo alto.

XARIFA.

En las torres de la Alhambra
Que á Sierra Nevada miran,
Melancólica y llorosa
Está mirando Xarifa
Si su amado Bencerraje
Viene á verla, ó se le olvida;
Porque es propio de quien ama
Temer cualquiera desdicha.
El són de las verdes hojas
Y de las fuentes la risa
Tiene por voces humanas,
Y en sus engaños suspira.
Ya la coronada noche,
De sí misma fugitiva,
Por la mitad de los cielos
Iba entre sombras dormida,
Cuando sintió por el campo
Que el Bencerraje venía;
Porque el bien llega más presto
Al alma que no á la vida.
Paseábase el Bencerraje
Que á sus conciertos venía
Al lienzo del fuerte muro
Con una armas lucidas
Que el Maestre de Santiago
Le dió aquella noche misma,
Rebozado un capellar
Sobre la marlota rica.
¿Sois vos? le dice la Reina;
Que quien de su dulce amiga
La casa ó calle pasea,
Las puertas del alma pisa.
Mirad que si sale el alba,
De nubes de oro vestida,
Dará luz á mis secretos
Y obscuridad á mi dicha.

ZELINDO.

Aquí estoy, dulce señora;
Aquí estoy, señora mía,
Esperando á que amanezca
El alba de mi alegría.
Desde que para matarme
Os trujo, mi amada prima,
El alcaide Reduán
De Cartama, nuestra villa,
Á ser Reina de Granada,
Por hermosura divina,
Mis ojos han sido fuentes
Y muerte ha sido mi vida.
No puedo vivir sin vos,
Ni los cielos lo permitan;
Que no es vida la que vive
Quien tiene celos y envidia.
Con vos me crié en Cartama,
Que, sin perderos de vïsta,
Con esos ojos miraba,
Con esa vida vivía.
Muero, mi vida, sin vos;
Que no es posible que viva
Quien os mira en otros brazos
Y en sus brazos os tenía.
Si vos queréis, mi señora,
Que nos vamos á Castilla,
El Maestre está en Granada,
Aquel de la roja insignia.
Por ese muro una noche
Podéis salir escondida;
Que nunca quien quiere bien
En dificultades mira.

XARIFA.

¡Dulce Bencerraje mío!

ZULEMA.

Con qué palabras de míbar
So querido zenzerraje
Hablamos esta potilia.
¡Dolce zenzerraje mío!
¿Que pedra, qué neve fría
No quere amor que escochamos
Al corazon se derrita?

ZELINDO.

¿Qué dices, Xarifa hermosa?

XARIFA.

Que por mí, yo dejarïa
De ser Reina de Granada,
Sólo por ser tu cautiva.
Iré á servir al Maestre,
Y lo tendré por más dicha
Que ser del Rey adorada
Y de sus moros servida.
Pero son altas las torres,
Y teme perder la vida

El alma, por no perderte,
Que no porque ya la estima.
Y mejor será aguardar,
Aunque el amor todo es prisa,
Que Almanzor vaya á la guerra,
Pues me verás cada día.
Yo te escribiré papeles,
Siendo lágrimas la tinta;
Que unos ojos descontentos
Tan negros licores crían.
Ten paciencia, mi señor.

ZELINDO.

Por fuerza será, Xarifa,
Y porque ya es posesión
Esperanza entretenida.

Salen el Maestre y Tello.

MAESTRE.

Sí, son éstos los balcones.

TELLO.

Por aquí he sentido gente,
Ó es la lengua de esta fuente
Que forma en piedras razones.

ZULEMA.

Gente venir, yo temblar;
Pobre Zolema, ¿qué hacer?
Pero un discreto correr
Lebra de un necio esperar.
Color estamos perdida,
Pes podelde prevenir;
Que dicen que on bon huir
Escapa toda la vida.

MAESTRE.

¿Es árbol ó es hombre aquél?

TELLO.

Tan derecho está, que creo
Que es árbol, aunque no veo
Hojas ni ramos en él.
¿Quién va?

ZULEMA.

La voz conocemos
De Tello con el Maestre;
Agora es ben que me mestre
Valente, cuando bodemos.
¿Quién pregontar?

TELLO.

Un hidalgo

ZULEMA.

Pues andamos noramala,
Ó lievamos alcavala
Sobre el cabeza, si salgo.

TELLO.

¿Es Zulema?

ZULEMA.

¿Es Tello?

TELLO.

Sí.
Señor, Zulemilla es.

MAESTRE.

¿Zulema?

ZULEMA.

Darme los pes.

MAESTRE.

¿Solo estás? ¿Qué haces aquí?

ZULEMA.

Callandico vosancé,
Que estar allí zenzerraje.

MAESTRE.

¿Podré hablarle?

ZULEMA.

Aunque le ataje,
Correndo á liamarle iré.
¡Sonior! ¿Qué digo sonior?

ZELINDO.

¿Qué hay, Zulema?

ZULEMA.

Liegar ca.

ZELINDO.

¿Es el Maestre?

MAESTRE.

Aquí está
Á quien debéis tanto amor.

ZELINDO.

Dadme esos brazos.

MAESTRE.

Los dos
Zegríes quedan vencidos,
Y en el campo mal heridos.

ZELINDO.

Hazaña digna de vos.

MAESTRE.

Dos trofeos les quité,
Esta pluma y esta banda,
Y les concedí las vidas
Por tener piedad cristiana.
Tomad, pues que vuestros son.

ZELINDO.

Mi persona está obligada
Á vuestra sangre, pues dicen
Que es amor sangre del alma.
Hablando estoy con Xarifa,
Que está en aquella ventana.
Aquí aguardad un instante.

MAESTRE.

Hablad, aunque salga el alba.

ZELINDO.

Xarifa, ciertos trofeos,
Ciertas plumas, cierta banda
Un amigo, aunque secreto,
Á vuestro balcón consagra.
Echad, señora, un listón;
Que en vos están empleadas
Mejor estas ricas prendas,
Como en templo de la fama.

XARIFA.

Por ser vuestras las recibo;
Echo el listón, y por paga
Quiero que os quedéis con él.

Ata las plumas y banda, y súbelas, y vuelve á echar el listón.

Y adiós, mi bien, que me llaman,
No me eche menos el Rey;
Que bien sabéis que á quien ama
El aire le lleva celos,
La ausencia desconfianza.
Tomad el listón y adiós.

Vase.

ZELINDO.
Pues ya se ha partido el alba,
Salga la del cielo ahora.
MAESTRE.
¿Fuese la Reina?
ZELINDO.
Llamaba
Alima.
MAESTRE.
¿Qué habéis de hacer?
ZELINDO.
Dejar el alma en la Alhambra,
Y á que descanséis llevaros.
MAESTRE.
Mientras llegamos á casa,
Os diré todo el suceso.
ZELINDO.
Y yo de mi prenda amada
Tantas dichas, que sospecho
Que habéis de verla cristiana.

Vanse los dos.

TELLO.
¿Iremos, señor Zulema?
ZULEMA.
Andar que la cena aguarda.
TELLO.
¿Y no habrá vino?
ZULEMA.
Un botilia.
Tener secreto guardada.
TELLO.
¿Hará un cuartillo?
ZULEMA.
Seis zumbres.
TELLO.
Si cabemos á tres, basta.
ZULEMA.
Famosa ley de crestianos:
Agua en glesia, vino en casa,
Tomar toda el boca el vino
É con sólo un dedo el agua.

ACTO TERCERO.

Xarifa, el Maestre y Tello.

XARIFA.
Á vuestro servicio rindo,
Con la vida, la corona.
MAESTRE.
Yo soy aquella persona
Que os dijo anoche Zelindo.
Volver no quise á Jaén
Sin que os besase las manos.
XARIFA.
Vos sois honor de cristianos
Y de africanos también.
Con vuestro amparo mi primo
No tiene al mundo temor,
Y que le tengáis amor,
Puesto que tanto le estimo,
Lo tengo por novedad,
Como ignoro la ocasión,
Pues falta la obligación
Para tanta voluntad.
Verdad es que haber querido
Valerse de un caballero
Tan gallardo, aunque extranjero,
Bastante ocasión ha sido.
Que siempre los generosos,
Y en armas ejercitados,
Ayudan los desdichados
En los casos peligrosos.
Vos de Castilla el mejor,
Á quien de vos se ha valido,
Generoso habéis querido
Dar vuestro amparo y favor.
MAESTRE.
No carece, Reina hermosa,
De ocasión, aunque él no sabe
La que tengo, y es tan grave,
Como á su amparo forzosa.
Y si palabra me dais
De tenérmela en secreto,
Yo os la diré.
XARIFA.
Yo os prometo
De hacer lo que me mandáis.
MAESTRE.
Don Alvar Pérez Pacheco
Era, señora, el mayor
De siete hermanos que fuimos,
De quien el menor soy yo.
Su padre del Bencerraje
Le tuvo un año en prisión
En la villa de Cartama,
Porque en Baza le prendió

Con cien moros de celada.
Allí, Reina, la ocasión
De estar dentro de su casa,
A don Álvaro la dió
Para mirar á su hija,
Bella como el mismo sol,
Y vuestra tía por parte
De madre. Al fin mereció
Sus amores y sus brazos;
Que era gallardo español.
De Zelinda y de mi hermano
Este Zelindo nació,
A quien tengo por sobrino,
Y á quien vos tenéis amor.
Muchas veces caminando
Don Alvaro me contó
Esta historia de Cartama,
Porque me tuvo afición
Más que á todos sus hermanos.
Y muriendo me pidió
Que si Fernando pusiese
En Granada su pendón,
Y tuviese tanta dicha
Que la quitase á Almanzor,
Buscase á este hijo suyo,
Pues era justa razón,
Y que le hiciese cristiano,
Porque esto sólo llevó
Atravesado en el alma.
Y aunque cuando me escribió
A Jaén, no conocía
Su sangre ni su valor,
La que tiene de la mía
Me puso en el corazón
Que á Reduán os quitase
Para casarse con vos.
Después, estando en Cartama,
La historia se me acordó
De don Alvaro, y mirando
Su rostro, su acción, su voz,
Conocí que era su hijo.
Éstas, noble Reina, son
Las causas justas de amarle.
Lo que concertáis los dos,
Espero ver en Jaén,
Adonde ahora me voy,
Y adonde será cristiano,
Xarifa, si place á Dios,
Y gozará trece villas
Que su padre le dejó.

XARIFA.

Notable me ha parecido
La historia, y á mi esperanza
De notable confianza,
Ilustre Maestre, ha sido.
Que, en fin, ¡hay en mi linaje
Tanto bien!

MAESTRE.

Yo voy, señora,
Á Jaén de priesa ahora,
Antes que á cercarla baje
El soberbio Reduán:
Mirad en qué os sirvo allí.

XARIFA.

En que os acordéis de mí,
Generoso capitán,
Por cuya memoria os doy
Estos diamantes.

MAESTRE.

El cielo
Os guarde.

Salen Hamete y Lucindo.

HAMETE.

Voy con recelo.

LUCINDO.

Y yo temeroso voy.

MAESTRE.

¿Quién está con los caballos,
Tello?

TELLO.

Zulema, señor.

Vanse los dos.

HAMETE.

¡Que se confíe Almanzor
De tan traidores vasallos!
Espera, ¡viven los cielos!
Que tiene, porque presumas
Mejor la traición, mis plumas
La Reina entre varios velos
Que le adornan el tocado.

LUCINDO.

Y mi banda, ¿no es aquélla?

HAMETE.

Sospechas que tuve de ella,
Lucindo, se han confirmado.

LUCINDO.

Pues si no era Bencerraje
El que á los dos las quitó,
¿Quién nuestras prendas le dió?

HAMETE.

Todo este infame linaje
Debe de estar conjurado
Contra Almanzor; y la Reina,
Que más en Zelindo reina
Que en el granadino estado,
Es cómplice en el delito.

XARIFA.

¿Es Hamete?

HAMETE.

El mismo es.

LUCINDO.

Danos, señora, los pies.

XARIFA.

Nunca esa humildad permito
Á los que yo tanto quiero.

HAMETE.

No errarás, cuando confíes
De nuestro amor.

XARIFA.

Sois Zegríes,
De quien tal lealtad espero.
¿Cómo las fiestas cesaron?

HAMETE.

Porque se va Reduán
Á Jaén.

XARIFA.

¿Y no tendrán
Más valor los que quedaron?

LUCINDO.

Todos Bencerrajes son,
Y era fiesta de Zegríes,
De quien es mejor que fíes.

XARIFA.

Yo tengo igual afición
Á tan ilustres linajes,
Amando á los que desean
Mi bien, sin mirar que sean
Zegríes ni Bencerrajes.

Vase.

HAMETE.

Por Alá, que es fingimiento
El amor, y las razones
Traición, con que á sus traiciones
Da contrario entendimiento.
Pues esto es hecho, Lucindo.

LUCINDO.

El Rey viene.

HAMETE.

Hoy ha de ser
El día que ha de saber
Las traiciones de Zelindo.

Sale el rey Almanzor.

REY.

Diréisle á Reduán que ponga á punto
Ese escuadrón, porque en vistoso alarde
Pueda pasar por el Alhambra junto.
Y avisad á la Reina, que esta tarde
Quiero que escaramucen en la vega.

HAMETE.

Alá, señor, tu vida aumente y guarde.

REY.

¡Oh amigo Hamete! ¿Á Reduán le niega
Tu espada su valor?

HAMETE.

Ciertas heridas,
Nacidas de pasión tan loca y ciega,
Han tenido mis fuerzas oprimidas
Para servirte.

REY.

Si estuvieran presos
Quedaran más seguras vuestras vidas.

HAMETE.

Ya que llegan los bárbaros excesos,
Señor, de aquestos locos Bencerrajes
Á tantos desatinos y sucesos,
Para que el daño en el principio atajes,
Que amenaza tu vida y tu corona,
La humildad subas, la soberbia bajes,
Escucha la traición que á tu persona
Tienen los Bencerrajes concertada:
Castiga al malo, al bueno galardona.

Sale Zaide al paño.

ZAIDE.

¡Zegríes con el Rey, y el Rey turbada
La habla y la color!

REY.

Prosigue, Hamete.

HAMETE.

Intentan, lo primero, que Granada
Al rey Fernando la cerviz sujete,
Que al africano yugo, desde el godo
Que perdió la corona en Guadalete,
Sujeta vive. Y han tenido modo
De que venga el Maestre disfrazado
Donde le puedan informar de todo.
En hábito, señor, de moro ha estado
En su conjuración y desafío
Con Zelindo una noche concertado.
Salió por él, y con el mismo brío
Que asaltando á Jaén dijo ¡Santiago!
Que ha confirmado el pensamiento mío.
No es bajeza decir, que es fiero estrago
Del África, con otro caballero
Que no menos que de él me satisfago.
En mí y Lucindo ensangrentó su acero,
Y nos quitaron una banda y plumas,
Porque la vida les pedí primero.
Éstas, porque mayor traición presumas,
Hoy trae la Reina al cuello y al tocado.

REY.

¡Santo Alá! ¿Qué me dices?

HAMETE.

Que consumas
Este linaje vil, afeminado,
Antes que la ciudad al Rey entregue,
Y te quite la vida conjurado.
Y cuando de la Reina amor te ciegue,
La Reina viva con mayor recato,
Y no salga á jardín ni á reja llegue.
De este Zelindo el parentesco y trato,
¿De qué puede servir al honor tuyo,
Ni este linaje, á tu favor ingrato?

REY.

¡Por el divino Alá, si no destruyo
Esta canalla vil, y al honor mío
El valor soberano restituyo
Que tiene de mi padre Abdenadío,
Que no merezco entre los hombres nombre!

HAMETE.

¡Oh gran señor! De tu valor confío.

REY.

Yo haré un castigo que á Granada asombre:
¿Contra mí se conjuran Bencerrajes?
No ha de quedar de su linaje un hombre.

¿Cristianos en Granada en moros trajes?
Bueno estoy yo, buena lealtad es ésta:
¡Medio cristianos, bárbaros linajes!
Qué bien lo Bencerraje manifiesta
La Reina contra mí, y aun fuera poco,
Pues más estimo el verla deshonesta.
¿Á quién no volverán traiciones loco?
Decid á Reduán deje la guerra,
Que á mayores victorias me provoco.
Más enemigos nuestra tierra encierra:
Ya no quiero que salga de Granada;
Que más me importa sosegar mi tierra.

LUCINDO.

Alza, famoso Rey, la heroica espada
Y siega tantos cuellos de traidores.

REY.

Llamadme á Reduán, que un alma airada
Ni escucha ruegos ni permite amores.

Vase.

ZAIDE.

¿Hay semejante traición
De aquestos fieros villanos?
¿Cómo os detuvisteis, manos,
En tan honrada ocasión?
¿No fuera mejor llegar
Y dar la muerte á los dos?
¡Oh Rey, no permita Dios
Que así te dejes cegar!

Sale Lindaraja.

LINDARAJA.

¿Qué es ésto, Zaide? ¿Por quién
Das estas voces? ¿Qué tienes?
¿Son amores ó desdenes?

ZAIDE.

Ya no hay amor ni desdén.
Fortunas son, Lindaraja,
Que ahora escuchando estuve,
Que como á los bajos sube,
También á los altos baja.
Y puesto que he visto muchas,
Ninguna más á tus pies.

LINDARAJA.

¿Pues no me dirás lo que es?

ZAIDE.

Sí diré, si tú me escuchas.
Caballeros granadinos,
Aunque moros, hijosdalgo,
Con envidiosos intentos
Al Rey moro van hablando.
Hamete y Lucindo son
Los autores del engaño:
Uno Zegrí y otro Alife,
Gran traición van ordenando.
Dicen que los Bencerrajes,
Linaje más que el sol claro,
Están contra su corona
De secreto conjurados,
Y que á Granada pretenden
Entregar al rey Fernando;
Porque metieron en ella
Al Maestre de Santiago,
Que con otro caballero
Salió con ellos al campo;
Y que los venció confiesan,
Por asegurar su engaño.
Dicen que una banda y plumas,
Trofeos que les quitaron,
Han visto á la Reina puestas
En el cuello y el tocado,
De donde arguyen que tiene
Zelindo amoroso trato
Con ella, para que el Rey
Se incite con este agravio.
El Rey, que la quiere bien,
Más celoso y más airado
Que de perder la ciudad
Está de su pecho ingrato.
Esto es lo que van diciendo,
Esto es lo que van tratando
Cobardes en la campaña,
Lisonjeros en palacio.
Envidia los ha movido;
Mas, ¿qué me detengo tanto
Si les importa las vidas
El ir con tiempo á avisarlos?

LINDARAJA.

Zaide, una vida que tengo,
Esa ofreceré por ti.

Vase Zaide.

Salen Zelindo y Zulema.

ZELINDO.

Qué, ¿le viste?

ZULEMA.

Señor, sí.

ZELINDO.

Contento en extremo vengo.

ZULEMA.

Cuando de Jaén volvía
De llevar tu hacenda aliá,
Topar con él, que de acá
Con so escudero venía.
Decerle, cómo quedaba
To ropa, joya, dinero,
Entregado al cabaliero,
Que logartenente estaba.
El zenda llegar segura,
Porque darme seis soldados,
Todos valentes, forzados;
E gamenar noche oscura,
No se perder una pluma.

ZELINDO.

Si queda en salvo mi hacienda,
Sólo resta que mi prenda
Para partir se resuma.

ZULEMA.

¡Oh señor, qué gran contento!

Andar tierra de grestianos,
Estar allí como hermanos,
Darme lindo alojamiento,
Comer bon toceno aliá,
Todos el brindar á mí,
Todos andarse tras mí,
Zolema acá y acoliá,
No haber soldado grestiano
Que no tomar barba logo;
Esta terra al poto fogo,
Todo sostento estar vano;
Pasa, trego, alcuzcuza,
Agua, pepino, melón,
É por regalo, alcatrón.

ZELINDO.

¿Luego mejor te hallas tú
Con el sustento cristiano?

ZULEMA.

Cuando yo venir de aliá
Estar forte; al ir de acá
Estar flaco, estar liviano.

LINDARAJA.

¿Sabes, famoso Zelindo,
El daño que te promete
La envidia del fiero Hamete
Y la traición de Lucindo?

ZELINDO.

Bien sé que son mis contrarios.

LINDARAJA.

Al Rey han hablado en ti.

ZELINDO.

¿Pues qué le han dicho de mí?

LINDARAJA.

Sospechas de intentos varios
Contra su honor y opinión:
Porque hoy la Reina ha sacado
Banda y plumas que le has dado,
Que dicen que suyas son.
Mira por ti, Bencerraje,
Porque sin ella ó sin ley,
Presumo que quiere el Rey
Poner fin á tu linaje.

Vase.

ZULEMA.

Garda el poto.

ZELINDO.

¿Qué es aquesto?

ZULEMA.

La envedea, ¿qué hay que pensar?

ZELINDO.

¡En tal gusto tanto azar!
¡Qué se mude el bien tan presto!

ZULEMA.

El Reina, estamos colgada,
Que sacar plumas, sonior.

ZELINDO.

¡Qué poco sabe el amor!
No guarda secreto en nada.....

ZULEMA.

Por eso pentarle cego.

ZELINDO.

¿Qué haré?

ZULEMA.

Por aquesta orilia,
Como decer en Castilia,
Tomar el de Villadiego.
Sobimos al punto el yegua,
El huir á toda ley;
Porque un bescozón de un rey
Echar el cabeza on legua.

ZELINDO.

¡La Reina podré dejar!

ZULEMA.

Arre acá con vosancé,
Se poner cadena al pe,
¿Quén podeldo remedear?

Salen Sultán, Fatimin y Zaide.

ZAIDE.

No debo más de avisaros
De esta traición.

ZULEMA.

Tos parentes.

FATIMÍN.

Zelindo está aquí.

SULTÁN.

Que intentes
Dar á tu vida reparos
Es justo, rapaz; pues fuiste,
Como se dice, ofensor
De honra y gusto de Almanzor,
Si á Xarifa pretendiste;
Pero nosotros, ¿por qué
Habemos de huir y dar
Causa á la fama vulgar?

ZAIDE.

Y más á la que se ve;
Que aunque es mentira y maldad
El decir que con traición
Hacemos conjuración
Para entregar la ciudad
Á los Reyes castellanos,
Si nos degüella Almanzor,
Mejor está nuestro honor
En nuestros pies que en sus manos.

ZELINDO.

Pues si decirles consienten
Que la ciudad entregáis
Y al rey Fernando la dais,
Bien se ve que en todo mienten.
Pero Lindaraja aquí
Sólo me dijo el rigor
Con que, celoso, Almanzor
Me está amenazando á mí.

FATIMÍN.

Por ti, Zelindo, suceden
Estas desdichas.

ZELINDO.

No ha sido
De mí Almanzor ofendido.

Traidores son, mentir pueden;
Que amar á Xarifa yo
No fué delito en Cartama.

SULTÁN.

Basta, Zelindo, la fama.

ZELINDO.

¿La fama sola? Eso no.

FATIMÍN.

¿Á qué viniste á Granada?

ZELINDO.

Á verla.

FATIMÍN.

Pues no hay disculpa;
Que de quien la quiso es culpa
Verla después de casada.
Huye tú, como culpado,
Mas ninguno del linaje
Noble y leal Bencerraje,
Jamás traidor ni afrentado,
Ha de huir, sino esperar,
Pues estamos inocentes.

ZELINDO.

Por más, Fatimín, que intentes
Mi peligro aconsejar,
No ha de querer mi valor
Admitir tan mal consejo,
Pues cerca á la Reina dejo
De perder vida y honor.
Si vosotros esperáis,
Y no siendo conjurados,
Á ser en la muerte honrados
Parece que os conjuráis;
¿Por qué he de acabar conmigo?
¿Contra mi honor tal bajeza?
¿Cómo dejar su belleza
En manos de su enemigo?
Si Bencerraje nacisteis,
Tan Bencerraje nací:
La misma sangre hay en mí,
Por quien tan ilustres fuisteis.
Y si desamáis la vida
Por conservar vuestro honor,
¿Cómo yo, con tanto amor,
Pondré mi honor en mi huída?
Esto bastaba á infamar,
Parientes, vuestro linaje:
Yo he de morir Bencerraje,
Y no he de degenerar.
Demás, que era obligación
Pasar una igual fortuna
Con vosotros, pues ninguna
Me ha de dar más opinión.
Resuélvome en esperar
El mal que á todos viniere.

ZAIDE.

Que un hombre culpado espere
Debo, Zelindo, culpar.
Que los demás van fiados
En su inocencia.

ZELINDO.

Al valor
Que tenéis, añade amor
Mis pensamientos honrados.
Si el Rey á la Reina prende,
No se ha de decir de mí
Eternamente que huí;
Que más una infamia ofende
Que el perder la breve vida.

ZAIDE.

Loco estás.

ZELINDO.

Esto es amor,
Y la infamia del honor
En ningún tiempo se olvida.

SULTÁN.

No sin causa otros linajes
Tan envidiosos están.

Salen Reduán, Hamete y Lucindo; guarda de alabardas.

LUCINDO.

Aquí he visto, Reduán,
Los más nobles Bencerrajes.

REDUÁN.

Caballeros, el Rey prenderos manda:
Sed presos, dad las armas.

ZAIDE.

Ya sabemos
Que nos mandaba el Rey prender, Alcaide;
Pero ¿sabéis por qué?

REDUÁN.

Sólo sé, Zaide,
Que me manda prender todo el linaje.

FATIMÍN.

¿Pues es delito ya ser Bencerraje?

ZELINDO.

Sí lo debe de ser donde hay traidores.

HAMETE.

Como todos los que andan en amores
Son locos, y los locos hablar pueden;
Licencia á disparates se conceden.

SULTÁN.

Las armas doy á Reduán, que es noble,
Y no á los que profesan trato doble.

LUCINDO.

Hablen ahora aqueste tiempo breve.

ZELINDO.

Ya saben que sé yo, cuando se pruebe,
Hacer mejor que hablar.

HAMETE.

Sí, con las manos
Que prestan en el campo los cristianos.

ZELINDO.

¡Ah gallinas! Vencidos pone el miedo
Ilusiones de noche, que yo puedo
Hacer pedazos, sin llamar cristianos,
Zegríes con los pies, sin buscar manos.

LUCINDO.

¡Oh qué cuitada cosa hablar rendidos!

SULTÁN.

¿Pues de qué te parece que lo estamos?

¿No ves que el no ponernos en defensa
Nace de ser esta prisión sin culpa?

REDUÁN.

Allá daréis después vuestra disculpa.
Á la torre caminen, caballeros,
Donde hallarán á muchos del linaje.

ZELINDO.

Más quiero yo ser preso y Bencerraje
Que libre y ser traidor y lisonjero.

HAMETE.

Está loco de amor este escudero.

Vanse.

ZULEMA.

Seguer es justo, aunque el temor me oprime,
Al zenzerraje en esta desventura.
¡Ah repacilio! que podelde hoyendo
Escapar el bescozo de la morte.
¿É querer esperar? ¡Qué amor tan forte!
Si el Rey tratar de ensangrentar la esbada,
Salir como una zebra de Granada,
É dar viso al Maestre de Santiago,
Que estar amego; é verse posto en medio,
Con Almanzor servemos de remedio.

Vase.

Salen Xarifa y Lindaraja.

XARIFA.

De ver que no se defienden,
Sus inocencias se saben.

LINDARAJA.

Ya en el Alhambra no caben
Los Bencerrajes que prenden.

XARIFA.

Pues ¿prenden todo el linaje?

LINDARAJA.

No dejan persona alguna
De alta y de baja fortuna,
Como sea Bencerraje.

XARIFA.

Y qué, ¿ninguno se ha ido?

LINDARAJA.

Dicen que no están culpados,
Y que han de morir honrados,
Pues honrados han vivido.

XARIFA.

¿Qué es lo que dicen de mí?

LINDARAJA.

Que quieres bien á Zelindo,
Porque de Hamete y Lucindo
Han visto prendas en ti.

XARIFA.

En Cartama me crié
Con Zelindo, que es mi primo;
Su sangre y su amor estimo,
Que otra causa no la sé.
Estas son cosas tan claras,
Que su prisión no me altera.

LINDARAJA.

Harto mejor te estuviera
Que allá con él te casaras.

Salen el rey Almanzor y Reduán.

REDUÁN.

Pocos ó ninguno quedan.

REY.

¿Ninguno se ha resistido?

REDUÁN.

Ninguno.

REY.

Milagro ha sido.

REDUÁN.

¿Cómo quieres tú que puedan,
Llevando yo tanta guarda?
Aunque ellos con gran prudencia
Blasonan de su inocencia,
Y nada les acobarda.

REY.

Qué ¿Zelindo no se huyó?

REDUÁN.

No, señor.

REY.

¿Tú estás aquí?

XARIFA.

Cuanto á mi inocencia sí,
Cuanto á tus agravios no.
Si los cobardes Zegríes
Y otros villanos linajes,
Porque de los Bencerrajes
Y su lealtad desconfíes,
Les levantan que á Fernando
Le quieren dar á Granada,
Causa que justificada,
Y con derecho probando
Todos los puede acabar,
¿Por qué me añaden á mí?
Que aunque Bencerraje fuí,
No tienen que me envidiar.
Yo, ¿qué galas inventé?
Dime: ¿á qué toro salí
Que cuchillada le di?
¿Con qué rejón le maté?
¿Á qué damas en ventanas
Llevé los ojos jamás?
¿Contra mi crédito das
Á dos envidias tan vanas?
No contra mí, que este ultraje
Más viene á ser contra ti.
¿Hay otro delito en mí
Más que ser yo Bencerraje?
Si á Zelindo tengo amor,
Es que con él me he criado;
Pero tú sabes si he dado
Causa á ningún deshonor.
Bien pagas el amor mío,
Y el estimarte y quererte,
En querer darme la muerte
Con testimonio tan frío.

Que si tienes otro gusto,
Y del mío estás cansado,
Para dejarme has hallado
El estilo más injusto;
Que no puede resultar
De mi deshonor tu honor.

REY.

Si yo te he tenido amor
Bien lo puedes tú juzgar.
¿Qué cosa jamás quisiste
Que no la hiciese por ti?
No vivía el alma en mí
Tanto como tú viviste.
Contra mí conjuración
Se ha levantado en Granada:
Que estés en esto culpada
No lo sé, sospechas son.
Habla contra ti la fama,
Y si á tu primo querías,
¿Por qué no me lo decías
Con libertad en Cartama?
Á la cual quiero volverte
Con las joyas que te he dado;
Que no porque me he mudado
Quiero que te den la muerte.
Desterrada vivirás
Lo que tuvieres de vida,
Porque estés agradecida,
Si arrepentida no estás.
Que no me ofendiste creo,
Mas díceme el corazón
Que principios de obras son
La esperanza y el deseo.
Da las insignias reales
Á Lindaraja, que es justo
Que reine, y reine en mi gusto,
Cuando de mi gusto sales.
Yo daré Reina á Granada
De diferente linaje;
Que de sangre Bencerraje
No habrá sucesión honrada.
Parte, Reduán, con ella,
Vuelve por la posta aquí.

XARIFA.

Alabo, señor, en ti
Que de Lindaraja bella
Hicieses esta elección,
Y así le beso los pies
Como á mi Reina, pues es
Digna de tu sucesión.

LINDARAJA.

Alza, Xarifa, del suelo;
Que ese llanto y tu desdicha
Templan la fuerza á mi dicha.

XARIFA.

Á los dos os guarde el cielo.
Que de Cartama salí
Sola, humilde y pobre dama,
Y vuelvo rica á Cartama,
De haber sido Reina aquí.

Vase con Reduán.

LINDARAJA.

En usar de esta piedad
Muestras generoso pecho.

REY.

Fué por no estar satisfecho
De su infamia y deslealtad.
Y por no dar que decir
En materia de mi honor;
Porque pienso que es mejor
Cubrir que no descubrir.
Celos de honor son pinturas
Que hasta quitar la cortina
Solamente se adivina
Que hay en el cuadro figuras.
Mas si correr se permite,
Todos conocen quién son,
Y no hay después opinión
Que de los ojos las quite.
Ven conmigo, que mañana
Te quiero hacer coronar.

Vase.

LINDARAJA.

¡Qué posesión vino á dar
Una esperanza tan vana!
Pero no estoy muy segura,
Que según el Rey está,
Mañana me dejará
Por otra nueva hermosura.

Vase.

Salen el Maestre, Tello y Carpio, soldados.

MAESTRE.

En fin, que Reduán dejó la empresa.

TELLO.

Con la venida de Fernando creo
Que mudó parecer.

MAESTRE.

¿Pues qué sospecha?

TELLO.

Que con la gente que su alteza tiene
Estaría Jaén más defendida.

MAESTRE.

Perdí el mayor deseo de mi vida;
Que del alcaide Reduán me holgara
Ver cómo la palabra le cumplía
De dársela ganada en una noche.

TELLO.

¿Ahora sabes que el decir es fácil?

MAESTRE.

Pues prometióle mi cabeza el moro,
Ó por lo menos mis cruzadas armas,
La roja insignia y las veneras de oro.
Y ¡por vida del Rey!, que ya tenía
Prometida la suya á cierta dama.
¿Quién viene aquí?

Sale Zulema, muy triste.

ZULEMA.

¿De qué tener recelo?
Zolema estar: tu veda garde el cielo.

MAESTRE.

¿Dónde vas con tal tristeza?
¿Qué hay de nuevo? ¿Qué tenemos?

ZULEMA.

¡Ah sonior, estar perdido
Todo el pasado soceso:
Si dejar llanto que hablamos,
Saber vosancé que preso
Estar por el Rey Zelindo.

MAESTRE.

¿Preso?

ZULEMA.

É que tenemos medo
Que le cortar el bescozo,
Si no le codimos presto.
Cabalieros zenzerrajes,
Que estar bonos cabalieros,
Todos prender Almanzor,
Todos Alhambra tenemos.
Porque los potos Zegríes,
Con envedeosos ententos,
Decer que estar conjurados
De dar á Herrando so reino.
Querer matar á Xarifa,
Tener de Zelindo celos,
Mas la piedad y el amor
Arrebocar mandamento.
Hacer Reina á Lindaraja,
Y con Redoán hacemos
Que Xarifa andar Cartama,
Para vivir en desterro.
Decer Zegríes de ti
Que en el hábeto moresco
Estar Granada á tratar
El traición que no sabemos.
¡Oh glarisimo Maestre,
Honor del nombre Bacheco!
No permeter que Zelindo,
Pos tanta fezón tenemos,
Morer en tan ternos años,
Dolor de sus años ternos.

MAESTRE.

No llores, aguarda un poco:
Hablar á Fernando quiero,
Y pidiéndole una carta,
Partir á Granada luego.
Pon á punto seis caballos,
Y con seis soldados, Tello,
Partamos á ver si habrá
Para Zelindo remedio.

CARPIO.

Ea, Zulema, ya es ido
El Maestre; no hayas miedo
Que si llega á verle vivo
Muera ese ilustre mancebo.
Tú vienes cansado, ven
Y descansarás.

ZULEMA.

¿Tenemos
Un gotilia que le damos?

CARPIO.

De Castillanzul le tengo.

ZULEMA.

Pos, Carpio, dalle on tragilio;
Que bien ver que si no bebo
Á no podemos llorar
Al desdichas que tenemos.

Vanse.

Salen el Rey, Lindaraja y Hamete.

LINDARAJA.

Yo no quiero persuadirte;
Que aunque Gomel, tengo miedo.

REY.

Ni yo, Lindaraja, puedo,
En esta parte servirte.
Todos ¡por Alá divino!
Han de morir.

LINDARAJA.

Sus mujeres
Me escriben.

REY.

Sin duda eres
Para piedad el camino;
Pero si hubiese excepción,
Era dejar sospechosa
Nuestra justicia, y no es cosa
Que conviene á mi opinión.
Otra vez lee la lista,
Hamete, de los culpados,
Y acaben hoy mis cuidados.

LINDARAJA.

¿Quién hay que al llanto resista?

HAMETE.

Lee.

Lista de los Bencerrajes
Que por la conjuración
Prende su alteza.

REY.

¿Quién son?

LINDARAJA.

¡Qué envidia entre dos linajes!

HAMETE.

Lee.

Fatimín, Zaide, Albadoro,
Bridante, Arfindo, Sultán,
Bocamino, Claridán,
Tarfe, Alí, Boazén, Frisoro,
Gazul, Zazo, Almoralife,
Tiselo, Ridarfo, Osmín,
Benizarro, Jazimín,
Ormuza, Leocán, Alife
Y, el más culpado, Zelindo.

REY.

¿Cuántos son?

HAMETE.

Son veinticuatro.

REY.

Hoy el sangriento teatro
Los lleve, Hamete, Clarindo,
Que es donde hoy te señalé,
Y aquel mármol ensangriente
Sus cuellos, que no hay que intente.

HAMETE.

Yo voy.

Vase.

LINDARAJA.

Ya el traidor se fué.

REY.

¿Qué dices?

LINDARAJA.

Que es justa cosa
Que se castiguen soberbios.

Sale Lucindo.

LUCINDO.

El Maestre de Santiago,
Con seis caballeros, llega
De paz, y á la puerta Elvira
Sólo aguarda tu licencia
Para darte una embajada
De su Rey.

REY.

¿Que hasta la puerta
De Granada haya llegado?

LUCINDO.

Como á Embajador, le dejan.
Tu real palabra pide.

REY.

Yo la doy.

LUCINDO.

Yo voy con ella.

Vase.

REY.

¿Qué novedad, Lindaraja,
Traerá el Maestre á mi tierra?

LINDARAJA.

Cosas de la guerra son.
Por ventura quiere treguas.

REY.

¿Cómo, si nunca el cristiano
Molestó nuestras fronteras
Con más gente y más valor?

Salen el Maestre y Tello.

MAESTRE.

Deme los pies vuestra alteza.

REY.

Los brazos, Maestre noble.
Esas almohadas llega
Al mejor hombre que al pecho
Tuvo la señal bermeja.
Siéntate, honor de cristianos.

MAESTRE.

Por atravesar las leguas
Que hay de Jaén á Granada,
He traído tanta priesa,
Que vengo desalentado.

REY.

¿Qué quiere tu Rey? ¿Qué intenta?
¿Está en Córdoba?

MAESTRE.

En Jaén.

REY.

¿Queda bueno?

MAESTRE.

Bueno queda.
Aquesta carta me dió.

Dale una carta, y el Rey la besa y pone en la cabeza.

Suplícote que la leas.

REY.

Carta del que llaman Santo,
Bien merece la cabeza.

Lee.

«Ilustre Rey de Granada, nuestro amigo: á mi noticia ha llegado que entre los caballeros Bencerrajes que tenéis presos, está un mancebo que se llama Zelindo, hijo de D. Alvar Pérez Pacheco, hermano del Maestre, que estando preso en Cartama le resultó de los amores de Zelinda. Suplícoos que se le deis al Maestre, siendo posible; que por él haré que os vuelvan la villa de Alhama, que vos estimáis tanto, y lo demás que fuéredes servido, fuera de la obligación que reconoceré siempre. Vuestro amigo.—*El rey de Castilla.*»

¿Zelindo sobrino vuestro?

MAESTRE.

Señor, eso es cosa cierta.

REY.

Agora mandé cortar
Sus cuellos; mucho quisiera
Que antes de la ejecución
Llegara esta carta vuestra;
Pero váyanlo á mirar.

Vase Lucindo.

MAESTRE.

¿Habrá desdicha como ésta?

REY.

No há media hora que mandé
Que los corten las cabezas.
Pero en caso que viviese,
¿Qué seguridad me queda
De darme por él Alhama?

MAESTRE.

Esa carta es mayor prenda
Que si te diera en rehenes
Su hijo.

REY.

Si vive, venga
Zelindo á ver á su tío.

MAESTRE.

Tello, moriré de pena.

TELLO.

Ten esperanza, señor.

MAESTRE.

¿De qué quieres que la tenga,
Si aquí se escuchan las voces
De la espantosa tragedia?

Sale Lucindo.

LUCINDO.

Estando ya degollados
Veintitrés hombres, y puestas
Para lo mismo Zelindo
Las rodillas en la tierra,
Que por estar el postrero
En la lista, la postrera
Suerte había de tocalle.
Llegué y dije: espera, espera:
Que no muera manda el Rey.
Desatáronle la venda,
Y queda en una almohada
Desmayado.

MAESTRE.

Da licencia,
Gran señor, que mi sobrino
En esta ocasión me vea.

REY.

Que te vea y que le lleves
Permito; que si pidiera
Tu Rey, como pide una,
Las veinticuatro cabezas,
Todas fueran á servirle,
Y aun basta que tú lo quieras.

Vase el Maestre y Tello.

LINDARAJA.

Cuerdo has andado en hacer
Lo que el Maestre te ruega.

REY.

Los reyes, aunque enemigos,
Lindaraja, por las guerras,
Tenemos este respeto.
Demás, que en aquestas ferias
Gano la villa mejor,
Y doy la más baja prenda.

Sale Hamete.

HAMETE.

Salía, gran señor, del gran teatro,
Donde representó la muerte agora,
Formadas de figuras veinticuatro,
La tragedia mayor que el mundo llora.
Pues del Nilo al Genil, de Tile á Batro,
Y del ocaso á la rosada aurora,
Será famosa, en tanto que la frente
Del sol se muestra en el purpúreo Oriente.
Y ya llegaba la reliquia triste
Deste linaje el de la cruz bermeja,
Cuando Zelín, que luto y llanto viste,
Lleno de sangre y de dolor se queja.
Dice que Reduán, á quien le diste,
Que nunca un grande amor bien aconseja,
Á Xarifa, cayó en una celada,
No lejos de la vega de Granada.
En fin, Xarifa, Reduán, su gente,
Van á Jaén cautivos.

REY.

¡Caso extraño!

HAMETE.

Por un Mendoza, capitán valiente,
Autor de esta desdicha y de su daño.

REY.

¿Qué puede haber que un desdichado intente?
¿Cómo es mi ejemplo claro desengaño?
Parte, Hamete, y alcanza al gran Pacheco;
Di que el Alcaide á su sobrino trueco.
No quiso Alá que yo gozase á Alhama;
Fuerza será volverla, parte luego.

HAMETE.

¿Para qué le enviabas á Cartama?

REY.

Porque con celos el más cuerdo es ciego:
Es, Reina, Reduán hombre de fama;
Por él la villa justamente entrego.

LINDARAJA.

¿Y por Xarifa no?

REY.

Quede cautiva,
Porque sin celos Lindaraja viva.

Vase.

Salen el Rey D. Fernando, el Maestre de Calatrava y soldados.

FERNANDO.

Dichosas nuevas son.

EL MAESTRE DE CALATRAVA.

La misma tierra
Que ganó Scipión, viniendo á España,
Es la que gana el Príncipe, que encierra
Mayor valor, por ser mayor hazaña.
Si Roma le premió por ésta guerra,
Costa del mar que á Cartagena baña;
España le dará laurel más noble,
Ó ceñirá su frente grama y roble.

FERNANDO.

También dicen que Murcia y Alicante
Se le han rendido á Alfonso.

EL MAESTRE DE CALATRAVA.

Justamente
La fama su valor escriba y cante (1).

Salen D. Juan de Mendoza, Reduán, Xarifa y moros cautivos.

MENDOZA.

Á ti de España generoso Atlante,

(1) Falta un verso.

Donde, como en aquél cargan la frente
Las estrellas del cielo, en ti sus muros,
Que en tu valor estriban más seguros,
Presento á Reduán, aquel famoso
Alcaide de la Alhambra, cautivado,
Con la que fué su Reina, á quien celoso
Destierra el Rey del granadino estado,
Puesto que ha peleado valeroso,
Por ir de poca gente acompañado,
Viene á tus pies, como le ves, rendido.

REDUÁN.

Y por besarlos mi ventura ha sido.

FERNANDO.

Esto es la guerra, Reduán valiente;
Cuando venir pensabas arrogante
Á ganar á Jaén, humildemente
Vienes á que del suelo te levante.
Vos, Xarifa, vivid alegremente,
Y esta prisión ni os rinda ni os espante,
Que en mí tendréis un verdadero amigo.

XARIFA.

Por tal piedad, señor, á Alá bendigo;
Hoy se ha cumplido mi mayor deseo,
Que fué vivir en tierra de cristianos;
Y más ahora que á esos pies me veo,
Para besar vuestras heroicas manos.

Salen el Maestre de Santiago, Tello, Zelindo, muy galán, de cristiano, y Zulema, de lacayo gracioso.

MAESTRE.

Ahora, Tello, que lo he visto, creo
Que está preso el Alcaide.

ZELINDO.

Soberanos
Cielos de amor, vuestra piedad es ésta.

ZULEMA.

Agora sí que todo andar de festa.

MAESTRE.

Aquí tenéis, gran señor,
Mi sobrino, que ya llega
En traje que os puede hablar.

ZELINDO.

Deme los pies vuestra alteza.

FERNANDO.

Seáis, Zelindo, bien venido.

ZELINDO.

No, gran señor, ya no sea
Ese mi nombre.

FERNANDO.

Pues ¿cómo?

ZELINDO.

Aunque yo no lo merezca,
Don Álvaro, por mi padre,
Me pondréis hoy en la iglesia.

FERNANDO.

¡Qué linda presencia y talle
Notable! Lástima fuera
Que muriera con los otros.

ZULEMA.

Conocer la alteza bestra
Á Zolemica sonior.

FERNANDO.

¿Quién es aquéste?

MAESTRE.

Es Zulema.
Moro de grande lealtad,
Que en todas estas tragedias
Á don Álvaro acompaña.

ZULEMA.

Ya haber dejado el pelieja
É no ser moro, sonior,
Ni querer llamar Zolema.

FERNANDO.

¿Cómo quieres que te llamen?

ZULEMA.

Si ser padrino su alteza,
Llamar, como vos, Herrando.

FERNANDO.

Fernando tu nombre sea.

ZELINDO.

Dadme licencia, señor,
Para que diga á la Reina,
Digo á Xarifa, que soy
El que á ventura tuviera,
Que fuera ahora cristiana,
Para casarme con ella.

XARIFA.

Si el Maestre, mi señor,
Á los dos nos da licencia,
Hoy seré también cristiana.

FERNANDO.

¿Cómo os llamaréis?

XARIFA.

Quisiera
Saber el nombre, señor,
De mi señora la Reina.

FERNANDO.

Doña Juana.

XARIFA.

Pues, señor,
Ese os suplico que sea.

MAESTRE.

Reduán, tu Rey le vuelve
Al Rey, mi señor, la fuerza
Y villa de Alhama, joya
Que dió por Zelindo en ferias,
Libre te puedes volver
Ya.

REDUÁN.

Los pies os besa.
Hoy me partiré á Granada.

ZULEMA.

¡Ah senior Reduán! ¿querelda
Un bota para el camino?

MAESTRE.

Aquí acaba la comedia,
Prisión de los Bencerrajes
Y envidia de la nobleza.

FIN.

EL HIDALGO BENCERRAJE

EL HIDALGO BENCERRAJE

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

Á D.ª Ana de Piña

HIJA DE JUAN IZQUIERDO DE PIÑA, SECRETARIO DE PROVINCIA.

Cuando no hubiera sido opinión de tantos sabios que suele anticipar los años el entendimiento, *el ejemplo que Vm. nos ha dado en los pocos suyos bastaba á confirmarla, siendo tan grande, que parece en todas sus acciones imposible; si bien á quien considera de dónde tiene origen parecerá tan fácil. Oí recitar á Vm. en un jardín cierto día algunos versos, y considerando que los entendía tan bien como los decía, y que los decía con extremo, propuse dirigirle los de esta comedia, para que, juntamente con honrarla, pueda ocupar los ratos que permitiere la labor en leer sus versos; que si lo que le quedaren de memoria le oyese alguna vez, no quiero otro premio de la voluntad con que se los ofrezco.*

Dios guarde á Vm.

LOPE DE VEGA.

EL HIDALGO BENCERRAJE

FIGURAS DE LA COMEDIA

Doña Elvira de Vivero.
Don Juan de Mendoza.
Don Luis de Vivero, *Mayordomo del Rey.*
Alabarderos.
Mahomad, *Rey de Granada.*
Fátima, *su mujer.*
Jazimín, *Bencerraje.*
Daraja, *su mujer.*
Tarfilo, *Alcaide.*
Leocán, *moro.*
Páez, *soldado.*
Arfel.
Zulema.
Hamir.
Don Luis Girón.
Sancho de Cárdenas, *Alcaide.*
Medrano. Carpio. Salgado. } *Soldados.*
Daraja.

ACTO PRIMERO.

Sale D. Juan de Mendoza, y D.ª Elvira en hábito de hombre, con capa y espada.

DON JUAN.
Aquí puedes esconderte,
Mientras esta gente pasa.
DOÑA ELVIRA.
Podrán verme.
DON JUAN.
Podrán verte
Si el sol, cuya luz me abrasa,
Abre camino á mi muerte.
Embózate el herreruelo;
Que también el sol del cielo,
Sin ser visto, por él sube,
Cuando alguna parda nube
Reboza su rostro al suelo.

Sale un mayordomo del Rey y cuatro alabarderos.

MAYORDOMO.
Grande sentimiento ha dado
Tan injusto atrevimiento.
ALABARDERO.
Fuése mientras han danzado.
MAYORDOMO.
¡Deshonesto pensamiento!
ALABARDERO.
Aquí hay un hombre embozado.
MAYORDOMO.
Desembozaos, caballero.
DON JUAN.
Quedo, señores: no quiero.
MAYORDOMO.
Matalde, licencia os doy.
DON JUAN.
Don Juan de Mendoza soy.
MAYORDOMO.
Y yo don Luis de Vivero.
DON JUAN.
¿Dónde va vuseñoría
Con alabardas y gente?
MAYORDOMO.
Falta una sobrina mía
De palacio.
DON JUAN.
Sumamente
Me pesa. ¡Qué alevosía!
MAYORDOMO.
¿Quién viene con vos?

DON JUAN.
Un paje.
MAYORDOMO.
¿Dónde vais?
DON JUAN.
A pasear;
Mas ya es razón que me ataje
El iros á acompañar,
Aunque no estoy en buen traje.
Vamos; que os debo servir,
Y, como es razón, sentir
Una desgracia como ésta.
¡Qué propio fin de una fiesta!
MAYORDOMO.
Dióle lugar de salir.
Y antes que me acompañéis,
Aquí aparte os quiero hablar.
Suplícoos que me escuchéis.
DON JUAN.
¿Qué me queréis preguntar?
MAYORDOMO.
Si acaso vos la tenéis.
DON JUAN.
¡Yo, señor!
MAYORDOMO.
Es cosa llana
Que la servís, é imagino
Que el Rey os corte mañana
La cabeza: sois sobrino
Del Marqués de Santillana,
A quien tengo obligación
Tan grande, que á la del Rey
No acudo como es razón;
Que de la amistad la ley
La fuerza en esta ocasión.
El indicio era bastante
De ser su galán y amante
Para prenderos, don Juan.
DON JUAN.
¿Qué importa ser su galán
Para traición semejante?
MAYORDOMO.
Quedo, no os alborotéis;
Conoced esta amistad,
Que sois mozo; y no penséis
Que por sacar la verdad
Os digo que la tenéis.
Advertid que soy quien soy;
Que si el paje descubriera
Que desde aquí viendo estoy,
Yo sé quién mañana fuera
Con menos honra que voy.
Ello es hecho; sólo os ruego
Que no la desamparéis,
Pues á tal desdicha llego,
Mas que con ella os caséis,
Ya que habéis sido tan ciego.
A Granada os podéis ir;
Que á su Rey, puesto que moro
Le podéis, don Juan, servir,
Guardando siempre el decoro
Que debe un noble advertir
A Dios, á su Rey y tierra;
No aconsejando en la paz,
Ni con armas en la guerra.
DON JUAN.
¡Yo, señor!
MAYORDOMO.
Sois un rapaz,
Y quien os defiende yerra.
Mirad por vos, que no estáis
Del cuchillo sólo un dedo.
Vamos, guarda.

Vanse los guardas y D. Luis.

DON JUAN.
Si esto usáis
Conmigo, cielos, bien puedo
Decir que favor me dais.
¡Doña Elvira!
DOÑA ELVIRA.
¡Esposo mío!
DON JUAN.
Ni sé si el talle ó el brío
Ó el corazón le han parlado
Quién era el paje embozado,
A tu generoso tío.
Por lástima de mi edad,
Y por hacer amistad
Al Marqués, ó, lo más cierto,
Por no ver su honor más muerto,
Dió paso á mi libertad.
Cuerdo viejo y valeroso,
Yo estoy en peligro extraño.
DOÑA ELVIRA.
Ahora teméis, esposo;
Ahora, en medio del daño,
Estás cobarde y quejoso.
Pero si estimas tu vida
Más que mi honor y mi amor,
Vete, que, infame y perdida,
Me volveré sin honor
Adonde la muerte pida.
Vete, que así, descompuesta,
Iré á palacio sin honra,
Donde daré por respuesta
Que tu miedo y mi deshonra
Son máscaras de esta fiesta.
Y bien máscaras serán,
Pues me han costado más caras
Que te merezco, don Juan.
¡Pluguiera á Dios que danzaras
Más cierto y menos galán!
Mas ya que disfraz se nombre
Este amor, para que asombre
Tu cobarde proceder,
Toma traje de mujer,
Ya que me le has dado de hombre.
Mudémonos, si tú quieres,
Ya que en tal máscara estoy,
Tú de mujer, pues lo eres;

Yo de hombre, pues lo soy.

DON JUAN.

Extrañas sois las mujeres.
¡Con qué brevedad teméis!
¡Qué presto desconfiáis!
¡Qué fácil sangre tenéis!
¡Qué sin razón os quejáis!
¡Qué injustamente ofendéis!
¿Yo, mi bien, dejarte aquí,
Por mil vidas? Ahora bien:
No es tiempo de estar ansí.
Conmigo, señora, ven,
Y sabrás que soy quien fuí;
Que pues tus miedos exceden
Del buen crédito que cobras,
Porque satisfechos queden
Te responderán mis obras;
Que mis palabras no pueden.
Tomar pretendo el consejo,
Puesto que mi intento doble,
Tanto porque fué de un viejo,
Como porque fué de un noble,
De honor y piedad espejo.
A Granada iré, llevando
Por justo y dichoso agüero
El ver que me está amparando
El mismo honor de Vivero
Contra el rigor de Fernando.
Ven segura de mi amor,
Que no te puede olvidar.

DOÑA ELVIRA.

Iré contigo, señor,
Al fin del mundo, á mostrar
Que no le tiene mi amor;
Pero advierte que hasta el punto
De estar casados, mi honor
Ha de andar con mi amor junto.

DON JUAN.

Vivirá en tu fe mi amor
Y en tu deshonor difunto;
Yo hago pleito homenaje,
Señora, de no ofenderte.

DOÑA ELVIRA.

Pues vamos; que de esa suerte
Tendrás en Granada un paje
Y una esclava hasta la muerte.

Vanse.

Sale Mahomad, rey de Granada, y Fátima, su mujer.

MAHOMAD.

¿Cómo le va á vuestro hermano,
Reina, con el casamiento?

FÁTIMA.

Que estará, señor, contento,
Me parece que es muy llano;
Á la fianza me atrevo
Del contento que ha mostrado;
Que casarse enamorado
Es todo el bien de un mancebo.

MAHOMAD.

¿Y osaréis fiar también
Que ese bien le durará?

FÁTIMA.

Si del bien contento está,
Durará mientras es bien.

MAHOMAD.

Del casarse por amores
Muchos ejemplos tenemos,
Porque siempre los extremos
Dan en extremos mayores.

FÁTIMA.

Algunos que han elegido
Cuerdamente compañía,
Y no por la fantasía
De un amor de ayer nacido,
El mismo bien que eligieron
Fué creciendo con gozalle.

MAHOMAD.

Sí, pero para estimalle
¿Qué diligencias hicieron?

FÁTIMA.

Buscar no sólo hermosura.

MAHOMAD.

¿Pues qué?

FÁTIMA.

Buen entendimiento,
Porque éste es el fundamento
Donde el amor siempre dura.
La hermosura el primer día
Se goza, y siempre es menor,
Porque de la edad la flor
Pasa con veloz porfía.
Lo que es nuevo en la mujer
Siempre, para dar contento,
Es el buen entendimiento
Y el honesto proceder.
Cuantas veces el casado
Halle este bien, que procura,
Aunque de poca hermosura
Dulcemente acompañado,
Tendrá el amor sin rigor
De jamás mostrarse ingrato,
Porque entendimiento y trato
Son epítimas de amor.

Sale Leocán.

LEOCÁN.

El gallardo Jazimín
Y Daraja, su mujer,
Os vienen á ver.

Vase.

MAHOMAD.

Y á ver
De nuestra contienda el fin;
Que en él se verá el contento,
Y en ella aquella hermosura,
Con que el amor siempre dura

En el buen entendimiento.

Sale Jazimín, muy galán, y Daraja, su esposa.

JAZIMÍN.
Déme tu alteza los pies.
MAHOMAD.
Alza, amigo bencerraje,
JAZIMÍN.
Déjame que al suelo baje
Porque la tierra me des;
Y da las manos, señor,
Á mi esposa.
MAHOMAD.
Alzad del suelo.
JAZIMÍN.
Pues de esa manera apelo,
Gran Reina, á vuestro valor.
FÁTIMA.
Hermano, tanta humildad.....
JAZIMÍN.
Aunque vuestro hermano soy,
Debo imaginar que estoy
Sujeto á esa majestad.
DARAJA.
Pues no se las dais á él,
Dadme las manos á mí.
FÁTIMA.
Eso no: los brazos sí,
Aunque con envidia dél.
MAHOMAD.
Ayer os dí parabienes,
Cuñado, del casamiento;
Hoy os le doy del contento:
Sea para muchos bienes.
JAZIMÍN.
Tienes, gran señor, razón;
Hoy mayor parte me alcanza;
Que ayer fué de la esperanza
Y hoy es de la posesión.
MAHOMAD.
Cumplido un grande deseo,
No suele en tanto estimarse.
JAZIMÍN.
Cumplido para cansarse,
Que en poco se estima creo.
Mas cuando sale mayor
Que se tuvo imaginado,
Disminúyese el cuidado,
Pero auméntase el amor.
MAHOMAD.
Todavía estás galán;
No has, Jazimín, aprendido
El lenguaje de marido.
JAZIMÍN.
Esta licencia me dan
Aquellos hermosos ojos,
Y no se extienden á más.
MAHOMAD.
¿Seguro y contento estás
De sus desdenes y enojos?

Sale Leocán.

LEOCÁN.
Un caballero cristiano,
Gran señor, te quiere hablar.
MAHOMAD.
Bien puede el cristiano entrar.

Salen D. Juan y D.ª Elvira.

DON JUAN.
Danos á besar tu mano.
MAHOMAD.
¿De dónde, cristiano, vienes?
DON JUAN.
De Córdoba.
MAHOMAD.
¿Cómo queda
Fernando?
DON JUAN.
Aunque me conceda
La ira ocultar sus bienes,
Es tan alto el resplandor
De sus virtudes, que enciende
Mi lengua, por más que emprende
Enmudecerla el rigor.
Queda bueno, y queda igual
En paz á Numa, á Trajano;
En guerra, es César hispano,
Es católico Anibál,
Es un nuevo Escipión,
Es una imagen de Marte,
Es su autoridad sin arte
Un retrato de Catón.
Es un Licurgo cristiano,
Es un fénix, es un sol,
Es Alejandro español
Y es Aquiles castellano.
Así que el venirme dél
Y desnaturalizarme
De la patria, es más culparme
Que poner la culpa en él.
Véngote á servir á ti,
Aunque él era buen señor,
No porque faltase amor
Ni felicidad en mí;
Mas por haber muerto allá
Un hidalgo en desafío,
Poco menos que igual mío,
Que por esto vengo acá.
Dame tu real amparo
Por la lealtad que prometo
Como vasallo, sujeto
Á tu nombre ilustre y claro.
MAHOMAD.
¿Quién eres?
DON JUAN.
Soy un sobrino
Del Marqués de Santillana,
Cid de la nación cristiana.

MAHOMAD.
La cabeza al nombre inclino.
¿Serás Mendoza?
DON JUAN.
Señor,
Yo soy don Juan de Mendoza.
MAHOMAD.
El alma, don Juan, se goza
De tu nombre y tu valor.
Dame, en honra del Marqués,
Cristiano amigo, los brazos,
Y darásme mil abrazos
Por el Mendoza después.
Más estimo tu venida
Que si á Córdoba ganara.
DON JUAN.
Tu valor mi vida ampara,
Y así te ofrezco mi vida.
MAHOMAD.
¿Quién es este caballero
Que te acompaña?
DON JUAN.
Es mi hermano.
MAHOMAD.
Por Alá, gentil cristiano.
¿El nombre?
DON JUAN.
Luis de Vivero.
MAHOMAD.
Llega, que quiero abrazarte.
DOÑA ELVIRA.
Hácesme tan gran favor,
Que eternamente, señor,
Me has obligado á alabarte.
MAHOMAD.
Tú mereces mucho más:
Besad á Fátima bella
Las manos. Con buena estrella,
Don Juan, caminando vas.
No he visto igual hermosura.
DOÑA ELVIRA.
Dadnos, señora, los pies.
FÁTIMA.
Alzaos.
DARAJA.
¡Qué gallardo es!
DOÑA ELVIRA.
Ya tenemos por ventura
La desgracia del perder
La patria, por merced tanta.
FÁTIMA.
Cristiano amigo, levanta.
JAZIMÍN.
Mucho parece mujer.
¿Suelen hacer cada día
Disfraces de aquesta suerte
Los cristianos?
MAHOMAD.
De su muerte
Pienso que ocasión sería.
Tú vendrás, don Juan, cansado;
Que pues que vienes huido,
Habrás la posta corrido.
DON JUAN.
En diez horas he llegado.
Tres caballos dejo muertos.
MAHOMAD.
Pues descansa, que es razón;
Que después habrá ocasión
De tratar nuestros conciertos.
Leocán.
LEOCÁN.
Señor.
MAHOMAD.
Aposenta
En mi Alhambra estos cristianos.
DON JUAN.
Mil veces beso tus manos.
MAHOMAD.
Ten de su regalo cuenta;
Y si quisieren salir
Después á ver á Granada,
Por allá tan celebrada,
Como ellos suelen decir,
Dos caballos enjaeza,
Que el sol tenga envidia dellos,
Con más piedras y oro en ellos
Que hay en su carro y cabeza.
Lleve don Juan el melado,
Que sabe de entrambas sillas,
Con bozal de campanillas
Y caparazón morado.
Á Luis darás el overo,
Donde la Reina salió
Cuando á Dinádamar vió.
La causa encubrirla quiero.
Id en buen hora, cristianos;
Descansad de la jornada.
DON JUAN.
Señor, la sangre y la espada
Te ofrezco, y beso tus manos.

Vanse D. Juan y D.ª Elvira.

JAZIMÍN.
Algo confuso te veo.
MAHOMAD.
Contento estoy, Jazimín;
Que esa confusión, en fin,
Es de lo que apenas creo.
Estimo de este apellido
Cualquier cristiano en extremo:
Jamás de su engaño temo;
Ninguno traidor me ha sido.
JAZIMÍN.
Yo pienso que has sospechado
Que es aquel menor mujer.
MAHOMAD.
Pienso que lo puede ser,
Y puedo haberme engañado.
Si es mujer, ¡por Alá santo,

Que no vi cosa más bella!

JAZIMÍN.

Yo vi señales en ella
Que de pensarlas me espanto.
Si lo fuese, ¿qué dirías
Del intento del cristiano?

MAHOMAD.

Que la trajo de su mano
Para ponerla en las mías.
Y que dél no me fiara,
Aunque á servirme dispuesto,
Porque quien me engaña en esto
En lo demás me engañara.

Sale Tarfilo:

TARFILO.

Las guardas, gran señor, de la frontera
De Iznatorafe, cerca del castillo,
Un soldado cristiano cautivaron.

Sale Páez, soldado.

MAHOMAD.

Entre el soldado.

PÁEZ.

Aquí, señor, me tienes.

MAHOMAD.

¿Eres tú del Alcaide?

PÁEZ.

No he servido
En mi vida al Alcaide.

MAHOMAD.

¿Pues quién eres?

PÁEZ.

Un soldado del Rey, que vivo en Córdoba:
Mi nombre es Páez; de su sueldo vivo.

MAHOMAD.

¿Á qué venías?

PÁEZ.

Sólo á ver la fuerza.

MAHOMAD.

¿Á ver la fuerza de un castillo humilde?
¡Qué coloso de Rodas, qué pirámides
De Egipto en Menfis, qué sepulcro en Caria!
Este es espía del Alcaide mismo:
Dalde tormento.

PÁEZ.

La verdad es justo
Que se diga á los reyes, aunque pocos
Suelen ser tan dichosos que oigan muchas:
Del rey Fernando le traía una carta,
Y no para tu daño, á lo que pienso.

MAHOMAD.

Muestra la carta.

PÁEZ.

Este es, señor, el pliego.

MAHOMAD.

Léela, Jazimín.

JAZIMÍN.

Así comienza:

Lee.

«Sancho de Cárdenas, nuestro Alcaide de Iznatorafe: estad advertido si pasare á Granada D. Juan de Mendoza con D.ª Elvira de Vivero, ó solo, ó en hábito de paje, como nos han dicho, corriendo lo más que os fuere posible de la vega, preso le poned á buen recado, que así conviene al servicio de Dios y nuestro. De Córdoba.—*Yo el Rey.*»

MAHOMAD.

¡Por el sagrado Alá, que ha sido cierta
La sospecha que tuve de este paje!

FÁTIMA.

¿Que aquel paje es mujer?

DARAJA.

¿Pues no lo escuchas?

FÁTIMA.

No menos su belleza prometía.

MAHOMAD.

Parte con guarda, Abencerraje, al punto
Y prende ese villano caballero.

JAZIMÍN.

Prenderle, pues, ¿por qué?

MAHOMAD.

Porque yo quiero.

JAZIMÍN.

En llegando á que un rey diga: esto mando,
Para que sirva de razón su gusto,
Su voluntad no tiene resistencia:
Aquello es ley que el rey quiere que sea:
Mas mira que don Juan vino á tu amparo,
Y que en ninguna cosa mostrar puede
Un rey que es rey, como en hacer defensa
Al hombre que otro rey ofender quiere.

MAHOMAD.

No entiendes mi intención: camina luego,
Y nosotros podremos entretanto
Bajarnos á la torre de Comares,
En cuyo estanque un rato al són del agua
Pasemos lo que falta de la fiesta.

FÁTIMA.

Celosa voy de Mahomad.

DARAJA.

Los cielos
Hicieron sombra del amor los celos.

Salen D. Juan y D.ª Elvira.

DON JUAN.

¿Qué te parece Granada?

DOÑA ELVIRA.

Una pintura extremada
Que el alma y la vista admira
Desde la sierra de Elvira
Hasta la sierra Nevada.

DON JUAN.

Todo es un bello jardín.

DOÑA ELVIRA.
Los altos del Albaicín
Son fuertes.
DON JUAN.
Y por la vega,
Que el cristal del Genil riega,
Lo es mucho Bibataubín.
El Alhambra es edificio
Que aunque dentro ha dado indicio
De ser para Venus hecho,
De fuera muestra provecho
Para el marcial ejercicio.
Estos cármenes son bellos,
Puesto que en cerros tan altos,
Pues bañando sus cabellos
Las acequias dando saltos,
Bajan al Dauro por ellos.
No hay palmo de tierra solo,
Donde no quepa un jardín,
Ni mira de polo á polo
Calle como el Zacatín
La hermosa vista de Apolo.
Mas toda aquesta hermosura,
Así Dios me dé ventura,
Que me entristece, señora;
Pues el alma que te adora
No goza el bien que procura.
Fué yerro el traerte ansí
Y no poderme casar.
DOÑA ELVIRA.
Mucho me espanto de ti.
¿Amor se puede quejar
Presente el bien?
DON JUAN.
Mi bien, sí.
No le goce, Elvira, quien
Viva ausente ó con desdén,
Mas quien tiene ocasión tal
Y es querido, ¿qué más mal
Que no gozar de su bien?
Puso la gentilidad
A Tántalo en el infierno
Agua y fruta en cantidad;
Mas, para tormento eterno,
Fué disfrazada piedad.
Tal yo, por mi desventura,
No gozo, aunque lo procura
El alma, que nunca pára,
Las manzanas de tu cara
Y el cristal de tu blancura.
¿Qué le importa al avariento
El dinero que no gasta,
La música al descontento,
La esperanza al que no basta
Paciencia ni sufrimiento?
Los dátiles en la palma,
Y el agua, Elvira, en la mar
Son desesperada calma:
Pues mira cuál puede estar
Quien es Tántalo del alma.
Muda el traje, por tu vida;
Diré á Mahomad quién eres;
Que no es razón que me impida
Posesión que darme quieres
Una esperanza fingida.
DOÑA ELVIRA.
Pues que del moro has fiado
Tu vida, tu honor podrás.
DON JUAN.
Ya vengo determinado.

Sale Jazimin con gente.

JAZIMÍN.
Quedaos vosotros atrás,
Pero con mucho cuidado.
DON JUAN.
¡Oh gallardo Abencerraje!
JAZIMÍN.
Don Juan, el Rey mi señor,
Informado que este paje
Es mujer, cuyo valor
Te iguala en noble linaje,
Manda prenderte; no seas
Loco, deja estar la espada,
Si es que la vida deseas;
Procede cuerdo en Granada,
Hasta que libre te veas;
Que con la vida no hay cosa
De cobrar dificultosa.
DON JUAN.
El Rey en esta ocasión
No cumple su obligación,
Siendo obligación forzosa.
Debajo estoy de su amparo
Y su palabra real.
JAZIMÍN.
No niego lo que es tan claro;
En que no fuiste leal
Tiene esta queja el reparo.
Pues si tú leal no fuiste,
Y por tu hermano vendiste
Una dama de Isabel,
El Rey ha sabido el fiel,
Tú que la traición hiciste.
DON JUAN.
¿Cómo sabe que es mujer?
¡Que yo no lo sé, por Dios!
JAZIMÍN.
No te intentes defender;
Que no es cuestión de los dos,
Sino del Rey el poder.
Fernando escribe que es dama
De Isabel, y que se llama
Doña Elvira de Vivero.
¿Queréis más señas?
DON JUAN.
No quiero
Vida, ni en mi muerte fama.
Pero si me ha de entregar
Mahomad al rey Fernando,
Todos me habéis de matar.

JAZIMÍN.

¿Qué estás, don Juan, porfiando?
¿No ves que es beberte el mar
Querer tu fuerza oponer
Al poder de un Rey airado?
¿No ves que no es defender
Un castillo encomendado
Morir por una mujer?
¿Qué pendón ó qué bandera
Te ha dado en la guerra el Rey
Para que primero muera
Su alférez, por justa ley,
Que darla ó rendirla quiera?
Mira que sólo es prisión,
Y que estoy yo de por medio;
Los Abencerrajes son
Hombres que han dado remedio
Á muchos de tu nación,
Y también le han recibido.
Fíate de mí, que soy
Quien esa espada te pido.

DON JUAN.

Mucho pienso que te doy;
Mucho de quien soy me olvido.

JAZIMÍN.

Yo hago pleito homenaje
Que no recibas ultraje;
Desta palabra te goza,
Porque si tú eres Mendoza,
Yo soy, don Juan, Bencerraje.

DON JUAN.

Á cuenta de tu valor,
Aunque eres del Rey cuñado,
Pongo mi vida y mi honor.

TARFILO.

El Rey, señor, ha llegado.

JAZIMÍN.

Aquí está el Rey mi señor.

Salen el rey Mahomad y Leocán.

LEOCÁN.

Ya, señor, presos están.

MAHOMAD.

¿Á un Rey engañas, don Juan?

LEOCÁN.

Cristiano, ¿á un Rey es bien hecho
Venir con fingido pecho?

MAHOMAD.

Prende ese paje, Leocán.

DON JUAN.

Si yo, señor, intentara
Hacerte traición, juzgara
Que era mi muerte razón.

MAHOMAD.

¿Luego no llamas traición
Mentir á un Rey en la cara?

DON JUAN.

Mentir en cosa que toque
Al Rey, es bien que á rigor
Á su justicia provoque,
Si no, razón es, señor,
Que la sentencia revoque.
Por el honor de esta dama
No dije entonces quién era,
Si el traje ofende su fama;
Pero después te dijera
Quién es y cómo se llama.
Mudar su traje quería.
¿Qué delito fué el llegar
De la suerte que venía,
Para quererme amparar
De un Rey que hacerlo podía?
¡Bien á servirte vendrán
Los hombres de mi valor,
Pues este pago les dan!

MAHOMAD.

¿Qué dices de esto?

JAZIMÍN.

Señor,
Que tiene razón don Juan.

MAHOMAD.

Oye aparte.

JAZIMÍN.

Mira bien
Que no es razón que le prendas.

MAHOMAD.

Todo lo he visto también;
Pero tiene amor dos vendas
Con que alma y cuerpo no ven:
Una pone á nuestros ojos
Y otra á los de la razón;
Que el fingir estos enojos
No nace de su traición.

DON JUAN.

¿Pues de qué?

MAHOMAD.

De mis antojos.

DON JUAN.

Tendráslos de esta mujer.

MAHOMAD.

Para decir de qué suerte,
Jazimín, has de saber
Que quiero darle la muerte.

DON JUAN.

¿Á quién?

MAHOMAD.

¿Á quién puede ser?

DON JUAN.

Á ella, pensaba yo.

MAHOMAD.

Pues, ¿por qué?

DON JUAN.

Por imitar
Un Rey de Asia, que mató
Una mujer singular,
Cuyo rostro le venció.

MAHOMAD.

Eso fué bárbaro hecho.

DON JUAN.

¿Y no es bárbaro dar muerte,
De la razón á despecho,

Á un hombre de pecho fuerte,
Por gozar un flaco pecho?

MAHOMAD.

Dime, ¿aquéste no es cristiano?
Luego ya en matarle gano.

JAZIMÍN.

¿Cómo?

MAHOMAD.

Un enemigo menos,
Y más que si es de los buenos
Cortarás ciento en su mano.

JAZIMÍN.

¿Habrás tú por dicha oído
Que cristiano haya tratado
Moro ansí?

MAHOMAD.

Tan cierto ha sido,
Que fué á las cañas jugado
Y del Rey cristiano herido.

DON JUAN.

¿Y qué Rey?

MAHOMAD.

Don Pedro á un Rey
De mi nombre, y de Granada.

JAZIMÍN.

¿Quién era?

MAHOMAD.

Mahomad Muley,
En el campo de Tablada,
Sin más razón que otra ley.

JAZIMÍN.

¿Por qué le mató?

MAHOMAD.

El tesoro
Que trajo le dió codicia.
Pues si á un rey matan por oro,
¿Á un hidalgo es injusticia
Por una mujer que adoro?
Anda, que nunca has querido.

JAZIMÍN.

Quise y quiero, pero ha sido
Á quien es hoy mi mujer.

MAHOMAD.

No es querer, aunque es querer
Pagar un amor debido.
Amor entonces lo es
Cuando anda todo al revés,
Porque está su fortaleza
En ser el gusto cabeza
Y ser la razón los pies.
No han de ver ojos, ni oídos
Oir, y si fuere, á pocos;
Porque han de estar los sentidos
En una casa de locos
Á sólo su gusto asidos.
Lo que es alma no ha de obrar
Por potencia intelectiva,
La memoria ha de cesar;
Que la razón discursiva
No ha de hacer más que callar.
La voluntad sola es bien
Que mande, gobierne y rija,
Y el apetito también,
Y que á su gusto dirija
Cuantos antojos le den.
Con esto te he respondido,
Y de amor filosofado
Lo que enseña á mi sentido.

JAZIMÍN.

Notable amor has pintado;
Poco platónico has sido.

MAHOMAD.

Para mi ley, Jazimín,
No es filósofo Platón.

JAZIMÍN.

Amor es honesto fin.

MAHOMAD.

Si le rige la razón.
Y aquí no hay razón, en fin,
Y tú no la tienes ya
En repugnar á tu Rey
Lo que diciéndote está.

JAZIMÍN.

Si tu voluntad es ley,
Donde el Rey quisiere irá;
Pero apártale de ti,
Y quédate con su Elvira,
Que también es tuya ansí.

MAHOMAD.

Calla y adelante mira,
Bencerraje.

JAZIMÍN.

¿Cómo ansí?

MAHOMAD.

¿No ves que aqueste cristiano
Mientras viva dará guerra
Á esta mujer? Y es muy llano
Que á mi amor el paso cierra
Si volver piensa á su mano.

JAZIMÍN.

Finge matarle, pues es
Lo mismo.

MAHOMAD.

Necio, ¿no ves
Que el alma se lo dirá
Mientras la tuviere acá,
Lo que no podrá después?

JAZIMÍN.

Espíritus semejantes
No saben cosas secretas;
Presos están.

MAHOMAD.

No te espantes,
Porque son medio profetas
Las almas de los amantes.

JAZIMÍN.

Ahora bien; vete, que yo
Le mataré como mandas.

MAHOMAD.

Amor la sentencia dió.
En Scila y Caribdis andas.

DON JUAN.
¿Luego anegaréme?
DOÑA ELVIRA.
No.
MAHOMAD.
Elvira.
DOÑA ELVIRA.
Señor.
MAHOMAD.
Leocán
Ha de tenerte en prisión,
Y Jazimín á don Juan.
DOÑA ELVIRA.
Si obedecerte es razón,
Sin razón prisión nos dan.
MAHOMAD.
Lleva á las torres Bermejas,
Alcaide, esta dama.
DON JUAN.
¡Oh, injusto!
Mas pues sin ella me dejas,
Déjamela hablar.
MAHOMAD.
No es justo
Que aquí le digas tus quejas.

Vanse el Rey, D.ª Elvira y Leocán.

DON JUAN.
¡Cielos! ¿Para qué es la vida
En tantos males y penas?
¿Quién hay que morir me impida?
¡Sangra, bárbaro, estas venas,
Donde está esa prenda asida!
Si nacen del corazón,
De donde principio tienen,
Romperlas será razón,
Que á estar sin principio vienen,
Pues esos ojos lo son.
Como de un punto se tira
Una línea y otra, mira
Que me tiras de las venas,
Llevándome con mil penas
El corazón, que es mi Elvira.
¡Ah, Rey bárbaro, en efeto!
JAZIMÍN.
Cristiano, tú eres discreto.
DON JUAN.
No, que si lo hubiera sido
No hubiera á un moro creído,
Que en la nobleza es defeto.
JAZIMÍN.
¿Defecto es no ser cristiano
Para ser noble?
DON JUAN.
¿Pues no,
Siendo argumento tan llano?
JAZIMÍN.
¿No es noble quien lo nació
Ó lo ganó por su mano?
DON JUAN.
La nobleza verdadera
Consiste en la virtud sola;
Sólo este fin considera,
Y ésta en la fe se acrisola
Como su causa primera.
¿La verdad de nuestra fe
Quién es el que no la ve?
Luego el virtuoso es llano
Que es noble, el noble cristiano,
Y que el que no, no lo fué.
JAZIMÍN.
De Alejandro, ¿qué dirás?
DON JUAN.
Que hizo mil desatinos.
JAZIMÍN.
Y de mí, ¿qué juzgarás
Si por tan varios caminos
Te doy la vida, que es más?
DON JUAN.
¿Mándame matar el Rey?
JAZIMÍN.
El Rey me manda matarte;
Pues si lo manda Muley
Y la vida quiero darte,
Nobles habrá sin tu ley.
DON JUAN.
¿Que me manda matar?
JAZIMÍN.
Sí.
DON JUAN.
Pues mátame.
JAZIMÍN.
Ves ahí
Cómo hay bárbaros cristianos,
Pues tomáis con vuestras manos
La muerte.
DON JUAN.
¿Qué haré? ¡Ay de mí!
JAZIMÍN.
Vivir.
DON JUAN.
¿Para qué sin quien
Es la vida por quien vivo?
JAZIMÍN.
Para cobrarla más bien.
DON JUAN.
Si de ti favor recibo,
Podrá ser que me la den.
JAZIMÍN.
Tu talle, tu fuerte mano,
Tu fama, tu valentía
Y el ser, Mendoza, cristiano
Me obliga á más cortesía
Que la de este Rey tirano.
Es propio de Bencerrajes
Hacer por los caballeros
De otras leyes ó linajes:
Ya sabes nuestros aceros
Y nuestras galas y trajes.
El Bencerraje en naciendo

Sabe que á ser noble nace.
Mucho vencerás huyendo.
Lo que la vida no hace,
¿Cómo lo has de hacer muriendo?
Toma este consejo mío,
Y guarda, Mendoza, el brío
Para cobrar tu mujer
Cuando tengas más poder,
Porque ahora es desvarío.

DON JUAN.

¿Pues cómo podré salir
Sin ser visto de Granada?

JAZIMÍN.

Tarfilo.

TARFILO.

Señor.

JAZIMÍN.

Tú has de ir
Por una aljuba y espada,
Alfanje quise decir;
Y tú, Arfel, llama á Zulema.

DON JUAN.

Contigo ¿qué habrá que tema?

JAZIMÍN.

Escapa ahora la vida;
Que perdella mal perdida
Nunca es valor, sino tema.
Este vestido de moro
Y el Zulema que te doy,
Para este caso un tesoro,
Del laberinto de hoy
Serán, don Juan, hilo de oro.
Zulema ha estado cautivo;
Sabe la lengua y la tierra.

DON JUAN.

Por ti en tantas muertes vivo.

JAZIMÍN.

Quien no se aconseja yerra.

DON JUAN.

Ya tus consejos recibo.

JAZIMÍN.

Con éstos saldrás de aquí
Donde yo te avisaré.

Sale Zulema con calzón largo, bonete y turca.

ZULEMA.

Arfel decimus á mí
Que me liamar vosancé.

DON JUAN.

¿Es éste Zulema?

JAZIMÍN.

Sí.

DON JUAN.

Buen talle.

JAZIMÍN.

Es otro Sinón
Para cualquiera invención.

ZULEMA.

¿Quén estar este grestiano?

JAZIMÍN.

Un hidalgo castellano
De los que Mendoza son.

ZULEMA.

¿Ser Mendoza ó ser mentira?

JAZIMÍN.

Es sobrino del Marqués
De Santillana.

ZULEMA.

Vos mira
Que ser enganio despoés
Que pasamus porta Elvira,
Estos beliacos acá
Decimos que estar Toledo,
O santos balios allá,
Borriques, Cerdas, Cenedos,
Al que Rey el cruz le da.
Fengir que por nostro estrago
Traer allá un zanahoria
Que liamamos de Santiago,
Porque de alguno vetoria
Le damus Herrando en pago.
Decir que trae en Sevilia
Al pecho el rávano verde
Que liamas de Alcantarilia,
E ser que el memoria perde,
Que estar roja y amarilia.

JAZIMÍN.

Esto, Zulema, es muy cierto;
Vino aquí con una dama
Por hallar en el Rey puerto;
Pero el Rey la adora y ama,
Y ahora piensa que es muerto.
La vida le quiero dar;
Vestirle quiero de moro;
Tú mismo le has de sacar.

ZULEMA.

¡Oste poto!

JAZIMÍN.

Este decoro
Debo á lo que soy guardar,
Y á un Mendoza se le debe.

ZULEMA.

Estar bono, ser Mendoza.

JAZIMÍN.

Ven con él donde él te lleve.

ZULEMA.

É dejalde al Rey el moza.

JAZIMÍN.

Cobrársela pienso en breve.

ZULEMA.

Se ser grestiana é ser bella,
¿Para qué querer volvella
Despós de estar del Rey pota?

JAZIMÍN.

Esa es causa muy remota;
Que es una ilustre doncella.

ZULEMA.

Lustre malo.

JAZIMÍN.

¿Malo ilustre?

ZULEMA.

Cuando un zapato quitamos,
Porque lodo no deslustre
De mocho que refregamos,
Decimos que tener lustre.
¿Para qué querer Mendoza
Este diablo de este moza
Despós de estar refregada?

DON JUAN.

Mataréme con mi espada
En sabiendo que la goza.

ZULEMA.

Pos ben podelde matar.

JAZIMÍN.

Mira que no puede ser
Que el Rey la pueda gozar.

ZULEMA.

Como vos decer mojer,
Acá decemos mojar.
Un columna estar muy forte;
Un monte tener cimento
Firme de la misma sorte;
Un peniasco estar al vento,
Sin temer tempo ni morte;
Mas un mojer no creelde,
Que aunque estar tempo rebelde,
En dándole un golpecilio
Caemos de colodrilio
É hacemos el que querelde.

DON JUAN.

Espero en Dios que ha de ser,
Zulema, roca en el mar,
Si el Rey es mar de poder.

ZULEMA.

En Dios ser bono esperar,
Mas no esperar en mojer,
Porque ser la más feroz
Haca galega tambén
En el tretilia, y la voz
Servimos seis anios ben
É al postre damos el coz.

Sale Tarfilo.

TARFILO.

Aquí tienes el vestido.

JAZIMÍN.

Vuelve, Tarfilo, á mi esposa.
Di que el Rey.....

TARFILO.

Ya lo entendido.

JAZIMÍN.

Ya no hay que hacer otra cosa;
Que te le vistas te pido.

DON JUAN.

Tenme, Zulema, este cuello
Y sacaré la valona.

ZULEMA.

Mucho me espantar de vello.
¿Qué borrico del tahona,
Qué macho poder traello?
Los grestianos castellanos,
Tan hombres por vostras manos,
Traer un rueda al besgozo.

DON JUAN.

Váyase vistiendo.

Es costumbre.

ZULEMA.

¡Tan bon mozo
Carlancas traer de alanos!
Mucho mirándole espanta.
¿Cómo sofrir el garganta
Lo que no traer un berro?
A un buey poner un cencerro;
Vos traer aquí cincuanta.

JAZIMÍN.

Ponte el bonete y la toca.

ZULEMA.

A lástima me provoca
Esto, pobreto senior,
Que ya el alfección de amor
Dentro del alma me toca.
¿Por dónde habemos de andar?

JAZIMÍN.

La calle de los Gomeles
Puedes, Zulema, tomar,
Y como otras veces sueles,
En el Zacatín entrar,
Bibarrambla y calle Elvira,
Y por su puerta saldrás,
Y que no le miren mira.

DON JUAN.

Y no salgamos jamás
De amar y querer á Elvira.

ZULEMA.

Caliar, diablo don Gaiferos;
Todos estar muy parleros.
Yo muero, el vida me quito,
É si picalde un mosquito
Liamar cuaranta barberos.

DON JUAN.

Adiós, Bencerraje amado;
Escríbeme lo que hubiere
De mi bien tiranizado.

JAZIMÍN.

Cuando Zulema volviere
Sabrás si estás obligado.

DON JUAN.

Adiós, Granada; adiós silla
De mi octava maravilla;
Quiera Dios que nos veamos.

ZULEMA.

Adiós, Granada; que andamos
Al tabernas de Castilla.

Vanse.

Salen el Rey, y Elvira de dama.

MAHOMAD.

Si bien estaba primero,

Mejor estarás así.
Para que me atreva á ti
En el ser porque te quiero.
Dame una mano.

DOÑA ELVIRA.

No pidas
Mano sin alma, señor,
Ni de aquel mi honesto amor
El curso dichoso impidas.
Quien algo ha de dar por fuerza
Una mano ha de tener;
Pues si está en otro poder,
¿Qué poder hay que me tuerza?

MAHOMAD.

Llevaré del alma palma
Si aquesta mano te gano,
Porque suele ser la mano
El plato en que viene el alma.

DOÑA ELVIRA.

No te han dicho la verdad
Del plato que el alma tiene,
Porque siempre el alma viene
En plato de voluntad.
Que para tan gran tesoro
No era de amador bizarro:
La mano es plato de barro
Y la voluntad de oro.
El alma era cosa impropia
Que en tierra humilde se diese,
Ni era justo que viniese
Sino en su potencia propia.
Conquistar la voluntad
Es de pechos de valor;
Que quien la fuerza, señor,
Agravia su calidad.
Si para el alma te armas,
Advierte, con mejor vista,
Que con almas se conquista,
Y las ciudades con armas.

MAHOMAD.

Tú misma das la sentencia
Que yo puedo desear,
Pues alma te quiero dar
Y le has hecho resistencia.
Dale en tu desdén entrada;
Así veas tu persona
Con la famosa corona
De nuestra imperial Granada.
Gozarás oro de Dauro,
Verde jaspe de Genil,
Del Albaicín la sutil
Toca y de tu frente lauro.
Daráte Generalife
Flores que esa mano arranque;
Comares en blanco estanque,
Te dará dorado esquife;
Bibataubín con soldados
Te hará salva cada día;
Zacatín y Alcaicería
Te darán tela y brocados;
Los cármenes sus acequias,
Que cuando en su orilla mores
Te cantarán ruiseñores
Como el cisne sus exequias.
Celebrados carmesíes
La calle que es de tu nombre;
Granada, por que te asombre,
Granos de rojos rubíes.
Bibarrambla sus balcones,
Para que en fiestas estés,
Y para adorar tus pies
Bibalmazán sus pendones.
La vega con su verdura,
Rojo trigo y verdes parras;
Su nieve las Alpujarras,
Corridas de tu blancura;
Dinadámar su corriente,
Todos los campos sus frutos,
Mis vasallos sus tributos
Y yo el laurel de mi frente.

Sale Jazimín.

JAZIMÍN.

Lo que mandaste, señor,
En ejecución se puso,
Aunque con dolor notable
De quien mirándolo estuvo.
La fuente de los leones
Le llevé á mirar confuso,
Para que muriese entre ellas
Hombre que su nombre tuvo:
Mirando estaba las aguas
Que con violento curso
Tiraban perlas al mármol,
Á donde las manos puso,
Cuando de dos cuchilladas,
Teniendo un alfanje turco,
Volvió corales las perlas
Y el alma al cielo traspuso:
Hice sepultar el cuerpo,
Aunque en indigno sepulcro,
Y haciendo lavar la fuente
Y el suelo apenas enjuto,
Volvió á correr murmurando
El cruel imperio tuyo;
Que lo mal hecho hasta el agua,
Y los mismos aires mudos,
Lo murmuran y reprueban.

MAHOMAD.

¿Viólo, por ventura, alguno?

JAZIMÍN.

Zulema, un criado mío,
Que ya por largos discursos
De su lealtad estoy cierto.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay cielos! ¿De qué me turbo?
¿Á quién han muerto, señor?
¿Quién es, señor, el difunto?

MAHOMAD.

Díselo tú, Jazimín;

Que yo de lástima huyo.

Vase el Rey.

JAZIMÍN.

Sosegad, Elvira, el pecho;
Que aunque en este infame cupo
La muerte de vuestro esposo,
En mis entrañas no pudo;
Mandóme darle la muerte,
Pero el cielo que lo supo
Me mandó que le guardase.

DOÑA ELVIRA.

¿Vive?

JAZIMÍN.

Y viva un siglo y muchos;
No porque le obligue amor
De traición igual le excuso;
Que quien vencerse no sabe
Ni es Rey ni merece triunfo.

DOÑA ELVIRA.

¿Adónde está mi don Juan?

JAZIMÍN.

Las obligaciones cumplo
De Bencerraje y de noble,
Si lo soy, dígalo el vulgo:
Con un moro y en su traje
Salió, señora, seguro
Por vuestra puerta don Juan
De Mendoza; en este punto
Zulema, que le acompaña,
Luego que pierda los muros,
De vista vendrá á Granada.

DOÑA ELVIRA.

De no adoraros me culpo;
Vos sois mi bien, Bencerraje.

JAZIMÍN.

Haced llanto, poned luto;
Que sufriendo y esperando
No hay imposible ninguno.

DOÑA ELVIRA.

¿Daré voces?

JAZIMÍN.

Eso importa.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay Rey tirano! verdugo
De mi esposo, no va bien
Quien á tu poder me trujo.

JAZIMÍN.

Va tan bien, que ya lo creo,
Y si es verdad os pregunto.

DOÑA ELVIRA.

Venga la muerte ¡ay de mí!
Cortó á mi esperanza el fruto.
¿Cómo, viviendo sin ti,
La vida que tengo sufro?
Moriré; matarme quiero;
Dame aquese alfanje injusto;
Mátame, para que estemos,
Como en vida, en muerte juntos.
Fuístete, don Juan, al cielo
Por no merecerte el mundo.

JAZIMÍN.

Quedo, señora, ¿es de veras?

Ríase.

DOÑA ELVIRA.

No es de veras, que me burlo.

ACTO SEGUNDO.

Salen Tarfilo, Leocán y Arfel.

ARFEL.

¿Que de esa suerte está por la cristiana?

TARFILO.

De esta manera está por doña Elvira,
Bien á pesar del reino que gobierna;
Porque ni oye á nadie ni despacha,
Ni trata de la paz ni de la guerra,
Ni hay hombre que negocie ni que trate
Cosa que menos que de amores sea;
Todos los mozos de Mahomad, á ejemplo,
Visten é inventan nunca vistas galas,
Aderezan turbantes y bonetes
De zafiros, balajes y crisólitos;
Plumas de Orán coronan sus cabezas,
En vez de los laureles de la fama.
Con esto las fronteras de Castilla
Los soldados y alcaides de Fernando
Corren la vega y en la puerta Elvira
Osan clavar las lanzas y las dagas.

ARFEL.

¡Que se haya Mahomad cegado tanto
De una mujer!

LEOCÁN.

Yo, Arfel, como testigo,
Te pudiera decir notables cosas
Indignas del valor de un Rey que tiene
Sangre de lo mejor de toda el África
Y origen de Mahoma, cuyo nombre.....
Mas como hablar de los mayores sea
Cosa reprehendida de hombres sabios,
Agravio al cielo, á la lealtad ofensa,
Sólo diré que si el amor le dura
Verán presto las altas Alpujarras
Sus cabezas de nieve por el suelo
Á los pies de Fernando valeroso;
Que lo que es de Granada ya le humilla
Su corona de nácar, para lauro
De la famosa frente de Isabela.

ARFEL.

Triste ciudad, donde el espejo claro
En quien mirarse los vasallos deben

Está tan eclipsado y ofendido.

TARFILO.

Él viene.

LEOCÁN.

Y con él viene su cuñado.

TARFILO.

¡Qué cuerdo es Jazimín, qué bien casado!

Salen Jazimín y el Rey.

JAZIMÍN.

Mira que parece mal.

MAHOMAD.

Cegóme amor los sentidos.

JAZIMÍN.

Abre sólo los oídos,
Que es la obligación Real.
Oye siquiera á tu gente,
Representa el nombre sólo,
Mira que en el cielo Apolo
No se duerme eternamente.
Tal ha de ser el buen rey
Discurriendo en las esferas
De su reino.

MAHOMAD.

Tarde esperas
Poner á amor freno y ley.

JAZIMÍN.

Mayor que amor es el mar,
Y con ley y freno vive,
Que del margen le prohibe
Que pueda jamás pasar.

MAHOMAD.

Ese púsosele Dios.

JAZIMÍN.

Pues imite á Dios el hombre.

MAHOMAD.

Y que el mar mayor se nombre
Que amor, ni iguales los dos,
¿Dónde lo has visto y oído?
Si todo cuanto hay criado
Está de amor ocupado,
Padre de cuanto es y ha sido.
Todo es amor, todo es guerra,
Sin resistencia ninguna,
Del cóncavo de la luna
Hasta el centro de la tierra.

JAZIMÍN.

Si gozaras de tu Elvira
Estuvieras disculpado,
Mas sin haberla gozado
Que andes loco al mundo admira.

MAHOMAD.

Bencerraje, poco sabes
De amor, porque el casamiento
Del arca de su contento
No te dió todas las llaves.
Jazimín, tres llaves son
Las que en sus contentos veo:
La privación, el deseo
Y la fácil posesión.
Esta postrera te ha dado:
El casamiento te aplica.
¿Dónde hay gusto que no pica
Y placer que está parado?
Para ser gustoso amor,
El placer no ha de parar;
Que el procuralle alcanzar
Hace su gloria mayor.
¿Qué quieren éstos aquí?

JAZIMÍN.

Señor, negociar querrán.

MAHOMAD.

Muy enfadosos están;
Di que se vayan de ahí.

JAZIMÍN.

Caballeros, ¿qué queréis?

ARFEL.

Quien nos oiga.

JAZIMÍN.

Está en razón.

MAHOMAD.

¿Qué dicen?

JAZIMÍN.

Sus voces son
Justas.

MAHOMAD.

¿Cómo lo sabéis?

JAZIMÍN.

Porque debes gobernar,
Pues reinas.

TARFILO.

Señor, escucha.

MAHOMAD.

¿Así habláis?

LEOCÁN.

La razón mucha
Nos fuerza, señor, á hablar.

MAHOMAD.

¡Perros!

JAZIMÍN.

No tienes razón.

MAHOMAD.

Mataldos, daldes la muerte.

JAZIMÍN.

Detente, por Dios, y advierte
Que te ciega la pasión.

LEOCÁN.

Señor, si haberte servido
En la guerra y en la paz,
Hace á Leocán incapaz
De la merced de tu oído,
No escuches; mas si es razón
Oir á quien sirve bien,
Y que á sus servicios den
Siquiera este galardón,
Oye una sola palabra,
Y si hablare más, podrás
Matarme.

MAHOMAD.

Ya hablaste más.

JAZIMÍN.

Señor, los candados abra

De tu oído la razón.

MAHOMAD.

Deja, cuñado, mis pies.
¿Qué quieres, Leocán?

LEOCÁN.

Que des
Quien nos oiga sin pasión.
No gobiernes, si no quieres;
Danos un gobernador.

MAHOMAD.

¿Dicen bien?

JAZIMÍN.

Muy bien, señor.

MAHOMAD.

Pues, Jazimín, tú lo eres:
Oye tú, gobierna, rige;
Vosotros, obedeced.

TARFILO.

Al reino has hecho merced,
Que sin quien oiga se aflige.

Vase el Rey.

JAZIMÍN.

Mejor, caballeros, fuera,
Pues es mi valor ninguno,
Que de vosotros alguno
Para el gobierno eligiera.
Mas, pues fué gusto del Rey,
Negociad con vuestro igual.

TARFILO.

Eres de sangre Real,
Y digno por justa ley.
Y es tan justo que á tu espada
É ingenio obediencia den,
Que esto sólo ha hecho bien,
Después que reina en Granada.

ARFEL.

Á ti, Bencerraje noble,
Acudiremos.

JAZIMÍN.

Creed
Que os oiré.

ARFEL.

Y harás merced
Sin que la vara se doble.

TARFILO.

Goza el gobierno mil años.

ARFEL.

Rey te deseamos ver.

Vanse.

JAZIMÍN.

Quedo, amigos, que el poder
Oye muy lejos sus daños.

Sale Zulema con una lancilla y unas alforjas.

ZULEMA.

Gracias le damus Alá,
Que á verte dejar lleguemos.

JAZIMÍN.

Zulema.

ZULEMA.

Senior.

JAZIMÍN.

¿Qué habemos
Negociado por allá?

ZULEMA.

Allá dejar en un horta
Aquel cabalero á fe.

JAZIMÍN.

En una huerta, ¿por qué?

ZULEMA.

Porque decelde que importa
Mudar traje de hortelano,
Que te podemus decir
Y asentar para servir
Con un soldado grestiano.

JAZIMÍN.

¡Válame Alá, que esto ha hecho!

ZULEMA.

No ver diablo vosancé,
Que el Rey.....

JAZIMÍN.

Bien dices, bien fué;
Ya lo que teme sospecho.

ZULEMA.

Él se quedar en frontera,
Entre el moro y el grestiano,
Porque huir al que estar llano
Del beligro que le espera,
Se venir el moro entrar
Donde el grestiano vivir,
E si el grestiano venir
Huir donde el moro estar.
Á bon fe que estar marrajo
Porque Herrando tener gozo
De pretamus el besgozo.

JAZIMÍN.

Habla, Zulema, más bajo.

ZULEMA.

¿Adónde estar so potilia?
Que un recado le traer.

JAZIMÍN.

¿No me escribe á mí?

ZULEMA.

Al querer,
Que el tenerte, es maravilia,
Este carta á vosancé,
Y ésta ser.

JAZIMÍN.

Ten, que el Rey viene.

Esconda las cartas graciosamente por el pescuezo, y salen el Rey y D.ª Elvira.

ZULEMA.

¡Ah! Rey venir.

JAZIMÍN.

No conviene

Turbarte.

ZULEMA.

Torbar, ¿bor qué?

MAHOMAD.

Ya me cansa tu porfía.

DOÑA ELVIRA.

Pues descansa de cansarte.

ZULEMA.

No estar ben bor esta parte,
Bor ésta berder podía.
Joradiós que estar turbado:
Mucho que podelde un Rey.

MAHOMAD.

¡Oh Bencerraje!

JAZIMÍN.

¡Oh Muley!

MAHOMAD.

Conquisto un amor forzado,
Una roca en medio el mar,
Una esfinge, una quimera,
Un imposible, una fiera,
Una llama elementar.
Amanso un áspid, un tigre,
Que ve los hijos traspuestos;
Mira qué peligros éstos
Para que yo no peligre.
Domo un indomable potro,
Un león de fieras rey,
Y una mujer de otra ley
Y que su amor tiene en otro.

ZULEMA.

¡Que aquesta el beliaca estar
Que á don Juan traer ansí;
Bon moza estar por aquí,
Un Rey hacelde humiliar!
¡Él pensar tenelda en puño,
Y elia no queremus ver!
¡Bon calaña de mojer!
¡Á fe, que estar bon beduña!

MAHOMAD.

¿Quién es aquél?

JAZIMÍN.

Un criado
Que vive en un carmen mío,
Que cierta miel de rocío
Á tu Elvira ha presentado.
Llega, Elvira, y agradece,
Para que ánimo cobre,
Al moro el presente pobre
De servirte.

DOÑA ELVIRA.

Él lo merece.
Dios te guarde.

ZULEMA.

Hacerte acá,
Como decir el paloma.

Aparte los dos.

DOÑA ELVIRA.

¿Y don Juan?

ZULEMA.

El carta toma,
Que él te decir cómo está.

DOÑA ELVIRA.

¿Queda bueno?

ZULEMA.

¡Oh, qué haber hecho
De sentimentos por vos!

DOÑA ELVIRA.

¿Está triste?

ZULEMA.

Joro á Dios,
Que tener diablo en el pecho.
Bon fe que deber de ser
Vos una grande pecañia,
Porque selde cosa extrania
El que vemus padecer.
Ne comemus, ne bebemus,
Todo andar fora de sí,
Cara qui, cara colí,
Que asnu en noria parecemus.
Tal andar pobre senior,
Que baciencia é vida acaban;
No pensalde yo que daban
También cámaras de amor.
¡Qué píldoras haber dado
Á un hombre flor de Castilia!
A fe que estar becarilia,
Que vos tenelde hechizado.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay, Zulema! ¿Qué decía
Cuando salió de Granada?
¿Llamóme su prenda amada
Esta amada prenda mía?
¿Lloró una lágrima?

ZULEMA.

¿Estar
Borracha, que eso decir?
Ne comer más, ne dormir,
É ser un fonte en llorar.
¡«Ay, decía, mi Elverica,
Me potilia, é me contento,
En el horta que estar sento
No tenerte por borrica!
Andamus sembrando aquí
Lechogas é berenjenas,
É también sembramus penas,
Fruto amargo bara mí.»
Sin otras bolosofías
Que no podelde aprender;
Mas temer que estar mojer,
Y que mudar en dos días.

DOÑA ELVIRA.

¡Mudarme! Bien me conoce:
No tiene valor la tierra
En su tesoro y su guerra,
Con que un bárbaro me goce;
Ni oirá de mi voz los ecos.

ZULEMA.

Todas ansí lo jorar,
Y al primero golpe dar

En el dinero de hocecos.

DOÑA ELVIRA.

Pues eso no te alborote.

ZULEMA.

Vete, seniora, y caliar;
Que temer que es Rey pensar
Que yo estar el alcabote.
É joro á Dios se sabelde,
Que me hacer danzar al sol.
Don Juan ser galgo español,
É porque querer querelde;
Que yo venir por resposta
Cuando avisar Jazimín.

DOÑA ELVIRA.

Vuelve á la tarde, que, en fin,
Te ha tenido mucha costa,
Y quiero un regalo darte.

MAHOMAD.

Para pagarle, mi Elvira,
Lo que quieres darle tira
En Granada y otra parte.
¿Quiéresle hacer mi cadir,
Mi alcaide, mi capitán?

ZULEMA.

¡Bonos los enganios van,
Bon medrar é mal servir!
Si de la guerra trajera
El corpo como un esparto,
No me diera el Rey un coarto
Ne por ventura me oyera.
No hay cifio como alcabote,
No hay renta como truhán,
Mas á gran beligro están
De la penca é del garrote.

DOÑA ELVIRA.

Señor, si fuera capaz
El hombre de algún valor,
Pudiérasle hacer favor
En la guerra y en la paz;
Pero es pobre jornalero,
No es para vara ó castillo.

MAHOMAD.

Toma, buen hombre, este anillo:
De mi mano honrarte quiero.
Pienso que vale el diamante
Mil escudos de Castilla.

ZULEMA.

Mi humildad se maravilla,
Senior, de un ben semejante.
Mas vendo un Rey me bon celo,
Hacer de conta que toma
De la mano de Mahoma
Un estrelia de su cielo.

DOÑA ELVIRA.

En haberle así premiado
Me has hecho un grande favor;
Que miel más dulce, señor,
No pienso que se ha criado.
Bien la llaman de rocío,
Pues de tan seca mudanza
La hierba de la esperanza
Reverdece al gusto mío.
¡Bien haya la abeja, amén,
De cuya boca salió!

MAHOMAD.

Pues si quieres, haré yo
Que la colmena también
Engasten en piedras y oro.

DOÑA ELVIRA.

No, señor; estése allá
Mientras el cielo le da
Oro y perlas de mi lloro.

ZULEMA.

Senior, yo querer volver
Se dar vosancé licencia.

JAZIMÍN.

Vete, y ven con diligencia.

ZULEMA.

Volvemos á anochecer:
¡Bon cifio, lendo consejo!
¡Joro á Dios de alcabotar,
Aunque Rey mandar quitar
Á puro azote el pellejo!

Váyase Zulema.

MAHOMAD.

Yo quisiera, Jazimín,
Que esta mujer persuadieras
Y que á su desdén pusieras
Con altas promesas fin.
Dile mi amor, mi poder,
Cuéntale mi perdición.

JAZIMÍN.

Es bárbara obstinación
La tema de una mujer;
Pero haré lo que me mandas.
Doña Elvira.....

DOÑA ELVIRA.

Bencerraje.....

JAZIMÍN.

Ya le sirvo al Rey de paje.

DOÑA ELVIRA.

En buenos servicios andas.

JAZIMÍN.

Que te hable me ha mandado.

DOÑA ELVIRA.

Ponte delante: leeré
Este papel.

JAZIMÍN.

Yo estaré
Como cortina á tu lado.
Mas si son á toda ley
Sol tus ojos y en él dan,
Y del papel de don Juan
Salen reflejos al Rey,
Verá el Rey con esa lumbre
Lo que dice en el papel.

DOÑA ELVIRA.

Sol con tanta lluvia en él,
No temas que tanto alumbre.

Sale el Rey mientras ella lee.

MAHOMAD.

Dulce desdén, ¿á qué remota parte,
Á qué tierra, á qué cielo diferente,
Apacible, cruel, helado, ardiente,
No fuera yo para poder templarte?
Hermosos ojos, pues ignora el arte
Ciencia de serenar la hermosa frente,
Donde hace el sol su más ilustre oriente,
Y tantas flechas el amor reparte,
Decid, ¿qué puede hacer para agradaros
Quien sólo en esto ocupa la memoria?
Noble desdén, ¿de quién queréis vengaros?
Que cuanto más segura la victoria,
Me dais desdén en esos ojos claros,
Pena mirando, y con miraros gloria.

DOÑA ELVIRA.

Yo he leído.

JAZIMÍN.

Pues responde.

DOÑA ELVIRA.

No me dejan escribir;
Que me guarda siempre Amir,
Y pluma y papel me esconde.

JAZIMÍN.

No te dé pena; yo haré
Que delante el Rey escribas.

DOÑA ELVIRA.

Jazimín, hazlo, ansí vivas.

JAZIMÍN.

Pluma y papel pediré.
Lo primero, has de escribir
Un papel al Rey pidiendo
Alguna cosa ó diciendo
Que te deje de servir.
Luego, el otro escribirás
Á don Juan sin que él lo vea;
Daréle el suyo que lea,
Y tú el otro me darás.

DOÑA ELVIRA.

La traza entiendo.

JAZIMÍN.

Señor,
Con doña Elvira he tratado
Favorezca tu cuidado
Y no desprecie tu amor;
Dice que quiere pedir
Á Tu Alteza en un papel
Cierta cosa.

MAHOMAD.

Di que en él
Puede mi reino escribir.
Ponga el fénix, mas no escriba
Imposibles semejantes,
Que es muy usado entre amantes,
Y no sabemos que viva.
¡Hola!

Sale Amir.

AMIR.

Señor.....

MAHOMAD.

Tinta y pluma.
Y ¡ay, Dios, si en esta ocasión
Por papel del corazón
Aquí pusiera la suma!

DOÑA ELVIRA.

Bien lo toma.

JAZIMÍN.

Y sin enojos.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué cosa se puede hallar
Más fácil para engañar
Que de un celoso los ojos?

Sale Amir con recado de escribir.

AMIR.

Aquí está tinta y papel

JAZIMÍN.

Toma y escribe.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué engaño!

JAZIMÍN.

¡Qué inocente de su daño
Está el Rey!

DOÑA ELVIRA.

Habla con él.

Sobre una mesa escriba, y de espaldas á la gente, porque no perturben: adviertan esto, que importa.

JAZIMÍN.

Ya escribe.

MAHOMAD.

¿Qué me querrá?

JAZIMÍN.

No sé ¡por Dios! su intención;
Melindres pienso que son.

MAHOMAD.

¿De qué?

JAZIMÍN.

De quererla ya.

MAHOMAD.

Quererla, ocasión ha dado
Para tanto disfavor,
Pues amor, ¿no engendra amor?

JAZIMÍN.

Pienso que es razón de estado
Criar con una igualdad
Los hijos y las mujeres.

MAHOMAD.

¿Cómo?

JAZIMÍN.

Estimar sus placeres
Y encubrir la voluntad.

MAHOMAD.

Bien dicho, ¡por Alá santo!
Porque el hijo y la mujer,
No conociendo el querer,
No se nos regalan tanto.
Parece que el papel muda.

JAZIMÍN.
No la debió de agradar,
Y otro querrá comenzar.
MAHOMAD.
Eso sospecho.
JAZIMÍN.
Es sin duda.
No la mires, que una dama
Se turba, y más doña Elvira,
Delante de quien la mira.
MAHOMAD.
Antes se turba quien ama.
¡Con qué gracia que ponía
La mano en aquel papel!
Presumo, Jazimín, que él,
De ser negro se corría;
Parece que una azucena
Iba bruñendo la plana,
Ó que la hermosa mañana
Perlas sembraba en arena.
JAZIMÍN.
¡Qué comparación impropia!
La tinta que escribe, ¿es perlas?
MAHOMAD.
¿No pudiera ennegrecerlas
Ser mañana de Etiopia,
Donde yo estoy abrasado?
Haz cuenta que otro Faetón
Pasó por mi corazón.
DOÑA ELVIRA.
Jazimín.....
MAHOMAD.
Ya te ha llamado.
JAZIMÍN.
¿Qué mandas?
DOÑA ELVIRA.
Este papel
Darás al Rey, y á don Juan
Éste.
JAZIMÍN.
Quedo: buenos van.
DOÑA ELVIRA.
Voyme.
JAZIMÍN.
¿Adónde?
DOÑA ELVIRA.
Á reirme de él.

Váyase D.ª Elvira.

MAHOMAD.
¿Dióte el papel?
JAZIMÍN.
Sí, señor.
MAHOMAD.
Muestra.
JAZIMÍN.
Yo tengo que hacer:
Goza á solas tu placer,
Solo estima tu favor:
¡Guárdete Alá!
MAHOMAD.
Jazimín,
Muy agradecido estoy.
JAZIMÍN.
Á dar á Zulema voy
Este papel.
MAHOMAD.
Vencí en fin.

Váyase Jazimín.

Lea.

«El no tener más lugar
Para escribirte, señor,
Es causa que tanto amor
No te pueda declarar.
Basta decirte que estoy
Suspirando noche y día
Por tu alegre compañía,
Donde con el alma voy.
De ella eres dueño, y es llano
Que no dice lo que siente,
Porque estar un Rey presente,
¿Á quién no turba la mano?
Quien te dará aquéste, en fin,
Te dirá mi voluntad,
Y que pagues la amistad
Que debes á Jazimín.
Él dirá lo que has de hacer
Para gozarnos los dos.
Quédate, mi bien, adiós,
Y Dios te me deje ver.»
MAHOMAD.
¿Hay ventura como ésta?
¿Cuál hombre fué tan dichoso?
¿Que os daré, desdén hermoso,
Por esta dulce respuesta?
Si yo hubiera presumido
Que era vergüenza, señora,
Desdén que es amor ahora,
Ya lo hubiera remitido
Á la pluma y al papel.
¡Bien haya el que te inventó,
Instrumento por quien yo
Vencí desdén tan cruel!
¡Bien haya el hombre primero,
Negra tinta, licor franco,
Por quien hoy acierto al blanco
Del bien que gozar espero!
Y ¡bien haya el ave, amén,
Que las alas extendió,
Y el cuchillo que cortó
La primer pluma también!
¡Bien haya el primero lino
De donde el lienzo salió
Que en papel se transformó,
Y el que hoy á mis manos vino!
Vasallos, fiestas haced,
Jugad cañas, corred toros,
Tomad todos mis tesoros,
Yo os hago á todos merced.

Sale Jazimín.

JAZIMÍN.

Á Zulema he despachado
Con la carta de su esposa:
¡Oh industria, al fin poderosa,
Contra un Argos desvelado!
Mas ¡ay! que el Rey está aquí.

MAHOMAD.

Bencerraje.....

JAZIMÍN.

Gran señor.....

MAHOMAD.

Que la gloria del favor
De mi bien, consiste en ti;
Que tú sabes el remedio
De mi mal.

JAZIMÍN.

¿Yo de tu mal?

MAHOMAD.

Que esté de contento igual
Tu voluntad sola en medio.
Lee este renglón, y al fin
Verás si es tu voluntad.

Lea.

«Y que pagues la amistad
Que debes á Jazimín.
Él dirá lo que has de hacer
Para gozarnos los dos.»

JAZIMÍN.

¿Qué es ésto?

MAHOMAD.

Dilo, ¡por Dios!
Y dime cómo ha de ser.
Aquí lo deja en tu mano
Mi Elvira: mi reino toma,
Jazimín, que ¡por Mahoma!
De embarcarme al africano.
Dime lo que habéis tratado.

JAZIMÍN.

¿Yo con ella?

MAHOMAD.

Tú con ella.

JAZIMÍN.

¡Ah, mujer mudable y bella!

MAHOMAD.

Ya estás, Jazimín, pesado.
La otra me quiere bien,
Y tú me aborreces ya;
La otra rendida está,
Y tú me muestras desdén.
Cuñado, si no es de esencia
Ser rey, baste aqueste nombre.

JAZIMÍN.

¡Oh, maldiga el cielo el hombre
Que fía la fe de ausencia!
Muestra otra vez el papel.

MAHOMAD.

Míralo bien.

JAZIMÍN.

Esto dice.

MAHOMAD.

Pues ¿qué hay que te escandalice?

JAZIMÍN.

Quise verlo bien en él.
Ahora bien, vaya Tu Alteza
Á Generalife un poco,
Y espéreme allí.

MAHOMAD.

¡Estoy loco!
Allí espero su belleza.

Vase el Rey.

JAZIMÍN.

Llamaron los filósofos la luna
Tierra celeste, y con razón es tierra,
Pues la humedad que lo terrestre encierra,
No la deja tener firmeza alguna.
¿Qué mucho que no se halle en ti ninguna,
Mujer mudable (quien la busca yerra),
Si eres tierra celeste, que destierra
La paz más firme y la mejor fortuna?
¡Oh luna desigual! Creciendo enojos,
Que pones tantas quejas en los sabios,
De quien ve las menguantes de tus ojos:
¡Qué bien dicen por ti los que son sabios,
Que quien de tales lunas hace antojos,
Merece ver con ellos sus agravios!

Sale Daraja.

DARAJA.

Á pedir vengo, mi bien,
Que me hagas un favor.

JAZIMÍN.

Yo le recibo mayor
En mandarme tú también.

DARAJA.

Ciertas damas, mis amigas,
Me piden que á Dinádamar
Ó á la huerta de Abenámar
Nos lleves.

JAZIMÍN.

Mucho me obligas,
Esposa bella, en mandarme;
Pero soy gobernador
Deste reino, y fuera error
De su gobierno alejarme.
Como el Rey tanto ha dormido,
Hay mil negocios que ver.

DARAJA.

Luego ¿no piensas hacer
Una cosa que te pido?

JAZIMÍN.

Sí, mi bien; mas no iré yo;
Vaya mi gente contigo.

DARAJA.

Luego ¿tú no irás conmigo
Aunque vayas después?

JAZIMÍN.

No;
Que se quejarán de mí.
¿Qué has de estar allá?

DARAJA.

Ocho días.

JAZIMÍN.

Pues bien podré.

DARAJA.

Y bien podrías
Ir conmigo.

JAZIMÍN.

¿Cómo ansí?
Que se notará en Granada,
Tras el descuido del Rey,
Y esto que yo hago es ley
Siempre entre nobles guardada.
Vé, amores, por vida mía;
Que yo iré á verte después.

DARAJA.

Como esa mano me des,
Te espero por todo el día.

JAZIMÍN.

La mano y palabra doy,
Y con ella dos abrazos.

DARAJA.

Despacio espero tus brazos.

JAZIMÍN.

Daraja, á consejo voy.

DARAJA.

Tu vida guarden los cielos.

Vase.

JAZIMÍN.

Adoro en mi bella esposa,
Casta, honesta, sabia, hermosa,
Sin pensamiento de celos;
Pero cuando vuelvo á ver
Á doña Elvira mudar,
Estoy por imaginar
Que no hay verdad en mujer.
Pues don Juan, si es justa ley
Guardar la amistad debida,
Ó me ha de costar la vida,
Ó no ha de gozarla el Rey.

Vase.

Sale D. Juan vestido de hortelano, con su azadón.

DON JUAN.

¡Oh prolijo esperar de un bien en duda!
No sé cómo le aumenta la tardanza,
Pues nunca el mar de amor tiene bonanza,
Ni á tenerla jamás ausencia ayuda.
De mil colores el temor se muda,
Sécase por momentos la esperanza;
Que la imaginación que al daño alcanza,
Del verde tronco la color desnuda.
Aquí, donde llorando me amanece
Y hasta la noche el llanto persevera,
Porque en el mismo engaño me anochece,
Con ansia extrema de que viva ó muera,
Espero un bien que dilatado crece,
Para que pene más quien más espera.

Sale Zulema, cantando.

ZULEMA.

Paseábase el Rey moro
Por la vega de Granada;
La barba tener crecida,
Quitársela procuraba.
Al barbero que tenelde,
Aguardalde en horamala,
Porque también los barberos
Andar al Rey con las barbas.

DON JUAN.

Ó me engaño, ó aquí cerca
Pienso que algún hombre canta.
Dejar quiero el azadón,
Que es la voz aljamïada.

ZULEMA.

Canta.

Preguntaba á sos morecos
Los que ganar so soldada,
Cuántos son tres veces tres,
Que el Rey no saber contalias.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿No es aquél Zulema,
Que de aquella cuesta baja?
Zulema, Zulema amigo.
¿Qué digo? Zulema, aguarda.

ZULEMA.

Canta.

Allí hablar un moro vejo
Que estaba pescando ranas,
Que tene mochos dineros;
Mire ben cómo los gasta.

DON JUAN.

¡Zulema amigo!

ZULEMA.

¡Senior!

DON JUAN.

¡Mensajero de mi alma!
¿Qué me dices, cómo vienes?
¿Entraste acaso en Granada?
¿Qué dicen allá los moros
Que están de la Alhambra en guarda,
De aquel Mendoza sobrino
Del Marqués de Santillana?
¿Qué dice el Rey de mi muerte?
¿Qué dice de mí, qué trata
Doña Elvira de Vivero?
¿Traes recado, traes cartas?

ZULEMA.

Si vosancé hablamos tanto,
Vos venilde de Granada,

É yo ser quen acá estar:
Decer, contar lo que pasa.

DON JUAN.

¡Ay, Zulema, el corazón
Es el que hablando descansa!

ZULEMA.

Pos tenelde quedo un poco,
Ó caliamos noramala.
Esta carteza es de aquel
Que os querer como á so ánima;
Por no haber mas tempo, breve,
Mas por amistad moy larga.

DON JUAN.

Espera, que ya la leo.
¡Oh Bencerraje de fama!

Lea.

«Don Juan, ya creyó tu muerte
El Rey, pero no tu dama;
Ella queda buena y firme,
Que basta ser yo su guarda,
Pues me costará la vida
Ó el Rey no podrá gozarla.
El Bencerraje, tu amigo
Hasta la muerte.»

ZULEMA.

Esta carta
Ser de aquella picarilia.
La vostra damos cerrada,
Y aunque ella la recebir
Y delia ganar el gracias,
El Rey pagamus el parte,
Que le damos con el tianca.
¡Joro á Dios que estar bonica,
É que queremus besarla
Á no estar delante el Rey!

DON JUAN.

Espera, Zulema, aguarda.

Lea.

«¿Para qué en vano persigues
Una voluntad forzada?»
¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto?

ZULEMA.

¿Eso decemus el carta?

Lea.

«¿Para qué te cansas tanto,
Pues en conquistar te cansas
Una mujer imposible?»
¡Cielos, qué extraña mudanza!
«Antes me daré la muerte
Que vaya donde me aguardas,
Porque yo tengo mi gusto.»

ZULEMA.

¡Oh botilia descarada!
¿Eso haberte resbondido?
¡Jora Dios que estar beliaca,
É que tener con el Rey
Hecha alguna zangamanga!

DON JUAN.

¡Válame Dios! ¿Soy á quien
Escribe tu mano ingrata,
Doña Elvira, estas razones?

ZULEMA.

¡Oh cotorrera pecania!
¡Por Mahoma, eso zancajo
Que lleno de telaranias,
Como pernil en bodega,
Colgar en Meca so casa,
Que pagamos vosancé,
Ó no ser Zoliema!

DON JUAN.

Basta.
¡Que pudo un bárbaro Rey
Más que mi lealtad cristiana!
Para mí, sin ser mujer,
Fuiste, doña Elvira, casta,
Y para un moro galán,
Más infame que la Cava.
¿Esto merece mi fe?
Pues ¡vive Dios, que esta infamia
Te ha de sacar, aunque estés
En medio de las entrañas!
Haré pedazos la huerta,
Sentirán sus verdes ramas
El fuego de un ofendido.

ZULEMA.

Estar quedo enhoramala,
Que rancar el berenjenas,
Lechogas y verdolagas.

DON JUAN.

No ha de quedar cosa aquí.

ZULEMA.

¡Bonos los melones para!
¡Á fe que medramos, horta!

DON JUAN.

Y tú, perro de vil casta,
¿Qué me trajiste? ¿qué fuego
Es este con que me abrasas?
Fué esta carta la camisa,
Soy Hércules en España,
¡Vive Dios, que he de matarte!

ZULEMA.

¡Ay, Mahoma, que me mata!

DON JUAN.

Vuelve, enséñame el camino;
Dame, perro, el almalafa;
Que á Granada he de volver.

ZULEMA.

Aliá estar en el cabaña,
Mas no volver, que estar loco.

DON JUAN.

Daca el almalafa, acaba;
¿Mas qué locura buscar
Con un almalafa el alma?

Vase D. Juan.

ZULEMA.

Éste liamamus bon cifio;

Si de ésta el cabeza escapa,
Nunca más ser alcabote,
¡Jora Dios hacer pargatas!

Vase.

Sale Sancho de Cárdenas, alcaide de Iznatorafe, y todos los soldados que puedan.

SANCHO.

Paréceme, soldados generosos,
Según nos dan de Mahomad las nuevas
Moros de paz, que no tiene Granada
Mucha defensa, cuanto más su vega.

MEDRANO.

Señor Sancho de Cárdenas, alcaide
De Iznatorafe, y capitán famoso
Desta frontera, por el rey Fernando,
Tal pintan á Mahomad, que ha de perder
Como Rodrigo á España, y ser su Cava
La bella doña Elvira de Vivero.

SALGADO.

Si no miente un cautivo fugitivo,
Está para el gobierno tan inhábil,
Que á su cuñado Jazimín, Audalla,
Bencerraje por sangre, se le ha dado,
Y él, sólo entretenido en la conquista
De la bella cristiana, sólo atiende
Á los baños, las fuentes y los cármenes.

SANCHO.

Pues siendo ansí, soldados, aunque pocos,
Dejemos la mitad en el castillo,
Y los demás corramos hasta el muro,
Cuanto riega Genil y el Dauro baña.
Haremos por ventura alguna presa
Que acerca de Fernando nos dé gloria,
Riqueza para todos, y en Castilla
Eterna fama.

CARPIO.

Escoge los que quieres
Que te acompañen, por sus mismos nombres,
Porque todos desean ir contigo.

SANCHO.

No menos hacen, Carpio, los que quedan
Que los que van, en defender el fuerte;
La presa habemos de partir con ellos.
Vaya el alférez Cebrïán González,
Vaya el sargento Núñez, vaya Cuevas,
Carpio, Medrano, Juares, Mercadillo,
Tristán de Arguijo y Nuño Camareno,
Estos nueve á caballo con adargas
Y lanzas, pues los tienen todos buenos
Y bien tratados; y de á pie Juan de Arcos,
Montánchez, Mendo, Ortiz, Maqueda, Vega,
Serna, Pereda, Zúñiga y Ortuño;
Lleven sus morrïones y ballestas.
Conmigo somos veinte, diez caballos
Y diez peones; pienso que bastantes
Para emprender cualquiera honroso hecho.
Alto; á ponerse á punto.

CARPIO.

No permitas
Que se toque trompeta ni publique.

SANCHO.

Avisad al trompeta que no toque.
Vaya Dios con nosotros, y su Madre
Santísima; el apóstol Santiago
Nos dé su ayuda; que cumpliendo el voto
Que hizo el rey Ramiro de Castilla,
Prometo de pagarle el mismo sueldo
Que ganare un soldado de á caballo.

CARPIO.

Dios te dará victoria.

SANCHO.

En él espero.

MEDRANO.

Valiente es el alcaide.

SALGADO.

Y caballero.

Salen Jazimín y D.ª Elvira.

DOÑA ELVIRA.

¿Yo al Rey amores?

JAZIMÍN.

Pues ¿quién,
Si con mis ojos lo vi?
Pero en afrentarme á mí
Estoy corrido también.
Tú dices que está en mi mano
El gozarte, Elvira, el Rey;
¿Esa es la lealtad y ley
Que guardas á tu cristiano?
Si de un moro se contara,
¿Qué dijérades allá?

DOÑA ELVIRA.

Bencerraje, claro está
Que un bárbaro le llamara.

JAZIMÍN.

Pues ¿qué es lo que quieres ser
Si el Rey, Elvira, te goza,
Siendo mujer de un Mendoza?
Mas dirás que eres mujer.

DOÑA ELVIRA.

¿Tú viste mi letra?

JAZIMÍN.

Sí.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay, cielos, en este punto,
Para tanto daño junto,
En el suceso caí!

JAZIMÍN.

¿De qué suerte?

DOÑA ELVIRA.

Que troqué
Los papeles, y al Rey diste
El de don Juan.

JAZIMÍN.

Si lo hiciste
De esa suerte, engaño fué;
Y sólo en ver que conforma
Con tu honor esa disculpa,
Pongo á mi suerte la culpa.

DOÑA ELVIRA.
Al Rey del engaño informa.
JAZIMÍN.
Cortaráme la cabeza
Si ve que escribes por mí.
DOÑA ELVIRA.
Pues el remedio me di
De conservar mi firmeza.
JAZIMÍN.
Entretenerle.
DOÑA ELVIRA.
¿Podré?
JAZIMÍN.
Si tú quieres, bien podrás;
Que una mujer puede más
Que cien mil hombres.
DOÑA ELVIRA.
¿Por qué?
JAZIMÍN.
Porque un melindre fingido,
Una lágrima, un favor,
Al hombre de más valor
Le pone á sus pies rendido.
DOÑA ELVIRA.
Yo haré todo mi poder
Hasta vencer ó morir,
Para que puedas decir
Que hay firme alguna mujer.

Sale Zulema.

ZULEMA.
Bonos andamus, al fe,
Con el ir, con el venir,
En que el senior de servir,
Zoliema, vos vosancé.
JAZIMÍN.
Zulema, seas bien venido.
DOÑA ELVIRA.
¡Ay, Zulema! Bien llegado.
ZULEMA.
Ben llegado, bon recado,
Hacer contra estar berdido:
¡Valga el diablo á el que parilo
Al pota de vosancé!
¿Para qué enviar á mé
Cuando eso al otro escribilde?
Que venir morto é de sorte,
Que ser melagro liegar:
¡Con bona carta enviar
Á Zolema por el porte!
Se vos hacemos el buey
Al marido que tenelde,
É por acá entretenelde,
Y á ver el qué digo al Rey,
¿Para qué escribir pecania
Tantas maldades alí?
DOÑA ELVIRA.
Fué yerro, ¡triste de mí!
ZULEMA.
Yerro estar, ¡linda patrania!
Jora Dios no haber leído
El carta, cuando faltar
Como el pelota, é quedar
Sen alma, alento é sentido.
El horta que haber sembrado,
Alá remediar podemos,
El verdura que tenemos,
Contalde todo arrancado.
El berenjena é melón
No haber dejado una rama;
Se vos somos del Rey dama,
Tenelde loca razón,
Que estar don Juan cabalero
Valente; mas ¿qué me quejo?
Que estar el mojer espejo,
Que hacer rostro al que premero.
DOÑA ELVIRA.
¡Ay, Zulema de mi vida!
ZULEMA.
¡Ay, el diablo que llevar!
Ben conocelde al mirar,
Que estar vos moy relamida.
Agora hacer zorroclocos
Cuando todo el berenjena
Andar berdido en la arena
É todos estamos locos.
Bon recado que tener
Por saber qué está en Granada,
Á dar una cuchillada
Al pota de so mojer.
DOÑA ELVIRA.
¡Ay, Dios! Mira, Jazimín,
Que en Granada está don Juan.
JAZIMÍN.
Agravios, ¿qué no podrán?
Ama, y es hidalgo en fin.
Voy á detenerle.
ZULEMA.
Adverte
Que estar en traje de moro.

Vase Jazimín.

DOÑA ELVIRA.
Zulema, á don Juan adoro;
Hoy verá don Juan mi muerte.
La carta era para el Rey,
Y Jazimín la trocó,
Que la de don Juan le dió.
ZULEMA.
¡El carta dar á Moley!
DOÑA ELVIRA.
Fué yerro no lo advertir.
ZULEMA.
Luego vos no estar beliaca.

Sale D. Juan.

DON JUAN.
Amor de seso me saca,
Celos me han hecho venir.

Ahora estarás contenta
De mi muerte, doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.

¡Mi don Juan!

DON JUAN.

Eso es mentira,
Tuyo no, que ya es afrenta:
Perjura, ¿ausencia tan breve
Te ha obligado á tal mudanza?
¿Esa fué mi confianza,
Luna mudable, aire leve?
¿Ya me aborreces así?
¿Ya te has entregado al Rey?
¡Qué buena lealtad, qué ley!
¡Véngueme el cielo de ti;
Que á ti de mí, si no basta
Haberte gozado un perro,
Presto verás que tu yerro
Con esta sangre se gasta!
Á morir vengo, cruel,
Y á decir que Jazimín
Vendió al Rey.

Sale Jazimin.

DOÑA ELVIRA.

Escucha.

JAZIMÍN.

En fin,
No soy amigo fiel;
En fin, al Rey te he vendido;
En fin, Elvira ha tratado
Tu deshonra; en fin, has dado
En que yo tu muerte he sido.
Y ¡con loco atrevimiento
Vienes á morir sin causa!

DON JUAN.

Pon á tus razones pausa
Y escucha mi sentimiento.

JAZIMÍN.

Digo que tienes razón
Por la carta de su letra;
Que con celos no penetra
Amor la buena intención;
Pero si era para el Rey
Y turbada la trocó,
Y la tuya al Rey le dió,
Será el morir justa ley.
¿Será razón tener queja
De un amigo tan leal?
¿Quién te ha puesto en tanto mal?
¿Qué loco amor te aconseja?
Vete, don Juan, que esto es cierto,
Y lo que crees, engaño.

DOÑA ELVIRA.

Si no basta el desengaño
Que con lágrimas te advierto,
Mátame, mi bien, á mí
Antes que te mate el Rey.

ZULEMA.

Creeldo, senior Moley,
Que el Caide decer que sí.

DON JUAN.

Creo el engaño, y también,
Elvira mía, tu amor.

ZULEMA.

Pos habrá zalda, senior.

DON JUAN.

Dame esos brazos, mi bien.

ZULEMA.

¡Ah potos, cómo estar bono!
Tras los celos la amistad:
Pretad proquieto, pretad,
Que me el cavala perdono.

Huyan D. Juan y Zulema, y sale el Rey.

JAZIMÍN.

El Rey viene. ¿Qué has de hacer?

DON JUAN.

Huir.

MAHOMAD.

¿Qué gente es aquésta?

JAZIMÍN.

Los que llevan á la fiesta
Á Daraja, mi mujer.

ZULEMA.

Zolemica estar, senior,
Que al horta andar con seniora.

JAZIMÍN.

Parte, Zulema, en buen hora:
Di que por hacer calor,
Hasta que caiga la siesta,
Y éntre con fresco la tarde,
No me atrevo.

ZULEMA.

Alá te guarde,
Que aliá decir el que resta.

MAHOMAD.

¡Buen labrador!

JAZIMÍN.

¡Gentil mozo!

ZULEMA.

Escapamos esta vez,
En peligro andar el noez;
Mahoma guardar besgozo.

MAHOMAD.

¿Tienes ya determinado
Mi remedio, Jazimín?

JAZIMÍN.

Ya se va trazando el fin,
Gran señor, de tu cuidado.

MAHOMAD.

¿Tendrá término mi mal?
¿Qué plazo pone mi bien?

DOÑA ELVIRA.

Ya rindiera mi desdén
Á tu Majestad Real,
Si no estuviere celosa.

MAHOMAD.

¡Tú! ¿De quién?

DOÑA ELVIRA.
Yo me lo sé.
MAHOMAD.
Si después que te miré,
Cristiana, miré otra cosa,
Alá me quite la vida.
DOÑA ELVIRA.
Yo sé que á Zaida has hablado.
JAZIMÍN.
¡Oh, qué bien le has engañado!
MAHOMAD.
Zaida no vista, querida;
¿Quién te ha dicho esa locura?
DOÑA ELVIRA.
Antes que te dé una mano,
Por vida de aquel cristiano
Á quien diste sepultura,
Que has de asegurar mis celos;
Porque quien me ha de querer,
No ha de amar otra mujer
Si fuese el sol de los cielos.
MAHOMAD.
¿Qué dices?
DOÑA ELVIRA.
Lo que has oído.
MAHOMAD.
Espera.
DOÑA ELVIRA.
No hay que esperar.

Vase.

JAZIMÍN.
¿Celos le has querido dar
Cuando ves que te ha querido?
MAHOMAD.
Pues ¿tú también, Jazimín?
JAZIMÍN.
No tienes razón, señor;
Fingieras tenerle amor,
Siquiera hasta ver el fin.
Y después, á Zaida hablaras
Y á otras mil.
MAHOMAD.
¡Plega á los cielos
Que si son justos los celos,
Ni tengo amor con dos caras,
Una hora sola no viva,
Gane Fernando á Granada!
JAZIMÍN.
El Alhambra alborotada.
MAHOMAD.
¿Cómo?

Dentro.

¡Daraja cautiva!
MAHOMAD.
¿Qué es aquello?
JAZIMÍN.
Si no ha sido
Engaño del corazón,
Las voces mi muerte son,
Que me entró por el oído.

Sale Tarfilo.

TARFILO.
¿Por qué males tan notables
Se aumentan con la tardanza,
Y se aleja del remedio
El daño que se dilata?
Sabrás, Bencerraje noble,
En las más breves palabras
Que el sentimiento concede,
Que ha cautivado á Daraja
Sancho de Cárdenas, hombre
Á quien el cristiano encarga
De Iznatorafe la fuerza,
Y que conocéis por fama.
Con veinte soldados suyos,
Los diez con lanzas y adargas,
Sobre caballos jinetes,
Que el Betis dió yerba y agua;
Los diez de á pie con ballestas.
Estaba al salir del alba
Entre los álamos verdes
Que cercan á Dinadámar,
Cogió tu gente, que, en fin,
Era poca y mal armada,
Tan de improviso, que todos
Se encerraron en las salas;
Mas como Daraja bella,
Tan rica y gallarda estaba,
Y le dijese su gente
Que era reina de Granada,
Sólo contento con ella,
Aunque en esto no se engaña,
Ó porque temió socorro,
Dejó de batir la casa,
Y dando vuelta al castillo
Los demás nobles y damas,
Á Granada se volvieron
Por el jardín de Abenámar.
JAZIMÍN.
¡Ay de mí, que tantas veces
Con miedos me dijo el alma
Este suceso presente!
¡Ay, esposa! ¡Ay, prenda, amada!
¡Armas, parientes! ¡Señor!
Di que salgan del Alhambra
Las guardas de tu persona,
Mientras mis deudos se arman!
MAHOMAD.
¿Hay tan grande atrevimiento?
¿Hay tal soberbia cristiana?
¡Hasta mis muros allegan!
JAZIMÍN.
Y aun aquí llegan sus lanzas:
Tú tienes la culpa, Rey,
Que por servir á tu dama,
Cuando te corren la vega

Tienes la espada en la vaina.

MAHOMAD.

Si la tengo, Jazimín:
Yo sabré tomar venganza;
Yo cobraré tú mujer.

JAZIMÍN.

¡Armas, Bencerrajes, armas!
¡Armas, Gomeres, Zegríes,
Muzas, Moravides, Mazas!
Caballeros granadinos,
Que me llevan á Daraja!

ACTO TERCERO.

Salen Fátima y Tarfilo.

FÁTIMA.

¿Tanto se tardó en llegar?

TARFILO.

Aunque llegó con cuidado,
Ya estaba el fuerte cerrado,
Y defendido el lugar:
Tu hermano escribió al cristiano.

FÁTIMA.

Y ¿qué dice?

TARFILO.

Lo que ves:
Que por ningún interés
Quiere volverla á tu hermano.

FÁTIMA.

¿Si le ha parecido bien?

TARFILO.

Esa sospecha se tiene:
Jazimín celoso viene,
No sé si loco también.

FÁTIMA.

Adora en Daraja.

TARFILO.

Creo
Que le ha de costar la vida.

FÁTIMA.

No la quieras más perdida
Que en un celoso deseo.

TARFILO.

Aquí viene el Rey con él.

Salen el Rey y Jazimín.

MAHOMAD.

Esto escribí al rey Fernando,
Y estoy respuesta esperando.

JAZIMÍN.

¿Quién llevó la carta?

MAHOMAD.

Arfel.

JAZIMÍN.

¿Qué le pides?

MAHOMAD.

Que le mande
Que vuelva á Daraja él luego.

JAZIMÍN.

¿Qué le ofreces?

MAHOMAD.

Tras el ruego,
Le ofrezco rescate grande.

JAZIMÍN.

¿Qué le das?

MAHOMAD.

Doce cristianos
Nobles, y plebeyos treinta.

JAZIMÍN.

¡Que no pueda tanta afrenta
Vengarla con propias manos!

MAHOMAD.

Aquí está Fátima.

FÁTIMA.

El cielo
Sabe, hermano, mi dolor.

JAZIMÍN.

Cualquiera que tenga amor,
Sentirá mi desconsuelo.
Díceme el Rey que ha ofrecido
Á Fernando un gran rescate.

FÁTIMA.

Que por interés se trate,
Cordura me ha parecido;
Que por las armas ya es tarde.

JAZIMÍN.

Cuando yo supe mi ofensa,
Ya estaba puesto en defensa
Aquel alcaide cobarde.

Sale Arfel.

ARFEL.

Dame los pies.

MAHOMAD.

Tú seas bien venido.

JAZIMÍN.

¡Ay, Arfel! ¿Qué responde el rey Fernando?
¿Manda al alcaide que me dé mi esposa?

ARFEL.

Fernando, gran señor, me ha recibido
Con la benignidad que suele á todos,
Porque es, sin duda, un príncipe magnánimo.
Mandóme regalar aquella noche,
Y que por la mañana me enseñasen
Las grandezas de Córdoba y sus muros:
Vi, no sin copia de profundas lágrimas,
Nuestra mezquita y sus trescientos mármoles,
Donde puso el famoso Rey del África
Las campanas del templo de Santiago;
Vi las defensas, vi los caballeros,
Las máquinas de guerra y los caballos,
Volví á besar sus manos después de esto,
Y dióme un caballero de su casa,

El cual viene conmigo para hablarte.

MAHOMAD.

¿Qué calidad?

ARFEL.

Él la dirá.

MAHOMAD.

Pues éntre.

Sale D. Luis de Vivero.

DON LUIS.

Dame tus manos.

MAHOMAD.

Bien venido seas.
¿Eres noble?

DON LUIS.

¿No basta ser cristiano?
Que en siéndolo, bien puede cualquier Príncipe,
Que no lo sea, darme asiento y lado.

MAHOMAD.

¿Dátele allá tu Rey?

DON LUIS.

Mi Rey da asiento
A los que están cansados de las armas.

MAHOMAD.

Pues si allá te le dan, aquí le tienes.

DON LUIS.

Pues porque allá le tengo, aquí le tomo.
Esta carta, señor, mi Rey te envía,
Con su sello Real que es de creencia.

MAHOMAD.

En mi cabeza pongo el nombre incierto,
Habla á la Reina mientras leo la carta.

Lea para sí.

DON LUIS.

Señora, vuestra alteza me perdone;
Que sólo por no haberla conocido
Sin hacer lo que debo tomé asiento.
La famosa Isabel, honor y gloria
De Castilla, Aragón, España, el mundo,
Os desea salud, y me ha mandado
Que os ruegue de su parte sumamente
Entercedáis por lo que os pido á entrambos.

FÁTIMA.

Alá guarde á Isabel, que de mi parte
Será servida, porque soy dichosa
En que se ofrezca cosa de su gusto.

MAHOMAD.

Aquí dice que en todo te dé crédito.
¿Tú eres don Luis el de Vivero?

DON LUIS.

Pienso
Que me conocen bien tus capitanes.

MAHOMAD.

Reina, á don Luis conviene hablar á solas.
Dame lugar.

FÁTIMA.

Suplícoos, señor mío,
Hagáis lo que Isabel os pide.

Vase la Reina.

MAHOMAD.

Escucha.
Aquí me dice tu Rey
Que por trueco de Daraja,
Pues no hay engaño ó ventaja,
Aunque en diferente ley,
Le dé una dama no más,
De quien dice que eres tío.

DON LUIS.

Y para tanto mal mío
Como adelante verás.
Supimos de un moro allá
Que mataste á su marido;
A mi sobrina te pido,
Pues ya sin marido está.
Que si fuera de Daraja,
Quieres oro, así la adoro,
Que como señales oro,
Te le daré con ventaja.
Fuera de esto, ¿qué razón
Tienes tú para tener
Mi sobrina en tu poder
Como á los que esclavos son?
¿En qué guerra tus soldados
Cautivaron á don Juan,
De cuya vil muerte están
Sus parientes afrentados?
El marqués de Santillana,
Con cuantos Mendozas tiene
España, vengar previene,
Mahomad, su muerte inhumana.
Esto no me toca á mí.
Doña Elvira de Vivero
Es mi sobrina, ésta quiero,
Y por ésta vengo aquí.
Mira, pues, cómo ha de ser,
Porque traigo orden, en fin,
De entregarle á Jazimín
A Daraja en su poder.
Sancho de Cárdenas sabe,
Por cartas del Rey, su acuerdo.

MAHOMAD.

Ni eres mensajero cuerdo,
Ni hablas como hombre grave.
Hombre que viene á pedir
Apenas se ha de quejar,
Cuanto más amenazar
Donde es dudoso el salir.

DON LUIS.

A tu Embajador allá,
De otra suerte le trató
Mi Rey.

MAHOMAD.

Si compuesto habló,
Hicieras lo mismo acá.
Pero porque me he enojado,
Cosa que á la majestad

Desdice, con brevedad,
Vivero, irás despachado.
Dile á Fernando, ó á ti,
Si es tuyo lo que pretendes,
Que hablando en ello me ofendes,
Y que estimo más que á mí
Y que al reino esta mujer.
Y sal luego de Granada.

Vase el Rey.

DON LUIS.

Si la lengua de la espada
Pudiera aquí responder,
Por el Rey, por mí, por ella,
Creo.....

JAZIMÍN.

Sácala, cristiano;
Que vive Alá soberano,
De morir por defendella.

DON LUIS.

¿Quién eres tú?

JAZIMÍN.

Jazimín,
El Bencerraje marido
De Daraja.

DON LUIS.

¿Tú?

JAZIMÍN.

Yo he sido.

DON LUIS.

Tente, que es tu Rey, en fin.
Piadoso, airado, cruel,
Bueno ó malo, ten respeto,
Pues eres noble en efeto
Y juras serlo con él.
Pero, ¡extraña ceguedad
Es ser Mahomad tu cuñado,
Y haber á Elvira negado
Por Daraja, Mahomad!
Cuando un Rey no la pidiera,
Como Fernando por ti,
¿No era justo darla?

JAZIMÍN.

Sí,
Si Rey bárbaro no fuera.
¡Ah, cristianos, cómo el cielo
Me aficiona á vuestro trato!
Pero hablemos con recato,
Porque tu daño recelo.
Vete, Vivero famoso,
Y aquesta palabra toma
Por Dios, que no por Mahoma,
Vil profeta, mentiroso,
De que tendrás algún día
Juntos á Elvira y don Juan.

DON LUIS.

¿Á don Juan?

JAZIMÍN.

Vete, que están
Celosos de mi osadía.
No te prendan ó te maten,
Ó, por ventura, á los dos.

DON LUIS.

Á su fe te traiga Dios,
Aunque ellos no se rescaten.
Y él vive, que como estoy,
Puedo á Daraja entregarte.

JAZIMÍN.

En Córdoba pienso hablarte.

DON LUIS.

Pues allá sabrás quién soy.

Vanse, y salen, D. Juan, de hortelano con su azadón, y Zulema.

ZULEMA.

Dejar, pesar de mi mal,
El zadón y el berenjena,
Que tenemos grande pena.

DON JUAN.

Será con mi pena igual.

ZULEMA.

Ser tan igual, que ser propia.

DON JUAN.

¿Qué ha sucedido, Zulema?

ZULEMA.

El Zaide que el vega quema,
Más que el sol quemar Tiopia,
¿No pasalle por aquí
Antiller, con los soldados,
Con esclavos é ganados?

DON JUAN.

Pasar alegres los vi.
¿Mas qué me puede importar
Su pesar ni su placer?

ZULEMA.

Placer no poder tener,
Que es de Jazimín pesar.

DON JUAN.

De Jazimín, ¿de qué modo?

ZULEMA.

En el horta de Abenámar,
Junto al fonte Denadámar,
Que alí socedelde todo,
Cautivar Cárdenas forte,
Alcaide de Iznatorafe,
Dando á Zaide y Abenafe,
Á Zelín y á Tarfe morte,
La belísima Daraja,
Del Bencerraje mojer.

DON JUAN.

Haz cuenta que mi placer
Del pesar al centro baja;
No me pudieras decir
Cosa más triste, Zulema.
¿Qué puede haber ya que tema?
No es tanta pena el morir.
¿Qué estrella es ésta que ha sido
De tanta conformidad
Así en hacer amistad
Como en nuestro bien perdido?

Elvira en poder del moro;
Daraja en el del cristiano.....

Sale Jazimin en hábito de cristiano, muy galán, con una ballesta al hombro y un sombrero de plumas.

JAZIMÍN.
¿Cual es, amigo hortelano,
Que el mejor camino ignoro,
El atajo de la villa?
DON JUAN.
¿Quién lo pregunta?
JAZIMÍN.
Un soldado
De Córdoba, que ha llegado
Con la gente de Castilla.
DON JUAN.
¿Vos cristiano? Juraré
Que sois galán Bencerraje.
JAZIMÍN.
Aunque traigo sólo el traje
Traeré algún día la fe.
¿Mas cristiano no es aquel
Que tiene el alma cristiana?
DON JUAN.
Eso, amigo, es cosa llana,
Pues habrá bautismo en él.
JAZIMÍN.
Pues cristiano seré yo,
Que en mi pecho, está muy llano.
Tengo por alma un cristiano
Que allá el bautismo tomó.
DON JUAN.
¿Cómo se llama?
JAZIMÍN.
Don Juan.
DON JUAN.
Y ese don Juan, ¿quién es?
JAZIMÍN.
Vos,
Que os guarde mil años Dios.
ZULEMA.
¡Qué tiernos brazos se dan!
DON JUAN.
¡Ay, Bencerraje querido,
Cuánto tu desdicha siento!
JAZIMÍN.
Como ves, mi sentimiento
Adonde estoy me ha traído.
ZULEMA.
¿É Zoliema no brazamus?
JAZIMÍN.
¡Ay, Zulema, muerto estoy!
ZULEMA.
Á Daraja vimos hoy;
Por estar Zaide no hablamus.
JAZIMÍN.
¿Que la has visto?
ZULEMA.
É vi caer
Blancas perlas de so cara,
Que el sol á merar se pára,
Alba no vista llover.
É como las perlas vía,
Para salir en so frente,
Otra vez volvió al Orente,
Con estalde al Mediodia.
JAZIMÍN.
¡Ay, don Juan, que el Rey tirano
Carta de Fernando tuvo,
En que tu contento estuvo
Y mi remedio en su mano.
Con ella vino Vivero,
Que por su sobrina daba
Mi Daraja, y se obligaba
Á entregársela primero.
Porque por toda Castilla
Sola tu muerte se suena,
Pero fué darle una almena,
Para pedirle una villa.
Despidióle tan airado,
Que la ley de Embajador
Le libró de su furor,
Y él se fué desesperado.
Pues yo, que de todos tres
Alcanzo el mayor pesar,
Luego te vine á buscar
En el hábito que ves,
No para librar mi esposa,
Más para tener contigo
Consuelo, como en amigo
Adonde el alma reposa.
¿Qué me aconsejas, don Juan?
DON JUAN.
Que en Iznatorafe entremos,
Y que á Daraja saquemos
A pesar del capitán.
JAZIMÍN.
¿Respondes como Mendoza,
Ó es como de amigo el modo?
DON JUAN.
Yo respondo como todo.
ZULEMA.
Vamus á librar el moza.
Que por Alá de perder
El vida de bona gana.
DON JUAN.
La fuerza era cosa vana,
La industria lo puede hacer.
JAZIMÍN.
¿Cómo entraremos, que están
Las guardas siempre en la puerta?
ZULEMA.
Yo dar endustria encoberta,
Se parecelde á don Juan.
DON JUAN.
¿De qué suerte?
ZULEMA.
Andar acá,
Que en el cameno decir.
DON JUAN.
Bien le podemos seguir.

ZULEMA.
Lievamos Malafa allá.
DON JUAN.
La Almalafa, ¿para qué?
ZULEMA.
Caliar é venir comigo,
Hacemus el que te digo,
Valga el diablo á vosancé.

Vanse, y salen Sancho de Cárdenas y Daraja.

SANCHO.
Conozco que eres mujer
De un noble, pero ¿qué importa?
Ya eres esclava.
DARAJA.
Este sér
Es un hilo que se corta,
Mas no se puede torcer.
Advierte, Cárdenas bravo,
Que el cuerpo sólo es esclavo;
Que por eso el albedrío
Se llama libre, y el mío
Por un extremo le alabo.
SANCHO.
No contradices así,
Daraja, mi pensamiento;
Si el cuerpo es esclavo aquí,
Con el cuerpo me contento,
Y estése el alma por ti.
DARAJA.
Hablas con poca advertencia;
Que el alma, si tu prudencia
El valor que tiene tasa,
Es el dueño de esta casa,
Á quien se pide licencia.
Pues si ella es libre, y no quiere,
¿El cuerpo cómo querrá?
De donde mejor se infiere
Que nadie le gozará
Mientras licencia no diere.
SANCHO.
Tú debes de imaginar
Que has de librarte muy presto,
Y así te piensas guardar.
DARAJA.
De mi pensamiento honesto
No tengo yo qué pensar.
Sea desde aquí á mil años.
Ni tus bienes ni tus daños
Han de atropellar mi honor.
SANCHO.
Mira que suele el amor
Hacer algunos engaños.
DARAJA.
Si por Elvira te escribe
El Rey que luego me des,
Y su tío la recibe,
¿Cómo de tu amor no ves
En el engaño que vive?
No es cierto que Mahomad
La ha de dar luego por mí.
SANCHO.
Si mi ciega voluntad,
Mora, te moviera á ti,
Yo te diera libertad
Sin que á nadie la debieras,
Ni Mahomad volviera á Elvira;
Mas como no consideras
Mi amor, cualquiera mentira,
Juzgas, Daraja, por veras.
Verdad es que el de Vivero
Va de parte de Fernando,
Á quien ya de vuelta espero;
Mas que la dé estoy dudando,
Por lo mismo que yo quiero.
Que el moro con afición
No estimará al Bencerraje.

Sale Medrano.

DARAJA.
¿No ves que cuñados son?
¡Un noble, y de gran linaje,
Según tiene presunción!
Y dos moros á la puerta
Juntos del castillo están.
SANCHO.
Dásela, Medrano, abierta.
Ciertas sospechas me dan
Que el negocio se concierta.
MEDRANO.
Con esa licencia voy.
SANCHO.
¿Cristiano y moros con él?
Cierto de mi daño estoy;
Mas, pensamiento cruel,
En paz quedaremos hoy;
Que está tan mal á un cristiano
El ponerle en una mora,
Que en esto que pierdo, gano,
Y si á un capitán desdora,
Díganlo el Griego y Romano.
¿Alejandro y Escipión
No forzaron sus cautivas
En otra igual ocasión?

Sale D. Juan en hábito de cristiano, muy galán; Jazimin de moro, y Zulema de moro gracioso.

DON JUAN.
Mil años, alcaide, vivas.
SANCHO.
¿Quién eres?
DON JUAN.
Don Luis Girón.
SANCHO.
¡Oh, famoso caballero!
Aunque jamás os he visto,
Daros mil abrazos quiero.
JAZIMÍN.
¡Qué mal, Zulema, resisto

Ver la vida por quien muero!

ZULEMA.

Callar, diablo, y hacer señas
Á Daraja, que no hablar.

DON JUAN.

El grande valor que enseñas,
La vega, que haces temblar,
Y esas sierras de altas peñas;
Tu nombre, que el Rey alaba,
Sancho de Cárdenas fuerte,
Á quererte me inclinaba.

SANCHO.

¿Á qué vienes de esta suerte?

DON JUAN.

Vengo por aquesta esclava.
Esta carta, caballero,
Es de don Luis de Vivero.

SANCHO.

De don Luis hechura soy;
Pero sin ella le doy
Crédito á tal mensajero.

DARAJA.

¡Esposo mío!

ZULEMA.

No falta
Se no que el caide lo ver;
Callar, que el corazón falta.

DON JUAN.

Comienza, alcaide, á leer.

SANCHO.

Leerla quiero en voz alta.

Lea.

«Yo fuí á Granada y dí á Mahomad la carta de Fernando, el cual, más por temor que por gusto, me mandó luego entregar á D.ª Elvira, mi sobrina, que llevé conmigo á Córdoba; mucho se alegró el Rey de verla, y porque vos no perdáis el rescate de vuestra esclava, os hace merced de un hábito de Santiago; á D. Luis Girón envía Su Majestad, con esos moros, por Daraja: entregareisla luego.»

Volveros quiero á abrazar
Por albricias de esta nueva.

DON JUAN.

No os la quise luego dar,
Porque en vos no es cosa nueva
Merecer tan buen lugar.
De paso, me dijo á mí
Don Luis que á Córdoba vais,
Que hallaréis al Rey allí;
Pues si los pies le besáis
Y él os ayuda, por mí
Vendréis con una encomienda.

SANCHO.

Girón, la vida y la hacienda
Para serviros son poco;
Con el hábito estoy loco:
Llevad, moros, vuestra prenda.

JAZIMÍN.

Alá te guarde, Muley.

ZULEMA.

Mahoma guardar, senior.

DARAJA.

Mil mercedes te haga el Rey.

SANCHO.

Hazme, Girón, un favor;
Que es de amigos justa ley.

DON JUAN.

¿Qué mandas?

SANCHO.

Come conmigo,
Mientras se arman diez soldados
Para que vayan contigo.

DON JUAN.

Soldados son excusados,
Y el favor, si soy tu amigo;
Los soldados, porque van
Moros á su misma tierra,
Y ese favor, capitán,
Porque á prevenir la guerra
Prisa los maestres dan.
Soy de vuestra cruz también
Y hoy en Córdoba he de entrar.

SANCHO.

Pues Dios te lleve con bien.

DON JUAN.

Cuando al Rey fueres hablar,
Derecho á mis casas ven.

ZULEMA.

La astucia me maravilia.

JAZIMÍN.

Vamos, que estoy con cuidado.

ZULEMA.

Bona estar la gangavilia:
Como al niño haber tratado
Que le haber dado papilia.

Todos se van.

Salen Mahomad, D.ª Elvira y Tarfilo.

MAHOMAD.

Mi humildad la causa ha sido
De tu soberbia tirana:
Como perjura cristiana
Niegas lo que has prometido.
Ya no quedas satisfecha
Que jamás á Zaida hablé;
Ya no ves cierta mi fe
Y fingida tu sospecha.
¿Cómo respondes ahora
Con tal tibieza á mi fuego?

TARFILO.

¿No habla?

MAHOMAD.

¡Quién fuera ciego!
Pues estás muda, señora.
Responde, aunque sea desdenes;
Mas para ser de este modo,
Toda mármol y amor todo,

¿Niegas la lengua que tienes?
Aún no hablas; ahora bien,
Quizá será por tu mal.

TARFILO.

Siente con tristeza igual,
Señor, tu rigor también.
La libertad le has negado
Que Fernando te ha pedido
Por Daraja, y ha sentido
Que no la hayas obligado.
No la aflijas, que sospecho
Que no le falta razón.

MAHOMAD.

Mayor es su obligación,
Si fuera noble su pecho;
Pues ve que por estimalla
Pierdo á Fernando el respeto,
Y á Jazimín, que, en efeto,
Mayor es su agravio, y calla;
Pues de Fátima los celos
No tienen menos rigor.
Habla, imagen de mi amor
Y retrato de los cielos;
Habla, que es notable mengua;
Mas es de sol tu hermosura,
Que eres bella criatura,
Pero careces de lengua;
Pero si las tienen, luego
Son rayos que dan enojos,
Y así son de sol tus ojos,
Que tienen lengua de fuego.
No aprovecha, pues, Tarfilo;
Métela entre cuatro rejas
De aquellas torres Bermejas,
Y mude mi amor estilo.
Truéquese el gusto en rigor
Y en venganza la piedad;
Que son blandura y verdad
Padres bastardos de amor.
Ea, ¿qué tardas?

TARFILO.

Que, en fin,
Has aguardado á este punto.

DOÑA ELVIRA.

Yo lo hablaré todo junto
En viéndome Jazimín.

MAHOMAD.

Pues á él sólo y no más
Deja entrar donde ella esté.

Lleve Tarfilo á D.ª Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Lo que quiero le diré.

MAHOMAD.

Mi remedio le dirás.
¡Oh, vive Alá soberano,
Que mueras en la prisión!

Sale Jazimín.

JAZIMÍN.

Guárdete Alá.

MAHOMAD.

Con razón
Me llamarás inhumano;
Mira, Jazimín, si puedo
Cobrar por armas tu esposa.
No parece justa cosa
Mostrar á Fernando miedo;
Toma palabra de mí,
Por esta Real corona,
De que yo vaya en persona
Y te la saque de allí.
No quiero que los cristianos
Presuman de mí temor.

JAZIMÍN.

Créolo de tu valor,
Beso tus Reales manos,
Y aunque adoro, como es justo,
Á Daraja, mi mujer,
Eres Rey, y he de querer
Más que mi vida tu gusto.
Estése Daraja allá;
Goza mil años tu Elvira.

MAHOMAD.

Tu fidelidad me admira.

JAZIMÍN.

¿Adónde, señor, está?

MAHOMAD.

Presa la tengo en poder
De Tarfilo.

JAZIMÍN.

Bien has hecho;
Quizá ablandarán el pecho
De tan rebelde mujer.
¿En qué torre?

MAHOMAD.

En las Bermejas.

JAZIMÍN.

Con menos fuerza bastara.

MAHOMAD.

Tú sólo has de ver su cara,
El sol no ha de entrar sus rejas.
Dice que ella te dirá
Lo que piensa hacer de mí.

JAZIMÍN.

Bien se traza por aquí;
Mi cristiano la tendrá;
Que allá le dejo escondido
Con mi esposa y con Zulema.

MAHOMAD.

¿Qué dices?

JAZIMÍN.

Que tanta tema
Pudiera causar olvido,
Y que en ti se aumenta amor.

MAHOMAD.

Ahora bien: vuélvela á hablar;
Que el dulce y agro en amar
Son el desdén y el favor.
Siendo lo dulce templado
Con el agro del desdén,
Guisa amor el querer bien,

Y queda el gusto engañado.

JAZIMÍN.

Con tu licencia allá voy;
Mas ¿cuándo quieres cercar
Este castillo y mostrar
Que tu sangre y deudo soy?

MAHOMAD.

Júntese mañana gente,
Y cobremos á Daraja;
Haz que lo diga una caja,
Y que va el Rey.

JAZIMÍN.

Alá aumente
Tu vida, invicto señor.

Vase el Rey y sale Zulema.

ZULEMA.

¿Qué tenemus?

JAZIMÍN.

Parte luego
Y di á don Juan que le ruego,
Si estima en algo su honor,
Que dejando á buen recado
Á mi Daraja, á las rejas
De las dos torres Bermejas
Venga de secreto armado;
Que habemos de hacer al Rey
Una burla bien pesada.

ZULEMA.

Vos tener alma obligada,
É hacemos con bona ley;
Mas guardar que no resulte
É que no pensalde vos.

JAZIMÍN.

Como se encomiende á Dios,
¿Qué habrá que se dificulte?

ZULEMA.

Pos yo saber un portilio;
Venir de presto al ribazo
É darémosle gatazo
Como alcaide del castilio.

Salen Tarfilo y dos guardas con alabardas.

TARFILO.

Ninguno ha de pasar de estos umbrales,
Si no es el Bencerraje, ya os aviso,
Porque es orden del Rey.

GUARDA PRIMERO.

No tengas pena
Que se atreva en Granada moro alguno
Ni aun á mirar las puertas de la torre.

GUARDA SEGUNDO.

En fin, que si viniere el Bencerraje,
Ese sólo nos dices que entrar puede;
Advierte cuál.

TARFILO.

¿No sabes que este nombre
Se debe sólo á Jazimín?

GUARDA SEGUNDO.

Bien dices.
Vete, señor, donde tu gusto fuere.

TARFILO.

Aunque tengo que hacer dentro en Granada
Forzosamente, no osaré quitarme
Un punto de la torre; estad alerta,
Que en la primera sala de esta reja
Estoy jugando al ajedrez con Zaide.
Dame una voz si necesario fuere.

GUARDA PRIMERO.

Alá tu vida y tu salud prospere.

Salen D. Juan y Zulema, y D. Juan con hábito de moro.

DON JUAN.

¿Qué más armas que esta espada
Y el ánimo de este pecho?

ZULEMA.

Ponerte en este repecho,
Que estar el porta guardada.

DON JUAN.

No importa, que si me ven
Presumirán que soy moro,
Que aquí está la luz que adoro.

ZULEMA.

É tu morte estar también.
Retirarte de esta parte.

DON JUAN.

Ya viene aquí Jazimín.

Sale Jazimín.

JAZIMÍN.

Hoy de la amistad el fin,
Don Juan, pretendo mostrarte.
No me queda más que hacer
Que aventurar esta vida;
Pero el alma agradecida
Hoy te la quiere ofrecer.
¡Ah de la torre!

GUARDA PRIMERO.

¿Quién es?

JAZIMÍN.

Jazimín soy.

GUARDA PRIMERO.

¡Oh, señor!

JAZIMÍN.

Soldados sois de valor,
Allá lo veréis después. (Aparte.)
¿Qué orden os dió Tarfilo?

GUARDA PRIMERO.

Que éntre solo.

JAZIMÍN.

Tened cuenta,
No os suceda alguna afrenta.

GUARDA PRIMERO.

Ya sabemos el estilo.

JAZIMÍN.

¿En qué cuarto Elvira está?

GUARDA PRIMERO.
En el primero, señor.
JAZIMÍN.
Voyla á hablar.
GUARDA PRIMERO.
Haznos favor
Con el Rey.
JAZIMÍN.
Habladme allá.

Vase Jazimin.

ZULEMA.
Liegar por aqueste lado,
Que sentir hablar.
DON JUAN.
Ya llego,
Aunque con poco sosiego,
Porque Jazimín ha entrado.
Voces son de alguien que juega.

TARFILO.

Dentro.

Jaque de aquí.
DON JUAN.
¡Bien, por Dios!
Ese os pienso dar á vos,
Si á tanto mi dicha llega.

ZAIDE.

Dentro.

Guardad la dama.
DON JUAN.
¡Ay de mí!
Dice que guarde la dama.
ZULEMA.
También jugamos quen ama,
Y haber dama y Rey aquí.

TARFILO.

Dentro.

¡Oh, qué treta os pienso hacer!

ZAIDE.

Dentro.

Toda la tengo entendida.
DON JUAN.
La que yo le tengo urdida
Tarde la puede entender.

TARFILO.

Dentro.

El caballo apercibí.
ZULEMA.
Que apercibir el caballo.
DON JUAN.
Agradezco el avisallo;
Por los caballos partid.
ZULEMA.
Ya los tener ben á punto.

TARFILO.

Dentro.

Buena treta al Rey hacéis.
DON JUAN.
Parece que respondéis
Jugando á lo que pregunto.
Treta al Rey dicen que hago.....
ZULEMA.
Gatazo le liamar mé.

TARFILO.

Dentro.

Perdí la dama.

ZAIDE.

Dentro.

Gané.

TARFILO.

Dentro.

Alcaide, con pagar pago.
DON JUAN.
Pagarás con la cabeza
El descontento del Rey.
ZULEMA.
Me joro á Dios que Moley
Le hacer faltar el corteza.

Sale D.ª Elvira en hábito de moro, muy galán, con un capellar rebozada, que es el que llevará Jazimín.

DOÑA ELVIRA.
Decid, guardas, al alcaide
Que tenga mucho cuidado.
GUARDA PRIMERO.
Pues ¿por qué no le has hablado?
DOÑA ELVIRA.
Porque jugaba con Zaide.
Moros, ¿quién va?
DON JUAN.
¿Quién pregunta
Á un moro noble quién va?
ZULEMA.
Que un moro salir de aliá
Tan galán, corneco apunta.
DOÑA ELVIRA.
¡Válgame Dios! ¿Qué querrán?
Muy cerca el moro me mira.
¡Es don Juan!
DON JUAN.
¡Es doña Elvira!

DOÑA ELVIRA.
Quedo, que mirando están.
ZULEMA.
¿Topar Sancho el so rocín?
DOÑA ELVIRA.
¿Es posible que te veo?
DON JUAN.
Que se cumplió mi deseo.
ZULEMA.
No hablar hasta ver el fin.
DON JUAN.
Dame esos brazos, mi bien.
ZULEMA.
Levar diablo estar razón
So vida é so corazón
E so ánima también.
Vamos de presto de aquí.
DON JUAN.
Parte, amores, con Zulema;
Que es bien que la vida tema
De que me la ha dado á mí.
Aquí me quedo á esperar.
DOÑA ELVIRA.
Bien haces, guárdete el cielo.
DON JUAN.
Parte que estoy con recelo.
ZULEMA.
En porta Elvira aguardar.

Vase D.ª Elvira con Zulema.

DON JUAN.
¡Oh Jazimín, moro hidalgo!
¿Con qué vidas un Mendoza,
Que por ti su esposa goza,
Te podrá servir en algo?
En grande peligro estás,
No sé cómo has de salir.

Sale Jazimín.

JAZIMÍN.
Aquí vendrá luego Amir
Y te dirá lo demás.
GUARDA PRIMERO.
¿Quién sale?
JAZIMÍN.
Yo soy, soldados.
GUARDA PRIMERO.
Tú, ¿pues no saliste ya?
JAZIMÍN.
¿Yo he salido?
GUARDA PRIMERO.
Tente allá,
Que habemos sido engañados.
JAZIMÍN.
¿Tente á mí, perros, qué es esto?
GUARDA PRIMERO.
Mira, señor, que ha salido
Un moro con tu vestido,
Y tú sales descompuesto.
JAZIMÍN.
Yo salgo de la manera
Que en estas torres entré.
GUARDA PRIMERO.
Al alcaide llamaré.
Tarfilo.
JAZIMÍN.
¡Oh, villano!
GUARDA PRIMERO.
Espera.
JAZIMÍN.
Esperad aquí, don Juan.
DON JUAN.
Amigo, á tu lado estoy.

Sale Tarfilo.

TARFILO.
¿Qué es esto?
JAZIMÍN.
Yo que me voy,
Y éstos teniéndome están.
GUARDA PRIMERO.
Señor, Elvira ha salido
En traje moro.
TARFILO.
¡Oh, traidor!
¿Pues cómo al Rey tu señor.....?
JAZIMÍN.
Mientes, que leal he sido;
Que allá queda doña Elvira.
TARFILO.
Guardas, entralda á buscar.
GUARDA PRIMERO.
Eso es quererte engañar.
TARFILO.
Pues quitémosle la vida.
JAZIMÍN.
Tarfilo, tus años goza.
DON JUAN.
¡Matarle, infame linaje!
Es Jazimín Bencerraje,
Y yo don Juan de Mendoza.

Péguenlos muy bien y vanse, y salgan soldados, caja y bandera en orden; D. Luis Girón, D. Luis de Vivero, y los Reyes Católicos detrás, con sus bastones. Podrá hacer la reina Isabel la que hiciere de Reina mora.

DON FERNANDO.
Sentí, como era justo, la respuesta
De un bárbaro, aunque Rey.
DOÑA ISABEL.
Muy justo ha sido
Tomar las armas y que sienta el moro,
No que tomáis venganza del agravio,
Sino que dais á su maldad castigo.
DON LUIS.
Conozco, invictos Reyes generosos,
Fernando, de Aragón corona y gloria,
Isabel, de Castilla gloria y fama,
Que mi sobrina doña Elvira tiene
Gran culpa de su mal, y que del cielo

Le ha venido castigo semejante;
Pero considerando que ha perdido
Á las manos de un bárbaro su esposo,
Y que sin ser cautiva está cautiva
Donde también corre peligro el alma,
Hazaña será digna de esos pechos
Molestar al tirano de Granada,
Hasta que me la vuelva ó la rescate
Por trueco de Daraja ó por tesoro.

DON FERNANDO.

Vivero, cuando fuera doña Elvira
Una mujer plebeya, el desacato
De Mahomad bastaba solamente,
Cuanto más el haberla yo criado.
Erró como mujer; ya que no tiene
Amparo de su esposo, toca al mío
Su libertad y su remedio justo.
Yo correré la vega de Granada,
Yo espantaré sus muros, yo haré presas
En todas sus aldeas y lugares,
Yo talaré los campos y los trigos,
Yo cortaré los árboles, y creo
Que si fuera posible les quitara
Las aguas, á venir de estotra parte,
Como á Granada vienen de las sierras.
¡Á mí se atreve el bárbaro!

DON LUIS GIRÓN.

No dudes
De que estará, señor, arrepentido
Cuando vea que vienes en persona
Con tan famoso ejército á su vega.

DON FERNANDO.

Don Luis Girón, con ochocientos hombres,
Por divertirle, iréis de esotra parte
Del helado Genil, porque nosotros
Lleguemos de improviso hasta sus muros;
Que me muero por verlos y mostrarles
Las banderas y cruces que algún día
Poner espero en sus almenas fuertes.

DON LUIS GIRÓN.

El cielo os dé, señor, tantas victorias
Que parezcáis al español Trajano
Y á los godos santísimos que os dieron
La sangre ilustre por tan largos años.

DOÑA ISABEL.

Moros vienen aquí. ¡Si por ventura
Arrepentido Mahomad, pretende
Volverte la cautiva!

DON LUIS.

Ya se acercan.

DON LUIS GIRÓN.

Cuatro parecen.

DON LUIS.

Y es ansí que traen
Otros dos á las ancas de sus yeguas.

DON LUIS GIRÓN.

Un escudero á pie con ellos viene.

DON LUIS.

Ya se apean.

DOÑA ISABEL.

Ya llegan.

DON FERNANDO.

Buenos talles.

Salen Jazimín, D. Juan, Daraja y D.ª Elvira, todos de moros bien puestos, y Zulema con ellos.

DON JUAN.

Tú los puedes hablar.

JAZIMÍN.

Yo quiero hablalles.
Fernando Rey de Castilla,
Conquistador de Granada,
Á quien han dado los cielos
Tanta ventura en las armas;
Ilustrísima Isabela,
Que con virtudes tan altas
Escureciste los nombres
De las griegas y romanas,
Yo soy un moro Zegrí,
Nieto del famoso Audalla,
Conocido de vosotros
Por la victoria de Baza.
El día de aquel profeta
Que el moro y cristiano alaban,
Me ciñó el rey Mahomad
Este alfanje en el Alhambra.
Es costumbre entre nosotros
Que á quien el Rey ciñe espada
Alguna hazaña le pida
De la Reina cualquier dama.
Lucinda, bella entre muchas,
Que tiene Fátima Arlasca,
Hija de un alcaide moro
Y una cautiva cristiana,
Me pidió que le trajese
(Y cuerpo á cuerpo en batalla)
La cabeza de un Vivero
De la cruz de Calatrava;
De este mayordomo vuestro,
Desea tomar venganza:
La causa yo no la sé,
Vivero sabrá la causa.
Si acaso está en los presentes,
Con vuestra licencia salga;
Que aquí en el campo le espero
Con la lanza y con la adarga.

DON LUIS.

Á Vuestras Altezas pido
Que me dejen responder.

DON FERNANDO.

Quien tan bien lo sabe hacer
Bien aceptará el partido.

DON LUIS.

Moro, que te guarde Dios:
Aquí me tienes presente,
Pero un grande inconveniente
Se me ofrece por los dos.
Cuando llevé la embajada
De mi Rey, me pareció
Que te vi en Granada yo,
Y me ofreciste tu espada;

Que eras Bencerraje allí
Sospecho que me dijiste:
¿Pues si allá Jazimín fuiste,
Cómo eres acá Zegrí?

JAZIMÍN.

Llégate cerca, Vivero,
Que te quiero hablar.

DON LUIS.

¿Pues cómo
Tomas las armas?

JAZIMÍN.

No tomo:
Darte á tu sobrina quiero.

DON LUIS.

¿Á mi sobrina?

JAZIMÍN.

Detente;
Que importa en esta ocasión
Alcanzar del Rey perdón
Para cierto delincuente.

DON LUIS.

¿Para quién?

JAZIMÍN.

Para don Juan.

DON LUIS.

¿Don Juan vive?

JAZIMÍN.

Y está aquí.

DON LUIS.

¿Viene con vosotros?

JAZIMÍN.

Sí.

DON FERNANDO.

Hablando en secreto están.

DOÑA ISABEL.

¿Qué puede el moro querer?

DOÑA ELVIRA.

Zulema, ¿es bella la Reina?

ZULEMA.

No ver sol en cuanto peina
Tan socelente mojer,
Y ora Dios que estar más linda
Que Cicerón é que Orlando.

JAZIMÍN.

Y la viene acompañando
Mi bella Daraja Arminda.

DON LUIS.

Quisiera decirlo al Rey;
Pero importará primero
Su perdón.

JAZIMÍN.

Mira, Vivero,
Que es tu sangre.

DON LUIS.

Es justa ley.

Llegue á los pies del Rey.

Merced te vengo á pedir.

DON FERNANDO.

¿Qué quieres? Alza del suelo.

DON LUIS.

Que no te ofenda recelo
Lo que te quiero decir.

DON FERNANDO.

Habla, Vivero.

DON LUIS.

Señor:
Á mi sobrina he casado
Con un caballero honrado,
Digno de estado mayor.

DON FERNANDO.

¿Cuándo ó cómo?

DON LUIS.

Prometí
De allá al que la librase,
Para que el premio alcanzase,
Lo que un Rey te niega á ti.
Disfrazóse en traje moro
Un hidalgo castellano,
Y con un fuerte africano,
Que adora en el Dios que adoro,
Y viene á pedir bautismo,
De una torre la sacó.

DON FERNANDO.

Pues di que venga, y que yo
Le daré en premio á mí mismo.

DON LUIS.

Hay un grande inconveniente.

DON FERNANDO.

¿Cómo?

DON LUIS.

Un delito, señor.

DON FERNANDO.

Aunque haya sido traidor,
Dile que el perdón intente.

DON LUIS.

No es más de el haber sacado
De en casa de un hombre noble
Una mujer.

DOÑA ISABEL.

Pues al doble
Merece ser perdonado,
Si le dió satisfacción.

DON LUIS.

Sí, señora.

DON FERNANDO.

Di que venga,
Y que por seguro tenga
De su delito el perdón.

DON LUIS.

Beso los pies de tu alteza.
Á los moros voy á hablar.

Sale Sancho de Cárdenas.

SANCHO.

Deme los pies á besar,
Gran señor, vuestra grandeza.....

DON FERNANDO.

¿Sois hidalgo de este alarde?

SANCHO.

Sancho de Cárdenas soy,

Que en Iznatorafe estoy
Por alcaide.

DON FERNANDO.

Dios os guarde.

SANCHO.

Por el hábito, señor,
Que me distes de Santiago,
De mis servicios en pago
Y de mi celo en favor,
Esos pies beso mil veces.

DON FERNANDO.

¿Hábito os he dado yo?

SANCHO.

Vivero me lo escribió,
Y con uno de sus trece.

DON FERNANDO.

¿Quién era?

SANCHO.

Don Luis Girón,
Á quien á Daraja di
Por mandarlo vos ansí.

DOÑA ISABEL.

Todo parece invención.

DON FERNANDO.

Don Luis, ¿vos habéis llevado
Hábito al alcaide?

DON LUIS GIRÓN.

¡Yo!
Ni á mí Vivero me habló,
Ni él á Daraja me ha dado.

SANCHO.

No es aqueste el caballero
Á quien yo á Daraja di.

DON FERNANDO.

¿Que la distes?

SANCHO.

Señor, sí;
Que me lo escribió Vivero.

DON FERNANDO.

Vivero.

DON LUIS.

Señor.

DON FERNANDO.

¿Pues vos
Carta al alcaide escribistes
Con que á Daraja pedistes?

DON LUIS.

¡Engañado os han, por Dios!
¿Qué es de la carta?

SANCHO.

Esta es.

DON LUIS.

No es mi letra.

DON LUIS GIRÓN.

Ni yo fuí
Quien al alcaide la dí.

DON JUAN.

Llegad todos á sus pies.

Hínquense de rodillas á los Reyes D. Juan, Jazimín, Daraja, D.ª Elvira y Zulema.

JAZIMÍN.

Danos los pies, gran señor.

DARAJA.

Y tú, señora, que guarde
El cielo en su compañía
De este generoso Marte.

DON FERNANDO.

Decidnos todos quién sois.

JAZIMÍN.

Soy Bencerraje (1).

DARAJA.

Yo soy Daraja, su esposa.

DON LUIS.

Cobrad la cautiva, alcaide.

SANCHO.

Á los pies del Rey, es libre;
De mi error debo culparme.

DON JUAN.

Pues ya, señor, me perdonas,
Ya será justo que hable;
Yo soy don Juan de Mendoza.

SANCHO.

Éste fué el que aquella tarde
Se llamó don Luis Girón.

DON JUAN.

Verdad es; que por pagarle
Á Jazimín la amistad
Vine en diferente traje;
Él me cobró á doña Elvira,
Yo quise á su esposa darle:
Ya estoy á los pies del Rey.

DOÑA ISABEL.

Señor, estas amistades
Merecen perdón y premio:
Pues vos sois nuevo Alejandre,
Valga aquí mi intercesión.

ZULEMA.

¡Ah, señor Rey! Escochalde
Un balabra al bon Zoliema,
Que estar hejo de me madre.

DON FERNANDO.

¿Quién es aqueste morillo?

ZULEMA.

Creado del Bencerraje.
Yo ser de todo el caboto,
El que traer y llevalde
De Iznatorafe al Granada,
De Granada á Iznatorafe.

DOÑA ISABEL.

¿Quieres ser cristiano?

ZULEMA.

¿É cómo?
É bota se tener darme
É un boquito de bernil.

DON FERNANDO.

Recibo contento grande
De este dichoso suceso.

---

(1) Verso incompleto. Probablemente diría:

Yo, señor, soy Bencerraje,

Bautizaránse esta tarde,
Y seremos los padrinos
Para que después se casen.
El hábito de Santiago
Confirmo y doy al alcaide,
Por rescate de Daraja,
Servicios y buenas partes.

DON LUIS.

Vivid, Católicos Reyes.

DON LUIS GIRÓN.

Mil años el cielo os guarde.

DON JUAN.

Aquí acaba la comedia
Del *Hidalgo Bencerraje*.
Belardo dice que halló
Esta historia en los anales
De los Reyes de Granada.
Ella es cierta: perdonalde.

EL HIJO DE REDUÁN

EL HIJO DE REDUÁN

COMEDIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

JORNADA PRIMERA

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON

BAUDELES, *Rey de Granada.*
REDUÁN, *Alcaide.*
ARDANO, *criado.*
GOMEL, *Príncipe.*
ALBOYN.
BENALME.
ARFILO.
ALZIRA, *Reina.*
ZELORA, *dama.*
LIZARA, *dama.*
JAFER.
FATIMÁN.
MOROS SON TODOS, Y DOS PAJES CON HACHAS.

Sale Baudeles, Rey de Granada, y Reduán, y Ardano, paje.

BAUDELES.
Y ¿tiene buena presencia?
REDUÁN.
Es alto, pero bien hecho.
BAUDELES.
Ya, después de tanta ausencia,
Apenas tendrá mi pecho
Paternal correspondencia;
Aunque la sangre paterna
Resucita fresca y tierna
Cualquiera memoria antigua,
Luego que el alma averigua
La vida que la gobierna.
REDUÁN.
En viendo tu semejante,
Verás que el amor te aspira
Conocimiento bastante,
Como al que en espejo mira
Su mismo rostro delante;
Que de parecerle allí
Que es tan semejante á sí,
Le tiene aquel mismo amor.
BAUDELES.
No hace efecto menor
Sola la memoria en mí;
Mayormente, si me acuerdo
De aquella por quien hoy pierdo
El seso, el alma y la vida,
Que por ser tan bien perdida,

Cuando más loco, soy cuerdo.
Y ¿cómo está la cristiana
Madre de mi hijo?

REDUÁN.

Hermosa,
Gallarda, fresca y lozana,
Aunque afligida y llorosa
De aquesta ausencia inhumana.
Notifiquéle tu gusto
Y cómo era ya muy justo
Que Gomel venga á la corte,
Por lo que á su honor importe,
Aunque reciba disgusto.
Y quedando sus mejillas,
Que afrentar suelen las rosas,
Por el desmayo amarillas,
Y sus lágrimas hermosas;
Pero no pude sufrillas;
«No te espantes, Reduán,
De ver que corriendo están,
(La bella cristiana dijo)
Que las lágrimas de un hijo
En medio del alma están.
No porque al Rey se le llevas,
Que, en fin, es su Rey y padre,
Cuyas grandezas apruebas,
Mas por temer, como madre,
De su madrastra las nuevas.
Dícenme que es tan celosa
La Reina, y tan deseosa
De saber del Rey el pecho,
Que temo que á su despecho
Le dé muerte rigurosa.
Y más si sabe que es mío,
Ó si por dicha le ve
Tan lleno de gracia y brío»,
Yo entonces le aseguré
Su temor y desvarío,
Y le dije: «Hermosa Narda,
Muy sin razón te acobarda
La Reina; que á toda ley
Es Gomel hijo del Rey,
Y Reduán quien le guarda.
Lo que hasta agora se sabe
Es que Gomel es mi hijo;
Ni habrá hombre que se alabe
Que el Rey le dió parte ó dijo
Deste suceso tan grave.
Así, que en nombre de mío
Ha de vivir en la corte.»

BAUDELES.

¿Qué, en fin, es mozo de brío?

REDUÁN.

Que ha de haber tiempo que importe
Á tu Real corona, fío.
Porque es opinión y fama
Por todo el monte de Alhama,
Donde está hecho pastor,
Que no le iguala en furor
Un novillo de Jarama.
Y que al más bravo que vía,
Con más fuerza que destreza,
De los cuernos le asía,
Y con la fuerte cabeza,
Besar el suelo le hacía.
Al oso y al jabalí,
Sin dardo ni lanza allí,
De manera le apretaba,
Que sin vida le dejaba,
Y destos algunos vi,
Que á sus puertas, por su honor,
De la sangre á quien reservo,
Está tinta alrededor,
Como los cuernos del ciervo
En casa del cazador.

BAUDELES.

Qué, ¿tan bravo es el mozuelo?

REDUÁN.

Que será un Muza recelo.

BAUDELES.

Está con mezcla cristiana,
Adonde de mejor gana
Pone sus fuerzas el cielo.

REDUÁN.

Lo mejor que tiene es tuyo;
Y aunque de ser lisonjero
En cosas tan propias huyo,
El ser tan gallardo y fiero,
Á ser cristiano atribuyo.
Porque para ser lozano
Un cristiano hidalgo, es llano
Que ha de tener algo moro,
Y aun es al moro un tesoro
Tener algo de cristiano.
Gomel, tu hijo, en efecto,
Aunque está en nombre de mío,
Es un bastardo perfecto,
Muy legítimo en el brío,
Y á ninguna ley sujeto.

BAUDELES.

Y él, ¿sabe acaso, ó sospecha
Que es mi hijo?

REDUÁN.

No lo sabe,
Ni ha tenido tal sospecha;
Que á vencer pecho tan grave
Aun el moro no aprovecha.
Su madre, en fin, lo ha encubierto,
Porque teme velle muerto,
Y así Gomel ha creído
Que es mi hijo, y se ha tenido
En toda Alhama por cierto.

BAUDELES.

Dime cómo le veré
Sin que sepa que el Rey soy.

REDUÁN.

Que le traiga Ardano haré,
Si en esto gusto te doy.
Vé, Ardano.

ARDANO.

Volando iré.

Va Ardano por Gomel.

REDUÁN.
No quisiera que le vieras
Tan desnudo como andaba
En el monte entre las fieras.
BAUDELES.
Como está le imaginaba
Para que ansí le trujeras;
Que antes lo tendré por gusto.
REDUÁN.
Más galán fuera más justo;
Pero pues gustas de vello,
Así he mandado traello,
Pastor, villano y robusto.
BAUDELES.
No hay contento sin azar:
Ya nuestra conversación
Viene la Reina á estorbar.

Entra la reina Alzira, Lizara y Zelora, damas.

ALZIRA.
No vengo á mala ocasión;
¿Solos, y en este lugar?
¿Qué hacías, qué tratabas?
Pero ¿quién duda que acierto
Si digo de lo que hablabas?
Por mi vida, ¿era concierto?
¿Dónde ibas, qué ordenabas?
¿Era en carmen esta fiesta,
Ó en orilla de Genil?
¿Aun no merezco respuesta?
¿Es, Reduán, muy gentil
Aquesa dama?
REY.
¿Cuál?
ALZIRA.
Ésta.
REDUÁN.
Que del Rey estés celosa,
Lo tengo por justa cosa,
Aunque sin razón lo estás;
Que en celos se muestra más
Toda pasión amorosa.
Mas que tu alma se inquiete
Y que me hagas, sin ley,
El paje de su retrete.....
¿No ves que le vengo al Rey
Muy grande para alcahuete?
Reduán, que en armas fieras
Hasta los pechos Genil,
Venció cristianas banderas,
¿Quieres que oficio tan vil
Ejercite en sus riberas?
Que á pesar de los villanos
Que te dan sus pareceres,
Nunca servían mis manos
Al Rey de traer mujeres,
Sino de matar cristianos.
Éste mi oficio ha sido,
Y no tan vil y abatido:
Si tiene amores, serán
Con mujeres, que aquí están,
De captivos que he vencido.
ALZIRA.
Vuelve, bizarro pagano;
Que me burlaba.
REDUÁN.
No encierra
Burlas este pecho sano.
ALZIRA.
Eres soldado en la guerra,
Y no en la paz cortesano.
BAUDELES.
Tiene Reduán razón,
Porque vos, sin ocasión,
Afrentáis á Reduán,
Que es el mejor capitán
Que tiene nuestra nación.
¿En qué fundastes los celos
Que aquí de mí presumistes?
¿Qué sospechas, qué recelos,
Qué papel, qué paje vistes,
Ó qué señal en los cielos?
¿A qué balcón me incliné?
¿A qué dama le escribí?
¿En qué calle paseé?
Decid, ¿qué toros corrí
Ó qué cañas intenté?
¿Qué cifra trae mi bonete,
Ó qué pluma en seis ó siete
Que no sea vuestro color?
Luego el Rey no tiene amor
Ni es Reduán su alcahuete.
ALZIRA.
Todos tenéis una falta:
Si celosas no vivimos,
Decís que el amor nos falta,
Y si acaso os los pedimos,
El más cuerdo grita y salta.
Pues, ¿cómo esto ha de ser?
Enseñadnos á querer,
Y queriendo no querer,
Y sintiendo no decir,
Ó diciendo enmudecer.
ZELORA.
Deja, señora, estas iras;
Que es color de sus maldades,
Porque hacen, si los miras,
De sus mentiras verdades,
Y nuestra verdad mentiras.
Quédese aquí Reduán
Solo, bravo y capitán;
Que alguna quejosa tiene.
REDUÁN.
Ese jüez me condene
Y los que con él están,
Si en palabra ó pensamiento
El Rey ni yo os ofendimos.
LIZARA.
Á quien tiene por tormento
Los celos que le pedimos,
No le sobra sentimiento:

Yo, á lo menos, bien me holgara
Que el sujeto que yo amara
Mártir de celos me hiciera.

BAUDELES.

Y yo, que me los pidiera
Cuando en ocasión me hallara.

ALZIRA.

Hallados en ocasión,
No son por aficionar,
Que antes dañan la afición.

Entra Ardano.

ARDANO.

Tu hijo está aquí: ¿ha de entrar?

REDUÁN.

¿No tienes más discreción?
Ves que la Reina está aquí,
¿Y hablas, majadero, así?

ALZIRA.

Antes le deseo ver;
Reduán, hazle traer.

REDUÁN.

No está para verte á ti;
Porque es, como habrás sabido,
En una cristiana habido,
Y ha veinte años que un ama,
Entre las sierras de Alhama
Hecho pastor le ha tenido.

ALZIRA.

De cualquier suerte que esté
Le quiero ver.

REDUÁN.

Si es posible,
Primero le vestiré.

ALZIRA.

Lo contrario es imposible;
Yo le he de ver.

REDUÁN.

Tráiganle;
Pero, ¡por Dios, que me afrento!

ZELORA.

Á todas nos das contento;
Haz que le traigan agora,
Pues la Reina mi señora,
Gusta dello.

REDUÁN.

Es justo intento.

Entra Gomel con un alquicel de alarde, y un bonete colorado, y unas abarcas de pellejos.

ARDANO.

Gomel, señor, viene aquí.

GOMEL.

¿Qué es, padre, lo que me quieres?

BAUDELES.

¡Cuánto me parece á mí!

GOMEL.

¿Quién son aquestas mujeres
Y ese moro que está ahí?

REDUÁN.

La Reina y el Rey que amas;
Llega y di cómo te llamas,
Pide sus manos, y luego,
Con humildad y sosiego,
A la Reina y á sus damas,
Porque así lo hacen otros
De más calidad que vos.

GOMEL.

¿Quién son los otros?

REDUÁN.

Nosotros.

GOMEL.

¿Que aquéste es el Rey? ¡Por Dios,
Que es hombre como los otros!
¡Hola, que me deis las manos!

BAUDELES.

De mis brazos cubrir quiero
Aquesos tuyos villanos;
Que es sangre de un caballero
Corona de los paganos.
Deja, pues, que los apriete
Por lo mucho que promete
El valor que en ellos vive.

REDUÁN.

De vos, señor, lo recibe
Para que á vos se sujete;
Y aunque ese traje le encoge,
Agradecido os está,
Pues tal brazo el suyo escoge.

GOMEL.

Eso ¡por Dios! se me da
Que me apriete ó que me afloje.
¿Tengo de hablar á la Reina?

REDUÁN.

Sí, hijo, de buena gana.

GOMEL.

Cualquiera juzgo que reina,
Hecho á ver una villana
Que ni se pule ni peina.

ALZIRA.

Yo soy.

GOMEL.

Pues dame esos pies.

ALZIRA.

¡Extraño rústico es!

GOMEL.

Cuanto vos sois melindrosa,
Aunque os tenéis por hermosa.
Dadme acá.

ZELORA.

No se los des.
Desto á Reduán arguyo,
Que tal talle, lengua y rostro,
No era para ver el tuyo:
Enseñárasle por monstruo,
Pero no por hijo tuyo.

ALZIRA.

Basta ser él de quien es,
No para darle los pies,
Mas para darle las manos.

GOMEL.

Entre moros y cristianos

No hay hombre como el que ves;
Porque la tosca melena,
El abarca y alquicel,
Muy poco al alma condena;
Mas la sangre que está en él,
De hidalgos deseos llena.
Es mi padre Reduán,
Y del linaje Guzmán;
Una cristiana mi madre,
Que en valor vence á mi padre,
Y él á cuantos aquí están.
Lo que es vestido no es alma,
Ni al alma adorna el vestido;
Que si á ella va la palma,
Un alma soy que ha tenido
Un cuerpo desnudo en calma.
Pero dad gracias á Dios;
Que en parecernos prolijos
Ya nos pagamos los dos,
Pues yo no daré á mis hijos
Tan ruin madre como vos,
Ni vos me querréis á mí
Para que marido os sea.

LIZARA.

Pon paz, Reduán, aquí.

ZELORA.

No he visto cosa más fea
Desde el punto que te vi.

GOMEL.

Ya os he dicho lo que sé.

REDUÁN.

¿Qué sientes?

BAUDELES.

Que en él se ve
Una soberbia invencible.

ALZIRA.

No haya más.

GOMEL.

¿Será posible
Mandándolo vuestro pie?

ALZIRA.

Mirad, señor, qué mandáis;
Que me voy hacia el jardín.

BAUDELES.

Que de un esclavo os sirváis.

ALZIRA.

Quedaos, mi bien: ¿á qué fin
Agora me acompañáis?

BAUDELES.

Por vida vuestra, que he de ir.

REDUÁN.

Gomel, aguárdate un poco;
Que ya yo vuelvo á salir.

ZELORA.

Dale un vestido á ese loco
Porque nos haga reir.

Vanse todos, y quedan Gomel y Ardano solos.

GOMEL.

Anda, cuerda destemplada;
Que vos no me haréis llorar
Con vuestra hermosura helada,
Sino reir y burlar
De veros tan engañada.
¿Para qué me trujo, Ardano,
Mi padre entre aquesta gente,
Valiente como cristiano,
Y como moro insolente,
Y necio como villano?
Ya mi desdicha prevengo:
Yo no soy para palacio,
Ni la cólera que tengo
Me puede dar tanto espacio
Como esto que á sufrir vengo.
¡Vive Alá, que no consienta
Ni aun del Rey aquesta afrenta!

ARDANO.

Bien pareces nuevo en corte.

GOMEL.

No hay corte que me reporte
Á que estas burlas no sienta;
Soy nacido entre villanos,
Y estos cuentos cortesanos
Me saben mucho á desprecios.

ARDANO.

No es la corte para necios.

GOMEL.

Pues ¿para qué será buena?
¿Para mujeres cobardes,
De que está poblada y llena?

ARDANO.

Bien es que de hablar te guardes;
Que es culpa de mucha pena.
Si á la corte habitar vienes,
Áspero lenguaje tienes;
Que has de sufrir muchas faltas,
Porque si á decillas saltas,
Bien es que tu vida ordenes.

GOMEL.

Ahí están cuatro ovejas;
Éstas no pueden faltarme,
Y una cama de pellejas;
No hay para qué aconsejarme,
Que al mismo viento aconsejas.

Entran Fatimán, Alboyn y Jafer, moros.

FATIMÁN.

Ardano nos dirá dél.

ALBOYN.

Pues ¿dónde quedaba Ardano?

JAFER.

En el patio del verjel.

ARDANO.

Aquí has de ser cortesano;
Que éstos buscan á Gomel.

FATIMÁN.

Si es hijo de Reduán,
Él será muy gentilhombre,
Muy discreto y muy galán.

ARDANO.
Éste es un moro de nombre.
GOMEL.
Y ¿es el suyo?
ARDANO.
Fatimán.
ALBOYN.
Jafer, Ardano está aquí.
JAFER.
Ardano.....
ARDANO.
¿Buscáisme á mí?
JAFER.
Danos cuenta de un mancebo
Galán, en la corte nuevo.
ARDANO.
Éstos procuran por ti:
¿Qué mancebo?
FATIMÁN.
Un hijo hermoso
De Reduán el valiente;
Que ya estoy dél envidioso,
Según le pinta la gente,
Galán, discreto y curioso.
ARDANO.
¿Es Gomel?
ALBOYN.
Así se llama,
Que agora vino de Alhama.
ARDANO.
Pues éste es el que buscáis.
FATIMÁN.
¿Quién?
GOMEL.
Yo: ¿de qué os admiráis?
JAFER.
De tu talle y de tu fama.
FATIMÁN.
¿Tú eres hijo de aquel bravo,
De moros corona y honra?
GOMEL.
De honrar mi padre me alabo,
Aunque él á sus hijos honra.
ALBOYN.
Antes pareces su esclavo.
JAFER.
Dinos la verdad, Ardano.
ARDANO.
¡Por Alá, Jafer, que es él!
ALBOYN.
¿Que este grosero villano
Llaman el fuerte Gomel,
Medio morisco y cristiano?
FATIMÁN.
¿Éste es aquel que en Alhama
Tuvo tan soberbia fama?
JAFER.
¿Aquéste el Alcaide dijo
Que era su retrato é hijo?
¡Por Dios, que su nombre infama!
ALBOYN.
¿Habla aquesta piedra acaso?
FATIMÁN.
Para deciros que es necio,
No será de lengua escaso.
GOMEL.
¡Oh padre! ¿Que tal desprecio
Por tu causa sufro y paso?
ALBOYN.
Hará muy buen cortesano.
FATIMÁN.
Di que le enseñen, Ardano,
Luego á bailar una zambra,
Para que baile en la Alhambra
Con las moras de la mano.
JAFER.
Pues, á fe que no promete
Ser mal galán y jinete,
Si en lugar del acicate
Con las abarcas le bate
Cuando el caballo sujete.
ALBOYN.
¡Qué requiebros que dirá
Si acaso sale al terrero!
FATIMÁN.
Zelora me ha dicho ya
Que le dijo este grosero
«Qué fea y qué necia está.»
JAFER.
¿Cómo eso la diría?
ALBOYN.
Será requiebro en su tierra.
FATIMÁN.
Alboyn, por la fe mía,
Que si el padre no le encierra,
Que haga una gran villanía;
Que éste es más monstruo que hombre.
ALBOYN.
Con razón le da tal nombre.
JAFER.
Ya de celos me abrasaba,
Porque yo le imaginaba
Muy discreto y gentilhombre;
Yo conozco alguna dama
Que ha dado celos con él,
Á lo menos con su fama.
ALBOYN.
¿Que te parece, Gomel?
GOMEL.
Ardano, á mi padre llama;
Que me deshago en coraje.
ARDANO.
¿Quieres que á la huerta baje?

Vase Ardano.

GOMEL.
Vé, por Dios, que aquí te aguardo.
¿Qué hago, qué me acobardo?
¿Cómo sufro tanto ultraje?
¡Que éstos se burlen de mí!

Asómanse Lizara y Zelora á la ventana.

LIZARA.
Aun agora se está aquí,
Zelora, aquel tu galán.
ALBOYN.
Con él está Fatimán,
Y tu Alboyn está allí.
LIZARA.
Estaránse entreteniendo,
Y dese loco riendo
Que Reduán ha traído.
FATIMÁN.
¿No ves que está suspendido?
JAFER.
El aire se está bebiendo:
Tened paso; que el balcón
Os puede dar luz al suelo;
Ya merece galardón
Por los soles, que al del cielo
Hicieran comparación.
FATIMÁN.
Engañado te has, ¡por Dios!
Que si en cada sol hay dos,
Cuatro soles veo allí.
JAFER.
Los dos me matan á mí,
Y los cuatro á mí y á vos.
No os espantéis que dijese
Que solos dos allí había;
Que era justo que temiese,
Cuando cuatro soles viese,
Abrasar el alma mía.
Y como la luz que veo
La creo por sola fe,
Si solos dos soles veo,
Menos penará el deseo
Que en su luz ardiendo esté.
ZELORA.
¡Ah, gallardo Fatimán!
FATIMÁN.
¡Oh, rayos de gran belleza
Que en mi alma ardiendo están!
ZELORA.
Qué, ¿notáis la gentileza
Del hijo de Reduán?
¿Sacáis, por ventura, muestras
De las galas de su traje
Para mejorar las vuestras?
FATIMÁN.
Tales son, que aquestas muestras
Me hacen que le aventaje.
Eso estábamos mirando.
LIZARA.
Pues idlas bien contemplando
Del bonete al borceguí.
GOMEL.
¡Que éstos se burlen de mí!
¡Vive Alá, que estoy bramando!
LIZARA.
Notad del bonete el lazo,
El gallardo capellar
Y aquella toca del brazo.
ZELORA.
¿Qué dama le ha de negar
En esta hora su regazo?
ALBOYN.
Fuera novedad de fama
Querer poner un mastín
En las faldas de una dama.
LIZARA.
Hazme un placer, Alboyn.
ALBOYN.
Servicio en corte se llama.
LIZARA.
Que pues hoy queda Granada
Tan perfecta y tan honrada
Con un cortesano igual,
Le toques un almaizal
Y le ciñas una espada,
Porque veamos si el traje
En tan mal cuerpo alma pone.
ALBOYN.
Pues si él así se compone,
¿Quién duda que no aventaje
Al más galán que se entone?
Hagamos fiesta con él,
Caballeros.
FATIMÁN.
Es muy justo
Darle un vestido á Gomel,
Porque á todos nos dé gusto
Haciendo donaire dél.
Que lo que mandan las damas,
Que son de amor vivas llamas,
Muy bien cumplillo me está.
JAFER.
Cortesano es, ¡por Alá!
¿Qué sirve andar por las ramas?
Ea, ponte aquesta toca.
GOMEL.
No, no; primero la espada.
JAFER.
¿La espada? Á risa provoca.
ALBOYN.
Estará bien empleada.
FATIMÁN.
Mejor un freno en la boca.
JAFER.
Ciñe presto, mentecato.

Mete Gomel mano.

GOMEL.
¡Oh moros de bajo trato!
¡No soy hombre, por Mahoma,
Cuando los tres no me coma,
Y luego á los treinta mato!
ALBOYN.
¡Vive Dios, que va de veras!
Apartad, que no es razón.....
GOMEL.
Esperad, que burlas son.

FATIMÁN.
Huye, Jafer, ¿qué esperas?
JAFER.
Éste, ¿es hombre, ó es león?

Mételos á cuchilladas.

GOMEL.
Hombre soy hecho entre fieras.
ZELORA.
¡Por Alá, Lizara hermosa,
Que no creyera tal cosa!
Por ese patio los lleva.
LIZARA.
De quién es ha hecho prueba.
ZELORA.
¡Extraña fuerza!
LIZARA.
¡Espantosa!
ZELORA.
Agradado me ha el villano:
¡Qué gallardo puso mano!
¡Qué á tiempo, con qué destreza!
LIZARA.
Es buena naturaleza,
Y tiene un Girón cristiano.
ZELORA.
Cuanto mal me parecía,
Le he cobrado voluntad.
LIZARA.
Mucho ha ganado la mía.
ZELORA.
Yo pienso hacerle amistad.
LIZARA.
Yo también desde este día.
ZELORA.
Pues por si acaso adelante
Me agradare en lo demás
Y merece ser mi amante,
Desde hoy avisada estás.
LIZARA.
Y tú desde aqueste instante;
Que podría ser que hallase
En él sujeto que amase;
Y así, prevenirte quiero.
ZELORA.
Yo te lo dije primero
Que nadie lo imaginase.
LIZARA.
Sí; mas ¿no te respondí
Que, por no ser de mi gusto,
Te le daba todo á ti?
Y dártelo no era justo,
Que le quiero para mí.
ZELORA.
Pues cómo, ¿quiéresle bien?
LIZARA.
No le quiero, mas podría;
Que ya sus prendas se ven
En el valor este día,
Y las de mi amor también.
ZELORA.
¿Osárasme tú decir
Que le amabas, á no oir
De mí que amor le tenía?
LIZARA.
Zelora, por la fe mía,
Que he de amalle hasta morir;
Porque Alboyn ya ha salido,
Con la bajeza presente,
Del alma en que le he tenido;
Que el moro que no es valiente,
No merece ser querido.
Tú querrás á Fatimán,
Que es muy valiente y galán.
ZELORA.
Á puros espaldarazos
Me lo ha echado de los brazos,
Y libres sin él están.
Si somos competidoras,
No nos llamemos amigas
Si al moro que adoro adoras.
LIZARA.
Ya, Zelora, te fatigas,
Y lo que yo siento, lloras.

Entran Ardano y Gomel.

ARDANO.
¿Eso habías de hacer?
GOMEL.
Eso hice:
Si no te ha dado gusto, poco importa;
Quiero que sepas satisfice el mío.
¡Oh perros viles, hidalguillos pobres,
Caballeros de ayer, plumitas, bandas,
Cortesanos de burlas y mentiras,
Fanfarrones delante de las damas!
¡Vive Mahoma!.....
ARDANO.
¡Paso, que te temo!
GOMEL.
Pues cuando así me veas, aunque amigo,
Quítateme delante, Ardano, y vete;
Que en este punto mataré á mi padre.
ARDANO.
Ya yo me doy por muerto.
GOMEL.
Estáte quedo.
¿No viste por el suelo á los cobardes?
ARDANO.
Á todos tres, Gomel, los vi en el suelo,
Pidiendo á tu rigor misericordia.
GOMEL.
No los maté porque los vi rendidos,
Llorando todos tres como mujeres;
Pero quité una banda á cada uno,
Que son las tres que atadas tengo al brazo:
La azul á Fatimán, á Alboyn la verde,
La amarilla á Jafer, aquel morillo
Que blasonaba mucho é hizo poco.
ARDANO.
Has hecho como noble y caballero:

La victoria con sangre no es victoria,
Y del contrario los despojos bastan.

ZELORA.

¡Ah, mi señor Gomel!

LIZARA.

¡Ah, caballero!

ARDANO.

Alza los ojos al balcón, y mira
Que te llaman las damas, cuando menos.

GOMEL.

Por el señor y caballero, Ardano,
Desconocí mi sér, que entre sus labios
No ha un hora que era de villano y monstruo.

ZELORA.

¿Querécisme dar alguna desas bandas?

LIZARA.

Pues tres tenéis, dad una á cada una,
Y quedaráseos otra por memoria
De aquesta hazaña de tan fuerte pecho.

GOMEL.

No es hazaña vencer tres medios hombres
El que desquijarar leones suele,
Matar los colmilludos jabalíes
Y por los cuernos los armados toros.
De buena gana os diera las tres bandas;
Pero por ser las tres la primer cosa
Que con la espada adquiero, perdonadme;
Que aquestas tres, azul, verde, amarilla,
Ocuparán un cuadro de mis armas
Junto á las medias lunas de mi padre.

ZELORA.

Yo sé que si las dos allá bajamos
Que no las negaréis.

GOMEL.

Si os veo tan cerca,
No es posible que aquéstas os negase,
Porque aun el alma no estará segura.

LIZARA.

¿Qué dices de su raro entendimiento?

ZELORA.

Baja, que voy perdida.

LIZARA.

Y yo rendida.

ZELORA.

¡Gomel es mi señor!

LIZARA.

¡Gomel mi vida!

Bájanse las moras.

GOMEL.

¿Cómo quieres esto, Ardano?
¿Qué juzgas del morisquillo?

ARDANO.

Una sierra y un cuchillo
Poned al tiempo en la mano.
Por la prudencia la una,
Figurada en tiempo estaba,
Y la otra declaraba
Tu discreción y fortuna.
Y aunque les pareces loco,
Insano y de pocos años,
El tiempo y tus desengaños
Se lo dirán poco á poco.

GOMEL.

Presto verás á Gomel
Con un glorioso trofeo.

ARDANO.

¡Por Dios, que le lisonjeo
De miedo que tengo dél!

GOMEL.

El crédito del Alcaide
Sospecho que me bastara,
Y si el ser vivo dañara,
El de mi abuelo Albenzayde.
Pero son tan maliciosos
Estos moros de Granada,
Que hasta ver blanca la espada
Quieren estar recelosos.
Pues blanca la vieron ya,
Y si no la ven sangrienta,
Harto lo está de la afrenta
Que pasaron poco ha.
Ni mi padre ni mi abuelo
Quiero ya que me acrediten,
Sino aquéstos, que compiten
Con los Hércules del cielo.
Que mucho mejor que Atlante
Su máquina sostendré.

ARDANO.

Las damas vienen.

GOMEL.

Á fe,
Tierno estoy como un diamante.

Entran Zelora y Lizara, moras.

ZELORA.

No te cause admiración
El vernos desta manera.

GOMEL.

Mucho mayor me la diera
El veros en el balcón.
Que en tan alto, había pensado
Que érades cosa del cielo;
Pero viéndoos en el suelo,
Ya me habéis desengañado.

LIZARA.

Como el oro entre la mina
Y el diamante por labrar;
Como el coral en el mar
Y en concha la perla fina;
Así como el tosco traje
Desta montaña ó desierto,
Tienes, Gomel, encubierto
El valor de tu linaje.
Ya te habemos conocido
No más de por lo que has hecho;
Que del oro de tu pecho
Artífices hemos sido.
Y de tal suerte creímos
Lo que reluce y parece,
Que ya por quién te merece
En competencia venimos.

ZELORA.

Escoge, fuerte Gomel,
De las dos la que te agrada,
Que ésa de hoy más es llamada
Dichosa, firme y fiel.
Ésa labrará la toca
Que á tu bonete revuelvas
Cuando de la guerra vuelvas
Á Granada, en verte loca.
Ésa la manga curiosa
Que saques para las cañas,
Cansado de las hazañas
De la guerra peligrosa.
Ésa la banda polida
Y el almaizal con que dances,
Cuando de la mano lances
La lanza, en sangre teñida.
Daráte el mote ingenioso
Para el campo de la adarga
Breve cifra, apenas larga,
Para el penacho vistoso.
Saldrá luego al mirador
Cuando tu caballo pase,
Y cuando otros, entraráse,
Preciándose de tu amor.
Por eso escoge, Gomel,
La prenda que más te agrade.

GOMEL.

Cada cual me persüade
Que á ninguna sea cruel;
Que tales os hizo Dios,
Que siéndoos agradecidas,
Hago dos almas y vidas
Para ofrecer á las dos.
Ni sé cuál he de querer,
Ni sé cuál he de dejar,
Y siendo forzoso amar,
Á las dos había de ser:
Escojo, en fin, á las dos,
Entre otras muchas que vi.

ZELORA.

¿Á entrambas?

GOMEL.

Digo que sí,
Por no ofenderos á vos.

ZELORA.

Luego ¿yo había de ser
La que habías de dejar,
Á no ser forzoso amar
Por forzoso agradecer?

GOMEL.

No digo tal, es engaño.

ZELORA.

Mira que amor nunca ha sido
Amor siendo aborrecido,
Que á eso llaman desengaño:
Una sola has de querer.

GOMEL.

Esa es ley de su rigor;
Pero soy nuevo en amor,
Y no sé cuál ha de ser.
Á nadie quiero agraviar;
De las dos solo soy suyo.

ZELORA.

Más vale un agravio tuyo
Que el favor de otro lugar:
Escoge la que te agrada;
Que aunque soy de otro querida,
Si no soy favorecida
Me preciaré de agraviada.

GOMEL.

Si aquesto ha de ser forzoso,
Algún corte se ha de dar,
Porque yo no he de agraviar
Lo que es igualmente hermoso;
Y el corte, señoras, sea
Que escribiré en seis renglones
De mi amor las condiciones,
Porque cada cual las vea.
Y la que, siendo leídas,
Con ellas quiera quererme,
Desde aquí quiero ofrecerme,
Y en sacrificio mil vidas.
Seré suyo hasta la muerte
Sin género de mudanza.

LIZARA.

Pues ya tengo confianza
Que has de quererme y quererte.

ZELORA.

Pues yo, de desconfiada
Mereceré ser querida,
Porque siempre es preferida
La humildad enamorada.

GOMEL.

Digo, señoras, que aquella
Que, vistas las condiciones
De mis nuevas aficiones,
Se persuadiere á tenella,
Será desta vida dueño,
Y de lo poco que valgo,
Y la fe de moro hidalgo
Por esta verdad empeño.

ZELORA.

Por más ásperas que sean,
Las abraza, en fin, mi amor.

LIZARA.

Gloria se llama el rigor
De los que aman y desean.

GOMEL.

Del todo anochece ya,
Y la blanca luna asoma:
Id, señoras, con Mahoma.

ZELORA.

Y quede contigo Alá.

Vanse las moras, y queden Gomel y Ardano.

ARDANO.

¿Qué condiciones son éstas
Que les piensas escribir?

GOMEL.

Fáciles son de cumplir

Á voluntades dispuestas.
Esta noche las verás,
Porque mañana las lleves.

ARDANO.

Si á despreciallas te atreves,
Hecho de hielos estás.

Entran el Rey, Reduán y criados.

REDUÁN.

Cansado estarás, sin duda,
De aguardarme todo hoy.

GOMEL.

Cansado de verme estoy
Como persona desnuda;
Que de aguardar no me canso.

REDUÁN

Besa las manos al Rey.

GOMEL.

Eso es justo y justa ley.

BAUDELES.

Tus brazos son mi descanso.
¿Quién te ha dado aquesa espada?

GOMEL.

Ardano me la ha traído;
Que en la casa que ha vivido
Ha estado siempre colgada.

REDUÁN.

Bien te la puedes quitar,
Que ese estilo es muy villano;
Que el Rey, de su misma mano,
La suya te quiere dar.

GOMEL.

Más villana es esta espada
De lo que has imaginado,
Aunque en estar á mi lado
Ya puede llamarse honrada.
Mas pues la del Rey me honra,
Toma, Ardano, y llevarásla.

ARDANO.

¿Guardaréla?

GOMEL.

Guardarásla;
Que importa mucho á mi honra.

BAUDELES.

Traéme aquí una marlota
Y un bizarro capellar.

REDUÁN.

Comiénzate á desnudar
Esa abarca pobre y rota.

BAUDELES.

Trae borceguí también.

GOMEL.

Yo le traigo bueno y recio
De Córdoba, que me precio
De calzarme justo y bien;
Que bien supe alguna vez,
Aunque no en juego y combate,
Sacar dorado acicate
Y guarnecido jaez.

REDUÁN.

Es buen hombre de á caballo.

GOMEL.

Esta es abarca de monte.

BAUDELES.

Ponte aquesta ropa, ponte.

GOMEL.

Aun no acabáis de quitalle.

BAUDELES.

Este rico capellar
Te puedes poner también.

GOMEL.

Ya parezco hombre de bien.

REDUÁN.

El traje sabes honrar.

BAUDELES.

Cíñete agora mi espada;
Que hijo de padre tal,
La misma espada Real
Quiero que se llame honrada.

Desenvaina en ciñéndosela, y dice con ella en la mano.

Yo juro por el padre que me hizo,
Famoso entre cristianos y paganos
Cuya opinión al mundo satisfizo
Con los nombrados hechos de sus manos;
Y por la misma mano que deshizo
Mi dura enemistad con los cristianos,
Y por lo de Guzmán que tengo della,
De no la hacer cobarde ni perdella.
Y por la flor de nácar que está encima
De tu corona, é imperial granada,
Y por los hechos á quien diste cima,
Ciñendo acaso aquesta misma espada,
Y por los bellos ojos de mi Alcima,
Bella entre sierras, como nieve helada,
Y por lo que deseo estar con ella,
De no la hacer cobarde ni perdella.

BAUDELES.

Así lo entiendo yo, y así lo creo,
Que en ser hijo de tan ilustre padre,
Has de ser un azote de cristianos,
Y un Cid de moros, campeador famoso.
¡Hola, pajes, llamá quien le acompañe!
Vayan hachas con él hasta su casa,
Que Reduán se ha de quedar conmigo.

GOMEL.

Beso, señor, tus pies.

BAUDELES.

Ten por muy cierto
Que siempre te he de dar aquestos brazos.

REDUÁN.

Aquí están ya las hachas.

GOMEL.

Pues camina.

BAUDELES.

Vamos, Alcaide, á mi retrete.

REDUÁN.

Vamos.

Quédanse allí cuatro moros del Rey, Trijardo, Arfilo, Jafer y Benalme.

TRIJARDO.

¿Á quién no admira, caballeros fuertes,
Ejemplo y flor de granadinos moros,
Esto que el Rey con un bastardo ha hecho?
¿Puede sufrirse que le dé su espada
Á un villano que ayer mandaba un roble,
Y que sus brazos ponga sobre un hombre
Hecho á llevar los haces de la leña
Que del monte de Alhama desgajaba?
¿Paréceos justo de sufrir aquesto?

ARFILO.

Mudanzas son, al fin, de la fortuna,
Levanta humildes, y ensalzados baja;
Privanzas son de Reduán el bravo.

TRIJARDO.

No se murmure, Arfilo, del Alcaide;
Que los ojos del Rey son los privados,
Y se los quebrará á quien los ofenda;
Hablad del hijo, indigno desta honra
En que agora le ha puesto la fortuna.

JAFER.

Decid, señores, lo que más importa;
Paréceme que á Benalme preguntes
Lo que se deba hacer en este caso.

BENALME.

Sólo me holgara, que pues es de noche,
Y tan obscura como veis la hace,
Probáramos la burla solamente
Al bravo que del Rey ciñó la espada,
No más de para ver cómo la rige.

TRIJARDO.

Esta calle que sale del Alhambra
Ha de seguir por fuerza, y ¡por mi vida!
Que le hemos de probar, si gustáis dello;
Y paso, que estas son las mismas hachas,
En los pajes del Rey lo he conocido.

ARFILO.

Rebócese, señores, todo el mundo:
Paso, que llega.

GOMEL.

¿No queréis volveros?
Volveos ¡por mi vida! que no importa;
Que ya yo sé las calles de Granada.

PAJES.

No podemos dejar de acompañarte,
Que así el Alcaide nos lo manda.

TODOS.

¡Mueran!

PAJES.

¡Ay, santo Alá! ¡Justicia, que nos matan!

Echan las hachas.

GOMEL.

Volved, necios; que yo soy quien los mato.

BENALME.

Paso, fuerte Gomel, nosotros somos;
Paso, paso, detente; ¿no conoces?
Somos Arfilo, Jafer y Benalme.

GOMEL.

Y yo Gomel.

JAFER.

¿No nos conoces?

GOMEL.

No conozco á ninguno.

ARFILO.

¡Por Mahoma,
Que tiene talle de acabar el mundo!

GOMEL.

No ha de quedar ninguno, ¡por Mahoma!

JORNADA SEGUNDA

PERSONAS

Lizara. } *Moras.*
Zelora. }
Ardano, *paje.*
Gomel, *Príncipe.*
Redúan, *Alcaide.*
Baudeles, *Rey.*
Alzira, *Reina.*
Jafer.
Benalme.
Arfilo, *moro.*
Un paje del Rey.

Salen Zelora y Lizara.

ZELORA.

¡Qué gallardo ha paseado,
Lizara, el fuerte Gomel!

LIZARA.

Mil ojos se van tras él;
Y á fe, que no se han quedado
Los que tú pusiste en él;
Que mostrabas tanto gusto
De verle vestido al justo
Sobre el bizarro alazán,
Que has dado más de á un galán
Celos, temor y disgusto.

ZELORA.

Los tuyos se quedarían;
Que ¡por Alá! que espantaban
Los moros que te miraban,
Lo que sus lenguas decían
Mientras la calle pasaban.
Y pues no está averiguado
De cuál está aficionado,
Y á cuál de las dos se inclina,
Tu confianza imagina
Mientras pienso mi cuidado;
Que en balde confiada estás
De que Gomel tuyo es.

LIZARA.

Es tan grande el interés,
Que ahora lo siento más
Que lo he de sentir después.
Porque de suerte ha salido
Este moro aborrecido,
Galán, y de fuerte espada,
Que ya es la flor de Granada,
Como su padre lo ha sido.
Finalmente, mi deseo
Tan esclavo es de su talle,
Que bien puede no agradalle
Lo que á mi desdicha creo,
Pero no dejar de amalle.

ZELORA.

Desa opinión es la mía,
Y así, espero aqueste día
La tormenta y la bonanza;
Que aunque pierda la esperanza,
No he de perder la porfía.
No sé si de su valor
Ó de aquesta competencia
Ha nacido la violencia
Deste mi abrasado amor,
Que venció á mi resistencia;
Pero sé que ya es en vano
Con ningún remedio humano
Quererme honrar esta vez.

LIZARA.

Ya viene nuestro jüez.

ZELORA.

¿Quién dices?

LIZARA.

Su paje Ardano.

Entra Ardano.

ZELORA.

Seas bien venido.

ARDANO.

Creo
Que no soy mal esperado,
Lo uno, porque he tardado,
Lo otro, porque el deseo
Da pena y pone cuidado.
Gomel mi señor envía
Este papel.

ZELORA.

Sólo un día
Que este deseo tenía,
Mil años me han parecido.

LIZARA.

Tú hablas de parte mía,
Porque tengo el corazón
De desdén y de temores
Con más penas y dolores,
Que si fuera mi afición
De dos mil años de amores.
En resolución, me abraso
Por Gomel.

ZELORA.

Y yo por él
Mil muertes, Ardano, paso.

LIZARA.

Yo he de morir por Gomel.

ZELORA.

Yo vivir.

ARDANO.

¡Extraño caso!

LIZARA.

Que me aborrezca ó me quiera,
Nadie me puede quitar
Que en mi alma pueda estar.

ZELORA.

Pues yo, que viva ó que muera,
No le he de dejar de amar.
Lee ese billete, Ardano;
Que ya glorioso y ufano
Siento el corazón.

LIZARA.

Amor,
Templa conmigo el rigor
De tu poder inhumano.

Lee Ardano el papel.

«Constituciones de amor
Compuestas al albedrío
De cierto amante muy frío
Que nunca tuvo calor:
La que á mí me ha de querer,
Primeramente no pida
Que la tenga fe en mi vida,
Porque no la he de tener.
Item, no la he de escribir
Sino cuando yo quisiere,
Ni tengo de ir donde fuere
Si acaso no acierto á ir.
Si me mandare rondar
De noche, digo que no,
Porque á un tiempo el sol y yo
Nos hemos de ir á acostar.
Si otro alguno anda por ella,
Ni tengo de acuchillalle,
Ni pienso entrar en la calle
Mientras anduviere en ella.
Yo no tengo de reñir
Por mi dama ajenos duelos,
Porque no me ha de dar celos
Ni me los ha de pedir.
Que he de hablar y gozar
De todas cuantas quisiere,
Y cuando en esto me viere,
Ha de sufrir y callar.
De nadie me diga bien,
Porque no lo he de sufrir,
Y téngole de decir
Bien de cuanto quiera bien.
Cuando, en efecto, concluya
El bien que entre amantes pasa,
Ha de venir á mi casa,
Que yo no he de ir á la suya.
Tengo de decir á todos
Que mi alma la aborrece,
Y ella, que no me merece
Y me adora de mil modos.
Siempre me ha de andar rogando,
Y enfadado yo con ella,
Y cuando me ría della,
Desmayárseme llorando.
Ha de tener gran cuidado
De hacerme camisas buenas,
Darme bandas y cadenas
Y algún dinero prestado.
Pedirme más de favor
Es pecho de amor hidalgo,
Porque en pidiéndome algo
Es acabado el amor.
En fin, que no siendo dar,
Ni hablar, ni bien querer,
Lo demás he de hacer;
Que hasta allí puedo llegar.»

LIZARA.

No leas más.

ZELORA.

Antes pudiera,
Lizara, haberlo dejado.

LIZARA.

Yo te doy á Gomel dado.

ZELORA.

Cuando yo á Gomel quisiera.

LIZARA.

Bien se pueden estampar
Aquestas Constituciones.

ZELORA.

Si él da en Granada lecciones,
Mal lo habemos de pagar.

LIZARA.

Bien parece que es villano.

ZELORA.

Si él enseña aquesta ciencia,

Bien puede prestar paciencia
Este mísero cristiano.

LIZARA.

¿Desa manera se escribe
Á las damas de palacio?

ARDANO.

Váyanse en esto despacio,
Que un libre con otro vive;
Que poca ofensa les hace
En decir su condición.

ZELORA.

Tienes, Ardano, razón,
De nuestra locura nace.
En resolución, me abraso,
Ardano amigo, por él:
Yo he de morir por Gomel,
Por Gomel mil muertes paso.

LIZARA.

¿Burlas?

ARDANO.

Que viva ó que muera,
Á Gomel tengo de amar.....

LIZARA.

El paje ha dado en fisgar.

ARDANO.

Que me aborrezca ó me quiera.

LIZARA.

Mucha razón has tenido
De reirte de mí y désta;
Pero espera la respuesta,
Ardano, si eres servido;
Que en un punto escribiremos.

ARDANO.

Eso haré con mucho gusto.

ZELORA.

Ó nos pagará el disgusto,
Ó quien somos no seremos.

LIZARA.

Aguárdate un poco aquí.

Vanse.

ARDANO.

Id, señoras, que aquí aguardo:
Él es un cuento gallardo
Cuanto en mi vida le vi.
Corridas van del suceso,
Pero no de la cuestión;
Perdió Gomel la ocasión,
Pero no ha perdido el seso.
Si su libertad estima,
Téngala siempre ganada;
Que la mujer despreciada,
Á gran venganza se anima.
Pero yo sé que procura
Otra esperanza mejor.

Entran Reduán y Gomel.

REDUÁN.

No llames, hijo, valor
Aquesto, sino locura;
Que no es bien que un hombre se arme
Sino en forzosa ocasión.

GOMEL.

Yo sé que tuve razón,
Fuese ó no fuese probarme.
¡Gentil cosa que si hoy ciño
Por mano del Rey la espada,
Venga una cuadrilla armada
Á probarme como niño!
Sintiéranme cobardía
Esta vez, que es la primera;
Que á fe, que no me la diera
Tu sangre ni valentía.
Que en la primera cuestión
Está el ser cobarde un hombre,
Ó saliendo con buen nombre
Quedar con buena opinión.

REDUÁN.

Gomel, yo lo creo así,
Y eso mismo te aconsejo;
Que soy mozo cuando viejo,
Porque mozo y viejo fuí.
Pero ya que aquella gente
Se descubrió ser amiga,
¿Qué es la razón que te obliga
Seguir temerariamente?

GOMEL.

Sólo el haberme probado
Pudo ofender mi paciencia,
Y ponerme en contingencia
Que fuese ó no fuese honrado.
¿No lo dudarán de mí,
Que me vienen á probar?
Luego bien será mostrar
Lo que he heredado de ti.

REDUÁN.

Por el Rey sólo me pesa
Que á Benalme hayas herido.

GOMEL.

Si en las espaldas ha sido,
Gentll pesadumbre es ésa.
Á no huir, no le diera,
Viendo su espada delante;
Mas ¿cuál fuera el ignorante
Que pudiendo no le diera?
Él tiene en esto la culpa,
Pues que no se defendió.

REDUÁN.

¿Quieres que le diga yo
Al Rey aquesa disculpa?

GOMEL.

Pues qué, ¿parécete mala?

REDUÁN.

Hora bien, esfuerza el pecho;
Que el Rey dice que es bien hecho,
Y con el mejor te iguala.

GOMEL.

Es Rey, en fin.

REDUÁN.

Y ha ordenado

Que esta noche en el Alhambra
Se haga una fiesta y zambra
En que has de entrar embozado.
Porque quiere hacelle fiesta
Á cierta dama Zegrí,
Que Dios sabe lo que á mí
De malas noches me cuesta.
Y quiero que le des celos,
Porque viendo tu valor,
Todos te tienen amor,
Y te ponen en los cielos.
Quiero la dama nombralla.

GOMEL.

¿Cómo se llama?

REDUÁN.

Zelora.

GOMEL.

Pues ¡por Alá! que no ha un hora
Que acabo de despreciallа.
Ardano.....

ARDANO.

Señor.....

GOMEL.

¿No es ésta
La dama á quien escribí?

ARDANO.

La respuesta aguardo aquí.

REDUÁN.

¿De ayer venido, respuesta?

GOMEL.

No hay dama, de ayer llegado,
Que para su amante ó prenda
No me busque y me pretenda.

REDUÁN.

¿Á Zelora has despreciado?

GOMEL.

Á Zelora desprecié.

REDUÁN.

Pues ¡por Alá! que ha dos años
Que tengo mil desengaños
En crédito de su fe.
Hijo, por todo Mahoma,
Que ni la hables ni la veas.

GOMEL.

De mi alma, padre, creas
Que es tronco que no se doma;
Y que he de escribir de suerte,
Y con tan libre desprecio,
Que me ha de tener por necio
Y procurarme la muerte.

REDUÁN.

En esto sólo consiste
El tener vida ó perdella.

GOMEL.

Yo juro de no querella,
Por el valor que me diste.

Entra un paje.

PAJE.

Para ti, Gomel famoso,
Dos papeles traigo aquí.

GOMEL.

Los dos dicen para mí.

REDUÁN.

Confieso que eres dichoso.

Lee el papel.

«Al hijo de Reduán.....»

GOMEL.

Zegrí.

REDUÁN.

Así se llama.

PAJE.

El uno me dió una dama,
El otro me dió un galán.

GOMEL.

¿Galán á mí? ¿De qué modo?

REDUÁN.

No sólo dichoso eres
En enamorar mujeres,
Pero los hombres y todo.

GOMEL.

Ése me importa que guarde.

REDUÁN.

¡Por Alá, que has de leelle!

GOMEL.

Soltad.

REDUÁN.

Deja.

GOMEL.

He de rompelle.

REDUÁN.

Eso no, así Dios te guarde.

GOMEL.

Pues dejadle.

REDUÁN.

Sí haré;
Dime lo que es.

GOMEL.

No es posible.

REDUÁN.

¡Brava condición!

ARDANO.

¡Terrible!

GOMEL.

Padre, después lo diré.

REDUÁN.

¿No es mejor decillo agora,
Si es cosa en que puede un viejo
Darte su ayuda y consejo?

GOMEL.

Leamos el de Zelora.

REDUÁN.

Vaya esotro, ¡por tu vida!

GOMEL.

Padre, no me enfadéis más.

REDUÁN.

¿Conmigo enojado estás?

GOMEL.

Lee, Ardano; nadie lo impida.

Lee Ardano el papel.

«Al hijo de Reduán,
Al de la Sierra Nevada,
Al caballero pastor
De las montañas de Alhama,
Zelora Albenzayde, en nombre
De las damas del Alhambra,
Destierra perpetuamente
De su tierra y de su gracia.
Y por grosero galán,
Desde hoy le privan las damas
De todas conversaciones,
Balcones, rejas, ventanas.
Que no éntre en la mezquita,
Ni junto á los coches vaya,
Ni se ponga en el bonete
Pluma ó señal de esperanza.
Que no pase la carrera,
Ni menos en Bibarrambla
Salga al encierro de toros,
Ni con cuadrilla de cañas.
Que no traiga empresa ó cifra,
Ni mote por el adarga,
Ni pueda en escaramuza
Platear la fuerte lanza.
Que eternamente no pida
Empresa, toca ni manga,
Ni dé música de noche,
Ni ronde, ni ciña espada.
Que ande solo, como aquel
Que no se siente del alma,
Negando tributo á amor,
Que cuantos le tienen pagan.
Y damos nuestra licencia
Á todas las moras bajas,
Que puedan llamarle suyo,
Pues en lealtad las iguala.
Dada en la fuente del Jaspe,
Al cuadro de las retamas,
Presidiendo Arlaja, y siendo
Zelora su secretaria.»

GOMEL.

¡Válame Alá soberano,
Y qué curioso papel!

REDUÁN.

Y tanto que adoro en él
Por escribille tal mano.

PAJE.

Si le estimáis, veisle ahí.

REDUÁN.

Hasme hecho un gran placer.

GOMEL.

Yo tengo un poco que hacer;
Mi señor, quedaos aquí.

REDUÁN.

¿Dónde te hallaré?

GOMEL.

Ya digo
Que al momento volveré.

REDUÁN.

¿Es pesadumbre?

GOMEL.

No sé.

REDUÁN.

¿Quieres que vaya contigo?

GOMEL.

Por padre os sufro mil cosas;
Que á otro nada le sufriera.

REDUÁN.

Gomel.....

GOMEL.

¿Qué queréis?

REDUÁN.

Espera.

Vase Gomel, diciendo:

¡Qué de palabras ociosas!

REDUÁN.

¡Por Alá, que sale el Rey,
Y que seguille no puedo!
Síguele tú.

ARDANO.

Tengo miedo;
Que es hombre sin Dios ni ley.

REDUÁN.

Anda, necio, no te espante.

ARDANO.

Tiene muy pesado el brazo:
¿Quieres que me dé un porrazo
Que en un mes no me levante?

Entra el Rey.

BAUDELES.

Entraos vosotros allá;
Que á Reduán quiero solo.

REDUÁN.

Hasta donde llega Apolo
Te haga señor Alá.
Y al mismo ruego que veas
Criado aqueste rapaz,
Cuerdo y galante en la paz,
Y valiente en las peleas.

BAUDELES.

¿Qué te parece si muestra
El heredado valor?

REDUÁN.

Digo que ha de ser, señor,
Este Infante gloria vuestra.

BAUDELES.

Mal lo han pasado los moros
Que se han burlado con él.

REDUÁN.

Es como un león Gomel,
Enseñado á vencer toros.

BAUDELES.

Huélgome que salga así;
Travieso y fuerte le quiero.

REDUÁN.

Y tan galán caballero,
Que ya te desprecia á ti.

BAUDELES.
¿De qué suerte?
REDUÁN.
Que las damas
Todas se abrasan por él.
BAUDELES.
Y ¿quiere alguna Gomel?
REDUÁN.
¡Pues no!
BAUDELES.
¿Cuál?
REDUÁN.
La que tú amas.
BAUDELES.
¿La que amo busca?
REDUÁN.
Sí;
Pero yo sé que Zelora.....
BAUDELES.
¿Cómo?
REDUÁN.
Le quiere y le adora.
BAUDELES.
¿También te burlas de mí?
Pero ¿sabes qué he pensado,
Ya que hablamos de mi bien?
Que deseo que le den
Hoy en la zambra un recado,
En el cual digo que quiero
Hacer á sus rejas fiesta
Mientras la Reina se acuesta.
REDUÁN.
¡Bueno estás!
BAUDELES.
Por ella muero.
REDUÁN.
Pero guarda que la Reina
Lo sepa.
BAUDELES.
No lo sabrá
Más del alma en quien no está,
Que sólo en mi reino reina.
REDUÁN.
¿Quién has de llevar contigo?
BAUDELES.
Solo he de ir.
REDUÁN.
Luego ¿sin mí?
BAUDELES.
Digo solo, porque á ti
Te hago solo conmigo.
REDUÁN.
Beso tus pies dos mil veces;
Que en llevarme allá, señor,
Me haces un gran favor.
BAUDELES.
Más que esto, Alcaide, mereces;
Que es razón á toda ley,
Pues habrá tanto galán,
Llevar un buen Reduán
Donde no respetan Rey.
Ven conmigo, y trazaremos
El traje que he de llevar.
REDUÁN.
Basta mudar capellar
Y que un jaco nos echemos.
BAUDELES.
Iré como tú ordenares,
Y quiero vestirme al justo

Vase el Rey.

REDUÁN.
Irás á gozar tu gusto,
Y yo á llorar mis pesares;
Que tanto puede estorbar
Un infinito poder,
Que no sólo no he de hacer,
Pero apenas he de hablar.

Vase.

Entran Jafer, Alboyn y Fatimán.

JAFER.
Esta deshonra, aquesta mancha eterna,
Esta afrenta, que es bien que así se llame,
Esta vergüenza, agora fresca y tierna,
Deste nuestro suceso vil é infame,
No sólo al que la espada bien gobierna
Incita que su sangre se derrame
Dese moro cristiano Gomelejo,
Pero aun al más caduco y débil viejo.
Y no sólo á los viejos, mas aquellas
Á quienes la amistad y paz es dada,
Que con la rueca á veces muchas dellas
Han hecho más que hombres con la espada.
No quiero á las presentes ofendellas,
Que el mismo deshonor tiene manchada
No sólo la que ciño, pero alguna
Que no faltó cuando faltó más de una.
Mi espada, invictos moros granadinos,
Tiene, y las bandas vuestras también tiene,
Con que hace arrogantes desatinos,
Y á enamorar en el terrero viene;
No perdidas acaso en los caminos,
Sino con tanta infamia, que conviene
Cobrallas, y cortalle aquella lengua
Que habló con arrogancia en nuestra mengua.
Un papel á palacio le he enviado,
Diciendo que le aguardo en este puesto,
Adonde vengo solo y desarmado;
Que según es furioso, vendrá presto.
Mi intento no es vencerle en estacado,
Aunque era el más honrado presupuesto;
Que no he de aventurar ligeramente
Mis prendas y el honor de tanta gente.
Matarle quiero, que es lo más seguro,
Que mientras vive, nuestra honra muere;
Su muerte sola y vuestro bien procuro,
Que entre los tres ningún remedio espere.
Pásele el que pudiere el pecho duro,
Haciendo cada cual lo que pudiere,

Y quede entre su sangre sepultada
Aquella infamia, con razón vengada.

FATIMÁN.

De toda suerte es buena la victoria,
Jafer amigo, con industria ó fuerza,
Mayormente, de infamia tan notoria,
Que á ser villano al más hidalgo esfuerza.
Acábese la loca vanagloria,
Y la corriente la fortuna tuerza;
Que no es bien que por serle á él cobarde,
De tan hidalgos pechos haga alarde.
Que un pastor que era ayer guarda de cabras,
Hecho á regir un álamo grosero,
No ha de afrentar en obras y palabras
La sangre de un honrado caballero.

ALBOYN.

Antes ¡oh tierra! las entrañas abras,
Y me confunda en el ardor primero
Del fiero abismo, que sufrir consienta
Tal linaje de infamia, tal afrenta.
Muera el villano Gomelejo al punto,
Y la hinchazón de la soberbia sangre
Cualquiera espada déstas, porque junto
Con la furia el espíritu desangre;
Que ¡por Alá! que en viéndole difunto
He de beber de su maldita sangre,
Aunque sospecho que muriese luego,
Porque es especie de veneno y fuego.
Si á ti te tiene espada, á mí una prenda
En que consiste vida, gusto y honra,
Y pesaráme que Granada entienda
Que un bastardillo infame nos deshonra.
Que á su enemigo con ventaja emprenda
El que de hidalgo se corona y honra,
Parece caso infame, y es engaño;
Que el enemigo vivo es mayor daño.

JAFER.

Haceos, caballeros, á esta parte;
Que me parece que he sentido gente.

FATIMÁN.

Ninguno de los tres de aquí se aparte,
Sino muramos todos juntamente;
Veamos este fanfarrón de Marte,
Que si la espada agora no me miente,
El suelo á palmos la rodilla mide,
Vuelve las bandas y perdón me pide.

Entra Gomel.

GOMEL.

Sospecho que habré tardado,
Pero á buen tiempo he venido;
Y es que por no ser seguido,
Mil calles he rodeado.
Que mi padre Reduán,
Como propia sangre mía,
Sospechó lo que sería
El papel de aquel galán.
Pero ¿cómo ha sido aquesto?
Traición me habéis ordenado;
Uno me ha desafiado,
Y hallo tres en el puesto.
¡Oh, caballeros villanos!
Mas ¿qué he de hacer? Ea, pues,
Yo soy muy torpe de pies,
Menester habré las manos.
Quiero llegar á hablar,
No parezca cobardía.

FATIMÁN.

¿Si quiere huir?

ALBOYN.

Mal podría;
Que yo le sabré alcanzar.

JAFER.

Temiendo está, ¡por Alá!

GOMEL.

¿Cuál de vosotros me envió
Aqueste billete?

JAFER.

Yo.

GOMEL.

¿Tú fuiste?

JAFER.

Sí.

GOMEL.

Bien está.

JAFER.

Y lo que te digo en él,
Pienso hacer aquí verdad.

GOMEL.

¡Extraña seguridad!
¡Por Alá, que eres cruel!

JAFER.

No soy más que lo que ves.

GOMEL.

En fin, qué, ¿me matarás?

JAFER.

Sí haré.

GOMEL.

¿Tú solo no más,
Ó en conversación los tres?

FATIMÁN.

Para quien no lo merece,
No hay término que se guarde.

GOMEL.

¡Por Alá, que es bravo alarde!
¡Bravo escuadrón me parece!
Pensé, luego que llegué
Y os vi juntos, enojarme,
Viendo por uno llamarme,
Y que después tres hallé.
Y al punto que conocí
Lo que os estoy obligado,
Estoy menos enojado
Que antes que llegase aquí.
No confesaré que á otros
Debo más bien que me hacéis;
Que, en efecto, me tenéis,
Por más hombre que vosotros.
Y mirá cuán llano es
El haberme honrado así;
Que en venir tres contra mí,

Valgo más que todos tres.
  Á fe, que no estaba loco
Quien ese consejo os dió;
Que para hombre como yo,
Uno y dos era muy poco.
  Y aun fué corto pensamiento
Hacer de tres escuadrón,
Porque si honrados no son,
Lo mismo fuera de ciento.
  Como ya el ánimo vil
Os conozco, y sé lo que es,
Eso me da que seais tres,
Que si fuésedes tres mil.
  ¿Qué hombre yo para miedo
De tres morillos villanos?
Que todas vuestras tres manos
Cortaré con sólo un dedo.
  Y aun á ser las manos más
Que dedos tenéis en ellas,
Las que no cortare dellas
Os las pienso atar atrás.
  Tres bandas os he quitado,
Y si os tornais á rendir,
Con otras tres tengo de ir,
Que son seis, de nuevo honrado.
  Volved á desafiarme
Otra vez, y serán nueve,
Y como aquéstas os lleve,
Podréis volver á matarme.
  Esta mano y esta espada,
Tantas mil os quitarán,
Que no se halle tafetán
En las tiendas de Granada.

FATIMÁN.

¡Ea, fanfarrón soldado,
Tu muerte está entre nosotros!

GOMEL.

¡Cuánto diérades vosotros
Por no haber esto intentado!
  Mas que si os dejo, ¿que os vais?
¿Que se os hace angosto el campo?
Porque sé que cuando estampo
La planta en tierra, tembláis.
  Pero no os veréis en eso;
Que si aguardáis y no huís,
De los tres, como venís,
Se contará un buen suceso.
  Del uno pienso llevar
Las orejas.

JAFER.

¿Las orejas?

GOMEL.

Porque de un revés, parejas
Con la cara, han de volar;
  Del otro, la barba, y luego,
Del que queda, las narices.

ALBOYN.

Mira ¡perro! lo que dices.

GOMEL.

¿Perro á Gomel? ¡Oh, reniego!

Meten mano.

JAFER.

¡Muera!

FATIMÁN.

¡Muera!

GOMEL.

Espera un poco,
Veréis quién ha de morir.

JAFER.

¡Por Mahoma, que he de huir!

FATIMÁN.

No hay quien aguarde este loco.

ALBOYN.

¡Válate el diablo por hombre!

FATIMÁN.

Huye, Jafer.

JAFER.

Tras ti voy.

GOMEL.

Agora sabréis quién soy,
Y que Gomel es mi nombre:
  ¡Oh canalla! Aquesta es
La venganza que el Rey toma.

FATIMÁN.

Huye, Alboyn.

GOMEL.

¡Por Mahoma,
Que se me van por los pies!

Entrase.

Salen el Rey, la Reina, Reduán y damas; **Zelora** y Lizara, á las ventanas.

BAUDELES.

Por daros contento he hecho
Aquesta zambra esta tarde.

ALZIRA.

Por el vuestro lo sospecho.

REDUÁN.

De celos se abrasa y arde.

BAUDELES.

El amor le viene estrecho;
  Ninguna cosa le agrada.

REDUÁN.

Antes el gusto le enfada;
Que es, en efecto, celosa.

BAUDELES.

¿No viene la Reina hermosa?

REDUÁN.

Estálo mucho enojada.

ZELORA.

Asentaos, señor, aquí;
Mejor vuestra libertad
Ha sido siempre de mí.

BAUDELES.

¿Ya no hemos hecho amistad?
¿Por qué me tratáis así?

ALZIRA.

Son amistades fingidas.

BAUDELES.

Pues con un alma en dos vidas,
¿Sin ella puede vivir?

ALZIRA.
¿Cómo se pueden decir
Verdades tan mal sentidas?
REDUÁN.
Como soy tan desdichado,
No sólo de ti merezco,
Zelora, ser despreciado;
Pero por el Rey me ofrezco
Á darte un largo recado.
ALZIRA.
La razón que tengo es mucha,
Y más justo mi rigor,
Que tus engaños escucha;
Porque entre celos y amor,
Mi alma batalla y lucha.
Yo os he visto un poco tierno.
BAUDELES.
Si con otra alma que vos,
Diosa mía, me gobierno,
Abráseme ¡plegue á Dios!
Todo el fuego del infierno.
ZELORA.
¿El Rey dices que me quiere
Hablar esta noche?
REDUÁN.
Paso,
No lo sienta, no se altere
Quien hace del viento caso
Y de celos del sol muere.
Digo que te quiere hablar;
Por eso procura estar
Esta noche en el balcón.
ZELORA.
Háceme el Rey sin razón,
Pero puédelo mandar.
REDUÁN.
Sabe Dios, bella Zelora,
De qué manera mi pecho
Los agravios del Rey llora;
Que al fin agravio le ha hecho
Á Reduán, que te adora.
Pero ¿qué se puede hacer?
Porque, en fin, ha de vencer
Ó por fuerza ó por razón.
ZELORA.
No se fuerza la afición
Por interés ni poder.
REDUÁN.
Habrásle de amar forzada.
ZELORA.
Por mi fe, que no sé á quién
El amor forzoso agrada.
REDUÁN.
Bástale al que quiere bien
Gozar de la cosa amada.
BAUDELES.
Lizara será testigo,
Reina, del amor que os tengo.
LIZARA.
Tratádolo ha el Rey conmigo.

Entra Jafer huyendo.

JAFER.
¡Por Alá, cansado vengo,
Lleno de infamia y castigo!
Los Reyes están aquí.

Entra Fatimán.

FATIMÁN.
¡Que hasta aquí vino tras mí!
¿Hay toro como este perro?
¡Que en el Alhambra me encierro!
Yo soy hombre, y mujer fuí.
¡Bravo caso, por Alá!

Entra Alboyn.

ALBOYN.
¡Que con vida llego acá!
¿Estoy en seguro ya?
Aún lo veo y no lo creo,
Porque aunque aquí me veo,
Entiendo que estoy allá.
JAFER.
¿Hiriós á vos?
FATIMÁN.
Á mí no.
ALBOYN.
Ni á mí tampoco me hirió.
JAFER.
¡Válame Alá! ¿Cómo ha sido?
FATIMÁN.
Por haber muy bien corrido,
Y que á ninguno alcanzó.
JAFER.
No nos sienta alborotados;
Poneos bien los capellares
Y mostraos más sosegados.
FATIMÁN.
¿Cuentan de los Doce Pares
Sucesos tan señalados?
ALBOYN.
Que no me digan de Muza,
De adarga, lanza y jineta
En la diestra escaramuza,
Cuando aquí este moro aprieta
Y las dos espadas cruza;
Que es vana imaginación
Decir que hay suelto león
Que se compare con él.
JAFER.
No puede hacer con Gomel,
Reduán comparación.

Entra Gomel.

GOMEL.
Quien á tales campos va
Como á caza, lleve galgos:
Pues ¿qué hay, señores hidalgos?
Todos estamos acá.

Al sacar la mano para ponerse el capellar, se espantan todos.

Ea, que no se me guarden;
Por mi fe, que no hay de qué.

JAFER.

¿Quiéresnos dejar?

GOMEL.

Sí haré,
Para que otra vez me aguarden:
Son muy gentiles paganos.

FATIMÁN.

Eso nos dirás después.

GOMEL.

¡Por Dios, que tengo á sus pies
Más lástima que á sus manos!
Larguillas tienen las faldas;
Por ellas les conocí,
Porque siempre yo les vi
Las plantas y las espaldas.
¿Por qué me enseñan los pies?
Que no sé herrar los caballos,
Que mejor sabré curallos.

FATIMÁN.

Eso nos dirás después.

GOMEL.

A fe, que á no estar mujeres
En el lugar donde estamos.....

JAFER.

Ya tu valor confesamos.
¿Qué nos buscas? ¿Qué nos quieres?

GOMEL.

¡Que no valieran los pies
Como las manos os valen,
Aunque en el huir se igualen!

FATIMÁN.

Eso nos dirás después.

GOMEL.

¡Vive Alá!

JAFER.

¡Ay!

BAUDELES.

¿Qué rüido
Es ése?

GOMEL.

Apreté la mano
Aquí á Jafer. ¡Ah, villano!
¿Deso poco te has sentido?

REDUÁN.

Gomel, desvíate acá.

GOMEL.

Aquí, señor, estoy bien,
Que hay conversación también,
Y luego iremos allá.

JAFER.

Nosotros te alejaremos.

GOMEL.

No, no, que allá tengo de ir.

En pasándose á un lado del tablado, se vaya Gomel tras ellos.

ALBOYN.

¿Qué gustas de perseguir
Los que agravio no te hacemos?
¡Vive Alá, que es fuerte cosa!

FATIMÁN.

Pásate acá, déjale.

GOMEL.

No importa, que allá me iré.

JAFER.

¿Hay historia más graciosa?
Pues ándaste tras nosotros,
¿Esto se puede sufrir?

GOMEL.

Porque allá me habéis de huir,
Me estoy acá con vosotros.

REDUÁN.

¡Ah! Gomel, ¿quieres dejallo?
No lo entienda el Rey también.
¿Piensas que parece bien?

GOMEL.

A fe, que habéis de pagallo.

Entran Benalme y Arfilo.

BENALME.

De mala gana he venido
Por no ver aquel galán.

JAFER.

Grandes favores le harán
Sin haberlos merecido;
Que son todas las mujeres
Amigas de novedades.

BENALME.

Si he de decir verdades,
Volveréme.

JAFER.

No te alteres;
Que parecerá muy mal.

BENALME.

Aún no tengo el brazo sano,
Y háceme gran daño.

JAFER.

En vano,
Benalme, imaginas tal;
Que aunque es verdad que la herida,
Viendo el contrario, revienta
Fresca sangre, no contenta
De la injuria recibida,
Aquí has de considerar
Que es mucho mejor que veas
La persona que deseas,
Para poderte vengar.

BENALME.

Eso ha hecho que sustente
La vida con el agravio.

JAFER.

Véngate tú como sabio;
Que tiempo aguarda el prudente.

ZELORA.

¡Ah, Jafer!

JAFER.

¡Señora mía!

ZELORA.

Oye una palabra.

JAFER.
Y mil.
GOMEL.
¡Por Dios, que es treta sutil!
¿Celos á mí todavía?
Ya es tarde para engañarme.
REDUÁN.
Dichoso el que tal merece.
GOMEL.
Yo apostaré que le ofrece
Por lo menos el matarme.
¡Qué arrogante que estará
Ofreciendo montes de oro!
JAFER.
¡Bueno es esto, á fe de moro!
¿Qué furia me trajo acá?
¿No es bueno que me ha pedido
Zelora, necia y cruel,
Que pida ó quite á Gomel
El listón que trae ceñido?
Sin duda, debe de dalle,
Si es de alguna dama, celos;
Pero ¿quién tan loco ¡cielos!
Ha de llegar á quitalle?
¿Hay hombre tan desdichado?
¡Que aquesto me pida á mí!
FATIMÁN.
¿Hablaste á Zelora?
JAFER.
Sí.
FATIMÁN.
Celos tu favor me ha dado.
JAFER.
A mí, mal de corazón.
FATIMÁN.
Pues ¿estás enfermo dél?
JAFER.
Pide que quite á Gomel
No menos que aquel listón.
FATIMÁN.
¿El listón? ¡Por Alá santo,
Que un ejército de hombres
De los más famosos nombres
No bastan á emprender tanto!
Ya no te envidio el favor.
JAFER.
Yo le renunciaré en ti.
GOMEL.
Éstos murmuran de mí:
¡Rabiando estoy de furor!
FATIMÁN.
¿Sabes qué puedes hacer,
Y será consejo sabio,
Para deshacer tu agravio
Sin que te pueda ofender?
JAFER.
Dilo ¡por Dios! Fatimán;
Que estoy en gran confusión.
FATIMÁN.
Para librar tu opinión
En quien las muestras están,
Cualquier acometimiento
Que aquí hicieras, bastaría.
JAFER.
Y ¿de qué modo podría
Salir con mi atrevimiento?
FATIMÁN.
Porque el Rey, y cuantos ves,
Se meterán de por medio.
JAFER.
No ha sido el peor remedio,
El mejor de todos es.
FATIMÁN.
Lo uno, á toda Granada
Darás gran satisfacción,
Que tienes mala opinión
De tu mano y de tu espada;
Lo otro, verá Zelora
Que hiciste lo que pidió.
JAFER.
Bien creo que podré yo
Salir con mi intento ahora;
Pero después, ¿no es forzoso
Que éste se vengue?
FATIMÁN.
Es engaño
Creer que ha de hacerte daño
Preso, ausente ó temeroso;
Que el Rey hará diligencia
Para que su furia cese.
JAFER.
Muy buen pensamiento es ése;
Y tú le harás resistencia.
FATIMÁN.
Eso, á su cargo lo toma
La amistad que te profeso.
JAFER.
Pues alto: por buen suceso
Queda rogando á Mahoma;
Que yo acometo.
FATIMÁN.
Él te guíe.
JAFER.
¡Ah, Gomel, Gomel!
GOMEL.
¿Qué quieres?
JAFER.
Desvíate y no te alteres.
GOMEL.
Bastará que me desvíe:
¿Cuándo me has visto alterar
De tus fieros y blasones?
JAFER.
Dejémonos de razones;
Esa cinta me has de dar.
GOMEL.
Lo que pide el enemigo,
Jamás se ha de conceder;
Pidiótela una mujer,
Que de vista soy testigo;
Y si ella te quiere mal,
En esto lo verás bien,

Que quiere que te la den
Con este agudo puñal.

JAFER.

¡Ah, perro!..... ¡Afuera....., desvía!

BAUDELES.

¿Qué es aquesto, Reduán?

JAFER.

Bien saben los que aquí están,
Gomel, tu descortesía.

GOMEL.

Á lo menos, tu locura.

REDUÁN.

¡Por Alá, que de una suerte
Merecen los dos la muerte
Por tan gran descompostura!

BAUDELES.

¡Prendedlos!

REDUÁN.

¡Date á prisión!

GOMEL.

¡Haceos afuera, padre!

REDUÁN.

¡Oh vil, de cristiana madre,
Loco, rapaz, fanfarrón!
¿Sabes que el Rey está aquí?

GOMEL.

Con el enojo no hay ley.

REDUÁN.

¡Rinde aquesta espada al Rey!

GOMEL.

Si el Rey me la pide á mí.

REDUÁN.

Y ¿á mí no?

GOMEL.

¡Padre, teneos!

REDUÁN.

¡Mataréte, por Alá!

GOMEL.

¡Padre, deteneos allá!

REDUÁN.

¡Oh, traidor!

GOMEL.

¡Reduán, volveos!

REDUÁN.

¿Á mí no me das la espada?

GOMEL.

Como padre, bien pudiera,
Mas venís de otra manera,
Y traéis la vuestra alzada.

REDUÁN.

Por el Rey, bien podéis dalla;
Que yo vengo en su lugar.

GOMEL.

El Rey me la pudo dar,
Pero no puede quitalla.

REDUÁN.

¿No te parece que soy,
Sin ser padre, quien podré
Quitártela?

GOMEL.

No lo sé
Mientras enojado estoy;
Y probad á no valeros
Por lo que de padre os dan;
Veamos si el ser Reduán
Puede mellar sus aceros.

REDUÁN.

¡Aguarda, pues!

GOMEL.

Acá abajo,
Que no en las salas del Rey.

REDUÁN.

¡Aguarda, perro sin ley!

GOMEL.

No tomeis, padre, trabajo.

BAUDELES.

Seguidle todos, no haga
Con su hijo una locura.

REDUÁN.

No es bien que tal travesura
Te agrade ni satisfaga.

ALZIRA.

Sin tu presencia, señor,
No hayas miedo que le aplaque
En espacio que le saque
De su sentido el furor.
Vé ¡por Alá! á remediallo,
No le mate, que es cruel.

BAUDELES.

En esto ha dado Gomel:
¡Hola! Ensíllenme un caballo.

Vase el Rey.

ALZIRA.

¿Cuál de entrambas ha entendido
Sobre qué fué la ocasión?

LIZARA.

Celos entiendo que son,
Que de Zelora ha tenido.

ZELORA.

Un poco tengo que hablarte:
Éntrate, Lizara, allá.

ALZIRA.

Haz que nadie no éntre acá
Hasta que vuelva á avisarte.

LIZARA.

Haré, señora, tu gusto.

ALZIRA.

¿Qué es, Zelora, lo que quieres?

ZELORA.

Que remedies, si pudieres,
La ocasión de tu disgusto.

ALZIRA.

¿Cómo así?

ZELORA.

Porque yo soy,
Reina, aquella que el Rey ama,
Y que ya el vivir desama
Por la pena que le doy;
Haz de mí lo que quisieres,
Ó me destierra ó me mata.

ALZIRA.
¿Que esto es lo que el Rey trata?
¿De qué lloras? No te alteres.
ZELORA.
¿No quieres que llore en ver
Que sin culpa te ofendí?
ALZIRA.
Antes conozco de ti
Que eres principal mujer;
Y en esto estás engañada,
Pues es cosa conocida
Que estoy del Rey ofendida
Y de ti desengañada.
Calla, no te aflijas tanto;
Que este servicio y lealtad
Han hecho en su voluntad
Tanto gusto, amor y espanto;
Y así, haré que te aventaje
Más de lo que tú deseas,
Y que por lo menos seas
Cabeza de tu linaje.
Con toda solicitud
La virtud su premio alcanza,
Porque es la mejor privanza
La que alcanza la virtud.
Pero ¿cómo has sabido
Del Rey la nueva afición?
ZELORA.
En esta misma ocasión
Reduán me ha persuadido;
Digo persuadido, hablado.
ALZIRA.
Y ¿qué te ha dicho del Rey?
ZELORA.
Que á fuerza de toda ley
Solicita tu cuidado.
ALZIRA.
Y ¿qué es lo que te aconseja?
ZELORA.
Lo contrario, como aquel
Que me adora.
ALZIRA.
¿Y tú á él?
ZELORA.
Que muy en vano se queja.
Finalmente, me pidió
Que entre las dos y las tres,
Cuando tu acostada estés,
Le salga á hablar.
ALZIRA.
Eso no;
Pero sí, mejor será;
Que yo quiero estar contigo,
Para ver de mi enemigo
Los requiebros que dirá.
ZELORA.
¿Y si allá te echa de ver?
ALZIRA.
¿Cómo, si estoy disfrazada?
Y dejándome acostada.....

Entran el Rey y Reduán.

REDUÁN.
Castigo habrá menester
Si no le pones la mano;
Sin duda que va perdido.
BAUDELES.
Tú también culpa has tenido,
Que le has perseguido en vano.
ALZIRA.
Pues, señor, ¿fuése Gomel?
BAUDELES.
El prendelle fué imposible.
REDUÁN.
¡Por Mahoma, que es terrible!
Pensé matarme con él;
No me tiene más respeto
Que si no fuera su padre.
ALZIRA.
Aunque esto á sus años cuadre,
Crialde, Alcaide, más quieto.
REDUÁN.
Yo haré, señora, de modo
Que le escueza mi castigo.
ALZIRA.
No por aqueso lo digo;
Que es bueno sepa de todo.
REDUÁN.
¿No es esto amor paternal?
Pero ¡por Alá, señora!
¿Qué me valió ser agora
Su padre?
ALZIRA.
¿Hay caso tal?
REDUÁN.
Porque tira cuchilladas
Tan aprisa, y de tal suerte,
Que su acero es de la muerte,
Y cera nuestras espadas.
Cuantos salieron de aquí,
Y otros mil que van tras él,
Dan voces: «¡Guarda, Gomel!»
Y él corriendo aquí y allí.
Parece que se ha soltado
De la leonera un león.
BAUDELES.
Pensé estorbar la cuestión,
Y así me vuelvo espantado.
Por ahora no se hable
De fiesta ni regocijo.
ALZIRA.
Digo que tenéis un hijo
Invencible y admirable.
Del alboroto, no estoy
Tan buena como solía.
BAUDELES.
Pues ¿qué tenéis, vida mía?
¡Desdichado en todo soy!
ALZIRA.
No más de la alteración;
Y gustara de acostarme:

Ven, Zelora, á desnudarme.

BAUDELES.

Mal haya, amén, la cuestión.
¡Por Alá, que á no ser cosa
Que á Reduán le tocara,
Que muy caro le costara!

ALZIRA.

Que dellos no estoy quejosa.

BAUDELES.

Pues ¿de quién?

ALZIRA.

De vos no más,
Porque fingís sentimiento.

BAUDELES.

¡Mi vida, si no lo siento,
Que yo no sienta jamás!

ALZIRA.

Vamos, que no importa nada;
Que luego me alegraré.

Vase la Reina.

BAUDELES.

Mientras no lo estáis, tendré
Toda el alma lastimada.
Reduán, bravo suceso,
Ella se acuesta temprano;
De verla enferma, estoy sano.

REDUÁN.

Habla paso.

BAUDELES.

Estoy sin seso.
Y ¡qué de tiempo tendremos
Para hablar al alma mía!
Hasta que nos vea el día,
Hablar y gozar podremos.

REDUÁN.

Las armas á punto están;
Por llevarlas no se pierde.

BAUDELES.

Denme la marlota verde;
Que quiero salir galán.

JORNADA TERCERA

Sale Gomel.

GOMEL.

¡Brava reprensión me ha dado
De las locuras que he hecho!
Cerca de enojarme he estado,
Porque no cabe en mi pecho
Sufrir á quien me ha engendrado.
Aunque ver al Rey loarme,
Abrazarme y perdonarme,
Ha hecho que al padre mío
No le haga un desafío
Para matalle ó matarme.
¡Gentil cosa que un villano
Cincuenta veces vencido,
Me diga soberbio y vano:
«Esa cinta me ha pedido»
Y que yo no ponga mano!
Mucho me quiere enfrenar
Este padre, y porfiar
Á hacer mi espada cobarde;
Pues guárdese ó no se guarde,
Que alguna vez le he de dar.
Cuanto más, que yo no sé
Si es mi padre, ni mi madre
Me ha dicho bien cómo fué;
Y mientras es ó no es padre,
Alguna vez le daré.
Del Rey me siento obligado
Por haberme perdonado.
Gente suena por aquí;
Si á buscarme viene á mí,
Á muy buen tiempo ha llegado.

Van el Rey y Reduán, vestidos de noche.

REDUÁN.

¿No digo yo que no es puesto
Éste para estar sin gente?

BAUDELES.

¿Es hombre?

REDUÁN.

Y á punto puesto.

BAUDELES.

Y en postura de valiente;
Pero dejarála presto.

REDUÁN.

¿Tenéis algo que hacer?

GOMEL.

¿Cómo os he de responder
Á tan grande necedad?

BAUDELES.

No es mala la libertad;
Hidalgo debe de ser.

GOMEL.

Cuando que hacer no tuviera,
¿Paréceos que me estuviera
Serenando por aquí?

REDUÁN.

¿Dientes tiene?

GOMEL.

¡Pesia mi,
Que sin ellos no comiera!

REDUÁN.

Y ¿cuándo os iréis?

GOMEL.

De día.

REDUÁN.

Pues ¿qué tenéis que hablar?

GOMEL.

No es tanta la dicha mía:
No hago más que adorar
En aquella celosía.

REDUÁN.

Pues desa suerte, bien es
Que os vais y volváis después.

GOMEL.

¡Vive Alá, que todo el mundo,
Ni las furias del profundo,
No muevan de aquí mis pies!

BAUDELES.

¿Si es algún desesperado?

REDUÁN.

¡Di quién eres! Es mejor:
Matalle no es acertado.

GOMEL.

Ni os lo aconsejo, señor;
Que me precio de hombre honrado.

BAUDELES.

Teneos al Alcaide.

GOMEL.

¡Fuera!

BAUDELES.

¡Ah, Reduán!

GOMEL.

No pudiera
Ser otro sino mi padre:
¿Por qué á pesar de mi madre,
Me sigue desa manera?

REDUÁN.

¡Por Mahoma, que es Gomel!

BAUDELES.

Pues no te enojes con él;
Déjame llegar á hablalle.
Á tal hora, y en la calle,
¿Qué hacías aquí?

GOMEL.

¿Quién es él?

BAUDELES.

El Rey soy.

GOMEL.

¡Oh, mi señor!
Dame esos pies.

BAUDELES.

¡Por Alá,
Que eres de España valor,
Y que ya Granada está
Temblando de tu furor!
Débesme tanta afición,
Que con ser esta ocasión
Para mí de gran defecto,
Te me descubro en efecto.

GOMEL.

Conozco mi obligación.

BAUDELES.

Quiérote con gran extremo.

GOMEL.

Yo por ti pondré la vida
Contra el mundo, que no temo.

BAUDELES.

Yo la tengo bien perdida
Por un celo en que me quemo:
Mira que fío de ti
Lo que nunca osé de mí.

GOMEL.

¿Vienes á hablalla?

BAUDELES.

Á eso vengo;
Buena lengua y armas tengo.

GOMEL.

Vé, que yo te aguardo aquí.

BAUDELES.

Habla á tu padre.

GOMEL.

Hábleme él.

BAUDELES.

Aguárdame con Gomel,
Reduán, en esa esquina,
Mientras Zelora se inclina
Al balcón de aquel verjel.

REDUÁN.

Vení acá, bravo; humillaos.

BAUDELES.

Esperadme y apartaos.

REDUÁN.

Vení acá, el que hacéis hazañas
Con hombres por las campañas,
Con damas por los saraos:
Vení acá, seamos amigos.

GOMEL.

Como de quién soy no tengo,
Reduán, tantos testigos,
Mil veces á pensar vengo
Que fuésemos enemigos (1).
Porque sabed que se enfada
Mi cólera con mi espada
De que, por padre, seáis
El que sólo no tembláis
De sus filos en Granada.

REDUÁN.

Calla, que eres loco; escucha.

Salen la Reina y Zelora á la ventana.

ALZIRA.

Que el Rey me sienta, recelo (2).

BAUDELES.

Porque ya su luz es mucha,
Y va menguando en mi cielo.

ZELORA.

¿Es el Rey?

BAUDELES.

Yo soy, mi bien.

ZELORA.

Si estáis solo, yo también.

BAUDELES.

Solo vengo.

ZELORA.

Y yo lo estoy.

BAUDELES.

¿Qué os dijo el Alcaide hoy?

ZELORA.

Que os he parecido bien.

BAUDELES.

Es eso tanta verdad,
Que no habrá comparación
Que iguale á mi voluntad.

---

(1) Así en la edición de Valencia, 1605. En la de Milán, 1619, dice:

Que no somos enemigos.

La primera lección hace mejor sentido.

(2) En la edición de Valencia:

Que no me sienta recelo.

ZELORA.
Pues ¿qué es vuestra pretensión?
BAUDELES.
Gozar de vuestra beldad.
ZELORA.
Cuando yo no me fiara
De vuestro mucho valor,
Que sé que no me engañara,
Conociera vuestro amor
En una furia tan clara.
Y aunque debo obedeceros,
Quiero desde luego haceros
Vuestro deseo imposible.
BAUDELES.
Yo sé que lo hará posible
La gran fuerza del quereros.
ZELORA.
Yo sé que vos miraréis
Lo que al Alcaide, mi padre,
Y á mis hermanos debéis,
Y que distes (1) á mi madre
Del bien que hacerme podéis.
Yo espero salir honrada,
Casada y bien empleada
De vuestra casa Real,
Y no con infamia tal
Desterrada de Granada.
Que en lo demás, sabe Dios
Lo que yo os quisiera á vos
Como igualaros pudiera,
Y este amor honesto fuera
Para casarnos los dos.
BAUDELES.
Muchos días ha, Zelora,
Que yo aborrezco á la Reina;
Que aunque lo descubro agora,
Aquesa belleza reina
En el alma que te adora.
Con mis ojos la escogí,
Como agora hago de ti,
Que no es de mejor linaje;
Que de mi abuelo fué paje
Tu padre, el alcaide Alí.
De suerte, que bien podré
Repudialla, y lo haré
Para casarme contigo.
ALZIRA.
Dile á todo que sí.
ZELORA.
Digo
Que estoy cierta de tu fe.
Pero tú no consideras
Que, dejando á tu mujer,
Me dejarás cuando quieras
Alguna dama querer.
BAUDELES.
No más; en vano te alteras;
Porque es mujer melindrosa,
Celosa de cualquier cosa,
Y ya me tiene enfadado
Con su melindre y enfado.
ZELORA.
También seré yo enfadosa:
¿La Reina tienes en menos
Que á mí?
BAUDELES.
¿Por qué no, si eres
Hija de padres tan buenos?
ALZIRA.
¡Ay, desdichadas mujeres!
¡Ah hombres, de engaños llenos!
BAUDELES.
¿No sabes tú que yo puedo
Dejar y tomar mujer?
ZELORA.
Deso mismo tengo miedo,
Porque en su desgracia quedo
Cuando quede en tu poder.
BAUDELES.
¿En desgracia? ¿De qué suerte?
ZELORA.
Que procurará mi muerte
Viendo que su daño soy.
BAUDELES.
¿Muerte? Palabra te doy
De matarla.
ZELORA.
¿Cómo?
BAUDELES.
Advierte.
Ella está enferma.
ZELORA.
Es verdad.
BAUDELES.
Y agora queda en la cama,
Y aunque poca enfermedad,
Luego á su médico llama,
Pues aquéste.....
ALZIRA.
¿Hay tal maldad?
BAUDELES.
Tendré yo hablado de suerte,
Que diga que está á la muerte,
Y que una cierta bebida
Será su remedio y vida,
Y que dársela concierte;
Y verás cómo ejecuta
Su muerte y nuestro deseo
Una dracma de cicuta.
ZELORA.
Ya me parece que veo
Cómo Granada se enluta.
Pero mira que has de darme,
De que nunca has de dejarme,
Esa palabra Real.
BAUDELES.
El día que hiciere tal,
Venga un extraño á heredarme.
Déjame subir arriba,
Que te haré pleito homenaje

(1) En la edición de Valencia *debéis*.

Si en eso mi gloria estriba,
Que seas mientras yo viva
Cabeza de tu linaje;
Y que antes de dos días,
La Reina que tú porfías
Que después te ha de dar guerra,
Cubra su frente la tierra.

ZELORA.

Pues sube.

ALZIRA.

Mucho te fías.

ZELORA.

Calla, que no importa.

ALZIRA.

Aguarda;
Que yo haré que esté contigo.
Aunque el temor me acobarda
Y pensará que es conmigo,
Será una empresa gallarda.

ZELORA.

Pues éntrate en mi aposento.

ALZIRA.

Á tu propia cama voy.

REDUÁN.

¿Cómo vienes?

BAUDELES.

Muy contento;
No he sido rey hasta hoy
Que reina mi pensamiento.

REDUÁN.

¿Qué te ha dicho?

BAUDELES.

Á abrirme ha ido.

GOMEL.

No poco dichoso has sido;
Pero merécelo el Rey.

BAUDELES.

El amor no tiene ley.

REDUÁN.

¡Por Alá; que soy perdido!

BAUDELES.

Demos vuelta hacia el terrero;
Que he de entrar por el verjel.

REDUÁN.

Triste, ¿qué remedio espero?

BAUDELES.

Á la puerta, tú y Gomel
Me aguardaréis.

REDUÁN.

¡Rabio, muero!
Una cólera me toma,
Que es muy poco que me coma
Las piedras.

GOMEL.

¿No vamos?

REDUÁN.

Vete:
Qué, ¿aún he de ser alcahuete?
¡Oh, reniego de Mahoma!

Vanse.

Salen Arfilo, Jafer, Benalme y Fatimán.

ARFILO.

Ya no es envidia, mas vergüenza grande
La que me obliga á desear su muerte,
Viendo que á tal locura se desmande;
Que más por dicha que por brazo fuerte
Se escapa de peligros semejantes,
Y el Rey se los celebra de tal suerte.
Venga la industria, porque sean bastantes
Sus brazos fieros á este monstruo fiero,
Tigre cruel, enano de gigantes;
Que ya no hay en Granada caballero
Que no se ofrezca con su hacienda y vida,
Y entre su sangre quiera ver su acero.

JAFER.

El lobo astuto, al pie de la guarida,
Armado el lazo, queda preso y muerto,
Y la tigre cruel, del cuello asida.
Así, llegando á efecto algún concierto
Que entre los cuatro nos parezca sano,
Lo quedará si puedo este Roberto;
Que lo que dicen del cruel romano
Agora se ve en este granadino,
Morisco vil, genízaro cristiano.

BENALME.

Desde el Poniente al postrer polo austrino
No creo que hay tan bárbaros salvajes,
Ni en esta tierra extraño peregrino.
No se sepa, Jafer, de los linajes
Que fueron casi reyes desta tierra,
Llamados los famosos Bencerrajes.
Á éstos hizo siempre dura guerra
Una envidia mortal, que de los hombres
La blanda paz y la amistad destierra.
Después de haber ganado mil renombres
En guerra y paz, y haber subido al cielo
Su patria cara y sus hidalgos nombres,
Un cierto moro, falso y de mal celo,
Le dijo al Rey que el más galán andaba
Con la Reina, llamado Moraycelo.
Fué de suerte su industria, que no acaba
Hoy de llorar Granada su tragedia,
Pues con su sangre sus peñascos lava.
Y si esta misma industria nos remedia,
Yo fío que Gomel no quede vivo,
Ó de toda su casa, parte ó media.

ARFILO.

Á decillo á Baudeles me apercibo,
Que este villano con la Reina trata (1).

BENALME.

Será sagaz y peregrino hecho,
Y digno dese ingenio, y que del todo
Fatimán asegura nuestro pecho;
Y como tú lo hagas dese modo,
Todos seremos, cual verás, testigos.

---

(1) Seguramente faltan versos: por lo menos el último verso de este terceto, y otro terceto que debía seguirle.

ARFILO.
Veréis cómo lo trazo y acomodo.
FATIMÁN.
Parientes somos y fieles amigos,
El lazo más estrecho á amigos tales,
Cuanto á Gomel le somos enemigos;
Si con la industria que pretendes sales,
Jamás nuestra amistad será deshecha.
ARFILO.
Todos sois caballeros principales,
Y de ninguna parte habrá sospecha
Que descubra el secreto que tratamos
Con tantos brazos de amistad deshecha.

Salen la Reina y Zelora.

ZELORA.
¿Que, en fin, gozó de ti sin conocerte?
ALZIRA.
Á todo dió lugar la noche obscura,
Por el amor, que ciega de tal suerte,
Que no ha caído el triste en su locura.
Matarme prometió con falso intento
Por medio del doctor que á mí me cura;
Pero saldrále en vano el pensamiento,
Que yo se la daré sin que hoy me pase.
ZELORA.
¡Calla, por Dios! ¡Qué extraño atrevimiento!
ALZIRA.
Yo buscaré una espada que traspase
Su duro corazón, que de otra suerte,
Hace el dolor que el corazón se abrase.
ZELORA.
Pues ¿cómo es eso? ¿Tú dalle has la muerte?
ALZIRA.
Buscaré un moro, á quien daré mi vida:
¿Cuál te parece más gallardo y fuerte?
ZELORA.
¿Determinada estás?
ALZIRA.
Y aborrecida.
Hoy de aqueste tirano he de vengarme,
Aunque á la muerte quede yo ofrecida.
Ya pasó la ocasión de aconsejarme;
Ten lástima de mí, querida amiga.
ZELORA.
Cánsate, Reina, ya, de lastimarme.
¡Muera el tirano, muera, pues te obliga
Á que le mates!
ALZIRA.
¿Quién dará la espada?
ZELORA.
No sé qué moro más leal te diga,
Ni sé cómo te puedas en Granada
Fiar de hombre más robusto y fiero,
De fuerte brazo y condición airada,
Como deste Gomel, de quien espero
Que como le prometas la corona,
El reino abrasará, como otro Nero.
ALZIRA.
Dices muy bien; que no hay aquí persona
De más valor, ni que me dé esperanza,
Si el premio de reinar le galardona,
Como su espada, brazo, pecho y lanza.
ZELORA.
Helo do viene el fuerte granadino.

Entra Gomel.

GOMEL.
No hay en el ancho mundo ya cristiano
Con más razón de tu corona dino.
¡Oh flacas flechas del amor tirano,
Que ha respetado el mundo y teme el cielo!
¿Cómo salís tan flojas de mi mano?
Convirtióse mi pecho de agua en hielo,
Como cristal que al sol no se derrite,
Contra la gracia y perfección del suelo.
De ver al Rey contento, no hay quien quite
De la cabeza á aquel mi padre necio
Que la muerte procure y solicite.
Y yo hago de todas tal desprecio,
Que si..... ¡Bueno, por Dios! La Reina estaba
Oyendo de mi amor el poco precio.
ALZIRA.
Atenta tus blasones escuchaba.
Qué, ¿no sabes de amor?
GOMEL.
No soy tan fiero,
Aunque es verdad que en su desprecio hablaba.
ALZIRA.
Pues ¿cómo le maltratas?
GOMEL.
Porque quiero
Á una villana, pero tibiamente,
Y más agora, siendo caballero.
Yo sé que si sujeto conveniente
Hallase de mi gusto, yo amaría;
Y amando, fuese temerariamente.
ALZIRA.
¿Qué sujeto esperas que podría
Ser á tu gusto?
GOMEL.
El que tan alto fuese
Cuanto del suelo el cielo se desvía.
ALZIRA.
Si una reina te amase y te quisiese
¿Sería igual á tu merecimiento?
GOMEL.
Tal, que apenas el suyo mereciese.
ALZIRA.
¿Deseas con tan alto pensamiento,
Según eres bizarro y arrogante,
Verte reinar en el sublime asiento?
GOMEL.
De condición he sido semejante,
Que, aun siendo pastorcillo, entre otros tales,
Para que más mi natural te espante,
Haciendo de un bastón insignias reales,
Y de pellejos púrpura preciosa,
Caballero en humildes animales,
Me hacía rey, y la canalla ociosa,

Que en hombros me llevase algunas veces.

ALZIRA.

Y ¿por reinar harías cualquier cosa?

GOMEL.

Sospechosa, señora, me pareces.

ALZIRA.

Antes estoy hablando por tu gusto,
Si acaso al mío tu persona ofreces;
Que ese valor, Gomel, me viene al justo
Para emprender una famosa hazaña:
Dame los brazos, capitán robusto.

GOMEL.

Reina, jamás pasó de África á España
Moro de más valor, y aun yo sospecho
Que ni te burlas, ni tu fe te engaña.
No llores tiernamente, que has deshecho
Gran parte de tu justa confianza,
En no tener asegurado el pecho.
Nunca se ve del cielo la mudanza
Si en ocasión legítima se mira,
En que rigió cayado, hoy fuerte lanza.
Dime á la empresa y pretensión que aspiras,
. . . . . (1)
Dime, hermosa Reina, en qué consiste,
Y enjuga el bello rostro, hermoso y tierno.
Cuyo sol, con ese agua obscureciste;
Que si fuese bajar al hondo infierno,
Cosa que al vivo no se le permite,
A Radamonte quitaré el gobierno (2).
¿Qué vida quieres que del mundo quite?
¿Qué naves que navegue? ¿Qué montañas?
¿Qué pecho que enternezca ó solicite?
¿Qué fieras que te rinda más extrañas?
¿Qué la sierpe de Arcides? ¿Qué tesoro?
¿Qué desafío en plazas, en campañas?
¿Qué vellocino? ¿Qué manzanas de oro?
¿Qué dragón de Medea que te mate?

ALZIRA.

Otro su igual.

GOMEL.

¿Cuál es, Alzira?

ALZIRA.

Un moro.

GOMEL.

¡Moro! ¡Pesia Mahoma! Y ¿es combate,
Ó que caiga de súbito ese perro?

ALZIRA.

Oye, si quieres que verdad te trate.

GOMEL.

Y lo demás es conocido yerro.

ALZIRA.

El Rey ha conocido que te amo
Y que en el alma tu retrato encierro.

GOMEL.

Pues ¿ámasme tú á mí?

ALZIRA.

Sólo te llamo
Señor de aquesta vida.

GOMEL.

¡Bravo caso!

ALZIRA.

Sólo por adorarte me desamo.
Ha dado una sentencia rigurosa
Contra tu vida, luego que yo muera,
Que es una eterna cárcel temerosa.
Si tú quieres, Gomel, haz de manera
Que vivamos los dos, y que mi vida
Tenga el remedio que de ti se espera;
Que no es razón que sea mi homicida,
Por sólo que conozco lo que vales.

GOMEL.

¿Eso intenta? No más tu llanto impida;
Que Rey que ha dado dos sentencias tales
Hoy morirá con tan violenta muerte,
Que pise del infierno los umbrales.

ALZIRA.

Dame esos brazos y esa mano fuerte;
Que tuya soy, y tuya mi corona.

GOMEL.

¡Que el fiero Rey me trate de tal suerte!
¿Desta manera el perro galardona
Servicio de mi padre? Mas ¿qué pienso?
¡Si el cielo mis deseos perfecciona!
A rey aspiro con valor inmenso;
Rey he de ser, no sólo de Granada,
Mas de la tierra donde nace incienso.
¿Qué principio más noble que la espada
Puede tener un rey, casa ó linaje?
La guerra sola es en el mundo honrada.

ALZIRA.

Luego, mi bien, que de la cuadra baje,
Le atraviesa aquel pecho fementido.

GOMEL.

¡Por Mahoma, que rabio de coraje!

ALZIRA.

En viendo el pecho ya de muerte herido,
Di á voces ¡Viva Alzira! ¡Gomel viva!
Que un escuadrón te espera prevenido.
Luego haré que Granada te reciba
Por su rey y señor, no poco ufana,
Pues con este tirano fué cautiva.

GOMEL.

Déjame hacer; que no ha de haber mañana
Cosa con cosa en este reino todo:
Monte haré la ciudad, la sierra llana.
Soy de la parte de mi madre godo,
Y de mi padre, bárbaro africano,
Y á los pasos de Atila me acomodo.
Ha de regir el mundo aquesta mano,
Y entre cristiano y moro ver el mundo
Nuevas reliquias de Alejandro Magno,
Primero en años, y en valor segundo.

ALZIRA.

El Rey baja: adiós.

GOMEL.

Adiós.

ALZIRA.

Zelora, quédate ahí.

---

(1) Faltan versos.
(2) Probablemente Lope escribiria *Radamanto*.

Entran el Rey y Reduán.

BAUDELES.
Confío, Alcaide, de ti
Lo que pasamos los dos;
Y en efecto te declaro
Que la Reina ha de morir;
No te quiero persuadir.

GOMEL.
¿En qué piensas, qué reparo?

REDUÁN.
Aquí está sola Zelora.

BAUDELES.
¿Es posible tanto bien?
Esos brazos se le den
Al esclavo que te adora.
¿Cómo has estado, mi vida,
Desde ayer que te dejé?

ZELORA.
Mi pensamiento dejé
Y mi castidad perdida;
Que sé que no has de cumplir
La palabra que me has dado.

BAUDELES.
Hoy, como tengo jurado,
Mi mujer ha de morir.

GOMEL.
¡Por Alá, que está diciendo
Que ha de morir su mujer!

BAUDELES.
Y que reina te he de hacer
Del alma y reino muriendo;
Que es muy diferente ya
Tu gusto, Zelora hermosa,
Y el de la Reina enfadosa.

ZELORA.
Todo es uno, ¡por Alá!

BAUDELES.
Tan diferente es la gloria
Que contigo recibí,
Que en nombrar la Reina aquí
Aun me ofende la memoria.
Morirá sin falta alguna;
Que hoy he visto un agüero
Del bien que en gozarte espero
Y de su mala fortuna.

GOMEL.
Gran deseo de reinar
Me da voces en el pecho;
Matar al Rey no es bien hecho;
Mas no lo puedo excusar.
La primera piedra es
Del edificio que hago,
Sobre quien un grande estrago
Tengo de fundar después.
Ya lo ejecuto en efeto.
¡Muera el Rey!

BAUDELES.
¡Ay, ay de mí!

REDUÁN.
¡Gomel!

GOMEL.
¡Padre!

REDUÁN.
¿Qué haces, di?

GOMEL.
¡Por mi fe, que sois discreto!
Queríame el Rey matar
Y ganéle por la mano.

REDUÁN.
¡Oh traidor!

GOMEL.
Ya es, padre, en vano
El quererlo remediar.

Sientan al Rey en una silla.

REDUÁN.
¡Que era tu padre, y no yo!

BAUDELES.
Reduán, ¿quién me mató?

REDUÁN.
Gomel, tu hijo.

BAUDELES.
¡Ay de mí! (1).
Hijo, ¿qué causa te he dado
Para matarme?

GOMEL.
¿Qué es esto?
¿Yo hijo?

ZELORA.
Da voces presto.

GOMEL.
Espera, que estoy turbado.

REDUÁN.
¡Ah, Gomel, qué mal lo has hecho!

GOMEL.
¿No sois vos mi padre?

REDUÁN.
No;
Que el padre que te engendró,
Hoy le has traspasado el pecho.

ZELORA.
¿Hijo suyo? ¡Estoy helada!

GOMEL.
¿Hijo suyo? Decid cómo;
Que pondré en el suelo el pomo
Y me arrojaré en la espada.

REDUÁN.
Porque la Reina cruel
No te matase, celosa
De aquella cautiva hermosa,
No te lo he dicho, Gomel,
Ni lo sabe hombre nacido.

ZELORA.
¡Cerca de la muerte estoy!
Á avisar la Reina voy
Del negocio sucedido.

GOMEL.
¡Oh padre del alma mía,
Cuya sangre he derramado!

(1) Falta el primer verso á esta redondilla.

¿Por qué el cielo me ha dejado
De sus manos este día?
Si fuerza alguna tenéis,
Tomad esta propia daga,
Porque en parte satisfaga
La muerte que padecéis;
Tomad, traspasadme el pecho.

BAUDELES.

Faltaré para matarte,
Pero no para abrazarte
En el punto más estrecho;
Bien sé que te han engañado.

GOMEL.

Si agora me dais la muerte,
Sabré un tiempo de qué suerte
Vida y muerte me habéis dado.
La Reina cruel me dijo
Que queríades matarme.

BAUDELES.

Antes siempre pensé honrarme
Como de tan fuerte hijo.

GOMEL.

Y que era por ocasión
De que en Granada decían
Que nuestros gustos tenían
Una misma (1) pretensión;
Y que si yo te mataba,
Con ella me casaría,
Y de Granada tendría
La corona que esperaba;
Y que con pecho inhumano
Hoy me habías de dar muerte:
Incitado de tal suerte,
Puse en tu sangre la mano.

REDUÁN.

Sin duda, Rey, que ha sabido
De Zelora el mal suceso.

BAUDELES.

Bien se ha visto, y que por eso
Mi muerte habrá pretendido.
¡Oh hijo! ¿Quién te engañó?
Celos son, celos lo han hecho.

GOMEL.

Pues traspasa luego el pecho
Que, aunque inocente, pecó;
Y cuando de bravo y fuerte
Gané fama esclarecida,
Será mancha de mi vida
Haberte dado la muerte.
La espada que me ceñiste,
Esa misma te mató,
Ésa la muerte te dió,
Á quien tú la vida diste.
Si matar mi padre aquí
Dicen los moros de España
Que es la primera hazaña,
¿Que dirá el mundo de mí?
Pues cuando gané las glorias
Que de un hombre fuerte espera,
Será aquesta la primera
Que ha de infamar mis victorias.
Ya, ¿qué puedo hacer que cuadre
Á ganar fama, ó reinar,
El que se enseñó á matar
En la sangre de su padre?
Del primer hecho en la guerra
Hace el hidalgo varón
Sus armas y su blasón,
Honra su linaje y tierra.
¡Mirad qué primero hecho,
Armas y blasón mortal:
Un hijo con un puñal,
Que pasa á su padre el pecho!
Si aquí no me doy la muerte
Es porque quiero vengarte
De quien me obligó á matarte,
Y me engañó desta suerte.
Queda en paz.

BAUDELES.

Gomel, Gomel,
Dame primero un abrazo.

GOMEL.

¿Cómo ha de abrazarte el brazo
Que te dió muerte cruel?
Que no es posible que acierte
Á darte, padre y señor,
Un abrazo con amor
El que te le dió con muerte.

Vase.

BAUDELES.

Gomel, oye.

REDUÁN.

Ya se fué;
Temiendo su estrago quedo.

BAUDELES.

De mi gente tengo miedo
Si envuelto en sangre me ve;
Porque si el caso no sabe,
Sin duda le matarán.

REDUÁN.

Sólo deseando están
Que esta su arrogancia acabe.

Entran Jafer, Benalme, Arfilo y Fatimán.

FATIMÁN.

¡Muerto es el Rey! ¿Quién dicen que lo ha [muerto?

BENALME.

Por el palacio aquella voz se esparce;
No se suena otra cosa en el Alhambra;
Algunos dicen que Gomel lo ha hecho.

REDUÁN.

Aquí está nuestro Rey vivo y herido.

FATIMÁN.

¡Oh famoso Baudeles! ¿Qué es aquesto?

JAFER.

¿Quién te ha muerto, señor?

ARFILO.

¿Cuál enemigo
En tu sangre Real la mano ha puesto?

(1) En la edición de Valencia *una incierta*.

BAUDELIS.

Amigos, sosegaos.

BENALME.

Pues ¿cómo quieres
Que con tu muerte pueda haber sosiego?

BAUDELES.

La Reina, sospechando que quería
Hacer otro segundo casamiento
Y despreciar el suyo y sus dos hijos,
Llamó á Gomel, y con celosa rabia
Le dió á entender que yo quería matalle
Y que me diese muerte, y le daría
Su persona y el cetro deste imperio.
No sabiendo Gomel que era mi hijo
(Y al fin lo es, y no cual todos piensan
Que es Reduán su padre verdadero),
Por librarse del daño que temía,
Y, codicioso de reinar, me ha muerto.
El ha llorado ya su triste engaño,
Y es hijo á quien amé toda mi vida,
Y de valor, sin duda, para dalle
De aqueste reino, y aun del mundo, el cetro.
Yo os pido por la fuerza que en sí tienen
Las últimas palabras, que ninguno
Le niegue la corona y obediencia,
Porque descanse el alma, que ya parte.

FATIMÁN.

Murió, sin duda.

REDUÁN.

¡Ah, Rey! ¡Ah, señor mío!
No hay que llamar; llamó la dura muerte
Á las puertas del alma, que es la vida.

JAFER.

Llevémosle á su cuadra, si os parece,
Y dése cuenta á la nobleza toda
De lo que el Rey cuando murió nos dijo.

ARFILO.

¡Ay, desdichado Rey, qué fin tuvieron
Tus singulares hechos victoriosos!

Llévenle los cuatro moros, y queda solo Reduán.

REDUÁN.

Aunque me esfuerzo á sentimiento y pena,
Tal me tiene el amor de aquella ingrata,
Que apenas he podido entristecerme;
Antes siento en el alma una alegría
Que el antiguo dolor destierra della,
Fuera de que, reinando Gomel, quedo
Tan rey como él y tan señor de todo.
Grande alboroto suena.

Entran Lizara, Zelora, Fatimán y Alboyn, que se las lleva.

LIZARA.

En vuestras manos
Están agora, amigos, nuestras vidas.

FATIMÁN.

Como una vez salgamos de palacio,
No temáis á Gomel ni á todo el mundo.

ZELORA.

¡Qué bravo estrago hace!

ALBOYN.

Es un demonio
Cercado de las furias del infierno.

REDUÁN.

¿Adónde bueno, hidalgos?

FATIMÁN.

Dado habemos
En peligro mayor que el que dejamos.

ALBOYN.

Fuerte Alcaide, yo creo que, pues tienes
Tan buen entendimiento y valor tanto,
Tendrás por bien que en cuanto se sosiegue
La furia de Gomel, á nuestras casas
Llevemos estas moras, porque vivan
Seguras nuestras honras y sus vidas;
Que con ellas, en fin, casados somos.

REDUÁN.

¿Casados? ¿Cómo?

FATIMÁN.

Las palabras bastan.

REDUÁN.

¡Fuera cobarde, que el Alhambra tiene
Alcaide y Rey á quien tener respeto!

FATIMÁN.

¡Otro Gomel tenemos! ¡Huye, huye!

REDUÁN.

¿No te bastaba, di, Zelora infame,
Haber sido la causa de la muerte
De nuestro Rey, sino que, muerto, quieras
Dar muerte á los que viven por amarte?
¿Adónde ibas tan furiosa y libre?
¿No sabré yo mejor guardar tu vida
Que no aquel abatido medio alarbe?

ZELORA.

Engañado te tiene, Alcaide fuerte,
El Rey, que aquí también murió engañado,
Sino de su mujer, que en mi aposento
Estuvo con el Rey aquella noche;
Y como supo de su propia boca
Que quería dejalle y dar la muerte,
Procuró con Gomel lo que hoy has visto.

REDUÁN.

Qué, ¿eso es verdad?

ZELORA.

Pregúntalo á la Reina,
De quien también Lizara fué testigo.

LIZARA.

Verdad es, Reduán, este suceso;
Que yo propia lo he visto por mis ojos.

REDUÁN.

Pues si es así, confíame tu vida;
Que bien la guardará quien te dió el alma.

LIZARA.

La Reina oigo dar voces: ¿si la matan?

REDUÁN.

Bien merece morir.

LIZARA.

¡Muera la ingrata!

Entra la Reina con dos hijos delante, y Gomel detrás con una espada desnuda.

ALZIRA.

Qué, ¿estos niños no te mueven,
Tirano moro, á piedad?

GOMEL.

Yo sé que tu muerte aprueben,
Cuando llegaren á edad,
Si ellos fueren quien ser deben.

REDUÁN.

Detente, espera, Gomel.

GOMEL.

¿Puede dejar de morir?

REDUÁN.

No.

GOMEL.

Pues ¿qué quieres decir?

REDUÁN.

Que no sea muerte cruel.

ALZIRA.

Hijos, rogádselo vos
Porque no quedéis sin madre.

GOMEL.

Ella os mató vuestro padre;
Quejaos al cielo los dos.

NIÑO.

Ya que el padre nos faltó,
Quedaremos satisfechos
Si nos quedan estos pechos
Y el valor que nos crió.
¿Adónde habemos de ir,
Ó quién nos ha de acoger?

GOMEL.

Ni me habéis de enternecer:
¡Vive Dios, que heis de morir!

REDUÁN.

Lo que yo, Gomel, hiciera,
Fuera en aquesta ocasión
Poner éstos en prisión
Hasta que el reino tuviera;
Y después de coronado,
Ejecutar, como Rey,
Lo que mandare la ley
Y el granadino Senado.

GOMEL.

Quiero tomar tu consejo:
Á una torre los tres lleva;
Á ti la vida te deba,
Que ya en tus manos la dejo.
Y quítame de delante
También esas dos mujeres.

ALZIRA.

Eres noble, al fin Rey eres;
El mundo tus hechos cante.
Quisiera besar tus pies,
Pero tengo á tus pies miedo.

REDUÁN.

Quédate aquí.

GOMEL.

Aquí me quedo.

REDUÁN.

Venid conmigo los tres.
¡Qué bien todo lo acomodas!

NIÑO.

Madre, libertad le pida.

ALZIRA.

En tus manos va mi vida.

ZELORA.

Y la mía.

LIZARA.

Y la de todas.

Vanse, y quédase Gomel.

GOMEL.

Los consejos del más viejo
Quitan guerra y ponen paz,
De razón y de consejo,
Y así, con causa eficaz,
De castigarla ahora dejo.
Ser su mal de tanto exceso
Da voces á la razón;
Pero bien está en prisión
Hasta el fin de mi suceso.
Que el pueblo, ya sosegado,
Tomará del caso enmienda,
Cuando mi razón entienda
Y la sinrazón que ha usado.

Entra Jafer.

JAFER.

¿En qué ha de parar, Alá,
Tanto alboroto y malicia?
No hay derecho, no hay justicia,
Porque en la tierra no está.
Rompiendo van y robando
Todo el palacio.

GOMEL.

Detente:
¿Dónde huyes?

JAFER.

De la gente
Que te viene amenazando;
Que aunque saben que eres Rey,
Y que el Rey lo quiso así,
Dicen que en matarle allí
Rompiste la misma ley;
Y de dos hijos que son
Legítimos de la Reina,
El mayor dicen que reina.

GOMEL.

Errada fué la prisión;
Que mejor fuera matallos.

JAFER.

Que te huyas te aconsejo;
Que á toda Granada dejo
Llena de armas y caballos,
Y en el Alhambra mil moros
Ofendidos de tu injuria,
Que roban á toda furia
Ropas, joyas y tesoros;
Y de manera han rompido
Cuantas puertas han hallado,

Que á la leonera han bajado
Y un gran león desasido,
El cual por palacio hace
Un estrago tan cruel,
Que no halla moro en él
Que no le rompa y deshace.
¡Santo Alá, vesle do viene!

Entra el león; huye Jafer.

GOMEL.

No me espanto de leones.

JAFER.

¡Huye!

GOMEL.

¿Á mirarme te pones?
Extraña presencia tiene:
Éste, con sola la daga
Y el capellar en el brazo,
Llevará de mí un abrazo
Que mal provecho le haga;
Pero ¿cómo no me emprende,
Y tocándome me tira,
No asalta, ni se retira,
No me busca, ni me ofende?
¿Qué es esto, bestia cruel,
Cómo no has arremetido?
Sin duda que ha conocido
Que soy león como él.
¿Si es éste con quien yo tuve
Desde muchacho amistad
En aquella soledad
De los montes donde anduve?
Sin duda; ya le conozco;
No es posible que me ofenda;
Quiero llegar, porque entienda
Que su amistad reconozco.
¡Oh, buen amigo! ¿Qué hay?
¿Cómo va? ¿Qué es menester?
¡Por Dios, que es cosa de ver
El regocijo que tray!
Dame uno y mil abrazos;
Que no eres tú mal amigo
Para el conflicto enemigo
Que quiere hacerme pedazos.
Gran agüero de reinar
Ha sido aqueste león.
¡Oh, qué extraña confusión!
Quiero á Alejandro imitar;
Sentaréme en esta silla
Y sobre él pondré mis pies.

Siéntase, y póngase el león debajo de los pies.

De la industria humana es
Ésta una gran maravilla.
¿Quién me verá desta suerte,
Que no se admire y espante?
¡Por Alá, que soy bastante
Á vencer la misma muerte
Y hacer temblar el profundo;
Que no es temerario intento,
Pues que sobre tal cimiento
Los pies de mi imperio fundo!
Si el magnánimo león
Significa fortaleza,
Ved los pies y la cabeza
De qué fortaleza son.
Si el león es lo más fuerte
Y yo soy más fuerte que él,
¿Por qué ha de temer Gomel
Fortuna, envidia ni muerte?
Sueño me ha dado; agora veo
Mi temeraria arrogancia,
Pues que tan poca distancia
Del morir al vivir veo.
¡Cuando vienen á matarme
Me estoy durmiendo! ¿Qué digo?
Haced oficio de amigo:
¡Hola, que habéis de guardarme!
¡Oh sueño, que puedas tanto!

Entran Jafer, Benalme, Arfilo, Fatimán y Alboyn con espadas desnudas.

JAFER.

Pues que no ha salido afuera,
Aquí estará.

TODOS.

¡Muera, muera!

BENALME.

¡Santo Alá!

FATIMÁN.

¡Mahoma santo!

Retíranse unos detrás de otros de miedo del león.

FATIMÁN.

Teneos; ninguno huya.

ALBOYN.

Que es infamia y cobardía.

JAFER.

Aquesa gran valentía,
Deste invencible se arguya.

ARFILO.

¿Hay espectáculo igual?

JAFER.

¿No es bueno que está durmiendo
En la mitad del estruendo
De su peligro mortal?

BENALME.

Tal guardia tiene á los pies.

JAFER.

Yo no llegaré á matalle.

FATIMÁN.

¡Bravo rostro!

JAFER.

¡Bravo talle!

ALBOYN.

Digno del imperio es.

ARFILO.

¿Adónde podréis hallar

Rey como éste á toda ley,
É hijo de vuestro Rey,
Y á quien él quiso heredar?
¡Qué hombre más valeroso
Ni más valiente soldado,
Domador, y no domado,
Envidiado, y no envidioso!
Caballeros granadinos,
Vayan las envidias fuera;
No muera Gomel.

TODOS.

No muera.

ARFILO.

Sois de fama eterna dinos.
¡Viva Gomel, Gomel viva!

TODOS.

¡Viva, viva!

GOMEL.

¿Qué es aquesto?

TODOS.

Ten el león, tenle presto.

GOMEL.

¡Hola, á mis pies te derriba!

TODOS.

¡Viva Gomel!

GOMEL.

¿Esto es sueño,
Ó por ventura es verdad?

FATIMÁN.

Hoy serás desta ciudad
Seguro y dichoso dueño:
Déjanos besar tus manos;
Que por Rey te obedecemos.

GOMEL.

¿Qué dices?

ARFILO

Rey te hacemos,
Gloria y señor de africanos.

FATIMÁN.

Traed el cetro y corona.

JAFER.

Aquí viene Reduán.

Entra Reduán.

REDUÁN.

Y mil que á la puerta están
Que defienden tu persona.

GOMEL.

Dame, Reduán, los brazos,
Que no serán menester:
¡Grande ha sido tu poder!

REDUÁN.

Y dichosos tus abrazos.
Ya quedan en la prisión
Tus enemigos.

GOMEL.

Bien haces;
Que importa el sosiego y paces
De mi reino y pretensión;
Que ya aquestos caballeros
Por Rey me han obedecido.

REDUÁN.

Hante obligado y servido.

GOMEL.

Los dos hago consejeros,
Y á los otros dos les doy
Las tenencias de Alhajara,
Y á ti de Alhama la vara,
Porque obligado te estoy;
Y á vosotros los castillos
De Guadix y Murabel.

FATIMÁN.

Vivas mil años, Gomel,
Si tantos puedes vivillos.

GOMEL.

Y á ti, que amor paternal
Te tuve, por más honor,
Hago mi Alguacil mayor
Y Capitán general.

JAFER.

Ponte esta insigne corona
Y ponte el cetro en la mano,
Por más fuerte que el Tebano
Que el mundo á voces pregona;
Y subamos á caballo,
Porque en Granada entraremos;
Que á buen tiempo llegaremos.

GOMEL.

Eres mi fiel vasallo:
Ven conmigo, Reduán,
Que désta, tuya es la media.
Aquí acaba la comedia
Del *Hijo de Reduán*.

PEDRO CARBONERO

PEDRO CARBONERO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA AL FLORIDO INGENIO

DE

D. Diego Félix Quijada y Riquelme.

Después que vi los ochenta sonetos, que Vm. llama Soliadas, *propiedades del Sol, efectos y fábulas aplicadas á la hermosura de Finelda, creció mi deseo de su conocimiento, y la idea, que por sus cartas había fabricado con más noble pintura, ilustró mi imaginación de los rayos de su ingenio. Escribióme Juan Antonio de Ibarra, Secretario del Excmo. Sr. Duque de Alcalá, cuán acepto era Vm. en esa insigne ciudad, de sus teólogos y filósofos, en todas las ocasiones que se ofrecían, y cómo estaba opuesto á sus cátedras, que en veintitrés años de edad es cosa maravillosa, y aunque fuera crédito para otros muchos, no aumentó al mío lo que habían solicitado los versos, donde la dulzura compite con la erudición, y el cuidado con la hermosura; y aquí no entra amor con su apasionado juicio, ni aquellas palabras de Bartolomeo Escala:* «Solet amor mutuus, etiam quæ minus firma posita sint, ut quandoque accidit, excusare, et munire.» *Hallo en Vm. un ingenio asentado, que para hablar más á lo cortesano que á lo escolástico, hay ingenios en pie, de rodillas y en éxtasis, que aquí no trato de los ridículos, de los legos, de los censurantes, de los malcontentos, de los envidiosos y de los alocados. Hay ingenios nominales de ataracea, y de remedios de argentería, y de oropel, duros, ruidosos y brillantes; pero los filateros me consumen,* verbi gratia, *el que me reprendía que había dicho emperadora, muy vano de que él sabe que se había de decir emperatriz; y es disparate, porque en Castilla no hay tal voz, como se ve por ejemplo, sino que la curiosa bachillería ha latinizado con aspereza lo que tiene en su lengua con blandura;* emperatriz *ha dado causa para que á la embajadora llamen* embajatriz, *y á la tutora de sus hijos,* tutriz; *de donde se sigue que la cantadora llamaremos* cantatriz, *y á la habladora* hablatriz, *y á este modo,* Sexcentalia. *Las cuestiones de nombre, odiosas*

siempre, fatigan mucho á los que siempre escriben, y si algo me debe mi lengua, no quiero yo decirlo, si ella no lo dice. Vuelvo, pues, á encarecer el asiento de su ingenio de Vm. y la perfección con que desde aquí le miro lejos de tan bajas consideraciones, y remontado á la sustancia, sentencia y utilidad de las cosas, porque le alabo y estimo. Dijo Pico Mirandulano á Hermolao Bárbaro, tratando si eloquentia et orationis ornatus an deceat philosophum, *que vivía, y pensaba vivir,* non in scholis grammaticorum, et pedagogijs, sed in philosophorum coronis, in conventibus sapientum, ubi non de matre Andromachæ, non de Niobes filijs, atque id genus levibus nugis, sed de humanarum, divinarumque rerum rationibus agitur, et disputatur. *Esto me agrada mucho, si bien por otras opiniones no daña la elocuencia la historia, la fábula y el conocimiento universal de las más esenciales letras, á lo menos desde que vi mal acepto un libro de un gran teólogo, por la falta del arte del escribir, aunque sustancial, sin elocuencia, y aquello que llamaba Pedro Liñán* los dulces engaños del entendimiento; *que la invención hizo más únicos á Homero y Virgilio, que lo que fueron célebres sus versos, pues mucha parte de los dos ha hecho filosófica y moral la sagrada veneración de sus escoliastes. Daré con algunas obras mías estos versos de Vm. á luz, para que hagan el efecto que la vela en la linterna, en la mitad del libro; tan gustoso y tan admirado me siento de ellos, aunque para satisfacción del amor con que los leo (que suele tener fuerza de fe) bastaba la aprobación de D. Juan de Arguijo, caballero en todo rigor científico, y de integridad y costumbres dignas de mayor fortuna, si su filosofía cristiana, con naturaleza de armiño, no la cerrara el paso. ¡Cuán diferente es el presente, que á Vm. envío! mirando el título de su cándido ingenio, y limpia nobleza, no se ha de juzgar por el nombre de Pedro Carbonero, sino por el valor de la verdad de la historia y del que tuvo un hombre andaluz de aquellas prendas, que para siempre le dedicó al bronce de la inmortalidad, y yo lo mismo ahora con el de Vm., que á no ser esto así,* satis profecto fuerat, *como dijo Policiano,* vixisse unum diem quod tam foret imperfectum animal, ac posse etian inter infecta illa, quæ vocentur ephemera connumerari. *Pero no pudiendo en esta ocasión cosas más dignas, ni dar mayores alabanzas á quien tan bien las merece,* tam deesse scias animo verba, quam rebus animus deest. *Dios guarde á Vm., y le deje lograr tan felices años, los que yo le deseo. De Madrid,* 14 *de Mayo de* 1620.

Capellán de Vm.,
LOPE DE VEGA CARPIO.

PEDRO CARBONERO

FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

Rey.	Pedro Carbonero.	Rustán.
Reina.	Hametillo.	Matías.
Andrés.	Sarracino.	Zulema.
Fidelio.	Almoradí.	Anfego.
Rosela.	Dalifa.	Abenadín.
Tadeo.	Fidaura.	Pajes.
Lidonio.	Alí.	Moros.
Simón.	Cerbín.	

REPRESENTÓLA GRANADOS, Y EL PEDRO CARBONERO FAMOSAMENTE

ACTO PRIMERO.

Salen Andrés y Fidelio.

ANDRÉS.

Aquí esperarle podéis,
Para que con él se trate,
Si de hacer ese rescate
Tanta voluntad tenéis.

FIDELIO.

¿Podrá Pedro Carbonero
Salir con aquesta hazaña?

ANDRÉS.

El que en la dura montaña
Del mar que sepulta á Duero,
Con el tostado bastón
Mató aquel fiero gigante,
No es á Pedro semejante,
Ni á sus engaños Sinón.

FIDELIO.

Si me trae esta cautiva,
Pues dices que entra en Granada,
Y que trae á quien le agrada,
Seguro del premio viva;
Que es poco mi hacienda toda.

ANDRÉS.

Pedro vive de robar
Moros, que en este lugar
Vende, trueca y acomoda.
Tantos, en fin, ha robado,
Que ya el Rey tiene noticia
De aquesta nueva milicia
De este fronterizo honrado;
Y ha ganado provisión
Para que le den amparo
Estos lugares.

FIDELIO.

Reparo
En su cierta perdición;
Que en sabiéndose en Granada,
Mil pedazos le han de hacer.

ANDRÉS.

Él se sabrá defender.

FIDELIO.

¿De qué suerte?

ANDRÉS.
Con la espada.
FIDELIO.
¿Contra toda una ciudad?
ANDRÉS.
Contra un mundo; aunque sospecho
Que si las cosas que ha hecho
Parecen temeridad,
Con industria tan sutil
Las intenta, y de tal modo,
Que sale muy bien de todo.
FIDELIO.
Temo que algún hombre vil
De estos lugares, le venda,
Envidiando sus tesoros,
Viendo que engañando moros
Ha ganado tanta hacienda.
ANDRÉS.
No hará, porque es bien quisto;
Y si un moro vende á un pobre,
Se le fía, aunque no cobre,
Como alguna vez lo he visto;
Y se le da muy barato:
Presta dineros.
FIDELIO.
Qué, ¿tiene
Tal condición?
ANDRÉS.
Cuando viene,
Hace á todos franco plato.
Anda Pedro allá en las sierras
Con su famosa cuadrilla,
Tanto, que por maravilla
Baja á las pobladas tierras;
Trata como capitán
Su compañía gallarda;
Tiene su cuerpo de guarda,
En que dos ó tres están;
Porque por todos son doce,
Tres más que los de la fama,
Á quien por devoción llama,
Y por los nombres conoce,
De los Apóstoles santos.
Á mí por suerte me cupo
Andrés, y esta plaza ocupo.
FIDELIO.
¡Plega al cielo que entre tantos
No haya alguno que le venda!
ANDRÉS.
No lo temáis; que estos días
Cayó la suerte á un Matías,
Á quien su guarda encomienda,
Y es de gran fidelidad.
FIDELIO.
¿Con qué industria va á Granada?
ANDRÉS.
Su cuadrilla, en emboscada
Pone junto á la ciudad,
Y él va en hábito africano.
FIDELIO.
¿Habla la lengua?
ANDRÉS.
Muy bien.
FIDELIO.
¿Va alguno con él?
ANDRÉS.
También
Va con él su primo hermano,
Que Alfonso tenía por nombre,
Y ya se llama Tadeo;
Y un morillo, que no creo
Que ha visto el mundo tal hombre,
Es el que los ha enseñado
La lengua; llámase Hamete.
Éste en Granada los mete
Con tanta industria y cuidado,
Que en un año no han caído
En el hurón con que caza.
FIDELIO.
Pues el moro, ¿por qué traza
Á ser su amigo ha venido?
ANDRÉS.
Cautivóle Pedro un día
Que iba una yegua á correr,
Y aficionóse de ver
Su talle y su valentía;
De suerte que, visto el modo
Con que los moros engaña,
Á cuanto va le acompaña,
Y es el que lo encubre todo;
Toca su parte al primero,
Está rico y anda ufano,
Aficionado al cristiano,
No sé si diga al dinero.
FIDELIO.
¡Que á tanta llaneza vino!
ANDRÉS.
Vino á esa llaneza Hamete,
Viniendo á ser alcahuete,
Por saberle bien el vino.
Pero Pedro viene aquí
Con otros dos compañeros.

Sale Pedro Carbonero, con montera y capote de dos aldas, y ballesta al hombro, y con él Matías y Simón.

PEDRO.
¿Llevaba el moro dineros?
MATÍAS.
No le hallamos un cequí.
SIMÓN.
Aquí está Andrés.
ANDRÉS.
Este hidalgo
De Andújar te quiere hablar.
PEDRO.
Hablarme puede y mandar
Si puedo serville en algo.
FIDELIO.
Merced me podéis hacer
Trayéndome de Granada
Una cautiva.

PEDRO.
¿Es casada?
FIDELIO.
No, mas pensábalo ser.
PEDRO.
¿Traéis memoria?
FIDELIO.
En la mía
Traigo bien toda la historia,
Y en papel esta memoria
Del suceso de aquel día.

Dale un papel y léele Pedro.

PEDRO.
«Cautivaron en las huertas de Andújar, la mañana de Pascua de Espíritu Santo, el año pasado, en una celada de Muley Xarife, á Rosela; está en su poder y vive en la calle de los Gomeles.»

¿Qué me darás por Rosela
Si en Andújar te la doy?
FIDELIO.
Lo que tengo y lo que soy,
Sea guerra ó sea cautela,
Si me la traes es tuyo.
PEDRO.
Cien ducados me darás.
FIDELIO.
¿No más?
PEDRO.
Yo no quiero más.
FIDELIO.
Tu nobleza, Pedro, arguyo.
PEDRO.
Vete con Dios.
FIDELIO.
Él te guarde.
¿Quieres fianzas?
PEDRO.
¿De qué?
FIDELIO.
Del dinero.
PEDRO.
Que las dé
No quiero.
FIDELIO.
No te acobarde
El ver que no te las doy.
PEDRO.
Si te traigo la cautiva
Tú me pagarás.
FIDELIO.
No viva
Si tu cautivo no soy.
PEDRO.
Anda, no se te dé nada;
Que cuando no me los des,
Ella y yo tenemos pies
Y sabemos á Granada.

Vase Fidelio, y sale Lidonio, viejo pobre.

LIDONIO.
¿Está el señor Pedro aquí?
PEDRO.
Yo soy; ¿qué quiere, buen viejo?
LIDONIO.
Honor del mundo y espejo
De la milicia, oye.
PEDRO.
Di.
LIDONIO.
Yo soy de Jaén; tenía
Sólo un hijo, en quien miraba
Estas canas; no guardaba
Como su vida la mía,
Y dejando mi obediencia,
Fué á Antequera, y cautivóle
Alí Rolán, y vendióle
Al Rey, que por su presencia
Y por ser gran cazador,
No hay orden que le rescate;
Bien creerás que me combate
Para su remedio amor;
Temo no se vuelva moro.
PEDRO.
¿Traes memoria?
LIDONIO.
Este papel.

Sale una mujer.

MATÍAS.
Bien puedes hablar con él.
MUJER.
Ofreceréle un tesoro.

Lee Pedro el papel de Lidonio.

PEDRO.
«En los olivares de Antequera cautivaron los moros de Alí Rolán á Francisco; vive en el Alhambra del Rey, en las huertas de Xeneralife.»
¿Sois pobre?
LIDONIO.
Pues ¿no lo veis?
PEDRO.
Id con Dios.
LIDONIO.
¿Veré mi hijo?
ANDRÉS.
Pues ¿ya no veis lo que dijo?
PEDRO.
Digo que entrar le veréis
Por vuestra casa contento,
Y os llevará cien ducados.
LIDONIO.
Veas tus años logrados,
Y en tu hacienda largo aumento.
Cuando el tiempo vuelva en nieve
La rubia barba, señor,
Para su Alcalde mayor

El rey Fernando te lleve.
Este es Pedro Carbonero,
Pedro, platero famoso,
Pedro, perlero precioso,
Coralero y diamantero.
Y de cuanto cubre el mapa,
Tales Carboneros son
Dignos de llevar carbón
Á la cocina del Papa.

Vase.

PEDRO.
¿Qué quiere aquella mujer?
SIMÓN.
Que le traigas á su esposo.
PEDRO.
Un memorial es forzoso
Para que lo pueda hacer.
MUJER.
Aquí traigo memorial,
Y ochenta escudos prevengo.
PEDRO.
¿Hacienda tenéis?
MUJER.
Sí tengo,
Aunque no es mucho el caudal.
PEDRO.
Dad sólo cincuenta escudos.
ANDRÉS.
¿Hay oidor ni presidente
Que tenga tal despidiente?
SIMÓN.
Á todos nos tiene mudos.
Están en cadena fiera
Los otros allá muriendo,
Y estálos acá vendiendo
Como si libres los viera.

Lee Pedro el memorial de la mujer.

PEDRO.
«Bernardo Álvarez, cautivo en Archidona, vive en el Zacatín, como entramos al Alcaicería, en casa de Zufén, platero de piezas de jaeces.»

Pónese los memoriales en la pretina.

Bueno está así: vete á Dios,
Buena mujer, á tu casa.
MUJER.
Él te guarde.
SIMÓN.
¿Que esto pasa?

Vase la mujer.

MATÍAS.
Sí pasa, por mí y por vos
Y por toda la cuadrilla.
SIMÓN.
Pedro, procediendo así,
Vendrán mil hombres por ti
Desde Adamuz á Sevilla.
¿Cuando por milagros vivos
Nos escapan los talones,
En la pretina te pones
Memoriales de cautivos?
Si te sueñas secretario,
Vete á la corte del Rey;
Que entre gente de otra ley
Más secreto es necesario.
De balde rescatas ya
Á los pobres; ¿estás loco,
Ó tienes la vida en poco,
Que á tanto peligro está?
PEDRO.
Quien no quisiere seguirme,
Simón, yo no le hago fuerza;
El corazón que me esfuerza
Tiene el fundamento firme.
No daña la caridad
Á quien anda en lo que yo,
Si á un hombre que me ayudó
Parto con él la mitad.
Al pobre, por quien me ayuda
Dios, que victorias reparte,
¿Es mucho que le dé parte,
Y que á su remedio acuda?
ANDRÉS.
Tiene razón Pedro en esto;
Quien no tiene corazón
Para seguir su opinión,
Vuélvase á su casa presto;
Que á la plaza que dejare
Yo sé que hay opositores.
MATÍAS.
¡Ved qué colegios mayores!
¡Qué consejo!
PEDRO.
Todo pare;
Que en este cañaveral
Siento gente.
SIMÓN.
¡Alerta!
ANDRÉS.
Apresta
Una jara en la ballesta.
SIMÓN.
Dos moros son, ¡pesia tal!

Salen Tadeo y Hametillo, de moros.

TADEO.
¿Si son ellos?
HAMETILLO.
No sabemos.
PEDRO.
Quedo; no tires, Matías.
MATÍAS.
¿Qué gente?

TADEO.
¿Tirar querías?
HAMETILLO.
¡Ah, bon recado tenemos!
MATÍAS.
Á mí, la mira derecha.
HAMETILLO.
¡Joro á Dios no ser por ti,
Que meterme un palmo á mí
Por el barriga del flecha!
¡Váldete Dios, vosancé!
Ya desconocelde el mego.
TADEO.
¿Tan desconocido llego?
MATÍAS.
Tanto, que milagro fué.
PEDRO.
Pues Tadeo, ¿cómo ha ido?
TADEO.
Disfrazado en este traje
De un hidalgo Abencerraje,
Por forastero tenido,
Fuí en extremo regalado;
Que como tan francos son,
Honran en toda ocasión
Cualquier forastero honrado.
De Vélez de la Gomera
Dije que era natural.
PEDRO.
Es el hombre principal.
TADEO.
Supe, señor, la primera
Que al lado del Rey se pone.
PEDRO.
¿Cómo se llama?
TADEO.
Cerbín.
PEDRO.
Es Bencerraje, que al fin,
Todo lo adorna y compone.
HAMETILLO.
Tener razón, ¡por Alá!
No haber Granada lenaje
Que ser como el cencerraje.
ANDRÉS.
Harto buen nombre le da,
Según que en Granada suena.
PEDRO.
Sólo con esta amistad
Pienso entrar en la ciudad:
¿Que fiesta, Hamete, se ordena?
HAMETILLO.
Para el noche venturosa
Del celebrado Baptista,
Profeta de vuestra ley,
Y de la nuestra alegría;
Aquel que decer crestianos
Que nacemos por estima,
Y que de comer cozcuzu
Por altas montañas frías;
Aquel Santo, cuya mano
Á Xorosalén la rica
Mostrar cara aquí cordero,
Tolis pecata mundilia;
Aquel que cuando Isabel
Le tenemos al barriga,
Mereció como en cristal
Ver el checho de María;
Rey Manzor ordena fiestas,
Cual nonca haber sido vistas,
Por ser el año seteno
Que estar corona ceñida;
Porque ser entre los moros
Recebida profecía,
Que de sete en sete andar
Modanza en reinos é villas,
Sacar so locida gente
El mañana de aquel día
Con capetanes al vega,
Balestas, lanzas é picas.
Corren hasta Dinadámar,
Fonte de agua pora é limpia,
Sos soldados por heleras
De sus feciales regidas.
Sacamos todos los ficios
Muy locidas compañías,
Con sus férez y sus cabos,
Y otras mil zarandagilias.
Los cabreteros cazalde
Una gente que podía,
Á tenemos rey Herrando,
Ganalde el África misma.
Los alfahareros también
Dejar el ollas cocidas,
Que ya no hacemos pocheros,
Armas ¡jora á Dios! muy limpias.
¿Qué te decir de los sastres?
Traer bandera tendida,
Que llegar al fin del mondo;
Hortos no, sino reliquias.
Albañires que vencelde,
Espantamos bizarría;
De herreros no decer nada,
Trocan herro en plata fina.
Boñoleros estar bonos,
É mal haya la desdicha,
Que por no haber taberneros,
No salir su compañía.
Finalmente, venir todos,
Que estar fiesta prevenida,
É los nobles, por su parte,
Jugar cañas á cuadrillas.
La de sacar cencerrajes,
Morada, blanca, pajiza,
Llevar ventaja al que nega:
¡Por Alá, que estar mentira!
Leonada sacar Gomeles,
También blanca y amarilla,
Zegríes sacar azul,
Oro y encarnado á listas.
Almoradies de verde,
Con mil esmaltadas cifras;

Naranjado Reduanes,
Con soles de argentería.
Los Aliatares, rosados,
Donde mil esferas pintan;
Salen también los alcaides
Del Baicén, del Caicería,
Del Bibataubín y Alhambra,
Bibalmazán, Portalvira,
Todo estar ya puesto á punto,
Ya los caballos relinchan;
Que por verse con jaeces,
Están pedendo las cilias.
Las damas andar tambén
Con mil feites, mil lejías
Xalbegándose las caras
Con el señor de Turquía,
Porque en quitándole el paz
Que tenelde por encima,
Logo le damos el feite
É mojar el salserilia.
Mochas bengalas é tocas;
Mocha labrada camisa,
Mocha media encarrojada,
Mocha argentada botilia,
Que al más helado, al más tebio,
Que una vez su rostro mira,
Le llevas el corazón
Al casa de Proserpina.
Todos estar ocupados:
Pedro, á Granada camina;
Que traerás dos mil cautivos
É setecentas cautivas.

PEDRO.

Alegrádome has, ¡por Dios!

MATÍAS.

Buen Hamete, Dios te guarde.

PEDRO.

Vamos allá, á que esta tarde
Conmigo entraréis los dos;
Que hablando ese Bencerraje
No tenemos qué temer.

TADEO.

Espaldas nos has de hacer.

HAMETILLO.

¡Valga el deablo tu lenguaje!
Espaldas ya tener hechas.

TADEO.

Este es modo de decir.

PEDRO.

De moro me he de vestir
Luego, por quitar sospechas.
Seguidme.

HAMETILLO.

Simón.....

Vase Pedro.

SIMÓN.

¿Qué quieres?

HAMETILLO.

¿No hay un gota que beber?

SIMÓN.

Entra primero á comer,
Y toma, porque no esperes.

Saca una bota de vino de un zurrón y dásela.

Bebe mucho.

HAMETILLO.

¡Oh, bon mego!

SIMÓN.

¿Es para hogaño?

MATÍAS.

Ved con qué espacio lo toma.

HAMETILLO.

Que esto no probar Mahoma:
¡Por Alá, que estar picaño!
¿Quién inventar este ben
Entre vosotros, cristianos?

SIMÓN.

Noé, en los primeros años
Del mundo.

HAMETILLO.

¡Qué hombre de bien!
Un milagro verle aquí.

MATÍAS.

¿Cuál es?

HAMETILLO.

Que esto invente un no,
Y que á nadie se le dió
Que no dijese que sí.

SIMÓN.

No era sino Noé.

HAMETILLO.

Sí he fuera mejor nombre:
¿Tenéis sed? dicen á un hombre.

SIMÓN.

Y ¿qué responde?

HAMETILLO.

Sí he.

SIMÓN.

Una gota al improviso,
Le eleva, que no se mueve.

HAMETILLO.

Pues ¿no queréis que me eleve,
Si estoy en el paraíso?

SIMÓN.

Oid, que habla castellano.

MATÍAS.

Como esas lenguas oiréis.

Señala la bota.

HAMETILLO.

¿Con este órgano queréis
Que no sepa canto llano?

Cae borracho.

SIMÓN.

Llevadle á dormir, que es cura
Del vino.

MATÍAS.
Quiérole asir.
HAMETILLO.
No me llevéis á dormir;
Que perderé esta dulzura.
SIMÓN.
Recuerda, Juan, por tu fe;
Que el dormir te tiene muerto.
HAMETILLO.
Más me mata estar despierto,
Pues bebo, y no estoy en pie.

Vanse todos, llevando medio arrastrando á Hamete.

Salen Sarracino y Almoradí.

SARRACINO.
Llega presto, Almoradí;
Que abrió Fidaura el balcón.
ALMORADÍ.
Ya sé que estos rayos son
Del sol que amanece allí.
Pero mira, que han abierto
El de Dalifa también.
SARRACINO.
Ya por celajes se ven
Los cielos que han descubierto.
ALMORADÍ.
Y yo, donde el sol me avisa,
Llegar á su reja quiero.

Sale Dalifa á una ventana, y Fidaura á otra.

DALIFA.
¿Qué gente pisa el terrero?
FIDAURA.
¿Qué gente el terrero pisa?
DALIFA.
En no viendo que pasea
Abencerraje, me voy.
FIDAURA.
No hay Bencerraje, y estoy
Por irme.
SARRACINO.
¿Quién hay que crea
Lo que éstas dicen aquí,
Siendo los dos lo mejor
De Granada?
ALMORADÍ.
Si el valor
Que miras, Fidaura, en mí,
Pierde por mi sangre noble,
Quejaréme de mi estrella.
FIDAURA.
Bien puedes quejarte de ella.
ALMORADÍ.
Y de ti me quejo al doble;
Que ella me dió nacimiento
Ilustre en esta ciudad,
Y tu loca liviandad
Me da, Fidaura, tormento.
En fin, que no hay caballero
Que merezca en estas rejas
Decir amorosas quejas,
Ni entrar galán al terrero,
En no siendo Bencerraje.
FIDAURA.
Son de Granada la flor.
SARRACINO.
Dalifa, el rey Almanzor
Desciende de mi linaje.
Yo me espanto que hayan dado,
Siendo mujeres discretas,
Aunque á vuestro ser sujetas,
Por la mayor parte errado,
En preciarse de tener
Bencerrajes por galanes,
Donde hay tantos capitanes
De más sangre y más poder.
Mira que soy Aliatar
Por madre, y por padre Zayde,
De la Alhambra antiguo Alcaide
Y Almirante de la mar.
¿Es Cerbín más bien nacido?
DALIFA.
Sarracino, el gusto es rey;
Ya sabes tú que en su ley
No hay fuerza, sino partido.
Yo sigo mi inclinación,
Esto en palacio aprendí.
ALMORADÍ.
Pierdo, por Almoradí,
Fidaura, en esta ocasión,
Habiendo padres y abuelos
Ganado gracia y valor
Con los reyes.
FIDAURA.
El mayor
Es amor; reina en los cielos.
Y éste, de una misma flecha,
Y con unas propias llamas,
Ha herido á todas las damas.
ALMORADÍ.
Tú confirmas mi sospecha.
Locas estáis y furiosas,
Como ganados que pacen
Monte ó prado donde nacen
Hierba ó aguas venenosas.
¿Es posible que en alguna
No haya un gusto diferente,
Que enferméis de un accidente
Y sigáis una fortuna?
¿Que siendo en sus pareceres
Tan varia cualquier mujer,
Rija un solo parecer
República de mujeres?
¡Cosa nueva, por Alá!
DALIFA.
No te canses, Sarracino,
Al Bencerraje me inclino;
Yo soy Bencerraje ya.
Todo aquello es mi disgusto
Que Bencerraje no fuere;

La dama que no los quiere,
No diga que tiene gusto.
Son gallardos, liberales,
Galanes, blandos, famosos,
Fuertes, valientes, airosos,
Tiernos, humildes y graves.
Son de manera.....

SARRACINO.

Detente;
Que á más furor me provoco,
De que vengo yo á estar loco
Teniendo tú el accidente.
¿Estás en ti? ¡Plega al cielo
Que si no hiciere venganza
De esta tu loca mudanza,
Vivo me sepulte el suelo!

DALIFA.

No escucho yo desatinos,
Ni estas ventanas se abrieran,
Si no pensara que fueran
Los Bencerrajes divinos.

Quítase de la ventana.

SARRACINO.

¿Esto se sufre?

ALMORADÍ.

En efeto,
Fidaura, ¿un Almoradí
Quieres tú que esté por ti
Á un Bencerraje sujeto?
¿Tan grande milagro hicieras,
Que para aquesta mañana
De San Juan, dulce tirana,
Alguna prenda me dieras?

FIDAURA.

No hay dama que la haya dado
Á quien no sea de aquel
Linaje noble y fiel
Que es Bencerraje llamado.
No hay tratar; esta es moneda
Que corre en palacio ahora:
Quien Bencerraje no adora,
Por vil entre todas queda.

ALMORADÍ.

Prendas les dais para honrallos,
Siguiendo un loco interés,
Que ellos las ponen después
Al cuello de sus caballos.
¡Ay de quien dentro del alma
Pone una cinta, una flor!

FIDAURA.

Si es el linaje mejor,
Lleve la victoria y palma.
Locura es haberte oído;
Cierro la ventana: adiós.

Quitase de la ventana.

SARRACINO.

Buenos nos dejan las dos.

ALMORADÍ.

Yo estoy loco.

SARRACINO.

Yo perdido.

ALMORADÍ.

No hay caballero que ya
Pueda vivir en Granada.

SARRACINO.

La ciudad alborotada,
Toda de su parte está.
Ni el oficial sabe hacer
Gala, si no es Bencerraje
El inventor.

ALMORADÍ.

¡Que no ataje
El Rey su loco poder!

SARRACINO.

No hay caballo sin su marca,
Que tenga valor ni precio;
Quien no es Bencerraje, es necio,
Si el cielo y la tierra abarca;
No hay valiente sin sus manos,
No hay armas sino las suyas.

ALMORADÍ.

Eso á rigor lo atribuyas
De los cielos soberanos.

SARRACINO.

Privan con el Rey; su gusto
Gobierna el reino en la guerra,
Y en la paz mandan la tierra,
Y dicen todos que es justo.
No hay hombre que ose tocar
Criado de Bencerraje;
Más quisiera ser su paje
Que Sarracino Aliatar.
Oye una imaginación
Para derribar al suelo
Su soberbia.

ALMORADÍ.

¡Vive el cielo,
Que intente cualquier traición!

Sale un paje moro con adarga y lanza.

PAJE.

No está Cerbín en el puesto
Que me dijo; yo tardé;
Pero al pintor culparé,
Que no la acabó más presto.

ALMORADÍ.

Éste es paje de Cerbín.
¿Dónde bueno, caballero?

PAJE.

Á buscar en el terrero
Á mi señor.

ALMORADÍ.

¿Á qué fin?

PAJE.

Para que la empresa vea
Que en esta adarga ha mandado
Pintar.

SARRACINO.
Bien muestra el cuidado
De la dama que desea.
¡Brava letra, bravo cielo!
Pero ¿qué pajaro es éste?
PAJE.
Éste es pájaro celeste,
Que jamás desciende al suelo.
SARRACINO.
¿No tiene pies?
PAJE.
No, señor.
ALMORADÍ.
Y ¿dice?
PAJE.
«Siempre en el viento
Mi esperanza y pensamiento.»
SARRACINO.
Bien significa su amor.
Yo le imaginaba ahora
Favorecido.
PAJE.
Es secreto.
SARRACINO.
¿Cómo?
PAJE.
Quiere á lo discreto.
SARRACINO.
¿De qué suerte?
PAJE.
Goza y llora.
SARRACINO.
Bien dice.
PAJE.
Voyle á buscar.

Vase el paje.

SARRACINO.
Estoy loco de coraje.
Que hasta el cielo es Bencerraje
He venido á imaginar.
ALMORADÍ.
Dime lo que habías pensado.
SARRACINO.
Salgámonos del terrero;
Que á solas decirte quiero
Un pensamiento extremado.

Vanse.

Salen Rosela, cautiva, y Pedro Carbonero, vestido de moro, y Hametillo.

PEDRO.
No te alteres, sino entiende
Lo que diciéndote estoy.
ROSELA.
¿Sois cristiano ó moro?
PEDRO.
Soy
Quien sólo tu bien pretende.
Señas traigo que se llama
Xaricarfe tu señor.
HAMETILLO.
No tenelde vos temor;
Venir donde estar quien ama.
Ser de Andújar y vivir
En calle de los Gomeles.
ROSELA.
¿Eres tú, Pedro, el que sueles
Tan libre entrar y salir
En esta ciudad?
PEDRO.
Yo soy;
No me descubras, pues ves
Que te va tanto interés.
ROSELA.
¡Ay, Pedro, á tus pies estoy!
Si la vida á darme vienes,
¿Cómo he de pagarte así?
PEDRO.
Satisfecho estoy de ti.
ROSELA.
¡Gallarda presencia tienes!
Yo te había imaginado
Un hombre sangriento y fiero.
¿Tú eres Pedro Carbonero?
PEDRO.
Á veces estoy tiznado
Más de sangre que carbón,
Que es con lo que más me alegro,
Porque sólo tengo negro
De penas el corazón.
ROSELA.
Yo pienso que se han juntado
El tuyo y el mío.
PEDRO.
¿En qué modo?
ROSELA.
Porque ya le tengo todo
De ese tu carbón tiznado.
PEDRO.
Pues guárdate; que el pintor
Con carbón, en vez de tinta,
Señala aquello que pinta:
Mira no te pinte amor.
HAMETILLO.
¿Ya andamos en concetecos?
¡Bona fe que estar beliaco!
PEDRO.
Ya me dices que te saco
De aquel alma en dulces ecos,
Y que has de rendir un hombre
Que el mundo no le ha rendido.
ROSELA.
Si quien tantos ha vencido
Me rinde tan alto nombre
Por tan dichoso interés,
Laureles, triunfos y palmas,
Para mis cabellos almas
Para rendir á sus pies,
Llévame, Pedro, contigo;

Que estoy cerca de que un moro
Goce por fuerza el tesoro
Que á tus méritos obligo.
Seré, como quien se humilla
Á tu amor y á tu poder,
La que guise de comer
Á tu famosa cuadrilla.
Cuidaré de tu persona,
De tu ropa y tu vestido,
Y no por lo que te pido,
Pues tu voluntad me abona
Y vienes aquí por mí,
Sino porque me pareces
El hombre que más mereces
De los que hasta ahora vi.
Tú verás en pocos días
Los regalos que te haré.

HAMETILLO.

Valga el diablo vosancé,
Que saber de poterías.

PEDRO.

Guárdale, Hamete, decoro,
Que es hija de un hombre rico.

HAMETILLO.

¡Por Alá, señor Perico,
Ser pota como yo moro!
Á Pedro yo temer logo
Que ver la conversación,
Que como vos ser carbón,
Emprendelle presto el fogo.
Ella estar fogo é mojer,
Vos ser Pedro Carbonero,
Soplar el diablo ligero,
É como estopas arder.
¿Como querer ésta aquí,
É no la mora que amar,
É quererte regalar?

PEDRO.

Hamete, al cielo temí.
Es gran pecado en mi ley
Tratar con mora un cristiano.

HAMETILLO.

¿É yo, que estar africano
É vostro vino beber?

PEDRO.

Eso no importa.

HAMETILLO.

¿No toma
Enojo Mahoma?

PEDRO.

No.

HAMETILLO.

Por eso me esconder yo
Donde no lo ver Mahoma.

PEDRO.

Vete, Rosela, á tu casa,
Y á media noche está alerta
Para aguardarme á tu puerta.

ROSELA.

Por ella, mi Pedro, pasa;
Que yo esperaré sin duda.

PEDRO.

Sí, pero ponte un vestido
De moro, porque éste ha sido
De tanto peligro ayuda.

ROSELA.

Yo le buscaré.

Vase Rosela.

PEDRO.

Es gallarda
Aquesta cristiana, Hamete.

HAMETILLO.

Estar toda un ramillete.

PEDRO.

¿Donde nuestra gente aguarda?

HAMETILLO.

Aquí decer que vendría.

Salen Cerbín, bencerraje, y Tadeo, de moros.

TADEO.

Hoy verás con qué verdad
Un cristiano en la amistad
De un Bencerraje confía.

CERBÍN.

Estoy tan agradecido
Á que verdad me has tratado;
De cristiano te he estimado
Más que moro te he querido.
Por hidalgo te tenía
De Vélez de la Gomera.
Y ¿dónde está?

TADEO.

Aquí espera,
Que vino en mi compañía.
Aquél es, llégale á hablar.

CERBÍN.

Pedro, bien puedes hablarme,
Amigo soy, y á abrazarme;
Podéis seguro llegar;
Que vuestra buena opinión
Con deseo me tenía
De que llegase algún día
En que mostrar mi afición.
Sois un hidalgo valiente,
Y aunque sois en ley cristiano,
Os doy mi palabra y mano
De amaros eternamente,
Y de que á ningún nacido
Diré quién sois.

PEDRO.

Bencerraje,
Ningún hombre en tu linaje
Amigo traidor ha sido.
Fama tenéis por el mundo
De nobles; tomo esa mano
De caballero africano,
Con quien amistades fundo
Con lazo de eterno amor.
Vivo de industria en la guerra;

No he llevado de esta tierra
Hombre que tenga valor.
Si allá no le he cautivado
Cuerpo á cuerpo, aquí no ha sido
Por mis palabras vendido,
Ni de mi ingenio engañado.
Gente humilde que allá puede
Servir, es la que yo engaño.
Si allá no hay guerra algún año,
Que el Rey la tregua concede,
Por no estar ocioso en casa,
Á buscar la vida vengo;
Muy buenos caballos tengo;
Ninguno del Betis pasa
Hasta que seis años tiene.
Las dehesas gamenosas
De Córdoba dan sabrosas
Hierbas, que el pasto entretiene.
Yo los hago de mi mano;
De éstos te daré un morcillo,
Un melado y un rosillo,
Que me daban el verano
Mil escudos por los tres,
Con tres hojas de Toledo,
Que puedes cortar sin miedo
Sobre rodela ó pavés.
Y si vas á nuestra tierra,
Verás cuál vienes de allá.

CERBÍN.

Mi dama en la reja está;
Donde vive amor no hay guerra.
Perdonadme; que he de entrar
Á dalla un papel.

PEDRO.

Yo espero.

Vase Cerbín.

TADEO.

¿No te agrada?

PEDRO.

Es caballero.

TADEO.

¿Qué hay, Hamete?

HAMETILLO.

Bono estar;
Mas ¡plega Alá que algún día
No engañamos confianza!

TADEO.

Quien teme, Hamete, no alcanza.

HAMETILLO.

Ni perder quien no confía.

Salen Sarracino, y Almoradí, y Alí, criado.

ALÍ.

Aquellos dos moros son
Los que de Vélez vinieron.

SARRACINO.

En éstos, pues no se fueron,
Se funda nuestra invención.
Llega y dales esta carta.

ALÍ.

¿Sois de Vélez?

TADEO.

Esa tierra
Nos dió vida.

ALÍ

Con la guerra,
Hay poca gente que parta,
Y haréisme grande favor
Que ésta llevéis á su alcaide.

TADEO.

Sobrino soy de Abenzayde;
Yo se la daré, señor.

ALÍ.

Alá os guarde.

HAMETILLO.

¿Qué tomar
Carta de nadie?

ALÍ.

Ya tiene
La carta.

SARRACINO.

Vete que viene
El Rey.

HAMETILLO.

Presto camenar.
Decer el guarda.....

TADEO.

El Rey sale.

PEDRO.

No soy Pedro Carbonero,
Si en su casa al Rey no espero.

TADEO.

No hay valor que al tuyo iguale.

Salen el Rey y la Reina, y guarda.

REY.

Desde aquí podéis, señora,
Ver pasar los caballeros.

REINA.

¿Quién son los que van primeros?

REY.

Zayde y Zarte entran ahora.

REINA.

¿Qué lleva en la adarga Zarte?

REY.

Un sol que va amaneciendo.

REINA.

¿Dice la letra?

REY.

«En saliendo,
Se me pone en otra parte.»

REINA.

¿Y Zayde?

REY.

Lleva un delfín.

REINA.

¿La letra?

REY.

«Siempre tormenta.»

REINA.

Bien dice.

REY.

Bien representa
Su amor, que es tormento en fin.

REINA.

Una zambra viene aquí.
¡Qué confusión, qué rüido! (1).

REY.

Toda la noche es de fiesta,
Ya veis que es noche de Juan.

SARRACINO.

Mientras que danzando están
Le quiero hablar.

REY.

¡Buena es ésta!

Salen algunos moros de máscara, y bailan una zambra, y entretanto hable al oído al Rey Sarracino, hincado de rodillas; y el Rey y la Reina han de estar sentados en unas almohadas.

Cantan.

Riberitas hermosas
De Darro y Genil,
Esforzad vuestros aires,
Que me abraso aquí.
Hermosas riberas
Donde yo nací,
La que fué mi muerte
En vosotras vi,
En el fuego es Julio,
En la vista Abril;
Esforzad, etc.
Orillas hermosas
Que el cristal cubrís,
Tened, que me muero,
Lástima de mí.
Si encubre las llamas
De nieve y jazmín,
Esforzad vuestros aires,
Que me abraso aquí.

REY.

¿Hay maldad semejante?

REINA.

¿Qué es aquesto?
¿De qué estás, Almanzor, alborotado?

REY.

¿Es éste el moro?

SARRACINO.

Sí, señor.

REY.

¡Que en esto
El amor y privanza me han pagado!
Dame la carta que te dieron presto.

HAMETILLO.

¿No te fora mejor no haber tornado?

TADEO.

Señor, aquesta carta me dió un paje.

(1) Deben faltar dos versos.

SARRACINO.

¿Quién duda que es de algún Abencerraje?

TADEO.

Para llevarla á Vélez me la dieron.

REY.

Leeré la carta y la traición que encubre.

PEDRO.

¡Ay, cielos, si quien somos le dijeron!

TADEO.

Todo cuanto ha pasado se descubre.

PEDRO.

Aquí nuestras desdichas nos trajeron.

REINA.

Color turbado al Rey el rostro cubre;
Pues ¿cómo para mí secreto oculto?

REY.

No he oído tan notable insulto.

Lee el Rey la carta.

«Los Bencerrajes de Granada al Alcaide de Vélez, salud. De nuestras juntas ha salido decretado matar al Rey y hacelle de nuestro linaje, que es el que en el mundo merece la corona; vamos avisando á todos los que son de él, para que estén con armas en las manos, y se rebelen á su tiempo las fortalezas.»

No ha de pasar adelante:
Sarracino, prendan luego
Este linaje arrogante.

REINA.

Que templéis la furia os ruego;
No es información bastante.

REY.

Si no la hubiere, soltallos;
Salgan á Bibalmazán
Y Puerta Elvira atajallos,
Las ballestas del Sultán
Y de Aliatar los caballos.
Y á este infame.....

TADEO.

Yo, señor,
Dándome un papel cerrado,
¿Cómo te he sido traidor?

REINA.

El moro está disculpado.

HAMETILLO.

Hecho un perro estar Manzor.
Alá nos sacar con ben.

REINA.

Esto es envidia y maldad.

PEDRO.

Los cielos fuerzas me den;
Que espero de esta ciudad
Sacar á Cerbín también.
Voyle avisar.

REINA.

Sólo un hombre

Vase Pedro.

No ha de quedar en Granada

Que Abencerraje se nombre.

SARRACINO.

Levanta, señor, la espada,
Haz que hasta el África asombre.

ALMORADÍ.

Derriba el soberbio celo
Y levanta la humildad
Al trono de la verdad,
Que es la condición del cielo.

Van hablando al Rey, y éntranse con él.

REINA.

¡Qué poco con el Rey valgo!
No oso hablar, á nada salgo:
¡Que al Rey digan desatinos
Caballeros granadinos,
Aunque moros hijosdalgo!
Hablando van al oído,
Mas que me pintan culpada,
Según los quiero.

TADEO.

Si ha sido
Error venir á Granada,
Dígalo el mal sucedido.

HAMETILLO.

Ver cómo le andar trazando
La morte á este noble bando,
É hacer tales fengementos.

TADEO.

Con envidiosos intentos
Al Rey Chico van hablando.

HAMETILLO.

Buscamos Pedro.

TADEO.

No llores.

HAMETILLO.

Que andar á librar Cerbín,
Que estar cego en sus amores.

TADEO.

Caerán los buenos, en fin,
Resbalando en los traidores.
Al Rey estuve temblando.

HAMETILLO.

No temer hacer bon pecho.

TADEO.

¿Quién va al Rey aconsejando?

HAMETILLO.

Sarracenos lo haber hecho.

TADEO.

Gran traición van ordenando.

ACTO SEGUNDO.

Salen Pedro y Rosela, de moros.

PEDRO.

Sólo Dios, Rosela, sabe
Con la pena que he venido.

ROSELA.

No hay mal que no esté escondido
Adonde la envidia cabe.
Es una fiera inquietud
Que al propio dueño persigue,
Es una sombra que sigue
Los pasos de la virtud.
Mira el bien y no le alcanza,
Como la imán siempre al Norte,
Pestilencia de la corte
Y rayo de la privanza.
Cuando vi que amanecía,
Y que llamando á la aurora,
Entre las nubes que dora
El sol, Venus se escondía,
Pensé que me habías burlado,
Ó que negocios mayores
Que los de amistad y amores
Te habían, Pedro, ocupado.
Y quíseme desnudar;
Mas cuando te vi volver,
Vistiéndome este placer,
Me desnudé este pesar.

PEDRO.

Si por la noche viniera
Por ti, Rosela querida,
Tu libertad y mi vida
En contingencia pusiera;
Que los alcaides y guardas,
Discurriendo la ciudad,
Tienen grande cantidad
De ballestas y alabardas.
Prendiendo los Bencerrajes,
Todos quedan en prisión.

ROSELA.

Traiciones y envidias son
De diferentes linajes.

PEDRO.

Con hachas hicieron día
La noche, confuso abismo
La ciudad, porque el Rey mismo
Á la prisión asistía.
Mil damas con rostros bellos,
Mil viejos por las ventanas;
Estos mesaban sus canas,
Y éstas sus rubios cabellos.
Quieren decir que también
Está la Reina culpada.

ROSELA.

¡Ay, Pedro, tienta la espada
Y el fiero brazo prevén;
Que viene gran gente aquí!

PEDRO.

Calla, y fíngete mi paje.

ROSELA.

Preso trae un Bencerraje
Un alcaide Almoradí.

PEDRO.

¡Vive el cielo, que sospecho
Que es Cerbín, que le he buscado
Toda Granada, y pensado
Que estaba en salvo!

Sale Almoradí, y moros de guarda traen á Cerbín preso.

CERBÍN.

¿En mi pecho
Halla el Rey culpa y traición?
¿Yo quiero matar al Rey?

ALMORADÍ.

Bencerraje, de la ley
Es el alma la razón
Fundado está en hacer
El Rey esta diligencia;
Pues quisiste hacer ausencia,
Culpa debes de tener.

PEDRO.

Vete, Rosela, á esta casa
Que digo, en el Albaicín,
Mientras que llego á Cerbín
Para saber lo que pasa;
Pregunta allí por Hamete,
Y di que te esconda allí.

ROSELA.

¿Cómo tengo de ir sin ti?

PEDRO.

Mi ventura te promete,
Rosela, seguridad;
El sol apenas se ve,
Y no es posible que esté
Tan despierta la ciudad.

ROSELA.

Vuélvate el cielo con bien.

Vase.

PEDRO.

¿Qué es esto, amigo Cerbín?

CERBÍN.

Que voy preso, preso en fin,
Con Almoradí.

PEDRO.

¿Con quién?

CERBÍN.

Con un amigo, el mayor.

PEDRO.

Habráselo el Rey mandado.
Pero ¿qué causa habéis dado?

CERBÍN.

Dice el Rey que soy traidor.

PEDRO.

No dirá, que lo más cierto
Es que al Rey se lo dirán
Traidores que siempre están
Con el veneno encubierto:
Estas cobardes arañas,
Sin fuerzas y sin valor,
Que hacen veneno la flor
En telas de sus entrañas.
Bien puede el Almoradí
Soltarte, que es caballero.

ALMORADÍ.

Pues ¿cómo un moro extranjero
Osa hablar del Rey así?

PEDRO.

Yo no digo del Rey nada;
Que al soberano señor
Debe respeto y amor
Toda lengua y toda espada.
Traidores de trato doble
Son los que afrento, ¡por Dios!
De los cuales no sois vos,
Pues sois caballero noble.
Volved á Cerbín la espada,
Llevadle preso con ella,
Pues tiene Almanzor por ella
La corona de Granada.
Que si no hubieran nacido
Bencerrajes, ya el cristiano
Tuviera el cetro en la mano,
Que con sangre han defendido.
Y no sé si acierta el Rey
En derribar las colunas
De su reino, que en algunas
Carga su corona y ley.
Mas como envidia y privanza
No se sientan á una mesa,
Siempre al villano le pesa
De lo que el honrado alcanza.
Vos tenéis obligación,
Alcaide, á templar su furia,
Viendo que de aquesta injuria
Tendrá el Rey información.
Y que con el desengaño
Volverá el Rey á estimar
Los que intentó de afrentar
La envidia, para su daño.

ALMORADÍ.

¿Hase visto atrevimiento
Como éste?

PEDRO.

Dadle la espada;
Llévela, preso, envainada
Por honra de vuestro intento;
Que desnuda no ha servido
Ninguna á Almanzor tan bien.

ALMORADÍ.

¿Qué es esto? ¿Quién eres?

PEDRO.

¿Quién?
Un hombre soy bien nacido,

Que vuelvo por quien lo es,
Y nací de quien lo era
En Vélez de la Gomera.

ALMORADÍ.

Temo que ocasión me des
Para quitarte la vida.

PEDRO.

Que temas, bien puede ser;
Que es de cobardes temer
Ya la traición conocida.

ALMORADÍ.

¡Prendedle!

PEDRO.

Es muy de mañana,
Y hay poca gente despierta.

ALMORADÍ.

¡Matadle!

PEDRO.

Es cosa muy cierta
Morirme de mala gana.
¡Fuera, perros! ¡Ea, villanos!
¡Un escuadrón de traidores
Prenderme!

Mete mano.

MORO 1.°

Fuerzas mayores
No he visto.

MORO 2.°

Terribles manos.

PEDRO.

Aquí, Bencerraje, aquí;
Pocos son, y no es de día.

CERBÍN.

¡Oh, buen hidalgo!

PEDRO.

Confía,
Confía, y vente tras mí.

Vanse. Sale Rosela.

ROSELA.

Éste es el fuerte Albaicín
En la cumbre de Granada,
Y de Hamete la posada
Está de esta calle al fin.
Aunque aquélla me parece,
Cerrada está; es de mañana;
Que no llama á la ventana
El sol, aunque el alba crece.
Tirar una piedra quiero:
Hamete.....

Asómase Hamete (1) á la ventana con tocador y candil.

HAMETE.

¿Qué estar aliá?

ROSELA.

Aquí estoy.

HAMETE.

Yo estar acá.

ROSELA.

Abre, que ha un año que espero.

HAMETE.

¿Quién ser vos? ¡Válate el diablo!
¿Pecarilio vosancé?

ROSELA.

¿En el traje no se ve,
Y en las razones que hablo?

HAMETE.

Desa suerte, ¿qué querer?
Vertemos el orenal.

ROSELA.

Mira que temo algún mal;
Que me podrán conocer.

HAMETE.

Pos ¿quén ser vos?

ROSELA.

Soy Rosela:
¿Tengo de decirlo á voces?
Hamete, ¿no me conoces?
Mira que cesa la vela
Y que ya tocan las cajas.

HAMETE.

¡Ah, potilla! Calla el boca;
Que el Alhambra que me toca
Estar trepas al tenajas.

ROSELA.

Pues vestirte es necesario.

HAMETE.

¿Como tan presto beber,
Que aun no he sentido decer
Agua ardente é letuario?
Mas esperamos aliá,
Que ya poner el quizel.

Vase.

ROSELA.

¿Qué hará mi Pedro? que de él
Tengo gran cuidado acá.
No sosiega el corazón
Ausente de lo que ama,
Que es la puerta donde llama
La mano de la razón;
Que como es razón temer,
Avisa el alma del daño.

Sale Tadeo.

TADEO.

¡Que de tan injusto engaño
Fuese la causa mujer!
¡Que Pedro, por un antojo,
Todo el honor ha perdido,
Y guste haberme traído
Desesperado de enojo!
¿Si ha vuelto en casa de Hamete?

(1) En otras partes de la comedia se le llama *Hametillo*.

ROSELA.
Un moro viene. ¡Ay de mí!
TADEO.
Un morillo he visto aquí,
Que entre las piedras se mete:
Sin duda que ha sido espía.
¡Traidor, tu muerte ha llegado!
ROSELA.
Detén, moro, el brazo airado,
Y el noble acero desvía.
¿Eres, por dicha, pariente
De Xaricarfe?
TADEO.
No soy,
Sino extranjero, que voy
Buscando ahora mi gente;
Que á Vélez quiero partirme.
Sígueme tú.
ROSELA.
No, señor;
Que me encondí de temor.
Yo solo pensaba irme.

Sale Hamete.

HAMETE.
¿Qué diablo hacer al cristiana?
¿Es tal desora de vos?
TADEO.
¿Cristiana?
HAMETE.
Sí, ¡joro á Dios!
ROSELA.
¡Ay, triste; mi muerte es llana!
¿Cómo, Hamete, has descubierto
Lo que Pedro te encargó?
HAMETE.
Caliar, bobilia, que yo
Estar más ben al concerto:
Éste ser el premo hermano
Del Pedro que vos querer.
TADEO.
¿Que ésta es cristiana y mujer?
ROSELA.
¿Que vos, señor, sois cristiano?
TADEO.
De Pedro soy alma propia,
Si no es que vos lo sois ya,
Que donde la vuestra está,
La mía estuviera impropia.
¿Dónde queda? si sabéis.
ROSELA.
Vió que por el Zacatín
Llevaban preso á Cerbín
Un alcaide y cinco ó seis
Moros, soldados de guarda,
Y á librarle se quedó.
TADEO.
¿Esa locura intentó?
¿Cómo que no le acobarda
El peligro en que estuvimos,
La ciudad que está cercada,
El Alhambra alborotada,
Donde ayer muertos nos vimos?
De aquestas temeridades,
¿Qué bien se puede esperar?
ROSELA.
¡Qué tiempo, amor, qué lugar
De concertar voluntades!

Salen Pedro y Cerbín.

PEDRO.
Aquí dije que aguardase,
Y estará también Tadeo.
CERBÍN.
¡Oh, cómo tengo deseo
Que de Almanzor te librase!
PEDRO.
En gran peligro se vió.
TADEO.
Gente viene; meted mano.
¿Quién es?
PEDRO.
Yo.
TADEO.
¿Pedro?
PEDRO.
¿Es Tadeo?
CERBÍN.
Tadeo.
TADEO.
¿Quién te libró?
CERBÍN.
¿Quién, si no Pedro, podría?
PEDRO.
¡Rosela!
ROSELA.
¡Querido dueño!
HAMETE.
¿Hamete estar algón leño?
¿Nadie hacer más cortesía?
PEDRO.
¡Oh, Hametillo! ¡Por Dios vivo
Que te estimo y que te quiero
Más que á todo!
HAMETE.
Carbonero,
Ya estar vosancé cativo
Me carazón dal feción.
¿Qué tenemos?
TADEO.
¿Que en prisión
Te has visto?
CERBÍN.
En prisión está
La mayor parte, Tadeo,
Del linaje Bencerraje;
Yo solo, de este linaje,
Libre pienso que me veo;
Aunque no sé de qué suerte
Podrá de Pedro la espada

Sacarnos hoy de Granada
Sin tener prisión ó muerte;
Que aunque á librarme de aquellos
Le vi matar dos ó tres,
Y los demás á sus pies
Deben el venir sobre ellos,
No podrá de un escuadrón
Que cada puerta defiende,
Librarme, como pretende,
Su esforzado corazón.
Tiene la Puerta de Elvira
Á Rustán con cien caballos
Que el sol madruga á mirallos
Y á los de su carro admira;
Están en Bibalmazán
Cien lanzas de Jazimín;
Cercan á Bibataubín
Doscientas de Reduán.
Y en las demás de esta suerte;
Y hasta en las calles y plazas
Son las industrias y trazas
Contracifra de la muerte;

PEDRO.

Donde la fuerza no vale,
Y el peligro es senda estrecha,
Si la espada no aprovecha,
Con el ingenio se sale.
Todos hemos de tomar
De moros de campo el traje,
Y tú mismo, Bencerraje,
Has de salir á cavar.
Hamete será el señor
Que nos lleva concertados,
Y para que mis soldados
Alcancen parte mejor,
Que á vueltas lleve también
Otros moros jornaleros,
Porque entre los verdaderos
Se encubran los falsos bien.

TADEO.

¡Rara industria!

CERBÍN.

No pudiera
Ser de otro ingenio.

HAMETE.

¿É que yo
Librar todos?

PEDRO.

¿Por qué no?

HAMETE.

El peligro considera.

PEDRO.

Ello está considerado:
Concierta moros, y sal
Una vez al arrabal,
Y venga el mundo cifrado.
Yo he de librar á Cerbín,
Yo le meteré en la vega.

HAMETE.

Nonca el fortuna á vos nega,
Pedro, on ventoroso fin.
Vamos, é yo enganiar moros
Decendo andar á cavar.

PEDRO.

Esto es saber cautivar;
Pienso ganar mil tesoros.
Ven Rosela, ven Tadeo;
Ánimo, Cerbín.

CERBÍN.

Ninguna
Fuerza tiene la fortuna
Contra el valor que en ti veo.

HAMETE.

Alto, pos: modar pelejos.

PEDRO.

Entra en casa.

HAMETE.

Á bona fe
Ser horón de vosancé,
É moros estar conejos.

Vanse.

Salen Sarracino y guardas.

SARRACINO.

Hoy manda el Rey que con mayor cuidado
Se guarden estas puertas, porque quiere
Que la justa sentencia se ejecute
En los Abencerrajes.

GUARDA 1.°

Ningún hombre
Ha salido, señor, la Puerta Elvira,
Sin que fuese mirado atentamente;
Pero ¡por Dios, que á todos mueve á lástima
Que tan alto linaje á morir venga
Una muerte tan baja y afrentosa!

SARRACINO.

Celindo, no merecen los traidores
Honra en la muerte, y más cuando se atreven
Al crimen que los francos Bencerrajes:
Presa tienen la Reina también.

GUARDA 1.°

¿Cómo?
Pues ¿es, señor, de este linaje?

SARRACINO.

Entiendo
Que tiene algún jirón de aquesta sangre;
Pero dícese de ella, y lo han jurado
Dos hidalgos de Fez Almoradíes,
Que amaba un Bencerraje, y pretendía,
Matando al Rey, que el Bencerraje fuese
Rey de Granada.

GUARDA 1.°

Y ¿sábese quién era?

SARRACINO.

Muley Hamete el mozo, dicen todos
Respecto de su talla y su hermosura,
Cual nunca la ha tenido moro en África:
Excede el rostro en la blancura Arfilo,
La nieve de la sierras en que nace
El helado Genil; sus ojos verdes
Á los jaspes que cría entre sus aguas;

El color de la boca y las mejillas
Imitan los que nacen en Granada;
Es rojo, de cabellos erizados
Como unos hilos de oro, en vez de bozo;
Airoso cuerpo, cuello y manos blancas.

GUARDA 1.°

Grandes testigos son contra su vida.

SARRACINO.

No se sabe muy bien; la Reina niega.
¿Qué gente?

GUARDA 1.°

Jornaleros de la vega.

Salen Pedro, Hamete, Cerbin, Tadeo y Rosela, y otros dos moros ó tres, como trabajadores, con azadas.

GUARDA 1.°

Con todo, se han de mirar
Poco á poco alertamente:
Alcen los rostros.

HAMETE.

Parente,
Ben poder dejar pasar;
Todos estar de mis vinias.

GUARDA 1.°

¿Tanta gente?

HAMETE.

É pocos son;
La herba estar compasión,
Que cobremos las campinias.

GUARDA 1.°

¡Qué rico está el buen Hamete!

PEDRO.

Quédate, Hamete, en Granada,
Y á la parte concertada,
En anocheciendo vete.

Vanse todos, y vuelve Hamete.

HAMETE.

Caliar, y andar á la serra,
Que aliá iremos á boscar:
Más ser el que aqué gastar,
Que el provecho de la terra.

GUARDA 1.°

Tantos jornales, no niego
Que es lo que la hacienda roba.

HAMETE.

¡Joro á Dios, con ona arroba
No hacelde de pasa é hego!
Jornalero andar alí,
Que hoy pensalde de perder
Todo el gana de comer.

GUARDA 1.°

Y ¿ya comerá?

HAMETE.

Ya sí.
¿Cuándo decemos que el Rey
Degoliar el cencerrajes?

GUARDA 2.°

Si no es que los ojos bajes,
Y que al pregón de la ley
Más sangrienta que se ha hecho,
Cierres, Hamete, el oído,
Verás y oirás qué ha podido
La envidia de un traidor pecho.

HAMETE.

¡Ah, potos! Envidia pura
Haber vendido este gente,
Forte, galiarda é valente,
É de Granada hermosura.
Erloa ver Alá sabemos
El que liorar.

GUARDA 1.°

Vé en buen hora.

Vanse las guardas.

HAMETE.

Á Fedaura, so seniora,
Ver ben liorando podemos.
¿Qué lievas este papel?
¡Gran peligro andar pescozo!
Mas bona fe estar bon mozo,
É hacelde amestad con él.
É vos, Pedro, demandalde,
El que repleca no hacelde,
Que Pedro mucho querelde,
É no ser querer de balde.
Á esto quedalde acá:
Á Bebarrambla premero,
Andar á ver mal tan sero,
Despós ayodarme Alá.

Vase.

Salen un moro y Sarracino.

MORO.

Que se cierren las puertas de Granada
Manda el Rey, Sarracino, mientras dura
La ejecución de la sentencia injusta
Que se hace en Bibarrambla del linaje
Mejor que á España vino desde el África.

SARRACINO.

Calla, Leocán, no digas que es injusta.

MORO.

Yo digo en esto lo que todos dicen,
Yo lloro en esto lo que todos lloran.

SARRACINO.

Cerrad, moros, las puertas.

MORO.

Ya cerramos.
¿Quiéreslos ver?

SARRACINO.

Á Bibarrambla vamos.

Vanse.

Salen Fidaura y Dalifa.

DALIFA.

No se atreve el vil tirano
Á que en Bibarrambla sea.

FIDAURA.

¿Quién hay, Dalisa, que crea
Un caso tan inhumano?
¿Quién hay que no se arrojara
De mejor gana á la muerte?

DALIFA.

En que te escuchan advierte,
Y en que te miran repara.

FIDAURA.

No puede, amiga, el dolor,
Porque acabara la vida
Si se viera resistida
Tan grande fuerza de amor;
Que cuando callar se intenta,
Del corazón imagina
Que viene á ser como mina,
Que, si no sale, revienta.
¿Está en los presos Cerbín?

DALIFA.

¿Quién duda? Será el primero.

FIDAURA.

¿Cómo, cielos, que no muero
Viendo tan cerca su fin?

DALIFA.

Y mi Tarfilo, Fidaura,
¿No te sirve de consuelo?

FIDAURA.

Mal de ajeno desconsuelo,
Las esperanzas restaura.
No porque es tu mal ajeno
Para mí, que propio es:
Voces dan; helados pies,
Moved mi vida á un veneno.
Dalifa, ¿de qué dan voces?

DALIFA.

Débenlos ya de sacar
Á una sala á degollar
Esos verdugos feroces,
Que en la plaza no han osado,
De temor del pueblo.

FIDAURA.

Corre,
Dalifa baja á la torre;
Mientras me arrojo en mi estrado.

DALIFA.

Voy.

Vase.

FIDAURA.

¡En mi estrado dije! ¡Cielo,
Ahora es bien que me ampares!
De esta torre de Comares
Me quiero arrojar al suelo.

Sale Hamete.

HAMETILLO.

El alboroto (1)
Me haber dado tal logar,
Que hasta aquí poder entrar.

FIDAURA.

¿Cómo en lugar tan remoto
Para los hombres, entraste?
Hombre, ¿dónde vas así?

HAMETILLO.

¿Vos no conocelde á mí?

FIDAURA.

¿Cómo estas cuadras pisaste?

HAMETILLO.

Caliar, que ser mensajero
De Cerbín.

FIDAURA.

¿Vive?

HAMETILLO.

Sí bebe,
He de so mano recebe
Este carta.

FIDAURA.

¿Vivo, ó muero?

HAMETILLO.

Bebe, por estar hablando.
¡Válgate Dios, nunca á vos.....

FIDAURA.

Su letra y firma ¡por Dios!
Es ésta que estoy mirando:
Tiemblo de amor y temor:
Pongo en el papel la boca.

HAMETILLO.

Caliar, deablo, que estar loca;
Leelde, que estar mejor.

Lee Fidaura:

«Las manos de un cristiano, Fidaura mía me han librado de las del Rey tirano, y hoy, con su ayuda, salgo de Granada; alégrate de mi dicha; que presto volveré á sacarte del Alhambra, dándome Dios vida: la tuya guarde. —*Cerbín.*»

FIDAURA.

¿Hay tal nueva, hay tal contento?
Dame esos brazos, amigo.
¿Tanto bien?

HAMETILLO.

Merar qué digo:
Vosancé caliar so intento;
Que en pasar estos noblados,
Cerbén venemos por elia.

FIDAURA.

¿Dónde está?

HAMETILLO.

Fidaura belia,
Ya estar con doce soldados
Que valer por mil quinientos,
Todos castanios de fama.

FIDAURA.

¿Como el capitán se llama?

HAMETILLO.

No entender los pensamientos;
Mas tenelde por verdad,

(1) Verso incompleto.

Que no le coja Almanzor.

FIDAURA.

¡Ay, Cerbín; ay, mi señor!
¿Si salió de la ciudad?

HAMETILLO.

Ya estar fora; yo le vi
Con on azada en el hombro.

FIDAURA.

¿Di tu nombre?

HAMETILLO.

Yo me nombro.....

FIDAURA.

No te receles de mí.

HAMETILLO.

Hameteco estar mi nombre,
Nacer en Benamexí,
Haberme creado aquí;
Tenemos amor á on hombre
Que ser castanio, é server
De lo que querer mandar.

FIDAURA.

Quiérote este anillo dar.

HAMETILLO.

É yo querer receber.

FIDAURA.

¡Que vive la luz divina
De mi señor! ¿Vivo eres,
Cerbín?

HAMETILLO.

Seniora.....

FIDAURA.

¿Qué quieres?

HAMETILLO.

¿Estar esta pedra fina?

FIDAURA.

Vale un tesoro; mas di,
¿Cuándo veré yo á mi bien?

HAMETILLO.

Acá volver yo también,
Escreberle vos por mí;
Que yo traer el resposta.

FIDAURA.

Otro anillo te he de dar.

HAMETILLO.

Tanto podemos bligar,
Que aliá corremos el posta.

FIDAURA.

Cuantas tengo en las dos manos
Te he de dar.

HAMETILLO.

Serto provecho.
¡Oh, qué lindo! Quedar hecho
On obispo de castanios.
Voy á la serra en que está;
Cameno de Andójar es.

FIDAURA.

Yo le serviré después.

HAMETILLO.

Gárdete, seniora, Alá.

FIDAURA.

Y dirásle tú al cristiano
Que le quiero regalar.

HAMETILLO.

Es hombre el más sengolar
Que ha posta la espada mano:
Gardar que nadie te note.

FIDAURA.

Y ¿cómo, si es de importancia?

HAMETILLO.

No haber tan londa ganancia
Como ser uno alcabote.

Vanse.

Salen el Rey, Sarracino y Almoradí.

SARRACINO.

No dudes que estará dentro en Granada.

REY.

¡Que un moro solo te quitase un preso!

ALMORADÍ.

Si tú vieras la fuerza de su espada,
No tuvieras dejalle á mucho exceso.

REY.

¿Está ya la sentencia ejecutada?

SARRACINO.

Si quieres ver el trágico suceso,
Vuelve los ojos á la sala, y mira
Los sangrientos ejemplos de la ira.

Corre una cortina y vense con invención las cabeza encima de una mesa.

REY.

Este es el fin que la soberbia tiene,
Y el ser un hombre ingrato al beneficio.

SARRACINO.

Á tal bajeza el que se ensalza viene.

ALMORADÍ.

Bajar los altos es del cielo oficio.

REY.

Banquete ha sido próspero y solene;
Yo tendré en la memoria este servicio;
Nunca vasallo puso á rey tal mesa;
De que entre ellas no esté Cerbín, me pesa.

ALMORADÍ.

Yo te daré ese postre, si yo puedo,
Antes que el sol mañana en el Poniente
Peine al cabello su dorado enredo,
Y encubra al Indio su abrasada frente.

SARRACINO.

Que se meta en la sierra tengo miedo,
Y en Orgiva le esconda algún pariente.

ALMORADÍ.

No es posible, señor, que haya salido.

REY.

Cubrid los cuerpos. ¡Gran tragedia ha sido!

SARRACINO.

Aquel mancebo que aun estando muerto
Mostraba de su rostro la hermosura,
Era Muley Hamete.

REY.

Y ¿será cierto

Que la Reina le amó con tal locura?

SARRACINO.

Lo que hasta ahora tiene descubierto
Rustán Celín, que la verdad procura,
No condena á la Reina.

REY.

El cielo quiera
Que se libre la Reina y que no muera.

SARRACINO.

Tiénesla amor, y justamente creo,
Porque Muley Hamete era muy mozo,
Y era muy alto su primer empleo.

REY.

Mis celos muestran de su muerte el gozo.

SARRACINO.

Era, señor, muy desigual empleo,
Á quien apenas apuntaba el bozo.

REY.

La sangre sobre el mármol de la fuente,
Guardará su memoria eternamente.

SARRACINO.

Aquí viene Rustán.

REY.

Pues ¿cómo toma
Granada este suceso?

Sale Rustán.

RUSTÁN.

No quisiera
Hablarte en estas cosas ¡por Mahoma!
Toda Granada contra ti se altera:
De donde el Albaicín la frente asoma,
Hasta la fuente del jardín postrera,
Que está en Generalife, todo es llanto;
Nunca pensé que lo sintieran tanto.
Pónense luto, cierran las ventanas;
Unos dicen que ha sido alevosía
Por invidia de cartas africanas
De alarbes que han echado á Berbería;
Otros dicen que son tretas cristianas,
Porque muera la fama y valentía
De los Abencerrajes de Granada,
Y éntre Fernando con desnuda espada.
Culpan á Almoradí y á Sarracino,
Y algunos Aliatares y Gomeles,
Por celos de la fama, que á Cerbino
Amaban, siendo Almoradíes crueles.
Crece el rumor, la furia, el desatino;
Que si no lo remedias como sueles,
No pongo duda que la humilde plebe
Tome las armas y á ofenderte pruebe.

REY.

Echa, Rustán, un bando, que al momento
Ninguno traiga luto ni haga llanto,
So pena de la vida; que es mi intento
Hacer las fiestas del Baptista santo;
Comiéncese de nuevo, y el contento,
Á pesar del dolor, se doble tanto,
Que dure el regocijo quince días.

Vase el Rey

SARRACINO.

En fin, Alcaide, son envidias mías.

RUSTÁN.

El Rey se va; no puedo ahora hablarte.

Vase Rustán.

ALMORADÍ.

Y yo también el envidioso he sido.

SARRACINO.

¿Qué quieres? Á los dos nos hacen parte
De culpa que jamás hemos tenido;
Granada, Almoradí, quiere culparte,
Aunque dicen verdad, pues el olvido
De Fidaura fué causa de este engaño;
Yo hice por Dalifa el propio daño.
Juntos somos culpados, y así, es justo
Que juntos el remedio procuremos;
Que viva Alí me da mortal disgusto,
É importa que la vida le quitemos.
Dióle la carta al moro, y sabe el gusto
Que de la muerte de Cerbín tenemos;
Antes que nos descubra, pues importa,
Vivo le entierra y la cabeza corta.

ALMORADÍ.

Alí me ha sido siempre leal criado;
Pero para vivir menos sujeto,
Hoy á Genil le sacaré engañado,
Y nuestro engaño quedará secreto
Si está todo mi honor aventurado
En poner tus consejos en efeto.
Camina y buscarémosle.

SARRACINO.

La mengua
De todo nuestro honor está en su lengua.

Vanse.

Sale Pedro Carbonero en su hábito, y Tadeo, Andrés y Simón, y Cerbín de moro, y Rosela con calzones, capotillo, montera y ballesta.

PEDRO.

Estamos ahora en parte,
Cerbín, que todo el poder
Del mundo no puede ser
Para que te prendan parte.
De aquestas altas montañas
Soy dueño, de tal manera,
Que, como Marte en su esfera,
Reino entre aquestas cabañas.
No verás encina ó roble,
Sierra ni peñasco fiero,
Que de Pedro Carbonero
No tiemble, con ser inmoble.
Las aves, antes que el sol
Ó sus rayos las enricen,
«Pedro Carbonero, dicen,
El cordobés español.»
Con mis doce compañeros
He ganado mil tesoros,
Robando á Granada moros,

Del Xaraguí jornaleros.
Traigo cautivos cristianos,
Como has visto repartir;
Que me los suelen pedir
Deudos, parientes y hermanos.
Sólo esta bella mujer
No he dado á quien la pidió;
Pero no la fuerzo yo
Á que viva en mi poder,
Que ella me muestra afición,
Y gusta de aquesta vida.

CERBÍN.

Si de ti, Pedro, es querida,
Sobra á Rosela razón,
Y de no querer volver
Á sus deudos, mucho más;
Que es deuda estar donde estás,
De agradecida mujer.

ROSELA.

No la libertad es parte
Que me diste, Pedro mío,
Para que con este brío
Sigas las armas de Marte;
Sino el tenerte afición,
Y el ir siguiendo la luz
De un Alejandro andaluz,
De un español Cipión.
Eres el sol de estos ojos,
Por quien ni las más extrañas
Peñas de aquestas montañas
Darán á mis pies enojos;
Ni llevar por esa cuesta
Tan alta, en veloz corrida,
La espada que ves ceñida,
Ni en el hombro la ballesta;
Que cuando en verdes espartos
Solamente el pie tuviera,
Iré corriendo ligera
De Sierra Morena á Martos.
Soy tuya: mi profesión
Es guerra; el valor arguyo
De que soy soldado tuyo,
Capitán de mi afición.
Moros sabré cautivar
Del Xaraguí de Granada,
Sabré manejar la espada
Y la ballesta tirar;
Y sabré quererte tanto,
Pedro de los ojos míos,
Que pasaré á pie los ríos,
Y, en tu ausencia, el de mi llanto.

PEDRO.

Quisiérate responder
Tan tierno como era justo;
Pero debo al ser robusto,
Dejarme de enternecer.
Yo estoy tan agradecido,
Rosela, á tu voluntad,
Que de amarte con verdad
Tengo al amor prometido,
Este pecho y esta vida
Te servirá eternamente.

TADEO.

¿Qué se ha de hacer de esta gente
Que anda en el monte perdida?

PEDRO.

¿Dices los moros cautivos?

TADEO.

Pues ¿quién?

PEDRO.

Váyanse á vender.

TADEO.

¿Adónde y cómo ha de ser?

PEDRO.

Dondequiera, si están vivos.

TADEO.

Uno solo, de coraje,
Es muerto.

PEDRO.

¿Emperróse?

TADEO.

Sí.

PEDRO.

Alto: vayan por ahí;
Aunque de precio se baje,
No vuelva al monte ninguno.

TADEO.

¿Quién irán?

PEDRO.

Simón y Andrés.
¿Cuántos son?

SIMÓN.

Son veintitrés,
Y de más años algunos.

PEDRO.

Á veinte escudos los den,
Uno con otro.

SIMÓN.

Yo voy.

CERBÍN.

Mirando tu gracia estoy.

PEDRO.

Y ¿parécete bien?

CERBÍN.

Bien.

Vanse Simón y Andrés.

Entra Hametillo, á lo gracioso, con alforjas y una azagaya.

HAMETILLO.

¡Oh, bendeto estar Alá,
Que habemos acá liegado!

PEDRO.

¿Es Hamete?

HAMETILLO.

¡Bon recado!

PEDRO.

Ea, los brazos me da;
Ya sabes que soy primero.

HAMETILLO.

Ahora ben, brazos te damos;

¡Par Dios, macho le costamos,
Senior Pedro Carbonero!

PEDRO.

Yo pago con afición.

HAMETILLO.

Machos alpargates rasgo,
Vos, Carbonero, ser trasgo,
Volverse el paga carbón.
Abracemos á Cerbín
Y á Tadeo.

ROSELA.

Y ¿á mí no?

HAMETILLO.

¿Quién ser vos?

ROSELA.

Yo.

HAMETILLO.

¿Quién ser yo?

ROSELA.

¿No me conoces, rocín?

HAMETILLO.

¡Válgate el deablo, poteca,
Qué bona andar, y qué fresca!
¿Quén te haber dado gregesca?

ROSELA.

Mi Pedro.

HAMETILLO.

¿Ser vos, so pereca?

ROSELA.

Soy hombre; ¿ya no lo ves?

HAMETILLO.

Ya ser soldado de fama,
Ser camarada de cama
Conmego.

ROSELA.

Hablemos después,
Estafeta de embelecos.

Vase.

HAMETILLO.

É ¡joro á Dios! se dormer,
Que Hamete hacerte parer
Tres docenas de Hametecos.

CERBÍN.

¿Que hay, Hamete, de Granada?

HAMETILLO.

Este carta dar á mé
Fedaura, é ser para te.

CERBÍN.

¡Oh prenda del alma amada!
¡Oh papel! ¡Oh letras mías!
¡Oh consuelo de mis males!

HAMETILLO.

¿No traer porte?

CERBÍN.

Á prendas tales
Se da el porte en alegrías.

HAMETILLO.

¿En alegrías?

CERBÍN.

¡Pues no!

HAMETILLO.

Logo vos cobrar el porte,
Pos sendo yo el que le importe,
No cobrar el porte yo;
Por bona fe, que haber hecho
Obespo Fedaura á mí.

CERBÍN.

Desde que el alma le dí
No tengo prenda en el pecho.

HAMETILLO.

¡Por Mahoma, eso espenazo
No te traer otra á vos!

CERBÍN.

Somos amigos los dos;
¿Qué más porte que un abrazo?

HAMETILLO.

Pos ona prenda traer,
Que dar para tu consuelo,
É no la dar.

CERBÍN.

¡Santo cielo!
¿Prenda suya en tu poder?
¿Qué prenda, Hamete?

HAMETILLO.

Ona banda
Para que pasar la aosencia.

CERBÍN.

No haces buena diligencia
Si no das lo que te manda.

HAMETILLO.

Ne vos hacer bon amante
Se no das bricias á mí.

CERBÍN.

Este anillo no te dí
Por ser tan rico el diamante,
Y por ella le he de dar.

HAMETILLO.

Mostra.

CERBÍN.

Ya está en tu poder.

HAMETILLO.

Pos ahora no tener
Banda ¡bon pagado estar
Del porte que te pedí!

CERBÍN.

En fin, me engañó; leer quiero.

HAMETILLO.

¡Ah, senior Carbonero,
Esto aprendemos de ti!

Carta.

«Cerbín, cuando vi que sacaban los Bencerrajes de la torre á la sala del baño, para cortarles las cabezas, me quise arrojar de la torre de Comares á los jardines; pero como en este tiempo llegase Hamete, cobré aliento con tu carta. Dice que espere, que vendrás por mí; yo viviré con esa esperanza; cúmpleme la palabra, y Dios te guarde.—*Fidaura.*»

CERBÍN.

Pues ¿cómo, Hamete, ya el Rey
Degolló los Bencerrajes?

HAMETILLO.

Por no dar trestes mensajes
Haber caliado Muley;
Ser tragedia lastimosa.

CERBÍN.

Y qué, ¿Fidaura sintió
Tanto el entender que yo
Iba á la muerte afrentosa,
Que se arrojaba.....

HAMETILLO.

¿El qué deces?
Ser verdad, elia querer,
Pero dejarlo de hacer
Por no hererse en al nareces,
Que se no, ya amortajamos,
É descansar con Mahoma.

CERBÍN.

Aliento y trabajo toma,
Pues aquí despacio estamos,
Hamete, y di cómo fué.

HAMETILLO.

Que me place, aunque tomar
Pena.

CERBÍN.

Comienza á contar.

HAMETILLO.

Escocharme vosancé:
On martes, cuando ya el sol,
Bordando los Alejares,
Desde las torres Bermejas
Eba á Genel á baniarse,
Manda Rey chico Manzor,
Que Alá pocos años garde,
É tan pocos, que no lieguen
Á ver so vida otro martes,
Cerrar á Granada el portas,
É poner garda en las calies
De loceda infanterea,
É de fortes capotanes.
Toda la gente correr
Al Bebarrambla, á la parte
Que haber on treato triste
Enlotado, forte é grande.
Neneos, mojeres é vejos,
En ona voz lamentable
Dar gretos, lamiar Mahoma;
Él dormer, é no escocharles.
Mesarse el que tener barbas,
El que no tener, terarse
De los cabelios le vi,
É rasgar los almaizares.
Mas tenendo el Rey temor
Que el cedad se alborotase,
Vendo tanto sentemento
Hasta en pedras é animales,
Que yo ver loriar el perros,
Y este no ser disparate;
Que si lioraban los moros,
¿Qué macho que el perros ladren?
Mandar que el garda que haber
Bajado dos horas antes
Al calie de los Gomeles,
Desde el torre de Comares,
Ocopar el plaza nova,
Y el Zacatín, sen haliarse
Hasta el treato otra cosa
Que armas, lanzas é torbantes.
Sober á la Alhambra toda,
É que en torno la cercasen,
Sen que á ver el acto treste
Consenter entrar á nadie.
É yo, que antes haber edo
Á dar to papel, haliarme
Dentro, lleno de temor,
É ver el caso; escochalde:
Saler delante on trombeta,
Cuyo son, rompendo el aire,
Á pesar de mi bonete,
Hacer el cabello alambre.
Logo, en larga procesión,
De en dos en dos los algaides
De portas é de castillos,
Con amarellos semblantes;
É tras ellos un pregón
Que decer palabras tales:
«Sepan todos cuantos beben,
Que éstos son los cencerrajes,
Á que nostro rey Manzor
Mandamos descabezalies
Por traidores al Corona,
É á so senior desleales.»
Yo entonces, entre mes dentes,
Aunque temblamos el carnes,
Decemos: «¡Poto, mentes,
Que estar honrado lenaje!»
Entrar en la sala todos;
Desnodó on hombre on alfanje,
É sobre ona blanca pela,
Fonte de poros cristales,
Cortar todas las cabezas,
É con el calente sangre,
El mármol blanco é lustroso
Volver por mel partes jaspe.

CERBÍN.

Dame, Pedro, licencia que me mate;
Que no es la vida para mal tan grande.

PEDRO.

¡Tente, Cerbín! ¿Eso dices?

CERBÍN.

Son todos deudos y padres,
Todos hermanos y primos.

PEDRO.

Vive tú, que Dios te guarde,
Para que á Fidaura cobres;
Que trabajos semejantes
Nunca el cielo los envía
Á hombres bajos y cobardes.
Vete á desnudar conmigo;
Que antes que dos meses pasen

Espero verte en Granada.

CERBÍN.

Veréme en Granada tarde.
¿Cuántos murieron, Hamete?

HAMETILLO.

Alí, Soltán Bencerraje,
Maniloro, Rocaferro,
Tarfilo, Modarra, Alfaide,
Sen otros de menos conta
Que quedar presos en cárcel,
Para sacar otro dea,
Porque el dolor no se acabe.

CERBÍN.

Dame, Pedro, licencia que me mate;
Que no es la vida para mal tan grande.

PEDRO.

Desesperado se fué;
Corre, Tadeo, á atajarle.

TADEO.

Ya voy; tú ven con Rosela
Poco á poco á los jarales.

HAMETILLO.

¿É ya, Pedro, no comemos?

PEDRO.

Sí, Hamete.

HAMETILLO.

¿Qué haber que darme?

PEDRO.

Un buen cabrito de leche,
Dos conejos que aquí nacen,
Vino de Castillanzul,
Que hará que las piedras hablen,
Jamón de Rute, y de graña,
Cuando las hebras le saques.

HAMETILLO.

Dame, Pedro, lecenca, que el gaznate
Remoje, é beba en ona bota grande.

ACTO TERCERO.

Sale el rey Almanzor, Sarracino, Almoradí y Rustán

REY.

Haced sacar mis banderas,
Empuñen lanzas y adargas,
Cubran en hileras largas,
Darro, y Genil, tus riberas;
Dejad las zambras y galas
Y el cortesano ornamento;
Dad tafetanes al viento,
Tocas, plumas y bengalas.
El amor de los vasallos
Se ve en las cosas de honor;
Respondan al atambor
Con relinchos los caballos;
Júntense en Bibataubín
Mis alcaides y escuadrones;
Bajen los blancos pendones
Del coronado Albaizín;
Hable Marte y calle Amor,
Pues con la espada en la mano
Osa el cobarde cristiano
Atreverse á mi valor.

RUSTÁN.

Si se vieran en Granada
Los Abencerrajes francos,
Vieras mil turbantes blancos
Y mucha lanza empuñada,
Cubrir la Puerta de Elvira,
Y que estuvieran temblando
Los cristianos de Fernando,
Que ya tus murallas mira.
Segura su tierra estaba
Antes de esta fiera ley;
Bien se te emplea, buen Rey,
Buen Rey, bien se te empleaba.
Creiste á la envidia vil,
Y que llegue es gran razón,
Con el cristiano pendón,
Á la margen del Genil;
Y que se atreva su espada
Hacerte infames ultrajes,
Por matar los Bencerrajes,
Que eran la flor de Granada.

SARRACINO.

Calla, Rustán, no prosigas
Con palabras descompuestas;
Mejor andaban en fiestas
Que entre lanzas enemigas,
Con galas afeminadas,
Llenos de olores y plumas,
Más vanos que las espumas
De sus yeguas alheñadas,
Haciendo á las damas locas
Ademanes y visajes,
Andaban los Bencerrajes
Entre algodones y tocas.

ALMORADÍ.

Dice verdad Sarracino:
Alábalos de galanes,
Pero no de capitanes,
Nombre de su infamia dino.
Con cañas por los tejados
De Bibarrambla, ¿qué importa,
Siendo su lanza tan corta,
En los paveses dorados?
Granada sabe el estrago,
Por más fuerte que los muestres,
Que sufrió de los Maestres
De Calatrava y Santiago,
Por entregar sus banderas
Á Bencerrajes cobardes,
Diestros en hacer alardes,
Torpes en las armas fieras.

RUSTÁN.

Á no estar aquí su Alteza.....

ALMORADÍ.

Pues si él no estuviera aquí,
¿Osaras tú hablar ansí
Contra toda la nobleza?

RUSTÁN.

¡Buena estuviera Granada
Á ser los nobles tan pecos,
Que de dos mozuelos locos
La defendiera la espada!

REY.

No se hable más: ¿qué es aquesto
En mi presencia?

RUSTÁN.

Señor,
Yo vuelvo por mi valor,
Que la envidia ha descompuesto,
Y con la voz popular,
Que suele ser voz del cielo.

REY.

Conozco, Rustán, tu celo,
Pero no es tiempo de hablar.

Sale un paje.

PAJE.

Un moro pide licencia,
Mal herido: ¿puede hablarte?

REY.

¿Herido? Pues ¿de qué parte?

PAJE.

Él lo dirá en tu presencia.

Sale Alí, moro, herido.

ALÍ.

Pues tanta dicha he tenido (1)
Que he llegado á ver tus puertas,
Escucha mis justas voces.

REY.

¿De dónde vienes así?

ALÍ.

Gran señor, yo soy Alí,
Sospecho que me conoces,
Que al Almoradí servía,
Que Alá quiere disfamalle
Contigo, y que no se calle
Su infamia en la muerte mía.

ALMORADÍ.

¡Perdido soy, Sarracino!

SARRACINO.

¿Qué haremos, Almoradí?

REY.

Cuenta lo que pasa, Alí,
Que su traición imagino:
Toma esa puerta, Rustán.

RUSTÁN.

La guarda está aquí, señor.

ALÍ.

¡Ah, generoso Almanzor,
Defensa del Alcorán,
Cuán mal oyes á los buenos,
Cuánto fías de traidores!
Esos dos aduladores,
De infamia y lisonja llenos,
Una carta me mandaron
Que diese aquel moro, que era
De Vélez de la Gomera,
En quien tus manos la hallaron
Cuando en la zambra aquel día
Sarracino te avisó,
Siendo él quien la escribió,
Aunque la letra fingía.
Por esto has dado la muerte
Al linaje más famoso,
Más noble y más valeroso,
Más leal, gallardo y fuerte
Que de África vino á España;
Y por esta causa, á mí,
Como secretario fuí
De aquella cobarde hazaña,
Aunque ignorando su intento,
Hoy al campo me sacaron,
Y entre los dos me dejaron
Casi en el último aliento;
Pero defendió mi vida
El cielo, para que el daño
Reparase del engaño
De la inocencia perdida.
Clama su sangre, y te pide
Venganza, y la mía también.

SARRACINO.

Bien finge el traidor.

ALMORADÍ.

Muy bien.

SARRACINO.

¡Qué bien las palabras mide!

REY.

Pues ¿qué es aquesto, villanos?

ALMORADÍ.

El Rey le va dando orejas.

SARRACINO.

Envidiosos cortesanos
Del favor de algunas rejas,
Habrán hecho están invención.

REY.

¡Qué maldad tan conocida!
¿Vendiera este hombre la vida
Para hacer esta traición?
¡Ah, infames, que habéis causado
El mayor mal que ha cabido
Jamás en hombre ofendido
Ni en señor mal informado!
El corazón me decía
La verdad algunas veces;
Que da el cielo á los jueces
Tal vez dón de profecía.
¡Oh perros, cuyos linajes,
Con envidia y vil concierto,

(1) Faltan los dos primeros versos de esta redondilla.

Mi honor y hacienda habéis muerto,
Matando á los Bencerrajes!
Si á un rey infamia no fuera
Manchar la espada en traidores
Tan viles y aduladores,
Yo propio la muerte os diera.

ALMORADÍ.

Señor.....

REY.

Pues ¿osas hablar?
Lleva, Rustán, estos perros,
Y hazlos en puntas de hierros
Públicamente empalar.

SARRACINO.

Pues ¿no escuchas?

RUSTÁN.

No, villanos.
¡Ah, buen Rey, que llegó el día
En que vieses la porfía
Y envidia de estos tiranos!
Ya no hay con qué el yerro dores,
Si no es con castigos tales;
Pues no oiste á los leales,
No escuches á los traidores.

REY.

Llevad á curar á Alí,
Y á esotros dadles la muerte.

SARRACINO.

Rey, escucha.....

ALMORADÍ.

Rey, advierte.....

REY.

Llevadlos luego de aquí.

RUSTÁN.

Caminad, infame gente.

Llévalos Rustán.

REY.

Á la torre voy á ver
La Reina; que quiero hacer
Nueva corona á su frente
De perlas y de esmeraldas,
Con esmaltes y colores,
Más que tiene hermosas flores
Generalife en sus faldas.
¡Que como á persona baja
La tratase yo aquel día!
¡Ay, Alindaraja mía!
¡Ay, mi linda Alindaraja!

Vase el Rey.

Sale Pedro Carbonero con ballesta y montera.

PEDRO.

Grande cantidad de moros
Siento atravesar la sierra,
Más que con señal de guerra,
Con riquezas y tesoros.
¡Oh, grande desdicha mía!
Hamete y Tadeo, al fin
Me faltan, que con Arbín
Fueron, al nacer el día,
A ver la hermosa Fidaura:
¿Qué haré, cielo y campo verde?
Que la ocasión que se pierde,
Tarde ó nunca se restaura.
Han ido por la comida
Matías, Simón y Andrés;
Á Córdoba fueron tres
Con la presa ayer traída.
Cuatro están en los atajos;
No hay remedio de hacer señas;
Ya suenan entre las peñas
Los ecos roncos y bajos;
Pero, pues, donde no puede
Valerme la espada, intento
La industria, un gran pensamiento,
Que si tan bien me sucede,
Me ha venido á la memoria:
En esta cabaña están
Vestidos y armas, que harán
Más segura la victoria.
Quiero en las más altas ramas
Poner aquestas monteras,
Las armas en las primeras,
Sobre estas verdes retamas.

Saca de la cabaña armas, arcabuces y monteras, y valos poniendo en lo alto del tablado, de manera que parezcan personas vivas.

No están los venablos mal;
Cuerpos fingen las cortezas;
Éstas parecen cabezas.
¿Quién ha visto escuadra tal?
¡Ea, señores soldados
Sin sueldo, guárdenme bien
Las espaldas; siempre estén
Con los venablos calados!
¡Abran los ojos alerta,
Que intento un hecho notable,
Y óiganme; ninguno hable,
Ni del orden se divierta;
Que le colgaré de un roble!
Si así los soldados fueran,
¡Qué pocas quejas que dieran!
¡Arma, alerta, gente noble!
Plática les quiero hacer,
Y animarlos á guardarme;
Mas ¿de qué sirve cansarme?
Que no será menester.

Salen Arfego, Zulema y otros moros.

ZULEMA.

Serán las mejores fiestas
Que se hayan hecho en Granada.

ARFEGO.

Está la ciudad vengada.

PEDRO.

¡Hola, á punto las ballestas!

ARFEGO.

Porque de sólo saber
Que murieron por traición,
Alegre de su opinión,
Muestra contento y placer.

ZULEMA.

Deseo, Arfego, llegar,
Por ver castigar alguno.

PEDRO.

¡No se descuide ninguno!

ARFEGO.

Gente siento.

PEDRO.

Recio.

En su lugar
Esté todo hombre escondido,
Sin salir de la arboleda;
La espada y ballesta queda,
Y tenga atento el oído.

ARFEGO.

¿Qué es esto?

ZULEMA.

Cristianos son.

PEDRO.

Hace que habla con ellos.

¿De qué sirve disparar?
Yo no pretendo matar;
Tened la jara, Simón.
¡No salgáis, por vida mía,
Andrés! Yo sólo he de ser
Quien he de reconocer.

ZULEMA.

Que no disparen porfía;
Podrémonos defender.

ARFEGO.

No, que nos han de matar.

ZULEMA.

Siempre temí el encinar.

PEDRO.

¿Quién va?

ARFEGO.

Ya lo puede ver.

PEDRO.

Ya os digo que nadie tire:
Tadeo, Felipe, Juan,
Mirad que soy capitán,
Si es justo que eso se mire.
¿Quién va?

ZULEMA.

Manda á los cristianos
Que no tiren.

PEDRO.

No hayan miedo;
Que soy quien mandarlos puedo.
¡Todo hombre tenga las manos!

ARFEGO.

Moros somos, ya lo ves.

PEDRO.

Las manos volved atrás;
Que con ataros no más,
Pagaréis cierto interés,
Y pasaréis norabuena.

ZULEMA.

¿Qué haremos?

ARFEGO.

Callar la boca.

ZULEMA.

Si es que nuestra gente es poca
Y está la montaña llena:
¿No veis sombreros cristianos?
¿No veis armas?

ARFEGO.

¡Por Alá;
Que rabio!

PEDRO.

¿No acaban ya
De volver atrás las manos?

ZULEMA.

Veslas aquí; ten mancilla.

Átalos.

PEDRO.

¿Sabes quién soy?

ARFEGO.

Eso espero.

PEDRO.

Yo soy Pedro Carbonero,
Y esta gente mi cuadrilla:
Váyanse dejando atar.
Ya digo que no tiréis;
Si tiráredes, no untéis
Con hierba el hierro al tirar.

ZULEMA.

¡Brava cosa! ¿Que éste es Pedro?

ARFEGO.

Caro cuesta el regocijo.

PEDRO.

Soy Pedro, por quien se dijo:
«Pedro, con vos poco medro.»

ZULEMA.

Para dar aquella gente
Honrada que sustentáis.....

PEDRO.

No tiréis, que si tiráis,
Me enojaré bravamente.

ZULEMA.

Os daremos cien ducados;
Libres nos dejad partir.

PEDRO.

Por aquesa senda han de ir,
Ya que están todos atados;
Y no traten de concierto,
Que han de ser todos vendidos.
¿Cien ducados, mal nacidos?
Vayan subiendo ese puerto.
La gente que ven ahí,
Me los tiene cada día

De costa, que es compañía
Muy costosa para mí.
Caminen.

ZULEMA.

¡Ay, desdichados!

PEDRO.

Caminen de dos en dos.
¡Muy bien lo han hecho, por Dios!
Vénganse á comer, soldados.

Vanse.

Salen Cerbín, Hamete y Tadeo.

HAMETILLO.

Ya no tener que esconder;
No haber en toda Granada
Contra vos, lanza ni espada;
Todo ser festa é placer.
Todo el poblo decer venan,
Á ona voz, los cencerrajes,
É ahorcamos los lenajes
Á quien el traición se preban.
Empalado estar senior
Sarraceno, Almoradí,
Quemado en fogo.

TADEO.

¡Que así
Te favoreciese amor,
Que cuando entrar pretendías
En la Alhambra, de secreto,
Donde tu vida, en efeto,
Á tal peligro ponías,
Que era imposible salir,
Halles aquesta mudanza!

CERBÍN.

¡Oh, cuánto á su tiempo alcanza
Un determinado huir!
Si en Granada me estuviera,
En mi inocencia fiado,
Ya me hubiera degollado
Del Rey la inclemencia fiera.

HAMETILLO.

Sí, sí, ya estar vosance
Sentado en el chimenea
De Mahoma.

CERBÍN.

Ahora vea
El Rey qué linaje fué
El que quiso destruir,
Y por traidor desleal,
Sembrar sus casas de sal.
¡Cuánto se ve con vivir!

HAMETILLO.

Es tanto, ¡por veda mea!
Que se Hamete morer luego,
No ver más que ver un cego,
Aunque estar el medio dea.
Merar qué digo.

CERBÍN.

Estoy
Dudoso de publicarme.

TADEO.

¿Por qué?

CERBÍN.

¿Podré aventurarme? (1)

TADEO.

Seguramente.

CERBÍN.

¿Qué gente
Es ésta con una caja?

TADEO.

Todo el Alhambra baja.

HAMETILLO.

Escochar poco, parente,
Que ser on bando.

TADEO.

Cerbín,
No huyas, no te receles.

RUSTÁN

Bajarás por los Gomeles
Á entrar en el Zacatín.

Sale Rustán con gente, y tambor de guerra delante, el cual echa el bando siguiente:

TAMBOR.

«Sea notorio á todos los caballeros Bencerrajes, huídos ó escondidos en Granada ó fuera de ella, como, por haberse declarado su lealtad, el Rey les da licencia que vuelvan libremente á sus casas, con seguridad de la palabra Real para sus vidas y haciendas.»

RUSTÁN.

Camina á la plaza nueva.

TADEO.

Ya, ¿qué tienes que dudar?

HAMETILLO.

¿Qué te parecer, que estar
Sospenso?

CERBÍN.

El placer me eleva:
Hablar quiero al Rey, Tadeo;
Besar quiero al Rey la mano.

TADEO.

Ya que tu negocio es llano
Y en Granada en paz te veo,
Á mí y á Hamete nos da
Licencia para volver
Donde Pedro quedó ayer,
Pues sabes cuán solo está,
Y mira si mandas algo.

CERBÍN.

Dile á Pedro Carbonero
Cuánto estimo, precio y quiero
La amistad de tal hidalgo,
Y que por toda la vida
Le quedo en obligación,
Y que haré con afición
Cuanto en Granada me pida.

(1) Falta un verso.

En esta caja saqué
Anoche de mi posada
Ciertas joyas; todo es nada,
Pero es señal de mi fe.
Llévaselas, y dirás
Que perdone á un desterrado;
Que la humildad del estado
No puede ofrecerle más.

TADEO.

Yo en su nombre, Bencerraje,
Beso las manos mil veces
Por la merced que le ofreces,
Respondiendo á tu linaje,
Que fué ejemplo de grandeza
Y de liberalidad.

CERBÍN.

Conoceré su amistad,
Su valor y su nobleza,
Lo que tuviere de vida.
Alá os guarde.

HAMETILLO.

Adiós quedar.

Vanse.

TADEO.

Á bien servir, bien medrar.
¡Qué sangre tan bien nacida!

HAMETILLO.

¡Oh corpo de mi Cerbín,
Estar parente á Mahoma!

TADEO.

Hamete, el camino toma;
Pedro es nuestro centro y fin.

HAMETILLO.

¿No enseñarme lo que va
En la caja, á bona fe?

TADEO.

Allá te lo enseñaré,
Y tendrás tu parte allá.

HAMETILLO.

Mochas veces ir al fonte.
¡Joro á Dios haber temido
Alguna que estar dormido
Dejar el asa ó el frontel

Vanse.

Salen el Rey y Rustán.

RUSTÁN.

No te puedo decir el alegría,
Gran señor, que mostraban en Granada
Cuando el pregón la libertad decía
De aquella noble sangre disfamada;
Tu vida pienso que por este día
Será por tantos siglos dilatada,
Respecto de las muchas bendiciones,
Que alcances á dos mil generaciones.

REY.

Amaban con razón este linaje,
Y dícenme que dél algunos quedan,
Y temiendo la muerte ó el ultraje,
No hay nieve de las sierras que no excedan.
¿Adónde huyó Cerbín Abencerraje?

RUSTÁN.

¿Cómo es posible que saberlo puedan
Las guardas? porque es fama que en Granada
Oculto vive.

REY.

Es muy gallarda espada.
Perder un capitán me pesaría
De tanto nombre.

Sale un paje.

PAJE.

Aquí pide licencia
Para hablarte, Cerbín.

REY.

Alegre día:
Dí que venga Cerbín á mi presencia.

Sale Cerbín solo.

CERBÍN.

Rey Almanzor, pues la inocencia mía
Y de toda mi estirpe y ascendencia
Tan clara has visto, como el sol es claro,
Cerbín vuelve á las alas de tu amparo.
Vedme, señor, aquí; que si el primero
Era en servirte, en acudir lo he sido
Á recibir tu gracia.

REY.

Hoy, Cerbín, quiero
Que seas en tu honor restituído;
Confírmote por noble caballero,
Leal, honrado, noble y bien nacido,
Y en fe de aqueste amor, pide mercedes.

CERBÍN.

Tú me perdiste, y restaurarme puedes;
Y si el poder que pierde se restaura,
La merced que te pido solamente
Es que me des mi esposa.

REY.

¿Quién?

CERBÍN.

Fidaura.

REY.

Con cuatro villas que esa espada aumente.

CERBÍN.

Es mi primero movimiento, y aura
Es la vida que vivo.

REY.

Hoy en la frente
De la Reina pondré coronas nuevas:
La gozarás, porque este amor me debas.

CERBÍN.

Beso tus pies Reales.

Sale Zulema.

ZULEMA.

Sin aliento
Vengo, señor, desde la sierra Elvira.

REY.

¿Viene el cristiano?

ZULEMA.

Está, señor, atento,
Que aunque es cristiano, á más el blanco tira;
Escucha un andaluz atrevimiento,
Y el gran valor de sólo un hombre mira:
No es Fernando el que piensas que á tu tierra
Pone las armas y amenaza guerra.

REY.

Pues ¿quién?

ZULEMA.

Un hombre humilde, sólo un [hombre,
Tan humilde, que Pedro Carbonero
Tiene por nombre, mas errado el nombre,
Que debiera llamarse Pedro acero.
Éste, con tal valor que al mundo asombre,
Con pequeño escuadrón, valiente y fiero,
Sale al camino al paso de tus moros,
Y les roba sus vidas y tesoros.
Todos los robos que en Granada había
De cautivos de moros jornaleros,
De que se lamentaban cada día,
Así de la ciudad, como extranjeros,
Aqueste Carbonero los hacía
Solamente con doce carboneros:
Ataje este carbón agua de espada;
Que si se enciende, abrasará á Granada.
Ocho moros ató donde yo iba,
Una tarde, señor, mas quiso el cielo
Que me escapase de su furia altiva,
Que es rayo ardiente del morisco suelo.
Mira los moros que de vida priva
En invierno, en verano, al sol, al hielo,
Salteando, matando y cautivando,
Ó para que le prendan echa un bando.

REY.

¿Hay desvergüenza igual? ¿Junto á Granada,
Un hombre solo autor de tanta afrenta?
A buen tiempo llegó, Cerbín, tu espada;
Tú solo, por mi honor, la empresa intenta;
Suspende el gusto á tu Fidaura amada,
Á mi servicio tu persona atenta;
Que en volviendo con éste muerto ó preso,
La gozarás, contándome el suceso.
Denle trescientos hombres, los más bravos
Que hay en Granada; y parte, Cerbín, luego;
Que quiero que me traiga esos esclavos,
Y que á sus acogidas ponga fuego;
Y ordenarás también, Rustán, dos cabos
Para esa gente.

RUSTÁN.

Abenadín y Arfego
Irán con él.

REY.

Cerbín, Alá te guarde;
Haz por salir aquesta misma tarde.

Vanse, y queda Cerbín solo.

CERBÍN.

¿Hay desdicha como ésta? ¡Ay, Pedro amado!
¿Cómo podré llevar tan vil oficio
Contra un hombre que vida y sér me ha dado,
Ni ser ingrato á tanto beneficio?
Pues excusarme de esto es excusado,
Siendo importante á su Real servicio,
Y estando en su poder mi amada esposa,
Temo su muerte ó su prisión forzosa.
Es lo primero que Almanzor me manda,
Y por ello mi esposa me promete;
Pues remedio ha de haber; amor ablanda,
Por más que en medio la razón se mete.
Si fuera solo, ó todos de mi banda.....
Mas ¿qué he de hacer si Arfego le acomete
Ó quiere Abenadín que le matemos?
¡Oh! ¿Á trescientos soldados detendremos?
Pero escribirle quiero que se huya,
Y no hallándole allí, disculpa es llana,
Y no habrá quien á engaño lo atribuya,
Ni á que yo tengo inclinación cristiana.

Sale Fidaura al balcón.

FIDAURA.

Mi querido Cerbín, ¿es la voz tuya?

CERBÍN.

La que escucho, á lo menos no es humana;
Angélica parece su armonía.

FIDAURA.

¿Que amaneció de mi remedio el día?

CERBÍN.

¿Que te gozan mis ojos, prenda amada?

FIDAURA.

¿Que en el Alhambra ya te ven mis ojos?

CERBÍN.

¿Que llegó la ocasión tan deseada?

FIDAURA.

¿Que ya ha llegado el fin de mis enojos?

CERBÍN.

Ya la muerte, señora, tengo en nada.

FIDAURA.

La muerte triunfa ya de mis despojos.

CERBÍN.

¿Cómo has estado, hermosa prenda mía?

FIDAURA.

Como la noche hasta que llega el día.

CERBÍN.

El Rey te me promete por esposa.

FIDAURA.

El Rey sabe mi amor, tú mi deseo.

CERBÍN.

Pero voy á una guerra que es forzosa.

FIDAURA.

De mi desdicha, mi Cerbín, lo creo.

CERBÍN.

No pienso que será dificultosa.

FIDAURA.

¿Qué mayor mal, si un hora no te veo?
Entra por el jardín, y hablemos cerca.

CERBÍN.

¡Dichosos males cuando el bien se acerca!

Vanse.

Sale Pedro Carbonero con Rosela.

PEDRO.

Cansado, Rosela, estoy.

ROSELA.

¿Del camino, ó de esta vida?

PEDRO.

Algo tiene de perdida,
Si en tantos peligros doy.

ROSELA.

Deseo que te recojas
Por tu descanso, mi bien;
Que no porque á mí me den
Estas montañas congojas.
Que en la Libia más ardiente,
En la Arabia más desierta,
Adonde la fénix muerta
Vuelve á alegrar el Oriente,
Viviera alegre contigo.

PEDRO.

Descansar pretendo ya,
Si es que de mi trato está
Advertido el enemigo.
Hablaré á mis compañeros;
Que no haré sin su licencia
De estas montañas ausencia.

ROSELA.

Son tan robustos y fieros
Y tan codiciosos de honra,
Que de hacienda iba á decir,
Que no te podrás partir
De ellos sin mucha deshonra.
Todo lo que es ir atrás
De lo que tienes jurado,
Es entre ellos reputado
Á cobardía no más.
Pues que no pretendas fin,
También es cosa cansada.

PEDRO.

Envióme de Granada
Preciosas joyas Cerbín;
Con las cuales, y el dinero
Que de esclavos he sacado
De moros que he cautivado,
Retirarme á Cabra quiero,
Á Córdoba ó á Montilla,
Y descansar de esta guerra.

ROSELA.

Si tú te vas de la sierra,
Lo propio hará tu cuadrilla.
Descansa, luz de mis ojos,
Duerme una noche en tu cama;
Que son de ganada fama
Inútiles los enojos.
Hasta ganalla es razón
Que el hombre anhele y suspire,
Y que después se retire,
Es de sabios opinión.
La mar paga al que navega
Por ella tarde ó temprano,
El atrevimiento vano
Con que las velas despliega.
El juego, al que de él se agrada,
Al fin le viene á dejar
Más en cueros que la mar,
Pues es nada cuanto nada.
El amor de la mujer
Es negocio sin reparo;
Que placer siendo tan caro,
Más es pesar que placer.
Y ansí, la guerra, aunque es bella
Por la fama del obrar,
Es juego, mujer y mar,
Que los más acaba en ella.

PEDRO.

Tu consejo, prenda mía,
Recibo, como de quien
Sólo procura mi bien
Y mi honrada compañía.
Dame que yo los sosiegue,
Que verás que me sosiego;
Y porque en mujer ó juego,
Ó en alta mar no me anegue,
Serás entonces mi esposa;
Que ya me ha escrito tu hermano,
Porque en un centro tan vano
Nunca el corazón reposa.
Yo también le he respondido
Que ya tu marido soy,
Y que muy de paso estoy
Á cumplir lo prometido.
Dice que me darán casa
Con algunas heredades;
Haremos las amistades;
Que el enojo al fin se pasa
Adonde hay satisfacción.

ROSELA.

Quiero arrojarme á tus pies;
Que este término al fin es
Hijo de tu condición.
Viviré mientras viviere
Á esa palabra obligada.

PEDRO.

Yo á tu amor, Rosela amada,
Lo que de vida tuviere.

Salen Tadeo, Hamete, Matías, Simón y Andrés.

TADEO.

Albricias pudieras darme
Si lo que traigo supieras.

PEDRO.

En otra ocasión pudieras
Con menos contento hallarme.
¿De qué son?

TADEO.

De aquesta carta.

PEDRO.

¿De una carta? ¿Es de Cerbín?

HAMETE.

Ya estar en Bibatauvín,
Que del mora no se aparta.

Leer esta vosancé,
Que decir que es de Herrando,
Rey de Castilla.

PEDRO.

Pues ¿cuándo
Á sus oídos llegué?
¿Cuándo mi humildad, Tadeo,
Tocó en su pecho Real?

MATÍAS.

Tu fama, Pedro inmortal,
Solicitó su deseo.
De las torres de Cañete
Te la acaba de enviar
Don Alonso de Aguilar.

PEDRO.

Pues bien será que la acete,
Poniéndola en la cabeza.

SIMÓN.

Lee: sepamos lo que es.

HAMETE.

¿No te la mandar después
Quetar?

ANDRÉS.

No fuera grandeza.

Lee Pedro Carbonero la carta.

«Yo he sabido, Pedro Carbonero, que el Rey de Granada ha tenido noticia de que le robas su tierra y cautivas sus moros; tiene deseo de vengarse de ti, y sabiendo yo tu mucho peligro, te pido que, porque yo junto en Andújar mis adaltes (1) y almogávares para correr la campiña de Córdoba y la vega de Granada, te vengas con tus soldados á la corte; que, fuera de que á todos les daré honras y plazas, á ti te haré capitán y tendré cerca de mi persona, para hacerte la merced que merece un hombre de tu ánimo y fuerzas. Dios te guarde.—*El Rey.*»

PEDRO.

¿Hay semejante ventura?

TADEO.

¡Que merezca tu valor
Carta del Rey!

PEDRO.

¿Quién mejor,
Tadeo, si el Rey procura
Entrar la vega?

MATEO.

Ninguno.
¡Alto: á la torre, soldados!

SIMÓN.

Trabajos bien empleados;
Calor y hielo importuno
Que al soldado y al caudillo
Premia.

PEDRO.

Que partamos quiero.

HAMETE.

Señor Pedro Carbonero.....

PEDRO.

¿Qué me quieres, Hametillo?

HAMETE.

¿Cómo estar los dos de conta?

PEDRO.

Pues qué, ¿ya te quieres ir?

HAMETE.

El qué hacemos, vos decir;
Si estar solo, tanto monta.

PEDRO.

Tórnate, Hamete, cristiano,
Y vete á servir al Rey;
Mira que es bárbara ley
La del cobarde africano.
Adora la ley de Cristo,
Sigue su Evangelio, Hamete,
Que es la que el cielo promete.

HAMETE.

Al verdad, habemos visto,
Y estar bona; porque, al fin,
Comer jamón, beber vino.

PEDRO.

Yo te prometo un padrino.

HAMETE.

¡Oh! ¿Qué decemos, baicín?
Que tener aliá mojer
É hejos.

PEDRO.

Acá tendrás
Todo eso mejor.

HAMETE.

No más;
Crestiano querer volver.
Escrebimos ley que tome
Axa, y que si no tomar,
Que el diablo haber de llevar
Al ferno que estar Mahoma.

PEDRO.

Mis brazos te doy por eso,
Y todos, como á cristiano.

Sale Juan solo.

JUAN.

Un moro andaba en el llano
Por ese olivar espeso,
Que una carta te traía
De Cerbín; fuíla á pedir;
Hubo miedo y dió en huir.

TADEO.

¡Válgame Dios! ¿Qué sería?

PEDRO.

Nuevas de su casamiento;
Ella es de poca importancia
Si ha de haber tanta distancia
Del suyo á mi alojamiento:
Mañana me iré á la corte.
Lo que pude, hice por él.

(1) Quizá *adalides*.

MATÍAS.

¿Qué puede ser un papel
De un bárbaro, que te importe?
Demás, que iré, si tú quieres,
Á seguille hasta Granada.

PEDRO.

No entiendo que importa nada;
Déjale estar; no te alteres;
Tracemos nuestro camino.

TADEO.

Nuestro camino ha de ser
Mañana al amanecer;
Y supuesto que eres dino,
Pedro, de mayor blasón,
Todos parabién te dan
Del nombre de capitán.

PEDRO.

Cuantos me le dan lo son,
Y yo soy soldado suyo.
Rosela, no te entristezcas;
Antes es bien que me ofrezcas
Parabién del bien que es tuyo;
Mira que yo no podré
Irme á la corte sin ti.

ROSELA.

De mi mal me entristecí,
Y de tu bien me alegré;
Pero como tú me lleves,
Ninguno se alegra más;
Hazlo, mi bien; cumplirás
Con lo mucho que me debes.

Suena dentro gran número de moros y cajas de guerra, y dice Abenadín:

ABENADÍN.

Cerrad en torno el cerro, no se escape
Un hombre.

PEDRO.

Voz alarbe es ésta (1).

SIMÓN.

¡Extraña novedad!

MATEO.

¡Notable caso!

TADEO.

La voz dijo: «Cerrad aquese cerro;
No se escape ninguno.»

ANDRÉS.

¿Pues los moros
Osan decir estas palabras? (2).

PEDRO.

¡Válgame el cielo! ¿Si nos han vendido?

Dice dentro Arfego:

ARFEGO.

¡Á ellos, granadinos valerosos,
Á ellos, que ya están muy bien cercados!

ANDRÉS.

Saca las armas, Pedro: qué, ¿lo dudas?

PEDRO.

¿Cuáles armas, Andrés, si es un ejército?
¿No ves trepar los moros á docenas
Por las peñas arriba, como cabras?

TADEO.

La carta de Cerbín, que no te dieron,
Era, sin duda, aviso.

PEDRO.

Pues ¿qué haremos?

MATEO.

Si es cierto, Pedro, dar las armas.

HAMETE.

¡Hola, Pedro! ¿Saber estos beliacos
Estar crestiano?

PEDRO.

No te pese, Hamete;
Que con tu propia sangre te bautizas,
Y desde aquí te vas derecho al cielo.

HAMETE.

¡Ah, Pedro, Pedro, cómo yo tomara
Cenar en el Alhambra aquesta noche!

PEDRO.

Hijos, soldados, ya llegó la hora:
Rendiros no es razón, ni que el Rey sepa
Que atados nos llevaron á Granada.
Escóndete, Rosela, entre esos mimbres,
Y venid á morir los que sois hombres.

ROSELA.

Contigo moriré, porque no quiero
Vivir sin ti.

Dentro.

¡Comiéncese el estrago!

Cajas.

PEDRO.

¡Virgen, valed á Pedro Carbonero!
¡Santiago, doce Apóstoles, Santiago!

Echan mano á las espadas todos y éntranse; y dentro forman batalla con los moros, y suben al monte heridos. Salen los moros Abenadín, Arfego y Cerbín, con cajas y bandera.

PEDRO.

Hoy veré vuestro valor.

ABENADÍN.

Qué, ¿os resistís, miserables,
Doce á quinientos?

ARFEGO.

No hables,
Sino ejecuta el furor.

CERBÍN.

Si fueran tantos á tantos,
¿Quién llevara la victoria?

ABENADÍN.

De tantas sangres y llantos,
Aquí muestran la memoria
Peñas, árboles y cantos.

ARFEGO.

Qué, ¿no se quieren rendir?

(1) Verso incompleto.
(2) Verso incompleto.

CERBÍN.
Aún no cesan de subir,
Y en aquel cerro se ven.
ABENADÍN.
Pues allá iremos también,
Si en alto quieren morir.
CERBÍN.
No subáis, que si en lo llano
No hay herida de cristiano
Que no os cueste veinte vidas,
Donde dobláis las heridas,
Doblarán muerte sus manos.
ABENADÍN.
Cerbín, ¿estás en tu seso?
¿Hase de dejar por eso
La victoria?
CERBÍN.
¿Por qué no?
¿Qué es lo que el Rey nos mandó?
ARFEGO.
Matalle ó llevalle preso.
CERBÍN.
Pues llevémosle en prisión.
ABENADÍN.
Llégale de paz á hablar.
CERBÍN.
Retírese el escuadrón.
¡Oh, cuánto deseo estorbar
Su forzosa perdición!
Oye de paz, Pedro, un poco.

Retíranse los moros.

Asómase Pedro Carbonero en lo alto del monte.

Cerbín soy.
PEDRO.
¡Cerbín infame!
Más en verte me provoco.
CERBÍN.
¿Eso es razón que me llame
Quien me conoce? ¿Estás loco?
PEDRO.
Tú lo eres, moro ingrato,
Pues habiéndote servido
Con tan verdadero trato,
¿Cómo, traidor, me has vendido?
CERBÍN.
Antes tu muerte dilato
Y tu remedio procuro.
PEDRO.
¿Cómo, si sobre seguro
Vienes con armada gente
Contra un amigo inocente,
Sin casa, defensa y muro?
Eres bárbaro, en efeto:
¡Mal haya aquel buen conceto
Que de Bencerrajes tuve!
CERBÍN.
Esparce á tu sol la nube,
Pedro, pues eres discreto,
Y juzga bien de mi honor.
PEDRO.
No debiera yo fiar
De quien fué á su Rey traidor.
CERBÍN.
Ni yo merezco llevar
Ese premio de mi amor.
Yo te escribí que me había
Dado el Rey aquesta gente,
Que huyeses por cualquier vía,
Que una vez del monte ausente,
Pues te dí de plazo un día,
Yo hiciera mi diligencia
Y me volviera á Granada.
Si esperaste, en contingencia
De tu temeraria espada,
Culpa tu poca prudencia,
Y no me culpes á mí,
Que á mi Rey obedecí,
Por cuya hazaña me ha dado
Mi esposa.
PEDRO.
Cerbín honrado,
Ya no me quejo de ti,
Y estimo este desengaño
Más que el vivir, si pudiera,
Porque el recibir el daño
Del amigo, más altera
Que la ofensa del extraño.
¿Podrás mi muerte excusar
Sin que pierda de mi honor?
HAMETE.
¡Ah, Cerbín! ¿No te acordar
Del carta que dar senior?
CERBÍN.
Tú, Hamete, puedes bajar,
Que librar tu vida juro.
HAMETE.
No querer, que estar crestiano:
Morir é vever procuro,
Baptizar sangre mi mano,
Que andar al cielo seguro.
PEDRO.
Virgen sin mancilla,
Hoy mueren y muero,
Pedro Carbonero
Con su cuadrilla.
Hoy lleva la muerte,
En agraz marchitos,
Trece mancebitos,
Todos de una suerte;
Que dejando Hamete,
Que os da su palabra,
Cuatro son de Cabra
Y tres de Alcaudete.
Quieren en Castilla
Su fama dejar,
Cuatro de Aguilar
Y uno de Montilla.
CERBÍN.
Vuelve, Pedro, en ti,
Y vuélvete moro,

Tendrás un tesoro
En el Rey y en mí.
Curarás la herida,
Gozarás tu amor,
Daráte Almanzor
Regalada vida.
Serás su vasallo
Si á servirle pruebas,
Daráte armas nuevas,
Lucido caballo.
Crecerá tu vida
Como verde cedro,
Casaráte, Pedro,
Con mora garrida.

PEDRO.

No lo quiera Dios, Cerbín.

CERBÍN.

Mira que ya te acometen;
Muerto ó vivo te prometen
Arfego y Abenadín.

PEDRO.

Despidámonos los dos;
Morir quiero, morir quiero.
¡Oh mundo, no más con vos!
Muera Pedro Carbonero,
Y muera en la fe de Dios.

Quítase de allí.

Torna otra vez dentro la batalla, andan unos tras otros, y suenan escopetas, y baja rodando por el monte Pedro Carbonero, como con las ansias de la muerte.

PEDRO.

Quedé el postrero, para ver la muerte
De todos mis famosos compañeros.

CERBÍN.

Un cuerpo viene aquí, ¡qué hombre tan fuerte!
Envuelto en sangre el rostro y los aceros.
¿Quién es?

PEDRO.

Quien á este tiempo llega á verte.

CERBÍN.

¿Es Pedro?

PEDRO.

Pedro soy.

CERBÍN.

¡Que vengo á veros,
Famosas manos que me disteis vida,
En el dolor de la fatal caída!
¡Ah, Pedro! Sabe Dios que he procurado
Guardarte de este tránsito forzoso,
Mas fué precisa voluntad del hado.

PEDRO.

Rosela, aquí hace fin tu amado esposo;
Virgen, yo muero; Cristo en cruz clavado,
Válgame ese costado poderoso.
Custodio, defendedme.

Muere.

CERBÍN.

Pedro expira,
Besa la cruz, y aparte al cielo mira.

Salen Abenadín, Arfego y moros.

ABENADÍN.

No mueven á piedad, á furia mueven,
Doce hombres á quinientos.

ARFEGO.

Y han costado
Más de noventa.

ABENADÍN.

Ved lo que se atreven
Hombres de un capitán determinado.

CERBÍN.

Honras, Abenadín, y fama deben
Los tiempos justamente á tal soldado.

ARFEGO.

Hasta aquella mujer valió por siete.

ABENADÍN.

Cayó en su sangre bautizado Hamete.

CERBÍN.

Aquí se labre, aunque es gente enemiga,
Sepultura de piedra, y letra bella,
Impresa en blancos mármoles, que diga
Que Pedro Carbonero yace en ella.
Alzadle en hombros con piedad amiga,
Pues tanto al cielo obligaréis con ella,
Dando fin al suceso verdadero
De los hechos de Pedro Carbonero.

Toman el cuerpo en hombros los moros, y vanse por su orden.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE «PEDRO CARBONERO».

EL REMEDIO EN LA DESDICHA

EL REMEDIO EN LA DESDICHA

COMEDIA DE LOPE DE VEGA

DIRIGIDA

Á D.ª MARCELA DEL CARPIO, SU HIJA

Escribió la historia de Jarifa y Abindarráez, Montemayor, autor de la Diana, *aficionado á nuestra lengua, con ser tan tierna la suya, y no inferior á los ingenios de aquel siglo: de su prosa, tan celebrada entonces, saqué yo esta comedia en mis tiernos años. Allí pudiérades saber este suceso, que nos calificaron por verdadero las* Corónicas de Castilla *en las conquistas del reino de Granada; pero si es más obligación acudir á la sangre que al ingenio, favoreced el mío con leerla, supliendo con el vuestro los defectos de aquella edad, que en la tierna vuestra me parece tan fértil, si no me engaña amor, que pienso que le pidió la naturaleza al cielo para honrar alguna fea, y os le dió por yerro; á lo menos á mis ojos les parece así, que en los que no os han visto, pasará por requiebro. Dios os guarde y os haga dichosa, aunque tenéis partes para no serlo, y más si heredáis mi fortuna, hasta que tengáis consuelo, como vos lo sois mío.*

VUESTRO PADRE.

EL REMEDIO EN LA DESDICHA

PERSONAS

Abindarráez.	Alara.	Alvarado.	Celindo.
Jarifa.	Darín.	Cabrera.	Mendoza.
Zoraide.	Páez.	Ortuño.	Ardino.
Alborán.	Bajamed.	Peralta.	Zaro.
Narváez.	Arráez.	Zara.	Soldados.
Nuño.	Espinosa.	Maniloro.	Músicos.—Moros.

ACTO PRIMERO.

Jarifa y Abindarráez, cada uno por su lado, sin verse.

ABINDARRÁEZ.

Verdes y hermosas plantas,
Que el sol con rayos de oro y ojos tristes
Ha visto veces tantas,
Cuantas ha que de un alma el cuerpo fuistes;
Laureles, que tuvistes
Hermosura y dureza:
Si no es el alma agora
Como fué la corteza,
Enternézcaos de un hombre la tristeza,
Que un imposible adora.

JARIFA.

Corona vencedora
De ingenios y armas, Dafne, eternamente,
Por quien desde el aurora
Hasta la noche llora tiernamente
El sol resplandeciente:
Si no habéis de ablandaros
Al són del llanto mío,
¿De qué sirve cansaros,
Y mi imposible pretensión contaros,
Que al viento sólo envío?

ABINDARRÁEZ.

Claro, apacible río,
Que con el de mis lágrimas te aumentas,
Oye mi desvarío,
Pues que con él tus aguas acrecientas.
Razón será que sientas
Mis lágrimas y daños,
Pues sabes que me debes
Las que por mis engaños
Llorar me has visto tan prolijos años,
Y por bienes tan breves.

JARIFA.

Porque tu curso lleves,
Famoso río, con mayor creciente,
Y la margen renueves
Que en tus orillas hizo la corriente
De aquella inmortal fuente,
Que á mis ojos envía
El corazón más triste
Que ha visto en su tardía
Carrera el sol en el más largo día,
Hoy á mi llanto asiste.

ABINDARRÁEZ.

Jardín, que adorna y viste
De tantas flores bellas Amaltea:
Aquí, donde tuviste
Aquella primavera que hermosea,
Cuando por ti pasea;
Aguas, yerbas y flores,
Aquí vengo á quejarme,
Y no de sus rigores,
Sino de un imposible mal de amores,
Que ya quiere acabarme.

JARIFA.

Si para lamentarme,
Aquí, donde perdí mi libre vida,
Lugar no quieren darme
El blando río y planta endurecida,
Al cielo es bien que pida
Piadoso oído atento.
Oidme, cielo hermoso;
Óyeme, amor, contento
De haber triunfado de mi libre intento
Con arco poderoso.

ABINDARRÁEZ.

Si hay algún dios piadoso
Para con los amantes, y si alguno
Deste mal amoroso
Probó el rigor, tan fiero é importuno;
Pues no hay amor ninguno
Que pueda ser tan fiero,
Ó me remedie ó mate;
Que por mi hermana muero,
Y en tan dulce imposible desespero:
Tal es quien me combate.

JARIFA.

Al último remate
De mi cansada vida, al postrer dejo,
Cuando no es bien que trate
De buscar medicina ni consejo,
Como cisne me quejo.
Fiero amor, inhumano,
Mi hermano adoro y quiero,
Por imposibles muero.

Vense.

ABINDARRÁEZ.

¡Jarifa!

JARIFA.

¡Abindarráez!

ABINDARRÁEZ.

¡Hermana!

JARIFA.

¡Hermano!

ABINDARRÁEZ.

Dame esos brazos dichosos.

JARIFA.

Dadme vos los vuestros caros.

ABINDARRÁEZ.

¡Ay, ojos bellos y claros!

JARIFA.

¡Ay, ojos claros y hermosos!

ABINDARRÁEZ.

¡Ay, divina hermana mía!

JARIFA.

¡Ay, hermano mío gallardo!

ABINDARRÁEZ.

¡Qué nieve cuando más ardo! (Aparte.)

JARIFA.

¡Qué fuego entre nieve fría! (Aparte.)

ABINDARRÁEZ.

¿Qué esperas, tiempo inhumano? (Ap.)

JARIFA.

Tiempo inhumano, ¿qué esperas? (Aparte.)

ABINDARRÁEZ.

¡Ah, si mi hermana no fueras! (Aparte.)

JARIFA.

¡Ah, si no fueras mi hermano! (Aparte.)

ABINDARRÁEZ.

Señora, ¿de qué sabéis
Que hermanos somos los dos?

JARIFA.

De lo que os quiero á vos,
Y vos á mí me queréis.
Todos nos llaman ansí,
Y nuestros padres también;
Que, á no serlo, no era bien
Dejarnos juntos aquí.

ABINDARRÁEZ.

Si ese bien, señora mía,
Por no serlo he de perder,
Vuestro hermano quiero ser,
Y gozaros noche y día.

JARIFA.

Pues tú, ¿qué bien pierdes, di,
Por ser hermanos los dos?

ABINDARRÁEZ.

Á mí me pierdo y á vos:
¡Ved si es poco á vos y á mí!

JARIFA.

Pues á mí me parecía
Que á nuestros amores llanos
Obligaba el ser hermanos,
Y que otra causa no había.

ABINDARRÁEZ.

Sola esa rara hermosura
A mí me pudo obligar,
Ese ingenio singular
Y esa celestial blandura,
Esos ojos, luz del día,
Esa boca y esas manos;
Porque esto de ser hermanos,
Antes me ofende y resfría.

JARIFA.

No es justo que en el amor,
Abindarráez, tan justo,
De hermanos, halles disgusto,
Siendo el más limpio y mejor.
Amor que celos no sabe,
Amor que pena no tiene,
Á mayor perfección viene,
Y á ser más dulce y suave.
Quiéreme bien como hermano:
No te aflijas ni desveles,
Sigue el camino que sueles,
Verdadero, cierto y llano;
Que amor, que no tiene al fin,
Otro fin en que parar,
Es el más perfecto amar;
Que es al fin amar sin fin.

ABINDARRÁEZ.

¡Ah, hermana! ¡Pluguiera Alá
Que vuestro hermano no fuera,
Y que este amor fin tuviera,
Que el de mi vida será,

Y que celos y querellas
Tuviera más que llorar
Que arenas tiene la mar
Y que tiene el cielo estrellas!
Por bienes que son tan raros,
Era poco un mal eterno;
Que penas, las del infierno
Eran pocas por gozaros.
Mas, pues vuestro hermano fuí,
No despreciéis mi deseo.

JARIFA.

Antes le estimo, y te creo.

ABINDARRÁEZ.

¿Pediréte algo?

JARIFA.

Sí.

ABINDARRÁEZ.

¿Sí?

JARIFA.

Sí, pues.

ABINDARRÁEZ.

¿Qué te pediré?

JARIFA.

Lo que te diere más gusto:
Todo entre hermanos es justo.

ABINDARRÁEZ.

No fué justo, pues que fué.
Ahora bien: dame una mano,
Y pondréla entre estas dos,
Por ver si así quiere Dios
Que sepa que soy tu hermano.

JARIFA.

¿Aprietas?

ABINDARRÁEZ.

Doyla tormento
Porque diga la verdad;
Que es jüez mi voluntad,
Y potro mi pensamiento.
Con los diez dedos te aprieto,
Cordeles de mi rigor,
Siendo verdugo el amor,
Que es riguroso en efeto.
Pues agua no ha de faltar,
Que bien la darán mis ojos;
Di verdad á mis enojos.

JARIFA.

Paso, que es mucho apretar;
Que no lo sé, por tu vida.

ABINDARRÁEZ.

Yo no lo pregunto á ti.

JARIFA.

¿Ha de hablar la mano?

ABINDARRÁEZ.

Sí.

Bien podéis, mano querida.....
Pero mi pregunta es vana,
Y ella calla en el tormento.
Á lo menos, en el tiento
No sabe á mano de hermana.
¿Que al fin lengua te faltó?
Dime, blanca, hermosa mano:
¿Soy su hermano? Digo *hermano*,
Y responde el eco, *no*.
Testigos quiero tomar.

JARIFA.

¿Qué testigos?

ABINDARRÁEZ.

Esos ojos,
Á quien por justos despojos
Mil almas quisiera dar.
¿No respondéis? Culpa os doy,
Lenguas de fuego inhumano.
No me miran como á hermano;
No es posible que lo soy.
Pues ¿preguntaré á la boca?
Ésta no dirá verdad,
Cuando pura voluntad
El instrumento no toca.
Pues ¿á los tiernos oídos?
Pero ya con escucharme,
Ó pretenden consolarme
Ó quitarme los sentidos.
El gusto, si está olvidado,
¿Qué pregunta le he de hacer?
Que el gusto de la mujer
No quiere ser preguntado.
Mas ¿qué importa, ojos, oídos,
Boca, manos, gusto, haceros
Testigos, si he de perderos
Sólo porque sois queridos?
Dése, pues, ya la sentencia,
En que sea el cuerpo hermano,
Y el alma no; que es en vano
Querer que tenga paciencia;
Pero, aunque vencido estoy
Y á la muerte condenado,
Quiero morir coronado,
Pues como víctima voy.
Dadme, hermosas flores bellas,
Rubí, zafir y esmeralda
Para hacer una guirnalda.

Compone una guirnalda.

JARIFA.

Bien es que te adornes dellas.
Triunfa de mi loco amor
Y de mi seso perdido;
Que, aunque piensas por vencido,
Yo sé que es por vencedor.
Pon la rosa carmesí
De mi prestada alegría,
Y mi celosa porfía
En el lirio azul turquí;
En el alhelí pajizo
Mi desesperado ardor,
Y en la violeta el amor
Que mi voluntad deshizo;
Mi imposible en el jazmín
Blanco, sin dar en el blanco.

ABINDARRÁEZ.

¡Cuánto se te muestra franco

El cielo, hermoso jardín!
Bella guirnalda he tejido,
Ciña mis dichosas sienes.

Pónese la guirnalda.

JARIFA.
Galán por extremo vienes.
ABINDARRÁEZ.
Y coronado y vencido.
JARIFA.
Muestra, pondrémela yo.
¿Qué te parece de mí?
¿No estoy buena?
ABINDARRÁEZ.
Mi bien, sí.
JARIFA.
¿Soy tu hermana?
ABINDARRÁEZ.
Mi bien, no;
Y en lo que os quiero me fundo.
JARIFA.
Dime ya tu parecer.
ABINDARRÁEZ.
Hoy acabáis de vencer,
Como otro Alejandro, el mundo.
Parece que agora en él
No cabe vuestra persona,
Y que os laurea y corona
Por reina y señora dél.
JARIFA.
Si así fuera, dulce hermano,
Vuestra fuera la mitad.
ABINDARRÁEZ.
¿Tanto bien á mi humildad?
Dadme vuestra hermosa mano.

Zoraide y Alborán.

ZORAIDE.
¿Eso dicen en Granada
Del buen Fernando?
ALBORÁN.
Esta nueva
Agora la fama lleva.
ZORAIDE.
Tu buen suceso me agrada:
No hay á quien amor no deba.
ALBORÁN.
Es muy propio del valor
Obligar al tierno amor
Desde el propio hasta el extraño.
No habrá más guerras este año,
Que ansí lo dice Almanzor.
ZORAIDE.
¿Traes cartas?
ALBORÁN.
Señor, sí.
ABINDARRÁEZ.
Nuestro padre.
ZORAIDE.
¡Oh hijos caros!
Huélgome mucho de hallaros
En esta ocasión aquí:
Llegad, que quiero abrazaros.
ABINDARRÁEZ.
Sin duda trae Alborán
Buenas nuevas.
ZORAIDE.
No me dan
Poco gusto, si este invierno
Descansare del gobierno
De militar capitán.
ABINDARRÁEZ.
¿Dejó Fernando la guerra?
ALBORÁN.
Por este año está olvidada.
ZORAIDE.
Colguemos todos la espada,
Y esté segura la tierra,
Y la frontera guardada;
Que harto el cuidado me aprieta
En defender á Cartama,
Porque jamás en la cama
Me halló el sol ni la trompeta,
Que la gente al campo llama.
Fernando es ido á Toledo:
Seguro pienso que quedo
De dejar la casa. Ven,
Responderé al Rey y á Hacén
Cuanto agradecerles puedo.
Ó quédate, si por dicha
Abindarráez quisiere
Saber nuevas.
ABINDARRÁEZ.
No hay que espere
Después de la nueva dicha.
Aquí mi esperanza muere. (Aparte.)
ZORAIDE.
Ven tú, Jarifa, que tengo
Que hablarte.
JARIFA.
Adiós; luego vengo.

Vanse Jarifa y Zoraide.

ABINDARRÁEZ.
¿Que aquí mi padre se queda? (Aparte.)
¿Posible es que vivir pueda
La esperanza que entretengo?
Alborán, ¿que no hay jornada?
ALBORÁN.
Ya el cristiano ha recogido
Sobre la pica ferrada
El tafetán descogido
De la bandera cruzada.
Ya Mendozas y Guzmanes,
Leivas, Toledos, Bazanes,
Enríquez, Rojas, Girones,
Pachecos, Lasos, Quiñones,
Pimenteles y Lujanes,
Truecan las armas por galas,
Por música el atambor,

Y por las plazas las salas,
Y á Belona por Amor,
A quien nacen nuevas alas.
Ya Bencerrajes, Zegríes,
Zaros, Muzas, Alfaquíes,
Abenabós, Albenzaides,
Mazas, Gomeles y Zaides,
Hacenes y Almoradíes,
Dejan lanzas, toman varas,
Juegan cañas, corren yeguas;
Que se escuchan á dos leguas
Los relinchos y algazaras
Con que celebran las treguas.

ABINDARRÁEZ.

¿Abencerrajes dijiste?
Pues ¿han quedado en Granada
Después del suceso triste?

ALBORÁN.

Fuése la lengua engañada
Al nombre ilustre que oiste;
Que ya no hay en todo el mundo
Sino tú.

ABINDARRÁEZ.

¿Cómo?

ALBORÁN.

No digo
Sino que eres tú segundo
Al valor de que es testigo
Cielo, tierra y mar profundo.

ABINDARRÁEZ.

No, Alborán, eso me di.
Dame esa mano.

ALBORÁN.

Mancebo,
¡Qué deudos perder te vi!
Reviente con llanto nuevo
El alma de nuevo aquí.
No te miro vez alguna,
Que de su triste fortuna
Y próspera no me acuerde:
Á nadie de vista pierde
La envidia, aunque esté en la luna.
Aún veo en viles espadas
Las cabezas separadas
De aquellos ilustres cuellos,
Y asidas de los cabellos,
En el Alhambra clavadas.
Aún corre la sangre aquí,
Y aún aquí la envidia aleve
Me parece que la bebe.
¡Oh vil Gomel, vil Zegrí!
¿Lloras?

ABINDARRÁEZ.

Su historia me mueve.
Pero dime, Alborán, así los cielos
Te dejen ver el fin de tu esperanza,
Y lo que quieres bien gozar sin celos:
Ansí en el campo tu gallarda lanza
Y en la plaza tu caña sea famosa,
Y el Rey te dé su Alhambra en confianza;
Ansí de amiga cara ó dulce esposa,
Si dellos tienes esperanzas vanas,
Alcances hijos, sucesión dichosa;
Y dellos en moriscas africanas
Los nietos, que colgados de tu cuello,
Con tiernas manos jueguen con tus canas,
Ansí primero veas su cabello
Nevado que tu muerte, y lleno acabes
De fama y años, que Alá puede hacello,
Que me digas, pues sé yo que lo sabes,
Si soy yo Bencerraje, y si desciendo
De los que alabas y es razón que alabes,
Ó, como por ventura estoy temiendo,
Soy hijo del alcaide de Cartama,
Puesto que la verdad del alma ofendo;
Que por la fe que el noble estima y ama,
De guardarte secreto eternamente.
Dime tú lo que dicen alma y fama.

ALBORÁN.

¡Oh ilustre y generoso descendiente
De aquellos malogrados Bencerrajes
Por su valor y envidia juntamente!
¡Oh reliquia de aquellos dos linajes!
¡Oh fénix de su muerte á sangre y fuego,
Porque mejor de los aromas bajes!
En este punto de Granada llego,
Y el traer sangre tuya en la memoria
(Que casi te la doy en llanto ciego),
Ha hecho que te obligue con su historia,
Que ya la sabes por ajena fama,
Á restaurar su antiguo nombre y gloria.
No es tu padre el alcaide de Cartama;
Que puesto que es tan noble, fué Selimo.
Pero el Alcaide, como ves, me llama.
No puedo detenerme.

ABINDARRÁEZ.

Tanto estimo.....

ALBORÁN.

Venme después á hablar.

ABINDARRÁEZ.

¿Que así me dejas?

ALBORÁN.

Perdona un poco.

Vase.

ABINDARRÁEZ.

Mi esperanza animo:
Cierre la puerta el alma á tantas quejas.
Hermosas, claras, cristalinas fuentes,
Jardines frescos, celebrados árboles,
Que aquí me vistes de Jarifa hermano,
Ya no soy el hermano de Jarifa;
Ya puedo ser su amante y ser su esposo:
Dad todos parabién á Abindarráez.
Ya no soy aquel triste Abindarráez
Que os daba tanto llanto, puras fuentes;
Ya no escribiré *hermano*, sino *esposo*,
Por las cortezas de los verdes árboles.
Pero, si no me quiere mi Jarifa,
¿Cuánto mejor me fuera ser su hermano?
Mas, aunque no me quiera, el ser su hermano

Ya quita la esperanza á Abindarráez
De la gloria que el alma ve en Jarifa.
Dirán que esto es verdad las sordas fuentes,
Y sus hojas harán lenguas los árboles:
Tanto es el bien de poder ser su esposo.
Si sólo el ser posible ser su esposo
Estorbaba del todo el ser su hermano,
Jardines, hiedras, flores, plantas, árboles,
Aquí, donde lloraba Abindarráez,
Hechos sus ojos caudalosas fuentes,
Aquí se llama esposo de Jarifa.
¡Cielos! ¿Que gozar puedo de Jarifa?
¿Que ya es posible que yo sea su esposo?
Riendo lo murmuran estas fuentes,
Que me llamaron tristemente *hermano*.
Decid que soy su esposo Abindarráez;
Que el viento os dará voz, amigos árboles.
¡Qué de veces al pie de aquestos árboles
Miré los bellos ojos de Jarifa,
Y ella me dijo: «¡Hermano Abindarráez!»
Pues ya su esposo soy, no soy su hermano,
Ó á lo menos ya puedo ser su esposo:
Decídselo, si vuelve, claras fuentes.
Fuentes, ya cesa el llanto; verdes árboles,
Ya parto á ser esposo de Jarifa,
Que ya no soy su hermano Abindarráez.

Vase.

Narváez y Nuño.

NARVÁEZ.

Bañaba el sol la crespa y dura cresta
Del fogoso león por alta parte,
Cuando Venus lasciva y tierno Marte,
En Chipre estaban una ardiente siesta.
La diosa, por hacerle gusto y fiesta,
La túnica y el velo deja aparte;
Sus armas toma, y de la selva parte,
Del yelmo y plumas y el arnés compuesta.
Pasó por Grecia, y Palas vióla en Tebas,
Y díjole: «Esta vez tendrá mi espada
Victoria igual de tu cobarde acero.»
Venus le respondió: «Cuando te atrevas,
Verás cuánto mejor te vence armada
La que desnuda te venció primero.»

NUÑO.

Oyendo he estado hasta el fin,
Si en historias tengo parte,
Esa de Venus y Marte,
Desarmado en el jardín;
Y que Palas la vió en Tebas,
Y vencerla quiso armada,
Porque cortase su espada
Desde la gola á las grebas;
Y que Venus respondió
(Que es todo filatería)
Que armada la vencería
Quien desnuda la venció.
Pero, señor, ¿á qué intento
Tanto estos días te inclinas
Á Venus, cuanto afeminas
Á nuestro Marte sangriento?
Dime la causa, señor.

NARVÁEZ.

Todo es, Nuño, declararte
Que, puesto que armado Marte,
Le vence desnudo amor.

NUÑO.

Pues qué, ¿un fuerte capitán
Puede á nadie estar sujeto?

NARVÁEZ.

¿Á un dios no?

NUÑO.

¿Dios?

NARVÁEZ.

En efeto,
Á amor ese nombre dan.

NUÑO.

¿Quién le dió?

NARVÁEZ.

La antigüedad.

NUÑO.

¡Gentil dios! ¡Buena razón!
¡Donde hay tanta imperfección,
Inconstancia y variedad!
Entre otras mil cosas, dos
Le quitan ese gobierno.

NARVÁEZ.

¿Cuáles son?

NUÑO.

No ser eterno,
Forzoso atributo en Dios,
Y carecer de razón.

NARVÁEZ.

Luego amor, ¿no es inmortal?

NUÑO.

No; que al primer vendaval
Suele mudar de opinión;
Y tarde se ve en mujer
Amor firme, amor durable.

NARVÁEZ.

Antes no hay mujer mudable
Cuando comienza á querer,
Y no hay para qué te afirmes
En el engaño que cobras:
Hacémoslas malas obras,
Y querémoslas muy firmes.
Antes amor en el hombre
Suele ser más imperfecto.

NUÑO.

Antes, por ser más perfecto,
Le dieron como hombre el nombre,
Porque á ser, antes ó agora,
Más en mujer su valor,
No le llamaran *amor*.

NARVÁEZ.

¿Qué le llamaran?

NUÑO.

Amora.

NARVÁEZ.

¡Amora!

NUÑO.

Sí. ¿No pintamos
Como mujer la piedad,
La castidad, la verdad,
Porque en ellas tanta hallamos?
Pues si en mujer el querer
Es de perfección capaz,
¿Por qué le pintan rapaz,
Y no en forma de mujer?
Mas, dejando á las escuelas
Tan vanas sofisterías,
Dime, señor, ¿de qué días
Es este dolor de muelas?

NARVÁEZ.

De un mes.

NUÑO.

Y ¿quién te enamora?

NARVÁEZ.

Bien dices; que mora fué.

NUÑO.

¡Mora!

NARVÁEZ.

Mora.

NUÑO.

Bien podré
Cantarte: *A la perra mora.*
¿Dónde la viste?

NARVÁEZ.

En Coín.

NUÑO.

¿Cuándo?

NARVÁEZ.

En las treguas pasadas,
Dando á unas rejas doradas
Por remate un serafín.

NUÑO.

Y el zancarrón de Mahoma,
¿Te da á ti desasosiego?

NARVÁEZ.

¡Oh Nuño! Todo soy fuego,
Que hable ó calle, duerma ó coma.

NUÑO.

No se te dé dos cuatrines;
Consuelo y regalo toma,
Que en el cielo de Mahoma
Son bajos los serafines.
Estas moras son lascivas;
Tú eres hombre famoso;
No será dificultoso
Gozarla, como la escribas.
Toda esta tierra te adora
Por galán, noble y discreto,
Valiente, rico: en efeto,
Ya te conoce esa mora.
Dame una carta, y yo haré
Que venga esa galga aquí.

NARVÁEZ.

¿Llevarássela tú?

NUÑO.

Sí;
Que bien su arábigo sé.
Pondréme unos almaizales,
Y hecho moro, iré á Coín
Á traerte el serafín,
Que aquesta noche regales;
Que basta por testimonio
Que te firmes don Rodrigo
De Narváez.

NARVÁEZ.

¡Oh Nuño amigo!
¡Vive Dios, que eres demonio!
Pero la letra cristiana,
¿Cómo la podrá entender?

NUÑO.

Que para todo ha de haber
Remedio é industria humana.
Aquel moro, tu cautivo,
La escribirá.

NARVÁEZ.

Dices bien.

NUÑO.

Pues voy por él.

NARVÁEZ.

Trae también
Recado.

NUÑO.

Ya le apercibo.

Vase.

NARVÁEZ.

Amor, si fuerais igual
Á la edad y al cuerpo mío,
Yo os retara en desafío;
Pero así, parece mal.
Aquel fronterizo fuerte,
Aquel andaluz temido,
Aquel Narváez, que ha sido
Entre moros rayo y muerte,
Hoy vencéis, hoy sujetáis
Con una mora. ¿Qué es esto?

Nuño con recado de escribir y Arráez.

NUÑO.

Toma esa pluma. Di presto.

ARRÁEZ.

¿Qué es, señor, lo que mandáis?

NARVÁEZ.

Hinca la rodilla en tierra,
Y escribe.

ARRÁEZ.

Decid, señor.

NARVÁEZ.

¿Eres hombre de valor?

ARRÁEZ.

Fuílo en la paz y la guerra.

NARVÁEZ.

¿Dónde tan á solas ibas
Cuando ayer te cautivé?

ARRÁEZ.

Después te lo contaré,

Señor, que esta carta escribas.

NARVÁEZ.

¿Cómo te llamas?

ARRÁEZ.

Arráez.

NARVÁEZ.

¿De dónde eres?

ARRÁEZ.

De Coín.

NUÑO.

¿Conoces al serafín
De Rodrigo de Narváez?

NARVÁEZ.

Calla, loco, que ya escribo.

NUÑO.

No creo que lo estás poco.

Dicta Narváez y escribe el moro.

¡Cuántos locos hace un loco!
¡Cuerdo yo, que libre vivo!
¡Vive Dios, que es gran flaqueza
Tropezar la voluntad!
Que amor es enfermedad,
Y sale por la cabeza.
Yo no quiero más amor
Que mis armas y caballo;
En esto mis gustos hallo,
Y me porto á mi sabor.
Sólo mi arnés es mi dama;
Éste adoro, déste fío,
Tanto, que, á no ser tan frío,
Aun le acostara en la cama.
Yo le limpio, yo le visto,
Porque en la necesidad
Me muestra la voluntad
Con que una espada resisto.
Mi amor es lanza y caballo;
Soldado que á amor se inclina,
Tan cerca está de gallina,
Cuanto pretende ser gallo.
Bien que, amor, ya os tengo á vos
Alguna vez por jüez;
Pero esto sola una vez,
Que no ha de ser más, ¡por Dios!
La mujer, fácil estopa,
Es mancha de aceite, fuego,
Que, si no se ataja luego,
Cunde por toda la ropa.

NARVÁEZ.

No tengo que decir más.

ARRÁEZ.

Mucho debe á tu valor
Ésta á quien tienes amor.

NARVÁEZ.

Bien la quiero.

ARRÁEZ.

Tierno estás,
Pues te confiesas vencido,
Siendo Narváez, señor,
El hombre más vencedor
Que el mundo ha visto y tenido.

NARVÁEZ.

Toma, Nuño, y á un balcón
De cuatro rejas azules,
Después que te disimules
Con la trazada invención,
Dirige tus pasos ciertos;
Que en la plaza le verás.
Llama á su puerta.

NUÑO.

Y ¿qué más?

NARVÁEZ.

La respuesta y los conciertos.

NUÑO.

La mora ¿se llama?

NARVÁEZ.

Alara,
Y que es casada he sabido.

NUÑO.

Creo que con su marido
Más presto se negociara;
Que te tienen tanto amor
Los moros destas fronteras,
Que es lo menos que pudieras
Alcanzar de su favor.

ARRÁEZ.

Dice Nuño la verdad,
Adoran tu nombre y fama.

NUÑO.

Voyme.

ARRÁEZ.

¡Dichosa la dama
Á quién tienes voluntad!

NARVÁEZ.

Guíete amor.

Vase Nuño.

NARVÁEZ.

Dime, Arráez,
¿Dónde ayer ibas?

ARRÁEZ.

Señor,
Sólo á saber que el amor
Era mayor que Narváez.
Mi cautiverio he tenido,
Señor, por bien empleado,
Sólo por ver humillado
Hombre á quien nadie ha vencido.
Yo iba á ver mi labor,
Y alejéme, sin pensallo,
Donde me llevó el caballo,
Y á él le llevó el furor.

NARVÁEZ.

Pues ¿en qué ibas divertido?

ARRÁEZ.

En un largo pensamiento
Con que á veces mar y viento,
Cielo, fuego y tierra mido.

NARVÁEZ.

Moro, pues sabes el mío,

Dime el tuyo; que, si puedo,
Obligado á tu bien quedo.

ARRÁEZ.

De tu grandeza lo fío.

NARVÁEZ.

Esta mi pasión me obliga
Á pensar qué quieres.

ARRÁEZ.

Quiero.. ..
Pero mi tormento fiero
No permitáis que os le diga;
Mayor es que amor airado.

NARVÁEZ.

¿Mayor que amor puede ser?

ARRÁEZ.

Es celos de mi mujer,
Rodrigo; que soy casado.

NARVÁEZ.

¡Con celos, y estás aquí!
No lo quiera Dios, Arráez;
Ya eres libre.

ARRÁEZ.

¡Oh gran Narváez!
Hoy vive mi honor por ti;
Dame esos pies.

NARVÁEZ.

Vete luego.

Llamando.

Páez.....

Páez.

PÁEZ.

Señor.....

NARVÁEZ.

Dale á este moro
Su caballo y armas.

ARRÁEZ.

Lloro
De alegría.

PÁEZ.

Ya lo entrego.

Vase.

ARRÁEZ.

Yo te enviaré mi rescate,
Á fe de hidalgo.

NARVÁEZ.

Con celos
No quieran, moro, los cielos
Que yo en la prisión te mate;
Vete libre, que es razón,
Aunque poco lo has quedado,
Que con celos y casado,
No quieras mayor prisión.
¿Tienes hermosa mujer?

ARRÁEZ.

No la hay más bella en Coín.

NARVÁEZ.

Aunque soy cristiano, en fin,
Te he de dar mi parecer:
Mira no entienda de ti
Que de su amor no te fías,
Que, en viendo que desconfías,
Todo lo ha de hacer ansí.
Ámala, sirve y regala,
Con celos no la des pena;
Que no hay mujer que sea buena
Si ve que piensan que es mala.

ARRÁEZ.

No sólo das libertad,
Mas saludables consejos.

NARVÁEZ.

Pues estoy de darlos lejos,
Y tengo necesidad.
Parte á Coín, porque veas
Mi mora, que no conoces.

ARRÁEZ.

¡Plega al cielo que la goces
Con el gusto que deseas!

Vanse.

Abindarráez y Jarifa.

ABINDARRÁEZ.

Ya que no me amáis, señora,
Como antes, de amor tan llano,
Cual era el de vuestro hermano,
Habladme más tierno agora,
Decidme lo que sentís,
Jarifa hermosa, y creed
Que me hacéis mayor merced
Cuanto más de mí os servís:
Ya pasó el temor cobarde
Que la hermandad nos ponía;
Habladme, Jarifa mía,
Más tierno, así el cielo os guarde.

JARIFA.

¿Qué te tengo de decir?

ABINDARRÁEZ.

Tu ingenio, ¿puede ignorar
Qué es hablar, sabiendo amar,
Sabiendo amar, qué es sentir?

JARIFA.

Si digo lo que te quiero,
¿Qué te puedo decir más?

ABINDARRÁEZ.

Es libro ó carta que das
Sin el título primero;
Cuando al Rey quieren hablar,
Ó negociar por escrito,
¿No le llaman grande, invito?

JARIFA.

Ansí le suelen llamar.

ABINDARRÁEZ.

Pues títulos tiene amor.

JARIFA.

¿Cómo?

ABINDARRÁEZ.

Mi bien, alma y vida;
La esperanza entretenida,
Ansí negocia el favor.

JARIFA.

Luego ¿diréte *mi bien?*

ABINDARRÁEZ.

¿Soy tu bien?

JARIFA.

Sí.

ABINDARRÁEZ.

Pues bien dices,
Y porque ansí le autorices
Al amor contra el desdén.

JARIFA.

Luego, si mi alma eres,
¿Ansí tengo de llamarte?

ABINDARRÁEZ.

¿Eso tengo de enseñarte,
Ó es que decirlo no quieres?
Nadie las ciencias podría
Sin la experiencia saber;
Mas no es posible aprender
El amor y la poesía:
El hacer versos y amar,
Naturalmente ha de ser.

JARIFA.

Si no es siendo tu mujer,
Yo no me puedo esforzar.

ABINDARRÁEZ.

Pues, mi bien, si soy cautivo
De tu padre, y como preso,
Por aquel triste suceso,
En fe de su guarda vivo;
Si él piensa que yo no sé
Que soy preso Bencerraje,
Del envidiado linaje
Que un tiempo el más noble fué,
¿Cómo te podré pedir?
Casémonos de secreto,
Cuanto el ser preso y sujeto
Puedan, mi bien, permitir.

JARIFA.

Como palabra me des
Que libre la cumplirás.

ABINDARRÁEZ.

Y eso, ¿á quién le importa más?
Dame tus hermosos pies.

JARIFA.

La mano te quiero dar:
Tuya soy desde este día.

ABINDARRÁEZ.

Yo tuyo, Jarifa mía:
Ya bien te puedo abrazar.

JARIFA.

Como hermano y como esposo,
De que ya te doy la mano.

ABINDARRÁEZ.

No hables de eso de hermano,
Que vuelvo á estar temeroso.
¡Oh famoso y claro día,
Que tanta gloria me apresta!
Cada año os haré una fiesta
Por señal de mi alegría.
¡Oh bien sufrido tormento!
¡Oh bien lograda esperanza,
Bien fundada confianza,
Bien nacido pensamiento!
¡Alegres pesares míos,
Discreta y justa porfía,
Cuerda y famosa osadía,
Venturosos desvaríos!
¡Dulce amar, dulce penar,
Dulce temer, dulce ver,
Dulcísimo padecer,
Felicísimo esperar!
¡Favoreced hasta el fin
Empresa tan justa, cielos,
Sin mudanza, olvido y celos!

JARIFA.

Mi padre viene al jardín.

ABINDARRÁEZ.

Huyamos.

JARIFA.

Dame la mano;
Deja de estar temeroso.

ABINDARRÁEZ.

Ya temo, secreto esposo,
Lo que no público hermano.
Vamos donde no nos vea
Tratar de nuestro contento;
Que aún temo que el pensamiento
Visto de sus ojos sea.
Mira que me has de querer.

JARIFA.

Hasta morir te he de amar.

ABINDARRÁEZ.

Pues yo no te he de olvidar.

JARIFA.

Eres hombre.

ABINDARRÁEZ.

Y tú mujer.

JARIFA.

Para ti soy piedra.

ABINDARRÁEZ.

Y yo.

JARIFA.

Pues no temas.

ABINDARRÁEZ.

Probaré.

JARIFA.

Quiéreme mucho.

ABINDARRÁEZ.

Sí haré.

JARIFA.

¿Ya no soy tu hermana?

ABINDARRÁEZ.

No.

JARIFA.

¿No en público?

ABINDARRÁEZ.

Aún no quisiera.

JARIFA.
Ya eres mi bien.
ABINDARRÁEZ.
Tú mi vida.
JARIFA.
¿Soy tu hermana?
ABINDARRÁEZ.
Sí, fingida.
JARIFA.
¿Y tu esposa?
ABINDARRÁEZ.
Verdadera.

Vanse.

Alara y Darín.

ALARA.
¡Moro á mí de Alora!
DARÍN.
Á ti
Busca un morisco de Alora.
ALARA.
¿Dice á Alara?
DARÍN.
Sí, señora.
ALARA.
Di que éntre.
DARÍN.
Ya viene aquí.

Sale Nuño en hábito de moro.

NUÑO.
Dame, señora, los pies,
Después que te guarde Alá.
ALARA.
¿Si mi Arráez preso está?
Moro, di presto lo que es.
NUÑO.
Solos habemos de hablar.
ALARA.
Salte allá fuera, Darín.

Vase Darín.

NUÑO.
Para venir á Coín
Quise este traje tomar;
Que sabed que soy cristiano
Y soldado de Narváez.
ALARA.
No son nuevas de mi Arráez:
Salió el pensamiento vano.
Pues, cristiano, el capitán,
¿Qué puede quererme á mí?
NUÑO.
No os quiere poco, si aquí
Correspondencia le dan.
Está perdido por vos,
Que os vió en las treguas pasadas
Sobre estas rejas doradas.
ALARA.
¡Qué necios que sois los dos,
El alcaide en enviarte,
Y tú en venir!
NUÑO.
No entra bien; (Aparte.)
Pero es el primer desdén.
ALARA.
Á ti no debo culparte,
Que eres, en fin, mensajero;
Aunque á buen tiempo has venido,
Que no está aquí mi marido,
Y ha tres días que le espero;
Pero á él, que es tan discreto,
Como nos dice la fama,
Mucho le culpo.
NUÑO.
Si os ama,
No tiene culpa, os prometo.
Esta carta leed agora,
Veréis en lo que se funda.
ALARA
Va la necedad segunda.

Lee.

«Narváez, alcaide de Alora.»
¡Ay de mí! La firma es suya,
Y la letra de mi Arráez.
¿Quién escribe esto á Narváez,
Cristiano, por vida tuya?
NUÑO.
Un moro, para que fuese
Más claro.
ALARA.
¿Qué suerte de hombre?
NUÑO.
Ni sus señas ni su nombre
Podré darte, aunque quisiese.
Dos días ha que está cautivo,
Que en una celada dió.
ALARA.
¿Sabe á quién escribe?
NUÑO.
No.
ALARA.
Algún consuelo recibo;
Que es en extremo celoso.
Esta letra he conocido.
NUÑO.
¿Cómo?
ALARA.
Que es de mi marido.
NUÑO.
Aún será el cuento gracioso.
Luego el cautivo de allá,
¿Es vuestro marido?
ALARA.
Sí.
NUÑO.
Yo negocio por aquí. (Aparte.)

Segura la prenda está.
Pues alto: venid conmigo,
Trataréis de su rescate.

ALARA.

Justo será que dél trate,
Aunque injusto el ir contigo.
Pero donde está mi Arráez,
Más sus celos aseguro,
Y más si su bien procuro.
Pero ¿qué dirá Narváez?
Que voy á lo que me llama,
Sin duda, creerá de mí.

NUÑO.

Basta; que llevo de aquí (Aparte.)
Á uno mujer, y á otro dama.

ALARA.

Mas diga lo que quisiere,
Pues se ha de desengañar:
Mis joyas quiero llevar,
Y el dinero que pudiere.
Vamos, que es de amor indicio.
Haré ensillar en qué vamos.

NUÑO.

Una para dos llevamos; (Aparte.)
No anda muy malo el oficio.

Vanse.

Zoraide, Jarifa y Abindarráez.

ZORAIDE.

No me puede pesar con más extremo.
Forzosa es mi partida, Abindarráez,
Y el dejarte en Cartama es más forzoso,
En poder del alcaide que aquí viene;
Que así lo escribe el Rey y así lo manda.

ABINDARRÁEZ.

¿Que así lo manda el Rey y así lo escribe?

ZORAIDE.

Que me parta á Coín con mi familia
Me manda el Rey, y que te deje solo
Aquí en Cartama, mientras Zaro viene,
Que ha de ser el alcaide de Cartama.
Yo me he de partir hoy, porque me manda
Que acuda de Coín á la flaqueza,
De los fieros cristianos oprimida,
Ejercitados en continuos robos,
Celadas, quemas, correrías, talas,
Y otras malas y ruines vecindades
Que suelen siempre hacer los fronterizos,
Y más donde Rodrigo de Narváez
Está con tal valor, consejo y fuerza.
Que es uno de los nueve que publica
Del Sur al Norte la española fama.

ABINDARRÁEZ.

¿Que así lo manda el Rey y así lo éscribe?

ZORAIDE.

Hijo, Dios sabe lo que á mí me pesa,
Si basta solamente decir hijo.
¿Cómo puedo exceder de lo que él manda?

ABINDARRÁEZ.

¿De qué me tiene el Rey á mí tal odio,
Si os hace el Rey á vos mercedes tantas?
¿Por ventura soy yo del Rey esclavo?
¿He cometido algún delito enorme
Contra sus leyes ó real cabeza,
Que me manda dejar solo en Cartama,
Y sujeto al alcaide que aquí viene;
Y á vos, que sois mi padre, y á Jarifa,
Mi amada hermana, que á Coín se partan?

ZORAIDE.

Hijo, el Rey me lo escribe, el Rey lo manda:
Yo voy á responder y obedecelle.
Tú entretanto, Jarifa, haz que aperciban
Tus mujeres tu ropa, que esté á punto,
En tanto que Alborán parte á Granada.

JARIFA.

Ansí lo haré, señor, que á la partida
Ya estoy desde esta tarde apercibida.

Vase Zoraide.

ABINDARRÁEZ.

Sola esta vez quisiera,
Dulce señora mía,
Hacerme lenguas para hablaros tanto,
Que del alma se viera
La pena y la porfía;
Mas salga por los ojos, vuelta en llanto.
De que viva me espanto
Tan desdichada vida,
Si ha de quedar en calma
Apartándose el alma
De aquellos brazos donde estaba asida.
Fuí esposo ayer presente;
Hoy, ¿qué seré, si estoy de vos ausente?
¿Que os vais, hermosos ojos,
Soles del mismo cielo?
¿Que dejáis vuestra tierra y vuestro amigo?
¿Que de ausencia y enojos,
Nubes del bajo suelo,
Eclipsan vuestra luz, que adoro y sigo?
¿Que no hablaréis conmigo,
Ni me diréis amores?
¿Que no podré tocaros?
¿Que ya no podré hallaros
Entre estas aguas y olorosas flores?
¿Qué es esto, vida mía?

JARIFA.

De la de entrambos el postrero día,
Si no me consolara,
Gallardo dueño mío,
Señor del alma, que la tuya adora,
Que la fortuna avara
No es peña, monte ó río,
Sino mudable viento de hora en hora
La ausencia que ya llora
El corazón presente,
Me acabara la vida,
Que vive entretenida
En que has de estar tan poco tiempo ausente,
Cuanto pueda llamarte
Para poder secretamente hablarte.

No habrá ocasión tan presto,
Cuando te llame á verme,
Que presto la ha de haber, aunque ya es tarde.
Y en pago, esposo, desto,
Tan tuya quiero hacerme,
Que entre mis brazos tu venida aguarde.

ABINDARRÁEZ.

Huya el temor cobarde,
Señora, de mi pecho,
Si ese bien me prometes.

JARIFA.

Paso: no te inquïetes,
Que por ventura por mi bien se ha hecho;
Que, viniendo secreto,
Tendrán nuestros deseos dulce efeto.
Yo entiendo que mi padre
Irá presto á Granada,
Ó que tendrá otro justo impedimento
Que á nuestra vida cuadre,
Y yo estaré ocupada
En sólo este cuidado y pensamiento.

ABINDARRÁEZ.

Y en este apartamiento,
¿Qué me dejas por vida,
Si la vida me llevas?

JARIFA.

La esperanza y las nuevas
De que será tan presto tu partida.

ABINDARRÁEZ.

¡Al fin te vas, señora!
¡Triste de mí, si yo me muero agora!

JARIFA.

No morirás, mi vida,
Que la mía te queda.

ABINDARRÁEZ.

Pues viviré mil siglos inmortales.
Dame, esposa querida,
Tus brazos, en que pueda
El alma descansar de tantos males.

JARIFA.

Véngante tan iguales
Como yo lo deseo.

ABINDARRÁEZ.

¿Llamarásme?

JARIFA.

¿Eso dudas?

ABINDARRÁEZ.

No haré, si no te mudas.
¡Ay, cuántos siglos ha que no te veo!

JARIFA.

¿Cómo, si no has partido?

ABINDARRÁEZ.

Pensé que era pasado, y no es venido (1).

(1) *El partir:* género de elipsis muy común en las obras de Lope.

ACTO SEGUNDO.

Narváez, Páez, Alvarado, Espinosa y Cabrera.

NARVÁEZ.

Dalde la mano, Alvarado,
Y no haya más.

ALVARADO.

No permitas,
Pues siempre honor solicitas,
Que pierda el que me han quitado.

NARVÁEZ.

Volvedme á contar lo que es;
Que en lo que hasta agora entiendo,
Poco vuestro honor ofendo.

ALVARADO.

El mío pongo á tus pies;
Pero no has de permitir
Que quede en mala opinión.

NARVÁEZ.

¿Sobre qué fué la cuestión?

ESPINOSA.

No se la mandes decir;
Que es parte, y dirá á su gusto.

ALVARADO.

Yo diré mucha verdad,
Y el que más.

NARVÁEZ.

Paso: acabad;
Que ya recibo disgusto.

ESPINOSA.

Óyeme, señor, á mí.

NARVÁEZ.

Ni Alvarado ni Espinosa
Me han de hablar ni decir cosa;
Páez lo cuente.

PÁEZ.

Pasa ansí.....
Y remítome á Cabrera,
Que estaba delante.

NARVÁEZ.

Acaba.

PÁEZ.

Jugando Alvarado estaba,
Y Espinosa desde afuera;
Y en una suerte dudosa,
Sin pedirla ó ser tercero,
Á pagar de su dinero
Juzgó la suerte Espinosa.
Alvarado respondió:
«¿Quién le mete en esto?» Y luego
Replicó Espinosa: «El juego;
Que veo juego, y tercio yo.»
«Mejor fuera que callara»,
Dijo Alvarado más recio.
Dijo Espinosa: «Algún necio

La suerte le barajara;
Que yo sé de tropelías.»
Alvarado replicó:
«Miente el que dice que yo
Puedo hacer bellaquerías.»
Espinosa en este punto
El sombrero le tiró,
Metieron mano, y llegó
El presidio todo junto,
Y pusiéronlos en paz,
Hasta que con la alabarda
Llegaste al cuerpo de guarda.

NARVÁEZ.

Y ¿en eso estás pertinaz?
¡Gentil engaño porfías!
Si estotro dice que sabe
Tropelías, ¿en qué cabe
Que entiendas bellaquerías,
Y que lo entiendas por ti?
Y el haberle desmentido,
Á Espinosa no ha ofendido,
Pues él lo dijo por sí,
Y si ofensa no se ve,
Ni Alvarado desmintió,
El sombrero que tiró
De ningún efecto fué;
Y cualquier soldado sabio,
Que en agravio, si le hubiera,
Las espadas juntas viera,
Dirá que cesó el agravio.
No hay cosa que con haber
Metido mano á la espada,
No quede desagraviada,
Porque es lo posible hacer.
Quede esto á mi cuenta, y yo
Vuestro honor tomo á mi cargo,
Y satisfacer me encargo
Lo que otro diga.

ALVARADO.

Eso no;
Que nadie hablará en aquello
Que hablare tal capitán.

NARVÁEZ.

Y esas manos, ¿no se dan?

ALVARADO.

Sí daré, pues gustas dello.

ESPINOSA.

Su amigo soy.

ALVARADO.

Yo su amigo.

Ortuño y Zara.

ORTUÑO.

¿Con quejas al capitán?

ZARA.

Por dicha en él hallarán
Más piedad que en ti, enemigo.

ORTUÑO.

Óycte, galga.

ZARA.

¡Señor!

NARVÁEZ.

¿Qué es eso?

ZARA.

Una pobre esclava
Que en la nobleza que alaba
El mundo, espera favor.

NARVÁEZ.

¿Qué es esto, Ortuño?

ORTUÑO.

Esa perra
Me levanta no sé qué.

NARVÁEZ.

¿Cúya es?

ORTUÑO.

Tuya y mía fué,
Y cautiva en buena guerra.

ZARA.

Señor, de noche y de día
Me hace fuerza y maltrata.

NARVÁEZ.

¿Ansí la esclava se trata?

ORTUÑO.

Miente, por tu vida y mía;
Sino que no entiende bien:
Y cualquier cortés favor
Luego piensa que es amor,
Y fuerza dirá también:
Haciendo estaba mi cama,
Y porque á ayudarla fuí,
Se vino huyendo de mí.

NARVÁEZ.

¡Sí, sí; deso tienes fama!
Ahora bien: ¿qué te he de dar
Por ella?

ORTUÑO.

Tuya es.

NARVÁEZ.

Di, acaba.

ORTUÑO.

Ya ves que es buena la esclava,
Y mejor de rescatar.

NARVÁEZ.

Doyte por ella una copa
De plata: vé al repostero.

ORTUÑO.

Doyle yo, pobre escudero,
Diez mil y cama de ropa,
Y ¡una copilla me das!

NARVÁEZ.

Sin dinero estoy, ¡por Dios!
Pero di que te den dos
Si con tanta sed estás.

ORTUÑO.

Beso tus manos.

NARVÁEZ.

Ya, mora,
Eres mi esclava.

ZARA.

Sí soy.

NARVÁEZ.

Pues yo libertad te doy:

Vete á tu tierra en buen hora.

ZARA.

Déte el cielo mil victorias,
Caudillo de los cristianos.

Vase.

CABRERA.

¡Qué rotas tiene las manos!

PÁEZ.

Y ¡qué llenas de honra y glorias!

Peralta.

PERALTA.

Aquí, señor, está el moro
Que viene por el rescate
Del sargento.

NARVÁEZ.

¡Buen quilate
Descubre esta vez el oro!
No tengo un real, ¡por Dios!.....
Llama ese morillo aquí,
Y por él me lleve á mí,
Ó estemos juntos los dos.
Pero escucha: al repostero
Di que mi plata le dé;
Que yo la rescataré
Cuando tuviere el dinero.
Venga el sargento al momento,
Donde es también menester,
Porque más vale comer
Sin plata que sin sargento.

PERALTA.

¡Oh Alejandro! ¡Oh gran Narváez!

NARVÁEZ.

Id vos, Peralta, con él.

PERALTA.

Voy, señor.

Vase.

PÁEZ.

¿Qué das por él?

NARVÁEZ.

Quinientos escudos, Páez.

PÁEZ.

Aunque de esclavo le sacas,
Por esclavo le has comprado.

Nuño, en hábito de moro, con un rebozo.

NUÑO.

¿Hay acaso algún soldado,
Que no tenga fuerzas flacas,
Que quiera luchar conmigo?

NARVÁEZ.

¿Por dónde este moro entró?
¿Quién puerta y licencia dió
En mi casa á mi enemigo?

NUÑO.

Yo me entré solo á probar
Mis fuerzas ó en paz ó en guerra.

ALVARADO.

¡Bravo moro! En esta tierra
Suelen desafíos usar;
Yo quiero luchar contigo.

PÁEZ.

Y yo con adarga y lanza.

ESPINOSA.

Yo con la espada, si alcanza
La suya á igualar conmigo.

NUÑO.

Á todos juntos os reto,
Fuera del alcaide.

PÁEZ.

Bien;
Mas conmigo solo ven.

NUÑO.

Eres valiente en efeto;
Mas no vengo á pelear,
Sino á avisar á Narváez.

NARVÁEZ.

Salíos todos, y tú, Páez,
Haz esas puertas guardar.

PÁEZ.

Bien dices; que éste podría
Intentar tu muerte.

ALVARADO.

Vamos.

Vanse los soldados.

NARVÁEZ.

Ya, moro, solos estamos.

NUÑO.

¿No me conoces?

NARVÁEZ.

Querría.

NUÑO.

Soy el moro Marfuz.

NARVÁEZ.

Creo
Que eres famoso y gran hombre,
Aunque nunca oí tal nombre;
Mas verte el rostro deseo.

NUÑO.

Soy sobrino de Mahoma;
Vengo á matarte.

NARVÁEZ.

¿Á mí?

NUÑO.

Sí;
Á ti pues.

NARVÁEZ.

¿Adónde?

NUÑO.

Aquí.

NARVÁEZ.

Pues alto: la espada toma.

NUÑO.

Pues ya, como ves, la empuño.

NARVÁEZ.

¡Ea, moro, á mí te ven!

NUÑO.

Nuño soy.

NARVÁEZ.

¿Nuño?

NUÑO.

Descubriéndose.

Pues ¿quién?

NARVÁEZ.

¡Válate el diablo por Nuño!

NUÑO.

¿No sabes lo que ha pasado?

NARVÁEZ.

¿Cómo?

NUÑO.

El moro que escribió,
Era el dueño de quien yo
La misma carta he llevado.

NARVÁEZ.

¿Qué dices?

NUÑO.

Que es su marido,
Y que, viendo su prisión,
Viene á verle.

NARVÁEZ.

Y á ocasión
Que ya libremente es ido.

NUÑO.

¿Ido?

NARVÁEZ.

Enviéle á su casa.

NUÑO.

¿Por qué?

NARVÁEZ.

Porque era celoso.

NUÑO.

¡Por Dios, que es cuento donoso!
Todo á propósito pasa;
Que la mora traigo aquí,
Y ansí la podrás gozar,
Pues da el marido lugar.

NARVÁEZ.

¡Qué buen remedio le dí!

NUÑO.

La vida ¡por Dios! le has dado,
Pues á su casa le envías
Cuando á la tuya traías
La prenda que le has quitado.
¡Buen recado hallará en ella!
¡Oh celosos! Siempre vi
Que les sucediese ansí;
El guardalla es no tenella.

NARVÁEZ.

Bien dices.

NUÑO.

Ya viene: escucha.

Alara.

NARVÁEZ.

Pésame, ¡por Dios! señora,
De que hayáis venido agora.
¡Qué grande hermosura! (Aparte á Nuño.)

NUÑO.

Mucha.

NARVÁEZ.

En aqueste punto envío
Vuestro marido de aquí,
Aunque no le conocí.

ALARA.

Bésoos los pies, señor mío,
Por la merced recibida;
Pero soy tan desdichada,
Que á sus celos y á su espada
Ofrezco mi cuello y vida;
Que, como allá no me halle,
No ha de creer mi intención,
Sino que ha sido invención
Por gozarme y engañalle;
Pero ya, después que os veo
Tan gallardo, ilustre y fuerte,
Tendré por justa mi muerte
Y por vida mi deseo:
Cuanto publica la fama
Es poco en vuestra presencia.

NARVÁEZ.

Yo os quise mucho en ausencia,
Y presente, el alma os ama;
Pero en ella me ha pesado
Que de la carta haya sido
Tercero vuestro marido,
Á quien libertad he dado.

ALARA.

No os cause, señor, pesar,
Sino servíos de mí;
Que ya que he venido aquí,
Vuestro amor quiero pagar.
Y ¡dichosa yo, si acaso
Amor firme hallase en vos!

NARVÁEZ.

¿Qué te parece? (Aparte á Nuño.)

NUÑO.

¡Por Dios,
Que habla desenvuelto y raso!
¿Vos erais la desdeñosa? (Aparte.)
Malo estaba de entender;
No he visto fácil mujer
Que no sea vergonzosa.

NARVÁEZ.

Yo os agradezco en extremo
La voluntad, mi señora;
Pero, aunque el alma os adora,
La ofensa de mi honor temo;
Que parece que deshonra
Mi opinión y calidad,
Que á quien dí la libertad
Le venga á quitar la honra.
¿Qué dirá vuestro marido,
Sino que yo le engañé?
Y sabe el cielo que fué
No habiéndole conocido.
Sabed que soy caballero,

Y que quitalle el honor
Contradice á mi valor.

NUÑO.

Mejor dirás majadero. (Aparte.)
Gózala, ¡pesia mi vida! (Ap. á Narváez.)
Ó si no, dámela á mí.

ALARA.

Señor, ya he venido aquí,
Y os quiero si soy querida;
Y aunque ese término sea
Del valor que en vos se ve,
Advertid que pensaré
Que os he parecido fea.

NUÑO.

Dale ese contento, acaba;
Que en amor no hay cortesía.

NARVÁEZ.

Basta, Nuño. Alara mía,
Más os amo que os amaba;
Más hermosa estáis aquí
Que entre las rejas azules.

NUÑO.

Ya entiendo; no disimules:
Señora, queredme á mí.
¡Vive Dios, que es impotente! (Aparte.)

NARVÁEZ.

Nuño, parte y vé con ella
Á Coín. Vos, mora bella,
Tenedme por vuestro.

NUÑO.

Tente;
No pierdas esta ocasión.

NARVÁEZ.

Á quien libre quise hacer,
¿He de quitar su mujer?

NUÑO.

¡Oh nuevo andaluz Cipión!
Hazañas son de tu mano.
Vamos, Alara, de aquí.

ALARA.

¡Que me desprecies ansí!
¡Oh riguroso cristiano!

Vanse Alara y Nuño.

NARVÁEZ.

Si fué mayor la gloria y noble el pago
Que dió en España á Cipïón la fama
En no querer gozar la presa dama,
Que el vencimiento ilustre de Cartago;
Y si después de aquel lloroso estrago
De Darío, más heroico el mundo llama
Al macedón, que no violó su cama,
Mi deuda con lo mismo satisfago.
No quiero que me estimen ni me alaben
Las propias ni las bárbaras naciones,
Porque en mi pecho sus grandezas caben.
No son los capitanes Cipïones,
Ni Alejandros los reyes, si no saben
Vencer sus apetitos y pasiones.

Peralta, Ortuño, Alvarado, Espinosa y Cabrera.

PERALTA.

¡Albricias!

NARVÁEZ.

Yo te las mando.

ORTUÑO.

¡Ea, fiestas y alegría!

PERALTA.

Dos mil ducados te envía
De socorro el rey Fernando.

NARVÁEZ.

Dios guarde al Rey mi señor.
Esta tarde hay paga.

ALVARADO.

¡Vivas
Mil años, y dél recibas
Premio igual á tu valor!

NARVÁEZ.

Ea, poned mesas luego;
Todo os lo he de dar, ¡por Dios!
Y á ser diez mil, como dos.

ESPINOSA.

Peralta, mis pagas juego.

PÁEZ.

¿Quién habrá que eso no haga?

NARVÁEZ.

Llama aquesas cajas, Páez.

CABRERA.

¡Vivan Fernando y Narváez!

ALVARADO.

¡Paga!

CABRERA.

¡Paga!

ORTUÑO.

¡Paga!

ESPINOSA.

¡Paga!

Vanse.

Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.

Esperanza entretenida,
Mal nos llevamos los dos:
No hay quien lleve como vos
Hasta la muerte la vida.
Sois una vela encendida,
Que va ardiendo hasta acabarse;
Pues también, si ha de matarse,
Quedaráse el alma á obscuras;
Y entre tantas desventuras,
Bueno es vivir y quemarse.
Por ti, esperanza, el cuidado
Entretiene de una suerte
Al soldado entre la muerte,
Y en el palo al sentenciado;
En el mar al que va á nado,
Al peregrino en el yermo,
En el peligro al enfermo:
Y ansí, yo por ti en la guerra,

Cordel, peligro, mar, tierra,
Hablo, vivo, como y duermo.
Todo se finge por ti,
Dudosa y tarda esperanza;
Por ti lo imposible alcanza
Quien tiene esperanza en ti.
Si se pasa el mar ansí,
La enfermedad, el cordel,
En esta ausencia cruel
De mi Jarifa querida
Pasa hasta el fin de mi vida,
Pues está el remedio en él.
Y vos, hermosa señora,
Acordaos que aquí los dos
Vivimos, queriendo Dios,
Con más regalo que agora.
Desde la noche á la aurora,
En este jardín hermoso
Pasábamos el gozoso
Tiempo que agora nos falta,
Porque la gloria más alta
Tiene su fin más dudoso.
Mas ya estaréis, por ventura,
Destos tiempos olvidada,
Porque la gloria pasada
Poco en la memoria dura
De quien olvidar procura.
Para vivir sin tormento
Bien lloré mi apartamiento;
Que bien echaba de ver
Que palabras de mujer
Tienen la firma del viento.
Bellas flores y jazmines,
Que hurtábades por favor
A su aliento vuestro olor
En estos frescos jardines,
¡Mirad á qué tristes fines
Han venido mis victorias!
¡Mirad cuáles son las glorias,
Y los tormentos qué tales!
Pues no me mataron males,
Y me han de matar memorias.

Maniloro.

MANILORO.

Ya, señor, las tres han dado:
Hora será de comer,
Si por dicha, como ayer,
No te quedas olvidado.
Deja la melancolía;
Come, y desecha la pena;
Que aunque comas, será cena,
Pasado lo más del día.
Aunque á Jarifa aguardaras
Con la mesa puesta ansí,
Era ya tarde.

ABINDARRÁEZ.

¡Ay de mí!
Que en sólo el cuerpo reparas;
Déjale al alma comer
Suspiros, lágrimas, quejas.

MANILORO.

¡Por Dios, que si al cuerpo dejas,
Que ella le venga á perder!
No te digo que no penes,
Mas que para poder dar
Fuerzas á tan buen penar,
Tendrás más si á comer vienes;
Porque el que bien ha comido,
Más peso llevará á cuestas.

ABINDARRÁEZ.

Tu inocencia manifiestas,
Tu libertad y tu olvido.
Vete con Dios, Maniloro,
Y déjame aquí morir.

MANILORO.

Mucho ese eterno sentir
Hace ofensa á tu decoro;
Y aun á tu Jarifa ofende,
Que tanto tu vida estima.

ABINDARRÁEZ.

¿La estima?

MANILORO.

Sí, pues la anima,
Y que se aumente pretende.
Y pues tu pecho recibe
Su alma, y casa le has hecho,
¿Por qué maltratas el pecho
Adonde Jarifa vive?

ABINDARRÁEZ.

¡Ay, Maniloro! ¿Qué intento?
Mal hago en querer morir,
Si el huésped ha de salir
Del pecho en que le aposento.
Viva yo; sustento venga;
Viva Jarifa.

MANILORO.

Eso sí.

ABINDARRÁEZ.

Mas ¿no es engaño, no, ansí,
Que vida en ausencia tenga?
Si muero, mi alma irá
A ver á Jarifa luego.
Vete con Dios.

Celindo, con una carta.

CELINDO.

Creo que llego
Á buen tiempo.

MANILORO.

¿Quién va allá?

CELINDO.

Celindo soy, Maniloro.
¿Y Abindarráez?

MANILORO.

¡Oh, Celindo!
Aguarda.

ABINDARRÁEZ.

Á morir me rindo:
Tanto, ausente, peno y lloro

MANILORO.
¿Qué me darás, y tendrás
Nuevas de Jarifa y cartas?
ABINDARRÁEZ.
La vida, el alma que partas.
MANILORO.
Celindo.....
ABINDARRÁEZ.
¡Amigo! ¿Aquí estás?
CELINDO.
Dame tus pies, y ésta toma.
ABINDARRÁEZ.
¡Que tal bien se me conceda!
¿Cómo mi Jarifa queda?
CELINDO.
Buena, gracias á Mahoma.
ABINDARRÁEZ.
Mil besos doy á su firma,
Que hasta el alma me penetra:
¿Qué hará el sentido? La letra
Sola mi gloria confirma.

Lee.

«Esposo: Mi padre es ido
Á Granada desde ayer.
Venme aquesta noche á ver.....»
¡Cielos, yo pierdo el sentido!
En el camino podré
Leer, amigos, lo demás.
Maniloro, ¿no me das
Caballo? ¿Heme de ir á pie?
Mi vida, ¿que podré veros?
Mi alma, ¿que podré hablaros?
Mis ojos, ¿que he de gozaros
Y en estos brazos teneros?
Ea, loco estoy del todo.
Celindo, ésta toma, ten;
Y tú estas joyas también:
Vuestro soy y vuestro es todo.
Dame una marlota rica,
Llena de aljófar y perlas,
Que ha de verme y ha de verlas
Quien al sol su lumbre aplica.
Dame un hermoso alquicel
Ó bordado capellar,
Y también me puedes dar
Alguna banda con él.
Dame bonete compuesto
De mil tocas y bengalas
Y plumas, porque no hay galas
Que luzgan sin plumas: presto.
Dame una manga bordada
De aljófar y oro, á dos haces.
Los amores son rapaces:
Con rapacejos me agrada.
Dame borceguí de lazo
Y acicate de oro puro,
Y porque vaya seguro,
Ensillarásme el picazo.
Ponle una mochila azul
Y un freno de campanillas,
La más fuerte de mis sillas
Y una adarga de Gazul;
Una lanza de dos hierros,
Que los extremos se igualen,
Por si al camino me salen
Algunos cristianos perros.
No habrá salido andaluz
Tan galán á escaramuza,
Ni Almadán, ni el moro Muza,
Contra el de la roja cruz.
Ea, mi bien, aguardad
Vuestro Abindarráez: ya voy.

Vase.

MANILORO.
Loco está, á fe de quien soy.
CELINDO.
Amor es enfermedad.
MANILORO.
Voy á darle de vestir.
CELINDO.
Tiene razón de querella,
Que le adora, y es tan bella
Cuanto se puede decir.
MANILORO.
¿Está seguro el camino?
CELINDO.
Para moro tan valiente,
¿Qué importa un mundo de gente?
MANILORO.
¿Va solo?
CELINDO.
Solo, imagino.

Vanse.

Arráez, á caballo.

¡Gracias á Alá, que llegué
Donde mi muerte ó venganza
Descansarán mi esperanza!
Aquí al muro arrojaré,
Pidiendo guerra, la lanza.
Pero ya están en el muro.

Narváez, Ortuño, Páez, Alvarado, Cabrera, Espinosa y Peralta en el muro.

NARVÁEZ.
¿Moro dices á caballo?
ORTUÑO.
Desde aquí puedes mirallo.
ARRÁEZ.
Vengarme ó morir procuro: (Aparte.)
Quiero desde aquí retallo.
Don Rodrigo de Narváez,
Valiente por sólo el nombre,
Y más cobarde en los hechos
Que gallardo en las razones:
Tú, que, fingiendo valor
Entre quien no te conoce,

Has ganado injusta fama
Del ocaso á los triones:
Yo soy Abenabó Arráez,
Á quien ayer, como doble,
Diste libertad fingida;
Quien no te entiende, te compre.
Mi infamia trazaste, Alcaide;
Que apenas pasé del monte,
Cuando á mi casa enviaste
El mayor de tus ladrones.
Á mi mujer me ha robado;
Que primero que la goces,
Te pienso sacar el alma,
Cuerpo á cuerpo, entre estos robles.
¿Esos eran los consejos
De caballero y de noble?
¡Buenas tretas son, Alcaide!
Quien no te entiende, te compre.
Apenas entré en mi casa,
De donde pensaba entonces
Enviarte un rico presente,
Cuando entiendo tus traiciones.
Iba yo por el camino
Cantando tus grandes loores,
Y pensando qué rescate
Te diese, aunque rico, pobre.
Imaginaba caballos,
Atados en los arzones
Ricos alfanjes de Túnez,
Con mochilas de colores;
Finas alfombras de seda,
Frenos y estribos de bronce,
Y unos para ti de plata,
Sin otras joyas y dones;
Cuando la mejor que tengo,
Hallo que me falta; y dióme
Más pena en que tú la tengas,
Y me aconsejes y robes;
Que la traición del amigo
Más se siente y duele al doble;
Y engañar, fingiendo amar,
Es gran bajeza en el hombre.
Por eso te desafío
Á ti, á tres, á seis, á doce,
Y os reto como á villanos,
Como á infames y traidores,
De que no tenéis palabra
Ni miráis obligaciones;
Que no hay entre todos uno
Que el amigo no deshonre.
Dame mi esposa, Rodrigo,
Si mis palabras te corren;
Que no he de salir del campo
Menos que muera ó la cobre.

NARVÁEZ.

Moro, engañado has venido;
Que á quitarte las prisiones
Vino á mi Alora tu Alara,
Como verás cuando tornes.
Porque apenas vino aquí,
Cuando á volver se dispone,
Por asegurar tus celos
Y temer tus sinrazones.
Si con ella te he ofendido,
¡Plega al cielo, moro noble,
Que me atraviese la espada
De un moro villano y torpe!
Á fe de hidalgo y cristiano,
Por la vida, que Dios logre,
Del rey, mi señor, Fernando,
Por quien guardo aquestas torres,
So pena de que en castigo
Vuelva sin honra á su corte,
Que no he tomado su mano,
Ni en presencia dicho amores.
Y tú eres, moro, el primero
Á quien doy satisfacciones;
Y no te las doy por mí,
Que no temo armas ni voces,
Sino por ella, á quien debes
El amor que desconoces
Con esos injustos celos
Y villanas presunciones.

PÁEZ.

¡Pesia al moro! Señor mío,
¿Con él en eso te pones
Tú, que no sueles sufrir
Marsilios ni Rodamontes?
Aguarda; que á puros palos
Le haré que el camino tome
Á reñir con su mujer
Los celos que se le antojen.

NARVÁEZ.

Páez, no salga ninguno,
Si no es que el moro responde
Que no está contento desto.

PÁEZ.

Suplícote me perdones;
Que le he de quitar la vida.

ORTUÑO.

Tiene razón. Baja, corre,
Ó haremos todos lo mismo.

ALVARADO.

Mejor es que alguno nombres
De los que estamos aquí
Sufriendo que nos deshonre.

CABRERA.

El que llegare más presto,
Basta.

NARVÁEZ.

Ninguno me enoje.

ESPINOSA.

Perdona, que no ha remedio.

PERALTA.

Baja, y la boca le rompe.

NARVÁEZ.

¡Por vida del Rey!

PERALTA.

No jures.

NARVÁEZ.

¡Ah, señores! ¡Ah, señores!

Quítanse todos del muro.

PÁEZ.

Dentro.

Permíteme, Alcaide ilustre,
Que de una almena le ahorque.

CABRERA.

Dentro.

Dame licencia, señor,
Que las narices le corte.

ARRÁEZ.

Basta, que vienen todos los cristianos.
Mal hice en presumir de un hombre noble
Una bajeza igual; pero los celos
No dan lugar á la razón, ni miran
Si es justo ó no lo que su rabia intenta.
Bien puedo á la defensa prevenirme,
Que dijera mejor para la muerte,
Porque cualquiera dellos es un Héctor,
Y el Alcaide famoso el mismo Aquiles.

Peralta, Alvarado, Ortuño, Páez, Cabrera y Espinosa con las espadas desnudas, y Narváez deteniéndolos.

NARVÁEZ.

Ténganse, digo: ténganse, soldados,
O ¡por vida del Rey!.....

PERALTA.

Señor, ninguno
Quiere ofenderte.

NARVÁEZ.

Envainen pues.

ARRÁEZ.

¡Oh ilustre
Rodrigo, á quien el cielo haga dichoso
Sobre todos aquellos que celebra
La antigüedad con palmas y laureles!
Rendido estoy á tu nobleza, y veo
Que mi ignorancia fué mi propio engaño;
Aunque si amor á todos da disculpa,
¿Por qué no la tendrán mi amor y celos?
Si tú, si tus soldados, si los hombres,
Si las aves, los peces, si las fieras,
Si todo sabe amor, si todo teme
Perder su bien, y con sus celos propios
Defiende casa, nido, mar y cueva,
Llora, lamenta, gime y brama; advierte
Que celos y sospechas me obligaron
Al desatino que á tus pies me rinde.

NARVÁEZ.

Moro, la libertad que yo te he dado
Me obliga á tu defensa; y sabe el cielo
Que te he dado tres cosas en un día,
Que es dellas cada cual la más preciosa:
La libertad, la honra, y hoy la vida.
Vuelve á Coín; pero primero jura
Que no has de dar á Alara pesadumbre;
Que si lo sé, ¡por vida del Rey juro
Que he de quemar tu casa, y á ti en ella,
Cuando fuera Coín Granada ó Córdoba!

ARRÁEZ.

Yo te doy la palabra, y por Mahoma
Te juro de querella y regalalla.

NARVÁEZ.

Parte con Dios; que buena mujer tienes
En Coín, y en Alora buen amigo.
Cuando alguno tratare de enojártela,
Acude á mí, que yo seré tu espada.

ARRÁEZ.

Los cielos guarden tu famosa vida.

Vase.

NARVÁEZ.

Esto es mi gusto: no replique nadie.

Nuño.

NUÑO.

Ya queda, ilustre Alcaide, en Coín Alara;
Mas yo no sé qué enredos son aquestos,
Pues parte de aquí agora su marido.

NARVÁEZ.

Vino en su busca, no la hallando en casa.

NUÑO.

Tiene aqueste camino tantas sendas,
Que el miedo y las celadas han causado
Que le hemos siempre errado en el camino.

NARVÁEZ.

Mohino estoy del moro, aunque habéis visto
Que le he hablado tan bajo y tan humilde.
La culpa tengo yo de que se atrevan,
Por la quietud con que en mi casa vivo.
La buena vecindad lo causa. Basta;
Que yo lo enmendaré de aquí adelante;
Y dése buen principio en esta noche.
Nueve, los más gallardos de vosotros,
Ensillen sus caballos y armen luego;
Que quiero poner miedo á estos villanos,
Y que no tengan de sosiego un hora.
Tú, Nuño, aquí te queda; y si te hallares
Para salir al campo descansado,
Vé, y podrásme alcanzar donde ya sabes.

NUÑO.

En quitándome aquestos galgamentos
Y mahométicos hábitos, te alcanzo.
No te apartes de aquellos olivares.

NARVÁEZ.

Corre, que allí te aguardo. ¡Hola! Secreto.
No sepan en Alora que salimos.

Vanse todos menos Nuño.

NUÑO.

Extraño fué de Alara el pensamiento,
En viendo la presencia de Narváez,
Pues en todo el camino no ha cesado
De destilar mil perlas de sus ojos,
De enamorada, tierna y despreciada;
Que la mujer con el desprecio quiere.

Díjele mi razón, pero fué en vano;
Que tiene el alma del Alcaide llena.

Mendoza sin ver aún á Nuño.

MENDOZA.

¡Gracias al cielo, que estos muros veo,
Ya de mi cautiverio el cuello libre!
¡Oh generoso Alcaide! Claro ejemplo
De aquellos capitanes felicísimos
Cuyas cenizas honra Italia y Grecia.....
Mas ¿cómo es esto? Salgo de entre moros,
Y el primero que encuentro ¡es moro en casa!

NUÑO.

Señor Mendoza.....

MENDOZA.

¿Quién es?

NUÑO.

Yo soy Nuño.

MENDOZA.

¡Oh Nuño amigo!

NUÑO.

Muchos años goces
La libertad.

MENDOZA.

¿Adónde está el Alcaide?

NUÑO.

Por el portillo entiendo que ha salido
Con algunos soldados de secreto;
Que quiere hacer aquesta noche un robo.

MENDOZA.

No excuso de servirle ni de verle,
Y besarle las manos como á padre,
Por la merced de mi rescate.

NUÑO.

Vamos;
Que yo sé dónde van.

MENDOZA.

Pues, Nuño, ensilla.

NUÑO.

En quitándome aquestas sopalandas.

MENDOZA.

Pues ¿cómo estás ansí? Mas ya imagino
Que habrá por qué.

NUÑO.

Sabráslo en el camino.

Vanse.

Narváez, Peralta, Páez, Espinosa, Alvarado y otros cinco soldados (1).

NARVÁEZ.

Todo hombre esté atento y surto,
Que apenas nos oiga el viento,
Con tan poco movimiento,
Como el lobo cuando al hurto
Camina solo y atento;
Que si en los montes ó llanos
De los ganados cercanos
Hace en las piedras rüido
Con las manos, de corrido,
Se muerde las mismas manos.
Creció ya la desvergüenza
Desta bárbara canalla,
Y es lo mejor atajalla
En los pasos que comienza
Que en los fines remedialla.
Todos sois fuertes soldados,
Todos hidalgos, y hallados
En famosas ocasiones:
Aquí son, con las razones,
Los consejos excusados.
Deseo hacer una presa
Con que enviar á Fernando,
Que siempre me está obligando,
Algún fruto desta empresa;
Que ha mucho que estoy callando.
Yo soy como el labrador
Á quien alquila el señor
La viña por su tributo,
Pues si no le rindo el fruto,
Quejarse puede en rigor.

PERALTA.

Famoso Alcaide de Alora
Y de la fuerte Antequera,
Que á Sevilla honrar pudiera,
Si la ocasión es agora,
Suceso dichoso espera;
Que cualquiera piensa hacer
Lo que se debe, á tener
Tu militar disciplina.

PÁEZ.

Gente á caballo camina.
¿Quién será?

ESPINOSA.

¿Quién puede ser?

NARVÁEZ.

Oid; que llegan aquí.

Mendoza y Nuño, con lanzas y adargas.

NUÑO.

Ellos, sin duda, serán.

MENDOZA.

Mas ¡qué encubiertos están!

NARVÁEZ.

¿Quién va allá?

MENDOZA.

Quién somos di. (Ap. á Nuño.)

NUÑO.

Tus soldados, capitán.

MENDOZA.

Nuño y Mendoza.

NARVÁEZ.

¡Oh, Mendoza!
La libertad justa goza
Mil años.

MENDOZA.

Dame tus pies.

(1) La nota de la edición que copiamos añade: «*Todos con adargas, lanzas y acicates, lo mejor que puedan; que ésta es la salida de importancia.*»

NARVÁEZ.
Allá hablaremos después.
NUÑO.
Qué, ¿perdiste aquella moza?
NARVÁEZ.
Calla, Nuño; que me importa.
Y pues aquí hay dos senderos,
Divididos, caballeros,
Será la empresa más corta.
NUÑO.
Vengan diez mil moros fieros;
Que en diez hay para diez mil.
NARVÁEZ.
Habla con voz más sutil.
Si el contrario nos aprieta,
Acudid á esta corneta.
ALVARADO.
Cualquiera contrario es vil.
NARVÁEZ.
Los cuatro venid conmigo,
Y los cinco id por allí.
Nuño, calla.
NUÑO.
Harélo ansí,
Aunque en no yendo contigo,
Voy sin fuerzas y sin mí.
ALVARADO.
¿Por dónde, Nuño, echaremos?
NUÑO.
Por entre estos olivares.

Vanse Narváez, Mendoza y otros tres soldados.

ESPINOSA.
¡Plega al cielo que topemos
Ó ganados ó aduares!
NUÑO.
Y algún moro que almorcemos.
ALVARADO.
¿Acordáisos de aquel día
Que solo Narváez venía?
ESPINOSA.
Paso; que he oído cantar.
ALVARADO.
Aquí podéis escuchar,
Que parece algarabía.

Abindarráez, dentro.

ABINDARRÁEZ.

Canta:

En Cartama me he criado,
Nací en Granada primero,
Y de Alora soy frontero,
Y en Coín enamorado.
Aunque en Granada nací
Y en Cartama me crié,
En Coín tengo mi fe
Con la libertad que dí.
Allí vivo adonde muero,
Y estoy do está mi cuidado,
Y de Alora soy frontero,
Y en Coín enamorado.

Sale Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.
¡Gracias á Alá que ya llego! (Para sí.)
NUÑO.
¡Bizarro moro! (Aparte á sus compañeros.)
ALVARADO.
¡Gallardo!
ABINDARRÁEZ.
Llévame al premio que aguardo, (Para sí.)
Dulce Amor, aunque eres ciego.
ESPINOSA.
¡Detente, y date á prisión!
ABINDARRÁEZ.
¡Cristianos! ¡Oh suerte avara! (Aparte.)
De mi dicha lo jurara.
¡Oh cielo! ¿Á tal ocasión?
NUÑO.
Date, ó morirás.
ABINDARRÁEZ.
¿Ansí
Se dan los hombres cual yo?

Pelean (1).

ESPINOSA.
¿Qué hay, Peralta?
PERALTA.
Aquí me hirió.
ALVARADO.
¡Á él, que me ha herido á mí!
PERALTA.
¡Bravo esfuerzo!
NUÑO.
¡Extraña cosa!
Á cinco ha desbaratado.
PERALTA.
Ya está en el suelo Alvarado,
Y medio muerto Espinosa.
Dad un silbo al gran Narváez.

Narváez y cuatro soldados.

NARVÁEZ.
¿Qué es esto, amigos?
NUÑO.
Que un moro
Nos mata.
ABINDARRÁEZ.
¡Oh cielo que adoro, (Aparte.)
Ayuda tú á Abindarráez!

(1) Dice la nota de la edición antigua: «*Con las lanzas y adargas se ha de hacer esta batalla de cinco contra uno, porque es cosa nueva.*»

NARVÁEZ.

Á los cuatro que vienen con él:

Paso, no le acometáis.
Caballero fuerte y diestro,
Siendo tanto el valor vuestro
Como entre cinco mostráis,
¡Dichoso aquel que os venciese!
Y aunque yo arriesgue mi vida,
La juzgo por bien perdida
Como en vuestras manos fuese.
Pero al fin he de probar;
Que empresa de tanta gloria
Sólo intentalla es victoria.

ABINDARRÁEZ.

Pues alto: dadnos lugar.

Aquí batallan el Alcaide y Abindarráez.

PÁEZ.

Á no estar el moro herido
Y de pelear cansado,
Diera al Alcaide cuidado.

NARVÁEZ.

Moro, date por vencido,
Ó si no, daréte muerte.

ABINDARRÁEZ.

En tu mano está matarme;
Mas vencerme y sujetarme,
En otra mano más fuerte.
Tu esclavo soy. ¡Ay de mí! (Aparte.)
¡Ay de mí! ¡Mil veces ay!
Pues ya para mí no hay
Sino llorar que nací.
¡Á tal tiempo, vil fortuna!
Desespero, ¡por Alá!
Mataréme.

NARVÁEZ.

Triste está.

ABINDARRÁEZ.

Ya no hay esperanza alguna. (Aparte.)

NARVÁEZ.

¿Hombre de tanto valor
Siente tanto el verse preso,
Ó es las heridas?

ABINDARRÁEZ.

No es eso.

NARVÁEZ.

Pues ¿qué?

ABINDARRÁEZ.

Desdicha es mayor.

NARVÁEZ.

Ataos este lienzo en ellas,
Ó aguardad, y os le pondré.

ABINDARRÁEZ.

Aquí en el brazo saqué
Lo que más me duele dellas.
¡Oh, mal trazada alegría! (Aparte.)
¡Triste! ¿Qué haré?

NARVÁEZ.

¿Qué cuidado
Os tiene tan lastimado?

ABINDARRÁEZ.

Ya os perdí, señora mía; (Aparte.)
Gloria mía, yo os perdí;
Dulce Jarifa, mi bien,
Ya os perdí.

NARVÁEZ.

Á mi casa ven;
Serás preso y dueño allí.
Pero holgárame en extremo
Saber tu pena importuna;
Que esto de guerra es fortuna,
Que mañana por mí temo.
Alza ese rostro, noble caballero;
Porque á la libertad pierde el derecho,
Perdiendo en la prisión el prisionero
El ánimo que debe al noble pecho.
Esos suspiros tiernos, ese fiero
Dolor, no corresponde á lo que has hecho;
Ni menos es tan grande aquesta herida,
Que cause indicios de perder la vida.
Ni tú la has estimado de manera
Que dejes por tu honor de aventuralla:
Si es de otra causa tu tristeza fiera,
Dímela, que ¡por Dios! de remedialla.....

ABINDARRÁEZ.

Ya el alma en tu nobleza aliento espera;
En vano mi temor sus penas calla.
¿Quién eres, generoso caballero?

NARVÁEZ.

Satisfacerte de quién soy espero:
Rodrigo de Narváez soy llamado,
Soy Alcaide de Alora y de Antequera
Por el Rey de Castilla.

ABINDARRÁEZ.

¿Que he llegado
Á tus manos, Alcaide?

NARVÁEZ.

Tente, espera.

ABINDARRÁEZ.

Ya no me quejo del rigor del hado,
Puesto que ha sido en ocasión tan fiera.
Huelgo de ver, Alcaide, tu presencia,
Aunque me cuesta cara la experiencia.
No me ha agraviado mi fortuna en nada,
Y pues debo estimarme por tu hacienda,
No es bien que esta flaqueza afeminada
De cosa tuya sin razón se entienda.
Retírese tu gente, y confiada
Mi alma en tu palabra, ilustre prenda,
Sabrás mi historia y muerte de dos vidas;
Que no lloro prisión ni siento heridas.

NARVÁEZ.

Soldados, vayan todos adelante.

NUÑO.

¿Quedaré yo?

NARVÁEZ.

Camina tú el primero.

ABINDARRÁEZ.

¡Que la fortuna en tiempo semejante
Me trajo á verte, ilustre caballero!

Pero, porque te dé dolor y espante,
Mi historia triste referirte quiero;
Que por ventura, porque más te obligue,
Sabrás que es amor.

NARVÁEZ.

Di.

ABINDARRÁEZ.

Escucha.

NARVÁEZ.

Prosigue.

ABINDARRÁEZ.

Famoso Alcaide de Alora,
Invicto y fuerte Narváez,
Á quien por tantas hazañas
Pudieran llamar el Grande:
Sabrás, capitán, que á mí
Me llaman Abindarráez,
Á diferencia del viejo,
Que era hermano de mi padre.
Nací desdichado al mundo,
De la casta abencerraje,
Y porque sepas la suya,
Escucha, ansí Dios te guarde:
Hubo en Granada otro tiempo
Este famoso linaje,
En la paz gallardo y sabio,
Y en las armas arrogante.
Del Consejo eran del Rey
Los ya viejos venerables,
Los mozos seguían la Corte
Ó en la guerra capitanes.
Amábalos todo el pueblo
Y aun los moros principales,
Y más el Rey sobre todos,
Con honras y oficios graves.
No hicieron cosa jamás
Que su valor no mostrase,
Siendo en todo tan gentiles,
Valientes y liberales,
Que en Granada se decía
Que no había abencerraje
De mala disposición,
Necio, escaso ni cobarde.
Eran maestros de todo,
Inventores de los trajes,
De las galas, de los motes,
Y de otras ilustres partes.
No sirvió dama ninguno
Que su favor no alcanzase,
Ni dama llamarse pudo
Sin galán abencerraje.
Pero la envidia y fortuna,
Una vil y otra mudable,
Los derribaron al suelo;
Que siempre los altos caen.
Que al Rey quisieron matar
Y con sus reinos alzarse,
Les levantaron zegríes;
Si fué cierto, Dios lo sabe.
Cortáronles las cabezas
Un triste y aciago martes,
Quedando de todos ellos
Sólo mi tío y mi padre.
Derribáronles las casas,
Mandando la misma tarde
Pregonarlos por traidores
Y su hacienda confiscalles.
No quedó en Granada alguno
Que este nombre se llamase,
Si no son los dos que digo;
Que no pudieron culpalles.
No quiso que en la ciudad
Los varones se criasen,
Y mandó sacar las hijas
En África ú otras partes.
Y así, á mí ¡triste! en naciendo,
Me llevaron al Alcaide
De Cartama, hombre muy rico,
Ilustre en armas y sangre.
Éste tenía una hija,
Rodrigo, en belleza un ángel,
Que es el mayor bien que tengo;
Si otro tengo, Alá me falte.
Crióse conmigo niña,
Engañados é ignorantes,
Que ser hermanos creímos;
Mas no engaña el tiempo á nadie.
Crióse amor con nosotros,
Niños, niño; grandes, grande:
Lo que pasó en este tiempo,
No es tiempo que aquí lo trate.
Desengañónos un moro,
Y vimos en un instante
El imposible posible,
Y lo posible alejarse.
Casámonos de secreto;
Pero, en gloria semejante,
Que se partiese á Coín
Mandó Almanzor á Zoraide,
Y que á mí, mientras viviese,
Otro Alcaide me dejase
En Cartama, donde he estado
Ausente del bien que sabes.
Lloramos nuestra partida,
Y partiendo, si se parte,
Concertamos que en ausencia
De su padre me llevase.
Fuése su padre á Granada;
Escribióme, y yo esta tarde
Aderecéme cual viste,
Por ir de gallardo talle.
Aguardándome está agora:
¡Mira si lloro de balde,
Pues voy herido en prisiones,
Sin bien y entre tantos males!
De Cartama iba á Coín,
Breve jornada, aunque alargue
Siempre la tierra el deseo,
Poniendo montes y mares;
Iba el más alegre moro
Que vió Granada, á casarme
Con mi señora Jarifa,

Que ya en su vida me aguarde.
Véome preso y herido,
Y lo que siento es que pase
De mi bien la coyuntura.
Déjame agora matarme.

NARVÁEZ.

Notable es tu suceso, fuerte moro;
Pero, pues tanto tus designios daña
La dilación, no es justo que los pierdas;
Que has sido por extremo desdichado.
Pero hallaste *el remedio en la desdicha;*
Y porque veas que mi virtud puede
Vencer á tu fortuna, si me juras
Volver á mi prisión dentro en tres días,
Libertad te daré para que vayas
Á gozar de Jarifa, tu señora.

ABINDARRÁEZ.

Beso tus pies mil veces, gran Narváez;
Que harás en eso, aunque es hazaña tuya,
La mayor gentileza que en el mundo
Ha hecho caballero generoso.

NARVÁEZ.

¡Ah, hidalgos!

Vuelven los soldados.

PÁEZ.

¿Qué nos mandas?

NARVÁEZ.

Este preso,
Señores, si gustáis de darme, quiero
Salir por fiador de su rescate.

PERALTA.

Haced, señor, de todo á vuestro gusto.

NARVÁEZ.

Dadme esa mano diestra, Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.

Tomad, señor.

NARVÁEZ.

¿Juráis y prometéisme,
Como hidalgo, venir á mi castillo
De Alora, y ser mi preso, al tercer día?

ABINDARRÁEZ.

Sí juro.

NARVÁEZ.

Pues partid enhorabuena;
Y si queréis mis armas ó persona,
Iré con vos.

ABINDARRÁEZ.

Vuestro caballo quiero,
Porque entiendo que está cansado el mío.

NARVÁEZ.

Tomalde, y vamos.

NUÑO.

Tuvo extraña dicha.

ABINDARRÁEZ.

Basta; que hallé *el remedio en la desdicha.*

ACTO TERCERO.

Abindarráez.

ABINDARRÁEZ.

Agora que á mi bien no pone obstáculo
La fortuna cruel, y mis pies débiles
Los rayos de mi sol llevan por báculo,
Que el llanto enjugan de mis ojos flébiles,
Haciendo al alma verdadero oráculo,
Mis esperanzas, hasta agora estériles,
Tendrán, ya libres de otra fuerza bélica,
Fin en los brazos de mi esposa angélica.
Venció Narváez mi fortuna trágica,
Y dióme libertad como magnánimo;
Que no hay en toda el Asia, Europa y África,
Caballero de tanta virtud y ánimo:
Y así, aunque herido, aquella dulce mágica,
Que adoro como al sol, mi pusilánimo
Aliento, desmayado y melancólico,
Ha vuelto un Hétor ó Alejandro argólico.
En mis desdichas, hasta agora infélices,
Si esto no es sueño, fábula y apólogo,
Remedio hallaron mis intentos félices.
Y el corazón, de su ventura astrólogo.
Teneos un poco, luna y claras élices;
Que ya llego á Jarifa, que ya el prólogo
Le digo de mi historia, y los capítulos
Con dulces besos y con tiernos títulos.
¡Quién fuera Adonis bello ó de Liríope
El hijo que murió en el agua viéndola,
Ó la lengua de Apolo y de Calíope
Tuviera para hablalla, respondiéndola!
Mas fuera á un alemán y á un negro etíope,
Á un dulce ruiseñor y á una oropéndola,
Darles comparaciones verisímiles:
Mas basta ser en el amor tan símiles.
Aquí llega, Jarifa, vuestra víctima;
Abrid, que pasa ya la luna errática.
Seréis de mis heridas dulce píctima,
Sólo en oyendo vuestra dulce plática:
Seréis, señora, mi mujer legítima;
Que así en la orilla fresca y aromática
De aquella fuente fué nuestro propósito,
Y amor de nuestras almas el depósito.
Pena traigo, señora; mas repórtola
Con ver que llego á puerto salutífero.
Mi esperanza se alarga; pero acórtola
Con la grandeza de Narváez belífero.
Ya os casaréis, y ya, cual dulce tórtola
Que mató el lazo ó cazador mortífero,
Que el alto nido derribó del álamo,
Lleno de sangre dejaréis el tálamo.

Jarifa y Celindo.

JARIFA.

Dentro.

¿La voz, dices, de mi bien?

CELINDO.

Dentro.

Digo que le oí llamar.

ABINDARRÁEZ.

Á Jarifa siento hablar,
Y á Celindo oigo también.
Tiemblo....., la sangre me acude
Al corazón..... ¡Buen testigo!
Que no puede el enemigo
Hacer que el color me mude.
Desmayo dulce me acaba,
Siento aflojarse las fuerzas.

Salen Jarifa y Celindo.

JARIFA.

¡Esposo!

ABINDARRÁEZ.

Si no me esfuerzas,
Para expirar casi estaba.
Cobre aliento el alma mía
En tus brazos, dulce esposa.

JARIFA.

Ya estaba de ti quejosa,
Y más del temor del día;
Que como la noche fuera
De un siglo, un siglo esperara,
Sin que esperar me cansara,
Si esperara que te viera.

ABINDARRÁEZ.

¡Ay, brazos hermosos míos!
¡Ay, puerto de mis tormentos,
Vida de mis pensamientos
Y de mis temores fríos!
Descanso de mi esperanza,
Fin de mis deseos cumplidos,
Centro de aquestos sentidos
Y cielo que el alma alcanza;
Gloria que esperé y temí,
Regalo que imaginé,
Premio de mi pena y fe,
Para quien sólo nací.
Hálleme agora la muerte,
Que esta noche me ha buscado.

JARIFA.

¡Ay, dueño de mi cuidado!
¿Posible es que vengo á verte?
¡Ay, mi bien, mi dulce esposo,
Mi Abindarráez, mi señor,
Parte sola en quien mi amor
Ha dado al alma reposo;
Luz de mi alma y sentido,
Vida de mi entendimiento,
Consuelo en mi sufrimiento,
De mil celos oprimido;
Rey desta alma y desta casa,
Destos brazos gusto, y vida
Desta tu esclava rendida,
Á quien justo amor abrasa!
¿Cómo vienes? ¿Vienes bueno?

ABINDARRÁEZ.

Á tu servicio, y que fuera
Muerto, aquí vida tuviera,
Mi cielo hermoso y sereno.

JARIFA.

¿Cómo has pasado mi ausencia?

ABINDARRÁEZ.

Como sin ti, mi Jarifa;
Que es donde batalla y rifa
El seso con la paciencia.
No me han faltado recelos,
Miedos y desconfianzas.

JARIFA.

¡Miedos! ¿De qué?

ABINDARRÁEZ.

De mudanzas,
Hijas de olvidos y celos.
Pero volviéndome á ti,
Todo quedaba seguro.
Tú, ¿estás buena?

JARIFA.

Por ti juro,
Que es mucho jurar por ti,
Y por esos ojos míos,
Juramento que no sale
Sino á fiestas, que no iguale
El tuyo á mis desvaríos;
Porque he pensado que allá
Ya tenías otro gusto;
Que de tu tardanza el susto
Aun aquí durando está.
¿Cómo has tardado?

ABINDARRÁEZ.

No sé;
Que buena priesa he traído.

JARIFA.

¡Ay, que esposo tan querido,
En hora buena lo fué!
Llegada es ya la ocasión
Que de aquestos brazos goces.

ABINDARRÁEZ.

¿Es posible que conoces
Mi enamorada afición?
Sí conoces, pues la pagas.

JARIFA.

Ya en efecto soy tu esposa.

ABINDARRÁEZ.

Quiere Alá, Jarifa hermosa,
Que así mi amor satisfagas.

CELINDO.

No estéis agora en razones:
Entra á dormir, bencerraje.

JARIFA.

Mira si hay doncella ó paje,
Celindo, en esos balcones.

CELINDO.

Todo está seguro. Ven,
No os amanezca en hablar.

ABINDARRÁEZ.

¿Puedo entrar?

JARIFA.
Puedes entrar.
ABINDARRÁEZ.
Voy, mi alma.
JARIFA.
Entra, mi bien.
Echa, amigo, esa alcatifa.
ABINDARRÁEZ.
¡Cuánto te debo, Narváez!
Por ti goza Abindarráez
De su querida Jarifa.

Narváez, Nuño, Páez y Alvarado.

NARVÁEZ.
Descansen todos, que hoy á mediodía
Concertaremos si salir podremos;
Que este descuido llaman cobardía
Los viles fronterizos que tenemos;
Y aunque la presa desta noche es mía,
Ya sé que su rescate partiremos;
Y cuando me engañara Abindarráez,
Yo hice lo que debo á ser Narváez.
Ponga todo hombre la acerada silla
Entre los mismos palos del pesebre,
Porque en diciendo la trompeta *ensilla*,
Hasta el caballo la cadena quiebre.
Esté la lanza donde pueda asilla,
Con que en el campo su valor celebre,
Y el arnés que no falte hebilla ó perno,
Que se vista mejor que algodón tierno.
Veamos si con esta pena ó miedo
Su desvergüenza se sosiega un poco;
Que en no mostrando lo que valgo y puedo,
Luego el morisco vil me tiene en poco.
Presumirá llegar hasta Toledo,
Según se precia de arrogante y loco,
Cuanto más hasta Alora y Antequera,
Si duerme aquí como en Argel pudiera.
PÁEZ.
Un moro pide para hablar licencia.
NARVÁEZ.
¿Es hombre principal?
PÁEZ.
Es un criado
De Alara, según dice.
NARVÁEZ.
¡Ah, dura ausencia!
¡Con qué fiero rigor que me has tratado!
¡Oh leyes del honor, cuya inclemencia
Quita el gusto del alma procurado!
Gozar de Alara pude.....; mas no pude;
Que pierde el bien quien al honor acude.

Ardino.

ARDINO.
Con un pequeño presente
Alara salud te envía
Y esta carta.
NARVÁEZ.
Gallardía,
Moro amigo, conveniente
Á su extremada hidalguía.
¿Cómo queda?
ARDINO.
Algo indispuesta,
Aunque para que compuesta
Viniese esta caja, ayer
Se levantó.
NARVÁEZ.
Quiero leer
Para darte la respuesta.

Lee.

«Ya que no me quieres bien,
No es de pecho principal
Sufrir que me traten mal;
Pues siendo tu amor desdén,
Me han dado castigo igual.
De ti maltratada he sido
Con el desdén recibido;
De mi marido, de celos,
Porque me han dado los cielos
Mal galán y peor marido.
Y pues que por ti me dan,
No admitiendo tu consejo,
Vida que de vivir dejo;
Ya que no como á galán,
Como á mi padre me quejo.
Esas camisas labradas
Te envío, mal acabadas
Por hacellas con secreto;
Que llevan, yo te prometo,
Más lágrimas que puntadas.
La sangre que lleva una,
No la laves, que por ti
Me la sacaron á mí;
Porque no hay hora ninguna
Que no me traten ansí.
Yo no pido que tu olvido
Deje de ser lo que ha sido;
Pero, pues por ti me dan,
Sé enemigo ó sé galán,
Ó dame mejor marido.»
¡Cómo, qué! Abenabó Arráez,
¿Así cumplió el juramento?
Que me haya engañado siento;
Mas, ¡por vida de Narváez,
Que no se la lleve el viento!
Moro infame, ¿no sabías
Que mi propia vida herías,
Que está en aquel pecho honesto?
NUÑO.
Tú tienes la culpa desto,
Por hacer alejandrías.
Deja esas francas divisas;
Que si gozaras de Alara,
El moro no la llevara
Donde te enviara camisas
Con la sangre de su cara.

Á Ardino:

¿Que en aquel rostro has sufrido

Hacer un corto rasguño
Con el palo ó con el puño?

ARDINO.

¿Qué he de hacer, si es su marido?

NUÑO.

Perro, aguarda.

NARVÁEZ.

Escucha, Nuño.

NUÑO.

No hay escuchar. ¡Vive Dios,
Que hemos de reñir los dos,
Y que le he de dar mil palos!

NARVÁEZ.

Aguárdate.

NUÑO.

¡Qué regalos!

ARDINO.

Señor, remedialdo vos
Con poner miedo á mi amo,
Que os tiene miedo y respeto.

NARVÁEZ.

Remediarlo te prometo
Por lo que la quiero y amo,
Y por quien soy, en efeto.

ARDINO.

Vos, ¿tenéisla algún amor?

NARVÁEZ.

Grande; pero por su honor
Y hacer á Arráez amistad,
Enfreno la voluntad
Y doy la rienda al valor.

ARDINO.

Pues, señor, sabed que tiene
Concertado de matalla.

NARVÁEZ.

¡Matalla! Ni osar miralla.

ARDINO.

Creedme que lo previene.

NARVÁEZ.

Y ¿podré yo remedialla?

ARDINO.

Podrás, viniendo conmigo
Esta noche de secreto.

NARVÁEZ.

Pues ármate, Nuño amigo;
Que esta noche le prometo
Al moro infame castigo.
¡Camisa, y ensangrentada!
¡Vive Dios que, ésta vestida,
No la mude ni otra pida
Hasta que con esta espada
Quite al perjuro la vida!

NUÑO.

Yo, aunque poco las refresco
Por el trato soldadesco,
Ésta es bien que le consagre,
Aunque la cueza en vinagre
Como herreruelo tudesco.
Vamos donde está ese galgo.
Pero escucha aparte.

NARVÁEZ.

Di.

NUÑO.

¿Habemos de ir cierto? (Ap. á Narváez.)

NARVÁEZ.

Sí.

NUÑO.

Pues difrázate con algo,
O vamos como yo fuí;
Que aunque eres tan animoso,
Podrá el perro malicioso
Venderte á los de Coín.

NARVÁEZ.

Para mí no hay, Nuño, en fin,
Peligro dificultoso.
Yo he de ir á Coín. Vos, Páez,
Tened á punto la gente
Por si fuere conveniente.

ARDINO.

Seguro estás, gran Narváez.

NUÑO.

No lo está mucho, pariente.
Y ansí, vuelvo á aconsejarte.
Oye, por tu vida, aparte.

Habla bajo á Narváez.

ALVARADO.

¡Que mal hace el capitán! (Aparte á Páez.)

PÁEZ.

Tales combates le dan
Ira, gusto, amor y Marte.

NARVÁEZ.

Á cuanto venga me obligo.

NUÑO.

Pues, señor, seguirte quiero.

NARVÁEZ.

Darte mi ventura espero.
Nuño, César va contigo,
Como él lo dijo al barquero.
Entra, moro, á descansar.
Tú, Nuño, empiézate á armar.

NUÑO.

Lo que llevé.....

NARVÁEZ.

¿Cómo ansí?

NUÑO.

Un jaco.

NARVÁEZ.

Dame otro á mí,
Y hazme el overo ensillar.

Vanse.

Jarifa, Abindarráez, Celindo, Bajamed, Zaro y músicos.

JARIFA.

Toda la casa se huelga
De mi bien y tu contento,
Porque de sólo tu aliento
Saben que mi vida cuelga.

No te escondas de ninguno.
Llegad, besalde los pies.

BAJAMED.

Quien señor de todo es,
¿Por qué se teme de alguno?
Con nosotros te has criado,
Bencerraje; ¿qué has temido?
¿Ó acaso estás encogido,
Como recien desposado?

ZARO.

Aunque al Alcaide tenemos
Por legítimo señor,
De tu crianza el amor
Y obligación conocemos.
Quien te tuvo por su hermano,
No será dificultoso
Que te tenga por su esposo.

JARIFA.

Da, esposo, á todos la mano.

ABINDARRÁEZ.

Los brazos les daré. Aquí
Podréis estar á placer,
Viendo esta fuente correr.

JARIFA.

En otra te dí yo un sí,
En otra dueño te hice
Deste bien que hoy se confirma;
Aquí se rompió la firma,
Y la deuda satisfice.
Viendo estas rosas y flores,
Estos árboles y fuentes,
Tengo, Abindarráez, presentes
Nuestros pasados amores.
Parece que aquí te veo
Enamorado y turbado,
En mis respetos helado,
Y abrasado en tu deseo;
Y salir llenas de amor,
Del alma tierna encendida,
Cada palabra vestida
De diferente color.
¿Es posible que te ven
Mis brazos cerca de sí?
¿Que puedo llegarte á mí,
Y regalarte también?
Amor mío, no me olvides,
Que harás la cosa más fiera
Que en hombre humano cupiera,
Si tu ser al suyo mides;
Que no debe de ser hombre
En quien tantas gracias hay.

ABINDARRÁEZ.

¡Ay!

JARIFA.

¿Qué dices, mi bien?

ABINDARRÁEZ.

¡Ay!

JARIFA.

Bien merece de ángel nombre.
Celindo, Bajamed, Zaro,
¿No he sido yo muy dichosa
En ser de tal hombre esposa?

CELINDO.

Que es muy noble está muy claro,
Y que fué elección discreta;
Pero él también es dichoso
En ser dueño y ser esposo
De una mujer tan perfeta.
Y puesto que humilde estás,
Acá os juzgamos tan buenos,
Que si él no merece menos,
No hallara en la tierra más.
Sentaos, y canten los dos
Mientras el almuerzo llega.

JARIFA.

Ó esto es verdad, ó estoy ciega.
Más, mi bien, merecéis vos.
¿No es esto verdad?

ABINDARRÁEZ.

¡Ay, triste!

JARIFA.

Canta, amiga.

ZARA.

¿Qué diré?

JARIFA.

Á Abindarráez:

¿Qué extremo es ése? ¿Qué fué?

CELINDO.

Di aquella que ayer dijiste.

JARIFA.

Cualquiera podréis decir.
Mandaldos, señor, sentar.

ABINDARRÁEZ.

Sentaos.

JARIFA.

¡Tanto supirar!

ABINDARRÁEZ.

¡Ay, que estoy para morir! (Aparte.)

ZARA.

Canta.

Crióse el Abindarráez
En Cartama con Jarifa,
Mozo ilustre, abencerraje
En méritos y desdichas.

JARIFA.

¡Dichosa el alma mía,
Que dió tan dulce fin á su porfía!

ZARA.

Canta.

Pensaban que eran hermanos;
En este engaño vivían;
Y ansí, dentro de las almas
El fuego encubierto ardía.

JARIFA.

¡Dichosa el alma mía,
Que dió tan dulce fin á su porfía!

ZARA.

Canta.

Pero llegó el desengaño
Con el curso de los días;
Y ansí, el amor halló luego
Las almas apercibidas.

ABINDARRÁEZ.

¡Triste del alma mía, (Aparte.)
Que dió tan triste fin á su porfía!

ZARA.

Canta.

Quisiéronse tiernamente,
Hasta que, llegado el día
En que pudieron gozarse,
Dieron sus penas envidia.

ABINDARRÁEZ.

¡Triste del alma mía, (Aparte.)
Que dió tan triste fin á su porfía!

JARIFA.

No cantéis más. Bien está.
Bien os podéis todos ir.

CELINDO.

Algo le quiere decir. (Aparte.)

JARIFA.

Salíos todos allá.

BAJAMED.

Todo se lo quiere á solas. (Aparte.)

ZARA.

No toma el ser novia mal. (Aparte.)

Vanse Zara, Bajamed, Celindo y los músicos.

ABINDARRÁEZ.

Del mar en que voy mortal, (Aparte.)
Hasta morir llegan olas.

JARIFA.

Ingrato, esquivo, cruel,
Y el más villano del suelo,
¿Cuál hombre ha criado el cielo
Que puedan fiarse dél?
¿Piensas que no entiendo más
Que declaran tus suspiros?
Pues bien veo que son tiros
Que al alma asestando estás.
Con ellos y con los ojos
Dices más que con la lengua,
Para que trague mi mengua
Poco á poco tus enojos.
¿Quieres matar con sangría,
Ó dasme el veneno á tragos?
Los hombres ¡dais tales pagos!
¡Ay de la que en hombres fía!
¿Qué suspiras, di, traidor?
Ó ¿de qué estas triste, injusto,
Después que ofrecí á tu gusto,
Tras la vergüenza, el honor?
¿Qué es lo que en tal coyuntura
Te da pena y soledad?
¿Mi mucha facilidad
Ó mi poca hermosura?
¿No has hallado ahora en mí
Lo que ausente imaginabas,
Ó en las penas que pasabas
Fué poco el bien que te dí?
Mas los maridos sois ríos,
Que en allegando á la mar
De la noche del gozar,
Perdéis del curso los bríos.
¿Tan fea soy, engañador?
¿Tan poco te he regalado?
Debes estar enseñado
Á otra experiencia mayor.
Si amartelado venías,
¿No era remedio bastante
Una mujer ignorante
Que para mujer querías?
Yo no supe más amores
Que los que á tu boca oí:
Si sabes más, más me dí;
Y si mayores, mayores;
Que esa en quien es bien que quepa
Tu alma, y que ansí la nombres,
Aprendidos de otros hombres,
No es mucho que muchos sepa.
Vete, pues, tirano injusto,

Levántase.

Con tu gusto y mi deshonra;
Que es mejor quedar sin honra
Que casada con disgusto.
Y yo me sabré matar.

ABINDARRÁEZ.

Detente, Jarifa mía;
Que si escucharte podía,
Fué querer tu amor probar.
Escucha, espera.

JARIFA.

¿Qué quieres?

ABINDARRÁEZ.

Que menos traidor me nombres;
Que jamás los nobles hombres
Se burlan de las mujeres.
Oye, espera, por tu vida:
No me hagas correr tras ti;
Que apenas me tengo en mí,
De dolor de cierta herida.
No soy yo ingrato á tus obras,
Pues vengo á ser tu marido;
Ni el suspirar causa ha sido
De la sospecha que cobras.
No fué tu poca hermosura
Ó mucha facilidad;
Que eres ángel en beldad
Y reina en la compostura.
Ni te imaginó mi amor
Más perfecta en mí pintada;
Que antes, después de gozada

Me has parecido mayor.
Ni soy río en la corriente,
Que en la mar he de parar;
Que es mi amor el mayor mar,
Y ansí es bien que el tuyo aumente.
Ni he venido amartelado;
Que Dios sabe que tú has sido
Quien de aquesta boca ha oído
Amores que te he enseñado.
Alegra el rostro y escucha,
Volviendo á tu gracia el alma,
Que está ya la vida en calma.

JARIFA.

Y dime, ¿la herida es mucha?
¿Dónde la tienes? Á ver.
¿Quién te hirió? ¿Cómo?

ABINDARRÁEZ.

Mi esposa,
No es herida peligrosa.

JARIFA.

Todo lo quiero saber.
¡Ay de mí, que no era en vano
El quejarte y suspirar
Toda la noche!

ABINDARRÁEZ.

Has de estar
Atenta.

JARIFA.

Di, esposo, hermano.

ABINDARRÁEZ.

¿Tu hermano soy todavía?

JARIFA.

Fuése la lengua; perdona.

ABINDARRÁEZ.

El trato antiguo la abona.
Escucha, Jarifa mía:
Llegó á Cartama Celindo
Con tu carta, cuando estaba
El sol inclinado al Sur,
Pardo y triste, y no sin causa.
Leíla, beséla, y dile
Albricias de mi esperanza,
Que se perdió en el ausencia,
Después de llena de canas.
Vestíme, hermosa señora,
Colores, plumas y galas;
Que un alegre pensamiento
Con todas tres se declara.
Bajé á nuestra huerta antigua,
Y despedíme en voz alta
De los árboles y flores,
De las fuentes y las aguas.
Diles mil abrazos tiernos,
Y ellos también se inclinaban
Á darme para ti muchos,
Que aún tienen alma las plantas.
Puse al estribo las mías
Sin el arzón, y á la casa
Le dije, volviendo el rostro:
«Piedras, Jarifa me aguarda.»
No sé si me respondieron;
Pero sentí que sonaban
Por largo trecho las fuentes:
Ó era envidia, ó tu alabanza.
Estas, por todo el camino,
Jornada, aunque breve, larga,
Iban alternando á veces
Entre la lengua y el alma,
Cuando de unos robles verdes
Entre pálidas retamas
Oigo relinchos y voces,
Y alzo la lanza y la adarga;
Pero al punto estoy en medio
De cinco lanzas cristianas;
Mas sin soberbia te digo
Que eran pocas otras tantas;
Y quizá porque eran pocas
Trajo luego mi desgracia
Otras tantas de refresco,
Y una la mejor de España.
Éste fué el Alcaide fuerte,
Si sabes su nombre y fama,
Que es de Alora y Antequera,
Y estaba puesto en celada.
Apartó sus caballeros,
Desafióme á batalla,
Como caballero fuerte,
Cuerpo á cuerpo en la campaña.
Como era fuerza, aceté;
Y ansí, con la luna clara,
Comenzamos nuestra guerra,
Jugando las fuertes lanzas;
Y pues al fin me venció,
No me alabo; decir basta
Que tenía tres heridas,
En brazo, muslo y espaldas.
No me las dieron huyendo;
Pero quien con diez batalla,
También sospecho que tiene
En las espaldas la cara.
Don Rodrigo de Narváez,
Que así el Alcaide se llama,
Me prendió y llevaba á Alora,
De sus diez hombres en guarda,
Cuando, viendo mi tristeza,
Si le contaba la causa,
Me prometió dar remedio;
Y ansí, fué justo contarla.
Hizo el cristiano conmigo
Esta gentileza extraña
Con sólo mi juramento,
Porque le dí la palabra
Que dentro el día tercero
Volvería á Alora sin falta
Á ser su preso y cautivo.
Mira si es justo quebrarla,
Y mira, mi bien, si debo
Llorar mi suerte contraria,
Pues le he de llevar el cuerpo
De quien tú tienes el alma.

JARIFA.

No es justo que á hombre tan noble

La palabra le rompáis,
Sino que antes la cumpláis
Con satisfacción al doble.
Cuando os quisierais quedar,
No os lo consintiera yo;
Que á quien tan bien procedió
No se le puede engañar.
Gran valor mostró el cristiano,
Y obligó vuestro valor:
No han hecho hazaña mayor
César ni Alejandro Mano.
De la herida vuestra y mía
Paciencia habré menester,
Pues es forzoso volver
Dentro del tercero día.
Pero perdonadme vos
Si con esto os importuno;
Que si prometistes uno,
Es fuerza que le deis dos.
Yo, que soy vuestra cautiva,
Tengo de ir con su cautivo,
Porque si en vos, mi bien, vivo,
No es justo que sin vos viva.
Tracemos partir á Alora
Antes que mi padre venga.

ABINDARRÁEZ.

¿Quién hay, Jarifa, que tenga
Tal esposa y tal señora?
No muestras menos valor
En ir con tu Abindarráez,
Que entonces mostró Narváez,
Y aun creo que éste es mayor.
Dame esas manos hermosas
Por la merced que me haces;
Que ansí por mí satisfaces
Obligaciones forzosas.
Conozco tu heroico nombre
Y entendimiento en querer
Enseñarme, aunque mujer,
Lo más que debo á ser hombre.
Pues es forzoso ir á Alora,
Y quieres acompañarme,
Hasta allá no he de curarme
Si no lo mandas, señora.
Prevengamos la partida
Para que el día tercero
Cumpla á tan buen caballero
La palabra prometida;
Que yo fío dél que allí
De nuestro remedio trate.

JARIFA.

Y cuando no haya rescate,
Yo daré el alma por ti.

Vanse.

Arráez, atando las manos con un cordel á Alara.

ARRÁEZ.

Vuelve esas manos atrás,
Y confiésame de plano
Si te ha gozado el cristiano.

ALARA.

Digo que hablado no más.

ARRÁEZ.

¿De qué suerte?

ALARA.

No me aprietes.
Y ¡el traerme á tu heredad
Fué para tal crueldad!
¡Bien cumples lo que prometes!

ARRÁEZ.

Con este engaño he querido
Quitarte la vida aquí.
Todo lo que pasa di,
Pues sabes que lo he sabido.

ALARA.

Digo que siempre Narváez
Me ha tratado con desdén,
Aunque me ha querido bien,
Y ésta es la verdad, Arráez.
La razón deste despecho
No ha sido haberme olvidado,
Sino sentirse obligado
Á la merced que te ha hecho;
Porque es de tanto valor.....

ARRÁEZ.

No le alabes.

ALARA.

Bien le alabo;
Que no quiere que á su esclavo
Falte por su causa honor.

ARRÁEZ.

¿Qué te ha enviado?

ALARA.

Aquel papel
Que tú escribiste.

ARRÁEZ.

Y ¿no más?

Llévala á lo interior de la huerta.

Narváez y Nuño, en hábito de moros, con Ardino.

ARDINO.

Dentro en su heredad estás,
Y aun pienso que cerca dél.

NARVÁEZ.

Entre aquellos olivares
Desta huerta hablando están.

NUÑO.

Nuestros caballos se oirán:
Bien es que aquí poco pares,
Porque los ate en la cerca.
Si hay yeguas en los establos,
Relincharán como diablos
Si les da el viento de cerca.
Vuélvete, señor, á Alora;
Que hay grande peligro aquí.

NARVÁEZ.

Nuño, en mi vida te vi
Con miedo, sino es agora.

NUÑO.

Señor, cuando solo vengo,

Jamás temo al enemigo;
Mas cuando vengo contigo,
Miedo de perderte tengo.

NARVÁEZ.

Pues calla, que es desvarío;
Y pues el cielo te ha hecho
Sin poner miedo en tu pecho,
No le pongas en el mío.
Cuanto más, que no habrá aquí,
Siendo en el campo heredad,
Tanta gente.

ARDINO.

Así es verdad.

NARVÁEZ

Y algo valdré yo por mí.
Escuchemos lo que pasa.

Vanse.

Alara, atada, y Arráez.

ARRÁEZ.

No se excusa tu castigo,
Ó me dirás si Rodrigo
Ha entrado en mi propia casa.

Salen Narváez, Nuño y Ardino sin que los sientan, y quédanse escuchando.

NARVÁEZ.

De mí la pregunta. Escucha. (Ap. á Nuño.)

ALARA.

Jamás le he visto en Coín.

NUÑO.

Él la da tormento, en fin. (Aparte.)
Debe de ser de garrucha.

ARDINO.

Él la debe de matar. (Aparte.)

ARRÁEZ.

Y tú, cuando á verme fuiste,
¿Qué hiciste con él, qué hiciste?

ALARA.

No más de hablar.

ARRÁEZ.

¿Sólo hablar?
¿Qué te dijo?

ALARA.

Que si hubiera
Sabido que era mujer
Tuya, se dejara arder
Primero que me escribiera.

ARRÁEZ.

Más paso. Di la verdad,
Perra, que te mataré.

ALARA.

¡Ay, que me matan!

NARVÁEZ.

¿Podré, (Aparte á él.)
Nuño, sufrir tal crueldad?

NUÑO.

Aguarda.

ARRÁEZ.

Y ese villano,
Ese cobarde Rodrigo,
¿Podrá á tan justo castigo
Agora impedir mi mano?
Que si la ponía en ti,
Dijo que á Coín vendría
Y mi casa quemaría,
Y aun dijo que dentro á mí.
¡Por Alá, que habló el villano
Tal, que me obliga á reir
De ver que entrar y salir
Le parezca que es tan llano!
¡Oh Rey, que por eso pasas!
¿Que digan cristianos quieres
Que forzarán las mujeres
Y pondrán fuego á las casas?
¿Quién dió á Narváez cuidados
De los casamientos? Di.
¿Por dicha es nuestro alfaquí,
Que compone los casados?
Él habla entre su canalla;
Que aquí, no sé si conmigo
Osara el perro enemigo
Cuerpo á cuerpo hacer batalla;
Que no hay una hormiga en él,
Ni en otros diez, para Arráez.

NARVÁEZ.

Adelantándose.

Aquí tienes á Narváez,
Moro villano y cruel.
Desnuda presto la espada.

ARRÁEZ.

¡Ay de mí! Vendido soy. (Aparte.)
Señor, á tus pies estoy,
Y te la rindo envainada.

NARVÁEZ.

¿Por qué tan humilde quieres
Ofender tus altos nombres?

ARRÁEZ.

Porque todos somos hombres
Hablando con las mujeres.
Mal mi palabra cumplí.
Pues has visto lo que pasa,
Ves aquí, señor, mi casa:
Abrásame en ella á mí.

NUÑO.

«¿Quién dió á Narváez cuidados
De los casamientos? Di.
¿Por dicha es nuestro alfaquí,
Que compone los casados?
¿Osara el perro enemigo
Cuerpo á cuerpo hacer batalla?»

NARVÁEZ.

¿Por qué Alara, Ardino, calla,
Y no viene á hablar conmigo?

ALARA.

Porque sé que has de dejarme
Otra vez en el poder
Deste moro, y ha de ser
Ocasión para matarme.

NARVÁEZ

No será: fiad de mí.
Tomemos nuestros caballos,
Que á Alora quiero llevallos,

NUÑO.

Bien haces. Vamos de aquí.

ARRÁEZ.

¡Á qué punto, triste moro,
Te han traído injustos celos!

ALARA.

¡Ay, mi Alcaide de los cielos!

NARVÁEZ.

¡Ay, Alara, que te adoro! (Aparte.)

Vanse.

Zoraide, Celindo, Bajamed y Zara.

ZORAIDE.

¿Qué es lo que dices, bárbaro enemigo?

CELINDO.

Córtame, gran Alcaide, la cabeza,
Si te parece que la culpa es mía.

ZORAIDE.

¿Adónde está Jarifa?

CELINDO.

No presumas
Que alguno de tu casa parte ha sido
Para tanta desdicha.

ZORAIDE.

Dime luego
Quién la llevó y adónde está, Celindo,
Ó pasaréte aquese infame pecho.

CELINDO.

Señor, cuando á Granada te partiste,
Vino aquí de secreto Abindarráez,
Y se casó con ella.

ZORAIDE.

¡Ah, santo cielo!
Cumplióse lo que yo siempre temía.
¿Que en fin el mal nacido abencerraje
Se casó con Jarifa? Pues di, perro,
¿Quién le dijo que no era hermano suyo?

CELINDO.

Dicen que ha mucho que ellos lo sabian,
Y que casados de secreto estaban.

ZORAIDE.

¿Dónde la tiene agora?

BAJAMED.

El miedo tuyo,
Por ventura le esconde de tus ojos.

CELINDO.

No es miedo, Bajamed, que ha sido fuerza
Ir á Alora los dos, porque era preso
De su alcaide Narváez, y al tercer día
Juró volver, si libertad le diese;
Y ella, como mujer, con él ha ido,
Ansí por no esperar tu justo enojo,
Como por no dejar á su marido.

ZORAIDE.

Ensíllame un caballo, ponle á punto;
Dame una lanza y una adarga fuerte;
Podrá ser que le alcance en el camino.

CELINDO.

Bien puede ser.

ZORAIDE.

¡Ah, fiero bencerraje,
Deshonra de mi honor y mi linaje!

Vanse.

Narváez, Alara, Arráez y Nuño.

NARVÁEZ.

Ya que en Alora estáis, mi dulce Alara,
Pruebe vuestro cruel fiero marido
El gusto de escuchar estos requiebros,
Pues no quiso sufrir celos injustos.

ALARA.

Ya no es aquese nombre el propio suyo;
Que yo, señor, me he de volver cristiana.

ARRÁEZ.

Ni yo quiero tener el que he tenido;
Que quien tiene mujer que le da celos,
Mejor dirá que tiene sobre el pecho
Un águila que come sus entrañas,
Un monte grave y una eterna pena.

NARVÁEZ.

Si vos cristiana habéis de ser, señora,
Daréle libertad, y á Coín se vuelva.
Y vos podréis quedaros en Alora,
Donde no os faltará lo que perdistes.

ARRÁEZ.

Pues eso quiero; y si sufrir no pude
Mujer hermosa, viviré sin ella,
Y haré cuenta que es muerta; que bien puedo,
Pues si es cristiana, no es la que solía.

NARVÁEZ.

Primero que á Coín vuelvas, Arráez,
Le has de dar la mitad de tu hacienda
Para que viva aquí; si no, no creas
Que deste cautiverio libre escapes.

ARRÁEZ.

Y es poco lo que pides; yo me ofrezco
De darla con que viva, y es partido
Á trueco de escapar de sus rigores.

NARVÁEZ.

Pues alto: en esto queden concertados.

Páez.

PÁEZ.

Dame, señor, albricias.

NARVÁEZ.

Buenas sean.

PÁEZ.

Su palabra ha cumplido Abindarráez.

NARVÁEZ.

No esperé menos yo de su nobleza;
Que al fin acude á lo que debe en todo.

PÁEZ.

Y trae su persona acompañada
De una bella morisca rebozada.

Abindarráez y Jarifa.

ABINDARRÁEZ.
Danos, ilustre Narváez,
Los pies á mí y mi esposa.
NARVÁEZ.
Bien vengáis, Jarifa hermosa,
Y vos, noble Abindarráez.
ABINDARRÁEZ.
Bien merezco lauro y palma
De la merced que recibo,
Pues siendo el cuerpo el cautivo,
Te vengo á traer el alma.
JARIFA.
Yo, famoso don Rodrigo,
Como á quien de tu valor
Cupo la parte mayor,
Tu nombre alabo y bendigo;
Y así, vengo á ser tu esclava.
NARVÁEZ.
Mi señora seréis vos.
¡Cuán justamente á los dos
El cielo á amar inclinaba,
Que sois en extremo iguales!
Y estad vos, Jarifa hermosa,
De Abindarráez quejosa,
Que dice de vos mil males;
Que aunque mucho me decía,
Hallo agora más en vos,
Y es grande engaño, ¡por Dios!
JARIFA.
¡Qué extremada cortesía!
Antes, si él os engañó
Con deciros bien de mí,
Vengo á estar corrida aquí.
NARVÁEZ.
El que lo ha de ser soy yo;
Que si tal huésped creyera
Que mi pobre casa honrara,
De otra suerte la ensanchara
Para que mejor cupiera.
Pero si en la voluntad,
Como en la casa, se vive,
Ésta el alma os apercibe
Y os da á vos su libertad.
Ya sois, señor bencerraje,
De Jarifa: andad con Dios.
ABINDARRÁEZ.
Ella y yo somos de vos
Con justo pleito homenaje.
JARIFA.
Señor, no me desechéis,
Que quiero yo ser muy vuestra.
NARVÁEZ.
Sujeta el alma se os muestra
Para que vos la mandéis.
Y perdonad si no había
Preguntado cómo estáis.
JARIFA.
Con la salud que me dais,
Dando vida á la que es mía.
NARVÁEZ.
¿Cómo va de las heridas?
ABINDARRÁEZ.
Un poco las tengo hinchadas.
NARVÁEZ.
Aquí os serán bien curadas
De quien os diera mil vidas.

Zoraide y moros.

ZORAIDE.

Dentro.

Digo que tengo de entrar.
NARVÁEZ.
¿Qué alboroto es ése?

ZORAIDE.

Saliendo.

¡Afuera!
Si en tu casa no estuviera.....
NARVÁEZ.
Vuelve la espada á envainar,
Y di quién eres.
ZORAIDE.
Yo soy
El Alcaide de Coín.
NARVÁEZ.
Ya sé tu enojo, y en fin,
De por medio agora estoy.
Deja, famoso Zoraide,
Las armas, que esto ya es hecho.
ZORAIDE.
Por ti las dejo, á despecho
De mi honor, famoso Alcaide.
No pudieran venir ellos
Á otro sagrado mayor.
NARVÁEZ.
Si éstos son yerros de amor,
Ya viene el perdón con ellos.
Noble es el abencerraje;
Por tu hijo le has tenido:
Que le perdones te pido,
Pues es de honrado linaje.
ZORAIDE.
¿Cómo te puedo negar
Cosa que tan justa es?
NARVÁEZ.
Besa, Abindarráez, sus pies.
ABINDARRÁEZ.
Temblando habré de llegar.
Llegad, Jarifa, también.
ZORAIDE.
Por mis hijos los recibo.
Mas quedaos con el cautivo.
NARVÁEZ.
Es de Jarifa.
ZORAIDE.
¿De quién?
NARVÁEZ.
Á Jarifa se le dí.

JARIFA.

Yo, señor, le doy á vos.

NARVÁEZ.

Pues yo os entrego á los dos.

ZORAIDE.

Yo á vos tres, dándome á mí;
Y os daré seis mil ducados
Por los tres.

NARVÁEZ.

Esos le doy
Á Jarifa.

JARIFA.

Vuestra soy.

NARVÁEZ.

Queden al dote obligados.

JARIFA.

Dos arcas de ropa blanca,
De mi mano os enviaré.

NARVÁEZ.

Esas solas tomaré,
Por ser de mano tan franca.

ZORAIDE.

Su yerro juzgo por dicha.

NARVÁEZ.

Y yo haberos obligado.
Aquí acaba, gran senado,
El remedio en la desdicha.

LOS HECHOS DE GARCILASO DE LA VEGA

Y MORO TARFE

(INÉDITA)

COMEDIA

DE

LOS HECHOS DE GARCILASO DE LA VEGA

Y MORO TARFE

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA

(INÉDITA)

FIGURAS DE LA COMEDIA

TARFE. } *Moros.*
LEOCÁN. }
LA REINA MORA.
DOS DAMAS. } *Moras.*
FÁTIMA. }
GAZUL, *moro.*
DOS Ó TRES MOROS.
GUALCANO, *Alcaide.*
DOS CRIADOS DE GARCILASO.
JUAN RENEGADO, *Alcaide.*
ALHAMA, *mora.*
DOS CAUTIVOS CRISTIANOS.
EL REY MORO.
GARCILASO DE LA VEGA.
GALINDO, *señor de Palma.*
PORTOCARRERO, *caballero cristiano.*
LA FAMA.
EL REY D. FERNANDO.

JORNADA PRIMERA.

Sale Tarfe, hermano del Rey de Granada, y Leocán, moro.

TARFE.

¿Viste, Leocán dichoso, aquella estrella,
En cuyo fuego ardiente se aniquila
El corazón y el alma que está en ella?

LEOCÁN.

Aunque con miedo de su padre, vila,
Y anda por su norte mi deseo,
Entre Caribdes y la fuerte Scila.
Gozó mi atrevimiento del deseo
Á pesar de su padre y de su primo,
Peligros que en el mar de tu amor veo.

TARFE.

Tu buen deseo y mi ventura estimo,
Gallardo moro, en lo que el alma puede,
Pues que con él mi pérdida redimo.

LEOCÁN.

Ilustre Tarfe, tu virtud excede
La del más venturoso abencerraje;
Hace al que sirve que obligado quede.

TARFE.

Amigo, ya que en eso me aventaje
Mi contrario Gazul, yo me consuelo,
Que no es de los más pobres mi linaje.

LEOCÁN.

Testigo es, Tarfe, el sol que alumbra el suelo
Que no lo dije porque así te agravies,
Pues que en sólo servirte me desvelo.
Y cuando fuera conocido agravio,
Gazul, por Bencerraje aventajarte,
Le ganas por galán valiente y sabio.
Pero dejemos, si te canso, aparte
Aquestas cosas, y direte en breve,
De tu desdicha y mi disgusto parte.

TARFE.

Qué, ¿al fin sucedió mal?

LEOCÁN.

Fortuna aleve
Se muestra en tu justicia tan injusta,
Que mil desgracias en tu daño mueve.
Di tu recado, Tarfe, á la que gusta
De darte, sin razón, amarga muerte,
Porque de verte vivo se disgusta.
Volvió el hermoso rostro, de la suerte
Que la encendida víbora pisada,
No menos rigurosa, airada y fuerte.
Y de un color de rosicler bañada
La hermosa cara y los sangrientos ojos,
De aquel desdén y cólera incitada,
Dijo casi llorando: «Mil enojos
Te dé Mahoma, y ese cuerpo triste
Sirva al cristiano bando de despojos
Antes que al moro que mi alma viste
De ricas esperanzas, Tarfe perro,
Le des la fiera muerte que dijiste.»
Y en lo que me afirmaste del destierro,
Dice que lo desea.

TARFE.

¡Ah, falsa, ingrata!
¡Yo cumpliré tu gusto! Pero es yerro,
Porque si mi destierro Gazul trata,
Mi muerte y su dichoso casamiento,
Con que mi nuevo intento desbarata,
Á efecto llegará su injusto intento
Y el fin que espera de mi triste vida,
Si no lo impide un loco pensamiento.
¿Eso te respondió la fementida?

LEOCÁN.

Esto me respondió, y aun yo sospecho
Que está de su blandura arrepentida.

TARFE.

Rásguese en partes mi abrasado pecho;
De mis ojos se funde un mar segundo;
Mi triste corazón quede deshecho;
Publíquese mi muerte por el mundo,
Y sépase que es Fátima la causa
En cuyo pecho mi justicia fundo.

LEOCÁN.

Pon, lagrimoso Tarfe, al llanto pausa,
No des tanto lugar á la tristeza,
Pues ves los males que en el alma causa.

TARFE.

¡Oh dura y desigual naturaleza,
Nacida y engendrada por mi daño!
¡Oh rara, noble y celestial belleza!
¡Que ni el curso de un mal, ni de otro engaño
Las mal gastadas horas, que perdido
Me han traído á tan triste desengaño,
Haya en tu pecho, Fátima, movido
Alguna piedad, que tan segura
Ensangrientas tu mano en un rendido!
¡Que haga impresión en una peña dura
Una gota de agua, y que en tu pecho
Jamás se imprima un mar de desventura!

LEOCÁN.

Tus lágrimas no buscan tu provecho;
Resista á la fortuna tu pujanza,
Deje al dolor el ánimo deshecho.

TARFE.

Mándame, amigo, con espada y lanza
Resistir una puente á mil cristianos,
Y ten de aqueste brazo confianza,
Y no á sufrir de aquellos soberanos
Ojos hermosos un mirar con ceño,
Á cuyo fuego no resisten manos.
Rinde, cautiva, prende, quita el sueño,
Que ni al vestido ni al cuerpo toca (1);
Por eso á desmayar mi pecho enseño.
Pues si por dicha de la dulce boca,
Teñida en ira sale la palabra,
Ablanda un pecho de marmorea roca;
Que no hay buril que el blando plomo abra,
Ni artífice con punta diamantina,
La plata, el oro, el bronce, rompe y labra,
Cual puede el rostro y la beldad divina
En la dureza de un helado y frío,
Pues á su fuerza, hielo, nieve inclina.
Sirva de ejemplo el triste pecho mío,
Cuya tibieza vino á tanto fuego,
Que sujetó mi fortaleza y brío.

LEOCÁN.

Verdad que puede, Tarfe, el niño ciego
Prender la libertad; pero bien puede
La discreción favorecerla luego.

TARFE.

Por agora la plática se quede;
Que has andado más libre que discreto.

LEOCÁN.

Pondré silencio, si á tu gusto excede.

TARFE.

Tu voluntad tan apacible aceto,
Valiente hidalgo, y desde aquesta hora
Pagarte con el alma te prometo,
Y pues del fuego que en mi pecho mora
Conoces la ocasión, ¿cómo podría
Ver la hermosura que mi alma adora?

LEOCÁN.

Saliendo de la Alhambra á mediodía,

---

(1) Ni es verso ni hace sentido, pero así está en el manuscrito, que no es original, sino copia harto estragada.

Decían que la Reina, con sus damas,
Á cazar esta tarde se salía.
Irá con ella la que en vivas llamas
Tu corazón abrasa en su tesoro,
Y el falso Abencerraje que desamas.
Verás la gala del soberbio moro,
La presunción con la divisa y traje,
Las gallardas empresas de fino oro;
Y tal, que en las colores del plumaje
Muestra que nunca conoció á Granada
Otro más venturoso Abencerraje;
Y Fátima, en su gloria transformada,
Medir sus pasos con los bellos ojos,
Poco discreta y menos recatada.

TARFE.

Detén tu lengua, encubre mis enojos;
Que mi celoso pecho consumido,
Ofrece á mi desdicha mil antojos.

LEOCÁN.

El algazara y són de este rüido
Debe de ser la Reina, y es sin falta.

TARFE.

Dame favor, Mahoma esclarecido,
No acabe Tarfe en ocasión tan alta.

Apártanse á un lado los dos, y sale á caballo la Reina y algunas damas moras, y con cada una de ellas un moro hablando, y entre ellos Fátima y Gazul, y algunos moros con arcos delante, y el alcaide Gualcano, y dan vuelta al teatro.

ALCAIDE.

Pase adelante esa gente,
Sosiéguese el desconcierto.

TARFE.

¡Ay, amigo, yo soy muerto
Con ver mi vida presente!
¿No es, Leocán, mi luna bella
La del celoso vestido?

LEOCÁN.

Sí, Tarfe, y su sol querido,
El moro que va con ella.

TARFE.

¿Haslo dicho por Gazul?

LEOCÁN.

Por el mismo.

TARFE.

No le veo.

LEOCÁN.

Quita el velo del deseo,
Mira el de la toca azul.

TARFE.

¡Oh favorecido moro,
El más dichoso del suelo!
¡Oh Fátima, sol del cielo,
A quien con el alma adoro!

Éntranse todos, y quedan Tarfe y Leocán.

TARFE.

¿Hácelo por honra suya
Gazul? ¡Ay, que aquesa toca,
Mi alma celosa toca,
Y no la dichosa tuya!
¿Ó si ya en mi daño ordena
Mi dulce enemigo, amor,
Que lleves esa color
Para burlar de mi pena?
¡Ay, Fátima de mi vida,
Cuán descuidada agora
Sigues la caza, señora,
En la tuya embebecida!
Síguela, y tus glorias caza
Hasta gozarlas del todo:
Aunque en diferente modo,
Entrambos vamos á caza.
Yo sirvo de cazador
De campo; sirve el cuidado,
Que cazando me han cazado
Y entregado á mi dolor.
Mis pensamientos, por suerte,
Son lebreles en desgracia.
Fué la caza vuestra gracia;
Erréla, y cacé la muerte.

LEOCÁN.

Mira, Tarfe, que ya van
Un largo cuarto de legua.

TARFE.

Pues ensíllame una yegua
Ó mi caballo alazán;
Que quiero buscar mi muerte,
Ó quiero buscar mi vida.
¡Ojalá no se me impida
Que en una ó en otra acierte!

LEOCÁN.

Vamos, que en la caza veo
Un gran bien que amor te traza.

TARFE.

No fuera mala la caza
Si la alcanzara el deseo.

Vanse.

Sale Fátima con un arco.

FÁTIMA.

¿Adónde estampas la ligera planta,
Ciervo gentil, que al aire huyendo igualas?
Bien se compara ligereza tanta
Al tiempo viejo y sus veloces alas.
¿Por qué de mí tan sin razón se espanta
Tu cuerpo hermoso? ¿Ó si por dicha escalas
El ya rendido al tiempo la herida,
De aquesta mano, en tu dolor movida?
Ríndeme ya despojo tan debido,
Pues meterte en el agua es excusado;
Mas ¡ay, que por los pasos he venido
De mi descuido, al centro mi cuidado!
Ni más ni menos voy que ciervo herido,
Buscando el agua y el licor templado.
Rendida voy, y casi por la herida
El alma sale, en llamas encendida.
Mirad, Fátima, que si tanto fuego,
Si tanto arder, con esperar templanza,

Podrá hallar en el alma algún sosiego;
Mas es licor divino la esperanza,
Al cielo santo humildemente ruego,
Por este mi deseo y confianza,
Me muestre aquel que en su presencia tiene
Aquel remedio que á mi mal conviene.

Entra Gazul.

GAZUL.

¿Dónde me llevas prendado,
Dulcísima fantasía,
Siguiendo la gloria mía
Después de tanto cuidado?
Donde la vida entretengo,
Y donde amor me ha traído,
Con el hermoso vestido
De mis esperanzas vengo.
Aunque en mi Fátima espero
Gloria y descanso alcanzar,
Es tan largo el esperar,
Que esperando desespero.
El estado á que he venido,
No le menosprecio yo,
Que nadie de amor se vió
Tan enriquecido (1).
Aunque este bien me asegura
Fátima, en su dulce hablar,
Soy tan pobre de lugar,
Cuanto rico de ventura.
Y aunque en parte desabrido,
Vivo sin ver un desdén,
Tan rico de aqueste bien,
Cuan pobre y perdido (2).
Tiéneme perdido y pobre
El gusto de mi deseo,
Con cuya muerte pelco
Hasta que la vida cobre.
Y tan mal con él me avengo,
Que, sin poder resistir,
He de vivir ó morir
Del fiero dolor que tengo.

FÁTIMA.

Gazul, ¿cómo va en la caza?

GAZUL.

Muy bien, pues en este trance
He dado á la caza alcance;
Pero el alcance me caza.
Es caza tan desigual,
Que si no la suple amor,
Es cubrir un pobre azor
Tras un águila caudal.
Dulce Fátima, y mi gloria,
¿Cuándo, señora, podré
Levantar en tanta fe
Las banderas de victoria?
¿Cuándo querrá el hado esquivo
Que un hombre tan venturoso
Añada el nombre de esposo
Al de tu dulce cautivo?

FÁTIMA.

Gazul de mi vida y alma,
Quede el disponerlo al cielo;
Si soy algo en este suelo,
Gozad por vuestra la palma.
Vivid seguro y ufano
Con esperanza y contento,
Pues que en este mismo intento
Viene mi padre Gualcano;
Mas no sé si por ser primos
Querrá dar licencia el Rey.

GAZUL.

No conozco aquesa ley;
Sólo la de amor estimo;
Pero yo le tengo grato,
Y le agradaré mejor
Con el divino favor
De muchos nobles que trato.
¡Plega al cielo, vida mía,
Que el caso suceda bien!

FÁTIMA.

Mis ojos vean, mi bien,
Llegado tan dulce día.
Pero dejando esto aparte,
Sin mí, ¿cómo os fué, mi gloria?

GAZUL.

Sin vos no, que esa memoria
Jamás de mi pecho parte;
Que el tiempo que por presencia
No os contempla el alma mía,
La amorosa fantasía
Suple la falta de ausencia.
Habéisme de preguntar
Cuándo mis ojos os vieron,
Y diré que entonces fueron
Dos fuentes, y el pecho un mar.
¿Y en vos, Fátima?

FÁTIMA.

No puedo
Decir que con vos estoy,
Porque si de vos me voy,
No me voy, que con vos quedo.

GAZUL.

Ese favor soberano
Sube de punto mi fe;
Pero deciros podré
Que he ganado por la mano.
Pero cuando me dejáis,
¿Pensáis que de vos me parto?
Ni de vos, mi bien, me aparto,
Ni vos tampoco os quedáis.

FÁTIMA.

Presto os pagáis, por mi fe;
Pero lo que dicho habéis,
¿De qué suerte lo entendéis?

GAZUL.

Fátima, hoy os lo diré.
No me parto aunque os partáis,
Pues vamos juntos los dos,

(1) Verso falto.
(2) Tampoco este verso consta.

Ni tampoco os partís vos,
Que si voy, conmigo vais.
Halla con su mano eterna
Goce de tal preeminentes (1),
Que dos cuerpos diferentes
Sólo un alma los gobierna.

FÁTIMA.

Bien sabéis exagerallo.

GAZUL.

Harto mejor sé sentirlo;
Aunque el que sabe sufrirlo,
Nunca sabe declarallo.
Los soles, hebras y sellos,
Son las prendas de mi alma,
Y gozan eterna palma
Ojos y boca y cabellos;
Y tales los hizo Dios,
Que con ser milagro al suelo,
Cuanto es el poder del cielo
Son de tal extremo en vos.

FÁTIMA.

Contento me da escucharos,
Y en tan alto encarecer,
El callar es responder
Á quien no sabe igualaros.
¿Qué tal os parezco á vos?

GAZUL.

Tal, que vuestro rostro extraño
No me incita á menos daño
Que á no conocer á Dios.
Conozco yo al sol y estrellas
Y adoro á la blanca luna,
Y á vos, porque siendo una,
Dais más luz que todas ellas.
Son vuestros ojos tan bellos,
Que, á no saber el valor
De su divino Hacedor,
Le conociera por ellos.
Gente suena, dulce esposa;
Entre estos árboles quiero
Esconderme.

FÁTIMA.

Aquí os espero.
¡Oh fortuna rigurosa!

Desvíase Gazul á una parte.

Sale Tarfe.

TARFE.

Cansados pasos, que mi triste muerte
Lleváis, mi larga y enojosa vida,
Si no lo impide mi contraria suerte,
Igualad al deseo la corrida;
Dad fin á mi dolor amargo y fuerte,
Pues no se mueve aquella endurecida;
Llorad, cansados pasos, entretanto,
Las lágrimas postreras de mi llanto.
Salid, suspiros del ardiente pecho,
Quemad el aire y abrasad el fuego,
Dejad entre mis llamas satisfecho
Un vivo corazón de nieve y hielo;
Ved el descanso, el bien de mi provecho,
Rompan mis quejas y justicia el cielo,
Y salgan dando á todo el mundo espanto
Las lágrimas postreras de mi llanto.
¡Oh dulce encuentro! ¡Oh Fátima dichosa,
Dame los pies, si ya la blanca mano
Es indigna de serme piadosa!

FÁTIMA.

¡Detente, Tarfe, allá!

TARFE.

¡Oh cielo inhumano!
Suerte enemiga, muerte perezosa,
¿Por qué no rompes ya mi pecho insano?
Mostrad con roja sangre el dolor tanto
Las lágrimas postreras de mi llanto.

FÁTIMA.

Tu falso y villano pecho,
¿En qué pensaba, cautivo,
Cuando al bien por quien yo vivo
Jurabas dejar deshecho?
Enviásteme á decir,
Sin vergüenza ni temor,
Que te mandaba el amor
Darle la muerte ó morir.
Primero con mil enojos
Te despedacen, tirano,
Que puedas poner la mano
Donde yo ponga los ojos.
Y que si dura y airada
De hoy más querría mostrarme,
Jurabas, para matarme,
Desterrarte de Granada.
¿Piensas tú que á mí me importa
Tu destierro?

TARFE.

¡Oh suerte amarga!
¡Oh vida enojosa y larga,
Para mi martirio corta,
Ya es tiempo que desesperes!
Pero ¿qué sirve querer,
Si en tan largo padecer
Vida y muerte no me quieren? (1).
¡Fátima, rebelde y dura
Más que el bronce, y á mi llanto,
Más que el áspid al encanto
Sorda, por mi desventura!
Cuando aquese pecho fuera
Más duro, si puede ser,
Cual siempre os he de querer,
Aunque viva y aunque muera.
No sé si mi fe merece
Que tan mal pago me deis,
Pues porque me aborrecéis
Todo el mundo me aborrece.
Y si por mi suerte fiera
Que no me queráis merezco,

(1) No hace sentido.

(1) Así en el manuscrito; pero *quieren* no es consonante de *desesperes*.

Á mí por vos me aborrezco;
¿Quién hallaré que me quiera?

FÁTIMA.

No te alargues, pues defiendes
Quien vive en mi corazón.

TARFE.

¿Vive aquella sinrazón
Con que mi muerte pretendes?
¿Tan libremente lo dices?

FÁTIMA.

No, porque yo no lo estoy.

TARFE.

¿Eres esclava?

FÁTIMA.

No soy.

TARFE.

Tu bien y mi mal desdices;
Pero en ese caso tal,
Bien disimuláis los dos.
¡Ah, Gazul, mal te haga Dios
Si puede hacerte algún mal!
Al fin, Fátima, desprecias
Un Tarfe lleno de amor,
Y un Bencerraje traidor
Para tu contento precias.

Sale Gazul de donde estaba.

GAZUL.

Aunque el callar fuera sano,
El honor poco resiste,
Y en lo que traidor dijiste,
¡Mientes, cobarde villano!

Echan mano á las espadas.

TARFE.

Huélgome que no dirás,
Gazul, que ha sido en tu ausencia.

FÁTIMA.

Delante de mi presencia
Es mal hecho no haya más.

TARFE.

Fátima, todo el amor
No vale un mínimo agravio.

FÁTIMA.

¡Ay, Gazul, sé tú más sabio;
Refrena el brazo, señor!

Entran la Reina y el alcaide Gualcano, y algún moro adelante.

REINA.

Alargad el paso, Alcaide,
Mirad quién son los traidores.

ALCAIDE.

Las dos espadas mejores
Después de Muza y Benzaide.
¡Tened un poco, sobrino;
Sosegad, Tarfe, la furia!

TARFE.

El vengar aquesta injuria,
Alcaide, á ti te convino.
Reina insigne y poderosa,
Viniendo por este prado,
Bien ajeno y descuidado
De hallar tan inorme cosa,
Corrí desde donde estaba
Á ciertas voces que oí,
Y al tiempo que llegué, vi
Que esta dama se quejaba;
Publicando su maldad
Se quejaba del tirano,
Porque con violenta mano
Forzaba su honestidad.
Mirad si en el trance esquivo
Fué bien hecho lo que hice.

GAZUL.

Reina, en lo que Tarfe dice
Miente como vil cautivo,
Que yo fuí el que á las voces
De aquesta mora salí,
Y el que libertad la dí
De aquellas manos feroces;
Y en defensa de su honor
Y deste crédito mío,
Desde aquí le desafío
Y le reto de traidor.

REINA.

Paso: un poco sosegad,
Gazul, vuestra presunción,
Hasta que desta quistión
Se conozca la verdad.
Averígüelo la ley,
Y juzgarse ha igualmente;
Que si vos sois mi pariente,
Tarfe es hermano del Rey.
Vos, Fátima, declarad
El caso, pues sois presente.

FÁTIMA.

Digo que si Tarfe miente,
Gazul no dice verdad;
Que ninguno me forzó,
Porque andando yo cazando,
Hallé á los dos peleando;
La causa no la sé yo.

REINA.

No hay quien os pueda entender.

ALCAIDE.

Yo entiendo que mi sobrino
No haría tal desatino;
Lo demás bien puede ser.

REINA.

¡Hola! Alcaide, ten el paso,
Y en esta extraña ocasión
Llevaldos á la prisión
Hasta que el Rey sepa el caso.
Y porque estos caballeros
Han turbado mi deseo (1),
Vamos al Alhambra luego:
Dejad la caza, monteros.

(1) Falta la rima. Probablemente escribiría el poeta *sosiego* y no *deseo*.

JORNADA SEGUNDA.

Entra Tarfe sin espada, y trae un anillo en el dedo, y sale con él Juan Renegado.

TARFE.

Pues has querido, cristiano,
Saber la extraña ocasión
Por qué me tiene en prisión
Mi enemigo, el Rey mi hermano,
Está atento á mi dolor;
Mas porque sospecho luego
Que te ha de abrasar mi fuego,
Hablo con algún temor.

JUAN.

No es mucho, Tarfe animoso,
Que con la pena que sientes
La dura congoja aumentes
De mi pecho lastimoso.
Dame cuenta de tu pena;
Que un corazón lastimado
Descansa de su cuidado
Con la desventura ajena.

TARFE.

Sabrás, Juan, que la envidiosa
Fátima, y amor cruel,
Concertados ella y él
De hacer una hazaña honrosa,
Él hizo que yo adorase
Una beldad sin compás,
Y ella, por mostrarse más,
Que por otro me dejase.
Éste es Gazul, primo suyo;
Un villano Abencerraje,
Por quien en rabia y coraje
Mi sangre y vida destruyo.
Ofrecióse en cierto encuentro
Mi venganza, y no faltó
Quien al traidor le estorbó
Bajar al obscuro centro.
Visto por mi hermano, el Rey,
Prendióme su crueldad,
Y dió á Gazul libertad
Contra la justicia y ley.
Con esta pena y tormento
Vivo yo, porque mi estrella
Le adora, y su padre della
Gusta de su casamiento.
Nunca lo permita Dios,
Y si ha de haber diferencia
Es porque piden licencia,
Porque son primos los dos.
Alcanzarla es cosa dura,
Pero si la ha de alcanzar,
Es que el Rey se la ha de dar
Por castigar mi locura.

JUAN.

No guarda justicia el Rey:
Entiendo, en ocasión tal,
Que una sinrazón igual
Me hizo mudar de ley.
Estando en mi ley cristiana,
En la ciudad de León
Dí á una dama el corazón,
Peregrina y soberana.
Un vecino, caballero,
Regidor de la ciudad,
Desta divina beldad
Hizo el amor prisionero.
Éste amaba esta belleza;
Pero es razón que se entienda
Que me excedía en hacienda,
Pero no en sangre y nobleza.
Viendo aquesto, quise yo
Aceptarla en casamiento,
Y el viejo padre, contento,
El casamiento aceptó.
Cuando supo el caballero
Que yo me casaba, hablóle
Al cauto viejo, y mostróle
Gran cantidad de dinero,
Diciendo: «Si vos queréis
Ser desta hacienda el gobierno,
Recibid por vuestro yerno
Al que delante tenéis.»
Las endemoniadas canas,
De vil codicia movidas,
Fueron luego enternecidas,
Y mis esperanzas vanas.
Su hija le prometió,
Puesto el tesoro en la palma,
Y á mí la vida y el alma
De las manos me quitó.
Cuando supe su codicia,
Publiquéla en la ciudad,
Y su traición y maldad
Manifesté á la justicia.
Pero la justicia injusta,
Que aqueste nombre merece
Quien al rico favorece
Contra el pobre, en causa justa,
Diósela contra razón,
Y á mí, porque airado y fuerte
Prometí darle la muerte,
Túvome un año en prisión;
Al cabo del cual salí
De la ciudad desterrado,
Tan triste y desesperado,
Que mi muerte pretendí.
Vine á servir á tu hermano
Á Granada, y á tornarme
Moro, sólo por vengarme
Del enemigo cristiano.
Y aunque en vuestra ley estoy,
El nombre no le he mudado,
Porque hasta quedar vengado
Han de conocer quién soy.

TARFE.

Espantado me ha el suceso;
Mas si tan mal me sucede,
Mi hermano es Rey, y bien puede
Tenerme sin culpa preso.
¡Ay, Fátima! Tus tesoros
Contemplo en ajenas manos;
Que si esto hicieron cristianos,
¿Qué puede esperarse en moros?
¿Que al fin te tornaste moro
Por vengarte del cristiano?

JUAN.

Tanto pudo amor tirano
Y aquella beldad que adoro.
Mas ya que mudé la ley
Por tan pequeño interese,
Quiso el hado que tuviese
En la ajena tan buen Rey.
Dióme copia de riqueza
Con que pueda vivir bien;
Hízome alcaide también
Desta torre y fortaleza.

TARFE.

Venturosa fué tu suerte.
Pero ¿quién viene hacia acá?

Entra Leocán.

LEOCÁN.

Ilustre Tarfe, aquí está
Un moro que quiere verte.

TARFE.

Dile que éntre.

LEOCÁN.

Ya es entrado.

Vase Leocán, y entra Alhama en hábito de moro.

ALHAMA.

Prospere el cielo tus cosas,
Y á las más altas y honrosas
Traiga á tu abatido estado.
Haz que esta gente se aparte;
Que quiero á solas contigo
Dos palabras.

TARFE.

Juan amigo,
Retírate aquella parte.

Vase Juan.

ALHAMA.

Noble moro granadino,
El valor de tus blasones,
Que entre varias naciones
Alcanza nombre divino,
Me ha forzado á visitarte
Para pedirte, señor,
Si pudiere mi dolor
Y lágrimas ablandarte,
Venganza de un enemigo,
Aunque hidalgo, el más villano
Para que con dura mano,
Príncipe, le des castigo.
Dame, señor, atención;
Que con lo que agora pruebo,
Quiero que juzgues si llevo
De mil partes la razón.

TARFE.

De mi brazo satisfecho,
Di lo que en el alma sientes;
Que tus lágrimas ardientes
En ira abrasan mi pecho.
Ten de tal fe confianza,
Y porque estés más seguro,
Contra todo el mundo juro
De hacer por ti la venganza;
Que vienes á tan extraño
Tiempo, que presente estoy,
Que he de vengar desde hoy
Mi propio y ajeno daño.

ALHAMA.

Sabrás, Príncipe excelso granadino,
Que para mi dolor y eterno duelo,
En triste estrella y desdichado sino,
Me dió una hermana el enemigo cielo.
Un moro hidalgo, deste nombre indino,
El más villano que sustenta el suelo,
Amóla con amor tan lisonjero,
Que en el pensarlo me consumo y muero.
Quísola, y con palabras engañada,
Dándola fe de ser su dulce esposo,
La triste, con aquesto confiada,
Cerró su pecho falso y alevoso.
Con atrevida fuerza deshonrada,
El desleal, á cielo y tierra odioso,
Y apenas puso fin á su deseo
Cuando se arrepintió del caso feo,
Y era la causa que el traidor tirano
Otra mujer tan sin razón quería,
Que en mi venganza el cielo soberano
Castigó su alevosa villanía.
Por otra la aborrece el vil villano,
Por quien suspira y muere cada día,
Y él, muriendo por ella, deja el llanto
Al alma que le quiere y ama tanto.
Ni le mueven el cielo ni la tierra,
Ni el ver su dama pobre y deshonrada,
Ni el valor que el hidalgo pecho encierra,
Ni el ver su dama más que tigre airada.
Mas como ve que en cosas de la guerra
Mi tierna edad es poco ejercitada,
Teniendo su palabra en poco precio,
Hace de mis cosas menosprecio.
Por eso, si te mueve el triste llanto
Deste mancebo perseguido y pobre,
Pues eres en las armas fuerte tanto,
Que no hay valor que aquel tuyo no sobre,
Haz que mi hermana, en matrimonio santo,
Por ti su honra y su marido cobre;
Que el galardón que no te ofrece el suelo,
Por tu virtud te lo promete el cielo.

TARFE.

Cuando tu rostro y lágrimas amargas,
Que con justa razón por él decienden,
No me moviera al caso que me encargas;
La tierra y cielo, que tu llanto entienden,
La virtud y nobleza con que alargas
Mis pocas fuerzas, que tu bien pretenden,
Y la razón que tienes de tu parte,
Agora incitan contra el mismo Marte.
Y así, prometo que si el Rey mi hermano
Me diere libertad en este día,
Con esta fe, palabra é hidalga mano,
Vengar tu causa como propia mía;
Y haré, si puedo, que el socz villano
Conozca la traición y alevosía;
Y juro, por la fe de caballero,
Hacerle ser su esposo verdadero.
Camina, y dame aviso cuando veas
Mi libertad, porque con ella ilustres
El vitorioso tiempo que deseas.

ALHAMA.

Dame, Príncipe, aquesos pies ilustres.

TARFE.

Levanta; y porque más mi intento creas,
Y poco aqueste crédito deslustres,
Este anillo te doy, con el cual quiero
Puedas pedirme lo que darte espero.

ALHAMA.

Acepto la merced; y plegue al cielo
Tu vida guarde y en estado aumente,
Te dé la palma á tu virtud decente.

Vase Alhama.

TARFE.

En parte quedo con algún recelo;
Poco sosiego el alma me consiente;
Que en lo que prometí gozar trofeo,
Conmigo mismo sin razón peleo.
Acuérdome yo bien que habrá dos años
Que esto me sucedió con una dama,
Y es sin razón que con mis propios daños
Aventuré á ganar renombre y fama;
Pero fenezcan largos desengaños;
Que el vivo fuego que en mi pecho inflama
No me consiente reparar en cosas,
Aunque contrarias á mi gusto, odiosas.

Entra Juan Renegado.

JUAN.

Invencible Tarfe, el Rey tu hermano,
Por dar remate á tanta diferencia,
Con Fátima y Gazul y con Gualcano
Entra en la torre á su Real audiencia.

TARFE.

Alcaide Rego, al cielo soberano
Mi pecho vuelva escudo de paciencia.

JUAN.

Recógete, señor, á tu aposento;
Que ya las voces de la guarda siento.

Vase Tarfe, y salen dos cautivos cristianos con el estrado para el Rey.

Cautivos, adornad el rico estrado:
¿En que os tardáis, canalla aborrecible?

CAUTIVO.

Ya se ejecuta, Alcaide, tu mandado:
¡Maldiga Dios maldad tan insufrible!

JUAN.

Cristiano bajo, infame y desechado,
¿Lengua tienes conmigo?

CAUTIVO.

¿Que es posible
Que habiendo sido natural cristiano,
Seas cruel como Nerón tirano?
Acuérdate que fuiste noble hidalgo
Y de cristianos padres engendrado.

Vanse los cautivos, y entra el Rey moro, y Tarfe, Fátima, Gazul y Gualcano.

REY.

Aparejad la gente mientras salgo,
Y este negocio quede averiguado.

Asiéntase el Rey.

Salga Tarfe á su Real audiencia.

JUAN.

Todos están, señor, en tu presencia.

REY.

Bien sabes, Tarfe, que en Granada has sido
Respetado por ser hijo de reyes,
Y como á mi segundo obedecido
De las vecinas granadinas greyes;
Mas no será contigo permitido
Que borres con tus fuerzas nuestras leyes,
Ni que el alarde de Almanzor, hermano,
Te ponga en las costumbres de tirano.
Tengo información de lo que has hecho,
Degenerando de tu noble agüelo;
Obras de bajo y abatido pecho,
Que no levantan su valor del suelo.
Tanto estás de tu suerte satisfecho,
Que no contemplas la del alto cielo;
Debieras dar al mundo eterno ejemplo,
Pues eres la columna de mi templo.
Digo, en resolución, que te dispongas
Para pedir lo que de mí pretendes,
Y que primeramente presupongas
Que no soy en jüicio aquel que entiendes:
De razón y justicia te compongas;
Que si della resbalas y defiendes,
Negaré la hermandad á la injusticia,
Dándola á la razón y á la justicia.

TARFE.

Injusto Rey, injusto hermano mío,
Injustamente tu sangrienta furia
Incita y mueve el enfrenado brío
Para vengar tan atrevida injuria;
Mas venza mi humildad tu desvarío;
Que un Rey hermano poco á Tarfe injuria;
Y en esa que me tienes imputado
Hablaste como rey mal informado.

El juez discreto tapa el un oído
Cuando oye aquella parte del que acusa,
Y hasta que el reo justamente ha oído,
La ejecución de la sentencia excusa.
Bien al contrario, ingrato Rey, ha sido,
Pues que tan nueva causa está conclusa
Sin informarte de mi pecho sano;
Mas eres Rey, y por mi mal mi hermano.
Acuérdate, Almanzor, de mis hazañas
Contra el cristiano bárbaro enemigo,
De quien tiembla el valor de las Españas,
De quien temblara agora el Cid Rodrigo.
Si con tal galardón me desengañas,
No soy tu hermano ni por tal me digo;
Y quien dijere tal, de mí se ausente,
Que cual villano y por la barba miente.

Levántase el Rey.

REY.

Refrena, loco, tu arrogancia injusta,
Y en mi paciencia tu soberbia prueba;
Que ya mi pecho de sufrirla gusta,
Que no es tu loca condición tan buena.

Siéntase el Rey.

Propón, Gualcano, tu justicia justa,
Veremos con qué causa te reprueba;
Y dada la sentencia por mi mano,
Haga su gusto mi enemigo hermano.

GUALCANO.

Invictísimo Almanzor,
Cuya equidad es igual
Á la corona Real
Y á tu virtud y valor:
Mi hija, que está presente,
Y Gazul, sobrino mío,
De cuyo valor confío
Estar de la culpa ausente,
Se hallaron solos un día
En una huerta cazando,
Sin ofensa alguna hablando
De su honra y de la mía;
Y como se dividiesen,
Tarfe, tu hermano, llegó,
Y á Fátima la incitó
Á que los dos se quisiesen.
Mas siendo su intento vano
Y en balde aquella porfía,
Con los celos que tenía
De Gazul, su primo hermano,
Llamóle con ira ardiente
De traidor Abencerraje,
Sabiendo que su linaje
Ningún villano consiente.
Gazul, que escuchaba el caso,
Á tu hermano desmintió;
Y luego, la Reina y yo,
Que pasábamos acaso,
Sosegamos la quistión,
Y por mandamiento suyo,
Hasta ver el gusto tuyo,
Mando llevar en prisión.
Dice Tarfe que le halló
Á Gazul con ira fiera
Forzándola, pero niega
Fátima y dice que no.
Y cuando pudiera ser,
Yo, que del caso me agravio,
Perdono el pasado agravio
Y se la doy por mujer.

REY.

¿Qué respondes, Tarfe?

TARFE.

Digo
Que este concierto y engaño
Fué pasado, por mi daño,
Por Gualcano, mi enemigo.
Mas, pues su hija le da,
Dejándome en vida muerto,
Y tú gustas el concierto,
No hay qué demandarte ya.

REY.

Fátima.....

FÁTIMA.

Rey soberano.....

REY.

¿Gustarás obedecer
En esto á tu padre, y ser
Mujer de tu primo hermano?

FÁTIMA.

Aquesa voluntad sella
Mi gusto y responde así,
Que como en ella nascí,
Tengo de morir en ella.

REY.

Yo entiendo tu voluntad
Y la que tu padre tiene,
Y tanto en mi gusto viene,
Cuanto fué necesidad;
Y aunque me resulte pena
De que ansina se concluya,
El jüez la causa suya
Ha de juzgar por ajena.
Digo, pues, en testimonio,
Que los dos primos podáis
Contraer, cuando queráis,
Legítimo matrimonio.
Y en mi palacio y Alhambra,
Delante mis gentes todas,
Se celebrarán las bodas
Con su regocijo y zambra.
Y mando que no sea osado
Tarfe, y le sea notorio,
Entrar en el desposorio,
Secreto ni arrebozado;
Que no faltará padrino
Á gente de tal valor.

Híncase Gazul de rodillas.

GAZUL.

Dadle los pies, Almanzor,

Á aqueste vasallo indino.

Levántase.

TARFE.

¡Dura sentencia, por mi mal oída,
Para mi daño eterno confirmada,
Contraria ley de la razón debida,
Con ira y sin justicia ejecutada!
¡Villano Rey, canalla descreída,
Toda junta en mi muerte conjurada!
¿Sabéis que soy aquella espada y mano
Que hunde el cuello al español cristiano?
¡Miradme todos juntos á la cara,
Que, por Mahoma y este brazo, juro
Hacer que esta maldad cueste tan cara,
Que no viva de hoy más hombre seguro!
Y haré, si no me deja y desampara,
Que no les valga el granadino muro,
Y entonces vuestro Rey estime en poco
La fiera espada en el furor de loco.

Vase Tarfe, y levántese el Rey.

REY.

Ninguno de vosotros se alborote,
So pena de caer en mi desgracia;
Mal entendisteis el gallardo mote,
La presunción, jactancia y eficacia.
Dejalde, que por más que se remote (1),
No ha de volver á la pasada gracia:
Veamos si las obras ó los fieros,
Le son en su venganza compañeros.
Mas porque no requiere más espacio
La ejecución de vuestro intento (2),
Aunque por su locura me desgracio,
Seré padrino en vuestro casamiento.
Alcaide, poned guardias en palacio,
Y á nadie dad el Real alojamiento.
Alguna gente.

GUALCANO.

Haremos tu mandado.

REY.

Vos, Gualcano y Gazul, id á mi lado.

Vanse todos, y salen Alhama, con su espada, en hábito de moro, y Leocán.

LEOCÁN.

Extraño intento es el tuyo,
Y extraño tu atrevimiento.

ALHAMA.

Leocán, con este intento,
Mi triste vida concluyo.

LEOCÁN.

Ahora bien: por contentarte
Y por saber el suceso
De Gazul y de tu preso,
Quiero, señora, agradarte.
En este lugar me aguarda;
Que si tiene libertad,
Cumplirá tu voluntad.

Vase Leocán.

ALHAMA.

Ya me parece que tarda;
Mas ¡ay de mí, desdichada!
Contra el pecho riguroso
De Tarfe, no es provechoso
Traer rodela y espada.
¿Cómo tengo de poder,
Aunque es grande el interés,
Pelear, pues al fin es
La mejor mujer, mujer?
El miedo póneme en calma;
Más mi propósito fuerte
Es que tú me des la muerte,
Engañador de mi alma.
Cuando una mujer se allana
De amoroso sentimiento,
La más pesada es un viento,
Y la más cuerda, de lana.
Á Tarfe mi alma adora,
De quien yo la muerte espero,
Y por esta causa quiero
Morir de su mano agora.
Dejo mi esperanza vana,
Porque cuando me engañó,
En mi atrevimiento halló
La más honesta liviana.
Buen ánimo, corazón,
Que hoy hace fin el tormento;
Rendid el postrer aliento
A quien os causó pasión.
Bien sé que me he de perder;
Pero si amor me desprecia,
La más discreta es más necia,
Y la de más ser, sin ser.
Ya siento en el alma gozo;
Algún nuevo huésped tiene:
Mi Tarfe es éste que viene,
Echarme quiero el rebozo.

Entran Tarfe y Leocán.

LEOCÁN.

¿Que desa suerte te trató tu hermano?

TARFE.

Desta manera quiere el cielo santo
Vengar el pecho de un soez villano;
Mas Tarfe, que ha sentido el caso tanto,
Hará en el Bencerraje tal venganza,
Que quede al mundo temerario espanto.
Jurado tengo que la espada y lanza
No dejarán mi cuerpo desarmado
Si aquesta vida adonde pienso alcanza,
Ni menos dormir sueño regalado,
Ni entrar en el Alhambra ni mezquita,
Hasta que del traidor quede vengado.

(1) *Sic.*
(2) Este verso no consta.

LEOCÁN.

Movido me has á lástima infinita,
Apasionado Tarfe, y considero
Que justa causa á tu furor incita;
Y más que agora, Tarfe, al brazo fiero
Se ofrece una contienda que es figura
De humilde oveja y lobo carnicero.

TARFE.

Tal me tiene mi larga desventura,
Que mi desnudo pecho está acerado
De resistir su fortaleza dura.

LEOCÁN.

Ese pequeño mozo arrebozado,
Es al que prometiste, estando preso,
Vencer por una dama en campo armado,
Teniendo libertad.

TARFE.

Y ¿viene á eso?

LEOCÁN.

El corazón, el ánimo y las armas,
Le traen á esperar diestro suceso.

TARFE.

¿Sabes quién soy, que contra mí te armas?
Vuélvete, deja el loco atrevimiento.

ALHAMA.

¿Tan presto de mis armas te desarmas?
Primero que mi honroso pensamiento
Pueda bajar del estrellado cielo,
Verás tu sinrazón y mi tormento.

Echan mano.

TARFE.

Pues defienda tu cuerpo aqueste celo.

Da un golpe á Alhama y cae en el suelo.

ALHAMA.

¡Ay, Alhama cuitada, yo soy muerta!

TARFE.

¿Tan pronto tu soberbia dió en el suelo?

LEOCÁN.

Detén la espada, Príncipe, despierta,
Porque á quien has vencido es una dama
Firme en la vida, y en la muerte cierta.
Sabrás que aquesta mora fué tu Alhama,
Que quiso más morir por mano tuya,
Que ver burlada su inocencia y fama.

TARFE.

¡Oh, gran traición; el cielo me destruya
Si no me lo pagares, vil villano!

LEOCÁN.

El amistad me manda que te huya.

Vase Leocán.

TARFE.

¡Que hayas hecho, traidor, mover mi mano,
Y ensangrentar los filos de mi espada
En la beldad de un rostro soberano!
Si acaso vives, mora desdichada,
Cuéntame por qué causa pretendiste
Contra tu vida ser tan cruel y airada.

ALHAMA.

La herida, ingrato Tarfe, que me diste,
No pone mi dudosa vida en calma,
Sino es que tu presencia lo resiste.
Mas la que tuve ¡ay mísera! en el alma,
Desde el punto tirano que á la clara
Gozaste de mi honor la injusta palma,
Mil vidas que tuviera me quitara,
Pues cuando por tu mano no muriera,
Yo misma de vivir desesperara.
Triunfa, traidor, con arrogancia fiera,
Antes que mi dolor las puertas abra
Al alma, que ya quiere salir fuera.
Bien cumples como hidalgo la palabra
Que tan fingidamente á mí me diste,
Pues ya mi sangre tu dureza labra.
Con el nombre de esposo que me diste
Cumpliste la fealdad de tu deseo,
Y en deshonor eterno me pusiste.
Goza por muchos años el trofeo
Y acaba de matarme; que esta herida
No llega donde ya llegar deseo.

TARFE.

¡Pluguiera á Dios que con mi sangre y vida
Tu lealtad pagara, Alhama bella,
Antes que ver maldad tan cometida!
Y si te sirves de vengarte de ella,
Con esta punta de mi propia daga
Toma venganza de tu mano en ella.
Y si de darme muerte no se paga
Tu beldad de piedad, haz una cosa
Que á tu honor y mi honra satisfaga:
Concédeme la mano por esposa;
Que de ser para siempre esposo tuyo
Te doy mi indigna mano y venturosa.

ALHAMA.

Ya mi perdido aliento restituyo,
Y esa palabra con tu mano aceto,
Que al fin vuelve lo ajeno á dueño suyo.

TARFE.

Eternamente, esposa, te prometo
De serte firme y fiel, por lo que gano:
Levanta, que á tu gusto me sujeto.

ALHAMA.

¡Ay, dulce levantar; ay, dulce mano,
Que así levanta un bajo pensamiento!

TARFE.

Vengado me veo ya del Rey mi hermano,
Que aunque es tan principal mi casamiento,
Le ha de pesar por fuerza, porque ha sido
Sin su gusto y Real consentimiento;
Mas como quiera que haya sucedido
Por orden y discurso de los hados,
No puede ser su acuerdo resistido.
Vamos donde seamos desposados,
Y os curad de la herida vuestra (1),
Dando fin á sucesos desdichados
Y buen principio á la fortuna diestra.

(1) Este verso es corto.

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey moro, Tarfe y el alcaide Gualcano.

REY.

Ha sido para mí tanto contento,
Tarfe, que tienes ya nombre de hermano
Con este venturoso casamiento.
Mahoma, de su trono soberano,
Dará suceso próspero á tus cosas
Con pecho pïadoso y larga mano;
Y á tus fuerzas hazañas tan famosas,
Victorias y trofeos, que en el mundo
Se puedan celebrar por venturosas.

TARFE.

Invicto Rey, tu brazo sin segundo
Á mi flaqueza pone esfuerzo tanto,
Que no me espanta el hórrido profundo.
Como de un largo sueño me levanto,
Y mi locura y juventud condeno
Y de mi mucha libertad me espanto.
Tu hermano será tan justo y bueno,
Que ya de hoy más las venideras obras
Mi pecho dejan de ofenderte ajeno.

REY.

Con sola esa humildad mi gracia cobras,
Y quedas tan de veras admitido,
Que la pérdida ganas y recobras.

Entra Juan Renegado.

JUAN.

¡Oh caso nunca visto ó sucedido,
Desdicha del estado granadino,
Tan sin razón del bárbaro oprimido!
Todas las veces que mi pecho inclino,
Aunque de mi pecado se corrige,
Con esta nueva pena desatino.

REY.

¿Qué nueva pena, Juan, tu pecho aflige?
Alcaide, dame cuenta de tus quejas.

JUAN.

¡Oh Rey, que el cetro de Granada rige,
Á cuánta desventura te aparejas,
Pues ya tu reino, tu corona y mando,
Entre las manos de la muerte dejas!
Sabrás que el rey cristiano don Fernando,
Viene con gran furor contra Granada,
Eterna destrucción amenazando,
Y en tu anchurosa vega desdichada
Ha hecho una ciudad gallarda y bella,
De grueso muro y torres adornada;
Tiene asentadas en el hilo dellas,
De seda y oro tan gallardas tiendas,
Que todo el cristianismo ha junto dellas.
Suelta, perdido Rey, suelta las riendas
Al llanto amargo ó las airadas manos,
Y adonde te repares y defiendas;
Que el atrevido Rey de los hispanos
Ha juntado en la empresa valerosa
Los leones fierísimos cristianos.
Viene en su campo, Rey, la más famosa
Gente que tiene la invencible España,
De gloria y nombre eterno deseosa;
Y el fiero Rey, con la sangrienta saña,
En aqueste propósito tan firme,
Que ya sus filos en tu sangre baña.

REY.

Qué, ¿no te cansas ya de perseguirme,
Mahoma injusto, que posible sea
Que vengues tu furor en destruirme,
Que porque clara tu injusticia vea,
Con este azote acabes mi pujanza,
Que sólo acrecentar tu ley desea?
Reniego de la falsa confianza
Que tuve en tu valor, pues en mi daño
Has hecho en mi valor tan gran mudanza;
Mas ¡ay, fingido Dios, que en balde baño
En lágrimas aquel robusto pecho,
Que más se muestra en el peligro extraño!
Alcaides, procuremos el provecho;
Dad un pregón Real dentro en Granada,
Publíquese su mal por largo trecho,
Hágase alarde de mi gente armada,
Repárense los fosos y los muros,
La gruesa cerca esté fortificada,
Salgan las armas y los petos duros,
Á quien la blanda paz puso en la tierra,
Que no es ya tiempo de vivir seguros;
Los instrumentos que en su centro encierra
Salgan acicalados y lucidos,
Suenen los añafiles sangre y guerra,
Vengan con vuestros pechos atrevidos
Los hierros y pendones de las lanzas,
De la cristiana sangre guarnecidos;
Cóbrense las perdidas esperanzas;
Que nunca rey temió, ni menos temo,
De la fortuna encuentros y mudanzas.

TARFE.

Ese valor te basta, Rey supremo,
Para que por el mar del valor tuyo
Sigamos los demás á vela y remo;
Y porque en ira ardiente me destruyo,
Que en esta empresa tal mi pecho cobra,
Las obras doy para testigo suyo.

GUALCANO.

Vamos donde se ponga por la obra
Lo que conviene al daño repentino,
Mientras el tiempo y el lugar nos sobra.

REY.

Ardiendo voy en loco desatino.

Vanse.

Descúbrese un lienzo, y hase de ver en el vestuario una ciudad con sus torres llenas de velas y luminarias, con música de trompetas y campanas.

Salen Garcilaso, Galindo y Portocarrero.

PORTOCARRERO.

Guerreros, nuestra ciudad
Es de valor tan profundo,
Que no se ha visto en el mundo
Otra de mayor beldad.
Digna de ser celebrada
Por toda España mereces;
Santa Fe, ¡cuán bien pareces,
En la vega de Granada!

GALINDO.

¡Cuán alta belleza alcanza!
Y es de tanta perfección,
Que muestra en ella el león
La fuerza de su pujanza.
¡Cómo alegre y adornada
Á nuestra vista te ofreces!
Santa Fe, ¡cuán bien pareces
En la vega de Granada!

PORTOCARRERO.

Galindo, señor de Palma,
Y vos, mi buen Garcilaso,
Entended que á cada paso
Se me regocija el alma.
¡Oh ciudad fortificada,
Que en nueva esperanza creces!
Santa Fe, ¡qué bien pareces
En la vega de Granada!
¿Qué más gloria y bien querer,
Qué contento y alegría,
Que haber hecho en sólo un día
Lo que nadie pudo hacer!
Publiqué el cristiano bando,
Que donde imposible fué,
Cercada está Santa Fe
De mucho lienzo encerado (1).

GALINDO.

¡Qué alegre y vistosa risa
Es el ver contra el pagano
Tanto bizarro cristiano,
Tanto pendón y divisa;
Ver tanto caballo atado,
Quebrando frenos y riendas,
Asentadas ricas tiendas
De sedas, oro y brocado!

GARCILASO.

Con la pujanza que vino
La fuerte Roma en Cartago,
Promete el león divino
Destrucción y eterno estrago
En el muro granadino.
Nadie en tu seno encerrado,
Fortísima España, escondes,
Pues con brazo tan osado,
De muchos duques y condes
Todo el campo está adornado.

Vanse los dos y queda Garcilaso solo.

(1) Falta la rima.

GARCILASO.

Agora es bien, que á solas he quedado,
Pensar la noche obscura en que ha vivido
Mi tierna edad y mi florido estado
En el silencio del eterno olvido.
Ya es tiempo, corazón, que el brazo osado,
Entre mis verdes años escondido,
Emprenda, pues llegó al estado de hombre,
Empresas de mortal fama y renombre.
¿Posible es que ha de estar llegado el tiempo
En que podría eternizar mi fama,
Y que esté en regocijo y pasatiempo
En el descanso de la blanda cama?
Y pues que me concede esfuerzo el tiempo,
Y el furor de mis venas se derrama,
Es menester que viva en mi memoria
La sed ardiente de renombre y gloria.
Los pechos de los héroes valerosos
Que en mi tiempo y estado precedieron,
Los ánimos y pechos generosos
Que eternizarse al mundo merecieron;
Las armas, las divisas, los famosos
Renombres claros que á su estirpe dieron,
Incitan esta mano descuidada,
Pues sabe gobernar lanza y espada.
Los antiguos romanos, levantados
En carro y triunfo por la excelsa Italia,
Ceñidos de laurel porque esforzados
Sujetaron á Grecia y á Vandalia,
Y otros del alta fama señalados,
Que sujetaron á Alemania y Galia,
Las muestras dieron en su edad más tierna
De aquel nombre inmortal y gloria eterna.
En mi tiempo también miro y contemplo
La de Rodrigo, cuya valentía
Puede servirme de presente ejemplo,
Pues tantos reyes de mi edad vencía.
¡Oh fuerte amparo y valeroso templo
De fortaleza, esfuerzo y gallardía,
Levanta en tu memoria y firmamento
Las alas de mi humilde pensamiento!
En esta empresa pienso señalarme
Cuando se otrezca buena coyuntura;
Que el brazo y el saber aventurarme,
La fe de ser cristiano me asegura.
Sobre esta verde hierba quiero echarme,
Pues agrada á la vista su frescura;
Que el trabajo pasado de lo hecho,
Hace que al sueño rinda el laso pecho

Échase á dormir, y sale la Fama por encima del muro tocando una trompeta.

FAMA.

Dormido joven, que en el alma velas,
Ya es llegado el estado venturoso
Por cuya fama y gloria te desvelas;
Ya, ilustre mozo, el pecho valeroso
Levanta, dando á todo el mundo espanto
Tu buen deseo noble y generoso;
Ya me apercibo para el dulce canto;
Ya suena en el Oriente y el Ocaso

La gran hazaña que te ensalza tanto;
Ya el nombre del heroico Garcilaso
Vuela del español al africano,
Y por el Asia toda extiende el paso;
Ya pones al ejército cristiano
Ánimo y corazón, divino Marte,
Con esa tierna y valerosa mano;
Ya de la fe de Cristo el estandarte
Levantas con prudente valentía;
Ya suena tu valor en cualquier parte;
Ya de la Virgen celestial María,
Por ensalzar su gloria y santo nombre,
Se te apareja el premio en este día.
Goza, mancebo ilustre, del renombre.
¡Oh, qué virtud de gozos tan extraños
Te ofrece, porque el bárbaro se asombre!
El fruto coge de tus verdes años,
Sujeta del alarbe la insolencia,
Recibe gloria de sus tristes daños.
Da, joven, á tu clara descendencia
Las armas que te ofrece tu vitoria,
Dignas de todo honor y reverencia,
Y á la dichosa herida da la gloria
Que merece tal madre por tal hijo,
Pues eterniza el siglo de memoria.
Levanta ya al alarbe que está fijo,
En su locura y atrevido caso,
Dale con honra tuya fin prolijo.
Levanta, ilustre mozo, alarga el paso,
Que ya el real de don Fernando aprieta.
¡Al arma, al arma, ilustre Garcilaso!
Recuerda, pues, al són de mi trompeta (1).

Vase la Fama tañendo la trompeta, y despierta Garcilaso al ruido.

GARCILASO.

Ó estoy soñando, ó en el real cristiano
Al arma tocan. ¿Qué descuido es éste?
Aparejaos de presto, espada y mano,
Y el pecho y corazón su esfuerzo preste.
¡Oh! Aguarde el fiero bárbaro inhumano
Que Santa Fe, con su española hueste,
Puede vencer, y el mundo irá ganando
El poder del Católico Fernando.

Vase Garcilaso con la espada desnuda en la mano, y entran Tarfe y Juan Renegado.

JUAN.

Si de tu esfuerzo y valor
Menos noticia tuviera,
Tarfe, no te consintiera
Ejecutar tu furor;
Mas porque estoy satisfecho
De tu brazo y fuerte mano,
Digo que al real cristiano
Baje aquese honroso pecho.

TARFE.

Teniendo casi en Granada
El enemigo león,
No me sufre el corazón
Dejar de probar la espada.
Bien sabes tú quién yo soy
Y de mi pujanza el modo,
Y que tiembla el mundo todo
Por dondequiera que voy.
Al fin, con mi brazo fiero,
La empresa en el alma estampo,
Y pienso retar el campo
Desde el primero al postrero.
Y fío en la luna y sol
Y en el profeta Mahoma,
Y en este brazo que doma
El cuello al fiero español,
Eternizar mi memoria
Haciendo tan fuerte presa,
Que goce en aquesta impresa
El lauro, triunfo y victoria.

JUAN.

Príncipe, si al campo todo
Quieres hacer una afrenta
Que della se corra y sienta,
Daréte de presto el modo.

TARFE.

Digo que sólo es mi intento
Deshacer este cristiano
Con la lengua y con la mano
Para mayor detrimento.

JUAN.

Pues sabrás que éstos imploran
Una poderosa infanta
Que dicen que es madre santa
De aqueste su Dios que adoran;
Y rezando cada día
Con devota contrición
Una devota oración
Que llaman Avemaría;
Ésta, como buen vasallo,
Te daré, pues que te atreves,
Que por menosprecio lleves
En la cola del caballo.
Sal del muro granadino
Al real de Santa Fe;
Que yo te la escribiré
En un blanco pergamino.
Será tanto el menosprecio
Que al real con ella harás,
Tarfe, que no alcanzarás
Con la lanza mayor precio.

TARFE.

No pudiera de tu mano,
Juan generoso, otra cosa
Venirme más provechosa
Para ofensa del cristiano.
Las armas, lanza y caballo
Ya yo las tengo muy buenas,
Y aquesa letra que ordenas
Es para menospreciallo.
Vete al momento á tu casa
Y ese letrero me escribe;

(1) Falta un verso.

Que el corazón que en mí vive,
De rabia mi pecho abrasa.

JUAN.

Harélo por agradarte
Y animarte como espero,
Y entienda el cristiano fiero
Que eres granadino Marte.

Vase.

TARFE.

Si este esfuerzo se derrama,
Á pesar de la fortuna,
Sobre el cuerno de la luna
Entronizaré mi fama.
Una vez puestos los ojos
En la honra atrás ganada,
No he de volver á Granada
Sin los cristianos despojos.
Aunque me muestre fierezas
Aquesta vez el león,
Yo guarneceré el arzón
De seis cristianas cabezas.

Sale Alhama.

ALHAMA.

¿Es posible, Tarfe mío,
Que desposado de ayer,
Salgas hoy al campo á hacer
El cristiano desafío?
Bien se muestra en vos la fe
Y palabra prometida.

TARFE.

Dulce esposa de mi vida,
Á quien el alma entregué,
Sabe el cielo si quisiera
Hacer aquesta jornada,
Si en la ciudad de Granada
Otro mi segundo hubiera.
Yo no lo puedo excusar;
Que en lo que toca al honor,
Cualquier negocio de amor
Se ha de perder y dejar.
Confiad, mi dulce Alhama,
Deste brazo y fuerte espada,
Que en la presente jornada
Ganaré victoria y fama.
Y cuando permita Dios
Queden mis fuerzas perdidas,
Bastará á darme mil vidas
El acordarme de vos.
Pero bien podéis tener
Segura la gloria y palma;
Que quien os lleva en el alma,
Á nadie puede temer.

ALHAMA.

Pluguiera á Dios, dulce esposo,
Que antes de ser tu esposa,
Cortara muerte envidiosa
El hilo de mi reposo.
¿Cómo es posible que pueda
Vivir tu cautiva ausente?

TARFE.

Siempre vivirá presente
El alma, que con vos queda.
Enjugad el rostro hermoso,
Mi gloria, y las blancas perlas,
Porque el alma, en sólo verlas,
Desmaya y pierde el reposo.
Si piensas que he de dejarte,
Plega á Dios que tu cautivo
De ti no se aparte vivo,
Si el partirme ha de ser parte.

ALHAMA.

Y ¿no temerá esta triste
Su daño y tu vida incierta?

TARFE.

No, que la esperanza cierta
Á la fortuna resiste.
Juntos quedamos los dos;
Que aunque me parto, mi vida,
No es bastante la partida
Para apartarme de vos.

ALHAMA.

Qué, ¿al fin os pensáis partir?

TARFE.

Por fuerza habré de partirme,
Y en partiendo, apercibirme,
Señora, para morir.

ALHAMA.

Aunque el alma va con vos,
Del cuerpo que queda aquí,
Antes que os partáis de mí,
La vida me aparte Dios.
¿Quién de mis ojos te aparta?
¿Quién te me lleva, señor?

TARFE.

Aunque me detiene amor,
Mándame el honor que parta;
Mas aunque me lleva á parte
Donde goce el galardón,
¡Pártase mi corazón
Antes que de vos me aparte!

ALHAMA.

¿Cómo tengo de sufrir
De ausencia sólo un momento?

TARFE.

Considerando el contento,
Mi bien, de verme venir.

ALHAMA.

¿Cuándo vendrás?

TARFE.

Cuando hubiera
Vencido.

ALHAMA.

Ya me has vencido,
Porque te vas.

TARFE.

El vencido,
Ninguna vitoria espera.

ALHAMA.

Di, pues, ¿estáslo?

TARFE.

Sí estoy.

ALHAMA.

¿De quién?

TARFE.

De aquesa beldad.

ALHAMA.

¿Fué fuerza?

TARFE.

Fué voluntad,
Que con el alma te doy.

ALHAMA.

¿Al fin me dejas?

TARFE.

No dejo.

ALHAMA.

Pues ¿no te vas?

TARFE.

Como puedo;
Que más en tus ojos quedo,
Cuanto más dellos me alejo.

ALHAMA.

¿Dónde me llevas?

TARFE.

Metida
Con el alma en su lugar.

ALHAMA.

¿Cuándo me piensas dejar?

TARFE.

Cuando dejare la vida.
Mas mira que se hace tarde
Y tengo mucho que hacer.

ALHAMA.

Mahoma, con su poder,
Aquesa mi vida guarde.

TARFE.

No se eclipse el sol hermoso;
Que me das dos mil enojos.

ALHAMA.

No se enjugarán mis ojos
Hasta verte victorioso.

JORNADA CUARTA.

Entran el rey D. Fernando, Galindo, Portocarrero y Garcilaso.

REY.

Nobles guerreros, fuertes españoles,
Honor y gloria de la fuerte España,
Defensa de la fe, cristianos soles,
Cuya virtud y fortaleza extraña
. . . . . (1)
De tan divina y valerosa hazaña,
Levantad por el mundo el estandarte
De aquel divino y poderoso Marte:
Ya habéis sabido el principal intento
Que al necesario punto me ha traído,
La honrosa empresa y claro fundamento
En tan heroicos hechos admitido,
Y que llevando el celestial cimiento.
De vuestra fe cristiana recibido,
En vuestros corazones no habrá cosa
Á nuestra libertad dificultosa.
Agora es tiempo que el esfuerzo vuestro
Al cielo en el efecto se levante,
Y que ese brazo valeroso y diestro
En tan honrosa empresa se adelante,
Porque la gloria del esfuerzo nuestro,
La fama en alta voz divulgue y cante,
Y que se dé á tan célebre victoria
Por largos siglos célebre memoria.

PORTOCARRERO.

Invictísimo César don Fernando,
Fuerte pilar de la cristiana Iglesia,
Defensa de la fe, Marte católico;
Tu virtud, discreción y fortaleza
Enciende tanto nuestro pecho y ánimos,
Que en ello estriba la esperanza nuestra,
Después de la que tiene á cargo el cielo:
Todos sujetos á su fuerte mano,
Tu justo mandamiento obedecemos,
Por lo que á nuestra fe, y á ser vasallos
De grandeza tan alta, nos importa.

REY.

Todo se entiende bien, Portocarrero;
Y es hasta gloria y de dichoso príncipe
Tener vasallos tan ilustres héroes;
Que cada cual lo puede ser de España,
Y no de sola España, mas del mundo.
Cuando me paro á contemplar la estima
De vuestros valerosos corazones,
Al cielo rindo las debidas gracias;
Y reparando en vuestra gallardía,
No estimo la ventura de Alejandro
Ni los feroces brazos de su ejército;
Pero tened. ¿Qué novedad es ésta?

GALINDO.

Un moro que en su talle y garbo muestra
Ser de alto talle, arremetiendo viene,
Y sospecho que viene á pedir campo.

Sale Tarfe al desafío, con lanza larga y bandera y adarga, por el tablado.

TARFE.

Bando cristiano, ajuntado
Para vuestro intento fiero,
¿Cuál será aquel caballero
En armas aventajado,
Pues de vuestro sitio estampo
La planta en vuestra deshonra,
Que por ensalzar su honra
Se salga conmigo al campo?

(1) Falta un verso.

Y pues del alto teatro
Os ayuda vuestro Dios,
Salga uno, salgan dos,
Salgan tres ó salgan cuatro.
Probad mi pecho acerado;
Salga todo el campo entero,
Ó salga Portocarrero,
Comendador afamado.
Muéstrese el pecho esforzado
Como en el reto de lindo,
Ó salga ese buen Galindo,
Señor de Palma nombrado.
¿Qué estáis suspensos mirando?
Vengad los fieros denuestos;
Y si no hay ninguno déstos,
Salga el propio rey Fernando.
Supla el rey por el vasallo,
Muestre su esfuerzo y poder;
Que yo le haré entender,
Si quisiere aquí proballo.
Con aqueste brazo osado,
Que para vengarse sale,
Lo que mi persona vale,
Y que soy intitulado
Aquel león desatado,
Hijo del rey Alitarfe,
El valiente moro Tarfe,
En la guerra señalado.
Es lo menos de mi estado
Ser en aqueste distrito
Hermano del Rey Chiquito,
De Granada tan nombrado.
Salid luego á demandallo
Á mi poderosa diestra,
Que por más deshonra vuestra
Traigo en cola del caballo,
Porque sólo he procurado
Vuestra deshonra infinita,
Con cinco letras escrita
En un pergamino atado,
Para volver más ufano
Al cabo de mi porfía,
Vuestra fe y Avemaría
Que reza cualquier cristiano.
Salga el español gallardo,
Que buena ocasión tenéis;
Y si no me lo creéis,
Aquí en el campo os aguardo.

Vase.

Híncase de rodillas Portocarrero.

PORTOCARRERO.

Poderosa Majestad,
Aquesta licencia pido.

GALINDO.

Rey escelso, esclarecido,
Yo aguardo tu voluntad.

GARCILASO.

Pido á tu Real Alteza
Licencia se me conceda
Para que mi brazo pueda
Hacer fuerza en su fiereza;
Y no me sea negado,
Aunque guardo mi decoro,
Que combata con el moro
Que se mostró tan osado;
Y pueda yo dar indicio
De lo que adelante haré
En defensa de la fe
Y en vuestro Real servicio;
Que yo espero, confiado
En Dios, victorioso gozo.

REY.

Garcilaso, sois muy mozo,
Y en las armas poco usado;
Baste aquese pecho sano;
Pero combate tan fiero
Dejalde á Portocarrero,
Belicoso castellano;
Ó si no, con pecho osado
Podrá ganar esta palma
Galindo, señor de Palma,
En la guerra ejercitado.

GARCILASO.

¡Oh respuesta! ¡Oh brazo mío!
¡Oh mancebo desdichado!

Vase.

GALINDO.

Bien Garcilaso ha mostrado
La sangre y el nuevo brío.

REY.

Guerreros, á recoger,
No nos resulte desorden;
Y dese luego la orden
Con el mejor parecer.
Refrenad la fuerte espada;
Que yo sé bien á quién cabe
Hacer que Tarfe se alabe
De la arrogancia pasada.

Vanse todos y sale Garcilaso.

GARCILASO.

¡Que sea posible, Rey, crueldad tan grande!
¡Que me niegues licencia tan debida
Á aqueste brazo y á mi buen deseo!
¡En ira se consume el triste pecho,
Viendo que menosprecie un vil pagano
Lo que estimó la Trinidad eterna!
¡Oh Virgen sacra, esclarecida Reina!
¿Cómo consiente vuestra sacra mano
Una maldad que pone espanto al mundo?
¡No puedo ya sufrir tan varios golpes
Como me da en el alma aquesta afrenta!
Voluntad de mi Rey, dejadme libre;
Que en la de Dios estriba mi esperanza.
¡Hola, criados, gente que me sirve,
Sacad de presto mis lucidas armas;
Armad del vivo acero el cuerpo mío,

Que el corazón, de amor de Dios armado,
Al pagano promete dura muerte!

Salen dos criados con las armas.

Pon esa gola en mi dichoso cuello,
Porque enderece al cielo mi deseo,
Y en él contemple el premio que me aguarda
Si muero por defensa de la Virgen.
Aprieta el peto, porque encubra y guarde
El noble corazón, que me endereza
Á aquella empresa honrosa que tomaran
Mil ángeles y el dulce secretario
De la embajada del Eterno Padre,
Si dél les fuera dado y concedido.
Pon sobre mi cabeza la celada,
Señal de la corona de victoria
Que ya me espera si muriendo vivo.
Dame ese escudo de la fe cristiana,
Con cuyo amparo pienso defenderme
De la soberbia é hinchazón del bárbaro.
Muestra esa lanza de mi buen deseo,
Por quien espero la victoria y lauro;
Y mientras hago mi oración al cielo,
Con el mayor secreto que ser pueda
Aparejadme mi alazán caballo.

CRIADO.

Cumpliremos tu justo mandamiento.

Vanse los criados, y dice Garcilaso hincado de rodillas:

GARCILASO.

Padre del cielo, á cuya diestra y gloria
Está sentado el Hijo omnipotente,
Y espíritu divino refulgente,
Inmenso, trino y uno, en mi memoria;
Virgen, de quien de regalada historia
Tus loores canta el cielo dulcemente,
Por cuyo dulce sí la humana gente
Gozó del enemigo tal victoria;
Ángel Gabriel, que fuiste mensajero
Para tan dulces nuevas escogido»,
Diciendo alegremente: «Avemaría;
Dadme victoria del alarbe fiero,
Pues con deseo y ánimo debido
En vuestras manos pongo el alma mía.

Levántase y dice:

Ya es tiempo de salir á la batalla,
Que el arrogante moro aguarda y piensa
Volver con los despojos á Granada;
Ya estará mi caballo apercibido:
Quiero por esta parte más secreta
Salir al campo sin que el Rey lo vea.
¡Ánimo, corazón, que agora es tiempo;
Vaya en mi guía el ángel de mi guarda!

Vase.

Sale la Fama por encima del muro tañendo una trompeta, y dice:

FAMA.

Ya llega á ejecución mi buen deseo;
Ya, puestos en el largo campo armados,
Al cristiano y al fiero alarbe veo;
Ya se encuentran los pechos acerados;
Ya la lanza del joven Garcilaso,
Rompiendo pasa al moro los costados;
Ya se apea; ya va con diestro paso;
Ya le corta del cuello la cabeza;
Ya España mira el venturoso caso;
Ya feneció del moro la braveza;
Ya de la sangre bárbara matiza
El suelo la cristiana fortaleza;
Ya el bando infernal se atemoriza
De ver tan tierno mozo amenazallo
Y que por tal hazaña se eterniza;
Ya quita de la cola del caballo
El pergamino y letras que traía,
No acabando de leello y abrazallo;
Ya viene con esfuerzo y gallardía;
Y ansí, conviene que mi voz publique
Por todo el mundo el hecho de valía;
Bien es que le divulgue y multiplique.
Yo parto á Asia y á África volando,
Porque el debido lauro y premio aplique;
Después, el mundo todo atravesando,
Irá mi voz parlera y dulce trompa
Aquesta hazaña honrosa publicando,
Sin que el ligero tiempo la interrompa.

Vase.

Sale Garcilaso con la cabeza del moro y el pergamino al cuello.

GARCILASO.

Gracias te doy inmensas,
Divino Rey del cielo,
Pues que con larga y abundosa mano
Tan alto bien dispensas
Al abatido suelo
De aquese pecho eterno soberano.
Ejército cristiano,
Con agradable canto
Dad gracias al que pudo
Ser acerado escudo
Contra el señor del reino del espanto.
Dando victoria y palma
Á quien le rinde corazón y alma.
¡Oh letras! ¡Oh señales
Principio de mi gloria,
Dulce palabra tierna y regalada!
¡Oh letras celestiales,
De quien tan dulce historia
Quedó en el mundo escrita y celebrada!
Si la descomulgada
Mano del fiero moro,
Vuestro valor divino
Puso en lugar indino,

Menospreciando el celestial tesoro,
Yo os pongo y os señalo
Dentro del alma, por mayor regalo.
Ángel divino y santo,
De nuestra dulce boca
Vertiendo perlas en el claro día,
Que al mundo ensalza tanto
Y al enemigo apoca,
Tan tiernamente dijo: «Avemaría.»
La bárbara porfía
Del injusto pagano,
Porque la huella y pisa,
Siendo clara divisa
De cualquiera católico cristiano.
Mas ya, Señor, bendigo
Vuestra justicia, que le dió castigo.
Ya llego donde está el Rey,
Que ya sale á recibirme.

Sale el Rey con los demás caballeros, é hincase de rodillas Garcilaso.

Fuerte amparo, escudo firme
De la católica ley,
Á vuestros pies me presento
Y á vuestra grandeza pido
Perdón de no haber cumplido
Vuestro Real mandamiento.

REY.

Levanta, ilustre mancebo,
Honor y gloria del mundo;
Levanta, David segundo,
David valeroso y nuevo;
Que este nombre en toda España
Y en todo el orbe mereces,
Pues que tanto le pareces
En la edad y en el hazaña;
Que si él venció con su mano
Al gigante filisteo,
También gozas tú el trofeo
De semejante tirano.
Y pues por tan alto modo
De aquesa divisa te armas,
Esas han de ser tus armas
Y de tu linaje todo.
Goza del lauro ganado
Y armas que traes al pecho,
Pues éste es el primer hecho
En que tu brazo has mostrado.
Y pues en aquesta vega
Tan alta hazaña hecho has,
Desde hoy más te llamarás
Garcilaso de la Vega.

GARCILASO.

Por esa grandeza valgo
Hoy un supremo interés:
Déme tu Alteza los pies.

REY.

Levanta, mancebo hidalgo,
Y publíquese este caso
Por heroico y sin segundo;
Suene por el largo mundo
El nombre de Garcilaso.
Hágase por tal victoria,
Fiesta en todo nuestro real,
Dando con suceso tal
Dulce fin á nuestra historia.

FINIS

EL CERCO DE SANTA FE

LA FAMOSA COMEDIA

DE

EL CERCO DE SANTA FE

É ILUSTRE HAZAÑA

DE GARCILASO DE LA VEGA

LOS QUE HABLAN EN ELLA

El rey D. Fernando.
La reina D.ª Isabel.
Doña Ana. } *Damas.*
Doña Juana. }
El Gran Capitán.
Hernando del Pulgar.
Martín Fernández.
Conde de Cabra.
Garcilaso de la Vega.
Tres soldados.
Un portugués.
Algunos moros.
Tarfe. } *Moros.*
Celimo. }
Alifa, *mora.*
Dos ó tres moros.
Y moros músicos.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Conde de Cabra y el Gran Capitán, y D. Martin Fernández.

CONDE.

Santa ciudad, que el santo nombre toma
De nuestra santa fe tu intento santo,
Y ya de un Rey que el mundo oprime y doma,
De Europa claro honor, de África espanto;
Opuesta al gran cultor del vil Mahoma,
Que la sangre española infama tanto,
Pues ya de orgullo su arrogancia privas,
Aunque le pese al tiempo, inmortal vivas.

CAPITÁN.

Si aqueste antiguo nombre de Colonia,
Ciudad ilustre, el tiempo no permite
Que traiga origen de la gente Ausonia,
Y que el honor romano solicite;
Y puesto que se precie Babilonia
De los muros del Lago de Alfaquite (1),
Y tú con cera y lienzo los recibas,
Aunque le pese al tiempo, inmortal vivas.

MARTÍN.

Sin que tengas de Troya inciertas calles,
Ni de Atenas heroica escuelas ciertas,
Ni, como Roma, montes tengas, valles,
Ni, cual Venecia, tengas casas, puertas;
Sin que oro en ti, como en las Indias, halles,
Ni, como Tebas, te honren sus cien puertas,
Cual Milán armas, cual Sevilla olivas,
Aunque le pese al tiempo, inmortal vivas.

CONDE.

¡Oh famoso don Gonzalo!

---

(1) Así en la edición de Valencia, 1605. En la de Milán, 1619:

De los muros de Lago, de Alfaquite

CAPITÁN.
¡Oh Conde de Cabra ilustre,
Que al mejor del mundo igualo!
CONDE.
En vos el valor ilustre,
Á vuestras obras señalo.
MARTÍN.
¡Oh caballeros famosos,
Á quien los siglos dichosos
Del Cid santo ponen fin!
CAPITÁN.
¡Oh valiente don Martín,
Que hacéis los nuestros gloriosos!
¿Qué os parece la ciudad?
MARTÍN.
Digna del nombre que tiene,
Por quien le da calidad.
CONDE.
Todo el cielo en sí contiene
Su pequeña cantidad;
Que la fe lo abarca todo.
CAPITÁN.
Pues Santa Fe, de este modo,
Contiene la tierra y cielo.
CONDE.
Así lo declara el celo
De nuestro invencible godo.
Este nombre, y la esperanza,
Gran Capitán, que en vos tiene,
Nos da justa confianza
Que entre nosotros no viene
Tal valor, espada y lanza.
Y quiero en vuestra presencia,
Señor, si me dais licencia,
Decir cómo se alojaron
Los que á la empresa llegaron.
CAPITÁN.
Ya os escucho.
CONDE.
Dadme audiencia.
Cercada está Santa Fe
De mucho lienzo encerado,
Y alrededor muchas tiendas
De terciopelo y damasco.
En la más alta de todas,
De brocado de tres altos,
De atadas flechas y yugos
Y de coyundas bordados,
Se alojan los nobles Reyes
Doña Isabel y Fernando,
Y luego la demás gente
Por varias tiendas del campo.
Aquella cruz que está allí,
Con aquel pendón en cuadro,
Es del Cardenal famoso,
Del Pereiro antes llamado.
La otra, más adelante,
Con las trabas á los lados,
Ha sido de un valiente hombre
Por su persona y sus manos.
Éste fué un gran caballero;
Murió en Loja peleando,
Que fué el valiente Girón,
Viejo en valor, mozo en años.
Aquélla de grana es vuestra,
Valeroso don Gonzalo
De Córdova y de Fernández,
Primos, parientes, cuñados.
Así van los apellidos
Mendozas, del Infantado,
Toledos, de Albas de Tormes,
Y de Burgos los Velascos.
De Valladolid la rica,
Mil soberbios castellanos,
Que por ser tantos, no cuento
Sus apellidos, dejando
Á la fama de sus hechos,
También de su nombre el cargo.
No hay señor que aquí no tenga,
Y en la tienda y en el campo,
Cada uno su divisa,
Todas de colores varios,
Verdes, azules, pajizos,
Con leones á los lados,
Con castillos y calderas,
Torres, flor de lises, manos.
Y por estas y otras cosas
Promete el Rey, y ha jurado,
Que ha de comer uno á uno
De ti, Granada, los granos,
Ya le abrase el Julio ardiente,
Ya le hiele el frío Marzo,
Sin desnudar el vestido,
Al hielo y calor templado.
Arde el muro con las luces,
Fuegos, velas, teas, hachas (1),
Campanas y chirimías,
Trompetas, pífanos, canto.
Asómanse á las almenas
De Granada, por mil cabos,
Los asombrados moriscos,
Viejos mancebos, muchachos.
Los viejos temen la muerte,
Los mancebos ser esclavos;
Los muchachos, viendo aquesto,
Van á las madres volando,
Y ellas, viendo el gran estruendo,
No pudiendo remediarlo,
Quisieran abrir sus vientres
Y allá quisieran tornarlos.
¡Ah! Permita el santo cielo
Llegue el día en que veamos
Poner, Granada, en tu Alhambra
La cruz del pendón cristiano.
CAPITÁN.
Por la relación os doy,
Conde, los brazos.
CONDE.
Yo soy
Muy vuestro amigo.

(1) Falta la asonancia.

CAPITÁN.
Seréis
Mi capitán.

Salen la Reina y damas, y Hernando del Pulgar y Garcilaso.

REINA.
Ya tendréis
Casa en que vivir desde hoy.
CONDE.
La Reina y damas.
REINA.
Que al fin
De tanta empresa, el fin
Adonde asistan tendrán.
¡Oh Conde! ¡Oh Gran Capitán!
¡Oh valiente don Martín!
¿Que os parece Santa Fe?
CAPITÁN.
Que aquí la vuestra se ve
Y la del Rey mi señor,
Y se ha de ver el valor
De quien á su lado esté.
Hoy, por ser el primer día,
Os prometo alguna hazaña.
CONDE.
Yo, Reina y señora mía,
Pienso correr la campaña
Desde el alba al mediodía.
MARTÍN.
Y yo pienso acompañallos.
CAPITÁN.
Pues alto. Dennos caballos.
REINA.
Pues yo prometo tres joyas.
PULGAR.
Irán á ganar mil Troyas,
Si así pretendes honrallos.
CAPITÁN.
Danos á todos tus pies.
REINA.
Los brazos os quiero dar.
CONDE.
¡Qué valor!
MARTÍN.
Del cielo es.
CAPITÁN.
Puede el mundo gobernar.
REINA.
Partid, y habladme después.

Vanse los tres.

Poco ha que conocí
De este Martín el valor.
PULGAR.
No poco se muestra aquí,
Deseoso del favor
Que ha merecido de ti.
REINA.
¿Es Fernando?
GARCILASO.
Sí, señora,
Y de Bohorques, que ahora
Á su gran noble apellido
Le da el suyo esclarecido
En cuanto el sol mide y dora.
REINA.
Al que así en aquesta empresa
Va mostrando su valor,
Doy mi favor, porque cesa
La virtud sin el honor,
Y con él vivir confiesa,
Porque es dél, y él de ella es dino;
Y así, á premiallos me inclino.
PULGAR.
¿Quién, señora, como vos?
Que por bien de España, Dios
Dotó de ingenio divino.
REINA.
El muro quisiera ver;
Vamos así paso á paso.
PULGAR.
No os canséis.
REINA.
Iré á placer.

Vanse la Reina y Pulgar, y quédanse las damas y Garcilaso.

ANA.
¿Estáis mejor, Garcilaso?
GARCILASO.
Mejor, señora, que ayer.
ANA.
¿No fué nada aquel dolor?
GARCILASO.
Todo, con vuestro favor,
Se desvanece y destierra.
JUANA.
Parece mucho en la guerra,
Que pueda (1) andar tierno amor.
GARCILASO.
Y tiernos pueden andar.
JUANA.
Los placeres y los gustos
Se pueden, García, mezclar.
GARCILASO.
Sí, que al contento, disgustos
Le suelen acompañar.
ANA.
Bastante disculpa ofrece.
GARCILASO.
Otra hay más, que es amar yo
A quien tan bien lo agradece.
JUANA.
Eso al extremo llegó.
GARCILASO.
Por eso amor me enriquece.
JUANA.
Suplícoos que no os canséis;

(1) *Puede*, en la edición de Milán.

Hágase lo que queréis.

ANA.

Creo, por lo que me abraso,
Que me debe Garcilaso
Todo el favor que le hacéis,
Pues que arrojóme por vos.

JUANA.

¿Estáis celosa de mí?

ANA.

¿Yo celosa?

GARCILASO.

¡Bien, por Dios!
¿No basta que esté yo aquí,
Señoras, entre las dos?

ANA.

Y aun porque estar confeséis
Entre las dos, me ofendéis,
Que en una habéis de estar sólo,
Como está en el cielo Apolo
Y como un alma tenéis.
Una sola, una requiere;
Alma no ha de ser partida,
Porque partida se muere.

GARCILASO.

Vuestra es el alma y la vida,
Una os busca y otra os quiere.
Nunca la satisfacción
En el amor fué discreta;
Pero vos tenéis razón,
Porque un alma tan perfeta
Confirma vuestra opinión.

Salen dos soldados.

SOLDADO 1.°

Tiende ahí.

SOLDADO 2.°

Ya tiendo; jueguen,
Y allá jueguen los Guzmanes
Que quieren que hombre les ruegue;
Crujan allá tafetanes.
¡Plegue á Dios.....

SOLDADO 1.°

Tiende ese pliegue.

SOLDADO 2.°

¿El qué? ¡Juro.....

SOLDADO 1.°

El de la capa.

Salen la Reina y Hernando del Pulgar.

REINA.

¿Juegan éstos?

PULGAR.

¿No lo ves?
Después, quien primero escapa
Son tus espaldas y pies
Á buscar tierra del Papa (1).

REINA.

Y ¿en el suelo juegan?

(1) Parece que estos tres versos no debían estar en boca de Pulgar, sino de uno de los jugadores.

SOLDADO 1.°

Pica.

PULGAR.

Pues dime, ¿qué terciopelo
Más verde á su gusto aplica,
Que esta sobremesa rica
Que labra en el campo el cielo?

SOLDADO 2.°

Más á diez.

SOLDADO 1.°

Reparo y digo,
¡Por el sepulcro sagrado
De San Vicente.....

REINA.

¡Oh enemigo! (1).
¡El sepulcro habéis jurado;
No os iréis vos sin castigo!

SOLDADO 1.°

¡La Reina!

REINA.

Ven acá; di,
¿Sabes quién fué San Vicente
De Ávila?

SOLDADO 1.°

Señora, sí.

REINA.

¿Quién fué?

SOLDADO 1.°

Un mártir excelente,
Que está sepultado allí.
En Castilla es uso agora
Jurarle.

REINA.

Pues que se pierda.
Llama al capitán.

SOLDADO 1.°

Señora.....

REINA.

Dénle dos tratos de cuerda.

PULGAR.

Ya, Reina, sus culpas llora;
Él jura de no jurar.

SOLDADO 1.°

Por Dios, esta cruz y vos,
De no jurar ni jugar.

REINA.

Y ¿ahora no?

SOLDADO 1.°

¡No, por Dios!

PULGAR.

Aqueso es nunca acabar;
Id en buen hora, soldado,
Y mirad cómo juráis.

REINA.

¿El soldado que es honrado
Ha de jurar?

PULGAR.

Qué, ¿no os vais?

(1) Este verso es largo.

SOLDADO 1.°
¡Vive Dios, que no he jurado!
PULGAR.
Acabá ya, si queréis.
SOLDADO 1.°
¡Por Dios, de no jurar digo!
PULGAR.
Muy buen recado tenéis.

Vase.

REINA.
Y qué, ¿no ha de haber castigo
Con que el jurar remediéis?
Y esto del sepulcro santo
Que en Castilla juran tanto,
Tengo de avisar al Rey,
Porque se vede por ley
Para castigo y espanto.

Salen dos soldados con una mujer.

SOLDADO 1.°
¿Ya no se sabe que es mía?
¿Para qué es toldo con yo,
Que no sufro cuartería?
SOLDADO 2.°
¿De oferta garla?
SOLDADO 1.°
Pues ¿no?
Soy yo todo valentía.
SOLDADO 2.°
El gusto de la mujer
Dirá lo que hemos de hacer:
Que escojas no más aguardo.
MUJER.
¿Quién será mi Mandricardo?
SOLDADO 1.°
Yo, digo.
SOLDADO 2.°
Yo lo he de ser.
SOLDADO 1.°
Alto: remítase esto
Á término más honesto.
¡La Reina, que el Real visita!
SOLDADO 2.°
Dame mi bastón, mocita;
Tomad el camino presto.
REINA.
¡Por vida del Rey!
PULGAR.
Señora,
No mires á su bajeza.
REINA.
¡Sacar espadas agora!
¿No fuera más gentileza
Contra esa canalla mora?
PULGAR.
Idos, soldados, de aquí;
Y vos, mujercilla, andad.
Si por el Real va ansí,
Verá Vuestra Majestad
Mil cosas.
REINA.
Á eso salí.
PULGAR.
Vuestra rara discreción,
Que ha dado á nuestra nación
Tanta luz, hoy ha de dar,
Con nuevo arte militar,
Nuevo ejemplo de opinión.

Sale un soldado solo.

SOLDADO.
Con tal desdicha y pobreza,
¿En qué menos podré dar?
GARCILASO.
Mirad que está aquí Su Alteza.
REINA.
¿Dónde vais?
SOLDADO.
Voy á cortar
De un moro cuello y cabeza.
REINA.
¿Solo y sin orden?
SOLDADO.
No tengo
Otra cosa que comer;
¡Mirad si con orden vengo!
Y sé que he de perecer
Si en Santa Fe me entretengo.
Y ¡por Dios, que he peleado
En Loja, Córdoba y Baza,
Y mil heridas me han dado,
De que pudiera hacer plaza
Si paga el Rey aplazado!
REINA.
Creo que pagarte puedo;
Que soy del Rey tesorera.
SOLDADO.
¿Mandarásme matar fuera?
REINA.
Que no haré; estate quedo.
Toma este anillo, y por él
Dirás á tu capitán
Te dé diez pagas.
SOLDADO.
Si en él
Prendas de tu mano están,
Mejor será honrarme de él.
No quiero comer, ni quiero
Otra cosa; mas espero
Pagártelo en diez cabezas
De moros, ó vuelto en piezas,
Morir lidiando el primero.
REINA.
Diez me darás.
SOLDADO.
Diez sin falta.
REINA.
Pues alto: el anillo es tuyo;
Con sangre alarbe lo esmalta.
SOLDADO.
Basta; no dirán que huyo,

Reina valerosa y alta.

PULGAR.

¡Que ansí (1) á los flacos animes!
¡Que ansí sus hechos estimes!

REINA.

Con honra y premio, el más ruin
Viene á ser un paladín.

PULGAR.

Tal valor y alma le imprimes.

REINA.

Éste hará un hecho famoso,
De mi valor ayudado.

Dicen desde adentro:

¡Bizarro moro, furioso!
¡Qué atrevido, qué esforzado,
Qué gentil caballo hermoso!

PULGAR.

Sin duda, aquella algazara
Es que alguno desafía.

REINA.

En lo que han dicho repara.

PULGAR.

Ya lo entiendo, Reina mía,
Y se me ha visto en la cara.
Subíos donde le veáis
Mientras salgo.

REINA.

Voy.

PULGAR.

Si vais,
Seguro está el fin del caso.

REINA.

Vamos, señor Garcilaso;
¿Qué haréis, si agora calláis?

Éntranse todos, y salen Tarfe y Celimo, moros.

CELIMO.

Envaina el alfanje.

TARFE.

Creo
Que no he hecho cosa honrada,
Después que me ciño espada,
Sino la que ves y veo.
Y el brazo y el filo es duro,
Y tiernos los nervios de ella;
Que entiendo que dí con ella
Desa otra parte del muro.

CELIMO.

Él echó buena jornada.

TARFE.

Al que es buen letrado, en suma,
No han de embotalle la pluma
Los aceros de la espada.
Á las manos de un cristiano
De poca edad, me decía,
Celimo, que moriría,
Y dónde estaba esta mano,
Y que sería con celo
Y gana de defender
La más hermosa mujer
Que había ahora en el suelo.
Parecióme disparate
Que agora en el suelo esté
Mujer que ocasión me dé
Para que nadie me mate.
Y ansí, enfadado de vello,
Con ánimo y corazón,
Entre una y otra razón
Seguéle la voz y el cuello.

CELIMO.

Tú has muerto al moro más sabio
Que jamás Granada tuvo.

TARFE.

Si lo fué, ¿cómo no estuvo
Prevenido de su agravio?

CELIMO.

Mañana ensillo mi overo,
Y salgo á correr la vega.

TARFE.

Esta gente loca y ciega,
¿Sabe que soy Tarfe el fiero?
¿Piensa acaso ese su Conde
Que ellos llaman de Tendilla,
Que Alhama, una pobre villa,
Sus riquezas corresponde?
Estaba el Mendoza en ella,
Y derribámosle un muro,
Y él, por estar más seguro
Y que no le echasen de ella,
Hizo pintar lienzos viejos
Con sus puertas y ladrillos,
Y puestos en los portillos,
Los engañó desde lejos;
Y viéndolos alterados
Y que pagalles no pueda,
Hizo de papel moneda
Y dió paga á sus soldados.

CELIMO.

¡Astutos son por extremo!
Guárdete Alá, barbacana,
De estratagema cristiana.

TARFE.

Esto de estos lienzos temo;
Porque nunca estos Ulises
Sin causa mueven un pelo.

CELIMO.

¿Que aún no está seguro el cielo
De que sus plantas no pises?
Alifa viene.

Sale Alifa, mora.

TARFE.

¡Oh Mahoma!
¿De quién vienes triste, ó quién
Puso en el rostro desdén,

(1) *Ansí*, dice constantemente la edición de 1605: *así* la de 1619.

De quien el cielo le toma?
¿Qué es esto, señora mía?

ALIFA.

¿Es bueno que tres cristianos,
Con las lenguas en las manos,
Infamen tu cobardía?
Yo estaba sobre ese muro
Cuando arremeter los vi;
Que aún pienso que no creí
Que estaba en lugar seguro.
«Cabra y Córdoba», feroces
Dijeron los dos primeros;
«Bohorques», dijo el tercero,
Y todos tres á tres voces.
Al fin tanto arremetieron,
Que tres lanzas que tiraron,
Casas y muros pasaron,
Y en Bibarrambla cayeron.

TARFE.

¡Santo Alá! ¿Qué hasta Granada
Llegaron?

ALIFA.

Y lo vi yo.

TARFE.

¿Que lanza en Granada entró?

ALIFA.

¡Plegue Alá no entre su espada!

TARFE.

¡Á pesar del Alcorán!
¿Qué tal agravio consiento?
Mas si los tres fueran ciento,
Hoy ciento y tres morirán.
Yo los conozco y señalo,
Alifa mía, los tres:
El Conde de Cabra es,
Y el capitán don Gonzalo;
Martín Fernández aquel
Que el tercero dió la voz,
Hombre valiente y feroz
Y que me he visto con él.
Hora bien, ¿qué me darás
Por aquellas tres cabezas?

ALIFA.

¿Qué menos que tus proezas
Granada envidió jamás?
Escoge de cuantas prendas
Puede darte un casto amor.

TARFE.

Una cinta de favor,
Porque tenga amor dos vendas.

ALIFA.

Pues toma, Tarfe valiente;
Que si las traes, yo te juro
Que no escriba en mármol duro
La fama el hecho presente,
Sino en el alma, do estampo
Ese invencible favor.

TARFE.

Hoy, de Aquiles el furor
Corre de la vega el campo.
Si todas las tres cabezas
No trujere en el arzón,
Que no obligue á mi pasión (1)
Mis penas ni mis proezas.
Que jamás en baile ó zambra
Salgas á bailar conmigo;
Que me afrente mi enemigo
Á tus ojos, y en la zambra.
Que me mate un vil cristiano
Por una mujer del cielo,
Como lo dijo el mal celo
Del viejo astrólogo Ardano.
Que no tenga sepultura
En Granada, y me la dé
El campo de Santa Fe,
Como el cristiano procura.
Que diga de mí la fama
Que huyendo me dieron muerte,
Y que no merezca verte
Viva el alma que te ama.
¡Hola! Ensillen mi alazán,
No se me vayan por pies:
Aguárdame, cordobés
Que llaman Gran Capitán;
Y tú, Cabra, espera un poco,
Que andas por riscos al fin;
Y no me huyas, Martín,
Que así se castiga un loco.

Vase Tarfe.

CELIMO.

Furioso va: ¿con qué causa
Le has provocado á tal furia?

ALIFA.

Por lo que tu amor me injuria
Y tu deseo me causa;
Que puesto en esta ocasión,
Hoy la muerte le darán
El Conde y el Capitán,
Luz del cristiano pendón.

CELIMO.

Luego ¿tú deseas su muerte?

ALIFA.

Sí, porque deseo tu vida,
De quien es aborrecida
Quien te adora de esta suerte.
¡Ah, Celimo! ¿Qué rigor
Te obliga que así me trates?

CELIMO.

¿Ya tenemos disparates?

ALIFA.

Son hijos de un loco amor.

CELIMO.

En tiempo de guerra y armas,
Cuando Marte nos gobierna,

---

(1) Así en la edición de Valencia, y parece mejor lección que la de

Que no obligues á mi pasión,

que trae, con quebranto del verso, la edición de Milán.

¿Con esa blandura tierna
De mi valor me desarmas?
Cuando está el león Fernando
Con sus hijos siempre invitos,
Dando en esa vega gritos
Y á Granada amenazando;
Cuando asienta su real,
Á pesar de nuestros ojos,
Donde ellos ven sus despojos
Y nosotros nuestro mal;
Cuando en su tienda miramos
Tanto castillo y león,
Con más cruzado pendón
Que una selva tiene ramos;
Y cual si toscos alcorques,
Y no borceguíes, calzara,
Escucho de su algazara
Córdoba, Cabra y Bohorques,
¿Quieres que trate de amor,
Y más con mujer de amigo?

ALIFA.

¿Yo su mujer?

CELIMO.

Mujer digo,
Pues te la tiene mayor.
No permitas que le mate
El cristiano, que no es justo,
Pues que por sólo tu gusto
Se ha calzado el acicate.
Espérale vencedor,
Gozoso de sus proezas,
Y de aquellas tres cabezas
Hará lo que el cazador.
Porque no es justo querer
Que quiera tan animoso,
El moro más valeroso,
La más ingrata mujer.

ALIFA.

Vuelve el rostro.

CELIMO.

¿Qué me quieres?

ALIFA.

Resuélvete.

CELIMO.

Ya lo estoy.

ALIFA.

¡Celimo!

CELIMO.

De mármol soy.

ALIFA.

¿Sabes quién soy?

CELIMO.

Mujer eres.

ALIFA.

¿Qué es mujer?

CELIMO.

Mujer, olvido.

ALIFA.

¿Eso no más?

CELIMO.

Y mudanza.

ALIFA.

Quien nos sigue.....

CELIMO.

Viento alcanza.

ALIFA.

Quien nos ama.....

CELIMO.

Anda perdido.

ALIFA.

¿Tú querrás?

CELIMO.

Bien ando así.

ALIFA.

¿Tan libre?

CELIMO.

Nacílo yo.

ALIFA.

¿Que no me has de querer?

CELIMO.

No.

ALIFA.

¿Y que me aborreces?

CELIMO.

Sí.

ALIFA.

Pues Mahoma te maldiga;
Que dél la venganza espero.

CELIMO.

Mientras á ninguna quiero,
No hay remedio que me obliga.

Vase Alifa, y salen tres ó cuatro moros.

ARDAYN.

Celimo dirá dél. ¡Oh gran Celimo!

CELIMO.

¡Oh valeroso Ardayn, Leocán valiente,
Muzarque fuerte, bélico Cartamo!
¿Á quién buscáis?

ARDAYN.

Á Tarfe, como amparo
Y defensor de nuestra amada patria.

CELIMO.

Pues ¿hay algo de nuevo?

ARDAYN.

¿Qué más quieres
Que el peligro tan grande que se espera
De la soberbia gente castellana
Contra nuestra Granada, pues entienden
Que no falta otra cosa sino darnos
Aquella falsa fe que llaman santa?

CELIMO.

Que sea Tarfe vuestro amparo, es justo;
Pero que así temáis, no me parece,
Porque él está contento y satisfecho
De que se hayan venido á nuestras manos,
Como en redil de cuerda los corderos;
Que esto el lienzo del cerco significa.
Salió agora de aquí por un portillo,
Prometiéndole á Alifa tres cabezas
Que pueden ser del Gedeón de España.

LEOCÁN.

¿Eran, acaso, de aquel fraile fuerte
Que trae la cruz pintada en la capilla,
Ó de aquel caballero Fernán Gómez,
Y de Pedro de Zúñiga la otra?
Porque estos tres yo sé que corren juntos
Y nos dividen nuestra vega y campo.

CELIMO.

No son sino otros tres más valerosos;
Pero desdicha es grande, y gran desdicha,
Que estemos tan cobardes y encogidos,
Que ya no haya cristiano que no clave
Á las puertas el hierro de su lanza.

CARTAMO.

Eso nace de haber sentido miedo
En nuestros corazones, lenguas y ánimo:
Óyense ya las voces de los niños,
El llanto de los viejos y mujeres,
Y así se atreven tanto los cristianos;
Que si caballos, por ventura, hubiera,
Desempedrando las vacías calles,
Por ventura no osaran ver el muro.

MUZARQUE.

Quiéroos dar un consejo para todos,
Porque los viejos, cuando no en las armas,
Aprovechan mejor en los consejos:
Porque entienda Granada que no estamos
Medrosos y encogidos con el cerco,
Salgamos á la plaza en diez cuadrillas,
Y cinco á cinco jugaremos cañas;
Entenderán en esto el gran desprecio
Que hacemos del cristiano rey Fernando,
Pues que hacemos fiesta cuando entienden
Que nosotros tememos su cuchillo.

ARDAYN.

¡Por Alá, que eres sabio é industrioso!
Siempre en la guerra vencen los ardides:
Estése el Rey ocioso allá en su Alhambra;
Que aquí defenderemos á Granada.

CELIMO.

No sé si es buen acuerdo el que seguimos
No estando Tarfe aquí.

ARDAYN.

Que tú eres Tarfe
Y el mundo todo: vamos, gran Celimo.

CELIMO.

Vamos, que sólo vuestro gusto estimo.

Vanse todos, y salen un portugués y dos soldados.

PORTUGUÉS.

Non motejéis, castellanos,
Os portugueses así.

SOLDADO 1.°

Afrentáisnos tanto aquí,
Qne hemos menester las manos.

PORTUGUÉS.

Vos cuidáis que Portugal
Non engendra Viriatos.

SOLDADO 2.°

Siempre hay algunos ingratos
Á su propio natural.

PORTUGUÉS.

Eso non, que es zumberisa;
Que siendo portugués, basta,
Que chega su esforzo fasta
Os ceos que Hércules pisa;
Que nunca rey de cristaos
Chegara á Granada así,
Si él non tuviera allí
Portugueses por hirmaos.

SOLDADO 1.°

Pues ¿qué han hecho en la conquista
De Granada?

PORTUGUÉS.

Feitos tales,
Que á os de Aquiles son iguales;
Mas la ambeja ya está vista.
Non cuidéis que son enganos:
Decir vos los feitos miños,
Que heu he morto más moriños
Que ten días milhos años.
Pero si las cosas ten,
Prueba he valor por fe,
Faced lo que yo faré.

SOLDADO 2.°

¿Qué habéis de hacer?

PORTUGUÉS.

Decís bien.
Ollay, ollay lo que fazo.

Vase.

SOLDADO 1.°

Acercándose va al muro.

SOLDADO 2.°

Está loco.

SOLDADO 1.°

Eso te juro.

SOLDADO 2.°

¡Bravo valor!

SOLDADO 1.°

¡Fuerte brazo!

SOLDADO 2.°

Acercándose va á él.

SOLDADO 1.°

Si salen, no queda vivo.

SOLDADO 2.°

Será á lo menos cautivo,
Si no es el moro cruel.
Á las puertas llega ya:
¡Temerario atrevimiento!

Sale el portugués con un rótulo en la daga.

PORTUGUÉS.

Valeroso pensamento,
Aquí os testigos dexa.
Fica vos rótulo aquí
Para alumbrar mi fazaña.

SOLDADO 1.°

Ello ha sido cosa extraña.

PORTUGUÉS.

Voyme: ninguen ven tras mí.
Agora verá o real
Si ésta es fazaña ó novela:
Inda que pese á Castela,
¡Vítor, vítor, Portugal!

Vase.

SOLDADO 2.°

¡Por Dios, que ha andado atrevido,
Y que es hecho muy honrado!

Sale D. Martin Fernández con otro rótulo en la daga.

MARTÍN.

¿Que el portugués ha llegado
Donde tantos no han podido?
Quiero ver si contradice
Á mi honor en cosa alguna;
Él tiene buena fortuna;
Este rótulo así dice:
«Aquí chegó Basco Figueiro.»
Confieso que ha sido hazaña
Memorable y de renombre;
Pero yo quitaré el nombre,
Que es casi afrentar á España.
Más adelante pondré:
«Aquí Basco no llegó»;
Pero sospecho que yo
Menos bien de esto saldré.
El mundo viene tras mí:
Moros en la vega espero.

Vase.

SOLDADO 1.°

Sobre el rótulo primero
Puso Martín otro allí.
Él es valeroso hidalgo;
Vamos á contarlo.

SOLDADO 2.°

Ven.

Vanse todos, y sale Tarfe lleno el rostro de sangre y la espada en la mano.

TARFE.

No sé si he salido bien,
Aunque con la empresa salgo.
Peleé con diez cristianos
Solo, por el santo Alá:
¡Cerrada la puerta está!
¡Oh, cobardes ciudadanos!
Mas ¿qué es esto que está en ella?
Dagas de cristianos son,
Que han llegado en ocasión
Que Tarfe no estaba en ella.
¡No fuera, Granada, esta
Tu puerta, y llave esta mano!
Ya eres blanco do el cristiano
Tira su armada ballesta.
Mas ¿qué mucho que presumas
Levantarte como espero,
Si son las flechas de acero,
Y son de papel las plumas?
¡Rótulos de desafío
Y de arrogancias cristianas!
Puertas, pues ya sois ventanas,
Mirad vuestro agravio y mío.
Sacaros mi brazo intenta,
Porque dagas enclavadas
Estén á mis pies postradas,
Y el dueño que me hizo afrenta.
¡Ah, Granada, ya te humillas!
Presto pienso que te acabes;
Que cuando barrenan naves,
Debe de ser para hundillas.
¡Ah, qué mal hizo mi mano
En sacar estos aceros;
Que por estos agujeros
Se podrá entrar el cristiano!

Suenan de dentro cascabeles y tambor, y hablan los moros desde dentro.

Pero ¿qué rüido es éste?
Mahoma, ¿cañas no son?

Adentro:

Corre, Celimo, al balcón.

TARFE.

¡Alá su favor me preste!

Adentro:

Á la ventana de Alifa,
Pues que Zaida la acompaña:
¡Por Dios, que dí con la caña
En medio de la alcatifa!

TARFE.

Cañas juegan: ¡estoy loco!
¿Si aquel cristiano más tierno
Me ha muerto, y voy al infierno
Caminando poco á poco?
Pero no, porque á mi cuenta
Este agravio se tomó,
Porque un hombre como yo
No sufriera tal afrenta.

Adentro:

Dame ese overo, Aliatar;
Muestra esa caña, Celín.

TARFE.

Cañas juegan. ¿Á qué fin
Se pueden cañas jugar?

Salen los moros todos.

ARDAYN.

Por aquí á la plaza vamos.

MUZARQUE.

Mejor á Bibataubín.

TARFE.

Canalla loca y rüin,
¿Qué hacéis?

ARDAYN.

Cañas jugamos.

TARFE.

Moros infames, españoles moros,
Que no africanos y de noble casta,
¿Agora cañas y en la plaza toros,
Cuando el cristiano vibra (1) espada y asta?
Agora, cuando muros y tesoros
El rey Fernando y sus contrarios gasta,
¿Á la plaza salís con añafiles,
Llenos de plumas y de tocas viles?
Agora, cuando veis mi cara y barba
Llena de sangre, ¿osáis ceñir la vuestra
De mucha seda, y en espesa parva
Huyendo, obscurecéis la gloria nuestra?
¿Posible es que en el pecho no os escarba
Aquel valor de la invencible diestra
De aquel gallardo Muza, que á Rodrigo
Le dió en los campos de Jerez castigo?
¿Qué locura es aquesta no pensada,
Cobardes, aunque hidalgos ciudadanos?
¿Cómo ha de conservarse esta Granada
Si así le faltan sus mejores granos?
Volved á Santa Fe la asta y la espada,
Atemorizad soberbios los cristianos (2);
Seguidme todos, y decid: ¡Mahoma!

TODOS.

¡Mahoma!

TARFE.

Ése os ayude.

TODOS.

El pendón toma.

JORNADA SEGUNDA.

Empiézase con una batalla, y sale Garcilaso solo.

GARCILASO.

¡Á ellos, Martín famoso,
Española y noble espada,
Que ya conoce Granada
Vuestro pecho valeroso!
¡Á ellos, Conde valiente,
Cárdenas fuerte y Guzmán,
Cuyos hechos vivirán
En el mundo eternamente!
¡Á ellos, fuerte Mendoza
Y valerosos Toledos,
Que ya en sus cobardes miedos
Gloria España y triunfos goza!
¡Nobles Girones, á ellos!
Don Fernando viene aquí.

Entra D. Fernando del Pulgar.

PULGAR.

De mi orden excedí
Por irme cebando en ellos,
Garcilaso.

GARCILASO.

Hernando ilustre,
Por la orden que tenía
Me quedé atrás este día,
De España valor ilustre.

PULGAR.

Por lo mismo vengo yo.

GARCILASO.

¡Que aqueste Tarfe atrevido
Hasta Santa Fe lo ha sido!

PULGAR.

Sin fe á Santa Fe llegó;
Vergüenza es hacer tan poco,
Y que éste se vuelva así.

Habla la Reina desde dentro y sale luego.

REINA.

¿Este fué el orden que os dí?
Deteneos, escuadrón loco.
Si para tener la espada
Mi bando y orden no os fuerza,
Habré de llegar por fuerza
Hasta el muro de Granada.

PULGAR.

Tente, señora; ¿dó vas?

REINA.

Á tener ese escuadrón.

PULGAR.

Sosegad el corazón:
Ya todos vuelven atrás.

REINA.

¿Cómo atrás?

PULGAR.

No digo huyendo,
Sino con honra y victoria;
Que por vuestro honor y gloria,
Isabel vienen diciendo.

Salen todos los cristianos.

TODOS.

¡Isabel, Isabel viva!

REINA.

Y el Rey, mi señor, también.

CAPITÁN.

Todos lo habéis hecho bien;
Vuestro nombre el tiempo escriba.

---

(1) *Vimbra* dice en las antiguas ediciones, pero el verbo *vimbrar* no se consigna en nuestros léxicos.
(2) Á este verso le sobra una silaba.

REINA.

Notable es este caudillo.

PULGAR.

Es Tarfe un moro valiente,
El amparo de su gente,
Y de los nuestros cuchillo;
Pero él va tan bien herido,
Que no volverá tan presto,
Aunque también es en esto
Dichoso como atrevido.

CAPITÁN.

Hoy he sabido de un moro,
Que ayer venía tan fuerte,
Cuando escapó de la muerte
Como de la plaza el toro,
Que á una mora prometió
Tres cabezas de tres hombres;
De los dos callo los nombres,
Pero el tercero soy yo.

REINA.

¡Bizarro prometimiento!
Ufana debe de estar;
Pero no podrá lograr
Su arrogante pensamiento.
¿No sabemos quién han sido
Tan odiosos á esa dama?

CONDE.

Pues no es mengua de su fama,
Que digáis quién son os pido.

CAPITÁN.

Callaba por no obligaros,
Conde; que vos sois el uno.

CONDE.

No fué por valor ninguno.

CAPITÁN.

Yo no pretendo alabaros;
Mas creed que si la fama
No estuviera á vuestros pies,
No fuérades de los tres
Que á Tarfe pide su dama.

CONDE.

Hora bien: Tarfe promete
Mi cabeza, ¿no es así?

CAPITÁN.

Así del moro lo oí,
Y otras tres, y aun otras siete.

CONDE.

Pues por su arrogancia brava
Yo os prometo á vos, señora,
La misma mora que adora,
Para que os sirva de esclava.

REINA.

Pues ¿cómo, si está guardada
Que nadie la puede ver?

CONDE.

Ahora yo quiero saber
En qué parte está encerrada.

Vase el Conde.

REINA.

¿Qué querrá el Conde intentar?

CAPITÁN.

Por eso callé su nombre.

MARTÍN.

Y ¿no sabremos el nombre
Que estaba en tercer lugar?

CAPITÁN.

Parece que ya sabéis,
Buen don Martín, que sois vos.

MARTÍN.

Luego ¿soy yo?

CAPITÁN.

¡Sí, por Dios!

MARTÍN.

¡Oh perro, y vida tenéis!

REINA.

¡Por mi vida, don Martín,
Que no salgáis del real!

MARTÍN.

Vuestro mandato Real
Se ha de obedecer en fin;
Y sabe Dios si vos sola
Pudiérades detenerme.

REINA.

Un servicio habéis de hacerme,
Flor de la hidalguía española;
Á mi tienda acudiréis.

MARTÍN.

Yo haré lo que mandáis.

REINA.

¡Qué mal obediente estáis!

CAPITÁN.

Mal enojado le habéis.

REINA.

Hoy, don Gonzalo, he tenido
Nuevas del Rey mi señor.

CAPITÁN.

¿Vendrá presto?

REINA.

El gran rigor
Del tiempo le ha detenido.

CAPITÁN.

¿Su Majestad está bueno?

REINA.

Bueno me dicen que está.

MARTÍN.

¡Que mi cabeza anda ya
De mora en mora al sereno!
Pues yo os haré de un morillo,
Que conozcáis á Martín.

REINA.

¿Entróse por cerco al fin
Ese rebelde castillo?

CAPITÁN.

Yo sospecho que costó
Gran gente la arremetida.

MARTÍN.

¡Que allá prometan mi vida,
Y acá esté durmiendo yo!

REINA.

¿Qué orden se ha de tener
Del Rey, en su ausencia y mía?

MARTÍN.

¡Mi cabeza le ofrecía!
Sábado debía de ser.

CAPITÁN.

No permitáis, gran señora,
Hacer ausencia de aquí.

MARTÍN.

¿Mi vida ofrecéis ansí?
No viviréis vos un hora.

REINA.

Donde vos estáis, Gonzalo,
Que en lugar del Rey os dejo,
Que á Néstor en el consejo,
Y en armas á Héctor igualo,
Aún no hará falta Su Alteza.

MARTÍN.

¡Que este moro de ruin fama
Dé en requebrar á su dama
Á costa de mi cabeza!

CAPITÁN.

De ese favor era dino
Un Torcuato y un Cipión.

Entra el soldado que prometió las diez cabezas, con dos ó tres cabezas, y herido.

SOLDADO.

No llego á mala ocasión.

CAPITÁN.

¿Qué es esto?

REINA.

Ya lo adivino.

SOLDADO.

Reina ilustre, Isabel clara,
Pues he llegado á tus pies,
No es muerte, no, vida es,
Que aun un César la envidiara.
Aquí te ofrezco mi aliento
Entre esta sangre vertida,
Y aquí te ofrece (1) mi vida,
Un honrado pensamiento.
Dígnate de recibillo,
Pues fué por tu mano honrado.

REINA.

¿Quién eres?

SOLDADO.

Aquel soldado
Á quien hoy diste el anillo.
Diez cabezas prometí;
Aquí traigo la una de ellas;
Nueve corté, mas entre ellas,
Ésta que ves escogí;
Por aquella que faltó,
Aquí te ofrezco la mía,
Pues mi palabra este día
Tan mal mi brazo cumplió;
Restituyo en tu presencia
El anillo y piedra agora,
Para no morir, señora,
Con tal cargo de conciencia:
Veslo ahí.

REINA.

¡Bravo soldado!

GARCILASO.

Tal, que afrenta nuestro miedo.

REINA.

¿De dónde eres?

SOLDADO.

De Toledo.

REINA.

¿Cómo te llamas?

SOLDADO.

Hurtado.

REINA.

No habrás hurtado á la fama
El nombre, Hurtado famoso,
Antes, heroico y glorioso,
Muy de justicia te llama,
Y no sus nombres impropios;
Que más quisiera soldados
Una docena de hurtados,
Que diez mil de bienes propios.
El anillo recibido
Está en ti bien empleado,
Porque dirán que es de Hurtado,
Pero no que hurtado ha sido.
Tú de mí, de hoy más, serás
Más que lo propio estimado;
Que siempre lo que es hurtado
Se suele estimar en más.
Llévenle luego á curar;
Que si él vive, cierto ha sido
Que ha hurtado lo que ha podido,
Y no tiene más que hurtar.
La cabeza que á las nueve
Falta, si la tuya es,
Gozará el lauro después
Que á tal hazaña se debe;
Y de los tiempos no esperes
Que te han de agraviar los daños.

SOLDADO.

Vivas infinitos años,
Corona de las mujeres.

Vase.

REINA.

¡Honra notable!

GARCILASO.

¡Extremado!

PULGAR.

Del nombre envidioso quedo.

GARCILASO.

El que de mi casa heredo
Diera por habella hurtado.

REINA.

¿Cómo no hablais vos, Martín?

MARTÍN.

¿Qué tengo de hablar, señora,

(1) Así en la edición de Milán: en la de Valencia, *ofrezco*.

Viendo honrar lo hurtado ahora,
Que hasta ahora ha sido ruin?
De envidia estoy, que querría
Hacer esta espada piezas,
De que éste os dé diez cabezas
Y un moro ofrezca la mía.
A no haberle visto yo
Otra vez este soldado,
Creyera que las ha hurtado,
No que Hurtado las hurtó.
El que á la caza se inclina,
Suele, la vez que no caza,
Comprar la caza en la plaza
Y colgalla en la pretina.
Mas éste, no es tiempo aquí
De que le quiten su honor:
¡Por Dios, que es buen cazador,
Porque trae la sangre allí!

REINA.

Hora bien, envidia honrada
De vos la pueden tener;
Que esa espada puede ser
De otro Aníbal envidiada.
El valor de aquellos Pares
Se ha pasado á España ahora,
Desde donde el sol le adora
En sus délficos altares.
El capitán don Gonzalo,
Harto á Roldán corresponde;
Reinaldos, de Cabra el Conde;
Con Urgel á Orlando igualo;
Vos, Martín, sois Oliveros;
Durandarte, Garcilaso;
Y á ese mismo tono y paso
Son los demás caballeros.
Venid.

MARTÍN.

¡Gran Reina!

GARCILASO.

¡Gran dama!

CAPITÁN.

Que habrá de ocupar, confío,
Aquel asiento vacío
De los nueve de la fama.

Vanse todos, y salen Tarfe, Alifa y Celimo.

ALIFA.

Déjame de hablar, cobarde:
No me digas tus disculpas;
Que para tus graves culpas
Llega el desengaño tarde.
¿Son éstas las tres cabezas
Que de darme prometiste?
¡Bien la palabra cumpliste!
¿Aquéstas son tus proezas?
¿Es éste el bajar Aquiles
Por la vega de Genil?
No sé si mancha tan vil
Lavarán hechos tan viles.
¿Huyendo vienes, villano?
¿La vega miden tus pies?
Pero muy de liebres es
Correr bien en campo llano.
«Ensíllenme mi alazán,
No se me vayan por pies:
Aguárdame, cordobés
Que llaman Gran Capitán;
Y tú, Cabra, espera un poco;
Y no me huyas, Martín.»
Palabras del viento al fin
Y promesas de hombre loco:
Vuélveme el listón, villano;
Y no me hables jamás.

TARFE.

Has dicho.....

ALIFA.

Dijera más
De tus bravatas, tirano.

TARFE.

Si es poco, cuando remata,
Como velas (1) nuestras luces,
Llegar á afrentar sus cruces
Con nuestras lunas de plata;
Si es poco, así de tropel
Hacer en ellos matanza,
Y clavar más de una lanza
En la tienda de Isabel;
Cíñete la espada casta,
Ponte el jaco, adarga aplica,
Corre el campo, yegua pica,
Lanza empuña, vibra el asta;
Romperás la castidad
Del virgen acero nuestro;
Serás otro Ruger diestro
Y otra Marfisa en beldad.
¿Qué aguardas, viendo su estrago?
Sal por mí, la lanza toma;
Que yo no he visto á Mahoma
Como ellos á Santiago.
Y quizás entenderán
Que eres tú, y huirán de ti,
Como mil moros que vi
Que del otro huyendo van.

ALIFA.

¿Culpa pones á los santos
De los cristianos? ¡Qué bien!

TARFE.

Y esas cabezas también
Traerás de esos y otros tantos;
Que si Gonzalo y el Conde
Y Martín huyen de mí,
Mal puedo traerte aquí
Sangre que de mí se esconde.
El listón que me has pedido,
A no ser poco respeto,
Te volviera; que, en efeto,
No cumplí lo prometido.
Mas mi palabra te doy

(1) Así en la edición de Valencia. *Hielas*, en la de Milán.

De atalle á una lanza mía
Y de clavalle este día
(Aunque tan cobarde estoy)
En la tienda de la Reina;
Y esperar, para vengarte,
Á los tres y al propio Marte
Que en la quinta esfera reina.

ALIFA.

Pues ¿cómo lo podré ver?

TARFE.

Si salieses á deshoras
Por donde salen mil moras
Por agua, podría ser;
Que es un pequeño portillo,
Y es toda muy pobre gente
La que bebe de esa fuente,
Porque la guarda un castillo.

CELIMO.

Yo querría concertaros
Y que te cobrase amor
Alifa, por tu valor,
Si hoy viese tus hechos claros.
Con la gente de su casa
Y otros criados y gente,
Podrá ver muy fácilmente
Lo que con ellos te pasa.
Hará que del agua fría
Henchir los cántaros quiere,
Y por si algo sucediere,
Iré yo en su compañía.
¿Qué te parece?

TARFE.

Á mí bien,
Si Alifa quiere.

ALIFA.

Yo sí.

TARFE.

Pues alto: vamos de aquí;
Gente y cántaros prevén;
Que desde el verde repecho
De la fuente me verás
Hacer hecho que jamás
Hombre temerario ha hecho.

ALIFA.

Vete á armar, que aqueso basta.

CELIMO.

Vamos, porque salir pueda.

TARFE.

Ven y verás cómo queda
Blandiendo el cuerpo del asta.

Vase Tarfe solo.

CELIMO.

¡Que esto quiere tu mal trato!
¿Cuál montaña te engendró?

ALIFA.

¿Cómo estamos vos y yo
De cuentas, Celimo ingrato?

CELIMO.

Esa dureza maldigo.

ALIFA.

Y yo la tuya, cruel.

CELIMO.

¡Que ya no te dueles de él!

ALIFA.

Duélete de mí, enemigo;
Que por ti doy en que siga
Tarfe locura como ésta.

CELIMO.

Vamos á ver esta fiesta,
Verás mi amigo, enemiga.

Vanse todos, y sale el Conde de Cabra.

CONDE.

El hombre que al fin promete
Lo que no puede cumplir,
Há menester luego asir
La ocasión por el copete.
Á la Reina prometí
De Tarfe la hermosa dama,
Aunque estuviese en la cama.
¡Oh Conde, triste de ti!
¿Qué prometiste, dí, Conde?
¿No lo pensaras primero?
Más uno que es caballero
Á su valor corresponde.
Mi palabra está ya puesta,
No puedo volver atrás
Aunque se aventure más.
Parece que de una cuesta
Veo bajar muy apriesa
Gran tropel de moros: ¡cielo,
Á vuestra clemencia apelo
Para tan dichosa empresa!

Salen Alifa, Celimo, y moros, y moras con cántaros, y cantando los músicos.

Si venir por la Granada,
Aya, aya, tener la espada.
No estar para vos, cristiano,
Maduro el grano.
Si pensar el cristialinio
Que temer vuestro cuchilio,
Estar vivo él y caudilio,
Y ella estar muy bien guardada,
Aya, aya, tener la espada.
Rey chico, grande enemigo,
Y Mahoma estar amigo;
Tener mucha pasa é higo,
É mucha oveja salada.
Tener la espada.

CELIMO.

Desde aquí podéis mirar
El campo del enemigo,
Y á Tarfe en la vega entrar,
Que sería (1) milagro, digo,
Si vivo le veis tornar.

(1) *Será*, en la edición de Valencia.

Mira á Santa Fe vistosa,
Mira aquella tienda hermosa
Que á todas excede y pasa;
Que al mayor palacio y casa
Vence en valor, suntüosa.
Mira pendones y cruces,
Que si la vista reduces
Á esa niebla y confusión,
Parece vario escuadrón
De abejas entre dos luces.
Mira cómo darán tregua,
Si es suyo nuestro ganado,
Hasta el caballo y la yegua,
Que de lo propio y hurtado
Se ocupa una grande legua.
Y no te espantes que hinchan
Tanta vega sus caballos;
Que en sintiendo que los cinchan,
Tal se ensanchan, que escuchallos
Puedes aquí, si relinchan.
Tarde, Granada, te armas
Si has de dar tu sangre en trueco,
Y del valor te desarmas.

ALIFA.

Aun aquí me suena el eco,
Celimo, de voces y armas;
Confieso que tengo miedo.

CONDE.

Aun no puedo estarme quedo,
Porque en sintiendo algún moro,
Por ninguna vena ó poro
Detener la sangre puedo.
¡Deteneos, cobardes perros!

Huyen todos, y quédanse Celimo y Alifa.

CELIMO.

¡Huye, señora!

ALIFA.

¿Huir yo?
Mátenme tus propios yerros.

CONDE.

Todo el escuadrón huyó,
Como liebres, por los cerros.
¡Date!

CELIMO.

Espera, no me mates;
Doyme á tu valor, señor.

CONDE.

Suelta la espada.

ALIFA.

¡Ah, traidor!
Estos son tus disparates
Y tus promesas y amor.

CELIMO.

Vesla aquí.

ALIFA.

¡Traidor, la espada
Le entregas! ¿Qué es lo que veo?

CELIMO.

Si se la dejo entregada,
Es porque gozar deseo
La vida dulce y amada.

ALIFA.

¡Que estés, Celimo, tan ciego!
Vuelve en ti.

CELIMO.

Por vivir hoy,
Libertad y armas entrego.

CONDE.

Cuando sepáis quién yo soy,
Creo que tendréis sosiego:
Di, moro, que Alá te guarde,
¿Podré yo acaso contigo
Ver á Granada esta tarde?

CELIMO.

Como te des por mi amigo (1),
No hay cosa que te acobarde,
Podrás pasear por ella;
Pero, dime: ¿qué deseo
Es el que te lleva á vella?

CONDE.

Sólo me lleva el deseo,
Porque dicen que es tan bella.

CELIMO.

Dímelo, ¡por vida tuya!
Porque mi valor se arguya
De que ya tu esclavo soy.

CONDE.

Solamente á verla voy
Por la grande fama suya.

CELIMO.

Di lo que te lleva allá.

CONDE.

Júrame aquí por tu Alá
Que me guardarás secreto.

CELIMO.

Por Mahoma te prometo,
Y por Meca, donde está.....

CONDE.

Pues sabe que voy á ver
De Tarfe la hermosa dama;
Que me mata, desde ayer,
De su hermosura la fama.

CELIMO.

Bien presto pudiera ser;
Que Alifa es, que está presente,
De su luz y gloria ausente.

CONDE.

¿Qué dices?

CELIMO.

Ya me ha pesado,
Ya me cuesta lo que he hablado
El mal del que se arrepiente.

CONDE.

¿Á cuál hombre, como á mí,
Tal cosa le ha sucedido,
Yendo descuidado así?
Quiero ver si esto es fingido.....
¿Sois vos Alifa?

(1) En la edición de Milán falta el *mi*.

ALIFA.
No y sí.
CONDE.
¿Por qué?
ALIFA.
Porque estoy cautiva.
CONDE.
Amigo de Tarfe soy:
Vivid vos, y Tarfe viva.
¿Qué os prometió ayer y hoy
El que tanto con vos priva?
ALIFA.
Lo de ayer no lo cumplió.
CONDE.
¿Qué mucho, si prometió
Hacernos por vos mil piezas?
ALIFA.
Prometióme tres cabezas.
CONDE.
Ésas saber quiero yo.
¿Cuáles eran?
CELIMO.
Ya, ninguna,
Pues que con ellas están:
De Martín Fernández una,
Y otra del Gran Capitán,
Eclipse de nuestra luna.
CONDE.
¿Y la otra?
ALIFA.
Era del Conde
De Cabra.
CONDE.
¡Ese soy, villanos!
¡Tira por ahí!
CELIMO.
Responde
Á sus hechos soberanos.
ALIFA.
Espera.
CONDE.
Camina.
ALIFA.
¿Adónde?
CONDE.
Al real, que te he mandado,
Alifa, á la Reina.
ALIFA.
¡Ay, triste!
CONDE.
Ya el llorar es excusado.
ALIFA.
Tú, ¿quién era le dijiste?
CELIMO.
Alifa, el dueño es honrado.
ALIFA.
Mas ¿qué te llamo enemigo,
Si es gusto el ir yo contigo?
CONDE.
Lo que á la Reina ofrecí,
Seguro lo tengo aquí,
Pues al fin ya va conmigo.

Vanse todos, y sale la Reina y caballeros.

REINA.
Presumo, valerosos caballeros,
Que después que mi Rey se partió á Baza
Habéis hecho tan célebres hazañas,
Que pueden gloriarse en todo el mundo,
Y talando los montes y los campos,
Y asolando las fuerzas y castillos
Á los moros furiosos de Granada,
¿Cómo les va á los moros y á los muros
Después de estas refriegas y combates?
PULGAR.
Á los moros, señora, mal, sospecho;
Á los muros más bien, que son más fuertes,
Los cuales yo prometo á Vuestra Alteza
Que son los más gallardos y bien hechos
Que debe de tener ciudad de España:
Vense las torres, las almenas fuertes,
Entre árboles y huertas, que á la vista
Ofrecen un objeto de gran gusto.
GARCILASO.
No le diera pequeño á Vuestra Alteza
Ver lo que pasa siempre en esas guerras.
REINA.
Y ¿qué es, García?
GARCILASO.
Dicen que una mora
De las más principales de Granada,
Tiene una higuera al pie del mismo muro,
Y como el ir por la madura fruta
Siempre es uso y costumbre entre los moros,
Viene por la mañana con un moro
Con su cesta de mimbres en el brazo,
Y le descuelga por el muro abajo,
Donde cantando está y comiendo higos.
REINA.
Y ¿eso es cierto, García?
GARCILASO.
Sí, señora.
REINA.
¡Ah, quién tuviera de ellos!
MARTÍN.
Caballeros,
Sin duda que me manda que los traiga.
CAPITÁN.
¡Plegue al cielo (1),
Aunque en ello mil vidas se aventuren!
REINA.
¿Tantas ha de costar cosa tan poca?
¿Dónde vais, don Martín?
MARTÍN.
Llámame un paje.

Vase D. Martín solo.

CAPITÁN.
Sin duda va por ellos (2).

(1) Verso incompleto.
(2) Idem.

REINA.
No querría perder tan buen soldado.
GARCILASO.
No hará; que es el peligro muy notorio
Y la empresa sería temeraria.
CAPITÁN.
Yo, á lo menos llamárala imposible.
PULGAR.
Quiéreos, señora, don Martín de suerte,
Que arriesgara mil vidas por serviros;
Mas retiraos, que viene á toda priesa
Corriendo un moro hasta la misma cerca.
REINA.
Yo me retiro, y eso mismo os pido.
PULGAR.
Dadme luego mis armas y caballos.
CAPITÁN.
Vengan las mías, que se acerca mucho.
GARCILASO.
¡Qué atrevimiento! Aquí su voz escucho.

Vanse todos, y sale Tarfe con una lanza y un listón en el hierro.

TARFE.
¡Oh Alifa! Si me miras, mira un hombre
Al hecho más feroz precipitado
Que ha dado á España, á Francia, al mundo [nombre;
Vuelve el listón en esta lanza atado,
De tal manera, que hasta el aire asombre,
Pues eres por mi honor de amor guiado.
Entró dentro en la tienda, fué derecha;
Mas eran plumas, y de amor la flecha.

Vase Tarfe, y salen Pulgar, Garçilaso y el Gran Capitán.

PULGAR.
Digo que he de ir.
CAPITÁN.
¡No iréis, por vida mía!
Que basta que la Reina lo ha mandado.
PULGAR.
¿No veis que desde allí me desafía?
GARCILASO.
Siempre este moro fué desvergonzado;
Todos sabemos ya sus valentías,
Y que ha medido á pies la vega y prado
Cuantas veces ha hecho estas hazañas;
No falta ya sino que tiren cañas.
PULGAR.
Hasta vengarme de esa gente mora
Estoy el pecho en cólera abrasando.
¡Por vida de la Reina mi señora,
Perro villano!.....
CAPITÁN.
Paso, don Fernando;
Que no habéis de salir al campo agora.
PULGAR.
Vuestro mando obedezco y vuestro bando.
Bien os podéis volver.
CAPITÁN.
Parte seguro;
PULGAR.
Que no saldré, por vida del Rey juro.
CAPITÁN.
Vámonos, Garcilaso.
GARCILASO.
Á veros llevo
Un tordillo andaluz que me han traído.
CAPITÁN.
Habéis de ser un singular mancebo,
Por la afición que á Marte habéis tenido;
GARCILASO.
Á vuestra disciplina, señor, debo
Lo que seré de hoy más y lo que he sido.
CAPITÁN.
Dios os guarde, García; que tal Laso
No lo ha de estar hasta un famoso caso.

Vanse el Gran Capitán y Garcilaso, y quédase Fernando del Pulgar.

PULGAR.
¿Lanza en la tienda de la Reina? ¿Lanza
Á vista de la gente de Castilla,
En medio de la gloria y esperanza
De que Granada su pendón le humilla?
Fernando, á vos os toca la venganza,
Sin que de arnés se trance ó peine hebilla.
Hora bien: ya se fué el moro; pensemos
Qué género de enmienda tomaremos.
Este villano trae, yo lo he visto,
Una cinta en el hierro, que sospecho
Que de su dama fué; pues si armas visto,
¿Por qué no emprendo algún famoso hecho?
Cristiano soy, soldado soy de Cristo,
Su Madre traigo en guerra y paz al pecho:
Pues sea mi dama aquella Virgen pura
Que excede á toda angélica criatura;
Virgen más pura que del sol la lumbre,
Á cuyos pies la luna arrodillada,
Muestra vuestra divina mansedumbre
Y la frente de estrellas coronada;
Vos, por quien fué la antigua pesadumbre
De aquella sierpe sin igual domada,
Perdonadme si á ser galán gallardo
Me atrevo, siendo oficio de un Bernardo.
Yo, pues, á quien palabras faltan, quiero,
No como el Ilefonso toledano,
Mas como belicoso caballero,
Serviros hoy las armas en la mano;
Y pues motes se escriben, lo primero,
En el favor divino y cortesano,
Quiero escribir un mote en honra vuestra,
Principio de la gloria, y salud nuestra.
En un virgen y blanco pergamino,
La *Avemaría* escribiré dichoso
Que el Paraninfo celestial divino
Os dijo en aquel día venturoso;
Con él hacer un hecho determino

Que por mil siglos quedará famoso;
Que, á pesar de ese perro que me incita,
Mañana he de clavallo en la mezquita.
Allí lo clavaré con esta daga,
Para ensalzar vuestro famoso nombre,
Y sólo quiero de este intento en paga
Que el servicio aceptéis, al fin de un hombre.
Aquesto, gran Señora, os satisfaga,
Porque á esa vil canalla el ver asombre
El nombre á quien adora tierra y cielo
Y es de los hombres general consuelo.

Vase.

Sale D. Martín.

MARTÍN.

Toda la noche he pasado
Encubierto con el muro,
Hasta que su manto obscuro
Ella propia me ha negado.
No dije á lo que venía,
Pero trújome el antojo
De la Reina, y el enojo
De ver que nadie lo hacía.
¡Ah, fruta preciosa y bella!
Como Tántalo me he vuelto,
Que estoy en la fruta envuelto
Y no puedo comer de ella.
Baja, moro, que abre el día;
Quizá el alma le reserva,
Si le dicen que en la hierba
Tal vez el áspid se cría.
Ruido siento en el muro;
Quizá debe de bajar:
Aquí me quiero arrimar,
Debajo del tronco duro.

Salen dos moras, y una á la almena, donde ha de estar puesta una higuera abajo, y atan un moro, y descuélganle con una cesta en el brazo.

CELIMO.

Baja, y aprieta las manos.

ALÍ.

Tened bien.

CELIMO.

Muy bien tendremos

ALÍ.

Porque perrada no demos,
Como dicen los cristianos.

MORA.

Alí.....

ALÍ.

Señora.....

MORA.

¿Hay maduros?

ALÍ.

Los tordos lo dirán bien.

MORA.

Tú lo pareces también,
Que aún no están de ti seguros:
Hinche la cesta á placer.

CELIMO.

Uno come, y otro toma.

ALÍ.

¡Oh, bendígalos Mahoma,
Cuál son al amanecer!
¡No trujera un panecillo,
Por no comellos en pelo!

MORA.

¿Qué dices, Alí?

ALÍ.

¡Oh, cielo!
Aquí anda un tordo ó grillo.

MORA.

Agora estás divertido,
Si es que á los higos requiebras.

ALÍ.

¿Comen higos las culebras?

MORA.

¿Por qué?

ALÍ.

He sentido ruido.

MORA.

Desde aquí nada se ve.

ALÍ.

No sin causa tengo miedo.

MORA.

Que no es nada: estáte quedo.

ALÍ.

Que me han asido del pie.

MORA.

Mira si es gamo ó cierva.

ALÍ.

No será sino león;
Sin duda que es culebrón,
Que da vueltas por la hierba.

MORA.

Que no es nada, estáte quedo.

ALÍ.

No sería malo tirar:
¡Por mi fe, que he de cantar,
Que tengo un poco de miedo!
Matija fisansa ficamini
Os madax fididuma os maguyari.

En acabando de cantar, llega D. Martín, corta la soga y llévase el moro.

MORA.

¿Vístelo? Dilo á mi gente,
Para que vayan tras de él.

CELIMO.

¡Pobre Alí!

MORA.

¡Suerte cruel!

CELIMO.

¡Traidor cristiano!

MORA.

¡Insolente!

Vanse.

Sale Hernando del Pulgar con el Avemaría en el pergamino y puesto en la punta de la daga.

PULGAR.

Santas letras de aquel Ave
Que bajó del cielo al suelo,
Al más humilde señuelo,
Aunque más dulce y suave:
Dadme favor con que os clave
Á las puertas del infierno;
Que si el Capitán eterno
Entró en ellas siendo Dios,
Bien podéis en ésta vos
Fijar vuestro nombre eterno.
Aquí os dejo, Ave divina,
En puerta de cazador,
Adonde entra sin temor
Mano que la vuestra inclina.
Ya la canalla camina,
Para ver la novedad:
No estoy bien en la ciudad;
Moros, en la vega espero.

Vase.

Sale Tarfe, y moros que le vienen teniendo.

TARFE.

Salir quiero.

ARDAYN.

Tente, fiero.

TARFE.

Dejadme.

ARDAYN.

Tente.

TARFE.

Soltad.
Muzarque, Cartamo, Ardayn;
No sabemos para qué
Me detenéis.

CARTAMO.

Ya lo sé;
Ésta es celada, en fin.

TARFE.

¿Es, acaso, aquel Martín?

CARTAMO.

Es Hernando del Pulgar;
Un soldado singular
Por sus famosos pulgares.

ARDAYN.

¡Qué pulgas tan singulares
Sabe Santa Fe criar!

TARFE.

¡Ah, reniego de Mahoma
Y de todo su Alcorán!
¿No temo un Gran Capitán,
Y aquí una pulga me doma?

ARDAYN.

Calla, y el rótulo toma.

TARFE.

¿Cómo dice?

ARDAYN.

Avemaría;
Que yo bien hablo aljamía.

TARFE.

Y ¿qué es eso?

ARDAYN.

La oración
De la mayor devoción
Que ellos rezan cada día.

TARFE.

Pues ¿aquesto sufro y callo?
Que fuera del muradar,
Un brazo, que no un pulgar,
No ha de cantar ni ser gallo.
Á la cola del caballo
Ataré este pergamino.
Vamos de aquí.

ARDAYN.

Ya adivino
Su desventura y la mía;
Que este nombre de María
Es singular y divino.

TARFE.

Que ya sabemos quién es:
Reina del cielo la llaman.

ARDAYN.

Mucho los cristianos aman
Su nombre; déjale, pues.

TARFE.

¿Tienes honra?

ARDAYN.

La que ves.

TARFE.

Ardayn, ¿de eso te agradas?
¡Oh necio! ¿De qué te enfadas?

ARDAYN.

Pulgar se sabrá vengar.

TARFE.

¡Oh, qué donoso Pulgar!
¡Matarélo á pulgaradas!

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey y la Reina.

REY.

Donde vuestro divino entendimiento
Y vuestro gran valor, señora, estaba,
Nadie podrá decir, ni lo consiento,
Mi señora y mi bien, que yo faltaba;
Que sin vos me faltara ese contento.
Podréis decir que igual dolor me daba
El verme ausente del amor que os muestro;
Mas no, que hay falta en el gobierno vuestro.
¡Dichoso el día que en humano cielo,

Donde aquel gran principio y fin glorioso,
Una alma tan igual bajó del cielo,
Para vestirse en cuerpo tan hermoso!

REINA.

Galán venís.

REY.

Todo se debe al celo
De ese valor divino y milagroso.

REINA.

Sol de España, quien de ese sol es luna,
Razón fuera que diera luz alguna.
Mas como cuando está en medio la tierra,
El sol alumbra á todo el horizonte,
Y cuando en los Antípodas se encierra,
Queda obscura la tierra, el llano, el monte;
Así vuestra presencia ata la tierra,
Haciendo que el contrario se remonte.
Sois Salomón en paz, y en los combates,
Seleuco, Dario, Ciro y Mitridates.

REY.

Adonde están tan buenos caballeros,
En nada creo yo que habré faltado.
Gonzalo, ¿cómo estáis?

CAPITÁN.

Sólo con veros,
Mis años hoy en días he trocado.

REY.

¿Y vos, Fernando?

PULGAR.

Deseando haceros
Algún servicio por recién llegado.

REY.

García, ¿cómo estáis?

GARCILASO

Como la hechura
De esas manos, que en ellas crece y dura.

REY.

¿Dónde está el Conde?

PULGAR.

Á cierta empresa es ido,
Porque andan ocupados los más buenos.

REY.

Así en Baza las nuevas he tenido,
Y la tendrán de hoy más reinos ajenos;
Mas ¿qué es lo que de nuevo ha sucedido?

GARCILASO.

Yo, señor, que soy quien hago menos,
Que al fin soy mozo, os lo diré.

REY.

El aumento
Del gran valor se os muestra.

GARCILASO.

Estadme atento.
Después que os fuisteis á Baza,
Famoso Rey, quinto en nombre,
Porque la esfera de Marte
En quinta esfera se pone,
Han hecho tan grandes hechos
Vuestros claros españoles,
Que sus soberbias hazañas
Sobre el Septentrión se ponen.
Y aunque en ausencia de algunos
No hay lengua que los abone,
Si errare mi torpe ingenio,
Vuestro gran valor perdone.
Con doscientos de á caballo
Corre el campo Fernán Gómez,
Tan soberbio y orgulloso,
Que á Marte en condición pone.
Don Juan Zapata le sigue,
Ayo y nuevo Jenofonte,
Que no menos se señala
Entre moros escuadrones.
También asuelan, destruyen,
Los valerosos Girones,
Con los Manríquez de Lara,
Suárez, Sotomayores.
Ha puesto el Gran Capitán
Mil astas con mil blasones,
Hasta dentro en Bibarrambla,
Y el de Cabra, ilustre Conde.
Martín Fernández los sigue
Con grande valor y nombre,
De nuestra nación cuchillo,
Y de los moros azote.
Cuando llegan á las manos
Con los moros escuadrones,
Cual rayos que caen del cielo,
Atalan y descomponen,
Destruyen, derriban, matan,
Atropellan, entran, corren,
Escaramuzan, pelean,
Suben, caen y socorren.
Pero entre cuantos yo vi
Ilustres fuertes varones,
Ninguno iguala á la hazaña,
Digna de grande renombre,
Al que Hernando del Pulgar
Hizo ayer, para que cobre
Gloria España, nombre el mundo,
Y honra nuestros españoles.
Tiró ayer un Bencerraje,
Que en las plumas se conoce,
Hasta nuestra tienda un asta
Con un lazo de listones.
Viendo Fernando la empresa,
Que es digna de honor y nombre,
En un virgen pergamino
El Avemaría pone.
Parte furioso á Granada,
Y con la daga, de un golpe,
En la mezquita la clava
En sus láminas de bronce.
Los moros salen á él
Con grita, algazara y voces,
Y él de todos se defiende,
Como Orlando y Rodamonte.
Volvió ahora, donde es justo
Que de laurel le corones,
No el delfico, el celestial,
Que á su honrada frente adornes.
Y éstas y otras mil hazañas,

Dignas de grandes renombres,
Ha hecho Hernando del Pulgar,
Que es de vuestra estrella el norte.

CAPITÁN.

¿Qué es esto, señor?

REY.

Entrad.
¿Es el Conde?

REINA.

¿Qué rüido
Es éste?

CONDE.

Sea bien venido,
Señor, Vuestra Majestad.

REY.

Ya os había, Conde amigo,
Echado menos mi amor;
Alzaos.

CONDE.

¡Oh Rey y señor,
Gran gloria es estar contigo!
Á la Reina prometí
De Tarfe la hermosa dama,
Aunque estuviese en la cama;
Pero al fin la traigo aquí.
Y pues vos habéis venido,
Partid el bien, el presente;
Celimo os sirve valiente,
Moro hidalgo y bien nacido.

REY.

¿Quién, si no vos, Conde, pudo
Acabar tan alta empresa?
Todo el real lo confiesa.

REINA.

Y yo, con verlo, lo dudo.
¿Eres tú, Alifa?

ALIFA.

Yo soy
Alifa, tu esclava.

REINA.

Amiga,
No llores, aunque te obliga
La desventura de hoy;
Que no soy dueño tan malo.

ALIFA.

En sólo veros, señora,
El cautiverio de agora
Á mi libertad igualo.
¡Bendiga Alá esa hermosura,
Y deje con larga mano,
De vuestro amado cristiano
Gozar vida en paz segura!

CELIMO.

Y yo, poderoso Rey,
Á ventura tengo igual
Ver tu persona Real,
Luz de la cristiana grey.
¡Dichoso mi cautiverio,
Que es libertad en rigor,
Pues vine á ser del mayor
Que tiene del mundo imperio!

REY.

¿Quién eres allá en Granada?

CELIMO.

Hijo de un alcaide soy,
Cuyo cargo me dió hoy,
Más que su herencia, mi espada.

REY.

¿Quién es esta mora?

CELIMO.

Alifa,
Sobrina del Rey, por quien
Tarfe, á quien muestra desdén,
Así con vosotros rifa.
Por ella viene á la vega
Tan orgulloso y feroz,
Y por ella lanza y voz
Tan aprisa al aire entrega.

REY.

Pues ¿no se casa?

CELIMO.

No quiere.

REY.

¿Porque es tan principal?

CELIMO.

En sangre ilustre y Real,
Ninguno al otro prefiere;
Pero quiere.....

REY.

¿Á quién?

CELIMO.

Á mí.

REY.

¿Y tú?

CELIMO.

También la estimara;
Pero en amistad tan cara,
No es justo que pase así.

REY.

Qué, ¿tú eres de Tarfe amigo?

CELIMO.

Téngole en lugar de hermano.

REY.

¡Cuál eras para cristiano!

CELIMO.

Quizá lo seré contigo.

REY.

¡Plegue á Dios! ¡Hola!

CONDE.

Señor.....

REY.

Tratad al alcaide bien,
Y á él y Alifa les den
Igual regalo y honor.

Entra Martín con una cesta de higos y un moro.

MARTÍN.

¡Pasa adelante, perrazo!
Llega á la Reina.

REY.

¡Oh Martín!

¿Traéis los higos, en fin?
Sacad la cesta del brazo.

MARTÍN.

Los higos, la cesta y moro
He, mi señora, alcanzado.

REINA.

¿Cómo es eso?

MARTÍN.

Yo he llegado
Adonde esos pies adoro.

REY.

¡Oh don Martín!

MARTÍN.

¡Oh señor!
Perdonad si no os hablé.

REY.

Tomad los brazos.

MARTÍN.

El pié,
Que me deis será mejor.

REINA.

Sabed, señor, que en el muro,
Cierta higuera asida estaba,
Por do este moro bajaba,
De todo el campo seguro;
Y se me antojó fingir
De aquella fruta gustar;
Ver lo debió de causar,
Según la ocasión que dí.
Martín por los higos fué;
Higos y moro ha traído.

REY.

Valerosa hazaña ha sido,
Premio es bien que se le dé;
Eso á mi cuenta; acudid
A mi tienda.

CAPITÁN.

Bien merece
Premio.

GARCILASO.

La fruta parece
La cisterna de David.

MARTÍN.

Señora, pues ya es por uso
Que en Castilla se ejecuta,
Que el que la primera fruta
Que en la villa ó ciudad puso,
No pague alcabala de ella,
Por él libertad te pido;
. . . . . (1)
Dadle este premio por ella.

REINA.

Lo que Martín dice, haced.

REY.

Tenga el moro libertad.

MARTÍN.

Los pies allí le besad.

MORO.

¿Por qué?

(1) Falta un verso.

MARTÍN.

Por esa merced.

MORO

Responde que no me agrada.

MARTÍN.

Moro, ¿por qué dejas de irte?

MORO.

Porque más quiero servirte
Que no volver á Granada.
Yo te he cobrado afición;
Tus caballos curar quiero.

REY.

¡Buen morillo!

MARTÍN.

El escudero
Te he de hacer de mi pendón.

REY.

Gran ruido hay en el real;
Allí, Gonzalo, acudid.

Entra un criado.

CRIADO.

A las almenas salid,
Gran señor, que hay grande mal;
Que allí un moro desafía
Cuantos hay en Santa Fe,
Y en ofensa de la fe
Trae.....

REY.

Dilo.

CRIADO.

El Avemaría.

REINA.

¿Dónde? (1)

CRIADO.

Á la cola del caballo,
Atada con un listón.

REY.

Castigallo es gran razón.

GARCILASO.

Yo hablaré si agora callo.

REY.

Subid, mi señora, al muro.

REINA.

Vámosle á ver, caballeros.

MARTÍN.

Tarfe es quien hace estos fieros.

ALIFA.

¡Que aún vive este vil perjuro!

Súbense todos al muro, y queda Garcilaso.

GARCILASO.

Todo es hazañas, hazañas,
Y yo sólo con vergüenza:
¡Oh brazo, á honrarme comienza
Si es que tu fuerza acompañas!
Comienza á dar gloria y nombre,
Brazo valeroso y fuerte,

(1) Verso incompleto entre dos redondillas.

Á tu prosapia, de suerte
Que á los de este siglo asombre;
Que no es bien estar ocioso
En el arte militar
El que pretende alcanzar
En el mundo fin famoso.
Y pues depende la honra
Del que guardarla procura,
Y soy de Laso hechura,
Imitar á quien me honra.
Hoy apercibe su trompa
La veloz Fama, y su rueda
Tenga la Fortuna queda,
Porque mi bien no interrompa.
Que si deja de rodar,
No me podrá perseguir,
Pues el que piensa huir,
Suele mil veces bajar.
Vistos se han muchos audaces
Perderse por temerarios,
Y vencer muchos contrarios
Los prudentes y sagaces.
Prudencia y sagacidad
Me adornan, aunque soy mozo;
Que entre el nuevo y tierno bozo (1)
Da voces mi calidad;
La cual, con grave fervor,
Para que de ella me valga,
Me dice que al campo salga
Y que saldré vencedor.
Pues si es así, Tarfe fiero,
Apercíbete á la guerra;
Que sale á correr tu tierra
Un mancebo caballero;
El cual, por blasón y guía
Lleva ser enamorado
Del nombre santo y sagrado
De la gloriosa María;
Con el cual me voy á armar:
Y si este nombre me ampara,
¿Quién espero me hará cara,
Ni quién me osará mirar?
Porque claramente sé
Que es de los cristianos norte,
Y espada de agudo corte
Al que le falta su fe.
En vos, fuente de clemencia,
Mi esperanza y mi alma estriba:
Ahora bien, yo subo arriba
Á pedir al Rey licencia.

Vase.

Sale Tarfe.

TARFE.

Cristianos de Santa Fe,
Entre lienzos y cendales,
Como en vuestro muro fuertes
Al aire que los combate;
Vosotros, que de ser hombres
Os habéis puesto á pañales,
Con las mantillas de seda
Por lienzos de tantas partes;
Ovejas en los rediles,
Que á pacer con el sol nacen,
Ó paños en arpillera,
Ó trigo dentro en costales:
Si queréis saber quién soy,
Para que el són no os espante,
Como á mujeres paridas
Trueno ó campana que tañen,
Estadme bien advertidos,
Oid, oid, que soy Tarfe,
El sobrino de Almanzor,
Y del Alhambra el alcaide.
Las Alpujarras son mías,
Y los ricos Alijares,
Y tengo en Bibataubín
Mis armas en cuatro calles.
Estando en Granada ayer,
Llegó un cristiano arrogante
Que llamáis Pulgar vosotros,
Y tiene buenos pulgares,
No sé si diga en los dedos,
Que si bien entra, bien sale;
Pero sea lo que fuere,
Él vino á un hecho notable.
Clavó ayer en la mezquita,
Sobre sus conchas de alambre,
Ese rótulo que veis
Donde el caballo lo trae.
Quisieron salir á ello
De los moros principales,
Pero guardóse esta empresa
Para que yo la vengase.
Quisieron salir Zegríes,
Gomeles, Abencerrajes,
Abenzaides, Abenyucas,
Ametes, Abindárraez;
Pero yo vengo en su nombre,
Que soy de este peso Atlante,
Y así, á todos desafío,
Pobres, ricos, chicos, grandes.
Salga Fernando, el Rey vuestro,
Si más que el gobierno sabe,
Porque su Isabel le vea,
Que gusta de ver combates.
Salga ese Gran Capitán,
Los Girones y Aguilares;
Salgan aquestos Manriques,
Sotomayores, Suárez,
Que armados á tres y cuatro,
Y al mundo, si el mundo sale,
Tarfe reta y desafía
De villanos y cobardes.
Salgan aquí esos Maestres,
Los capilludos y frailes,
Esos que las cruces rojas,
Ó blancas, ó verdes, traen.
Cobrad vuestra Avemaría,

(1) *Gozo* dicen con error las ediciones antiguas.

Que no es mucho que la clave
Un cristiano en nuestras puertas
Si un moro ansina (1) la abate.
Pusísteisla á la vergüenza
Cuando queréis que se ensalce,
Como peso falso en horca:
¡Ved qué hazaña tan infame!
Aquí traigo el pergamino,
Cristianos viles, cobardes;
Que aquí desde el alba espero
Hasta las tres de la tarde.

Vase.

REY.

Casi he llorado de veros
En tal puesto, Virgen Madre,
Reina y Señora, á quien dijo
Tan alta palabra el Ángel.

REINA.

Y yo estoy ardiendo en ira
De que este moro se alabe
De hacernos aquesta ofensa
Y tratar tan mal un Ave.

GARCILASO.

Dadme licencia, señor,
Para que á la vega vaya (2);
Que yo quitaré la vida
Aquese bárbaro alarbe.

REY.

Garcilaso, sois muy mozo
Para empresa semejante;
Hay aquí otros caballeros
De más experiencia y partes.

GARCILASO.

No me lo neguéis, buen Rey;
Dádmela, que Dios os guarde,
Que también David fué niño,
Y matar pudo al gigante.

REINA.

Era milagro, García,
Y agora menos se hacen,
Después que esta nuestra fe
Confirmó con tantas paces.

GARCILASO.

Pues, señor, si no hay remedio,
Quiero á mi tienda bajarme,
Donde mis desdichas llore,
Mis años y mis pesares.

REY.

Á eso, en buen hora id.
¡Oh Virgen! ¡Que así os ultraje
Un moro que no os conoce,
Y de aquesa suerte os trate!
¡Dadme mis armas al punto!

MARTÍN.

Tente, señor, no te armes;
Escoge entre muchos uno,
Puesto que á muchos agravies;
Que aquí sobran caballeros,
Aunque los méritos falten
Para tan divina empresa,
Á quien los ángeles bajen.

REY.

Venid todos á mis tiendas
Porque lo demás se trate;
Que yo daré grandes premios
Á quien esta Ave me alcance.

Vanse.

Salen Garcilaso y criado.

GARCILASO.

Cíñeme esa espada.

CRIADO.

Ten.

GARCILASO.

¿Es la buena?

CRIADO.

Corta un hombre,
Puesto que armado le den.

GARCILASO.

¿Si os cobraré, santo nombre?
No merezco tanto bien.
Dame una lanza.

CRIADO.

Ésta es.

GARCILASO.

¿Es bueno el hierro?

CRIADO.

Extremado.

GARCILASO.

Dame una adarga ó pavés.

CRIADO.

Aquel escudo he sacado
Que viste ayer.

GARCILASO.

Muestra, pues.

CRIADO.

Dice: «Si Dios es con nos,
¿Quién dirá que es contra nos?»

GARCILASO.

Así lo dice esta letra.
¿Quién os sirve que no impetra,
Virgen, de vos ó de Dios?
Déjame solo con ella;
Que quiero á solas hablalla
Y como á tal adoralla;
Que es justo, pues hoy por ella
Al moro he de hacer batalla.

Vase el criado.

Virgen sagrada, que del alto seno
De la Divinidad fuiste enviada
Á poner al dragón el duro freno
Á su boca infernal, desenfrenada;

(1) En la edición de Valencia dice *ansina*. En la de Milán y otras pusieron *así*, con lo cual se destruye el verso.
(2) Falta el asonante.

Pítima (1) sacra, que al mortal veneno,
Que causó enfermedad tan bien curada,
Esposa del Esposo, Virgen Madre
Del Hijo, Hija del Eterno Padre;
Torre del gran David, huerto cerrado,
Ramo de paz, Linaloél (2) precioso,
Cedro hasta los cielos levantado,
Sol que guía y da luz al sol hermoso,
Palma que con su fruto delicado
Crió la vega aquel panal sabroso:
Dadme de vuestra gracia, que si venzo,
Á ser nuevo español, Virgen, comienzo.
Yo voy en nombre de la Virgen santa,
En cuyo nombre venceré al pagano;
Que si me ayuda y es mi dicha tanta,
Azote vengo á ser de Tarfe el vano.
Desde el postrer cabello hasta la planta
Siento un nuevo furor. Yo parto ufano.
Virgen, si me ayudáis, tengo por cierto
El rótulo en mi mano, á Tarfe muerto.

Vase.

Salen España y la Fama.

ESPAÑA.

Oye la voz de España, Fama ufana,
En quien tan breve término y sucinto,
Corona soy de la nación cristiana.

FAMA.

¿Quién eres tú, que al nuevo laberinto
De mi templo subiste?

ESPAÑA.

Fama hermana,
Yo soy hermana de Fernando quinto.

FAMA.

¡Oh España amiga! ¡Oh España belicosa!
¿Quieres de mi pendón alguna cosa?
Que aquí tengo tres raros españoles,
Á Bernardo del Carpio, al Cid famoso,
Ambos de nuestra España raros soles,
Y al gran Pelayo, norte luminoso,
Que en la tierra mi trompa eternizaba
Con voz suave y canto sonoroso;
Que aunque muertos, sus hechos infinitos,
Como ellos, en mi coro tengo escritos.
No menos en mi tierra y real teatro
Tengo, por su valor tan sin segundo,
Á ese valiente y fuerte Viriato,
Y á Isabel y á Fernando, luz del mundo,
Á quien confío con honroso trato
Darle á Granada, que en su honor me fundo.
Espero un Carlos quinto, un gran Filipo,
Para quien guardo á Apeles y á Lisipo.

ESPAÑA.

En mi español y granadino suelo
Un hazaña comienza un hijo mío
Que levanta mi nombre hasta el cielo:
Es tan ilustre hazaña, que confío
Que llegará su nombre en sólo un vuelo
Del abrasado signo al Norte frío,
Y en él tocando, por su fama ilustre,
Cobrará España nuevo honor y lustre.

FAMA.

Ya sale el libro y el estilo eterno.
Di, España, el caso.

ESPAÑA.

Ya te he dicho el caso,
Honor del siglo antiguo y el moderno.

FAMA.

¿Cómo es su nombre?

ESPAÑA.

Heroico Garcilaso,
De ilustre sangre y de valor supremo,
Puesto que en sus proezas voy de paso.

FAMA.

Venció este mozo en nombre de María.

ESPAÑA.

Pues, Fama, adiós.

FAMA.

Adiós, España mía.

Suena ruido de armas dentro, y salen Tarfe y Garcilaso.

TARFE.

¿Tú arrojarme del caballo?
¡Oh santo Alá!

GARCILASO.

¿Qué te espanta?

TARFE.

¡En un mozo fuerza tanta!
¡Quién pudiera imaginallo!

GARCILASO.

¿No ves que el cielo gobierna
Mis deseos y mis brazos?

TARFE.

Pues yo basto á hacer pedazos
Toda su máquina eterna.

GARCILASO.

Ríndete, moro blasfemo.

TARFE.

¿Tú, mozo, rendirme á mí?
¿Piensas que porque caí,
Tu débil espada temo?
¡Ah, Mahoma! ¿Qué es aquesto?

GARCILASO.

¡Valedme, Virgen María!

TARFE.

Cumplióse la profecía
De Ardano, cumplióse presto.
Por decirme con buen celo
Te maté, astrólogo Ardano,
Que me mataría un cristiano
Por una mujer del cielo.
¡Ah, María, vencedora,
Qué tarde te conocí!
Gravemente te ofendí,

(1) En la edición de Milán *victima;* pero es indudable que Lope escribió *pítima* (emplasto que se aplica sobre el corazón).
(2) En la misma edición *Líbano.*

Justamente muero agora.
¿Cómo te llaman, cristiano?

GARCILASO.

Garcilaso.

TARFE.

¡Ah, buen mancebo!
Consuelo en mi muerte llevo
Por ser muerto por tu mano.

GARCILASO.

Ya no te vale huir,
Que será tu muerte al doble.

TARFE.

No huyo, no, que soy noble;
Cara á cara he de morir.

Desde dentro:

Recibe, moro famoso,
La muerte.

TARFE.

¡Oh, Alá enemigo!

GARCILASO.

Cabeza, venid conmigo,
Y vos, rótulo precioso;
Humillarme quiero á vos
Por el nuevo vencimiento,
Y daros gracias sin cuento
Como archivo de mi Dios.
Tú, que las iras aplacas,
Domesticando á soberbios,
Diste á mis débiles nervios
Fuerza, y á mis venas flacas.
Á mi espíritu alentaste
Con esa gracia infinita,
Y en la morisma y mezquita
Un nuevo Samsón echaste.
Besaros quiero, y poneros,
Rótulo, en mi indigno cuello,
Echando á mi bien el sello,
Si es que alcanzo mereceros.
Ya música me aperciben,
Y viene todo el real;
Por vos, Madre celestial,
Con música me reciben.

Entran todos, y dice el Rey.

REY.

David valeroso nuevo,
Tan digno de otra Michol,
Fuerte y gallardo español,
Valentísimo mancebo,
De España y del mundo sol:
La antigua Jerusalén,
Israel, Judá, Belén,
Sale á gozarte triunfante,
Á ver el nuevo gigante
Y á daros el parabién.
Dadme esos brazos primero.

GARCILASO.

Ya he vencido al moro fiero.

REY.

Tal estrella os hizo guía;
Vos sois un gran caballero.

REINA.

Inmortal desde este día,
También os quiero abrazar.

CAPITÁN.

Á todos nos da lugar
En ese pecho esforzado.

GARCILASO.

Vuestro rótulo he cobrado
Fuerte Hernando del Pulgar.

PULGAR.

Mejor diréis: Yo le honré,
Dando nombre y calidad
Á mi empresa; esto es verdad,
Porque yo le cautivé
Y vos le dais libertad.
Hoy sois noble caballero
Del gran Tusón verdadero
De aquel Cordero divino,
Que, en efecto, el pergamino
Viene á ser piel de cordero.
Y como Cordero fué
En el vientre de María,
Hoy María en él se ve.

MARTÍN.

Á vuestro cuello este día
Corona y premio se dé,
Porque con tal provisión,
Carros, armas y blasón,
Os obedezca la fama,
Que ya de los nueve os llama
De la cristiana nación.

CONDE.

Muchos años os gocéis.

DAMA.

Á todas parte nos cabe,
Buen Garcilaso, del Ave
De que maestresala hacéis,
Diestro, gallardo y suave.

REY.

Doyles por armas el nombre
De María, porque asombre
Á todo el mundo esta hazaña;
Que á quien tan bien le acompaña,
Es bien que de ella se nombre.
Y pues al morillo infame
En la vega el cuello siega
Y el rótulo nos entrega,
De hoy más quiero que se llame
Garcilaso de la Vega.
Sea su esposa doña Ana,
Pues ya su afición es llana,
Y cuatro villas le doy.

REINA.

Y yo su madrina soy.

CAPITÁN.

Tal Apolo á tal Diana:

Hoy, de Alifa y de Celimo,
Que cristianos han de ser,
El bautismo se ha de hacer.

REY.

Que esto sucediese estimo,
Porque se aumente el placer.
Publíquese desde España
Á la tierra más extraña
Su nombre, volando el Ave;
Porque con esto se acabe,
Senado, la ilustre hazaña.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE «EL CERCO DE SANTA FE».

LOS COMENDADORES DE CÓRDOBA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOS COMENDADORES DE CÓRDOBA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS

Don Jorge, *Comendador.*
Don Fernando, *ídem.*
Don Luis, *caballero.*
Galindo, *lacayo.*
Don Fernando, *Veinticuatro de Córdoba.*
Rodrigo, *su esclavo.*
Doña Beatriz.
Doña Ana.
Antonia, *doncella.*
Esperanza, *esclava.*
Medrano, *criado.*
El rey D. Fernando.
Garcilaso de la Vega.
El Conde de Palma.
Hernando del Pulgar.
Don García de Toledo.
Dos Embajadores.

JORNADA PRIMERA.

Salen D. Jorge y D. Fernando, comendadores, y D. Luis, caballero.

DON JORGE.

Grande merced nos ha hecho
El Obispo mi señor.

DON FERNANDO.

Corresponde á su buen pecho,
Ha igualado á su valor,
Y su sangre satisfecho.

DON LUIS.

Que os trate como sobrinos,
¿Qué os admira, si sois dignos
De serlo del mismo Rey?

DON FERNANDO.

Por su sangre, á toda ley;
Que por lo demás, indignos.
¡Cuánto se ha holgado de vernos
Tan robustos y soldados!
(Que nos dejó niños tiernos)
Y tan cerca de ocupados
En militares gobiernos,
Y no con malas haciendas.

DON LUIS.

Y, más si tan altas prendas
A los méritos reduces,
Por buena sangre, las cruces,
Por obra, las encomiendas.
Ya tenía información
Que en Granada habéis servido
Al Rey en esta ocasión,
Y que han parejas corrido

Hazañas y obligación.
Huélgase en extremo en veros
Tan soldados y galanes,
Tan honrados caballeros,
Y que en tres mil capitanes
Hayáis sido los primeros.
Cuando agora me llamó,
Que os aprestase mandó,
Dos caballos, en que vais
Por la ciudad.

DON FERNANDO.

¿Vos pensáis
Salir, don Jorge?

DON JORGE.

Yo, no;
Que de Córdoba, en Castilla
Dicen los que al viento igualas,
Que por mucha maravilla
Nace el caballo con alas,
Y el hombre sobre la silla;
Y que el niño, aunque no entienda
Que es Córdoba flor de España,
Y apenas á hablar aprenda,
Sobre el caballo de caña
Sabe dar y quitar rienda.
Aquí, en ponelle los pies
Dicen que sabe el caballo
Si es el hombre cordobés,
Para querello y amallo,
Y al revés si no lo es.
Y porque no me inquïete,
Más quiero, aunque me promete
Tan buen padrino á mi lado,
Ser á pie galán soldado,
Que á caballo mal jinete.

DON FERNANDO.

Yo soy de tu parecer,
Y no salir en lugar
Que cualquier niño ó mujer
Sabe picar ó parar,
Pies, cuerpo y brazo, al correr.

DON LUIS.

No burléis por tales fines
Los caballos y aderezos
Que están en esos patines
Con bandas á los pescuezos
Y listones á las crines;
Jaeces, que es un tesoro
Su valor, obra de un moro
Famoso entre los Ganzules;
Caparazones azules
Bordados de plata y oro.
Entrad, veréis cuál están,
De española furia llenos,
Un bayo y un alazán
Desempedrando el zaguán
Y jabonando los frenos.
Parece que están diciendo
Que hasta salir no se aplacan,
Y entre el espumoso estruendo,
Á vueltas están comiendo
La misma sangre que sacan.

DON JORGE.

No hemos de salir en ellos.

DON LUIS.

No hagáis así burla de ellos;
Mirad que se correrán,
Estando ya en el zaguán,
Si los vuelven sin correllos.

DON FERNANDO.

Póngannos dos, por tu vida,
Más mansos.

DON LUIS.

¿Cómo?

DON FERNANDO.

Á la brida.

DON LUIS.

Creo que de mí os burláis;
Mejor es que los pongáis
En carrera que en corrida.

DON JORGE.

Dejadlos, don Luis, así;
Que os aseguro de mí,
Que á Córdoba no le pese
De verme.

DON FERNANDO.

Descuido es ése,
Don Jorge, estando yo aquí,
Viendo en fiestas hoy acaso
Con caña, con lanza ó luz,
Al veloz curso ó al paso
Subir caballo andaluz,
Si fuere el mismo Pegaso.
En cualquier nave me engolfo,
Ni temo estrecho ni golfo,
Con todo me estrello y rifo;
Domar puedo al Hipogrifo,
Como se dice de Astolfo.

DON LUIS.

Pues alto: no desconfíes:
Venga algún paje que os calce.

DON FERNANDO.

Traedme unos borceguíes.

DON JORGE.

Á mí, la humildad me ensalce.

DON FERNANDO.

¿Ya de mis retos te ríes?
Córdoba hará que me vengue.

Sale Galindo, lacayo, la capa al brazo y la espada desnuda, y dicen dentro:

¡Aparta, aparta!

GALINDO.

No importa:
¡Téngase, señor perrengue,
Ó haré que Juan de la Horta
Los dos ojos le derrengue!

DON JORGE.

¡Vive el Señor, que es Galindo!
¡Ah, borracho!

GALINDO.

¡Mentís, loco!

DON JORGE.
¿Hablas conmigo?
GALINDO.
Al decillo,
¿Me hablaste?
DON FERNANDO.
Detente un poco:
¿Con quién lo has?
GALINDO.
Con un grillo.
DON JORGE.
Envaina ya, majadero.
GALINDO.
Manda á la cólera tú
Que me deje.
DON JORGE.
Está hecho un cuero.
¿Tú espada en casa? ¡Jesú!
¿Hoy venido, y hoy grosero?
GALINDO.
Repórtome.
DON JORGE.
Si al balcón
Saliere el Obispo.....
DON FERNANDO.
Es llana,
Galindo, tu perdición.
GALINDO.
Reportéme con cuartana:
¿No sabe que soy león?
DON FERNANDO.
Iremos á un hospital
Por ella.
DON JORGE.
Di lo que fué.
GALINDO.
No queréis al hombre mal,
Según en esto se ve.
DON JORGE.
¿Veis éste? No tiene igual:
Es mi privado y querido.
DON FERNANDO.
Cuenta, necio, lo que ha sido.
DON JORGE.
Di presto lo que ha pasado.
GALINDO.
¿Resuello por algún lado?
Que creo que vengo herido.
DON JORGE.
Miradlo, Fernando, vos.
DON FERNANDO.
No tienes, nada, ¡por Dios!
DON JORGE.
¿Qué has tenido, mentecato?
GALINDO.
¡Ay, que fué con un mulato!
DON JORGE.
¡Buenos estaban los dos!
GALINDO.
Como si yo fuera un payo,
Y el cocinerillo obispo,
Me dijo, sacando el bayo:
«¿Es este puerco el lacayo
Del sobrino del Obispo?»
«Callad, le dijeron dos
Que estaban con el guillote,
Que es más valiente que vos.»
«Gana me da, ¡vive Dios!
Dijo, de asille un bigote.»
Y entonces la rienda arrojo,
Y acercándome, desato
La lengua con este enojo:
«Si está preñado el mulato,
Llegue, cumplirle he su antojo.»
«Los negros, dijo, no son
Judíos, y es argumento
Que aprueba bien la cuestión,
Que hubo en el Nacimiento
Negros, y no en la Pasión.»
Yo entonces, con algún brío,
Le dije: «Perro, no ladre;
Que bien puede ser judío
Por la parte de su madre,
Y basta ser gusto mío;
Que él no es fino de Segovia,
Sino muy bajo cinqueno.»
Replica, y el cuerpo agobia:
«Judío veinticuatreno,
Con más faldas que una novia,
Tómeme esta bofetada»;
Y dióme con el sombrero.
Yo arranco la acicalada,
Y ya fuera el negro harnero,
A no ser por gente honrada.....
¡Sal aquí, perro!
DON FERNANDO.
Está quedo.
DON LUIS.
Bien os podéis sosegar;
Que yo le haré castigar.
DON FERNANDO.
La mano le habéis de dar;
. . . . . (1).
Que es un mozo de caballos
De casa, y hombre de bien.
DON JORGE.
Los nuestros, don Luis, nos den.
DON FERNANDO.
Haced al patio sacallos.
Y tú con nosotros ven.
DON JORGE.
¿Adónde, Fernando, iremos?
DON FERNANDO.
A visitar nuestra prima,
Que harta obligación tenemos.
DON LUIS.
Y aun es la prima más prima
Que en Córdoba visto habemos.
DON JORGE.
¿Es hermosa?

(1) Falta un verso en esta quintilla.

DON LUIS.

Un ángel bello;
En rostro, manos y cuello,
Vence alabastro y jazmín;
Toda es bellísima, al fin,
Desde los pies al cabello.

DON JORGE.

Pésame muy en extremo
Que esté ausente el Veinticuatro;
Que ya el recatarse temo,
Y yo su fama idolatro,
Y en su memoria me quemo.

DON FERNANDO.

¿De qué se ha de recatar
Siendo sus primos?

DON LUIS.

Por dar
Ejemplo de casto pecho;
Que con hermanos lo han hecho
Otras del mismo lugar.

DON FERNANDO.

Aquésos son disparates;
De verla es justo que trates,
Ó tómelo mal ó bien.

DON JORGE.

Haz, Galindo, que nos den
Borceguíes y acicates.

Vanse.

Salen el rey D. Fernando, Garcilaso de la Vega, el Conde de Palma, Hernando del Pulgar y D. García de Toledo.

REY.

Estoy, nobles caballeros,
De vosotros bien servido,
Pues vuestros blancos aceros
Habéis en sangre teñido
De aquellos bárbaros fieros.
Y aunque es de Dios la victoria,
Él quiere que vuestra gloria
No se obscurezca de olvido,
Pues habéis engrandecido
La fe con tan larga historia.
Ya poseo la Granada,
Que tan agria, áspera fué,
Dulce, madura y cortada,
Y de católica fe
La cabeza coronada.
Costóme mucho el venir
Á podella conseguir,
Después de tan larga guerra;
Que estaba en nevada sierra,
Tan áspera de subir.
Débeseos, Conde de Palma,
Mucha parte de la empresa;
Ya desa palma no es palma
El fruto que antes profesa;
Granada lleva esa palma.
¿Quién vió palmas con granadas?
Pero así suele ingerillas
El corte de las espadas,
Y á vuestra frente rendillas,
Todas de palma enlazadas.

CONDE.

Señor, si la palma mía
Os diera aquesta Granada,
Ó en palma vuestra podría;
Pero fué palma sembrada,
Que ha dado el fruto tardía.
Perdonad su rustiqueza;
Que humillarse á Vuestra Alteza
Tiene por mayor hazaña.

REY.

Antes es palma de España,
Que ha de ceñir su cabeza.
Vos, Hernando del Pulgar,
Creedme, que eternamente
Vuestra hazaña singular
Vivirá de gente en gente,
Desde el nuestro al Indo mar.
Que el Ave, por quien tan ciertas
Vemos nuestras peticiones,
De estas vidas, en Dios muertas,
Ya que no en los corazones,
La clavastes en las puertas.
Fuisteis un Marte Gabriel,
Que con la embajada escrita,
Tanto os parecéis á él.

PULGAR.

Quien al moro se la quita,
Más tiene del Ave y dél.
Si clavé el Avemaría
En las puertas de Granada,
De Garcilaso podría
Loarse más ser quitada
Al moro que la traía.

GARCILASO.

Vos habéis dado sujetos
Á la fama en qué emplearse,
Y á los poetas concetos,
Porque más debe loarse
La causa que los efetos.
Vos la disteis á mi empresa.

REY.

Con vuestra alabanza cesa
La que á entrambos puedo dar.

GARCILASO.

Mis armas ha de envidiar
El cielo.

REY.

Harta gloria es ésa.

GARCILASO.

Ya luce el Avemaría
En mis banderas y escudos,
Donde el sol detiene el día.

REY.

¿Por qué nos tenéis tan mudos
Vuestros hechos, don García?
¿Ó han de ir éstos como salva,
Y de vuestro sol el alba,
Que á mí encarecerlo puedo?

Hablad, famoso Toledo,
Honor de la casa de Alba.

DON GARCÍA.

Entre tales caballeros,
¿Qué puedo, señor, decir?

REY.

El que fué de los primeros
En hacer y proseguir,
Se alaba de los postreros;
No fué vuestra espada en blanco,
Ni fué vuestra lanza mimbre;
Que ya llega al cielo franco,
El ángel azul y blanco
De vuestro dorado timbre.
Hoy queda por vos el nombre
De Toledo eternamente,
Adonde la vida asombre
De ver un hombre excelente,
Si quien es tan grande es hombre.

PAJE.

Aquí, Rey invicto, está
Don Fernando el Veinticuatro
De Córdoba, que hoy se va,
Y de Écija tres ó cuatro
Hidalgos.

REY.

Descansen ya.
Vuélvanse á sus casas todos,
Pues volvieron de mil modos
Por España y por su honra,
Desde la infamia y deshonra
Del primer rey de los godos.
¿Quién son?

PAJE.

Esteban Sarmiento,
Y Pedro Trillo.

REY.

Este Trillo
Es hombre de mucho cuento:
Un su abuelo, con un trillo
Dicen dió la muerte á ciento.

PAJE.

Martín Fernández, también,
De Bohorques, está aquí.

REY.

¡Qué gran soldado!

DON GARCÍA.

Harto bien
Pelear, señor, le vi
Con la espada de Jaén.
Valientes hombres han sido
Todos los de este linaje.

REY.

Muy bien los he conocido.
Entre el Veinticuatro, paje.

Sale el Veinticuatro.

VEINTICUATRO.

Los pies, gran señor, te pido.

REY.

¿Qué es esto, Fernando?

VEINTICUATRO.

Ya,
Que Granada y sus extremos
Por tuya, señor, está,
El sosiego en que te vemos
Licencia á todos nos da,
Y á venírtela á pedir
Para volver á mi casa,
Si aquí no te he de servir.

REY.

Á la guerra que aquí pasa,
La paz se debe seguir.
Vete, Fernando, y descansa
Con tu mujer, que ya es justo.

VEINTICUATRO.

Nunca el servirte me cansa,
Pero da el ocio disgusto
Si Marte la furia amansa.
Y en los que somos casados
Corre más la obligación
De la patria, y los cuidados
De acudir á los que son
Forzosos, y no excusados.
Córdoba te dió sus hijos,
Que en conquistar esta tierra
Has visto firmes y fijos,
Más para andar en la guerra,
Que para los regocijos.
Ya la guerra se acabó;
Las fiestas tendrélas yo
Con mi familia, si mandas.

REY.

Para tan justas demandas
No puedo decir de no.
Siento apartarte de mí,
Que sabes que te estimé.

VEINTICUATRO.

Siempre, señor, os serví,
Siempre esa luz mi sol fué,
Y como sombra os seguí.
No he podido daros más,
Siendo mi caudal tan poco.

REY.

En fin, Fernando, ¿te vas?

VEINTICUATRO.

Señor, mi intento revoco;
Ni me voy, ni iré jamás.
Hagamos, señor, aquí
Tres tabernáculos juntos.

REY.

Ahora bien, justo es así;
Muévase amor en dos puntos,
Aunque haya distancia en ti.
Vete á ver tu casa, y lleva
Este anillo de mi mano

VEINTICUATRO.

Haces de Alejandro prueba;
Que honrar á un tosco aldeano
No es en reyes cosa nueva.
Guardaré aqueste diamante,

Que en tu servicio lo soy
Tanto más firme y constante,
Que puedo labrarle hoy
Mejor que su semejante.
Si el anillo antiguamente
Era de prisión señal,
Esa tendré eternamente;
Que de Aguila tan Real
Ser presa, es honra excelente.
El amor y obligación
De dármele, engastar puedo
En el alma, que es razón,
Y el oro y piedra, en el dedo
Que llamán del corazón.
Y será este anillo así,
Por el venturoso hallazgo
De la libertad que dí,
Vínculo en mi mayorazgo,
Y piedras de amor en mí.
Y deste círculo puedo
Decir, que al cielo segundo
Más obligado le quedo,
Pues puede abrazar un mundo,
Y se ha cifrado en mi dedo.
Mas como el móvil primero
Trae á los cielos tras sí,
Así de este anillo espero
Que traerá mi amor tras ti,
Del primer punto al postrero.
Mejor le pudo emplear
En Hernando del Pulgar
Vuestra Alteza, que en mí, indigno,
Porque este anillo era digno
De tan famoso pulgar.
Garcilaso de la Vega
Esa piedra ha merecido
En la mina de su vega,
Pues de su mina ha salido
Piedra que la vista ciega.
También al Conde de Palma
Este anillo soberano
Diera mejor sangre y alma,
Para palma de tal mano,
Y por mano de tal palma.
Don García de Toledo,
Que es tan heroico español,
Tuviera, mejor que puedo,
Este círculo de Sol
En el Alba de su dedo.
Pero en fin, ha amanecido:
No quiero decir en mí;
Que en toda Córdoba ha sido.

REY.

Que lo merecisteis vi,
Que estoy de vos bien servido.
Id, Fernando, á vuestra casa.

VEINTICUATRO.

Beso á Vuestra Majestad
Los pies por merced que pasa
Más distancia á mi humildad,
Que hay una gloria sin tasa.

REY.

Á Córdoba escrito tengo:
Hablad á mi secretario.

VEINTICUATRO.

Ya el recibiros prevengo.

REY.

Poco será necesario
Si no es que aquí me detengo.
En Toledo me veréis;
Que me da priesa Toledo.

VEINTICUATRO.

Guárdete el cielo.

REY.

El que veis
Es hombre de quien fiar puedo
Cuanto conquistado habéis.

DON GARCÍA.

Conocido es su valor.

REY.

Salgamos al corredor:
Despacharé los soldados,
Para partir aprestados.

CONDE.

¡Gran merced!

GARCILASO.

¡Bravo valor!

Vanse.

Salen D.ª Beatriz y D.ª Ana.

ANA.

Gallardo acompañamiento.

BEATRIZ.

En esta ausencia celosa
Del Veinticuatro, no hay cosa
Que pueda darme contento.

ANA.

Buena ha sido la carrera;
Bien la ha pasado don Juan.

BEATRIZ.

Es por extremo galán,
Si él mismo no lo supiera.

ANA.

¡Qué lindo sacar de mano
Al parar sobre los pies!

BEATRIZ.

Harto lindo todo es,
Si no fuera lindo y vano.
Don Pedro, que es más robusto,
No me ha parecido mal.

ANA.

No tiene tu gusto igual,
Mas no hay disputas en gusto.
En fin, ¿robusto ha de ser?

BEATRIZ.

Y lo contrario te asombre;
Que no es bien que tenga el hombre
Semejanza de mujer.

ANA.

¿Que así don Luis te agradó?

BEATRIZ.

Flojo es, aunque es bien hecho.

ANA.

Pon á esas rejas el pecho;
Que un forastero pasó.
Esperanza viene aquí.

Sale Esperanza, esclava.

BEATRIZ.

Más quisiera mi esperanza,
Aunque mi deseo alcanza.....
¿Búscasme?

ESPERANZA.

Señora, sí.

BEATRIZ.

¿Qué quieres?

ESPERANZA.

Dos caballeros
Entran en el patio agora.

BEATRIZ.

Si ¿es tu señor?

ESPERANZA.

No, señora;
Que parecen forasteros.

BEATRIZ.

Y ¿traen pajes?

ESPERANZA.

Tres ó cuatro.

BEATRIZ.

Mis primos son, así me goce (1).

Sale Galindo.

GALINDO.

¿Vive aquí el dos veces doce?

ESPERANZA.

¿Quién dices?

GALINDO.

El Veinticuatro.

BEATRIZ.

¿Eres de mis primos?

GALINDO.

Soy:
Si das licencia, entrarán.

Salen D. Jorge y D. Fernando.

DON JORGE.

Á tus pies, señora, están.....

DOÑA BEATRIZ.

Bueno: mis brazos os doy,
Primos míos.

DON JORGE.

Mi señora.....

DOÑA BEATRIZ.

Muy bien venido seáis:
¿Cómo venis? ¿Cómo estáis?

DON JORGE.

En mi vida como agora.
Vos, mi señora, ¿estáis buena?
Á vuestro servicio estoy.

DON FERNANDO.

Agora, pues menor soy,
Os hablo.

DOÑA BEATRIZ.

Hablad norabuena.

DON FERNANDO.

Pues don Jorge ha preguntado,
Prima, vuestra salud ya,
Don Fernando ¿cómo está?

DOÑA BEATRIZ.

Para partirse aprestado.
Saca unas sillas aquí.

DON FERNANDO.

¿Tenéis carta?

DOÑA BEATRIZ.

Habrá tres días.

DON JORGE.

¡Oh, tristes desdichas mías!
¿Dónde me lleváis así?

ESPERANZA.

Las sillas están ya puestas.

DOÑA BEATRIZ.

Sentaos: llegá esta almohada.

DON JORGE.

Alma confusa y turbada,
¿Qué novedades son éstas?

DON FERNANDO.

¿Quién es, señora, esta dama?

DOÑA BEATRIZ.

Sobrina de mi marido.

DON FERNANDO.

Buen talle tiene.

DOÑA BEATRIZ.

Escogido.

DON FERNANDO.

Así doña Ana se llama:
Pues sepa vuesa merced,
Que le soy muy servidor.

DOÑA ANA.

Muy bien me debéis, señor,
Hacerme tanta merced.

GALINDO.

Y ella, prima, ¿no me habla?

ESPERANZA.

Quítese allá.

GALINDO.

¿Para qué
Puntillos? que la daré
Coz, que la deje sin habla.

ESPERANZA.

¡Qué bien! ¡Gentil cortesía!
¿Ya haces del fanfarrón?

GALINDO.

Es ésta mi condición.

ESPERANZA.

Pues sepa que no es la mía.

GALINDO.

Una prima, puedo yo
Tratalla á mi gusto ya.

ESPERANZA.

¿Yo prima? ¿De cuándo acá?

(1) Sobra una silaba en este verso. Probablemente Lope escribiria *tal* en vez de *si*.

GALINDO.
Luego ¿no?
ESPERANZA.
No.
GALINDO.
¡Lindo no!
Luego donde un (1) amo honrado
Tiene alguna prima honrada,
¿No viene á ser la criada
La prima de su criado?
ESPERANZA.
¡Extremada obligación!
GALINDO.
¿Cómo te llamas? ¿Lucía?
ESPERANZA.
No tengo nombre.
GALINDO.
¡Porfía!
¡Ea, prima de un ladrón!
Si eres Francisca, comienzo
Cuatro efes que tendrás:
Fría, fea y flaca serás.
ESPERANZA.
Mas qué, ¿te llamas Lorenzo?
GALINDO.
Aquí traigo el sobrescrito.
ESPERANZA.
No que cuatro eles tuvieras,
Porque loco y ladrón fueras.
GALINDO.
¿Y la cuarta?
ESPERANZA.
Lacayito.
GALINDO.
¡Vive Dios, que eres del potro,
Aceituna cordobesa!
Toca, perra.
ESPERANZA.
De hablar cesa.
GALINDO.
Ea, esas burlas con otro.
DON JORGE.
¿Hay mayor desdicha que ésta?
¡Que hable con quien no quiero,
Y que á Beatriz, por quien muero,
Haga don Fernando fiesta!
DON FERNANDO.
¿Hay suerte más inhumana?
¡Que á Beatriz toque la mano,
Y que don Jorge, mi hermano,
Esté hablando con doña Ana!
DON JORGE.
Don Fernando.....
DON FERNANDO.
¿Qué hay?
DON JORGE.
Oid,
Con licencia de mi prima.

(1) En la edición antigua, *algún*, lo cual destruye el verso.

DOÑA BEATRIZ.
¡Que así de un mirar se imprima
Tan fiero amor!
DON JORGE.
Advertid.....
DOÑA BEATRIZ.
Pues doña Ana ¿qué os parece?
¿No es don Jorge muy galán?
DOÑA ANA.
Por don Fernando se van
Los ojos, que me enloquece.
DOÑA BEATRIZ.
Ya por concertado pase
Tan desigual parecer:
¡Venturosa la mujer
Que con don Jorge se case!
DOÑA ANA.
¿Qué dicha se igualaría
A la que le quepa en suerte
Don Fernando?
DON FERNANDO.
Pues advierte
Que doña Ana esté por mía:
Y pues mi prima te agrada,
Como me has encarecido,
Dichosa elección ha sido.
DON JORGE.
¿No es perfecta?
DON FERNANDO.
Es extremada (1).
DON JORGE.
Hete hecho levantar
Porque vuelvas á sentarte,
Hermano, en esa otra parte,
Y yo en el mismo lugar.
Ya, señora, hemos hablado;
Perdonad la grosería,
Y más la que es propia mía,
El sentarme á vuestro lado.
DOÑA BEATRIZ.
Es ventura para mí,
Tan cerca poderos ver;
Podrá el alma responder,
Que os tiene cerca de sí.
DON FERNANDO.
Como mudé de lugar,
Mudé también de ventura,
Aunque de vuestra hermosura
Temo que me ha de abrasar.
DOÑA ANA.
Antes pienso que os enfría,
Según lo poco que os mueve.
DON FERNANDO.
Pues seréis como la nieve,
Que abrasa de puro fría.
ESPERANZA.
De esta vez digo mi nombre.

(1) Falta el *es* en la edición antigua, pero es necesario para el verso.

GALINDO.

¿Y es, en efecto?

ESPERANZA.

Esperanza.

GALINDO.

¿Cómo en la misma mudanza
Quieres que la tenga el hombre?

ESPERANZA.

Tenga de que soy fiel.

GALINDO.

Serás, si no me he engañado,
Esperanza de ahorcado,
Que la tiene en el cordel.

ESPERANZA.

Di tu nombre.

GALINDO.

Ya me rindo,
Por no ser altivo ingrato;
Tiene el principio de gato,
Todo lo demás es lindo.

ESPERANZA.

Galindo te has de llamar.

GALINDO.

Añade á servicio tuyo;
Mas di, ¡por Dios! ¿tienes ayo (1),
Ó puede el hombre hablar?
Mira que soy valentón,
Como es á todos notorio,
Y que traigo un locutorio
De monjas por guarnición;
Y hoy he rompido á un mulato
Cinco dientes y tres muelas.
¿De declararte recelas?
¿Qué te espantas?

ESPERANZA.

Oye un rato.

GALINDO.

¿Qué tengo de oirte, penca?

ESPERANZA.

Hombre tengo á mi disgusto;
Que por lo que toca al gusto,
Por mi fe, que estoy mostrenca.

GALINDO.

¿Es machucho ó moscatel?

ESPERANZA.

Brios de bellaco tiene.

GALINDO.

Hágote voto solene,
Que pueden doblar por él.

DON JORGE.

Prima, á quien el cielo ha puesto
Con tan divino primor,
Al instrumento os he puesto,
Que admirándose el pintor,
Rompió la estampa tan presto,
De cinco cuerdas, que son
Sentidos del corazón,
Y ella del alma los trastes;
Pero de éstos vos llevastes
Los ecos de la razón.
No sé, prima, cómo ha sido
Haberos puesto en la puente,
No por ser falso el sonido
De mis ojos, si en la frente
Dice amor que voy perdido,
Mas porque al honor disuena
Una segunda de pena,
Y una tercera de injuria,
Que dando á la cuarta furia,
Llega á la quinta la pena.
Ojos, manos, lengua, oídos,
Harán cuerdas; mas ya tocas
De diferentes sonidos:
Con tal primor, cuerdas locas,
¿Quién templará dos sentidos?
Pues en tan breve distancia,
Es la menor disonancia
Aventurar alma y vida;
Pero de tu mano herida,
Hará el morir consonancia.
Será cisne mi instrumento,
Cantando en la muerte ufano,
Si canta mi atrevimiento,
Porque tal prima y tal mano,
Harán un divino acento.
Romped mi vihuela en mí,
Que el mismo cielo la estima
Y la toca desde allí.
. . . . . (1).

DOÑA BEATRIZ.

Por armonía tan alta
Yo no sabré responder,
Pero suplirá el querer
De la respuesta la falta:
Contentaos con esto, y ved
Que es tarde, aunque para mí. . .

DON JORGE.

Dejadlo estar, prima, así;
Á vuestro asiento os volved.
¡Hola! Apercibí esa gente.
¿Qué nos mandáis?

DON FERNANDO.

¡Bueno voy!
Doña Ana, palabra os doy
De amaros eternamente.

DON JORGE.

Sepa yo de don Fernando,
Prima, nuevas cada día.

DOÑA BEATRIZ.

Ni ya tenerlas querría,
Ni pienso estarle aguardando.

DOÑA ANA.

Vos veréis por la ciudad
Cosas que más gusto os den.

DON FERNANDO.

¡Mal fuego me abrase, amén,
Si á otra dé mi voluntad!

(1) Falta la rima.

(1) Faltan los dos últimos versos de esta quintilla

GALINDO.
Esperanza, adiós.
ESPERANZA.
Adiós.
GALINDO.
Lo dicho, dicho.
ESPERANZA.
Está bien.
GALINDO.
¿Querrásme?
ESPERANZA.
Sí.
GALINDO.
¿Bien?
ESPERANZA.
Muy bien.
GALINDO.
¿Esta noche?
ESPERANZA.
Sí, á las dos.

Vánse.

Sale el rey D. Fernando y caballeros.

REY.
Si esto es así, no es justo detenerme;
Haced que esté aprestada la partida:
Écija me perdone, Jaén y Cordoba,
Que me llama Toledo muy aprisa,
Y las palabras de esta dulce carta.
CONDE.
Toda esta tierra siente tu partida,
Desde Genil al Betis, que se cubren,
En vez de luto, de espadañas y árboles;
Pero Castilla, de tus plantas huérfana,
También, invicto Rey, te llama á voces.
GARCILASO.
No niegues este bien á quien te llama,
Y á tu leal Castilla, que desea
Verte triunfar, como á su Octavio Roma,
Después de tantas guerras y conquistas:
Cuelga la espada, valeroso Príncipe,
En tanto que tus reinos y vasallos
Están en blanda paz gozando á Numa;
Y en los famosos templos las banderas
De tantos enemigos humillados.
Si á tu humildad no fuera pesadumbre,
Castilla hiciera, el tiempo que le queda,
Arcos, columnas, carros y pirámides,
Con mejores renombres y atributos.
REY.
Partirme es fuerza: adiós, ciudad insigne,
Que tanto me costáis de angustia y pena;
Estadme agradecida, pues os saco
De esclava de Mahoma y doy á Cristo,
En quien estáis como señora hermosa;
Ya no sois de los bárbaros cautiva,
Ni daréis voces, ofendiendo al cielo;
Que sola érades vos la desdichada,
Siendo en España vos la más granada.

Vanse.

Sale el Veinticuatro, de camino, y criados.

VEINTICUATRO.
Llama á esa puerta, Medrano.
MEDRANO.
Las mulas, con el rüido,
Han despertado el oído
De quien no te guarda en vano.

Salen Rodrigo, esclavo, Esperanza y D.ª Ana.

VEINTICUATRO.
¡Que ya en mi casa me veo!
RODRIGO.
Dame esos pies.
VEINTICUATRO.
¡Oh, Rodrigo!
RODRIGO.
¿Cómo vienes?
VEINTICUATRO.
Bueno, amigo;
Ya se cumplió mi deseo.
¿Cómo estás, Esperancica?
ESPERANZA.
Ya, con verte, mi señor,
De tu esperanza y favor
Está mi esperanza rica.
DOÑA ANA.
Con lágrimas en los ojos
Os recibe mi alegría.
VEINTICUATRO.
¡Oh Ana! ¡Oh sobrina mía!
DOÑA ANA.
Ya os perdono los enojos
Que de no me haber escrito,
Señor mío, me habéis dado.
VEINTICUATRO.
¿Estás buena?
DOÑA ANA.
Triste he estado.
VEINTICUATRO.
¿Y ahora?
DOÑA ANA.
Alegre infinito.
ESPERANZA.
Mi señora viene ya.

Sale D.ª Beatriz.

VEINTICUATRO.
¿Cómo, mi bien, la postrera?
DOÑA BEATRIZ.
Si el placer lugar me diera,
Y el alma, que en vos está,
Por la ventana saltara
Ó por este corredor.
Gracias á Dios, mi señor,
Que ya veo vuestra cara:
Otro abrazo os quiero dar.
¡Jesús, qué bueno venís!
VEINTICUATRO.
¿Estáislo vos?

DOÑA BEATRIZ.
¿Qué decís?
Pues con vos, ¿no lo he de estar?
Si muerta ahora estuviera
Y esta mano me tocara,
Al mundo otra vez tornara
Y por milagro viniera.
VEINTICUATRO.
El placer os da licencia
Para decir imposibles.
DOÑA BEATRIZ.
Y el haber sido terribles
Los sentimientos de ausencia.
Dadme, mi bien, esas manos.
VEINTICUATRO.
Dejad ya tantos excesos.
DOÑA BEATRIZ.
¿Qué hay de salud y sucesos?
VEINTICUATRO.
Que en Córdoba estamos sanos.
Veisnos aquí, que, ¡por Dios!
Que no comen cordobeses
Los moros.
DOÑA BEATRIZ.
Son los arneses
De acero, y diamante en vos.
Y vos, Medrano, ¿venís
Con salud?
MEDRANO.
La que me das.
VEINTICUATRO.
Desde hoy le tened en más:
De gente hidalga os servís;
Que allá ha muerto su morillo,
Y aun pienso que más de dos.
DOÑA BEATRIZ.
¿Valiente sois?
MEDRANO.
Sí, ¡por Dios!
Mi señor puede decillo.
DOÑA BEATRIZ.
¿Habéis allá regalado
Al Veinticuatro muy bien?
MEDRANO.
Sin ti, aunque el mundo le den;
Pero téngole obligado.
DOÑA BEATRIZ.
Quitadle aquellas espuelas,
Dadle ropa, descalzalde.
VEINTICUATRO.
No llego á mi casa en balde.
RODRIGO.
Espérate, quitarélas.
VEINTICUATRO.
Déjalas estar, Rodrigo;
Que he de ir á besar los pies
Al Obispo.
DOÑA BEATRIZ.
Iréis después,
Que ahora os quiero conmigo;
Esta noche descansad.
VEINTICUATRO.
La obligación es por vos.
DOÑA BEATRIZ.
Pues mejor me ayude Dios,
Que vos rondéis la ciudad.
¿Hay á quién dar alegría
Y recibir parabién?
VEINTICUATRO.
Alto: una ropa me den:
No haya más, señora mía.
¿Qué hay que cenar, Esperanza?
ESPERANZA.
Señor, como no supimos
Que venías, no tuvimos
Más que la honesta pitanza;
Pero no te dé cuidado,
Que no falta un perdigón
Con que se gaste un limón,
Sobre un torrezno cortado;
Dos conejos hay en casa.
VEINTICUATRO.
¡Oh pesar de mi capote!
Yo quiero entrar hoy á escote:
Luego al momento los asa.
¿Eso dices que no es nada?
ESPERANZA.
Matarte puedo un capón.
VEINTICUATRO.
No gastes otro limón.
ESPERANZA.
También tengo una empanada.
VEINTICUATRO.
Mas matalle: y ¿de qué? di.
ESPERANZA.
De palominos, señor.
VEINTICUATRO.
No en balde te tengo amor:
Ahorrándote vas así.
Si yo muero con mi lengua,
No servirás á hombre vivo.
¡Oh, cuánto gusto recibo!
¿Quién pone en casarse mengua?
¿Quién era aquel ignorante
Que habló mal del casamiento?
¿Tiene otro estado el contento
Que ahora tengo delante?
El que está más enfadado,
Pruebe alguna vez siquiera
A hacer que viene de fuera:
Verá lo que es ser casado.
Miren aquí mi familia,
Mis criados y mujer,
Reventando de placer,
¿Qué hay de Juan? ¿Qué hay de Sicilia?
Todos los he de abrazar,
Que, aunque negros, gente son.
RODRIGO.
¡Qué bondad! ¡Qué condición!
DOÑA BEATRIZ.
Rabiando estoy de pesar.

VEINTICUATRO.

Hasta los perros parece
Que alegra verme en mi casa.
¿Qué piensa quien no se casa?
La libertad envejece.
¡Oh, alegre y dichoso estado!
Si la cabeza me duele,
Tengo al fin quien me consuele,
Que es, mi mujer á mi lado.
Siente, en efecto, mi mal,
Alégrase de mi bien,
Y, en efecto, tengo quien
Lo sienta con rostro igual.
Si me ausento, me desea,
Si vengo, me da sus brazos,
No con fingidos abrazos,
Como de otros bien se crea.
Mira mi hacienda, y regala,
Es médico y es consuelo:
Si es buena, es prenda del cielo,
Y del infierno si es mala.
Vamos, hijos, á cenar,
Descalzadme: acostaréme.

Vase.

DOÑA BEATRIZ.

¿Quién esto escucha y no teme,
Doña Ana, en qué ha de parar?

DOÑA ANA.

Anda, señora, no temas;
Que de aquestos engañados
Tiene amor muchos culpados.

DOÑA BEATRIZ.

Cuanto me hielo, me quemas.
¡Oh, nunca hubiera venido!
¿Qué hará don Jorge esta noche?

DOÑA ANA.

Cuando la ronde de noche (1),
Sufrirá, que es tu marido.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay de la que ha de fingir
Gusto con quien no le tiene!

DOÑA ANA.

Y ¿qué le diré si viene?

DOÑA BEATRIZ.

Que sufra el verme morir.

Vanse.

Sale D. Jorge con capa y rodela, como de noche.

DON JORGE.

Deseando estar dentro de vos propia,
Señora, por saber si soy querido,
Miré ese rostro, que del cielo ha sido,
Con estrellas y sol, retrato y copia.
Y siendo cosa á mi humildad impropia,
Vime de luz y resplandor vestido
Con vuestros ojos, cual Faetón rendido,
Cuando abrasa los campos de Etiopia.
Pues viéndose en el cielo y paraíso,
Y cargado de sol, dije: Teneos,
Deseos locos, que me habéis burlado.
Vos quitasteis los ojos de improviso,
Y cayendo conmigo mis deseos,
Fué mayor el castigo que el pecado;
Pero tan obstinado,
Que otro Luzbel he sido,
En no ver luz ni estar arrepentido.

Sale D. Fernando con capa y rodela, como de noche.

DON FERNANDO.

Ya no quiero más bien que sólo amaros,
Ni más vida, señora, que ofreceros
La que me dais, cuando merezco veros,
Ni más gusto que veros y agradaros.
Para vivir, me está bien desearos,
Para ser venturoso, conoceros;
Sólo le pido á Dios, para entenderos,
Ingenio que ocupar en alabaros.
La pluma y lengua, respondiendo á coros,
Quieren al cielo espléndido subiros,
Donde están los espíritus más puros;
Que entre vuestras riquezas y tesoros,
Papel y lengua, versos y suspiros,
De olvido y muerte vivirán seguros.

DON JORGE.

Hombre es éste. ¿Qué he de hacer?
¿Quién va allá?

DON FERNANDO.

¿Quién lo pregunta?

DON JORGE.

Punto tiene, pues me apunta.
Pase.

DON FERNANDO.

Él pase.

DON JORGE.

Podría ser.
¿Tiene qué hacer?

DON FERNANDO.

¿Á qué efecto
Le he de dar cuenta de mí?

DON JORGE.

Suelo yo pedirla así.

Mete mano.

DON FERNANDO.

Tente: ¿no eres más discreto?

DON JORGE.

¿Conocísteme?

DON FERNANDO.

Yo, ¿cuándo?

DON JORGE.

Ea, que esa valentía
Por conocerme sería.
Gente viene: oye, Fernando.

Sale Galindo á lo gracioso, de noche, con casco y rodela.

GALINDO.

Si en el poyo más limpio ó más pestífero

(1) Consonante repetido.

De tu cocina fresca y aromática,
Duermes por no escuchar la dulce plática
De este cautivo pobre lacayífero,
Despierta de mi pena al son mortífero,
Medea pucheril, Circe fregática,
Pues eres la piscina y la probática,
Que me ha de dar remedio salutífero,
Vuelve los pernizarcos ojos rígidos
Á este ojizambo amante en mil recámaras,
El alma llena de éticas y tísicas.
Mira que de tener los pies tan frígidos,
Podrá, señora, ser que me den cámaras,
Que para ti serán crueldades físicas.

DON JORGE.

Parece que viene acá.

GALINDO.

Dos hombres hay, ¡vive Dios!

DON JORGE.

Si aquéste acomete á dos,
Ó es loco ó armado está.

GALINDO.

¿En la puerta de mi daifa?
No, ¡por Dios! ¡Fuera de ahí!

DON JORGE.

¿Á dos te llegas así?

GALINDO.

No se me da una azufaifa.

DON JORGE.

¿Es Galindo?

GALINDO.

¿Es mi señor?

DON JORGE.

¡Ah, borracho!

GALINDO.

¡Fuera, digo!

DON FERNANDO.

Ea, bueno está.

DON JORGE.

¡Qué amigo
Es éste de armas y amor!
¿Adónde vas?

GALINDO.

Aquí tengo
Un poquillo de esperanza.

DON JORGE.

¿Que aun á ti parte te alcanza?

GALINDO.

Á la misma tienda vengo.

Sale D.ª Ana á la ventana.

DOÑA ANA.

¡Ce, ce!

DON FERNANDO.

Señas son.

DOÑA ANA.

¿Qué digo?
¿Es don Jorge?

GALINDO.

Y otros cuatro

DOÑA ANA.

Ya es venido el Veinticuatro.

DON JORGE.

Á mi desdicha maldigo.
¿Entróse?

DON FERNANDO.

Sí.

DON JORGE.

No podemos
Estar en la calle más.

GALINDO.

Á ella digo.

DON JORGE.

¿Dónde?

GALINDO.

¿Ya,
Esperanza, no hablaremos?

DON JORGE.

No hay esperanza aquí.
Visitémosle mañana.

GALINDO.

Adios, esperanza vana.

DON FERNANDO.

Si es ésa, búscala en mí.

JORNADA SEGUNDA.

Salen D.ª Beatriz y el Veinticuatro, solos.

VEINTICUATRO.

¿Cómo puedo replicar
Á Córdoba en lo que os digo,
Pues es llano que conmigo
Puede mejor negociar?
Sabe que me quiere bien
El Rey mi señor, y sabe
Que estoy en su pecho grave
Acreditado tan bien,
Que no le puedo pedir
Cosa que deje de hacer:
Córdoba me ha menester:
Debo á su gusto acudir,
Por su hijo, y porque tengo
El oficio que sabéis:
Paciencia tener podéis,
Beatriz, en tanto que vengo;
Que no hay desde aquí á Toledo
Tanto mar, que cause enojos.

DOÑA BEATRIZ.

Basta que haya el de mis ojos.

VEINTICUATRO.

En ése, anegarme puedo;
Y no sólo yo, que el alma,
Con ser de la muerte exenta,
Podrá en él correr tormenta,
Ó tener la vida en calma.

Ya que al otro puso Dios
Márgenes, y vive en ellas,
Al mar de vuestras estrellas
Ponedlas mi vida vos;
Que aunque llevo tanto fuego,
Cuanto á resistirse muestra,
Es una lágrima vuestra
Un diluvio en que me anego.
Sosegad, pues, el diluvio;
Y mientras la oliva toma
Mi fe, cándida paloma,
Salga el sol dorado y rubio.
Ea, pues, háblame ya;
Que me enojas de esa suerte.
Piensa en que ya vuelvo á verte,
Verás qué gusto me da.
Y piensa que en toda parte
Soy tu marido, y un hombre
Cuya alma lleva tu nombre,
Pero el alma no se parte.
Que cuando el pecho me abras,
No es de un mármol diferencia,
Pues el curso de la ausencia
Es ya como las palabras.
Que dellas se dicen bien
Que unas á otras se enlazan;
Las ausencias amenazan
Ya con lo mismo también.

DOÑA BEATRIZ.

No bastaba la pasada:
¡Plegue á Dios que pare en ésta!

VEINTICUATRO.

Es muy diferente aquésta,
Que es una breve jornada.
Ved la distancia que encierra,
Para que la vuelta importe
El negociar en la corte
Ó el acudir á la guerra.
Mejor despacho y prosigo
Mi negocio de ordinario,
Allí con el secretario,
Que allá con el enemigo.
Y así, más breve jornada
En paz que en guerra cruel,
Aquí dándole un papel,
Que acullá con el espada.

DOÑA BEATRIZ.

Por más breve la tuviera,
Que espada y no pluma corte;
Que los negocios de corte
No pasan de esa manera.
Sirve en Granada un soldado,
Va á la corte á negociar,
Y más tarda en despachar
Que no en haber peleado.

VEINTICUATRO.

Verdad es que alguno habría
En la corte tan novel,
Que le pesase el papel
Más que la espada algún día.
Esto no es pretender nada,
De Córdoba es interés,
Y así, mi papel no es
La relación de mi espada.
Negocios de la ciudad,
Tendrán su despacho presto;
Y veo que el ir á esto
Es de mucha autoridad.
También ver al Rey deseo;
Que le tengo mucho amor.

DOÑA BEATRIZ.

¡Ay, Fernando, mi señor
Cómo esas palabras creo!
¿Quién duda que á ver no vais
Alguna reina de aquellas
Que en la corte.....

VEINTICUATRO.

No habléis de ellas;
Que en el honor me tocáis.
Yo, mientras vos me viváis,
Que os me guarde Dios mil años,
¿Haceros, ausente, engaños,
Con las reinas que decís?
¡Qué mal mi amor conocéis!
No hablemos, señora, en eso:
Ó el partir os quita el seso,
Ó por sin él me tenéis.
Hora es ya de mi partida:
¡Hola, Rodrigo!

RODRIGO.

Señor.....

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué poco estimáis mi amor!

VEINTICUATRO.

Sois el alma de esta vida:
Llámame á Carpio y Medrano.

RODRIGO.

¡No fuera contigo yo!

VEINTICUATRO.

¡Ojalá!

RODRIGO.

Luego ¿voy?

VEINTICUATRO.

No.
Mostrad, señora, esa mano.

RODRIGO.

Señor.....

VEINTICUATRO.

Véteme de ahí;
Que acá serás menester.

RODRIGO.

¿Que no he de ir?

VEINTICUATRO.

No es menester:
Esos dos vengan aquí.
Beatriz, entre este dedo y el pequeño,
Y grande, luego al corazón aplico
Este diamante, aqueste anillo rico,
Más que por sí, por el valor del dueño.
En él todo mi crédito os empeño,
Y en él todo mi amor os certifico;
Para su estimación el mundo es chico;

La plata es precio vil, el oro es sueño.
Yo os doy aquí mi ser, mi honor, mi hacienda:
Esta es mi fe: con mi leal decoro,
Aquí mi hidalga sangre está esculpida.
Guardadle bien, que os doy en esta prenda
Valor, crédito, anillo, plata y oro,
Lealtad, fe, honor, hacienda, sangre y vida.

DOÑA BEATRIZ.

Yo lo estimo como es justo,
Y en el alma engastaré,
Por ser oro de la fe
De vuestro amor y mi gusto.
No temáis que el mundo pueda
Sacarle del corazón.

VEINTICUATRO

Grande muestra de afición
He hecho, pues con vos queda;
Que en mi vida pensé yo
Que le apartara de mí.

Sale Rodrigo.

RODRIGO.

Tus primos están aquí.

VEINTICUATRO.

¿Dirán que estoy, ó que no?
¿Quién son?

RODRIGO.

Los Comendadores.

DOÑA BEATRIZ.

¡Jesús! Entren: ¿qué reparas?

VEINTICUATRO.

No entendí que tú gustaras.....
No tengo amigos mayores.
Son mis deudos, y tan buenos,
Que me honro de su lado;
Que por ellos no ha llegado
Su linaje á valer menos.
Hónrase el Obispo mucho
De tener sobrinos tales,
Porque son muy principales.

DOÑA BEATRIZ.

¡Qué bien su alabanza escucho,
Por la parte que me alcanza,
De Jorge, mi dulce amigo!
Porque al fin, del enemigo
Es más cierta la alabanza.

VEINTICUATRO.

¡Qué galanes, qué hidalgados,
Qué bien que lucen ahora!
Y aun os prometo, señora,
Que son muy buenos soldados.
Pues don Jorge no es discreto;
Es una perla, ¡por Dios!

DOÑA BEATRIZ.

Yo sé que os sirven á vos
Y os pagan el buen conceto;
Que todo cuanto conmigo
Tratan, es vuestra alabanza.

VEINTICUATRO.

Mozos de grande esperanza:
Á su fianza me obligo.
En tales manos cayese
Siempre mi honor.

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo está.

Salen D. Jorge y D. Fernando.

JORGE.

¡Que el Veinticuatro se va,
Y que ahora lo supiese!
¿Cómo, señor, á Toledo
Sin dar parte á vuestra hechura?

VEINTICUATRO.

Esto la ciudad procura:
En obligación le quedo;
Que entre muchos que hay mejores,
Á sus negocios me elige.
¿Quién lo dijo?

RODRIGO.

Yo lo dije
Al subir los corredores.

JORGE.

Pues ¿importaba el secreto?

VEINTICUATRO.

Á mis primos no importaba.
Dame de vestir, acaba.

JORGE.

¿Hoy os partís, en efeto?

VEINTICUATRO.

Ya me voy.

FERNANDO.

Y ¿es vuestro gusto
Que os vamos acompañando
Jorge y yo?

VEINTICUATRO.

¡Jesús, Fernando!
Eso al Obispo, que es justo:
Servidle, que es lo que importa,
Para que os haga merced.
¡Hola! Botas me traed.

FERNANDO.

¿Hoy harás jornada corta?

VEINTICUATRO.

Hasta Adamuz llegaré,
Aunque camine sin luz.

JORGE.

Con ella irás á Damuz,
Que hay poca tierra.

VEINTICUATRO.

No sé.

FERNANDO.

Ahora bien, hasta Alcolea
Contigo iremos.

VEINTICUATRO.

Yo os beso
Las manos por el exceso:
Para cuando vuelva sea;
Que ahora secreto voy.

FERNANDO.

Jorge, démosle lugar.

VEINTICUATRO.
¿No me traéis de calzar?
Con gentil espacio estoy.
JORGE.
Dios, señor, con bien os lleve.
VEINTICUATRO.
Él os guarde más que á mí.
JORGE
¡Jesús! No paséis de aquí.
BEATRIZ.
Hace, primos, lo que debe.
JORGE.
Señora, consuéleos Dios
En esta ausencia.
BEATRIZ.
Él lo haga.
VEINTICUATRO.
Bien quiero á Jorge.
BEATRIZ.
Él os paga.
VEINTICUATRO.
¡Qué bonitos son los dos!

Vanse.

¡Bien empleada crianza
En mozos tan gentilhombres!
BEATRIZ.
Galanes son.
VENTICUATRO.
Y muy hombres.
BEATRIZ.
¡Qué bien le está su alabanza!
Rodrigo, Carpio, Medrano.....
¿Qué es esto?
RODRIGO.
Á punto están todos.
VEINTICUATRO.
Pienso el irme de mil modos,
Y detiéneme esa mano;
Pero ahora, hasta partirme,
Aún no se me ha puesto el sol.
BEATRIZ.
Agua dice este arrebol.
VEINTICUATRO.
Diga fuego, que es más firme.

Vanse.

Salen los Comendadores y Galindo.

JORGE.
¿Hase visto igual ventura
Como la mía, Fernando?
Ya me estoy pronosticando
Que un siglo su ausencia dura.
¡Ay hermosísimos ojos!
¿Posible es que he de gozaros,
Sin ser de su cielo avaros,
Por desdenes y despojos?
¡Bien haya quien hace ausencia!
¡Bien haya quien inventó
Caminos, pues hallé yo
El de gozar tu presencia!
¡Bien haya quien ventas hizo,
Hasta las sillas y frenos!
FERNANDO.
Por mi fe que estamos buenos:
¿Este es amor ó es hechizo?
JORGE.
Pues ¿no quieres que esté loco,
Viendo al Veinticuatro ausente?
GALINDO.
Caminando hasta las veinte.
JORGE.
Para mi deseo es poco;
Que camina en un instante,
Con sola una fantasía,
Desde el Austro á Mediodía,
Desde Poniente á Levante.
GALINDO.
Díme; si el mundo has andado,
¿Has visto en algún zaguán
La silla del alazán,
Que esta noche me han hurtado?
JORGE.
Galindo está de mi humor;
¿Qué me dices, Galindillo?
FERNANDO.
Ya de ver, me maravillo,
La calidad de tu amor.
Está quieto, vuelve en ti.
JORGE.
¡Jesús, ido el Veinticuatro!
GALINDO.
¡Que entre tres sillas ó cuatro,
La mejor faltó de allí!
JORGE.
¡Oh, qué días que me esperan!
¡Oh, qué noches que me aguardan!
Pero ya las horas tardan,
Los deseos desesperan.
¡Ay, Beatriz!
FERNANDO.
Á todos toca
Parte del gusto mañana;
Que también quiero á doña Ana.
JORGE.
Hoy, alma, te vuelves loca.
GALINDO.
También entraré en la danza;
Pero.....
JORGE.
¿Qué te maravilla?
GALINDO.
Acordarme de la silla,
Me hace olvidar de Esperanza.
JORGE.
Ea, que el perdón te alcanzo.
GALINDO.
Luego ¿no habrá sobresalto
De salario?
JORGE.
No.

GALINDO.
Pues alto:
Salto, bailo, canto y danzo.
FERNANDO.
Tente, bestia.
JORGE.
Déjale,
Que muy bien hace. Voltea:
No haya cosa que no sea
Gusto y fiesta
GALINDO.
¿Voltearé?
JORGE.
¿Pues no?
GALINDO.
¿Soy yo buratín?
Si hubiera aquí una maroma.....
Pero ¡por Dios, que me aploma
El peso del nalgatín!

Sale D. Luis.

LUIS.
Señor don Jorge, el Obispo
Os llama.
JORGE.
Fernando, espera.

Vanse.

GALINDO.
Déjale estar, que ya era
Rey, príncipe y arzobispo.
FERNANDO.
Galindo, aunque disimulo,
Más me huelgo que los dos.
GALINDO.
Tú, de querer, ¡vive Dios,
Que no sabes más que un mulo!
En esta ocasión de ahora,
Todo es néctar y ambrosía;
Tienes la boca más fría
Que un alma de cantimplora.
Anda, que agravias al bien
En no saberlo estimar.
FERNANDO.
Debajo de este callar,
Siento más y amo también;
Que la divina hermosura
De doña Ana no es tan poca,
Que hasta un mármol no provoca;
Y no es el alma tan dura.
Bien la quiero, mas no estoy
Tan loco como mi hermano.

Sale D. Jorge muy triste.

JORGE.
Bien veis, pensamiento vano,
Cuán en popa el viento os doy.
Subid por el pensamiento,
Alcanzaréis mi esperanza;
Que eso tiene y eso alcanza
Quien da su esperanza al viento.
FERNANDO.
¿De qué es la tristeza ahora?
JORGE.
Viene tras él la alegría,
Que es noche que sigue al día:
Yo os perdí, dulce señora.
FERNANDO.
Dime, ¿el Obispo no fué
Quien ahora te llamó?
JORGE.
Sí fué; mas él me mandó
Que al viento mis quejas dé.
FERNANDO.
¡Cómo! Don Jorge, ¿ha sabido
Nuestros amores?
JORGE.
No, hermano.
FERNANDO.
Pues ¿qué te quejas en vano?
JORGE.
Igual mi desdicha ha sido.
FERNANDO.
¿Cómo?
JORGE.
Mándame partir
Á ver el Rey á Toledo.
FERNANDO.
¿Hoy?
JORGE.
Hoy, si partir puedo,
Por lo menos á morir.
GALINDO.
¿Hase visto tal ventura
Como la mía, Fernando?
Ya me estoy pronosticando
Que un siglo su ausencia dura.
¡Bien haya quien ventas hizo,
Hasta las sillas y frenos!
JORGE.
Calla, necio.
FERNANDO.
Yo, á lo menos,
No soy tan antojadizo;
Pero sé de mi ventura,
Sufrimiento y diligencia,
Que de temores de ausencia
Tengo á doña Ana segura.
De que te vayas me pesa;
Pero ¿qué se puede hacer?
JORGE.
¡Que podrá el alma perder
La victoria de esta empresa!
¡Ah, cielos, que he de partir!
FERNANDO.
Yo miraré por las dos:
Vete, don Jorge, con Dios.
JORGE.
Bien es, pues voy á morir.

Sale D. Luis.

LUIS.
El Obispo quiere hablarte.
FERNANDO.
¿Á quién, á mí?
LUIS.
A don Fernando.
FERNANDO.
¿Á mí?
LUIS.
Sí, ¿qué estás dudando?
¿Es mucho ahora llamarte?
FERNANDO.
Mas ¿qué, no me quiere á mí,
Para que á Córdoba deje?

Vanse.

JORGE.
¿Que es posible que me aleje,
Señora Beatriz, de ti?
¡Oh Galindo! ¿Qué he de hacer?
GALINDO.
También tengo que llorar.
JORGE.
Pues ven acá, agua del mar,
Cual nube para llover.
Á Toledo y al Rey voy
Con pretensiones, que diera,
Cuando la del reino fuera,
Por estar adonde estoy;
Que es mi centro, que es mi esfera,
Que es de mi vida y contento
El sólido pensamiento,
Causa y materia primera.
Ya yo estoy encomendado.
¿Qué quiere ahora mi tío?
GALINDO.
No es sin causa, señor mío.
JORGE.
¿Quién se lo habrá revelado?
Aunque es obispo, no es santo;
No debe de ser por eso.
GALINDO.
Será por curarte el seso,
Que en Toledo curan tanto.
Al Nuncio quizá te envía
Por bulas de buen asiento.

Sale D. Fernando muy triste.

FERNANDO.
Ó él entiende el pensamiento,
O á nuestro amor pone espía.
¿Hay desdicha, ni dolor
Que al mío igualarse pueda?
Burléme, pasé la rueda,
Pisé mi esperanza en flor.
¿Quién de la ajena mancilla
No tiene la risa á raya?
JORGE.
¿Qué te ha dicho?
FERNANDO.
Que me vaya
Aquesta tarde á Sevilla.
Y no menos se contenta;
Que excusándome salir,
Dice que puedo dormir
En esta primera venta;
Y por más que don Luis hizo,
Dice que pongan los frenos
Á las mulas.
GALINDO.
Yo, á lo menos,
No soy tan antojadizo;
Pero sé de mi ventura,
Sufrimiento y diligencia,
Que de temores de ausencia
Tengo á doña Ana segura.
FERNANDO.
¿Búrlaste de ver poner
Tan dulce fin á mi empresa?
GALINDO.
De que te vayas me pesa;
Pero ¿qué se puede hacer?
FERNANDO.
Haré, necio, un desatino.
GALINDO.
Yo miraré por las dos:
Vete, don Jorge, con Dios.
FERNANDO.
¡Aun si fuera mi camino!
Para que el mal no me aqueje,
Hallara remedio en mí.
GALINDO.
Mas qué, ¿no me quiere á mí,
Para que á Córdoba deje?
FERNANDO.
Hete de hacer las narices.....
JORGE.
Fernando, paciencia, y vamos.
FERNANDO.
¡Buenos, por mi vida, estamos!
GALINDO.
Y de Esperanza, ¿qué dices?
FERNANDO.
Que ¡vive Dios, que has de ir
Con el uno de los dos!
GALINDO.
¡Ay, no me llevéis, por Dios!
JORGE.
Qué, ¿te pensabas reir?
¡Ea, á Toledo conmigo!
FERNANDO.
¡No, sino á Sevilla irá!
GALINDO.
Desconformes estáis ya:
Un remedio.
JORGE.
Di.
GALINDO.
Ya digo.
Á Sevilla dice el uno,

El otro dice á Toledo;
Yo, que si en Córdoba quedo
No se agraviará ninguno.

JORGE.

Eso no, que mi tristeza
Sé que te habrá menester.

FERNANDO.

Ello, suertes ha de haber
Con quién va la buena pieza.

JORGE.

Sea así.

FERNANDO.

Llégate acá:
¿Cuál quieres más?

JORGE.

Dilo, á ver.

FERNANDO.

Escoge, vino ó beber.

JORGE.

Beber escojo.

FERNANDO.

Ya va.
Di, Galindo, de estos dos,
¿Qué escoges, beber ó vino?

GALINDO.

Beber, ó vino, adivino
Mucho hay que entender, ¡por Dios!
Sin vino, no hay qué beber,
Sin beber, ¿qué importa el vino?
Pero ya que el vino vino,
Sin beber falta el placer.
Un hombre rico y enfermo,
De comer puede tener,
Pero no poder comer.

JORGE.

Habla.

GALINDO.

¿Pensáis que duermo?
Todo esto es filosofía.

FERNANDO.

Filosofía vinosa.

GALINDO.

El vino por sí no es cosa
Que á nadie gusto daría.
El beber se siente el gusto,
Luego beber es mejor:
Beber escojo, señor.

JORGE.

Conmigo.

GALINDO.

Yo de ello gusto.

FERNANDO.

Á despedirnos partamos.

GALINDO.

Á Toledo voy, en fin,
Que es cerca de San Martín.

JORGE.

Á ver nuestras prendas vamos.

GALINDO.

Por acá estaba Cazalla,
Y á Alanís no voy también.

JORGE.

Haz que un caballo me den.

GALINDO.

No hay silla.

JORGE.

Necio, compralla.

Vanse.

Sale Rodrigo, esclavo, y Esperanza

RODRIGO.

Pues te has burlado de mí,
Falsa y fingida Esperanza,
Bien se ve que al viento alcanza
Quien pone esperanza en ti.
A un lacayo, á un bellacón,
Rascamulas, alcahuete,
De los que de siete en siete
Van al mar en procesión;
Á un hombre del baratillo,
Que se alquila y aun se vende,
¿Das lo que un alma defiende?

ESPERANZA.

No hay fuerza sin un portillo.
¿Qué quieres? Por él entró,
Puesto que me defendí.

RODRIGO.

No nace sólo de ti,
Mas de quien la causa dió.
¿Piensas que yo no he sabido
Que don Jorge.....

ESPERANZA.

¿Qué don Jorge?
¿Qué sirve que enredos forje
Tu entendimiento abatido?

RODRIGO.

¿Galán es de mi señora?
Ya sé todo lo que pasa,
Y que el honor de esta casa,
Porque le destierran llora;
Ya sé que el noble blasón
Que en esas puertas está
Publica la infamia ya
De su total destrucción.

ESPERANZA.

Habla bien.

RODRIGO.

¡Ay, Esperanza!

ESPERANZA.

Que es doña Beatriz mujer,
Y en ella quieres poner
Ordinaria semejanza.

RODRIGO.

Déjate de eso: yo estuve
La otra noche puesto en vela,
Hecho del sol centinela,
Que cubre la infame nube;
Y oí lo que le decía
Don Jorge á esa vil mujer;
Mas no importara, á no ver
Lo que ella le respondía;

Sé también lo que trató
Don Fernando con doña Ana,
Y aun tengo por cosa llana
Que si quiso la gozó.

ESPERANZA.

En eso mientes.

RODRIGO.

Yo miento;
Pero no me negarás
Que á este són bailado has
Con el lacayo instrumento;
De aquí nace que, como ellas
Los quieren bien, ames tú
Á quien los sirve.

ESPERANZA.

¡Jesú,
Qué de cosas atropellas!
No falta sino que digas
Que la mona y papagayo
Andan de amor.....

RODRIGO.

¡Que á un lacayo
Toda mi esperanza obligas!

Sale Galindo.

GALINDO.

Al eco del nombre mío,
Que dice lacayo, cayo;
Y ¡por vida de mi sayo,
Que no dí el golpe en vacío!
¡Pasito, que dí en la red!

RODRIGO.

¿Éste es tu bravo?

GALINDO.

¡Oh, qué lindo!

RODRIGO.

¿Qué manda el señor Galindo?

GALINDO.

Servir á vuestra merced:
Cierto recado traía,
Y hanme dado mi recado·
Si está voarced ocupado,
Podréle dar otro día.

ESPERANZA.

Dádmele, señor, á mí.

GALINDO.

Á vos, sí.

ESPERANZA.

Decid.

GALINDO.

Aparte.

RODRIGO.

¿Es secreto?

GALINDO.

¿Puedo hablarte?

ESPERANZA.

Sí.

GALINDO.

Pues escúchame.

ESPERANZA.

Dí.

GALINDO.

Falsa, inconstante, traidora,
Fácil, liviana, sutil,
¿Con un esclavo tan vil
Te estás regalando ahora?
Adiós.

ESPERANZA.

Calla, que es un loco.

GALINDO.

Pues ¿qué es lo que te decía?

ESPERANZA.

Celos de ti me pedía.

GALINDO.

¿Eso es poco?

ESPERANZA.

¿Qué más poco?

GALINDO.

¿Que están detrás escuchando?

RODRIGO.

Oyendo mi mal estoy.

GALINDO.

Diciendo el recado voy
De don Jorge y don Fernando.

ESPERANZA.

¿Qué quieren?

GALINDO.

Venir acá.

ESPERANZA.

Pues vé, y di que vengan.

GALINDO.

Voy.

RODRIGO.

Ahora por darte estoy,
Perra esclava.....

ESPERANZA.

Tente allá.

RODRIGO.

¡Vive Dios! ¡Si no mirara
Lo que yo sé, que te había.....
Mas no importa; que algún día
Te saldrá todo á la cara.
No quiero llorar mi mal,
Pues se ofrece otro mayor;
Que el honor de mi señor
No tiene en el mundo igual.
¡Ah, traidores!

ESPERANZA.

¡Calla, perro!
Que te costará.....

RODRIGO.

Sí haré:
Por mi señor callaré,
Que en decillo cobro el yerro;
Mas ¡plegue al cielo que el suyo
No desagravie algún día
Su honor, que la afrenta mía
Es libre y no tiene cuyo!
Ser esclavo me contenta,
De mi bajeza me alabo;
Que en ser afrenta de esclavo,
Viene á ser libre de afrenta;

Mas tú veras.

ESPERANZA.

Ya te digo
Que cierres ojos y boca.

RODRIGO.

¡Ah, señora necia y loca,
Tu entendimiento maldigo!
Eso sí, dí al mar furioso
Que no brame y se reduzca
Á un punto, que no produzca
La tierra al tiempo forzoso:
Dí que el aire no sustente,
Queme el fuego, el sol se pare,
Lo por venir se declare,
Lo pasado esté presente;
Pide á un amante firmeza,
Pide á un celoso placer,
Y dí que en una mujer
Falte mudanza y flaqueza.

Salen D.ª Ana y D.ª Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

Por asegurar, sin duda,
No han vuelto á vernos, doña Ana.

DOÑA ANA.

No fué mi esperanza vana;
Que todo, el tiempo lo muda.
Estabas muy afligida
Viendo al Veinticuatro aquí;
Dolióse el tiempo de ti,
Y dió á tus recelos vida.
Vive alegre, imaginando
Que todo se ha de hacer bien.

DOÑA BEATRIZ.

Qué, ¿quieres mucho también,
Por tu vida, á don Fernando?

DOÑA ANA.

En ausencia de mi tío
Lo que le quiero verás.

DOÑA BEATRIZ.

No le puedes querer más
Que yo al dulce primo mío.
Estoy loca de contenta,
Ciega en hacerle favor;
Que sobre la sangre, amor,
Como oro en azul asienta.
Mucho tiene negociado
La sangre cuando amor llega;
La sangre me incita y ciega,
Mucho ha de ser mi cuidado.
Mas ¡mira qué dulce vida
Del Veinticuatro en ausencia,
Esperar la resistencia
De la libertad perdida!
¡Qué dulces horas! ¡Qué días!
¡Qué noches tan venturosas!
¡Alargaos, horas dichosas!
¡Deteneos, lágrimas mías!
¡Ay, qué enamorada estoy!
¡Ay, sangre! ¡Ay, amor! ¡Ay, fuego!

DOÑA ANA.

Un ciego sigue á otro ciego;
¡Ay de mí, qué triste voy!
Pero pensando en el bien,
Comunicado mayor,
Pierdo el respeto al honor,
Y aun al peligro también.
Holguémonos, pues quedamos
Solas, que no hay qué temer.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué tormento puede ser
Igual al bien que gozamos?
¡Ay, amiga! ¿No has oído
Entrar caballos en casa?

DOÑA ANA.

Alguien que la calle pasa,
En casa te ha parecido.

DOÑA BEATRIZ.

Vé volando, Esperancilla;
Que yo sé que no me engaño.

Salen D. Jorge, D. Fernando y Galindo, con botas de camino.

DOÑA ANA.

¡Oh, qué espectáculo extraño!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te admira y maravilla?
¡Jesús, espuelas y botas!
¿Cómo es eso? ¡Ay, pensamiento!
Sin duda que por el viento
Van mis esperanzas rotas;
Sin duda que no merecen
Mis locuras otro pago,
Sino el miserable estrago
Que mis sentidos padecen;
Sin duda que ya no dudo
Que viene cerca mi muerte,
Pues pintan de aquesta suerte
Al tiempo ligero y mudo;
Sin duda que, pues dudáis,
Que es todo mi bien perdido.
Habladme, primo querido:
¿No respondéis? ¿No me habláis?

DON JORGE.

Responda el alma si de ti partida
Puede decir que tiene vida el alma,
Que mientras su paciencia tiene en calma,
Aun con ser inmortal no tiene vida.
Hoy el tirano autor de mi partida,
De la vida del alma me desalma,
Por más que al paso resistió la palma
De mi firmeza, á tu esperanza asida.
Voy á Toledo, porque así lo quiere,
Siendo el que quiero yo: voy á Toledo,
Que una hora apenas el partir difiere.
Mas ¿cómo voy, si en Córdoba me quedo,
Y cuando parte el alma, el cuerpo muere;
Que partir y quedar tampoco puedo?

DOÑA ANA.

Y si por la confesión

De Jorge, á quien dan tormento,
No negáis al que yo siento,
Por ser la misma ocasión.
Traéis los propios indicios,
Hasta el silencio traéis;
No hablo, que me mataréis
Con mayores sacrificios.
Basta ya; lo dicho creo:
Id libres, porque esta vez
Pague escuchando el jüez
Lo que ha condenado el reo.

DON FERNANDO.

¡Pluguiera á Dios que sin hablar pudiera
Quejarme y ser de todos entendido!
Pero si al alma van por el oído,
Oye la causa de mi mal siquiera.
Fuerza es partir, que voluntad no fuera:
Así lo quiso hacer quien no ha querido,
Que si querido hubiera, hubiera sido,
No duro mármol sino blanda cera.
Voy á Sevilla, porque un mismo río
Las lágrimas de entrambos lleve y vuelva,
Creciendo el mar que ensancha el margen frío.
Mas primero que el curso el sol resuelva,
Verás el fénix de tu fuego y mío
Vivir cuando la muerte le resuelva.

ESPERANZA.

Y yo, ¿qué diré de ti,
Galindo ingrato y cruel?
Triste rostro tienes: dél
Más que quisiera entendí.
¿Hate el Obispo mandado
Ir á Granada ó Valencia?
¿Es general la sentencia
Para el señor y el criado?
¿Vaste ó quédaste? Responde;
Que en ir ó quedar consiste
Vida alegre ó muerte triste:
Y si te vas, dime adónde.

GALINDO.

¡Pluguiera á Dios que sin hablar me oyeras
Con tácito silencio estas razones,
Y antes que hablara, fieros tiburones
Me sepultaran en sus panzas fieras!
Pero pues mi silencio vituperas,
Denme en invierno cámaras, melones,
Y en verano, las aguas sabañones,
Si por mi voluntad partir me vieras.
Voy á Toledo á ver el artificio,
No digo el de Juanelo, que es aguado;
Mira cuál voy por ti, sirva de indicio.
Si no es de San Martín, puro y de vino;
Que así siete aguas pasaré cuitado,
Llevando fuera el agua y dentro el vino.

DOÑA BEATRIZ.

Este anillo, Jorge, os doy
Por prenda de esta partida:
Guardadle como la vida
Si sois mío y vuestra soy.
Y pues á negocios vais,
Que presto volver podéis,
Si os detenéis me hallaréis
Ya muerta cuando volváis.

DON JORGE.

Guardaré el anillo en prenda
De la partida y la fe;
Cuando á otra mano le dé,
Éste de alquitrán se prenda.
Será mi consuelo solo
En esta ausencia.

DOÑA ANA.

Fernando,
Esta cinta os doy.

DON FERNANDO.

Mirando
Estoy en su lumbre Apolo.
Tendráme de los cabellos
Con los suyos soberanos,
Que es trenza de vuestras manos,
Y hecha de reliquias de ellos.

ESPERANZA.

Toma esta toquilla riza,
Galindo.

GALINDO.

¿Enredos me das?

ESPERANZA.

Y entra adentro y llevarás
Seis varas de longaniza.

GALINDO.

¡Ay, favores de mi pecho!
¿Cuándo os veré dentro de él?

DON JORGE.

Cese ese llanto cruel,
Que no es, mi bien, de provecho.
Adiós.

DOÑA BEATRIZ.

Qué, ¿ya os vais?

DON JORGE.

Con vos
Queda el alma.

DON FERNANDO.

Adiós, doña Ana.

DOÑA ANA.

Adiós.

GALINDO.

Mi Esperanza enana,
Adiós.

ESPERANZA.

Mi lacayo, adiós.

Vanse todos.

Salen el Rey, Garcilaso y el Conde de Palma.

CONDE.

Mejor se duerme aquí que en la campaña,
En pobres tiendas con angostos catres.

GARCILASO.

Por esta paz no es mucho, ilustre España,
Que á tu Fernando adores é idolatres.

CONDE.

¿Qué dicen, Garcilaso, de tu hazaña

Tus vasallos y villas, Cuerva y Batres?

GARCILASO.

Fiestas han hecho al rótulo divino;
Que yo por mí no soy de fiestas dino.
Mejor pudiera Palma estar gozosa,
Conde, de ver en vos tan gran soldado,
Y que en esta conquista religiosa
Tan heroico valor habéis mostrado.

CONDE.

Grande es esta ciudad, y populosa.

GARCILASO.

Es fuerte asiento de cristiano estado,
De los Reyes católicos es cima
Do España tiene su corona encima.
¡Oh famoso Toledo, el cielo quiera
Que alguna de mis vegas te eternice!

CONDE.

Paréceme que el Rey sale acá fuera.

Sale el rey D. Fernando y dos Embajadores.

REY.

Justo es que así se asiente y solemnice,
Y puesto, Embajadores, que quisiera
Hacer en eso lo que el Duque dice,
Desta suerte es lo mismo.

EMBAJADOR 1.°

De tu gusto
No espera el Duque más de lo que es justo.

REY.

Yo pienso que será gran bien de España
Dar al duque Filipo de Austria, insigne,
Mi hija doña Juana.

EMBAJADOR 2.°

No se engaña
Tu Majestad cuando á ese bien se incline;
Que de tales virtudes se acompaña,
Que no hay hombre que de ellas no adivine
Que Dios le guarda para cosas grandes:
Así lo dicen Austria, España y Flandes.

EMBAJADOR 1.°

Es ángel en el rostro, que pudiera
Hacer temblar á Apeles y á Lisipo;
Su discreción y gracia tan severa,
A la de Numa y César anticipo.

REY.

Pues alto: tenga España, y Dios lo quiera,
Cual Grecia y Macedonia, otro Filipo,
Que dé Filipos en Castilla tales,
Que ganen mundos á Alejandro iguales;
Que un Carlo dicen que le espera á España,
Y otro (1) Filipo que con nuevos mundos
Verán los que la aurora en perlas baña,
Tocando los Antípodas profundos.

EMBAJADOR 2.°

Si es ciencia y experiencia, no me engaña:
Filipo y Alejandro, sin segundos,
De los Filipos que hoy Austria te envía.

(1) En la edición antigua *un*, pero el verso y el sentido piden que se lea *otro*.

REY.

Serán soles de España y honra mía.
Yo sé que mi Isabel está contenta,
Y la princesa lo estará, ¿quién duda?

EMBAJADOR 1.°

A Rey que así la fe y la gloria aumenta,
Bien es que el cielo francamente acuda;
Que ya por (1) Alemania y Flandes cuenta
La fama noble y la verdad desnuda,
Lo que has hecho en España, ilustre godo,
Que has dado glorioso fin á todo.
Has hecho la hermandad, y desterrado
La cizaña que dice el Evangelio,
Y su rito judaico reprobado,
En el tiempo que ha visto el pastor Delio
Encumbrar á un ingenio delicado,
Mayor que de Trajano ó Marco Aurelio,
Dando á los moros fin, y al gran castigo
Que Dios á España dió por don Rodrigo.
Y ahora, en este felice casamiento
Has mostrado tu pecho tan glorioso,
Digno de fama y de inmortal asiento,
Y de igualar el número famoso.

REY.

Partid, Embajadores, al momento;
Que para el tiempo ya será forzoso.

EMBAJADOR 2.°

Guárdete el cielo, y tan dichoso seas,
Que en tus columnas el *Plus ultra* veas.

Vanse los Embajadores.

REY.

Acertado negocio me parece
Éste que voy, amigos, procurando.

GARCILASO.

El cielo, gran señor, te favorece,
Tus arbitrios famosos esforzando.

REY.

Gran príncipe en el Duque se me ofrece.

PAJE.

Aquí está el veinticuatro don Fernando.

REY.

Entre, no le detengas, y cualquiera
Que ahora negociar conmigo quiera.

Sale el Veinticuatro.

VEINTICUATRO.

A despedirme de ti,
Ya que despachado estoy,
Vengo por partirme hoy,
Con tu licencia, de aquí;
Dadme, gran señor, los pies.

REY.

Córdoba, pídeme más.

VEINTICUATRO.

Por las honras que la das

(1) En la edición antigua *en*, con quebranto del verso.

Te pido que me los des.
Está Córdoba tan loca,
Que hoy para tus pies, señor,
Todo cuanto es su valor
Ha puesto en mi humilde boca.
No sé yo si la gran madre
España tal hija tiene,
Y más ahora que viene
Á amarla tanto su padre.
¡Plega al cielo, Rey invito,
Que al mismo cielo corona,
Que hasta la tórrida zona
Llegue tu español distrito;
Y que á tu yugo y coyundas
Venga humilde el Scita helado;
Y en su pecho no domado,
Las leyes de Cristo infundas!
Que en cuantos reyes el cielo
Ha dado al suelo, te pinto
Mas heroico por ser quinto,
Que es quinto que lleva el suelo.

PAJE.

Don Jorge está aquí, sobrino
De don Francisco Soliel,
De Córdoba Obispo.

VEINTICUATRO.

Y él,
Por sí, de tus manos dino.
Que es un gallardo soldado
Y un mancebo virtuoso,
Y trae en su rostro hermoso
Ejecutoria de honrado.

REY.

Ya le conozco, Fernando:
Poco ha que encomendé
Á él y á su hermano, y lo sé.

VEINTICUATRO.

Justamente.

REY.

Que éntre os mando.

Sale D. Jorge.

JORGE.

Dame, gran señor, la mano,
Y aquesta carta recibe.

Tomará el Rey la carta y estará con mucha atención, con ella en la mano, mirando el anillo que D. Jorge trae.

VEINTICUATRO.

No hay rapaz en cuanto vive,
Más galán y cortesano.
Es primo de mi mujer.

GARCILASO.

Es digno de todo honor.

JORGE.

¿Qué estáis mirando, señor?

REY.

Recibo en verte placer.
Álzate; leeré la carta.

VEINTICUATRO.

Llégate, don Jorge, acá.

JORGE.

Si aquí tal padrino está,
Yo fío que presto parta,
Y que iré bien despachado.

VEINTICUATRO.

¿Cómo el Obispo quedó?

JORGE.

Bueno.

VEINTICUATRO.

¿Viste á Beatriz?

JORGE.

No;
Que anduve muy ocupado.

VEINTICUATRO.

Mal lo hicistes.

JORGE.

Fué imposible.
Y su gran recogimiento
Impidió mi buen intento.

VEINTICUATRO.

Es, de encogida, terrible.
Yo aseguro que está ya
Puesta entre cuatro paredes.

JORGE.

Pues eso creerlo puedes:
Recogidísima está.

REY.

Veinticuatro.....

VEINTICUATRO.

Señor.....

REY.

Mira
Aquí aparte.

VEINTICUATRO.

¿Qué me quieres?

REY.

No sé, don Fernando, si eres
El que ya miro, y me admira.
¿Acuérdaste que te dí
Una sortija en Granada?

VEINTICUATRO.

Sí, señor, de mí estimada
Más que el alma que está en mí.

REY.

¡Bien se te (1) ha echado de ver!
¡Bien la has guardado!

VEINTICUATRO.

Qué, ¿mal?

REY.

Será de prisión señal,
Como en Roma solía ser.
Engastaréla en el alma,
Será vínculo que herede
Mi mayorazgo: ésta puede
Honrar al Conde de Palma.
Garcilaso de la Vega

(1) Falta el *te* en la edición antigua, pero es necesario para el verso y para el sentido.

La merecerá mejor.

VEINTICUATRO.

Culpas, invicto, señor
Sin saber que el amor ciega.

REY.

¡Bueno es que á ti te la dé
Y que en don Jorge la vea!

VEINTICUATRO.

¿Don Jorge?

REY.

¡Harto bien se emplea!
¡Bien guardas prendas de fe!
Pues no guardaste el anillo,
Dalde en tenencia un castillo.
. . . . . (1)

VEINTICUATRO.

Tu enojo mi culpa esfuerza.
Cuando, señor, me partí
De Córdoba, hasta volver,
La dí en prenda á mi mujer,
De que ya el alma le dí.
Quererla tanto me abona.

REY.

Eso sí: ya estoy pagado;
Que pensé la habías dado,
Don Fernando, á otra persona.
Tu mujer eres tú mismo:
Uno solo sois los dos,
Que así lo ha ordenado Dios.

VEINTICUATRO.

¡Oh rabia! ¡Oh celoso abismo!
¡Ay de mí, triste! ¿Qué haré?

REY.

Fernando, ¿de qué estás triste?
Si á tu mujer se la diste,
Que tu mujer te la dé.
Venid, don Jorge, conmigo;
Luego os quiero despachar.

JORGE.

Los pies os quiero besar
Por tal merced.

VEINTICUATRO.

¡Ah enemigo!

Vanse todos, y queda solo el Veinticuatro.

¿Qué es esto que en este punto
Ha pasado por mis ojos?
De mis mortales enojos
Debe de ser el trasunto.
Mas ya de mi honor difunto
La triste sombra se ve.
¿Cómo la dió? ¿Cómo fué?
Mas ¡oh buen Rey!, bien dijiste:
«Si á tu mujer se la diste,
Que tu mujer te la dé.»
¿Dice la honra ó la piedra?
Mas el que la tiene honrado,
Bien verá á qué está obligado,
Como está el olmo á la yedra
A ver si se seca ó medra.
Por faltar á un moro fe,
Ó el jüicio perderé,
Ó sabré por qué dijiste:
«Si á tu mujer se la diste,
Que tu mujer te la dé.»
¡Ay de mí! ¿Qué estoy pensando?
¿Cómo aquéste la trujera,
Cuando ella no se la diera?
Luego ya fué cierto el cuándo.
Diósela, ¿qué estoy dudando?
¿Quién no dirá que así fué
Porque no me guarda fe?
Rey, mucho en esto dijiste:
«Si á tu mujer se la diste,
Que tu mujer te la dé.»
¡Ea, que me vuelvo loco!
La honra ayudan las leyes:
Las palabras de los reyes
Siempre dicen mucho en poco.
¡A qué furia me provoco!
Pero por la posta iré;
Que más por la posta fué
Honra que en mujer consiste:
«Si á tu mujer se la diste,
Que tu mujer te la dé.»
¡Ah, cartel; que eres, ya sé,
La más importante pieza
Para cubrir la cabeza,
Donde mi infamia se ve!

Ha de haber arrojado el sombrero, y álzale al decir esta última copla.

JORNADA TERCERA.

Salen D.ª Beatriz y D.ª Ana, y Antonia, doncella de labor.

BEATRIZ.

Dame esa almohadilla, Antonia.

ANA.

Dame á mí también la mía;
Que traigo en la fantasía
Una obscura Babilonia;
Y el ocio suele causar
Melancolía y tormento.

BEATRIZ.

Es dar al entendimiento
Para tristeza lugar.

ANTONIA.

Aquí tienes tu almohadilla.

ANA.

¿Y la mía?

(1) Seguramente faltan versos.

ANTONIA.
Tú también
Siéntate.
ANA.
Siéntome, y bien.
BEATRIZ.
¡Ay, mi Toledo!
ANA.
¡Ay, Sevilla!
BEATRIZ.
Hago estos anchos, doña Ana,
Con el alma y el deseo,
Para mi don Jorge (creo
Que vendrá de hoy á mañana),
Y no doy puntada en ellos,
Que el alma no me traspase,
Rogando al tiempo que pase,
Para enlazar otros cuellos;
Que éstos, más presto tendrán
El fin que á los otros pido.
ANA.
Yo menos curiosa he sido,
Mas labro un lienzo galán,
De extremada cadencta,
Para aquel mi ausente ingrato
BEATRIZ.
¡Hola, Antonia! canta un rato;
Que estoy del alma inquieta,
Y sosegaráse el mar
De mi alterada alegría.
ANTONIA.
¿Qué diré, señora mía?
BEATRIZ.
Mi ausencia puedes cantar;
Pero, pues es para el llanto
Mejor aqueste sujeto,
Dila de amor; que, en efeto,
Me entretendré tanto cuanto.

Canta la doncella lo siguiente:

Los Comendadores,
Por mi mal los ví.
¡Tristes de vosotros,
Cuitada de mí!
Jorge y don Fernando,
De las cruces rojas,
De nuestras congojas
Se fueron burlando,
Pues no llega el cuándo
De volver aquí.
¡Tristes de vosotros,
Cuitada de mí!
¡En qué triste día
Se trató el amor
Que con tal rigor
Á los dos desvía,
Pues el alma mía
Os lleva ansí!
¡Tristes de vosotros,
Cuitada de mí!

Sale Esperanza.

ESPERANZA.
Dejad, mi señora, luego
La impertinente labor.
BEATRIZ.
¿Ha venido tu señor?
ESPERANZA.
No estéis con tanto sosiego:
Al corredor, presto, presto,
Que pasa don Jorge.
BEATRIZ.
¡Ay, cielo!
ESPERANZA.
Poco á poco va, y recelo
Que á hablar enfrente se ha puesto.
BEATRIZ.
Ana, suelta la almohadilla:
Ven á ver mi caminante.
ESPERANZA.
Pues creo que en este instante
Llegó el otro de Sevilla.
ANA.
Esta basquiña te mando
Si don Fernando ha venido.
ESPERANZA.
En albricias te la pido;
Que ya vino don Fernando.

Vanse, y queda Esperanza.

Sale Galindo con fieltro y aderezo de camino.

GALINDO.
No puedo dejar de entrar
Al pasar por vuestra puerta.
ESPERANZA.
Si no quieres verme muerta,
No me llegues á abrazar.
GALINDO.
¿Ese melindrico ahora?
¿Para qué es ese turrón?
ESPERANZA.
¿Melindres son?
GALINDO.
Pues ¿qué son,
Desamorada señora?
ESPERANZA.
Temor de que el alegría
No me cause algún desmayo.
GALINDO.
Ea, pesar de mi sayo,
Échate aquí, percha mía.
ESPERANZA.
Bodavitos de Toledo.
GALINDO.
Como no traigo de allá.
ESPERANZA.
Si llego, ¿qué me dará?
GALINDO.
El alma, si el alma puedo.
ESPERANZA.
Cheriba yo algún regalo.

GALINDO.

¡Oh, qué gracioso cheriba!
Llega, que te haré una criba,
Mudanza de zambapalo.

ESPERANZA.

Ya te aborrezco; yo sé
Que algo nuevo me has traído.

GALINDO.

Un botinillo polido,
Que te repique en el pie;
Una valona de corte,
Y un hurraco toledano.

ESPERANZA.

Y ¿qué hay en la corte, hermano?

GALINDO.

¿Qué puede haber que te importe?
Estáse Toledo allí,
Con su alcázar y sus puentes:
Paséanle pretendientes,
Que en la corte se usa ansí.
Y en casa de los señores,
Lisonja, envidia y privanza;
Y anda la pobre esperanza
En poder de corredores.
Hay mil ricos ignorantes,
Y mil necios inocentes;
Perecen los inocentes,
Y gastan los ignorantes.
Damas de guadamací,
No tienen solo un real;
Las que son de más caudal,
Se escriben con el Sofí.
Los pobres hacen retablo
De sus duelos y pesar;
No hay dinero que jugar,
Y juégase del vocablo.
Hay poetas de romance,
Que parecen de latín,
Y hay vino de San Martín,
Que no hay seso que lo alcance.

Salen D.ª Beatriz y D.ª Ana.

BEATRIZ.

Por cierto, que va galán.

ANA.

Bien parece de camino.

BEATRIZ.

Y ¿que don Fernando vino?
Luego aquí los dos están

GALINDO.

También Galindo está aquí.

BEATRIZ.

En verdad que he de abrazarte.

GALINDO.

Las nuevas que puedo darte,
Ya puedes verlas en mí.
Venimos aunque hemos hecho
Diligencia por llegar;
Que el Veinticuatro ha de estar
Aquí esta noche sospecho.
Para no venir con él,
No poco en Toledo hicimos;
Lo que adelante venimos,
Entramos primero que él.
Pero, en fin, que llegará,
Sin que esta noche os habléis
Mirad, que en alerta estéis.

BEATRIZ.

Todo me persigue ya;
Que conjurados á una,
Aunque muerte no me dan,
Para mi desdicha están
El amor y la fortuna.
La nueva de su venida
Me ha de dar mayor pesar
Que me puede entonces dar
La verdad de su partida.
Vé, Galindo, y di que esté,
Por sí ó por no, aquesta noche.

GALINDO.

¿Piensas que ha venido en coche?
La posta es peor que á pie.
Déjanos ir á acostar;
Que traigo de un mal trotón,
Como rueda de salmón
El arrabal circular.
Si él se metiere en dibujos,
Paciencia; á verte vendremos
Después que untados estemos,
Y vendremos como brujos.

BEATRIZ.

Di que venga al fin del día
Para que nadie le note.

GALINDO.

¡Hi de puta, matalote,
Y qué espinazo tenía!

BEATRIZ.

En bronce mi pena estampo.

GALINDO.

¡Qué bien la llamaron cruz!
No hubo posta hasta Adamuz,
Desde Almodóvar del Campo.

ANA.

Dile, Galindo, á Fernando,
Que me dicen que es venido,
Que no mude de vestido
Hasta verme.

GALINDO.

Voy volando.
¡Ah, rocín de Bercebú,
Cuál me tienes el rabel!

BEATRIZ.

No se puede hablar con él.
¿Qué le has preguntado tú?

ESPERANZA.

Lo mismo me ha dicho á mí.

BEATRIZ.

¡Ay, plegue á Dios que no sea!
. . . . . (1)

(1) Falta un verso.

¿Qué haré? ¿Quedaréme aquí,
Si me he de quedar helada?

ESPERANZA.

¡Ay, señora, mi señor!

Sale el Veinticuatro y criados, de camino.

VEINTICUATRO.

Nunca las almas de amor
Hallaron larga jornada.
Mi señora.....

BEATRIZ.

Señor mío.....
Y ¡cuál he estado sin vos!

VEINTICUATRO.

Creo que lloráis, ¡por Dios!

BEATRIZ.

Será del alba el rocío,
Que tras la noche saldrá
Á anunciar que viene el sol.

VEINTICUATRO.

En el pasado arrebol
Prometió bonanza ya.
Descanse yo en esos brazos.

BEATRIZ.

¿Cuál, señor, habéis venido?

VEINTICUATRO.

Del tiempo la culpa ha sido.
Ana, dadme mil abrazos;
Que en mi vida he deseado
Ver mi casa como ahora.
¿Estáis muy buena, señora?

BEATRIZ.

Muy mala sin vos he estado.

VEINTICUATRO.

¿Cómo estará de otra suerte,
Mujer que lo quiere ser?
Salí de Toledo ayer,
Y hoy, señora, llego á verte.
. . . . . (1).
Verdad es que no pudiera
Pasarlas de otra manera
Con este justo cuidado;
Que no le tuve en mi vida,
¡Por Dios vivo! como ahora

BEATRIZ.

Y ¿lo juráis?

VEINTICUATRO.

Sí, señora.

BEATRIZ.

¿Tanto de vos soy querida?

VEINTICUATRO.

Tanto, que todo el camino
Fuisteis mi imaginación;
Que en vuestra contemplación
Siempre asida el alma vino.
Dios sabe que me debéis
Este ordinario cuidado.

BEATRIZ.

Yo pienso que os he pagado,
Y aun pienso que me debéis.

VEINTICUATRO.

Mas vos me debéis á mí
Lo que presto cobraré,
Cuando el galardón os dé
De lo que hicisteis por mí;
Que espero ver ocasión
En que pagados quedemos,
Aunque la vida nos demos
Por mayor satisfacción.
Pues Ana, ¿en qué has entendido?

ANA.

En mi ordinaria labor.

BEATRIZ.

¿Quieres descansar, señor?

VEINTICUATRO.

Ese deseo he traído;
Que á fe que si no es aquí,
No pudiera descansar.

BEATRIZ.

Dennos luego de cenar.

VEINTICUATRO.

Y presto; que no comí,
Con el deseo de veros.

BEATRIZ.

Desde que os fuisteis de aquí
No ha habido contento en mí.

VEINTICUATRO.

No dudaré yo en creeros;
Que sé de vuestro valor,
Virtud y recogimiento,
Que os debo gran sentimiento,
Si no os pagase mi amor.

BEATRIZ.

¿Habéis negociado á gusto?

VEINTICUATRO.

Dos negocios que tenía,
Propuse al Rey en un día,
Uno justo y otro injusto;
Y era de Córdoba el uno,
Y el otro mío, y de honor.

BEATRIZ.

Como el Rey os tiene amor,
No habrá negado ninguno.

VEINTICUATRO.

Que no hay condición igual,
Ni voluntad sin desdén;
El de Córdoba hizo bien.

BEATRIZ.

¿Y el vuestro?

VEINTICUATRO.

En extremo mal.

BEATRIZ.

¡No me hiciera reina Dios,
Que á fe que estuviera hecho!

VEINTICUATRO.

¡Por mi vida, que sospecho
Negociar mejor con vos!
Cierta cosa, hacienda suya,

(1) Falta un verso.

Me ha mandado averiguar:
Por él la vengo á cobrar,
Que es bien que la restituya.
Persona á quien yo la di,
Quiere que á mí me la dé;
Yo digo que lo sabré,
Y haré lo que fuere en mí.
Vamos adentro, y de todo
Os daré esta noche cuenta.
¡Ah lengua! ¿No estáis contenta?

BEATRIZ.

Pues todo se hará de modo;
Que hacienda de rey, señor,
¿Cómo se puede encubrir?

VEINTICUATRO.

Casi lo voy á decir:
Mi lengua tiene el honor.

Vase.

BEATRIZ.

Hermana, si Jorge viene,
Dile todo lo que pasa,
Y que el dueño de esta casa,
El cuerpo, el alma no tiene.

Vanse.

Salen D. Luis y D. Juan.

LUIS.

Con este comedimiento,
Paréceme que obligara
A quien me diera en la cara
Tan escrito el pensamiento.
Ya he propuesto las razones
Que tengo, señor don Juan.

JUAN.

Todas ellas no me dan
Bastantes satisfacciones.
Decirme vuestra merced
Que en esta casa no éntre,
Y decir que no me encuentre,
Que en esto me hará merced,
No me da lugar á mí
Para, haciéndolo, quedar
En el honrado lugar
Que hasta ahora pretendí;
Que no puede el que es honrado
Retirarse de ese modo.

LUIS.

Siéndolo yo, queda todo,
Como es razón, acabado.
No lo he pedido con fieros,
Sino con la cortesía
De obligación vuestra y mía,
Y el honor á caballeros.
Si ése es vuestro pensamiento,
Á lo que os ponéis mirad.

JUAN.

¿Ello va á decir verdad?

LUIS.

Sí.

JUAN.

Pues ello es casamiento.

LUIS.

No será mientras yo viva:
Poned á la espada mano.

JUAN.

Que me place.

LUIS.

Pues en vano
Vuestro pensamiento estriba.

Éntranse acuchillando.

Sale D. Jorge haciendo que mete mano y no puede

JORGE.

Don Luis riñe: tiempo es éste
De mostralle..... ¡Ah, fiera espada!
¿Ahora estáis apretada?
¿Quieres que el honor me cueste?
Acuchillándose van
Sin que sacalla pudiese.

Sale D. Fernando.

FERNANDO.

¿Qué rüido, hermano, es ése?

JORGE.

Con llaves, sin duda, están
Las espadas desde el día
Que salimos de Granada.

FERNANDO.

Del camino está tomada,
Que este orín la humedad cría.
Ya salió. ¡Válgate, pues.....
Que otra cosa iba á decir.

JORGE.

¡Por Dios, gentil despartir
Éste de Santelmo es!

FERNANDO.

¿Cómo así?

JORGE.

Pero no iré,
Que es después de la tormenta.
La cólera me revienta.

FERNANDO.

Decidme ya lo que fué.

JORGE.

Por quebralla estoy ¡por Dios!
En esta piedra.

FERNANDO.

Estad quedo.

JORGE.

Riñó don Luis.

FERNANDO.

Ya no puedo
Disculparos.

JORGE.

Ni yo á vos.
¡Qué cosa tan vergonzosa!

No me atraveséis la espada.

FERNANDO.

Qué, ¿tanto estaba apretada?

JORGE.

En mi vida vi tal cosa.
Mirad qué será de mí.

FERNANDO.

Consolaos con lo que ahora
Me ha sucedido.

JORGE.

En buen hora.
Decid lo que es.

FERNANDO.

Pasa así.

JORGE.

¿Es muy largo el cuento?

FERNANDO.

No.

JORGE.

Porque si es muy largo, os dejo.

FERNANDO.

Mirándome en el espejo,
En cuatro partes se abrió.

JORGE.

Debísteisos de aojar
Si tan lindo os parecisteis.
¿Quebró el cristal en que os visteis?
Una higa haced comprar.

FERNANDO.

No he tenido tal agüero
Desde el día en que nací.

JORGE.

Peor me sucedió á mí,
Haciendo mal al overo;
Que el freno se me quedó,
Con las riendas, en la mano.

FERNANDO.

Esta noche toda, hermano,
Un mal sueño me espantó.

JORGE.

¿Cómo sueño? ¡Por Dios juro
Que esta noche un grito oí,
Que estuve una hora sin mí,
Viendo el aposento obscuro!
Pues un perro, allá en la calle,
¡Qué aullidos daba y aprisa!

FERNANDO.

Vámonos, don Jorge, á misa.

JORGE.

Galindo.....

FERNANDO.

No hay que llamalle.

JORGE.

¿Dónde está el pícaro?

FERNANDO.

Habrá
Visitado sus ermitas.

JORGE.

Debemos cuatro visitas,
Y come el Obispo ya.
Mas no perdamos la misa
Por estos malos agüeros.

Sale Medrano.

MEDRANO.

¿Dónde bueno, caballeros?

JORGE.

¿Medrano con tanta prisa?

MEDRANO.

El Veinticuatro os suplica,
Y mi señora también,
Comáis con ellos.

JORGE.

¡Qué bien
Á mis tristezas se aplica!
Deja la misa, Fernando,
No hagamos esperar.

FERNANDO.

Voy á comer y mirar.

JORGE.

Y yo á desear mirando.

Vanse.

Salen el Veinticuatro y Rodrigo.

VEINTICUATRO.

Dí la verdad de todo.

RODRIGO.

Señor mío,
En tu casa nací, tú me has criado,
Tuyo es mi sér.

VEINTICUATRO.

¡Hechizo de mi vida,
Dame esos brazos, dámelos mil veces!
Hijo, ¿qué haré?

RODRIGO.

Señor, que ahora es tiempo
De cobrar el honor que te han quitado.

VEINTICUATRO.

¿Que, en efecto, perdí mi honor, Rodrigo?

RODRIGO.

Señor, no le ha perdido quien le cobra:
¿Un mentís no se cobra por el duelo,
Por dar de palos, y ésos con la muerte?
Pues también la rompida fe se niega
Por dar la muerte á los que son culpados.

VEINTICUATRO.

¿Sabes qué es honra?

RODRIGO.

Sé que es una cosa
Que no la tiene el hombre.

VEINTICUATRO.

Bien has dicho:
Honra es aquella que consiste en otro;
Ningún hombre es honrado por sí mismo,
Que del otro recibe la honra un hombre;
Ser virtuoso hombre y tener méritos,
No es ser honrado; pero dar las causas
Para que los que tratan les den honra.
El que quita la gorra cuando pasa
El amigo ó mayor, le da la honra;

El que le da su lado, el que le asienta
En el lugar mayor; de donde es cierto
Que la honra está en otro y no en el mismo.
Mas ¿para qué me pongo en referirte
Lo que es honor? Sin duda que estoy loco;
Mas presumo, Rodrigo, que lo hago
Por dilatar lo que saber deseo,
Que aunque deseo saberlo lo dilato,
Porque hasta que lo sepa, aún honra tengo.

RODRIGO.

Bien dices que consiste la honra en otro,
Porque si tu mujer no la tuviera,
No pudiera quitártela; de suerte
Que no la tienes tú: quien te la quita.

VEINTICUATRO.

¡Ay, honra, al fin sofística inventora
De tantas ceremonias y locuras!
Acertó quien te puso las coronas
De los Césares altos y sus triunfos,
En el noble laurel, mortal y lírico,
En la fama inmortal, en los trofeos,
En las aras que antiguamente hicieron
Los Macabeos, que en el templo santo
De Jerusalén colgar pudiesen;
Pero en mujer, ¿por qué? Porque fué justa.
Mas ¿qué dilato tanto mi desdicha?
Ea, Rodrigo, ¿cómo pasa todo?

RODRIGO.

Para que me disculpes, saca luego
Algunas cartas de esas que te he escrito.

VEINTICUATRO.

Ésta, Rodrigo, es una.

RODRIGO.

Á leer comienza.

Carta.

«Señor, mucho conviene á tu honor que no hagas tan larga ausencia de tu casa y de Córdoba, porque lo uno honras como honrado dueño, y lo otro alegras como buen criado.»

RODRIGO.

No leas más, eso basta.

VEINTICUATRO.

¡Ay de mí, triste,
Que no entendí jamás estos renglones!
Bien sé que eres fiel; disculpa tienes;
Yo soy culpado solo: dí, Rodrigo,
¿Quiere doña Beatriz su primo?

RODRIGO.

Quiérele.

VEINTICUATRO.

¿Goza á doña Beatriz su primo?

RODRIGO.

Gózala.

VEINTICUATRO.

¿Y don Fernando?

RODRIGO.

Á tu sobrina.

VEINTICUATRO.

Basta.

RODRIGO.

No basta, que aún hay más.

VEINTICUATRO.

¿Cómo?

RODRIGO.

Esperanza
Es de Galindo, un mozo de don Jorge;
Tanto, que si las yeguas estuvieran
En casa y no en el campo, presumiera
Que también las cubrieran los caballos.

VEINTICUATRO.

¡Bueno, bueno por Dios! ¡Pese á la infame,
Injusta, mal nacida y sin vergüenza!
¡Es mujer, que bastaba!

RODRIGO.

No des voces.

VEINTICUATRO.

¡Reventaré como preñada víbora!
¿No veis que tengo el pecho lleno de áspides?
¿Cuál fué el villano que la honra santa,
Que es de los hombres el mayor tesoro,
Que debiera engastarse entre diamantes,
La puso en vasos de sutiles vidrios,
Que con cualquiera golpe que dan, quiebran?
La honra se derrama como el agua.
¿Que dije bien del casamiento?

RODRIGO.

Pienso
Que el casamiento siempre fué loable.

VEINTICUATRO.

Bien dices, que á no haber mujeres malas,
¿Qué estimación se diera á tantas buenas?
Por el plomo se sabe cuál es oro,
Por la experiencia vemos qué es la ciencia,
Por lo que es imperfecto, lo perfecto,
Y así, la mujer buena por la mala.
Dios lo inventó, la Iglesia lo recibe
Por Sacramento; adórole y estímole:
Pecados míos son; Dios me castigue.

Salen Medrano, D. Jorge y D. Fernando, y al entrar cae D. Jorge.

MEDRANO.

Aquí vienen don Jorge y don Fernando.

JORGE.

¡Jesús mil veces!

VEINTICUATRO.

Esperad: ¿qué es esto?
¿Caistes?

JORGE.

¿No lo veis?

VEINTICUATRO.

¡Hola! Traed agua.
¿Si os habéis hecho mal?

JORGE.

¿Cómo es posible,
Si vos, primo y señor, me dais la mano?

MEDRANO.

Aquí está el agua.

JORGE.
Que no, que no.
VEINTICUATRO.
Bebedla,
Que como éste es delito que se prueba,
También es menester cordeles y agua.
FERNANDO.
¿Qué agücros de desdicha son aquéstos?
VEINTICUATRO.
Bebed más.
JORGE.
Bueno está.
FERNANDO.
Dame ese barro.
Del susto que me has dado, bebo.
JORGE.
Bebe,
Que es fresco el barro, y á beber provoca.
FERNANDO.
Cayóseme, ¡por Dios! Tú le has aojado.
VEINTICUATRO.
No importa; acá los hay de Estremoz buenos.
¡Hola! ¿Está la comida aderezada?
MEDRANO.
Sí, mi señor.
VEINTICUATRO.
Pues vamos, primos míos.
JORGE.
¡Qué comida tan dulce!
VEINTICUATRO.
Y la postrera.
RODRIGO.
Ya lo entiendo, señor.
VEINTICUATRO.
Aquí te espera.

Vase.

RODRIGO.
La honra del casado es fortaleza
Donde está por alcaide el enemigo,
Con voz y rostro de fingido amigo,
Porque es de la mujer igual flaqueza.
Suelen decir que por naturaleza
Son fáciles al mal, pero yo digo
Que de nuestra soberbia fué castigo,
Porque está la soberbia en la cabeza.
¡Oh dura ley del mundo, que la honra
No está en la mano, sino en una propia
Del hombre mismo y de sus costumbres! (1)
¡Cuán fuerte caso es que la deshonra
Esté en un arca, que es la mujer propia (2),
De donde mil ladrones traen vislumbres!

Sale Galindo.

GALINDO.
¿Puedo, con licencia vuestra,
Hablar al Comendador?
RODRIGO.
¡Con qué cara ese traidor,
Fingida risa me muestra!
Están comiendo, y no creo
Será bien que los habléis,
Si dilatarlo podéis.
GALINDO.
Digo que hablalle deseo;
Que le traigo aquí un papel
De mucha importancia y pena.
RODRIGO.
Dar nueva en comida y cena,
Es disparate cruel,
Que suele á todos quitar
De todo punto el comer:
Si es buena, con el placer,
Si es mala, con el pesar.
Iré á decille que estás
Aquí: ¿cuál es de los dos?
GALINDO.
Don Jorge.
RODRIGO.
Galindo, adiós.

Vase.

GALINDO.
Dile que aguardo no más.
Después que miro á Esperanza,
Anda el perro con vejigas,
Por celos de ciertas ligas,
Colores de su mudanza.
Con esto el sentido pierde
De una celosa afición;
Que en efecto, azules son,
Aunque es la esperanza verde.

Sale Esperanza.

ESPERANZA.
De la cocina he salido,
Puesto que estaba ocupada.
GALINDO.
Buena estáis y colorada:
¡Qué galán el fuego ha sido!
¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha hecho,
Que te ha puesto vergonzosa?
No he visto nácar de rosa,
Como tu cara y tu pecho.
ESPERANZA.
Tal he tenido que hacer
Por regalar á tus amos.
GALINDO.
¡Ay de los pobres que estamos
Hasta las dos sin comer!
¿Cómo de mí te acordaste?
ESPERANZA.
Luego ¿olvidéme de ti?
GALINDO.
¿Tienes algo por ahí

(1) Dos versos que no lo son, ni hacen sentido. El texto de esta comedia está estragadísimo en muchos pasajes.
(2) Consonante repetido.

Que aquí desvanezca y gaste?
Que no he cortado ¡por Dios!
La cólera, en confianza
De tu cuidado, Esperanza,
Y creo que son las dos.

ESPERANZA.

No ha de faltar una presa.

GALINDO.

Si hay vino, basta un alón,
Porque los alones son
Con lo que vuela una mesa.
Por eso dice el Gascón:
Alón que pinta la uva,
Porque no hay en una cuba
Para pasar un alón.
Beberé por tu salud
Y la de doña Beatriz.

ESPERANZA.

Dos tetillas de perdiz
Serán de mayor virtud.

GALINDO.

¿Tetillas? ¡Pesia mi mal!

ESPERANZA.

Ten las manos, no me toquen.

GALINDO.

¿Á quién hay que no provoquen
Esas de pavo real?

ESPERANZA.

Para la segunda vez
Tengo un grigüesco valón,
Que es lo bajo de un capón.

GALINDO.

Para mí basta una nuez,
Aunque sea de ballesta;
Que con un puño de sol
Suelo beber un farol
De San Martín sobre apuesta.

ESPERANZA.

Este farol ¿es latín?

GALINDO.

Es un jarro de un azumbre,
Que da á la taberna lumbre
Del bendito San Martín.

ESPERANZA.

Entra, que han comido ya,
Y comerás un bocado.

Vanse.

Salen el Veinticuatro, Comendadores y D.ª Beatriz.

FERNANDO.

Buena la comida ha estado.

BEATRIZ.

Y mejor la vista está.

JORGE.

Después de tanto regalo,
Sólo ya el de veros siento.
Es el encarecimiento
Que á tanta merced igualo.
Solo el Fénix no hallo aquí,
Pero ya le he visto en vos.

VEINTICUATRO.

¡Que cuando se ciegan dos
Se desvergüencen así!
¡Caso extraño, que imaginan
Que son ciegos los demás!
¡Pues qué presto el fin verás
Á qué tus pasos caminan!
¡Ah traidor, que hablarme puedes
Sin que la vida te quite!
¡Ay, quién te hiciera el convite
Que á sus caballos Diomedes!
¡Miren con la desvergüenza
Que se hablan, que se miran,
Que hasta los cielos se admiran
Que su temor no les venza!
Aunque ahora mi deshonra
Viéndolos en la comida,
Dando veneno á mi vida
Y difamando á mi honra.
¿Qué aguardo, pues, que en efecto.....
Señores primos, por hoy,
Que os dejo pensando estoy.

JORGE.

Pues que lo erráis os prometo.

FERNANDO.

¡Cómo! ¿Quedáis todavía
En que os habéis de ir á caza?

JORGE.

Vámonos, primo, á la plaza,
Que declina mucho el día;
Que mañana, de mañana,
Podéis ir, é iré con vos.

VEINTICUATRO.

Esta tarde he de ir, ¡por Dios!
Llama á Rodrigo; (1)
Pero déjale, que viene.
Pues, Rodrigo, ¿podré ir
Al campo?

RODRIGO.

Podrás salir
Si el rocín paciencia tiene;
Que está de ayer bien cansado.

VEINTICUATRO.

Ensíllamele, camina.
¿No me habláis?

BEATRIZ.

Estoy mohina
De ver en lo que habéis dado.
¿Hoy al campo? ¿No es mejor
Con vuestros primos holgaros?

VEINTICUATRO.

Quiero entre esos aires claros
Esparcir el triste humor;
Que aquel negocio del Rey,
Que os he contado, me da
Disgusto.

BEATRIZ.

¿No sabéis ya
Que es sin consejo ni ley?

(1) Verso incompleto.

FERNANDO.

Siempre en la comida ha estado
Encareciendo el buen día;
Vaya, y lleve compañía
De un primo y buen convidado,
Y quédese Jorge aquí.

JORGE.

Yo tengo de ir el primero.

VEINTICUATRO.

Por la fe de caballero,
Que no se ha de hacer así,
Que el Obispo os eche menos;
Ya que á comer le faltáis,
Á la cena es bien que vais.
¡Hola! ¿Has echado los frenos?

JORGE.

¿Quién va con vos?

VEINTICUATRO.

Rodriguillo,
Cuatro perros y un falcón,
Y algún repuesto al arzón,
Para subir el cuchillo
De esa pedregosa sierra.

FERNANDO.

Pues, ¿dónde vais?

VEINTICUATRO.

No me alargo;
Que no es el camino largo
De lo que llaman Trasierra.
Pero con todo, estaré
Tres días por esos cerros.
¡Ea, que ladran los perros!
¿Quieres que me vaya á pie?

JORGE.

¡Por vida de vuestra esposa,
Que los perros me han metido
Sus voces por el oído!
Está el alma codiciosa.
Con vos he de ir.

VEINTICUATRO.

Eso no.

BEATRIZ.

Acabad, llevadle allá.

VEINTICUATRO.

Con el Obispo estará
Mejor.

JORGE.

¿Qué importa? Iré yo.

VEINTICUATRO.

¡Por mi vida, que me enoje!
Ni aun me habéis de acompañar.

FERNANDO.

Eso podéis perdonar:
Ir ó acompañar, escoge.

VEINTICUATRO.

Ahora bien, salid conmigo.

Sale Galindo.

GALINDO.

Don Luis me dió este papel.

JORGE.

Muestra, á ver qué dice en él.

Lee el papel.

«Oficio hiciste de amigo;
Y con dejarme en el caso,
No me habéis venido á ver.»
¿Está herido?

FERNANDO.

Así ha de ser,
Que no se quejará acaso.

GALINDO.

Un brazo pasado tiene.
Otra nueva te traía.

FERNANDO.

¿Preguntó Su Señoría
Por los dos?

GALINDO.

Más bajo viene.

JORGE.

¿Cómo?

GALINDO.

En la caballeriza
Este recado me han dado.

FERNANDO.

Y ¿qué es, señor, el recado
Que en tal parte se autoriza?

GALINDO.

El alazán y el overo
Han reñido, y de una coz
Mató el alazán veloz
Al overo.

JORGE.

Mal agüero.

RODRIGO.

Ya, señor, está ensillado.

VEINTICUATRO.

Pues alto, y vamos de aquí.

JORGE.

Adiós, prima; ¿vendré?

BEATRIZ.

Sí.

FERNANDO.

¡Lindamente se ha trazado!

Vanse, y quedan D.ª Beatriz y D.ª Ana.

BEATRIZ.

Si con mi propio marido
Esto concertado hubiera,
No creo que sucediera
Como veis que ha sucedido.
¡Ah, noche, que tardas ya!
¡Vete, perezoso día!
¿Posible es, sobrina mía,
Que sola esta casa está?
¿Que ya es ido el Veinticuatro?
¿Que ha de ser este aposento,
De mi esperado contento
Entapizado teatro?
Esperanza, Esperancica.....

ESPERANZA.

Señora.....

BEATRIZ.

¡Gran loca estoy,
Á mil partes vengo y voy!
Presto ropa y lumbre aplica;
Abre aquesos cofres, anda.

ESPERANZA.

¿Ahora andamos en esto?

BEATRIZ.

¡Ay, don Jorge! Enjuga presto
Cuatro sábanas de holanda.
Saca pastillas, pues sabes,
Del escritorio pequeño,
Haz fiestas al nuevo dueño.
¿Qué aguardas? Toma las llaves.
Perfuma esta cuadra toda,
Echa aquella colcha indiana.
Hoy es, amiga doña Ana,
Nuestro desposorio y boda.
Ya parece que anochece.
¿Está eso limpio? ¿Está bien?

ANA.

Nunca amaneció tan bien
Como ahora que anochece.

Gritan dentro.

En la calle hay cuchilladas:
Escucha.

BEATRIZ.

¿Será don Jorge?

ANA.

No es tiempo que espadas forje;
No sale el triunfo de espadas.
Deja, no te asomes, riñan;
Que aun para venir es presto.

ESPERANZA.

Ven á ver cómo está puesto:
Verás qué manos lo aliñan.

BEATRIZ.

Eso creo yo muy bien:
Mis brazos te quiero dar.

ESPERANZA.

¿Huele bien?

BEATRIZ.

Haz perfumar
Una camisa también,
Y apercibe colación.

Salen D. Jorge, D. Fernando y Galindo.

JORGE.

Allá queda, y con mal vaya.

BEATRIZ.

¡Ay, Jesús!

FERNANDO.

Paso: no haya
Rüido ni alteración.

ANA.

¿Dónde queda?

JORGE.

Caminando
Á sobrepaso el rocín,
Y con su Rodrigo, en fin,
Perro, y los perros guiando.

FERNANDO.

Gocemos de la ocasión
Mientras anda en sus destierros.

BEATRIZ.

Rabia le mate los perros,
Y aguilica el su falcón.

JORGE.

Dame, mi vida, esa mano.

FERNANDO.

Y vos la vuestra.

ANA.

¡Ay! ¿Qué ha sido
Aquel golpe?

ESPERANZA.

Que ha caído:
Mas caiga, que el suelo es llano.

Vase.

BEATRIZ.

Vamos adentro.

ESPERANZA.

Galindo,
¿Haste de ir?

GALINDO.

¡Qué lindo es eso
Para quien no come queso!

ESPERANZA.

Pues no le parezca lindo.

GALINDO.

¡La boba!

ESPERANZA.

Ahora bien, vamos;
Que aquí está cierto aposento,
De tan mal techo y cimiento,
Que en él esteras guardamos;
Pero estará más secreto
De los criados de casa.

GALINDO.

Entre amantes todo pasa,
Que esteras son en efeto.
Sobre ellas pienso mejor,
Que ellos en bordada cama,
Gozar mi fregona dama.

ESPERANZA.

Vamos, mi bien.

GALINDO.

Toca, amor.

Vanse.

Salen el Veinticuatro y Rodrigo, bajando por arriba del teatro.

RODRIGO.

No caigas, pon bien el pie.

VEINTICUATRO.

Baja con tiento, Rodrigo.
¡Ayuda el cielo me dé!
¡Qué bien los llevé conmigo,
Y qué bien que los dejé!

RODRIGO.

Acostados estarán;
Que los de casa lo están,
Según lo dice el silencio.

VEINTICUATRO.

Hoy, ¿en qué me diferencio
De otro furioso Roldán?
¡Ay, honra, veisme aquí ya
En vuestro teatro puesto,
Como todo hombre lo está;
Que nacimos para esto,
Desde que Dios sér nos da!
Uno representa el Papa
Con su pontificia capa,
Otro el Rey con su corona,
Otro su misma persona,
Que su puesto ocupa y tapa;
Otro con él corresponde,
Es Duque, y menos que él,
Éste Marqués, y aquél Conde,
Y otro le sirve y responde,
Porque aquél se sirve de él;
Tal es, y un hombre ciego (1),
Oficial y ciudadano,
Tal pone el pueblo en sosiego,
Con vara ó pluma en la mano,
Y honor representa luego.
Y mirad lo que le plugo
Al cielo en darme este yugo;
Que entre las figuras todas,
La honra, autor de mis bodas,
Me vino á dar el verdugo.
¡Ea, desnuda la espada,
No te mueva compasión!

RODRIGO.

Entra, que si entra manchada
De afrenta y mala opinión,
Saldrá con sangre lavada.

VEINTICUATRO.

¡Infame y traidor amigo,
Ya te viene á dar castigo
El cielo! Vente tras mí.

JORGE.

¿Qué es de mi espada? ¡Ay de mí!

VEINTICUATRO.

Toma esa puerta, Rodrigo.

Entra el Veinticuatro con la espada desnuda.

Sale D. Jorge en camisa, con una ropa de levantar, y el Veinticuatro tras él, y éntranse.

JORGE.

Dios castiga mis pecados.

VEINTICUATRO.

¡Muere, traidor!

JORGE.

¡Justa ley!

FERNANDO.

¿Que el Veinticuatro ha llegado?

JORGE.

Domine, memento mei!

ANA.

¿Por dónde, señor, ha entrado?

VEINTICUATRO.

¡Ea, traidores, villanos!

ANA.

¡Señor!..... ¡Tío!.....

VEINTICUATRO.

Cuentos vanos.

ANA.

¡Muerta soy!

FERNANDO.

¡Y yo también!

Salen el Veinticuatro, D.ª Beatriz y Rodrigo.

BEATRIZ.

Tened la espada, mi bien.

VEINTICUATRO.

Mi mal cortarán las manos.

RODRIGO.

Desmayóse.

VEINTICUATRO.

No la mates;
Quiero que sienta la muerte,
Aunque su muerte dilates.

Dicen dentro Galindo y Esperanza:

ESPERANZA.

Aquí puedes esconderte.
¡Ánimo!

GALINDO.

De esto no trates.
¡Santa Bárbara, San Blas!

ESPERANZA.

Métete bien en la estera.

VEINTICUATRO.

Entra, y cuanto hallares, ¡muera!

GALINDO.

¿Veisme algo por detrás?

ESPERANZA.

Salte, Galindo, acá fuera.

Éntranse el Veinticuatro y Rodrigo.

Salen Galindo y Esperanza, cada uno metido en su estera.

GALINDO.

¿Dónde iremos? ¡Ay de mí!

RODRIGO.

Aquí está Medrano.

VEINTICUATRO.

¡Dale!

RODRIGO.

Jorgillo, el negro, está aquí.

VEINTICUATRO.

Aunque el ser negro le vale,

(1) No es verso ni hace sentido. Acaso escribiria Lope:

Tal es cojo, tal es ciego.

Jorge es blanco para mí.

RODRIGO.

¿Morirán las dueñas?

VEINTICUATRO.

¡Dalas!

GALINDO.

Todo va arreo, sin duda.

ESPERANZA.

Cerrado han cuadras y salas.

GALINDO.

¡Quién fuera hormiga ó aluda,
Porque me nacieran alas!

ESPERANZA.

¿Sabes el *Ánima Christe*?

GALINDO.

Supuesto que la supiera,
Se me olvidara.

ESPERANZA.

Resiste
Este temor.

GALINDO.

Si pudiera;
Pero ya es muy tarde, ¡ay triste!
¿Quién fué aquel desvergonzado
Que me hizo amante tierno,
Siendo un roble mal cortado?
¿Quién me hizo suelo de invierno,
Que tan presto me ha esterado?
¡No estuviera yo en Argel,
Y no en púlpito de estera!

RODRIGO.

Aquí está Celia.

VEINTICUATRO.

¡Ésa, muera!

GALINDO.

Nadie perdona el cruel.

VEINTICUATRO.

Salgamos, Rodrigo, fuera.

RODRIGO.

No queda viva persona.

VEINTICUATRO.

Basta que maté la mona,
Porque ya me parecía
Que de corrido salía.

GALINDO.

¡Que aun la mona no perdona!
¿Qué hará de mí, que es lo mismo?

VEINTICUATRO.

¿No ha vuelto aquesa mujer
Del desmayo ó parasismo?

RODRIGO.

Ya se comienza á mover.

VEINTICUATRO.

¡No hay más fuego en el abismo!
¿Quién suena?

RODRIGO.

Es el papagayo.

VEINTICUATRO.

Pues ¿éste dejaste vivo?
¡Véle á matar como un rayo!

RODRIGO.

Llámame perro cautivo.

GALINDO.

¿Qué harán del pobre lacayo?

VEINTICUATRO.

¡Mátale, que á todo estuvo
Presente, y su hablar detuvo;
Y pues lo supo, y confieso
Que no me dijo el suceso,
Señal es que culpa tuvo!

RODRIGO.

Ya es muerto.

VEINTICUATRO.

Bien muerto está.

GALINDO.

¡San Nicodemus, San Quirce,
San Remigio!.....

VEINTICUATRO.

Escucha acá:
¿Quién reza?

RODRIGO.

¡Oh, bellaca Circe,
Esperanza!

VEINTICUATRO.

No lo es ya.

RODRIGO.

Los dos para en uno son.
Este es vuestro galardón:
¡Muera el infame villano!

VEINTICUATRO.

¡Qué esteras para el verano!

BEATRIZ.

¡Ah, señor!.....

VEINTICUATRO.

¡Dime león,
Dime furia, dime fuego!

BEATRIZ.

No estéis, mi señor, tan ciego:
Conozco que os he ofendido.

VEINTICUATRO.

¿Qué pides?

BEATRIZ.

Confesión pido.

VEINTICUATRO.

Pues entra: confiesa luego.

Salen el Rey, Garcilaso y el Conde.

GARCILASO.

Ya el Duque serenísimo se acerca,
Y ya le aguarda la dichosa España,
Como á quien ha de ser amparo suyo.

CONDE.

Notables fiestas las ciudades hacen:
¡Qué levantados arcos aperciben!

GARCILASO.

Muéstranse Barcelona y Zaragoza
Con el aplauso y triunfo que á los Césares
Pudiera Roma, en los dorados siglos
Que se llamó cabeza de la tierra.

CONDE.

No queda atrás nuestra imperial Toledo,

Que con tantas pirámides y estatuas,
Cubriendo va las plazas principales
Y los famosos lienzos de su iglesia.

GARCILASO.

Nuestra España su bien muestra, su aumento,
Con heredero de tan alto príncipe,
Que si es posible, su grandeza iguala.

REY.

De esta elección, famosos caballeros,
Espera un grande bien nuestra corona,
Y no menos ventura para España;
Y así es razón que su venida muestre
Agradecido rostro y alegría.
Éste será quien la defienda y guarde
Del africano moro y fiero bárbaro,
Del turco de Asia y del cristiano apóstata:
Yo, luego que mi hija doña Juana,
De España serenísima princesa,
Quede en la posesión con el Gran Duque,
Pienso partirme á mi querida Nápoles,
Honra de mis empresas y conquistas,
Por el Gran Capitán, honor de Córdoba.

CONDE.

Luego ¿dejas á España?

REY.

No la dejo,
Pues que la doy tal príncipe en Filipo.

PAJE.

Aquí está, gran señor, don Diego de Haro.

Sale D. Diego.

DON DIEGO.

Beso, señor, los pies de tu grandeza.

REY.

Pues, don Diego, ¿qué hay?

DON DIEGO.

Vengo á avisarte
De que don Juan, mi hermano, muerto queda,
Doña Constanza de Haro, mi sobrina,
Debajo de tu amparo y esperanza:
Licencia tuya y que á Vizcaya vuelva.

REY.

Pésame de perder tal caballero;
Pero doña Costanza no se parta
Sin que primero yo la vea, don Diego;
Que tengo obligaciones á su padre,
Y quedo en su lugar para sus hijos.

PAJE.

Aquí está el Veinticuatro.

REY.

¿Quién, Fernando?

PAJE.

Gran señor, el de Córdoba.

REY.

Pues éntre.
Holgaréme de velle.

VEINTICUATRO.

¡Oh, claro Príncipe
Que el mundo tiene ya lleno de historias!
Dame esos pies.

REY.

Levántate, Fernando,
Y di á qué vienes.

VEINTICUATRO.

Oye atentamente,
Que lo que público es, que te lo cuente.
Bien te acuerdas, rey Fernando,
Que me diste en unas fiestas
Un diamante en un anillo,
De mis servicios empresa;
Y que viniéndote á ver,
Le viste en las manos bellas
Del comendador don Jorge,
Aquel de la cruz bermeja.
Reprehendísteme, Rey,
Y disculpando tus quejas,
Te dije que se le dí
Á mi mujer en mi ausencia.
Tu me respondiste entonces:
«Pues si se le diste á ella,
Ella es razón, Veinticuatro,
Que la sortija te vuelva.»
Las palabras de los reyes
Son balas de pieza gruesa,
Que matan con sólo el aire,
Puesto que el cuerpo no ofendan.
Entró la palabra al alma,
Y porque la causa de ella
Fuese más cierta, en mi casa
Hice luego diligencia.
Díjome un esclavo mío
Que los dos hermanos eran
De mi mujer y sobrina
Galanes en mi presencia.
Convidélos á comer,
Y en los ojos de él y de ella
Leí la historia del alma,
Escrita su luz sin letras.
Fingí una caza de burlas,
Y fué la caza de veras,
Porque aquella misma noche
A Córdoba dí la vuelta.
Entré por unas paredes
No muy altas, de la huerta,
Que fué desde mi deshonra
Toda la casa bajeza.
Hallé los Comendadores
Que comían á mi mesa,
Acostados en mi cama,
Holgando en sus brazos de ellas.
Tenían luz encendida,
Sobre un bufete dos velas;
Mas, como eran cuerpos muertos,
¿Qué mucho que las tuvieran?
Tomó don Jorge su espada,
Pero Dios, que á tiempos ciega,
Ó el miedo que el Sacramento
Pone á quien sus leyes quiebra,
Hizo que de una estocada
Cayese su infamia en tierra,
Y que volviese mi honra

Á estar sobre las estrellas.
Desmayóse mi mujer;
Dejéla para más pena,
Y discurriendo la casa,
Maté cuantos hubo en ella:
Á don Fernando, á doña Ana,
Dos dueñas, cuatro doncellas,
Pajes, escuderos, mozas,
Lacayos, negros y negras;
Los perros, gatos y monas,
Hasta un papagayo, que era
También traidor, pues hablaba
Y no me dijo mi afrenta.
Volvió del sueño Beatriz,
Pidióme con voces tiernas
Que la diese confesión;
Quísela bien y otorguéla.
Trújola mi esclavo un fraile,
Y ya de su culpa absuelta,
La misma espada que ciño,
Y que desnudo, que es ésta,
Pasó su pecho seis veces;
Y ahora á tus manos llega
Desnuda como la ves,
Á que cortes mi cabeza.

REY.

Hecho famoso y notable,
Tan digno de eterna fama,
Que de un Rey, noble te llama,
Y de un Reino memorable.
Sois, don Fernando, tan dino
De premio por tal venganza,
Que hasta un Rey parte le alcanza
Del honor que á vos os vino.
Hónrase Córdoba más
Que por Séneca y Lucano,
De tener tal ciudadano.

VEINTICUATRO.

Cuanto he pedido me das:
Has confirmado mi honor
Con tu generosa boca.

REY.

Eso á mí solo me toca:
Decí á mi Alcalde mayor
Que no hable en esta justicia,
Que yo lo tomo á mi cargo,
Que no quiero más descargo
Ni más probada malicia.
Antes, pues, doña Constanza,
Hija de don Juan de Haro,
Por mi tutela y amparo,
Nombre de mi hija alcanza:
Os la doy para mujer.

VEINTICUATRO.

Yo soy de sus pies indino.

DON DIEGO.

Dadme esos brazos, sobrino.

VEINTICUATRO.

Vuestro esclavo quiero ser.

DON DIEGO.

Al que es honrado honra Dios.

VEINTICUATRO.

Y castiga al que difama.

REY.

Ya los nueve de la fama
Son veinticuatro con vos.

VEINTICUATRO.

Córdoba os queda obligada.

REY.

Y yo, por tal hijo, al cielo,
Dando á vuestro español suelo
Una historia tan honrada.

VEINTICUATRO.

Cuanto he perdido he ganado.

GARCILASO.

Vuestro valor lo remedia;
Y aquí acaba la comedia
Del honor desagraviado.

FIN.

LOS GUANCHES DE TENERIFE

Y CONQUISTA DE CANARIA

COMEDIA LA FAMOSA

DE

LOS GUANCHES DE TENERIFE

Y CONQUISTA DE CANARIA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Don Alonso de Lugo.
Lope Fernández.
El capitán Trujillo.
El capitán Castillo.
Un soldado.
Españoles.
El rey Bencomo.
Dacil, *su hija.*
Tinguaro, *general.*
Siley, *capitán.*
Manil.
Firán.
Un agorero, *bárbaro.*
Cajas, banderas.
Soldados de unos y otros.

ACTO PRIMERO.

Dando una vuelta un monte, por la otra parte será una media nave con muchos estandartes; tocaráse una trompeta, y dirán en la proa el Maestre de campo, y D. Lope Fernández de Guerra, el general D. Alonso de Lugo y los capitanes Trujillo de la Coba y Castillo:

ALONSO.

Valerosos españoles,
Que en la patria fuisteis soles,
Alejandros en la guerra,
Catones para la tierra,
Y para la mar faroles:
Vosotros que en las conquistas
De naciones nunca vistas
Habéis hecho hazañas tales,
Que los tiempos inmortales
Serán vuestros coronistas.
Tercera vez animosos
Á Tenerife volvéis,
Á probar los belicosos
Brazos que ya conocéis,
De sus bárbaros famosos.
Tercera vez este mar
Habemos vuelto á pasar,
Y desde la Gran Canaria,
Por tanta fortuna varia,
Nos dan sus puertas lugar.
Bárbara es esta nación,
Y desnuda de riqueza,
Mas nuestra justa intención
Es resistir su fiereza.
¡Ah, piadosa Religión!
Eche al demonio de sí,
Como salió de Canaria
Por vosotros, y por mí;
Que es cosa á razón contraria
Sufrir tal vecino aquí.
Aquel Arcángel divino
Con quien tengo devoción,

Y que en nuestra guarda vino,
Nos dará en nuestra ocasión
Luz, puerto, amparo y camino.
Él nos sirve de fanal,
Cuya espada celestial
Pondrá á estos bárbaros yugo.

LOPE.

Gran don Alonso de Lugo,
Nuestro invicto General,
La razón que os ha traído
Á la conquista presente,
Justa, heroica y santa ha sido,
Y á España tan conveniente
Como cuantas ha tenido.
Sola Tenerife queda,
Destas islas de Canaria,
Que resistírsenos pueda,
Y así, es cosa necesaria,
Puesto que en valor exceda
Á los bárbaros pasados,
Ó conquistarla, ó morir
Como españoles soldados;
Que esta empresa no es seguir
Las fortunas ni los hados,
Sino la fe, la razón,
El honor, la Religión
Y la gloria del laurel.

CASTILLO.

Lope Fernández, si en él
Consiste nuestra opinión,
Después de lo que debemos
Á la fe que profesamos,
Hasta morir seguiremos
Los dos nortes que llevamos,
Por cuyas estrellas vemos.
Si en este blanco arenal
Una vez la planta estampo,
Ganaré fama inmortal,
Con tal Maestre de campo,
Y con noble General.
Las ondas no sean contrarias:
Écheme en tierra un esquife,
Y veréis si os rinden parias
Los Guanches de Tenerife,
Como las otras Canarias.

TRUJILLO.

Castillo, vuestro valor,
No estas islas, todo el mundo
Le reconoce.

CASTILLO.

Señor
Trujillo, yo en vos lo fundo,
Como del mundo el mayor;
Que puesto vos á mi lado,
¿Qué bárbaros, qué demonios
No han de temblar, si han temblado
Los que hoy rinden testimonios
Por todo el mar conquistado?
¿Es tierra, por dicha, aquélla?

TRUJILLO.

Parécelo en los celajes

ALONSO.

¡Tierra, tierra!

CASTILLO.

¡Oh, quién en ella
Pusiera el pie!

LOPE.

Los paisajes
Descubren los lejos della.
¡Ea, españoles valientes,
Que saltan los corazones
Por ver los Guanches presentes!

CASTILLO.

Si he dicho algunos blasones
Los enemigos ausentes,
Aquí los haré verdad.

TRUJILLO.

Ondas, el puerto nos dad.

ALONSO.

¡Favor, divino Miguel!

TRUJILLO.

Puerto es éste.

CASTILLO.

Echadme en él.

LOPE.

Detén la temeridad.

CASTILLO.

Yo procuro vuestra gloria
Más que mi honor y memoria.

LOPE.

Toma ejemplo de Trujillo.

CASTILLO.

Salte en la tierra Castillo;
Que él os dará la victoria.

Vaya dando la vuelta la nave, de suerte que vuelva á quedar como monte. Entre el rey Bencomo, bárbaro, en aquel traje de pieles; Siley, capitán, y Dacil, hija del Rey, tendido el cabello, con su arco y flechas.

BENCOMO.

¿Qué es lo que quieres de mí?
Que tan humilde te veo.

DACIL.

Que me cumplas un deseo,
Pues de tu sangre nací.

BENCOMO.

Pues ¿para deseos tuyos
Buscas encarecimientos,
Si el alma tus pensamientos
Aún no sabe si son suyos?
¿Qué puedes tú desear,
Hija, que yo no lo quiera?

DACIL.

En esa verde ribera,
Cuya selva pisa el mar,
Hay una fresca laguna
Que vierte una fuente bella;
Quisiera bañarme en ella,
Porque no he visto ninguna
De tanta hermosura y flores
Por las márgenes y orillas,
Donde otras mil fuentecillas

Le pagan censos menores.
El armonía y concierto
De los pajarillos varios,
Jilguerillos y canarios,
Volverán el alma á un muerto.
Míranse en su claridad
Tantos árboles frondosos,
Que se enloquecen de hermosos,
Con ver sombra y novedad.
Tal copia de ánades llueve,
Y tanto en sus aguas medran,
Que parece que la empiedran
De copos de blanca nieve.
Si el viento incita las olas,
Forma unas labores tales,
Que no se labran iguales
Sino es en tus tocas solas.
Las copas que en torno están,
Cuando las sacude el viento,
¿Qué cuerdas en instrumento
Más suave acento dan?
En los árboles ya secos,
Dentro del agua hacen nidos
Mil pájaros, escondidos
Entre los ramillos huecos.
Porque entretejen, señor,
De los que traen en los picos,
Unos edificios ricos
De nunca vista labor.
De los árboles de enfrente
Comen sin pena ninguna,
Y beben de la laguna
El agua seguramente.
Alrededor, todo el suelo
De tantas flores se tiñe,
Que parece que la ciñe
El arco del mismo cielo.
Y porque á cosa tan bella
No ser muerta le conviene,
Jurarías que alma tiene
Cuando el sol se mira en ella;
Porque de su cuerpo fragua
Un recogido arrebol,
Con que el retrato del sol
Le sirve de alma en el agua.

BENCOMO.

Hija, de suerte has pintado
Esa laguna, esa fuente,
Que á ser á un padre decente,
Me viera en ella á tu lado.
No quiero estorbar tu gusto;
Pero advierte que tememos
Los españoles; que habemos
Probado ya su disgusto.
Dos veces se han atrevido
Á esta isla con su armada,
Y dos veces de su espada
Nos habemos resistido.
Tememos la vez tercera
Por la gente que nos falta,
Cuya sangre roja esmalta
Toda esa blanca ribera.
Hoy hemos de consultar
Á nuestro Dios sobre el caso;
El más peligroso paso
Es de esa laguna al mar.
Irán cincuenta soldados
En guarda tuya, y la harán,
Bañándote, aunque estarán
Lejos del agua alojados;
De otra suerte, no es razón.

DACIL.

Digo, señor, que eso es justo,
Y que á mi quietud y gusto
De mucha importancia son.
Con ellos y tu licencia
Parto á la fuente.

BENCOMO.

Siley,
Mira que el honor del Rey
Consiste en tu diligencia.

SILEY.

Dame tu cuidado á mí,
Y vive sin él, señor.

Vanse la Infanta y Siley.

BENCOMO.

¡Hola! ¿Qué es ese rumor?

CRIADO.

Tus nobles vienen aquí.

Entra el general Tinguaro y otros bárbaros, y un agorero.

TINGUARO.

Aquí viene Sileno, tu agorero,
Para saber, señor, como has mandado,
Si á tu famosa isla, Tenerife,
Volverán otra vez los españoles.

BENCOMO.

Mis recelos habéis adivinado.
Di, Sileno, ¿qué sientes?

SILENO.

Rey invicto,
Desta famosa isla, que ya sola
Queda en la sangre antigua de los Guanches,
Que tantos siglos se llamaron dueños
De las Canarias, yo he mirado atento
Todas las cosas que al servicio tuyo
Han sido convenientes estos días,
Y he hallado, en la observancia de los árboles,
En las ondas del mar, en las estrellas,
En el salir del sol y en el ponerse,
En los nocturnos cantos de las aves,
En las entrañas de las muertas fieras
Y en otras cosas mil, que á Tenerife
Vuelven tercera vez con alas blancas
Aquellos negros pájaros de España
Que, como ya sabéis, llaman navíos.
La determinación con que ya llegan
Es de morir ó conquistar la isla.

Esto alcanzo, esto sé, esto te digo;
Agora, ordene el cielo tu remedio,
Que aún está la fortuna de por medio.

BENCOMO.

¡Oh poderoso é ínclito planeta,
Que con tu resplandor el mundo ilustras!
¿Cómo permites que las claras ondas
En que se miran tus divinos rayos
Enturbien estos pájaros de España,
Que con alas de cuerdas y de lienzo
Vuelan encima de la mar furiosos,
Trayendo en sus entrañas esta gente
Que nos molesta con tan varias armas,
Y nos quiere arrojar injustamente
De aquella patria que nos diste propia,
Desde que nos hiciste entre estos montes?
¿Voy yo, por dicha, á conquistar á España?
¿Tengo pájaros yo que allá me lleven?
¿Codicio las mujeres de su tierra,
Las galas que se visten, y las cosas
De que adornaste sus dichosos reinos?
¿Qué me quieren á mí, que me persiguen?
¿Que tengo yo que de su gusto sea?
¿Qué riquezas me ven, qué plata y oro?

TINGUARO.

No te entristezcas, gran señor, ni al cielo
Te quejes de las cosas; que es más justo
Rendirle gracias que enviarle quejas.
Vengan los españoles, vengan; traigan
Riquezas, que nos dejen, de sus tierras,
Y cosas peregrinas que nos honren,
Como otras veces de experiencia sabes;
Vasallos tienes que sabrán quitárselas
Y resistir su furia. ¿De qué temes
La fuerza de unos hombres embaidores,
Que fingen fuego, truenos y relámpagos,
Y no saben luchar, correr, dar saltos,
Jugar un árbol, esgrimir un pino,
Tirar un arco, derribar un toro
Asido por los cuernos diestramente?

SILENO.

Dice Tinguaro bien; y es cosa indigna
De tu valor temer los españoles,
Que sólo con embustes son valientes.
¡Quién supiera como ellos hacer aves
De madera labrada, lienzo y cuerdas,
Con que volar encima de las aguas!
¡Quién armas de metal resplandeciente,
Con que resisten nuestras duras flechas!
¡Quién vestidos tan ricos de colores!
¡Quién aquellos cañones embutidos
De voces, de centellas y de bodas,
Que vienen por los aires resonando!
Si ellos fueran valientes, cuerpo á cuerpo
Probaran nuestras fuerzas, ó esgrimiendo,
Como dice Tinguaro, un fresno, un pino.

BENCOMO.

Conozco, amigos, que esta gente astuta,
Lo que le falta en fuerzas, tiene en ánimo;
Pero debo estimar el alto ingenio
Con que saben hacer cosas tan raras.
Bien sé que tengo yo vasallos tales,
Que sabrán defenderme y ofendellos;
Mas bien puedo quejarme de su fuerza,
Tirana para mí, pues no ofendiéndoles,
Ni teniendo riquezas que codicien,
Vienen á molestarme entre estos montes,
Llenos de solos árboles y peñas;
Pero venid conmigo y aplaquemos
Al sol, que por ventura está enojado.

TINGUARO.

Bien dices: hazle un grande sacrificio;
No perdones en él toros, ovejas,
Aves, peces, olores, ni las vidas
De nuestros hijos.

BENCOMO.

En el cielo espero
Que, antes que por él salgan muchos soles,
Habemos de vencer los españoles.

Vanse.

Salen D. Alonso, Lope Fernández, Castillo, Trujillo y soldados.

ALONSO.

Este sitio me parece
Que era bien fortificar.

LOPE.

Esta peña le guarnece,
Y desta parte la mar
Segura defensa ofrece.

ALONSO.

Á las espaldas las naves,
Es la mejor.

LOPE.

Ya tú sabes
Cuánto los espanta el són
De un reforzado cañón.

ALONSO.

Huyen como libres aves.
Sentémonos por aquí,
Y hagamos nuestro consejo.

LOPE.

¿Traerán asientos?

ALONSO.

Por mí,
Basta esta peña.

LOPE.

En tu espejo
Me miro.

ALONSO.

Y yo, Lope, en ti.
Siéntense los capitanes,
Y hagan los soldados tienda.

LOPE.

Retírense atrás, galanes.
¿Qué habrá que tu brazo emprenda,
Que no lo acabes y allanes?

ALONSO.

Generosos caballeros,
En razón desta conquista
No tengo qué proponeros;

La tierra otras veces vista,
Anime vuestros aceros.
Que della seréis señores,
Y como conquistadores
La repartiréis, ganada
Por los filos de la espada,
Tantas veces vencedores.
Yo, aunque soy el General,
Seré en partirla el menor
Y con un soldado igual.
Lo que tengo por mejor
Y juzgo por principal,
Es que, pues de la riqueza,
Que en bárbaros no hay ninguna,
No hay que tratar, la nobleza
. . . . . (1).
Del aljófar, oro, plata
Y seda; estos Guanches son
Gente que en ganados trata,
Lejos de toda ambición.
La tierra es bella, y podría
Tener en sí más provecho
Del que por bárbaros cría:
Ya hemos venido, esto es hecho,
Esto es honra vuestra y mía,
Y de España lo es también.
Lo que hemos de hacer se trate,
Y buen principio nos den,
Porque su fe se dilate,
Pues nuestros intentos ven,
Los cielos, que aquí nos guían.

LOPE.

Si lo que estos montes crían
Es honra, victoria y fama,
Que desde España nos llama,
Y que sus reyes nos fían,
¿Qué tenemos que tratar
Más interés que la guerra?
La isla se ha de ganar;
Ya, sin ganar esta tierra,
No hay que volver á la mar.
Trátese cómo ha de ser
La entrada, y con qué concierto.

CASTILLO.

Si me pedís parecer,
Desde que tomamos puerto
Se entrará á reconocer.
¿Qué estáis tratando si tienen
Ó no tienen estos fieros,
Que con las bestias convienen?
Haced sacar los aceros
Que en vuestro servicio vienen,
Y probemos la fortuna.

TRUJILLO.

Si ha de entrar persona alguna
Á reconocer, haced
Á Trujillo esta merced,
Que no quiere otra ninguna.

CASTILLO.

Y ¿no merece Castillo
Esta empresa como vos,
Señor capitán Trujillo?

ALONSO.

De la ambición de los dos
Me quejo, y me maravillo
No tengamos pesadumbres
Al principio de la guerra.

LOPE.

Son ya sus viejas costumbres.

CASTILLO.

Yo sé un poco desta tierra.

TRUJILLO.

Y yo he pisado sus cumbres.

CASTILLO.

¿Ha de faltar ocasión
Para que ganéis después
En la conquista opinión?

TRUJILLO.

La principal, ésta es,
Puesto que todas lo son.

ALONSO.

Caballero, bien está;
Dése un medio.

LOPE.

¿Cuál será?

ALONSO.

Echa suertes.

LOPE.

Eso es justo.

TRUJILLO.

Diga Castillo su gusto.

CASTILLO.

Con eso lo he dicho ya.

ALONSO.

Retiraos, Lope, á esta parte.

LOPE.

¿Cómo han de ser?

ALONSO.

Deste arte.
Sacad, como yo, la daga.

LOPE.

¿Qué queréis que diga ó haga?

ALONSO.

Esta suerte se reparta
Entre los dos desta suerte:
Que el que con la mía acierte,
Á reconocer se parta.

LOPE.

Tomad, y allá las reparta
Su elección.

ALONSO.

Castillo, advierte:
¿Cuál destas dagas te agrada?

CASTILLO.

La dorada.

ALONSO.

¿Á ti, Trujillo?

TRUJILLO.

La misma.

(1) Faltan dos versos.

LOPE.
No hicimos nada,
Porque Trujillo y Castillo
Ven que es tuya la dorada.
ALONSO.
Vuelve á retirarte aquí.
¿Qué haré?
LOPE.
Dos ciudades di,
Ó dos capitanes fuertes.
ALONSO.
César y Alejandro.
LOPE.
En suertes,
César fuera para mí.
ALONSO.
Capitanes aquí están,
César y Alejandro: ¿á quién
Escogéis?
CASTILLO.
Otros dirán
Á Alejandro, y dirán bien,
Que fué el mayor Capitán.
Pero yo á César me inclino,
Porque supo lo que obró.
TRUJILLO.
Yo al griego, que fué divino.
ALONSO.
Quien dijo á César, ganó.
CASTILLO.
Por aquí tomo el camino.

Váyase.

LOPE.
¡Con qué determinación
Parte!
ALONSO.
Es gallardo soldado.
TRUJILLO.
Suertes y mujeres, son
Para dichosos.
ALONSO.
Formado
Quede el valiente escuadrón
Para cualquiera suceso.
LOPE.
Algún temerario exceso
Temo de Castillo.
ALONSO.
Si él
Se empeña en algún tropel,
No escapa de muerto ó preso.

Entre la Infanta acompañada de algunos bárbaros.

DACIL.
Retiraos todos allá,
Cuanto ninguno me vea.
SILEY.
Aquí la espadaña y nea
Bien alta y crecida está.
Ninguno te puede ver.
MANIL.
¡Qué de melindres y extremos!
FIRÁN.
¡Hola! ¿Quieres que acechemos?
MANIL.
Sí ¿cómo pudiera ser?
Por ver si tanta hermosura
Y peregrina belleza
Igualó naturaleza
Á la exterior compostura.
Mas mira que son rodeos
De que resultan enojos,
Porque dar gloria á los ojos
Es infierno á los deseos.

Váyase.

DACIL.
Agua suave y ligera,
Que mansamente corriendo,
Parece que vas haciendo
Camino á la primavera,
Siendo los más rigurosos
Del insufrible verano,
Extiende tu blanca mano
Por este cristal hermoso.
Apercibe un blanco lecho
En las ondas desta fuente,
Porque á su fácil corriente
Ponga el abrasado pecho.
Tú, hierba, esconde en tus flores
Arco, flechas y vestido,
. . . . . (1)
Entre tus varias colores;
Porque las suyas poner
Con las muchas que me enseñas,
Si no es poniendo unas señas
No le podré conocer.
Esta rama quede aquí;
Aves, en ella os sentad,
Cantaréis la libertad
Con que sin amor nací.
Todos dicen que es amor
Una pasión que conquista
La libertad por la vista,
Con apacible dolor.
Pero yo no la he perdido;
Que de mil cosas que veo,
Ninguna he dado al deseo,
Ni el alma por el oído.
¡Válgame el sol! ¿Qué es aquello?
¿Es gigante aquel tan alto,
Que con uno y otro salto
Viene levantando el cuello?
Hombre parece, y vestido.
Pero ¿cómo, si lo es,
Camina con cuatro pies?

(1) Falta un verso.

¡Ay, triste, si me ha sentido!
Dos caras tiene; mas no,
Que ya en dos se va partiendo;
Uno es chico (no lo entiendo
Si es persona como yo);
El otro ha dejado al pie
De un árbol; él viene acá:
¡Ay, Dios, si me matará!
Yo soy muerta si me ve.
Pero quiérome subir
En un álamo de aquéstos,
Que sobre la fuente puestos
Miran las aguas reir.
En él estaré segura,
Porque llamar á mi gente,
Tan lejos de aquesta fuente,
Será cansancio y locura.

Súbese en unos riscos, que estarán hechos con ramas, y éntre el capitán Castillo, armado.

CASTILLO.

Con el peso de las armas,
El fuerte calor del tiempo
Y el cuidado del camino,
Traigo un volcán en el pecho.
Parece que son las plumas
Llamas del ardiente fuego
Que por las venas exhalo,
Y todo mi cuerpo incendio.
Orillas deste pantano,
Buscando el principio vengo
De su arroyo, que ha dos horas
Que mi sudor propio bebo.
¡Qué hermosa y fresca laguna!
Parece un luciente espejo.
¡Qué fuente sonora y mansa!
¡Juega perlas con el viento!
Beber quiero, que ella misma
Parece que está diciendo:
«Brindis, capitán Castillo,
En esta copa de hielo.»
¡Bendígate Dios, amén,
Claro, segundo elemento,
Templanza de los cansados,
Ídolo de los enfermos!
¡Más vales en ocasiones,
Aunque no quiera el Tudesco,
Que el vino aromatizado!
Otra vez te abrazo y beso.
Lavarme quiero la cara,
Pues para limpiarme luego,
He de traer, ó me engaño,
En la faltriquera el lienzo.
¡Ah, guerra, y más de conquistas
De bárbaros tan diversos
De la humana policía,
Extraños son tus sucesos!
Ya nos habemos lavado;
Bien será que descansemos
En esta margen florida,
En cuya alfombra me siento.
Mas ¡qué de imaginaciones,
Qué de varios pensamientos
Acuden á un hombre solo,
Y en los campos á lo menos!
Aquí pensara un poeta
Escribir en dulces versos
La fábula de Narciso,
El príncipe de los necios,
Que se enamoran de sí.
Aquí, algún viejo avariento,
Si estos montes fueran de oro
Y estas arenas dineros.
Aquí, un jugador, sus flores
Y las ganancias del juego;
Cómo unos naipes se hacen
Y cómo se estudia en ellos.
Aquí, un letrado, en sus Baldos;
Un médico, en sus Galenos;
Un tomista, en sus cuestiones;
Un amante, en sus deseos,
Y un soldado, como yo,
Que anda por reinos ajenos,
Si ha de volver á sus naves.
Pero ¿qué es esto que veo?
¿Cómo puede ser que haga
Dos sombras mi propio cuerpo,
Como se ven en las aguas
Deste cristalino espejo?
Cuando en el vino las viera,
No fuera el milagro nuevo;
Pero verlas en el agua
No carece de misterio.
Alzo la vista á los olmos
Que en las ondas están viendo
Sus verdes ramas. ¡Ay, Dios!
No en vano dos sombras fueron
Las que retrataba el agua.
¡Qué bello hermoso mancebo,
Si, por dicha, no es mujer,
Como lo muestra el cabello!
Mas ¿si es ave destas islas?
Que los que del Mundo Nuevo
Vuelven á España, nos cuentan
Mil embelecos como éstos.
¡Ox, ox! ¡No es ave, por Dios!
Si es fruta, no tiene precio.
¡Bien haya el árbol que lleva
Fruto de tanto sustento!
Aunque un filósofo dijo,
Viendo la mujer de un griego
En una higuera ahorcada
Por cierto enojo de celos,
Que si todas las higueras
Llevaran higos de aquellos,
Fuera el árbol más hermoso
De cuantos sustenta el cielo.
Mas ¿si es ángel, por ventura?
Que en muchas historias leo
Que á capitanes cristianos
En guerra se aparecieron.

Quiérome hincar de rodillas:
Angel, nunca fuí tan bueno
Que vengas á visitarme,
Ya ves las faltas que tengo:
Soy el capitán Castillo;
Enamoro, juro, juego,
Puesto que trato verdad
Y por tu Señor peleo.
Dos mil heridas me han dado
Por la Fe..... ¡Callas! Mas creo
Que buscas mi General,
Santo y devoto en extremo
Del arcángel San Miguel;
Mas ¿para qué me detengo?
Si eres alguna invención
Destos bárbaros isleños,
Que adoran, tratan y hablan
Con los diablos del infierno.....
Asirle quiero de un pie.

DACIL.

¡Tente, español!

CASTILLO.

¡Santos cielos!

DACIL.

¡Tente, español!

CASTILLO.

Ángel, baja,
Y pues tienes lengua, hablemos.

DACIL.

Ya bajo.

CASTILLO.

¿Qué es lo que dices?

DACIL.

Que bajo.

CASTILLO.

Poco te entiendo,
Y habrá menos que eres ángel,
Porque sospecho que, á serlo,
Hablar español supieras.
No he visto rostro tan bello:
¿Quién eres, bárbara hermosa?

DACIL.

Una mujer que, temiendo
Tu furia, allí me subí.

CASTILLO.

Á mi fortuna agradezco,
Y de mayores venturas
Lo tengo por buen agüero,
Que seas la primer cosa
Que en estas montañas veo.
Tres días ha que camino
Por lagunas y por cerros,
Para hallar á quién llevar
Á los amigos que dejo
En las naves que nos traen.
¿Entiéndesme?

DACIL.

Poco entiendo.
Y á no haber de otras jornadas
Tres ó cuatro compañeros
Tuyos quedado en la isla
Por cautivos de su dueño,
No te entendiera palabra;
Que, por mi contento, aprendo
Algo de vuestro español.

CASTILLO.

¿Quién eres?

DACIL.

Esto.

CASTILLO.

¿Qué es esto?

DACIL.

Lo que ves.

CASTILLO.

¿No tienes nombre?

DACIL.

Dacil me llamo, y ya puedo
Llamarme cautiva tuya.

CASTILLO.

Dacil, no temas.

DACIL.

No temo.

CASTILLO.

Yo soy un hombre español.

DACIL.

¡Lindo español!

CASTILLO.

Aquí vengo
Con estos conquistadores.

DACIL.

¡Lindo español!

CASTILLO.

Hoy me han hecho
Reconocer esta isla.
Perdóname, que te llevo,
Para que cuentes allá
La disposición del reino
Y lo que importa saber
Antes que por él entremos.

DACIL.

¡Lindo español!

CASTILLO.

No soy lindo;
Trigueño sí, barbinegro,
Aunque ningún boquirrubio
Me la ha ganado en lo tierno;
Que aunque en la guerra me tienen
Por atrevido y soberbio,
Delante de una mujer
Soy un tímido conejo.
¿Vesme aquí? Pues vive Dios,
Que me acontece riñendo
Matar dos y herir catorce,
De suerte alentado y diestro;
Y volviendo á ver mi dama,
Llorar dos horas de celos,
Y sufrirle bofetones,
Arañas, voces y enredos.
¿Entiendes esto que digo?

DACIL.

¿Dices que llevas propuesto
Matar muchos de nosotros,

Y á mí, que también soy de ellos,
Darme muchos bofetones
Y tirarme los cabellos?

CASTILLO.

Conciértame esos laúdes.
Mas ¿para qué gasto tiempo?
Caminemos por aquí.

DACIL.

¡Lindo español!

CASTILLO.

Yo les llevo
Un papagayo. ¡Por Dios,
Que pienso que está diciendo,
Cada vez que aquesto dice:
«Daca la barca, barquero!»

Vanse.

Salgan los bárbaros, Siley, Manil, Firán y otros, con mazas y arcos.

SILEY.

Hame dado cuidado su tardanza.

MANIL.

Tienes mucha razón; y ser podría
Que, pensando en el agua hallar templanza,
La sepultase ya su arena fría.

FIRÁN.

Yo la llamé cuanto la voz alcanza,
Pero no respondió.

SILEY.

¡Señora mía!
¡Hermosa Infanta! Sólo me responde
El eco, que en los árboles se esconde.

MANIL.

¡Dacil! ¡Ah, Dacil!

SILEY.

Tiempo es ya perdido;
Sin duda se ahogó, ¡triste! ¿Qué haremos?

FIRÁN.

No, Manil, que estuviera aquí el vestido.

MANIL.

Destas sendas los céspedes miremos.

SILEY.

Algún extraño mal le ha sucedido;
Por esta senda misma caminemos,
Que señas ha dejado, á la costumbre
Nuestra, de su desdicha y pesadumbre.
La sarta que de blancos caracoles
Llevaba al cuello, de ámbar embutidos,
En señal que la llevan españoles
Rompió, y dejó en las sendas esparcidos.

MANIL.

No hay más de que unas tocas enarboles,
Ó dos cendales dese fresno asidos,
Para que los cincuenta nos juntemos.

FIRÁN.

Por estos caracoles la hallaremos.

SILEY.

Veis aquí uno.

FIRÁN.

Y éste otro; vamos
Siguiendo este camino.

MANIL.

Dos son éstos.
¡Qué ventura será si los hallamos!

SILEY.

Veis aquí tres sobre esta hierba puestos.

FIRÁN.

¿No es gente aquélla, entre esos verdes ramos?

SILEY.

Aquí esperad; para morir dispuestos,
Cincuenta somos. ¿Qué teméis?

MANIL.

Espera,
Que un hombre es solo. ¿Morirá?

SILEY.

No muera.

Salen Dacil, Infanta y el capitán Castillo.

CASTILLO.

Parece que no me guías
Hacia la mar, y á la tierra
Te vuelves.

DACIL.

Tu miedo yerra,
Y en ese engaño porfías;
Que no voy tan descontenta
Como imaginas, contigo.

CASTILLO.

Bien puedes irlo conmigo;
Que va tu honor á mi cuenta.
Mi nombre es Castillo, y vas
Como dentro de un castillo.

DACIL.

De un hombre me maravillo.

CASTILLO.

Tus prendas merecen más.

DACIL.

Por lo que en tu trato advierto,
Ó tú eres el más honrado
Del mundo, ó yo no te agrado,
Que debe de ser lo cierto.

CASTILLO.

En lo postrero te engañas;
Mas contigo me sucede
Lo que á un hombre que ver puede
Frutas de tierras extrañas,
Que viéndolas tan hermosas,
Bien las desea comer,
Mas teme que pueden ser
Por ventura venenosas.
Confiésote que no sé
Comer, Dacil, tu hermosura;
Que temo que en tu blandura
Mi muerte y veneno esté.

DACIL.

Tenéisnos por hechiceras
Á las bárbaras canarias
Los españoles.

CASTILLO.

Las varias

Naciones siempre extranjeras,
De los peligros se guardan.

SILEY.

¡Matalde, tiempo es agora!

CASTILLO.

¿Ves como es verdad, señora?
Pero nunca se acobardan
Los Castillos como yo.

DACIL.

¡No le matéis!

CASTILLO.

Ni podrán.

DACIL.

Yo lo mando, capitán:
¡No le matéis!

SILEY.

¿Cómo no?

CASTILLO.

Déjalos, si quieres ver
Lo que vale un español.

SILEY.

¡Yo solo á ti, por el sol!

DACIL.

Haréisme descomponer.
El español ha venido
Con la armada de Canaria,
Que tantas veces contraria
Para Tenerife ha sido.
Entrando á reconocer
Me halló, y tan bien me ha tratado,
Que á lo que veis me ha obligado.

SILEY.

Yo te debo obedecer;
Pero el Rey se ha de enojar.

DACIL.

Enoje. Manil.....

MANIL.

Señora.....

DACIL.

Con este español agora
Has de ir en guarda hasta el mar;
Que él te tratará muy bien.

MANIL.

Yo haré tu gusto, que es justo.

DACIL.

Esto que digo es mi gusto.

MANIL.

Español, conmigo ven.

DACIL.

Parte, español, y si acaso
Allá te acuerdas de mí.....

CASTILLO.

Que me acordaré de ti,
Ten por sin duda.

DACIL.

Habla paso,
Y toma aqueste cordón
En señal de que me pesa
De no ir contigo presa,
Quedando en mayor prisión.

CASTILLO.

Pues yo, ¿qué te puedo dar?
Mas estas plumas te doy,
Porque si ya tuyo soy,
No tengo más que volar.

DACIL.

Vaya el sol contigo.

CASTILLO.

¿Cómo,
Si en ti se me pone el sol?

MANIL.

Por aquí ven, español.

CASTILLO.

Fortuna, el partido tomo.

DACIL.

Oye, Castillo.

CASTILLO.

Señora.....

DACIL.

¿Tenéis mujeres allá?

CASTILLO.

Ninguna aquí.

DACIL

Bien está.
Vete, español, en buen hora.

CASTILLO.

¡Que era la hija del Rey!
¡Famosa ocasión perdí!
¿Por dónde iré?

MANIL.

Por aquí.

Vanse Castillo y Manil.

DACIL.

Camina agora, Siley.

SILEY.

A fe, que se ha de enojar
Tu padre de lo que has hecho.

DACIL.

Que me está más bien, sospecho,
Dejar que se vuelva al mar,
Que verle conmigo ir.

SILEY.

¿Por qué?

DACIL.

Porque ese por qué
Yo le siento, yo le sé
Y no le quiero decir.

Salen el capitán Trujillo y un soldado.

SOLDADO.

Después que diste vuelta á la ribera
Para ver si Castillo parecía,
Vino el caballo solo, que pudiera
Exceder la lealtad y valentía
Del que estimó Alejandro de manera,
Que de jaspes y mármoles, un día,
Le hizo labrar túmulos diversos,
Y honralle de epigramas y de versos.

Rotas las riendas, rotos los estribos
Y herido de las ramas deste monte,
Aunque con pies tan sueltos y ojos vivos
Que le pudo envidiar Belerofonte;
Fueron con él los llantos excesivos
De todo el escuadrón; cogióle Aponte,
Cuyo había sido, que, con justo miedo,
En viéndole llegar, se estuvo quedo.
Todos, en fin, de parecer han sido
Que no es posible que quedase preso
El capitán, pues el caballo, herido,
Se vino al mar desde ese monte espeso.
Por muerto se ha llorado y se ha tenido,
Culpando todos su atrevido exceso,
Y el General, piadoso, á honrarle viene
Con el postrer honor que un muerto tiene.
Hicieron en un risco un altar santo,
Con una imagen del Arcángel bello
Que contra el gran lucero pudo tanto,
Que del cielo le echó por el cabello.
Aquí se ha hecho un túmulo, entretanto
Que en Canaria, mejor, pueden hacello,
Donde, sobre una tumba, entre dos cruces,
Ha mandado poner algunas luces.

TRUJILLO.

Mal agüero ¡por Dios! de la victoria,
Hacer hoy las exequias de Castillo,
Aunque así las merece su memoria.

SOLDADO.

Del General, señor, me maravillo.

Sale D. Alonso, y una caja con luto, Lope Fernández, un alférez con una bandera arrastrando, y descúbrase un túmulo con dos ó tres luces.

ALONSO.

Téngale Dios, soldados, en su gloria.

LOPE.

Aquí ha llegado el capitán Trujillo.

ALONSO.

Honraréis, capitán, un gran soldado.

TRUJILLO.

Y el amigo que tuve más honrado.

ALONSO.

Salió de aquí con el valor que vistes,
Y trújonos las nuevas de su muerte
El caballo de Aponte, que más tristes
Nos dejó su piedad y ánimo fuerte.

TRUJILLO.

Si á cualquiera difunto luto vistes,
Bien ganarás la isla de esta suerte,
No porque de su honor, señor, me pesa,
Mas porque alargas nuestra honrosa empresa.

Salen Castillo, capitán, y Manil.

CASTILLO.

Entra, que ya no es razón
Que te vuelvas sin que hables
Al General de la armada.

MANIL.

Agravio, español, me haces;
Que yo no vengo cautivo,
Pues me mandaron guiarte.

LOPE.

Señor, ¿no es aquél Castillo?

DON ALONSO.

¡Válgame Dios!

CASTILLO.

Capitanes,
¿Qué nueva capilla es ésta?
¿Es muerto Lope Fernández,
Ó el general don Alonso?

ALONSO.

Por ti las honras se hacen;
Que todos estamos vivos.

CASTILLO.

Mil años el cielo os guarde.

LOPE.

Tu caballo, maltratado,
Que por esos arenales
Vino sin ti, nos ha puesto
En cuidados semejantes.

CASTILLO.

Yo os lo agradezco, señores,
Mas mucho os anticipastes;
Que no tengo gana agora
De morirme ni enterrarme.
Días estuve perdido
En esas lagunas grandes,
Hasta que en una topé
Una presa razonable,
Porque era del rey Bencomo
La hija, la infanta Dácil,
Que se bañaba en sus aguas
La siesta de aquella tarde.
Ésta traía conmigo,
Pero, siguiendo el alcance
Cincuenta bárbaros, ella
No consintió que me maten.
Y para que más seguro
Hasta la mar me guiase,
De su servicio me dió,
Como lo véis, ese guanche.

ALONSO.

¡Prodigiosa historia!

LOPE.

¡Extraña!

TRUJILLO.

¡Es peregrina y notable!
¿Entiendes algo?

MANIL.

Sí, entiendo.
Que aunque de bestias nos traten
Allá vuestros españoles,
No somos tan ignorantes;
Las veces que habéis venido,
Por maestros nos dejastes
Algunos cautivos vuestros:
Si no hablo bien, perdonadme.

ALONSO.

¿Sabe tu Rey mi venida?

MANIL.

De un agorero la sabe.

ALONSO.

¿Tiene gente?

MANIL.

Gente tiene.

ALONSO.

¿Gente bastante?

MANIL.

Bastante,
Porque aunque fuéramos pocos,
Uno de los nuestros vale
Por un millón de vosotros,
Que sois, como dice el traje,
Hombres de poco valor.

ALONSO.

Ya puede ser que te engañes,
Porque en los cuerpos pequeños
Caben corazones grandes.

MANIL.

¿Cómo podéis tener fuerzas
Para las nuestras iguales,
Atacados y ceñidos
Por el cuerpo en tantas partes?
El cuello en las lechuguillas,
La cintura en ese traje,
Que allá nombráis zaragüelles
Y hacéis ver si cogen aire:
Los brazos, en esas mangas,
Y los pies, para que anden,
En zapatos tan estrechos.
Las piernas, ¿de dónde salen,
Atadas con esas ligas?
Ni es posible que se ensanche
Con tan estrechas ropillas
El corazón por las carnes.
Acá sí que, en traje libre,
Hallaréis hombres gigantes
Que se comerán un toro
Y se beberán dos mares;
Y machacarán de un golpe,
Con un cepejón de un sauce,
Diez ó doce de vosotros.

TRUJILLO.

Bueno está, isleño, no hables;
Y si os preciáis de valientes,
Retirémonos aparte
Y luchemos una apuesta.

MANIL.

¡Si fuera seis años antes,
Tú me vieras victorioso!
Porque agora, ciertos males
Han marchitado mis bríos.

ALONSO.

No le enojemos, dejalde.
Mas, pues ya viniste aquí,
Dime: ¿Es tu Rey hombre grave?
¿Castiga, premia, en qué entiende?
¿Tenéis leyes? ¿Hay ciudades?
¿Cómo os gobernáis aquí?

MANIL.

Espántome que callases
Si tenemos plata y oro.

ALONSO.

No lo busco.

MANIL.

Ni te canses.
Pobres cabañas tenemos;
Leyes, no hay quien las quebrante;
Acá no hay hombre que mienta,
Ni á su Rey se atreve nadie;
Lo que él manda, se obedece;
Lo que él quiere, eso se hace.

ALONSO.

¿Cómo te llamas?

MANIL.

Manil.

ALONSO.

Llévale, así Dios te guarde,
De todo lo que aquí miras,
Un presente de mi parte.

MANIL.

¿Qué llevaré?

ALONSO.

Tú lo escoge.

MANIL.

Dadme un cuello.

CASTILLO.

Que te agrade.
El mío, Manil, deseo.

MANIL.

Pues ése quiero llevarle.

CASTILLO.

Toma.

MANIL.

Yo parto contento.
Á fe, que el Rey me lo pague.

ALONSO.

¿Por qué?

MANIL.

Porque llevo el molde
De los cuellos arrogantes,
Donde tome la medida
Para que los corte y mate.

TRUJILLO.

Bárbaro, dile que el lienzo
Será su flaqueza fácil,
Que lo que dentro venía
Eran columnas de jaspe.

ALONSO.

Póngase la gente en orden,
Y por ese monte marche;
Que yo espero la victoria
En la espada de aquel Ángel.
Y basta vivir, Castillo.

CASTILLO.

¡Vive Dios, que sólo baste
Á sorberme, como huevos
Frescos, canastas de Guanches!

ACTO SEGUNDO.

Salen Bencomo, Tinguaro, Siley y otros bárbaros.

BENCOMO.
Pues ¿qué me quieren á mí
Estos españoles locos?
TINGUARO.
Ya te digo que son pocos.
BENCOMO.
¿Sábeslo bien?
TINGUARO.
Señor, sí;
Que Manil habló con ellos.
BENCOMO.
¿Quién es Manil?
TINGUARO.
Un pastor
De mi ganado.
SILEY.
El valor
Natural que vive en ellos,
Sin otro interés, los mueve.
BENCOMO.
Pues si es deseo de gloria,
Guanches, notable memoria
La fama á su nombre debe.
Yo soy un Rey que el primero
Salgo á guardar mi ganado;
Es mi palacio dorado
La cueva de un risco entero.
De una vez Naturaleza
Mis aposentos labró;
En ellos no encierro yo
La codiciada riqueza.
Sobre pieles de animales
Duermo hasta que sale el día,
Desde que la noche fría
Baña sus negros umbrales.
Es harina de cebada,
En un guanigo molida,
Mi sustento y mi comida,
Sobre unas brasas tostada.
Alguna silvestre fruta
Á aquellos árboles debo;
Agua con las manos bebo
De aquella riscada gruta.
Si algún vasallo en el mar
Halla un caracol ó bucio,
Muy limpio, oloroso y lucio,
Me le suele presentar.
Éste, y otros más pequeños,
Me cuelgo alguna mañana
Del cuello, en trenzas de lana,
Cuando hacéis fiestas, isleños.
Pues si toda mi riqueza
Es dos limpios caracoles,
¿Á qué vienen españoles
Á conquistar mi pobreza?
TINGUARO.
Si las veces que han venido
Tantas vidas han dejado,
¿Qué es lo que te da cuidado?
BENCOMO.
Ver que despiertan mi olvido.
Por dicha, ¿voy á buscar
Á los españoles yo?
¿Qué pájaro me llevó
Por encima de la mar?
¿Tengo yo rayos y truenos
Como ellos? ¿Formo yo acaso
Fuego con que un hombre abraso,
De que todos vienen llenos?
¿Traigo yo picos agudos,
Sino estos dardos tostados,
Y algunos ramos cortados,
Ya de sus hojas desnudos?
El arco y flechas, ¿no son
Armas hidalgas del mundo?
¿En qué fuego oculto fundo
La muerte, engaño y traición?

Entre Manil con el cuello.

MANIL.
Poderoso rey Bencomo,
Sabe que vengo de ver
Todo el español poder.
BENCOMO.
¿Tú, Manil?
MANIL.
Sí, señor.
BENCOMO.
¿Cómo?
MANIL.
Yo fuí con un capitán
Gallardo, así el sol me ayude,
Y en cuanto conocer pude
De los buenos que allá están.
Y sirviéndole de guía,
Por mandado de la Infanta,
Vi que su fuerza no es tanta
Como su loca osadía.
Hablé con su General,
Y él de ti me preguntó;
Respondíle, y pienso yo
Que á propósito y no mal.
Sus pájaros negros vi,
Y de lienzo son sus alas,
Con palos, cuerdas y escalas,
Que diz que vuelan así.
Sus armas y trajes bellos
No juzgo á cosa tan fuerte,
Que no les halléis la muerte
Si se la buscáis por ellos.
Díjome aquél su mayor
Que te escogiese un presente

De la mejor de su gente,
Y éste te traigo, señor,
Porque veas de qué modo
Traen los cuellos armados
Los españoles soldados.

BENCOMO.

Muestra á ver.

MANIL.

Mírale todo.

BENCOMO.

Esto, cosa blanda es;
Si esto defiende sus cuellos,
Bien podéis cortar en ellos.

MANIL.

Cuanto desde lejos ves,
Desde cerca es todo ansí;
. . . . . (1).
No hay que temer, gran señor.

BENCOMO.

Á mi hija aquéste lleva.

TINGUARO.

Por gala española y nueva
Tendrá el presente á favor,
Porque desde ayer está
Llena de mortal tristeza.

BENCOMO.

Esta española fiereza
Notable pena le da.
Ya se imagina cautiva,
Y ansí, soy de parecer,
Porque contento y placer
De su venida reciba,
Que contra los españoles
Hagáis fiestas, bailes, juegos,
Convites y grandes fuegos.

SILEY.

Si ellos duraren tres soles
Sin que se alarguen al mar,
Tenme por hombre imprudente.

BENCOMO.

Junta, Tinguaro, la gente,
No á salir, sino á esperar;
Que en medio de esta montaña
Les quiero hacer un engaño.

TINGUARO.

Más en tu bien que en tu daño
Vive esta gente de España.

Vanse todos.

MANIL.

Aunque al español traté
Poco tiempo y de camino,
Á su valor peregrino
Aficionado quedé.
No me enfada su nación,
Aunque volví por la mía,
Y de verle me holgaría
Si se ofreciese ocasión.
Mas quiero dar el presente
Á la Infanta; aunque ésta es.

Sale Dacil.

Dame, señora, esos pies.

DACIL.

¡Oh, Manil!

MANIL.

El cielo aumente,
Gran señora, tu hermosura.

DACIL.

¿Cómo queda el español?

MANIL.

Con la belleza que el sol,
Ansí Dios me dé ventura.

DACIL.

¿No es gallardo?

MANIL.

Yo no vi
Hombre que así me agradase:
Díjome que te acordase
Que está sin alma por ti.

DACIL.

Pues ¿dónde se le cayó?

MANIL.

En ti dice que la tiene.

DACIL.

¿En mí?

MANIL.

Si á jurarlo viene,
Dale el crédito que yo.

DACIL.

Si el español me la diera,
¿Yo no la viera, Manil?

MANIL.

Será cosa tan sutil,
Que se entrará dondequiera.

DACIL.

No la siento, ¡por el sol!

MANIL.

Pues, sin duda, está contigo.

DACIL.

Busquemos, Manil amigo,
El alma deste español.

MANIL.

Mira si está en el cabello.

DACIL.

¿Cómo puedo yo contar
Las hebras?

MANIL.

Púdose entrar
Á los pechos por el cuello.

DACIL.

Ya la miro, y no está aquí.

MANIL.

Pues el español no miente,
Que es gallardo y es valiente
Cuanto en mi vida le vi.
Desnúdate, y por ventura
La hallarás donde sospecho.

(1) Faltan versos.

DACIL.

No sé qué traigo en el pecho
Desde que vi su hermosura,
Que no me deja dormir
Ni en cosa tener placer.

MANIL.

El alma debe de ser,
Que allá debe de vivir.

DACIL.

Pues ¿por dónde se entraría?

MANIL.

Por los ojos, digo yo.

DACIL.

Por ellos, sin duda, entró:
¿Hay mayor hechicería?
¡Triste de mí, que no en vano
No podía yo dormir!

MANIL.

Que éstos deben de venir
Llenos de hechizos, es llano.

DACIL.

Tal estoy desde ayer tarde,
Que me muero y no sosiego;
Todo el pecho es vivo fuego.

MANIL.

Á la fe, que yo me guarde
De que ningún español
Me meta el alma en el pecho.
Dilo á tu padre.

DACIL.

Sospecho
Que tiene ofendido al sol.

MANIL.

Este cuello me ha mandado
Que te dé, porque ya sabe,
Dacil, tu tristeza grave.

DACIL.

¿Quién te lo dió?

MANIL.

Aquel soldado.

DACIL.

¿Mi capitán?

MANIL.

Sí, señora.

DACIL.

Dejámele dar mil besos,
Que no son muchos excesos
De quien en su dueño adora.
¿Podrémele yo poner?

MANIL.

¿Por qué no?

DACIL.

Ayúdame.

MANIL.

Aguarda.

DACIL.

¿Estoy bien?

MANIL.

Estás gallarda.

DACIL.

¡Oh, quién se pudiera ver!

MANIL.

Bien puedes mirarte en mí.

DACIL.

Si fueras quien digo yo.

MANIL.

Dame el alma que te dió
Y seré español ansí.
Mas en una fuente ponte
Á mirar tu hermosa cára,
Que baja risueña y clara
De las quiebras de aquel monte,
Y sabrás cuán bella estás.

DACIL.

Vamos. ¡Ay, hombre hechicero!
Si ya con dos almas muero,
Di, ¿para qué me la das?
Mas si esto tenéis por palmas,
Si os hablo me he de tapar
Los ojos, para excusar
Que no se me entren las almas.

Éntrense, y salgan el capitán Trujillo y Palmira, bárbara.

PALMIRA.

Si por ese monte abajo
Quieres llegar á las cuevas,
Entre esas olivas nuevas
Hallarás un verde atajo;
Luego una fuente pequeña
Que forma en el prado un charco,
Y cuanto un tiro de un arco,
Enfrente una blanca peña.
Allí, español capitán,
Comienza la habitación
De aquesta nuestra nación,
Donde ya juntos están
Todos los más importantes,
Los más valientes y diestros
De los nobles Guanches nuestros,
En que hay algunos gigantes.
Ayer fué mi padre allá,
Que por eso estás aquí,
Y el compañero que allí
Con mi amiga Erbasia está.
Dicha habéis los dos tenido
En que estén en su consejo;
Que, aunque ya mi padre es viejo,
Es valiente y mal sufrido.
Al principio llevé mal
Darte esta noche posada
En mi cueva mal labrada,
Aunque español principal.
Mas después que conocí
La blandura de tu trato,
Perdí el honesto recato,
Y la libertad perdí.
Ya me pesa que te vayas,
Y ¡plega á Dios que tengáis
La tierra que deseáis
En estas desiertas playas,

Y que no os maten aquí,
Como otras veces, los nuestros!

TRUJILLO.

Son estos bárbaros vuestros,
Si me das crédito á mí,
Locos en no nos querer
Por amigos, pues queremos
Darles la fe que tenemos.

PALMIRA.

Por lo que puedo entender
De vuestra lengua, español,
Sé que engañados están;
Pero ¿cómo dejarán
Por ese tu Cristo al sol?
Cuanto á mí, yo te prometo
Que le quiera desde aquí.

Sale Valcázar, soldado, y Erbasia, bárbara.

ERBASIA.

¿Haste de acordar de mí,
Español noble y discreto?

VALCÁZAR.

Tiénesme tan obligado
Del presente acogimiento,
Que por todo extremo siento
Partirme, á fe de soldado.
Á reconocer la tierra
Salimos Trujillo y yo.
¿Entiéndesme bien?

ERBASIA.

¡Pues no!

VALCÁZAR.

Que esto es costumbre en la guerra.
Llegamos anoche aquí;
Tú y esa tu amiga fuistes
Tan corteses, que nos distes
Cena y posada.

ERBASIA.

Es ansí.

VALCÁZAR.

Pues ¿quién se podrá olvidar
De tan justa obligación?

ERBASIA.

¿Qué prenda de tu afición
Me dejas?

VALCÁZAR.

Quiero dejar
El alma.

ERBASIA.

Muéstrala, á ver.

VALCÁZAR.

Ya te la he dado.

ERBASIA.

¿Tú á mí?

VALCÁZAR.

Sí.

ERBASIA.

¿Cuándo?

VALCÁZAR.

Esta noche.

ERBASIA.

Y di,
¿El verla no puede ser?

VALCÁZAR.

Dentro de ti la hallarás
Después que me haya partido.

PALMIRA.

Dime, español bien nacido,
Si de mí te acordarás.

TRUJILLO.

En prendas de la memoria
Que pienso tener de ti,
Palmira, el alma te dí,
De amor la mayor victoria.

PALMIRA.

¿El alma?

TRUJILLO.

Pues ¿no la ves?

PALMIRA.

No la he sentido, ¡por Dios!

TRUJILLO.

Pues juntas están las dos.

PALMIRA.

Yo la buscaré después.
Y estoy muy agradecida
Que tu alma me hayas dado.

TRUJILLO.

Yo estoy con grande cuidado.
Quédate con Dios, mi vida;
Que si Dios nos da victoria,
Nos volveremos á ver.

PALMIRA.

De tu alma has de tener,
Aunque no quieras, memoria.

TRUJILLO.

Valcázar.....

VALCÁZAR.

¿Qué hay, capitán?

TRUJILLO.

Que nos partamos de aquí.
¿Lloran?

VALCÁZAR.

Sospecho que sí.

ERBASIA.

Palmira.....

PALMIRA.

¿Qué?

ERBASIA.

¡Ya se van!

PALMIRA.

No pasé en toda mi vida
Noche con mayor cuidado.

TRUJILLO.

En una cueva encerrado,
Yo la tuve por perdida.
Cayéndome estoy de sueño.

VALCÁZAR.

Y yo, en viendo algún lugar
Donde pueda descansar,
Doy á mis sentidos dueño.

Váyanse.

PALMIRA.
¡Ay, Erbasia, ya se han ido!
ERBASIA.
¡Lindos hombres!
PALMIRA.
¡Por extremo!
Que nos han de olvidar temo.
ERBASIA.
Es imposible su olvido,
Á lo menos para mí,
Porque el alma me dejó.
PALMIRA.
Si es por eso, también yo
Dichosa en lo mismo fuí.
Pero di, ¿cómo hallaremos
Las almas que nos han dado?
ERBASIA.
Buscándolas con cuidado.
PALMIRA.
Y ¿adónde ó cómo podemos?
ERBASIA.
Vamos á ver á la Infanta,
Que es la más sabia mujer.
PALMIRA.
Bien dices, que en el saber,
Á cuantas hay se adelanta;
Y ella, contándole el caso,
Nos dirá cómo tenemos
Las almas de quien queremos.
ERBASIA.
Pues alarga, Erbasia, el paso,
Antes que se encienda el sol
Por estas secas riberas.
PALMIRA.
Ya no te irás aunque quieras;
Que estás sin alma, español.

Vuelvan á salir Trujillo y Valcázar.

TRUJILLO.
Esta peña me parece
Segura para dormir.
VALCÁZAR.
No puedo el sueño sufrir,
Porque resistido, crece;
Y la noche que he pasado,
Temiendo siempre la muerte,
Me le ha causado tan fuerte,
Que me caigo de mi estado.
TRUJILLO.
Valcázar, echaos aquí.
VALCÁZAR.
Aquí, Trujillo, me duermo.
TRUJILLO.
Ese es campo solo y yermo.
VALCÁZAR.
Sólo sé que estoy sin mí.

Tinguaro, bárbaro, y soldados; Arfino y otros.

ARFINO.
Digo que los vi bajar
Del monte.
TINGUARO.
Si gente fuera
Que aquí de guerra viniera,
No se alejara del mar.
ARFINO.
Son éstos muy atrevidos.
TINGUARO.
¡Por Dios, que tienes razón!
¿Son éstos?
ARFINO.
Los mismos son,
Que deben de estar dormidos.
TINGUARO.
¿Tan vuestra la tierra es,
Españoles fanfarrones?
¿Ya tenéis nuestras naciones
Tan puestas á vuestros pies,
Que desta suerte dormís?
ARFINO.
¿Dejo la maza caer?
TINGUARO.
Bajeza no se ha de hacer
Cuando conmigo venís.
El que duerme, muerto está;
Yo no he de matar los muertos.
ARFINO.
Pues matémoslos despiertos.
TINGUARO.
Arfino, tiempo vendrá.
El arma que trae ceñida
Le quiero agora quitar,
Y aun no quieren despertar.
ARFINO.
Muestra á ver.
TINGUARO.
Está vestida.
ARFINO.
Quítale la camisola.
TINGUARO.
No acierto.
ARFINO.
Ponla en el suelo;
Tira.
TINGUARO.
Que es ansí recelo;
Ved la traición española.
ARFINO.
¡Ay, lo que dentro tenía!
Tócala, á ver.
TINGUARO.
Estaos quedos.
ARFINO.
¿Sueltas?
TINGUARO.
¡Cortéme los dedos!
ARFINO.
¡Qué traición!
TINGUARO.
¡Qué alevosía!
¿Por dónde se ha de tomar?

ARFINO.
Álzala por la cabeza.
TINGUARO.
¡Arma extraña!
ARFINO.
¡Hermosa pieza!
TINGUARO.
¡Quién la supiera jugar!
Pero veréis ¡vive el sol!
Que los he de echar de aquí
Con la misma.
ARFINO.
Para mí
Quiero la deste español.
TINGUARO.
No se la quites.
ARFINO.
¿Por qué?
TINGUARO.
Porque sólo he de cumplir
Lo que he dicho, hasta morir,
Aunque jugarla no sé.

Váyanse.

VALCÁZAR.
¡Hola, Trujillo!
TRUJILLO.
¿Qué hay?
VALCÁZAR.
¿Habéis sentido rüido?
TRUJILLO.
Gente pienso que he sentido.
VALCÁZAR.
¿Si son los bárbaros?
TRUJILLO.
¡Ay!
VALCÁZAR.
¿Qué buscáis?
TRUJILLO.
La espada.
VALCÁZAR.
¿Aquí
Puesta en los tiros se pierde?
TRUJILLO.
Alta está la hierba verde;
Cubrirla puede.
VALCÁZAR.
Es ansí.
TRUJILLO.
¡Vive Dios, que no parece!
VALCÁZAR.
¿Qué habemos de hacer?
TRUJILLO.
No sé.
VALCÁZAR.
¿Si alguna bárbara fué?
TRUJILLO.
Gente, y no lejos, se ofrece;
Volvámonos á la mar;
Que estoy mal desta manera.
VALCÁZAR.
El escuadrón nos espera:
No demos que sospechar.
¿Era buena?
TRUJILLO.
¿Cómo puedo
Lo que vale encarecer?
No la quisiera perder
Por lo que vale Toledo.

El rey Bencomo, Manil, Siley y bárbaros.

MANIL.
Esto causa su tristeza,
Yo te digo la verdad.
BENCOMO.
¿Hay más notable maldad
Que española gentileza?
SILEY.
Como han probado á vencerte
Con armas, y no han podido,
Los cobardes han querido
Con las almas de otra suerte.
Alma le dió un español
Á mi hermana.
MANIL.
Alma le ha dado,
Con que el seso le ha quitado.
BENCOMO.
¡Brava maldad, por el sol!
Pero ¿cómo se la dió?
MANIL.
Ella, por los ojos cuenta.
SILEY.
Para no crecer tu afrenta,
Callaba mi afrenta yo.
Sabe, señor, que á Palmira,
Mi hermana, mujer, no Palma,
Le dió otro español el alma;
Y si esto también te admira,
Erbasia, que desposada
Con Tinguaro, el General
De tu campo, el más leal
Y el más valiente soldado,
De otro español que la vió
Tiene el alma, y anda triste.
BENCOMO.
Y ¿es cierto que tú le viste?
SILEY.
Ella misma lo contó.
BENCOMO.
Luego ¿por esas montañas
Dando almas andarán?
SILEY.
Éstas de su capitán
Deben de ser las hazañas.
BENCOMO.
Parte, Siley, y dirás
Al General desa gente
Que venga, como valiente,
Á matar hombres no más;

Que no engañe las mujeres
Con dar almas de soldados
Á los pechos descuidados.

SILEY.

Yo voy.

BENCOMO.

Pues discreto eres,
No tengo que te avisar
De lo que de mí le digas.

Vase Siley.

MANIL.

Ya viene, y sus dos amigas
La procuran alegrar.

Sale la Infanta, y Palmira, y Erbasia, y la música.

PALMIRA.

Alégrate, que también
Tenemos almas nosotras.

DACIL.

¿Que os las han dado á vosotras
Y que lo tenéis por bien,
Y no sentís mi accidente?

ERBASIA.

Antes nos hace alegrar.

MANIL.

Debiéronselas de dar
Con los cuerpos juntamente;
Y como á ti no te han dado
Más del alma, no te espantes
Si á memorias semejantes
Vive tu cuerpo obligado.

DACIL.

¿No sentís un no sé qué
De las almas españolas,
Allá, cuando estáis á solas?

PALMIRA.

Yo no.

ERBASIA.

Ni yo.

DACIL.

Dicha fué.
Sentimientos me atormentan
Deste español cada punto.

MANIL.

Sintiéronlo todo junto,
Y no les queda qué sientan.

DACIL.

Si no veo la ocasión,
Yo moriré de tristeza.

BENCOMO.

Hija, con mucha aspereza
Tratas mi amor y afición.
Alégrate, que ya fueron
Á que el General cristiano
Ejecute con la mano
El intento á que vinieron,
Y no con hechicerías.

DACIL.

Señor, yo no puedo más;
Ó me remedia, ó verás
El fin de mis pocos días.

BENCOMO.

No te entristezcas ansí.
Cantad, bailad, alegrad
De mi alma la mitad.

DACIL.

¡Ay, triste!

BENCOMO.

Siéntate aquí.

Músicos, y baile canario.

MÚSICOS.

Españoles bríos,
Mirar y matar;
Volveréis vencidos:
Fan, falalán.
Vino á las Canarias
Por el rey don Juan,
Con lucida armada,
Un gran capitán.
Puso gente en tierra,
Salió de la mar,
Tomó cuatro islas:
Por el Rey están
Lanzarote, el Hierro,
Y luego se da
La Fuerte Ventura,
En el nombre más.
Españoles bríos,
Mirar y matar;
Moriréis vencidos:
Fan, falalán.
Católicos Reyes
Que en Castilla estáis:
Fernando, á quien ciñe
Laurel militar;
Isabel gloriosa,
Que agora enviáis
Con fuertes soldados
Nuevo General,
Nuestra Tenerife
No penséis que está
Tan desnuda de armas
Como allá pensáis.
Los rayos de fuego,
Plomo y alquitrán,
No espantan los Guanches
De aqueste lugar.
Los pájaros negros
Con que el mar pasáis,
Dejarán las alas
Ó aquí morirán.
No son nuestros Guanches
Como los demás,
Pues en las batallas
Os hacen temblar.
Dos victorias tienen
Que ganado os han;
De sangre teñisteis
El blanco arenal.

Españoles bríos,
Mirar y matar;
Volveréis vencidos:
Fan, falalán.

Toquen una caja de guerra y espántense, parando el baile.

BENCOMO.

Sol divino, ¿qué es aquesto?

TINGUARO.

Los rayos y truenos son
Con que esta fiera nación
Temor siempre nos ha puesto.

MANIL.

Ya se deben de acercar.

TINGUARO.

¿Qué mandas hacer, señor?

BENCOMO.

Á mi capitán mayor
Mandé esconder y alojar
Seis mil hombres tan gallardos
Como en Tenerife viven,
Que en ese monte aperciben
Sus mazas, arcos y dardos.
Acometamos nosotros
É irémonos retirando,
Porque al irnos alcanzando
Salgan del monte los otros;
Que me dicen que son mil,
Y catorce mil seremos,
Con que el monte dejaremos
Teñido en su sangre vil.

TINGUARO.

Marcha, señor, que hoy es día
De ganar honor y gloria.

BENCOMO.

Vuestra será la victoria,
Que sola la industria es mía.

PALMIRA.

Dacil, ¿qué piensas hacer?

DACIL.

Ir á llorar mi desdicha,
Porque consiste mi dicha,
No en ganar, sino en perder:
Tal por mi Castillo soy,
Que aquéstos matar esperan.

ERBASIA.

No hayas miedo tú que mueran
Nuestros españoles hoy.

DACIL.

¿Por qué, si estos homicidas
Son fuertes por mil extremos?

ERBASIA.

Porque sus almas tenemos
Y guardaremos sus vidas.

Váyanse.

Entren en orden los españoles Trujillo, Valcázar, Lope, Castillo y el general D. Alonso.

ALONSO.

Llegado habemos animosamente
Á la ocasión que habemos deseado
Para ceñirnos de laurel la frente.

CASTILLO.

El bárbaro, señor, amedrentado,
Estará por sus riscos escondido,
Pues apenas parece algún soldado.

LOPE.

El no habernos la entrada defendido
Muestra que su temor y cobardía
Para las vidas pedirá partido.

TRUJILLO.

Cuando de riscos ásperos venía
Con Valcázar ayer, reconociendo
Qué gente el Rey, que ejército tenía,
Oímos de armas belicoso estruendo;
Digo de gente á la defensa puesta,
La ofensa y no el partido previniendo,
De que entendimos que á salir se apresta,
Ó, por lo menos, resistir el paso.

CASTILLO.

Sería ese rumor su baile y fiesta
Ó consultar sus ídolos acaso.

TRUJILLO.

Éstos no tienen ídolos, Castillo,
Y son sus fiestas en el campo raso;
Y de que eso penséis me maravillo,
Que muy poco sé yo de lo que es miedo.

CASTILLO.

¿Quién os lo niega, capitán Trujillo?

TRUJILLO.

Si con prudencia aconsejaros puedo
Lo que soléis con mil temeridades,
No pienso yo que de lo justo excedo.

ALONSO.

Caballeros, ¿en tantas amistades
Mete el demonio esa discordia agora?

CASTILLO.

¿Que discordia ha de haber te persüades?
Trujillo y yo seremos desde agora
Más amigos mil veces que hemos sido;
Ni pienso yo que mi valor ignora,
Que mis temeridades no han tenido
Hasta agora la culpa de la empresa,
Pues ni la habéis ganado, ni perdido.

TRUJILLO.

De vos todo el ejército confiesa,
Castillo, un gran valor, y yo el primero.

CASTILLO.

Razón muy vuestra, capitán, es ésa.

LOPE.

Cada cual es honrado caballero;
Cada cual á sus Reyes ha servido,
Y que los servirá también espero;
Trujillo dice bien, que haber venido
Sin resistencia á parte tan estrecha,
No sin sospecha de peligro ha sido;
Y Castillo también, que no sospecha
Que en éstos hay valor.

ALONSO.

¿Qué nos cansamos
En lo que al Rey no sirve ni aprovecha?

Para la santa empresa que llevamos,
Apruebo los recelos de Trujillo,
Pues tan adentro de la tierra estamos,
Y el valeroso pecho de Castillo.

VALCÁZAR.

Un bárbaro del monte al llano baja,
Donde su peña forma aquel portillo.

LOPE.

Para llegar aquí, la senda ataja.
¡Cosa que se rindiesen á partido!

ALONSO.

¡Hola! No suene más trompeta ó caja.

CASTILLO.

El llega valeroso y atrevido.

Sale Siley.

SILEY.

Bien venidos, españoles,
Nación más discreta y sabia
Que valiente, grande y fuerte.
Vosotros, que las Canarias
Ganasteis á vuestros Reyes,
Trayendo por la mar casas
Cargadas de hechicerías,
De rayos, truenos y espadas;
Vosotros, que sin llegar
Á las manos ni á las armas
Dais con un hombre en la tierra
Con esos hierros que hablan,
Pues por esas negras bocas
Apenas dicen palabra
Que no mate á quien la escucha,
Y en oyéndola se caiga;
Vosotros, que á Tenerife
Venís con tanta arrogancia,
Como si estos Guanches fueran
Hijos de vuestras esclavas;
Vosotros, que por dos veces
Habéis vuelto las espaldas,
Y á vuestros pájaros negros
Tendido en el mar las alas:
Bencomo, Rey desta isla,
Y Rey sin oro y sin plata,
Sin aparato y grandeza,
Sin palacios y sin guardas;
Hombre que, como nosotros,
Por esos prados repasta
Cabras monteses y ovejas
Silvestres, toros y vacas,
Dice que, ya que venís
Á conquistar desde España
Un campo lleno de piedras,
Un monte cercado de agua,
Hagáis como caballeros,
Peleando con las armas,
Lo que obliga la nobleza,
Pues que blasonáis de tantas;
Porque valerse de enredos,
De invenciones y marañas,
Desdice de aquel valor
Que os dió tan honrada patria;
Pues algunos de vosotros
Por nuestras montañas andan,
A escondidas de los hombres,
Dando á las mujeres almas.
Esto no es de caballeros
Ni de soldados que tratan
Vencer á sus enemigos
Con armas en la campaña.
Un Castillo de vosotros,
En el pecho de la Infanta
Su alma ha puesto de suerte,
Que de tristeza la mata.
También una obscura noche,
En Palmira y en Erbasia
Otras dos almas han puesto
Un Trujillo y un Valcázar.
¿Es esto justo, españoles,
Que traigáis almas de España
Para dar á las mujeres,
Que su vida y gloria os llaman?
¿No bastan las invenciones
De relámpagos y espadas,
Sino que hechicéis los pechos,
Metiendo en los pechos almas?
Á esto mi Rey me envía,
Y á deciros que os aguarda
En la falda de ese monte,
Para daros la batalla;
Que no quiso resistiros
De Tenerife la entrada,
Por mataros donde pueda
Desnudaros en su casa.

CASTILLO.

¡Ansí Dios te dé victoria,
Que me dejes que yo haga
Satisfacción y respuesta
Á este guanche y á esta infamia!

ALONSO.

No, Castillo, no es razón;
Dondequiera, á la embajada
Se guarde su privilegio.

CASTILLO.

¿Qué embajada ó calabaza?
Diérale yo un torniscón,
Así, la mano cerrada,
Con que le hiciera tortilla
Las narices en la cara,
Y fuera á quejarse luego
De que Castillo no guarda
Al embajador las leyes.

ALONSO.

Guanche.....

SILEY.

Español.....

ALONSO.

Oye.

SILEY.

Habla.

ALONSO.

Dile á Bencomo, tu Rey,

Ese guardador de vacas,
Que yo no vengo á sus islas
Ni por oro, ni por plata.
Vengo á obedecer no más
Lo que mis Reyes me mandan,
Que reduciros desean
Á la ley de Cristo santa.
Á Fernando y á Isabel,
Que ansí mi Reyes se llaman,
No obliga humano interés,
Obliga piedad cristiana.
Que no habemos menester
Tierra, sobrándoles tanta
En Castilla y Aragón,
Sin la que tiene en Italia.
Ni para riqueza suya,
Con nuestra sangre comprara
Dos plumas, diez caracoles
Y seis pellejos de cabras.
Á obedecelle venimos,
Sin enredos ni marañas;
Estas armas que traemos,
En todo el mundo son armas;
Que dar almas á mujeres,
Son amorosas palabras
Que los bárbaros no entienden.

SILEY.

Basta, español, eso basta.
Eso le diré á mi Rey,
Que donde digo os aguarda.

CASTILLO.

¿Qué aguardas?

ALONSO.

¡Ea, señores,
Ya la ocasión es llegada!
Hoy es día de mostrar
El valor que os acompaña.

LOPE.

Acomete, que son pocos.

CASTILLO.

Y son tan pocos, que faltan
Para Castillo otros tantos.

ALONSO.

¡San Miguel, y cierra España!

Las cajas toquen, y hagan la batalla, saliendo algunos bárbaros con los españoles, y luego Tinguaro con la espada de Trujillo.

TINGUARO.

No salgáis, Guanches famosos,
Hasta mejor ocasión;
Pocos los contrarios son,
Puesto que son valerosos;
Estad á punto esperando,
Hasta cogerlos en medio,
Porque no tengan remedio.

Sale Trujillo.

TRUJILLO.

¿Qué es esto que estoy mirando?
¡Tente, bárbaro, y espera!

TINGUARO.

¿Quién te ha dicho que no espero?
Que á ser tu ejército entero,
El mismo valor tuviera.

TRUJILLO.

Esa espada he conocido
Por la guarnición.

TINGUARO.

Sí harás;
Y á agradecerme vendrás
Que no te maté dormido.

TRUJILLO.

Antes la vengo á cobrar.

TINGUARO.

Despierto te quiero yo.

TRUJILLO.

Muestra.

TINGUARO.

¿Digo yo que no?

TRUJILLO.

La vida te ha de costar.

Vuelvan á tocar las cajas, y sonando la guerra salgan Lope Fernández y D. Alonso.

LOPE.

Retírate, señor.

ALONSO.

Pues ¿es bien hecho
Que yo no muera aquí, Lope famoso,
Viendo todo mi ejército deshecho?

LOPE.

Será, señor, un caso lastimoso.
Si deste monte por lo más estrecho,
Este bárbaro Guanche, belicoso,
Puso siete mil hombres en celada,
¿Qué importa el brío y la española espada?
¿Mil soldados no más, aunque gallardos,
Para catorce mil Guanches importan,
Con tantas flechas y tostados dardos,
Que ni fuegos ni aceros los reportan?

ALONSO.

Lope, en la resistencia fueron tardos
Por nuestro mal.

LOPE.

¡Cuán animosos cortan,
Con las mismas espadas que trujimos,
Las vidas que hoy á un bárbaro vendimos!

Sale Valcázar.

VALCÁZAR.

¡Oh, valeroso General! ¿Qué haremos,
Que apenas de mil hombres hay cincuenta?
Mira que en no perderte nos perdemos,
Y que tu vida su victoria aumenta.
Permite que á la mar nos alarguemos;
Vuelva siquiera un hombre que dé cuenta
Desta desdicha á nuestra patria España.

ALONSO.
Y ¿no será morir más justa hazaña?
LOPE.
¿Qué se gana en morir, si con la vida
Podemos restaurar lo que has perdido?

Sale Trujillo, sangriento.

TRUJILLO.
Cobré mi espada, aunque con tanta herida,
Que vengo poco menos que vencido.
LOPE.
¡Trujillo!
TRUJILLO.
¡Caballeros!
ALONSO.
La perdida
Batalla, no el honor, que no lo ha sido,
Pues que de mil soldados no hay cincuenta,
Nos obliga á morir.
TRUJILLO.
¡Si fuera afrenta!
Yo soy de parecer que á la ribera
Del mar retires esa gente poca
Que se libró de la batalla fiera,
Escondida en la cueva desa roca.
LOPE.
Y yo, que aunque ésta fué la vez tercera,
Pues la sangre y la afrenta nos provoca,
Volvamos cuarta vez á Tenerife.
ALONSO.
¿Con qué, sin un soldado ni un esquife?
LOPE.
Volvamos á Canaria, que mi hacienda,
Mis ingenios de azúcar y otras cosas,
Haré que en plaza pública se venda,
Y armaremos dos naves belicosas.
Gente haremos también que hacer emprenda
En Tenerife hazañas generosas.
ALONSO.
¿Valdrá la hacienda?.....
LOPE.
Nueve mil ducados,
Que bastan para naves y soldados.
ALONSO.
Sólo el volver á Tenerife luego,
Lope Fernández, guerra me obligara,
A no morir precipitado y ciego.
LOPE.
¡Alto: á la mar!
TRUJILLO.
Camina á la mar.
ALONSO.
¡Pára!.....
VALCÁZAR.
¿Qué quieres?
ALONSO.
¿Y Castillo?
TRUJILLO.
¡Buen sosiego
De su temeridad! ¿No es cosa clara
Que en los primeros á morir se pone?
ALONSO.
¡Qué gallardo español! ¡Dios le perdone!

Vanse.

Salgan el rey Bencomo y los bárbaros, trayendo cada uno un sombrero, ropilla, banda ó espada de español, y Manil una bota.

BENCOMO.
¡Gracias al divino sol
Por la victoria ganada!
SILEY.
¿Que aquésta se llama espada?
BENCOMO.
Y es propio nombre español;
Que de la espada sospecho
Que españoles se llamaron.
SILEY.
Luego ¿ellos las inventaron?
BENCOMO.
Hoy no han sido de provecho.
Este pienso que es sombrero.
Y ésta es ropilla ó jubón.
TINGUARO.
¿Que aquéstos los rayos son?
Probar á tirarle quiero.
PALMIRA.
¡Quítate, Tinguaro, allá!
TINGUARO.
¡No tira!
BENCOMO.
Pruébale, á ver.
TINGUARO.
No acierto.
MANIL.
¿Qué puede ser
Esto que aquí dentro está?
Un español la traía,
Que huyendo por una roca
Se la ponía á la boca,
Y no sé qué le decía.
Quiero esconderla, y después
Veré lo que dentro tiene.
TINGUARO.
¡Qué triste la Infanta viene!
BENCOMO.
¿Día de tristeza es
El de tan alta victoria?
DACIL.ª
No estoy yo triste, señor.
BENCOMO.
Merezca yo por favor
Que te alegres de mi gloria.
Mira tantos enemigos
Por esa campaña muertos,
Y de sus galas cubiertos
Nuestros parientes y amigos.
Las almas que os habían dado,
Á morir con ellos fueron;

La riqueza que trujeron,
Por este monte han dejado.
. . . . . (1)
¡Ea, parientes! ¿Qué hacemos?
Ni una prenda les dejemos.

TINGUARO.

En carnes han de quedar.

Váyanse, y queden Dacil y Manil.

DACIL.

¡Ay, Manil, y cuántas veces
Te dije que me buscases
Aquel español que adoro!

MANIL.

Si le busqué, el sol lo sabe;
Pero ¡había tantos muertos,
Que fuera imposible hallarle!

DACIL.

¿Será muerto?

MANIL.

No lo dudes.

DACIL.

Pues yo tengo de matarme.

MANIL.

Será muy gran necedad.

DACIL.

Muchos dicen que se parten
Las almas, cuando se mueren
Los cuerpos, á un reino grande.
Pues si es muerto mi español,
Luego, como yo me mate,
Iré al mundo donde está.

MANIL.

Y ¿has de ir tú sola á buscarle?

DACIL.

¿Quieres tú venir conmigo?

MANIL.

¡Bien quisiera acompañarte!
Mas ¿cómo me mataré?

DACIL.

Eso, Manil, es muy fácil.

MANIL.

Á mí no me lo parece.

DACIL.

Puedes, como yo, arrojarte
Deste risco.

MANIL.

Prueba tú
Primero, para enseñarme.
Aunque, si verdad te digo,
Entre las armas que traen
Los españoles, yo hallé
Esta que ves, esta tarde.

Saque la bota

DACIL.

Pues ¿qué es lo que tiene dentro?

MANIL.

Algún veneno.

DACIL.

Á ver, dame.

MANIL.

Espera, probaré yo.

DACIL.

¿Qué te parece?

MANIL.

Bien sabe.

DACIL.

Pues dame á mí.

MANIL.

Espera un poco.

DACIL.

¿Otra vez?

MANIL.

¡Quiero matarme
Aprisa, por no sentillo!
¡Oh, qué muerte tan suave!

DACIL.

¿Cuándo me he de matar yo?

MANIL.

Espera, ¡ansí Dios te guarde!
Que me falta de morir
Un poco por esta parte.

DACIL.

¿Estás ya muerto del todo?

MANIL.

Temo que el veneno falte,
Según que tardo en morirme.

DACIL.

Pues si dejas que se acabe,
¿Con qué me he de matar yo,
Para que á tu lado baje?

MANIL.

Yo me moriré por ti.

DACIL.

Muestra acá, que me deshaces.

MANIL.

Toma, y muérete poquito.

Bebe Dacil.

DACIL.

Yo he bebido.

MANIL.

Pues no aguardes,
Si vamos al otro mundo,
A que lo sepa tu padre.

Sale Castillo, herido.

CASTILLO.

Quien sale de entre los muertos,
¿Para qué entre vivos sale,
Que luego le han de matar?
¡Benigno cielo, ayudadme!
¡Sustentadme, espada, un poco,
No para que en vos descanse,
Pero porque en vuestra cruz

(1) Falta un verso.

Comience palabras tales!

MANIL.

¿Estamos ya en otro mundo?

DACIL.

¡Ay, sol, qué muerte tan fácil!
Mi español es este herido.

CASTILLO.

¿Qué ven mis ojos delante?
¿Es Dacil?

DACIL.

Yo soy, mi bien.

CASTILLO.

Mal herido, hermosa Dácil,
Vengo á morir á tus brazos;
Favor que el cielo me hace.

DACIL.

Luego ¿no estás muerto?

CASTILLO.

No.

DACIL.

Pesado me ha de matarme.

CASTILLO.

Luego ¿piensas que estás muerta?

DACIL.

Sí, mis ojos, por buscarte;
Con un arma de españoles,
Que dentro veneno trae.

CASTILLO.

Muestra.

DACIL.

Vesla aquí, señor.

CASTILLO.

Tal pudiera yo curarme
De las heridas que tengo;
Que éste es un licor suave,
Que allá le llamamos vino.
Vamos, mi bien, á curarme.

DACIL.

¿Que no estoy muerta?

CASTILLO.

De sueño.

DACIL.

Pues ven, que quiero guardarte
De la furia desta gente,
Y con hierbas saludables,
Que acá conocemos muchas,
Secretamente curarte.

Vánse los dos.

CASTILLO.

Daréte el alma mil veces.

DACIL.

Mejor es que allá la guardes;
No me des alma, Castillo,
Que me hace andar por los aires.

MANIL.

¿Hay más alegre camino
En cuantos el mundo sabe,
Como el irse al otro mundo
Sin pagar posada á nadie?
¡Por el sol, que no he topado
Una legua que me canse!
Todo se me hace florestas,
Todo gloria se me hace:
Por momentos, á otro mundo
Me parto de aquí. ¡Adelante!
¿Hay cosa para morirse?
¡Qué muerte tan agradable!
¡Hola, Infanta! ¡Hola! ¡Aquí, Dacil!
¡Murámonos esta tarde!

ACTO TERCERO.

Salen Manil y Firán.

MANIL.

Echa por acá el ganado,
Que ya es hora de ordeñar.

FIRÁN.

¿Por dónde? que hacia la mar
Se va más recio que al prado.

MANIL.

Como ya libre nos da
El español su ribera,
Á salir se atreve afuera
Del monte y prado en que está.

FIRÁN.

¡Nunca vuelvan, plega al sol,
Á Tenerife esos locos!

MANIL.

Valientes son, mas son pocos;
Que una vida de español
Ha costado mil isleños.

FIRÁN.

Diz que habían de volver.

MANIL.

No se deben de atrever,
Ó no los dejan sus dueños,
Que diz que los Reyes son
De Castilla.

FIRÁN.

Aquí ha quedado
Un español muy honrado,
Capitán de su nación.

MANIL.

Ya le conozco, y aun sé
Quién y cómo le curó,
Y aun fuí por las hierbas yo,
Que en ese monte busqué.

FIRÁN.

Ya está aquí todo el ganado.

MANIL.

Metámosle en esta cueva,
Firán, porque no se mueva
Antes que salga ordeñado.

FIRÁN.

Quita esas ramas, con quien
Está la puerta cerrada.

Ábrase una puerta de esta cueva, que será de rama, y véase una imagen de Nuestra Señora con una candela en la mano y su santísimo Hijo.

MANIL.

Gente hay aquí.

FIRÁN.

¿Si es celada
De español? Míralo bien.

MANIL.

Una mujer me parece.

FIRÁN.

¿Una mujer?

MANIL.

Y en su traje,
Parece de otro linaje.

FIRÁN.

No poca hermosura ofrece
¿Si la dejaron aquí
Los españoles?

MANIL.

No sé;
Mas no viniera, á la fe,
Que ha un año y más.

FIRÁN.

Es ansí.
Un niño tiene en los brazos,
Y el niño un pájaro tiene.

MANIL.

Con una candela viene
Á darle tiernos abrazos.

FIRÁN.

Como está la cueva obscura,
Trajo acaso la candela.

MANIL.

Yo temo alguna cautela.

FIRÁN.

¿Cautela en tanta hermosura?

MANIL.

Mal conoces españoles:
Un cierto licor bebí
De sus naves, y dormí
Mientras salieron tres soles.
Sin duda que se han dejado
Esta mujer, que ha parido
En esta cueva.

FIRÁN.

El marido,
Vencido y desbaratado,
Se debió de huir al mar,
Y en el monte la dejó.

MANIL.

Aquí, sin duda, parió.

FIRÁN.

Pues ¿cómo en este lugar,
Que es un pesebre de ovejas?

MANIL.

El muchacho abrigaría
En el pesebre aquel día
Para consolar sus quejas.
¿Qué digo? ¡Buena mujer!
¡Ah, buena mujer!

FIRÁN.

No habla.

MANIL.

Más que si fuera una tabla.

FIRÁN.

Pues no lo debe de ser,
Porque mujer y no hablar
No es posible; mas querría
Que la llamases María,
Porque así suelen llamar
Los de España sus mujeres.

MANIL.

¡Ah, María! ¡Hola! ¿No veis
Que esa casa que tenéis
Es nuestra?

FIRÁN.

¡Qué blando eres!
¡Hola, María; hola, madre
De ese niño; habladme á mí!

MANIL.

¡Menos te responde á ti!

FIRÁN.

¿Era soldado su padre?
¿Murió en la batalla?

MANIL.

Creo,
Firán, que nos tiene en poco.

FIRÁN.

¡Linaje atrevido y loco!

MANIL.

Saber si es viva deseo.
¡Mujer, la de la candela,
Hablad, y salid acá!
¡Como se estaba, se está!

FIRÁN.

Ningún peligro recela.

MANIL.

Pues ¿es bueno que os vengáis
Al pesebre de mis cabras?
Y ¿aun no pagáis con palabras?
Salid fuera, ¿qué aguardáis?
¡Pardiez, que os he de tirar
Esta piedra! ¡Ay, ay de mí!

FIRÁN.

¿Qué tienes?

MANIL.

Que el brazo ansí
Se me ha venido á quedar.

FIRÁN.

Bájale.

MANIL.

No puede ser.

FIRÁN.

¿Hase secado?

MANIL.

Y tan yerto
Como si estuviera muerto.

FIRÁN.

Encantadora mujer,
Un cuchillo tengo aquí,
Que á un español le tomé;
Esa mano os cortaré,
Con que hicisteis..... ¡Ay de mí!
¡Ay, Manil, que me he cortado
Mi mano propia!

MANIL.

¿Quién eres,
¡Oh Reina de las mujeres!
Que ansí nos has castigado?
¡Ah, pastores de la sierra!
¡Ah, isleños! ¡Traición, traición
De la española nación
Que os ha dado tanta guerra!
¡Amo mío, ayuda aquí!

Salen Siley, Tinguaro, el rey Bencomo y Arfín.

SILEY.

¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

MANIL.

Los españoles atroces
Nos han muerto.

REY.

¿Cómo ansí?
Pues ¿no ha un año que la tierra
En paz y sosiego está?

MANIL.

Dejaron prendas acá
Que esta obscura cueva encierra.
¿No veis aquella mujer?

REY.

Una mujer está allí.

MANIL.

Queriendo entrar, ¡ay de mí!
No me quiso responder;
Una piedra alcé del suelo,
Fuíle á tirar, y al tirar
Me pudo el brazo dejar
Como convertido en hielo.
Firán, por venganza mía,
Fuéle á cortar una mano;
Cortóse una suya.

REY.

En vano
La encantadora porfía
Á librarse de la muerte;
Pondré en el arco una flecha.

MANIL.

Tente, Rey, que no aprovecha
Contra una mujer tan fuerte.

REY.

¡Quítate delante, necio!

MANIL.

¡Señora, ayudadme agora
Para que os libre! ¡Ay, Señora
Grande valor, grande precio
Debéis de tener en vos;
Que quien esto pudo hacer,
Ó es hija, ó madre, ó mujer
De algún poderoso Dios!
En vos desde hoy más confío,
Y por mi dueño os abrazo,
Pues yendo á tener el brazo
Del Rey, me disteis el mío.
Sano estoy, gracias á vos.

SILEY.

¿Ya estás sano?

MANIL.

¿No lo veis?

FIRÁN.

¿Quién sois, Señora?

MANIL.

Si habéis
Adorado al sol por Dios,
Mirad como tiene aquí
Un Sol en los brazos tal,
Que obscurece al celestial.

FIRÁN.

Ruégale, Manil, por mí.

Entre Palmira.

PALMIRA.

¿Qué hacéis de aquesta suerte descuidados,
Isleños, con la paz, y en tanto olvido
De aquellos españoles castigados,
Que por vergüenza fueron, y han venido?
Ya resplandecen en la playa armados
De aquel su acero de oro guarnecido,
Ya responden los aires á sus truenos,
De fuego vivo y negro polvo llenos.
Los pájaros navíos, cual de flores
Mirar un prado por Abril pudieran,
Se cubren de banderas de colores,
Con cuyas ondas las del mar se alteran.
Retumban los sonoros atambores,
Y las blancas espadas reverberan
Con lumbre que, al mirarla en las orillas,
Juzgaréis por estrellas las cuchillas.
Los varios gritos, voces é instrumentos,
Bien muestran el aliento á la venganza,
Y que de la victoria los contentos,
Previene la lisonja á la esperanza.
El cielo, el mar, las ondas y los vientos
Favorecen su justa confianza;
Si no salís al paso, rendíos luego,
Que es gente que en el agua enciende fuego.

REY.

Palmira, yo soy Rey; yo por dos veces
Eché de Tenerife esa canalla,
Y mil les echaré, que sois jüeces
Todos de mi valor en la batalla.
Yo soy dios de la mar, si ellos son peces;
Este pino que veis que agora calla,
Dará á sus naves golpes que las hunda
De la cara del mar á la profunda.
Ya somos todos españoles; mira
Que ya sus lenguas entendemos; vengan
Armados de metal, de acero, de ira,

Y esos rayos horrísonos prevengan,
Que como entonces volverán, Palmira,
Aunque más plomo y negro polvo tengan.
Ven cómo soy, yo soy aquel gigante
Que á beberme la mar seré bastante.
¡Por el sol, que si tomo los navíos,
Que los arroje á España con la mano!
¡Seguidme todos, capitanes míos,
Desnudaréis al español tirano!

TINGUARO.

¿Á quién no le darán sus fuertes bríos
Contra el poder del Príncipe cristiano?

SILEY.

Toma consejo en lo mejor primero.

REY.

Al que una vez vencí, dos mil espero.

Vanse todos.

FIRÁN.

Detente un poco, Manil,
Y pues tu mano cobraste,
Pídele á aquesta Señora
Que la mía me restaure.
No te vayas sin decirle
Mi dolor.

MANIL.

Señora madre
Dese niño, ansí mil años
Le goce, abrace y regale,
Ansí le vea tan hombre,
Que derribe los gigantes,
Que dé la mano á Firán
Como á mí el brazo denantes:
Señora de la Candela,
Que no sé nombre que os llame,
Sino es que os llamáis María,
Nombre que españoles saben,
Dalde la mano, y creed
Que cada mañana y tarde
Vendremos los dos aquí
Para que jamás os falte
El necesario sustento,
Leche, miel y dulces dátiles.
Y á vos, Niño, pues tenéis
Gusto de pájaros tales,
Os prometo traerlos vivos
Con que juguéis, y ellos canten.
María de la Candela,
Ea, no haya más, sanalde.
Él no lo quisiera hacer.

FIRÁN.

¡Ay, Señora, perdonadme;
Que á vuestro niño prometo
Traer mañana un haz grande
De cañas de azúcar. ¡Ay!

MANIL.

¿Qué es eso?

FIRÁN.

¡Cosa admirable!
¡Sané!

MANIL.

¿Sanaste?

FIRÁN.

¡Sané!

MANIL.

Pues bésale los piés.

FIRÁN.

Dadme,
Señora, esos pies mil veces.

MANIL.

Cajas suenan.

FIRÁN.

El alarde
De los españoles es

MANIL.

Cierra la cueva.

FIRÁN.

Ya esparcen
El vivo fuego á los pechos
Y el polvo negro á los aires.

Los españoles entren. Don Alonso, Lope Fernández, el capitán Trujillo, Valcázar. Caja, bandera, arcabuces.

ALONSO.

Con tanta prosperidad,
¿Quién duda el fin de la empresa?

LOPE.

Tierra, hacednos amistad,
Pues que la mar nunca cesa
Adonde hay menos piedad.

TRUJILLO.

El Ángel que siempre guía
Á don Alonso, parece
Que viene en su compañía.

VALCÁZAR.

Lope Fernández merece,
Por tan ilustre hidalguía
Como fué vender su hacienda
Para que venir se emprenda
Al intento comenzado,
Fama donde el sol dorado
Más rojos sus rayos tienda.

ALONSO.

Con la hacienda que ha vendido,
Fama ha comprado inmortal,
Aunque siempre la ha tenido.

LOPE.

Basta, señor General,
Que os haya en algo servido.

Cantan la copla con música por lo alto de un risco; pase una procesión de candelas, que estarán en una rueda.

TRUJILLO.

¡Gran música!

ALONSO.

¿Cómo aquí?

LOPE.

¿Es la tierra adentro?

VALCÁZAR.
Sí.
ALONSO.
Pues ¿música concertada
Entre bárbaros?
TRUJILLO.
En nada
Orden político vi
Después que trato con ellos.
VALCÁZAR.
Quedo, ¿no veis coronados
De aquel monte los cabellos
De más orbes estrellados
Que el cielo que está sobre ellos?
ALONSO.
Las luces que desde el mar
Vimos en tierra, son éstas.
LOPE.
Ya, ¿qué tenéis que dudar,
Pues la tierra os hace fiestas,
De que la habéis de ganar?

Esta es la copla que se canta:

Aquel que todo lo supo,
Que es Dios, que todo lo sabe,
Virgen, te alabe,
Pues en tus entrañas cupo,
Y en cielo y tierra no cabe.
TRUJILLO.
Bien desde el mar os decía
Que el resplandor que se vía
Era en Tenerife.
VALCÁZAR.
¡Extraño
Prodigio!
TRUJILLO.
Aquel primer año
Que con tan nueva osadía
Á Tenerife vinimos,
Por esos montes pusimos
Cruces, cuyo verde suelo
Corona de luz el cielo.
VALCÁZAR.
Yo me acuerdo que trujimos
Castillo (Dios le perdone)
Y yo una grande á aquel risco.
ALONSO.
Bien puede ser que corone
El cielo aquel obelisco
Adonde su sol se pone.
Pero pienso que es lo cierto
Que estos bárbaros, que entienden
Que ya llegamos al puerto,
Fuegos juntándose encienden.
LOPE.
Pues si ellos son, yo os advierto
Que en haciendo esas hogueras
Es que hacen sus borracheras,
Sus bailes y sus convites.
TRUJILLO.
Si á Trujillo le permites
Desamparar tus banderas,
Él irá á reconocer
Lo que esto puede ser.
ALONSO.
Marchar juntos es mejor;
Que ya sé vuestro valor
Y no le quiero perder;
Que en el monte luces varias
Yo sé que son luminarias
De la victoria que en él
Á Fernando y á Isabel
Dan hoy las siete Canarias.

Toquen, y marchen, y salga Castillo, en hábito de bárbaro, con la infanta Dacil.

CASTILLO.
¿Qué es lo que piensas de mí?
DACIL.
Que ya bárbaro te has hecho,
Después que te cubre el pecho
El mismo traje que á mí.
CASTILLO.
¿Celos, Dacil? pues ¿de qué?
DACIL.
Destas mujeres hermosas,
Que, de mi bien envidiosas,
Te engañan, y yo lo sé.
Pues mira que ha un año ya
Que estás, mis ojos, aquí,
Que la vida que te di.....
CASTILLO.
Esa en los tuyos está:
Mira que soy bien nacido,
Y que allá donde hay nobleza
Se tiene por gran bajeza
El no ser agradecido.
Curásteme, y de la muerte
Me reduciste á la vida;
Si está el alma agradecida,
La misma razón lo advierte.
DACIL.
¿Por qué no te determinas
Á ser mío, como soy
Tuya?
CASTILLO.
Porque siempre estoy,
Aunque á tu gusto me inclinas,
Esperando que españoles
Vuelvan para que nos lleven.
DACIL.
No hayas miedo que lo prueben,
Porque aquesta vez mostróles
Mi padre notables bríos;
Mató ochocientos y más.
CASTILLO.
Presto, señora, verás
Sus artillados navíos
Desta valiente nación,

Y cubiertos los pendones
De castillos y leones
Y de barras de Aragón.
Cuatro islas han ganado,
Y con español valor
Á monsieur de Betancor
De la Gran Canaria echado;
Que el Capitán general,
Llamado Alonso de Ocampo,
Hombre que en regir un campo
Merece fama inmortal;
Con Lope Fernández Guerra,
Natural de las montañas,
Han hecho insignes hazañas
Por la mar y por la tierra;
Y Trujillo de la Coba,
De Jerez de la Frontera,
Dentro de su quinta esfera
A Marte la espada roba.
Con don Alonso de Lugo,
Á Tenerife vinieron
Muchos que entonces murieron,
Por lo que á los cielos plugo;
Pero no por esto creas
Que dejarán de volver.

Disparen un arcabuz.

DACIL.

¡Ay, cielos! ¿Qué puede ser?

CASTILLO.

Sólo decir que me creas.
¿Ves como mi gente es ésta?
Cuando del valor que admiro
No estás cierta, quiso un tiro
Que lo estés de su respuesta.
¡Cielos, por tanto favor
Beso la tierra mil veces!

DACIL.

Pues su venida encareces,
Fingido ha sido tu amor.

CASTILLO.

Pues ¿no quieres que reciba
De su venida placer?

DACIL.

Ya no tengo qué temer;
Amor de tu bien me priva.
¿Iraste, español, agora?
¡Triste de mí!

CASTILLO.

No es razón
Que creas esa traición
De un esclavo que te adora.

DACIL.

Bien lo veo en el contento
Que muestras.

CASTILLO.

Esta alegría
Nace de la patria mía,
Que es natural pensamiento.
Vivo en bárbara nación,
Roto mi traje primero;
¿De qué te espantas?

DACIL.

No quiero
Disculpas.

CASTILLO.

Verdades son.

DACIL.

Jura de ser mi marido,
Pues que te precias de hidalgo.

CASTILLO.

Lo juro, por cuanto valgo,
De serlo como lo he sido.

DACIL.

¿Haré testigos?

CASTILLO.

¿Á quién?

DACIL.

Á esta peña.

CASTILLO.

Todavía
Eres bárbara.

DACIL.

Algún día
Me puede importar, mi bien.

CASTILLO.

Pues digo que yo te doy
Delante de aquesta peña....

DACIL.

Espera, la mano enseña.

CASTILLO.

Pues digo á fe de quien soy,
De ser tu esposo y marido.

DACIL.

Peña, mira que lo escuchas.

CASTILLO.

Yo he visto ignorancias muchas
Y muchas cosas oído
Destos bárbaros, después
Que los trato, mas como ésta
Ninguna.

DACIL.

No me molesta
Que ya con tu gente estés,
Pues ya me has dado la mano,
Y es esta peña testigo.

CASTILLO.

Digo que á serlo me obligo.

Sale Firán.

FIRÁN.

Parte, valiente cristiano,
Donde nuestro Rey te espera,
Que se quiere aconsejar
Contigo, porque del mar
Cubre la blanca ribera
Aquella armada española
Que otras veces viene aquí.

DACIL.

¿La de los pájaros?

FIRÁN.
Sí;
Que ya bandera enarbola,
Y viene arrojando gente
Á tierra su General.
CASTILLO.
Yo daré remedio igual
Antes que defensa intente.
Vamos, Dacil.
DACIL.
Hoy enseña
Tu lealtad.
CASTILLO.
Soy bien nacido.
DACIL.
Más eres.
CASTILLO.
¿Qué?
DACIL.
Mi marido.
CASTILLO.
¿Hay testigos?
DACIL.
Esta peña.

Váyanse los dos.

FIRÁN.
Si este español generoso
No vuelve esta guerra en paz.
(Bencomo está pertinaz,
Atrevido y victorioso),
La isla se ha de perder.

Manil, con una cesta.

MANIL.
Van por el aire sutil.
FIRÁN.
¿Adónde bueno, Manil?
MANIL.
Voy á llevar de comer,
Como suelo, á la Señora
De la Candela, Firán.
Y estos pájaros que van
Azotando el aire agora,
No se quieren detener,
Y al Niño le prometí
Llevarle alguno.
FIRÁN.
Es así.
MANIL.
Pues no le puedo coger.
FIRÁN.
Pinardo en cierta invención
Cogió muchos.
MANIL.
Es gallardo
Para mil cosas Pinardo.
FIRÁN.
Lleva, Manil, la ración;
Que el pájaro llevarás
Al bello Niño otro día.
MANIL.
Hoy llevársele querría.
FIRÁN.
Pues ¿cómo le cogerás?
MANIL.
La copa de aquel manzano
Se cubre dellos; ¿qué haremos?
FIRÁN.
Si ha de ir vivo, no tiremos.
MANIL.
Vivo ha de estar en su mano.
¡Ah, pajarillos canarios,
Cuyos sabrosos piquillos
Andan picando ramillos
Por esos árboles varios!
¡Ah, jilguerillos pintados
Más que vestido español,
Que le dais música al sol
Luego que dora los prados!
¡Ah, calandrias, que cantáis
Al aurora en los barbechos!
Golondrinas que en los techos
De las cabañas moráis;
Ruiseñores, tan corteses
Y discretos en callar,
Pues sólo os oyen hablar
De todo el año tres meses;
Aberramías, doranes,
Que andáis por esos palmitos;
Oropéndolas, mosquitos,
Lechuzas y alcaravanes;
Gorrïones prevenidos,
Que llaman zorras con alas;
Gaitas llenas de más galas
Que los campos más floridos,
Bajad, bajad, que os lleve
De vuestro asiento frondoso
Á aquel mi Niño amoroso,
Para la mano de nieve
De la Señora divina
De la candela en la mano.

Un árbol lleno de pájaros se baje á la mano de Manil.

¡Oh milagro soberano!
¡El árbol la copa inclina!
FIRÁN.
Coge, dichoso Manil.
MANIL.
No cojo por escoger.
FIRÁN.
Aquéste puedes coger.
MANIL.
Parece un florido Abril.
Ea, los demás se vuelvan,
Que otro día irán allá.
FIRÁN.
Ya el árbol derecho está.
MANIL.
Todos, Firán, se resuelvan

Á que esta Señora es
Más Diosa que el mismo sol.

FIRÁN.

¿Si es éste el Dios español?

MANIL.

Abre.

FIRÁN.

Arrójate á sus pies

MANIL.

Señora de la Candela,
Veis aquí vuestra comida.

Encendida la vela.

FIRÁN.

¡Por el sol, que está encendida!

MANIL.

Ya el pajarillo se vuela
Á la mano de su Niño.
Holgaos, mi Niño, con él.

FIRÁN.

No vi tan rojo clavel.

MANIL.

Ni yo más nevado armiño.

FIRÁN.

Pésame que los dé el sol.

MANIL.

Cierra la cueva, Firán;
Que yo iré, pues aquí están,
Por un sombrero español.

FIRÁN.

Pues ¿cómo te atreverás?

MANIL.

Algo llevaré á vender
Que por ello podrá ser
Que me le den.

FIRÁN.

Bien harás.

MANIL.

Pues ven, que algún español
Me le dará.

FIRÁN.

Bien lo sé.

MANIL.

Ni es justo que el sol les dé,
Pues son más bellos que el sol.

Vanse.

Salgan los españoles.

ALONSO.

Tended sobre esa hierba los manteles.
Comamos, capitanes, un bocado.

VALCÁZAR.

Los manteles, señor, están tendidos.

LOPE.

Sacad cualquiera cosa que tengamos.

ALONSO.

¿Querrá Dios que algún día en otra mesa,
Y con otro servicio diferente,
En altos edificios levantados,
Comamos más seguros de enemigos?

TRUJILLO.

No es pobre mesa la que tiene amigos.
Siéntome en este suelo más contento
Que en sus sillas de tela el avariento.

ALONSO.

Pan no falta, á lo menos, y tocino.

LOPE.

Aun queda fruta seca en nuestra nave.

TRUJILLO.

La salsa bernardina á todo sabe.
¡Brindis á la salud del Rey Católico!

ALONSO.

Carauz, señor Trujillo, y los sombreros
En las manos, bebamos luego todos.

LOPE.

Un higo para el mar y sus trabajos.

ALONSO.

Yo hago la razón, y á brindar vuelvo
Por Isabel, la Reina castellana.

Toquen dentro los tamborillos de los bárbaros.

LOPE.

Sobre nosotros vienen, don Alonso.

ALONSO.

Primero he de beber.

TRUJILLO.

Eso me agrada,
Y venga el mundo, que no importa nada.

ALONSO.

Ya crece el alboroto, caballeros;
No nos hallen así; dejad la mesa.

TRUJILLO.

Guárdela el campo en tanto que volvemos.

ALONSO.

Ea, Trujillo, que hoy es nuestro día.

TRUJILLO.

Tuyo es el corazón, la espada es mía.

Vanse, dejando allí los manteles y comida, y Manil salga.

MANIL.

Á mala ocasión llegué,
Pues asombrando estas peñas,
Las trompetas hacen señas
Que la batalla se dé.
Y no sola es prevención,
Pero defendiendo el paso,
La dificultad del caso
Se pone en ejecución.
Vine por un guardasol,
Y no querría llevar
Algún rayo, que del mar
Arroja el fiero español.
Mas ¿que es esto que está aquí?
Mesa y comida parece;
Pero ya la guerra crece,
Aunque esto es paz para mí.
Á no ser tanto el temor,

Pienso que aquí me sentara;
Por dicha, me levantara
Lleno de español valor;
Que este vino que me cuenta
Castillo que allá se bebe,
Un cierto espíritu embebe
Que el menor desmayo alienta.
¡Oh españoles! ¡Qué prudentes
Os hizo el Supremo Autor!
Si bebéis este licor,
¿Qué mucho que seáis valientes?
Probar quiero si conforma
Éste con aquel pasado.

Disparan.

Rayo ha sido; si me han dado,
Tú de la verdad me informa.
Crece el tirar: ¡ay de mí,
Que no me dejan probarte!
Pero si puedo llevarte,
¿De qué me lamento aquí?
Recogeré la comida,
Y mientras andan los rayos,
Remediaré mis desmayos
Con esta dulce bebida;
Que á cuatro veces suaves
De licor que el alma baña,
Pelearé con toda España
Y me tragaré sus naves.

Los bárbaros huyendo, y Trujillo tras ellos.

TRUJILLO.
Esta vez, bárbaros viles,
Venimos más bien templados.
FIRÁN.
Detén los brazos airados.
TRUJILLO.
Hoy seré español Aquiles;
El fuego que aquél á Troya,
Á Tenerife pondré.

Húyanle, y éntre la infanta Dacil.

DACIL.
¡Á mí seguirme! ¿Por qué
Oro, plata, piedra ó joya?
¡Ah, españoles, que parece
Que habéis ido por valor,
Pues vencéis al vencedor
Que vuestro laurel merece!
Ya la suerte se ha trocado.
TRUJILLO.
¡Tente, bárbara!
DACIL.
Tendréme;
Que quien la muerte no teme,
¿Qué puede temer, soldado?
TRUJILLO.
No he visto cosa que aquí
Más codicia me haya puesto.
DACIL.
Español, ¡mátame presto!

Entre Castillo.

CASTILLO.
Basta, que á Dacil perdí;
Pero ya cautiva está;
Justo fué, pues la rogué
Que se escondiese. ¿Qué haré?
DACIL.
¿Por qué no me matas ya?
TRUJILLO.
Cuando yo á matar viniera
Mujeres, te reservara
Por lo que obliga esa cara.
DACIL.
¿Qué es lo que tu brazo espera?
TRUJILLO.
¿Eres mujer principal?
CASTILLO.
¡Hola, capitán valiente!
¿Cuándo la española gente
Suele proceder tan mal?
No se ganan vuestros nombres,
Si lo que pareces eres,
Cautivando las mujeres,
Sino matando los hombres.
Suelta la presa y camina;
La vida, español, te doy.
TRUJILLO.
¿Sabes, bárbaro, quién soy,
Y que la hermosura inclina
Á detenerse los ojos?
CASTILLO.
Sé que no estás muerto ya
Porque el Sol contigo está.
TRUJILLO.
Tu Sol será mis despojos,
Y tu quedarás aquí
Muerto á mis manos.
CASTILLO.
¿Quién? ¿Yo?
Mal sabes que el sér me dió
La misma patria que á ti;
Aunque hoy nos habéis vencido,
Yo no lo estoy, y la gloria
Sin mí de vuestra victoria,
No es posible que haya sido.
TRUJILLO.
¡Bárbaro, fiero, arrogante!
¿Tú qué puedes importar
Ni gloria alguna quitar
En victoria semejante?
¿Quién eres? ¿Eres el Rey
Desta isla?
CASTILLO.
Un hombre soy
Que entre bárbaros estoy,
Pero no soy de su ley.

Mas tú, ¿quién eres, que tanto
Blasonas de tu valor?

TRUJILLO.

Con esta espada, mejor
Te responderé entretanto.

Acérquense.

CASTILLO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
¿Es el capitán Trujillo?

TRUJILLO.

¿Es Castillo?

CASTILLO.

Soy Castillo.

TRUJILLO.

Cumplió el cielo mi deseo.
Qué, ¿vivís?

CASTILLO.

Pues ¿no lo veis?
Herido y muerto me vi,
Y por la esclava viví
Que ya por vuestra tenéis.

TRUJILLO.

Su esclavo seré, y le ruego
Que me perdone.

DACIL.

Señor,
Yo lo soy dese valor.

TRUJILLO.

Pues perdonadme, que luego
A Castillo os volveré,
Porque no tendréis á mal
Que le lleve al General.

CASTILLO.

Señora, luego vendré;
Que no excuso que me vean
Los amigos.

DACIL.

Si allá vais
No volveréis.

CASTILLO.

No temáis,
Ni vuestros recelos crean
Que me olvidaré de vos.

TRUJILLO.

Ea, Castillo, ¿qué hacéis?

CASTILLO.

Aquí os ruego que esperéis,
Que ya volvemos los dos.

TRUJILLO.

Palabra os doy de traeros
Vuestra prenda.

DACIL.

De vos fío,
Capitán, todo el bien mío.

CASTILLO.

No pensé volver á veros.

TRUJILLO.

¿Que vivir habéis podido
Entre estos bárbaros?

CASTILLO.

Sí,
Que viviendo amor en mí,
Puse la patria en olvido.

Dacil sola.

DACIL.

Ya me espantaba yo que la fortuna,
La mayor enemiga que amor tiene,
No mudase mi bien al mal que viene,
Pues no sabe tener firmeza alguna.
¡Qué presto á los contentos importuna
Los pesares solícita previene!
¡Qué poco en un estado se detiene,
Pues no ha parado próspera ninguna!
Mas aunque más mudable y fácil eres,
Seré más firme mientras más me asombres,
Por vencer la opinión de las mujeres.
De fáciles nos dan mudables nombres,
Y todos nuestros varios pareceres
Habemos aprendido de los hombres.

Sale el rey Bencomo.

BENCOMO.

Ya, por lo menos, enemiga suerte,
No tengo qué temer, que es el consuelo
De los que vienen á un estado triste.
Vencieron esta vez los españoles
Mis arrogantes fuerzas con sus artes;
No hallé defensa á sus veloces rayos
En mis arcos y flechas venenosas.
¿Quién está aquí?

DACIL.

Quien llora tus desdichas.

BENCOMO.

No es desdichado, hija, el que te ha visto.
Es la desconfianza que me ha dado
Día de tanto mal para nosotros;
Y si tu cautiverio solamente
Puede ser para mí muerte y desdicha,
Ruégote que te escondas mientras pasa
La furia destos hombres, y reformo
La gente que me queda y la que espero,
Para probar segunda vez la suerte.

DACIL.

Aunque te deje, voy á obedecerte.

Vase.

BENCOMO.

Nació el valor para sufrir desdichas,
Que no le tiene quien se rinde á ellas;
Así tienen imperio las estrellas,
Así se truecan en dolor las dichas.
Hacerse luego bien las cosas dichas,
Es causa de decir que hay dicha en ellas;
Que cuando el hado se desdice dellas,
Se deben ellas de llamar desdichas.
Sentarme quiero, de sufrir cansado,

En estas peñas, sol, mientras me enseñas
Qué fin tendrá principio tan errado.
Mas mátame, y diré que me despeñas,
Porque el peso de un hombre desdichado,
Apenas le podrán sufrir las peñas.

En sentándose, salga ó baje de alto el arcángel San Miguel con una espada desnuda.

MIGUEL.

Rey de Tenerife, escucha.

BENCOMO.

¡Ay, cielos, eres el sol!
Que para rayo español,
Esa claridad es mucha.

MIGUEL.

Rey, yo soy el Capitán
De la milicia del cielo,
Á quien también la del suelo
Hoy los españoles dan.
Yo he sido su protección,
Yo aquestas islas conquisto;
Ya el Evangelio de Cristo
Quiere tomar posesión.
Dales piadosa acogida;
Que si no te rindes luego,
Con esta espada de fuego
Vendré á quitarte la vida.

Vase.

BENCOMO.

¡Qué bien has hecho ¡oh Capitán famoso!
En irte de mis ojos brevemente;
Que helado el corazón y temeroso,
Lugar apenas en el pecho siente!
¡Siley, Arfín, Tinguaro belicoso!
¿Nadie me escucha? ¡Ah, Capitán! ¡Ah, gente!

Salgan todos.

SILEY.

¿De qué das voces?

BENCOMO.

Escuchad, amigos,
Que no me dan temor los enemigos:
Estando yo sentado en esta peña,
El cielo vi romper, y del tesoro
Que la parte oriental del sol enseña,
Bajar un Capitán en cercos de oro.
La pieza de sus armas más pequeña,
No digo el rostro, que temblando adoro,
Daba más luz que la mayor estrella
Y todo el carro de la luna bella.
Tendidos los cabellos, que cubría
Un morrión, que en plumas y diamantes,
No con los españoles competía,
Aunque me parecieron semejantes,
Mas con los tornasoles que hace el día,
De diversos colores y cambiantes,
Cuando aparece el sol recién nacido,
Y queda el aire de su luz vestido.
Díjome que si luego no me daba
Á los cristianos, cortaría mi cuello
Con una blanca espada que vibraba,
Aunque era espejo al oro del cabello;
Que el Evangelio posesión tomaba
Deste Cristo, me dijo el mozo bello.
Ya no hay que replicar; cuando un esquife
Viniera solo, es suyo Tenerife.

TINGUARO.

Señor, tú harás lo que te manda el cielo,
Pero has de ser prudente en el partido.

BENCOMO.

El que lo manda, enseñará mi celo,
Que yo en ser obediente habré cumplido.

SILEY.

Si puede tu dolor tener consuelo,
Es ver que al español te hayas rendido.

BENCOMO.

Bien dices, aunque ya tan solamente
Al cielo estoy rendido y obediente.

Vanse.

Salen los españoles D. Alonso y Lope Fernández.

ALONSO.

Yo no pienso que fué sueño.

LOPE.

Ni lo parece, señor.

ALONSO.

Aunque el ver vuestro valor
Casi destas islas dueño,
Me pudiera sosegar,
No vivo tan sosegado
Que no desvele el cuidado
Mis ojos en tierra y mar.
Vi, ó soñé, que el Ángel vía
Con siete ninfas hermosas,
Que, coronadas de rosas,
Al rey Fernando ofrecía.
Preguntéle entre mil varias
Luces, músicas y fiestas:
«Dime, señor, ¿qué son éstas?»
Y respondió: «Las Canarias.
Que ya todas siete son
De Fernando é Isabel,
Que por Castilla y por él
Hoy tomaréis posesión.»
Y díjome que buscase
En este monte un tesoro.

LOPE.

Sin duda que hay plata y oro.

ALONSO.

¡Oh si alguna mina hallase!

Salen Trujillo y Castillo.

TRUJILLO.

Porque sé que te ha de dar
Este presente contento,
Á tu valor le presento.

ALONSO.

No tengo con qué pagar

Hasta que hayamos ganado
La isla. ¿Es el General?
Porque personaje igual
No será humilde soldado.

CASTILLO.

Esclavo soy de Trujillo,
Pues él me presenta á vos.

TRUJILLO.

Yo lo soy suyo, ¡por Dios!
Que es el capitán Castillo.

ALONSO.

¿Castillo vivo?

CASTILLO.

Aquí herido,
Señor General, quedé.

ALONSO.

¡Hoy nuestra victoria fué!
¡Hoy sí que habemos vencido!
Dadme esos brazos.

CASTILLO.

¡Señor,
Con esperanza de veros
He vivido, y para haceros
Demostración de mi amor!

LOPE.

Dadnos parte de Castillo.

VALCÁZAR.

Y á todos, señor, también.

ALONSO.

Vístanle, que no está bien.

LOPE.

De veros me maravillo
Tan bueno en aqueste traje.

CASTILLO.

Toda mi historia sabréis.

ALONSO.

Señores, pues ya sabéis,
Aunque vuestro gusto ataje,
Lo que os dije del tesoro,
No hay sino luego intentar
Cómo se puede buscar;
Que si en Tenerife hay oro,
¿Cuáles Indias son como ella?

LOPE.

Señalad el monte vos.

ALONSO.

Pues vamos, que espero en Dios,
Que siendo Miguel la estrella,
Hoy tendrá España un tesoro.

LOPE.

El primero he de cavar.

CASTILLO.

¿Qué es lo que vais á buscar?

LOPE.

No menos que un monte de oro.

Vanse.

Sale Manil.

MANIL.

Este sombrero que hallé,
Ó que tomé con cautela,
Señora de la Candela,
Porque menos sol os dé,
Traigo con aquel contento
Que de serviros recibo,
Pues por vos pienso que vivo,
Y aun es justo pensamiento.
Pésame que no hallé
Otro chiquito que diera
Á vuestro hijo, y quisiera
Que el sol tampoco le dé;
Que como está tan dormido
Con la leche que le dais,
Si del sol no le guardáis
Andará el sol atrevido.
Aunque mejor lo pensara
Si dijera por los dos,
Que el mucho sol que os da á vos,
Á él le sale de la cara.
Abrir quiero. ¡Ay, ay de mí,
Que no están aquí! ¿Qué haré?
Señora, ¿adónde se fué?
¿Por qué me ha dejado así?
¡Ay de mí, Señora mía,
Señora de la Candela!
¿Dónde está, que no consuela
Mi esperanza y mi porfía?
Oye, Tomé, este hombre,
¿Dónde se fué, dónde está?

Todos los bárbaros y las mujeres.

SILEY.

Por aquí se acercan ya.

BENCOMO.

Rendirme y hablaros quiero.

DACIL.

No soy yo de parecer
Que á una gente tan ingrata
Te rindas, ni á Tenerife,
Nuestra antigua y noble patria,
Sujetes cobardemente
Al loco imperio de España.

BENCOMO.

Calla, hija, que no es justo,
Si el cielo nos amenaza,
Querer resistir al cielo.

TINGUARO.

Señor, los cristianos bajan.

PALMIRA.

¡Ay, si viniese Trujillo!

ERBASIA.

¡Ay, si viniese Valcázar!

Todos los españoles, con azadas los soldados, y Castillo, ya muy galán.

ALONSO.

Por aquí habéis de cavar;
Que las candelas que estaban
Por corona deste monte,

Que está aquí el oro señalan.

BENCOMO.

Si buscáis, cristianos fuertes,
Oro, perlas, piedras, plata,
No lo hallaréis escondido,
Sino es en nuestras entrañas;
Con las cuales nos rendimos
Como el cielo nos lo manda
Por un Capitán que hoy
Con una desnuda espada
Me amenazó.

ALONSO.

Tente, Rey,
Alza del suelo; que basta
El nombre á cuyo valor
Respeto justo se guarda.
Si el cielo os manda rendir
Á los que agora os abrazan,
Manda que con grande amor
Os reciban.

BENCOMO.

¡Viva España!

TODOS.

¡Viva!

ALONSO.

Para que yo crea,
Isleño, si esto no os cansa,
Que lo que dicen las lenguas
Es lo que sienten las almas,
¿Á qué parte deste monte
Hay minas de oro ó de plata?

BENCOMO.

Ya os dije nuestra pobreza;
Que si aquí el cielo las guarda,
No lo sabemos nosotros,
Si bien en esas montañas
Hemos visto muchas luces.

DACIL.

Puesto que amistades hagan,
Españoles más dichosos
Que valientes, con España
Estos nuestros viles hombres,
Las mujeres, que se agravian,
No pasan por estas paces.

ALONSO.

Pues ¿por qué razón no pasan?

DACIL.

Porque sois unos traidores;
Y yo, que he sido engañada
De ese soldado que ya
Traéis tan lleno de galas,
Sustentaré que lo sois,
Con este pino en campaña.

CASTILLO.

No alborotes á tu padre
Ni á tus isleños, Infanta;
Que no es traidor el que debe
Amor, si en lo mismo paga.

DACIL.

¿En qué me pagas á mí,
Si me has dado la palabra
De ser mi esposo y te vas?

CASTILLO.

¿Yo á ti?

DACIL.

Pues ¿no?

CASTILLO.

¿Cuándo?

DACIL.

Aguarda:
Peña, ¿no eres tú testigo?
¿No me la dió?

CASTILLO.

¿Piensas que hablan
Las peñas?

DACIL.

Cuando Dios quiere.

ALONSO.

¡Oh, qué maravilla extraña!

Cáiganse unos riscos, y véase dentro la imagen, y encima las candelas, y el Ángel, en medio de ellas, diga:

ÁNGEL MIGUEL.

Este tesoro hay aquí,
Que es la Virgen Candelaria.

CASTILLO.

Señora, si sois testigo,
Yo cumpliré la palabra.

MANIL.

Españoles, si sabéis
Quién es esta hermosa dama,
Decidlo á un hombre que ha dias
Que de su pobre labranza
Trae á su hijo y á ella
Leche, miel y frutas varias.

CASTILLO.

Esta es la Madre de Dios,
La que en sus entrañas santas
Le trajo y parió, quedando
Virgen.

BENCOMO.

¡Hermosura rara!
Por ella todos queremos
De vuestro bautismo el agua.

CASTILLO.

Y yo casarme con Dácil,
En siendo Dácil cristiana.

TRUJILLO.

Yo, señores, con Palmira.

VALCÁZAR.

Y yo con la bella Erbasia.

ALONSO.

Por lo menos, comenzamos,
La población con tres casas
Y con tan sagrado templo
De la Virgen Candelaria,
Que ha de ser nuestra Patrona.

CASTILLO.

Aquí la comedia acaba
Con que acabó Tenerife
La Conquista de Canaria.

EL NUEVO MUNDO

DESCUBIERTO POR CRISTÓBAL COLÓN

LA FAMOSA COMEDIA

DE

EL NUEVO MUNDO

DESCUBIERTO POR CRISTÓBAL COLÓN

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

CRISTÓBAL COLÓN.
BARTOLOMÉ COLÓN.
EL REY DE PORTUGAL.
EL DUQUE DE ALENCASTRE.
MAHOMED, *Rey de Granada.*
DALIFA, *mora.*
ZELÍN, *Alcaide.*
DUQUE DE MEDINACELI.
DUQUE DE MEDINASIDONIA, Y DOS PAJES.
EL GRAN CAPITÁN.
EL REY D. FERNANDO.
LA REINA D.ª ISABEL.
PINZÓN, *piloto.*
ÁLVARO (1) DE QUINTANILLA, *Contador mayor del Rey.*
LA PROVIDENCIA.
LA IMAGINACIÓN.
LA RELIGIÓN CRISTIANA.
LA IDOLATRÍA.
UN DEMONIO.

Cristóbal Colón; Bartolomé Colón, su hermano, con unos papeles.

COLÓN.

Desde aquí, hermano, podrás
Á Ingalaterra partir,
Y al rey Enrico hablarás.

BARTOLOMÉ.

Pienso que te ha de admitir
Éste en cuyo reino estás.
Porque al fin noticia tiene,
Que es lo más que te conviene,
Del nuevo mundo que enseñas.

COLÓN.

La novedad de las señas
Mis pensamientos detiene.
¿Á quién le dirán, hermano,
Que otro mundo, jamás visto,
Prometo darle en la mano,
Que no diga que conquisto
La esfera del viento vano?
Mil veces atrás me vuelvo,
Y otras tantas me resuelvo
En estas temeridades;
En fábulas y verdades
Mil pensamientos revuelvo.

---

(1) Debe decir *Alonso*, y así está en el texto de la comedia.

Una secreta deidad
Á que lo intente me impele,
Diciéndome que es verdad;
Que, en fin, que duerma ó que vele,
Persigue mi voluntad.
¿Qué es esto que ha entrado en mí?
¿Quién me lleva ó mueve ansí?
¿Dónde voy? ¿Dónde camino?
¿Qué derrota, qué destino
Sigo ó me conduce aquí?
¡Un hombre pobre, y aun roto,
Que así lo puedo decir,
Y que vive de piloto,
Quiere á este mundo añadir
Otro mundo tan remoto!
Pero mi buen nacimiento,
De su humildad descontento
Y de mi patria famosa,
Génova, insigne y dichosa,
El triangular fundamento,
Alientan el pecho hidalgo
Á exceder al griego Euclides;
Que si con mi intento salgo,
Venzo la fama de Alcides
Y más que sus hechos valgo.

BARTOLOMÉ.

Espera, hermano, en el cielo;
Que no sin causa ha movido
Tus pensamientos y celo,
Puesto que Dédalo has sido
En el arte y en el vuelo.
Que no hayas miedo que el sol
Tus altas alas derrita,
Aunque toques su arrebol.

El Rey de Portugal y el Duque de Alencastre, y criados.

REY.

Grande empresa solicita.
¿Es por ventura español?

DUQUE.

Aquí está, infórmate de él.

REY.

¿Cuál es de los dos?

DUQUE.

Aquél.

REY.

¿Eres tú aquel nuevo Tales
Que de aqueste mundo sales
Para buscar otro en él?

COLÓN.

Yo soy Cristóbal Colón,
Alto Rey de Lusitania:
Nací en Nervi, pobre aldea
De Génova, flor de Italia.
Ahora vivo en la isla
Que de la Madera llaman,
Adonde aportó un piloto,
Huésped de mi humilde casa.
Éste, de la mar perdido,
Enfermo, vino á tomarla
Por hospital y por muerte,
Por sepoltura y posada.
Llegado al tránsito, pues,
De dar á su dueño el alma,
Moviendo los dientes fríos,
La voz ya trémula y baja,
—No tengo, Colón, me dijo,
Otro premio ni otra paga
De tu rica voluntad
Y tu pobre mesa y cama,
Sino son estos papeles,
Que de marear son cartas,
En que van mis testamentos,
Mis codicilos y mandas.
Estos son mis muebles todos:
Raíces, no hay que buscallas;
Que todos son bienes muebles
Cuantos de la mar se sacan.
Por el Océano, pues,
De Poniente caminaba,
Cuando una tormenta fiera
Mi seso y nave arrebata.
Sin norte, aguja ni tiento
Por sus anchuras me pasa,
Donde vi con propios ojos
Nuevo cielo y tierras varias,
Tales, que nunca los hombres
Pensaron imaginarlas,
Cuanto más que fueran vistas
Y de nuestros pies tocadas.
La misma tormenta fiera
Que allí me llevó sin alas,
Casi por el mismo curso
Dió conmigo vuelta á España.
No se vengó solamente
En los árboles y jarcias,
Sino en mi vida, de suerte
Que ya, como ves, se acaba.
Toma esas cartas y mira
Si á tales empresas bastas;
Que si Dios te da ventura,
Segura tienes la fama.—
Dijo, y apretando el cuello,
De donde entonces colgaba
El alma, que ya salía,
Cortó el hilo á las palabras.
Yo, que aunque pobre nací,
Tengo para cosas altas
Entendimiento y valor,
(Que aquí no es vil la alabanza),
Quiero, si me das favor,
Desta empresa temeraria,
Desta tierra nunca vista
Ser el primero argonauta.
Iré á darte un Nuevo Mundo
Que á Portugal rinda parias,
Para tu gloria y aumento:
Piedras, perlas, oro, plata.
Dame algunos portugueses,
Naves, carabelas, zabras;
Que yo romperé con ellos

Las nunca tocadas aguas.
Serás señor del camino
Que el sol más ardiente abrasa,
Y la gente que le habita
Haré que bese tus plantas.

REY.

No sé cómo te he escuchado,
Colón, sin haber reído,
Hasta el fin lo que has hablado;
El hombre más loco has sido
Que el cielo ha visto y criado.
¡Un muerto con frenesí
Te pudo mover ansí
Con dos borrados papeles!
Si de engañar vivir sueles,
¿Cómo te atreves á mí?
Los cosmógrafos famosos
En tres partes dividieron
La tierra, siempre estudiosos:
Africa, Asia, Europa fueron
Sus nombres claros y hermosos.
Europa, la más pequeña,
De quien es cabeza Roma,
Francia, España, Italia enseña,
Á Noruega y Creta doma,
Y de Germania á Cerdeña.
Africa, de más decoro,
Digo en grandeza y distrito,
Dió á Cartago triunfo y lloro,
Tiene á Libia, Etiopia, Egito,
Y desde el Numidio al Moro.
Asia, que á Troya solía
Obedecer, á Albanía,
Persia y Media señorea,
Á Palestina y Judea,
Citia, Arabia y Gedrosía.
Pero que tras estas partes,
Halles más, yo no lo creo,
Si no es que sus partes partes,
Ó de aquel gran Tolomeo
Quieras exceder las artes.
Vete en buen hora; procura
Cura para tu locura;
No seas como alquimista;
Lo que está visto conquista;
Á lo que fué te aventura;
No busques en lo imposible,
(Que perderás el juicio),
Remedio cierto y posible,
Ni por un corto resquicio
Mires un mundo increíble.
Que con la luz de un farol
Mal hallarás señas de él
En mapa ni estanterol;
Que la raya de un papel
No es el camino del sol.
Ignorantes, de esa suerte
Van á procurar su muerte,
Y á los reyes inquietud.

DUQUE.

No carece de virtud
Ánimo tan alto y fuerte.

REY.

Calla, Duque, ni aun oilla
Es cosa á quien soy decente:
Vete, Colón, y en Castilla,
(Que se creen fácilmente),
Les cuenta esa maravilla.
Que en Portugal no has de hallar
Más crédito ni lugar.

El Rey y el Duque se vayan.

COLÓN.

Guarden los cielos tu vida.
Ya mi esperanza perdida,
Del mar sale y vuelve al mar.
¿Qué haremos, Bartolomé?

BARTOLOMÉ.

Luego al punto á Ingalaterra,
Si gustas, me partiré,

COLÓN.

Yo á Castilla, porque es tierra
Á quien más amor cobré.
En Sanlúcar ó en el Puerto
Me hallarás entretenido,
Si el Rey no acepta el concierto.

BARTOLOMÉ.

Enrico Séptimo ha sido
Siempre cosmógrafo experto,
Y creo que ha de acetar
Esta empresa en su provecho.

COLÓN.

Quisiera al de España hablar,
Mas tiene que hacer sospecho
Más en tierra que en la mar.
Que la guerra de Granada
Le trae bien ocupada
La persona, hacienda y gente,
Y á la propia es más decente
Que á la tierra imaginada.
Los dos Duques de Medina-
Sidonia y Celi he de hablar.

BARTOLOMÉ.

Á embarcar te determina.

COLÓN.

Ya, hermano, me tiembla el mar;
Alguna cosa adivina.

Vanse.

Salgan Mahomet, Rey Chico de Granada, y Dalifa, y dos músicos, y moros de acompañamiento.

MAHOMET.

Aquí gozarás mejor,
Dalifa, del fresco viento.

DALIFA.

No importa poco al tormento
De tanto fuego de amor.
Aunque el viento que aquí corre,
Como al alma ha de llegar,

Si no es para descansar
De suspirar se socorre.

MAHOMET.

Si aquí me tienes presente,
¿Qué importa suspiros y aire?
¿Ó díceslo por donaire
Del fuego que el alma siente?
Todo junto su elemento
No me puede refrescar;
Que hasta el mismo suspirar
Sale del fuego que siento.

DALIFA.

El cuidado de la guerra
Para amar te desocupa,
Si de cristianos te ocupa
El rey Fernando la tierra.

MAHOMET.

Bien dices, que para amarte,
Marte llaman su furor,
Y para amarte es mejor
Después que trato con Marte.
Cuanto más que bien sabrás
Que en Chipre ese dios tan fuerte
Le pudo rendir de suerte
Venus, que no lo fué más.
Confieso que el Rey cristiano
De mi Granada se antoja,
Mas no por eso me enoja
Su famosa espada y mano.
Y dame tú que mi tío
El Alhambra no tuviera,
Y que aquesta ciudad fuera
De un dueño y de un señorío,
Que yo la guardara de él;
Que si alguna mengua ha habido,
Por ser reino dividido
Ha llegado á verse en él.
Tengo sólo el Albaicín,
Y con tan pocos amigos,
Que ya sólo son testigos
De mi acelerado fin.
Bien que hasta ahora no llega
Ni á vencellos ni á cansallos,
Porque cinco mil caballos
Andan corriendo la vega,
De los cuales cada día
Recibe infinitos daños.

DALIFA.

Guarde Alá tus pocos años,
Y aumente tu monarquía.
Que él se cansará este invierno
Del cerco y de la esperanza,
Pues que la mayor que alcanza
Le ha dado el término eterno.
Aquí me quiero sentar,
Aunque perdonen las flores.

MAHOMET.

Mientras callan atambores,
Bien podréis los dos cantar.
Que Alejandro así lo hacía
Para entrar en la batalla.

DALIFA.

La guerra y el viento calla
Y suena esta fuente fría.

Canten, suene dentro un atambor, y salga Zelín, Alcaide.

ZELÍN.

¡Oh valeroso Rey Chico,
Para tus desdichas grande!
¿Ahora es tiempo de amiga,
Que el enemigo combate?
¿Ahora en su vil regazo,
Como el griego Alcides, yaces,
Cuando con la lanza mide
Torres, murallas y adarves?
¿Ahora estos instrumentos
Tus locos privados tañen,
Cuando las cristianas cajas
Están rompiendo los parches?
¿Ahora suenan sus voces
Tiernas, lascivas y amantes,
Cuando ellos sobre tus muros
Apellidan fuego y sangre?
Baudeles, tu viejo tío,
Entre palabras notables,
Con maldiciones te afrenta,
De que Alá tu vida guarde.
Murió Muza sobre Loja,
Que aquel cristiano arrogante
De la cruz de Calatrava,
Le pasó de parte á parte.
El Conde de Palma ha muerto
En la campaña á Albenzayde;
Don García de Toledo
Mató á Celindo y Azarque.
Á manos del capitán
Cordobés Gonzalo Hernández
Murieron Alí y Zulema;
Mató Garcilaso á Tarfe;
Á Reduán valeroso
Ha muerto el Marqués de Cádiz;
Por el Conde de Tendilla
Yacen muertos cuatro alcaides.
Velascos y Pimenteles
No dejan vivo linaje
De Gomeles y Zegríes,
Vanegas, Zaros y Zaydes.
Santa Fe crece y se aumenta,
Hecha por nueve ciudades:
Sevilla, Córdoba, Andújar,
Jerez, frontera de Alarbes,
Jaén, Úbeda, Baeza,
Carmona, Écija y partes,
Labrando los nuevos muros,
A los de Granada iguales.
Ó te rinde ó te defiende,
Porque aguardar que te maten
No es hazaña de rey noble,
Sino de esclavo cobarde.
Deja el Albaicín, que riges,

Y tus jardines infames;
Deja el ámbar y las flores,
Juega el freno, embraza el ante.
Mira que ya tu Granada
Abre las puertas y calles,
Y es señal que están maduras
Cuando las granadas se abren.
Jurado Fernando tiene
Que no ha de llegar el martes
Sin ponerla por principio
En sus manteles reales.

MAHOMED.

¡Que á tanta desdicha llego!
Zelín, ¿podré defendella?

ZELÍN.

Tarde y mal, que entrar por ella
Ha jurado á sangre y fuego.

MAHOMED.

¿Rendiréme?

ZELÍN.

¿Qué partido
Te podrá el cristiano hacer?

MAHOMED.

Tu consejo es menester.
¡Oh Zelín, estoy perdido!
Dalifa, consultar quiero
Tu remedio con el mío.

DALIFA.

En Alá, señor, confío
Que has de hallarle.

MAHOMED.

En él espero.
Hoy á ese Gran Capitán
Me ha de ir á llamar Zelín.

ZELÍN.

¿Ríndeste ya?

MAHOMED.

¿Qué otro fin
Mis esperanzas tendrán?

Vanse.

Entren Colón, los Duques de Medinaceli y Sidonia y pajes.

CELI.

No he visto tan gracioso hombre en mi vida.
¿De dónde, hermano, sois?

COLÓN.

Duques famosos
De dos Medinas, sangre esclarecida
De Guzmanes y Cerdas generosos:
Así la sucesión vuestra, extendida
Por los límites claros y dichosos
De vuestra España, eternamente viva;
Que oirme sólo en galardón reciba.
Ya os dije que Colón es mi apellido,
Y que es mi patria Génova la bella,
Aunque en la isla que os conté resido.

SIDONIA.

¿Y mejor no estuviérades en ella?
Por cierto, hermano, vos habéis venido
Á cosa que es locura tratar de ella.
¿Vos Nuevo Mundo? ¿Vos la gente opuesta?

COLÓN.

Mirad esta derrota.

CELI.

¿Cuál?

COLÓN.

Aquesta.

CELI.

¡Qué gracioso papel de disparates!
¡Parece que aquí habéis cifrado el seso!

SIDONIA.

¡Oh ambición! ¿Qué no habrá que no retrates?
Ved lo que tiene aqueste loco impreso:
El Indo, el Nilo, el Ganges y el Eufrates
Medirá con un átomo.

COLÓN.

Y en eso,
¿Qué duda pones? Mira aquí el viaje.

CELI.

¡Bien lo acredita el hombre!

SIDONIA.

Y bien el traje.

CELI.

¿No sabéis vos, buen hombre, cuánto ha sido
Ventilado de antiguos y modernos
Si la tórrida zona ha producido
Hombres que sufran fuegos tan eternos?

COLÓN.

Citia, señor, también los ha tenido
Que sufrieron sus ásperos inviernos;
Y así el ardiente clima tener debe
Quien sufra el sol, como la Citia nieve.

SIDONIA.

¿Luego antípodas hay y hombres opuestos
Á nuestros pies, como yo estoy ahora?

COLÓN.

Esos voy á buscar.

SIDONIA.

Cuentos son éstos
Que Esopo entre sus fábulas ignora.
¿Hombres á nuestras plantas contrapuestos?

COLÓN.

¿Por qué no? Como viven á la aurora.
Quien sufre noche la mitad del año,
¿Por qué no sufrirá del sol el daño?
Considerad los fríos de Noruega.

CELI.

Ahora bien, hombre, vos habéis sabido
Lo que la antigüedad tan sabia niega,
Que la tierra á segundos ha medido.
Id norabuena donde el sol despliega
El manto de sus rayos atrevido;
Que vos seréis allí como Faetonte.

SIDONIA.

¡Que éste emprenda buscar otro horizonte!
¿Adonde abrasa el sol haber podía
Hombres adustos que vivir pudiesen?

COLÓN.

¿No es ejemplo, señor, la tierra fría?

SIDONIA.

Eso sábese ya.

COLÓN.

Y esto, si fuesen.
Esta proposición tan falsa mía,
Cuando tus matemáticos la viesen,
Yo aseguro.....

CELI.

No habléis, Duque, dejalde.
¿Nuevo Mundo decís? Si le hay, tomalde.

COLÓN.

Para eso pido vuestra ayuda.

CELI.

Bueno.
Celi es mi mundo sólo.

SIDONIA.

El mío Sidonia.
¡Ah palacio de error é injuria lleno,
Nuevo caos, confusa Babilonia!

Vanse.

PAJE 1.°

Señor Colón, aquí que estoy ajeno
De dar con éstos en tan loca erronia,
¿No me daréis de aquese mundo un poco?

COLÓN.

No están dos dedos de llamarme loco.

PAJE 2.°

Señor, yo tengo tanto frío en invierno
Que iré de buena gana á esotro mundo,
Pues hace el sol allí su curso eterno,
Más ardiente, más claro y rubicundo.

COLÓN.

Salir quiero de aquí.

Vase.

PAJE 1.°

¡Con qué gobierno
Su tema disimula!

PAJE 2.°

Yo me fundo
En que si hubiera el mundo que éste indicia,
Ó le hallara Alejandro ó la codicia.

Entren los Reyes Católicos, el Gran Capitán y Zelín.

CAPITÁN.

Esta licencia, señor,
Os suplico que me déis.

DON FERNANDO.

Es la empresa que emprendéis
Digna de vuestro valor.
Mas la Reina me aconseja,
Gran Capitán, lo contrario.

CAPITÁN.

Pues seráme necesario
Formar de ella y de vos queja.
No os agravio á los dos,
Pues que presentes estáis;
Pero no me detengáis,
Señora, así os guarde Dios;
Que debe de convenir
Al fin de vuestro deseo.

DOÑA ISABEL.

Este peligro en que os veo
Quiero ahora resistir.
Di, moro: el Rey, tu señor,
¿No puede venir acá?

ZELÍN.

Eso desconforma ya,
Reina, á su real valor.
Fuera de eso, si lo sabe
Granada, daránle muerte,
Pues la entrega desa suerte
Siendo una ciudad tan grave.

DOÑA ISABEL.

Pues ¿por dónde irá seguro
Gonzalo á tratar las paces?

ZELÍN.

Si de ellas te satisfaces,
Por un portillo del muro;
Que la noche y el secreto
Le meterán en Granada,
Donde á la paz deseada
Se dará dichoso efeto.
Que lo que el Gran Capitán
Tratare con Mahomed,
Por inviolable tened,
Como es el mismo Alcorán.

DON FERNANDO.

Matarme un tan gran soldado
Estando casi rendido,
Era cerrar el partido
Las puertas desesperado.
Era no esperar piedad,
Y hacerme con esta injuria
Doblar la gente y la furia
Para ganar la ciudad.
No es posible que el Rey moro,
Señora, intente traición.

ZELÍN.

Seguros conciertos son,
Por Mahoma, en quien adoro;
Que pues juro por Mahoma,
Bien se me puede creer.

DOÑA ISABEL.

Sí, porque te has de absolver
Dese juramento en Roma.
Ahora bien, Gran Capitán,
¿Como queréis que esto sea?.....

CAPITÁN.

Que es lo que el alma desea,
Mil pensamientos me dan,
Y que se rinde Granada.
Dadme, señora, licencia.

DOÑA ISABEL.

Tened con mucha advertencia
La persona recatada,
Y en nombre de Dios partid.

CAPITÁN.

En tal nombre y vuestro amparo

Mi buen suceso está claro.

DON FERNANDO.

Al moro, Gonzalo, oid,
Que de oir al enemigo
Siempre resulta provecho.

ZELÍN.

Al rey de Granada has hecho
Tu feudatario y amigo.
Granada es tuya, no dudes.

DON FERNANDO.

Quiéralo Dios.

CAPITÁN.

Ven, alcaide;
¿Es tu nombre.....?

ZELÍN.

Zelín Zayde
Bien es que el hábito mudes,
Porque vayas encubierto
Y puedas entrar seguro
Por el portillo del muro,
Á tratar este concierto.

CAPITÁN.

Pues entremos en mi tienda
Hasta que la noche obscura
Me dé lugar y ventura
Para que nadie me ofenda.
Que yo fío de tu Rey.

ZELÍN.

Puedes con mucha razón,
Porque el matar á traición
Es gran pecado en su ley.
Y más á ti, que no hay moro
Que no te adore y alabe
Por tu fama heroica y grave,
Digna de laurel y oro.
Nuevo Cid, gran cordobés,
Hasta en África te llaman
Y de manera te aman,
Que se humillan á tus pies.
Cree, famoso Gonzalo,
Que Mahomet está rendido
Y quiere darse á partido,
No siendo el partido malo.
Que él y su tío se llevan
Tan mal, que ha sido ocasión
De la triste sujeción
Que de los cristianos prueban.
El viejo está ya cansado,
El mozo de amores ciego
De una mora, rayo y fuego,
Que á Granada el cielo ha dado.
Ya la resistencia es poca;
Fernando acaba su empresa,
Con que de los moros cesa
La arrogancia injusta y loca.
Hoy se libra vuestra España
De su antigua sujeción.

CAPITÁN.

Glorias de Fernando son
Y ésta la mayor hazaña.
Su felicísima vida
No habrá tenido igual gloria.

ZELÍN.

No le niega Alá victoria,
Como Fernando la pida.

Vanse.

Entren Colón, Bartolomé, su hermano, y un piloto llamado Pinzón.

COLÓN.

¿Eso responde el inglés?

BARTOLOMÉ.

Esto dijo el rey Enrico,
Más feroz que el portugués.

COLÓN.

Que no hay quien quiera ser rico,
Extraña novedad es.

BARTOLOMÉ.

Aun no quiso consultar
Matemáticos, ni dar
A mi pretensión oídos.

COLÓN.

¿Quién vió en la tierra perdidos
Andar los hombres del mar?

BARTOLOMÉ.

Tan imposible, decía,
Que era haber más mundo y gente
De la que se conocía,
Ni habitar la zona ardiente,
Como calentar la fría.
Dice que si algún derecho
Al mundo que has dicho ó hecho
Por Rey le ha tocado allí,
Todo lo renuncia en ti
Para tu bien y provecho.

COLÓN.

¡Cosa extraña, que en mil gentes
Que he dicho este mundo ignoto
Sólo tú, amigo piloto,
Le conoces y consientes.
¡Que conquiste el rey don Juan
La India, que es tan dudosa,
Y á que tantos hombres van,
Y juzgue dificultosa
La que mis manos le dan!
¡Y que el Rey de Ingalaterra
No ocupe en tan fácil guerra
Dos naves y cien soldados,
De curiosidad forzados
De ver una nueva tierra!
Pues ¡vive Dios! que lo creo
Que la hay, y que es sin duda.

PINZÓN.

Confuso, Colón, te veo.

COLÓN.

Alas de favor y ayuda
Faltaron á mi deseo.

PINZÓN.

Aconsejéte que fueses
Al rey Fernando, y que dieses

Esta ventura á Castilla,
Porque á su corona y silla
Tan heroico aumento hicieses.
Y andas tibio en negociar.

COLÓN.

Ya lo intenté, pero á todos
Doy ocasión de burlar,
Arguyendo de mil modos
Que no se puede habitar.
Porque dicen que á Etiopia,
Con no ser gente tan propia,
Abrasa el sol, como vemos.

BARTOLOMÉ.

¿Á quién la empresa daremos
Que á todos parece impropia?

COLÓN.

Sólo el contador mayor
Alonso de Quintanilla
Ha tomado esto mejor;
Que es hombre en toda Castilla
De grande ingenio y valor.
Éste es aquel que compuso
Las leyes de la hermandad,
Y el que á escucharme se puso
Con menos riguridad,
Y á creerme se dispuso.
Un ingenio singular
De ver grandezas tratar
No se espanta, antes se goza:
Al cardenal de Mendoza
Me mandó comunicar.
Habléle, y estuvo bien
En mis negocios, gustando
De que crédito me den;
Habló luego al rey Fernando,
A quien he hablado también.
Pero, en fin, ha respondido
Que anda en la guerra ocupado
Que con Granada ha tenido,
Y que, cual veis, me ha dejado
Más pobre que entretenido.
Porque hasta acabar la guerra
Que dentro en su tierra encierra,
Y que á Granada le den,
Dice que buscar no es bien
Esta imaginada tierra.
¡Ah, Dios, que no hay rey que quiera
Un Mundo Nuevo, un tesoro
Que aquesta mano le diera!

PINZÓN.

Deja que se rinda el moro,
Y al Rey Católico espera.
Haz á España aqueste bien.

COLÓN.

Antes me quiero partir,
Y buscar mi paz también;
Luego los dos podéis ir
Á que esa ropa nos den.
Que yo os quedo aquí esperando,
Mirando aquesos papeles
Y con mi compás trazando.

BARTOLOMÉ.

No te alejes, como sueles,
Dos leguas imaginando.
Y, pues, partir determinas
A tu casa ya cansado,
¿Qué trazas ó qué imaginas?

Váyanse el piloto y Bartolomé Colón: quédase Colón sentado; mira el papel con el compás en la mano.

COLÓN.

Quiero aquí esperar sentado
Al pie de aquestas encinas.
La superficie es una
Del agua y de la tierra;
Ser esférica muéstralo la sombra
De la eclipsada luna,
Y que en medio del mundo
Está constituída inmoble y firme.
Cinco zonas la parten,
Como á la esfera círculos:
La equinoccial, los polos y los trópicos.
Habítanse las frías,
Aunque apenas se habitan;
Las templadas son fáciles y alegres.
Ésta que en medio yace
En los trópicos puesta,
Por el discurso ardiente del sol claro
Perpendicular siempre,
Inhabitable (1), adusta
Se muestra á nuestros ojos; pero el cielo
Me inspira lo contrario,
Y me muestra que hay gente,
Y que este nuestro polo tiene antípodas.
Mas, ¿qué me canso en vano?
El que es pobre, ¿en qué estriba,
Pues alas tiene en la derecha mano
Y una piedra en los pies que le derriba?

Baje de lo alto una figura vestida de muchos colores, y diga:

IMAGINACIÓN.

¿Qué es lo que piensas, Colón,
Que el compás doblas y juntas?

COLÓN.

¿Quién eres que lo preguntas?

IMAGINACIÓN.

Tu propia imaginación.

COLÓN.

Pienso que el que es pobre y sabio
Muere en el mundo sin fama.

IMAGINACIÓN.

Ya de la que á ti te llama
Rompe la trompeta el labio.

COLÓN.

Quiero volverme á mi tierra;
Que no hallo en nadie favor.

(1) En la edición príncipe dice por errata:
Y una habitable.

IMAGINACIÓN.
España te ofrece honor
En acabando la guerra.
COLÓN.
La de mis desdichas sigo.
Déjame ir á descansar.
IMAGINACIÓN.
Ya no te puedo dejar;
Que te he de llevar conmigo.
COLÓN.
¿Adónde quieres llevarme?
IMAGINACIÓN.
Ásete á mí fuertemente.
COLÓN.
Imaginación, detente,
Que quieres desesperarme.
IMAGINACIÓN.
Conmigo has de ir, ven tras mí.
COLÓN.
¿Adónde me precipitas?
IMAGINACIÓN.
Donde lo que solicitas
Veas si ha de ser ansí.

Levántele en el aire y llévele al otro lado del teatro, donde se descubra un trono en que esté sentada la Providencia, y á los lados la Religión cristiana y la Idolatría.

Atiende en aquesta audiencia
De tu negocio el cuidado.
COLÓN.
¿Quién juzga en aqueste estrado?
IMAGINACIÓN.
La divina Providencia.
Con su retórica vana
La Idolatría te ofende.
COLÓN.
¿Quién es la que me defiende?
IMAGINACIÓN.
Es la Religión cristiana.
Ya, divina Providencia,
La cristiana Religión
Al gran Cristóbal Colón
Ha traído á tu presencia.
PROVIDENCIA.
¿Qué dices, Idolatría?
IDOLATRÍA.
Que á mi posesión me atengo.
RELIGIÓN.
Yo, que á pretenderla vengo,
Porque de derecho es mía.
IDOLATRÍA.
Tras años innumerables
Que en las Indias de Occidente
Vivo engañando la gente
Con mis errores notables,
Tú, cristiana Religión,
Por medio de un hombre pobre,
¿Quieres que tu fe la cobre
Estando en la posesión?
El demonio en ellas vive;
La posesión le entregué.
RELIGIÓN.
Quien posee con mala fe,
En ningún tiempo prescribe.
Ya está muy averiguado
Que desde su redención
Me usurpas la profesión;
Todo lo tengo probado.
El testamento de Cristo
Á la Iglesia presenté,
Ella la heredera fué,
Como en el traslado has visto.
IDOLATRÍA.
¿Qué? no entiendo testamentos.
RELIGIÓN.
Está con sangre firmado,
Con siete sellos sellado
De los siete Sacramentos.
De la Fe las Indias son;
Dios quiere gozar su fruto:
Vuélvele ¡infame! el tributo.
IDOLATRÍA.
Ya no tiene redención.
PROVIDENCIA.
Pues de lo que está cobrado
Por la falsa idolatría
No hay hablar, Religión mía;
Vaya á mal lo mal ganado.
Esta conquista se intente,
Que para Cristo ha de ser.
IDOLATRÍA.
Yo la pienso defender
Con armas, industria y gente.
Unos indios ignorantes
Que adoran sólo la luz,
¿Adorarán vuestra cruz?
RELIGIÓN.
Y tan presto, que te espantes.
IDOLATRÍA.
No permitas, Providencia,
Hacerme esta sin justicia,
Pues los lleva la codicia
Á hacer esta diligencia.
So color de religión,
Van á buscar plata y oro
Del encubierto tesoro.
PROVIDENCIA.
Dios juzga de la intención:
Si Él, por el oro que encierra,
Gana las almas que ves,
En el cielo hay interés,
No es mucho le haya en la tierra.
Y del cristiano Fernando,
Que da principio á esta empresa,
Toda la sospecha cesa.

Dentro un Demonio.

DEMONIO.
Licencia de entrar demando.
PROVIDENCIA.
¿Quién es?

DEMONIO.
El rey de Occidente.
PROVIDENCIA.
Ya sé quién eres, maldito;
Entra.

Entra ahora.

DEMONIO.
¡Oh! tribunal bendito,
Providencia eternamente,
¿Dónde envías á Colón
Para renovar mis daños?
¿No sabes que há muchos años
Que tengo allí posesión?
No despiertes á Fernando,
Déjale andar en sus guerras;
¿Las no conocidas tierras
Andas ahora enseñando?
¿En ti cabe sin justicia?
PROVIDENCIA.
Calla, boca de maldad.
DEMONIO.
No los lleva cristiandad,
Sino el oro y la codicia.
España no há menester
Oro, que oro tiene en sí;
Sépanlo buscar allí,
Que aún yo lo haré parecer.
Mis subterráneos ministros
Lo mostrarán; deja estar
La no vista tierra y mar
Sino en sólo mis registros.
No me hagas este agravio.
PROVIDENCIA.
La conquista se ha de hacer.
DEMONIO.
¡Y yo no tengo poder!
¿No soy fuerte, no soy sabio?

Váyase el Demonio.

IDOLATRÍA.
Vaya en buen hora, que allá
Nos avendremos yo y él.
PROVIDENCIA.
Ve, Imaginación, con él
Donde el rey Fernando está.
IDOLATRÍA.
¡Bien tratas la Idolatría!
IMAGINACIÓN.
Vamos, amigo Colón.
COLÓN.
¿Qué es esto, Imaginación?
¿Es posible que eres mía?

Vanse y ciérrase el trono.

Cajas y música, y voces: «¡Granada por el rey Fernando!», y salgan la Reina, el Rey y el Rey Chico, y acompañamiento.

DON FERNANDO.
Agradables voces son
Las que en ti, Granada, escucho.
DOÑA ISABEL.
¡Bien parece aquel pendón!
DON FERNANDO.
¡Si ha sido el trabajo mucho,
Mucho ha sido el galardón!
MAHOMED.
Todo invencible cristiano
Ese valor soberano
Lo ha merecido del cielo.
DON FERNANDO.
Mirando al cielo, mi celo
Puso tu imperio en mi mano.
No te aflijas, muestra aquí
La sangre y valor real.
MAHOMED.
La gran ciudad que perdí
Tiene recompensa igual
Sólo en que te sirve á ti.
En ti está bien empleada
Mi defendida Granada
De tantas bocas y manos,
De tantos reyes cristianos
De quien embotó la espada.
Irme pretendo á Almería,
Pues que me la das por mía,
Donde llore que tu hazaña
Hoy ha quitado de España
La africana monarquía.
DON FERNANDO.
¿Dónde va tu viejo tío?
MAHOMED.
Pienso que se parte á Fez.
Tú, generoso Rey mío,
Como piadoso juez
Perdona mi desvarío.
¡Oh, cuánto te quiere Alá!
¡Cuánto de tu parte está!
Pues el trágico castigo
De España por don Rodrigo
En ti se restaura ya.
Dadme esos pies, y licencia.
Entrad en vuestra ciudad,
Pues hace su Rey ausencia
A la mayor soledad
Que ha visto humana paciencia.
Y vos, heroica señora,
Gozad del mejor marido
Que hay del ocaso al aurora.
DOÑA ISABEL.
Basta, que me ha enternecido.
DON FERNANDO.
Es Rey al fin.
DOÑA ISABEL.
Y al fin llora.
DON FERNANDO.
Vamos, porque la mezquita
Se consagre á quien nos da
La ciudad que al moro quita.
DOÑA ISABEL.
Ya el Conde en lo alto está,

Ya suena el aplauso y grita.

Váyanse, y quedan los moros.

Dentro.

¡Granada por don Fernando!

ZELÍN.

¿Qué estás, Rey Chico, escuchando
En tiempo que eres tan chico?

MAHOMED.

Mis desdichas multiplico,
Que voy la vida acabando.
Adiós, famosa é ínclita Granada,
Laurel de España, que su frente cierra;
Blanca y hermosa en la Nevada Sierra,
Bermeja ya de sangre derramada.
Adiós el mi Albaicín y Alhambra amada,
Adiós Generalife, adiós mi tierra,
Que ya de vos la envidia me destierra,
Que se ha juntado á la cristiana espada.
De la torre más alta á lo profundo
Gima tu pesadumbre, á quien suplico
Llore mi mal, si le alegró mi dicha.
Si el Rey Chico hasta aquí me llamó el mundo,
No me llame de hoy más el mundo chico,
Pues ha cabido en mí tan gran desdicha.

Váyanse.

Colón y el Contador mayor.

CONTADOR.

No te espante que cause maravilla,
Colón amigo, la que á España has dado
Con prometer al suyo un mundo nuevo,
Siendo tú el inventor de aquestas Indias,
Que aquí no le sabemos otro nombre.

COLÓN.

Ya, señor Contador, tengo otras veces
Al cardenal don Pedro de Mendoza
Y á vos mis intenciones referidas;
Los hombres han de hallar estos secretos,
Que no las rudas aves y animales.
Y si á ellos que les dió naturaleza
Ciencia á las veces de inventar las ciencias,
De hallar las hierbas y saber virtudes,
De conocer las piedras y las causas
De la serenidad y tiempo adverso,
¿Qué mucho que los hombres, y hombres sabios,
Conozcan estas cosas inauditas?

CONTADOR.

El serlo tanto admira, que hasta ahora
Ninguna ha sido á nuestro ingenio y ojos
Tan imposible. Á los antiguos mira.

COLÓN.

¿Cómo imposible, si te muestro autores
Que digan esta tierra ha sido hallada
En los tiempos del grande Augusto César,
Como se ve en los versos de Virgilio
Cuando dijo en el sexto de su Eneida
Que había una tierra fuera del camino
Del sol y las estrellas, donde Atlante
Arrimaba sus hombros á su fuego?

CONTADOR.

Eso Servio lo entiende de Etiopía.

COLÓN.

Creed que son las Indias que yo busco;
Creed que hay gentes, plata, perlas y oro,
Animales diversos, varias aves,
Árboles nunca vistos y otras cosas;
Yo sé que el cielo anima mi propósito,
Y mi imaginación levanta al cielo.

CONTADOR.

Los Reyes salen ya, que hablarte quieren.

El rey Fernando, la reina Isabel y gente.

COLÓN.

Deme vuestra Alteza sus pies.

DON FERNANDO.

Álzate,
Colón amigo, y dime de qué suerte
Hemos de dar principio á tu viaje.

COLÓN.

Señor, pues acabastes la conquista
Felicísimamente de Granada,
Ahora es tiempo de ganar un mundo,
Que no penséis que es menos lo que ofrezco.
Grande es España, pero sois tan grandes,
Que si no le añadís un mundo nuevo,
Es imposible que quepáis entrambos.
El que os ofrece aquí Colón ahora
Á los antiguos se perdió de vista;
En sus tablas le ignora Tolomeo,
Que si no vió las Fortunadas islas,
Ni á Tule (1) conoció, ¿qué os maravilla
Que niegue de horizonte los antípodas,
Tierra en su longitud de ochenta grados?
Yo iré si tú, señor, me das ayuda
Á conquistar los indios, los idólatras;
Que es justo que á la fe cristiana nuestra
Reduzca un Rey que se llamó Católico,
Con la prudente y más dichosa Reina
Que han visto las edades de oro antiguas.

DOÑA ISABEL.

Tan justo celo y tal principio creo
Que del cielo será favorecido;
De mi consejo inténtese el viaje.

DON FERNANDO.

Colón, ¿qué has menester para esta empresa?

COLÓN.

Señor, dineros; que el dinero en todo
Es el maestro, el norte, la derrota,
El camino, el ingenio, industria y fuerza,
El fundamento y el mayor amigo.

DON FERNANDO.

La guerra de Granada me ha costado
Lo que ya por ventura habrás sabido.

COLÓN.

Señor, en Dios espero que muy presto

(1) La edición príncipe dice disparatadamente *ni Atila conocio*. La enmienda es de la edición de Baudry.

Saldrá España de pobre, y habrá tiempo
Que no se tenga en tanto el oro y plata,
Y que las piedras hasta aquí preciosas
Se vengan á vender á humilde precio.
Yo he menester armar tres carabelas
Con hasta ciento y veinte compañeros,
Que puedan pelear, si se ofreciere,
Ó quedar en la tierra que probare.
Deciseis mil ducados es lo menos
Que serán á mi intento necesarios.

DON FERNANDO.

¿Habrá decid, Alonso, quien nos preste
Este dinero á mí y á Colón?

CONTADOR.

Creo,
Señor, que lo dará Luis de Santángel,
Que fué nuestro escribano de raciones.

DON FERNANDO.

Pues dádselo á Colón, y el cielo guíe
Sus altos pensamientos y deseos,
Porque á la fe se vuelvan los idólatras
Y se ensanche de España el señorío.

COLÓN.

Dadme licencia, porque pienso luego
En Palos de Moguer hacer mi flota,
Y en nombre de Dios ir, y hallar la tierra
Que os ha de dar riqueza, y á mí fama.

DOÑA ISABEL.

Guíete el cielo.

COLÓN.

Yo os prometo y juro,
Generosa señora, de dar nombre
Á la tierra que hallare, conveniente
Del vuestro, y que llamándola Isabela
Exceda á la de César y Alejandro.

DON FERNANDO.

Argos no fué tan largo marinero.

DOÑA ISABEL.

Extraño pensamiento.

DON FERNANDO.

El fin espero.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

Colón.	Arana.	
Bartolomé.	Pinzón.	
Terrazas.	Tacuana.	*Indios.*
Fray Buyl.	Auté.	

Dulcanquellín.	
Palca.	*Indios.*
Tapirazú.	
Mareama.—Tecué.	

Descúbrase una nao en el teatro, con la grita que suelen hacer una faena, y en ella Colón y Bartolomé, Pinzón, Arana, Terrazas y fray Buyl, monje.

ARANA.

Arrogante capitán
De aquesta engañada gente,
Que ya por tu causa están
De la muerte más enfrente
Que de la tierra á que van,
Adonde por mil millares
De leguas y de pesares
Los llevas muertos mil veces
Á dar sustento á los peces
De tan apartados mares.
¿Adónde está el Nuevo Mundo,
Fabricador de embelecos
Y Prometeo segundo?
¿Qué es de los celajes secos?
¿Todo esto no es mar profundo?
¿Qué es de la tierra no vista
De tu engañosa conquista?
Ya no te pido tesoro.
Deja los ramos de oro;
Danos una seca arista.

TERRAZAS.

Fingirse dioses quisieron
Muchos en la antigüedad:
Unos la muerte se dieron,
Otros por mostrar deidad
En humo se convirtieron.
Tal hubo, que hizo tronar,
Y tal que pudo enseñar
Las aves de en dos en dos
Que dijesen: «Este es Dios,
Bien le podéis adorar.»
Este, pues, Luzbel segundo,
Como Dios se quiso hacer,
Y mirad en qué me fundo:
Que por mostrar su poder
Quiso formar otro mundo.
Pues quien le quiso igualar,
Y su poder y gobierno
Como aquel ángel tomar,
Ya que no cae al infierno,
Justo es que caiga en la mar.

PINZÓN.

¡Malditos sean tus mapas,
Matemático imposible,
Con que tus maldades tapas,
Y de este furor terrible
Como con bulas te escapas!
Hoy serás como Jonás,
Y de esta suerte verás
Como el que el toro inventó
Que el primero en él murió.
Hoy tu invención probarás.
Asilde, vaya.

COLÓN.

¡Ay de mí!

FRAY BUYL.

¡Tened, por Dios!

ARANA.

Vaya al mar,
Y vuélvase pez allí,
Como aquel que de nadar
Dicen que se quedó así.

FRAY BUYL.

Si á Jonás Dios permitió
Fuese en el mar arrojado,
Fué porque no le cumplió
Lo que del le fué mandado;
Mas Colón, no.

TERRAZAS.

¿Cómo no?

FRAY BUYL.

Como antes le ha obedecido,
Si esta inspiración ha sido,
Y á Nínive quiere ir.

PINZÓN.

Andad, padre, que á morir
Nos ha el villano traído.
Si esto fuera inspiración,
Dios le enseñara la tierra,
Cual hizo á Moisés y á Aarón
Después de tan larga guerra,
Pues fué de Dios permisión.

FRAY BUYL.

Antes los que la dudaron,
De ella después no gozaron.

ARANA.

Pues luego, ¿habemos de andar
Cuarenta años por el mar?

FRAY BUYL.

Los que sufrieron llegaron.

TERRAZAS.

¡Deogracias, qué bueno está,
Que si sufrieron, comieron
Hasta no más del maná!
Mas aquí, ¿qué bien nos dieron,
Si comemos tablas ya?
Si esto Dios nos prometiera,
La hambre y sed se sufriera;
Pero un hombre fabuloso.....

COLÓN.

El fin más dificultoso
Ve fácil quien cuerdo espera.

PINZÓN.

Pues si habemos de esperar,
Colón, ó nuevo Moisén,
Seca con tu vara el mar;
Haz una fuente también
Que el Oreb pueda regar,
Y pasaremos, en fin,
El desierto Rafidín.
Mas sin sustento, agua ó tierra,
Todo el camino se cierra.

COLÓN.

Cese el injusto motín,
Y mirad ejemplos varios
De muchos que el sufrimiento
Por trabajos voluntarios
Trajo á tan próspero aumento,
A pesar de sus contrarios.
Mirad solos estos dos:
Argos y Ulises.

PINZÓN.

¡Por Dios,
Que quiere volvernos bestias!

COLÓN.

Dejad, Pinzón, las molestias,
Que más me espanto de vos.
¿Vos no sabéis, como diestro,
Que no os engaño?

PINZÓN.

Sí engaña.
¡Alto, á España!

TERRAZAS.

¡Alto, maestro!

COLÓN.

¿Qué suspiráis por España?

ARANA.

Sí, que es el Egipto nuestro.
Daca sustento, ó siquiera
Una sombra de ribera,
Un celaje, nube ó ave.

TERRAZAS.

¡Echémosle de la nave!

ARANA.

¡Vaya al mar!

BARTOLOMÉ.

Detente, espera.

ARANA.

Déjanos, Bartolomé.

BARTOLOMÉ.

¡Qué! ¿Así matáis á mi hermano?

ARANA.

Sólo este remedio sé:
Ó poner en él la mano,
Ó poner en tierra el pie.

PINZÓN.

¿Tierra? ¿Adónde la ha de dar?
Hizo un mundo sin cimiento
En su ingenio singular,
Como molino de viento,
Y este mundo va á buscar.
¿Qué aguardamos? ¡Caiga!

COLÓN.

¡Tente!
Y una palabra no más
Me escucha.

ARANA.

Di diez, di veinte;
Pero con mil no podrás
De nuevo engañar la gente.

COLÓN.

Si dentro de unos tres días
No mostrare tierra nueva,
Que me matéis.

TERRAZAS.

¿Aun porfías?

BARTOLOMÉ.

No es el término ó la prueba
Tan larga; esperar podrías.

FRAY BUYL.

Por Dios os ruego, españoles,
Que tres días esperéis
Ver celajes y arreboles
De otro horizonte.

ARANA.

¿Y diréis
Que veremos nuevos soles?

FRAY BUYL.

Esto se ha de hacer por mí.

ARANA.

Ahora bien, pues quede así.

TERRAZAS.

¡Buen Levante!

COLÓN.

Iza esa entena.
Dad á la bomba carena.
¡Señor, acordaos de mí!

Con grita se cierre la nave.

Indios salgan con tamborcillos y panderos, dos indios y dos indias, y detrás otros dos como novios y los que pudieren acompañar, y siéntense. Sus nombres, Tecué, Auté, Palca, Mareama, Dulcanquellín, Tacuana.

Cante así una india y respondan otros:

Hoy que sale el sol divino,
Hoy que sale el sol,
Hoy que sale de mañana,
Hoy que sale el sol,
Se juntan de buena gana,
Hoy que sale el sol,
Dulcanquellín con Tacuana,
Hoy que sale el sol,
Él Febo y ella Diana,
Hoy que sale el sol.
A cacique tan hermoso,
Hoy que sale el sol,
Y á esposa de tal esposo,
Hoy que sale el sol,
Nuestro Areito glorioso,
Hoy que sale el sol,
Consagre el canto famoso
Hoy que sale el sol divino,
Hoy que sale el sol.

DULCANQUELLÍN.

¡Bien habéis todos cantado,
Bien bailado y bien tañido!
¡Bien mi desposorio ha sido
Recibido y celebrado!
Mas ¿qué menor alegría
Mereciera mi ventura,
Y tu divina hermosura,
Hermosa Tacuana mía?
Dichosa mi antigua pena
Y cuanto pasé por ti.
Esta es tu tierra, que aquí
No has de pisar cosa ajena.
El monte, la verde orilla
Del mar azul, esta playa
Y donde quiera que vaya
El sol, que á tus pies se humilla.
No te aflija el parecerte
Que te he robado á tu tierra,
Pues en esta justa guerra
Injusta sangre se vierte.
Que eras indigna del suelo
Que tan mal te conoció,
Pues que nunca te adoró
Como al mismo sol del cielo.
Ése me alumbra en tu cara;
El alma se mira en ti.
¿No respondes?

TACUANA.

¡Ay de mí,
Si como quisiera hablara!
Disimulad, corazón,
La fuerza de este tirano,
Mientras que tiene en la mano
Más ventura que razón.

DULCANQUELLÍN.

Háblame y no me desprecies,
Pues tienes en mí sujeto
Un hombre que te prometo
Que si me tratas me precies.
¿Hay cacique en esta tierra
Tan generoso y gallardo,
Desde el occidente pardo,
Donde nuestro dios se encierra,
Hasta la cuna en que nace?
¿Quien en tierra y mar pudiera,
Fuera del sol en su esfera
Que todo lo rige y hace,
Ser como yo poderoso?
¿Naturaleza y fortuna
No se juntaron á una
Para hacerme venturoso?
Dióme la naturaleza
Cuerpo, ingenio, brío, furor,
Sangre, arrogancia, valor,
Salud, fuerza y ligereza.
Dióme la fortuna hacienda,
Hízome rey, sujetó
A lo que ordenase yo
Cuanto voz humana entienda.
Dióme la paz y la guerra
A mi poner ó quitar;
Perla y coral en el mar,
El oro y plata en la tierra.
Sale el diamante en su escoria
De la mina, donde en vano
Resiste al trabajo humano,
De su dureza victoria.
Sale el topacio de gualda
Y la morada amatiste,
El jacinto que azul viste,
La continente esmeralda,
El colorado rubí,
Con el vario girasol
Y cuanto sustenta el sol
Desde Guayra á Potosí.
Y todo sirve á mis pies,
Y servirá á los de entrambos,
Sólo adornando los tambos
Adonde conmigo estés.

De la tierra tendrás luego
Bravos animales y aves,
En los aromas suaves,
Que son de la fénix fuego.
La perdiz, el papagayo
Con el avestruz plumoso,
La garza, el padrón hermoso
Y el vistoso guacamayo,
La oveja que sufre carga,
La vaca fértil, el gamo,
La liebre, al tronco del ramo
De tuna ó mezquique amarga.
Y en la mar el tiburón
Que el huevo saca á la arena,
El delfín que á la ballena
De quien estos arcos son.
Pues de frutas y mayquiz,
Cazabe, miel, cocos, chiles
Y otras, cuya agua destiles
De su sabrosa raíz,
Es tierra dichosa y bella,
Y mucho más mi afición,
Que no hay rica posesión
Que se compare con ella.

TACUANA.

Dulcán, yo tengo entendida
Tu tierra y tu voluntad;
Pero no es la libertad
Por ningún precio vendida.
No digo que te aborrezco;
Pero que, en fin, me has traído
De mi padre y mi marido
Donde tus brazos merezco.
Esta noche había de ser
Su esposa, si en esta tierra
No lo estorbara la guerra
Que en ella sueles hacer.
Es tu enemigo mi esposo,
Supiste aquí nuestro trato,
Dístenos arma y rebato
Y robásteme furioso.
Con esto no puede ser,
En tantas guerras y pleitos,
Que de tus bodas y areitos
Reciba el alma placer.
Y por el sol te suplico,
Dulcán, echada á tus pies,
Que algún término me des,
Ya que al tuyo no replico,
En que pueda amor cobrarte,
En que puedas con amor
Gozarme, y pueda mejor
Enamorada gozarte.
Que una mujer desabrida,
Supuesto que hermosa sea,
Ha de parecer muy fea
De ajenos brazos asida.
Quizá, si ahora te agradas,
Te enfadarás de mis cosas;
Que por eso son hermosas
Las feas enamoradas.
Sírveme, amigo galán,
Conquístame, gana el pecho
A aquellos regalos hecho
Que tanta pena me dan.
Enamórame, no quieras,
Por dar rienda al apetito,
Perder el bien infinito
Que de amar amando esperas.
¿Qué te diviertes, qué piensas?
¿Tan mal te aconsejo?

DULCANQUELLÍN.

Mal;
Siendo recompensa igual
Tu fuerza de mis ofensas.
Que es mi mortal enemigo
El que te dan por esposo,
Y he venido á ser dichoso
En darle el mayor castigo.
Que á un hombre es cosa insufrible
Quitar la propia mujer;
Que es del honor y el querer
El sufrimiento terrible.
Mas porque de mí no creas
Que todo bárbaro soy,
Mi fe, Tacuana, te doy
De cumplir lo que deseas.
Servirte quiero, pudiendo
Gozarte; mira qué amor,
Donde el mismo vencedor
Se está á sí mismo venciendo.
Esperaré un mes, un año,
Un siglo en esta conquista;
Que basta el bien de tu vista
Para no sentir mi daño.
Mas mira que no te huyas,
Que soy quien te ha de guardar,
É intención me puedes dar
Con que la tuya destruyas.
Viviré seguro así.

TACUANA.

Por nuestro divino Ongol,
Dios en que nos habla el sol,
De no apartarme de ti.

DULCANQUELLÍN.

Pues esa palabra aceto.

AUTÉ.

Dulcanquellín, ponte en pie.

DULCANQUELLÍN.

¿Qué ruido es ése, Auté?

AUTÉ.

Rompe el tálamo quieto.
Que de lo alto del monte
Un hombre fuerte desciende.

DULCANQUELLÍN.

¿Un hombre solo te ofende?

AUTÉ.

A punta ó á punto ponte,
Porque parece de guerra,
Y un hombre solo y armado
Suele ser como un nublado
Que la tempestad encierra.

DULCANQUELLÍN.

Dices, amigo, verdad:
Á verle en alto te sube;
Que el que no temió la nube
Padeció la tempestad.
Mas ya le tengo presente:
¿No es éste Tapirazú?

AUTÉ.

¿Quieres apuntarlo tú,
Ó que yo le tire?

DULCANQUELLÍN.

Tente.

Tapirazú, indio, con una maza, baje por un monte.

¿Hasta mi casa y buhío
Osaste, infame, llegar?

TAPIRAZÚ.

¿Dónde no hallará lugar
La fuerza de un desvarío?
Para morir no hay defensa:
La flecha, el hierro se aparta,
Y aunque tu defensa es harta,
Yo sé que es mayor mi ofensa.
. . . . . (1).
Mientras ocupado estaba,
Que á mi Ongol sacrificaba
Del monte una tigre hermosa,
Con ramas de liquidámbar,
Mirra, laurel y canela
La cubría, y perfumóla
Con gomas de almizcle y ámbar;
Cuando, sintiendo el ruido,
Vine donde sólo hallé
El sacrificio, en que fué
Mi honor al tuyo ofrecido.
Procuré juntar mi gente,
Acobardóse, temió;
Pero no he temido yo,
Que aquí me tienes presente,
Donde sólo á morir vengo
Á los ojos de mi esposa,
Para disculpa forzosa
De la obligación que tengo.
Que no digo del amor,
Pues ella le ha conocido;
Y ansí, cacique, te pido,
Por el sol, por tu valor,
Des el arco á aquella mano
Que el alma me traspasó,
Porque así quedaré yo
Muerto, vivo, herido y sano.
Y si esto mal te parece,
Pon en méritos la prenda,
Para que mejor se entienda
Quién de los dos la merece.
Toma un tronco, alguna peña
En esos hombros, veamos
Si los dos la sustentamos,
Cuál mayor aliento enseña.
Tira con el arco á un blanco,
Aunque sea del cielo estrella,
Que me obligo á dar en ella
Si de aquí una piedra arranco.
Juega conmigo esta maza,
Compite en ciencia del cielo,
Pinta un arco, un cuero, un velo,
Salta, corre, pesca, caza.
Haz otras finezas tales,
Que á todas te desafío
Dentro en tu tambo y buhío
Ó en desiertos arenales.

DULCANQUELLÍN.

Bien ha sido necesario
Hoy tu ejemplo y tu furor
Para creer que el amor
Es tan loco y temerario.
Fuera del sol, ¿hay alguno
Que me haya desafiado?
¿Hombre mortal ha llegado,
Y hombre que en efecto es uno,
Á competir con mis brazos?
Perdona, sol, á quien miro,
Que según alto le tiro,
En ti le he de hacer pedazos:
Ó si se escapa de ti,
Pasando del cielo el vuelo,
Cayendo en el mismo cielo
Verá más que desde aquí.
¿Sabes, por ventura, tú
Que soy yo Dulcanquellín?

TAPIRAZÚ.

¿Y tú no sabes, en fin,
Que soy yo Tapirazú?
¿Desa manera te atreves
Á un señor de siete ríos,
Que colman estos vacíos
De aquellas desiertas nieves?
¿Tú del brazo asirme á mí
Para levantarme al cielo,
Pudiendo yo abrir el cielo
Para sepultarte á ti?
Si te cojo, he de arrojarte
De suerte al centro profundo,
Que has de atravesar el mundo
Y pasar de la otra parte.

DULCANQUELLÍN.

Lejos estaré de ti
Si al otro horizonte voy:
Suelta la maza, aquí estoy.

TAPIRAZÚ.

Suelta el arco.

DULCANQUELLÍN.

Vesle aquí.
Pero guarda, que en mis brazos
Te he de consumir de modo
Que deshecho el cuerpo todo
Lleve el aire los pedazos.

TAPIRAZÚ.

Tu desvergüenza me agrada;

(1) Falta un verso.

Pero ten conocimiento,
Que basta sólo mi aliento
Para convertirte en nada.

Andando alrededor para asirse, disparen dentro dos ó tres arcabuzazos, y digan dentro:

¡Tierra, tierra, tierra, tierra!

DULCANQUELLÍN.

¡Válgame el poder del sol!
¿Truena el cielo ó brama Ongol?

TAPIRAZÚ.

Esto algún misterio encierra.

DULCANQUELLÍN.

Camina do suena, Auté.

AUTÉ.

Voy volando.

DULCANQUELLÍN.

Pára un poco.
Agradece, infame y loco,
Lo que se oye y no se ve;
Que esto te ha dado la vida.

TAPIRAZÚ.

Antes, villano, recelo
Que debe de abrirse el suelo
Ó brama con tu caída,
Que ya te querrá tragar,
Sabiendo que es gusto mío.

TACUANA.

Cese agora el desafío,
Pues tendréis tiempo y lugar
En que le podáis hacer:
Prevenid este alboroto,
Que el cielo, en sus ejes roto,
Hoy se debe de caer.

Dentro.

¡Tierra, tierra, tierra, tierra!
Te Deum laudamus, Señor.

DULCANQUELLÍN.

Otra vez vuelve el furor.

TAPIRAZÚ.

Oid, que en la mar se encierra.

Dentro.

¡En nombre de Dios!

TODOS.

¡Hao!

DULCANQUELLÍN.

¡Cielos!
¿Qué es esto?

Dentro.

¡Santa María!

TODOS.

¡Hao!

Dentro.

¡San Juan!

TODOS.

¡Hao!

DULCANQUELLÍN.

Este día
Es aquel que mis abuelos
Pronosticaban aquí.

Dentro.

¡San Pedro!

TODOS.

¡Hao!

COLÓN.

¡Tierra, tierra!

DULCANQUELLÍN.

¡Tantos truenos, tanta guerra!
Ongol, ¿en qué te ofendí?

Entre Auté.

AUTÉ.

¡Oh valeroso cacique,
De esta isla amparo y guarda!
Vuelve los ojos al mar
Y verás en él tres casas.
Casas en el parecer
Y personas en la traza,
Que, envueltas en unos lienzos,
Caminan sobre las aguas.
Dentro vienen unos hombres
Que traen sobre las caras,
Como en la misma cabeza,
Espeso cabello y barba.
Unos asiendo unas cuerdas,
Con que los lienzos se alzan,
Y otros dando muchos gritos
Porque los oigan las tablas.
Es gente alegre y discreta,
Que unos á otros se abrazan
Y quieren salir á tierra
Á hacer areitos y danzas.
Las carnes son de colores,
Á partes angostas y anchas,
Que solamente les vi
Blanco rostro y manos blancas.
De donde á veces salían
De unos palos unas llamas
Envueltas en trueno y humo
Que me dejaron sin habla.
No pude entender la suya,
Aunque en todas sus palabras
Dios, tierra y Virgen decían,
Que deben de ser sus casas,
Si no es que Dios y la Virgen
Su padre y madre se llaman,
Y la tierra algún amigo
Que anda ausente de su patria.
Mirad qué pensáis hacer,
Que según las casas andan
Presto estarán con vosotros
Más que en vuestros tambos altas;
Que más andará en la tierra
Quien corre bien por el agua.

DULCANQUELLÍN.

Ignorante, ¿qué me dices?
Peces son, peces que braman;
Que andando por esas islas
Á hartarse de carne humana,
Se han comido aquesos hombres
Que á voces sus dioses llaman,
Y con la gran pesadumbre
Los vomitan en la playa,
Dando un trueno cada uno
Que arrojan de las entrañas.

TAPIRAZÚ.

Yo sé mejor lo que ha sido,
Que éstas son reliquias claras
De los gigantes que un tiempo
Vinieron á estas montañas.
Eran hombres de la altura
De un pino, y que siempre andaban
Orilla del mar pescando
Sobre esas rotas pizarras.
Contaba destos mi abuelo
Que por allí se juntaban
Hombres con hombres: un día
Se abrió el cielo en partes varias
Y bajó del un mancebo
Con una camisa blanca,
Que hizo con ellos guerra
Tirándoles muchas llamas,
De las cuales hoy en día
Hay las señales y estampas
En estas peñas que están
Por varias partes quemadas.
Pero, ¿qué aguardáis aquí?
¡Á huir, que á tierra bajan!
¡Huye, Tacuana mía!

TACUANA.

¡Válgame el sol, yo soy muerta!

AUTÉ.

¡El ídolo Ongol me valga!

DULCANQUELLÍN.

Más que personas, parecen.....

Huyan todos los indios, y entren Colón y Bartolomé, Fray Buyl, Pinzón, Arana, Terrazas: traiga el fraile una cruz grande verde.

COLÓN.

¡Tierra, y tierra deseada!

BARTOLOMÉ.

¡Ya te beso, amada tierra!

COLÓN.

¡Mil besos la quiero dar!
Por el largo desear,
Después de tan larga guerra,
Se llame, la Deseada.

ARANA.

¡Buen nombre!

TERRAZAS.

Igual al deseo (1).

(1) La primera edición dice disparatadamente:
Igual al del feo.

COLÓN.

¿Es posible que te veo
Madre tierra, madre amada?
¡Hoy mi palabra cumplí!

PINZÓN.

Á tus pies nos arrojamos,
Y ¡perdona á los que erramos
En desconfiar de ti!

COLÓN.

Padre, dadme aquesa cruz,
Que aquí la quiero poner;
Que éste el farol ha de ser
Que dé al mundo nueva luz.

FRAY BUYL.

Aquí fijarla podréis.

COLÓN.

Hincaos todos de rodillas.

FRAY BUYL.

¡Dichosa arena y orillas
Que tal planta merecéis!
Cada cual hable con ella.

COLÓN.

Yo primero hablo con vos,
Cama ilustre, donde Dios-
Hombre murió echado en ella.
Vos sois la bandera bella
Que contra el pecado alzó
El que en vos muerto venció
La muerte dándonos vida,
De las armas guarnecida
Que con su sangre estampó.

FRAY BUYL.

Árbol de la nave hermosa
De la Iglesia, tú que igualas
Con jarcias y con escalas
La que Jacob vió gloriosa,
¿Qué vela más venturosa
Que una sábana, mortaja
Del cuerpo que de ti baja,
Que escota como un azote?
Y aquel tu gran sacerdote,
¿Qué piloto le aventaja?

BARTOLOMÉ.

Vara de Moisés divina
Que dividió el mar Bermejo;
Farol, norte, luz, espejo
Por donde el hombre camina,
En esta tierra, aunque indina,
Por no conocer al cielo,
Te planto, aunque con recelo
Por ser destierro de Egito;
Pero si en fe no le imito
Veré el prometido suelo.

ARANA.

Verde laurel de victoria
De la cabeza de Cristo,
Ya en el otro mundo visto
Para vuestro honor y gloria;
Oro en medio de la escoria
Desta falsa idolatría,
Pues la sangre que os tenía

Por todos se derramó,
Creced adonde os plantó
Nuestra cristiana osadía.

TERRAZAS.

Arpa de David, templada
Donde estuvo, en tres clavijas
Fijo, aquel que tuvo fijas
Las cosas que hizo de nada;
Donde aquella delicada
Música, que el santo Apolo
Cantó á siete voces solo,
Hizo entristecer el cielo,
Convertid á vuestro celo
Todo este bárbaro polo.
Barca en que pasó la vida
El mar mayor de la muerte,
No como Dios, que era fuerte,
Pero como hombre temida.
Camisa santa, teñida
De aquella sangre inocente
De Josef, que tiernamente
Lloró Jacob y María,
Sed nuestra bandera y guía
Entre esta bárbara gente.

COLÓN.

Bien está así; sólo resta
Saber si hay gente.

PINZÓN.

Sí habrá.

FRAY BUYL.

La isla señales da.

ARANA.

¿Quién viene?

TERRAZAS.

Mujer es ésta.

BARTOLOMÉ.

¿Mujer?

COLÓN.

Así lo parece.

Entra Palca huyendo.

PALCA.

Huyendo, en el fuego he dado.

COLÓN.

Tente, mujer.

PALCA.

Ya he llegado
Á quien la muerte me ofrece.
¡Mísera Palca de ti,
Un rayo te ha de matar!

COLÓN.

Dejádmela regalar:
Sosiega, escucha.

PALCA.

¡Ay de mí!

COLÓN.

Hombres somos, ¿no nos ves?
Toca, toca, atienta, habla.

PALCA.

Ya voy cobrando mi habla
Y deshelando mis pies.
Hombres son, y hombres hermosos;
Calor tienen y blandura.
¡Cuánto puede la hermosura!
¡Qué humanos y qué amorosos!
Señas hacen; si mi nombre
Preguntan, responder quiero:
¡Palca! ¡Palca!

COLÓN.

Lo primero
Dice Palca.

BARTOLOMÉ.

¿Es rey, es hombre?
¿Es la tierra? ¿Es guerra ó paz?

PALCA.

¿El señor pregunta, en fin,
Cacique Dulcanquellín?

COLÓN.

No es de entenderse capaz,
Que al fin es bárbara lengua.

BARTOLOMÉ.

Cacique debe de ser
Que habrá adentro que comer.
Y Dulcán, que no habrá mengua.
Y por ventura Quellín,
Será el pan ó será el vino.

COLÓN.

¿Vino aquí? ¡Qué desatino!
¡Ved qué gentil Candía ó Rín! (1).

PALCA.

Creo que me han preguntado
Si hay acaso otro señor
En esta isla mayor:
Las señas le han declarado;
Quiéroles decir que sí.
¡Tapirazú, Tapira.....!

ARANA.

Ea, pues adentro mira,
Que comer hay, ¿no es ansí?

PALCA.

Á la boca ha señalado.
¿Comer pide? Sí, mandioca,
Cazaví.

PINZÓN.

Mostró la boca.

BARTOLOMÉ.

Y aun el hígado ha mostrado.
Sin duda habrá que comer.

COLÓN.

Ésta llamará la gente.
Señalar quiero la frente,
El brazo, sitio y poder.
Ya entiende; un espejo muestra;
Dádsele, y un cascabel;
Toma, y miraraste en él.
No está en afeitarse diestra:
Mirádole há por detrás:
Vuelve y en la luz te mira.

Mírese.

(1) En la primera edición, *candiaorín*, todo junto.

PALCA.

¡Ay!

COLÓN.

De velle se retira;
Paso, que se espanta más.

Dale los cascabeles y tómalos.

¡Tenla, que huye!

PALCA.

¡Ay de mí!
¡Otra Palca como yo
Los cascabeles tomó!

COLÓN.

Dale una sarta.

PALCA.

Eso sí.

TERRAZAS.

¡Del cristal se maravilla!

FRAY BUYL.

¡Poco solimán vendieran
Si así del espejo huyeran
Las mujeres de Castilla!
Anda, ve y llama más gente.
Dalde más sartas que dar.

PALCA.

¿Que á otras vaya á llamar
Me dice? Voy prestamente.

Váyase.

COLÓN.

Mientras que la gente llama,
Saquemos las armas todas.

BARTOLOMÉ.

Lo que es más justo acomodas;
Temes su bárbara fama.
Lo que á Alejandro costaron
Otras bárbaras naciones,
Donde puso los pendones
Que todo el mundo ganaron,
Has de tener en los ojos,
Valeroso genovés.

COLÓN.

Diferente mundo es
Éste, que es ya mis despojos,
Ó por deciros mejor,
De aquel Fernando de España,
Á quien esta tierra extraña
Consagra vuestro valor.
Que Alejandro nunca vió
Este mundo en que ahora estáis,
Que ya vosotros pisáis
Y que Colón descubrió.

FRAY BUYL.

Pues ¿de cuál India escribía
Á Aristóteles su amigo
Y maestro, si es testigo
Della Quinto Curcio hoy día?

COLÓN.

Padre, de la descubierta;
Que ésta el mismo Tolomeo
La ignoró.

FRAY BUYL.

¡Á qué gran trofeo
Te da el cielo inmortal puerta!
Serás, Colón, sin segundo,
Y no has tenido primero.

COLÓN.

Que saquéis las armas quiero.
¡Nuevo Mundo!

BARTOLOMÉ.

¡Nuevo Mundo!

Entran los indios espantados y llegan á la cruz.

DULCANQUELLÍN.

Qué, ¿se volvieron al mar?

TAPIRAZÚ.

Ved lo que han dejado aquí.

TACUANA.

¿Qué es esto?

TAPIRAZÚ.

¿Es madera?

DULCANQUELLÍN.

Sí.

TAPIRAZÚ.

Luego ¿podréla tocar?

DULCANQUELLÍN.

Toca.

TAPIRAZÚ.

Ya la toco; llega;
Toca tú, todos tocad;
De madera es, en verdad.

TACUANA.

¡Qué lustre!

DULCANQUELLÍN.

El mirarla ciega.
¿Para qué la han puesto aquí?

TAPIRAZÚ.

Tres hierros tiene clavados
Hacia el pie y en los dos lados.

DULCANQUELLÍN.

Ya lo entiendo.

AUTÉ.

Veamos, di.

DULCANQUELLÍN.

Ésta, con aquestos hierros,
En esta arena fijaron
Éstos que el mar navegaron
Quizá por largos destierros,
Para meter á la tierra
Las casas desde la mar,
Y en estos hierros atar
Aquellas cuerdas.

AUTÉ.

No yerra.

DULCANQUELLÍN.

Y tirando desde aquí,
Irlas trayendo hacia acá.

TAPIRAZÚ.

Pues ¿qué aguardas? Orden da

Para arrancarla de aquí.

TACUANA.

Bien dices, todos tiremos.

TAPIRAZÚ.

¡Por mi vida que he pensado
Que nos hemos engañado,
Y en quitarla yerro hacemos!

DULCANQUELLÍN.

¿Cómo?

TACUANA.

Que debe de ser
Alguna sagrada cosa.

TAPIRAZÚ.

¿Burlas, Tacuana hermosa?

TACUANA.

¿No la ves resplandecer?

TAPIRAZÚ.

Sin duda que es atalaya
Para subirse sobre ella.

DULCANQUELLÍN.

Bien dice, y mirar desde ella
Sus casas, ribera y playa.

AUTÉ.

Antes pienso que es señal
Para en su sombra entender
Del sol el curso, y saber
De su luz el medio igual.

Éntre Mareama.

MAREAMA.

¿Qué hacéis, caciques, aquí?
Qué ¿quieren volver aquellos
Que en la cara traen cabellos?

TACUANA.

¿Vístelos, Mareama?

MAREAMA.

Sí,
Que ya de aquellos buhíos
Vuelven á tierra otra vez.

DULCANQUELLÍN.

Sol, de los hombres juez,
Esfuerza estos brazos míos,
Y si estos dioses no son,
Dame la victoria de ellos.

Tecué, corriendo.

TECUÉ.

Que para tan cerca vellos
Me ha bastado el corazón.
Aquí tiemblo de pensallo.

TAPIRAZÚ.

Tecué, ¿qué es lo que has visto?

TECUÉ.

Pues el temor no resisto;
Más digo cuanto más callo.
Aquellas casas preñadas
Tantos hombres han parido,
Que hasta la tierra ha sentido
Sus nunca vistas pisadas.
Uno vi entre ellos, Dulcán,
Tan alto, que juraría
Que de este monte excedía
Los pinos que en él están.
Él traía dos cabezas,
Y la una á la mitad
Del cuerpo.

DULCANQUELLÍN.

¡Gran novedad!
Cielo, ¿qué prodigio empiezas?

TECUÉ.

Pequeña me pareció
La de arriba, así como ésta,
Mas la que está en medio puesta
Del cuerpo, el cuerpo me heló.

DULCANQUELLÍN.

¿Es grande?

TECUÉ.

Grande, abierta
De narices, y á los lados
De unos cabellos rizados,
Pescuezo y frente cubierta.
Toda la boca espumosa,
Y el habla delgada y alta;
Gruñe, brama, corre y salta
Con ligereza espantosa.
Largas las orejas tiene,
Abiertas y levantadas,
Ancho el pecho, aunque delgadas
Las piernas, mas fuerte viene;
Y tiene cuatro.

DULCANQUELLÍN.

¿Qué escucho?

TECUÉ.

Como oveja ó gamo es.

DULCANQUELLÍN.

Pues si tiene cuatro pies,
¿Qué mucho que corra mucho?

TECUÉ.

Es barrigudo.

TAPIRAZÚ.

¿Eso más?

DULCANQUELLÍN.

¿Tiene barba?

TECUÉ.

En eso pára;
Las que el hombre trae en la cara
Tiene el otro por detrás.

DULCANQUELLÍN.

Hoy, Tapirazú, recelo
Nuestra injusta perdición.

TECUÉ.

Y aun más largos creo que son
Que casi llegan al suelo.

DULCANQUELLÍN.

Alto, arranca del madero,
Que éste sin duda está aquí
Para traer desde allí
Sus casas.

TAPIRAZÚ.

Tira.

Al tirar disparen algunas escopetas y caigan en tierra.

DULCANQUELLÍN.

¡Ay!

TECUÉ.

¡Ay, muero!

DULCANQUELLÍN.

Señora, Dios, ó lo que eres,
¡Misericordia de mí!
Daos en los pechos.

TACUANA.

Qué ¿ansí,
Ongol, destruirnos quieres?
Palo santo, palo hermoso,
Dios en ti no conocido,
Si acaso de Dios has sido
Instrumento poderoso,
No nos mates por tu ofensa,
Que ya todos te adoramos.

DULCANQUELLÍN.

Ya de rodillas estamos
Á tu Majestad inmensa.
Palo más rico y suave
Que el cinamomo y canela,
Digno que el fénix que vuela
Hasta el sol en ti se acabe.
Así fenezca su vida
En tí, madero famoso,
Y de tu fuego oloroso
Nazca otra vez consumida,
Que perdones nuestro error.

TECUÉ.

Árbol seco, así te veas
Con fruto, si le deseas,
Y más que mirra en olor.
Que admitas este buen celo.

AUTÉ.

Planta del sol soberano,
Así llegues el verano
Con tu verde punta al cielo,
Que no vuelvas á tronar.

DULCANQUELLÍN.

Ruégaselo tú, mi esposa;
Que rogar mujer y hermosa
Las piedras suele obligar.

TACUANA.

Ansí de estos agujeros
Mane un licor, árbol santo,
Más que el linaloel y acanto
Y aromáticos maderos,
Que sane cualquiera herida
Ó mal peligroso y fuerte,
Y que pueda de la muerte
Volver á segunda vida.
Que de nosotros te duelas.

Éntre Palca.

PALCA.

¿Qué hacéis? Levantáos de ahí.

DULCANQUELLÍN.

Es Palca.

PALCA.

Yo soy.

DULCANQUELLÍN.

¿Tú?

PALCA.

Sí.

DULCANQUELLÍN.

Sólo en verte nos consuelas.
¿No estabas allá cautiva?

PALCA.

Callad que os visita el cielo.
Perded el miedo y recelo
Que de tanta gloria os priva;
Que estos huéspedes no son
De guerra, sino de paz.

DULCANQUELLÍN.

De lo que fué pertinaz
Al cielo pido perdón.
Palca, ¿hablárontе?

PALCA.

¿Pues no?

DULCANQUELLÍN.

¿Qué entendiste?

PALCA.

Que querían
Comer, y que aquí os traían
Desto que os mostrase yo.

Dale los cascabeles.

DULCANQUELLÍN.

Suena á ver. ¡Qué linda cosa!

PALCA.

Mirad qué cuentas tan bellas.

TACUANA.

Palca, ¿traen muchas de ellas?

PALCA.

Muchas, Tacuana hermosa.
Y uno como agua me han dado
Que tiene cara y reluce.

DULCANQUELLÍN.

¿Qué buen hado los conduce
Adonde nadie ha llegado?

Mírase al espejo.

Que éste es mi rostro recelo.
Miraos todos. ¿Qué teméis?

TECUÉ.

Tienes, cacique, razón;
Los rostros de aquéstos son.

TAPIRAZÚ.

Y éste el tuyo, ¿no lo veis?

DULCANQUELLÍN.

Miradme á ver.

TAPIRAZÚ.

Ya te vemos.

DULCANQUELLÍN.

Soy aquél.

TAPIRAZÚ.

Al natural.

DULCANQUELLÍN.

¡Oh cielos! que siendo tal,

Dos este imperio tenemos.
Si éstos no hubieran venido,
Al sol os juro á los dos
Que no adorara por Dios.

TAPIRAZÚ.

Cuatro ó seis nos han cogido.
Saltad por aquestas peñas.

Colón y los demás.

PALCA.

Bajad, bajad, no temáis.

COLÓN.

Amigos, ¿para qué os vais?

FRAY BUYL.

Llamadlos, hacedles señas.

COLÓN.

Bajad, amigos, acá.
Tomad, tomad.

BARTOLOMÉ.

Ya descienden.

ARANA.

No son rudos.

TERRAZAS.

Bien lo entienden.

Bajen de donde estén subidos.

COLÓN.

Los brazos huésped me da.
Idlos abrazando á todos;
Repartid lo que traéis.

PINZÓN.

Hombre soy ¿no me atentéis?

COLÓN.

Usad piadosos modos
Y mostradles alegría.

FRAY BUYL.

Mi cruz les quiero sacar:
Ya la empiezan á adorar.
¡Oh cruz! hoy es vuestro día.
Refrescad la redención
De todo el género humano.
Hoy pierda Luzbel tirano
Del reino la posesión.
¡Qué milagro tan patente,
Que estos animales rudos
La adoren ciegos y mudos!

COLÓN.

Pregúntale si hay más gente.

FRAY BUYL.

Por señas dicen que sí.

COLÓN.

Esto traemos, no guerra.

BARTOLOMÉ.

¿Cómo se llama esta tierra?

DULCANQUELLÍN.

Guanahamí, Guanahamí.

COLÓN.

Digno por cierto es de loa
Su ingenio que al mundo espante.
¿Hay tierra más adelante?

DULCANQUELLÍN.

Barucoa, Barucoa.

COLÓN.

¡Gran tierra debe de haber!

ARANA.

No dudes, gran general,
Que no ha hecho hazaña igual
De todo el mundo el poder.

COLÓN.

Con lo que aquí hubiese quiero
Partir á España, y dejar
Á mi hermano en mi lugar,
Que bien merece el primero.
Y quedaránse con él
Los que volver no quisieren.

FRAY BUYL.

Todos, Colón, le prefieren,
Porque él es tú y tú eres él.
Pero ¿qué piensas llevar?

COLÓN.

Llevaré animales y aves,
Los que aquí extraños hubiere.

TERRAZAS.

Otra cosa España quiere.
Ya presumo que la sabes.

COLÓN.

Hace señas que sí.

¿Dices oro?

PINZÓN.

Eso no más.

COLÓN.

¿Tenéis desto?

TERRAZAS.

Que sí dijo.

COLÓN.

Pues ¿de qué es el regocijo?

ARANA.

Del oro que hallando vas.

COLÓN.

La salvación desta gente
Es mi principal tesoro.

TERRAZAS.

Que bien busquemos el oro,
Que eso es largo, aunque es decente.
Ve, amigo, y trae de esto alguno.

ARANA.

Ya va.

PINZÓN.

No te pese de esto.

COLÓN.

De que lo pidas tan presto
Me pesa.

PINZÓN.

¿A quién importuno?
¿Es algún señor ingrato?
¿Es algún acreedor?
¿No lo dió el cielo mejor,
Pues se lo dió tan barato?
¿Este oro es adquerido

Cosiendo, arando, escribiendo,
Ó que lo han visto naciendo
Y sin sembrallo cogido?

Un indio con barras.

Ya trae, pese á mi mal.

COLÓN.

Tomad con menos codicia.

PINZÓN.

Esto es nuestro de justicia,
Y á nuestro trabajo igual.

ARANA.

Bien haya cuanto pasé.

TERRAZAS.

Bien haya cuanto sufrí.

FRAY BUYL.

Qué, ¿besas las barras?

TERRAZAS.

Sí,
Mientras les dices la fe.

COLÓN.

¿Habrá que comer?

DULCANQUELLÍN.

Sospecho
Que nos piden que comer.

PALCA.

Llevallos es menester
Á tu real tambo y techo.

DULCANQUELLÍN.

Mata, Auté, cuatro criados
De los más gordos que hallares,
Y entre silvestres manjares
Los pon en la mesa asados.

AUTÉ.

Voy.

DULCANQUELLÍN.

Venid.

COLÓN.

¡Cielos! Hoy fundo
La fe en otro mundo nuevo.
España, este mundo os llevo:
¡Nuevo Mundo!

TODOS.

¡Nuevo Mundo!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCER ACTO

Terrazas.	Pinzón.	Tapirazú.	Indios.
Arana.	Reyes Católicos.	Tacuana.	
Colón.	El Gran Capitán.	Auté.	
Su hermano.	El Contador mayor.	Palca.—Tecué.	
Fray Buyl.	Dulcanquellín. *Indio.*	Un Demonio.	

Terrazas y Arana.

ARANA.

En fin, se partió Colón
Á España, y nos deja aquí.

TERRAZAS.

Fuése Moisés, quedó Aarón;
Que su hermano puede ansí
Gobernar nuestro escuadrón.
Á los Católicos Reyes
Va á pedir orden y leyes,
Y que por mares profundas
Domen su yugo y coyundas
Á aquestos bárbaros bueyes.

ARANA.

Brava admiración y espanto
Ha de dar al español
Nuevo Mundo, y mundo tanto.

TERRAZAS.

No ve más el claro sol
En cuanto extiende su manto.
Luego que llegue la nueva
Del mundo que Colón lleva
Al Católico de España,
No ha de haber provincia extraña
Á quien la envidia no mueva.

ARANA.

Aquellos á quien pedía
Socorro y no se le dieron,
¿Qué sentirán ese día?

TERRAZAS.

El yerro grande que hicieron
Y de Colón la osadía.
Conocerán su ignorancia,
Con Ingalaterra y Francia,
Portugal y otras naciones.

ARANA.

¡Qué atraerá de corazones
Del nuevo imán la ganancia!

TERRAZAS.

La golosina del oro,
De quien dice el gran poeta
Que no hay edad ni decoro
Que no sujete, hoy sujeta
Del Nuevo Mundo el tesoro.
Despoblaránse las tierras
Por ver las nuevas que encierras
Nuevo Mundo en tu horizonte,
Viendo este mar llano y monte
Segundas farsalias guerras.

ARANA.

Del miedo dice un discreto
Que estaba el oro turbado,
Amarillo é inquieto
De tantos como es buscado
Para este avariento efeto.
Y tantos le han de buscar,
Que ha de subirse el color
Á un quilate singular.

TERRAZAS.

¿Vendrá el oro á ser mejor?

ARANA.

Más esconderse y faltar.

TERRAZAS.

¿Tenéis mucho?

ARANA.

Tengo (1)
Lo que ¡gloria á Dios! me basta,
Si á verme en España vengo;
Que aquí paciencia se gasta,
Y no el oro que yo tengo.

TERRAZAS.

Agora ven mis recelos
Que no hay sin contento ricos;
Que en estos bárbaros suelos
¿Á qué efecto ó causa aplico
Tantas barras y tejuelos?
Tengo más ó busco más;
Pero todo este tesoro
Deja mi disgusto atrás.
Pues que no estás en el oro,
Oh contento, ¿dónde estás?
Al cielo he sido importuno
Por tener y más tener;
Ya tengo sin gusto alguno;
De donde vengo á entender
Que no te tiene ninguno.

ARANA.

Tenéis razón, y advertid
Que está en fe este oro ó quimera,
Como las arcas del Cid.
Pese á tal, ¡quién lo tuviera
Entre Toledo ó Madrid!

TERRAZAS.

Razonable era en Sevilla,
Entre aceituna y ostión.

ARANA.

Contento, no es maravilla
Que aquí estés sin perfección,
Siendo tu centro Castilla.
Y pues no hay hombre ninguno,
Siendo común patria el cielo,
Que no esté de gusto ayuno,
Mucho se engaña en el suelo
Si piensa tenerte alguno.
Dime, contento, en qué estás:
¿Es honra, es vida, es tesoro?
Pues quien tiene de ti más,
Pensando que estás en oro,
No sabe por dónde vas.

TERRAZAS.

¿Querrá Dios que vuelta demos
Donde el tesoro gocemos,
Que aquí poco gusto da?

ARANA.

Y cuando estemos allá
Lo de acá codiciaremos.

Pinzón y un indio; Auté, con un plato de naranjas, ó cestilla, que es mejor.

PINZÓN.

Éste, como digo, Auté
Á nuestro padre darás.

AUTÉ.

Como lo mandas lo haré.

PINZÓN.

Pues vete, y no digas más
De cómo yo te envié.
Y dale aquesas naranjas,
Que adonde faltan las granjas
De Sevilla y de Valencia,
Más vale aquí su presencia
Que el oro en barras ó franjas.

Vase Auté.

ARANA.

¿Adónde el indio despachas?

PINZÓN.

Á Haití, señores, le envío.

TERRAZAS.

¿Y el papel?

PINZÓN.

Son viejas tachas.
Va el indio á un negocio mío,
Y déjame dos muchachas.

ARANA.

Aun tú no lo pasas mal.
¡Vive Dios que hay hombre aquí
Que diera todo el caudal
Por hallar en Guanahamí
Despacho á ventura igual!
¿Cómo fray Buyl no viene?

PINZÓN.

Ya le escribo que no tiene
Razón de no darse prisa,
Que aquí se espera su misa
Con regocijo solene.
Y los indios y cristianos
Ya al cielo alzamos las manos
Por ver aquel día franco
Que baje Dios al pan blanco
De los cielos soberanos.
Pienso que la conversión
De Haití y la de Barucoa
Causan esta remisión.

TERRAZAS.

Con todo, es digna de loa
Y de remuneración.

PINZÓN.

Doce naranjas le envío,
Que otras doce no me quedan,
Con este indio, que yo fío
Que al comer comerlas puedan,
Aunque pese al mar y al río;
Que es hombre de diligencia
Y habla un poco de español.

ARANA.

Si nuestro padre hace ausencia
De Haití, á la puesta del sol
Gozamos de su presencia.
Y mañana se dirá
La primera misa aquí.

(1) Verso corto.

TERRAZAS.

Tacuana viene hacia acá.
Déjamela hablar á mí,
Que entiende la lengua ya.

PINZÓN.

Pues yo voy á ver si hallo
Las dos muchachas de Auté.

ARANA.

Mucho te precias de gallo.
¿Una no basta?

PINZÓN.

No sé.
Yo, hermano, negocio y callo.

Vase Pinzón. Entre Tacuana.

TACUANA.

Si os preciáis de hijos del sol,
Valerosos españoles,
Como lo dicen los rayos
Que disparáis á los hombres,
Esos endiosados talles,
Lengua hermosa y rostros nobles,
Amoroso acogimiento,
Ingenio y ciencia conformes,
Ansí veáis esta tierra
Sujeta á vuestros pendones,
Y este vuestro Dios y Cristo
Triunfador de nuestros dioses;
Y la cruz que nos predica
Aquese bendito monje,
Que la trujo en sus espaldas
Por la redención del orbe,
Desde Haití á la hermosa Chile
Generalmente se adore,
Y la misa que esperamos
Mueva nuestros corazones;
Y así veáis esas barras,
Que acá tal espanto ponen,
Hasta la cinta crecidas,
Por tan larga edad se logren;
Y volváis á vuestras patrias,
Y que vuestros hijos pobres
Jueguen ricos al tejuelo
Con el oro de estos montes,
Ó los traigáis á casar
Con nuestras hijas, adonde,
Mezclándose nuestra sangre,
Seamos todos españoles.
Que me libréis del tirano
Cacique, bárbaro y torpe,
Que aquí me tiene cautiva
Entre sus brazos disformes,
Desde que las casas vuestras
De tan extrañas regiones
Vinieron abriendo el mar
Á nuestra playa sin orden.
Yo soy Tacuana, de Haití,
Que he vivido desde entonces
Sin mi esposo, á quien Dulcán
Me robó la misma noche
Que Clapillán, padre mío,
Me le dió para que goce
Del indio más generoso
Que hay desde el Sur á los Triones.
De un Anacona he sabido
Que me aguarda en ese bosque
Con una hamaca y diez indios
En que me lleven veloces.
Si hasta allá me vais guardando
Os daré tan ricos dones
Que diez caballos de España
No muevan el oro en cofres;
Daréos arcos y jaras,
Corazas y escudos dobles
De piel de adobadas fieras
Y de pescados feroces;
Daréos con ricas plumas
Levantados morriones,
Con planchas de oro cubiertos,
Destos veinte y destos doce.
Mujer soy, por mujer puedo
Pedir al hombre, y tan hombre,
Misericordia y justicia
Para que mi esposo cobre.

TERRAZAS.

Lo más entendido tengo,
Tacuana, de tus voces;
Sígueme y no tengas pena
Que tu pretensión estorbe;
Que por ser mujer es justo
Darte ayuda, y baste y sobre,
Para que nadie te ofenda,
Que nuestra defensa escoges.
Ya sé que Dulcán te oprime
Y á tu marido se opone.
Mas hoy gozarás sus brazos,
Sin que los míos sobornes.
Que el oro y dones que ofreces
Será para que le bordes
Ricas mantas en que duerma,
Rica hamaca en que repose.

TACUANA.

El cielo te dé su ayuda,
Español.

TERRAZAS.

Arana, oye.

ARANA.

¿Dónde la bárbara llevas?

TERRAZAS.

Amor mis quejas socorre.
¿Dónde quieres que la lleve
Sino á lugar que la gocen
Mis necesitados brazos?
¿Soy yo de carne ó de bronce?

TACUANA.

Basta, que aqueste español
No es Dios, pues que no conoce
El pensamiento que traigo,
Perdida por sus amores;
Que con aquesta invención,
Fingiendo tales razones,

Vengo á sus brazos rendida
Porque así me lleve y robe.
Él piensa que me hace fuerza,
Y amor sin fuerza me pone
Donde descanse mi pena
Que tanto peligro corre.

TERRAZAS.

Vamos, Tacuana hermosa.

TACUANA.

Quisiera saber tu nombre.

TERRAZAS.

Rodrigo.

TACUANA.

¿Engáñasme acaso?

TERRAZAS.

No hay por qué sospecha tomes:
Terrazas es mi apellido.
De mi linaje.....

TACUANA.

¿Eres noble?

. . . . . (1)

TERRAZAS.

¡Mal españoles conoces!

TACUANA.

¿Harásme fuerza?

TERRAZAS.

Ninguna.

TACUANA.

Dame la mano.

TERRAZAS.

Perdone
Esta vez el juramento,
Que el amor todos los rompe.

Vanse Tacuana y Terrazas.

ARANA.

¡Que sea yo tan desdichado!
¡Que todos tengan su gusto!.....
Que no hay piloto embreado
Que ya no le venga al justo
Un amoroso cuidado.
¡Y que yo perezca aquí!....

Entre Palca.

PALCA.

¿Iba, español, Tacuana
Por la playa ahora?

ARANA.

¡Sí!....
¿Vas por ella, Palca hermana?

PALCA.

Sólo en su busca salí;
Que la echó menos Dulcán
Y el tambo á voces nos hunde.

ARANA.

De ésta quiero ser galán,
Aunque en disgusto redunde
De cuantos con ella están.

Palca, ¿cómo va de pechos,
Á ver?

PALCA.

Que no tengo oro.

ARANA.

De eso estarán satisfechos.
Sólo estos vuestros adoro,
Que de oro mejor son hechos.
No busco aquel oro aquí,
De que ya tengo un tesoro.

PALCA.

Pues ¿cuál oro?

ARANA.

El tuyo.

PALCA.

Ansí,
Pues, serás crisol del oro
Y tendrásme toda en ti.

ARANA.

No vi tal facilidad.
Por deshonra tienen éstas
El negar la voluntad;
Que del no vestirse honestas
Les nace la enfermedad.
Soy tuyo, en fin.

PALCA.

¿Si tú quieres?

ARANA.

Á andar así las mujeres
De España, ¿quién se quejara?
Mas si tanto oro sobrara,
Ni aun pidieran alfileres.

Fray Buyl y el indio, con el papel y las naranjas.

FRAY BUYL.

Muestra, buen indio, el papel.

AUTÉ.

Esto me han dado que darte;
Pero dime, ¿éste ha de hablarte?

FRAY BUYL.

Veré lo que dice en él.

Lea el papel.

«Padre, con grande deseo
Cristianos é indios aquí
Piden que vengas de Haití.»

AUTÉ.

¡Qué extraños prodigios veo!
¡Por el sol, que el papel habla!

FRAY BUYL.

Vuelva á leer.

«En Guanahamí se ve
Que sola la cruz la fe
Milagrosamente entabla.
Con deseo de oir misa
Quedan todos.»

AUTÉ.

¡Sol divino!

(1) Falta un verso.

¡Que calló todo el camino
Y que hable aquí tan á prisa!.....
Bien digo yo que éste es Dios,
Y que hace hablar á quien quiere.

FRAY BUYL.

Vuelva á leer.

«El regalo, si lo fuere,
Es partir una de dos.
Doce naranjas te envío,
De dos docenas.» ¿Á ver?
Aquéstas doce han de ser.
¿Cómo es aquesto, hijo mío?
Las cuatro faltan aquí.

AUTÉ.

¿Quién te lo dice?

FRAY BUYL.

El papel.

AUTÉ.

¡Si aquesto creyera dél!.....

FRAY BUYL.

¿Comístelas?

AUTÉ.

Sí.

FRAY BUYL.

¿Sí?

AUTÉ.

Sí;
Pero de rodillas pido
Al papel y á ti perdón,
Que á saber su condición
No las hubiera comido.

FRAY BUYL.

No lo hagáis más otra vez.

AUTÉ.

Tú lo verás.

FRAY BUYL.

¡Qué temor
Tiene al papel!

AUTÉ.

¡Oh, traidor!

FRAY BUYL.

Mirad que es Dios el juëz.

AUTÉ.

¿Calláis cuando lo comía
Y habláis cuando acá las doy?

FRAY BUYL.

Por hoy ocupado estoy,
Y ya es tarde, y pasa el día.
Ven mañana á Barucoa,
Y llevarásme.

AUTÉ.

Español,
¿Á qué hora?

FRAY BUYL.

Con el sol
Tendrás aquí la canoa.

Vanse.

Entran Dulcanquellin y Terrazas.

DULCANQUELLÍN.

En fin, Rodrigo, ¿se fué?

TERRAZAS.

Digo, Dulcán, que lo vi.

DULCANQUELLÍN.

¡No me avisaras allí!.....

TERRAZAS.

Cuan presto pude llegué.

DULCANQUELLÍN.

¡Que el fiero Tapirazú
Me ha robado á Tacuana!

TERRAZAS.

No hay parida tigre hircana
Que se queje como tú.

DULCANQUELLÍN.

¿Piensas, gallardo español,
Que es poco lo que me cuesta?
Gran persecución es ésta:
Sin duda se enoja Ongol,
Que le dejé y desprecié
Por el Cristo que decís.

TERRAZAS.

Antes por lo que decís
Que Ongol se estime y se precie
Os quiere Dios castigar,
Y también porque no es ley
Que quieras tú, por ser Rey,
La ajena mujer gozar.
Basta, que yo le predico
Lo que para mí no escojo.

DULCANQUELLÍN.

Rabiando estoy del enojo.

TERRAZAS.

Al enojo no replico;
Pero mira que es razón
Que de su marido goce.

DULCANQUELLÍN.

¡Qué mal, Rodrigo, conoce
De mi amor la obligación!
Mal corresponde al regalo
De tantas caricias lleno;
Pero el poco á gusto es bueno,
Y el mucho á disgusto es malo.
¿Y van camino de Haití?

TERRAZAS.

Por tu miedo se emboscaron.

DULCANQUELLÍN.

Qué, ¿en el bosque se quedaron?

TERRAZAS.

Dentro del bosque los vi.

DULCANQUELLÍN.

Di, ¿sabréme yo tener
En uno de tus caballos?

TERRAZAS.

¿Para qué?

DULCANQUELLÍN.

Para alcanzallos.

TERRAZAS.

Gran yerro vienes á hacer,

Porque es mañana la misa
Que ha de decir nuestro padre;
Que no hay disculpa que cuadre
Á la culpa que te avisa
Que siendo Rey y mayor
Darás, faltando del templo,
Ocasión de mal ejemplo
Y escándalo de tu error.
Allá, en España, decimos
Que son los reyes espejo
Donde se mira el consejo
Que los vasallos seguimos.
No faltes, que enojarás
Á Bartolomé Colón,
Y al cielo en esta ocasión
Ofensa notable harás.
Y sabiendo el Rey de España
Que no acudís á la fe,
Deshará cuanto se ve
Que el mar Occidente baña.
Y mi palabra te doy
Que la misa celebrada,
Con mi rayo y con mi espada
Te ayude, á fe de quien soy.

DULCANQUELLÍN.

¿Que la palabra me das
De cobrar mi esposa?

TERRAZAS.

Digo
Que la traeré.

DULCANQUELLÍN.

Pues, Rodrigo,
Ésa me basta y no más.
¿Cuándo el padre viene?

TERRAZAS.

Creo
Que estará mañana aquí.

DULCANQUELLÍN.

¿Y dirá la misa?

TERRAZAS.

Sí.

DULCANQUELLÍN.

Verle y oirla deseo.
Ven y darás la instrucción
Del altar del sacrificio.

TERRAZAS.

Harás á Dios gran servicio.

DULCANQUELLÍN.

No es poco en esta ocasión.

Vanse.

Auté entra con un vidrio de aceitunas y un papel.

AUTÉ.

Ya me parece que es hora
Que el padre salga de Haití,
Porque llegue á Guanahamí
Mañana al salir la aurora.
Con un vidrio me ha enviado
Pinzón de una fruta extraña,
Que dice que desde España
Trujo un barril embreado,
Y muérome por comella;
Pero este diablo ó papel
Hace que por miedo de él
No me atreva á comer de ella.
¿Parlarálo? No responde.
¿No digo yo que al comer
Se hace mudo? Quiero ver
Si entre estas ramas se esconde.
Quedo se está, no se muda;
Parece que se ve un poco,
Quiero taparle; ya toco,
Ya pruebo. ¡Dios sea en mi ayuda!
Ésta parto, pese al sol.
¡Y qué alma tiene tan dura!
¿Si me engañó por ventura
Por vengarse el español?
Otra pruebo; peor ha sido.
Mas que se come recelo
Esto que arrojaba al suelo,
Y es la cáscara y vestido.
Yo he dado en lo que es verdad.
¡Oh qué lindo! Cuatro puedo
Comer. Satisfecho quedo
Del gusto y curiosidad.
Limpiarme la boca quiero:
No lo conozca el papel;
Mas ya viene el dueño de él.
Ahora no hay parladero.

Entre Fray Buyl.

FRAY BUYL.

Pues, amigo Auté, es ya hora;
Que desde lejos te vi.

AUTÉ.

En la playa amanecí,
Entre la noche y la aurora.
Aquí la canoa espera.
Aquéste me dió Pinzón
Con que hicieras colación,
Pensando que anoche fuera.

FRAY BUYL.

¿Traes papel?

AUTÉ.

Este que ves.
Ahora no diréis nada.

FRAY BUYL.

Lea.

«La canoa va aprestada
Para que la vuelta des.
Dice nuestro general
Que vengan contigo aquí
Todos los indios de Haytí.»

AUTÉ.

No me ha sucedido mal.
De la fruta no le avisa.
¡Como no la vió comer!

FRAY BUYL.

Vuelva á leer.

«Que en Guanahamí puede ser
Que oigan todos juntos misa.»

AUTÉ.

Aun no ha acabado de hablar;
Alguna cosa recelo.

FRAY BUYL.

Vuelva á leer.

«Y por hacer lo que suelo
En este estéril lugar,
Para que hagas colación
Doce aceitunas te envío.»
Muestra á ver; ¿qué desvarío
Te ha dado tal turbación?
¡Como! ¿cuatro te has comido?

AUTÉ.

Qué ¿aun lo vió estando tapado?
Como en el agua han estado,
Hanse deshecho y podrido,
Y echélas, buen padre, á mal
Por no dañar las que quedan.

FRAY BUYL.

Cuando tus yerros excedan,
Te daré castigo igual.
Esto ya sé lo que ha sido.

AUTÉ.

No más fiar de papel.

Los indios que puedan y Tapirazú.

TAPIRAZÚ.

Todos hemos de ir con él
A ver lo que ha prometido.
Que nos dice que este Dios
Ha de bajar á sus manos.

FRAY BUYL.

¡Oh hijos, oh mis cristianos!

TAPIRAZÚ.

Padre, ¿habemos de ir con vos?

FRAY BUYL.

Sí, hijos, á ver la misa.
¿Hay canoas para todos?

TAPIRAZÚ.

Traerémoslas de mil modos.
Lo que hemos de hacer avisa.

FRAY BUYL.

No más de partir conmigo,
É ir rezando de aquí allá.

TAPIRAZÚ.

Pues ya todo á punto está.

FRAY BUYL.

Pues sús decid como digo.
Creo en Dios padre.

TODOS.

Creo en Dios padre.

FRAY BUYL.

Todopoderoso.

TODOS.

Todopoderoso

FRAY BUYL.

Que así entréis será forzoso
En la Iglesia vuestra madre.
Señor, pues los redimistes,
Daldes gracia y eficacia;
Daldes el agua de gracia,
Pues que la sangre les distes.
Decid todos lo que os muestro
En la tierra y en la mar.

TAPIRAZÚ.

Comiénzanos á mostrar.

FRAY BUYL.

Padre nuestro.

TODOS.

Padre nuestro.

Vanse.

Entren Dulcanquellín, Bartolomé Colón, Pinzón y Terrazas.

BARTOLOMÉ.

Así queda trazado á mi contento;
Pero presume que estos dioses vanos
Han de salir del templo y quedar limpio,
Porque allá dicen las sagradas letras
Que Cristo y Belial, Dios y el demonio,
No se pueden hallar en un sujeto.

DULCANQUELLÍN.

Bartolomé, yo creo lo que dices,
Temo tu Dios y tus razones temo;
Pero esta ley y fe que profesamos,
Como la recibimos, la tenemos.
Nuestros padres, que aquí nos la enseñaron,
Ya de nuestros abuelos la aprendieron,
Ellos de sus mayores, de tal suerte
Que tiene innumerables sus principios.
Por mí, no digo Ongol, que llamáis ídolo.
Pero al sol derribara de su esfera;
Que no hay cosa más fiera é indomable
Que el común apellido y voz del vulgo.
Deja que oigan esa misa, y deja
Que á tu Cristo y sus leyes se aficionen
Guanahamí y Haití, generalmente,
Con Barucoa y con las demás islas;
Que de ellos mismos nacerá sin duda
Dar por el suelo con los mismos ídolos,
En triunfo y gloria de ese Dios tan alto,
Tan poderoso y fuerte.

BARTOLOMÉ.

No pretendo,
Dulcán, descontentarte; pero mira
Que no enojes á Dios. Dios en su mano
Tiene tu imperio y el de todo el mundo.
Yo aguardo al padre que la misa diga,
Y aunque el templo tenéis bien adornado,
No quisiera tener aquí los ídolos.

PINZÓN.

Deja, señor, sus engañados dioses,

Que mayor confusión, pena y afrenta
Que á la vergüenza estén ante la cara
De aquel Supremo contra quien se alzaron
Cuando, cual sabes, los echó del cielo.

DULCANQUELLÍN.

¿Mis dioses han tenido con el tuyo
Alguna pesadumbre antes de ahora?

TERRAZAS.

¿Quieres que en breve te declare y muestre
Quién son tus dioses y quién es el nuestro,
Así en grosero modo, porque entiendas
De su naturaleza alguna cosa,
Cuanto la puede percibir un bárbaro?

DULCANQUELLÍN.

No deseo otra cosa.

TERRAZAS.

Dios te inspire
Entendimiento, y luz su luz te envíe.
Un Dios, aunque tres personas,
Padre increado, el mismo siempre,
Hijo engendrado del padre
Y espíritu procediente,
Cuando crió los dos mundos,
Aquel descubierto y éste,
Crió nueve coros altos
De espíritus excelentes.
Era destos el mayor
Tan perfecto, hermoso y fuerte,
Que se aventajaba á todos,
Como al mirto los cipreses.
Asistían á su rostro,
Como ante el príncipe suelen
El privado y los vasallos
Con los oficios que ejercen.
Tratando, pues, su Hacedor
Con ellos de su alta mente
Casos futuros del Hijo,
Que hombre humano vino á hacerse,
Luzbel, que así se llamaba,
Envidioso de que hubiese
Hombre á quien él adorase,
Contra el mismo Dios se vuelve.
Junta su parcialidad
De los muchos que pervierte,
Por no obedecer á Cristo,
Que hombre y Dios más que ángel fuese.
Alzan banderas soberbios,
Porque ninguno subiese
De naturaleza á gracia
Por medio de Cristo; y vienen
Armados de su osadía
Sobre los campos alegres
Del sol con guerras civiles
Rebelados y rebeldes.
Los buenos toman la empresa
Defendiendo fuertemente
La exaltación de los hombres,
Y al Dios y Cristo obedecen.
¡Quién como Dios!, dicen éstos,
Y con espadas ardientes
De la divina justicia
Hasta el infierno los meten.
Aquí cayó Lucifer,
Como Esaías refiere;
Que amaneció la mañana
Adonde siempre anochece:
En su corazón decía:
«Yo pasaré de los ejes
Del cielo y de sus estrellas;
Para que á Dios igual quede.
Sentaréme sobre el monte
Del Testamento, en la frente
Del Aquilón, excediendo
Las nubes que resplandecen.»
Este rebelde á su Dios,
Desde entonces odio tiene
Á los hombres, y procura
Ser dios engañosamente.
Y así como entre vosotros
Más ocasión se le ofrece,
Os habla, os dice que es dios
Y os engaña cuanto puede.
Métese en estas estatuas,
Y por los casos presentes
Los futuros conjetura,
Y con este ardid os vence.
Fuera de que él es muy sabio,
Que Ezequiel así lo siente
Cuando le llama cherub
Que ciencia grande contiene.
Pues condoliéndose Cristo
De que entre vosotros reine,
Que le costasteis su sangre
En la cruz, muerta la muerte,
Al rey Fernando de España,
Cristianísimo y prudente,
Manda que á Colón envíe,
Éste que á su fe os convierte.
Mirad ahora quién son
Los ídolos que prefiere
El vulgo ignorante á Cristo,
Que cielo y tierra obedecen:
Que este Cristo, porque el hombre
Á Dios ofendió de aleve,
Bajó á morir, y salvarle,
De una Virgen, Virgen siempre.
Resucitó, y fuese al cielo,
Y porque el hombre tuviese
Al mismo que le amó tanto,
Debajo de aquella especie
De pan y vino quedóse,
Bajando todas las veces
Que se dice aquella misa
Que sus palabras refiere.

DULCANQUELLÍN.

Muy largo y intrincado y muy difícil
Todo eso me parece; venga el padre
Y trataremos con espacio deso;
Que pues el oro dí, de que habéis hecho
Lo que cáliz llamáis y otras vasijas,
No niego que le soy aficionado;
Pues os juro que anoche, oidme todos,

Ongol me diera muerte, reposando
En mi tambo real, si no tuviera
Esta cruz que me ha dado vuestro padre,
Que me rogó que la arrojase luego;
Mas yo no quise, y fuese dando gritos
Que despertaron mi dormida gente:
Llamele y no volvió, y esta mañana
Me dijo que jamás verme podría
Si esta cruz de mi pecho no arrojaba.

BARTOLOMÉ.

¡Oh enemigo traidor! Bien puedes de esto,
Cacique, colegir que si la teme
Es menos que ella, y que es el que te dice
Rodrigo que del cielo fué arrojado.

DULCANQUELLÍN.

Ansí lo creo.

Éntre Arana.

ARANA.

Ya ha llegado el padre,
Gran general, y junto al templo aguarda
Donde ha de celebrar la misa.

BARTOLOMÉ.

El cielo
Ayude nuestras justas intenciones,
Y hoy que Dios baja aquí, salga el demonio.
¿Vienes, Dulcán?

DULCANQUELLÍN.

Ya voy, que sólo aguardo
Que aperciban mis andas, porque vaya,
Como suelo salir, con regia pompa.

BARTOLOMÉ.

No tardes.

DULCANQUELLÍN.

Empezad, que yo voy luego.
Confuso estoy: lo que concedo, niego.

Vanse.

Dulcanquellin solo.

¿Qué haré? ¿Dejaré mi Ongol
Por este Cristo extranjero,
Dios-hombre y Dios español?
¿Dejaré luna y lucero,
Noche, día, cielo, sol?
Pero sí lo dejaré;
Aunque la causa no sé
De que aventure su luz
Por esto que llaman cruz,
En que su martirio fué.
Mas no los puedo faltar,
Que si de su gusto excedo,
Temo que me han de matar;
Mas ¿quién busca á Dios por miedo
Si por amor se ha de hallar?
No hay cosa más imposible
Que dejar la antigua fe
Y á la costumbre terrible.
Pero si Ongol ángel fué,
Y Cristo Dios invencible;
Aquél soberbio impaciente
Que castigó su Hacedor
Por rebelde é imprudente,
Seguir á Cristo es mejor.

Éntre en hábito de indio el Demonio, y téngale.

DEMONIO.

¿Dónde vas, Dulcán? Detente.

DULCANQUELLÍN.

¿Quién eres?

DEMONIO.

Tu dios.

DULCANQUELLÍN.

Pues di,
¿Por qué al salir me detienes?

DEMONIO.

Porque no vayas allí.

DULCANQUELLÍN.

Perdóname si á eso vienes,
Porque ya lo prometí.

DEMONIO.

Quitaréte yo la vida.

DULCANQUELLÍN.

No harás.

DEMONIO.

¿Pues adónde vas?

DULCANQUELLÍN.

Á la misa prometida.

DEMONIO.

¡Oh, qué gracioso que estás
Con esta amistad fingida!
Éstos, codiciando oro
De tus Indias, se hacen santos,
Fingen cristiano decoro,
Mientras vienen otros tantos
Que lleven todo el tesoro;
Que ya el otro llega á España.

DULCANQUELLÍN.

¿En qué veré, dime Ongol,
Que aquesta gente me engaña?

DEMONIO.

En que te ha negado el sol
Su luz, que no te acompaña;
En que aquel falso Rodrigo,
Que se vende por tu amigo,
Te ha robado á Tacuana,
Y de verla esta mañana
En su tambo soy testigo.
Dice que el otro la lleva,
Ya por la escondida cueva,
Ya por el bosque intrincado,
Y está con ella acostado.
Ved si es buena la fe nueva.

DULCANQUELLÍN.

¿Rodrigo con Tacuana?

DEMONIO.

Ven á su tambo. ¿Qué dudas?

DULCANQUELLÍN.

¡Oh gente vil, inhumana,
Fieras de piedad desnudas,

Con pieles de ley cristiana!
¡Oh españoles, oh traidores!
¡Armas, gentes! ¡Indio, al arma!

DEMONIO.

Da voces, dalas mayores;
La razón te ayuda y arma.
De ellos saldréis vencedores.
Alborota aquella misa.

DULCANQUELLÍN.

¡Mueran, mueran!

DEMONIO.

Dilo á prisa.

DULCANQUELLÍN.

¡Mueran, mueran! Allá voy.

DEMONIO.

Camina.

DULCANQUELLÍN.

Yo haré que hoy
Se vuelva en llanto la risa

Toquen chirimías y descúbrase un altar con muchas velas y una cruz en él, y de arriba caigan dos ídolos, y salgan seis demonios y en su hábito el capitán hable.

DEMONIO.

Vencido soy; venciste, Galileo,
Como dijo el apóstata Juliano;
Venciste, Cristo, resistime en vano;
Tuya es la gloria, el triunfo y el trofeo.
Ya que en el blanco pan bajar te veo
Á tomar posesión del reino indiano,
Cedo el derecho á tu divina mano
Y bajo á las prisiones del Leteo.
Como en puercos estaba entre esta gente,
Que así me lo mandaste, y ya me arrojas
Desde sus cuerpos á otro mar profundo.
No me llame su dios eternamente.
Pues hoy del nombre y reino me despojas,
Tuyo es el mundo; redimiste el mundo.

Salga Terrazas con la espada desnuda, defendiéndose, y Dulcanquellín con una maza sobre él, y los demás indios sobre los otros.

DULCANQUELLÍN.

¡Á ellos, que no son lo que publican!

TERRAZAS.

¡Ay de mí, que soy muerto!

DULCANQUELLÍN.

¡Muere, infame!

ARANA.

¿Dónde están nuestros rayos?

TAPIRAZÚ.

Qué, ¡no hay rayos!

DULCANQUELLÍN.

Con falsa relación y falsos dioses
Nos venís á robar oro y mujeres.

AUTÉ.

Muertos son los más de ellos.

DULCANQUELLÍN.

Pues al punto
Se quite aquesta cruz de donde estaba.

TACUANA.

Bien dices, tirad todos; ya está fuera.

DULCANQUELLÍN.

Llevalda luego, y en la mar echadla.

Salga una cruz, con música, de donde la otra estaba, muy semejante á ella; suba poco á poco.

¡Mas escuchad, que reverdece el tronco!
¿Qué es esto, sol divino?

TACUANA.

Que se aumenta
Y va creciendo el árbol.

TAPIRAZÚ.

Tened cuenta.

DULCANQUELLÍN.

Mal hemos hecho en matallos.
Vámonos al padre á ver.

TACUANA.

Desde hoy comienzo á temblallos.

TAPIRAZÚ.

Hoy palo el cetro has de ser
Del Rey de aquestos vasallos.
Danos otra vez perdón.

DULCANQUELLÍN.

Sin duda que es verdadera
La cristiana religión;
Quien dijere que no, muera.

TAPIRAZÚ.

Haz que lo diga un pregón.

Váyanse.

El Rey Católico y la reina Doña Isabel, y acompañamiento.

DON FERNANDO.

Colón, señora, ha venido;
Hoy ha entrado en Barcelona
Con una nueva corona
De un nuevo mundo adquirido.
Ya le ha visto mucha gente;
Ello sin duda es verdad.

DOÑA ISABEL.

Es la mayor novedad
Que ha visto el siglo presente;
Y si dijera el pasado
No fuera error lisonjero.

DON FERNANDO.

Ni la verá el venidero.

El Gran Capitán.

CAPITÁN.

Colón, señora, ha llegado
Apretado de la gente,
De suerte que pone espanto.

DON FERNANDO.

Quien supo, quien hizo tanto,
Merece aplauso decente.

Por monstruo y por maravilla,
Sin primero ni segundo,
Le vea el mundo, pues dió un mundo
Á los Reyes de Castilla.

Entra el Contador Alonso de Quintanilla.

CONTADOR.

Ya está á la puerta Colón.

DON FERNANDO.

Abridla de par en par,
Y si no, hacedle lugar,
Como en Troya al Paladión.
Y será bien menester,
Ya que en la verdad se cae;
Que con el mundo que trae
Quizá no podrá caber.

DOÑA ISABEL.

Abrid al conquistador
Del mundo toda la puerta,
Pues tiene en la fama abierta
La del premio y el honor.

Colón, en camino; seis indios bozales medio desnudos, pintados; un paje, con un plato de barras de oro, y otro con papagayos y halcones.

COLÓN.

Dadme, gran señor, los pies,
Y vos, heroica señora.

DON FERNANDO.

Menos, con veros ahora,
Lo creo. Sí, es él.

DOÑA ISABEL.

Sí, él es.

COLÓN.

Aquí, Católicos Reyes,
Para que veáis quién soy,
En ocho meses os doy
Otro mundo á quien deis leyes.
Veis aquí de las primicias,
. . . . . (1).
Veis aquí la gente y oro.

DON FERNANDO.

De que merecéis albricias.
Alzaos, Alejandro nuevo,
Aunque mayor y el segundo;
Que él ganó en su vida el mundo
Que en ocho meses os debo.
No hay antiguo capitán
Con que os dé comparación:
Las de la fama, Colón,
Ventaja y lugar os dan.
Vos tenéis lauros y palmas
De capitán sin segundo,
Que á España habéis dado un mundo
Y á Dios infinitas almas.
Cristóbal, vuestro apellido
Os da alabanza, Colón,
Que autor de tal redención
Algo de Cristo ha tenido.
Vos, Cristóbal, como el santo
De estos mares ya vecinos,
Hoy pasáis los peregrinos
En hombros que pueden tanto.
Y mirad que os digo en esto
De vuestros hombros y vos
Que ó se ha puesto en ellos Dios
Ó al menos su Iglesia ha puesto.
Recibo el dón más profundo
Que ha dado á rey hombre humano,
Pues recibo de esa mano
No menos que un nuevo mundo.
Por el cual no sé qué paga
Os pueda dar; pero doy
Lo que puedo, porque hoy
Se dé principio de paga.
Ya sois Duque de Veraguas
Y Almirante de la mar,
Y aun armas os quiero dar
Sobre marítimas aguas:
Dos castillos, dos leones,
Por Castilla y por León.

COLÓN.

Si tanto honráis á Colón
Con obras y con razones,
Haréis que vuelva á buscar
Otro mundo y mil que daros;
No porque podré pagaros,
Mas empezar á pagar.
Estos vienen ya enseñados,
Y os piden, señor, bautismo.

DON FERNANDO.

Seré el padrino yo mismo.

COLÓN.

Á vos están humillados.
Tengo mucho que contar
De todo lo sucedido.

DON FERNANDO.

El alma, con el oído,
Á solas os pienso dar.
El oro, Reina, os concedo;
En vos lo quiero emplear.

DOÑA ISABEL.

Y yo se lo quiero dar
Á la iglesia de Toledo;
Que una custodia famosa
Pueden, señor, de ello hacer.

DON FERNANDO.

Memoria heroica ha de ser
De esta hazaña generosa.
Entrad, Duque, y vos, señora,
Venid á oir á Colón
Una extraña relación
Que el mundo del mundo ignora.

DOÑA ISABEL.

Vamos, y trátese luego
Del bautismo de esta gente.

Éntrense.

(1) Falta un verso.

Quedan el Gran Capitán y el Contador mayor.

CAPITÁN.

Estoy del caso presente
Suspenso, admirado y ciego.
Esta sí que fué conquista
En ocho meses no más.

CONTADOR.

Gloriosa, Génova, estás.
Hoy tu república vista
Nuevas y alegres colores,
Pues entre tus capitanes
Tan heroicos y galanes
Es Colón de los mejores.
Ya el nunca visto horizonte
De los indios de Occidente
Se ve en España presente,
Como desde un alto monte.
Ya sus indios mira aquí,
Y de su centro el tesoro.

CAPITÁN.

¿Pagaráse con el oro
Lo que le prestaron?

CONTADOR.

Sí.
Que llevó diez y seis mil
Y trae el doble en las barras.

CAPITÁN.

¡Y extrañas preseas!

CONTADOR.

¡Bizarras!
De esmeraldas y marfil,
Mil pájaros peregrinos
Y aquestos nuevos vasallos.

CAPITÁN.

Ya salen á bautizallos.

CONTADOR.

Los Reyes son los padrinos.

Con música entre acompañamiento, fuentes, y aguamanil, y los indios y los Reyes detrás, y antes de ellos Colón, con una bandera con sus armas y una letra á la redonda.

DON FERNANDO.

Bien parece la bandera
Y el declarado blasón.

DOÑA ISABEL.

Todo se debe á Colón,
Luz de este mundo primera.

DON FERNANDO.

Dése cuenta al Santo Padre
De esta conversión y tierra,
Y á Génova, pues encierra
Tales hijos y es tal madre.

DOÑA ISABEL.

¿Cómo dice aquella empresa?

COLÓN.

Por Castilla y por León,
Nuevo Mundo halló Colón.

DON FERNANDO.

Su honor y el nuestro confiesa.
Vamos á dar el bautismo
Á estos primitivos dones;
Sacrificios y oraciones
Á Dios, y el corazón mismo.
Hoy queda gloriosa España
De aquesta heroica victoria,
Siendo de Cristo la gloria
Y de un genovés la hazaña.
Y de otro mundo segundo
Castilla y León se alaba.

COLÓN.

Y aquí, senado, se acaba
La historia del Nuevo Mundo.

FIN DE LA COMEDIA DEL NUEVO MUNDO.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

El Rey D. Fernando.
El Almirante de Castilla.
El Condestable.
Espinelo.
Pompeya, *dama.*
Julia, *dama.*
Fabricio Ursino.
García de Paredes.
Alberico.
Un Paje.
Don Juan de Córdoba.
El Capitán Nuño de Ocampo.
El Gran Capitán.
Julio, *criado.*
Morata, *lacayo.*

ACTO PRIMERO.

Salen Espinelo y Alberico.

ESPINELO.

Puesto que su grandeza se atreviese,
Con el valor de su invencible estrella,
Y de Alejandro la opinión tuviese,
Que por el nombre ya igualó con ella,
Saldrá el Gran Capitán, aunque le pese,
Aquesta vez de Nápoles la bella,
Porque mis cartas van haciendo efeto.

ALBERICO.

No hay que advertir á un hombre tan discreto.
Pero parece que podréis primero
Sacar, por más que la calumnia afirme,
Á las estrellas fijas del crucero,
Que en las esferas le llamaron firme:
Desengastar el sol os considero
De aquel esmalte azul, sin persuadirme
Que le saquéis de Nápoles, ni pueda
Haber engaño que á su nombre exceda.
Corre del Norte al Sur la ilustre fama
De Gonzalo Fernández, de tal modo,
Que el Grande á voces, como veis, le llama,
Y ya lo es tanto que lo ocupa todo:
Y puesto que la envidia le desama,
Y á sus persecuciones me acomodo,
Confieso su virtud y su grandeza.

ESPINELO.

No hay en la tierra estado con firmeza.
Puesto que va creciendo cada día
Su autoridad y nombre en todo el suelo,
También mengua en su Rey, por causa mía,
El crédito que tiene de su celo:
La nave que las aves desafía
Y con alas de lienzo excede el vuelo
De su pluma veloz, que al aire extiende,
Una rémora débil la suspende.

Yo he escrito al rey Fernando de Castilla,
Por muerte de Isabel, sin ella ahora,
Que aquestos reinos á Felipe humilla,
Por Juana, de su puesto sol aurora.

ALBERICO.

¿Creerálo el Rey?

ESPINELO.

No hay amistad sencilla,
Amor ni voluntad, que en sola un hora
No derribe en los príncipes al suelo
Cualquiera información, bueno ó mal celo.
El Rey con esto sospechoso vive
Y del Gran Capitán mil quejas forma,
Que su inocencia, fe y lealtad le escribe,
Con quien la fama universal conforma:
Mas la satisfacción tan mal recibe,
Y lo que toda Nápoles le informa,
Por el temor que de su yerno tiene,
Que ya de Flandes á Castilla viene.
Que sólo quiere que se vuelva á España,
Y á don Alonso de Aragón envía
Con el gobierno de este reino.

ALBERICO.

Extraña
Causa de competencia.

ESPINELO.

El Rey porfía
Á quedarse en Castilla.

ALBERICO.

Amor le engaña;
Por Isabel la posesión tenía:
Si hereda Juana, justamente ha sido
El Rey, el Archiduque, su marido.
Reine Felipe de Austria; que á su nieto
Carlos no ha de quitarle el rey Fernando
El natural derecho.

ESPINELO.

Vive inquieto,
No dejar á Castilla procurando:
Aquí mi información halló su efeto,
Y persuadióse el Rey, imaginando
Que en el Gran Capitán caber podría
Darle este reino al que á reinar venía.

ALBERICO.

No me espanto que el Rey lo haya creído,
Celoso de su yerno, y que en desgracia
De Fernando el Virrey haya caído,
Aunque estuvo primero en tanta gracia.

ESPINELO.

Yo sé que ya le tengo persuadido
Que es desleal, con fuerza y eficacia
Tan fuerte, que podrá sólo mi engaño
Sacarle de este reino con su daño.

Sale un paje.

PAJE.

El Virrey, mi señor, me mandó ahora
Que os llamase á los dos.

ALBERICO.

Los dos iremos
Á ver lo que nos manda su excelencia.

Vase el paje.

¡Cosa que haya entendido nuestro trato!

ESPINELO.

Bueno fuera que el Rey le diera aviso.

ALBERICO.

¿No puede ser?

ESPINELO.

Es imposible caso.

ALBERICO.

Nunca tanto os fiéis de la mentira,
Que luego se conoce, si se mira,
Como moneda falsa, que por eso,
Aunque finge el color, no finge el peso.

Salen Pompeya y Julia, damas.

JULIA.

Ya tan española estás
Que todos lo echan de ver.

POMPEYA.

Mucho más lo pienso ser,
Si tú licencia me das.

JULIA.

Yo no hablo con malicia,
Ni he codiciado á don Juan,
Si bien, por cuerdo y galán,
Pone en tus ojos codicia.

POMPEYA.

Más me agrada que Fabricio,
Yo te digo la verdad;
Pero de mi voluntad
Es éste el primer indicio.
Que de los pasos de amor
Aún no he tocado el segundo,
Ni en sus pensamientos fundo
Principios de mi favor.
Que si del Gran Capitán
Es, como sabes, sobrino,
También es Fabricio Ursino
Tan noble como don Juan.

JULIA.

¿Para qué buscas rodeos
En cosas tan declaradas?
Á España, de quien te agradas,
Te llevan siempre deseos.
Siempre ha de ser victoriosa
España, siempre mejor:
Más en ti señal de amor,
Que en mí de que estoy celosa.
Nunca de alabar te olvidas
Sus triunfos y sus despojos;
Que aun las niñas de los ojos
Tienes de español vestidas.

POMPEYA.

Como hablo con don Juan,
Y que se acerque le dejo,
Y son los ojos espejo,
Vése su traje galán.

Habla tú también con él
Y vestirás de español
Tus niñas, aunque en el sol
Nadie se ha mirado bien.

JULIA.

¿Burlas, Pompeya?

POMPEYA.

No creo
Que me he burlado contigo,
Después que tratas conmigo.

JULIA.

Como eso puede un deseo.
Don Juan viene á meter paz.

POMPEYA.

Aquí no hay guerra ninguna;
Que si es mujer la fortuna,
Amor es niño y rapaz.

Sale D. Juan de Córdoba.

DON JUAN.

Dióme aviso de esta junta
Mendoza, y quise gozar
Tan buena visita, y dar
Respuesta á vuestra pregunta,
Que va en aqueste papel.

POMPEYA.

Siéntese vueseñoría;
Que aunque es la pregunta mía,
No quiero respuesta en él.

DON JUAN.

También os la quiero dar
Á boca, si sois servida.

JULIA.

De celos estoy perdida. (Aparte.)

POMPEYA.

Pues quiero el papel guardar
Para mejor ocasión.

Da D. Juan un papel á Pompeya, y siéntanse los tres.

JULIA.

¿Respuesta á pregunta?

POMPEYA.

Sí.

JULIA.

Veamos.

POMPEYA.

No es para ti;
Que cosas de España son.

JULIA.

También tengo yo deseo
De la grandeza de España.
Muestra á ver.

POMPEYA.

¡Ya estás extraña!

DON JUAN.

Que se burla Julia creo.
Aquí tengo el borrador,
Si es de mi ingenio el cuidado;
Que aquel papel es traslado.

JULIA.

Declarado está su amor. (Aparte.)

DON JUAN.

Pompeya me preguntó.

JULIA.

Esperad, dígalo ella,
Por ver si viene con ella
Esta respuesta.

DON JUAN.

Eso no;
Que es poner en mi verdad
Falta, y vos no sois juez
De preguntas, ni esta vez
De saber mi voluntad.
Digo que me preguntó
Qué era amor, y respondí
En este soneto así.

POMPEYA.

Ya quise decirlo yo;
Mas por no ser descortés,
Hablando el señor don Juan
Quise callar.

JULIA.

No podrán (Aparte.)
Mis celos callar después.
¿No dijiste que el papel
Era de cosas de España?

DON JUAN.

Pues en eso no os engaña,
Si es amor cuanto hay en él.

JULIA

¿Sólo en España hay amor?

POMPEYA.

Si sus grandezas están,
Julia, todas en don Juan,
Por su sangre y su valor,
Tratando su amor aquí
De cosas de España trata.

JULIA.

Pues ¿ama?

POMPEYA.

Á quien no es ingrata.

JULIA.

¿Á quien no es ingrata?

POMPEYA.

Sí.

JULIA.

Basta; que aun vengo yo á ser (Aparte.)
Alcahueta entre los dos.

DON JUAN.

¿No escucháis?

JULIA.

Hablando vos,
Será fuerza enmudecer.

DON JUAN.

Lee.

«La opinión general pinta desnudo
Al ciego amor, y en esto no se engaña;

Que cuando de intereses se acompaña
Ni lo es, ni lo será, ni serlo pudo.
»Dicen que es gala al tosco ingenio, al rudo,
Propia amistad, correspondencia extraña,
Mano al avaro y al inhábil maña,
Freno al soberbio y al cobarde escudo.
»Dicen que es un afecto que conquista
La hermosura, en quien hace el alma empleo,
Sin que prudencia humana le resista.
»Yo digo que es amor, y en mí lo veo,
Un animal que le engendró la vista,
Dió vida el trato y manos el deseo.»

JULIA.

Á ver el papel; que entiendo
Que lo decís de memoria.

DON JUAN.

Viene Fabricio.

JULIA.

La historia (Aparte.)
De su amor voy conociendo.
¡Necia esperanza me engaña!

Sale Fabricio Ursino.

FABRICIO.

No vengo á buena ocasión,
Pues vuestra conversación
Ocupa el valor de España.

DON JUAN.

Siempre vos, señor Fabricio,
En toda parte tenéis
El lugar que merecéis.

FABRICIO.

El de esta casa codicio
Como la de más valor.

Siéntase.

¿Qué se trataba?

DON JUAN.

Leía
Un soneto.

FABRICIO.

¿Trataría
Dulces afectos de amor?

DON JUAN.

No trataba sus afectos,
Sino sus definiciones.

FABRICIO.

Tiene mil aplicaciones
Y diferentes conceptos.
Yo nunca supe escribir;
Pero á ninguno daré
Ventaja en la firme fe
Con que he sabido sentir.

DON JUAN.

Quien ama, siente, y al paso
De amor es el sentimiento,
Si no es que al entendimiento
Deis esta excelencia acaso.
Y si es así, alabaréis
Lo que ahora nos decís:
Que con ventaja sentís
Por la que en saber tenéis.

FABRICIO.

Fuera error, señor don Juan,
Alabar mi entendimiento:
Doy ventaja al sentimiento
Por la ocasión que me dan.
Amo un divino sujeto.

POMPEYA.

Señor Fabricio, si nace
Del sujeto lo que hace
Sentir y no el ser discreto,
Quiero un argumento hacer.

FABRICIO.

Señora Pompeya, estoy
Rendido; ventaja os doy,
Pero á ninguno en querer.

POMPEYA.

Si amase el mismo sujeto
Otro amante, ¿sentiría
Lo mismo que vos?

FABRICIO.

Sí haría,
Siendo de su causa efeto.

POMPEYA.

¿Luego á nadie aventajáis
En sentir?

FABRICIO.

Debe de haber
Á quien de favorecer,
Pompeya hermosa, gustáis;
Que aunque presidir aquí
Tan justamente podéis,
La causa que defendéis
Os la ha dado contra mí.

DON JUAN.

No defiende la señora
Pompeya causa ninguna;
Que si defendiera alguna,
Fuera la vuestra; y si ahora
Tuve yo necesidad
De defensa, fué por ser
Ignorante, y conocer
Vuestra rara habilidad.
Las armas he profesado
Siempre al lado del Virrey,
Mi tío, viviendo en ley
De español noble y soldado.
No sé lo que es argumentos;
Pero si amara, bien sé
Que amor á mi firme fe
Le enseñara sentimientos.
Y pues vos sabéis sentir
De la manera que amar,
Yo me aplico á pelear,
Aplicaos vos á escribir.
Escribid, y el premio os den;
Pues todos, Fabricio, en suma,
Dicen que Italia da pluma
Y España las armas.

POMPEYA.
Bien.
FABRICIO.
Muy bien.
POMPEYA.
Si tan nueva hazaña
Como esta conquista ha sido
Ese nombre ha merecido
Para las armas de España,
No es mucho que á Italia den
La pluma.
FABRICIO.
Italia, señora,
En otros tiempos y ahora
Tiene las armas también.
A Roma reconoció
Por reina el mundo, y á España
Sujetó; con quien se engaña
Quien la pluma la aplicó:
Plumas y armas suyas son.
DON JUAN.
Si Italia al mundo tenía
A sus pies, ya llegó el día
Que no ha tenido nación
Que no le ponga en su cuello,
Y muchas veces España.
FABRICIO.
Eso mismo os desengaña
De que el tiempo pudo hacerlo,
Mas no faltar el valor
De sus ínclitos varones.
DON JUAN.
Ya entonces de otras naciones
Victoriosas fué mayor,
Dejando los alemanes,
Que le pisaron la frente:
España á nadie consiente
Hoy mejores capitanes.
Que yo sé que si viviera
César, diera su laurel
Al Gran Capitán, y de él
Humildemente aprendiera
La militar disciplina.
FABRICIO.
Esa es pasión española;
Porque en Italia fué sola,
Rara, insigne y peregrina,
De quien todas las naciones
Aprendieron.
DON JUAN.
No la mía.
FABRICIO.
Por ser bárbara podría
Decirlo; que sus pendones
No han llegado por valor,
Sino por ventura aquí.
DON JUAN.
Quien dijere, si por mí
Se ha dicho tan grande error,
Que España es bárbara, miente.
Y esto afuera probaré
Con la espada.
FABRICIO.
Y yo seré
Quien esta verdad sustente.

Vase D. Juan; quiere salir Fabricio y no le deja Pompeya.

No me tengáis, que no es justo.
POMPEYA.
Suplícoos que os detengáis.
FABRICIO.
Vos el honor me quitáis,
Pompeya, por vuestro gusto.
POMPEYA.
Eso es engaño; y creed
Que miro sólo el honor
De mi casa.
FABRICIO.
Eso es rigor.
POMPEYA.
Hacedme aquesta merced;
Que después tendréis lugar.
JULIA.
Don Juan se fué: bien podéis
Dejarle.
POMPEYA.
Tiempo tendréis
En que le podáis buscar.
FABRICIO.
¡Qué buen pago de mi amor
Al fin de tantos desvelos!
Pues vos me matáis con celos,
Y él con quitarme el honor.

Vanse.

Sale acompañamiento, y el Gran Capitán y García de Paredes, de camino.

GARCÍA.
Otra vez vuelvo á besaros
El pie.
CAPITÁN.
Y otra vez abraza,
García, á quien más te quiere.
GARCÍA.
¡Vive Dios! que con ser patria,
Estaba de los cabellos
En España, y que las alas
De las aves, por venir
Con mayor prisa, envidiaba.
¿Cómo está vuestra excelencia?
CAPITÁN.
¡Oh, buen Paredes, bien pagas
Todo el amor que me debes!
GARCÍA.
¡Pesia tal! si la campaña
Del mar fuera de enemigos,
No dudo que de la espada
Huyeran las libres olas
Y yo volara en el agua.

CAPITÁN.

¿Qué hay en Castilla, García?
¿Es cierto que el Rey se casa?

GARCÍA.

No, señor, que ya lo está:
Ya el rey Fernando y Germana
De Fox hicieron sus bodas;
Con que está toda alterada.
Su legítimo señor,
Felipe, Archiduque de Austria,
Su yerno por su mujer
La princesa doña Juana,
Que por su madre Isabel
Queda Reina propietaria,
Quieren venir á reinar,
Quieren embarcarse á España;
Pero Fernando no quiere
Salir de ella, á cuya causa
Padece el reino.

CAPITÁN.

¿Qué intenta?

GARCÍA.

¿Intentará gobernarla?

CAPITÁN.

Eso ¿cómo puede ser
Si ya sus dueños se embarcan?
Que dos señores apenas
Gobiernan bien una casa.
Con ser inferior la luna
Al sol, á las veces anda
Opuesta á su resplandor
Y asombra su hermosa cara.

GARCÍA.

Grande amor tiene Castilla
Al Católico.

CAPITÁN.

Repara
Justamente en que le debe
La grandeza en que se halla.
Él ha echado los hebreos
Que á Castilla molestaban,
Los ladrones de los montes,
Los bárbaros de Granada.
Ha restaurado las letras,
Ha levantado las armas
Y fundado á nuestra fe
Las inquisiciones santas.
Verdad es que en toda empresa
Merece justa alabanza
La católica Isabel,
Que á las griegas y romanas
Quitó el laurel de la frente.

GARCÍA.

Mal sus méritos le paga
Fernando en casarse ahora.

CAPITÁN.

Sí, que le dió la palabra,
Muriendo, de no lo hacer,
Porque ya pronosticaba,
Como es costumbre en quien muere,
Las futuras menazas.
Carlos, hijo de Felipe,
Por su madre doña Juana
Ha de ser Rey de Castilla.
Mucho la verdad agravian
Los que á Fernando aconsejan.
Yo á lo menos con tardanzas
Respondo á sus advertencias
Para sacarme de Italia;
Que sé que le sirvo aquí.
Y pues que llego á tratarlas,
¿Qué hay de mis cosas, García?
¿Qué dicen de mí? ¿Qué tratan?

GARCÍA.

Por Dios, señor, que si tengo
De decir verdad, que andaba
Rehusando hablaros en ellas,
Porque me han podrido el alma.
Todo es enviar, señor,
Mil informaciones falsas
Contra vos estos bellacos,
Pícaros, sucios, canallas.
¡Por vida de!.....

CAPITÁN.

Paso, quedo,
Paredes; ya sé quién anda
En estas cosas.

GARCÍA.

La envidia
Es la sombra de la fama.
Bien se me alcanza, señor,
Que si la grandeza es tanta,
Os dará más enemigos
Que habéis muerto en mil batallas.
Como en el verano ardiente
Llueve tal vez, y aquel agua
Se convierte en sabandijas,
Han sido vuestras hazañas:
De cada gota ha nacido
Una envidia; que aunque bajan
Del cielo de vuestras glorias,
Y por quien el grande os llaman,
La humildad de su malicia
Y el calor de vuestra fama
Cría monstruos de traiciones
Que sobre la tierra saltan.
Escriben al Rey mil quejas,
Y la primera os levantan
Que á Nápoles queréis dar
Al Rey Archiduque de Austria;
Que os escribís con su padre,
Y que de secreto tratan
Que les deis las fortalezas
De Nápoles y Calabria.
La segunda que dejasteis
Pasar con cierta embajada
Á don Antonio de Acuña
Á Roma, cuando os mandaba
Prenderle el Rey, que quería
Saber por aquellas cartas
Lo que al Pontífice escribe;
Porque sospecha que el Papa

Le da priesa al Archiduque
Para que á España se parta.
Dicen que vos no salís
De Nápoles, porque aguarda
Vuestra suspensa fortuna
El fin de aquestas mudanzas.
¡Voto á los diablos!

CAPITÁN.

Paredes,
Con paciencia.

GARCÍA.

Cuando hablan
En vuestra reputación,
¿Paciencia?

CAPITÁN.

¿No es cosa clara
Que la habemos menester?

GARCÍA.

Clara ú obscura yo andaba
Buscando alguna ocasión
Para cruzarle la cara,
Perdone vuestra Excelencia,
Á la envidia cortesana.
Cortárame cien cabezas
El Rey, y supiera España
Que es Paredes vuestra hechura,
Y vos la mejor espada
Que ha servido á rey. ¡Por vida!

CAPITÁN.

Tener la vuestra envainada
Tantos tiempos en la corte
Toda esa cólera causa.

GARCÍA.

Confieso que es para mí
El andar entre opalandas
Cansada cosa, señor,
Y que es un sangrarme á pausas.
Unos rizados mozuelos,
Que apenas, cuando los hablan,
Sabe un hombre si son ellos
Ó si habla con sus hermanas,
Andaban allí briosos,
¡Por cierto de buena traza,
Para hacer un escuadrón!
¡Calzas, cueras, guantes de ámbar!
Discurrían en la guerra.
Y á la fe que si se tarda
El rey Fernando en salir
Y se han de tomar las armas,
Que no hay para qué Felipe
Traiga gente de Alemania
Contra su enojado suegro.
Éstos también murmuraban
De que no queréis venir.
Yo un día saqué una daga,
Y atravesando un bufete,
Adonde jugando estaban,
Dije: «El Duque, mi señor,
Sirve á Fernando en Italia
De guardarle el reino en paz,
Mientras estas cosas andan,
Que no por otro interés,
Y quien lo piensa, ó se engaña
Ó miente. Si está engañado,
Mire que si viene á España,
Nápoles se ha de perder;
Si miente, tome esa daga
Y sígame.» No salieron
Las señoras de la sala,
Digo, aquellos gentilhombres.

CAPITÁN.

En verdad que yo enviaba
Buen embajador en vos.
¿No hay cartas?

GARCÍA.

No traigo cartas,
Porque todas son lisonjas
Y mentiras disfrazadas,
Y basta que os diga yo
Lo que he visto y lo que pasa;
Que no he mentido en mi vida,
Ni he faltado á mi palabra,
Ni dicho que Dios os guarde
Deseando que se caiga
Este muro sobre vos,
Como los que firman cartas.
Y he reparado, señor,
Que todas son firmas falsas;
Que si escriben una cosa
Y otra tienen en el alma,
Si no cumplen lo que dicen,
Y en cuanto dicen engañan,
No son firmas verdaderas.

Salen el paje, Espinelo y Alberico.

PAJE.

Entrad, que el Virrey aguarda.

ESPINELO.

¿Qué manda vuestra excelencia?

CAPITÁN.

Espinelo, yo he sabido
Que, engañado ó pervertido,
Osáis hablar en mi ausencia.
Sin esto aunque maravilla,
El ver malicia tan clara,
De Juan López de Vergara,
Mi Secretario en Castilla,
He sabido que escribís
Al Rey lo que se os antoja,
Con que se altera y se enoja;
Pues claramente decís
Que yo le quiero entregar
Esta ciudad á su yerno,
Por donde nuevo gobierno
Quiere Fernando enviar,
Y aun me dicen que es su hijo
Don Alonso de Aragón.
No habéis tenido razón.

ESPINELO.

Eso que Vergara os dijo,
Si él en Italia estuviera,

Hiciera yo desdecir.

CAPITÁN.

No me había de escribir
Cosa que verdad no fuera.
Aqueste reino gané
Con mi sangre y con mi espada,
Y de la lealtad jurada
Nunca á Fernando falté.
Es mi Rey y mi señor,
Y si él á llamarme envía,
No será la culpa mía,
Que será de algún traidor.
Id con Dios, sin replicar,
Y enmendaos en escribir;
Que no es seguro mentir,
Y siempre lo fué callar.

ESPINELO.

Ya dije á vuestra excelencia
Que á estar aquí el Secretario.....

GARCÍA.

No es el hablar necesario,
Sino.....

CAPITÁN.

Paredes, paciencia.

GARCÍA.

Salid fuera, que.....

CAPITÁN.

¡García!....

ESPINELO.

Yo os daré satisfacción,
Señor, en otra ocasión.

Vanse los dos.

GARCÍA.

¡Oh, qué paciencia tan fría!
Si vuestra excelencia trata
Á estos pícaros así,
¿De qué se espanta? ¿Esto oí?
¡Pesia!..... ¡Esta flema me mata!
Déjeme vuestra excelencia;
Que no quiero más de ver
Si aquéste sabe correr.

CAPITÁN.

Paciencia.

GARCÍA.

¡Oh, tanta paciencia!.....
Pues déjeme ver siquiera,
Pues no le quiere matar,
Si aquéste sabe bajar
Al patio sin escalera;
Que no le haré mal, por Dios.

CAPITÁN.

Eso no quiero creer.

GARCÍA.

¿Cómo no se han de atrever,
Si sois de esa suerte vos?

Sale D. Juan.

DON JUAN.

¿Qué ha hecho vuestra excelencia
Á Espinelo, que ha salido
De aquí enojado y corrido?

CAPITÁN.

Sobrino, una diligencia
Para templalle la pluma,
Porque dice mal de mí.

DON JUAN.

Que le habéis querido aquí
Matar, va diciendo, en suma

CAPITÁN.

¿Matar?

GARCÍA.

¿No fuera mejor
Que se quejara de veras?

CAPITÁN.

Dejadle hablar.

GARCÍA.

¡Que esto quieras!

Vase el Gran Capitán.

DON JUAN.

¡Fuése!

GARCÍA.

¿Cómo va de amor?

DON JUAN.

Después que os fuisteis, García,
Muy favorecido estoy.

GARCÍA.

Si lo estáis cuando me voy,
Venir fué ignorancia mía.
En fin, ¿ya os hace favor
Pompeya?

DON JUAN.

Arrojadamente.

GARCÍA.

Bien haya quien ama y siente.

DON JUAN.

¿Luego vos tenéis amor?

GARCÍA.

Sí tuviera, que en efeto
No soy de piedra, don Juan;
Pero esto de otro galán
Que pique en lindo y discreto
Es cosa que á cortos plazos,
Si alguna vez me tocara,
A la mujer desollara
Y al hombre hiciera pedazos.
Lo que necesario es,
¿No se compra?

DON JUAN.

Así es verdad.

GARCÍA.

Pues quitar de voluntad
Y poner en interés.
Por el nombre me querían
Ver en Castilla las damas;
Yo no andaba por las ramas
Con algunas que me vían,
Mas daba lindo dinero.
Y un día una bellacona

Me dijo muy socarrona:
«¡Oh valiente caballero!
Con razón entre romanos
Es tu fama encarecida,
Porque no he visto en mi vida
Hombre de mejores manos.»

DON JUAN.

¿Qué la disteis?

GARCÍA.

Cien doblones,
Que esto doy, y no desvelos;
Pero si me diera celos,
La diera cien mojicones.

Sale Julio, criado de Fabricio, con un papel.

JULIO.

Una palabra querría
Al señor don Juan.

DON JUAN.

Hablad.

JULIO.

Aqueste papel tomad,
Que quien le firma os le envía.

Dásele y vase.

DON JUAN.

Id con Dios. Milagro fuera (Aparte.)
No hacer ese caballero
Su obligación; leerle quiero.

Lee.

«Don Juan, Fabricio os espera
De esa otra parte del río
Con un amigo no más.»

GARCÍA.

¿Qué es eso?

DON JUAN.

Nada.

GARCÍA.

¿A qué vas?

DON JUAN.

Dios os guarde.

GARCÍA.

¿Es desafío?

DON JUAN.

Es de una dama el papel.

GARCÍA.

No lo dice tu color.

DON JUAN.

Son efectos de mi amor,
Que está desdeñosa en él.

GARCÍA.

Si es cosa de pesadumbre
Á estas paredes podéis
Arrimaros, y veréis
Saltar de las piedras lumbre.

DON JUAN.

Ya digo que es de una dama.

GARCÍA.

Lo que me niega Don Juan (Aparte.)
Le diré al Gran Capitán;
Que importa á su honor y fama.
Que estos bellacos se atreven
A su sangre, viendo ya
Que el Rey enojado está,
Y lo que tienen le deben.

Vase.

DON JUAN.

Que lleve, me dice aquí,
Conmigo otro caballero;
Pero llevarle no quiero,
Que será bajeza en mí.
Que para dos, con razón,
Basta un Córdoba: mas creo
Que éstos vendrán con deseo
De hacer alguna traición.
¡De mi locura me espanto!
Pensarlo será mejor;
Mas las cosas del honor
No quieren pensarse tanto.

Vase.

Salen Pompeya y Julia.

POMPEYA.

Dé la vuelta el coche luego.

JULIA.

Perdida vas.

POMPEYA.

¡Voy sin mí!

JULIA.

Éste es el río, y aquí
Mal templarás tanto fuego.

POMPEYA.

No le llevo yo de amor,
Que en eso, Julia, te engañas;
Mas de las cosas extrañas
Que suceden por mi honor,
¿Será bien que en la ciudad
Digan que la causa fuí?

JULIA.

¿Quién ha de pensar de ti
Que le tienes voluntad?

POMPEYA.

¿Yo á Fabricio?

JULIA.

A don Juan digo.

POMPEYA.

¡Deja esos celos!

JULIA.

No puedo;
Que tengo á los tuyos miedo
Y al amor por enemigo.

POMPEYA.

Querríame entretener
Y ninguna cosa veo
Que satisfaga al deseo.

Salen D. Juan y Morata, lacayo.

DON JUAN.

Si después de anochecer
No vuelvo á casa, Morata,
Dirás que á Loreto fuí
Á una promesa.

MORATA.

¿De mí
Te guardas?

DON JUAN.

Si fuera ingrata
Mi condición á tu amor,
En lo que á la tuya toca
No fuera la causa poca
De tu queja y mi rigor.
Éste es caso que no cabe
En tu calidad.

MORATA.

¿Por qué,
Si siempre Morata fué
De tus pensamientos llave?
¿No vine de España aquí?
¿No te serví con lealtad?
¿He faltado á la verdad
De hidalgo? ¿Qué has visto en mí?

DON JUAN.

Lleva el caballo, Morata,
Y no me preguntes más,
Que ya me enojas.

MORATA.

Tu harás
Alguna cascabelada (1).
Pero Pompeya está allí,
Que del coche se apeó.
Confieso que me engañó
El haberte visto así.
Llevo el caballo, y diré
Lo que me mandas, señor;
Que solo estarás mejor.
. . . . . (2).

POMPEYA.

¡Ah señor don Juan!

DON JUAN.

Querría
No responder, si pudiese.
¡Que á tal ocasión viniese!
¿Hay mayor desdicha mía?

Salen el Gran Capitán y García de Paredes.

GARCÍA.

Yo os he dicho la verdad.

CAPITÁN.

¿Y es sin duda desafío?

GARCÍA.

El color, y el poco brío
Me han dicho esta necedad;
Que basta ser sangre vuestra.

CAPITÁN.

¿Temor don Juan? Cuando fuese
El contrario que tuviese
Paredes: la envidia vuestra,
Que no puede ser mayor.

GARCÍA.

Digo que me ha parecido,
Por verle descolorido
Y algo encogido, señor;
Que por dicha yo me engaño.

CAPITÁN.

En fin, ¿al río salió?

GARCÍA.

Y me dijo quien le vió
Que iba solo.

CAPITÁN.

¡Caso extraño!

DON JUAN.

¿Hay desdicha semejante?
¡Que cuando con tal valor
Voy á procurar mi honor,
Se pone el mundo delante!
¿Qué se pudiera juntar
Que más infame mi fama?
De aquesta parte la dama
Por quien sale á pelear,
Y de ésa el Virrey mi tío.
¿Qué dirá un noble afrentado,
Sino que los he juntado
Á impedir el desafío?
Entre tanta confusión,
¿Qué haré? Mas ya he visto un barco;
Yo le desato y me embarco.

POMPEYA.

Señor don Juan, ¿no es razón
Que nos habléis?

DON JUAN.

¿Quién me llama?

CAPITÁN.

¡Ah, sobrino! ¿Dónde vais?

DON JUAN.

¿Quién es?

CAPITÁN.

¿Eso preguntáis?
Un deudo vuestro.

POMPEYA.

Una dama.

DON JUAN.

¡Señora!

CAPITÁN.

Escuchadme á mí.

DON JUAN.

¡Señor!

CAPITÁN.

Perdonad, señora;
Que tengo que hablar ahora
Con don Juan secreto aquí.
Tomad el coche y volveos
Á la ciudad.

POMPEYA.

La obediencia

(1) Falta la rima.
(2) Falta un verso.

Debida á vuestra excelencia,
Templa mis justos deseos.
Y porque lo que quería
Á don Juan, lo hará mejor
Ese divino valor.

CAPITÁN.

Señora, esta causa es mía,
Con lo poco que la entiendo.
Id en buen hora.

Vanse las dos.

DON JUAN.

Imagino
Que estoy sin honra.

CAPITÁN.

¡Sobrino!

DON JUAN.

¡Señor!

CAPITÁN.

Oid. No me ofendo
De que sirváis una dama,
Ni de que en tal ocasión
Se ofrezca alguna cuestión
Desto que celos se llama:
Que, claro está que ha de haber
Celos adonde hay amor.
Y aunque por vuestro valor
No seré yo menester,
Estoy corrido que siendo
Sangre tan vuestra encubráis
Vuestros sucesos, pues vais
Donde me han dicho.

DON JUAN.

Yo entiendo,
Señor, que os han engañado.

CAPITÁN.

Dadme luego aquel papel.

DON JUAN.

¿Qué papel?

CAPITÁN.

Yo veré en él
Á lo que estáis obligado.

DON JUAN.

¡Yo, señor!.....

CAPITÁN.

Acabad ya.

DON JUAN.

De que os engañen me pesa.

CAPITÁN.

¡Por vida de la Duquesa,
Que me obliguéis!.....

DON JUAN.

Aquí está.

Dásele.

CAPITÁN.

Pues dejádmele leer.

Lee para sí.

DON JUAN.

Paredes, ¿qué es esto?

GARCÍA.

¿Yo?
Vuestro tío me mandó,
Á quien debo obedecer,
Que le acompañase aquí.

DON JUAN.

¿Quién se lo ha dicho?

GARCÍA.

¿En Palacio
Buscáis eso? Lindo espacio.

DON JUAN.

Honra y opinión perdí.

CAPITÁN.

Don Juan.....

DON JUAN.

¡Señor!.....

CAPITÁN.

Aquí dice
Fabricio Ursino que salga
Otro con vos.

DON JUAN.

Es verdad.

CAPITÁN.

¿Cómo vais solo?

DON JUAN.

Pensaba
Que bastaba ser quien soy.

CAPITÁN.

Para traidores no basta.
Yo tengo de ser, sobrino,
Quien vaya con vos.

DON JUAN.

No vaya
Vuestra excelencia, señor,
Que me quitará la fama,
Pues dirán que vos vencisteis;
Vaya Paredes.

CAPITÁN.

¡La espada
De Paredes no queréis
Que os quite el nombre en Italia!

DON JUAN.

¡Señor!.....

CAPITÁN.

Paso, no lo entienda;
Id y acercar una barca
Con que pasemos los dos.

DON JUAN.

Vuestra excelencia lo manda;
Mas yo voy con poco gusto.

Vase.

CAPITÁN.

Éste sin duda pensaba (Aparte.)
Hacer que aquestas mujeres
Su desafío estorbaran.
Perdido está ¡vive el cielo!
¡Quién pensara que faltara

Mi sangre en él! Pues remedio
No falte donde ella falta.
Paredes.....

GARCÍA.

Señor, ¿qué es esto?
¿Dónde va don Juan? ¿Qué tratas?
¿Qué imaginas?

CAPITÁN.

Un barreno
He menester.

GARCÍA.

¿Y dejabas
Ir á don Juan, que le tiene
Desde las sienes al alma?
¿Adónde quieres agora
Que vaya por él?

CAPITÁN.

Aguarda:
Allí una barca fabrican
Y están clavando las tablas;
No pueden estar sin él.

GARCÍA.

Hay de ellos tanta abundancia
En músicos, en poetas,
En caballeros y damas,
Que lo dudo sin razón.

CAPITÁN.

Y en valientes, ¿no?

GARCÍA.

Si hablas
De valientes, no sé yo
Si de barreno te escapas.

CAPITÁN.

¿Á mí, Paredes?

GARCÍA.

Perdona;
Que aunque en ejércitos mandas,
También te precias de noche
De darte diez cuchilladas.

CAPITÁN.

Bien lo dijeras si agora (Aparte.)
Supieras lo que me aguarda:
Voy á matar un sobrino,
Voy á dar vida á mi fama.

Vanse.

Salen Fabricio y Espinelo.

ESPINELO.

Ya el barco se volvió.

FABRICIO.

Ventura ha sido
No habernos visto nadie.

ESPINELO.

Agora quiero,
Mientras viene el traidor que os ha ofendido,
Saber la causa, y estimar primero
Que me hayáis entre tantos elegido.

FABRICIO.

Teneros por valiente caballero
Y por amigo me obligó: escuchadme.

ESPINELO.

La verdad brevemente declaradme.
Que aunque vos le tenéis por enemigo,
Por sangre del Virrey, también le tengo
Por enemigo yo.

FABRICIO.

Vos sois mi amigo,
Y con vuestro valor seguro vengo.
No era Pompeya tan cruel conmigo,
(Que de todo os advierto y os prevengo)
Antes que el español la visitase.

ESPINELO.

¡Mala elección, mal gusto que os dejase!

FABRICIO.

Respondía tal vez á un papel mío
Y con risa en los ojos me miraba,
Con que amor aumentó mi desvarío,
Que la correspondencia me animaba.
Tal vez la margen de este mismo río,
Á quien su pie de flores esmaltaba,
Me vió dichoso merecer su mano,
Dejando el coche de su sol tirano.
Aquí la vi y aquí la dije amores;
Aquí los escuchó, y aquí á escucharme
Se pararon las aguas, y las flores
Se alzaron de las hojas á envidiarme.
Mas todos estos lances y favores
Desmayaron sus fuerzas, y á dejarme
Se dispuso, ofendida la esperanza
De ver en mi firmeza su mudanza.
¡Vive Dios, que me muero de pensallo!
No sé quien trujo este español á vella,
Que por mi honor las asperezas callo
Que usó conmigo en pago de querella:
Á pie le alaba, admírale á caballo;
Y siendo Italia, como veis, tan bella,
España ha de ser fértil en su boca
De cuanto en guerra y paz á un reino toca.
Hoy sobre aquesto el español villano
Se alargó de manera en su porfía,
Que me obligó á decir qne el reino hispano
Como bárbaro en todo procedía.
Pompeya me detuvo.

ESPINELO.

¿Qué?

FABRICIO.

La mano.

ESPINELO.

Pues ¿qué fué la respuesta?

FABRICIO.

Que mentía.
¿Veis aquí la ocasión del desafío?

Sale el Gran Capitán mojado.

CAPITÁN.

Gracias al cielo que salí del río.

ESPINELO.

Un hombre á nosotros viene.

FABRICIO.

No es don Juan.

ESPINELO.
¡Extraña cosa!
¿No es éste el Virrey?
FABRICIO.
Él es;
La infamia queda notoria
De su sobrino.
ESPINELO.
El cobarde
Se lo ha dicho.
FABRICIO.
¿Qué más honra
Para mí?
ESPINELO.
Dices verdad;
Sin peligro le despojas.
CAPITÁN.
¡Ah, caballeros!
FABRICIO.
¿Quién es?
CAPITÁN.
Suplícoles que me oigan.
Este papel se ha enviado
Á mi sobrino, en que nombran
Dos á dos el desafío
Que están esperando agora.
El me escogió, como amigo
Que más de cerca le toca;
Embarcámonos los dos,
Pero alteradas las ondas
Y no sabiendo del remo,
Por venir los dos á solas,
Zozobró el barco; yo al agua
Me arrojé, pasélа toda;
Mas no sabiendo nadar
En ella don Juan se ahoga.
Yo vengo por él, yo basto,
Él mismo soy, que no importa
Que sean dos. ¡Metan mano!
¿Qué aguardan? ¿Qué se alborotan?
ESPINELO.
Señor, vos sois el Virrey:
Representáis la persona
De Fernando en este reino;
Fuera desto, las victorias
Y hazañas vuestras no piden
Espadas menos famosas
Que de César ó Alejandro.
FABRICIO.
Gran Capitán, á quien honra
Con aqueste nombre el mundo,
Si á las armas españolas
Habéis dado más banderas
Que hay en estos sauces hojas,
¿Quién ha de medir su espada
Con la vuestra victoriosa?
Veis aquí las dos rendidas.
CAPITÁN.
Fabricio, si me reporta
Alguna cosa, es venir
Á vuestro lado persona
Que con su lengua y su pluma
Me destruye y me deshonra
Con mi Rey, pues me levanta
Mil testimonios que adorna
Con prevenciones fingidas
Y palabras mentirosas.
No me conviene matarle;
Que dirán, si fuese agora,
Que es de miedo de que escribe
Al rey Fernando mis cosas.
Viva y escriba, que creo
Que aunque traiciones componga
Ha de tener mi verdad
Más fuerza que las lisonjas.
Que aquel honor que mi espada
Ganó con tantas victorias,
No es posible que le infame
Una lengua fabulosa;
Esto le ha de dar la vida,
Esto que le mate estorba;
Que el haber malos es causa
Que los buenos se conozcan.
Si Dios por un solo bueno
Vida á mil malos otorga,
Viva un malo por mil buenos
Que en este reino me adoran.
Entre la luna y el sol,
¿Qué importa que se interponga
La tierra? Pues ese eclipse
No dura apenas un hora.
Fernando es sol, yo soy luna,
Tú la tierra, pues ¿qué importa
Que pongas sombra en el sol
Si has de quedarte por sombra?

Vase.

FABRICIO.
¡Extraño suceso!
ESPINELO.
Y tal,
Que apenas aliento cobra
Mi confusión y vergüenza.
FABRICIO.
Bien será que te dispongas
Á no escribir desde hoy
Sino las verdades solas.
ESPINELO.
Si ya comencé á mentir,
Y personas poderosas
Me ayudan, que en esta envidia
Con mi pluma se conforman,
¿Cómo he de volver atrás?

Sale D. Juan, mojado, con la espada y la daga

DON JUAN.
Mi fortuna rigurosa
Venció mi honor que del cuello
Del alma cuelga por joya.
Llegué á la orilla nadando,

Aunque con fuerzas tan pocas
Que no sé si he de poder
Ganar opinión honrosa;
Pero piérdase la vida,
Como quien al mar arroja
Lo menos, que es el hacienda.
Ya en la margen arenosa
Me esperan mis dos contrarios.
¡Ah, caballeros!

ESPINELO.

¿Qué sombra
Es ésta?

DON JUAN.

Yo soy don Juan,
Don Juan soy, ¿de qué se asombran?
Con un amigo venía,
Zozobró el barco en las olas,
Él es muerto, yo soy vivo.
¡Mano á las espadas pongan!

FABRICIO.

Don Juan, el Gran Capitán
Vino aquí; su valerosa
Persona, como Virrey,
Mi honor á su cargo toma.
Yo estoy satisfecho ya.

DON JUAN.

Yo no, Fabricio; que torna
Mal el que es desafiado
Sin la sangre ó la victoria.

ESPINELO.

Mira que estoy aquí yo,
Y no he de dejar, perdona,
Que riña solo Fabricio.

DON JUAN.

¿Tú eres? ¡Suerte dichosa!
Á Fabricio mataré
Por el papel, que fué loca
Presunción, y á ti, villano,
Porque al Rey mintiendo informas.

Meten mano.

ESPINELO.

¿Palabras?

DON JUAN.

¡Mueran, infames!

FABRICIO.

Tú lo eres.

ESPINELO.

No respondas.

DON JUAN.

Agora veréis, traidores,
Si son las palabras obras.

Mételos á cuchilladas.

ACTO SEGUNDO.

Salen el rey D. Fernando y el Almirante.

DON FERNANDO.

Premio de reino, en fin.

ALMIRANTE.

La vulgar gente
Clarísimo Fernando, es atrevida,
Luego que causa para serlo siente.

DON FERNANDO.

Castilla, á tanto bien desconocida,
Yo coroné de mi laurel tu frente,
Á costa de mi sangre y de mi vida;
Yo te limpié del moro y del hebreo.
¡Qué bien me pagas, obras y deseo!
Vino, Almirante, á España el yerno mío;
Felipe vino, de mi Juana esposo;
Conozco que es su Rey, mas tal desvío
Me tiene triste y con razón quejoso;
Pero en el cielo y su poder confío
Que, como á padre suyo generoso,
Castilla me eche menos algún día.

ALMIRANTE.

¿Quién duda que os debió su monarquía?
Pero dice, señor, que, Isabel muerta,
Reina y señora nuestra castellana,
Ya Felipe es su Rey, y en esto acierta,
Heredando estos reinos doña Juana:
Cuanto os mandó, señor, se desconcierta,
Pues con la serenísima Germana
Os casasteis, habiendo prometido
De no casaros; pues lo habéis perdido.
Diez cuentos que mandó daros de renta,
Y la del nuevo mundo conquistado
Por Colón, sin la mucha que se cuenta
De los maestrazgos de que habéis gozado,
Tienen esta corona descontenta
Viendo, Fernando, que os habéis casado;
Conoce el bien, pero á decir se atreve
Que á la muerta Isabel la mitad debe.
Ella se halló con vos en las fronteras,
Y á vuestro lado mereció las glorias
Que de Genil os dieron las riberas
Por tantas y tan célebres victorias;
Y pues con su favor vuestras banderas,
Que á la fama darán bronces é historias,
Á Perpiñán y á Ruisellón cobraron
Y á Nápoles la bella conquistaron,
Claro está que de aquestos beneficios,
Señor, os resultó mayor provecho,
Y que os pagó también con sus servicios
El favor y merced que le habéis hecho:
Que deseasteis hijos dais indicios,
De vuestro casamiento satisfecho,
Á quien dejéis de Nápoles la silla,

En daño de los Reyes de Castilla.
Pues no os maravilléis que al rey Felipe,
Su señor natural, pues vuestro nieto
Carlos lo es ya, respete y anticipe
En obediencia, gusto, fe y respeto.

DON FERNANDO.

¿Y es fuerza de razón que participe
Quien fué la causa de ese mismo efeto
Del agradecimiento que me debe?

ALMIRANTE.

Yo sólo os digo lo que al reino mueve.
De Carlos, vuestro nieto, pronostican
Que ha de humillar el mundo á su corona,
Del imperio las águilas le aplican
Y de la fría á la abrasada zona:
Temen que tengais hijos, y replican
Que estuviera mejor vuestra persona
En Aragón ó Nápoles.

DON FERNANDO.

Jüicio
Del vulgo, ingrato á tanto beneficio.
Pero porque sepáis en cual estado
Tiene á Nápoles hoy mi ingrato yerno,
Leed aquesta carta, que ha llegado
Contra el Virrey que tiene por gobierno.

ALMIRANTE.

Ya os he dicho otra vez cuán engañado
Os tiene de la envidia el odio eterno
Contra el Gran Capitán, honor del mundo.

DON FERNANDO.

Leed, veréis en qué razón me fundo.

Lea el Almirante.

ALMIRANTE.

«El rey Felipe, Archiduque, y el Rey de romanos, su padre, prometen al Gran Capitán, porque tenga en su nombre las fortalezas de este reino, irle á ayudar en persona, y casar al duque D. Fernando, hijo del rey D. Fadrique, con su hija mayor, y hacerlos reyes, poniendo al Gran Capitán en la gobernación perpetua de aquel gobierno.»

DON FERNANDO.

La firma no la leáis.

ALMIRANTE

Ni aun quisiera, por no ver
Hombre que os pueda poner
En la confusión que estáis.

DON FERNANDO.

¿Qué os parece?

ALMIRANTE.

Que es mentira.

DON FERNANDO.

¿Mentira?

ALMIRANTE.

Sí, gran señor,
Y no debéis al amor
De don Gonzalo esa ira.

DON FERNANDO.

Yo sé que es cierto.

ALMIRANTE.

¿Por qué?

DON FERNANDO.

Porque basta ser mi daño.

ALMIRANTE.

En eso se ve el engaño
Y la desdicha se ve.
Por la cruz de aquesta espada,
Que miente el que esto os escribe,
Y que el Gran Capitán vive
Firme en la lealtad jurada.
Que cuando el Rey de romanos
Eso quisiera intentar,
No diera el Duque lugar
Á pensamientos tan vanos.

DON FERNANDO.

Casar con hijo de rey
Su hija, y hacerlos reyes,
¿No es de temer?

ALMIRANTE.

No en las leyes
De un hombre de buena ley.
Quien ese reino os ganó
Y tanto honor os ha dado,
Bien merece ser honrado
Con el crédito que os dió.

DON FERNANDO.

Ya le he mandado prender.

ALMIRANTE.

Erráis contra vuestro honor,
Y haréis un hecho, señor,
Que no sabréis deshacer.
¡Vive Dios, que si en prisión
Al Gran Capitán ponéis,
Que en todo el mundo perdéis
Honor y reputación!
¡Ah envidia, á lo que has llegado!
Basta que intentas el sol
Eclipsar de un español
Que tiene el mundo admirado.

DON FERNANDO.

Quedo, Almirante, que luego
Haré que ese acuerdo cese.

ALMIRANTE.

Si un ave, señor, pudiese,
Fuera justo darle el pliego.

DON FERNANDO.

Yo lo quiero remediar
Con darle, Almirante, en pago
El maestrazgo de Santiago.

ALMIRANTE.

Los pies os quiero besar.

DON FERNANDO.

Basta, alzaos; que esto es temor,
Viendo que en Castilla están
Mis hijos, que al Capitán
Grande tengo grande amor.
En aquestas disensiones
Nápoles es mi sagrado,
Y á lo que me han informado,
Me animan sus dilaciones.

¿Por qué no se viene á España?

ALMIRANTE.

Porque os sirve bien allí.

DON FERNANDO.

No sé si lo crea ansí.

ALMIRANTE.

Quien os escribe os engaña.
Y tratalde bien, por Dios;
Que si ingrato respondéis,
Á Castilla enseñaréis
Á ser ingrata con vos.

Vanse.

Salen García de Paredes y el Gran Capitán.

GARCÍA.

Si supiera que querías
El barreno para hacer
Tal cosa, pudiera ser
Que las ignorancias mías
Te dieran algún enojo;

CAPITÁN.

Bien está muerto, Paredes.

GARCÍA.

Decirlo y hacerlo puedes
Á tu libertad y antojo;
Pero ¡vive Dios! que has muerto
Al caballero mejor
De tu sangre, y que fué error.

CAPITAN.

¡Á buen tiempo!

GARCÍA.

Pues ¿no es cierto?

CAPITÁN.

¿No me dijiste que estaba
Cobarde y descolorido?

GARCÍA.

¿Y no pudiera haber sido
Que el corazón le apretaba,
De puro valor, el pecho?
Pero ¿qué hiciste después?

CAPITÁN.

Salí á tierra.

GARCÍA.

Habría tres
Ó cuatro, ya lo sospecho,
Destos gallinas. ¡Ah Dios,
Quién estuviera á tu lado!

CAPITÁN.

Fabricio es hidalgo honrado
Y esperaba dos á dos.

GARCÍA.

¿Matólos vuestra excelencia?

CAPITÁN.

Dijeron que no era ley
De nobles contra el Virrey,
Y parecióme prudencia.

GARCÍA.

Es el temor muy cortés,
Muy hablado y comedido.
¿Algo hiciste?

CAPITÁN.

No he tenido
Manos jamás contra pies.

GARCÍA.

¿Ni les diste un cintarazo
Siquiera?

CAPITÁN.

Paredes, no;
Que un hombre que allí se halló
También me detuvo el brazo.

GARCÍA.

¿Quién era?

CAPITÁN.

El Gran Capitán.

GARCÍA.

Ya lo echamos al valor.
Pues ¿cómo sabrán, señor,
En qué obligación te están?
En mi tierra, un azotado
Dió al verdugo cien escudos
Porque se los diese mudos,
Que era honrado y delicado:
En saliendo por la puerta,
Así la mano asentó
Que al primero que le dió
Le dejó la espalda abierta.
El hombre volvió del yugo
La cabeza al golpe fiero
Y díjole: ¿y el dinero?
Y aquí respondió el verdugo:
Todos habían de ser
Como éste, y así sabrá
En qué obligación me está
Por el dinero de ayer;
Que si quedo se los diera,
Bien sabe que no podía
Conocer la cortesía
De los que adelante espera.
Aplico, y digo que yo
Les diera tal cintarazo,
Que conocieran el brazo
Que á los demás perdonó.

Sale un paje.

PAJE.

Aquí ha llegado don Juan.

CAPITÁN.

¿Qué don Juan?

GARCÍA.

¿Cosa que fuese
Tu sobrino y que viviese?

Entren D. Juan y Morata.

MORATA.

Confusos de verte están.

DON JUAN.

Dame tus pies.

CAPITÁN.

¡Vive el cielo,
Que de que viva me pesa!

DON JUAN.

En el pasado peligro
Tuve por ventura inmensa
El ver, señor, que nadaba
Tan diestro vuestra excelencia.
Con lo poco que sabía,
Aunque tarde, llegué á tierra
Y hallé mis dos enemigos
Que estampaban el arena,
Como celosos novillos
Que sus contrarios esperan.
Metí mano para entrambos;
Que no hay ventaja que tema
Quien nace Córdoba al mundo
Y que tiene sangre vuestra.
Maté á Fabricio, Espinelo
Huyó, mas dejóme en prendas
Esta capa y esta daga
Que trae Morata. ¡Hola, muestra!
Á Fabricio le quité
Del cuello aquesta cadena;
Que donde hay desconfianzas
Serán forzosas las señas.
Para espada que tan bien
Pechos contrarios barrena,
Nunca barrenéis las barcas
Adonde el honor navega.
Porque no es clavo el honor
Que ha menester, cuando entra,
Que dé el barreno lugar
Donde él sabe entrar por fuerza.
Para cobardes espadas
Esas barrenas son buenas,
Que donde hay fuerza en la sangre
Sabrán entrar por las piedras.
Vuestra licencia me dad
Para que á España me vuelva;
Que no quiero que me deis
Agua sin tratos de cuerda.
Más de la que yo bebí
Sangre á mis contrarios cuesta;
Dos veces sois mi padrino,
Una allí y otra en la iglesia.
Para enseñarme á nadar,
Fué muy costosa experiencia
Irse el maestro y dejarme
Sin enseñarme la ciencia.
Salí, finalmente, y soy
Tan Córdoba, como era
Del Gran Capitán sobrino,
Duque en Terranova y Sesa.
Que el agua me echó á la orilla,
No como á persona muerta,
Más como al ámbar más fino.
¡Dios guarde á vuestra excelencia!

CAPITÁN.

Sobrino, don Juan, sobrino,
Hijo.

DON JUAN.

Ese nombre pudiera
Sólo volverme á tus ojos.

CAPITÁN.

Dame esos brazos, que llegan
Á derribar mi valor
Á los pies de tu prudencia.
No juzgues lo que ha pasado
Á poco amor, sino á prueba
De tu valor.

DON JUAN.

En el agua
No pruebes desa manera
Un valor que pesa tanto;
Que anegarás su firmeza.

CAPITÁN.

Ya es hecho; con mis fortunas,
Don Juan, las tuyas consuela.
Presto habemos de ir á España;
Aquí estarás, ten paciencia;
Que nadie te ha de ofender.

DON JUAN.

Basta, señor, que lo quieras
Para que don Juan te sirva
Y, como es justo, obedezca.

CAPITÁN.

Pues, Paredes, ¿qué os parece?

GARCÍA.

Estoy, señor, con vergüenza,
Aunque contento de ver
El valor que don Juan muestra.
Por vida del Rey, señor,
Y vuestra, que más quisiera
Ser don Juan en este día
Que Alejandro, Pirro y César.
Yo he hecho mil desafíos
Entre naciones diversas:
Con alemanes, con moros,
Con diablos, y nunca vea
Vuestra honra sin envidia
Si hice cosa como ésta
Ni la vi más bien lograda.

CAPITÁN.

Callad, que Peralta llega.

Entra Peralta, capitán.

PERALTA.

Esta carta es de Castilla.

CAPITÁN.

Mostrad.

GARCÍA.

¿Ya temes?

CAPITÁN.

Que tema
Es justo mis enemigos.

GARCÍA.

Lee.

CAPITÁN.

No son buenas nuevas.

GARCÍA.

En fin, don Juan, ¿ya quitáis
Capas?

DON JUAN.

¿Qué queréis que haga?

GARCÍA.

Eso, porque satisfaga
La opinión que deseáis.
Y aunque de aquel desafío
Vuestro honor tan libre escapa,
No ha sido mala una capa
Para quien sale del río.

DON JUAN.

Si yo saliera temblando
Fuera la capa mejor.

GARCÍA.

Siempre que nada el honor
Se ha de ir cubriendo y guardando.
Y no ha sido cosa impropia
Nadar, don Juan, y mojarse,
Quien tan bien supo enjugarse
Al sol de su fama propia.

CAPITÁN.

¡Válgame Dios!

GARCÍA.

¿Qué tenemos?
¿Cáese el mundo? Que si vos
Hacéis extremos, por Dios,
Que está el mundo en sus extremos.

CAPITÁN.

Avísame aquesta carta
Que el Rey me manda prender.

GARCÍA.

¡Voto á los diablos!

CAPITÁN.

¡Que ayer
La mía á Fernando parta
Con tanta seguridad,
Y él prevenga mi prisión!

GARCÍA.

Á vuestra reputación,
Grandeza y autoridad,
No puede haber cosa alguna
Que ofenda, ni Dios lo quiera,
Si no es que la envidia fiera
Emborrache á la fortuna.

CAPITÁN.

No me ha sacado de mí
Cosa como ésta en mi vida.

GARCÍA.

Si fuera aquí la ofendida
Mi persona, fuera ansí;
Porque viendo lo que pasa
Saliera de mis casillas;
Pero vos ni aun de rodillas
Saldréis de tan grande casa.

CAPITÁN.

Voy á escribir.

GARCÍA.

Yo á aguardaros.

CAPITÁN.

Sobrino, venid conmigo,
Que os quiero ya por amigo.

DON JUAN.

Esta vida puedo daros.

GARCÍA.

Y de las ajenas yo
Os mando un millón entero.

CAPITÁN.

Callad, Paredes.

GARCÍA.

No quiero.
¡Pesar de quien me parió!
Cuando ya tú te amohinas,
Que eres la misma prudencia,
¿Quieres que tenga paciencia?
¡Pícaros, putos, gallinas!

Vanse.

Salga Pompeya, disfrazada de hombre, con capa y espada.

POMPEYA.

Noche, que has dado lugar
Á cuanto intenta el deseo;
Noche, cuyo rostro feo
Suele el amor desear;
Noche, enseñada á callar
Tantos gustos y placeres;
Máscara del sol, pues eres
Tan amiga de disfraces,
Que de sus ausencias naces
Y de sus venidas mueres.
Siendo quien soy, me he fiado
De ti, mirando, en efeto,
Que tienes para el secreto
Partes con que le has guardado,
Porque tu manto estrellado
Todo es ojos ¡gran fortuna!
De quien amando importuna;
Pues para no dar enojos,
Estando tan llena de ojos
No tienen lengua ninguna.
Noche, la parlera fama,
En susurrar siempre abeja,
No sé qué dijo á mi reja
¡Ó lo que escucha quien ama!
Pienso que mi honor infama
La nueva de un desafío,
Atrevido al honor mío;
Que pudiéndole lavar,
Le quiso el amor manchar
Con toda el agua de un río.
No me he atrevido á fiarme
De los que en mi casa están,
Para saber si don Juan
Es muerto, para matarme.
Vestíme para informarme
De los soldados que aquí
Hacen guardia, pues en mí
Ya no hace guarda el honor;
Porque mal quien tiene amor
Sabe guardarse de sí.
¿Cómo me podré informar
Si vive don Juan ó es muerto?
Más quiero pena en el puerto

Que esperanza por la mar.
¿Á quién podré preguntar?
Pero ¿qué amor me engañó?
Que si en mi pecho asistió
Por alma, si muerto fuera,
También el cuerpo muriera
Donde por alma vivió.

Salen García de Paredes, D. Juan y Morata.

GARCÍA.

No me puedo sosegar.

DON JUAN.

El amor no da sosiego.

GARCÍA.

Téngole al Gran Capitán
Por tantos merecimientos,
Y porque yo sé también
La voluntad que le debo.
Con esto en toda esta noche
Y en mil ¡por los altos cielos!
Que he de estar en esta puerta;
Y que si viene el infierno
Con más escuadras de diablos
Que de su alcázar cayeron,
Que primero han de matarme
Que se diga que está preso.

DON JUAN.

Yo no sé, Paredes, quién
Tendrá tanto atrevimiento;
Que es hombre el Gran Capitán
Que solamente de verlo
Tiemblan naciones que apenas
Dueño humano conocieron.

GARCÍA.

Dame, don Juan, que decline
La fortuna, y verás luego
Venir á ser tronco humilde
El más levantado cedro.
¿No has visto pintar á Esopo
La fábula del león muerto,
Tendido en un verde campo
Y cubierto de conejos?
Pues ¿qué más ejemplo quieres?

DON JUAN.

No vale ahora el ejemplo;
Que está vivo el león.

GARCÍA.

¡Ah, Dios!
Vivo llamas á quien veinos
Desfavorecido, y ya
En odio de su Rey puesto.
Ahora bien, á mi amor toca
Morir; esto sólo quiero.
Vete á acostar.

DON JUAN.

¿Cómo irme?
¿Quiérole por dicha menos?

GARCÍA.

Espera; ¿quién está allí?

DON JUAN.

Llega, Morata, á saberlo.

MORATA.

¿Para qué quieres que llegue
Si, como corren los tiempos,
Hay puestas por las esquinas
Seis mangas de arcabuceros?

GARCÍA.

¿Quién va? Desviaos allá,
Que yo sabré lo que es esto.
¿Quién va? digo. ¿No responde?
¿No se mueve? ¿les estafermo?
¿Qué aguarda, que le sacuda?
¿Habla, ó doyle?

POMPEYA.

Caballero,
Tened la espada, por Dios,
Y advertid que no os ofendo.

GARCÍA.

¡Qué figura, qué persona!
¿Es de la prisión del huerto?
Porque en nombrando á Gonzalo
Caerán todos por el suelo.

POMPEYA.

Señor.....

GARCÍA.

Déjese de voces.
¿Es notifico, ó prenderlo?
¿Es de *fustibus et armis?*
Porque tengo de San Pedro
Esto de matar judíos.

POMPEYA.

Señor, que me oigáis os ruego
Aquí aparte.

GARCÍA.

¿Traerá acaso
Para hablar boca de fuego?
Pues tire, que por los santos
Que lo parecen sin serlo,
Que si me yerra.....

POMPEYA.

Advertid
Que soy mujer.

GARCÍA.

¿Cierto?

POMPEYA.

Cierto.

GARCÍA.

Pues veis toda la braveza
De Paredes: en oyendo
Mujer, pareció un gazapo.

POMPEYA.

Á muy buena dicha tengo
Que seáis Paredes; en vos
Mi desdicha arrimar quiero.

GARCÍA.

Arrimarme quiero, madre.

POMPEYA.

Oid.

GARCÍA.

¿Cuánto va que vengo,
Según soy de venturoso,
Á ser alcahuete vuestro?

En fin, sois mujer.....

POMPEYA.

Y noble.

GARCÍA.

En siendo mujer, lo creo;
Que el dar es grande nobleza,
Y ésta tenéis por extremo:
¿Quién sois, que siendo mujer,
Y que rebozada os veo,
Á las puertas del Virrey,
Del Gran Capitán, que ha puesto
Su nombre sobre los nueve
Que el de la fama tuvieron?
Presumo que sois la envidia;
La envidia sois; que aquí dentro
Vive el valor, la verdad,
La lealtad y el mayor pecho
De un invencible varón
Que vió la guerra y el tiempo.

POMPEYA.

No creáis que soy la envidia;
Su bien y aumento deseo.

GARCÍA.

¿Sois la mentira, por dicha?
Porque de ella dijo un griego
Que era hermosa y bien vestida,
Y de colores diversos.

POMPEYA.

Antes por tratar verdad
En tal peligro me veo.

GARCÍA.

¿Pues qué seréis á la puerta
Del Gran Capitán? Sospecho
Que sois la verdad, la fe,
La justicia, el santo celo,
La militar fortaleza,
La fama de tantos hechos.
Mas no digo bien; que todos
Estos atributos creo
Que á la puerta no estuvieran,
Que están dentro de su pecho.
¿Sois la desdicha por dicha?
Y está bien dicho; pues viendo
Su dicha, desdichas quieren
Borrar sus merecimientos.
Pues desdicha, ¿qué queréis?
Diréis que es Mario, Pompeyo,
Belisario y otros tales:
No decís bien; que sirvieron
Á Repúblicas gentiles,
Y el Gran Capitán á aquellos
Cuyo católico nombre
Quedará en España eterno.
Al mejor Rey ¡vive Dios!
Que tuvo cristiano cetro,
Engañan unos bellacos
Envidiosos y soberbios,
Que dicen que es desleal
El Gran Capitán.

POMPEYA.

Teneos,
Que os precipita el amor.

GARCÍA.

Ya os conozco en decir eso:
Vos sois la humildad, sin duda;
Que el Gran Capitán la ha puesto
Á la puerta de su casa,
Porque todos entren dentro
Quejosos de mal pagados,
Soldados rotos y enfermos,
Mujeres pobres, viúdas,
Religiosos, niños, viejos.
¿No es verdad?

POMPEYA.

Yo soy, Paredes,
Pompeya.

GARCÍA.

Señora.....

POMPEYA.

Vengo
Sólo á saber de don Juan,
Porque me han dicho que es muerto.

GARCÍA.

Es verdad.

POMPEYA.

¡Triste de mí!

GARCÍA.

Paso, esperad.

POMPEYA.

¿Cómo puedo?.....

GARCÍA.

¡Qué digo! muerto de amor.
Don Juan, allí viene un deudo
De Fabricio; él viene solo;
Haced como caballero.

DON JUAN.

¿De Fabricio?

GARCÍA.

¡Caso extraño,
Que por más que huyo de serlo
Siempre he de ser alcahuete!
Ya que me vistan merezco
De terciopelo de plumas:
Fondo en miel.

Vase Paredes.

DON JUAN.

¡Ah, hidalgo!

POMPEYA.

¡Cielos!
La voz de don Juan parece.

DON JUAN.

El buscarme en este puesto
No me ha parecido bien.
¿Viene acompañado?

POMPEYA.

Vengo
Con don Juan.

DON JUAN.

¿Con qué don Juan?

POMPEYA.

El de Córdoba.

DON JUAN.
¿Á qué efecto
Dice que viene conmigo?
POMPEYA.
Porque en el alma le tengo.
DON JUAN.
¿No ve que yo soy don Juan
De Córdoba?
POMPEYA.
Ya lo veo;
Por eso vengo á buscarle,
Y si es hombre, como pienso,
Sígame.
DON JUAN.
Yo soy tan hombre
Que con ver que mayor yerro
No puedo hacer que seguirle,
Digo que seguirle quiero.
Morata.
MORATA.
Señor.
DON JUAN.
¿Paredes
Se fué del todo?
MORATA.
Y diciendo
Que era alcahuete.
DON JUAN.
¿De quién?
MORATA.
¿Qué sé yo?
DON JUAN.
Aqueste mozuelo
Me ha dicho aquí que le siga.
MORATA.
Si de don Fabricio es deudo,
Mira que te han de matar.
DON JUAN.
Si lo excuso, infame quedo.
Yo voy tras él.
MORATA.
Y yo cojo
Cuatro, y quisiera quinientos,
Terrones de azúcar piedra.
DON JUAN.
Por otra parte, sospecho
Que irse y decir Paredes
Que era alcahuete, es enredo
De alguna dama; al fin, voy.
MORATA.
Es pensamiento discreto;
Porque dejarte Paredes
Por más imposible tengo
Que ser venturoso un sabio
Y ser desdichado un necio.

Vanse.

Entren el Almirante y el Condestable y criados.

CONDESTABLE.
Crueldad notable que Castilla intente
Que la deje Fernando, que ha ilustrado
Con mil coronas su gallarda frente!
ALMIRANTE.
Un príncipe tan santo y que le ha dado
El sér que tiene, es lástima que salga
Como por fuerza y siendo tan amado.
CONDESTABLE.
No puede haber obligación que valga
Contra reinar sus reyes justamente
Ni en la plebeya ni en la gente hidalga.
Á Nápoles se parte, aunque lo siente,
Reino suyo, en efecto, y conquistado
De aquel Gran Capitán, que dignamente
Vive de aqueste nombre laureado,
Aunque pese á la envidia que le sigue
Y tiene al Rey tan sin razón airado.
ALMIRANTE.
¿Quién es este cruel que le persigue?
CONDESTABLE.
Son tantos ya, que apenas se adivina.
ALMIRANTE.
Tanta virtud no es mucho que le obligue
Alberico, señor de Terracina,
Juan Bautista Espinelo, Castrioto
Y la parte que llaman Anjoína.
CONDESTABLE.
Admírame que causen alboroto
En el pecho de un príncipe tan sabio.
ALMIRANTE.
Á fe que no le hicieran de mi voto.
La larga ausencia es madre del agravio:
No sé que en su lealtad, por más que pueda,
Pueda la envidia ni aun mover el labio.
Felipe, nuestro Rey, seguro queda;
Irse Fernando es justo, y lastimoso
Que tal licencia el tiempo le conceda.
Entró en Valladolid con suntuoso
Aparato la reina doña Juana,
Acompañada de su amado esposo.
Adórale de suerte ¡ay, fuese vana
Tal opinión!, que dicen que de celos,
Celos, pasión de todo amor tirana,
Ha dado en tantas ansias y desvelos,
Que se teme que pierda aquella parte
Que al alma dieron por mejor los cielos.
CONDESTABLE.
En fin, Fernando de Castilla parte
Y á Nápoles se va.
ALMIRANTE.
Fernando viene.
CONDESTABLE.
Mucho siento que el tiempo nos aparte.
ALMIRANTE.
¡Mas qué mudanzas tan extrañas tiene!

Salen el rey Fernando y el capitán Nuño de Ocampo.

DON FERNANDO.
Las cartas he recibido
Con mucho gusto y contento.

NUÑO.

Jamás en su pensamiento
Cupo haberos ofendido.

DON FERNANDO.

¿Dicen que trata casar
Su hija el Virrey?

NUÑO.

Ya es justo,
Mas no por daros disgusto,
Y así os pretende avisar.

DON FERNANDO.

Si de Próspero Colona
Se la da al hijo mayor,
Claro está que su favor
Le obliga.

NUÑO.

Á vuestra corona
Gonzalo Fernández mira;
Vuestro servicio es su ley;
Vos sois, gran señor, su Rey,
Que lo demás es mentira.

DON FERNANDO.

Amigo Nuño de Ocampo,
Si el Gran Capitán quisiera,
Hoy en España estuviera.

NUÑO.

No está tan seguro el campo,
Que sea servicio vuestro
Desamparar tan gran plaza;
Alguno á Italia amenaza
Que ha envidiado el valor nuestro.
Vos, en efecto, señor,
Vais á Italia, y lo veréis
Por vuestros ojos, y haréis
Al Gran Capitán favor
No mandando que le impidan
El salir de Castilnovo.

DON FERNANDO.

Ya los decretos innovo
Hasta que otros medios pidan:
No me dejan sosegar
Con lo que me dicen dél.

NUÑO.

¡Qué Capitán más fiel
Tenéis en tierra y en mar!

DON FERNANDO.

Ya voy á vivir allí;
Yo seré Virrey y Rey;
Que ya quiero ser Virrey,
Pues no soy Rey como fuí.
¿Prevínose mi partida,
Almirante?

ALMIRANTE.

Sí, señor,
Aunque con tanto rigor
Mal forzada y bien sentida.

DON FERNANDO.

¿Quién va conmigo?

ALMIRANTE.

El primero
Es don Bernardo de Rojas,
Marqués de Denia.

DON FERNANDO.

Eso es fuerza,
Pues há tanto que se nombra
Mi Mayordomo mayor.

ALMIRANTE.

Va don Diego de Mendoza,
Y don Juan, su hermano, entrambos
De sus armas honra y gloria.
Don Fernando de Toledo
De acompañaros se goza,
Hermano del Duque de Alba;
Va don Fernando de Rojas,
Que lo es del Marqués de Denia.

DON FERNANDO.

Ya los amigos se apocan;
Que siempre en poca fortuna
Son las amistades pocas.

ALMIRANTE.

De Aragón lleváis los Condes
De Aranda y de Ribagorza,
Y su Justicia Mayor
De acompañaros se honra;
Don Alonso de Aragón,
Duque de Villahermosa,
Y otros nobles de Valencia
Y Cataluña, que agora
Vienen con mucho contento
De la insigne Barcelona.

DON FERNANDO.

Castilla, de ti me voy,
Aunque me quedo contigo;
Trátasme como á enemigo:
Tu amigo y tu padre soy;
Pero más contigo estoy
Cuanto más dejarme quieres.
No me espanto que te alteres:
Tu Rey es Felipe y Carlos;
Pero déjame envidiarlos;
Que te amo, aunque ingrata eres.
Mientras vivió mi Isabel,
Contenta te vi, Castilla;
África por mí se humilla
Á tu divino laurel.
De moro, hebreo y cruel
Salteador limpié tu muro;
Ya queda todo seguro.
¡Qué buen galardón me ofreces!
Pues más mi amor aborreces
Mientras más tu bien procuro.
Aunque te dejo sin guerra,
Siento con justa inquietud
Que llegue tu ingratitud
Á arrojarme de tu tierra.
Quien agora me destierra,
Bien podrá ser que algún día
Conozca la falta mía;
Mas con razón me desvío,
Porque amor y señorío
No sufren bien compañía.
Á embarcarse, finalmente,

Se va tu padre y tu amparo;
Rey te dejo ilustre y claro,
Príncipe en todo excelente.
¡Plegue al cielo que en la frente
De Carlos, mi nieto, veas
La corona que deseas
Del gran imperio alemán!
Que ya mis ojos te dan
Lo que no quiero que creas.

Vase.

ALMIRANTE.

¿Hay lástima como ver
Un Rey salir de este modo?

CONDESTABLE.

El tiempo lo muda todo,
Que tiene inmenso poder.

ALMIRANTE.

¡Cosas puede el tiempo hacer
Tan notables!.....

CONDESTABLE.

El gobierno
De Castilla es de su yerno.

ALMIRANTE.

Trocado queda en los dos;
Que solamente el de Dios
Puede ser imperio eterno.

Vanse.

Entren D. Juan y Pompeya.

POMPEYA.

Ya no me pienso mudar
El hábito; ya he perdido,
Como la vida, el sentido.

DON JUAN.

No es perder lo que es ganar;
Si no es que tienes en poco
Que yo tu marido sea.

POMPEYA.

¿Quién habrá, don Juan, que crea
Un pensamiento tan loco?

DON JUAN.

En fin, ¿embarcarte quieres?

POMPEYA.

Agora, don Juan, verás
Que amor, sin dar paso atrás,
Es tudesco en las mujeres.

DON JUAN.

Mándame el Gran Capitán,
Viendo el peligro en que estoy,
Partir á España.

POMPEYA.

Y yo soy
De las que también se van;
Por lo menos, voy contigo.

DON JUAN.

Pompeya, mayor favor
No me puede hacer amor
Si llevo tu luz conmigo;
Mas temo lo que dirán
En Nápoles, si se sabe,
Siendo persona tan grave.

POMPEYA.

Y ya ¿qué importa, don Juan,
Si tú has de ser mi marido?

MORATA.

Señor, ¿qué te estás cansando?
En mujer que vive amando
Añade fuego el olvido:
Pompeya quedar no puede
Sin ti; si á España te vas
Y no la llevas, harás
Que muerta en la orilla quede
Ó que se arroje en la mar.
Son las mujeres ansí.

DON JUAN.

Nunca, Morata, entendí
Que la pudiera olvidar.

MORATA.

Los hombres, gozando, olvidan
Cuánto ellas aman gozadas,
Porque quedan empeñadas
Y no hay favor que las pidan.
Y así al arrepentimiento
Del deseo llaman sombra.

DON JUAN.

Por ello el amor se nombra
Breve y difícil contento.

MORATA.

¡Tu tío!

DON JUAN.

No importa nada;
Pompeya ha de ser mi paje,
Aunque ya ni en este traje
Ni en el que pasó me agrada.

MORATA.

Gustos hay sin olvidallos.

DON JUAN.

Los más dulces son más feos,
Porque el fin de los deseos
Es principio de olvidallos.

Sale el Gran Capitán.

CAPITÁN.

Cuidados sobre servicios,
Puesto que sois mal pagados,
De que sois bien empleados
Es justo que deis indicios.
Á buen Rey habéis servido;
No tenéis de qué os quejar,
Porque el poderle engañar
Ser hombre la culpa ha sido.
No hubiera más justas leyes
Que servir y obedecer,
Si acaso pudiera ser
El no ser hombres los reyes.
Pues, en fin, porque lo son
Vemos que son engañados
De los mal intencionados

Con siniestra información.
Yo he servido, y no me deja
La envidia lograr mi fe,
Pues á quien serví y amé
De mis lealtades se queja.
¡Que hiciese Dios dos oídos
Para darnos á entender
Que el escuchar ha de ser
A informantes y ofendidos!
¡Y que un Príncipe no guarde,
Siendo supremo jüez,
El uno, y sí alguna vez
Oiga mal y escuche tarde!
¡Brava desdicha! Sobrino,
¿Qué hacéis aquí?

DON JUAN.

De partida
Trataba.

CAPITÁN.

No, por mi vida;
Que yo estoy ya de camino
Para aguardar á mi Rey
É informarle bien de mí;
Que ha puesto duda en que fuí
Contra la firmeza y ley
De quien más le adora y ama,
Que de vasallo se escribe.

DON JUAN.

Quejosa la envidia vive
De vuestra grandeza y fama.

CAPITÁN.

¿Quién es ese hidalgo?

DON JUAN.

Es
Un paje que he recibido
Para España.

CAPITÁN.

¿Es bien nacido?

DON JUAN.

Sí, señor.

POMPEYA.

Dame tus pies.

CAPITÁN.

Levanta, amigo, del suelo,
Porque ya tan bajo estoy
Que en los brazos te le doy.

POMPEYA.

Prospere tu vida el cielo;
Que tú saldrás con victoria
De tan viles enemigos,
Sirviéndote de testigos
Para tu corona y gloria.

Entre Paredes.

GARCÍA.

Esto es hecho.

CAPITÁN.

¿Qué hay, Paredes?

GARCÍA.

No, nada; vuestra excelencia
Tiene la culpa, y no quiere
Que lo que es menos se pierda.
Lleve el diablo mi linaje,
Desde la primera abuela
De Caín, si es que la tuvo,
Y que yo desciendo della.
¡Voto á!.....

CAPITÁN.

García, García.....

GARCÍA.

¡García, García! Deja
La flema ¡cuerpo del diablo!
Que ya está todo por tierra.

CAPITÁN.

¿Cómo?

GARCÍA.

Está aquí un Auditor,
Ó calabaza, y no deja
Que te metan un papel
Que quiere darte.

CAPITÁN.

Pues venga,
Y démele de su mano.

GARCÍA.

¿Consentirás que te prenda,
Si es acaso provisión?

CAPITÁN.

Pues ¿quién habrá que se atreva
Á un hombre á cuya fortuna
Se juntaron las estrellas?
Soy yo muy grande, Paredes;
Sobra mucho mi cabeza
Á cualquier vara del mundo.

GARCÍA.

Para que eso verdad sea,
Déjame que yo le coja
Por la horcajadura, y deja
Que le arroje en un tejado;
Que si le valieren letras,
Ni hubiere párrafo ó ley
Que de volar le defienda,
Yo quiero ser un gallina,
Una mandria y una hembra,
Pues bien sabrá el Auditor
De la ley *multum*, que llega,
Si no se reduce al acto,
Á ser nada la potencia.
¿Qué es lo que puedes, si aquí
Prenderte de un hombre dejas?

CAPITÁN.

¡Hola! Que éntre el Auditor.

GARCÍA.

Pues ¡voto á Dios! que si entra,
Que ni Bartulo ni Baldo
Le aderecen la cabeza.

Entre el Auditor.

AUDITOR.

Después de darme las manos,
Gran señor, vuestra excelencia,

Esta carta es de Fernando.

CAPITÁN.

¿Para mí?

AUDITOR.

Vino con ésta,
Y manda que en vuestra mano
La ponga.

CAPITÁN.

Dentro se cierra
Una cédula.

GARCÍA.

¡Que este hombre
Esté con aquesta flema!

CAPITÁN.

La cédula quiero ver,
Porque la carta es la letra
y firma del secretario.

GARCÍA.

¡Brava cólera me ciega!

Lea el Gran Capitán.

CAPITÁN.

«Don Fernando, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Aragón, de Nápoles, de las dos Sicilias, etc. Acatando los grandes y muy señalados servicios que D. Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Terranova y Sesa, nuestro Teniente general en el reino de Nápoles, ha hecho, y esperamos que cada día nos ha de hacer, y á su gran valor y méritos, prometemos y aseguramos por nuestra fe y palabra real, y juramos á Dios nuestro Señor y á la Cruz, y á los Santos cuatro Evangelios, que luego en siendo venido á España á nuestra Corte, ó donde quiera que estuviere, resignaremos en su favor la administración perpetua que tenemos por autoridad apostólica del maestrazgo de Santiago, y daremos las suplicaciones necesarias para el Santo Padre para que sea proveído del dicho maestrazgo, y le entregaremos todas las villas y fortalezas de la manera que él lo quisiere.»

No leo más. ¡Hay tal suceso!

GARCÍA.

Los pies mil veces os besa,
Gran Maestre de Santiago,
Esta humilde hechura vuestra.

DON JUAN.

Yo, señor, digo lo mismo.

GARCÍA.

¡Oh qué famosa encomienda
Das esta vez á García!

CAPITÁN.

Dártela mayor quisiera.
Tomad, señor Auditor,
Esta cadena, aunque sea
Menor que la de mis brazos.

AUDITOR.

Esa es la mejor cadena
Que pueden honrar los míos.

CAPITÁN.

Basta que han hecho que sea
Mentiras y testimonios,
Envidias y falsas lenguas,
Próspera persecución
La mía.

DON JUAN.

El cielo no deja
Que se logren los deseos
Que envidia y malicia inventan.

CAPITÁN.

Responder luego me importa,
Y dar á España la vuelta.

DON JUAN.

Ven, Pompeya.

POMPEYA.

No me nombres.

DON JUAN.

Ven, Fabio.

POMPEYA.

Iré donde quieras.

CAPITÁN.

¡Gran dicha, Paredes!

GARCÍA.

¡Grande!
Pero grande como vuestra;
Y Dios lo ha querido ansí;
Que si la carta no llega,
Y es provisión de prisión,
Y no es provisión de hacienda,
Vuela el señor Auditor.

CAPITÁN.

¿Muy lejos?

GARCÍA.

Doscientas leguas.

ACTO TERCERO.

Salen Julia y Alberico.

JULIA.

Fuése con él, porque, amando,
Amor á nadie perdona.

ALBERICO.

Embarcóse en Barcelona
El católico Fernando,
Y por irle á recibir
Se embarcó el Gran Capitán
En Gaeta, á quien don Juan
Fué á acompañar y servir.

JULIA.

No dudes de que fué cierto
Que á Pompeya se llevó.

ALBERICO.

Presto á Fabricio olvidó.

JULIA.

¿Qué puede esperar de un muerto
Si falta lealtad á un vivo?
Demás, que ella no le amaba,
Porque al español mostraba
Un loco amor excesivo,
Con que me abrasó de celos.

ALBERICO.

Si vuelve, Julia, don Juan
Hoy con el Gran Capitán,
Pide venganza á los cielos.

JULIA.

¿Pues entra en Nápoles hoy
Fernando, su Rey?

ALBERICO.

Ha dado
Admiración y cuidado.

JULIA.

Yo por extremo lo estoy
Que siendo muerto Felipe,
Su yerno, no se haya vuelto
Á Castilla.

ALBERICO.

Está resuelto
Que lo que es propio anticipe
A lo que ha de ser de Carlos,
Su nieto.

JULIA.

Por justas leyes
Él y su madre son Reyes
De Castilla.

ALBERICO.

Á gobernallos
Sus vasallos le han llamado,
Y la razón le provoca;
Pero dice que le toca
Dejar este reino honrado
De su presencia en quietud.

JULIA.

Más cuidados le darán
Sacar al Gran Capitán
De Italia, cuya virtud
No ha podido contrastar
La envidia.

ALBERICO.

Aun si bien supieras
El fin de tantas quimeras,
Y en lo que pudo parar
Tanta falsa información.....

JULIA.

¿Cómo?

ALBERICO.

En llegándole á ver
(Tal fuerza suele tener
Con los buenos la razón)
Le dió el Rey dos mil abrazos,
Y de suerte le alabó,
Que la lengua confirmó
Lo que mostraron los brazos.
Contó lo que le debía
Cuando el reino de Granada
Le ayudó á ganar su espada,
Su consejo, su osadía,
Su dicha, su religión,
Su verdad y su lealtad,
Y lo que en esta ciudad
Ganó de honor y opinión.
Dijo cómo era envidiado
De cuantos Reyes había,
Por la espada y valentía
De tan heroico soldado.
Y que todas las naciones
Temblando la suya están
Por la del Gran Capitán.

JULIA.

¡Encarecidas razones!
Pero si le quiere así,
¿Por qué de Italia le saca?

ALBERICO.

Pienso que á la envidia aplaca,
De que hay tanta parte en mí,
Y asegura su temor.

JULIA.

Prosigue en hacerle mal.
Dile al Rey que es desleal,
Píntale ingrato á su amor;
Que el que yo tengo á don Juan
Me obliga á su perdición.

ALBERICO.

Es gigante la opinión
De este ilustre Capitán.
Tres cosas juzgó imposibles
La antigüedad: la primera,
Que imitar nadie pudiera
Los rayos inaccesibles
De Júpiter; la segunda,
Quitar á Alcides Tebano
Aquel tronco de la mano
Á la de Marte segunda;
La tercera, pretender
Vencer los versos de Homero;
Y á estos imposibles quiero
Que mayor lo venga á ser
Quitar al Gran Capitán
La opinión que le da el mundo.

JULIA.

Advierte en lo que me fundo:
Dile tú al Rey que don Juan
Dió muerte á Fabricio Ursino
Y á ti en el campo te hirió,
Porque el Virrey le mandó
Que hiciese este desatino,
Respecto de que intentasteis
Escribir su deslealtad
Por cumplir con la verdad
Y obligación que jurasteis.
Que yo me quiero fingir
Mujer del muerto Fabricio.
Tú hablarás por su servicio,
Y yo queriendo pedir
De mi marido la muerte,
Porque en secreto lo fué.

ALBERICO.

¡Oh, cómo en tu amor se ve
Que es pasión terrible y fuerte!
Consejo celoso ha sido.

Disparan dentro

JULIA.

¿Es ésta salva?

ALBERICO.

Ya entró
El Rey.

JULIA.

Ya Nápoles vió
Su César esclarecido.

ALBERICO.

Ya discurre la ciudad
Gente española.

Vanse.

Salen D. Álvaro Osorio y García de Paredes.

GARCÍA.

No sé
Cómo os lo diga, que fué
De notable autoridad.
Mas, señor embajador,
Todo este honor que le dan
Merece el Gran Capitán,
Que dió á España tanto honor.

OSORIO.

Aunque lo soy de su yerno,
Que Dios tiene, os certifico
Que al rey Fernando me aplico
Y deseo su gobierno.
Al fin volverá á Castilla;
Pero ¿á quién piensa dejar
En Nápoles?

GARCÍA.

No hay pensar
Á la envidia reducilla.
Yo sé bien que no ha de ser
El Duque.

OSORIO.

Mucho le ha honrado
El Rey.

GARCÍA.

Nápoles ha estado
Tal, que pudiera poner
Envidia á Roma, aunque fuera
En los triunfos de Trajano.

OSORIO.

No la he visto.

GARCÍA.

Será en vano
Que su grandeza os refiera;
Mas solamente diré
De la manera que entró.

OSORIO.

Por ser de su yerno, yo
Acompañarle excusé.

GARCÍA.

Hoy salieron de Nápoles, y á punto
De guerra, aderezadas ricamente,
Veinte galeras, que mostraban junto
Valor y adorno al húmedo tridente.
El mar entonces (¡peregrino asunto
Para un ingenio en versos eminente!)
Dió en ser espejo tan sereno al cielo,
Que en sus cristales retrató su velo.
Llegó al castillo con silencio, y luego
Entró en la capitana el rey Fernando
Con la reina Germana, y el sosiego
Se fué por todas partes alterando:
Que en disparando, al eco de su fuego
Respondieron horrísonas tronando
Las galeras con tanta artillería,
Que el mar si era agua ó fuego no sabía.
Cuantas naves estaban en el puerto,
Cuantos castillos la ciudad amparan,
Como si fuera música á concierto,
Y sin ser tempestad, rayos disparan.
Acostáronse al muelle, y descubierto,
Desembarcados en los brazos paran
De aquel Gran Capitán, que dió á Fernando
La misma tierra que ahora va pisando.
Llevó á la hermosa Reina por la puente
Del brazo, con tiernísimas razones,
Hasta un barco vistoso y eminente,
Envidiado de grandes y barones.
Éste, cuya pintura fué excelente,
Copioso de figuras é inscripciones,
Ocupaba soberbio aquel distrito,
Opuesto á las pirámides de Egito.
Juró Fernando aquí sus privilegios,
Y el estandarte Real dió de su mano
A Fabricio Corona.

OSORIO

¡Honores regios!

GARCÍA.

Ya es Alférez mayor napolitano.

OSORIO.

La envidia, que inventó los sacrilegios,
No dormiría entonces.

GARCÍA.

Es en vano
Quererla resistir; que en los favores
Sus quejas y sus penas son mayores.
En un caballo blanco el gran Fernando
Subió gallardo, que, sin ver su exceso,
Iba al són de la música danzando,
Si bien con gravedad sintiendo el peso.
La Reina en otro que, el valor mirando,
Como si allí pudiera tener seso,
Grave pisaba, y al pisar fingía
Que ignoraba su misma gallardía.
De rienda los barones los llevaban,
Á quien los reyes de armas proseguían;
Luego al Gran Capitán acompañaban
Los que en la paz y guerra le servían.
Los vestidos al sol desafiaban;
Las armas con sus rayos competían;

Que en las de Sesa y Córdoba, hasta el moro
Puso sus lunas en sus rayos de oro.
El Cardenal de Borja, el de Sorrento,
Y los embajadores le han seguido,
Y con aqueste espléndido ornamento
Por toda la ciudad han discurrido.
No te cuento el mayor recibimiento
Que de la iglesia fué visto ni oído,
Adonde de dos cisnes se apearon,
Porque al seglar valor se aventajaron.
Ya llegan, como ves, á nuestra casa,
Que en la del Grande Capitán se apean,
De que la envidia con razón se abrasa
Y de ver que sus honras tales sean.
Recibe al Rey, y no con mano escasa,
Pues reino y casa y alma en él se emplean,
Y él le honra más que rey honró vasallo;
Público es esto, lo secreto callo.

Cajas, chirimías y acompañamiento por palenque, y salen D. Juan, el rey Fernando, la reina Germana y el Gran Capitán, que la trae del brazo; Julia y los demás, y Pompeya en hábito de hombre.

DON FERNANDO.

En vuestra casa, Gonzalo,
Me aposento con tal gusto,
Como veis.

CAPITÁN.

Señor augusto,
Si fuera el alma regalo,
Aquí la Fénix se hallara,
Aquí el palacio de Creso.

GERMANA.

No es el honraros exceso,
Porque ninguno igualara
Á lo que vos merecéis.

CAPITÁN.

Señora, ¡tanto favor!

GERMANA.

Gran Capitán, este amor
No á mí sola le debéis,
Sino al mundo, y estimad
Que á muchos que habéis vencido;
Que sois amado y temido.

DON FERNANDO.

Duque, de vuestra lealtad
Estamos muy satisfechos;
Vos sois el hombre mejor
Que tuvo español valor
Y de más heroicos hechos;
Bienaventurado es
El Rey que os ha merecido,
Pues habéis puesto y rendido
Tanto enemigo á sus pies.

CAPITÁN.

Á los vuestros, gran señor,
Hoy vuestra hechura se humilla.

DON FERNANDO.

Junto á mí quiero en Castilla
Vuestro invencible valor.
Levantaos, gran Condestable
De Nápoles.

CAPITÁN.

Aún no entráis
En mi casa y ya pagáis
Posada tan miserable
Con tan ilustres mercedes.

OSORIO.

Gran Condestable le ha hecho.

GARCÍA.

Y aún es poco á tan gran pecho,
Sí, ¡por vida de Paredes!

OSORIO.

¿De qué sirve contrastar
Su valor los envidiosos?

GARCÍA.

De andar necios y quejosos
Y de cansarse de hablar.
Ó sienta el Rey ó no sienta
Lo que dice y lo que hace,
Al fin de la virtud nace
Del Gran Capitán.

OSORIO.

¿Qué intenta
La envidia si viene á ser
Próspera persecución?

CAPITÁN.

Como mis méritos son
Cortos, debéis de querer
Que habiendo de aposentar
Vuestra grandeza, señor,
Crezca mi humilde valor
Para que podáis entrar.
Que no sé cómo cupiera
Un Rey en este lugar
Si el que le ha de aposentar
Gran Condestable no fuera.

DON FERNANDO.

Duque, engañado estuvisteis;
Estimad vuestro valor;
Que no os puedo hacer mayor
De lo que vos os hicisteis.
No hay grandeza que yo os mande
Con que grande os pueda hacer,
Pues vuestro mismo poder
Os hizo en el mundo grande.
Pues en quien es grande ya
Por sus hechos, por sus glorias,
Por sus insignes victorias,
Bien cabrá un Rey, bien podrá
Aposentarse en su casa.

CAPITÁN.

Aquí mi fortuna cesa,
Pues á la casa de Sesa
La de Castilla se pasa.

Vanse, y al entrar detiene Julia á D. Juan.

JULIA.

Detente.

DON JUAN.

¿Quién es?

JULIA.
Yo soy.
DON JUAN.
¿Julia?
JULIA.
Sí.
DON JUAN.
Pues ¿qué me quieres?
JULIA.
¿Haste acogido á sagrado?
Bien haces, dichoso eres;
Pareces, Córdoba injusto,
Al dichoso delincuente
Que pasando Dios entonces
Del palio le favorece.
El de Fernando te asiste;
Con él defendido vienes,
Que si no.....
DON JUAN.
¿Tú hablas así?
JULIA.
Y aun esto apenas mereces,
Por las muchas que me has dado.
POMPEYA.
Adviertan vuesas mercedes
Que no es aqueste lugar
Para celos.
JULIA.
¿Quién os mete,
Señor paje, en mis agravios?
¿Sois por ventura alcahuete
De don Juan?
POMPEYA.
¿Por qué buscáis
Á un hombre que os aborrece?
JULIA.
Porque es ingrato á mi amor
Y porque pienso que tiene
De lo que merece menos,
Pues á lo que es menos quiere.
POMPEYA.
¿Quién es lo menos?
JULIA.
Pompeya.
POMPEYA.
Notable engaño padece
Vuesa merced; que esa dama,
Por más que de sí se precie,
Le hace mucha ventaja.
JULIA.
Advierta, paje, que miente.
POMPEYA.
Advierta que verdad digo
Y que celos la enloquecen.
JULIA.
Haréos matar.
POMPEYA.
¿Para qué?
¿No ve que tengo parientes
En la corte?
JULIA.
¿Aquesto sufro?
DON JUAN.
Bueno está, Fabio; tú quieres
Echarme á perder.
POMPEYA.
Bien haces,
Amor mío, en detenerme,
Que si no.....
DON JUAN.
Vete, por Dios.
JULIA.
Español, ¿esto consientes?
Pues antes de medio día
Sabrá el Rey, que ya Rey tiene
Nápoles, cómo á traición
Diste á Fabricio la muerte.

Vase.

DON JUAN.
Mientes, ¡vive Dios!
POMPEYA.
Espera.
DON JUAN.
¿Qué quieres hacer?
POMPEYA.
Ponerle
Cinco sellos en la cara.
DON JUAN.
Anda, loca.
POMPEYA.
Quien no entiende
Lo que quiere, pruebe celos,
Que allí sabrá lo que quiere.

Vanse.

Salen el rey D. Fernando y un Contador mayor.

CONTADOR.
Por todas estas cartas te suplican
Vayas á gobernar, claro Fernando,
Á Castilla, que ya toda alterada
No reconoce dueño ni le admite.
Tu hija serenísima en la muerte
Del rey Felipe inhábil ha quedado
De gobernar.
DON FERNANDO.
Qué ¿tanto lo ha sentido?
CONTADOR.
No se quiere apartar de su marido
Así como expiró, vestir le hizo
De una ropa de tela y le calzaron;
Púsole muchas joyas de diamantes,
Y con varios olores le conserva,
Sin apartarse dél tan sólo un punto,
Que sirve de alma al cuerpo del difunto.
DON FERNANDO.
¡Extraño amor!
CONTADOR.
Es fábula el que escriben

De Porcia, Euriades, Julia y Artemisa.
Pues siendo así, ya ves que es niño agora
Tu nieto Carlos: vuelve, que te adora
Castilla, gran señor, y no permitas
Que en ella pasen cosas inauditas.
No mires los enojos que te han dado
Particulares odios ni intereses:
Mira como piadoso los que te aman,
Y que sus grandes con amor te llaman.
Esta carta es del Duque de Alba, y éstas
Del Condestable y Almirante: mira
Con qué palabras te provoca el Duque
Del Infantazgo, y tantos que desean
Que vayas á poner remedio en todo.

DON FERNANDO.

Digo que buscaré el más fácil modo,
En sosegando á Nápoles, y haciendo
Capitán general Virrey, que quede
De Gonzalo Fernández sustituto,
Porque conmigo ya le llevo á España.

Salen Espinelo, Alberico y Julia.

ESPINELO.

Entrad, que á nadie su presencia niega.

ALBERICO.

El resplandor de la verdad me ciega.

ESPINELO.

Danos los pies, gran señor,
Á Alberico y á Espinelo.

DON FERNANDO.

Que os estimo sabe el cielo,
Por vuestro mucho valor,
Y que os estoy obligado.

ALBERICO.

¿En fin llevas al Virrey
Á España?

DON FERNANDO.

Voy á ser Rey
De lo que estaba olvidado.

ALBERICO.

¿Cómo has tomado la muerte
De Fabricio Ursino?

DON FERNANDO.

¿Quién?

ESPINELO.

¿Esto te encubren también?

DON FERNANDO.

¿Murió Ursino?

ESPINELO.

Y de esta suerte:
Que mandó el Gran Capitán
Que porque no te escribiese
Sus cosas, muerte le diese
Secretamente don Juan.

DON FERNANDO.

¿Quién es don Juan?

ALBERICO.

Su sobrino.

ESPINELO.

Ésta es la mujer del muerto.

DON FERNANDO.

¿Y es cierto?

ALBERICO.

Mira si es cierto;
Pues el mismo desatino
Pensó ejecutar en mí,
Y con seis hombres me hirió.

JULIA.

Si tus pies merezco yo,
Por quien soy y por quien fuí,
Hazme justicia, señor:
Don Juan de Córdoba ha muerto
Á mi esposo.

DON FERNANDO.

¡Que encubierto
Me tengan tan gran error!

JULIA.

De noche, con gran secreto
Y armas, en mi propia casa
Me le mató.

DON FERNANDO.

Qué, ¿esto pasa?

JULIA.

Tú eres Príncipe discreto,
Tú valeroso, tú sabes
La deslealtad del Virrey:
Castiga, pues eres Rey,
Señor, delitos tan graves.
Toma testigos, verás
Lo que descubres en él.

ESPINELO.

Si quieres saber si es fiel,
Tómale cuentas no más.

DON FERNANDO.

Vos, mi Contador mayor,
Se las tomad.

CONTADOR.

¿Será bien
Que cuentas, señor, te den
Tanta lealtad y valor?

DON FERNANDO.

Haced luego lo que os digo.

JULIA.

Prospere tu vida el cielo.

DON FERNANDO.

Hoy conoceréis mi celo.

Vanse todos y queda el Contador.

CONTADOR.

El que no tuvo enemigo,
Ni tuvo virtud, ni en él
Hubo señal de valor.

Sale el Gran Capitán y García de Paredes.

CAPITÁN.

¿Está aquí el Rey mi señor?

CONTADOR.

Ya se ha entrado, y van con él
Del reino algunos barones.

Que hablase á vuestra excelencia
Me mandó, y con su licencia,
Escuche cuatro razones.

CAPITÁN.

No tienes que recelarte,
Que pues todas las paredes
Tienen oídos, bien puedes
Dar á Paredes su parte.

GARCÍA.

Aún no sabe el Contador
La merced que vos me hacéis.

CONTADOR.

Gran Capitán, ya sabéis
Que si no hubiera valor,
No hubiera envidia.

CAPITÁN.

Es verdad.

CONTADOR.

El Rey me manda tomaros
Cuenta, y yo vengo á avisaros
Que ha de ser con brevedad,
Porque se quiere partir
Luego que compuesta quede
La ciudad.

CAPITÁN.

Cuanto el Rey puede
Mandar, sabré yo servir.
Digo que cuentas daré
De lo que se me ha entregado
Para el reino conquistado,
Que en ganalle le gasté.

GARCÍA.

¿Así respondes?

CAPITÁN.

¿Qué quieres?
El que bien supo gastar,
Buena cuenta puede dar.

GARCÍA.

¿Cuentas tú?

CAPITÁN.

Sí, no te alteres.

GARCÍA.

¿Valdrá lo que el Rey te ha dado
Los dos reinos que le das?

CAPITÁN.

Él me dará lo demás,
Si el Rey quedare alcanzado.
Voy á buscar los papeles.

Vase.

CONTADOR.

Y yo los libros.

Vase.

GARCÍA.

¿Qué es esto?
El Rey en cuentas se ha puesto
Por cuatro envidias crueles
Con quien le ha dado el honor
Y Estado que tiene ya?
¿Papeles á buscar va
Quien con su eterno valor
Y el acero de su espada
Le hizo temer del mundo?
¿En qué bujarrón profundo
Vive aquesta envidia airada?
¡Pesia á cuantos mal nacidos
Están agora en sus camas,
Entre jardines y damas,
Llenos de ámbar los vestidos!
¡No fuera yo un labrador,
Un sacristán ó un peraile!
¡Bien haya un bendito fraile,
Un letrado y un doctor!
¿Sangre que habemos vertido
Buscan agora en papeles?
¿Qué queréis, ceros crueles,
Á un hombre que no ha tenido
Arena el mar para ceros
De la suma de las sumas
De sus victorias? ¿Qué plumas
Han de sumar sus aceros
Á números infinitos?
¿Dónde los habéis de hallar,
Si no se pueden sumar
Ni están en el mundo escritos?
¿Contar quiere un Contador
Lo que mil historiadores
No pueden ser contadores,
Siendo infinito valor?
¡Oh envidia! pero ¿qué fuera
De quien con el Rey privara?
Disculpa pienso que hallara
Si el Rey le favoreciera.
Mas de su misma persona
Que cuenten será mejor
Que ha muerto este Contador.

Salen D. Juan y Pompeya.

DON JUAN.

Mi amor, Pompeya, me abona;
Que si Julia da en querer
Á quien tanto le aborrece,
Que amor con desdenes crece,
Y más amor de mujer,
¿De qué tiene culpa el mío,
Sólo en el tuyo ocupado?

POMPEYA.

Amor que no fué pagado,
Nunca llegó á desvarío.
Si en algún tiempo no hubieras
Amado á Julia, yo sé
Que nunca con tanta fe
Firmeza en sus ojos vieras.
Déjame, don Juan, á mí;
En ésa tu amor emplea,
Y desde agora posea
La esperanza que perdí.
No te dé pena que intente

El verte, Julia, y vivir;
Que yo me sabré morir
Desesperada y ausente.

DON JUAN.

¡Ah, mi bien!

GARCÍA.

Éste es don Juan.

DON JUAN.

¡Ah, señora.....!

POMPEYA.

¿Qué me quieres?

DON JUAN.

Terribles sois las mujeres.

POMPEYA.

Si injustos celos nos dan.

DON JUAN.

Bien dices: injustos celos,
Porque todos vuestros gustos
Son pedir celos injustos.

POMPEYA.

Mi vida acaben los cielos
Si no nacen de mi amor.

Sale un Capitán y soldados con arcabuces.

CAPITÁN.

Dése vuestra señoría
Á prisión.

DON JUAN.

Pues yo, ¿por qué?

CAPITÁN.

Sólo deciros sabré
Que Su Majestad me envía.

GARCÍA.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

Manda prenderme
El Rey.

GARCÍA.

Sí hará, que ha llegado
La ambición á tal estado,
Que temo que han de ponerme
En ocasión de intentar
Algún desatino.

CAPITÁN.

Yo
Sólo sé que me envió
Quien me lo puede mandar,
Porque sabe Dios, Paredes,
Lo que esta prisión sentí.

GARCÍA.

Bien puedes creer de mí,
Que sé también lo que puedes,
Y que de aquí no llevaras
Á don Juan, si no temiera
Que el Gran Capitán dijera
Que sus verdades tan claras
No tienen necesidad
De defensa, que éstas son
Para darnos ocasión
De alguna temeridad.
¿Dónde, en efecto, le llevas?

CAPITÁN.

Á Castilnovo me mandan.

GARCÍA.

¡Buenas nuestras cosas andan!
¡Cuentas, prisiones y pruebas!

CAPITÁN.

No sé si os pida la espada.

DON JUAN.

No, porque no la daré,
Porque yo no la saqué
Contra la lealtad jurada.

GARCÍA.

Ni será justo quitar
Espada que al Rey sirvió
Tan bien como he visto yo.

CAPITÁN.

Con ella os quiero llevar.

DON JUAN.

Vamos, Fabio.

POMPEYA.

¡Voy sin mí!

DON JUAN.

Decid, García, al Virrey
Que vaya á rogar al Rey.

Vanse, y queda García de Paredes.

GARCÍA.

Y podrá rogar por sí;
Que está la envidia en lugar
Que lo habemos menester.
No sé qué tengo de hacer:
Ni acierto á hablar ni á callar.
Mándame hablar la razón,
Y que no hable el respeto:
Á callar estoy sujeto.

Sale el Gran Capitán y dos Contadores. Descúbrese una mesa, silla, libros y recado de escribir.

CAPITÁN.

Estos los papeles son.

CONTADOR 1.°

Y éstos los libros: aquí
Se siente vuestra excelencia.

GARCÍA.

Y aquí he de tener paciencia.
¿Papelejos? ¡Pesia mí!
¡Ved cómo se van sentando!
¡Ved los libracos que hojean!
¿Que aquéstas las hojas sean
Que estuvieran relumbrando
Cuando este reino ganó
El Duque de Sesa, cielos,
Con tanta sangre y desvelos,
Y que la fama escribió
Por tan extraños caminos
Su historia en libros de cuentas,
Y no con plumas atentas
En sus anales divinos?

¡Ved qué Livio escribe aquí,
Ó qué Cornelio discreto!
Aunque ya pudiese ser
Que aquí estuviese Cornelio;
Que en las cortes de los reyes
Hay muchos Tácitos déstos.
Mas no importa, que algún día,
Si no propios, extranjeros
Escribirán tus hazañas
Y tus soberanos hechos.
Siempre fué España infeliz
En historiadores, siendo
Cuya espada dió á la pluma
Más levantados sujetos.
El que está sentado allí
Diera á Jenofonte, griego,
Diera á Tranquilo, romano,
Materia á libros eternos,
No á los de cuentas del Rey,
Porque no han de contar ellos
Valor de quien tiembla el mundo
Y que le ha dado tres reinos.

CONTADOR 1.°

Hácesele á vueselencia
Cargo.....

GARCÍA.

Ya comienza el pleito.

CONTADOR 1.°

De seis mil escudos de oro
Que en Valladolid le dieron,
Otros diez mil en Madrid
Y veinte mil en Toledo.
A Nápoles se enviaron,
Con el capitán Vivero,
Ocho mil, y en Alejandría
Unos honrados hebreos.....

GARCÍA.

¿Hebreos y honrados? Miente,
A pagar de mi dinero,
Aunque sus parientes sean;
Porque después que pusieron
A Dios en tantos trabajos,
De manera los ha puesto,
Que no tienen en el mundo
Honra, ciudad, rey ni reino.
Y ¡voto á Dios! que si tomo
Aquel librazo de en medio,
Que le aturda la cabeza,
Porque honre el majadero
Á quien Dios quitó la honra.

CAPITÁN.

Señor Contador, dejemos
Partidas de diez y veinte.
¿No hay suma?

CONTADOR 1.°

Aquí lo veremos,
Que por la plana de atrás
Suma este folio primero.

GARCÍA.

¿Hay mayor bellaquería?
¿Plana de atrás? ¿Qué es aquesto?
¿Cuándo Gonzalo Fernández
Volvió atrás?

CAPITÁN.

Dejad los pliegos,
Y vengamos á las sumas.

GARCÍA.

¡Qué palos diera yo en éstos
En las dos planas de atrás!

CONTADOR 2.°

Pues que gusta de saberlo
Vuestra excelencia, señor,
Que bien se ve por sus hechos
La cólera que ha tenido,
Suman los cargos doscientos
Y sesenta mil escudos.

CAPITÁN.

¿No más?

CONTADOR 2.°

¿Es poco?

CAPITÁN.

No creo
Que tal reino en todo el mundo
Se haya ganado con menos.

GARCÍA.

Yo sélo ¡voto á los diablos!
Y que sustento y dinero
Se quitaba á cuchilladas,
Y que enemigos le dieron.

CAPITÁN.

También traigo yo papel;
Vayan, vayan escribiendo.

Saca un papel.

GARCÍA.

¿Papel el Gran Capitán?
¡Acabóse! ¡Vive el cielo,
Que quiere acabarse el mundo!

CAPITÁN

Lee.

«Memoria de lo que tengo
Gastado en estas conquistas,
Que me cuestan sangre y sueño,
Y algunas canas también.»

GARCÍA.

Allá decía un discreto
Que no venían por años
Ni las canas ni los cuernos:
Vese claro, pues el sol
Tiene de edad lo que el tiempo,
Y se está tan boquirrubio
Como cada día le vemos.
La luna está toda cana
Desde niña, y le salieron
Cuernos aquel mismo día.

CAPITÁN.

Primeramente se dieron
A espías ciento y sesenta
Mil ducados.

CONTADOR 1.°

¡Santos cielos!

CAPITÁN.
¿Qué os espantáis? Bien parece
Que sois en la guerra nuevo.
Más, cuarenta mil ducados
De misas.
CONTADOR 2.°
Pues ¿á qué efecto?
CAPITÁN.
Á efecto de que sin Dios
No puede haber buen suceso.
GARCÍA.
¡Y cómo! demás que entonces,
Andando todo revuelto,
No se hallaba un capellán
Por un ojo.
CONTADOR 2.°
Al paso desto
Yo aseguro que le alcance.
CAPITÁN.
Como se va el Rey huyendo
De tantas obligaciones,
Quiero alcanzarle y no puedo.
Más, ochenta mil ducados
De pólvora.
CONTADOR 2.°
Ya podemos
Dejar la cuenta.
GARCÍA.
Bien hacen;
Temerosos son del fuego.
CAPITÁN.
Escuchen, por vida mía.
Más, veinte mil y quinientos
Y sesenta y tres ducados
Y cuatro reales y medio
Que pagué á portes de cartas.
CONTADOR 1.°
¡Jesús!
GARCÍA.
¡San Blas!
CAPITÁN.
Y en correos
Que llevaban cada día
Á España infinitos pliegos.
GARCÍA.
¡Vive Dios! que se le olvidan
Más de doce mil que fueron
Á Granada y á otras partes;
Y aun era tan recio el tiempo
Que se morían más postas
Que tienen las cuentas ceros.
CAPITÁN.
Más, de dar á sacristanes
Que las campanas tañeron
Por las victorias que Dios
Fué servido concedernos,
Seis mil ducados y treinta
Y seis reales.
CARCÍA.
Sí, que fueron
Infinitas las victorias,
Y andaban siempre tañendo.
CAPITÁN.
Más, de limosnas á pobres
Soldados, curar enfermos
Y llevarlos á caballo,
Treinta mil y cuatrocientos
Y cuarenta y seis escudos.
CONTADOR 1.°
No sólo satisfaciendo
Va vuestra excelencia al Rey,
Mas que no podrá sospecho
Pagarle con cuanto tiene.
Suplícole que dejemos
Las cuentas, que quiero hablarle.

Levántanse.

CAPITÁN.
Pues, García, ¿qué hay de nuevo?
GARCÍA.
Que mandó prender el Rey
Á don Juan.
CAPITÁN.
¿Cierto?
GARCÍA.
Tan cierto
Que lo vi con estos ojos.
CAPITÁN.
La causa ya la sospecho;
Voyle á hablar de veras.
GARCÍA.
Yo
No quise hacer lo que suelo;
Que el capitán de la guarda
Es mi amigo y vuestro deudo.
Pero aquestos Contadores
¿No fuera bien que al infierno
Fueran á contar que yo
Les metí cuatro cuadernos
Destos de plana de atrás
Dentro de los mismos sesos?

Vanse los dos.

CONTADOR 1.°
¿Qué os parece?
CONTADOR 2.°
Que estoy maravillado
De ver el gasto.
CONTADOR 1.°
El Rey.

Sale el rey D. Fernando.

DON FERNANDO.
Pues ¿qué hay de cuentas
Con el Gran Capitán?
CONTADOR 2.°
Que las ha dado;
Mas yo no sé lo que con él intentas.
De espías y de misas ha gastado
Más que le has dado.

DON FERNANDO.

¿Pues las misas cuentas?

CONTADOR 1.°

Dice que no hay sin Dios buenos sucesos.

DON FERNANDO.

Tiene razón.

CONTADOR 2.°

Con un millón de excesos
Alcanza en dos partidas tan notorias,
Que sólo en sacristanes que tañeron
A las fiestas, señor, de sus victorias
Seis mil ducados cuenta que les dieron,
Sin más treinta y seis reales.

DON FERNANDO.

Justas glorias
Alegrías y fiestas merecieron.

CONTADOR 2.°

Pues de espías, señor, nos dió sumados.....

DON FERNANDO.

¿Cuánto?

CONTADOR 2.°

Ciento y sesenta mil ducados.
De pólvora es locura lo que cuenta.

DON FERNANDO.

Debe de castigar malos deseos.

CONTADOR 1.°

Veinte mil y quinientos y sesenta
Y tres ducados cuenta de correos.
Y añade cuatro reales á esta cuenta
Para justificarla.

DON FERNANDO.

Sus trofeos
Dan voces contra tanta envidia fiera.

CONTADOR 1.°

Si oyeras á García de Paredes
Contar cómo las postas se morían,
Sospecho que le hicieras mil mercedes.

Sale el Gran Capitán y García.

CAPITÁN.

García, á España de esta vez me envían.

GARCÍA.

Agora hablarle libremente puedes.

CAPITÁN.

Bravos alientos las verdades crían.
Aquí, invicto señor, á tus pies tienes
Tu hechura.

DON FERNANDO.

¡Oh, Condestable, á tiempo vienes!
¿No sabes como ya me voy á España,
Y como vas conmigo?

CAPITÁN.

Iré sirviendo
Á Vuestra Majestad; pero primero
Quiero satisfacerle de dos cosas.
Es la primera que en servicio suyo
He gastado mi vida con mi hacienda.

GARCÍA.

Sí ¡por vida del diablo! treinta veces.

CAPITÁN.

Que le he sido leal y que no tengo
Esta noche dos platos en que coma,
Porque no hay enemigo á quien quitarlos.

GARCÍA.

Sí ¡voto á cuanto puedo, sin ofensa
De Dios!

CAPITÁN.

Y que don Juan, sobrino mío,
Mató á Fabricio Ursino en desafío,
No como dicen estos envidiosos.

GARCÍA.

¿Qué importa que lo digan? Todos mienten.

CAPITÁN.

Julia no es su mujer, sino celosa
Dama de mi sobrino; por moverte
Á castigarle han hecho aqueste enredo.

GARCÍA.

Sí ¡por vida del Rey! y son gallinas.

DON FERNANDO.

¿Quién es este soldado?

CAPITÁN.

Este es García
De Paredes.

DON FERNANDO.

¿Vos sois aquel sonado?

GARCÍA.

No sé si soy sonado ó soy mocoso;
Yo sé que os he servido ¡oh generoso
Rey de Aragón y Nápoles! al lado
Del mejor capitán que el cielo ha dado
A rey cristiano.

DON FERNANDO.

¿Es pobre el buen Paredes?

GARCÍA.

Mas qué ¿quiere pedirme algo prestado?

CAPITÁN.

Señor, de fama y de virtud es rico.

GARCÍA.

Más rico soy que vos, Rey soberano;
Porque quien no desea cosa alguna,
Dos higas puede dar á la fortuna.

DON FERNANDO.

Pues de renta le doy tres mil ducados.

CAPITÁN.

Certifícoos que son bien empleados.

GARCÍA.

Esos los gastaré sólo en serviros
Y en soldados amigos camaradas,
Cuyas lenguas, señor, son las espadas,
Y no estos bellacones gallinosos.

DON FERNANDO.

Ya sé que mal me informan envidiosos.
¡Hola! den libertad á don Juan luego,
Porque entretanto haré que se publique
Un testimonio del valor del Duque.

CAPITÁN.

El cielo te prospere largos años.

GARCÍA.

¿Tres mil de renta yo? Brindis, fortuna,
Por la salud de los amigos.

Vanse.

Quedan los Contadores.

CONTADOR 1.°
Todo
Sucede al Duque bien, porque del modo
Que trazan su caída sus contrarios,
El cielo le levanta á más grandeza
Y de laurel corona su cabeza.

Cajas dentro.

CONTADOR 2.°
¿Qué cajas son éstas?
CONTADOR 1.°
Creo
Que el Rey se embarca.
CONTADOR 2.°
Parece
Que en las banderas ofrece
El testimonio y trofeo
Que debe al Gran Capitán.

Salen cajas, dos banderas ó guiones, uno del Rey y otro del Gran Capitán, con las armas de entrambos; dos maceros, con sus cotas, y un Secretario detrás.

SECRETARIO.
Aquí quiero publicalle;
Que pienso que en esta calle
Más enemigos están.

Lee.

«Pontífice, Emperador, Reyes, Príncipes, Potentados, Duques y Barones, á todos notifico y hago saber: que considerando que es de ánimo generoso y agradecido tener perpetua memoria de las buenas obras y servicios recibidos, y no ocultarlos ni pasarlos en disimulación, para dar testimonio dellos con gran alabanza de todos. Acatando que al ilustre y magnánimo varón Gonzalo Fernández de Córdoba, Duque de Sesa y Terranova, mi Capitán general, debo tan innumerables servicios y buenas obras, y que sus esclarecidas hazañas han pasado todas las que se han obrado desde el principio del mundo hasta su tiempo, doy esta fe y testimonio de su gran virtud y merecimiento, lealtad, constancia y fortaleza, y le declaro por el más insigne y leal Capitán que jamás sirvió á rey. Y así á este siglo como á los que vendrán, aseguro y quiero que sea notoria esta verdad de mi obligación, y del insigne valor deste excelente y nunca bastantemente alabado español. Y lo firmo de mi nombre y hago publicar en Nápoles á 25 días del mes de Febrero del año de 1510.»

Tocan las cajas y éntrense todos.

Sale el rey Luis, D. Alvaro Osorio y acompañamiento.

REY LUIS.
Pienso que estas paces son
Para gran bien.
OSORIO.
Es tan justo,
Rey generoso y augusto,
Que os darán mayor blasón
Que vuestro reino ha tenido
Desde el claro Clodoveo.
REY LUIS.
Ver á Fernando deseo.
OSORIO.
De Nápoles ha partido,
Y es imposible tardar
Por la bonanza que ha hecho.
REY LUIS.
Que viene con él sospecho,
Por el sosiego del mar,
Aquel divino español,
Si teme como la tierra,
Que fué rayo de la guerra
Más claro que el mismo sol.
OSORIO.
¡Que de esa suerte le honréis
Es digno de vuestro nombre!
REY LUIS.
¿Cuándo tendrá España un hombre
Como el que agora tenéis?

(Disparan dentro.)

OSORIO.
Salva han hecho, gran señor:
Sin duda que ya han llegado.
REY LUIS.
Bien este puerto ha mostrado
Reconocer su valor.

Con música de cajas, chirimías y arcabuces, salen don Juan, García de Paredes, Espinelo, Alberico y todos, y á la postre el rey D. Fernando y la Reina, á quien trae del brazo el Gran Capitán, y Pompeya, de dama.

REY LUIS.
Días há que estoy aquí
Sólo esperando que venga
Vuestra Majestad.
DON FERNANDO.
Señor,
¡Tanto amor! Fineza es ésta
Que aumenta mi obligación
Y mi voluntad aumenta.
REY LUIS.
¿Vienen Vuestras Majestades
Buenos?
GERMANA.
Quien á veros llega,
Tuviera gusto y salud
Cuando viniera sin ella.
REY LUIS.
¿Duque de Sesa?
CAPITÁN.
¡Señor!

REY LUIS.
¿Cómo venís?
CAPITÁN.
Si la Reina,
Mi señora, respondió
Que viene bien, el que llega
Á veros, ¿qué han de decir
Los que son hechuras vuestras?
REY LUIS.
Vos sois el Gran Capitán.
CAPITÁN.
Rey Luis, vuestra grandeza
Hará humildes los leones,
Y las águilas pequeñas.
REY LUIS.
Si fuérades mi vasallo,
Yo sé, Gonzalo, qué hiciera.
CAPITÁN.
¿Qué hiciérades, gran señor,
Con quien hoy los pies os besa?
REY LUIS.
Ganara el mundo con vos.
CAPITÁN.
Que le gano es cosa cierta,
Pues soy mayor, y he ganado
Que me honréis de esta manera.
REY LUIS.
¡Hola! Dennos de cenar.
OSORIO.
Aquí está puesta la mesa.

Sacan la mesa.

REY LUIS.
Conmigo cenar tenéis.
DON FERNANDO.
La Reina no viene buena,
Pero verános cenar.

Siéntanse.

DON JUAN.
¡Con qué majestad se sientan!
GARCÍA.
¡Son Reyes, nacen así!
REY LUIS.
Dadle, gran señor, licencia
Al Gran Capitán, que aquí
Cene con nosotros.
DON FERNANDO.
Fuera
Quitarle ese honor, crueldad.
Sentaos, Duque.
CAPITÁN.
Si la rueda
Se asienta de mi fortuna,
Sentaréme á detenella.

Siéntase con grande humildad, y cantan mientras cena.

REY LUIS.
Quien vence reyes, bien puede
Sentarse, Duque, á sus mesas.
GARCÍA.
¿Qué dirán los envidiosos,
Dime, don Juan, cuando sepan
Que con tres Reyes sentado
Está Gonzalo á la mesa?
¡Ah putos! ¡Por cuantos huesos
De cortesanos entierra
La pretensión y el despecho,
Que suele andar con muletas,
Que si aquí cogiera alguno!
DON JUAN.
¡Paso, que los tienes cerca!
GARCÍA.
¿Quién?
DON JUAN.
Alberico, y á quien
Le rompí media cabeza.
GARCÍA.
Pues hablen, y ¡voto á Cristo!
Que les rompo la otra media.
Las mesas dejan los Reyes.

Levántanse.

CAPITÁN.
Ya que con tanta grandeza
Honran Vuestras Majestades
Quien tanta humildad profesa,
Les suplico, interponiendo,
Aunque atrevimiento sea,
La autoridad del gran Rey
Que hoy les ha dado la cena,
Que perdonen á don Juan,
Que, casado con Pompeya,
Les sirve en este camino.
DON FERNANDO.
Huélgome de conocerla.
GERMANA.
Y yo de hacerla merced.
DON FERNANDO.
Sí, pero es razón que entienda
El Duque, que también él
Ha de hacer lo que me enseña.
CAPITÁN.
¿Cómo, señor?
DON FERNANDO.
Perdonando.
CAPITÁN.
¿Pues hay alguno á quien pueda?
DON FERNANDO.
Á Espinelo y Alberico.
ALBERICO.
Á tus pies, señor, confiesan
Que eres grande, pues no pudo
Vencer la envidia tus fuerzas.
GARCÍA.
En esto, ilustre senado,
Da fin la parte primera,
Próspera persecución,
Para que aguardéis la adversa.

EL BLASÓN DE LOS CHAVES DE VILLALBA

COMEDIA

DE

EL BLASÓN DE LOS CHAVES DE VILLALBA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

CHAVES DE VILLALBA.
DON JUAN DE GUZMÁN.
TOLEDO Y CAMILO, *criados.*
DOÑA BÁRBARA, *dama.*
DOROTEA, *en hábito de hombre.*
MR. DE AUBENÍ Y MR. NAMURCIO, *generales franceses.*
UN TROMPETA.
EL GRAN CAPITÁN.
DIEGO GARCÍA DE PAREDES.
DON DIEGO DE MENDOZA.
UN PAJE Y CUATRO SOLDADOS ARCABUCEROS.
PEDRO NAVARRO.
ADOLFO Y GUILLERMO.
DOÑA ISABEL DE ARAGÓN.
ORLANDO.
ASPRAMONTE, *tudesco.*
ALGUNA GENTE.
EL EMBAJADOR DE ESPAÑA.
ARIAS Y MENDOZA.
CONDE DE MATERA.
MR. DE ALEGRE.

ACTO PRIMERO

Salgan Chaves de Villalba, de camino, y D. Juan de Guzmán, de rúa.

DON JUAN.
Vuelvo á decir mil veces norabuena.
CHAVES.
Y vos seáis las mismas bien hallado.
DON JUAN.
Bueno venís, mas con alguna pena.
CHAVES.
El áspero camino lo ha causado.
DON JUAN.
¿Cómo queda la guerra?
CHAVES.
Buena, y llena
De las nuevas del reino conquistado.
DON JUAN.
¿Conquistado decís?
CHAVES.
Esto refieren.
DON JUAN.
Eso será si los de Francia quieren.
CHAVES.
¿Pues hay alguna novedad agora?
DON JUAN.
Todo lo pintan fácil en España.
CHAVES.
Piensan que el mundo al rey Fernando adora,
Y más que por la propia en tierra extraña.
DON JUAN.
El que en su casa en paz descansa y mora,
Mal juzga del que duerme en la campaña,
Del rico el pobre, el moro del cristiano,
Del cuerdo el loco, del enfermo el sano.
CHAVES.
Como en España juzgan, causa tienen;
Pero decidme el fin de su conquista;
Pues los franceses y españoles vienen
Debajo de un gobierno, enseña y lista,
¿De qué manera en esto se convienen?
¿Como nación que tanto se enemista
Ha venido á juntarse deste modo?
DON JUAN.
En breve pienso referirlo todo;

Hecha la paz con Maximiliano,
Después de tantas guerras de importancia,
César Augusto, Emperador romano,
El rey Luis Duodécimo, de Francia,
Dando por Carlos, Príncipe, la mano,
Aunque la tierna edad pone distancia;
Porque el Príncipe tiene un año sólo,
Niño más bello que es el mismo Apolo.

CHAVES.

Oid, por Dios, ¿de un año le han casado?

DON JUAN.

Que es con madama Claudia os apercibo,
Del César primogénita.

CHAVES.

Hanle dado
La muerte á quien no sabe si está vivo;
Si de un año no más le han dado estado,
Aunque es hijo de Rey, nació cautivo;
Triste dél, que en naciendo, á perder viene
El bien que el hombre, siendo libre, tiene.

DON JUAN.

No es la suerte entre reyes tan avara;
Del casamiento fuimos socorridos
Para que el hombre á la mujer gozara,
La vergüenza y temor de honor vestidos;
Porque si ningún hombre se casara,
Cuantos nacieran fueran mal nacidos.

CHAVES.

Yo apruebo el casamiento, y no el temprano.

DON JUAN.

Fué del cielo remedio soberano.
No hubiera honor, no hubiera padre cierto,
No hubiera estado ó sucesión segura,
Y entre reyes no hubiera otro concierto
Que les diera la paz que se procura:
Hecho el que digo, y siendo descubierto,
La misma paz con don Fernando jura,
Y el español y el albanés (1) se abrazan
Y la conquista deste reino trazan.
La razón por qué el Rey de España ha sido
Á don Fadrique de Aragón contrario,
Fué porque ingrato á su favor ha sido,
Queriendo hacerse á Francia feudatario;
El reino de Sicilia, pretendido
Del cristiano, del turco y del corsario,
También quiso poner en poder suyo.

CHAVES.

Á su culpa sus daños atribuyo.

DON JUAN.

Por sucesión legítima no eran
Nápoles ni Aragón de don Fadrique (2);
Que al Católico Rey darse debieran
Cuando el justo derecho se le aplique.

CHAVES.

Qué, en fin, ¿con la razón se recuperan?

DON JUAN.

Para que la que tiene signifique,
Fernando, el Rey de España, fué sobrino
De don Alonso, el que á ganarlos vino.
Don Juan, Rey de Navarra, fué su hermano,
Y muerto el Rey el año que se cuenta
Del nacimiento y bien del Hombre humano
De mil y cuatrocientos y cincuenta,
Heredó de Aragón el cetro hispano,
Y un bastardo el de Nápoles: contenta
Sicilia de entregarse al de Navarra,
Que á las cadenas enlazó la barra.
Deste bastardo don Fadrique viene,
Y siendo el Rey Católico avisado
Que Nápoles le toca y le conviene,
Quedó con el de Francia concertado.
Por ella el Conde de Gayazo tiene
Y Milor de Obvení campo formado,
Con que hasta Roma entrando, no se escapa
Santángel de armas ni de miedo el Papa.
Detuvieron su furia coloneses,
Hasta pasar del río Garillano,
Mas á Capua ganaron los franceses,
Del gran Fabricio defendida en vano,
Y porque de alabar jamás no ceses
Aquel famoso Capitán cristiano
Que Gonzalo Fernández se apellida,
Oye una cosa extraña, por tu vida.
Habíale dado don Fadrique tierras
Á don Gonzalo, por servicios hechos,
Y sabiendo la causa destas guerras,
Fe y amistad de los reales pechos.

CHAVES.

¿Volvióselas acaso el Rey?

DON JUAN.

No yerras;
Castillos, guardas, tiros y pertrechos,
Diciendo que lo dado le volvía
Porque su reino á conquistar venía.

CHAVES.

¿Era su rey Fernando?

DON JUAN.

Así, con esto,
Por España hizo guerra don Gonzalo,
Que á toda la Calabria queda opuesto.

CHAVES.

Á la de Aquiles su persona igualo;
Pudieron los de Francia llegar presto
Al paraíso, al último regalo,
A Nápoles la bella, á quien entrega
Don Fadrique en saber que Francia llega.

DON JUAN.

Ya con sus hijos y mujer, partido
Por Francia y por España el reino queda,
Y ya que lo demás ganado ha sido,
Quieren los reyes que partirse pueda;
Mira, Chaves, al tiempo que has venido
Para que el gusto del trabajo exceda;
Que hoy se parten las tierras que han ganado,
Y aquí los generales se han juntado:
Ese Gran Capitán, cual digo, el nuestro,

(1) *Albanés* por *francés*, y *Albania* por *Francia* es sustitución que hizo Lope, obligado por la censura. Hemos restablecido la verdadera lección en todos los pasajes en que era posible sin destruir el verso, pero no sucede así en este y en algún otro.

(2) Por errata en la primera edición, *Enrique*.

Y el Duque de Nemors por el de Francia.

CHAVES.

Galán soldado, valeroso y diestro.

DON JUAN.

Ha sido en la conquista de importancia.

CHAVES.

Mas volviendo, don Juan, al gusto vuestro,
Que no fué del amor poca ganancia,
¿Hay en este país algo que os duela?

DON JUAN.

Soy fuego, de la gola á la escarcela.

CHAVES.

Pues, yo, don Juan, hablando á lo bisoño,
Desde el gregüesco al cuello soy ceniza.

DON JUAN.

Aquí llegó por el pasado otoño
Una española deste campo riza:
Del lugar que del oso y del madroño
Por armas coronadas se autoriza,
Dice que es natural.

CHAVES.

¿De Madrid? Bueno.

DON JUAN.

Fué estrella de aquel cielo tan sereno.

CHAVES.

¿Tenéisla?

DON JUAN.

No lo sé; bien lo quisiera.

CHAVES.

Holgárame, que traigo cierta dama,
De que en su compañía estar pudiera.

DON JUAN.

¿Es bella?

CHAVES.

Así parece á quien bien ama.

DON JUAN.

¿Llega ya cerca?

CHAVES.

Que su voz me altera.

DON JUAN.

¿Cómo se llama?

CHAVES.

Bárbara se llama.

DON JUAN.

¿Es discreta?

CHAVES.

Parécelo, á fe mía.

DON JUAN.

Pues bárbara será por ironía.

Salgan D.ª Bárbara, con capotillo y sombrero, y Toledo, criado de Chaves.

DOÑA BÁRBARA.

¡Jesús! Tengo de caer.

TOLEDO.

Tan recio te has apeado
Que no te pude tener.
Lleve el diablo el desalmado
Que camina con mujer.

DON JUAN.

Con el mozo trae cuestión.

CHAVES.

Es el mayor socarrón
Que has visto en toda tu vida.

DOÑA BÁRBARA.

Estaba la ropa asida
Á la tabla del sillón.

TOLEDO.

¡Ah, Dios! Si una ley se hiciese
Que muriese la mujer
En el lugar que naciese,
Porque ni en ir ni en volver
Tanto trabajo nos diese.
Si fuera voluntad mía,
Ni un cuarto de legua iría
Desde su tierra á la ajena;
Todo es quejarse y dar pena
Y lo más bellaquería:
Si me tengo, no me tengo;
Si me caigo, no me caigo.

DOÑA BÁRBARA.

Yo, amigo, ¿en qué te detengo?

TOLEDO.

Yo sé los huesos que traigo
Y de la suerte que vengo.
Apéenme, no me apeen;
Ténganme, déjenme estar.
¿Que hay hombres que esto deseen?
¡Ah! yo los vea remar,
Y aun á los que no me creen.
Si llegan á la posada
Ha de haber cama por fuerza,
Y en no siendo regalada
No hay boca para que tuerza
En una espuerta doblada.
Pues comer no hay que esperar:
En un monte pide peces
Y pasteles en el mar,
Y es antojo las más veces
De haceros desesperar.

DON JUAN.

Yo la he mirado muy bien,
Y es por tanto extremo hermosa,
Que merece que le den
La manzana de la diosa
Y la libertad también.
Habladla.

CHAVES.

Quise aguardar
Por dejárosla mirar;
Que me huelgo, como digo,
De que le agrade á mi amigo
Lo que me suele agradar.
¿Señora mía?

DOÑA BÁRBARA.

¡Señor!

CHAVES.

¿Venís cansada?

DOÑA BÁRBARA.

Venía,
Y en viéndoos cesó el rigor
Del cansancio que traía.

DON JUAN.
¡Qué propio efecto de amor!
Conozca vuesa merced
De Chaves un gran amigo.
DOÑA BÁRBARA.
Para que me hagáis merced.
DON JUAN.
¡Oh, qué Bárbara!
CHAVES.
Creed,
Señora, que habláis conmigo.
DOÑA BÁRBARA.
Cómo, ¿es el señor don Juan?
Que esas señas suyas son.
DON JUAN.
Yo soy don Juan de Oristán (1).
¡Oh qué rara perfección!
DOÑA BÁRBARA.
Por mi vida, que es galán.
TOLEDO.
Que vuesa merced también
Conozca á Toledo.
DON JUAN.
¿Á quién?
TOLEDO.
Á Toledo.
DON JUAN.
¡Oh, buen Toledo!
Dadme esa mano.
TOLEDO.
Bien puedo;
Que hombre soy.
DON JUAN.
Apretad bien.
TOLEDO.
Leal como un castellano,
Hidalgo como un navarro,
Franco como un veneciano,
Como un genovés bizarro
Y alegre como un romano.
Como un español brioso,
Como un esguízaro fresco,
Como un francés generoso,
Como un numancio animoso
Y fuerte como un tudesco.
Gallardo como alemán,
Duro como catalán,
Como un aragonés fuerte,
Y todo hasta la muerte,
Para serviros, don Juan.
DON JUAN.
No en balde le encarecistes.
¡Bello humor!
CHAVES.
Es extremado;
En fin, cansada vinistes,
Pero ya habéis descansado.
DOÑA BÁRBARA.
Luego que os miré y me vistes.

(1) Antes había escrito Lope *Guzmán*.

TOLEDO.
Mi seo don Juan, ¿quién ó cómo
Tomará ciertas maletas?
Que es cosa de mayordomo.
DON JUAN.
¿Hay argén?
TOLEDO.
Bien lo interpretas,
Ellas pesan, y no es plomo.
DON JUAN.
Aquí vienen dos criados.

Salgan Camilo, criado, y Dorotea, en hábito de paje.

CAMILO.
Creo que ya son llegados.
DOROTEA.
Bravos huéspedes tenemos.
CAMILO.
Son dos gallardos extremos.
DOROTEA.
Son dos medios extremados;
Que pues son galán y dama
Medios de un todo serán.
CAMILO.
De dos un alma se llama.
DOROTEA.
Gentilhombre es el galán.
CAMILO.
Y la dama de la fama.
DON JUAN.
¡Doroteo!
DOROTEA.
¡Señor!
DON JUAN.
Parte,
Y esa ropa que han de darte
Haz que á recaudo se ponga,
Y el aposento componga
De lo que hay bueno, Duarte.
DOROTEA.
¿Qué camas mandas hacer?
DON JUAN.
Una. ¿No lo ves?
DOROTEA.
¡Ah, sí!
DON JUAN.
¡Malo está de conocer!
DOROTEA.
Huéspeda tienes aquí,
Que ha de darme en qué entender.
DON JUAN.
¿Celos aquí, Dorotea?
DOROTEA.
¡Qué bella mujer!
DON JUAN.
No es fea.
DOROTEA.
Ni de mal talle el galán.
DON JUAN.
Ya los que he dado me dan:
Plega á Dios que por bien sea.

CHAVES.

Yo querría, si queréis,
Don Juan, ir á ver partir
Las tierras que dicho habéis;
Que á casa se puede ir
Mi bien con quien vos mandéis.

DON JUAN.

Pues llévela Doroteo,
Que es toda mi confianza.

DOROTEA.

Serviros, señor, deseo.

DOÑA BÁRBARA.

Merece toda privanza.

CHAVES.

¡Bonito rapaz!

DOÑA BÁRBARA.

No es feo.

DON JUAN.

Pues por ese mismo estilo
Vayan Toledo y Camilo
Por la ropa.

CHAVES.

Adiós, mi bien.

CAMILO.

¡Señor!

DON JUAN.

¿Qué?

CAMILO.

¿Diré también
Que haya algún regalo?

DON JUAN.

Dilo.

Váyanse Chaves y D. Juan; hablen aparte Dorotea y D.ª Bárbara.

CAMILO.

¿Iremos por esta ropa?

TOLEDO.

¿Es lejos tu alojamiento?

CAMILO.

La hostería de la Copa.

TOLEDO.

Buen agüero. ¿Hay buen sustento?

CAMILO.

Cuando hay plus hay viento en popa.

TOLEDO.

¿Es alegre este país?

CAMILO.

Si se siembra argén, da fruto.

TOLEDO.

Al fin, ¿contento vivís?

CAMILO.

Hay mucho del bel presuto.

TOLEDO.

¿Y vino?

CAMILO.

Como ámbar gris.

TOLEDO.

¿Y de aquello que el camino
Hace sentir cuando es largo?

CAMILO.

Tu pensamiento adivino;
De regalarte me encargo.

TOLEDO.

Como un coral eres fino;
Toca y vamos.

CAMILO.

¿Esta moza
Dístesla á hacer ó es hurtada?

TOLEDO.

Pregúntalo al que la goza.

CAMILO.

Parece honrada.

TOLEDO.

Es honrada,
Mas con el vicio retoza.

CAMILO.

Dime su hidalgo apellido.

TOLEDO.

Bárbara.

CAMILO.

Es nombre fingido.

TOLEDO.

Yo tengo sospecha igual;
Que creo que es principal,
Y que hay un padre ofendido.

CAMILO.

Vamos por estas maletas;
Que creo que han hecho salva.

TOLEDO.

Ya escucho las escopetas.

Váyanse Toledo y Camilo.

DOROTEA.

¿Chaves, decís, de Villalba?

DOÑA BÁRBARA.

¡Parece que te inquïetas!

DOROTEA.

No lo hago, por vida mía,
Sino que allá conocía
Algunos deudos que tiene.
Muy honrado hidalgo viene
Hoy en vuestra compañía.
Yo creo que no hallarán
En todo el campo ninguno
Tan gentil hombre y galán.

DOÑA BÁRBARA.

No, pues yo ya he visto uno.

DOROTEA.

¿Quién, por tu vida?

DOÑA BÁRBARA.

Don Juan.

DOROTEA.

Qué, ¿os ha parecido bien?

DOÑA BÁRBARA.

Ansí, ansí vame agradando.

DOROTEA.

Y Chaves á mí también;
Que, á ser mujer, voy pensando
Que no le hiciera desdén.

DOÑA BÁRBARA.

Partes tiene de hombre honrado;
Que es muy noble caballero,
Muy discreto y bien criado,
Blando en paz y en guerra fiero,
Que es un león enojado.

DOROTEA.

¡Qué bravos hombres produce
Trujillo!

DOÑA BÁRBARA.

Este rapaz luce
Agora entre mil famosos
Con principios generosos
Á que la sangre le induce.

DOROTEA.

Bien os habéis empleado.

DOÑA BÁRBARA.

Amor le tengo.

DOROTEA.

¿Y no más?

DOÑA BÁRBARA.

No es amor desatinado,
Porque no quiero jamás
Si no es cuando me han dejado.

DOROTEA.

¡Lindo humor!

DOÑA BÁRBARA.

No suele ser
Este humor nuevo en mujer.

DOROTEA.

En los hombres es lo mismo;
Que un desdén es un abismo
Que un hielo puede encender.

DOÑA BÁRBARA.

¿Quiere bien don Juan?

DOROTEA.

Sí, quiere.
Y tú verás por quién muere,
Si volvemos á Milán.

DOÑA BÁRBARA.

Qué, ¿allá sus ojos están?

DOROTEA.

Llora ausencia.

DOÑA BÁRBARA.

Desespere.

DOROTEA.

Quiero engañar esta loca,
Mientras no sabe quién soy,
Por ver si amor le provoca.

DOÑA BÁRBARA.

¡Qué lejos! Cansada voy.

DOROTEA.

Pues ya la distancia es poca.

DOÑA BÁRBARA.

El cansancio me desalma.

DOROTEA.

Vamos, que aguardando están.

DOÑA BÁRBARA.

Ve adelante.

DOROTEA.

Voy en calma;
Que ésta ha mirado á don Juan
Y Chaves me lleva el alma.

Un alarde por una parte de españoles y una bandera con las armas de Castilla; Diego García de Paredes y el Gran Capitán por general. Y por otra parte, otro de franceses con bandera de las armas de Francia. Mosiur de Aubení y el Duque de Nemurs, llamado Mosiur Namurcio, por general.

CAPITÁN.

Famoso general del francés suelo,
Por el Rey famosísimo y dichoso,
Á quien prospere largo tiempo el cielo,
Haciendo que su reino poderoso,
Sin ofensa de España, se dilate
Del eclipsado Ocaso al Norte hermoso;
Pues ha llegado el último combate
Que á la conquista de este reino hacemos,
De dividirle es justo que se trate.
Y pues que juntos oído misa habemos,
Dándonos San Antonio el templo suyo,
Por medianero en esto le tendremos.
Bien sabes que mi Rey y el noble tuyo
Á Nápoles conquistan juntamente,
Aunque al tuyo la gloria le atribuyo.
Que de tu pecho, general valiente,
Sospecho que si fueras preguntado,
Que al español dijeras llanamente.
Pero quedando cada cual honrado,
Y esta conquista entre los dos partida,
Que habemos igualmente trabajado,
Aquí será razón que se divida
De suerte que, quedando sin agravio,
La razón juzgue y el derecho pida.

NAMURCIO.

Gran Capitán, tan valeroso y sabio,
Que así te llaman hoy varias naciones,
Y la envidia también, mordiendo el labio;
Á cuyo Rey, que en las estrellas pones,
Sin ofensa de Francia, poner veas
Del uno al otro polo sus pendones:
Esta verdad pretendo que me creas,
Que deseaba verte como Aquiles
Deseaba á Héctor, ó cual Turno á Eneas.
Tus bien trazados miembros y gentiles
Estoy mirando, y tu modesta cara,
Terror y espanto de enemigos viles.
Guárdete Dios, que á tu prosapia clara
Dejarás una fama, como el cielo,
Que mueve los demás y nunca pára.
Agradecido á tu compuesto celo,
Digo que habemos todos trabajado
Y con igual sudor pisado el suelo.
También con sangre igual se ha conquistado,
Y así es razón que dividido sea,
Ó como fué primero concertado.

CAPITÁN.

Pues, Duque invicto, este papel se vea,
En que su división quedó trazada.

AUBENÍ.

Ansí es razón: vueseñoría le lea.

CAPITÁN.

Más que de pluma entiendo de la espada,
Pero leeréle, si es que os sirvo en esto.

AUBENÍ.

¡Bravo español!

NAMURCIO.

Es humildad cifrada.
Yo os digo que la furia os muestre presto.

GARCÍA.

Los de Francia murmuran.

DON JUAN.

Ya presumo
Que sin pendencia no saldremos desto.

CAPITÁN.

Ansí el papel, por abreviar, resume:

Lee.

«En la conquista del reino de Nápoles, el rey de Francia Luis (1) Duodécimo y el rey católico de España D. Fernando V quedaron convenidos desta suerte: Que toda la tierra de Labor, el Ducado de Benavento y la Brusa, con Nápoles sea de los franceses. Y la Calabria y Basilicata, tierra de Otranto y Pulla pertenece al Católico.»

NAMURCIO.

Desa suerte ya está hecho
Que Nápoles tiene Francia,
Y lo que es de su derecho;
Si hay engaño, es de importancia
Volver por nuestro provecho.
Que en eso no es bien permitas,
Cuando el tuyo solicitas,
Que se nos olvide el nuestro.

CAPITÁN.

Antes yo pretendo el vuestro

NAMURCIO.

¿Pues qué nos das ó nos quitas?

CAPITÁN.

Ya lo que es vuestro tenéis.

NAMURCIO.

Sí, pero de los confines
Es bien que parte nos deis.

CAPITÁN.

Pesado me ha que en los fines
Esa codicia mostréis.

NAMURCIO.

Sin más que le tocarán,
Hoy á Francia se darán
Melfa, Aversa, Andria y Bitonto.

CAPITÁN.

Á lo que es justo estoy pronto,
Á ley de buen capitán;
Pero advertid que no os toca.

AUBENÍ.

Á responder me provoca:
Sí toca, y muy bien ganada,
Y haré bueno con la espada
Lo que diga con la boca.

GARCÍA.

¿Qué tan bueno? que, por Dios,
Que ya de lo justo excedes,
Y probémoslo los dos.

CAPITÁN.

Buen García de Paredes,
¿Quién os mete en esto á vos?

GARCÍA.

¿No quiere vueseñoría,
Pesar de quien me engendró,
Que vuelva por él?

CAPITÁN.

No es día
Que lo hagamos vos ni yo,
Mientras no hay descortesía.
Dice mosiur de Aubení
Que lo que dijere aquí
Sustentará con la espada:
Hasta aquí no ha dicho nada;
¿Pues qué os toca á vos ni á mí?

GARCÍA.

Yo no soy tan advertido;
Y en esto, en la condición,
Soy al cielo parecido,
Que castigo la intención
Como el yerro cometido.

CAPITÁN.

Valerosos capitanes,
Caballeros albaneses,
Generosos y galanes:
En materia de intereses,
Por mil Romas y Milanes
No torceré la justicia,
Ni menos tengo codicia;
Que he dado más que ganado,
Después que como soldado
Ejercito la milicia.
Esta hacienda es de mi Rey,
Y ansí fuera caso injusto,
Señores, no hacer lo justo,
Por justo derecho y ley,
Sin vuestro agravio y disgusto.

AUBENÍ

Más pensé que con agravio.

CAPITÁN.

Señor, la paz se pretende;
Procuradla como sabio.

DON JUAN.

Este negocio se enciende.

GARCÍA.

De que se tarda me agravio.

AUBENÍ.

Con la paz se hará mejor;
Que bien españoles saben
Nuestra milicia.

CAPITÁN.

Señor,
Más cordura es que se acaben
Estas cosas con amor;
Que si españoles sabemos,
Vuestra milicia tan bien,

(1) *Dionís* hizo decir á Lope la censura.

También, porque nos honremos,
Los de Francia saben bien
Que, ofendidos, ofendemos.

GARCÍA.

¿Ansí habláis? ¡Bueno, por Dios!

CAPITÁN.

Paredes, estoy muy solo.

GARCÍA.

No estáis, pues está con vos
El mejor de polo á polo,
Y el mundo es poco á los dos.

NAMURCIO.

Éstos tenemos cercados
De vuestra gente y la mía
Con ejércitos formados;
Creo que mejor sería
Echarlos destos Estados.

CAPITÁN.

Ahora bien, gran general;
Esto se divide mal.

NAMURCIO.

¿Pues qué podemos hacer?

CAPITÁN.

En lo por partir, poner
Nuestro estandarte Real.
Pongan en estos confines
Sus armas Francia y España,
Mientras que lo determines.

NAMURCIO.

Bien es, pues nadie se engaña,
Que á tu parecer me inclines;
Traed un escudo aquí
De las armas albanesas.

CAPITÁN.

Traedlas de España.

NAMURCIO.

Ansí,
Las condiciones expresas
Se quedan por ti y por mí;
Y las armas estarán
Para lo no dividido,
Y allá juzgarlos podrán.

AUBENÍ.

¡Extremada traza ha sido!

NAMURCIO.

Como de tal Capitán.

Traigan dos escudos de armas, unas de Francia y otras de Castilla.

Estas rojas fijo aquí,
Para que espanten ansí
Las enemigas naciones.

CAPITÁN.

Más espantan los leones
Que nacen donde nací;
Aquí los pongo á que guarden
Estas flores que tú has puesto,
Que á fe que no se acobarden.

NAMURCIO.

Las flores nos darán presto
Fruto, aunque ahora se tarden.

GARCÍA.

Aunque suelen las abejas
Comer flores, ahora no,
Que en guarda leones dejas.

AUBENÍ.

Leones he visto yo
Á los pies de Francia ovejas.

GARCÍA.

El día que Francia es dama,
Y algún español león
Por mujer la adora y ama,
Rendido por afición,
Oveja á sus pies se llama.
Y dejemos esto aquí,
Señor mosiur de Aubení.

AUBENÍ.

Más veces España dió
Mujeres á Francia.

CAPITÁN.

Y yo
Por los dos lo digo ansí:
Sin muchos reyes que os dió,
Un rey que tuvistes santo
De nuestra España nació.

NAMURCIO.

Y Francia le estima tanto,
Que ella lo confiesa y yo.

CAPITÁN.

Con esto, gran general,
Me voy.

NAMURCIO.

Dios vaya contigo.

GARCÍA.

¡Señor!

CAPITÁN.

¿Qué?

GARCÍA.

Esto queda mal.

CAPITÁN.

Paredes, Dios me es testigo
Que queda el partido igual.

GARCÍA.

No hay lobo que á mí me muerda
Ni en poblado ni en campaña.

CAPITÁN.

¿Qué hay aquí que España pierda?

GARCÍA.

Quedar las armas de España
Puestas á la mano izquierda.
Muramos, que no aprovecha
Ir con honra y con sospecha.

CAPITÁN.

Paredes, esto es error,
Porque donde está el señor
Esta es la mano derecha.

Váyase el Gran Capitán con su gente.

AUBENÍ.

¡Oh, cómo este español es arrogante!

NAMURCIO.

¿Cuándo todos no son desa manera?

AUBENÍ.

Mal hemos hecho en permitir que quede
Indecisa de Francia la ventaja,
Ni españoles iguales con nosotros.

NAMURCIO.

Si eso es mal hecho, rómpase la tregua;
Que con lo que tenemos conquistado
Presto será de Francia lo que queda.

AUBENÍ.

¿Cómo haremos, señor, para que entienda
El Español que estamos con disgusto,
Y que habemos de ser aventajados?

NAMURCIO.

Vaya un trompeta y dígale que luego
Deje á Capitanata, y della saque
El presidio que tiene de españoles,
Ó que por fuerza se la quitaremos.

AUBENÍ.

Pues por si del recado no lo entiende,
Lleve un requerimiento por escrito.

NAMURCIO.

Así está bien, y en su adquirida tierra
Podréis entrar.

AUBENÍ.

Comiéncese la guerra.

Váyanse marchando. Sale D. Juan.

DON JUAN.

Amor, no te pintan mal
Con rayos, pues eres rayo
En fuego y presteza igual:
De improviso estoy mortal
Y en el último desmayo.
Mas dime, amor, si yo amaba,
¿Cómo la razón, esclava,
Se pudo librar tan presto
De aquese hermoso supuesto
Donde con el alma estaba?
Que seas ciego, no lo niego.
¿Cómo has hecho, te pregunto,
Que un fuego queme otro fuego,
Si no es de Fénix difunto,
Para que renazca luego?
Amar, bien se puede amar;
Pero no, amando, olvidar
Sin causa, agravio ni celos,
Si no es que quieren los cielos
Un nuevo amor engendrar;
Mas este ciego no es
Hijo de su luz hermosa,
Limpio al principio y después;
Mas de la adúltera diosa,
Que le dió por interés
Bárbara, bien he probado
Que el amante transformado
Queda en quien ama, y de suerte
Amor en ti me convierte,
Que por bárbaro he quedado.
Bárbaro soy ya, de modo
Que hasta el alma que te dí
Á ser bárbara acomodo;
Mira si hay Bárbara en mí,
Y si soy bárbaro todo.
Si hago ofensa á un caballero
Como Chaves de Villalba,
Y amigo tan verdadero,
¿Qué honra me queda salva
Ó cuál galardón espero?
Mas si por una mujer
Se suelen reinos perder
Y ser reyes enemigos,
Que se pierdan dos amigos
¿Qué novedad ha de ser?
Seguir quiero mi deseo;
Pero aquesta Dorotea,
Transformada en Doroteo,
Del bien que el alma desea
Es peligroso rodeo.
¿Qué haré? ¿Qué será de mí?

Sale Dorotea.

DOROTEA.

Para mi mal vino aquí
Este gallardo mancebo,
Este basilisco nuevo,
Que me ha muerto, y yo le vi.
Si mirando mata el fiero,
Y viene á morir mirado,
En vano remedio espero;
Que, visto, vivo ha quedado,
Y no mirándome, muero.
¿Mas si ha visto, aunque sin ver,
Lo que soy en propio sér
Con mi traje y con mi nombre,
Pues él me tiene por hombre,
Y, en efecto, soy mujer?
Pues en verdad que yo adoro
Un hombre que por mí muere,
Si por él suspiro y lloro,
Sino que quiere y le quiere
Una mujer como un oro.
Pues el traje que me dan
Es propio para quien ama;
Que estoy mejor, me dirán,
Para galán de su dama,
Que dama de su galán.
Mas ¡ay! mi dueño está aquí.
¡Señor!

DON JUAN.

¡Oh, mi Dorotea!
¿Qué hay de los huéspedes?

DOROTEA.

Fuí
Á alojarlos.

DON JUAN.

¿Que ésta sea
Contradicción para mí?
¿Que quien era ángel ayer,
Hoy se convierta en demonio,

Quién dirá que pueda ser?
Todo es, amor, testimonio
De tu infinito poder.

DOROTEA.

¿Posible es, que éste es don Juan?
¡Qué diversos pareceres
Nos da un gesto, un ademán!
¡Cuán justamente, oh, mujeres,
De varias el nombre os dan!
Quiero, sin mirar que he sido
Mujer, decir que en mujer
Todo es mudanza y olvido,
Porque me quiero valer
Del sagrado del vestido.
Mas no me fué de provecho,
Porque, abrasándose el pecho,
No hay en el vestido injuria.
¡Extraña es de amor la furia:
Con ser hombre me ha deshecho!
Láminas de plata ha sido,
Sobre madera de roble,
La fuerza deste vestido,
Y ejecutoria del noble,
Comprada del mal nacido.
Fresco color de manzana,
Dentro herida y fuera sana,
Fe cristiana en hombre moro
Y cojín de tela de oro
Que tiene el alma de lana.
Mujer, en efecto, he sido,
Y he hecho como mujer,
Aunque era de hombre el vestido.

DON JUAN.

Yo he dado en que esto ha de ser,
Y hago bien, que estoy perdido.
La dama le he de quitar
Á Chaves con un enredo,
Con que la pienso gozar.

Chaves éntre.

CHAVES.

¡Bueno, por mi vida, quedo,
Si ya nos mandan marchar!

DON JUAN.

¿Qué es esto?

CHAVES.

Que el general
Manda aprestar y partir.

DON JUAN.

¿Hay desasosiego igual?
¿Dicen donde quiere ir?

CHAVES.

Donde quiera, me está mal;
Que descansar me importaba.

DON JUAN.

¿Sábelo Bárbara?

CHAVES.

No.

DON JUAN.

Parte y díselo.

DOROTEA.

Aquí estaba
Para decírselo yo.

CHAVES.

Ven conmigo.

DOROTEA.

Soy tu esclava.

CHAVES.

¿Qué?

DOROTEA.

Que tienes un esclavo
En mí.

CHAVES.

Tu servicio alabo.

Váyanse Chaves y Dorotea.

DON JUAN.

¡Oh, cómo se ha hecho bien!
¡Victoria de amor me den!
Lo que hoy pretendo, hoy lo acabo.
Extraño mi pensamiento;
Mas ¿quién puede contrastar
Un amoroso tormento?

Camilo éntre.

CAMILO.

¿Sabes que quieren marchar?

DON JUAN.

Ni tú, Camilo, mi intento.

CAMILO.

¿Qué hay?

DON JUAN.

Sin réplica alguna,
Porque no pido consejo;
Que esto es amor y fortuna:
Sin Bárbara á Chaves dejo
En las puntas de la luna.
Parte al capitán Navarro,
Y di que me envíe aquí,
De aquel su tercio bizarro,
Cuatro hombres.

CAMILO.

Harélo ansí.

DON JUAN.

Hoy hurto á Febo su carro.

Váyase D. Juan.

CAMILO.

Si como el otro le guías,
Caerás perdido en el mar,
En que extrañas fantasías
Hace amor á un hombre dar
En término de dos días.
¿Á un amigo esta traición?
Ciegos tus efectos son:
Ni tener, ni guardar fe.

Éntre Dorotea.

DOROTEA.

Quien esto á sus ojos ve,
Intenta su perdición;

No queda al álamo blanco
Más enlazada la vid
Que los dos en campo franco.
¡Tiernas lágrimas, salid,
Que ya del pecho os arranco!
Viendo Angélica y Medoro
Enredarse en lazos de oro,
Por volverme estuve Orlando.

CAMILO.

¿Qué te vienes lamentando?

DOROTEA.

Mudanzas del tiempo lloro.

CAMILO.

¿Luego has sabido el intento
De tu don Juan?

DOROTEA.

¡Ay de mí!
Quiérole decir que sí;
Ya sé todo el fingimiento.

CAMILO.

¿Y qué harás?

DOROTEA.

Quedarme aquí.
¿No es bueno, que no sé nada.
Y le respondo á Camilo?

CAMILO.

¿No me dirás con qué estilo
Estás del cuento avisada?

DOROTEA.

Celosa, escuchélo y vilo.

CAMILO.

Pues si esta dama se lleva
Don Juan, como lo ha trazado,
¿Qué has de hacer?

DOROTEA.

Extraña prueba
Del secreto mal guardado;
Pero no es en amor nueva.
Miren por dónde he sabido
Que quiere aqueste atrevido
Hurtarle su dama á Chaves.

CAMILO.

¿Posible es que aquesto sabes,
Y no pierdes el sentido?

DOROTEA.

Esto me viene muy bien;
Que si éste queda sin dama,
Y yo sin dueño también,
Yo pierdo á quien me desama
Y gozo á quien quiero bien.
Callar quiero; que no pudo
Darme el ciego amor desnudo
Mayor ventura.

CAMILO.

El rigor
Suele dejar del dolor
Al que le padece, mudo.
Y ésta ansí debe de estar,
Pues calla con tanta pena.
Quiero al capitán hablar.

Váyase.

DOROTEA.

Chaves, la fortuna ordena
Que os pueda el alma gozar:
Todos de mi parte están.
Yo me voy, mientras se van,
Á alguna parte á esconder;
Que, en efecto, soy mujer
Y quise bien á don Juan.

Salgan el capitán D. Diego de Mendoza, y el Gran Capitán y Diego García de Paredes.

CAPITÁN.

En esto, pues, señor don Diego, estamos:
Que poniendo las armas de los Reyes,
El nuestro y el de Francia, en los confines,
Ellos lo determinen en sus Cortes,
Y nosotros guardemos lo ganado.

DON DIEGO.

Todo se ha hecho bien, cual se esperaba
Del gran valor dese invencible pecho;
Pero Diego García de Paredes
Dice que los de Francia aquí han tenido
Con vuestra señoría más soberbia
De la que sufre en otras ocasiones.

CAPITÁN.

Señor don Diego de Mendoza, el hombre
Que entre sus enemigos no es astuto
Nunca tendrá ocasión para vengarse,
Y perderá la honra con la vida.
No sólo corre aquesto en nuestros tiempos;
Pero, en ejemplo de las sacras letras,
Vemos un rey David fingirse loco.
Mientras los hombres no perdemos nada,
Es bien salir en paz de las cuestiones:
Mi Rey, sus armas, yo, mi gente, España,
No hemos perdido en esto cosa alguna.
Ya estoy de dos ejércitos cercado,
Y válgome de industrias como griego.

Un soldado.

SOLDADO.

Un trompeta está aquí, general ínclito.

CAPITÁN.

¿Es de Francia?

SOLDADO.

Del mismo.

CAPITÁN.

Di que llegue.

Sale un trompeta.

TROMPETA.

El Duque de Nemurs, mosiur Namurcio,
Besa tus manos, general famoso,
Más que Torcato, Scipión y Curcio,
Y dice que pedirte le es forzoso
Que luego entregues á Capitanara,
Sacando su presidio á tiempo honroso.
Y mosiur de Aubení también repara
En que luego le entregues esta fuerza

Que agora tu español presidio ampara,
Porque si no la tomarán por fuerza.

CAPITÁN.

Dile, amigo, al general
Que pues no ha tenido estima
De comedimiento igual,
Su descortesia me anima
Para que le trate mal.
Acaba de hacer la tregua,
Y dél no estoy media legua,
Y ya el parecer es otro.

GARCÍA.

Eso es; darásme el potro,
Ó he de matarte la yegua.

CAPITÁN.

Dile que siempre con ellos
He sido muy comedido,
Y que no tan sólo dellos
Defenderé mi partido,
Pero que pienso ofendellos.
Esto confiando en Dios,
Aunque, para excusar muertes,
Asaltos y trances fuertes,
Mejor fuera que los dos
Echáramos estas suertes.

TROMPETA.

Con este requerimiento
Su mandamiento he cumplido.

CAPITÁN.

Yo me doy por requerido,
Aunque mi comedimiento
Ha de ser siempre el que ha sido.
Leed, García.

GARCÍA.

¿Este ultraje
Sufre tu divino honor?

CAPITÁN.

Leed.

GARCÍA.

¡Que del cielo baje!.....

CAPITÁN.

¡Leed!

GARCÍA.

Yo leeré, señor.
¡Ah, pesar de mi linaje!

Lee.

«Mosiur Namurcio, mosiur de Aubení, en nombre del Rey de Francia, requerimos al duque de Sesa D. Gonzalo Fernández de Córdoba, á quien llaman en España el Gran Capitán, General suyo en Nápoles por Fernando V, su Rey Católico, entregue y deje luego á Capitanara, sacando della el presidio que tiene de españoles. Donde no, con este protesto la tomaremos por fuerza.»

CAPITÁN.

Dile á mosiur de Aubení
Y los demás, que lo oí,
Y que ojalá que él gustara
Que entre los dos se acabara
Todo lo que viene aquí.
Y que el presidio español
Ni le sacaré, ni espero,
Ni lo puedo, ni lo quiero;
Que se mueven, como el sol,
Que otro le mueve primero.
Que aunque tengo diez soldados,
Y ellos diez campos formados,
Soy tan grande por mí solo
Que ocupo de polo á polo,
Y aun me aprieta los costados.
Que primero que de Italia
Me arroje su brazo fiero,
Pasaré la primer Galia;
Que ésta es manopla de acero,
No es guante de ámbar ni algalia.
Soy del lugar donde nacen
Buenos caballos, y quiero,
Pues tanto en Albania aplacen,
Pasar un ganado entero
A ver si en sus campos pacen.
Y eso de grande me agrada
Sólo en España. Esto doy
Por respuesta á tu embajada;
Que allá por sangre lo soy
Y acá lo soy por la espada.

TROMPETA.

Así lo diré.

CAPITÁN.

Pues parte.

Váyase el trompeta-correo.

GARCÍA.

¡Ah bravo invencible Marte,
Agora hablaré á mi gusto!

CAPITÁN.

¿Dónde iremos? Porque es justo
Estar en segura parte.

DON DIEGO.

¿Es buena Basilicata?

GARCÍA.

Mejor estás en Barleta.

DON DIEGO.

Bien dice; de marchar trata;
Que es más segura y quieta
Y el mar la baña en su plata;
Tendrás por allí sustento.

CAPITÁN.

Es gallardo alojamiento.

GARCÍA.

¡Que como yo mil no hubiera!

CAPITÁN.

Si hallarse otro vos pudiera,
Paredes, bastaban ciento.

Entren cuatro soldados con arcabuces; Bárbara y D. Juan, y Chaves de Villalba.

DON JUAN.

Para más seguridad

Irá con estos soldados.

CHAVES.

Los franceses, alterados,
Publicando enemistad,
Cubren montañas y prados.
Parte, señora querida,
Por el orden de don Juan,
Que allá te llevas mi vida;
Aunque, si juntas están,
No es justo que se divida.

DOÑA BÁRBARA.

Yo voy con tal desconsuelo,
Que me cubre el alma un hielo.

DON JUAN.

¡Páez!

PÁEZ.

¿Señor?

DON JUAN.

Escuchad:
El camino atravesad
En no viendo gente.

PÁEZ.

Harélo.

SOLDADO 2.°

¡Alto! Partamos de aquí.

DON JUAN.

Un barco aguarda en la playa;
Secreto, y metedla allí.

SOLDADO 3.°

Cuando el mundo á la mar vaya,
Fiad de Ortuño y de mí.

DON JUAN.

No será malo ir con ella
Hasta que al bagaje llegue.

CHAVES.

Honráisme y honráisla á ella.

DON JUAN.

Adiós.

CHAVES.

¡Ay, Bárbara bella,
Amor los de Francia ciegue!
Si es ciego amor, ¿cómo acertó mi pecho?
Y si acertó mi pecho, ¿cómo vivo?
Si el bien poseo, ¿cómo soy cautivo?
¿Y cómo libre, si le pago pecho?
Si me regala amor, ¿qué mal me ha hecho?
Si es liberal conmigo, ¿en qué es esquivo?
¿Cómo, si es blando, es fuerte y vengativo?
Si es daño, ¿cómo busca mi provecho?
Si yo siento dolor, ¿qué son favores?
Si es mucha la pensión, ¿qué bien no es poco?
¿En un gozado bien por qué hay recelos?
¡Oh amor, camaleón de mil colores,
Alegre carmesí, pajizo loco,
Con esperanza verde, azul con celos!

ACTO SEGUNDO.

Salgan Chaves y Dorotea.

CHAVES.

Al hombre que ya se muere,
No es justo darle esperanza,
Ni al que pierde el bien que alcanza
Decirle que tiempo espere.
Al que sin razón pleitea,
No es razón entretener,
Ni al que no tiene poder
Y lo imposible desea.
El que el mal cierto dilata
No busca remedio igual,
Porque dilatando el mal
Coge de improviso y mata.
No se puede, Doroteo,
Con un amante burlar;
Que mal se puede engañar
Un amoroso deseo.
En vano engañar porfías
Las sospechas que me dan
De que no llegue don Juan
Á Barleta en tantos días.
Los franceses habrán dado
Con mi gloria llanamente,
Y, como era poca gente,
La escolta desbaratado.
Y pues no vuelve don Juan,
Habránle muerto también,
Porque no goce mi bien
Algún albanés galán.
¡Ay mi verdadero amigo!
¡Ay, don Juan, ya te perdí!
¡Quién, pues que mueres por mí,
Pudiera morir contigo!
Que de manera te he amado,
De tu lealtad y amor cierto,
Que quisiera ser el muerto
Por no quedar obligado.
Que como en satisfacción
Tuya no tengo que hacer,
Inmortales han de ser
Mi amor y tu obligación.

DOROTEA.

Señor, como los engaños
Suelen mantener la fe,
Y pocas veces se ve
Provecho en los desengaños,
Gustaba de entretenerte;
Que una pena entrenida,
En fin, dilata la vida,
Si cierta ha de dar la muerte.
Mas ya que fuerza ha de ser

Venirte á desengañar,
Oye lo que hay que fiar
De un falso amigo y mujer.

CHAVES.

Cómo, Doroteo, di,
¿Sabes ya que está cautivo
Aquel ángel, por quien vivo?
¿Quién te lo ha dicho? ¡Ay de mí!
¿Murió don Juan? Habla claro.
Dos vidas pierdo en los dos.

DOROTEA.

¡Que engañado estás!

CHAVES.

¡Ay, Dios!
Que más en don Juan reparo;
Que ella es mujer, y me fundo
En que otras mil se hallarán,
Y amigo como don Juan
No se ha de hallar en el mundo.

DOROTEA.

Á lo menos como tú,
De tanta lealtad y amor;
Que don Juan es un traidor,
Aunque es hidalgo.

CHAVES.

¡Jesú!
¿Traidor?

DOROTEA.

¿Pues eso no es llano,
Si lo quiero descubrir?

CHAVES.

¿Tal te atreves á decir
Delante de mí, villano?

DOROTEA.

Es traidor de engaños lleno.

CHAVES.

¿Ansí agradeces el pan
Que has comido de don Juan?

DOROTEA.

No ha sido sino veneno.

CHAVES.

Si no mirara, picaño,
Que eres rapaz.....

DOROTEA.

Ten la daga,
Y empléala en quien te paga
Ese amor con tal engaño.

CHAVES.

¿Qué engaño? ¿Qué es lo que dices?

DOROTEA.

Que te ha llevado don Juan
Á Bárbara. Y que ya están,
Porque más te escandalices,
En el puerto de Ostia, ó cerca.

CHAVES.

¡Válgame el cielo!

DOROTEA.

Esto pasa.

CHAVES.

Todo el infierno me abrasa,
Todo su fuego me cerca.
¿De quién lo sabes?

DOROTEA.

De Páez,
Un soldado que allá fué,
Y en el concierto me hallé
De la barca y del arráez.

CHAVES.

¿Luego, sin duda, don Juan
Se va con mi amada pena?

DOROTEA.

Como Paris con Elena,
Surcando las aguas van.
Ó ya está en salvo ó fluctúa.

CHAVES.

Á llegar donde suspiro,
Yo fuera otro Cinegiro
En defender la falúa.
Nadara, y el borde asiera
Con estos brazos romanos,
Y en cortándome las manos
Con los dientes la tuviera.
¡Vil mujer, amigo fiero!
¡Él traidor y ella traidora!
¿De cuál de los dos agora
Es bien quejarme primero?
Ella es Bárbara, en efeto;
Y mujer, disculpa tiene.
Él, que á ser bárbaro viene,
Siendo hombre hidalgo y discreto,
Es en aquesto el culpado.
¿Cómo le podré seguir?
Que es imposible salir,
De los de Francia cercado.
No sé cómo me prometa
Tomar de Roma la vía,
Porque llegan cada día
Á los muros de Barleta.
Pero ¿cómo me detengo
De no me arrojar al mar?
Que no pudiendo llegar,
Mataré el fuego que tengo.

DOROTEA.

¡Qué mal con quejas la cobras!

CHAVES.

Dos bárbaros me han llevado
Mi bien y honor mal guardado,
Uno en nombre y otro en obras;
Pero dime, Doroteo,
¿Cómo te quedaste aquí?

DOROTEA.

Porque no digan que fuí
Parte en delito tan feo.
Y costárame el quedar
La vida, que ya les daba,
Pues viendo que me quedaba,
Don Juan me mandó matar.
Acogíme á tu sagrado;
Que traía un pistolete
Encubierto Navarrete.

CHAVES.

¿Quién?

DOROTEA.
De los cuatro, un soldado.
CHAVES.
Y éstos, ¿de qué tercio son?
DOROTEA.
Del conde Pedro Navarro,
De los cuales el bizarro
Era el alférez Chacón,
Y los otros dos Ortuño
Páez y el que te he nombrado.
CHAVES.
No la lleva á mal recado.
¡Qué tarde la espada empuño!
DOROTEA.
No, que en llegando á la mar,
Los que digo se volvieron.
CHAVES.
¡Muéstramelos!
DOROTEA.
No tuvieron
Culpa en irle á acompañar;
Que él decía que era suya,
Y que por el Albanés
La guardaba.
CHAVES.
Verdad es;
Todo al traidor se atribuya.
¿Esto es amistad?
DOROTEA.
Repara
En que te pueden oir.
CHAVES.
De aquí tengo de salir,
Si mil vidas me costara.
DOROTEA.
El general viene.
CHAVES.
Espera;
Que te quiero por leal
Y porque eres de mi mal
Testigo.
DOROTEA.
En tu bien quisiera
CHAVES.
Irás conmigo.
DOROTEA.
Si haré.
Tu paje soy, y te empeño
Mi fe, que mejoro el dueño,
Porque en el otro no hay fe.

Entren el Gran Capitán, Diego García, don Diego, de Mendoza y el capitán Pedro Navarro.

CAPITÁN.
Ansí estaremos seguros
En uno y otro lugar;
Que éste defiende la mar
Y esotro los fuertes muros.
DON DIEGO.
Muy buen sitio fué Barleta,
Y no de poca importancia,
Para sufrir la arrogancia
Con que el de Francia te inquieta.
GARCÍA.
De suerte las han tenido,
Aunque en ellos naturales,
Que á ser las obras iguales,
No se hubieran resistido.
CHAVES.
Suplico á vueseñoría
Que para cierto combate,
En que un amigo rescate,
Me dé licencia este día,
Que defendiendo una dama,
Preso está del Albanés
CAPITÁN.
Hazaña piadosa es
Y digna de nombre y fama.
¿De quién sabéis que está preso?
CHAVES.
De un papel que me envió.
CAPITÁN.
¿Y el dueño que le rindió
Es sabedor del suceso?
CHAVES.
Que no ha de dalle por talla
Me escribe, sino comprado
Con sangre.
DON DIEGO.
¡Extraño soldado!
CAPITÁN.
Pues, alto, haced la batalla.
Den orden para salir
Á este hidalgo de Barleta.
GARCÍA.
Pues el desafío aceta,
Él sabrá hacer y decir;
Que dejando la honra salva
De otros soldados, es hombre
Que merece fama y nombre.
CAPITÁN.
¿Quién es?
GARCÍA.
Chaves de Villalba.
CAPITÁN.
¿Conocéisle vos, Paredes?
GARCÍA.
Es de la tierra, y de tales
Padres, que entre otros iguales
Ponerle á tu mesa puedes.
CAPITÁN.
¿De Trujillo?
GARCÍA.
Sí, señor;
Que aun de su talle se infiere.
CAPITÁN.
Pues vaya donde quisiere;
Que yo salgo por fiador.
CHAVES.
Beso á vuestra señoría
Las manos mil veces.

CAPITÁN.
Parte.
CHAVES.
Y á vos, invencible Marte,
Honra de la patria mía.
GARCÍA.
Si allá no os sucede bien,
Lo que de quien sois confío,
Llamadme, pariente mío,
Y préndanme á mí también.
CHAVES.
Yo procuraré, García,
Que no os deba más que amor.
¡Doroteo!
DOROTEA.
¿Mi señor?
CHAVES.
¿No vas en mi compañía?
DOROTEA.
Hasta la muerte, y mil vidas
Que tuviera te ofreciera.
CHAVES.
Sigamos aquella fiera,
Porque otras tantas me pidas.
Salgo bebiendo los vientos,
Como tigre, de mi cueva.
DOROTEA.
Hijos del alma te lleva.
CHAVES.
Bien dices: los pensamientos.

Toledo éntre.

TOLEDO.
En tu busca ando perdido.
¿Sabes ya lo que ha pasado?
CHAVES.
Sé que mi bien me ha llevado
Aquel amigo fingido.
¿Hay otra cosa, Toledo?
TOLEDO.
¿Más que esto quieres que haya?
Quien fué en su escolta á la playa
Me ha dicho todo el enredo,
Y que Bárbara pensaba
Que tu orden era aquélla.
CHAVES.
Qué ¿no está culpada ella?
TOLEDO.
¿Pues quién, señor, la culpaba?
CHAVES.
Doroteo fué el primero,
Y él dice que consintió.
TOLEDO.
Doroteo te mintió,
Á pagar de mi dinero:
Porque si tú la mandaste
Ir con él, y ella obedece,
Tuya la culpa parece.
DOROTEA.
Él miente, y agora baste;
Que por guardar el respeto
Al general, que hoy le ampara,
No le corto media cara
Ó las piernas desjarreto.
TOLEDO.
¡Rapaz afeminadillo!
Si mi amo no estuviera
Presente, yo le pusiera
La mano en todo el carrillo.
Pase esto aquí con recato;
Para allá le desafío,
Aunque guante no le envío,
Pero tome ese zapato.
DOROTEA.
Desvíe vuesa merced.
¿Á mí coz?
CHAVES.
Bien está ansí.
TOLEDO.
Á no estar quien está aquí,
Te arrimara á la pared.
CHAVES.
Seguidme sin replicar.
DOROTEA.
Yo os cogeré, fanfarrón.
TOLEDO.
¡Vive Dios, medio capón,
Que os acabe de capar!
CAPITÁN.
Á Taranto puede ir
Con buena guardia Navarro.
DON DIEGO.
Todo su tercio es bizarro.
PEDRO.
Él y yo te han de servir.
CAPITÁN.
Lezcano, con el Armada,
Podrá guardar entretanto
La villa del mar de Otranto.
DON DIEGO.
Buen gobierno.
PEDRO.
Buena espada.
Y más la escuadra de Luque.
CAPITÁN.
Socorro espero mayor,
Que envía el Emperador
Por orden del Archiduque.
PEDRO.
Como yerno de Fernando
Vuelve por su hacienda.
GARCÍA.
Envía
Muy lucida infantería
Tudesca.
CAPITÁN.
Estoyla esperando;
Que son siete compañías
De á quinientos hombres.
DON DIEGO.
Plata
Hace falta.

CAPITÁN.
Eso se trata,
Vendrá de aquí á pocos días.
Yo entretengo los soldados
Con decir que hay gran dinero,
Que ya de Venecia espero
Por papeles aceptados:
Y no hay memoria en España
De dineros ni de letras.
DON DIEGO.
Bien su descuido penetras.
CAPITÁN.
Es necesidad, y extraña;
Que ha hecho mucho en Granada
El Rey, y es poco provecho.
DON DIEGO.
¿Las Indias?
CAPITÁN.
Será, sospecho;
Que agora son poco ó nada.
Trujo á Granada Colón
Cinco mil escudos de oro,
Con nuevas de un gran tesoro
Y tierra de promisión.
Diólos la Reina Isabel
Á Toledo, con que han hecho
La Custodia.
DON DIEGO.
Era el provecho
Grande, y dan primicias dél.

Sale un soldado.

SOLDADO.
Una nave, gran señor,
Llena de ropa navega
Al puerto.
CAPITÁN.
Haz cuenta que llega
Para tu bien y favor.
Parte, y di que éntre el patrón
Y que compraré la ropa.
SOLDADO.
Ella trae viento en popa.

Disparen.

¡Oye!

Váyase.

DON DIEGO.
Hizo salva un cañón.
CAPITÁN.
Gente hay rota y mal vestida;
Si hay quien me quiera fiar,
Esta ropa he de comprar,
Y hoy ha de ser repartida.
DON DIEGO.
De Bari dos mercaderes
Te fiarán.
CAPITÁN.
Pues vamos luego,
Y no se sepa, don Diego.
GARCÍA.
¡Qué Alejandro!
DON DIEGO.
¡Un César eres!

Entren Adolfo, alférez francés; Guillermo, cabo de escuadra, y tres soldados con arcabuces.

GUILLERMO.
Contadme, por vida mía,
Los sucesos de Barleta.
ADOLFO.
Anda la caballería
Toda la noche inquïeta,
Y muchas veces el día;
Que como negocio es
En que cada cual desea
Mostrar bríos de francés,
Más por honra se pelea
Que no por el interés.
El campo corren y cruzan,
Y á golpes con las espadas
Los arneses desmenuzan.
Y en concierto ó con celadas
Batallan y escaramuzan;
Cualquier de Francia, advertid,
Que de Roldán tiene el brío,
Cualquiera español, del Cid.
GUILLERMO.
¿Qué fué lo del desafío?
ADOLFO.
¿Queréislo saber?
GUILLERMO.
Sí.
ADOLFO.
Oid:
La caballería francesa,
La que trae por divisa
Blanca banda y rosas de oro,
En Barleta desafía
Á la española, que el pecho
Cruza, por costumbre antigua,
Con la banda carmesí,
En que su furia publica.
Que son pocos y ellos muchos,
Los españoles decían,
Y que si fueran iguales
Ganaran fama y estima.
Con estos tantos á tantos
Á salir se determinan,
Y once á once al campo salen
Llegando del plazo el día.
En el campo de Tiano,
Que las murallas cubrían,
Que por ser parcial Venecia
Á entrambos, seguros iban.
Entraron once franceses
De la manera que pintan
Á Carlo Magno, á Roldán,
Á Rugero el de Marfisa,

Á Godofre de Bullón,
Á Valdovinos de Frisia,
A Reinaldos, á Oliveros,
Borbón y mosiur de Guisa;
Á Luis Santo, cuando armado
Las lunas de África eclipsa,
Y al Condestable de Francia
Con la espada en sangre tinta.
Luego otros once españoles
Como en retrato se miran:
El gran Bernardo del Carpio
Y el primer Rey de Castilla,
El Conde Fernán González
Y el valiente Cid Ruydíaz,
Los Reyes con quien casaron
Doña Sol y doña Elvira,
Don Diego Ordóñez de Lara,
Don Bermudo y don García,
Don Jaime, Rey de Aragón,
Y el Santo Rey de Sevilla.
Las armas, del pie á la gola,
Con el sol resplandecían;
Las celadas con mil plumas
Y lazos de argentería.
Ricos caballos bridones,
Fuertes aceradas sillas,
Ellas y las riendas, de ante,
Y de oro espuelas y hebillas.
Eran de ver los colores,
Crines blancas ó teñidas;
Cuál es bayo, cuál castaño,
Cuál español, cuál de Frisia.
Acométense de suerte
Que no creo que se embistan
Dos galeras con más furia,
Tronando la artillería.
De la cuja al ristre pasan
Las fuertes lanzas que vibran,
Descalabrando los aires
Con los pedazos y astillas.
Sacan los fuertes estoques,
Tajos y reveses tiran,
Y como herreros en yunque
El blanco acero acuchillan.
Cuál entra por este lado,
Cuál por el otro se libra,
Quién corta rienda y cadena,
Cuál escarcela ó loriga.
Cuál, de las crines asido,
Por donde no quiere aguija,
Haciendo las cerdas riendas
Y apretando la barriga.
Cuál corta el rostro al caballo,
Cuál á su dueño derriba,
Que no sintiendo su peso
Precipitado camina.
Cuál pone el pomo en el pecho
Para que de punta embista,
Cuál caballo inobediente
Ya cocea y ya se empina.
Guillermo, yo soy de Francia,
Y francés soy por la vida,
Y francés digo que España
Ganara el precio aquel día,
Si cuatro franceses bravos
Con esta industria no obligan
Á detenerse al contrario,
Que vencedor se imagina.
Y fué que algunos caballos
Que en la campaña yacían,
Les sirvieron de trincheras,
Defensa, foso y fagina.
Con esto llegó la noche,
Y la batalla indecisa
Quedó por entrambas partes
Sin ventaja conocida.
Dieron á los españoles
La destreza y valentía,
Y la constancia y firmeza
Á la francesa cuadrilla.
Aquel español Paredes,
Que llaman Diego García,
Fué celebrado en extremo,
Porque, la espada perdida,
Se defendió á pura piedra;
Y la misma fama aplican
A Diego de Vera, el bravo.
Mira si hay más que te diga.

GUILLERMO.

Holgádome he con extremo,
Adolfo, de oir la historia.
Gente viene.

ADOLFO.

Á nadie temo.

Salgan Chaves, Toledo y Dorotea.

CHAVES.

Ya mi desdicha es notoria;
De mi fortuna blasfemo.
Salí de Barleta y dí
En celada de enemigos:
Hoy perecemos aquí.

Apúntenle.

ADOLFO.

¿Quién va allá?

CHAVES.

Amigos, amigos.

ADOLFO.

¿Eres español?

CHAVES.

Sí.

TOLEDO.

Sí.

ADOLFO.

Pues, ¿cómo amigo?

CHAVES.

No vengo
De guerra.

ADOLFO.

Yo aquí te tengo.

CHAVES.
Sin guerra voy á mi tierra.
ADOLFO.
Aquí, hermano, todo es guerra;
Date ó la cuerda prevengo.
¿Quién eres?
CHAVES.
Honrado soy
Y cabo de aquesta tropa;
Yo á nadie las armas doy.
ADOLFO.
Pues que el dinero y la ropa
Por darte, español, estoy:
Daca la espada.
CHAVES.
¿Quién eres?
ADOLFO.
Adolfo.
CHAVES.
¡Ah, Dios!
ADOLFO.
¿Qué te espantas?
CHAVES.
¡Qué la he de dar!
TOLEDO.
¿Morir quieres?
ADOLFO.
Ó piensas mover las plantas,
Ó nos tienes por mujeres.
Acaba ya.
CHAVES.
Si eres noble,
Como se te echa de ver,
¿De mí que puedes querer?
ADOLFO.
Rescate.
CHAVES.
Tendrásle al doble
Con hidalgo proceder.
TOLEDO.
¡Mas que ha de dar ocasión
Para que nos pase el pecho
El alma de aquel cañón!
DOROTEA.
Buena gallina te has hecho.
TOLEDO.
Aquí no hay ser fanfarrón;
No es fruta aquesta que como;
Dése, ó el camino tomo
Por aquellas casas viejas;
Que me andan por las orejas
Los ruiseñores de plomo.
CHAVES.
Pues cuerpo á cuerpo, francés,
No sé cómo se acabara;
Mas pues esto guerra es,
En que te daré repara
Un moderado interés.
ADOLFO.
Yo, español, porque no abras
La boca para hacer fieros,
Con que al viento descalabras,
No estimo tanto dineros
Como tus buenas palabras.
Suelto el arcabuz y aceto
El desafío.
CHAVES.
Yo voy
Con gran priesa á cierto efeto
De que cuenta no te doy,
Porque requiere secreto;
Pero daréte una prenda
Por rescate y desafío
Para la vuelta.
ADOLFO.
¡Que emprenda
Este español tener bríol
Pues hoy el que tengo entienda.
Daca la prenda.
CHAVES.
Aquí doy
Esta cadena y retrato
De la dama de quien soy.
ADOLFO.
¿Es bella?
CHAVES.
No lo es el trato.
ADOLFO.
Vete.
CHAVES.
Con esto me voy.
TOLEDO.
Acabóse esto.
CHAVES.
Ya quedo
Libre.
TOLEDO.
¡No se remitiera
Á las armas!
CHAVES.
¡Buen Toledo!
DOROTEA.
¿Qué dices?
TOLEDO.
Todo es quimera;
Que voy muriendo de miedo.
ADOLFO.
Llega, Guillermo, y advierte
En la gallarda española.
GUILLERMO.
¡Qué bizarra!
ADOLFO.
Fuego vierte.
GUILLERMO.
¿Ésta te dió en prendas?
ADOLFO.
Dióla.
GUILLERMO.
¿En qué prendas?
ADOLFO.
De mi muerte.

GUILLERMO.

Entendí de desafío.

ADOLFO.

Mejor ésta desafía.
Á batalla el pecho mío;
Pues es, siendo esclava mía,
Señora de mi albedrío.

GUILLERMO.

El campo y los generales
Marchan al muro.

ADOLFO.

¡Ay de mí!

Namurs y Aubení y más gente.

AUBENÍ.

Si con dos asaltos tales
Bari no se rinde aquí,
No sé qué puedes ni vales.

NAMURS.

¡Que nos haga una mujer
En Bari tal resistencia!
¡Oh pesar de mi poder!
Ya no me basta paciencia;
Volvámosla á acometer.

Salga en el muro D.ª Isabel de Aragón.

DOÑA ISABEL.

Franceses, sabéis que soy
Hija del rey don Alonso;
Que doña Isabel me llamo
Y que de Aragón me nombro.
¿Pensáis que si don Fadrique,
Vil, cobarde y temeroso,
Rindió á Nápoles, por falta
De valor y de socorro,
Tengo en la parte bastarda
Su sangre? Engañáisos todos;
Que es legítima la mía
Y mis pensamientos otros.
Dióme Aragón y Navarra
Sangre de los reyes godos;
El que conquistó este reino
Fué mi padre generoso.
Si á Bari tenéis cercada
Con cerco más trabajoso
Que á Troya los reyes griegos,
No he de rendirme á vosotros.
¡Qué ilustre empresa traéis,
Aunque buena para sordos!
¿Una mujer conquistáis?
Cobardes sois ó sois locos.
¡Tantos fuertes generales,
Tantos soldados briosos,
Tantas municiones fuertes,
¡Tanto hierro y tanto plomo!
Todo por una mujer,
Para una mujer es todo,
Que en lugar de fuerte acero
Se cubre de lino el rostro!
Ea, asestad esos tiros;
Brame el bronce sonoroso,
Y no repartáis la gloria,
Aunque repartáis el oro.

Éntrese.

NAMURS.

¡Fuego del cielo en quien aquesto espero!

AUBENÍ.

Marche ese campo; que esta infamia sola
Borrar de Francia la opinión pudiera.

NAMURS.

¡Temeraria mujer!

AUBENÍ.

¡Brava española!

NAMURS.

Á Canosa me voy con rabia fiera.

AUBENÍ.

También puedes tomar la Chirinola,
Castillos que están cerca de Barleta.

ADOLFO.

¿Qué no puede mujer? ¿qué no sujeta?

Salga un soldado.

SOLDADO.

¡Con qué descuido estáis, nobles señores!
Una Armada española es ya surgida.

NAMURS.

¿Dónde?

SOLDADO.

En Mecina.

AUBENÍ.

Aquí es mejor procures
La ofensa á una mujer apercibida;
Aquí es mejor las armas aventures.

SOLDADO.

Don Fernando de Andrada se apellida
Su general, porque murió el primero,
Don Pedro, á lo que oí, Puertocarrero.

NAMURS.

Del Gran Capitán era cuñado,
Que yo le conocí.

SOLDADO.

En Rijoles muerto,
Al de Andrada, señor, dejó nombrado,
Que, cual digo, en Mecina tomó puerto,
De don García de Ayala acompañado
Don Hugo de Cardona y Filiberto,
El de Caravajal y Alonso Nuño,
Y con Pacheco el capitán Ortuño.

NAMURS.

Pues, milor de Aubení, vueseñoría
Se parta á la defensa á Terranova.

AUBENÍ.

Al punto haré marchar la infantería,
Que, ociosa aquí, sólo destruye y roba.

NAMURS.

Vamos, que si la gente que le envía
El César á Barleta el campo innova,
Pienso que ha de ponernos en estrecho.

AUBENÍ.

Por eso queda Marte en vuestro pecho.

Entren D. Juan y D.ª Bárbara.

DOÑA BÁRBARA.

La culpa pones al viento
Del viaje que has trazado
Con tu traidor pensamiento;
Mas bien el viento has culpado,
Que viento ha de ser tu intento.
Y ya que al puerto salías,
¿Por qué desde él me traías
Á Roma con tanta furia,
Si no es que vista la injuria
Por la absolución venías?
¿Tú eres hidalgo? ¿Tú eres
Español? ¿Tú de Oristán? (1).
Mucho de Oristán difieres;
Que los que lo son, don Juan,
No afrentan á las mujeres.
Que le has hurtado sospecho,
Y tienes como tirano;
Mas si es por justo derecho,
Será Oristán contrahecho
De pintor de mala mano.
Que á ser del original,
Y de la Casa Real,
Ni huyeras los enemigos,
Ni ofendieras los amigos,
Ni á mí me trataras mal.
Cuando todos los que hoy son,
Ó por venganza ó porfía,
Merecía tu traición;
Chaves no la merecía,
Por su hidalga condición.
Contábame en el camino
Que le estabas obligado
Mil veces, que á darte vino
La honra que le has quitado
Con este vil desatino.
¿Qué dirá el mundo de ti
Cuando sepan tu maldad?
¿Qué dirá Chaves de mí
Mientras sabe que es verdad
Que engañada le ofendí?
Ahora bien: en Roma estoy;
Vete y déjame, que voy
Con ánimo de volver
A hallar y reconocer
Aquel dueño de quien soy.
Y no te pongas delante
Deste resuelto accidente;
Que puedes hacer que intente
Una hazaña que te espante.

DON JUAN.

Paso, Bárbara, detente.

DOÑA BÁRBARA.

Que no soy bárbara, no;
Tú eres el bárbaro ya.

DON JUAN.

Bien dices, que quien te amó,
Y tal por amarte está,
Más que bárbaro quedó.
¡Ah, ingrata desconocida!
Pues cuanto más advertida
De mi culpa y traición vienes,
Más obligación me tienes
Y más me debes la vida.
No quiero darte disculpa
Ni decir que no es traición
La que tu pecho me culpa;
Que aumenta tu obligación
La grandeza de mi culpa.
¡Mira qué extraño rigor
Para que tu favor goce
De un imposible favor;
Que en mi traición se conoce
La calidad de mi amor!
Desta suerte, si á mi amigo,
Que yo quise más que á mí,
Hice esta traición que digo,
Más que á mí te quiero á ti,
Pues quedo por su enemigo.
No culpes mi obligación,
Que ella misma te asegura
De mi amorosa razón;
Ó castiga tu hermosura,
Autora de mi traición.
¡Divinos ojos, piedad!
Que aunque es grande mi maldad,
Vuestra hermosura es mayor;
Que no ha de ser del amor
Juez la ajena crueldad.
Chaves me habrá disculpado,
Porque, como vine en mí,
Habrá visto mi cuidado,
Y por vos, dentro de sí,
La ocasión que me habéis dado.

DOÑA BÁRBARA.

¡Qué disculpas y quimeras
Tan viles y sin sustancia!
Déjame.

DON JUAN.

Qué, ¿aun hoy no esperas
Á ver en Roma de Francia
Su Rey, con tantas banderas?
Mira que hoy entra por Roma
Á besar al Papa el pie.

DOÑA BÁRBARA.

Por cuantas tierras os doma,
En Italia no estaré.
Y esta fe y palabra toma.

DON JUAN.

¿Pues por hombre me has tenido
Que habiéndote aquí traído
Así te puedo dejar?

DOÑA BÁRBARA.

Lo que no puedes gozar,
Dejarlo es mejor partido.

---

(1) El verdadero apellido, según el primitivo reparto de los personajes, debía ser *Guzmán*, pero Lope le cambió en *Oristán* por exigencias de la censura ó por otros respetos.

Camina y no intentes nada
Contra mí, porque ya sabes
Que aquesta es tierra sagrada;
Que desde aquí escribo á Chaves
Y es la mar breve jornada.

DON JUAN.

Ahora bien: descansa agora,
Que luego harás lo que intentas.

DOÑA BÁRBARA.

Quita esta mano traidora,
Que aun en tocarme me afrentas.

DON JUAN.

Deja esos fieros, señora;
Ven á la posada, acaba.

DOÑA BÁRBARA.

¿Cómo es eso? ¿Soy tu esclava?

DON JUAN.

¡Vive el cielo! ¡Si no vienes!.....

DOÑA BÁRBARA.

¿En tierra del Papa tienes
Bríos? ¡Brava cosa!

DON JUAN.

¡Brava!
¡Pues, vive Dios, que si luego
No vienes á la posada,
Que he de hacer!.....

DOÑA BÁRBARA.

Qué, ¿estás tan ciego?

DON JUAN.

¿Dejarte desamparada?
Eso no.

DOÑA BÁRBARA.

Desvía, te ruego.

DON JUAN.

Pides lo que no ha de ser,
Ni puedo, señora, hacer:
Hombre he sido hasta robarte:
No permitas que en dejarte
Me vuelva de hombre en mujer.

DOÑA BÁRBARA.

Desvía, que daré voces.

DON JUAN.

¡Mataréte, vive el cielo!

DOÑA BÁRBARA.

¿Matarme?

DON JUAN.

¡Oh, mal me conoces!

DOÑA BÁRBARA.

¿No hay quien de mí tenga duelo?

DON JUAN.

Tente, ó mataréte á coces.

Aspramonte, tudesco, en su hábito, alférez de la guarda del Rey de Francia, con tres ó cuatro alabarderos, ó bastan dos, y el uno se llame Orlando.

ASPRAMONTE.

Voces oigo.

ALABARDERO I.°

Y son, sin duda,
De una mujer ofendida.

ASPRAMONTE.

Justo será que le acuda.

DON JUAN.

¡Quitarte tengo la vida!

ASPRAMONTE.

Este propósito muda;
Que hay aquí quien la defienda.

DON JUAN.

¿Quién?

ASPRAMONTE.

De la guardia de Francia
El alférez.

DON JUAN.

Cuando entienda
Que aquesto es mi propia hacienda,
Se irá á hacer guarda á su estancia.

ASPRAMONTE.

¿Cómo?

DON JUAN.

Riño á mi mujer.

ASPRAMONTE.

Si es tu mujer, español,
No es ése buen proceder;
Que esas pendencias el sol
No las ha de oir ni ver.
En su aposento cerrado,
Donde apenas haya entrado,
Las riñe el marido cuerdo.

DON JUAN.

Con enojo no me acuerdo
Si hace sol ó está nublado.
Vete con Dios tu camino.

DOÑA BÁRBARA.

Señor, pues sois alemán,
Que tienen valor divino
En el socorro que dan,
Quiéroos tomar por padrino.
No soy de aqueste soldado
Mujer; que antes él, señor,
De mi esposo me ha robado.

ASPRAMONTE.

¡Marrano, español traidor!
¿Hace sol ó está nublado?
¡Matadle!

DON JUAN.

Tente, francés;
Que soy noble caballero,
Y siéndolo tú, eso es
Término bajo y grosero,
Porque soy uno y sois tres;
Que si solo aquí vinieras,
No sólo me defendieras
Que esa mujer me llevara,
Pero el alma te sacara,
Ó mil almas que tuvieras.

ASPRAMONTE.

¡Oh, español!

DON JUAN.

Soy Oristán,
Que fué primero alemán.

ASPRAMONTE.
¿Sabes con quien hablas? Di.
DON JUAN.
Si estuvieras solo aquí
Te lo dijera don Juan.
ALABARDERO 2.°
Mira que es éste Aspramonte,
Con quien en Albania espantan
Los niños.
DON JUAN.
A pensar ponte,
Si es gigante de arrogancia,
Que soy de gigantes monte.
Y que aunque es tan corpulento,
Pienso, cayendo sobre él,
Ser un Etna de su intento.
ASPRAMONTE.
¿Qué estáis hablando con él?
Ve, español, llama otros ciento.
DON JUAN.
Solo basto.
ASPRAMONTE.
¿Tú? ¡Cuidado!
ALABARDERO 2.°
Mira que en la palma sola
En pie tiene un hombre armado.
DON JUAN.
¿Yo del cabello colgado?
ASPRAMONTE.
¡Brava arrogancia española!
Si mis fuerzas no has sabido
Y en las armas la destreza,
Hoy quedarás advertido
A costa de tu cabeza
Que es el último partido.
Y de solo un golpe dado,
No sólo quedarás muerto,
Pero también enterrado;
Porque hasta su centro abierto
Irás vestido y calzado.
DON JUAN.
Tanto dél puedes abrir,
Que, pasando el mundo todo,
Vaya á otra parte á vivir,
Y seré de aquese modo
Antípoda sin morir.
ASPRAMONTE.
Eso fuera si yo abriera
El suelo por donde entraras
Y el golpe en ti no le diera,
Que como cuña reparas
Al martillo que te espera.
DON JUAN.
¿Luego el mundo es leño, y yo
Soy la cuña, y tú el martillo?

Riñe.

ASPRAMONTE.
Adivina quién te dió.
DON JUAN.
¡Qué bien sabré resistillo!
ASPRAMONTE.
Pues apostemos que no.
DON JUAN.
¡Muerto soy!

Húyase.

ASPRAMONTE.
Ya te avisé;
No estoy á más obligado;
Jamás con hombre rifé
Que en habiéndole pegado
Pudiese tenerse en pie.
Vente, señora, conmigo,
Donde descansar podrás;
Que ésta te doy como amigo
De no ofenderte jamás,
Ni amores tratar contigo.
Dejo en Albania una dama
Que el alma su objeto llama,
Y juré de no ofendella
Mientras que supiere della
Que me quiere, escribe y ama.
Tudesco soy de nación;
Por mi fuerza y valentía
En Francia tengo opinión,
Y por eso el Rey me fía
Su guarda.
DOÑA BÁRBARA.
Y con gran razón.
Yo voy segura, mas quiero
Que sepas quién soy primero.
ASPRAMONTE.
Deso gusto.
DOÑA BÁRBARA.
Pues advierte,
Porque veas de qué suerte
Estoy en trance tan fiero.
Toledo, ciudad famosa,
Corona ilustre de España,
Como lo muestra y enseña
En sus imperiales armas,
Para más desdicha mía
Fué mi nacimiento y patria,
Pues no heredé de mis padres
Virtud, sino sangre hidalga.
Bien que tuve en mis principios
Grave y honesta crianza,
Con igual recogimiento
Dentro y fuera de mi casa;
Pero un día de San Juan
Me llevaron á la plaza
Mis padres, y á mis amigas,
A ver un juego de cañas.
Antes dél vi entrar por ella,
Con bizarro talle y galas,
Un mancebo forastero,
Vestido de verde y nácar.
No te le pinto, mosiur;
Que no se han de creer gracias
De quien con amor las cuenta;

Decir que le tengo basta.
Luego puse en él los ojos,
Y no pienses que sin causa,
Ni que los honestos míos
Livianamente miraran,
Sino que el hombre en paseos,
En idas y vueltas varias,
Enviaba con los suyos
Recaudos á mis ventanas.
Salió un toro; partió á él,
Cuya dura cerviz clava
Con un rejón, de tal suerte,
Que allí le derriba y mata.
Dió voces el vulgo alegre;
Codiciáronle las damas,
Que echándole bendiciones
Me enamoraron el alma.
En fin, él me conocía,
Y las cañas acabadas,
Con hachas corrió mi calle
Y me abrasó sin las hachas.
Siguióme después en misa,
Hubo terceros y cartas;
Que pocas han menester
Voluntades concertadas.
Vine á tanta ceguedad,
Que, fiada en sus palabras,
Salí con él una noche,
Y sin honra á la mañana.
Con miedo de la justicia
Me trujo consigo á Italia,
Donde ese español que huyó,
Aunque medio muerto escapa,
Me robó con un engaño
De Barleta, donde estaba,
Y me trujo donde agora
Con tu nobleza me ampara.

ASPRAMONTE.

Huelgo en saber que eres noble:
Llevadla á mi alojamiento.

Lleven á D.ª Bárbara.

DOÑA BÁRBARA.

El cielo tus años doble.

ASPRAMONTE.

Quédate, Orlando, un momento.

ORLANDO.

Una dama ablanda un roble.
Propósito habrás mudado.

ASPRAMONTE.

En eso te has engañado;
Á madama Claudia adoro,
Y hela de guardar decoro
Entretanto que la agrado.
Más alto es mi pensamiento:
En lo que agora le fundo
Pasa las nubes y el viento;
Que el ganar fama en el mundo
Es mi verdadero intento.

ORLANDO.

¿Qué es lo que quieres hacer?

ASPRAMONTE.

Como andan Francia y España
A cuál tiene más poder,
Quiero probar en campaña
Quién la mejor ha de ser.
Por las esquinas de Roma
Hoy he de poner un reto.

ORLANDO.

Y hoy á Italia Hércules doma.

ASPRAMONTE.

Mientras que la espada aprieto,
La pluma en la mano toma.

Éntre Chaves, Toledo y Dorotea.

CHAVES.

¡Famosa ha sido la entrada
Que hizo en Roma el Albanés!

TOLEDO.

¡Bella presencia!

DOROTEA.

¡Extremada!

TOLEDO.

Dícese que ha de ir después
Á Génova.

CHAVES.

No me agrada;
Libertar pretende á Pisa,
Viendo al duque Valentín,
De cuyo agravio se avisa.

TOLEDO.

Todo ese viaje, en fin,
Echa nuestra gente en risa.

CHAVES.

¡Viva aquel Gran Capitán,
De quien ya nueva me dan
Que de Nápoles va echando
Al suizo y al francés bando!

TOLEDO.

Ganando las tierras van;
Por cierto se dice aquí
Que á la roca de Anguitola
Huyó mosiur de Aubení
De nuestra gente española.

CHAVES.

¡Tal era la que iba allí!

DOROTEA.

Con don Fernando de Andrada
Antonio de Leiva iba.

TOLEDO.

También en otra jornada
Prendió Navarro á Acuaviva.

CHAVES.

Y Lezcano con la Armada
Sujetó en el mar de Otranto
La francesa.

TOLEDO.

Y entretanto,
El Gran Capitán ganó
Á Rubí, y allí prendió
Su general.

CHAVES.

Causa espanto.
¡Ay cielos, si esa victoria
Me pudiera dar el gusto
Que otro tiempo!

DOROTEA.

La memoria
De aquel tu agravio y disgusto
Convierte en pena la gloria.

CHAVES.

¿Hallaremos á don Juan
En Roma?

DOROTEA.

Si aquí no están,
No hay de hallarlos cierto modo.

TOLEDO.

Habrán venido por todo,
Y absueltos de Roma irán.
Hallarle será imposible,
Que Roma por sí es tan grande,
Que era trabajo terrible,
Y más cuando no hay quien ande
Con tanta gente insufrible.
Toda Roma está ocupada,
No hay tienda sin albanés:
Cuál compra calza ó espada,
Cuál sombrero, cuál arnés,
Cuál plumas y cuál celada.
Éste la capilla rota
Trueca por otra, y da encima;
Cuál la camisa ó la toca;
Cuál, que ser devoto estima,
Va descalzo, y compra bota;
Cuál la liga, cuera de ante;
Cuál el zapato y el guante;
Cuál vende joya ó cadena.

CHAVES.

Oid; una caja suena.

DOROTEA.

Soldados vienen delante.

Alabardas y caja. Orlando y Aspramonte con unos carteles.

ASPRAMONTE.

Pára la caja y fija esos carteles.

ORLANDO.

Con cuatro que aquí pongas, basta y sobra.

ASPRAMONTE.

Ocupa, pues, Orlando, esas esquinas.

ORLANDO.

Roma se espanta deste atrevimiento.

ASPRAMONTE.

De mí, ¿qué dicen?

ORLANDO.

Corre ya la fama
De tu notable fuerza, y así dicen
Mil cosas en corrillos unos y otros:
Cuál dice que eres Hércules tudesco;
Cuál que levantas de la tierra un hombre
Con un dedo no más, aunque esté armado;
Cuál que una barra de cien libras tiras;
Cuál que esgrimes espada de cincuenta,
Y otras cosas ansí maravillosas.

ASPRAMONTE.

Dicen verdad, y todo aquesto es poco.
Toca esa caja, y á Palacio vamos.

Váyanse.

DOROTEA.

Carteles son, señor, de desafío
Los que por Roma los de Francia ponen.

CHAVES.

Pues se han ido, leamos lo que dicen.

Cartel.

«El mejor Rey del mundo es el de Francia;
Si dicen otra cosa, á punto ponte;
Que en campo lo defiendo, con distancia
De seis días: firmélo yo, *Aspramonte*.»

TOLEDO.

¡Qué espantoso cartel!

DOROTEA.

¡Brava arrogancia!

TOLEDO.

Échale encima de Sicilia el monte,
Que éste es, sin duda, Encélado ó Tifeo.

DOROTEA.

Las obras no serán como el deseo.

TOLEDO.

¡Ah, señor, que le miras divertido!

DOROTEA.

¡Ah, señor! ¿Duermes?

TOLEDO.

¡Qué tristeza extraña!

CHAVES.

Ni divertido estoy, ni estoy dormido.

TOLEDO.

Esto al Embajador toca de España.

CHAVES.

Id delante, y dejadme.

TOLEDO.

¡Qué ofendido
Se muestra del cartel!

DOROTEA.

¿En qué le daña?

TOLEDO.

Es loco, ¡vive Dios!

DOROTEA.

Duelo dél tengo.

TOLEDO.

El mejor rey es Dios.

DOROTEA.

A eso me atengo.

CHAVES.

España bella, tu Fernando Quinto
De ti destierra al Moro y al Hebreo;
Funda la Inquisición, santo trofeo;
Gana á Granada en término sucinto;
Vese en campo de sangre Alarbe tinto,
Héctor en fama, en fuerzas Machabeo,
Y del ladrón y su cruel deseo

Con la Hermandad deshace el laberinto.
El nombre de Católico es su nombre,
Y tanto con el cielo y mando priva,
Que de la envidia se defiende y salva.
En costumbres es ángel, que no es hombre:
Pues, si hay razón, Fernando Quinto viva,
Ó muera en Roma Chaves de Villalba.

ACTO TERCERO.

Éntre el Embajador de España y D. Diego de Mendoza.

DON DIEGO.

La venida del Rey de Francia teme,
Señor Embajador, y no sin causa,
Nuestro Gran Capitán; ansí me envía
Desde Barleta á mí con estas cartas,
Porque á Su Santidad bese las manos,
Y de su parte y la del Rey de España
Le pida que no sea la presencia
Del Albanés para su daño parte,
Mas que, neutral, á nadie favorezca.

EMBAJADOR.

Señor don Diego, con razón se teme
Don Gonzalo Fernández, si se inclina
Su Santidad á la francesa parte,
Aunque ser español lo contradice.
Sentaos aquí, y tracemos de qué modo
Le hablemos hoy.

DON DIEGO.

La traza está muy llana,
Si de vueseñoría voy honrado.

Éntre un paje.

PAJE.

Aquí está un caballero de Trujillo.

EMBAJADOR.

Dile que éntre.

PAJE.

Señor, entrad.

Entre Chaves.

CHAVES.

Las manos
Me dé vueseñoría, le suplico.

EMBAJADOR.

Vuesa merced muy bien venido sea.
¡Hola! llega esa silla.

CHAVES.

Otras mil veces
Beso á vueseñoría los pies.

EMBAJADOR.

Siéntese.

CHAVES.

Si no trataban vuestras señorías
Cosa que no merezca interrumpirse,
Diré mi pretensión, y á lo que vengo.

EMBAJADOR.

Viene el señor don Diego de Barleta,
Y pretende besar los pies al Papa;
Y aunque hemos de salir, no es tarde agora.

CHAVES.

Vueseñoría escuche, que el deseo
Mi atrevimiento en lo que digo abona.

DON DIEGO.

¡Gallardo mozo!

EMBAJADOR.

¡Y de gentil personal

CHAVES.

Yo soy, generoso Duque,
Noble Embajador de España,
Caballero de Trujillo
De los Chaves de Villalba.
Vine de Barleta á Roma,
Y no por mi propia causa,
Porque sospecho que el cielo
Para otra mayor me guarda.
Entré cuando el Albanés
Hizo su famosa entrada,
Y estando mirando alegre
Su grandeza, armas y galas,
Tras una escuadra de gente
Oí tocar una caja,
Detrás de la cual venía
Alguna gente de guarda.
Entre ellos un hombre fuerte,
Armado el pecho y la espalda,
Sobre una calza tudesca,
Hasta la rodilla baja;
Los tafetanes pajizos
Y coloradas las fajas,
Y de los mismos colores
Las grandes y abiertas mangas.
La mano izquierda traía
En el pomo de la espada,
Y un bastón en la derecha
Lleno de clavos de plata.
Pusieron en cuatro esquinas
Del romano foro ó plaza
Carteles de desafío
Y palabras temerarias.
Leí uno en que decía
Que Aspramonte sustentaba
Que el mejor rey de los reyes
Era el de Francia, en campaña.
Vime español, y mancebo
De ilustre familia y casa,
Y vi el temerario reto
En ofensa de mi patria.
Y al irse al ocaso Febo
Llegué á una esquina, en que estaban
Siete franceses diciendo

Mil libertades de España,
Y que alabando al tudesco,
De fuerzas nunca domadas,
Le llamaban en su lengua
El Hércules de Alemania.
Corríme, y dije que yo
Sabía que el Rey de España
Sin igual era en el mundo,
Por sangre y grandezas tantas.
Y asiendo el cartel, quitéle;
Donde, sin ser arrogancia,
Digo, señor, que salí
De mil famosas espadas.
Hice camino por ellas
Hasta llegar á mi casa,
Adonde hablarte propuse,
Jurando, que si me amparas,
Saldré á campaña con él,
Y haré hasta morir batalla,
Por el rey Fernando Quinto
Y por España afrentada.
Ampara causa tan justa,
Noble Embajador, y estampa
Dos clavos en este rostro.
Pobre soy, armas me faltan.
Y hónrame, Duque, este día;
Que no es bien que entienda Francia
Que no hay español en Roma
Que defienda al Rey de España.
Si te parezco mancebo,
Toma esta mano y palabra
Que he vencido toros y hombres
Antes que tuviese barba.
Y que si él es hombre fuerte,
En destreza no me gana
Ni en corazón español,
Que en nombrándole, me falta.
Fernando es Rey virtuoso,
De costumbres tan cristianas,
Como lo saben aquellos
Que aun hoy al Mesias aguardan.
Mira, señor, qué obediente
Vino á la Iglesia romana;
Mira cómo entre los moros
El pendón de Cristo ensalza.
Favor Duque, ilustre Duque,
¡Armas, y viva la patria!
Que éste es el fiero cartel
Y la soberbia alemana.

EMBAJADOR.

¿Qué os parece de aquesto?

DON DIEGO.

Que merece
El señor Chaves que vueseñoría
Le ampare y honre.

EMBAJADOR.

Este papel leamos.

Lean.

«El mejor Rey del mundo es el de Francia;
Si dices otra cosa, á punto ponte;
Que en campo lo defiendo, con distancia
De seis días: firmélo yo, *Aspramonte.*»

EMBAJADOR.

Aspramonte es soberbio, que este nombre
Tiene entre los de Francia y alemanes;
Pero pues vos, mancebo generoso,
Queréis tomar tan gloriosa empresa,
Armas, hacienda, la persona y vida
Desde hoy tendréis para servicio vuestro.

DON DIEGO.

España y el Rey suyo eternamente
Os deberán estar agradecidos.

EMBAJADOR.

Venid, y escribiráse la respuesta;
Que con la gente de mi guarda y casa
La fijaréis, y para el plazo y día
Saldréis de mi persona apadrinado.

CHAVES.

Beso los pies de vuestra señoría.

EMBAJADOR.

Seréis de España y aun del mundo honrado.

Váyanse, y salga Aspramonte y Adolfo.

ASPRAMONTE.

Con trágicas nuevas vienes.

ADOLFO.

Estas de Nápoles son,
Y al Rey vengo á hablar.

ASPRAMONTE.

No tienes
De qué pedir galardón
Si las albricias previenes.

ADOLFO.

Quiso mosiur de Aubení
Que á darlas viniese aquí.

ASPRAMONTE.

Adolfo, no se las des;
No va mal el Albanés.

ADOLFO.

Como yo te digo á ti;
Porque es la pérdida sola
No acabar ya de vencer,
Siendo esa gente española.

ASPRAMONTE.

En fin, campal ha de ser
La batalla en Chirinola.

ADOLFO.

Pienso que en ese lugar
Los campos se han de juntar.

ASPRAMONTE.

Cree que es cosa discreta
Que te vuelvas á Barleta
Y al Rey le dejes hablar.

ADOLFO.

Quiero seguir tu opinión.

ASPRAMONTE.

Si vuelves, hazme un placer.

ADOLFO.

Servirte es obligación.

ASPRAMONTE.
Aquí tengo una mujer,
Española de nación,
Casada con un soldado
De Barleta; allá le lleva,
Y quítame este cuidado.
ADOLFO.
Haré en tu servicio prueba,
Porque estoy enamorado.
ASPRAMONTE.
¿Enamorado?
ADOLFO.
En extremo,
Y traigo mi dama aquí,
Y que se me enoje temo.
ASPRAMONTE.
Aquí la traes, ¿cómo ansí?
ADOLFO.
En el lugar que me quemo.
¿Ves esta cadena?
ASPRAMONTE.
Bien.
ADOLFO.
Pues ya la saco del pecho.
ASPRAMONTE.
¿Es retrato?
ADOLFO.
Sí, y bien hecho;
La caja es buena también.
ASPRAMONTE.
No es malo gusto y provecho.
ADOLFO.
Es prenda de un prisionero
Que se fué y me la dejó.
ASPRAMONTE.
Ésta es la que tengo yo.
ADOLFO.
¡Jesús!
ASPRAMONTE.
Mostrártela quiero.
ADOLFO.
No es posible.
ASPRAMONTE.
¿Cómo no?
Bárbara.
ADOLFO.
Sin duda es.
¿Qué dice en este reverso
De aquesta manera un verso?

Léale.

«Bárbara antes, no después.»
ASPRAMONTE.
Ni el rostro al suyo es diverso.

Sale D.ª Bárbara.

DOÑA BÁRBARA.
¿Qué es, señor, lo que mandáis?
ADOLFO.
Cotejando el rostro estoy.
DOÑA BÁRBARA.
¿Qué miráis y os admiráis?
ADOLFO.
Que tan venturoso soy.
ASPRAMONTE.
Desta vez os concertáis.
Llévala, y en el camino
Remedia ese desatino;
Que ya mi parte te alargo.
Éste es á quien hoy te encargo.
DOÑA BÁRBARA.
¿Va á Barleta?
ASPRAMONTE.
Y della vino.
Es un alférez francés,
Mi amigo y de hidalgo trato.
ADOLFO.
¿Conocéis este retrato?
DOÑA BÁRBARA.
¡Ay cielos, mi rostro es!
ADOLFO.
No lo he comprado barato.
DOÑA BÁRBARA.
¿Cómo vino á vuestra mano?
ADOLFO.
Un español castellano
Me desafió en Barleta.
Si es su dueño, que sujeta
El mundo tened por llano.
DOÑA BÁRBARA.
Y que es la vida que adoro.
ADOLFO.
No lo mostró.
DOÑA BÁRBARA.
¿De qué suerte?
ADOLFO.
Vencíle.
DOÑA BÁRBARA.
El suceso lloro.
ADOLFO.
Y habiéndole dado muerte,
Le quité esta joya de oro.
DOÑA BÁRBARA.
¡Triste nueva!
ADOLFO.
Pasó ansí.
DOÑA BÁRBARA.
Desventurada de mí.
ASPRAMONTE.
Desmayóse; mal has hecho.
ADOLFO.
Quiero sacarla del pecho
El español.
ASPRAMONTE.
Vuelve en ti.
DOÑA BÁRBARA.
Que murió mi bien; desvía;
Dame esa daga, traidor:
Hoy es tu muerte ó la mía.

ADOLFO.

¡Extraña fuerza de amor!

DOÑA BÁRBARA.

Euadnes soy este día.

ASPRAMONTE.

Ea, deja esa locura,
Que no hay agravio en la guerra;
Quien agravia es la ventura.

ADOLFO

Por Dios, que en sagrada tierra
Le hice dar sepultura,
Y acompañar de mi escuadra
En hombros de honrada gente.

DOÑA BÁRBARA.

¡Ay de mí!

ASPRAMONTE.

Nada le cuadra.

DOÑA BÁRBARA.

¡Oh francés fiero, insolente!

ASPRAMONTE.

El cielo á voces taladra.

DOÑA BÁRBARA.

Dejadme, que loca voy
Á dar voces por las calles.
¡Mi bien muerto, muerta soy!

ASPRAMONTE.

No hayas miedo que le halles.

ADOLFO.

Detenla.

ASPRAMONTE.

Sí, en eso estoy.

Váyase D.ª Bárbara, y sígale Adolfo.

Ve tras ella, si la quieres;
Que yo tengo un caso honroso.

ADOLFO.

Iré tras ti donde fueres.

ASPRAMONTE.

Mucho á Marte riguroso
Afeminan las mujeres:
La militar disciplina
Camina con más ventaja,
Cuando amor no la afemina.
¿Qué es lo que toca esa caja
Que con tal gente camina?

Salgan soldados, caja y cartel, y Chaves de Villalba, con bastón y armado, detrás de todos.

CHAVES.

Esa basta en esa calle.

ASPRAMONTE.

Apostaré que es cartel,
Y que vienen á fijalle;
Y á fe que viene con él
Un mancebo de buen talle.

Fijen el cartel.

Parece el traje de España;
Pero mal hago en tener
Su esfuerzo por cosa extraña.
Español había de ser
El dueño de aquesta hazaña.
¿Si llegaré, y ansí juntos
Me los comeré á bocados?
¡Español conmigo en puntos!
Si me sentís, desdichados,
Caeréis de temor difuntos.
Poned vuestro papelillo,
Que no importa; y tú, pobrete
É ignorante mozalbillo,
¿Quién en responder te mete?
Que eso es venirte al cuchillo.

CHAVES.

Bien está ansí; poned luego
Del Embajador de España
Otro á la puerta.

ASPRAMONTE.

Estás ciego.
¿Tú, cuerpo á cuerpo, en campaña
Con el mismo Aquiles griego?

Váyanse Chaves y su gente, tocando la caja.

¡Oh mozo mal advertido
Y peor aconsejado!
Como cordero has venido
Para ser sacrificado
Y á pedazos dividido.
Mal sabes qué fuerza esconde
Aqueste brazo cruel;
Huye de mí, busca adónde.
Mas leamos el cartel;
Veamos lo que responde.

Cartel.

«El mejor rey del mundo es el de España:
Esto defiende un español hidalgo
Que saldrá al plazo armado en la campaña.»
¡Español hubo de ser!
¿No había un rey de romanos,
Bohemios ó transilvanos?
¿Faltóle á Hungría poder
Y al de Ingalaterra manos?
Nadie tiene atrevimiento
Como español, nadie honor
Como español, nadie aliento
Como español, nadie amor
Como español. ¡Bravo intento!
¿Quién defiende bien su tierra?
Español, ¿quién á su Rey?
Español, ¿quién hace guerra?
Español, ¿quién guarda ley?
¡Español todo lo encierra!
Todos desean vencer
Al español; todos ver
Al español; todos miran
Al español, porque admiran
La envidia de su poder.
Ahora bien: culpar no debo
El deseo y la grandeza

De aqueste español mancebo:
Da á su patria su cabeza;
Es otro Scévola nuevo.
Que aunque ha de morir agora
Como fama y patria adora,
Hace muy bien en salir,
Porque con un *bel morir*
Tuta la vita se onora.

Entren Chaves, Toledo y Dorotea, cargados los dos de armas y espadas.

TOLEDO.

No tienes mal que escoger;
Que todas son extremadas.

CHAVES.

Allá las puedes poner.

DOROTEA.

No es poco de agradecer
Que haya aquí buenas espadas;
Esta no se pone mal.

CHAVES.

Ni tú con ella, por Dios.
Hombre eres.

DOROTEA.

Hombre, y que tal.
¡No le hiciéramos los dos
Ese desafío campal!

TOLEDO.

¿Tú con él?

DOROTEA.

Yo.

CHAVES.

Bien á fe
Agradezco tus deseos.

TOLEDO.

No tiene, en lo que se ve,
En cuarenta Doroteos
Para dar un puntapié.

DOROTEA.

Hete de decir que mientes.

TOLEDO.

Y yo quebrarte los dientes.

CHAVES.

Ea, mete las espadas,
Toledo.

TOLEDO.

¿De qué te enfadas?
Siempre habláis cuando hay parientes.

DOROTEA.

Para darte un espetón,
Borracho, ¿he yo menester
Parientes?

TOLEDO.

¡El fanfarrón!
Y después todo es correr.

Váyase Toledo.

CHAVES.

Ya es mucha conversación.

DOROTEA.

No te espantes, señor mío,
Que como tu desafío
Todo es armas y bravatas,
Cuantos te sirven y tratas
Andan con el mismo brío.
Y si en las cosas de Marte
Puede, por ventura, amor,
Aunque tierno, tener parte,
Dime qué sientes, señor.
¿Puedo ya en Bárbara hablarte?

CHAVES.

Doroteo ¡vive el cielo!
Que con la duda y recelo
De que fué en esto culpada,
Dentro del alma abrasada
Me nace otra alma de hielo.
Fuera desto, el desafío
Me ha quitado todo amor;
Que es honor de un rey y mío,
Y de mi patria es honor.

DOROTEA.

Que le has de vencer confío;
Mas si una mujer hubiese
Que aquí en Roma te quisiese,
¿No la favorecerías?

CHAVES.

¿Amor en tan pocos días?

DOROTEA.

¿Haríaslo?

CHAVES.

Como fuese.

DOROTEA.

Es un celebrado cuento;
Que, como paje de amor,
Mil me declaran su intento.

CHAVES.

Di á ver.

DOROTEA.

Escucha, señor.

CHAVES.

Ya te escucho.

DOROTEA.

Estáme atento.
Noble Chaves de Villalba,
Mozo generoso, ilustre,
Corona de tu linaje,
Que sobre los cielos subes:
Mil veces que para hablarte
Amor su deidad me infunde,
La vergüenza me detiene
Que de atrevida me culpes.
Mujer soy, que no soy hombre.

CHAVES.

¿Qué me dices?

DOROTEA.

Que me escuches,
Y no interrumpas mi historia.

CHAVES.

Ve diciendo, y no te turbes.

DOROTEA.

Nací en Madrid, noble Chaves,

Y porque no me preguntes,
Quién soy, basta que te diga
Que no heredé sus costumbres.
Amor, que nació en el mundo
Para azote que destruye
Las libertades que el cielo
Hizo en los hombres comunes;
Amor, que por ser tan loco,
Que lo que goza descubre,
Siempre le pintan desnudo,
Ó que lo está de virtudes;
Amor, que no hay justa ley
Que no deshaga y anule,
Porque es como la fortuna,
Que no hay cosa que no mude,
Rompió mis castos deseos,
De manera, que los puse
Todos en este don Juan,
Que ansí la nobleza encubre.
Eran huéspedes en casa
Dos hidalgos andaluces,
Á quien visitaba, acaso
Porque este caso resulte.
Ellos fueron los terceros,
Dellos sus amores supe;
Que no hay tan seguro pecho
Que no venzan y perturben.
Del juego en que me perdí,
Y á tanto mal me reduce,
Ellos me dieron las cartas
Llenas de requiebros dulces.
Comencéle á responder
Lo que honestamente supe,
Hasta que el sol de su amor
Deshizo mi honesta nube.
Caían sobre un jardín
Unos balcones azules,
Donde mi honor y vergüenza
Colgué de sus balaustres.
Pues saltando una pared
Este traidor, me dispuse
Á hablarle desde sus rejas
Todas las noches que pude.
De pecho sobre los hierros,
Que por consejeros tuve,
Cuantos dije y hice fueron
Yerros que el tiempo no cubre.
En medio de aquestas glorias,
Porque no hay gloria que dure,
Me pide un hombre á mis padres,
Y en casarme se resumen.
Lo que yo lloré, Villalba,
Si en lo que es amor discurres
En mujer que quiere bien,
Basta que decirlo apunte.
Mas ni que llore ni enferme,
Que me enoje ó que me enlute,
Fué parte para estorbar
Que en este lazo me añuden.
Llegó un lunes desdichado,
Que el serlo se le atribuye
Porque es víspera del martes,
Y al fin casáronme un lunes.
¿Quieres ver un hecho heroico?
Y advierte que no disputes
Si es temeridad ó no,
Que en amor todo se sufre.
Pues la noche de mi boda,
Llevándome entre mil lumbres
De mi casa á la del novio,
Amor á don Juan induce.
Con dos amigos honrados
Furioso á la calle acude,
Y de mil deudos y espadas
Libre en sus brazos estuve.
Esto con tanto peligro,
Que á los golpes, como en yunque,
Hasta las piedras del suelo
Centellas de fuego escupen.
Murió mi cuitado esposo,
Y es razón que le disculpe,
Porque muerto no dejó
Lugar adonde le injurien.
Viéndonos así los dos,
Y á los principios de Octubre
Ya estábamos en Valencia,
Primero que le denuncien.
Vinimos á Barcelona,
Donde quiere amor que ocupe
Todo el mar mi ardiente fuego,
Y que le encienda y le surque.
Alistóse en Villafranca
Don Juan, porque se asegure,
Y quiso que aqueste traje
Me defienda y disimule.
Por su mal, viniste á Melfa,
Y aunque desto te disgustes,
También por mi mal viniste,
Si no es que mi bien procures.
Don Juan por tu amada prenda
Hizo aquel famoso embuste,
Y yo, el que ves por tus ojos,
Que dentro en mis ojos lucen.
Si fuere contento el cielo
Que deste enemigo triunfes,
No es bien que siendo quien eres
Mi remedio dificultes.
Mira, Chaves, que me matas,
Me abrasas y me consumes,
Y que es razón que este llanto
Con mano piadosa enjugues;
Que cuando de mi remedio
Tan de veras te descuides,
Con matarme habré cumplido,
Tú con quien eres no cumples.

CHAVES.

Espera, que suena gente;
No sea el Embajador.

DOROTEA.

Suspiros lo son de amor,
Óyelos tú blandamente.

Salga D. Juan, con dos criados del Embajador; Arias y Mendoza, con un paño debajo del sombrero y una banda.

ARIAS.

Tened ánimo, que ya
Estamos dentro de casa.

DON JUAN.

La herida que el brazo pasa,
Notable dolor me da;
Que la cabeza no es mucho.

CHAVES.

Señor Mendoza, ¿qué es esto?

MENDOZA.

Un caballero indispuesto.

DON JUAN.

¡Ay Dios!

DORÒTEA.

¿Qué veo? ¿Qué escucho?

MENDOZA.

Hale herido un albanés,
Y escribió al Embajador
Que le diese su favor,
Que español y Guzmán es.
Mandóle traer á casa
El Duque, y curarle en ella.

CHAVES.

Digna piedad dél y della.

MENDOZA.

Esto es, señor, lo que pasa.

CHAVES.

Esperad, que por Guzmán
Y Español, hablarle quiero:
¿Qué es aquesto, caballero?
¿Dónde ó cómo herido os han?
¿Fué desafío, ó traición?

DON JUAN.

Hoy estar muerto me salva.
¡Jesús, Chaves de Villalba
En Roma y esta ocasión!
Déjame echar á tus pies,
Porque me mates con ellos,
Que no para merecellos.

CHAVES.

¿Cómo? ¿Es don Juan?

DON JUAN.

Don Juan es.

CHAVES.

Álzate, don Juan, del suelo;
Que si el suelo te ha sufrido,
No estando á mis pies rendido,
Rendidos perdona el cielo.
Que vengas herido ansí
Es haber anticipado
Lo que yo estaba obligado,
Si te hallara, á hacer en ti.
Traes en estas heridas,
Y en venirte á hallar con ellas,
Seguridad para aquellas
De mis manos merecidas.
Que como en llegarte á ver
Era forzoso vengarme,
Herido vienes á hablarme,
Porque no tenga que hacer:
Ó tú, digno de la muerte,
Viendo tu culpa y violencia,
Has buscado en penitencia
Quien te hiriese desa suerte.
Á tus pensamientos vanos
Otro tu igual buscarías,
Porque tú no merecías
Que pusiese en ti mis manos.
Que no te hicieran ofensa
Al juntar nuestras espadas,
Porque estaban enseñadas
Á reñir en tu defensa.
Esto también me pagaste
Olvidando de quién fuiste,
Que el mayor bien que me viste
De los brazos me quitaste.
Estima, vil caballero,
Tu herida y mi fama honrada;
Que no es barreno mi espada
Que entra por otro agujero.
Que sin resistir llegara,
Vileza, y no hazaña fuera;
Pero si sano te viera,
Sin duda que te matara.
Para tan justa mudanza
Presumo que vienes muerto,
Y en los muertos es muy cierto
Que es infamia la venganza.
Entra donde seas curado,
En mi cama y mi aposento;
Que, aunque esto te digo, siento
Que te he querido y amado.
Que como me acuerdo aquí
Que mi grande amigo has sido,
Espejo me has parecido
Y estoyme mirando en ti.
Y verás, si en ti reparas,
Que fué hallarte desleal,
Quebrando el fino cristal
Porque me hicieses dos caras.
Entra con justa esperanza
Que el enojo no me venza,
Porque he visto en tu vergüenza
Satisfecha mi venganza.
Recibe aqueste criado,
Que ya sabes tú quién es,
Y trátale bien después,
Pues antes mal le has tratado.
Que mi palabra te doy
Que va honrado más que vino,
Y que á la ingrata imagino
De quien ya tan libre estoy.
Calla, y no me digas della,
Que no lo quiero saber.

DON JUAN.

No te quiero responder
Por mí.

CHAVES.

Pues ¿por quién?

DON JUAN.
Por ella.
CHAVES.
Pues ¿qué dirás?
DON JUAN.
Que, engañada,
Hasta aquí se ha resistido,
Y que por ella me ha herido
Hoy una extranjera espada.
CHAVES.
¿Y tiénela en su poder?
DON JUAN.
Sí tiene y quién es ignoro.
CHAVES.
¡Ah, mi perdido tesoro!
DOROTEA.
¡Mirad lo que vengo á ver!
CHAVES.
Entra, amigo Doroteo,
Y curarás á don Juan.
DOROTEA.
Esas noblezas me dan
De servirte más deseo.
Y pues tú le has perdonado,
Quiérole en esto servir;
Mas si escapo de morir,
Yo he de morir á tu lado.
Dame la palabra, Chaves,
Que me has de volver á España.
CHAVES.
Si le curas.
DOROTEA.
¡Cosa extraña!
CHAVES.
Doyla, y que la cumplo sabes.
DON JUAN.
No te vengues, Doroteo,
En un muerto.
DOROTEA.
¡Ah, vil, traidor!
Mas si te disculpa amor,
No culpe amor mi deseo.

Váyanse D. Juan y Dorotea.

CHAVES.
Entrad, señores, con él,
Y haced cuenta que es mi hermano.
ARIAS.
El verte con él humano,
Nos hace dolernos dél;
Que, aunque el caso no sabemos,
Bien vemos su deslealtad.
CHAVES.
Haréisme en esto amistad.
MENDOZA.
En esto te serviremos.

Vanse los criados, Arias y Mendoza con él.

Sale Toledo, lacayo.

TOLEDO.
Bien me puedes dar albricias,
Aunque no son de tu dama.
CHAVES.
¿De qué son?
TOLEDO.
Nuevas de fama,
Si de Melfa las codicias.
CHAVES.
¿Qué se dice por ahí?
TOLEDO.
Que venció el Gran Capitán;
Ya los de Francia se van,
Y su Rey parte de aquí.
CHAVES.
¿Entrará el Gran Capitán
En Nápoles?
TOLEDO.
¿Quién lo duda?
CHAVES.
Para que á verlo no acuda
Mil cosas en medio están;
Pero si Dios me concede
Victoria, allá iré, Toledo.
TOLEDO.
Justamente tienes miedo.
CHAVES.
Ni el mundo dármele puede.
TOLEDO.
Dígolo, porque se ríe
Roma de que un mozo tierno
Á un monte de bronce eterno
Animoso desafíe;
Que del gigante Golías
No se cuenta lo que dél.
CHAVES.
También produjo Israel
Manos como son las mías.
Si ese hombre es elefante,
Seré ratón que le rompa
Por lo hueco de la trompa,
Y otro David, si es gigante.
Yo le venceré.
TOLEDO.
Eso sí.
CHAVES.
Y haré poco, que hoy ha sido
Mucho más lo que he vencido.
TOLEDO.
¿Á quién has vencido?
CHAVES.
Á mí.
TOLEDO.
Esa es victoria mayor;
Mas déjasme con cuidado.
CHAVES.
Á don Juan he perdonado.
TOLEDO.
¡Gran nobleza, gran valor!
CHAVES.
Aquí le vi entrar herido,
Y le he mandado curar
En mi aposento.

TOLEDO.
Has de dar
Fama eterna á tu apellido.
¿Sobre qué fué?
CHAVES.
Por roballe
Á Bárbara, que quedó
En poder del que le hirió.
TOLEDO.
¿Dice el nombre?
CHAVES.
Ni aun el talle.
Llégame esa silla aquí,
Y entra á saber cómo está.
TOLEDO.
En su templo te la da
La fama.
CHAVES.
Vete. ¡Ay de mí!
Grande fué mi atrevimiento,
Pues he puesto en contingencia
De un Rey de tanta prudencia
El alto merecimiento.

Salen D.ª Bárbara y Adolfo.

¡Detente, visión, espera!
¿Eres verdad, ó qué fuiste?
ADOLFO.
Á sagrado te viniste.
DOÑA BÁRBARA.
¡Ten, traidor, tu mano fiera!
Mira que esta casa es
Del Embajador de España.
ADOLFO.
¿Qué importa?
CHAVES.
¡Oh visión extraña!
¡Suelta la dama, francés!
DOÑA BÁRBARA.
¡Chaves!
CHAVES.
¡Bárbara!
ADOLFO.
¿Eres, di,
El soldado que en Barleta
Por su persona sujeta
Me dió esta cadena?
CHAVES.
Sí.
Pero déjame abrazar
El ángel que traes contigo;
Que no sabré lo que digo
Hasta acabarla de hablar.
ADOLFO.
Antes no quiero que llegues
Si no me pagas la talla.
CHAVES.
El concierto fué batalla.
Sosiégate, y no te ciegues;
Que luego te quitaré
La cadena con la vida.
ADOLFO.
Quitarásmela perdida;
Yo á ti el alma con el pie.
CHAVES.
¡Francés!
ADOLFO.
¡Español!
CHAVES.
Advierte.....
ADOLFO.
¿Qué he de advertir? ¡Gran valor
En casa de Embajador!
Aquí eres valiente y fuerte.
CHAVES.
Y tú, francés, cuando hablabas,
¿No estabas en tu escuadrón?
ADOLFO.
Si allá mis bravatas son,
Y aquí tus palabras dabas,
Sal conmigo adonde sea
Italia, no España ó Francia.
CHAVES.
Harélo en breve distancia,
Porque mi valor se vea.
ADOLFO.
Pues acaba de salir,
Y cobrarás la cadena,
Si el retrato te da pena.
CHAVES.
¿Tanto deseas morir?
¡Toledo!
ADOLFO.
¿Á quién llamas? Tente.
CHAVES.
No llamo á nadie de miedo.
ADOLFO.
Bueno, llamando á Toledo,
Dices que no llamas gente.
CHAVES.
No llamo yo la ciudad.
ADOLFO.
¿Pues á quién?
CHAVES.
Sólo un criado,
Para que tenga cuidado
De Bárbara, esto es verdad.
ADOLFO.
Bárbara ha de estar conmigo
Hasta que venza.
CHAVES.
Sea ansí.
Mi bien, perdona.
DOÑA BÁRBARA.
¡Ay de mí!
CHAVES.
Después hablaré contigo.

García de Paredes y Pedro Navarro.

NAVARRO.
Huélgome de venir en este día.

GARCÍA.

El de Aubení rendido, y libre saca
De Anguitola su rota infantería.

NAVARRO.

¿Salió armado?

GARCÍA.

Y llevaba una casaca
De tela blanca y alcachofas de oro.

NAVARRO.

Aquí la furia el Albanés aplaca.

GARCÍA.

No va saliendo de la plaza el toro
Más roto y más cansado.

NAVARRO.

Es gente fiera

GARCÍA.

De la milicia guardan el decoro.
Los Síndicos y el Conde de Matera
Hoy al Gran Capitán le dan las llaves
De Nápoles.

NAVARRO.

Ya el vulgo el campo altera.

GARCÍA.

Con galas y con músicas suaves,
Su invicto nombre levantando al cielo,
Vienen de todo el reino los más graves.

NAVARRO.

¿De dónde viene agora?

GARCÍA.

De Gandelo,
Ocho millas de Nápoles.

NAVARRO.

Bien puedes
Ser grande al lado del mejor del suelo.
Vámosle á acompañar, señor Paredes.

Salgan Dorotea y Toledo.

TOLEDO.

Admiración te causara
Ver la furia de aquel día.

DOROTEA.

¡Que á su lado no me hallara!

TOLEDO.

Para tanta valentía
Tienes muy limpia la cara.

DOROTEA.

Y antes de salir el bozo
Á Alejandro y Scipión,
¿No hacían mortal destrozo?

TOLEDO.

No tiene el mundo león
Como este gallardo mozo.

DOROTEA.

¿Y que al albanés mató,
Y le quitó la cadena?

TOLEDO.

El retrato le quitó
De la imagen de su pena,
Que con el alma rindió.
Pero eso fué lo de menos;
Que á su muerte sus amigos,
De francesa furia llenos,
Vinieron á ser testigos
De dos sucesos tan buenos.
Que Chaves, más fuerte allí
Que acosado jabalí,
Á un lado y otro volvía,
Y al vulgo que le seguía
Iba arrojando de sí.
Por más que contra su tierna
Edad se atrevan y esfuercen,
Rompe, mata y desgobierna.
Á aquél lleva el brazo á cercen,
Á cuál el cuello ó la pierna,
Á cuál de punta acomete,
Á cuál de revés derriba,
Á cuál por las puertas mete,
Y no es pasión, ansí viva,
Que mató dos é hirió siete.

DOROTEA.

Creólo de su valor.
¿Qué hace?

TOLEDO.

Armándose queda,
Puesto entre Marte y amor.

DOROTEA.

¿Llora Bárbara?

TOLEDO.

Que pueda
Vivir es mayor rigor:
Allí llora, allí suspira,
Allí le abraza y le mira.

DOROTEA.

Gente suena; sí, son ellos.

Salga D.ª Bárbara, Chaves y D. Juan.

CHAVES.

Deja que en tus ojos bellos
Salga el sol, que al sol admira.
No me llores, si no es
De mi triste muerte agüero;
Que este alemán albanés
Es no más de un caballero.

DON JUAN.

Mejor es que alegre estés
Y cierta del vencimiento.

DOÑA BÁRBARA.

¿Cómo puede entrar contento
En quien muerto te lloró,
Y cuando vivo te halló
Fué para tanto tormento?
Cree que en esta partida
Llevas mi vida en la tuya;
Mira no mates mi vida.

CHAVES.

Guárdela el cielo, que es suya,
Y en ningún tiempo divida.
Tú, Don Juan, aunque no estás
Tan fuerte y convalecido,
En la estacada entrarás

Por padrino.

DON JUAN.

Esos pies pido;
Todo es castigarme más;
Que con término tan noble
Crece mi maldad al doble.

CHAVES.

Tú, Tancredo y Doroteo,
Llevad las armas.

TANCREDO.

Hoy creo
Que te ciñen lauro y roble.

CHAVES.

¿Está todo prevenido?

TANCREDO.

Sí, señor.

CHAVES.

Bárbara, adiós.

DOÑA BÁRBARA.

Mi bien, paciencia le pido.

DOROTEA.

¡Qué tiernos están los dos!

TOLEDO.

Pelean Marte y Cupido.

CHAVES.

Ea, que me dais enojos;
Vuestros serán los despojos,
Si venzo, y del patrio suelo
La honra y victoria.

DOÑA BÁRBARA.

El cielo
Te vuelva vivo á mis ojos.

Acompañamiento, caja y padrino; Aspramonte detrás, y un paje con una rodela, en que traiga por divisa un hombre con un monte acuestas y un león á los pies, y por letra: «Esto puedo.»

3

DON DIEGO.

Ya está en el campo Aspramonte,
Y trae por su divisa
Un hombre que tiene un monte
Y que un león muerto pisa.

EMBAJADOR.

Á leer la letra ponte.

DON DIEGO.

Esto puedo, dice allí,
Montes tiene y leones vence.

ASPRAMONTE.

Jüeces, ya estoy aquí,
Y antes que el campo comience
Quiero hacer algo por mí.

EMBAJADOR.

Aquí no se viene á juegos,
Sino á veras, Aspramonte.

ASPRAMONTE.

Ya veréis, si no estáis ciegos,
Que sustento solo un monte,
Y un Etna, aunque arroje fuego.

EMBAJADOR.

Chaves viene, y es un hombre.

Chaves con acompañamiento; Dorotea, con una rodela, en que traiga por divisa un cordero que degüella un dragón; Toledo, las armas; Don Juan, padrino, y D.ª Bárbara, en hábito de hombre, con un rebozo, y por letra: «Esto espero.»

4

EMBAJADOR.

Éste puedes levantar.

ASPRAMONTE.

Basta que en verme se asombre.
Qué ¿no te pudo matar
Sólo el eco de mi nombre?

CHAVES.

Ya he llegado á la ocasión.

EMBAJADOR.

¿Qué es lo que trae pintado
Villalba por su blasón?

DON DIEGO.

Un cordero coronado,
Que tiene muerto un dragón;
La letra dice: «Esto espero.»

CHAVES.

¿Eres tú Aspramonte el fiero?

ASPRAMONTE.

¿Y tú Chaves de Villalba?

CHAVES.

Yo soy.

ASPRAMONTE.

Paz, salud y salva,
Como á noble y caballero;
Huelgo en extremo de verte,
Que aunque tus señas sabía,
Te hallo agora menos fuerte,
Y más fuerte te quería
Por honrarme de tu muerte.
¡Mozo eres!

CHAVES.

Mozo soy.

ASPRAMONTE.

El corazón te ha engañado.

CHAVES.

Siempre crédito le doy.

ASPRAMONTE.

Mal, por mi fe, me has tratado,
Y de ti ofendido estoy;
Que me has hecho carnicero
En venir como cordero
Á que te desuelle y abra.

CHAVES.

Pues yo te doy mi palabra
Que tengo carnes de acero.
Aun no me has visto á la luz:
Hierro soy; con hierro cierro;
Ésta es hierro hasta la cruz.

ASPRAMONTE.

Pues seré como avestruz,
Tragándote como hierro.
¡Pobre de ti!

CHAVES.

Pobre soy,
Que pobre y noble nací,
Y pobre en Italia estoy.

ASPRAMONTE.

Ya poco te importa á ti,
Pues has llegado hasta hoy;
Que en la muerte todo sobra.

CHAVES.

¿Tan muerto estoy?

ASPRAMONTE.

¿No lo ves?

CHAVES.

De palabra, no de obra.

ASPRAMONTE.

¡Qué mal te puse á mis pies
¡Mírate, y soberbia cobra!

CHAVES.

¿Díceslo por el león
Que has traído por blasón?

ASPRAMONTE.

Sí.

CHAVES.

Pues yo traigo un cordero,
Por la humildad con que espero
Vencer tan fuerte dragón.

ASPRAMONTE.

¡No halló España otros más buenos!
Menester es, si no das
En pedir brazos ajenos,
Ó que tú te vuelvas más,
Ó que yo me vuelva menos.

CHAVES.

Este menos, alemán,
Es lo menos que en campaña
Ha puesto jamás España
De los buenos que allá están.
Y lo más de aquesta hazaña;
Que quedas tú tan atrás
Del término de los buenos,
Que cuando todo el compás
Del mundo fuera lo menos,
Era para ti lo más.
Y en la materia que toco,
Esas bravatas que escucho
Te han declarado por loco;
Que los que blasonan mucho,
Siempre vienen á hacer poco.

ASPRAMONTE.

Afrentar quieres tu Rey
Y tu patria.

CHAVES.

Ea, villano,
Toma el martillo en la mano.

DON DIEGO.

¿Ya sabéis los dos la ley
Deste campo?

CHAVES.

Todo es llano.

Caladas las celadas, combatan de martillo dos veces ó tres, ó sean hachas de armas, y luego espadas, hasta que caiga el alemán.

DON DIEGO.

¡Venció Chaves!

ASPRAMONTE.

No estoy más
En la estacada ni en Roma.

CHAVES.

Rendido, arrogante, estás.

ASPRAMONTE.

Hoy mi soberbia me doma,
Que otro no pudo jamás.
Muerto soy, español fuerte;
Mi presunción fué mi muerte.

CHAVES.

Y mi humildad mi victoria,
De que á Dios le doy la gloria.

DOÑA BÁRBARA.

Déjame abrazarte y verte.

CHAVES.

Bárbara, ¿aquí estás?

DOÑA BÁRBARA.

Suspende
La voz, que el Duque desciende.

EMBAJADOR.

Dadme, Chaves, mil abrazos,
Y por España, los brazos,
Y el Rey, que el vuestro defiende.

CHAVES.

En su nombre esos pies beso.

EMBAJADOR.

Creo que estáis mal herido.

CHAVES.

Eso, señor, os confieso.

EMBAJADOR.

Pero pues habéis vencido,
Todo es dichoso suceso.

DON JUAN.

Con el justo parabién,
Sabe que has muerto también
Al que me hirió.

CHAVES.

Estoy contento
De vengarte, y en mí siento
Que el alma me dijo quién.
Pero cúmpleme un deseo
De estimar á Dorotea.

DON JUAN.

Será mi bien, Doroteo.

DOROTEA.

Quiero que mi dueño sea,
Por el valor que en ti veo.

CHAVES.

Que á Bárbara yo me ofrezco
Darle de su amor la palma.

DOÑA BÁRBARA.

Por tanto amor la merezco.

CHAVES.

Serás dueño de mi alma.

DOÑA BÁRBARA.

Con tus brazos me enriquezco.

EMBAJADOR.

Chaves de Villalba heroico,
Mancebo gallardo y fuerte,
España, tu madre noble

Mil laureles te promete.

CHAVES.

Vamos, generoso Duque;
Que del placer se detiene
La sangre de mis heridas.

TOLEDO.

Déjame que esos pies bese.

CHAVES.

¡Oh, Toledo!

TOLEDO.

¡Oh, señor mío!
Si lágrimas hay alegres,
Hoy en mis ojos las miras.

CHAVES.

No llores, que me enterneces.

EMBAJADOR.

Caminemos á Santángel;
Cajas y trompetas suenen.

DON JUAN.

Aquí el *Blasón de los Chaves*,
Senado ilustre, fin tiene.

FIN DE LA COMEDIA DEL «BLASÓN DE LOS CHAVES DE VILLALBA».

LA CONTIENDA DE DIEGO GARCÍA DE PAREDES

Y EL CAPITÁN JUAN DE URBINA

(INÉDITA)

COMEDIA FAMOSA INTITULADA

LA CONTIENDA

DE

DIEGO GARCÍA DE PAREDES

Y EL CAPITÁN JUAN DE URBINA

(INÉDITA)

EN MADRID Á 15 DE FEBRERO

AÑO DE 1600

ACTO PRIMERO

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

Diego García de Paredes.
Juan de Urbina.
Álvaro de Paredes.
Zamudio.
Pizarro.
Clarinda.
Alferio.
Lambino.
Fulvio.
Un amigo suyo.
Un alguacil.
Un correo.
Tansilo, *caballero.*
Toscanelo. } *Criados suyos.*
Horacio. }
Durino.
El Gran Capitán.
El Duque de Urbino.
Emilio. } *Capitanes.*
César. }
El General del Papa.
Soldados.

Salen huyendo Alferio y Lambino, romanos, y Juan de Urbina y Diego García de Paredes tras ellos, con las espadas desnudas.

ALFERIO.

Si por la capa lo habéis,
Nunca tuve mejor capa
Que la que la vida escapa.

URBINA.

Huélgome que lo entendéis.

ALFERIO.

Aquí del Dios y del Papa.....

DIEGO.

El Papa estará acostado,
Y Dios, que en los cielos mora,
No hará milagros ahora
Porque os hayamos quitado
La capa.

URBINA.

¡El belitre llora!.....

ALFERIO.

¿Queréis también el dinero?

URBINA.
Las capas solas quitamos.
ALFERIO.
Pues tomad, que ya os las damos.
URBINA.
Ésas, yo y mi compañero
Hoy doy mi fe que partamos.
ALFERIO.
¿Esa maldad se usa en Roma?
LAMBINO.
Alferio, el camino toma
Y no repliques palabra.
DIEGO.
¿Descalabro?
URBINA.
Descalabra.
LAMBINO.
¡Ay!
DIEGO.
Juro á Dios que no os coma.....

Huyendo vanse.

URBINA.
¿Son de Pedro ó de Pelayo?
DIEGO.
En la tierra de San Pedro
Pelo alcanza todo sayo.
URBINA.
Yo con ese Pedro medro,
Y con Pelayo desmayo.
DIEGO.
Ya viene Zamudio aquí.
ZAMUDIO.
En la voz os conocí.
¿Ha caído algún pescado?
URBINA.
Dos habemos desollado.
ZAMUDIO.
¿Luego falta para mí?.....
URBINA.
Retírate, que no hará.

Fulvio con una dama.

DAMA.
¿Y es muy lejos la posada?
FULVIO.
No, mi vida; cerca está.
URBINA.
¡Buena viene la empanada!
FULVIO.
Gente suena.....
URBINA.
¿Quién va allá?
FULVIO.
Un hombre y una mujer.
ZAMUDIO.
Sin duda deben de ser
Estos dos Eva y Adán.
URBINA.
Después lo parecerán,
Que en cueros han de volver.
FULVIO.
¿Pasaremos?
DIEGO.
No, señor.
FULVIO.
Pues ¿por qué?
ZAMUDIO.
La mujer vaya,
Paredes, con todo honor.
DIEGO.
Agradézcate la saya.
URBINA.
Suelta la capa, hablador.
FULVIO.
Veisla ahí.
ZAMUDIO.
Caminen, pues.
FULVIO.
Valedme, ligeros pies.
¡Ah, marranos españoles!

Huye.

URBINA.
No se os dé dos caracoles.
DIEGO.
¿Cómo no?
FULVIO.
¡Para uno, tres!.....
ZAMUDIO.
¡Mirad qué gentil galán!.....
¡Aquí deja la mujer!.....
DIEGO.
¿Qué mujer no dejarán?
URBINA.
¿Qué es lo que habemos de hacer?
ZAMUDIO.
Aquí tres capas están.
URBINA.
Tome ésta Diego García,
Ésta es vuestra y ésta es mía.
ZAMUDIO.
¿Y la mujer, cúya es?
DIEGO.
Uno escoja de los tres
Para pasar hasta el día.
DAMA.
No os quiero, españoles fuertes,
Agraviar, pues que sois tales.
ZAMUDIO.
Pues ¿qué haremos?
DAMA.
Echad suertes,
Para que quedéis iguales.
DIEGO.
Cortesanamente adviertes.
Mas ¿qué suertes se verán
Si no aguardamos al día?
Porque ahora no podrán.
DAMA.
La lengua hacerlas podría.

ZAMUDIO.

Di.

DAMA.

De esta suerte serán:
Al que de vosotros diga
Mayor encarecimiento,
Seré esta noche su amiga.

DIEGO.

Yo lo acepto.

URBINA.

Yo consiento.

ZAMUDIO.

¿Quién hay que lo contradiga?

URBINA.

Pues ¡sus! comience Zamudio.

ZAMUDIO.

Digo que naturaleza
Os hizo con tanto estudio,
Que cifró en vos su belleza
Y dió á las demás repudio.
Fueron Lucrecia y Elena
Borrones de vuestra cara:
La comparación más buena,
Cuando con vos se compara,
Está de vos más ajena.
Si un ángel, que no sabemos
Con qué beldad le hizo Dios,
Que espíritus no los vemos,
Quisiera ver, viera en vos
De su gracia los extremos.
Y si Apeles le pintara
Y este rostro retratara,
Aquel que después os viera,
Por ángel os conociera
Y el no visto imaginara.
Y si ha de ser conocido,
Primero que ser querido,
Lo que llega al sentimiento,
Y antes que al entendimiento
Ha de tocar al sentido,
Con haberos visto á vos,
La gracia que puso en Dios
En un ángel le imagina.
Diga ahora Juan de Urbina.

URBINA.

Mas rindámonos los dos.

DIEGO.

¡Acabad, decid!

URBINA.

Yo digo
Que sois dama tan discreta,
Y en todas ciencias perfeta,
Que enseñáis, y sois testigo,
A Roma, á Atenas y Creta;
A Carmenta, á la Sibila
Vuestra excelencia aniquila;
Casandra y Safo son locas,
Y las tres Gracias son pocas
Con las que esa voz destila.
Si Aristóteles os viera,
Por necio se confesara;
Si Platón os escuchara,
Que era ignorante escribiera
Ó por su dios adorara;
Que, en fin, como era gentil,
Viendo ese ingenio sutil,
Dijera que sólo dios
Pudo saber lo que vos,
Y os hiciera de marfil.

DIEGO.

Por Dios, que la habéis subido
Donde no puedo alcanzarla;
Pues con haber presumido
Que un gentil pudo adorarla,
La habéis en dios convertido.
Y es cosa para creer
Que Aristóteles, gentil,
Hizo un dios de una mujer;
Mas cierto que á un dios tan vil,
Fué ignorancia y no saber.
Y digo, señora mía,
Que sois tan mala, aunque os pese,
Que si por suerte algún día
Cuanto es maldad se perdiese,
Cifrado en vos se hallaría.
No fué Faustina tan mala;
La gran Thais no os iguala,
Ni la que enseñó á poner
Precio al gusto en la mujer,
Que ya se tiene por gala.
Sois más fea que Thersite,
Y tan necia como vos,
Porque no hay quien os imite;
Y si algo no hizo Dios,
Sois vos, si esto se permite.
Si disparate no fuera
Que el demonio hacer pudiera,
Como se dice, personas,
Y por ellas hizo monas,
En vos su hechura se viera.

DAMA.

No digáis más, bellacón;
Que á vos os escojo y quiero,
Por gallardo y fanfarrón.

Vanse Diego y la dama, dándose la mano.

DAMA.

¿Dónde vamos?

DIEGO.

Á un mesón.

ZAMUDIO.

¿Hay mayor bellaquería,
Que á Paredes fué á escoger?

URBINA.

Sí, porque la aborrecía,
Que es condición de mujer.

ZAMUDIO.

No, sino ventura mía.

URBINA.

Las mujeres van con quien
Mejor las conoce, y creo

Que el retratarla más bien
Pudo encender su deseo
Y engendrar nuestro desdén.
Gente viene.

ZAMUDIO.

Estoy de suerte,
Que á mil Aquiles y Pirros,
Urbina, daré la muerte.

Sale un alguacil con su gente, y los capeados, todos con rodelas.

URBINA.

Vara es ésta.

ZAMUDIO.

Y con esbirros.

URBINA.

¿Si nos buscan?.....

ZAMUDIO.

Eso advierte.

ALFERIO.

Aquí digo que quedaron.

ALGUACIL.

Aguardad, que aquéstos son.

ZAMUDIO.

Basta, que aquéllos llamaron
Todo este armado escuadrón.

URBINA.

¡Tal miedo de aquí llevaron!

ALGUACIL.

¿Qué gente?

ZAMUDIO.

Dos hombres solos.

ALGUACIL.

¿Españoles?

URBINA.

¿Pues hay hombres
Sino españoles? Temiólos
El mundo.

ALGUACIL.

Decid los nombres.

URBINA.

¿Pide los nombres?

ZAMUDIO.

Pidiólos.

URBINA.

Yo me llamo Fierabrás.

ZAMUDIO.

Yo Rodamonte.

ALGUACIL.

¡Muy bien!

URBINA.

Bien ó mal, esto hay no más.

ALGUACIL.

¡Ea, las armas me den!
¡Vuelvan las manos atrás!

URBINA.

¡Español, fuera de España,
Y rendir armas!..... No creas
Esa afrenta ni esa hazaña.

ALGUACIL.

¡Oh, traidor! ¡Morir deseas!

URBINA.

¡Y tú medir la campaña!

ALGUACIL.

¡Muestra la espada, villano!

URBINA.

¿Zamudio?

ZAMUDIO.

¿Qué?

URBINA.

Bien pregunta.

ZAMUDIO.

Dásela, que eso está llano.

URBINA.

Bien dices: asga la punta.

ZAMUDIO.

¿Meto mano?

URBINA.

¡Mete mano!

ALGUACIL.

¡Aquí del Papa!

URBINA.

Ese adoro,
Que ni soy indio ni moro.

ALGUACIL.

¡Muerto soy!

ZAMUDIO.

Vete á curar.

URBINA.

Más capas pienso llevar
Que quita en la plaza un toro.

Vanse.

Sale un correo.

CORREO.

No sé si con la priesa que he traído,
Aunque el cansancio toda fuerza doma,
Puede nadie primero haber venido
Á dar mis nuevas al Pastor de Roma.
Ya parece que el carro esclarecido
Por los balcones del Oriente asoma,
Y que el sol, madrugando por guiallos,
Pisar estrellas hace á sus caballos.
Los siete montes que la cercan veo:
El Celio, Viminal y el Aventino;
Del sacro Tibre el círculo, y rodeo
Donde la loba por los hijos vino.
Mas, ¿para qué tambien llegar deseo,
Después de la aspereza del camino;
Que la que traigo, en fin, es mala nueva,
Y de los males poco bien se lleva?
Éstos son de la guarda, ó yo me engaño,
De la persona y majestad del Papa.

Salen Álvaro de Paredes, hermano de Diego, y Pizarro, con dos alabarderos.

ÁLVARO.

Por no vivir, Pizarro, de hacer daño,
Y de quitar de noche espada ó capa.....

PIZARRO.

En fin, gozan sus plazas, ¡caso extraño!

ÁLVARO.

El no ser conocido cubre y tapa
Cualquier acto en un hombre de bajeza.

PIZARRO.

Bien sé vuestro valor y mi nobleza.

CORREO.

¿Podré entrar, caballeros?

ÁLVARO.

¿Es correo?

CORREO.

Á cardenal Guidón traigo un recado
Que importa al Papa, á quien decir deseo
Cómo Montefrascón se ha levantado

ÁLVARO.

¿Contra Su Santidad? Delito feo.

PIZARRO.

El de Urbino, por dicha, lo ha causado.

CORREO.

Al Duque dan la culpa.

ÁLVARO.

Entrad, que es justo
Poner remedio á caso tan injusto.

PIZARRO.

Volviendo á nuestra plática, me alegro
Que García de Paredes, vuestro hermano,
Y Juan de Urbina, que en el manto negro
De la noche vivían por su mano,
Juan de Vargas, Zamudio y Montenegro
Hoy sirvan al Pontífice romano;
Que no es tan bajo oficio el de la guarda,
Pues es soldado y honra su alabarda.
Verdad es que es García caballero,
Y sois hijos de Sancho de Paredes;
Pero, como decís, al extranjero
Quien le da de comer le hace mercedes.

ÁLVARO.

Por no nos descubrir, que hacerlo espero
Si la necesidad tiende las redes,
Andamos de esta suerte, que sobrinos
Somos de un Cardenal.

PIZARRO.

Y sois bien dinos.

Salen Paredes y Juan de Urbina.

DIEGO.

Hoy, pues la guarda nos toca,
Entretenernos podremos.
¿Álvaro?

ÁLVARO.

¡Señor!

DIEGO.

¿Qué haremos?
Que la ociosidad no es poca.

ÁLVARO.

Si no ejercitas las manos,
Pierdes el seso, García.

DIEGO.

Nacen de un ocioso día
Dos mil pensamientos vanos.

URBINA.

¿Á qué se puede jugar?

PIZARRO.

¡Vaya una gresca bizarra!

DIEGO.

¿Hay dados?

ÁLVARO.

No.

DIEGO.

Pues la barra
Podéis un rato tirar.

URBINA.

¡Venga!

ÁLVARO.

¡Aquí está!

PIZARRO.

Yo ¡por Dios,
Que en viéndola me desnudo!....

URBINA.

Que yo podré tirar dudo.

PIZARRO.

Tiraremos dos á dos.

DIEGO.

Tira.

URBINA.

No podré, de veras:
Tú, que estás brioso, tira.

DIEGO.

Mira que el Papa nos mira
Detrás de esas vidrïeras.

URBINA.

¿Dónde está?

DIEGO.

En aquel balcón.

URBINA.

Pues arrimo la alabarda.

ÁLVARO.

La fiesta ha de ser gallarda:
Ponte en calzas y en jubón.

URBINA.

Mirar al galán su dama,
El capitán al soldado
Y el dueño grave al criado,
Le incitan á gloria y fama.
Hoy la quiero procurar,
Pues Su Santidad nos mira.

ÁLVARO.

Gente se allega.

PIZARRO.

Pues tira.

DIEGO.

¿Qué es lo que queréis tirar?

URBINA.

Probemos la mano ahora.

Salen Tansilo, caballero, y criados Horacio, Toscanelo y Durino.

TANSILO.

Los españoles bizarros
Están echando desgarros.

HORACIO.

Es la canalla habladora.

TANSILO.

Oid con el arrogancia
Que quiere tirar aquél.

TOSCANELO.

¡Quién le viera en un cordel
Danzar la morta de Francia!

TANSILO.

Estarán los fanfarrones
Pensando que solos pueden
Tirar en el mundo.

DURINO.

Exceden
En soberbia á mil naciones.

TANSILO.

¡Por Dios, que no he de sufrir
Que á ojos del Papa tiren,
Ganen honra y que los miren!

DURINO.

No lo podrás impedir.

TANSILO.

Podré; ¡que Alcides no tuvo
De aquestos brazos la fuerza!

DURINO.

Pues alto, el ánimo esfuerza.

TANSILO.

Nunca el temor me detuvo.
¿Hay aquí algún español
De arrogancia tan bizarra
Que quiera tirar la barra
Conmigo hasta puesto el sol?

DIEGO.

Y hasta que vuelva á salir:
Y si cien veces saliera,
Siempre, hasta que se pusiera,
Me holgara de competir.
¿Desnudos?

TANSILO.

De buena gana.
Ten, Horacio, el ferreruelo:
Tú la espada, Toscanelo.

URBINA.

¡Brava arrogancia romana!

DURINO.

Quítate también la cuera.

TANSILO.

Ya, español, estoy desnudo.

DIEGO.

¿Qué has de jugar?

TANSILO.

Eso dudo.
¿Hay algo?

DIEGO.

¡Ojalá lo hubiera!

ÁLVARO.

¿No hay, por Dios, entre los tres,
Un cuatrín ó parpallola?

DIEGO.

¡Ni una parpallola sola!

TANSILO.

Español, tiremos, pues;
Que aquí pongo cien escudos,
Con las armas de tu Rey,
Del oro de mejor ley.
¿Qué miráis? ¿De qué estáis mudos?

DIEGO.

Es porque con tu riqueza
Nos has querido espantar:
Yo, pobre, quiero tirar
No más de por gentileza.
Si te agrada, toma y tira.

TANSILO.

Eso allá se lo dirás
Á tus iguales no más,
Á que tu bajeza aspira.
¿Tú te has de igualar conmigo?.....
¡Tú tirar conmigo en balde!.....

DIEGO.

Mientes.

TANSILO.

¡Matalde, matalde!

DIEGO.

¿Qué es matar? Ea, Urbina amigo;
Que yo con la barra sola
Pienso matar cinco ó seis.

Meten todos mano, y con barra Paredes, riñen.

TANSILO.

¡Aquí de Roma!

URBINA.

Sabréis
Lo que es bajeza española.

HORACIO.

¡Ay, que me han muerto!

DIEGO.

Eso sí.

PIZARRO.

Al Papa quejarte puedes.

URBINA.

Los dos he muerto, Paredes.

DIEGO.

Deja esos tres para mí.

Sale Zamudio y la dama de Paredes.

DAMA.

No sabía su valor;
Mas después que le traté,
Le conozco, y le cobré,
Zamudio, notable amor.

ZAMUDIO.

Es García de Paredes
Hombre noble, aunque le has visto
Tan pobre, y aun me resisto
De que satisfecha quedes,
Por no decirte un secreto
Con que supieras quién es.

DAMA.

Digo que estoy á sus pies
Toda rendida, en efeto.
Llévame, por vida tuya.
Á servir su gentileza;

Que no miro su pobreza,
Sino en la grandeza suya.
No ha de faltar á García
Lo que hubiere menester,
Porque soy una mujer
Perdida por valentía.
Dame el hombre más bizarro
Del mundo, que si es gallina,
Más me enfada y amohina
Que si caminase en carro.
Soy muerta por ver un hombre
Todo marcial y arrogante,
Tan arrojado, que espante
Con solamente su nombre.
No de aquellos fanfarrones
Que conciertan cuchilladas
Y las sacuden pagadas
Á sombra de los cantones;
Sino como este Paredes,
Que, riñendo como un bronce,
De doce, mata los once
Y piensa que hace mercedes.

ZAMUDIO.

¡Vive Dios, que eres, Clarinda,
Mujer de notable humor!

DAMA.

Yo no tengo á hombre amor
Que ningún hombre le rinda.
Éste, que ya Italia nombra
Por más gallardo, éste sigo:
Quiero buen árbol amigo,
Para estar á buena sombra.

ZAMUDIO.

Presto te pondré con él,
Que Pizarro viene aquí.

DAMA.

¿Es su camarada?

ZAMUDIO.

Sí.

DAMA.

Llega, é infórmate dél.

ZAMUDIO.

¿Qué tenemos, Pizarro?

PIZARRO.

¿Dónde estabas,
Que no te hallaste en nuestra gresca?

ZAMUDIO.

Gresca,
¿Es juego de las armas ó del dado?

PIZARRO.

De las armas, y tanto, que este día
Pensé que amaneciéramos los cuatro
Remando en la galera de San Pedro.

ZAMUDIO.

¿Qué dices?

PIZARRO.

Lo que escuchas.

ZAMUDIO.

¿De qué suerte?

PIZARRO.

Tirábamos delante del Pontífice
Á la barra García de Paredes,
Álvaro, Montenegro y Juan de Urbina:
Llegaron á mirarnos noble gente
Y buena parte del infame vulgo,
Cuando un hidalgo, puesto en medio, dice
Que tirará con todos arrogante.
Desnudóse, y poniendo cien escudos,
Sobre querer tirar por gentileza,
Dijo á Paredes cosas mal pensadas:
Desmintióle, y haciendo de la barra,
No sé que fué, pero matamos cinco,
Sin otros diez que van descalabrados.
Prendiéronnos á todos; pero el Papa,
Sabida la verdad, nos dió por libres
Y á Paredes ha honrado, como es justo;
El cual, cansado de esta humilde vida,
Se ha dado á conocer, y fué acertado,
Al cardenal de Santa Cruz, su tío,
Y queda hecho capitán del Papa
Contra Montefrascón, que se rebela.

ZAMUDIO.

¡Extraño es el suceso!

DAMA.

¡Ah! ¿Gentilhombre?.....

PIZARRO.

¿Qué mandáis?

DAMA.

Que toméis aqueste anillo
De albricias del suceso y *lalpiseta*.

PIZARRO.

Bésoos las manos.

ZAMUDIO.

Ya está aquí Paredes:
Si te diere contento, hablarle puedes.

Salen Paredes, Juan de Urbina y Álvaro de Paredes.

URBINA.

De la honra recibida,
Aunque vos la honráis también
Cuanto es ya cosa sabida,
Os da Urbina el parabién
Y os desea larga vida.
No cumpliera el Cardenal
Con su sér tan principal
Si así su sangre no honrara;
Que hace bien el que la ampara,
Y el que la desprecia, mal.

ÁLVARO.

Yo, García, como hermano,
Creo que excusado estoy,
Pues tan buena parte gano;
Mas el parabién os doy,
Si es esto lo cortesano.

ZAMUDIO.

Dádsele al señor García,
Álvaro, de parte mía.

PIZARRO.

Y de la mía también.

DIEGO.

No fuera, señores, bien
Sin tan noble compañía;
Y cierto que estoy contento,
Sólo por poder serviros,
Que esto tenga por aumento;
Y así pretendo deciros
Cómo repartir intento.
Hago mi alférez á Urbina,
Y mi sargento á mi hermano;
Que de uno y otro me inclina
Ver el valor soberano
Con que á la virtud camina;
Y por cabos de ella irán
Pizarro y Zamudio.

URBINA.

¡El cielo
Dé vida á tal capitán!

ÁLVARO.

¡Marte laurel!

PIZARRO.

¡Fama el suelo!

DIEGO.

Para serviros serán.

ZAMUDIO.

Aquí quiere cierta dama
Hablaros, señor García.

DIEGO.

¿Es Clarinda?

ZAMUDIO.

Así se llama.

DAMA.

Huelgo de hallarme en el día
Principio de vuestra fama.
¡Mil parabienes os doy!

DIEGO.

Ya sabéis cuán vuestro soy.

DAMA.

Eso vengo á confirmar.

DIEGO.

Si yo me puedo obligar,
En la obligación estoy.

DAMA.

Yo os querría por mi dueño
Muy de asiento.

DIEGO.

¿De qué modo?
Que esto de amor es empeño.

DAMA.

Que fuésedes mío todo,
Hasta en la mesa y el sueño.

DIEGO.

Ahora bien; yo no soy hombre
Que os he de engañar, señora:
Si queréis que os hable ahora,
Sabréis mi humor y mi nombre,
Y si no, mirad el día
En que podremos hablar.

DAMA.

Ahora os quiero escuchar.

DIEGO.

Pues oid, por vida mía:
No será más claro el sol.
Mi nombre de pila es Diego;
Soy Paredes, y soy luego.....
Basta decir español.
Que aunque por acá pensáis
Que somos muy fanfarrones,
En mis humildes razones
Pensaréis que os engañáis.
Nací en Trujillo, un lugar
De Extremadura, y extremo
De los extremos que temo
Que os pueden desagradar.
Mis padres obedecí
Lo poco que los traté;
Á mis maestros honré,
Aunque letras no aprendí.
Seguí las armas, que amor
No me debe pensamiento,
Y así tan libre y exento
Vivo, siguiendo mi humor.
Y aunque otras veces la callo,
Mi venida á Italia fué
Porque á tres hombres maté
Sobre interés de un caballo.
Mi manera de querer,
Si vos gustáis de que os quiera,
Ha de ser de esta manera,
Porque de otra no ha de ser:
Yo os tengo de visitar
Cuando á mí gusto me diere,
Y si fuere ó si no fuere,
No me habéis de preguntar.
Jamás me habéis de pedir
Vestido ó cosa notable,
No porque soy miserable,
Mas no lo puedo sufrir.
Antojo de algún regalo
No os pase por pensamiento,
Porque es pedírsele al viento,
Á quien por lo sordo igualo.
Yo de mi gusto he de dar
Lo que me estuviere bien;
Mas por amor y desdén
Nadie me obligue á pechar.
Y lleve el diablo al traidor
Que dió primero á mujer
Dineros por su placer,
Siendo común el amor.
Á éste siguieron otros
Que compraron sus placeres,
Porque si no, las mujeres
Nos le dieran á nosotros.
No digo que no daré
Algo que os pueda servir;
Mas no lo habéis de pedir,
Que entonces lo negaré.
Por causa grave ó liviana
Celos no os causen recelos;
Que pedir dinero y celos

Lo escucho de mala gana.
Si me ausento, no escribáis,
Porque no lo he de leer;
Que ausente podéis hacer
Todo cuanto vos queráis.
Desmayaros por flaqueza
Ó llorar si se hunde todo,
No lo hagáis de ningún modo;
Que os quebraré la cabeza.
Melindre es grande trabajo
Para mí, y aun para vos;
Que os echaré ¡vive Dios!
Por una escalera abajo.
Decirme mal de un amigo
No lo sufriré á mi padre,
Puesto caso que á mi madre
Me diésedes por testigo.
No miréis más que al retablo
En la iglesia, estad en vos,
Porque delante de Dios
No me ha de mirar el diablo.
Porque es mucha libertad,
Si estoy en tienda no entréis,
Ni por la calle me habléis;
Que se pierde autoridad.
Consejo en cosas de duda
No me le déis para nada,
Ni me detengáis la espada
Si acaso la veis desnuda.
Que con esto y otro tanto
Que por escrito os daré,
Os doy mi palabra y fe
De quereros tanto cuanto.

DAMA.

Digo que os quiero querer:
Desdeñarme no aprovecha.

DIEGO.

No temáis la lista hecha,
Más la que está por hacer.
¿Y qué os mueve á tal flaqueza?

DAMA.

El ver por qué es imposible
Alguna vez apacible
Hombre de tanta braveza.
No hay cosa como el desprecio
Que así abrase una mujer;
Pero yo os espero ver
Muy amoroso y muy necio.

DIEGO.

Señora, quedad con Dios;
Que á Montefrascón me envía
El Papa, y mi compañía
Marcha mañana á las dos:
De vuelta os veré.

DAMA.

Antes quiero
Tirar plaza de soldado
Y marchar á vuestro lado
Por paje ó por mochilero.

DIEGO.

Si vais, procurad recato.
¿Juan de Urbina?

URBINA.

¿Señor mío?

DIEGO.

Esta hermosa dama os fío.

URBINA.

Conocéis mi hidalgo trato.

DIEGO.

Acompañadla, que en tanto
Voy á ver al Cardenal.

URBINA.

No fué Achates tan leal,
Ni pudo quereros tanto.

DIEGO.

Venid, parientes, conmigo.

ÁLVARO.

Todos iremos con vos.

DIEGO.

Adiós, mi señora.

DAMA.

Adiós:
Temerario intento sigo.

Quédanse la dama y Urbina.

URBINA.

Basta que os habéis prendado
Del capitán con razón.

DAMA.

Es Paredes un león.

URBINA.

Aun vos conocéisle atado:
Dióle la cuartana el cielo
De la presente pobreza;
Que si no, de su fiereza
Temblara, Clarinda, el suelo.
Pero ya el tiempo le llama
Adonde en distancia poca
Ocupe toda la boca
Con sus hazañas la fama.

DAMA.

Señor alférez, yo soy,
Aunque mujer pobre y sola,
En lo que es alma, española,
Y ésta á Paredes le doy.
Aquel desprecio y desdén,
Aquel hielo y valentía
Es para mí bizarría,
Por lo que le quiero bien.
No sólo á Montefrascón,
Pero á los montes Rifeos
Me llevarán mis deseos
Y mi libre condición.

URBINA.

Yo os prometo que tenéis
Buen gusto en seguir el suyo,
A lo menos yo le arguyo
De lo que en amarle hacéis.
Los hombres que le tratamos
Le tenemos tanto amor,
Que su privanza y favor

Como la del Rey buscamos.
¿Adónde tenéis posada?

DAMA.

Yo vivo en este cuartel.

URBINA.

De gente viene un tropel.
¿Qué tenéis?

DAMA.

¡Ay, desdichada!

URBINA.

¡Mudado se os ha el color!

Salen Fulvio y tres amigos.

DAMA.

Éste es Fulvio, á quien solía
Estar sujeta, y podría
Desatinarle mi amor.
Él llega: por vida vuestra,
Que huyamos por esta esquina.

URBINA.

¿Sabéis que soy Juan de Urbina?

DAMA.

Vuestra persona lo muestra;
Pero son cuatro estos hombres.

URBINA.

Yo soy cuatro y cuatro mil;
Que aquesta canalla vil
No tiene más de los nombres.

DAMA.

¿Qué dices?

URBINA.

Esto que escuchas:
Que si cuatro mil no quieres,
Soy cuatrocientos mil.

DAMA.

Eres
Mil Españas.

URBINA.

No son muchas;
Que soy español, y tengo
Mil honras, y en cada una
Mil Españas.

DAMA.

La fortuna
Te ayude.

URBINA.

Con ella vengo.
Y eso de volver esquina
Á éstos decirlo puedes;
Que soy alma de Paredes
Y cuerpo de Juan de Urbina.

FULVIO.

Quitáronme la cual digo
Tres marranos españoles.

AMIGO.

¿Y ella no lloró?

FULVIO.

Lloróles,
Pero no volvió conmigo;
Antes no acude á su casa,
Ni desde entonces la vi.

AMIGO.

¿Si es ésta por dicha?

FULVIO.

Sí.

DAMA.

¿No escuchas ya lo que pasa?

URBINA.

Todo lo tengo entendido.

FULVIO.

¿Clarinda?

URBINA.

Hidalgo, teneos;
Que para vuestros deseos
Está el paso defendido.

FULVIO.

¿Quién le osará defender,
Siendo aquesta mujer mía?

URBINA.

Quien viene en su compañía,
Si es de su amigo mujer.

FULVIO.

¿Haste casado, Clarinda?

DAMA.

Yo no.

FULVIO.

¿Pues qué?

DAMA.

Españolado,
Que es como haberme casado,
Pues no hay fuerza que me rinda.

FULVIO.

Déjate de disparates:
Vuelve á tu antigua afición.

DAMA.

Fulvio, los tuyos lo son,
Y es mejor que no los trates.

URBINA.

Basta el coloquio, galán;
Que ya se me sube el humo
Donde, si sale, presumo
Que huyendo la calle irán:
Esto hasta aquí lo he sufrido,
Pero en lo demás me enfado.

FULVIO.

Español desatinado,
¿Qué dices?

URBINA.

Lo que has oído.

FULVIO.

¿Eres más que tú?

URBINA.

Y me corro
De ser tanto.

FULVIO.

¡Si está loco!

URBINA.

Para los que son tan poco
Yo no he menester socorro.

FULVIO.

Deja, español, la mujer.

URBINA.

¡Mete mano!

FULVIO.

¡Muera!.....

AMIGO.

¡Muera!.....

URBINA.

Eso si yo lo dijera
Lo pudiérades creer.

FULVIO.

¡Hay tal hombre!

AMIGO.

¡Hay tal furor!.....

URBINA.

¿Huís, cobardes?

DAMA.

¡Á ellos,
Urbina!

URBINA.

Ya voy tras ellos.

DAMA.

Yo tras ti.

FULVIO.

¡Muera el traidor!

Éntranse, y salen el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y el capitán Emilio.

CAPITÁN.

Por la merced que el Duque me promete
Beso, Emilio, sus manos generosas.

EMILIO.

Vos se la hacéis, pues sólo vuestro nombre
Ha causado tal ánimo en su ejército,
Que todos se prometen la victoria.
Sois un nuevo Alejandro, Pirro y Dario;
Sois la gloria de España, y quien ahora
Ocupa los dos polos con su fama.

CAPITÁN.

Quisiera serlo yo para servirle,
Emilio amigo, más que para honrarme,
Porque servir al Duque es honra mía.

Sale el Duque de Urbino y acompañamiento.

EMILIO.

Él viene sólo á veros.

DUQUE.

Qué ¿es venido
Don Gonzalo Fernández?

CAPITÁN.

Aquí vengo,
Gran Duque, por la parte de Castilla
Y liga hecha con el rey Fernando.

DUQUE.

Dadme esos brazos, español famoso,
Lustre y gloria de España, honor de Córdoba.

CAPITÁN.

Vos, que lo sois de Italia, dad los vuestros
A quien por ellos levantado espera
Volar sobre las alas de la fama.

DUQUE.

Ya sabréis, don Gonzalo valeroso,
La intención del Pontífice romano.

CAPITÁN.

Todo, señor, es público: á lo menos
No disputo las causas ni me toca;
Pero en vuestro servicio, que á esto vengo,
Desde este día vestiré las armas.

DUQUE.

En ellas fundo mi esperanza toda;
Ellas serán la fuerza de mi empresa.

CAPITÁN.

A lo menos, la muestran de mi ánimo
Puro y sencillo en el servicio vuestro.

DUQUE.

Tomad este bastón ¡oh luna ilustre
Del edificio de mis pensamientos!
Y marche el campo á vista del romano.

CAPITÁN.

Bésoos las manos, generoso Duque,
Por tantas honras y palabras tales.

DUQUE.

¿Quién sino don Gonzalo las merece,
Nuevo español Trajano, nuevo Alcides?

CAPITÁN.

Vos sois mi España ahora, donde quiero
Nacer de nuevo, porque juntamente
Conmigo nace aquel valor ilustre
Que se pueda llamar de vuestro pecho.

DUQUE.

Toca á marchar: levanta el estandarte.

CAPITÁN.

Vos sois un César, Duque; el mismo Marte (1).

Éntranse, y salen un guión ó General de las armas del Papa, y el capitán César, y gente con trompetas.

GENERAL.

¿Qué fuerzas desmayadas no levanta
Ver estas armas y cruzadas llaves?
Hacedle salva á aquesta empresa santa,
Timón de la Romana y de otras naves:
Sólo en mirar su sacra vista espanta,
Como al águila miran otras aves.
¡Oh gavia ilustre que de palma y cedro
Estás sobre la nave de San Pedro!

CÉSAR.

Todos, señor, hincada la rodilla,
Hacen salva al guión sacro romano,
Con general aplauso y maravilla
De verle al puño de tu heroica mano;
Parece que, desnuda la cuchilla
Otra vez el Apóstol soberano
Contra el pueblo infiel que armado intenta
Sacar del yugo la cerviz exenta.

---

(1) En el original está borrada toda la escena anterior, tal vez porque hubo reparo que un héroe como el Gran Capitán y de tan grande calidad sirviese las armas de otro Duque. (*Nota de D. Miguel Sanz de Pliegos.*)

GENERAL.

No es menester, soldados valerosos,
Para animar á fuerza que no cesa,
Esforzar vuestros brazos valerosos
Con la justicia de esta santa empresa:
Romanos sois, y todos tan famosos
Que de advertiros que lo sois me pesa.
Hoy el Duque de Urbino guerra os hace:
Vuestra es la causa; de vosotros nace.

Salen Diego García de Paredes, Juan de Urbina, Álvaro de Paredes, y en hábito de hombre, Clarinda.

DIEGO.

Dadme esos pies.

GENERAL.

Alzaos, señor, del suelo,
Y decidme quién sois.

DIEGO.

De estos soldados
Soy general romano, y del Pontífice
Nombrado capitán para esta empresa;
Y así con ellos y con mi persona
Vengo á serviros.

GENERAL.

Español gallardo,
¿Sois por dicha García de Paredes?

DIEGO.

El mismo soy, y el que, sirviendo al Papa,
Tomé á Montefrascón, subiendo al muro
De unas enramadas de dos álamos
Y unas travesadas fuertes cuerdas;
Maté las centinelas por mis manos,
Rompí del enemigo las banderas,
En la plaza saltando desde el muro;
Y vuelvo á Roma con iguales honras.
Reformándose algunas compañías,
Su Santidad, como lo veis, me manda
Que con la mía sirva en esta empresa.

GENERAL.

Sois vos muy digno de ésta y de otras honras,
Y pues habéis venido á tan buen tiempo,
Estad á la defensa de este paso.

DIEGO.

Harélo como debo, y haced cuenta
Que en él ponéis leones de Castilla.

GENERAL.

Pues yo voy, capitán, de vos seguro.

CÉSAR.

¡Qué inútil honra ha hecho aqueste bárbaro
Españolejo, fanfarrón y loco!.....

GENERAL.

César, no murmuréis; dásela el Papa,
Y es justo que San Pedro la bendiga.

Vanse, y se quedan solos los españoles.

DIEGO.

Juan de Urbina.....

URBINA.

Señor.....

DIEGO.

Estad alerta,
Y demos buena cuenta de nosotros.

URBINA.

La guardia que nos toca está segura.

DIEGO.

¿Quién es ese soldado que pasea
Hablando con Pizarro y con mi hermano?

URBINA.

¡Bueno! ¿Ya no conoces á Clarinda?

DIEGO.

Hayamos parte todos de la plática.

Clarinda, vestida de soldado.

CLARINDA.

Quien la tiene en el alma, suyo es todo.

DIEGO.

Muy tiernamente habláis, señor soldado.

CLARINDA.

Estoylo yo con vos por todo extremo.

DIEGO.

No ha de correr ahora ese lenguaje:
Todo ha de ser desgarro y valentía,
Todo ha de ser cuidado con las armas.

CLARINDA.

Quien los tiene de vos no tiene pocos,
Y siendo vuestros, bien serán valientes;
Y por Dios, que no he sido tan cobarde,
Pues en Montefrascón escalé el muro
Y fuí de los primeros que rompieron
A las ocho banderas de la plaza.
Y miente quien dijere lo contrario.

DIEGO.

Ahora sí, á pesar de mi linaje.

CLARINDA.

Y del mundo, si quiere, y de mil mundos.

DIEGO.

Gentiles bríos.

CLARINDA.

Son lecciones vuestras.

Toquen dentro, y entren las cajas, y meten ruido.

Dirán:

¡Al arma, al arma! ¡El enemigo viene!

DIEGO.

¡Válgame Dios! ¡Tan presto nos probaron!

URBINA.

¡Vive Dios que es verdad! ¡Las armas toma,
Que sobre ti desciende todo el mundo!

DIEGO.

Si el mundo viene, Urbina, ¿qué remedio?

URBINA.

Abrir camino con la espada.

DIEGO.

¡Cierra,
Cierra, famosa gente! ¡Cierra España,
España!

URBINA.

¿España dice? ¡Cosa extraña!

Desnudan las armas y salen fuera, tocando cajas, y fingen una guerra.

Sale César.

CÉSAR.

¿Hay arrogancia tan fiera
Como la de este español?
¡Por Dios, que es ya de manera,
Que no está seguro el sol
Dentro de su cuarta esfera!
Corriendo va la campaña
Con ira y soberbia extraña,
Y sirviendo espada y mano
Al Pontífice romano,
Va diciendo: «¡España, España!»
¿Qué tiene que ver aquí
España, si es esta gloria
De Roma, que nunca oí?.....

Dentro.

¡Victoria, España!

CÉSAR.

¡Victoria!
¿Esto ha de sufrirse así?
¿Victoria España, romanos?

Sale el General, Diego García, Juan de Urbina y los demás.

GENERAL.

¡Oh valientes castellanos!
¡Cuán bien que habéis defendido
Vuestra guarda, y se han teñido
Las armas de vuestras manos!
Ponga en el estanterol
De su barca el Pastor santo
La empresa de un español
Que hoy se ha levantado tanto,
Que llega su nombre al sol.

DIEGO.

Pondrá, señor, á lo menos
Unos deseos tan buenos,
Que se verán envidiados
El capitán y soldados
Por lealtad de que están llenos.
Conoced á Juan de Urbina,
Que es quien hoy ha peleado
Por su nación vizcaína.

GENERAL.

Es un valiente soldado
De la marcial disciplina.

URBINA.

Soylo vuestro, que esto sobra.

CÉSAR.

El que alguna cosa obra
En virtud de otro poder,
En el suyo no ha de hacer
Lo que por el otro cobra.
Bueno es que en la campaña
Vais diciendo á grandes voces:
«¡Cierra España, viva España!»
Y en este nombre, feroces,
Deis la victoria ó la hazaña.
Pues ya en su nombre toma
La espada, más justo fuera
Decir ¡Roma! y ¡viva Roma!
Que no España, pues no era
La que al enemigo doma.
Porque si cuatro habéis sido,
Españoles castellanos,
Los que habéis acometido,
Trescientos son los romanos
Con que los habéis vencido.

DIEGO.

César, en ocasión tal,
Y otras que son naturales,
El hombre que es más leal,
Divertido, da señales
Que vuelve á su natural.
Quien se enoja con fiereza,
Aunque sea en tierra extraña,
Habla en su naturaleza;
Y no es tan vil cosa España
Que ofenda vuestra nobleza.
Que yo os juro que sospecho
Que este nombre pudo más
Que no las armas al pecho;
Que no se nombró jamás
Que no fuese de provecho.
Los cuatro que acometimos,
Es verdad que cuatro fuimos;
Pero los cuatro tan buenos,
Que son los trescientos menos,
Y por cuatro mil hicimos.
En lo demás, de que erré
En nombrar la patria mía,
Mientes, que acertado fué.

CÉSAR.

¡Fuera!.....

GENERAL.

¿Qué descortesía
Es ésta?

DIEGO.

¡Allá lo diré!

Vase Diego.

CÉSAR.

Yo te seguiré, villano,
Y luego te desafío

Vase César.

GENERAL.

Detenedlos.

Vase General.

URBINA.

Ya es en vano.

CLARINDA.

Ya se desató el león mío
Coronado y africano.

Aquí los quiero esperar;
Que me tiembla el corazón
Sólo de verle enojar.

GENERAL.

Dentro.

Mirad que será traición
Y que os haré castigar.

CLARINDA.

Paredes altas, españoles muros,
Que con ser de Paredes sois defensa,
Más que la que tener España piensa
En los de piedra antiguos y seguros:
Las argamasas y los cantos duros
No pueden resistir tanto su ofensa,
Como pared de fuerza tan inmensa
Que va dorando el sol con rayos puros.
¡Ah paredes más altas que solía
Babilonia mirar su altiva piedra!
Sed los cimientos de la vida mía;
Que si de estas paredes fuese yedra,
No dudo que segura viviría;
Que así quien bien se arrima crece y medra.

Sale el General y soldados con alabardas, y traen preso á Diego García de Paredes.

GENERAL.

¡Tal insolencia es digna de castigo!

DIEGO.

Ya, señor, te rendí mi espada honrada.

CLARINDA.

¡Triste de mí! ¿Qué es esto, Juan de Urbina?

URBINA.

Es, Clarinda, que haciendo el desafío,
Cortó al capitán César la cabeza.

GENERAL.

Metedle en esa tienda á buen recaudo,
Y estén de guarda ocho hombres.

URBINA.

Mas ¡ocho!
No te aflijas, Clarinda, ven conmigo;
Hablaré con su hermano y con Zamudio,
Y por Dios que los tres mueramos juntos,
Ó habemos de librarle.

CLARINDA.

¡Hay tal desdicha!

GENERAL.

¡Quedaos todos aquí, guardad la puerta!

SOLDADO PRIMERO.

¡Alerta, hola, alerta!

TODOS.

¡Alerta, alerta!

SOLDADO PRIMERO.

No jugaremos.

SOLDADO SEGUNDO.

¿Por qué no, si hay dados?

Vanse y quedan los soldados de guarda, y sale Paredes quedito.

DIEGO.

Si hoy no intento
Aquesta hazaña, en que me va la vida,
Sin duda á manos de esta gente muera.
Coger quiero furioso esta alabarda.
¡Todos morir, afuera!

SOLDADO PRIMERO.

¡Ay! ¡Que me ha muerto!

DIEGO.

¡Ea, canalla vil!

SOLDADO SEGUNDO.

¡Ayuda, ayuda!

DIEGO.

De ellos cayeron; de ellos van huyendo.
Pasarme quiero al campo del contrario.

Con un arcabuz.

¡Oh, por Dios, que está aquí la centinela!

SOLDADO SEGUNDO.

¿Qué gente?.....

DIEGO.

De paz soy.

SOLDADO SEGUNDO.

¿Qué nombre?..... ¡Presto!

DIEGO.

¡Este es el nombre!

SOLDADO SEGUNDO.

¡Ay qué me ha muerto!

DIEGO.

Huyamos;
Que si á los atrevidos favorece
Y es á los temerosos importuna,
De los cabellos llevo la fortuna.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

Zamudio.
Pizarro.
El Coronel Salcedo.
Juan de Urbina.
El Marqués de Pescara.
Diego García de Paredes.
Ridolfo.
Roberto, *centinela francés.*
Álvaro de Paredes.
Tancredo. } *Tudescos.*
Bayardo. }
Lucrecia, *dama peregrina.*
Seis Embajadores:
Embajador de Roma.
Idem de Venecia.
Idem de Sena.
Embajador de Ferrara.
Idem de Urbino.
Idem de Florencia.
Un Secretario.
Horacio, *napolitano.*
Doña Emilia.
Lidia, *criada.*

Zamudio y Pizarro.

PIZARRO.

¡Que en los años que he faltado,
Por casos tan enemigos,
Tanto se hayan aumentado,
Zamudio, nuestros amigos
En honra, hacienda y estado!
¡Qué capitanes tan grandes
Son ya Paredes y Urbina!

ZAMUDIO.

No los hay más, aunque andes
De Portugal á la China
Y desde Castilla á Flandes.

PIZARRO.

¡Tales sus principios fueron!

ZAMUDIO.

De manera se aumentaron,
Y en fama y virtud crecieron,
Que atrás los nueve dejaron,
Y dos á nueve añadieron.

PIZARRO.

De suerte que ya son once.

ZAMUDIO.

Con mil estatuas de bronce
Y copia de historias largas.

PIZARRO.

En fin, murió Juan de Vargas.

ZAMUDIO.

Murió con Rodrigo Ponce.

PIZARRO.

Referidme alguna cosa
Por discurso ó por hazaña;
Que aquella mi vida ociosa
Tantos años en España,
Vuelve á Italia deseosa.

ZAMUDIO.

Estadme, Pizarro, atento.

PIZARRO.

Estaré con tal contento
El más alegre del orbe,
Que porque el viento no estorbe,
Rogaré que calle al viento.

ZAMUDIO.

Cuando la guerra del papa
León décimo, el año quinto,
Por defender á Lorenzo
De Médicis, su sobrino,
Fué cuando os partisteis vos;
Fué cuando Paredes hizo
Aquella famosa hazaña
Matando á César Fabricio,
Y rompiendo la prisión
Se pasó al Duque de Urbino.
Ya sabéis de sus hazañas
Aquel suceso inaudito;

Que os hallasteis en la entrega
De Nápoles, y en el sitio
Que á verse el Gran Capitán
Con monsiur Namurcio vino,
En la rota de la tregua
Y en el bravo desafío
Que tuvieron once á once.

PIZARRO.

Y soy de vista testigo
Que allí Paredes y Urbina
Fueron dos leones libios.

ZAMUDIO.

Después acá han hecho cosas
Que no se han visto ni escrito.
Ya sabéis lo de Barleta
Y aquel encuentro tan digno
Del gran valor cordobés,
En la Chirinola digo.

PIZARRO.

Ya los dejé capitanes
En ese tiempo, y recibo
Gran gusto que me contéis
De nuevo lo sucedido.

ZAMUDIO.

Mientras Fabricio Colona
Tomaba á Lagofocino,
Entró en Nápoles la bella
El nuevo Alejandro y Pirro:
Un palio al Gran Capitán
Cubre, de brocado fino,
Que descubrió las envidias
De algunos falsos amigos.
Castilnovo, San Vicente
Se rindieron un domingo:
Tomó después á Gaeta
Y destruyó su presidio.
Murió Alejandro tras esto,
Que á unos frascos de vino
Por yerro echaron veneno,
Sucediendo el tercio Pío;
Que fué cuando en Roma entraron
Tan feroces los Ursinos,
Matando los españoles
Con arrogante alarido.
Después al Marqués de Mantua
Esperó en Monte Casino
El Gran Capitán, habiendo
Su resistencia rendido:
Luego la del Garellano,
En cuyo sangriento río
Aquella famosa hazaña
Hernando de Illescas hizo,
Que llevándole una bala
La mano derecha, él mismo
Tomó el pendón en la izquierda,
Y así siguió al enemigo.
Fenecida ya la guerra,
Muchas tierras y castillos
Repartió el Gran Capitán
Y á ver á Fernando vino.
Allí fué donde del palio
Le acusó, mal advertido
El Rey de sus envidiosos,
Que Paredes satisfizo.
Siguióse después su muerte,
Perdiendo España el auxilio
De la más gallarda espada
Y del más alto juïcio.
Tras ella la de Fernando,
Que por el primer Filipo
Volvió á regirla otra vez
Y quedó don Carlos niño,
Pero ya fuerte mancebo,
Dando á sus glorias principio,
Fué, á pesar de sus contrarios,
Emperador elegido.
Descompúsose con Francia,
Y contra su furia y bríos
El de Pescara en Milán
Puso á su duque Francisco.
Las guerras y los sucesos
De esta enemistad nacidos
No se pueden referir,
Porque es proceso infinito.
Entre las muchas hazañas
Que la fama al mundo dijo
Del capitán Juan de Urbina,
La de Lodi solemnizo;
Que, prendiendo al castellano,
Jamás en guerra se ha visto
Tanto valor ni despojos
Ni tanta fama en mil siglos.
Aquí con el de Pescara,
Que, como veis, ha venido
A socorrer á Pavía
Que la entregue ha puesto sitio,
Están Urbina y Paredes,
De opinión y hacienda ricos,
Dando su consejo y armas
Fama al tiempo, al mundo libros.

PIZARRO.

Tened, que sin duda viene
El Marqués esclarecido.

ZAMUDIO.

Ya le promete la fama
Bronce fuerte y mármol liso.

Salen el Marqués de Pescara, Juan de Urbina, el coronel Salcedo y soldados.

MARQUÉS.

En fin, ¿decís que entraron en Pavía?

SALCEDO.

Ya Francisco de Haro ha entrado en ella
Lo que Antonio de Leiva le pedía:
Cuatro cañones, disparando de ella,
En las ancas llevó su compañía.

MARQUÉS.

¡Qué! ¿La pólvora, en fin, metió por ella?

SALCEDO.

La pólvora llevaban en zurrones
Con cuerdas enlazada á los arzones.

MARQUÉS.

Bien. ¡Ha sido el socorro de importancia!

URBINA.

Yo sé que de esta vez, Marqués invito,
No saldrá con su intento el Rey de Francia.

MARQUÉS.

Creo que el sueño y el comer le quito:
¿Será la encamisada de importancia?
Que á vuestros pareceres me remito.

URBINA.

Serálo con extremo, y éste sobra.

SALCEDO.

¡Extrañas alas tu soberbia cobra!
Deja, Urbina gallardo, que otros hombres
Digan primero lo que entre ellos puedo,
Pues te exceden en títulos y nombres,
Que yo soy coronel y soy Salcedo.

URBINA.

Que al enemigo con tu espada asombres
Y al bizarro francés le pongas miedo,
Es el título grave que te honra.

SALCEDO.

¿Qué cosa, fuera de eso, me deshonra?

URBINA.

Noble Salcedo, coronel famoso,
Yo no digo que no eres muy honrado,
Pero que el brazo fuerte y belicoso
Es el título y nombre del soldado.

SALCEDO.

¿Hame por dicha en el rigor forzoso
Faltado el brazo y el temor sobrado?

URBINA.

No digo tal; mas digo que hablar puedo
Adonde hablare el coronel Salcedo.

SALCEDO.

Adonde hablare, sí, merced que hace
El gran Marqués á quien le sirve.

URBINA.

Espero
Que me digas, Salcedo, de qué nace
Querer ante el Marqués hablar primero.

SALCEDO.

Pues si el oficio aquí no satisface
Y ser yo tan hidalgo y caballero,
¿Qué ha de satisfacer?

URBINA.

Yo soy hidalgo,
Y lo que vales por las armas, valgo.

SALCEDO.

¡Mientes!

URBINA.

¿Á mí, villano? ¿Á Juan de Urbina?.....

Tírale un bofetón Urbina y dale una cuchillada al mismo tiempo.

MARQUÉS.

¿En mi presencia?.....

SOLDADO.

¡El brazo le ha cortado!

MARQUÉS.

¡Prendedle!.....

URBINA.

¡Preso estoy! El brazo inclina,
La espada toma, vesme aquí humillado.

MARQUÉS.

Llevad de aquí á Salcedo.

SALCEDO.

Determina
Cómo me dejes del traidor vengado,
Pues por guardar respeto á tu persona
Voy de esta suerte.

URBINA.

¡Gran señor, perdona!
La espada honrada es ésta, y éste el pecho:
Toma ese puño y pásale, que es justo,

Hincase de rodillas y le da la espada por la guarnición.

Pues por guardar mi honor tan mal lo he hecho,
Que no he considerado tu disgusto.
Mal á lo que te debo he satisfecho;
Mas tú en la casa de Ávalos augusto,
. . . . . (1).
Que disculpan verás mi atrevimiento,
La honra y el primero movimiento:
La una al hombre en todo tiempo obliga,
El otro, como ves, no es en su mano;
Pero haz un hecho que la fama diga,
Entre los muchos, capitán cristiano;
Siempre contra la furia tu enemiga
Opuse el pecho, y no le opuse en vano:
Pecho que te sirvió, si á ti te agrada,
Pásale tú, que ya te doy la espada.

MARQUÉS.

Urbina, á nuestra honrada disciplina
Ya sabes lo que importa el buen castigo,
Y aunque mi pecho á tu perdón se inclina,
La guerra no perdona al mismo amigo.
Torcato dió la muerte á su hijo, Urbina,
Con menos causa en la ocasión que digo:
Bien sabes que si el bando se celebra,
Es digno de la muerte el que le quiebra.
Yo sé que no perdonas al soldado
Que en un átomo rompe tu precepto:
Pues mira cuánto más me has incitado.

Ruido dentro.

Si me has perdido el general respeto,
La humildad con que aquí me has obligado
Para disculpa de mi enojo aceto.

ZAMUDIO.

¡Oye, señor, que el campo se amotina!

TODOS JUNTOS.

¡No muera, viva, viva Juan de Urbina!

MARQUÉS.

¡Soldados! ¡Paso! ¡Paso!.....

TODOS.

¡Viva, viva!.....

(1) Falta un verso.

MARQUÉS.
¡Viva en buen hora! Vuestro es, llevalde.
TODOS.
¡Vamos, y viva, y galardón reciba!

Tómanle en peso.

URBINA.
¡No me obligáis, hidalga gente, en balde!
MARQUÉS.
Toda la guerra en ser bienquisto estriba,
Y pues él lo merece, libertalde;
En extremo me huelgo, porque ha sido
Para no le matar gentil partido.

Sale Paredes.

DIEGO.
Después de agradecerte que hayas dado
La vida, gran señor, á Urbina, vengo
Sólo á saber si estás determinado
De hacer la encamisada.
MARQUÉS.
Intento tengo.
DIEGO.
Si tu excelencia, en fin, se determina,
Que reconozca el campo le prevengo:
Vaya un soldado.
MARQUÉS.
Vuestro voto abona,
Que irá á reconocerle mi persona.
DIEGO.
¿Vos, gran señor?
MARQUÉS.
¡Yo! Pues.....
DIEGO.
Yo no lo digo
Porque vos no seáis mejor soldado;
Pero reconocer al enemigo,
En los caudillos siempre fué culpado.
MARQUÉS.
¿Yo no soy, y vos sois de esto testigo,
El que en la guerra de Andrea Doria, á nado,
Las amarras corté de dos navíos
Que ya llevaban enemigos míos?
DIEGO.
Sí, señor, que sois vos.
MARQUÉS.
Luego bien puedo
Ir á reconocer el campo.
DIEGO.
Y tanto,
Que de vuestro valor más cierto quedo
Que de aquel godo que dió á Roma espanto;
Mas yo os suplico, y perdonad si excedo
De lo que era razón y me adelanto,
Que llevéis á Paredes con vos.
MARQUÉS.
Vamos;
Que más veremos cuantos más seamos.

Vanse.

Sale Roberto, soldado francés.

ROBERTO.
¿No me bastaban mis duelos,
Pesar de quien me parió?
¡Por Dios, gentiles consuelos,
Centinela ahora yo,
Cuando se rasgan los cielos!.....
¿Es posible que un perdido
Salga esta noche escogido
Por centinela perdida?
¿Esto es soldado? ¿Esta es vida
Para un hombre bien nacido?
¿Tengo yo más que perder?
La cadena y trancelín
Se lo llevó Lucifer:
¿Y no lleva el dueño, en fin?
Él no sabe hacer placer.
Qué, ¿no hay algún diablo ocioso?
¿De su escuadrón engañoso
Todos están ocupados?
¡Más pierdo de mil ducados
Con un belitre, un sarnoso!
¡Oh, dados, qué infame fruto
Vuestras estampas me dieron!
¡Siempre á un francés dan tributo!
¡Vive Dios, que se hicieron
De los huesos de algún puto!
¡Que no hubiera un hombre aquí,
Ni un diablo, á pesar de mí!
El infierno está con llave:
Si esto es saber, ¿el que sabe,
Cómo sabe y pierde así?
Matóme el siete, y llevar
Mi hacienda tiene otro dueño.
¡Y enviarme aquí á velar!.....
Echarme quiero á buen sueño,
Que en esto me he de vengar.
Y ojalá que el español
Se os éntre y cause disgusto;
Que muy de remifasol
Pienso dormir á mi gusto
Hasta que me llame el sol.
Por Dios, que me causa miedo
Ver que al demonio he llamado;
Pero santiguarme puedo,
Que habiéndome santiguado
Seguro y contento quedo.

Échase á dormir, y salen el Marqués y Paredes.

DIEGO.
Vuestra excelencia camine
Con los pasos del león,
Y hacia este lado se incline.
MARQUÉS.
Si hay gente en este bastión,
No es bien que me determine.
DIEGO.
Todo el campo está seguro,
Desde la trinchera al muro.

MARQUÉS.
¡Si es fingido este silencio,
Que el sueño no diferencio
De la cama al campo duro!
DIEGO.
No me parece fingido.
MARQUÉS.
Aquí está la centinela.
DIEGO.
Este francés se ha dormido,
Si no es que como Argos vela.
MARQUÉS.
Vino y sueño le han rendido.
DIEGO.
¿Qué haremos?
MARQUÉS.
Llevarle en peso
Al campo, donde sepamos
El nombre.
DIEGO.
¡Extraño suceso!
MARQUÉS.
Asid de esta parte.
DIEGO.
Vamos.

Ásenle juntos y llévanle.

ROBERTO.
¡Señor, mis culpas confieso!.....
MARQUÉS.
Camina y calla, soldado.
ROBERTO.
Diablos, aunque os he llamado
No ha sido de corazón.....
DIEGO.
¡Demonios piensa que son!
Sin duda que lo ha soñado.

Vanse, y salen Urbina, Zamudio, Pizarro y otros soldados, con sus camisas sobre las armas, y sobre las camisas las bandas rojas, y Álvaro de Paredes:

ZAMUDIO.
Así nos manda vestir.
URBINA.
¡Qué gallarda encamisada!
PIZARRO.
Ya me muero por salir.
URBINA.
Á no ser vos colorada
Bien os supiera teñir.
PIZARRO.
Las camisas, capitán,
De suerte lo quedarán
Que sea todo divisa,
Pues la banda y la camisa
De una color volverán.
ÁLVARO.
Temor tengo que mi hermano
No meta al señor Marqués
En algún peligro.
URBINA.
En vano,
Álvaro, tu miedo es,
Aunque es el peligro llano.
ÁLVARO.
Temo su mucha locura.
URBINA.
Cuando su vida aventura,
Mas no la del General.
ZAMUDIO.
Ya tarda, y en caso igual
No es la tardanza segura.
ROBERTO.
Qué, ¿no me queréis dejar?
PIZARRO.
¿Qué es esto?
ÁLVARO.
¡El señor Marqués!
ZAMUDIO.
Danos tus pies á besar.
URBINA.
Danos á besar tus pies.
MARQUÉS.
Á todos quiero abrazar.
ROBERTO.
¡Válgame Dios! ¿Dónde estoy?
DIEGO.
¿Aun duerme?
ROBERTO.
Bueno, y soñaba
Lo que al diablo rogué hoy.
DIEGO.
¿Cómo así?
ROBERTO.
Que me llevaba.
MARQUÉS.
¡Notable, á fe de quien soy!
Pero, ¿por qué?
ROBERTO.
Por el juego:
De él y del diablo reniego;
Que no es menos haber dado
Entre vosotros.
MARQUÉS.
Soldado,
Acá también habrá fuego.
¿Dónde está el Rey?
ROBERTO.
No sé de él.
MARQUÉS.
Daca un potro.
ROBERTO.
Espera un poco:
El Rey está en Mirabel.
MARQUÉS.
¿Está ahí Lutreq?
ROBERTO.
Tampoco,
Que pienso que está con él.
MARQUÉS.
Di el nombre; que quiero entrar

Por tu campo.

ROBERTO.

Es porfiar
Á un mármol; ni eso ni esotro.

MARQUÉS.

¿Cómo que no? Muestra el potro.

ROBERTO.

Paso, que ya quiero hablar.

MARQUÉS.

¡Di el nombre!.....

ROBERTO.

¡Ah Dios!

MARQUÉS.

Dilo, pues.

ROBERTO.

¿Quién sois vos?

MARQUÉS.

Soy el Marqués
De Pescara.

ROBERTO.

¡Ah, pesia tal!
Dormir bien, despertar mal.

MARQUÉS.

¡Dilo!.....

ROBERTO.

San Francisco es.

MARQUÉS.

¡Ea, españoles briosos;
Ea, fuertes italianos;
Ea, alemanes furiosos!
Las espadas en las manos.....
Habéis de quedar famosos.
La fama se gana obrando.
Ya os llama, ya está esperando
El enemigo en campaña.
Nadie diga: ¡Cierra España!
Sino en el alma, y callando.

Entran sin cajas, desnudas las espadas, y salen dos tudescos y una mujer.

RIDOLFO.

Bien puede ser que le halléis;
Pero ahora pongo en duda
Que á daros contento acuda.

LUCRECIA.

Mal mi negocio entendéis.
No penséis que de liviana
De Nápoles vengo aquí.

RIDOLFO.

Yo sé, desde que nací,
Que amor lo imposible allana.
De Nápoles á Pavía
No es mucho; que ya se sabe
Que vuela amor, sin ser ave,
Con alas que él mismo cría.

LUCRECIA.

Yo os confieso que es amor;
Mas no se le tengo á él,
Porque vengo á hablar con él
Sobre cosas de su honor.

TANCREDO.

Aguardad, dama, que salga
El alba, y el sol con ella,
Que hasta la luz de él y de ella
No habrá consejo que os valga,
Porque en una encamisada
Con el de Pescara está.

LUCRECIA.

¿Vendrá vivo?

TANCREDO.

Sí, vendrá,
Que es su persona encantada;
Porque opuesto Juan de Urbina,
Donde es la muerte notoria,
Suele salir con victoria
Por donde nadie imagina.

LUCRECIA.

¿Teneisle por muy dichoso?

RIDOLFO.

Más que se ha visto soldado.

LUCRECIA.

Creedme que es desdichado
En lo importante y forzoso.

TANSILO.

Él no lo ha sido, á lo menos
Para las cosas de Marte,
Pues que hay de él en toda parte
Hazañas y libros llenos;
Y á no haber en las Españas
Paredes tan bien nacido,
No hubieran igual tenido
Sus prodigiosas hazañas.
Éstos han pasado ríos
Con el acero en las bocas,
Roto castillos y rocas
Y vencido desafíos;
Ganado empresas notables,
Salido de encantamientos,
Intentado atrevimientos
Temerarios y admirables.
Franceses é italianos
Celebran sus altos nombres,
Porque son estos dos hombres
Dos Hércules, dos Trajanos.
Pero en esto, entretenida,
Rompe los cielos ahora
La blanca y rosada aurora,
De plata y nácar vestida.
Retírate y volverás
Cuando la gente descanse.

LUCRECIA.

El cielo os guarde.

RIDOLFO.

Y amanse
El cuidado con que vas.

Vase.

Sale el tudesco Bayardo.

BAYARDO.

Yo parto mal despachado.

¡Reniego de mi nación!

TANCREDO.

¡Hola! ¿Quién va?

BAYARDO.

Amigos son.

TANCREDO.

¿Quién?

BAYARDO.

Un tudesco soldado.

RIDOLFO.

¿Eres tú aquel que ha traído
La carta del Rey de Francia?

BAYARDO.

Yo soy.

RIDOLFO.

¿Y fué de importancia?

BAYARDO.

Mal Jorge me ha respondido.

RIDOLFO.

Jorge Frontesperge es hombre
De valor, y es General
Nuestro.

TANCREDO.

No hay tudesco igual:
Es noble en obras y nombre.

RIDOLFO.

En efecto; el Rey francés
Quitar quiso su valor
Del campo al Emperador.

BAYARDO.

Con más honra é interés.

RIDOLFO.

Mientes, grosero villano,
Que Carlos le da más honra;
Que ese interés es deshonra.

Sale Zamudio.

ZAMUDIO.

¡Paso! ¡Nadie meta mano!
Mirad, tudescos, que aquí
Llega su excelencia ya.

Salen el Marqués, Paredes y Urbina.

MARQUÉS.

¿Cuándo más seguro está
El campo? ¡Ahorcadlos ahí!

RIDOLFO.

Oye, señor, la razón.

MARQUÉS.

¿Qué razón podéis tener?

RIDOLFO.

Éste ha venido á vender,
Gran General, su nación.

MARQUÉS.

¿Cómo?

RIDOLFO.

Al nuestro le ha traído
Cartas para rebelarle.

DIEGO.

Mandad luego desnudarle.

BAYARDO.

Pues yo, ¿qué culpa he tenido?
Esta es, señor, la respuesta,
Y yo mensajero soy.

MARQUÉS.

Ten, Urbina.

URBINA.

Oye.

MARQUÉS.

Ya estoy
Atento.

DIEGO.

Un cordel apresta.

URBINA.

«La carta de V. M. recibí, en que me promete grandes honras y sueldos porque lleve mi persona y tudescos á su servicio: lo cual no acepto, porque nací noble y he de morir noble, sirviendo al Emperador, mi señor, como al más glorioso príncipe del mundo, y esto mismo responden mis soldados en mi nombre.—*Jorge Frontesperge.*»

RIDOLFO.

Eso, señor, respondemos.
¡Viva Carlos!

TANCREDO.

¡Carlos viva!

MARQUÉS.

¡Y éste muera!

RIDOLFO.

En esta oliva
Para ejemplo le pondremos.

BAYARDO.

¡Señor!.....

RIDOLFO.

Acaba, villano.
¡Tatiscot con el ladrón!

BAYARDO.

¿Traer cartas es traición?

TANCREDO.

Id diciendo el Credo, hermano.

MARQUÉS.

¡Todo nos sucede bien!

DIEGO.

¡Qué brava la rota ha sido!

URBINA.

Todo el campo se ha rompido.

DIEGO.

Luego ¿muerto no?

URBINA.

También.

MARQUÉS.

Qué, ¿no estaba el Rey allí?

DIEGO.

No mintió la centinela,
Que en Mirabel mira y vela.

MARQUÉS.

Bien hace en mirar por sí.
Creo que Francia esta vez
Nos ha de dar la batalla.

DIEGO.

No rehusaremos el dalla
Y sea Marte el jüez:
Que vos, príncipe famoso,
Y la virtud del gran Carlos,
Bien pueden desbaratarlos.

MARQUÉS.

Jorge ha sido generoso.

DIEGO.

Premiarle, señor, debéis.

ZAMUDIO.

Al oído.

Una mujer peregrina
Pregunta por vos, Urbina;
Mirad si hablarla queréis.

URBINA.

El Marqués se irá muy presto:
Decid que espere.

ZAMUDIO.

Sí haré.

DIEGO.

No estéis, señor, tanto en pie
Y en tan desabrido puesto:
Retiraos á descansar.

MARQUÉS.

Todos lo hemos menester:
Mis armas son mi placer;
Mi descanso, pelear.

Éntranse el Marqués y Paredes.

URBINA.

Decid que llegue Zamudio
Con la mujer.

ZAMUDIO.

Veisla aquí.

URBINA.

¿Ya sois alcahuete?

ZAMUDIO.

Sí,
Para serviros lo estudio.

Sale Lucrecia.

LUCRECIA.

¿Quién es Juan de Urbina?

URBINA.

Yo.

LUCRECIA.

¿Vos?

URBINA.

Dícenlo por ahí.

LUCRECIA.

¿Podréos hablar sola?

URBINA.

Sí.

LUCRECIA.

¿No importa este hidalgo?

URBINA.

No.

LUCRECIA.

Qué, ¿vos sois.....?

URBINA.

Sí, por Dios vivo,
Si acaso no me han hurtado
Y este cuerpo me han dejado.

LUCRECIA.

Gusto en miraros recibo.

URBINA.

Y yo, mi señora, á vos.

LUCRECIA.

Qué, ¿vos sois aquel valiente?

URBINA.

Preguntadlo á aquesta gente.

LUCRECIA.

Qué, ¿vos sois.....?

URBINA.

¡Sí, juro á Dios!

LUCRECIA.

¡Posible es, que con vos hablo!
Gallardo sois y discreto.
Qué, ¿sois, señor, en efeto
Juan de Urbina?

URBINA.

Soy el diablo.

LUCRECIA.

Pues no os habéis de enojar.

URBINA.

¡Oh, qué graciosa mujer!
Mirad qué habéis menester,
Que yo no os quiero engañar.

LUCRECIA.

Una mujer..... (1)

URBINA.

¡Esto es bueno!
Ya estoy de cólera lleno
Y vendré á estarlo de rabia.
Si mujer os ha ofendido,
Otra mujer buscaréis.

LUCRECIA.

Oid, ¿no os vais?

URBINA.

¿Qué queréis?

LUCRECIA.

Que aunque mujer, hombre he sido.

URBINA.

Allá, en los años pasados,
Paredes una traía
Que esas dos cosas tenía,
Y entrambas por sus pecados;
Pero ésta no puede ser,
Que há un mes que murió en Milán.

LUCRECIA.

No, que en Nápoles están
Este hombre y esta mujer.

URBINA.

¿Qué es el hombre?

LUCRECIA.

Mi marido.

URBINA.

Cuasi entiendo vuestros duelos.

(1) Falta un verso.

LUCRECIA.
Y por su maldad y celos
Á buscaros he venido.
URBINA.
¡Bravas espuelas traéis
Con celos hasta Pavía!
¿La mujer?.....
LUCRECIA.
Es vuestra.
URBINA.
¿Es mía?
LUCRECIA.
Oidme, no os alteréis:
Vos lo habéis de remediar.
URBINA.
Qué, ¿ya no tengo honra?
LUCRECIA.
No.
URBINA.
Ni tú vida.

Dale con la daga.

LUCRECIA.
¡Ay!
ZAMUDIO.
Si la dió,
Matóla: quiero llegar.
¡Cómo! ¿Á una mujer tan bella?
¡Notable cólera ha sido!
URBINA.
Y aun á haberlo vos oído,
Estuviérades como ella.
ZAMUDIO.
¿Yo?.....
URBINA.
Sí: dad gracias á Dios
Que no lo oisteis.
ZAMUDIO.
Decid,
¿Qué os hizo?
URBINA.
Callad y oid:
Llevémosla entre los dos.

Llévanla entre los dos.

ZAMUDIO.
¡Tanto enojo!.....
URBINA.
¡Estoy perdido!
ZAMUDIO.
Mostrad, Urbina, templanza.
URBINA.
Yo tomaré la venganza
Que pide mi honor perdido.

Vanse, y pónganse seis sillas en el teatro, y salen el Embajador de Sena y el de Urbino, y traigan sus trajes.

EMBAJADOR DE SENA.
Creo que habremos sido los primeros
De los que en esta Junta hemos de hallarnos.
EMBAJADOR DE URBINO.
Plegue al cielo que de ella, como él puede,
Resulte el bien de Italia y el sosiego.
EMBAJADOR DE SENA.
Imposible parece lo contrario,
Siendo tan justo lo que Italia intenta.
EMBAJADOR DE URBINO.
Aquí vienen los dos Embajadores
De Ferrara y Florencia.
EMBAJADOR DE SENA.
El puesto habemos
Ganado hoy á vuestras señorías.

Entran el de Ferrara y Florencia.

EMBAJADOR DE FLORENCIA.
No ha sido por falta de cuidado
Que para aquesta Junta se ha tenido.
EMBAJADOR DE FERRARA.
Envíese un recado al de Venecia
Y á monseñor Embajador del Papa.
EMBAJADOR DE SENA.
Antes parece que ya los dos vienen.

Éntrense estos dos.

EMBAJADOR DE ROMA.
Tardado habremos.
EMBAJADOR DE FERRARA.
Antes han venido
Á muy buen tiempo vuestras señorías.
EMBAJADOR DE SENA.
Aquí se siente Roma.
EMBAJADOR DE ROMA.
Aquí Venecia.
EMBAJADOR DE FLORENCIA.
Aquí Ferrara.
EMBAJADOR DE VENECIA.
Florencia aquí se siente.
EMBAJADOR DE ROMA.
Sena tome esta silla.
EMBAJADOR DE FLORENCIA.
Y ésta Urbino.
EMBAJADOR DE ROMA.
¿Quién de vuestras señorías hablar quiere?
EMBAJADOR DE FLORENCIA.
Adonde vos estáis, señor, ninguno.
EMBAJADOR DE ROMA.
Pues alto, con licencia vuestra, digo:
La triste y llorosa Italia,
Más llorosa y afligida
Que estuvo en tiempo de Casio
Y del vengativo Atila;
Vestida del negro luto,
De llanto y dolor vestida,
Cubierta de un negro velo
Sobre tocas amarillas,
Y la cabeza del mundo
Que fué de laurel ceñida
Por tantos triunfos romanos
De Africa, de Asia y las Indias,
Coronada de ciprés
Y de cadenas asida,

Que sus fuertes manos atan
Y sus libres pies cautivan,
Al Papa se ha presentado
Y le ha pedido justicia
De los que de su cabeza
Su gran corona derriban,
De los que usurpan sus reinos,
Su libertad tiranizan,
Interrumpen su sosiego
Y su grandeza aniquilan.
Ya por las civiles guerras
De sus repúblicas mismas,
Ya por extranjeras armas,
Teme su total ruïna.
Fernando quinto de España
Sobre Nápoles la rica
Tuvo las guerras con Francia,
Que tanto á Italia fatigan.
Ya la casa de Aragón
Perdió también á Sicilia,
Y muerto el Gran Capitán,
Otra vez reina la envidia.
Heredó Carlos sus reinos,
Que en ser quinto atemoriza,
Porque fué quinto su abuelo
Y es Marte la esfera quinta,
Y sobre la triste Italia
Tantas guerras pronostica.
Con Francia ¡cuántas esperan!
Que según algunos dicen (1),
Si no es que al tiento lo digan,
Su rey Francisco está preso
Y ya á Génova camina.
Pronostican de Borbón,
Que la francesa divisa
Ha dejado, hombres de Italia
Famosos de astrología,
Que hasta las puertas de Roma,
Lleno de soberbia é ira,
Ha de llegar con su gente
Tudesca, española y suiza.
Y aun dicen que entrarán dentro,
Y que se verá encendida,
Como en tiempo de Nerón
Y con mayor tiranía:
Y que el piloto de Pedro,
Dejando la nave aprisa,
Buscará, huyendo á Sant-Ángel,
Angel de guarda ese día.
Por esto, ilustre Senado,
Noble Sena, Urbino rica,
Florencia bella, Venecia
Prudente y Ferrara antigua,
Se trata ahora de hacer
Aquesta famosa liga
Sólo para el bien de Italia,
Que nadie en su daño mira.
Propónese lo primero,
Si unánimes se confirma,
Dar á Nápoles un rey
Que á Italia defienda y sirva,
Para quien viene esta carta
De mano del Papa escrita,
Y que la firméïs todos
Después de su santa firma.
Del gran Marqués de Pescara
Es esta corona digna,
Cuyas hazañas ahora
Teme Francia, el mundo admira.
Perderá á Nápoles Carlos:
Saldrá España, siempre altiva,
De Italia, quedando en paz.
Hable ahora el que replica.

EMBAJADOR DE VENECIA.

Yo, por la parte de Venecia, digo
Que firmaré la carta.

EMBAJADOR DE SENA.

Yo por Sena.

EMBAJADOR DE FLORENCIA.

Yo por Florencia.

EMBAJADOR DE FERRARA.

Yo con mucho gusto
Firmaré por Ferrara, deseando
Que el gran Marqués se llame rey de Nápoles.

EMBAJADOR DE URBINO.

Yo, por Urbino, pienso hacer lo mismo,
Con el deseo de la paz de Italia.

EMBAJADOR DE ROMA.

Dad, Secretario, aquesa carta á todos.

EMBAJADOR DE SENA.

Mostrad la pluma: ya ha firmado *Sena*.

EMBAJADOR DE FLORENCIA.

Florencia dice aquí.

EMBAJADOR DE FERRARA.

Y aquí *Ferrara*.

EMBAJADOR DE URBINO.

Yo pongo *Urbino*.

EMBAJADOR DE VENECIA.

Yo pondré *Venecia*.

EMBAJADOR DE ROMA.

Hacéis como quien sois, nobles repúblicas,
Y esto será por esta Junta y día
Lo que sólo se trate; que adelante,
Para lo que más fuere de importancia,
Nos juntaremos en aqueste puesto.

EMBAJADOR DE VENECIA.

Lleve esta carta el Secretario.

EMBAJADOR DE SENA.

Lleve,
Para que le aprovechen las albricias,
Que no serán pequeñas, por un reino.

SECRETARIO.

Guárdeos el cielo por merced tan grande.

EMBAJADOR DE ROMA.

Pues con esto nos vamos, y tú dile
Que el Papa le dará la investidura.

SECRETARIO.

¡Cuán digno es el Marqués de esta ventura!

Vanse todos.

(1) Este verso sobra en el romance, aunque hace falta para el sentido.

Salen Horacio y Juan de Urbina.

HORACIO.
¿Qué me podéis vos querer?
URBINA.
Sólo os quiero preguntar,
Que soy nuevo en el lugar,
Por una noble mujer;
Porque vengo de Pavía
Y cierta carta le traigo.
HORACIO.
¡Ah, sí, por mi fe! Ya caigo,
Y es muy gran señora mía.
Aquesas cartas ¿no son
De Juan de Urbina?
URBINA.
Del mismo,
Que hoy ha de ser el abismo
De tu eterna perdición.
¡Ay honra, que introducida
Fuiste en el mundo, de alguno
Que no la dejó á ninguno,
Porque la tuvo ofendida!
¿Qué bárbaro pudo hacer
Que de aquel bien, en que cabe
Tanto bien, tenga la llave
Una mudable mujer?
¡Que esté sin culpa el varón
Sirviendo su patria y rey
Y que le alcance esta ley
De la infamada opinión!.....
HORACIO.
¿Qué habla aquéste entre sí?
URBINA.
Ya mi venganza apercibe
Tu muerte. Pues ¿dónde vive?
HORACIO.
Vive doña Emilia aquí;
Mas ¿quién os dijo que yo
Os diría de su casa?
URBINA.
Gente de campaña pasa
Á quien se lo preguntó.
Como há días que faltaba,
Y que es vuestra le advirtieron
La casa.....
HORACIO.
Verdad dijeron
Diciendo que la arrendaba.
Confuso estoy. ¿Si por dicha,
Lucrecia, mi vil mujer,
Le ha escrito ó dado á entender
Al capitán su desdicha?
Las cartas quiero tomar
Y ver lo que escribe en ellas.
Las cartas ¿podremos vellas?
URBINA.
Vos las habéis de leer (1),
Porque yo tengo que hacer.

(1) Falta la rima.

HORACIO.
Mostrad: á ver.....
URBINA.
Estas son.
Hoy pagarás tu traición.
HORACIO.
Lee.
«A D.ª Emilia, mujer
Del capitán Juan de Urbina.»
URBINA.
Si eso que lees sabías,
¿Cómo, infame, te atrevías.....?
Dale Urbina con la daga.
HORACIO.
¡Ay!.....
URBINA.
¡Al infierno camina!
HORACIO.
Huye.
¡Muerto soy!
URBINA.
Huyendo va,
Y lleva pasado el pecho;
Pero huye sin provecho,
La muerte le alcanza ya.
Presto perderá la luz
Del sol, que viviendo vió,
Porque ¡por Dios! que llegó
Desde la punta á la cruz.
Quien al bueno ofender quiere,
Este galardón recibe;
Que hombre que ofendiendo vive,
Con semejante cruz muere.
Quiero llamar en mi casa.
¡Ah de arriba! ¡Ah, buena gente!
LIDIA.
¿Quién llama?
URBINA.
Un marido ausente.
LIDIA.
En alto.
¿Por quién tal desdicha pasa?
¿Quién es?
URBINA.
Soy el capitán.
LIDIA.
¿Es éste cuerpo de guardia?
URBINA.
No, que á quien tan mal le guardan (1),
¿Qué guardas le bastarán?
LIDIA.
¿Qué capitán?
URBINA.
Ve, camina.

(1) Falta la rima.

¿Qué capitán puede ser?
Si se acuerda mi mujer,
Dile que soy Juan de Urbina.

LIDIA.

¡Ay, señora! ¡Mi señor!.....

EMILIA.

¡Jesús! Á la puerta bajo.

Baja Emilia.

URBINA.

Baja y verás el más bajo
De los que han tenido honor.
Pero si puede la espada
Desagraviarle por ley,
La que es honra de su Rey
Quede en tu cuello manchada.
Mas en vano alaba Francia
Mi espada con mi presencia,
Pues hago sin advertencia
Cosa de tanta importancia.
No muera esta injusta así,
Pues podré buscar su muerte
Más secreta, y de süerte
Que nadie (1) sospeche en mí.
Llevarla quiero á la mar,
Con su gente, en una barca,
Donde, si una vez se embarca,
Todos me lo han de pagar.
Porque pienso hacer de suerte,
Cobrando lo que perdí,
Que si se embarcan aquí,
Hallen el puerto en la muerte.
Y para que infames tratos
Paguen inocentes cuellos,
Tengo de embarcar con ellos
Hasta los perros y gatos.
No ha de quedar cosa viva
En mi casa que no muera,
Y es la honra herida fiera
Que de toda razón priva.

Salen Emilia y Lidia.

EMILIA.

En hora buena, señor,
Que en aquesta casa os vea.

URBINA.

¡Oh, Emilia!.....

LIDIA.

Y para bien sea.

URBINA.

Es para bien de mi honor.

EMILIA.

¿Venís bueno?

URBINA.

No lo estaba
Mientras ausente vivía;
Que, en efecto, no sabía
Lo bueno que en vos dejaba.
Ahora ya, mi señora,
Que os veo, salud tendré,
Pues la honra que dejé
Volveré á cobrar ahora.

EMILIA.

¡Ay de mí! ¡Cuán justo fuera
Que no os viera ni os hablara,
Si el veros no me obligara
Á que luego el alma os diera!
¡Tantos días sin memoria,
Tantos años sin presencia,
Tanto olvido, tanta ausencia!

URBINA.

Ea, no lloréis, mi gloria;
Que ya sabéis que el servicio
De mi Rey me ha disculpado:
Por éste vivo ocupado
En el militar oficio.
Yo tendré de hoy más lugar,
Y ahora os vengo á servir:
Por Dios, que no me he de ir
Sin que no os podáis quejar;
Que yo os dejaré de suerte
Que descanséis y acabéis
De la ausencia que tenéis,
Que es comparada á la muerte.

EMILIA.

Entrad, mi bien, donde pueda
Daros mil cuentos de abrazos,
Por gozar en esos brazos
Lo que de vida me queda.

URBINA.

Vamos, que su honor reparan.

EMILIA.

Lidia, poco gusto esperen.

LIDIA.

¡Que de cuantos allá mueren,
Á esta bestia no mataran!.....

EMILIA.

Si aquí viniere mi Horacio,
Dile que está Juan de Urbina.

LIDIA.

Que se irá presto, imagina,
Y le gozarás despacio.

Vanse.

Salen el Marqués de Pescara, Paredes, Zamudio y el Secretario de la Junta romana.

MARQUÉS.

Seáis muy bien venido. ¡Hola, Paredes!
Decid que nos den sillas.

SECRETARIO.

Yo sospecho
Que ninguno, señor, más bien venido,
Por el provecho vuestro y el de Italia.

MARQUÉS.

Sentaos, por vida mía.

(1) En el manuscrito dice:
Que el vulgo no sospeche en mí,
con lo cual se deshace el verso.

SECRETARIO.

Siéntase.

En mucho estimo
Que así vuestra excelencia me honre ahora,
Porque después mejor me haga mercedes.

MARQUÉS.

¿Tenéis más que decirme á boca?

SECRETARIO.

Sólo
Que de la gran victoria contra Francia,
De parte del Pontífice y repúblicas,
Os doy el parabién: lo demás puede
Saber vuestra excelencia de esta carta,
Y tener mis albricias en memoria.

MARQUÉS.

¿Puedo leer en público?

SECRETARIO.

Presumo
Que será de importancia quedar solos.

MARQUÉS.

Paredes, esa gente se retire.

PAREDES.

Soldados, despejad la tienda.

ZAMUDIO.

Vamos.

SECRETARIO.

Ya puedes leer, señor.

MARQUÉS.

Solos estamos:
Siete sellos y firmas aquí veo.

SECRETARIO.

Ya con Su Santidad están conformes
Sena, Ferrara, Urbino, Venecianos
Y la rica Florencia.

MARQUÉS.

Escucha un poco:

Carta del Papa ó de la Junta.

«Hijo muy amado nuestro: Al bien de Italia conviene, después de otras muchas causas, que seas rey de Nápoles; y que dándote yo la investidura, con el ejército que se junta.....»

SECRETARIO.

Pasa adelante.

MARQUÉS.

¿Que adelante pase?

SECRETARIO.

¡Cómo, señor! ¿Tan grande es el contento?.....

MARQUÉS.

Mejor decir pudieras la tristeza.

SECRETARIO.

¡Tristeza!..... ¿Pues de qué? Si Roma, y luego
De Italia las repúblicas se juntan
Á darte la corona que te espera,
Y que tan justamente no ha ceñido
Sienes de capitán desde Alejandro.....

MARQUÉS.

Secretario de aquella ilustre Junta:
Yo sirvo al César, al divino Carlos,
Á Carlos, hijo de Filipo de Austria,
Á Carlos, nieto de Fernando quinto:
He recibido de él muchas mercedes,
Y nombrarme yo ahora rey de Nápoles
Es hacerle traición.

SECRETARIO.

Ya, para eso
Traigo en estos papeles pareceres
De cristianos teólogos, de sabios
Juristas, de famosos capitanes
Y la gracia del Papa sobre todo.

MARQUÉS.

No hablemos más sobre esto; salte afuera:
Yo sirvo al César español; yo sirvo
Al César: esto digo: «No quiero
Reinos; no quiero ofrecimientos.»

SECRETARIO.

Señor.....

MARQUÉS.

Calla y salte afuera:

SECRETARIO.

¿Hay cosa como aquésta?.....
¿De qué griego ó romano se ha contado
Hazaña semejante?.....

Vase.

MARQUÉS.

Yo soy Ávalos;
Que no hay más griego ni romano pecho
Que la virtud de mi valor y sangre.

Sale Urbina.

URBINA.

Déme vuestra excelencia los pies.

MARQUÉS.

Pienso
Que aquí mi pensamiento os ha traído.
Urbina, ¿cómo estáis?

URBINA.

Nunca más bueno
Que cuando, gran señor, puedo serviros.

MARQUÉS.

¿Cómo os ha ido en Nápoles?

URBINA.

De suerte
Que en mi vida me he visto más honrado,
Y traigo, por venir con más contento,
Cartas de la Marquesa mi señora.

MARQUÉS.

Mostrad, por vida mía.

URBINA.

Yo quisiera
Ya que te traigo nuevas, fueran tales
Que pudiera pedirte albricias.

MARQUÉS.

¿Cómo?

URBINA.

Merced te hace el César, que Dios guarde,

De cuatro mil ducados.

MARQUÉS.

¿Qué me dices?

DIEGO.

Éstos te da de premio.

URBINA.

¡Gentil premio!

MARQUÉS.

Por ser del César, mi señor, estimo
Con mucho gusto esa merced tan grande;
Por lo demás, los doy y los traspaso
En Juan de Urbina, que es amigo mío.

URBINA.

Beso mil veces esos pies.

DIEGO.

¡Oh príncipe,
El más gallardo que ha tenido el mundo!

MARQUÉS.

Ver quiero lo que escribe la Duquesa.

Lee.

«Aquí se dice, Marqués mi señor, que han hecho á vuestra excelencia rey de Nápoles la Junta del Papa, Ferrareses, Venecianos y Florentinos. Yo le suplico encarecidamente, por el amor que siempre me ha mostrado, no acepte por ningún caso tal partido sino que, poniendo los ojos en su valor, los desconfíe de tal empresa; que el César es nuestro señor legítimo, y yo estoy más honrada con Pescara, siendo ella y yo de vuestra excelencia, que con ser reina de Nápoles quitándosele al Emperador, que Dios guarde, en cuyo servicio se han de acabar nuestras vidas.—*Victoria Colona.*»

¿Quién, sino tan gran *Victoria*
De sí misma la tuviera?
¿Quién, sino *Colona*, fuera
Tan firme en su honor y gloria?
¡Oh grandeza sin igual!
Mas despreciar la corona
Esta divina *Colona*,
Es *Victoria* celestial.
Puede Italia agradecer,
No que no la quiso un hombre,
Pero que de reina el nombre
No ha estimado una mujer.
Mas ¿qué mucho, si lo es
Por virtudes y grandeza?
Que á otras sirve en la cabeza
Y á mi *Victoria* en los pies.
¡Viva Carlos!.....

DIEGO.

Ya se va
El Marqués.

URBINA.

Vamos con él.

MARQUÉS.

Á lo menos de fiel
Corona el tiempo me da.

DIEGO.

¡Mil años, señor Urbina,
Gocéis de tales mercedes!

URBINA.

Vuestros son, señor Paredes,
Y el capitán Juan de Urbina.

MARQUÉS.

¡Ay mi Victoria divina!.....

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL

Don Hugo de Moncada, *Virrey de Nápoles.*
Diego García de Paredes.
Pizarro.
Zamudio.
Don Pedro Caballero, *hermano de D.ª Emilia.*
Felisena, *cortesana.*
Juan de Urbina.
Álvaro de Paredes.
El Marqués del Basto.
Soldados que acompañan.

Salen D. Hugo de Moncada, Virrey de Nápoles, y Diego García de Paredes.

DON HUGO.

Qué ¡murió el gran Marqués, Paredes!.....

DIEGO.

Creo
Que hasta la misma muerte le han llorado,
Habiendo sido su mayor trofeo,
Teniendo al Duque de Milán cercado
Cuasi diez meses en el gran castillo.
¡Murió del mundo el más galán soldado!.....
¡No sé dónde templar pudo el cuchillo
La fiera Parca que segó tal cuello!
¡Lloro en pensallo y tiemblo de decillo!
¡Llore la juventud mozo tan bello;
Llore Pescara su señor famoso;
Huérfana Italia, rompa su cabello!
Dejó esta cárcel con final reposo
El año treinta y cinco de su vida.

DON HUGO.

¡Triste tragedia! ¡Caso lastimoso!
Y es ¡oh Paredes! con razón sentida
De ti su muerte, que te amó en extremo.

DIEGO.

¡Por la cruz que á mi lado veis ceñida,
Porque si juro nunca soy blasfemo,
Que si otro que la muerte le matara,
Cuando fuera Tifón ó Polifemo,
Que el alma de las carnes le sacara
Con los pies, con las manos, con los dientes!.....
¡Y que si mil tuviera, mil quitara!.....
Y si la muerte, aunque á locura cuentes
Este encarecimiento, fuera viva
Y cosa que anduviera entre las gentes,
Alargara esta mano vengativa
Á sacarle el espíritu del pecho
Por más ahujeros que ves en una criba.

DON HUGO.

Yo estoy del amor grande satisfecho
Que tuviste al Marqués.

DIEGO.

Es de tal suerte,
Que estas locuras digo por despecho,
Y quiero prevenirte y disponerte
Á que sus armas, que él honraba en vida,
Honren aquestos brazos en su muerte.

DON HUGO.

Y quedará de mí favorecida
Tan justa causa.

DIEGO.

Esto, señor, pretendo.

DON HUGO.

Y es honra de tus hechos merecida:
Esto ha de ser, si al gran Marqués no ofendo
Del Basto, su pariente, y á otros tales;
Que á los demás las armas les defiendo.
Ellos todos, pues son tan principales,
Gustarán que Paredes las herede,
Y á las armas darán brazos iguales,
Que ninguno como él vestirlas puede.
De mi opinión á todos le anticipo;
Que es lo mismo que dar, y aun los excede,
Á Alejandro las armas de Filipo.

Sale Pizarro.

PIZARRO.
Zamudio ha llegado aquí
Con las nuevas de Borbón.
DON HUGO.
Á extremado tiempo son.
ZAMUDIO.
¿Puedo entrar, Pizarro?
PIZARRO.
Sí.
ZAMUDIO.
Vuestra excelencia me dé
Sus manos.
DON HUGO.
Zamudio, alzaos
ZAMUDIO.
Sí ¿me las da?
DON HUGO.
Levantaos.
Que aqueste brazo os daré.
¿Qué hay de Borbón?
ZAMUDIO.
Dadme oído;
Veréis su extraño suceso.
DON HUGO.
Siempre que escucho, profeso
Estar á quien habla asido.
ZAMUDIO.
Famoso é ilustrísimo don Hugo,
Gloria y honor del nombre de Moncada,
Á quien por Carlos de Lanoy le plugo
Al César dar esa ciudad sagrada:
Borbón, francés inobediente al yugo
De la obediencia al propio Rey jurada,
En Bolonia entendió que el Papa había
Roto la tregua que con vos tenía.
Y persuadido mal de los soldados,
Por tantas felicísimas victorias
Contra el Francés habidas, engañados,
De Roma quiso obscurecer las glorias
De la injuria del César animados.
Fábulas le refieren por historias;
Y aunque es verdad que algunas le habían he-
No era suya la causa ni el derecho, [cho,
Borbón resiste, y el pesar le doma
Que al César sabe que ha de dar, y luego
La vil canalla las espadas toma
Y una noche interrumpen su sosiego.
«Parte, le dicen; parte, infame, á Roma,
Y mete la ciudad á sangre y fuego,
Vengando á Carlos con tu fuerza airada,
Pues el tiempo la afrenta y tú la espada.»
Parte Borbón, aunque forzado, y rompe
Los canos Alpes de la blanca nieve,
Donde ni el de Saluces le interrompe
Ni por Venecia Urbino se le atreve.
Codicia que los ánimos corrompe
La mal pagada soldadesca mueve:
Pasa por Sena y por Florencia amiga;
Que no se prenden águilas con liga.
La Liga, pues, medrosa, y más medroso
El gran Pastor, á Nápoles escribe
Á Carlos de Lanoy, que ya gozoso
Pisando el sol, sobre sus rayos vive.
Despacha Carlos á Borbón famoso;
Borbón la carta y persuasión recibe,
Y temiendo al cristiano César nuestro,
Mostróse capitán piadoso y diestro.
Mas los soldados, vueltas las espadas
Y las bocas de tiros y mosquetes,
Le dicen: «Hoy serán en ti manchadas
Si en Roma desleal los pies no metes.»
Con esto, las banderas levantadas
É hiriendo el sol los blancos coseletes,
Á Roma, al són de las trompetas, marcha,
Estampando las plantas en la escarcha.
Los veinte mil tudescos que llevaba,
Por odio que al Pontífice tenían,
Á Roma caminaban, que ya estaba
Tal, que sus montes de dolor gemían
Los ojos con que ya su mal lloraba.
Catorce mil italianos veían
Ir contra su Cabeza y Madre antigua,
Que este número de ellos se averigua.
Porque, señor, de nuestros españoles
Seis mil no más, y mal contentos, iban,
Que el tafetán doblando y tornasoles
Jugar con la bandera al viento privan:
Borbón, viéndolos tristes, animóles
Á que sus nombres en la fama escriban.
Llegó, en fin, publicándose enemigo,
Con los cuarenta mil hombres que digo.
Ranuzo Cheri, capitán del Papa,
Remiso en la primera resistencia,
El muro de soldados cubre y tapa
Con débil fuerza y corta diligencia.
Al castillo el Pontífice se escapa
Á resistir del campo la violencia,
Y Borbón á la puerta de San Pedro
Ni repara si es pino ni si es cedro.
Á seis de Mayo, en un funesto día,
Da asalto á Roma el que hoy á Atila iguala;
Y aunque famosamente resistía,
Por la mayor defensa el muro escala.
Mas, cuando armado de valor subía,
De un arcabuz le derribó la bala,
Diciendo con francés ánimo á un hombre:
«Cúbreme el rostro, porque á nadie asombre.»
Con esto suena Marte, y los de afuera
Á los de adentro, que á mirarlo estuve,
Tal prisa dan, que con violencia fiera
De plomo esparcen una densa nube:
Cuál cae; cuál de verle no se altera,
Sino que con mayor ánimo sube,
Y eligen, por la muerte que su alfange
Tiñó en Borbón, al Príncipe de Orange.
Gánase Roma, y entran los tudescos
Sin perdonar capillas ni coronas,
Que en Puentefusco, sin tomar refrescos,
Mataron siete mil y más personas.
Olvidan los de Italia parentescos,

Cual si nacieran por heladas zonas,
Robando templos y forzando monjas,
Sin que les muevan ruegos ni lisonjas.
El César supo esta desdicha estando
En la leal Valladolid de España,
Donde dejó las fiestas que ordenando
Estaba por la pena de esta hazaña:
Que quince días después que saqueando
Borbón estaba á Roma y su campaña,
El príncipe Filipo, aunque segundo,
Para ser sin segundo vino al mundo.

DON HUGO.

¿Habiendo tan gran príncipe nacido
Tanto pesar mostró Carlos hispano?

DIEGO.

Fué justo por haber su gente sido
La que enoja al Pontífice romano.

DON HUGO.

No dudo que ha de estar enternecido.
¡Digno valor de un príncipe cristiano!
Mas yo, como vasallo, al nacimiento
Del gran Filipo he de mostrar contento.
Arda Nápoles toda en luminarias;
Háganse fiestas, justas y torneos
Con disfraces y máscaras tan varias
Que declaren de España los deseos.

DIEGO.

Dirán estas Repúblicas contrarias
Que son contra el Pontífice trofeos,
Porque rompió la tregua y por la furia
Con que al Emperador ha hecho injuria.

DON HUGO.

Paredes, sabe Dios que á mí me pesa
Y que estas fiestas por Filipo intento,
De quien, por más placer de aquesta empresa,
Quiero saber el alto nacimiento:
Un astrólogo sabio, que profesa
Aquesta ciencia, llamaré al momento.

ZAMUDIO.

Vamos, que es bien lo que el Virrey ordena.

DON HUGO.

Vos, Zamudio, poneos esta cadena.

Vanse.

Salen D. Pedro Caballero, hermano de D.ª Emilia, y Felisena, cortesana.

DON PEDRO.

Esa crueldad que te digo
Con mi hermana Emilia usó
Este soldado enemigo.

FELISENA.

Cuasi de todo fuí yo,
Don Pedro, parte y testigo;
Pero no sabía que
Fuese tu hermana (2).

DON PEDRO.

Fué hermana mía,
Aunque de padre no más.

FELISENA.

Justamente airado estás.

DON PEDRO.

Su efecto has visto este día.
La ocasión de la traición
Que para matarle intento
Me ha dado su condición;
Que es Juan de Urbina un sangriento
Y desatado león.
Y porque él también la hizo
Cuando su honor satisfizo;
Aunque pienso que el traidor
Levanta á su mismo honor
Ese testimonio hechizo.
Yo, que en mis fuerzas no veo
Valor para resistir
Su opinión, brazo y trofeo,
No puedo hacerle morir
Si no es por este deseo.
Por eso te he persuadido
Que con un papel le llames,
Porque, en tus brazos dormido,
Ates sus brazos infames,
Vengando mi honor perdido.
Porque si él metió en la mar
Una mujer inocente
Con ánimo de vengar
Culpas de marido ausente,
Allí la pudo matar.
Yo en otra barca, engañado
De tus brazos y enredado
En lazos de tus cabellos,
Le mataré, porque en ellos
Estará Sansón atado.

FELISENA.

Ya sabes lo que te quiero,
Y que por sólo agradarte
De amor y cuidado muero.

DON PEDRO.

Donde la fuerza no es parte,
Vencer con la industria quiero.
Corta el cabello á Sansón,
Felisena de mis ojos,
Otra Dalila en traición,
Y lleva tú los despojos
De este africano león.

FELISENA.

Á llamar gente camina;
Que ya el traidor se avecina
Al lazo, ó me engaño.

DON PEDRO.

Voy.

URBINA.

¡Ah, gente!

FELISENA.

¿Quién es?

URBINA.

Yo soy.

FELISENA.

Diga el nombre.

(1) Dos líneas de prosa, que han sustituido al primer verso de una quintilla.

URBINA.
Juan de Urbina.
FELISENA.
¡Señor macse de campo!
URBINA.
¿Es vuestro este papel?
FELISENA.
Sí;
Que quiero hacer con vos campo.
URBINA.
¿Sabéis quién soy?
FELISENA.
¡Pesia mí!
También yo la planta estampo;
Mas no piséis con tal fuerza,
Que se me caerá la casa.
URBINA.
Tendréla yo, sin que tuerza
Mano que el acero pasa
Y que al diamante se esfuerza.
FELISENA.
¡Paso! No juguéis de puño.
¡Qué poco sois cortesano!
Hecho me habéis un rasguño.
URBINA.
Tengo enseñada la mano
Á cuando la espada empuño.
FELISENA.
No están bien disciplinados
Para el amor los soldados,
Porque con una mujer
Lo mismo quieren hacer
Que estando en campaña armados.
Tomar quiero una almohada;
Que de veros tan furioso
En poco estoy desmayada.
URBINA.
¡Qué melindre tan gracioso!
FELISENA.
Sentaos, que ya estoy sentada.
URBINA.
¿Aquí en el suelo?
FELISENA.
Pues ¿dónde?
Yo sé que algún duque ó conde
Diera un lugar por un palmo
De este suelo.
URBINA.
¡Qué buen salmo
Si vuestra gloria responde!
Sentado estoy y sentido.
FELISENA.
Rascaréos la cabeza.
URBINA.
¡Oh, pues, contadme dormido!
FELISENA.
¿Es condición?
URBINA.
Es flaqueza.
FELISENA.
¿Y gusto?
URBINA.
Siempre lo ha sido.
FELISENA.
Sabed que para rascar
La cabeza es el contar
Un cuento, lindo sainete.
URBINA.
Contadle, que ya os promete
Entrambas cosas pagar;
Pero ¿qué ha de parecer
Que un hombre de aqueste brazo
Venga á ver una mujer
Y se duerma en su regazo
Acabándola de ver?
FELISENA.
Parecerá que un soldado
No duerme en ninguna parte
Si no es con mujer al lado,
Y así pintan al dios Marte
Con la de Chipre abrazado.
Y pues mientras él dormía
Amor sus armas vestía,
Jugando con la celada,
Quitaos vos, señor, la espada.
URBINA.
Eso no, señora mía:
Nunca más es menester
Que estando un hombre dormido.
FELISENA.
¡Pues espada y con mujer!.....
URBINA.
Ésta mi mujer ha sido
Y no la puedo ofender.
Si mi enemigo viniera
Y sin espada me viera,
¿Quién duda que me matara?
Y si con ella me hallara,
¿Quién duda también que huyera?
El Cid, no sólo dormido,
Pero muerto, dama, estaba
Cuando el hebreo atrevido
La barba tocar pensaba
Del rostro nunca ofendido.
Si el Cid á este desconcierto
Desnudó la espada muerto
Y movió el derecho pie,
Mejor, dormido, podré
Con la que traigo despierto.
FELISENA.
Bien decís, y bien parece
Que sois un Hércules nuevo.
URBINA.
Eso poco me engrandece,
Que aunque á tus brazos me atrevo,
Menos amor me enloquece;
Que él, su fiereza rendida,
Tuvo hasta el alma dormida,
Y yo en aquesta jornada
Duermo ceñida la espada
Y él con la rueca ceñida;
Pero ya dormirme siento,

Que en rascarme la cabeza
Siento notable contento.

FELISENA.

Presto sentirás tristeza.

URBINA.

¿Qué dices?

FELISENA.

Que oigas el cuento.

URBINA.

Di, por tu vida, hija mía.

FELISENA.

Un rey, pienso que de Hungría,
Que allí los más cuentos son,
Iba á caza de un león
Con seis monteros un día.

URBINA.

¡Muy poca gente llevaba!

FELISENA.

Y cuando junto á una fuente
Tomando refresco estaba,
Le dijo el más diligente
Que el fiero animal bramaba.
¿Entiendes? Ya no respondes.
El rey dijo á los monteros:
«Decidme, monteros, dónde.»
Y siguiendo á los primeros,
Vió que en un bosque se esconde.
Perdióse de todos presto,
Y anocheciéndole en esto,
Sintió que el cielo se abría,
Con balas de nieve fría
Rompiendo el manto funesto.
¿Entiendes? Proseguir quiero
Hasta que nada se mueva.
En fin, el rey que refiero
Pasar quiso en una cueva
El granizo y aguacero,
En la cual halló un salvaje
De fiero y extraño traje,
Y una doncella con él.....
Quiero tomar el cordel
Y enviar á don Pedro un paje.
Mas ya viene.....

Sale D. Pedro y tres soldados con rodelas.

DON PEDRO.

¿Entraré?.....

FELISENA.

¡Quedo!.....

DON PEDRO.

Aquí vienen tres amigos.
¡Átale bien!

Átanle.

FELISENA.

¡Tengo miedo!

DON PEDRO.

Quien duerme y tiene enemigos,
Por muerto contarle puedo.

FELISENA.

El está muy bien atado.

DON PEDRO.

¡Notable sueño le ha dado!
Bien te puedes levantar,
Que le queremos matar.

FELISENA.

Hoy muere un galán soldado;
Pero ¿quién lo pudo hacer
Sino engaño de mujer?
¡Cuasi estoy enternecida!....

URBINA.

¿Qué es esto, mujer fingida?.....

Despierta y se ve atado.

FELISENA.

¡Llega!.....

URBINA.

Ya no puede ser;
Que aunque atado, soy bastante
Á hacer pedazos las cuerdas
Cuando fueran de diamante.

Rómpelas y desnuda la espada.

DON PEDRO.

¡Matalde!.....

URBINA.

¡Qué mal te acuerdas
Del nazareno gigante!
Ya están rotas por mis manos.
¡Esta es mi espada, villanos!

DON PEDRO.

¡Señor, tu cuñado soy!.....

URBINA.

¡Yo os acuñaré desde hoy
Con estas armas, tiranos!

FELISENA.

Arriba me subo y cierro.

URBINA.

¡No ha de quedar vivo un perro
De toda esta casa infame!

Sacude con la espada.

DON PEDRO.

¿No hay justicia?.....

URBINA.

No la llames;
Que yo castigo tu yerro.

Vase y salen Paredes y Pizarro

DIEGO.

Yo pretendo, Pizarro, como digo,
Las armas del Marqués.

PIZARRO.

Y es justa cosa;
Que como vos ninguno las merece.

DIEGO.

Hablado tengo al gran Marqués del Basto

Para ver si las quiere su excelencia,
Porque ningún derecho hay como el suyo.

PIZARRO.

¿Y qué responde?

DIEGO.

Que el que tiene deja,
Y dice que pretenda yo las armas;
Que si algún capitán de nuestro ejército
Mañana no saliera á defendérmelas,
Me las dará con general aplauso.

PIZARRO.

¿Pues es negocio puesto en desafío?

DIEGO.

De ninguna manera; que colgadas
Encima de su espléndido sepulcro,
Las han de pretender con solos méritos
Los que quisieren competir conmigo.

PIZARRO.

De esa manera, vuestras son las armas,
Qun ningún capitán tendrá los vuestros;
Y esta contienda es muy notable y célebre
Para España é Italia, pues parece
Que se renueva aquel antiguo siglo
En que, después de destruída Troya,
Telamonio y Ulises competían
Sobre las armas del famoso Aquiles.

DIEGO.

Yo no temo á ninguno en competencia:
Salgan y digan su razón y hazañas
Italianos (1), españoles y alemanes;
Que á lo menos las mías son más ciertas,
Pues todos las han visto con sus ojos.

Sale Álvaro de Paredes.

ÁLVARO.

¿Es mi hermano?

DIEGO.

Yo soy: dime, ¿qué hace
El Virrey?

ÁLVARO.

Allá queda con su astrólogo
Alzando una figura al gran Filipo,
Contando de su vida grandes cosas.

DIEGO.

¿Qué dice?

ÁLVARO.

Que ha de ser notable príncipe:
Toma este papel que para ti traigo.

DIEGO.

¿De quién?

ÁLVARO.

De Juan de Urbina.

DIEGO.

¿Quién le trajo?

ÁLVARO.

Un paje á tu posada.

DIEGO.

¡Cosa nueva!
¿Si está enfermo, por dicha, Juan de Urbina?
Porque si no, mejor pudiera hablarme.
Álvaro, lee, que aun para una carta
Nunca pude tener paciencia.

ÁLVARO.

Muestra
El papel, siendo tal la amistad nuestra.

Lee Álvaro.

«Á mi noticia ha venido,
Famoso y noble Paredes,
Que de arrogancia movido,
Lo, que merecer no puedes,
En mi afrenta has pretendido.
No sé, por Dios, quién repara
En una cosa tan clara;
Que ya entenderás que son
Las armas honra y blasón
Del gran Marqués de Pescara.
Que ese acero y malla fina
De Marte, á quien el morir
Robó la parte divina,
Ninguno puede decir
Que no son de Juan de Urbina.
Mías son, que en paz y en guerra
En mí su valor se encierra;
Y no las pidiendo el cielo,
Á nadie con mejor celo
Se le han de dar en la tierra.
Deja, pues, la pretensión,
Que cuando laureles pises,
Mal vencerás mi razón,
Pues yo soy discreto Ulises
Y tú loco Telamón.
Dirásle, pues, al del Basto,
Que yo tu fuerza contrasto
Y que has dejado la empresa.»

DIEGO.

No leas más, que me pesa
De la paciencia que gasto.
¡Pesia al villano, y aún.....!

ÁLVARO.

Calla,
Que á mí me pesa de suerte
Que á él y á toda su canalla
Hoy los ofrezco á la muerte
Y los desafío á batalla.

DIEGO.

¡Álvaro!.....

ÁLVARO.

¡Déjame!.....

DIEGO.

Tente.
¿Cuándo tú sueles hablar
Adonde yo hablar intente?
¿He menester yo buscar
Al amigo ó al pariente?
Deja estar al mal nacido;
Que ¡por vida del Virrey!
Que ha de estar arrepentido
Antes de una hora.

(1) Para que el verso constase habría que leer *ítalos*.

ÁLVARO.

¿Qué ley
Sufre á un bárbaro atrevido?

PIZARRO.

Señores, por dar lugar
Á vuestra cólera justa
Quise hasta ahora callar;
Mas ya que ha llegado á injusta,
Tomo licencia de hablar:
Paredes propuso aquí
Que las armas no por armas
Se darían.

DIEGO.

Y es así.

PIZARRO.

Luego sin causa te armas,
Aunque fuese contra mí;
Porque yo puedo pedillas
Y tú solo merecellas.
Y así podrás recibillas,
Aunque en competencia dellas
Haga Urbina maravillas.
No hagas ¡por vida tuya!
En Nápoles alboroto,
Pues es bien que se concluya
Por común aplauso y voto
Si es la razón tuya ó suya.
Vamos á hablar al Marqués,
Y veréis cuán justo es
Lo que os proponga á los dos.

DIEGO.

Dices bien; pero ¡por Dios!
Que él lo dijera á sus pies.
Pero ven, responderemos.....

PIZARRO.

Ni eso quiero permitir.

DIEGO.

¿Pues qué?

PIZARRO.

Que calléis.

DIEGO.

Callemos.

PIZARRO.

Que aquí se ha de competir
Con la razón que tenemos.

DIEGO.

Pues ven al Marqués.

PIZARRO.

Camina.

DIEGO.

Tú sólo tenerme puedes.

PIZARRO.

Hoy á la razón te inclina.

DIEGO.

¡Mi alférez á mí!.....

PIZARRO.

Paredes,
Callad.

DIEGO.

¡Á mí Juan de Urbina!.....

Vanse.

Salen D. Hugo de Moncada, el Marqués del Basto y criados.

MARQUÉS DEL BASTO.

Esto dice García de Paredes,
Á quien deseo todo gusto y honra,
Sobre las pretensiones y el derecho
Que ha tenido á las armas de mi tío
El Marqués de Pescara, que Dios tiene;
Y aunque es verdad que yo pudiera dárselas
Como soy de sus bienes heredero,
Por no agraviar á tantos capitanes,
Quiero que al parecer del campo todo
Se remita por votos la justicia.

DON HUGO.

Generoso Marqués del Basto ilustre:
Las armas de aquel célebre soldado
Que muerto vive y vivirá mil siglos,
Si por dicha pudiera ser posible
Que se colgaran en la quinta esfera,
Allí debieran, por famosas armas,
Por símbolos de fama, honor y gloria,
Por joya del dios Marte, por adorno
De su estrellado templo estar colgadas.
Mas no pudiendo ser, bien es que imites
El antiguo consejo de los griegos,
Y se las des al que mejor de todos
Pruebe en arenga larga sus hazañas.

MARQUÉS DEL BASTO.

Las del famoso capitán Urbina
Á Paredes presumo que se oponen;
Él y todo el ejército que ahora
Aquí se halla, está, señor, citado
Para juzgar la nueva competencia:
Abrid aquese templo y dadnos sillas.

DON HUGO.

Razón será; que ya la gente viene:
Puesto que triste, hermosa vista tiene.

Descúbrese un templo y un sepulcro de paños negros con el cuerpo del Marqués armado, y los escudos de sus armas alrededor, y seis hachas en sus blandones ardiendo; toman sillas D. Hugo y el del Basto, y van entrando, al són de cajas y trompetas, todos los que pudieren por una parte, y detrás Paredes, y por la otra otros tantos, y detrás Juan de Urbina, y sentados en bancos dirá el

MARQUÉS DEL BASTO.

Habiendo con razón determinado,
Famosos capitanes, que este día
Quede por vuestros votos decretado
Quién estas armas merecer podría,
Paredes, como veis, tan gran soldado
Por su valor y heroica valentía,
Y el grande Urbina, en obras y en presencia,
Quieren entrar en justa competencia.
Oid sus obras, sus famosos hechos,
Y juzgad por la parte que os agrade
Del derecho y justicia satisfechos
Que cada cual de entrambos persüade.
Iguales son sus brazos y sus pechos;
Y aunque la envidia de escuchar se enfade,

Estad atentos y escuchad qué historia
Merece este laurel, corona y gloria.

Paredes, haciendo una reverencia al Marqués y al virrey D. Hugo, luego dirá á todos lo siguiente:

DIEGO.

Gracias á Dios que ha venido
Á tal desgracia Paredes,
Que Urbina con él se iguale.
¿Qué dirá quien esto oyere?
Locura parece mía
Pretender lo que él pretende,
Porque aunque él salga vencido
Le ha de honrar el que le vence.
¡Quién á aquel Gran Capitán,
Que ya los Elíseos tienen,
Esto pudiera decirle,
Que honraba á los buenos siempre!
Porque cuando me sentaba
A su mesa muchas veces,
De escudero le servía
Urbina, el que veis presente.
Y aunque esto es gran honra suya,
Que antes que soldado fuese,
Fué lacayo de un romano
Y le sirvió de valiente
Hasta que entró por la puerta
De la milicia, á valerse
De ella y del juego, en que hacía
Suertes de una y otra suerte.
Si ganaba, lo callaba;
Si perdía, diestramente
Arrebataba el dinero,
Y aunque más voces le diesen,
Y metiéndolo á barato,
Con la espada y con los dientes
Se salía, como ahora
Con estas armas entiende.
Mas no podrá, que si acaso
De mi virtud duda hubiere,
La nobleza de mi sangre
Me las presenta y ofrece.
¿Y para qué un hombre bajo
Tan lucidas armas quiere,
Que mostrarán su linaje
Sus rayos resplandecientes?
El que nunca tuvo armas,
Por armas se desvanece:
¿Cómo quiere las mejores
Quien ningunas mostrar puede?
Pida el soldado la pica,
El arcabuz ó el mosquete;
Que las armas de los grandes
Caballeros las hereden.
Diego García soy yo
De Paredes; no paredes
De cal y canto y ladrillo,
Sino de nobleza fuerte.
Sancho de Paredes fué
Mi padre, y no hay más que pruebe,
Caballero de Trujillo
Con mil cruces en parientes.
Si por hazañas, me tocan,
Que hoy tan vivas resplandecen,
Y aunque todos las sabéis,
Mi justicia os las refiere.
Yo salí de España el año
Mil quinientos y siete,
Habiendo muerto cuatro hombres
Con mi espada solamente,
Porque Ruy Sánchez de Vargas,
Buen caballero y jinete,
Me siguió sobre un caballo
Con alguna de su gente.
Llegué á Roma con mi hermano;
Y como de ley carece
La necesidad, vivía
Como las águilas suelen.
Y por no me descubrir,
De encogido que fuí siempre,
Á un Cardenal primo hermano,
Pasé esta vida tres meses.
Fuí alabardero del Papa,
Y no es razón que me pese,

Señalando á Urbina.

Pues él lo fué y Juan de Vargas,
Zamudio, Pizarro y Vélez.
Tirábamos cierto día
Á la barra diligentes,
Todos delante del Papa,
Al sol en un campo verde:
Tuve allí con un romano
Palabras de las que escuecen,
Y matéle con la barra
Y con otros seis ó siete.
Díme al fin á conocer
Al Cardenal mi pariente,
Y dióme una compañía
De que hice á Urbina alférez.
¿Pues es razón que se ponga
Con su capitán aquéste
Que hasta ahora se estuviera
Quitando capas vilmente?
Fuimos á Montefrascón,
Subí con mi espada el fuerte,
Maté las guardias (1) del muro,
Vencí su plaza, y ganéle.
Volví á Roma, y luego el Papa
Me mandó que prestamente,
Honrado del mismo cargo,
Contra el de Urbino saliese.
Allí vencí tres mil hombres;
Y sobre que dije alegre
¡Viva España! fuí retado
De César, capitán fuerte.
Matéle en campo, y prendióme

(1) *Centinelas* dice el manuscrito, pero para que conste el verso, hay que leer *guardias* ó *guardas*.

El General: desatéme,
Maté diez hombres y, libre,
Paséme al Duque y dejéle.
Allí fué donde, en camisa,
Tenté un río en su corriente
Y vencí la gran batalla
Que hoy Venecia y Roma sienten.
Degollaron seis mil hombres,
Diga Urbina, si se atreve,
Si son más los que él ahorca
De los que no le obedecen.
Del Próspero partí al campo;
Recibióme alegremente,
Donde me eligió por uno
De sus nobles coroneles.
Ponga Juan de Urbina ahora
Sus hazañas insolentes
Con éstas que voy contando,
Porque todas son crüeles,
Y quiéroos decir en una
Muchas que su nombre ofenden.
Que fué cuando le acusaron
Á su mujer falsamente,
Que en una barca, en la mar,
Metió su casa, de suerte
Que hasta perros y gallinas
Quiso que á la fiesta fuesen.
Los cuales, y un tierno niño,
Echó á la mar y á los peces,
Y nadando, á la ribera
Salió bramando impaciente.
Así es valeroso Urbina
Con las míseras mujeres.
¡Mirad un hombre cruel
Cómo puede ser valiente!
Y si no, pues que se precia
De discreto, diga en breve
Cómo traerá esta celada
Con la que tiene en la frente.
Pero volviendo á mis cosas,
A mí estas armas se deben
Por lo que en Ravena hice
En batallas diferentes.
Matáronme mi caballo,
Que así en la guerra acontece
Y con tres arcabuzazos
Fuí preso, herido de muerte;
Pero llevándome asido
Cuatro hombres, por una puente
Con ellos me eché en el río,
Y al fin, nadando, escapéme.
Seis leguas caminé armado,
Donde, queriendo ofenderme,
El coronel Palomino
Me decía de esta suerte:
«Que había sido locura
Á tanta gente oponerme.»
Desafiéle, y salimos
Desnudos: reñí, y matéle.
En aquella gran batalla,
Que se hizo trece á trece,
Entre Zamudio, Alvarado,
Villalba, Aldana y Gutiérrez,
¿Qué hizo este fuerte brazo?
Y después, ¿qué le sucede?
Que á un francés y á dos hermanos
Maté en campo heroicamente.
Á éste dí con una porra,
Que le hundió todo el almete,
Y por él salí después
Á la campaña seis veces.
¿Qué hice en lo de Vincencio
Y del Garellano, enfrente
De la artillería de Francia?
Diga otro tanto mi alférez.
Fuí con el Gran Capitán
A España, donde le muerden
Envidiosos, á quien yo
Quise retar justamente.
Echéles un guante, y como
Ninguno alzarle quisiese,
El Rey me volvió mi guante,
Porque estaba el Rey presente.
Desde allí me fuí á mi tierra,
Y á ciertos jaques ó jeques
Quemé en Coria, con sus damas.
Fuí á Trujillo y soseguéme:
Donde un día un zapatero
Vino temerariamente
Diz que á probarse conmigo;
Vi un pozo, asíle y echéle.
Después, ¿qué hice en Navarra,
Qué, contra tantos franceses?
Lo de las Comunidades,
Por largo es bien que lo deje.
Diré lo que hice en Pavía.....
Pero ya es justo que cese
Para que os refiera Urbina
Sus hechos, muy elocuente.
Lo del coronel Salcedo,
Que tanto crédito pierde,
Y los hombres que ha colgado
Por bandos de nueve en nueve.
Sólo os pido, gran señor,
Que de quien sois se os acuerde,
Puesto que no hay en el mundo
Lo que estas armas merecen.

Levántase Urbina, y hace su reverencia al Marqués y al Virrey, y dice así:

URBINA.

Si el cielo, ilustres varones,
Honor y gloria de España,
Escuchara nuestros ruegos,
Oraciones y plegarias,
Nosotros del gran Marqués,
Y él de sus armas gozara;
Mas no quisieron los hados
Y la inexorable Parca.
Y pues ha llegado el día
En que se han de dar sus armas,

¿Á quién es bien, sino á quién
Si él viviera las dejara?
Todos sabéis que el Marqués
Conmigo comunicaba
Sus secretos pensamientos,
¡Hasta las cosas del alma!
No las diera al que las pide:
Y aunque es loco en la demanda
Y yo tenga la elocuencia
Que os ha servido en mil causas,
Dios ayude á cada uno.
Y si él de noble se alaba,
Lo que no sé, no lo niego,
Si porque él lo diga, basta.
Si él no es bueno, ¿qué le importa
Preciarse de hazañas tantas?
El ser yo bueno, señores,
Es la luz de mis hazañas;
Mas, pues se alaba de noble,
También yo quiero alabanza.
Juntas de Urbina y Mendoza
Muestra Vizcaya las casas:
Si á la Mendoza dió el cielo
Los señores que la ensalzan,
Ahora por mí á la mía
Los dará al cielo Vizcaya.
No es menos gloria el ser yo
El primero de mi casa,
Pues ser postrero en la suya
Le da á Paredes ventaja.
Si la antigüedad es noble,
Porque á Extremadura alaba,
Y, tierra ganada ayer,
Con Vizcaya la compara,
Yo no quiero mayor prueba
Que la que él dice en mi causa,
Pues con lo que más me honra
Piensa él que más me daña.
Yo vine un pobre escudero
Á Italia, y tengo, á Dios gracias,
Veinte mil y más ducados
De renta, honrosa ganancia.
Si el ser yo escudero y pobre
Me da Paredes por falta,
Él, que se alaba de ilustre,
¿Cómo no tiene unas calzas?
Esto es porque no piense
Con sus fábulas pasadas (1)
Querer las armas por noble
Cuando tantos nobles callan.
Que si eso fuera, el Marqués
Del Basto las heredara,
El grande Antonio de Leiva
Ó algún Henríquez ó Lara.
Mas pues hoy entre los dos
Está puesta la demanda,
Oidme, aunque en propia boca
La alabanza ofende y cansa.
Después que á Italia pasé,
Aunque él me afrenta, se engaña,
Por escudero de aquel
Que Gran Capitán se llama,
En el desafío de once,
Por su mano, en la estacada
Me metió, donde los tres
Maté á los ojos de España.
Echóme al cuello sus brazos
Y dióme su mesa, en paga
Del servicio que le hice,
Y quiso llevarme á España.
Y pluguiera á Dios que fuera,
Pues quedándome en Italia
Por pobreza, los dos fuimos
Alabarderos del Papa;
Que el delito del capeo
Parece cosa excusada
Por los nobles compañeros
Zamudio, Poncio y Villalba.
¿Y quién culpará al león
Que el gamo con hambre caza,
Ni al extranjero que quita
La capa, estando sin capa?
Y eso que él dice que hizo
Cuando tiraba á la barra,
¿Cómo lo cuenta sin mí,
Que fuí toro de Jarama?
El romano que serví
Hízome merced con causa,
Que le defendí de seis
Que en el suelo le mataban.
Y esto tengo por honor;
Que sus cosas temerarias
Son locura y no valor,
No de hombre, de tigre hircana.
Yo por mi Rey solamente
He puesto mano á la espada,
Por mi amigo y por mi honra,
Cuando alguno me la agravia.
Lo que dice de Salcedo
Que corté el brazo, no carga
Mi opinión, pues todo el campo
Me libró y se puso en arma.
Y en el llamarme cruel,
Como ignorante se engaña,
Pues que dí muerte á un traidor
Y á una mujercilla ingrata.
El que sus afrentas vengue
Y satisfecho se halla,
¿Cómo le afrenta el castigo
Si le libra la venganza?
El que dice que le han dicho
Muchos que miente, en sus barbas,
Si se ha vengado, me diga
Por qué afrentado se llama.
Y dígame por qué efecto
Cuando con su mujer casta,
Que lo fué, por Dios, señores,
Iba á acostarse á la cama
Ponía una daga siempre
Debajo de la almohada;

(1) Quizá *pesadas*.

Y después, con un montante
Furioso se levantaba,
Tirando, por darle miedo,
Mil reveses por la cuadra.
Castigar á los culpados
No es crueldad, como él me infama,
Pues por miedo del castigo
Tanto respeto me guardan;
Que en San Tiau, yendo huyendo,
Una voz, una palabra
Volvió la gente á sus puestos
Y esperaron cara á cara.
Esto es el ser capitán,
Y no la infame arrogancia
Con que con trescientos hombres,
Estando en una emboscada,
Dijo, viniendo tres mil:
«Si de los que me acompañan
Fuera cual yo cada uno,
Tantos á tantos estaban,
Porque yo valgo por diez,
Y así, tres á treinta igualan.»
Á quien respondió un soldado,
Natural de Salamanca:
«No hay aquí quien, como tú,
Por diez y diez mil no valga.»
Y acometiendo con esto,
Perdió el seso y la batalla.
Esto retó Palomino,
Y en esto le hago ventaja,
Que por loco no le fían
Lo que á mi cordura encargan.
¿Quién en Génova y Marsella
Arremetió á la muralla?
¿Quién mató cuatro franceses
Que á Ortuño desvalijaban?
¿A quién el Emperador
Ha escrito ahora una carta
Diciendo que ver desea
De Juan de Urbina la cara?
Ponga con aquestas cosas
Paredes aquella tranca
Con que echó en el fuego en Coria
Los rufianes y las damas.
Esa es bestial valentía;
Que yo, no sólo con armas
Venzo, mas con el consejo,
Ingenio é industria rara.
Soy soldado é ingeniero:
Hago fosos, trincheas, cavas,
Busco sitios, bastimentos,
Por mí se mina y se asalta.
Conmigo trató sus hechos
El gran Marqués de Pescara;
Quien me dió su propia renta,
Mejor me diera sus armas.
Yo no digo lo que he hecho
En la rota de Novara (1),
Ni defendiendo á Milán,
Ni prendiendo al Rey de Francia;
Que ojalá que éstas nos dieran
Ganándolas en campaña,
Aunque era deshonra mía
Medir contigo mi espada:
Porque á quien un zapatero
Osó decirle en su cara
Que con él se probaría,
Otro zapatero basta.
Suplícoos, nobles señores,
Juzguéis con piedad mi causa:
Dadme estas armas á mí,
Si queréis bien emplearlas;
Que si yo no las merezco,
Cuelguen con espada y lanza
En un templo, para todos
Y por honra de su fama.

MARQUÉS DEL BASTO.

¿Qué os parece, señores? Uno á uno
Decid los votos.

DON HUGO.

Mejor es que á voces
Se digan.

TODOS.

¡Que no se den las armas á ninguno! (2)

MARQUÉS DEL BASTO.

Pues tú mismo, Marqués, las armas goces,
Y si fuere mejor darlas á alguno,
Juzgue el Senado cuál de estos feroces:
Que, dando fin, su autor no determina
Si serán de Paredes ó de Urbina.

FIN.

En Madrid á 15 de Febrero de 1600.

LOPE DE VEGA CARPIO.

LICENCIAS.

Véase esta comedia, cantares y entremeses de ella.—El Secretario, TOMÁS GRACIÁN DANTISCO, y de su censura.—En Madrid á 28 de etc.—Por orden del Sr. Gonzalo Guerrero, canónigo y provisor de la santa Iglesia de Jaén, he visto esta comedia de *La contienda de Diego García de Paredes*, y no hallo en ella cosa por la cual no se pueda dar licencia para representarse.—En Jaén, á 16 de Enero de 1614.—FR. JUAN DE JESÚS.

Por visto.—Doy licencia á Becerra, autor de comedias en esta ciudad y obispado, para que represente esta *Comedia de Diego García de Paredes.*—Fecho en Jaén á 17 de Enero de 1614.—GONZALO GUERRERO.—Por su mandado, SEBASTIÁN DE MATA.

Corregida y concertada con su original, correcciones y censuras y licencias.—Madrid y Junio 20 de 1781.—MIGUEL SANZ DE PLIEGOS.

(1) *Navarra* en el manuscrito
(2) No es verso.

LAS BATUECAS DEL DUQUE DE ALBA

LAS BATUECAS

DEL

DUQUE DE ALBA

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Duque de Alba.
Ruiz Páez, *su Mayordomo.*
Giroto. } *Bárbaros.*
Mileno. }
Don Juan de Arce.
Mendo de Almendárez.
Ramiro de Lara.
Brianda, *dama.*
Geralda, *bárbara.*
Taurina. }
Triso. }
Marfino. } *Bárbaros.*
Pelasgo. }
Darinto. }

ACTO PRIMERO.

Salen Taurina, bárbara, con los cabellos sueltos, unas pieles por vestidos, y Giroto, bárbaro, con melena y pieles.

GIROTO.

Aduélete de mi amor,
Cruel y hermosa Taurina.

TAURINA.

Giroto, atempra el furor.

GIROTO.

Atempra tú la mohina
Con que me acucia el dolor.

En un sujeto divino
Es caso torpe y endino
Zampuzar tanto desdén,
Porque escatimar el bien
Non es de pecho benino.

TAURINA.

Tan menos, Giroto, es josto
Dar á una mojer disgusto,
Por ser un home robusto.

GIROTO.

Pues ¡vive el sol! que me tosto
En ese rescoldo injusto.
Faz que tu meliendre apraque,
El ver que buscas á otra
Y que nonca me sonsaque;
Que á quien tantos enquillotra

Dará la fortuna un baque.
Y prega al cielo, Taurina,
Que non te venga algún mal.

TAURINA.

¿Qué me has de hacer?

GIROTO.

Emagina
Que desesperanza igual
Hasta los fechos camina.

TAURINA.

¿Fechizarásme?

GIROTO.

Non sé,
Mas si en todas las Batuecas
Hay fechicera, la fe,
Que has de ver cómo te secas
Desde la melena al pie.
Tengo de tu camisón
Un gran pedazo, tan luengo:
Darte tiene mal torzón,
É tú verás si me vengo
De tu engrato corazón.
Bien sé que non te doy gosto
Porque soy home robusto,
Para las lides disposto,
Y que faces, siendo injusto,
De mis entrañas magosto.
¿Gustas tú que te requiebre
Mileno, fraco y endebre,
Menos bárbaro que yo,
Que de tus penas lo estó.

TAURINA.

¡Qué importuno! ¡Dios me liebre!
Anda, Giroto, en buen hora;
Fechízame, que otro habrá
Que me desfechice.

GIROTO.

En sora
Que el fechizo non podrá
Vencer tu esquivez traidora;
Mas yo, Taurina, quería
Que tú ficieses por bien
A mi dolor cortesía;
Que acoitarse en un desdén
Desenlustra la hidalguía.

TAURINA.

Giroto, ya non te cale
Por bien, ni por malquerer,
Lo que del alma non sale.

GIROTO.

¿Eres becerra ó mojer?

TAURINA.

Facer pocheros non vale.
Porque no hay vaca tan hosca
Cuando del noviello hoyendo
Por los romieros se embosca,
Ni buey se escombra en reduendo
Cuando le pica la mosca,
Como una mujer que aburre.

GIROTO.

¡Mal ancho te despachurre!
¡Mala fiera que te coma!
¡Qué libertanza que toma!
¡Con qué rigor que le escurre!

TAURINA.

¿Pues no quieres que me escurra
Si me estás amojinando?
Ó so persona ó so burra.

GIROTO.

Tu fuego me está tostando.
¿Non te duele que me turra?

TAURINA.

Un home desengañado,
¿Qué quiere de una mojer?

GIROTO.

¿Siempre está el cielo nubrado?
¿Non suele tras el llover
Salir el Sol colorado?
Tras el invierno ¿non viene
La primavera gentil?
La nieve que el Marzo tiene,
¿No se la derrienga Abril,
Aunque envuelta en agua suene?
¿Non tienen estos castaños
Fruta nueva en los erizos,
Taurina, todos los años?

TAURINA.

Vete á facer tus hechizos,
Non me quillotres engaños;
Que soy nieve, y non hay fuego
Que del monte me derriengue,
Nubrado sin el Sol luego,
Castaño con que se albergue
El tiempo la fruta niegue.
Non hay pensar que me muevas.

Sale Mileno, bárbaro, con melena corta y pieles toscas.

MILENO.

Ojos, non deis tales nuevas
Al alma, que non merece
Tanto mal como le ofrece
Mojer siempre falta en pruebas.
¿Mas cómo ya mis sentidos
Negarán al alma bien
Lo que han mirado atrevidos?
Que donde los ojos ven
Non lo niegan los oídos.
¿Si llegaré? Mas ¿qué dudo?
Pero loco amor, ¡detente!
¿Mas quién amando non pudo?
Que no está en el ser valiente
El ser un garzón membrudo.
Fablando están de la guisa,
Que dos que se quieren bien:
La risa el gosto me avisa;
Porque cuando dos se ven
Se asoma el alma en la risa.
¡Voto al sol, que me deshago!
¿Yo merecía este pago?
¡Ah Taurina! ¡Eres mojer!

Non se lo quiero entender.
Si pasa coita, ¿qué fago?
Guarde vos Dios, si fincáis
Conmigo en buena intención,
Y en pro de mi bien habráis.

TAURINA.

¡Mía vida, mío corazón!
¿Dónde por el monte vais?

MILENO.

Quita los brazos fingidos,
Taurina, que en mis enojos
Vi de otro coello prendidos;
Que lo que miran los ojos
No lo niegan los oídos.
Guarda, no me agurres, ende;
Dios prega que la mudanza
Que de amor tu pecho enciende,
Tan mal pague tu esperanza:
Guarda en el fuego que prende.
Y tú, Giroto, debieras
Considerar que eran mías
Las prendas que vituperas,
Compradas por tantos días
De penas de tantas veras.
Non habemos de reñir,
Que por mojer lo he jorado;
Ni es justo, vos sé decir,
Que un home desengañado
Se determine á morir.
Cuando en las manos te viera
De un oso, de un jabalí
Ó de otra bestia cualquiera,
Yo te librara de allí,
Ó yo por ende muriera.
Mas en los brazos de un otro
Como yo, mal Dios me faga
Si non fuya como un potro;
Que amor con amor se paga,
Y quillotro con quillotro.

TAURINA.

Tente, mío bien adorado,
Que non es este grosero
De mis ojos estimado:
Á ti soldemente quiero,
Á quien el espanto he dado.
Non me pago de hombres tales,
Nin pasan estos despojos
Del corazón los umbrales;
Que las niñas de mis ojos
Juegan con prendas iguales.
Mírate amoroso en ellas,
Non furioso, como estás;
Que si así llegas á vellas,
De espanto que les darás
Será fuerza amortecellas.
Mas si te ves con brandura
Y con tu faz sosegada,
Verás con tal compostura
En cada niña cifrada
El alma que te procura.
Ende, ¿de qué estás penoso?

MILENO.

Determinarme non oso,
Porque sé tus engañanzas.

TAURINA.

¿Qué mayores seguranzas
De un pensamiento celoso,
Que en presencia de contrallo
Satisfacer el querido?

MILENO.

Digo que mil quejas callo
Viendo á mi reval vencido,
Como ciervo, toro ó gallo;
Y con que me abraces cuido,
Que bastará para ver
Que le has habrado al descuido.

GIROTO.

De palabras de mojer
Siempre mis fechos descuido,
Mas de las que dice un home
Es bien que venganza tome.
Antes que os deis tal abrazo,
La jara de mal frechazo
Por las entrañas me asome.
¿Sabes tú, endebre garzón,
Que contra el mismo Sol pecas,
Que soy en esta ocasión
Del valle de las Batuecas
El más soberbio varón?
¿Sabes que el más fuerte enebro
Deshago, desgancho y quiebro?
¿Que arranco un fresno de cuajo,
Y que un castaño desgajo,
Si con él mis fuerzas puebro?
¿Sabes que descuerno un toro,
Que un jabalí desquijaro,
Que por la prenda que adoro,
Ciervos, que en el curso paro,
Traigo en la choza en que moro?
¿Sabes que porque reservo
La fuerza, fugí veinte años
De mojer, que es mal protervo,
Más que enebros ni castaños,
Jabalí, toro ni ciervo?
Mas, ende, ¿por qué me canso?
Para morir te apercibe.

MILENO.

Vil conejo, ciervo manso,
Que en faldas de mojer vive,
Bueye de arar, ronco ganso.
¡Vive la hermosa Taurina,
Que has de ver quién es Mileno!
Mas non pase esta mofina
Ante sus ojos.

GIROTO.

¿Tan bueno
Te ha hecho amor? pues camina.
Que Dios non me faga bien
Si no te arrojan mis mañas,
Que del primero vaivén
Las nieves de estas montañas,
Muerte y sepulcro te den.

TAURINA.

Mileno mío, non fagas
Atal cosa por mía fe.
¡Qué mal el mi amor me pagas!

MILENO.

Non estés, mi agroria, en pie;
Siéntate en estas aulagas,
Mientras te traigo en presente
De este villano bausán
La loca y testuda frente.

Vanse los dos y queda Taurina.

TAURINA.

¡Cielos, á gerirse van!
¡Non sé qué amor lo consiente!
Imaginanzas del bien mío perdido
Preñotan mi dolor y mi deseo,
Y los romuzgos del dolor, que creo
De so quicial sonsaca mi sentido.
Amor me tiera y face que atrevido
Mi esprito se adelanta al mal que veo;
Que non hay caso de pensar tan feo
Que amando non se tenga prevenido.
Crece el camino, la esperanza cae,
Y en soras cual sosiego la entretiene,
Encaramillotada se destrae.
Dos deseos, en fin, quien ama tiene:
Uno que va por bien, y non le trae,
Y otro que va por mal, y siempre viene.

Sale Geralda, bárbara, con el cabello suelto, vestida también de pieles.

GERALDA.

¿Has vido por esta sierra,
Taurina, que el cielo guarde,
La dulce paz de mi guerra,
Sol que mis entrañas arde,
Gloria y honor de esta tierra,
Aquel que non hay ligero
Venado que dél se escurra,
Aquel sogur que turra (1),
Aquel que al oso más fiero
Á lanchazco despachurra?
Dame, así logres tu amor,
Señas de Giroto, amiga.

TAURINA.

¿Dónde vas con tal furor?
Que non sé cómo te diga
La coita del mío dolor.

GERALDA.

¿Tienes murria, por mía fe?
Algo pavorida estás.

TAURINA.

Non puedo tenerme en pie;
Mas ¿para qué en busca vas
De Giroto?

GERALDA.

Oye por qué.
Ha propuesto á los Batuecos
Triso no sé qué embelecos,
De que el de más seso y talle
Gobierne y rija este valle,
Montes y páramos secos;
Que diz que los animales,
Con serlo, tienen gobierno,
Y que es males que homes tales
Estén sin él.

TAURINA.

¡Sol eterno,
Que por nubarrones sales!
Da vida al mi amor Mileno,
Para que los mande á todos.

GERALDA.

Mileno dijo que bueno:
Se le empuja de mil modos.
Giroto, de fechos lleno.
Mira, Taurina, que ya
Tiene Giroto algún voto.

TAURINA.

Geralda, Mileno está
Al embocar de este soto,
Con tu garzón: tiempos há
Que sobre mi amor baraja;
Presto verás la ventaja.

GERALDA.

¡Oh, que mal oso te muerda!
De la tu afición se acuerda.
Allá voy.

TAURINA.

Por aquí ataja.

GERALDA.

Si le ha venido algún daño,
Tú lo pagarás.

TAURINA.

De ti
Non se me da aquel castaño.

GERALDA.

Escúrrete por aquí.

TAURINA.

Si te agarro.....

GERALDA.

Si te apaño.....

Vanse.

Salen Triso, Marfino, Pelasgo y Darinto, bárbaros, con pieles y melenas cortas y bastones en las manos.

MARFINO.

Parece que ensoñaste esas locuras.

PELASGO.

Uno mayor que todos, ¿de qué suerte?

DARINTO.

¿Sujetos dice Triso que seamos
Á un home como todos?

MARFINO.

Non se acuerdan
Los más ancianos del batueco valle
De haber oído sus mayores, Triso,
Que jamás algún home de nosotros
Hobiese sido más que sus iguales.

(1) Así está en la primera edición, pero ni es verso, ni hace sentido.

DARINTO.

La ignorancia, Marfino, por ventura
Habrá sido la causa.

MARFINO.

¿Qué ignorancia?
Nosotros habitamos este valle,
Cerrado de estos montes espesísimos,
Cuyas sierras empinan sus cabezas
Á topetar con las estrellas mismas,
Sin que jamás ninguno haya sabido
Quién fué el primero que nos dió principio.
En esta lengua habramos, estas chozas
Nos cubren, estos árboles sustentan,
Y la caza que matan nuestros arcos.
Si vivimos en paz sin ser regidos
Y nos habemos aumentado tanto,
¿Por qué das ocasión que nos deshaga
Alguna envidia donde nunca reina?

TRISO.

Cosas que se descubren cada día
En este valle, la ocasión me han dado
Por donde cuido que es mayor el mundo
De lo que en nuestra imaginación cabe;
Que no es posible que el autor primero
Que nos hizo á nosotros, no criase
Otros también.

DARINTO.

¡Extrañas cosas dices!
¿Más homes que nosotros? ¿Por adónde?
¿Tú non ves que han subido esas montañas
Atrevidos garzones, y se han vuelto
Diciendo que se agota el mundo en ellas
Y que más en las puntas por las nubes?

TRISO.

¡Ah Darinto! ¿Es posible que el que fizo
Aquel Sol tan fermoso y rellociente
Con la Luna tan branca y rellanada,
Uno con cara de oro, otro de prata,
Y todas las estrellas que los cercan;
Estas fuentes que corren, estos árboles,
Estas frutas y caza solamente
Las fizo y las crió para tan pocos?

PELASGO.

¿Pocos te parecemos?

TRISO.

¿Pues qué somos
Para que tal grandeza merezcamos?

MARFINO.

Calla, que esas estrellas, Sol y Luna
Son manchas de la capa de los cielos.

TRISO.

Las manchas son defectos en las capas,
Y allí semejan guarniciones ricas.
Pero decidme: si este valle fuera
La redondura de la Tierra toda,
Estos arroyos, que corriendo vemos,
Y estos ríos, que siempre se despeñan,
Luego como tocaban en el cabo
Volvieran otra vez encia nosotros.

PELASGO.

¡Qué cosas tan extrañas, qué conjuñas!

DARINTO.

Las que se hallan, muestran que otros homes
Habitaron aquí, mas no preñotan
Que haya gentes pasados estos montes.

TRISO.

¿Qué pudieron tener que se igualase
Á lo que ayer hallé, que traigo envuelto
En esta piel por admirable cosa?

MARFINO.

¿Qué hallaste?

TRISO.

Veislo aquí: judgad ahora
Quién pudo facer obra tan extraña.

Desenvuelva una piel y saque una espada vieja muy mohosa.

PELASGO.

¡Válame el Sol! ¿Qué miro?

DARINTO.

Razón tienes,
Triso, de encarecer obra tan rara;
¿Pero qué sientes tú que será aquésta?

TRISO.

Esta es arma, sin duda; que aquí tiene
Por donde la abarcar, que éste es el corte.

PELASGO.

¡Qué sabiondo que te enlietra el cielo!
Nunca se vido en las Batuecas home
Que tuviese tan altas cuidaduras; [gente.
Sin duda que hay más tierra y que hay más

DARINTO.

Y ¿adónde hallaste aquestas armas, Triso?

TRISO.

Halléla en estas peñas, encobrida
Con las ramas de algunos madroñares.

MARFINO.

¿Y non buscastes más?

TRISO.

Non lo he mirado.

MARFINO.

¿Quién viene aquí?

TRISO.

Giroto viene airado.

Sale Giroto con un bastón.

GIROTO.

Dicen que rey facéis; que así se nombra
El que gobierna, rige y sobrepuja
Á todos los demás: mucho me asombra,
Que non sé la razón que vos empuja.
¿Quién vuestro valle del *sentir* (1) escombra?
¿Quién vos apremia y con rigor estruja?
¿Quién vos viene á robar las vuesas dueñas?
¿Son ejércitos de homes estas peñas?
¿Cual otro regimiento vos conviene
Fueras ende de aquel que há tantos años

(1) En la primera edición se lee así este verso, evidentemente errado:

¿Quién vuestro valle del sentimiento escombra?

De vuesa alcunia y abolongo viene
Entre estos bajos niebros y castaños:
Y en caso de que alguno vos enfrene,
Si con el mal facer crecen los daños,
¿Cómo sin mí tenéis tal atrevencia,
Que facéis estas cosas en mi ausencia?
Cada que imaginéis un home fino,
Giroto es vuestro rey, non cale ajeno;
Yo que furioso este bastón empino,
De sangre de osos y de toros lleno.
No relinchéis, que, por el Sol divino,
Que si alguno remuzga, que es tan bueno,
Que le he de hacer, que á un golpe le remito,
Brotar por las narices el esprito.

Sale Mileno con su bastón.

MILENO.

¿Rey se face sin mí? ¿Quién es el loco
Que intenta facer rey donde yo falto,
Que con la testa en las estrellas toco,
Y de este valle al monte doy un salto?
¿Quién á Mileno encaramó tan poco
Que tuvo al mismo cielo por más alto?
¿Non soy yo aquel que paso á pies los ríos,
Rompiendo el agua con los brazos míos?
¿Non soy yo aquel que de un aliento corro
Del un extremo al otro deste valle,
Que al lobo más feroz quito el cachorro
Y fago que á mi voz el viento calle?
¿Non soy yo aquel que si levanto el morro
Tiemblan las fieras de mi cara y talle?
¿Non soy yo aquel que el mismo Sol dorado
Arrancaré de donde está cravado?
Si habéis de facer rey que vos gobierne,
Á Mileno elegid, batuecos homes;
Ora faga calura y ora invierne,
Fuerte á las armas y á diversos nomes:
Si queréis que un cerril toro descuerne,
Que tú, Giroto, por apenas domes,
Echádmele, y faré que mis despojos,
Que vierta sangre por narices y ojos.

TRISO.

Nin se ha tratado facer rey, ni agora
Se fabla más que de esta hallanza mía,
Que estaba en esta peña encobadora.

GIROTO.

¿Cuándo la hallaste?

TRISO.

Ayer al mediodía.

MILENO.

¡Arma notable!

GIROTO.

¡Extraña!

MILENO.

¡Lidiadora!

GIROTO.

Ya es mía.

MILENO.

Mía es.

TRISO.

Menos porfía;
Que yo non la daré ni á ti, Mileno,
Nin á Giroto, de arrogancia lleno.

GIROTO.

¡Triso!

TRISO.

¡Giroto!

GIROTO.

¡Suelta!

TRISO.

¡Non la agarres!

MILENO.

Dámela, Triso, á mí.

TRISO.

Nin á ti quiero;
Que aunque viejo, por más que te embizarres,
Sabré matarte con el mismo acero.

MILENO.

Aparta el brazo ya.

TRISO.

No me desgarres
Nin subas á mis canas altanero;
Que aún hay en estos flacos brazos nervios
Que farán humildosos los soberbios.

MARFINO.

Non es razón facerle fuerza á un viejo.

TRISO.

Si hubiera rey, ninguno me enforzara;
Que el rey, encaletrado en buen consejo,
La su facienda cada cual pagara.

GIROTO.

Non se queje por mí: yo se la dejo.

MILENO.

Déjola por virgüeña de su cara.

TRISO.

Facéis como fidalgos, que tal nome
Le daban mis abuelos al más home.
Pero advertí que donde esto había
Puede haber otras cosas de importanza.

MILENO.

¿Non se podrá buscar?

TRISO.

Bien se podía,
Rompiendo de estas peñas abastanza.

MARFINO.

Mostrad ahora los dos la valentía:
Aquí verás del brazo la pujanza.

PELASGO.

Rompe, Mileno, tú.

MILENO.

¡Válgame el cielo!
Parece que se viene el monte al suelo.

Dan golpes con los bastones, y se abra ó caiga de lo alto una puerta hecha de peñas y ramos, y dentro de una cueva se ve un cadáver sobre un lienzo, y la calavera será de pasta: tenga una lanza en la mano y un escudo en la otra con dos leones y dos castillos pintados, y alrededor estas cuatro letras: T. S. D. R.

MARFINO.

¡Válgame el sayo! ¿Qué es esto?
¡Qué notable maravella!

GIROTO.

Non fuyáis, gente, tan presto;
Que fugir solo de vella,
Muestra en los hombres denuesto.

MILENO.

Yo non fuyo, que aquí estó,
Que un difunto non me pasma.

TRISO.

¿É quién aquí soterró
Los fueros de esta fantasma?
¿Cuidáis que os engaño yo?

MILENO.

Será cualque fechicera.

TRISO.

Non á la fe, que si fuera
Non tuviera esas pinturas.

DARINTO.

En otras cuevas obscuras
Hay homes de esta manera;
Mas como non han tenido
Esas ensegnas famosas,
Por nuesos los he tenido.

MARFINO.

Bien preñotan estas cosas
Que aquí otra gente ha venido.

PELASGO.

Á la fe, Triso, que el mundo
Non se campuza en Batueca.

TRISO.

En lo que miráis lo fundo.

GIROTO.

Toda la carne tien seca.

TRISO.

Non te acerques furibundo.

GIROTO.

¿Cómo non? Antes pretendo
Quitalle aqueste guinchón.

DARINTO.

¡Brava fazaña!

MILENO.

No entiendo
Que aquestas fazañas son,
Y que lo cudéis me ofendo.
Si el home vivo estuviera,
Fazaña me pareciera;
Mas pues nin chista nin fabra,
Quítale ende la tabra,
Y en soras que vivo fuera.

TRISO.

Cerrad con aquella losa
La fuesa, fidalgos homes,
Y oid la mi fabra honrosa
Tan digna de vuesos nomes,
Alcuznia y prez generosa.
Esas casas, que pintadas
Se ven en este trabón,
Non son en Batueca halladas,
Que nuesas casas no son
Tan polidas fabricadas.
Ni esos fuertes animales,
Tan feroces y tan listos,
Con garras y lanas tales,
Son en nuestros valles vistos
Por montañas ni arenales.
Luego es señal que hay más gente,
Más mundo y cosas más bellas.

DARINTO.

Non lo cuidas bien, pariente,
Que esas cosas pudo hacellas
De quien eres descendiente,
Y el tiempo haber consumido
Esas casas y animales.

TRISO.

Las casas puede haber sido;
Que, en efecto, cosas tales
Cubren los tiempos de olvido.
Mas si animales hubiera
En Batueca de este talle,
Su línea permaneciera,
Y en lo reduendo del valle
Algún semejo se viera.
Mas ende que fuera ansí,
Cuando entre rojo arrebol
Se desliza el Sol de aquí,
Decidme, ¿dónde va el Sol,
Que se sume todo allí?
¿Tiene alguno nuevo ocaso
Donde de noche se acuesta?

GIROTO.

Fabras de un notabre caso,
Que yo mido (1) en esa cuesta
Que á otro mundo lleva el paso,
Más gente debe de haber.

TRISO.

Pues lo que podéis facer
Es transponer todo el valle;
Que el que más semejas halle
Nuestro señor ha de ser.

GIROTO.

Pues tenme, Triso, el guinchón;
Que yo los voy á buscar.

MILENO.

Y á mí me guarda el trabón;
Que non me cuido quedar
Sin probar hoy mi intención.

TRISO.

Venid, y os enseñaré
Por onde subir al monte
Podáis sin trabajo á pie,
En antes que el Sol transmonte,
Que cabizbajo se ve.

MILENO.

Non jaras, no arena seca
Farán que el sobir me impida,
Si tanta gloria se trueca.

GIROTO.

Que non volveré con vida,
O seré rey de Batueca.

Vanse.

---

(1) Parece que debia decir *cuido* y no *mido*.

Salen D. Juan de Arce y Mendo de Almendares, criados del Duque de Alba.

DON JUAN.

Mendo, si habéis de ayudarme
En la pretensión que os digo,
Podré de vos, como amigo,
Seguramente fiarme.
Pero si darme pensáis
Consejos que no pretendo,
Guardarme de vos entiendo,
Aunque mi amigo seáis.

MENDO.

Don Juan, desde que venistes
Con el Duque de Alba aquí,
Y os traté y os conocí,
Por la merced que me hicistes,
Propuse con tal lealtad
Seros amigo de veras,
Que es cansaros en quimeras
Dudar de esa voluntad.
Que no habrá padre ni hermano
Por quien hiciese ¡por Dios!
Lo que haré, don Juan, por vos.

DON JUAN.

Dadme aquesa hidalga mano
Y escuchad, Mendo, la historia
Mía, desde que entré en Alba;
Que este mi temor fué salva
Á vuestra hidalga memoria.
Don Fernando de Toledo,
Señor de Valdecorneja
Y primero Conde de Alba,
Aquel que venció en Requena
La más famosa victoria
Que la antigüedad celebra;
Él que desde Écija á Ronda
Corrió el Alarbe y frontera,
Y en Málaga, en su Ajarquía,
Cuando dejando el caballo
. . . . . (1)
En la batalla sangrienta
Hizo á su gente un portillo
Entre lanzas y saetas;
El que con tantas virtudes
Taló de Guadix la guerra,
Y entre Granada y Jaén
Ganó tantas fortalezas,
Crió á mi padre y le dió
Armas, caballo y enseña,
Conque á su lado anduviese
Como adalid en la guerra.
Pero llevándolos Dios
Á mejor vida, me dejan
Encomendado á su padre
Que sus Estados se heredan.
Don García de Toledo
Á tan alto valor llega,
Que por el rey don Enrique
Y la Católica Reina
Es primero Duque de Alba,
Es Conde de Salvatierra,
Marqués de Coria y señor
De lo más que el Tormes riega.
Cuando fué el Duque á casarse,
De Castilla á la Duquesa
Pedí me hiciese mercedes;
Y el noble Duque, por ella,
Me hizo su Maestresala,
Pajes y ración me aumenta.
Vime ya mozo y galán,
Y el oficio y galas nuevas
Me dieron atrevimiento
Para pretender con ellas
Á una doncella de casa,
Hermosa, noble y discreta,
Y á pesar de la lealtad,
Estoy casado con ella.
Yo aseguro que entre ti,
Á este punto consideras
Por dónde pudo don Juan
Escribir, hablarla y verla.
¿Quién duda que estás pensando
En tantas guardas y dueñas?
Que dueñas son en Palacio
Los dragones de Medea;
Porque ven más que los linces,
Y á treinta pasos penetran
El papel y el pensamiento,
Las palabras y las señas.
Quien pintó dragón á Palas
En guarda de las doncellas,
No vió dueñas, que es sin duda
Que la pusiera una dueña.
Pues, Mendo, entre tantos Argos,
Si quiere amor, se hallan flechas;
Porque es amor como el Sol,
Que por los resquicios entra.
No digo que la he gozado,
Pero que esta noche intenta
Entrar por aquellas tapias
Á las puertas de esta huerta.
Éstas salen á estos campos
Que son del Tormes dehesa;
Tormes, que va á Salamanca
Desde la sierra de Béjar.
Bien sé que es grande el peligro,
Mas si me meto en la sierra,
Junto á la Peña de Francia,
Defenderánme sus peñas;
Que aunque sepa, hecho salvaje,
Vivir con Brianda entre ellas,
La tendré por mejor vida
Que de los Duques la mesa.
No quiero las esperanzas
De mi señora, ni quieran
Mis pensamientos que aspiren
Á sus tesoros ni rentas.
Que esperanzas en señores,
Yo sé bien, Mendo, que llegan

(1) Falta un verso.

Á trocar su verde en blanco,
Pues siempre en canas se truecan.
Á Brianda quiero sola.
La hora y la senda es ésta;
Ayudadme, que el consejo
Ofende á quien le desprecia.

MENDO.

El que tal resolución
Tiene obstinada en el alma,
Mal podrá poner en calma
El gusto con la razón.
Bueno fuera aconsejaros,
Pero habéisme prevenido;
Amigo soy, y he venido,
Don Juan, sólo á acompañaros.
No pienso que es deslealtad
De vasallo la que hago
Contra el Duque, ni mal pago
Le doy á su voluntad.
Que Brianda no le toca
Más que por criada aquí,
Y cuando no fuera ansí,
Vuestra amistad me provoca.
No es tiempo de imaginar
Si es bien hecho ó es mal hecho;
Mas ya que os ofrezco el pecho,
Sólo os quiero preguntar
Por qué no la habéis pedido
Por mujer.

DON JUAN.

Preguntáis bien.

MENDO.

Yo sospecho que os la den,
Pues que la han de dar marido.

DON JUAN.

Bien sé que en mí la empleara
La Duquesa, mi señora;
Mas priva con ella ahora,
Mendo, un Ramiro de Lara,
Que desde niño ha criado,
Y éste por mujer la pide.

MENDO.

¿De suerte que se os impide
Gozar tan dichoso estado?

DON JUAN.

No sólo me impide el bien,
Pero, temiendo que llegue
El tiempo en que se la entregue,
Y á su pesar se la den,
Este desatino intenta.

MENDO.

Señas oigo.

DON JUAN.

¿Ella será?

Sale Brianda á la ventana.

BRIANDA.

¡Ah! ¿Sois vos?

DON JUAN.

Yo soy, y está
Contigo mi pensamiento;
No temas, que de quien digo
Nos habemos de fiar.

BRIANDA.

Pues, ¿cómo podré bajar?

MENDO.

En los hombros de un amigo;
Pon algo en ese balcón,
Y en estas manos los pies.

BRIANDA.

¿Es Mendo?

DON JUAN.

Sí, Mendo es;
Que de amor y amistad son
El mío y el suyo efetos.

BRIANDA.

En hombre estoy transformada,
Y bajo á esta liga atada.
Adiós, amigos discretos.

Baja Brianda, en hábito de hombre, por una liga, teniéndola los dos, y dicen:

DON JUAN.

Asienta, mi bien, el pie
Sobre estas manos.

BRIANDA.

Ya estoy
Sobre tus manos.

DON JUAN.

Yo soy
Tu esposo.

BRIANDA.

Pagas mi fe.

DON JUAN.

Por aquí desciende luego.

BRIANDA.

¿Qué camino has de tomar?

DON JUAN.

Amor nos quiera guiar;
Pero no sabrá, que es ciego.
Hacia la Peña de Francia
Habemos de ir.

BRIANDA.

Dulce esposo,
Sólo en tu centro reposo.
Cuando fuese de importancia,
Iré á la Libia contigo,
Y hasta el más remoto Polo,
Que sólo es patria el bien solo.

DON JUAN.

Ve delante, Mendo amigo.

BRIANDA.

Adiós Duque, y adiós Alba;
Que voy como Clicie nueva,
Adonde mi sol me lleva,
Pues ser por amor me salva;
Adiós, Tormes, que en presencia
De mi amor supiste tanto:
Pues creciste con mi llanto,
Mengua ahora con mi ausencia.

Vanse.

Salen Giroto y Geralda, bárbaros.

GIROTO.

Non cale que me detengas;
Ya sabes tú qué es honor.

GERALDA.

Tú non sabes qué es amor,
Pues que de mi amor te aluengas.
¿Onde te llevan pensijos
Por los enramados cerros,
En que facen los encierros
Coliebras y lagartijos?
¿Onde subes por las nieves
Que rematan en las nubes,
Que si á los cielos te subes,
Non hay por qué non me lleves?
Los osos y jabalíes
Te farán mala acogencia,
En venganza de mi ausencia,
Cuando en la tuya te fíes.
En demás, que los batuecos
Que á tal empresa te envían,
Porque te envidian, porfían
Á persuadirte embelecos.
Tú codicioso, Giroto,
De mayores honoranzas,
Das efecto á sus venganzas,
De mis querencias remoto.
¡Ay de ti! y ¡ay de mí luego!
¡Qué me durará este llanto!

GIROTO.

No bañes, Geralda, tanto,
Que me zampuzas en fuego.
Manda á tus nieñas, pues son
Los huéspedes de tus ojos,
Que non lloren por enojos,
Sangre del mío corazón;
Desagárrame el vestido,
Y dame lugar, que es tarde.

GERALDA.

Amor que face cobarde,
Sabe facer atrevido;
Pues que non puede ser menos,
Toma esta cinta de lana
Que fice ayer de mañana
Sobre aquellos verdes fenos,
Y ten de mí memoranza,
Pues lo debes á mis quejas.

GIROTO.

Pregue á Dios que en mis ovejas
Fagan los lobos matanza;
Pregue á Dios que mi centieno
Con amapolas se embuta;
Que falte á mis prantas fruta
Y á míos noviellos heno;
Non haya garbanzo en parva
Cuando los trillos escarbo,
Ni en los mis cañares barbo,
Ni canas en la mi barba,
Si non te guarde el cordón
Y te traigo, en testimonio,
De esas tierras el madroño,
Si ya colorados son
Agárrame por la cinta,
Y el Sol en tu guarda quede.

GERALDA.

Vete, en antes que se enrede
Entre las nubes que pinta.

Abrázanse los dos, darále el cordón y vase ella.

GIROTO.

Quedan los campos cuando el Sol se zampa
Y de los nuevos ojos se zabulle,
Tales, que ni ave canta, ni agua bulle;
Todo parece que su luz lo escampa.
El oso cae en la asechanza y trampa,
La trucha por lo fondo se escabulle,
Non hay casada tórtola que arrulle
Ni ganado en la arena cama estampa.
En viéndole enhebrar sus hebras de oro,
Asómase la noche fosca y fría;
Todo lo llora en lamentoso coro.
Yo soy campo vestido de alegría,
Y en soras que me falta el sol que adoro,
La negra noche que sociede el día.

Vase.

Salen D. Juan y Brianda.

BRIANDA.

¿Dónde me llevas, don Juan,
Por tan grandes asperezas,
Que ya á caminar empiezas
Por donde las aves van?
Que después de cuatro días
Que entre aquestas peñas vas,
Como dentro en Alba, estás
Temiendo dueñas y espías.
Ninguna peña te agrada,
Ninguna cueva segura.

DON JUAN.

¡Ah Brianda! ¿Por ventura
Vienes de mi amor cansada?
¿Piensas tú que del poder
De los grandes Duques de Alba
Así un hidalgo se salva
Con una débil mujer?
Si viniera acompañado
Para hacerle resistencia,
Con más tibia diligencia
Buscara lugar sagrado.
Pero ya Mendo perdido,
Que fué á buscar de comer,
Ó que lo ha fingido ser,
Si fué mi amigo fingido,
¿No quieres que busque aquí
De este monte el más secreto?

BRIANDA.

Que lo es harto te prometo,
Que voy guardada de mí.
Alza los ojos, verás
Peñas que tocan al cielo,

Y bájalos luego al suelo,
Y apenas suelo verás.
Que un castaño en aquel valle
Parece pequeña flor.

DON JUAN.

Ansí, Brianda, es mejor
Para que nadie nos halle.
Espérame un poco aquí,
Mientras busco alguna fuente
Que temple esta sed ardiente.

BRIANDA.

Un arroyo suena allí.

DON JUAN.

Allá voy.

BRIANDA.

Aquí te espero.

DON JUAN.

¡Temiendo bajo, por Dios!

BRIANDA.

A morir trujo á los dos
Amor.

DON JUAN.

Fué amor verdadero.

Vase.

BRIANDA.

Asperísimas peñas, donde apenas
Ha llegado jamás estampa humana,
En cuyas fuentes vierte la mañana
Escarcha, en vez de flores y azucenas.
Montañas de sombríos y hayas llenas,
Último fin de mi esperanza vana,
Antigua sierra de tu nieve cana,
Castillo que de hielo forma almenas.
Profundos valles del obscuro invierno,
Lóbrega habitación, piedras que trae
De su furiosa lluvia el curso eterno.
Que bien puedo decir que amor me trae
A morir entre el cielo y el infierno,
Si de vosotros mi esperanza cae.

Sale Mileno, bárbaro, solo.

MILENO.

Á despesar de Taurina,
La montaña he trascolado;
Mas por más que he caminado,
Más tierra á mí se avecina.
No hay duda, el mundo es mayor;
Que quien fizo tanto cielo,
No ficiera un corto suelo
Para tamaño valor.
El manto que ha de cobrir
El home, igual ha de ser.
¿Mas qué es lo que vengo á ver?

BRIANDA.

¡Ay Dios!

MILENO.

Estó por fuir.

BRIANDA.

¡Qué bárbaro tan extraño!
¿Si le llamaré? ¿Qué haré?

MILENO.

Su fermosura, á la fe,
Da aseguranza á mío daño.
¡Válgame el Sol! ¿Esto había
Desotra parte del mundo?
¡Ah Triso, sabio y profundo!
Catad si verdad decía.
Tembrando estó de mirar
Una tan branca figura;
Non he visto catadura
Tan sabrosa de acatar.
Las piernas tiene amariellas
Y todos brancos los pies,
Y de la faz al envés
Con más luz que las estrellas.
Si es home de por acá,
¡Qué lindo mundo á la he!

BRIANDA.

¿Si hablaré? ¿Qué le diré?
¡Si es serrano! ¡Hola! ¿Quién va?
¿Huyes?

MILENO.

Non fuyo de vos.
¿Quién serás que me aterrís?
En la fabra me decís
Que sois semejo de Dios.
¿Hay más mundo de este cabo?

BRIANDA.

¡Qué serrano tan feroz!
Daré á don Juan una voz.

Llama á D. Juan.

¡Don Juan!.....

MILENO.

Tu temor no alabo,
Que á los que llama guardéis:
Llevemos este garzón,
Que él nos dará la razón
De lo que vos non sabéis.
Garzón, non fuyáis de mí.

BRIANDA.

¡Don Juan!.....

MILENO.

Callad, por mía fe,
Que vos despachurraré
Si uno vos endono ansí.

BRIANDA.

¡Don Juan, que un monstruo me lleva!

MILENO.

Home so, tened los brazos;
Que haré de los míos lazos
Con que vos lleve á mía cueva.

BRIANDA.

¡Ay! ¡Ay!

MILENO.

¡Fermosas estrellas!
Non sé qué tienes, garzón,
Que en el mismo corazón
Me vas faciendo cosquiellas.

Llévala en brazos, y éntranse, y se da fin al primer acto.

ACTO SEGUNDO.

Salen el Duque de Alba, el Mayordomo y criados.

DUQUE.
Qué, ¿tampoco parece el Maestresala?
MAYORDOMO.
Falta don Juan desde la misma noche,
Y un gentilhombre de Alba, amigo suyo,
Que se llamaba Mendo de Almendares,
Hijo de Álvaro Mendo.
DUQUE.
¿No habéis hecho
Alguna diligencia de importancia?
MAYORDOMO.
Cuanto ha sido posible habemos hecho:
Por el camino fué de Salamanca,
Hasta Fuente Aguinaldo, Ruy Meléndez,
Y á Portugal, por Saelices, fueron
Ortuño de Mendoza y Alvar Núñez;
Por Peñaranda, hasta Segovia, Argote,
Y Escovar vino ayer de Pidrahita;
Sin éstos otros hombres y peones
Van discurriendo por diversas partes.
DUQUE.
¡Que tuviese don Juan atrevimiento,
Habiéndole criado desde niño,
Para darme un enojo semejante!
¿Echáronse las rejas en la torre?
MAYORDOMO.
Ya todos los balcones tienen rejas.

Sale Ramiro de Lara, de camino.

Ramiro viene aquí.
DUQUE.
Seáis bien venido.
RAMIRO.
Déme los pies, señor, vuestra excelencia.
DUQUE.
¿Cuándo salisteis de la corte?
RAMIRO.
El lunes.
DUQUE.
¿Sus Majestades quedan buenos?
RAMIRO.
Buenos,
Aunque para Granada de camino.
DUQUE.
Qué, en fin, ¿van en persona á la conquista?
RAMIRO.
La Católica Reina, belicosa,
Acompaña en la guerra á su Fernando;
Y con esto se anima tanta gente,
Que no queda en Castilla un solo hidalgo,
Cuanto más noble ó título.
DUQUE.
Ruy Páez,
Caballeros, apréstese mi gente,
Y todas cuantas armas estén limpias.
RAMIRO.
Lee, señor, primero aquesa carta:
Su Majestad la escribe.
DUQUE.
Aprestad luego,
Que ya sé que me manda que le siga;
Ir su persona, es carta.
MAYORDOMO.
Á mucho obliga.

Lee la carta del Duque.

Carta. — «Duque de Alba, mi primo, yo me parto á Granada: en tanto que os ordeno otra cosa, es mi voluntad que quedéis en el gobierno de Castilla con título de Virrey; que los caballeros como vos, tanto pelean gobernando los vasallos como venciendo los enemigos. Partid luego á la corte, que tengo que hablaros en mi partida, y encomendadme á la Duquesa. Dios os guarde.—El Rey.»

DUQUE.
Aunque servir los Reyes con la espada
Fuera mi gusto y voluntad, no puedo
Negar que la merced que el Rey me hace
Con el gobierno de Castilla, ha sido
Notable confianza y bien supremo.
Pide alguna merced, pide, Ramiro.
RAMIRO.
Señor, muchas mercedes hacer puedes,
Pero entre todas, la mayor que puedo
Pedir á tu valor, á tu real sangre,
De emperadores descendiente ilustre,
Es sola una mujer, que sola adoro,
Y que para mujer te pido.
DUQUE.
Nombra,
Ramiro, la que estimas en mi casa.
RAMIRO.
Ya sabe mi señora mi deseo,
Que ya la he dado parte.
DUQUE.
¿Y es su gusto?
RAMIRO.
Sí, señor.
DUQUE.
Di quién es, y muchos años
La goces y te goce; que yo quiero
Ser tu padrino.
RAMIRO.
Gran señor, Brianda.
DUQUE.
¿Cómo?
RAMIRO.
Brianda.

DUQUE.

Apresten los caballos;
Mirad que he de partir dentro de un hora.

Vase.

RAMIRO.

¿Por qué me vuelve el Duque las espaldas?
¿No merezco á Brianda, por ventura,
Ruy Páez? ¿No soy yo tan bien nacido
Como Brianda?

MAYORDOMO.

Sí, por cierto, Lara,
Y de solar muy noble y conocido;
Y si el Duque se fué no fué de enojo,
Sino de pena y lástima; que os quiere
Como á hechura que sois de mi señora.

RAMIRO.

¡Válgame Dios! ¿Es muerta?

MAYORDOMO.

Á Dios pluguiera;
Mas pues en casa es público y en Alba,
Y lo habéis de saber, sabed, Ramiro,
Que Brianda se fué con don Juan de Arce
Por los balcones desta torre.

RAMIRO.

¡Cielos!
¿Qué es lo que escucho?

MAYORDOMO.

Aquí, Ramiro, importa
Mostrar valor, mostrar entendimiento.

RAMIRO.

¿Dónde dicen que están?

MAYORDOMO.

No se ha sabido,
Supuesto que se hicieron diligencias.

RAMIRO.

¿Es posible que tanto desconcierto
Haya cabido en hermosura tanta?

MAYORDOMO.

¿Cuándo tuvo concierto la hermosura?

RAMIRO.

Cuando la esmalta la vergüenza noble.

MAYORDOMO.

Si ellos temieran la venganza vuestra.....
Vos fuisteis la ocasión de su hermosura.

RAMIRO.

Irme quiero á la guerra de Granada.

MAYORDOMO.

Haréis muy bien; que quien amando yerra
Suele tener ventura por la guerra.

Salen Triso, Darinto, Pelasgo y Marfino, bárbaros.

TRISO.

Letras diz Frasio que son
Las negras de aquel escudo,
Fechas con agua y carbón.

DARINTO.

Pues ¿de quién saberlo pudo?

TRISO.

De su abuelo Meledón,
Que diz que á su padre oyó
Que otras pinturas que vió
El mismo nombre mostraban,
Y que éstas dinificaban
Lo que habramos vos y yo.
Y tornóme á rezomir
En que hay gente en otra parte.

MARFINO.

Un hombre siento groñir.

Sale Mileno con Brianda debajo del brazo.

MILENO.

Non tienes de qué acuciarte,
Que non te llevo á morir.

BRIANDA.

¿Pues habrá muerte mayor
Que ir en tus brazos?

TRISO.

¡Ay, cielo!
¿Quién face aqueste rumor?

MILENO.

Non vos yactéis por el suelo,
Ni se vos mengüe el valor;
Mileno soy, veisme aquí.

PELASGO.

¿Qué es lo que agarras así?

MILENO.

Un home del otro mundo,
Que deste valle profundo
Á los extremos subí.
Y mirando á todos lados,
Vide montes, vide sierras,
Ir arroyos despeñados
Á la reduenda otras tierras,
Otros valles y otros prados.
Paréceme que es mayor
El mundo. ¿Y qué mejor prueba,
Si queréis prueba mejor,
Que ver los homes que lleva
De este fermoso color?
Non somos desemejantes,
Ó allá menos el Sol turra;
Mas estos fatos galantes,
Por poco que se descurra,
Non facen más ignorantes.
¡Qué lindo vestido tien!

PELASGO.

¿Habra?

MILENO.

¡Pues no! como habráis.

MARFINO.

¡Oh tierra llena de bien!

MILENO.

Habra con él. ¿Qué cuidáis,
Que no os habrará también?

TRISO.

Home del mundo divino,
Rico de tales despojos,
Cual en jamás antes vino
Ni al oído ni á los ojos

De todo el valle vecino,
Dadnos nuevas de la tierra
Onde tal gloria se encierra.
¿Posible es que há tantos años
Que entre niebros y castaños
Vivamos en esta tierra
Sin haber visto algún home
De tu catadura y faz?
Non fabra; di que non tome
Pena.

MILENO.

Alégrate, rapaz.
Dinos la tu tierra y nome;
Que nosotros non sabemos
Que haya más mundo que el valle
Que entre aquestos montes vemos.

BRIANDA.

Aunque es bárbaro su talle, (Aparte.)
Son piadosos sus extremos.
¡Caso extraño! ¡Que esta gente
Entre aquestos montes viva
Sin dueño!

TRISO.

Así el Sol luciente
Segure tu faz altiva
De barba, y tu vida aumente
De suerte que á la cintura
Llegue el pelo branco y cano,
Que nos digas en qué altura,
En qué monte ó en qué llano
Fizo el Sol tu fermosura.
¿Hay otros cual tú ende allá?

BRIANDA.

¿Luego no habéis visto gente?

TRISO.

No más desta que aquí está;
Que de esa sierra la frente
Con la nieve en el Sol da.
Ni nosotros ni home alguno,
Ya padre ya agüelo sea,
Ha visto mundo ninguno.

BRIANDA.

¿Quién habrá que aquesto crea?

PELASGO.

Non te esquives importuno.

BRIANDA.

Serranos, qué ¿no sabéis
Cúya es la tierra en que estáis,
Ni el gran señor que tenéis?

TRISO.

¿Qué señor?

BRIANDA.

¿Luego ignoráis
El dueño que obedecéis?

TRISO.

Nosotros no conocemos
Otro Dios ni rey que el Sol,
Cada que encima le vemos.

BRIANDA.

¿Ni que es Fernando, español,
Vuestro Rey?

DARINTO.

Nada sabemos

TRISO.

¿Qué español?

BRIANDA.

El Rey de España.

TRISO.

¿Qué es España?

BRIANDA.

Aquesta tierra
Que el mar por mil partes baña.

TRISO.

¿Qué es mar?

BRIANDA.

El agua que encierra
El mundo en sí.

TRISO.

¡Cosa extraña!
¿España se llama el mundo?

BRIANDA.

No, sino una parte dél.

TRISO.

¿Parte dél? ¡Caso profundo!
¿Luego hay más que España en él?

BRIANDA.

Y aun otro mundo segundo
Que va á descubrir Colón.

TRISO.

¿Quién es Colón?

BRIANDA.

Un varón
Que otro mundo piensa hallar.

TRISO.

¿Por dónde va?

BRIANDA.

Por la mar,
Que todas las aguas son.

TRISO.

¿Será España del tamaño
De este valle?

BRIANDA.

¡Caso extraño!
Mas que cien mil valles es.

TRISO.

¡Santo Sol!

BRIANDA.

Santo Sol, pues.

TRISO.

No mientas.

BRIANDA.

Á nadie engaño.

TRISO.

Mira, que somos aquí
Doscientos homes y más.
¿Hay más en España? Di.

BRIANDA.

¿En tanta ignorancia estás?

TRISO.

Solos estos homes vi.

BRIANDA.

No hay lugar tan pequeñuelo

Que no tenga más dos veces.

TRISO.

¿Y hay muchos?

BRIANDA.

Cubren el suelo,
Como las aguas de peces,
Como de estrellas el cielo.
Ciudad hay que tiene en sí
Doscientos mil hombres.

TRISO.

¿Tantos?
¿Y caben juntos así?

BRIANDA.

Y muchos más.

TRISO.

¡Cielos santos!
¿Por qué entre montes nací?
¿Qué facen juntos?

BRIANDA.

Entienden
Cada cual en su ejercicio,
Que unos de los otros penden.

TRISO.

¿Y el Rey?

BRIANDA.

Es supremo oficio.
De escucharme se suspenden. (Aparte.)
Este Rey premia y castiga,
Defiende el mal, paga el bien.

TRISO.

Non sé, garzon, qué te diga.
¿Ese Rey acaso tien
Home que le contradiga?

BRIANDA.

Guerra tiene con un moro.

TRISO.

¿Qué es moro?

BRIANDA.

De ley contraria.

TRISO.

¿Y qué es ley?

BRIANDA.

La fe que adoro.

TRISO.

¿Qué es fe?

BRIANDA.

Cosa necesaria
Para salvarse.

TRISO.

Eso ignoro.
¿Quién se salva?

BRIANDA.

El buen cristiano.

TRISO.

¿Qué es cristiano?

BRIANDA.

El que la ley
De Cristo, Dios soberano,
Sigue, que es divino Rey,
Porque el nuestro es Rey humano.

TRISO.

¿Cristo es Dios?

BRIANDA.

Cristo bajó
De Dios, que es su Padre, al suelo,
Y á los hombres redimió,
Porque se cubrió del velo
Que de una Virgen tomó.

TRISO.

¿Qué es Virgen?

BRIANDA.

Su Madre Santa.

TRISO.

¿Como se llama?

BRIANDA.

María.

TRISO.

Homes, el garzón me espanta.

MARFINO.

Tan alta sabiduría
El mayor caletre encanta.

BRIANDA.

¿Cómo habéis vivido aquí,
Hombres, sin Dios y sin ley?
¿Y habláis castellano así?

DARINTO.

Dicen que fuyendo un rey
Vino á portar por aquí;
Y que ciertos labradores,
Ó soldados de una guerra,
Se encerraron en la sierra
Que miras

PELASGO.

Nuestros mayores
Nos dejaron esta tierra,
La cual, por estar cerrada
De peñas que al cielo llegan,
No fué jamás trascolada,
Porque las montañas niegan
Á esa España la pasada.
Aquí nos hemos criado:
Si la tu lengua sabemos,
Sin duda en tiempo pasado
Fuimos tales cual te vemos,
Y él mismo nos ha trocado.

BRIANDA.

Sin duda sois castellanos
De la perdición de España,
Que huyendo los africanos,
Cerrados de esta montaña,
Habitáis en estos llanos.

DARINTO

¿Qué tiempo habrá lo que narras?

BRIANDA.

Seiscientos años y más.
¿Tenéis casas?

PELASGO.

De pizarras
Por delante, y por detrás
Encobijados de parras.
Vive aquí por la tu vida,

Y enséñanos esas cosas.

BRIANDA.

No puedo.

TRISO.

¿Quién hay que impida,
Si aquí con gusto reposas,
Que aquí tu gusto resida?
Rey te faremos, y vive
Donde á vivir nos enseñes.

BRIANDA.

Cierta cosa lo prohibe.

MILENO.

¡Ay, por el Sol, non te alueñes,
Nin la tu merced se esquive!
Que aquí tendrás el cabrito
Y la manchada ternera;
Aquí el corderillo escrito;
Aquí la miel en la cera
Y la trucha en el garlito;
Aquí la castaña tiesa,
Á quien el erizo guarda;
La nuez, en su cárcel presa,
Y aquí, con la pera parda,
Tendrás la rubia camuesa.
Quédate, y di qué te falta.

BRIANDA.

En la montaña más alta
Un hermano me dejé

MILENO.

Pues calla, y por el iré.

Vase

MARFINO.

¿Qué ciervo así corre y salta?
¡Ea presto, le traerá!
Rey has de ser.

BRIANDA.

Bien está;
Digo que quiero ser Rey,
Y que os daré aquella ley
Que fué vuestro origen ya.
Que en sólo ese gran deseo,
Que fueron cristianos veo
Los hombres de quien venís.

PELASGO.

¿Que facéis, que non ceñís
Su testa de oro y poleo?

TRISO.

Ponle esta verde guirnalda,
Y, cantando, le llevad
Por esta arenosa falda.

PELASGO.

La canción encaramad,
Que pase al monte la espalda.

BRIANDA.

Cómo ¿instrumentos tenéis?
¿De qué las cuerdas hacéis?

MARFINO.

De culebras, en arroyos
Atadas, en fondos hoyos
Por cinco noches ó seis,
Aquéstos los nervos son
Secos al Sol.

BRIANDA.

¡Lindos son!

MARFINO.

Estos panderos facemos
De los pellejos que vemos
Más cortidos en facción.
Estas redundas son fajas
De fierro falladas ende
Por estas peñas más bajas.

DARINTO.

Si la ignorancia te ofende,
Conocemos tus ventajas.

Sale Taurina, bárbara.

TAURINA.

¿Que facéis de esta manera,
Batuecos homes, holgando?
Que Giroto, en la ribera
De este arroyo, está lidiando
Con una encantada fiera.
¡Ay Sol! ¿Otra estaba acá?

DARINTO.

¿Es como ésta?

TAURINA.

Aun es mayor.

PELASGO.

Pues vamos todos allá.

BRIANDA.

¡Si es don Juan!.....

TRISO.

No hayas pavor;
Que non te le matará.

Vanse los hombres.

TAURINA.

¿Eres home?

BRIANDA.

¿No lo ves?

TAURINA.

¿Quién te trujo aquí?

BRIANDA.

Mileno,
Que así le oí nombrar después.

TAURINA.

¿De cuál cielo tan sereno
Pusiste en tierra los pies?

BRIANDA.

Desde Alba vine aquí.

TAURINA.

Bien se cata en tu arrebol
Que vienes de Alba.

BRIANDA.

¡Ay de mí!

TAURINA.

Porque quien no fuera sol,
No saliera de Alba así.

Mas en tus facciones bellas
Face el cielo maraviellas,
En que ya de Alba has venido,
Pues con ser el Sol salido,
Se ven en ti las estriellas.

BRIANDA.

Traigo mi sol eclipsado
De llanto.

TAURINA.

Rempujas bien;
La ocasión de todo has dado,
Que las estriellas se ven
En estando el Sol turbado.
Y de aquí gosto que arguyas
Que si tú non le turbaras,
No hobiera visto las tuyas;
Que si en su fuerza miraras,
Turbáranme luces suyas.
Dichoso el famoso suelo
Donde así los homes son:
Mas como su bien recelo,
Que en ser de Alba, eres garzón
De linda parte del cielo.

BRIANDA.

¿Cómo en tanta rustiqueza
Tales ingenios tenéis?

TAURINA.

Porque enseña la cabeza,
Y acucia el punto que veis
La ruda naturaleza.
Si canta, cuando ama el ave,
Són más craro y más suave,
¿Qué mocho que una mojer,
Que tal gloria acierta á ver,
Sepa más de lo que sabe?

BRIANDA.

Pues ¿qué gloria ves en mí?

TAURINA.

La que non miré jamás,
Ni por estos valles vi;
Pues el pracer que me das,
Ya me sonsaca de mí.
Encia tus ojos me estiras,
De guisa, que me desgarras
El esprito que me tiras:
Semejo que tienes garras
En los ojos con que miras.
¿Podríate yo tocar?

BRIANDA.

Bien podrás seguramente.

TAURINA.

¿É dejaráste catar?

Tómala la mano.

BRIANDA.

La mano basta, detente.

TAURINA.

Parece fojas de azar.
Yo cato por casos llanos.
¡Que esta nieve tenga enojos
Con tus ojos soberanos!
Que á verla el sol de tus ojos,
Te derritiera las manos.
Deja que apegue la boca
Para temprar en la nieve
El fuego que me provoca
Cuidará el alma que bebe
La branca nieve que toca.

Bésala la mano

¡Qué pellejo tan sotil!

BRIANDA.

Don Juan tarda: algo recelo.

TAURINA.

Parece que en pardo Abril
Bebí la lluvia del cielo
En un vaso de marfil.
¿Haste de quedar acá?

BRIANDA.

Si viene el hermano mío.

TAURINA.

Cuido, que en tu acato está.

Salen don Juan, Giroto, Triso y los demás.

GIROTO.

Non ficiera el desafío,
Si él se me rindiera allá.

DON JUAN.

Ni yo me rindiera á ti,
Que soy caballero noble.

TRISO.

El tu hermano viene aquí.

GIROTO.

Esa tu punta y mío roble
No se igualaban allí.

BRIANDA.

Hermano don Juan.

DON JUAN.

¡Hermano!
¿Es posible que te veo?
¡Oh cielo, á mi llanto humano!
Este solo bien deseo
De tu poder soberano.
Agora entre monstruos fieros,
Entre sangrientos leones,
Entre enemigos aceros,
Entre bárbaras naciones
Me dan gloria esos luceros.
¿Sabes, mi bien, dónde estás?

BRIANDA.

Habla bajo, que esta gente
Sabe mucho y siente más.

DON JUAN.

De este bárbaro valiente
No me pude huir jamás;
Que me persiguió de suerte
Que, á no llegar los que ves,
Lloraras, amor, mi muerte.

BRIANDA.

Háblalos, don Juan, cortés.

Y nuestro peligro advierte;
Que es la cosa más extraña
Y la mayor maravilla
Que has visto.

DON JUAN.

¿Cómo?

BRIANDA.

En España,
Y en el riñón de Castilla,
Encierra aquesta montaña
Gente que, en fin, descendió
De los fugitivos godos,
Cuando España se perdió.

DON JUAN.

Y ¿hay más que éstos?

BRIANDA.

Habrá en todos,
Si el mayor no me engañó,
Doscientos hombres y más.

DON JUAN.

¡Cosa no vista jamás,
Ni imaginada en España!
Pero tal es la montaña
Que habemos dejado atrás,
Que, según tengo mirado,
Hace un castillo cercado
De peñas que al cielo llegan.

BRIANDA.

Que los enseñe, me ruegan,
Y reduzga á buen estado.
Porque no saben que hay Dios,
Ni más mundo que este valle.

GIROTO.

¿Qué están habrando los dos?

TRISO.

Algo debe de contalle
Del valle, de mí y de vos.

DON JUAN.

¿Á quien contarán, Brianda,
Que entre Alba y Ciudad Rodrigo
Gente sin Dios ni ley anda,
Haciendo á este valle abrigo
Montes de una y otra banda,
Que lo tuviera por cierto?
¡Y que en aquesta montaña
Vivan en tal desconcierto,
Desde que tomó en España
Tarife, de África, puerto!
Pero parece que el cielo,
Cuando el Católico Rey
Destierra, con aquel celo
Que ensalza de Dios la ley,
Los moros que á nuestro suelo
Trujo el conde don Julián,
Quiere que estos castellanos,
Que desde entonces están
Sin saber que son cristianos,
Sepan que perdidos van.
Y no sin causa ha querido
Que nos hayamos perdido,
Para ganar estas gentes,
De cuerpos y almas presentes,
Al cielo y Duque ofendido.
Pues damos, como en las palmas
En los páramos y calmas
De un monte, para obligallos,
Al Duque tantos vasallos,
Y al cielo otras tantas almas.
¿Has dicho que eres mujer?

BRIANDA.

¿Eso había de decir,
Que era echarnos á perder?

DON JUAN.

Aquí habemos de vivir:
Bárbaros hemos de ser;
Que el cielo, que aquí nos puso,
Nos enseñará el camino
De lo que su Autor dispuso.

BRIANDA.

Que murmuran imagino
De este nuestro hablar confuso:
Su Rey me han hecho y maestro.

DON JUAN.

Sigue el hado que nos guía.
Contóme el intento vuestro
Mi hermano Celio, y quería,
Pues es tan sabio y tan diestro,
Que le oigáis y obedezcáis.

GIROTO.

Non hay cosa que queráis,
Que non la fagamos todos;
Que en decir que somos godos,
Alta honoranza nos dais.
Decidnos ende las cosas
Que sabéis de nuestro origen,
Tan raras y fazañosas.

DON JUAN.

Hermano, pues Rey te eligen
De estas montañas famosas,
Entretanto que el furor
Pasa de los Duques de Alba,
Aquí estaremos mejor.

BRIANDA.

Tu vida defiende y salva,
Y de mí no hayas temor.
Que si mil años viviese,
Estos peñascos nevados,
Y de estos obscuros prados
Sola la hierba comiese,
Viendo tus ojos amados,
Mostrase tener deseo
De lo que perdí.

DON JUAN.

¡Mi bien!
Así de tu amor lo creo.

TRISO.

Celio, á coronarte ven
De verde salvia y poleo.

BRIANDA.

Yo lo haré, pero es razón
Que en tanto que la instrucción
Os doy para ser cristianos,

Como los godos hispanos
De vuestra antigua nación,
Adoréis la señal santa
Con que Dios nos redimió.

GIROTO.

¿Qué señal?

BRIANDA.

Una que espanta
Al que del cielo cayó,
Por ser su soberbia tanta.
Venid, que de aquel serbal
La haré, juntando dos ramas.

DARINTO.

Triso, ¿quién cuidara tal?

TRISO.

El Sol non vierte más llamas
De su boca celestial.
Vamos.

GIROTO.

Encia aquella malva
Hay una gran serbalera.

DON JUAN.

Ya eres Rey, mi vida salva.

BRIANDA.

¡Si de Castilla lo fuera!.....

DON JUAN.

¿Qué me hicieras?

BRIANDA.

Duque de Alba.

Vanse.

Sale Geralda, huyendo de Mendo.

GERALDA.

Home, ¿qué quieres de mí?

MENDO.

Detente, serrana, un poco;
Mira que me llevas loco
Por estas peñas tras ti.

GERALDA.

¿Quién eres? Detente allá.
Toda entelerida estó.

MENDO.

Hombre soy, hombre soy yo;
Escucha, llégate acá.

GERALDA.

Bien cuido en tu fabla y talle
Que eres home, mas non vi
Home que semeje á ti
En cuantos sostienta el valle.

MENDO.

No soy de este valle, no,
Porque á la Peña de Francia
Por un caso de importancia
Íbamos un hombre y yo.
Y en esta fragosa sierra
Voy perdido desde ayer,
Que fuí á buscar de comer.
¿Qué infierno es éste, ó qué tierra?
Que sólo por no quebralle
La ley de hidalgo, que debo
Á un amigo tal, me atrevo
Á descender á este valle
Por peñascos tan cerrados,
Que volverlos á subir
No espero, sino morir
En la arena de estos prados.
¡Válgame Dios, que es mirar
Al cielo desde este suelo!
Las peñas tienen el cielo,
Y el cielo parece un mar.
Entre las nubes se embebe
Su extremo, y acá están ellas
Cargándose las estrellas
Sobre sus hombros de nieve.
¡Si de aquel gigante el celo
Fuera verdad! Éstos son
Los montes con que Tifón
Quiso conquistar el cielo.
¿Posible es que yo he bajado,
Y á tal cosa me he atrevido?
¡Oh amistad, cuánto has podido
En un pensamiento honrado!
Dime, serrana, qué, ¿aquí
Habita gente?

GERALDA.

Hasta agora
Non había coidado en sora,
Que se trascolaba allí.
¿Luego hay hombres por allá?

MENDO.

Sin duda no ha visto gente,
Que este monte con la frente
Escalando el cielo está.
El traje y lengua es extraña,
Aunque buen talle de moza.
¿Tienes muy lejos la choza?

GERALDA.

So faldas de esta montaña.
Y á la fe, si me atreviera,
Que por vuesa coita ya
Os encarrillara allá,
Y algo de yantar os diera.
Mas non sé.

MENDO.

No hayas temor,
No te desvíes.

GERALDA.

Non puedo
Asegurarme tan cedo
Del concebido temor.
Si os miro, y os voy á habrar,
La mía pranta se me amuzga,
Porque el esprito remuzga
Que me venís á matar.

MENDO.

Llégate acá.

GERALDA.

Tengo empacho.

MENDO.

Yo te tocaré.

GERALDA.

Eso non.
Non me pecilguéis, garzón,
Retiradvos ende un cacho.

MENDO.

¡Extraña rusticidad!
Llega, y en quien soy repara,
Tienta las manos, la cara.

GERALDA.

Hombre es por la mía verdad;
Ya vos pierdo el pavorío.

MENDO.

Todas las cosas tratadas
Espantan menos.

GERALDA.

Á osadas,
Que me paga el vueso brío,
Y á non querer con presura
Un garzón del mío tamaño,
Vos amara todo hogaño
Por la vuesa catadura.
Mas en quizá no os verá,
Que yo vos esconderé.

MENDO.

No puedo tenerme en pie;
Algo de comer me da.

GERALDA.

Cansado debéis de estar;
Venid á la choza mía,
Que coido que vos podía
Desfaller el non yantar;
Que después me compriréis
Un antojo que me ha dado.

MENDO.

No hay sin comer buen soldado.

GERALDA.

Buena persona tenéis.
Cuando no estéis aterido,
Nos casaremos los dos;
Que quiero parir de vos
Un home tan bien vestido.

Vanse.

Salen Taurina y Adulfo.

TAURINA.

Yo estó, Adulfo, en este triste estado.

ADULFO.

¿Tan presto amaste un home de otro mundo?

TAURINA.

Si su fermosa faz has preñotado,
Non te parecerá mi error profundo.

ADULFO.

Fermoso por mía fe, ya te he habrado,
Y es algo más repuesto que el segundo:
Yo tengo de servirte; coida en sora
Lo que intentas facer si te enamora.

TAURINA.

Aunque hay en este valle fechiceras
Que derruecan los árboles y mieses
Con nubes que respingan troncaderas,
Granizos, con que adarvan nuesas reses,
Y facen aparir por las riberas
Fantasmas de la altura de cipreses,
De sangre la reduenda Luna afeitan
Y en secar á los homes se deleitan;
Á ninguna de todas he querido
Contar el pensamiento que me acucia,
Porque en tu ciencia en soras he tenido
Dende que te conozco más fiducia:
Aquel mancebo, por mío mal venido,
Aquella cara desbarbada y lucia
Me tiene tal, que pierdo, Adulfo, el tino.

ADULFO.

Ya sé lo que es amor.

TAURINA.

De amor me fino.
Toma mi manso enzamarrado en lana
Y la cabra mejor del fato mío,
Si le cataste ayer por la mañana
Bebiendo el agua del arroyo frío;
Toma, Adulfo, un costal de nuez temprana,
Ó para tu mujer, ó tu amorío,
Un huso de serbal con una rueca
Que non la tenga tal fembra en Batueca,
Y remedia el dolor que así me acosa
De este garzón.

ADULFO.

Sin interés, Taurina,
Faré que goces de la faz fermosa,
Que así pecilga tu ánima mezquina.
Vete detrás de aquella falla umbrosa,
Que baña esa fontana en prata fina;
Que yo te llamaré quien presto faga
El saludable emplasto de tu llaga.

TAURINA.

Pues ende me retiro por un cacho,
Vé en tanto coida la encomienda mía.

Vase.

ADULFO.

Descoida que te arriedre de ese empacho,
Antes que el Sol en nube esconda el día.
¡Oh tú que en forma de barbudo macho
Sueles venir á la presencia mía,
Fantasma que non sé cómo te nombras,
Mas sé que eres señor de negras sombras!
Así llegue el Invierno, en que tan largas
Serán las noches, porque de ellas goces,
Que des remedio á penas tan amargas
En tocándote el eco de mis voces:
Si yo fago por ti cuanto me encargas
Y te doy los espritos más feroces,
¿Qué mucho que me abrandes este pecho,
Pues es de carne y no de peñas hecho?

Sale un demonio en forma de sátiro, media máscara hasta la boca, con cuernos; hasta la cintura, un desnudillo de cuero blanco, y de la cintura á los pies, de piel, á hechura de cabrón, como le pintan.

DEMONIO.

Ya no me pidas, Adulfo,

Que á tus preguntas acuda
Con el gusto que solía,
Sin replicarte á ninguna.
Ya no me pidas que forme
Tempestades, cuya furia
Abrasen los verdes campos
Y los ganados destruyan.
Ya no me pidas que escriba
Letras en la blanca Luna,
Y que en nublados al Sol
Tiña la cabeza rubia.
No me pidas que enternezca
La voluntad, que más dura
Se resiste á quien la adora,
Y que mi fuego la infunda,
Porque me voy de esta tierra,
En cuya verde espesura
Estuve seiscientos años
Con tan próspera fortuna,
Y en quietud, cuando Rodrigo
Por una loca hermosura
Rindió la mísera España
Á la africana coyunda.
Y de aquí salgo en el tiempo
Que Isabel, Judic segunda,
Mi cama, como á Holofernes,
Baña de sangre de injuria.
Mujer me dió grande parte
De España, y mujer procura
Quitármela; que mujer
Fué siempre mi desventura.
No me voy de este rincón,
Cuyas campañas profundas
Cerró la naturaleza
De estas nevadas columnas,
Porque aquí viene Isabel;
Que de Isabel la hermosura,
Del moro en Granada, ahora
Está eclipsando las lunas:
Voyme porque en estos riscos
Apenas hay peña alguna
Donde no estén los dos palos,
Que por dármelos se cruzan.
Esta fiera que ha venido
Ha dado en esta locura.
¡Dos mil señales ha puesto!
Dame licencia que huya;
Que tienen tanto poder
Desde aquella sangre pura
Que los convirtió en el mundo,
Que por su coral me apunta
El hombre, y nunca me yerra;
Que apenas el alma escuda
Con esta ballesta santa,
Cuando mis ojos deslumbran.
Todos cuantos palos ves
Por estas peñas desnudas,
Tantas flechas me han tirado
Aquellas manos injustas.
Nuestra amistad se acabó:
Así los tiempos se mudan.
De un Alba seréis vasallos,
Que el Sol de Cristo os anuncia.
Ya no nos veremos más:
Una mujer fué la culpa.
¡Seis siglos os engañé!
¡Cristo vive, su cruz triunfa!

Vase.

ADULFO.

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
¿Qué extrañas enigmas son
Las que esta tosca visión
Tan pavorida ha propuesto?
Non entiendo lo que dice,
Pero entiendo que se va.

Sale Taurina.

TAURINA.

¿Fizo mi remedio ya?

ADULFO.

Lo que me acuciaste fice;
Pero la negra figura
Que me suele responsar
Dice que de este llogar
Fuye con grande presura.
Y aunque me endona razón,
Coido que non hay persona
Que de la razón que endona
Encalletre la ocasión.
Sólo diz que esta señal
Que en estas peñas se ha puesto
Su poder ha descompuesto.

TAURINA.

¿Qué señal, Adulfo? ¿Cuál?

ADULFO.

Esos dos palos cruzados
Que por las peñas se ven.

TAURINA.

El fechicero también
Enjurió los míos cuidados.
Ya iba buscando remedio
Á la coita que esperaba.
¡Hoy mi esperanza se acaba!
¡Fiero amor, matada quedo!
¿Eso tu amigo responde?
Duro amor, mío fin procuras;
Que para tus mataduras
Non hay remedio que bonde;
Mas si pregar y prañir
Mueven y facen, coitado,
Un quillotro encaramado
En porfiar y rehortir,
Yo prañiré de tal suerte
Que te mueva, cielo mío;
Que si non en ti confío
En cucia estó de la muerte.

Salen Brianda, D. Juan, Triso, Pelasgo, Marfino y Darinto.

BRIANDA.

Estas señales son las que os he dicho

TRISO.
Las señales que dices adoramos,
Y nos parecen bien por estos montes.
TAURINA.
Aquí viene el mío bien, Adulfo amigo.
¿Non es bello el garzón?
ADULFO.
¡Qué lindos homes,
Taurina, que sostienta el otro mundo!
BRIANDA.
La ley que os digo tiene el Duque de Alba,
Que es señor de esta tierra y de otras muchas.
DON JUAN.
Valdecorneja es otro hermoso valle,
Donde hay ricos valles, y los pueblan
Gente como nosotros; y sin esto,
Marqués de Coria, que en Extremadura
Es antigua ciudad.
MARFINO.
Qué, ¿hay tanto mundo?
DON JUAN.
Conde de Salvatierra se apellida
Fuera de los lugares que os he dicho:
Aunque, por cierto, que no debe el Duque
Tener en menos este valle extraño,
Donde cosa tan rara ha sucedido.

Hágase dentro un gran ruido y salgan por entre los árboles del monte llamas.

PELASGO.
¡Válgame el Sol! ¡Qué truenos! ¡Qué ruido!

Dentro.

Ya nos vamos, ya nos vamos.
DARINTO.
Que se van dicen. ¿Quién son?
PELASGO.
¡Qué voces! ¡Qué triste són!
MARFINO.
Llamas echan de los ramos.
TRISO.
La misma nieve se abrasa.

Dentro.

Por unos hombres extraños
Echáis de seiscientos años
Huéspedes de vuestra casa.
DON JUAN.
No temáis, que aquéstos son
De aquella cruz enemigos,
Que, temiendo sus castigos,
Huyen su hermosa visión.
Dicen que há seiscientos años
Que engañados os tuvieron,
Y por esta cruz perdieron
El logro de sus engaños.
Á nosotros nos creed,
Y dejaldos donde van.
MARFINO.
¡Extraño pavor nos dan!
DON JUAN.
Esta defensa tened.

Sale Giroto con un bastón, siguiendo á Geralda y á Mendo.

GIROTO.
¿En el mío lecho? ¡Por el cielo santo,
Que vos he de facer un despachurro,
Como si vos tolleran con un canto!
GERALDA.
Non faré poco si de ti me escurro.
MENDO.
¡Detente, bestia!
GIROTO.
Huésped, no me espanto;
De tu facienda la maldad aburro.
¿Di quién te trajo aquí?
BRIANDA.
¿Qué es esto, fiero?
GIROTO.
Fallé en mi lecho un vueso compañero.
DON JUAN.
¡Mendo!
MENDO.
¡Don Juan!
DON JUAN.
Primero á Celio abraza:
Celio se llama ya quien sabes.
MENDO.
Digo
Que el cielo el bien de aquesta gente traza.
DON JUAN.
¿De qué te quejas tú, Giroto amigo?
GIROTO.
El brazo que la muerte le amenaza
Suspendo por vosotros, y el castigo.
Falléle, por lo menos, en la falda
De esta mujer.
BRIANDA.
¿Es tu mujer Geralda?
GIROTO.
En soras non.
BRIANDA.
Pues en el otro mundo
Sólo el marido es agraviado.
GIROTO.
¡Bueno!
Cuando yo tengo amor, en razón fundo;
Que me toca el agravio de home ajeno.
MENDO.
Bajando deste valle á lo profundo,
Más de cansancio que de agravio lleno,
Esta serrana hallé, que, condolida,
Puedo decir que restauró mi vida.
No estaba para agravio, ni he pensado
Más que en volver á mi perdido aliento.
DON JUAN.
Con él es bien que estés desengañado.
GIROTO.
Nunca el amor se desengaña á tiento.

Triso, no tengo de esta gente agrado.
TRISO.
¿Qué conjuñas?
GIROTO.
Traición ó fingimiento.
Uno á uno descienden de la sierra.
TRISO.
¿Qué nos querrán facer?
GIROTO.
Emprender guerra.
Ellos tienen espadas guinchadoras,
Que así las llaman ellos.
TRISO.
Verdad crara.
GIROTO.
Mas que dormiendo qual que vez en soras,
La traición que te digo se decrara.
TRISO.
Éste que se escondió tan á deshoras,
Y non vino con éstos cara á cara,
Me ha causado pavor.
GIROTO.
Mileno viene.

Sale Mileno.

MILENO.
Conté del monte cuantas peñas tiene.
BRIANDA.
¡Oh, Mileno, qué en vano te has cansado!
Aquí mi hermano está, y aun ha venido
El amigo que ves.
MILENO.
Asaz me he holgado.
GIROTO.
Corrido, Triso, estoy de haber temido;
Venga del otro mundo conjurado
El mayor capitán, el más locido;
Venga su Duque de Alba y su Fernando,
Mientras los nervios destos brazos mando.
MILENO.
Batuecos, non estéis en la tratanza
De rey que vos gobierne.
DARINTO.
Sí queremos.
MARFINO.
Todos lo codiciamos á bastanza.
TRISO.
Pues á la guisa nuesa le llevemos;
Suenen los estrementos, faced danza,
Cantinelas faced.
MÚSICOS.
Delio, cantemos.
TRISO.
Y tú, Delio, de adelfa coronado,
Canta en la alfombra de este verde prado.
CANTA UNO.
Al Rey castellano,
Que le guarde Dios.
OTRO.
Al Rey que ha venido,
Más bello que el Sol,
Todos juntos digan:
TODOS.
Que le guarde Dios.
UNO.
Corone su frente
De olorosa flor
El valle, diciendo:
TODOS.
Que le guarde Dios.
UNO.
¡Viva el Duque de Alba,
Que es nuestro señor!
Digan sus vasallos:
TODOS.
Que le guarde Dios.
UNO.
Montes de Batueca,
Que de nieve sois,
Decid humillados:
TODOS.
Que le guarde Dios.
UNO.
Al Rey castellano,
Más bello que el Sol,
Todos juntos digan:
TODOS.
Que le guarde Dios.

ACTO TERCERO.

Salen Ruiz Páez, mayordomo del Duque de Alba, y Ramiro de Lara.

MAYORDOMO.
¡Mil veces en hora buena
Vengas, Ramiro de Lara!
RAMIRO.
¿Quién alegre te mirara,
Alba de mi sol serena?
¿Quién te viera con el gusto
Que cuando miraba en ti
La hermosura por quien fuí
Soldado de mi disgusto?
MAYORDOMO.
Qué ¿no ha podido la guerra
Vencer el pasado amor?
RAMIRO.
Renueva el alma el dolor
A la vista de esta tierra.
MAYORDOMO.
¿Viene el Duque mi señor?
RAMIRO.
Hallóse el Duque en Granada;

Que no le sufrió la espada
Tener atado el valor.
Pero haciendo como aquel
Que alrededor de su escudo
Poner las banderas pudo
De tanto alarbe cruel,
Fué de una saeta herido,
Saliendo de Santa Fe,
De un bencerraje, que fué
Del Duque entonces vencido.
Cuya enfermedad y herida
A hacer voto le obligó,
Cuando en el trance se vió
Último fin de la vida,
De ir á la Peña de Francia
Antes que su casa viese;
Y que yo solo viniese,
Le pareció de importancia,
A avisar á mi señora
Por las cartas que la he dado.

MAYORDOMO.

Vos venís un gran soldado.
Vámonos juntos agora;
Que quiero besar las manos
Al Duque, y llevar de casa
Ropa y regalos.

RAMIRO.

Él pasa
De Peñaranda á los llanos;
Esta tarde va á dormir
Dos leguas de Salamanca;
Haced llevar ropa blanca,
Y aun alguna de vestir,
Por si se quiere mudar
De las galas de soldado.

MAYORDOMO.

Ya estoy, Ramiro, avisado
De lo que manda llevar;
Que mi señora me dió
Orden de lo que he de hacer.

RAMIRO.

Alba, ¿por qué os vuelvo á ver
Después que mi sol faltó?
Decid, Ruiz Páez, ¿jamás
Se supo de esta mujer?

MAYORDOMO.

No se ha podido saber
De ella y de su amante más
De que ciertos labradores
Los vieron poca distancia
De la alta Peña de Francia.

RAMIRO.

¡Desdichado fin de amores!
Iríanse á Portugal.

MAYORDOMO.

Donde quisieren estén.

RAMIRO.

Con las memorias del bien
De nuevo se siente el mal.

Vanse.

Salen cuatro villanos del Castañar, lugar al pie de la Peña de Francia; son Belardo, Lucindo, Valerio y un Alcalde.

ALCALDE.

Mira bien lo que dices.

BELARDO.

Verdad digo,
Y que subiendo al monte mi ganado,
Que el cabrío, de peñas siempre amigo,
Andaba de unos pámpanos colgado,
Vi á la sombra de un verde cabrahigo
Un monstruo, un hombre, un animal sentado.

LUCINDO.

Animal, monstruo y hombre; ¿de qué modo?

BELARDO.

Porque me pareció que lo era todo.

LUCINDO.

¿Tenía barbas?

BELARDO.

Sí, barbas tenía.

LUCINDO.

Mira no fuese acaso alguna cabra.

BELARDO.

¿Cabra? ¡Oh, qué lindo! Hablaba y respondía,
Y le pude entender una palabra.

VALERIO.

¿Pues qué te dijo?

BELARDO.

Al tiempo que subía,
Detrás de una salvaje cornicabra,
Me dijo: «Hola, pastor, escucha.»

VALERIO.

¿Y luego?

BELARDO.

Volé, como cohete á quien dan fuego.

ALCALDE.

¿Por qué no respondiste?

BELARDO.

Si me diera
Lugar el miedo de mirar su talle,
No hay duda que le hablara y respondiera,
Pero no me atreví ni aun á miralle:
Una como esta nunca vista fiera
Subió á los montes desde el hondo valle,
Habló con un pastor el otro día
Y le pidió del vino que tenía.

ALCALDE.

Nunca jamás al valle ha descendido,
Ni de este pueblo, ó de otro comarcano,
Hombre, por más ligero y atrevido
Que fuese, ni lo oí de algún anciano,
Como éste, ni aun por señas lo he sabido,
Que habite nadie en su profundo llano.

LUCINDO.

Estos días, Alcalde, solamente
Ven los pastores luces y oyen gente.
¿Qué tenía, Belardo, el que tú viste
Que fuesen señas de hombre?

BELARDO.

Barba y cara,

Piernas, brazos y voz.

LUCINDO.

¿Qué hablar le oiste?

BELARDO.

No presumáis de mí que os engañara:
Pieles de jabalí y de ciervos viste,
Cual suele el segador el antipara;
Con cuerdas las abarcas encordela,
Con que por nieve y peñas trepa y vuela.

ALCALDE.

Á fe que no está solo, y que sospecho
Que, como cuando se nos va de casa
Un gato al monte, y queda montés hecho,
La caza mata y la campaña arrasa,
Así el que de estos hombres, por despecho,
De alguna villa al monte y valle pasa,
Se volverá también hombre salvaje,
Y matará quien á su choza baje.
Necesario será que el pueblo ordene,
Pues es el Castañar de los honrados
Que la Peña de Francia en sus pies tiene,
Un capitán valiente y cien soldados
Que pase al valle por donde éste viene:
Que pues él pasa, pasarán guiados
Del más diestro pastor de aquesta tierra.

LUCINDO.

Será muy justa y conveniente guerra.

BELARDO.

Y si éste fuese algún demonio acaso,
Que os quisiese engañar y descendiros,
Donde, después que os viese en aquel raso,
Podiese á su contento sacudiros,
¿Paréceos que hay por donde dar un paso
Ni polea después con que subiros?

VALERIO.

Para eso vaya el cura y la cruz lleve.

BELARDO.

No podrá descendir por tanta nieve.

LUCINDO.

¿Quién será capitán?

ALCALDE.

¿Quién tiene brío
Como tú para serlo, y más ventajas
Para bajar del monte al valle frío,
Tú que los nidos de las torres bajas?

LUCINDO.

Pues, alto, yo lo acepto.

VALERIO.

En Dios confío
Que los has de vencer.

LUCINDO.

Tocar las cajas.

BELARDO.

¿No te pondrás galán?

LUCINDO.

Veráslo agora.

BELARDO.

Mas que se torna loca en verte Flora.

Vanse.

Salen D. Juan y Brianda, vestidos de bárbaros.

DON JUAN.

Gran soledad se padece.

BRIANDA.

Notable pena me da.

DON JUAN.

Bárbaros estamos ya.

BRIANDA.

Hasta el alma lo parece.

DON JUAN.

Ya no hay vestido ni cosa
De las que habemos traído.

BRIANDA.

Conforma al alma el vestido.

DON JUAN.

¡Oh soledad rigurosa!
Por esos montes subí,
Cansado de estos villanos,
Desde cuyos cortos llanos
Dos pastores descubrí;
Pero ninguno esperó,
Espantados de mi traje,
Porque del mismo lenguaje
Nigún hombre se espantó.
Pienso que si en este estado
El noble Duque nos viese,
Á compasión se moviese,
Y que del yerro pasado
Nos concediese perdón.

BRIANDA.

Yo, puesto que estoy contigo,
Que te veo, gozo y sigo,
Que de amor las glorias son,
Siento el vivir como fiera,
Sin Dios, sin iglesia y ley,
Porque no fuera su rey,
Sino quien la mayor fuera.
¿Qué haremos para alcanzar
Perdón del Duque ofendido?

DON JUAN.

Mendo otra vez, atrevido,
Los montes quiere trepar,
Para ver si algún pastor
Sabe si el Duque está en Alba.

BRIANDA.

¿Há mucho?

DON JUAN.

Desde hoy al alba.

BRIANDA.

Débesle notable amor;
Que no sé yo cuál amigo
Su patria y casa dejara,
Y hasta el mismo sér trocara,
Sólo por vivir contigo;
Que tú ya tienes aquí
Aquello de que has gozado.

DON JUAN.

Aquel escudo pintado
Y aquella lanza le dí
Que aquel cadáver tenía

De aquel sepultado godo;
Que lo habrá menester todo
Si en los pies no se confía.
¡Quiera Dios que halle camino
Como salgamos de aquí!
Taurina viene.

BRIANDA.

¡Ay de mí!

DON JUAN.

Ha vuelto á su desatino.

BRIANDA.

Estos días ha tornado
A rogarme que la quiera,
Y en una extraña quimera,
Para hacerme fuerza, ha dado.
¿Triso no baja con ella?

DON JUAN.

Triso viene.

BRIANDA.

Pues verás
Si puede llegar á más
La desdicha de mi estrella.

Salen Triso y Taurina.

TRISO.

Como nos has enseñado,
Celio, tantas cosas buenas,
Y en Batueca á duras penas
Hay luz del error pasado,
Á todos ha parecido
Que porque de tu saber
Pueda este valle tener,
Que has con tu ciencia enlocido,
Siempre de ti socesión,
Gustes de tomar estado;
Porque non siendo casado
Non tendrás satisfacción.
Y así, habiendo de elegir
Para tu merecedura
Mujer de igual catadura,
Sabia en amar y servir,
Habemos ende pensado
Que percolles á Taurina,
Non porque fué mi sobrina,
Ni haberme ella quillotrado,
Son porque es la más erguida,
De mejor caletre y talle
Que yace moza en el valle,
Y está del tu amor ferida.
Condiciones que, á decir,
Son con la tuya ajustadas,
Farán bienaventuradas
Las horas de tu vivir.
Non hayas miedo que gruñas
Si á tu posada la llevas;
Que allá verás, si la pruebas,
Qué tomo de moza empuñas.
Ensuélvete, así te goces:
Haz cuenta que suegro soy.

BRIANDA.

Gracias, ¡oh, Triso! te doy
Por el bien que en mí conoces
Y el buen crédito que tienes;
Y á Taurina muchas más,
De quien informado estás,
Y por quien á hablarme vienes.
Es justa proposición,
Y en extremo estoy contento
De que tan buen casamiento
Se ponga en ejecución.
Mas debes considerar
Que se ha de guardar en todo
Aquel orden, traza y modo
Que allá solemos usar.

TAURINA.

Cada que cumpra á tu honor
Alguna cosa emportante,
Me fincarás tan constante
Como en el pasado amor.
Que non quiero mayor palma
Que ver que me quieres bien,
Y que atranques el desdén
Que me trascolaba el alma.

DON JUAN.

Brianda, ¿cómo prometes
Casarte?

BRIANDA.

Déjame á mí.

TRISO.

Celio, lo que importa di
Para que su mano acetes;
Que si es dote, non sé yo
Quién de la nuesa pobreza
Te podrá dar más riqueza.

BRIANDA.

No reparo en eso, no.

TAURINA.

Yo te daré todo un prado
De feno en hasta la cinta,
Que la Primavera pinta
De flor el Abril rosado.
Daréte un arroyo fresco
Que crucia de un monte á otro,
Donde con caña y quillotro
Truchas salmonadas pesco.
Daréte cien avellanos,
Treinta castaños y más,
Que desde aquí los verás
En aquellos verdes llanos.
Daréte cien reses grandes
Y cuatrocientas pequeñas,
Tan mansas, que con tus señas
El ir y venir las mandes.
Daréte dos chozas buenas,
No pajizas ni ahumadas,
Y en carrascas acopadas
Veinte corchos de colmenas.
Lino y cáñamo sé hilar,
De que son los camisones
Que á las vegadas te pones;
Y también te quiero dar,
Para que veas si es justo

Quererme más tiernamente,
Un alma que eternamente
Viva en la ley de tu gusto.

BRIANDA.

Quererme, Taurina, bien
Es el dote que yo estimo;
Pero mi hermano y mi primo
Saben que ha de ser también;
Y es que cuando allá se casa
Algún rey ó gran señor,
A quien le iguala en valor
Da cuenta de lo que pasa.
De suerte que es menester
Hacer primero la salva
Al famoso Duque de Alba.

TAURINA.

Pues ¿cómo lo ha de saber?

BRIANDA.

Enviando un mensajero
Que de esas montañas pase;
Que en diciendo que me case,
No hay más, por mujer te quiero.

TRISO.

¿Está cerca este lugar?

BRIANDA.

Preguntando irá muy presto.

TAURINA.

¿Quién será, tío, indispuesto
Para que le vaya á habrar?

TRISO.

Mileno ó Giroto creo
Que irán, por quererte bien.

TAURINA.

Pues vámoslos á habrar.

TRISO.

Ven.

TAURINA.

¡Adiós, ojos con que veo!

BRIANDA.

¡Adiós, dulce gloria mía!

TAURINA.

¿Non oyes aquel requiebro?
¿Qué dura faya, qué niebro
Non se desquillotraría?
Non me guarde Dios, amén,
Si non te adoro, míos ojos.

BRIANDA.

Tú me quitas mil enojos
Con ver que me quieres bien.

TAURINA.

¿Cuándo, Celio, será el día
Que te percolle en míos brazos?
Si non te fago pedazos,
Non logre la vida mía.
Que si una vez tu cenceño
Cuerpo mi cuidado apaga,
Non habrá perro que faga
Más caricias á su dueño.

Vase con Triso.

BRIANDA.

A buscar parten contentos
Para el Duque embajador
De estas bodas.

DON JUAN.

¿No es mejor
Desengañar sus intentos?

BRIANDA.

No, porque temo á esa gente,
En los hechizos tan diestra,
Que me matarán.

DON JUAN.

Hoy muestra
Mendo el valor.

BRIANDA.

Cuando intente
Ir á cualquiera lugar,
No será mal recibido.

DON JUAN.

Brianda, un noble ofendido
Cerca está de perdonar.
Deseo también salir
De este valle, por temer
Tu parto cerca.

BRIANDA.

Poner
Remedio.

DON JUAN.

¿Hay alguno?

BRIANDA.

Huir.

DON JUAN.

¿Dónde ó cómo en este traje,
Y con el duque ofendido?
Cuenta el crédito ofendido
De este bárbaro linaje,
Si te coge el parto aquí.

BRIANDA.

No sé si podría ser
Darles, don Juan, á entender
Que allá se acostumbra así.

DON JUAN.

¿Qué se acostumbra?

BRIANDA.

Parir
Los hombres en nuestra tierra.

DON JUAN.

¿Hablas de veras?

BRIANDA.

La sierra
Es áspera de subir:
El mejor remedio es éste.

DON JUAN.

¿Creeránlo?

BRIANDA.

Cuanto les digo.

DON JUAN.

Aunque estén muy bien contigo,
Temo que el vivir nos cueste.
¿Pero de quién ha de ser
El parto?

BRIANDA.
Diré que allá,
Si el hombre preñado está,
Es el padre la mujer.
DON JUAN.
No has dicho igual desatino;
Ahora bien, míralo bien.
BRIANDA.
Cuando en este engaño den,
Otro remedio imagino.
DON JUAN.
¿Si? ¿Mas para no casarte?
BRIANDA.
Ven, que allá lo pensaré.
DON JUAN.
Habla á Triso.
BRIANDA.
¿Para qué?
DON JUAN.
Envíalo á alguna parte;
Que es sabio, y será notorio
Que tu engaño ha de decir.
BRIANDA.
Más, que vengo.....
DON JUAN.
¿Á qué?
BRIANDA.
Á parir
El día del desposorio.

Vanse.

Sale Mendo, vestido de bárbaro con pieles y abarcas, y con la lanza y escudo referido.

MENDO.
Ya que del profundo valle
Á la cumbre de este monte,
Por donde abrí cierta calle,
Subo al mayor horizonte
Y puedo alegre miralle,
Decid, pensamiento mío,
Pues á la patria os envío,
¿Qué se dice allá de mí?
Que la amistad advertí
En el mayor desvarío.
¿De cuántos juzgado soy
Por muerto? Y sin duda alguna
Vivo muerto, pues lo estoy
Donde sólo á mi fortuna
Culpa de mis males doy.
Pero ¿por qué me lamento
Si sobre tanta amistad
Hace mi mal fundamento?
¿Y es sola la adversidad
Quilate del pensamiento?
De don Juan he sido amigo,
Su adversa fortuna sigo,
Años he vivido aquí,
Porque sé de él que por mí
Lo mismo hiciera conmigo.
Mucho me atrevo á bajar;
No sé hacia dónde me incline
Que á algún pastor pueda hablar,
Porque hay senda que camine
Como la nave en el mar.
Hacia aquella sierra blanca,
Más que en hierba en nube franca,
Es el camino del Tormes,
Que baña, en peñas disformes,
Los muros de Salamanca.
Por allí deben de estar
Béjar, Alba y Salvatierra,
Y allí la peña y altar
De la Virgen que esta sierra
Pudo en cielo transformar.
No veo pastor ninguno:
Sueño y cansancio importuno
Me aprietan; guarde este canto
El escudo y lanza, en tanto
Que duermo y que viene alguno.

Échase á dormir.

Salen con caja y bandera los labradores que pudieren; Belardo, Lucindo, Valerio y el Alcalde, armados graciosamente.

LUCINDO.
Parad las cajas; aquí
Nos sentamos á tratar
Por dónde se ha de bajar.
BELARDO.
Todas las señas perdí.
ALCALDE.
¿Luego ya no se te acuerda
Por dónde el camino va?
VALERIO.
No hay senda en llegando acá
Que no se deshaga y pierda.
BELARDO.
Tratad de dar un refresco
Al pie de aqueste peñasco;
Salga lo añejo del frasco
Y de la alforja el pan fresco.
Y no tratéis de otro modo
Pensar descender allá.
ALCALDE.
Cansada la gente está.
BELARDO.
¿Qué quieres, si es peñas todo?
Sentaos, porque en la guerra
Se ha de comer por momentos.

Siéntanse.

LUCINDO.
Conviene que estéis atentos
Á la cumbre de la sierra,
Donde dicen los pastores
Que han visto los animales.
BELARDO.
Entre aquellos matorrales
Que encierran silvestres flores,

El que os dije vi sentado.

Despierta Mendo.

MENDO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
¿Qué desventura me ha puesto
De tantos hombres cercado?
Armados vienen. ¿Qué intentan?
¿Contra quién se arman así?
Quiero escuchar desde aquí,
Si acaso la causa cuentan.

LUCINDO.

Tengo notable deseo
Topar un monstruo de aquéstos.

MENDO.

De nosotros hablan éstos.

LUCINDO.

¿El que tú viste es muy feo?

BELARDO.

No tiene el que arriedro vaya,
Lucindo, mejor facción.

VALERIO.

¿De tan mala hechura son?

BELARDO.

Sentado al tronco de un haya
Me cogió cuando le vi;
Pero desde peña en peña
Hasta parar en la aceña
Del río rodando fuí.
Es cosa de tanto espanto,
Que desde entonces lo sueño.

MENDO.

No es el peligro pequeño
En que estoy.

LUCINDO.

¿Qué admiras tanto?

BELARDO.

Si todos no los matáis,
Y permites que se ausente
Tan fiera y bárbara gente,
No hayáis miedo que tengáis
Hijos ni haciendas seguras.

LUCINDO.

¿Vivos me habían de quedar
Algunos?

MENDO.

No hay que aguardar:
Socorredme peñas duras;
Que morir entre villanos
Es la desdicha mayor,
Que el oprimido valor
Los pies defienden las manos.

Vase huyendo por el monte.

LUCINDO.

¿Es monstruo aquel que va allí?

ALCALDE.

De salir ahora acaba;
Que entre nosotros estaba.

BELARDO.

¡Válgame el cielo!

VALERIO.

¡Ay de mí!

LUCINDO.

Tiradle un dardo.

VALERIO.

Va lejos.

ALCALDE.

¡Qué diestro va por las peñas!

VALERIO.

Él tiene las mismas señas,
Abarcas, cinto y pellejos;
Sin duda que aquí dormía.

BELARDO.

Hierve de monstruos el monte.

LUCINDO.

Alto, á seguirle dispongo.

BELARDO.

Sólo volando podría.
¿Qué es lo que aquí se dejó?

VALERIO.

Una lanza y un escudo.

LUCINDO.

¿Lanza y escudo?

ALCALDE.

¡Estoy mudo!

BELARDO.

Juzgaréis si os mentí yo.
En peligro está la tierra.

LUCINDO.

¡Qué viejas armas traía!

ALCALDE.

Para huir las dejaría
Más ligero por la sierra.

Sale el Duque de Alba, Ramiro y el Mayordomo.

DUQUE.

¡Extraña aspereza!

RAMIRO.

¡Extraña!

DUQUE.

Sólo por quien vive aquí
Caminar se puede así
Esta fragosa montaña.
¿Mas á qué efecto serán
Las cajas que hemos oído?

BELARDO.

¡Qué de monstruos han venido!

ALCALDE.

No nos sientan, que se irán.

LUCINDO.

Sacudid de golpe en ellos.

DUQUE.

¿Qué gente es ésta?

LUCINDO.

Esperad,
Que ésta es gente de ciudad,
Hablad primero con ellos.

BELARDO.
¿Sois monstruos?
DUQUE.
¡Tente, villano!
BELARDO.
¿Sois monstruos?
RAMIRO.
¡Bestia, detente!
LUCINDO.
¿Cómo detente? ¿Qué gente?
DUQUE.
¡Detén la furia, serrano!
BELARDO.
¿Sois monstruo?
DUQUE.
¿Estáis locos, hombres?
BELARDO.
Digan si son monstruos presto.
DUQUE.
No sin causa armas se han puesto.
LUCINDO.
¿Son monstruos? Digan sus nombres.
DUQUE.
¿De dónde sois, labradores?
BELARDO.
Del Castañar, que venimos
Á matar monstruos.
LUCINDO.
Supimos
Que en los peñascos mayores
De este monte andan á caza
De hombres, y hemos hecho gente.
DUQUE.
Cosa ha sido conveniente,
Cristiana y piadosa traza.
BELARDO.
Digan si son monstruos.
RAMIRO.
Hombre,
Deja el villano furor;
Que es el Duque tu señor.
LUCINDO.
¿El Duque? Respeto el nombre,
Y humíllome á vuestros pies.
BELARDO.
Qué ¿no son monstruos?
LUCINDO.
Si salva,
Invencible Duque de Alba,
La ignorancia, ya lo ves:
Perdona el atrevimiento
De tus vasallos.
DUQUE.
Yo estoy
Satisfecho: á todos doy
Perdón.
BELARDO.
Por Dios, mucho siento
Que no son monstruos.
DUQUE.
¿Qué gente
Es la que buscando váis?
LUCINDO.
Yo lo diré, pues estáis
De este suceso inocente.
Ciérrase un valle, el más profundo y solo
Que en el mundo formó Naturaleza,
De inmensos montes, que de eterna nieve
Cubiertos, á la vista el paso impiden,
Cuanto más á los pies: que no se sabe
Que hayan puesto las plantas en su extremo.
Aquí dicen que viven, y no es fábula,
Unos hombres ó monstruos que estos días
Han subido á robar nuestros lugares.
El cura revolvió todos sus libros,
Y dice que si aquí viven salvajes,
Que sin duda serán de aquellos hombres
Que se escondieron entre aquestas peñas,
Huyendo de los moros africanos,
Cuando el godo Rodrigo perdió á España.
DUQUE.
¡Extraña cosa!
MAYORDOMO.
¡Por extremo extraña!
DUQUE.
¿Hombres en este valle, que han vivido
Desde el último imperio de los godos?
LUCINDO.
Así lo dice el cura.
DUQUE.
No es engaño,
Sí es verdad que los hay, y que son bárbaros;
Y habla como estudiante, y ha leído.
LUCINDO.
¡Oh, qué lindo es aquéso! No ha dejado
Historia que no sabe. El otro día
Nos contó la del perro de Alba á todos,
Y las persecuciones de los indios,
Con las coplas de pase la Galena,
Y de Antón, el vaquero de Morana.
DUQUE.
En más estimaré que verdad sea,
Que todo lo que valen mis Estados.
LUCINDO.
Señor, no lo dudéis; que en este punto
Estaba uno durmiendo entre nosotros,
Y como nos sintió, dejó las armas
Y corriendo se fué por esos montes.
DUQUE.
¿Armas dejó?
LUCINDO.
Las que miráis presentes:
Esta lanza mohosa y este escudo.
DUQUE.
¡Válgame Dios, qué antigüedad tan grande!
MAYORDOMO.
El escudo, señor, lo dice á voces,
Que está de cuero antiguo bien cubierto
Y tachonado todo por las orlas.
RAMIRO.
Aquí tiene las armas de Castilla.

MAYORDOMO.
Castillos y leones son aquéstos.
RAMIRO.
El año tiene aquí, y en cuatro letras,
Que son T. S. D. R., hay una cifra,
Que por dicha era el nombre de su dueño.
DUQUE.
Era de setecientos y cincuenta,
Dice el número aquí: ¿quién de vosotros
Sabe el año?
RAMIRO.
Señor, del Nacimiento
De Cristo, setecientos y trece años:
Porque entonces reinaba el rey Rodrigo,
Como en Italia el español Teodosio.
Así lo dice el rey Alfonso el Sabio,
Y con el arzobispo don Rodrigo
Don Lucas de Túy.
DUQUE.
Pues de esa suerte
Habrá que se formó el antiguo escudo,
Y que en él se pusieron estas letras,
Más de seiscientos años.
RAMIRO.
El que corre,
Que es mil y cuatrocientos y setenta
Del reino de Isabel, aún faltan muchos.
DUQUE.
¡Quién entendiera aquestas cuatro letras,
Para enviar la lanza y el escudo
Al Católico Rey!
MAYORDOMO.
Basta enviarle;
Que donde viven hombres tan insignes,
Mejor podrá saberse.
DUQUE.
Parta luego
Á Salamanca un hombre; que le lleve
Al rector, que le ponga en tales manos
Que venga declarado.
RAMIRO.
Á mi jüicio
Diré lo que estas cuatro letras dicen.
MAYORDOMO.
Si das licencia, todos lo diremos.
DUQUE.
Haréisme gran placer.
RAMIRO.
T. S. D. R.
Quieren decir: Tú solo, Dios, reinaste.
DUQUE.
No dice mal.
MAYORDOMO.
Á mí me escucha agora.
T. S. D. R., así declaro:
Tener, saber de Dios recibe el hombre.
DUQUE.
¡Buena interpretación! mas hombre falta.
BELARDO.
Si su merced me diese la licencia,
En verdad que lo cierto le diría.
DUQUE.
¿Pues vos sabéis de letras?
LUCINDO.
Muy bien puede
Fiar su señoría de Belardo,
Que es hombre que ha leído el *Flos Sanctorum*
Y canta en la tribuna los domingos:
Compone villancicos.
DUQUE.
Bueno es esto.
¿Vos componéis?
BELARDO.
Estoy muy descompuesto;
Que me arrojó mi padre á la fortuna,
Cual pan á perro que morder pretende,
Porque dejase hacienda el padre al hijo.
DUQUE.
En mi servicio recibiros quiero.
BELARDO.
Si ha de pagarme en lo que suelen otros,
Mejor es que me valga por mi pico.
DUQUE.
Decid lo que entendéis de aquestas letras.
BELARDO.
T. S. D. R., desta suerte entiendo:
Tonto soy, Duque, remitidlo á un sabio.
MAYORDOMO.
¡Oh, qué graciosa bestia!
DUQUE.
Bien ha dicho:
Que á un sabio se remita, y que él es tonto.
Estoy maravillado de este caso.
MAYORDOMO.
Ha de causar á España maravilla.
DUQUE.
¡Hombres de casi setecientos años,
De habitación en un profundo valle,
Sin conocer que hay Dios, ni rey, ni leyes!
¿En qué libro se escribe mayor fábula?
Ahora bien, esto es cosa que me toca,
Como señor de aqueste monte y valle,
Y más como á cristiano caballero.
Yo pensaba cazando entretenerme
Por estas sierras jabalíes y osos:
La caza sea de estos hombres bárbaros.
Júntense los villanos de estos valles,
Y con diversas armas y azadones
Abran camino á los caballos míos;
Que he de bajar yo mismo á ver el valle,
Y reducir á esta perdida gente
Á Dios, á rey y á ley y á orden política.
MAYORDOMO.
Será una hazaña digna de quien eres.
DUQUE.
Pues, alto, vamos al lugar: vosotros
Guiad delante; y vos, Belardo amigo,
Ya estáis en mi servicio.
BELARDO.
Quiera el cielo
Que tenga más ventura que he tenido:
Pero, ¿quién vencerá su poca dicha,

Si tuvo por partera á la desdicha?

Vanse.

Salen Giroto, Mileno y Taurina.

GIROTO.

Mira primero, Taurina,
Que cuides bien lo que fablas;
Que por ventura son fablas
Nacidas de tu mofina.

TAURINA.

Digo que Celio parió (1),
Y que el niño he visto yo
En su regazo dormido;
Y Geralda me ha contado
Que le vió colgado ayer
Del su pecho.

MILENO.

Puede ser
Que algún niño hubiese hallado
Y le recogiese así;
Mas pensar que le parió
Non lo digas.

TAURINA.

¿Por qué no?
Ende que lo vió y lo vi.

GIROTO.

Calla, Taurina, en mal hora.
¿Siendo home, parido está?

TAURINA.

Sí, que los hombres de allá
Dicen que paren en sora.

MILENO.

¿Non catas que son engaños?

TAURINA.

En que es costumbre lo fundo
Los hombres del otro mundo
Parir de siete en siete años.

GIROTO.

Cuando persuadirte quieras
Que un home pueda parir,
Cuida si puede salir,
Para que fables de veras;
Que non es el tiempo ya
De la inocencia pasada.

TAURINA.

Que non estoy engañada;
Yo sé que parido está.
¿El gallo non pone un huevo?
¿La liebre no es fembra y macho?

MILENO.

Ten de tal decir empacho.

TAURINA.

¡Válame el Sol! ¿Non es nuevo
Haber otro mundo allá,
Otras cosas y otros fatos,
Rey, letras, oficios, tratos?
Pues así también habrá
Homes que sepan, si quieren,
Parir y criar.

GIROTO.

Si á ti
Te facen cuidar, que así
Fijos los homes adquieren,
Non te quiero reprochar;
Mas yo sé que no se ha vido
Home en Batuecas parido
Nin que sopiese criar.
¡Cuánto há que yo tengo acuerdo!
Y de pensar que parió,
Aunque riéndome estó,
Non dudes que el seso pierdo.
Y si es verdad que ellos saben
Facer tan alta invención,
De que los más sabios son
De todo el mundo se alaben.
Cuando te haya persuadido
Á que lo pudo facer,
¿Querrás tú, Taurina, ser
Mujer de un home parido?
¿Cómo os pensáis concertar?
¿Quién ha de parir en casa?

TAURINA.

Mucho lo que veis que pasa
Al mi amor face entibiar;
La querencia le he perdido;
Non me casaré con él
Por non parir como él,
Ó como yo mi marido.

MILENO.

Justa paga amor te ha dado
De tu desdén y mudanza.

TAURINA.

Bien podéis tomar venganza
De ver á mi amor preñado.
Notable desgracia ha sido;
Pues, casándome con él,
Cuando pienso parir dél,
Viene á mi poder parido.

GIROTO.

¿Non podía ser que fuese
Mojer?

MILENO.

Tanto puede ser,
Que si non fuese mojer,
Non puede ser que pariese.
Á la fe, que si non fuera
Por non alterar la paz,
Que yo viera si el rapaz
Ser home y mujer pudiera.

Salen D. Juan y Mendo.

DON JUAN.

Decidme lo que ha pasado.

MENDO.

Si no huyo como digo,
No vuelvo, don Juan amigo,
Con vida del monte al prado.

DON JUAN.

Triste, ¿qué habemos de hacer

(1) Falta el primer verso.

En aquesta soledad,
Sin remedio de piedad
Cuando más fué menester?
Luego que de aquí partiste
Pidióme Triso á Brianda
Para Taurina, que anda
Loca, enamorada y triste.
Dísela con un concierto,
Que la boda dilataba;
Mas cuando ya cerca estaba,
Llegó el preñado encubierto
Á descubrirse de modo
Que parió.

MENDO.

¿Y hanlo sabido?

DON JUAN.

En nuestra tierra he fingido
Que paren hombres y todo;
Pero, en fin, han murmurado
Y no lo llevan muy bien.

MENDO.

Aquí están.

DON JUAN.

Y aquí también
La del marido preñado.
Guárdeos el cielo.

GIROTO.

Buen Mendo,
¿Cómo ha ido allá?

MENDO.

Muy mal;
Que á un ligero ciervo igual
Vengo de la sierra huyendo.

GIROTO.

¿Huyendo de quién?

MENDO.

La gente
De un lugar, tras ese monte
Que en subiendo á su horizonte
Se mira sentado enfrente,
Os han echado de ver,
Y creyendo que sois fieras
Que subís de estas riberas
Á hurtar, matar y comer,
Un escuadrón han formado
Y conquistaros pretenden.

MILENO.

Si ellos el valle descienden,
Vive el Dios que me has contado,
Que home no vuelva con vida
Á contar que aquí bajó.

GIROTO.

¡Ojalá que viese yo
Aquí esa gente atrevida!
Que por el divino Sol,
Faciendo en antes la salva
Á quien llamáis Duque de Alba,
Que non quedase español;
. . . . . (1).

(1) Falta un verso.

Homes que empuñan cuchilla
Fará este bastón tortilla,
Como una sartén faz huevos.

Sale Geralda.

GERALDA.

Gran mal, homes de Batueca:
Todo esotro mundo baja
Por esas peñas, que ataja,
Como están de hierba seca,
De homes, armas y caballos:
Ya non nos vale fuir.

GIROTO.

Qué ¿han podido decendir?
Vamos, Mileno, á matallos.

MILENO.

Ya por matados los cuenta.

DON JUAN.

Teneos hasta saber
La gente que puede ser
Y lo que en el valle intenta.

GIROTO.

Que non cabe aguardar más.

MENDO.

Hablad á Triso primero
Y juntad gente.

GIROTO.

Hoy espero
Saber lo que non jamás.

DON JUAN.

No es razón sin juntar gente.

MILENO.

Bien fabla don Juan, Giroto;
Juntémosla del mío voto,
Y de manera se intente
La resistencia facer,
Que non muramos allí.

GIROTO.

Vamos.

MENDO.

Echad por aquí.

DON JUAN.

¡Ay, cielos! ¿Quién puede ser?

Vanse.

Dicen dentro, y luego van saliendo el Duque de Alba y sus criados y los villanos.

LUCINDO.

Dentro.

Por aquí van huyendo, al arma toca.

DUQUE.

Toca, que es caza dulce y agradable.

BELARDO.

Subiendo van por esa excelsa roca.

MAYORDOMO.

El sitio es en extremo inexpugnable.

DUQUE.

La resistencia de su parte es poca,
Pero el lugar tan áspero y notable,
Que si por bien no fuese, es imposible.

Sale D. Juan.

DON JUAN.

Tus pies me da á besar, Duque invencible.

DUQUE.

¡Tened! no le hagáis mal.

DON JUAN.

Ni lo merezco,
Pues te vengo á entregar tantos vasallos.

DUQUE.

¿Podráslo hacer?

DON JUAN.

Á dártelos me ofrezco;
Que no podrás con armas conquistallos.
No pienses que el servicio te encarezco,
Que por lugar que ni hombres ni caballos
Podrán bajar, y sin saber las sendas,
Es imposible que ganalla emprendas.
Conquistan los dos Reyes á Granada,
Su vega corren y sus moros vence;
Mas ésta, de montañas coronada,
Jamás acabará lo que comience;
Mas yo con arte en parte que la espada
Haré que de corrida se avergüence,
Te los daré vencidos, si una cosa
Haces por mí, que no es dificultosa.

DUQUE.

Hombre, cualquier que seas, si me entregas
Esta gente, que aquí vive encerrada,
Haré cuanto me pidas.

DON JUAN.

Pues no niegas
Esa piedad de reyes heredada,
Por tantos años en costumbres ciegas,
De sus primeras leyes olvidada,
Con sólo que una culpa me perdones,
Te rendiré los fieros escuadrones.

DUQUE.

¿Tu culpa? ¿De qué suerte?

DON JUAN.

Antes lo jura
Por vida de la cosa que más quieres.

DUQUE.

¡Por la Duquesa juro!

DON JUAN.

Pues procura
Recoger tus soldados, si pudieres;
Que mi esperanza en tu valor segura,
Yo te traeré los hombres y mujeres
Que habitan este valle.

DUQUE.

Parte presto.

DON JUAN.

Á hablarlos de tu parte voy.

Vase D. Juan.

DUQUE.

¿Qué es esto?
¿Qué ofensa puede ser la que éste dice?

MAYORDOMO.

Habrá muerto algún hombre de esta tierra.

Sale Ramiro de Lara con el escudo.

RAMIRO.

No dirás que he tardado.

DUQUE.

¡Qué felice
Suceso espero, Lara, de esta guerra!

RAMIRO.

Para que más la empresa se autorice
Y sepas bien lo que este valle encierra,
Ya viene aqueste escudo declarado:
Seiscientos años há que fué pintado.

DUQUE.

¡Notable cosa!

RAMIRO.

Muchos hombres dotos
De Salamanca, gran señor, le vieron;
Pero de las historias tan remotos,
Que lejos del escudo y blanco dieron;
Pero juntos después todos los votos,
En este parecer se convinieron:
Que fué de un coronista muy curioso
En medallas é historias.

DUQUE.

Y es forzoso.

RAMIRO.

Ese difunto que en la cueva estaba
Del rey Rodrigo dicen que es sobrino;
Y que huyendo los moros africanos,
Murió entre aquestas peñas, y su gente
Le dió la sepultura igual al tiempo.
Llamábase este godo Teodofilo;
Y así dice el escudo en cuatro letras:
T., Teodofilo dice; S., sobrino;
La D. y la R., de Rodrigo, y junto:
Teodofilo, sobrino de Rodrigo.

DUQUE.

Sin duda es la verdad. ¡Gallardo ingenio!
¡Bien declaradas letras! Pues ver tengo
El cuerpo, y darle honrosa sepultura,
Cual es digna de un príncipe cristiano,
Y este escudo enviar al Rey Católico.

MAYORDOMO.

Ya vienen á tus pies todos los bárbaros.

DUQUE.

Di, Ruiz Páez, que vienen aquí todos
Los descendientes de los reyes godos.

Sale D. Juan con todos los bárbaros, hombres y mujeres, y Mendo y Brianda con su hijo en brazos, y échanse todos á los pies del Duque.

DON JUAN.

Si mi palabra he cumplido,
Cumple, señor, tu palabra;
Ves aquí aquestas reliquias,

Ya de los godos de España.
Éstos son los descendientes
De aquellos que la habitaban
Cuando la perdió Rodrigo
Por amores de la Cava.

DUQUE.

Grandes servicios me has hecho.
No hayáis temor, gente hidalga.
Llegad: ¡abrazadme todos!

TRISO.

Todos, gran Duque, te abrazan;
Que según éste nos cuenta,
Es razón y deuda clara;
Porque eres nuestro señor
Siendo tuya esta montaña.

GIROTO.

Todos somos venturosos
En que de sangre tan alta
Vengamos á tener dueño.

DUQUE.

Amigos, mi nombre ensalza
Más el ser vuestro señor
Que la gran tierra heredada
De los claros descendientes
Que dan principio á mi casa.
Yo os daré bautismo á todos;
Que á la gran Peña de Francia
Habemos de ir desde aquí.

DON JUAN.

¡Señor, tu palabra falta!

DUQUE.

Di la ofensa que me has hecho.

DON JUAN.

Yo soy.....

DUQUE.

¿Qué temes? ¡Acaba!

DON JUAN.

Don Juan de Arce soy, señor,
Y aquésta que me acompaña,
Con aquel niño en los brazos,
Es Brianda.

DUQUE.

¿Quién?

DON JUAN.

Brianda.

DUQUE.

¿Brianda y don Juan?

RAMIRO.

¡Ay, cielos
Señor, aquí está mi espada.

DUQUE.

Helo jurado, Ramiro.

DON JUAN.

Paso, Ramiro de Lara;
Que soy caballero noble.

DUQUE.

Ramiro, el amor te engaña;
Que la ofensa no fué tuya,
Sino ofensa de mi casa.
¿Cómo habéis vivido aquí?

BRIANDA.

Señor, en esta montaña,
Huyendo de tu furor,
Nos dió amor sagrado y casa.

DUQUE.

Yo os perdono, y nuevamente
Os vuelvo á mi casa y gracia,
Y os daré con que viváis.
Y de este valle en las faldas
Fundaré algunos lugares,
Que con sus iglesias altas,
Jueces y oficiales tengan
Esta noble gente en guarda.
¿Queréislo así?

TODOS.

Sí, queremos,
Publicando en voces altas:
¡Viva el Duque que nos rige!

DON JUAN.

Y aquí, senado, se acaba
La historia de las Batuecas,
Caso notable en España.

LOS PORCELES DE MURCIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOS PORCELES DE MURCIA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON FERNANDO.
DON LUIS.
DON VASCO.
CARRILLO, *lacayo*
DOÑA ÁNGELA.
TEODORA.
TIRRENA. } *Villanos.*
BELARDO. }
FILENO, *villano.*
DOS MÚSICOS.
LUCRECIA, *dama.*
DON LOPE.
LISANDRO.
FABIO, *labrador.*
GINÉS.
BEATRIZ, *esclava.*
DOS GUARDAS.
LUIS. } *Niños*
DON PEDRO. }
LISANDRO.
DON JUAN.
UN MAYORDOMO.

ACTO PRIMERO

Salen D. Luis, D. Vasco, D. Pedro y D. Fernando.

DON PEDRO.
Tome un cuarto, don Fernando.
DON FERNANDO.
Si me dejáis escoger
Los colores.
DON VASCO.
Ha de ser,
Los que yo tengo dejando.
DON FERNANDO.
¿Y si con alguno doy?
DON VASCO.
Azul y nácar dejad,
Y cuantos quedan sacad.
DON PEDRO.
¿Por qué azul?
DON VASCO.
Celoso estoy.
DON PEDRO.
¿Y el nácar á qué se aplica?
DON VASCO.
De la crueldad de mi dama
Nace esta celosa llama.
DON LUIS.
Luego crueldad significa.
DON VASCO.
Los que á los colores dan
Los sentidos que han querido,
Le han dado aquí este sentido.

Sale Carrillo, lacayo, con un papel

CARRILLO.
En conversación están.
¿Cómo le podré, sin ver

Los demás que se le doy,
Dar este papel?

Hágale señas con un papel.

DON LUIS.

Yo soy,
Don Pedro, de parecer
Que saque el puesto á su gusto.

DON PEDRO.

Por mí no hay contradicción,
Porque negro y blanco son
Colores de mi disgusto;
Lo negro muestra tristeza,
Lo blanco mi suerte en él.

CARRILLO.

Aun no ha mirado el papel;
Aun no ha vuelto la cabeza.

DON FERNANDO.

Ya que le vengo á tomar,
Advertid que ha de salir
Don Luis conmigo.

DON LUIS.

Es decir,
Que no le queréis sacar.
Pues todos sabéis que estoy
Sin caballos.

DON FERNANDO.

Yo os daré
Caballos.

DON LUIS.

Pues yo saldré.
¿Qué es aquello?

CARRILLO.

Es para hoy.

DON LUIS.

Ve el papel.

Esperad, yo vuelvo luego.
Carrillo, ¿es papel?

CARRILLO.

Papel
Que há un hora que estoy con él,
Y hubiérale visto un ciego.

DON LUIS.

Lee.

«Á la huerta del Rey voy,
Aunque con harto cuidado
De mi parto (1), que ha llegado
Ó muy cerca de él estoy.
Fué antojo el verla, que antojos
Sin ver me han dado pesar;
Venidme luego á buscar,
Por vida de vuestros ojos,
Y para mí y una amiga
Traiga Carrillo un regalo.»
Lo primero, no era malo.

CARRILLO.

Es favor de amor con higa.

(1) En la primera edición dice erróneamente *parte*.

Lleve el diablo los papeles;
Que entre mi vida y mi bien,
Luego hay algo que les den.

DON LUIS.

¿Qué haré?

CARRILLO.

¿Qué harás? Lo que sueles.

DON VASCO.

Aunque he mirado á traición,
Aquel papel que ha leído
Don Luis, juraré que ha sido
De donde mis celos son.
Y ¡vive Dios! que sospecho
Que le ha enviado á llamar.

DON LUIS.

¿Quién nos lo querrá prestar?

CARRILLO.

Que no lo hallarás sospecho.
Úsase tan mal volver
Lo que prestado se debe,
Que apenas hombre se atreve
Hacer á nadie placer.

DON LUIS.

¡Ah, cielos, que sea yo
Tan caballero y tan pobre,
Que á mil mal nacidos sobre!

CARRILLO.

¿No ves que el cielo le dió
Por pensión de aquella afrenta
La hacienda?

DON LUIS.

Pluguiera á Dios
Que trocáramos los dos
Esta sangre á aquella renta.
Ahora bien; buscarse tiene.
Ven conmigo. Adiós, señores.

Vanse D. Luis y Carrillo.

DON PEDRO.

¿Os vais?

DON FERNANDO.

Fué papel de amores (1).

DON VASCO.

Yo también tengo que hacer;
Después nos podemos ver.

DON FERNANDO.

En la pelota os aguardo.

Vanse D. Pedro y D. Fernando.

DON VASCO.

Este papel es sin duda
De doña Ángela. ¿Qué haré
Para saber lo que fué?
Amor, mis celos ayuda;
Que para el bien que te pido,
No siento amigos mejores,
Pues son los descubridores

(1) Falta el último verso de esta redondilla y el primero de la siguiente.

De las Indias del oído.
Seguirle quiero, y saber
Dónde doña Ángela está.

Vase D. Vasco, y salen D. Luis y Carrillo.

CARRILLO.
Si quieres que vuelva allá,
Yo sabré darle á entender
Que no he topado contigo.
DON LUIS.
¡Ah dura necesidad!
¡Y que en toda la ciudad
No se descubra un amigo!
CARRILLO.
Amigo para prestar
No le hallarás, cosa es clara;
Que ya sé no te faltara
Si fuera para tomar.
Para fiestas, para cenas,
Para gustos hay millares,
Pero no para pesares,
Ni para aliviar las penas.
DON LUIS.
¿No hay algo que empeñar?
CARRILLO.
No.
DON LUIS.
Lleva aquellas calzas mías,
Carrillo, donde solías.
CARRILLO.
Eso también se cansó.
DON LUIS.
¿No hay cosa que presto pueda
Repararnos?

Sale D. Vasco.

DON VASCO.
Éstos son.
DON LUIS.
¡Ah! sí, lleva aquel jubón.
CARRILLO.
¿Cuál el de tela?
DON LUIS.
El de seda.
CARRILLO.
Pídenme fianzas luego.
DON LUIS.
Quedo, don Vasco está aquí.
CARRILLO.
¿Solo?
DON LUIS.
Sospecho que sí.
DON VASCO.
Mis celos me llevan ciego.
DON LUIS.
¿Pediréle?
CARRILLO.
Bien podrás.
DON LUIS.
¿Voy?
CARRILLO.
Llega.
DON LUIS.
No acierto á ir;
La vergüenza de pedir,
Carrillo, me vuelve atrás.
CARRILLO.
Á los hombres encogidos
Los habían de poner
Á monjas un mes.
DON LUIS.
¡Que ayer
Sacaste aquellos vestidos!
CARRILLO.
Mira que las cuatro son.
DON LUIS.
A fuerza de un hombre honrado,
Huelgo de haberos hallado,
Don Vasco, en esta ocasión.
DON VASCO.
¿Dónde bueno?
DON LUIS.
Hame pedido
Cierto regalo una dama,
De mis pensamientos llama
Y gloria de mis sentidos.
Heme hallado sin dinero.
¿Tenéis veinte escudos?
DON VASCO.
Sí;
Y aun treinta llevaba aquí.
Tomad.
DON LUIS.
No, los veinte quiero.
DON VASCO.
Enojaréme, por Dios.
¡Ojalá fueran quinientos!
DON LUIS.
Son tan nobles pensamientos,
Como, al fin, de quien sois vos.
Tomo el bolsillo y querría
Mañana, aunque siempre os deba,
Volver el alma que lleva,
Y con la de oro la mía.
Viváis mil años, amén;
Que si no fuere mañana,
Será en toda esta semana.
DON VASCO.
Antes pagaréis más bien
Enviando mañana á casa
Por trescientos ó por mil.
DON LUIS.
Bésoos las manos. Gentil
Término.
CARRILLO.
Por Dios, que pasa
Los límites de quien es.
DON LUIS.
Guárdeos Dios.
DON VASCO.
El cielo os guarde.

DON LUIS.
Toma, Carrillo, que es tarde.
CARRILLO.
Basta, señor, que me des
Diez escudos.
DON LUIS.
Toma, acaba;
Gástalos todos.
CARRILLO.
Costaron
Poco.
DON LUIS.
¿Poco? Si llegaron
Al alma que en prenda está,
¿La vergüenza del pedir
Te parece poco, necio?
CARRILLO.
El tener no tiene precio.
DON LUIS.
Y el no tener es morir.
CARRILLO.
¿Quién le ha enseñado á noblezas
Á quien sin ellas nació?
DON LUIS.
Nobleza que se heredó
Suele hacer muchas bajezas.
Déjate de sangres frías;
Lo que soy por mí, eso valgo,
Porque ese sólo es hidalgo
Que sabe hacer hidalguías.

Vanse D. Luis y Carrillo.

DON VASCO.
Dudoso quedo y pensando
Que no es de Ángela el papel,
Pues pide dinero en él
Y don Luis lo anda buscando.
¡Válgame Dios! ¡Si ha pedido
Algún regalo! que creo
Que admite bien su deseo.
Notable burla habrá sido
Darle yo mismo el dinero,
En que el servirle consiste,
Para que agrade y conquiste
La misma dama que quiero.
No porque es agravio en él,
Que él no sabe que la adoro.
Amo y temo, busco, ignoro.
¡Ay, desengaño cruel!
Quiero seguir al criado;
Pues ya que quieren los cielos
Que á mi amor sigan mis celos,
Mis celos á mi cuidado,
Mi cuidado al pensamiento,
Lo que pienso á lo que veo,
Lo que veo á mi deseo,
Él á un ángel y yo al viento.

Vase, y salen D.ª Ángela y Teodora.

TEODORA.
Mucho ilustra la ciudad
Tajo, que sus muros baña.
DOÑA ÁNGELA.
¡Hermosa huerta!
TEODORA.
En España
No hay mejor fertilidad.
DOÑA ÁNGELA.
Notable hermosura tienen
Estos árboles, Teodora.
TEODORA.
Mayor la tienen agora
Que á gozar tus ojos vienen.
DOÑA ÁNGELA.
Por la lisonja te doy
Los brazos; más quedo, amiga.
TEODORA.
Olvidé, Dios te bendiga,
Que estás.....
DOÑA ÁNGELA.
No digas que estoy;
Que no se ha visto mujer
En el trance en que me veo.
TEODORA.
Saber el tiempo deseo.
DOÑA ÁNGELA.
¿Qué tiempo quieres saber?
¡Ay, Teodora, por momentos
Espero el parto y la muerte!
TEODORA.
Pues si ya estás de esa suerte,
Temerarios pensamientos
Son aguardar en tu casa,
Pues no se podrá encubrir.
DOÑA ÁNGELA.
¿Á quién tengo de decir
La desventura que pasa?
¿Tú no ves que no hay pariente
De quien me pueda fiar?
TEODORA.
Haz que don Luis, si hay lugar,
Casarse contigo intente.
DOÑA ÁNGELA.
Mi padre no ha de querer,
Que es muy pobre don Luis.
TEODORA.
Si la verdad le decís,
¿Qué ha de decir? ¿Qué ha de hacer?
DOÑA ÁNGELA.
Para la verdad, Teodora,
¿Adónde ha de haber vergüenza?
TEODORA.
Pues tu remedio comienza,
Doña Ángela, desde agora;
Si estando tu honor en medio
Falta vergüenza al engaño,
Pues no la tuviste al daño
No la tengas al remedio.
¿Mas cómo has disimulado
Estando tan adelante
Desventura semejante?

DOÑA ÁNGELA.

Enredos he fabricado
Que pudieran levantar
A otra Babilonia torre.

TEODORA.

Bien decís; luego socorre
Este fingido enfermar.
Luego tiene opilaciones
La doncella, luego crece
Lo que este hombre merece,
Y á veces hay opiniones.
Pero en su casa en que vive
La de su mucha virtud,
Luego es falta de salud
Y el remedio se apercibe.
Tomarás acero.

DOÑA ÁNGELA.

Ha sido
Don Luis el que yo he tomado,
Y acero que me ha cortado
Y aun muerto el honor perdido.
Las mañanas que salía,
Teodora, no me llamaba
La cara con que engañaba
Á quien sin color me vía.
Y dando muestra al volver
Del provecho que esperaban,
Muchas veces me forjaban
Donde no era menester.
Que con más color venía
De la que fuera razón;
Que la vergüenza y traición
Á la cara me salía.
Pues no pienses que esto es
Sólo, para tanto mal.

TEODORA.

¿Pues hay desventura igual?

DOÑA ÁNGELA.

Tú lo juzgarás después:
Don Vasco me quiere y pide
Á mi padre por mujer.

TEODORA.

¿Qué temes, si no ha de ser?

DOÑA ÁNGELA.

Que me persigue y me impide,
Y que mi padre podría,
Codicioso de su hacienda,
Para que mi mal se entienda,
Tratarme de esto algún día.

TEODORA.

¿Nunca le has hablado?

DOÑA ÁNGELA.

Sí.

TEODORA.

¿Por qué no le desengañas?

DOÑA ÁNGELA.

He hecho cosas extrañas,
Y aun algunas contra mí.
Mas por no dar á entender
Á don Luis su atrevimiento,

Sale Carrillo, con dos mozos, con dos tabaques.

Voy en el hablarle á tiento,
Si esto es posible en mujer.

CARRILLO.

Ya llegáis cerca.

MOZO.

Por Dios,
Que se han alejado mucho.

TEODORA.

Voces, doña Ángela, escucho.

CARRILLO.

Quedo, que aquí están las dos.
Dadme, señora, esos pies.

DOÑA ÁNGELA.

Carrillo, seas bien venido.

CARRILLO.

Perdona si tarde ha sido,
Porque lo supo á las tres
Aquel esclavo que tienes,
Que, como sabes, te adora.

TEODORA.

¿Ya no hablas á Teodora?

CARRILLO.

Y le doy mil parabienes
De estas dos ninfas al río,
Al cielo de estas estrellas,
De sus primaveras bellas,
De este campo siendo estío.
¿En qué habéis venido, y quién
Viene también con las dos?

DOÑA ÁNGELA.

En dos coches.

CARRILLO.

Pues, por Dios,
Que hay que merendar muy bien.

DOÑA ÁNGELA.

Mis primas están acá
Y sus tías de Teodora.

CARRILLO.

Para todos hay, señora.
Supuesto que es tarde ya,
¿Dónde quieres merendar?

DOÑA ÁNGELA.

Al són del agua.

CARRILLO.

Pues quiero
Poner la mesa.

DOÑA ÁNGELA.

Aquí espero,
Y tú me podrás llamar.
¿Vendráme don Luis á ver?

CARRILLO.

Ya por la puerta ha bajado.

Vase y sale D. Vasco.

DON VASCO.

Por esta acequia ha pasado;
No se me puede perder;
Que para que no me viese

Desde lejos le seguí.
Una mujer hay aquí.
¡Cosa que mi ingrata fuese!
Dos son; por Dios, que sospecho
Que Ángela y Teodora son;
Que á saltar el corazón
Lo está diciendo en el pecho.
¿Qué dudo? ¡Ah, señora!

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay, cielo!

DON VASCO.

No os alteréis.

DOÑA ÁNGELA.

¿Yo, por qué?
Un hombre sois.

DON VASCO.

Y el que fué
Más desdichado en el suelo.
¿Qué tengo más que esperar,
Habiendo visto mis ojos
Que os sirve don Luis?

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué enojos!

DON VASCO.

Por fuerza os he de enojar,
Porque, queriéndole bien,
Y él sirviéndoos, como cosa
Tan suya, será forzosa
Que me tratéis con desdén.
¡Este mal se me encubría,
Tratando yo de casarme!

DOÑA ÁNGELA.

Á mí no podéis culparme.

DON VASCO.

Cúlpeos la desdicha mía.

DOÑA ÁNGELA.

No os quise; no os engañé.

DON VASCO.

Es verdad: yo estoy contento
De que mi buen pensamiento
Sólo de serviros fué.
En don Luis os empleáis
Mejor que en mí, que, en efeto,
Es galán, noble y discreto,
Tal, en fin, que vos le amáis.
Pero véngome á reir
De ver que tan pobre está,
Que si aquí regalo os da
Prestado lo ha de pedir.

DOÑA ÁNGELA.

Pobre es don Luis, mas no tanto
Que á nadie prestado pida.

DON VASCO.

No os enojéis, por mi vida,
Y podré deciros cuánto.

DOÑA ÁNGELA.

¡Yo enojarme!

DON VASCO.

Aquel papel
Que le escribisteis, ¿pedía
Una merienda?

DOÑA ÁNGELA.

Sí haría,
Sí, decir que adoro en él.

DON VASCO.

No topa en eso.

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿pudo
Ser otra cosa?

DON VASCO.

Yo creo
Que él tendrá muy buen deseo;
Pero no manda un escudo.
Treinta le presté: por Dios,
Á mi costa merendáis.

DOÑA ÁNGELA.

Ruégoos, don Vasco, que os váis
Y nos dejéis á las dos;
Que este término no es digno
De hidalgo.

DON VASCO.

Siempre lo soy.

DOÑA ÁNGELA.

Como á tal el nombre os doy.

DON VASCO.

No fuera de vos indigno
Por nobleza ni riqueza:
Sabéis que en todo os igualo;
Pero come del regalo,
Á costa de mi nobleza.
Y á don Luis no digáis nada,
Porque me venga á pedir
Otro con que he de servir
Mujer tan bien empleada.

Vase D. Vasco.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay Teodora! Antes el cielo
Hoy la vida me quitara,
Que pluma y papel tomara
Para tanto desconsuelo.
¡Ay, disparate, don Luis!
¿Cómo afrentaste con éste?
¡Quiera Dios que no me cueste!

TEODORA.

Calla. ¡Qué poco sufrís,
Coléricos, los que amáis!
¿Qué importa, si era su amigo?

DOÑA ÁNGELA.

Sin duda que mi castigo,
Cielos, acercando vais.

Sale D. Luis.

DON LUIS.

Si á la Naturaleza se olvidara,
Hermoso prado, el arte de hacer flores,
Sacara de Doña Ángela colores,
Pues que los cifra su divina cara.
Para el jazmín la frente le prestara;
Las mejillas, que están vertiendo amores,
Para las rosas, donde están mejores,

Sin los claveles que á la boca hurtara.
Hízola Dios jardín y paraíso,
Donde es mi amor Adán, Eva el deseo,
Manzana su valor, sierpe su aviso:
El cielo me castiga si la creo;
Mas pues hacerla tan hermosa quiso,
¿Por qué me dió los ojos con que veo?

TEODORA.

Don Luis me parece aquél.

DOÑA ÁNGELA.

No me pareció, Teodora,
Mal en mi vida, y agora
Un demonio miro en él.

DON LUIS.

Mi bien, dulce prenda mía,
Gran dicha fué sola hallaros.
¿De qué nace retiraros?
¿Quién de mi fuego os desvía?
Á mi luz os ví llegar
Mil veces, Ángela hermosa,
Como ciega mariposa
Hasta dejarse quemar.
Mas ya la luz que á los cielos
Fué igual, pues vos la igualáis,
Con la pena que me dáis
Se ha vuelto infierno de celos.
Pues, Ángela, si el desvío
Vuestro, aunque sois mi mujer,
Infierno me puede hacer,
¿Qué seréis siendo ángel mío?

DOÑA ÁNGELA.

Dejaos ya de esas locuras.

DON LUIS.

¡Mi alma, esposa! ¿qué es esto?
¿Quien te adora ha descompuesto
Voluntades tan seguras?

TEODORA.

Ea, prima, deja ya
Esa mala condición.

DON LUIS.

¿En qué le he dado ocasión
Que tanto enojo me da?
¿Alzo los ojos, si paso,
Ni aun á las luces del cielo,
Si no es que verla recelo
En sus estrellas acaso?
¿Entro en toda la ciudad
Adonde le dé sospecha?

DOÑA ÁNGELA.

Que no es celos, ni ésta es flecha
De aljaba de necedad.
Es enojo, con razón,
De que yo un regalo os pida;
Que antes perdiera la vida
Que verme en esta ocasión.
Que vos, muy necio, pidáis
Dinero prestado á un hombre
Que aborrezco sólo el nombre,
Mirad si ocasión me dais.
Si hay, entre vos y entre mí,
Tanta llaneza, y sois pobre,
¿Qué importa creer que os sobre
Si os avergonzáis así?
Yo os quiero pobre, mi bien,
Que harta riqueza sois vos.
Tratemos verdad los dos;
Los que no tienen, no den.
Si necesidad tenéis,
Mejor amigo soy yo;
Que lo que don Vasco os dió
Por fuerza lo volveréis.
Mas yo lo que llanamente
Os diere como mujer,
Habéismelo de volver
En abrazos solamente.

DON LUIS.

¿De esto el enojo nacía?
Mirad, bien mío, que es cosa
Entre hombres justa y forzosa
Y que no es afrenta mía.
Así se vive y se trata,
Así se acomoda todo,
Porque á no ser de este modo.....

DOÑA ÁNGELA.

No quiero ser más ingrata,
Y cuanto más de vergüenza
El pedir os ha costado
Tanto más queda obligado
Mi pecho.

DON LUIS.

Eso sí. Comienza.
Á dar vaya á la humildad
En que la suerte me puso.
Corrido estoy y confuso.

TEODORA.

Tú has hecho gran necedad.

DOÑA ÁNGELA.

Bien arrepentida estoy,
Mas en lo que da á entender,
No lo siente.

TEODORA.

Puede ser.

DON LUIS.

Gente viene, yo me voy.

DOÑA ÁNGELA.

No, sino quédate aquí,
Por vida de aquestos ojos;
Que el fin de nuestros enojos
No se solemniza así.
Entre estos árboles puedes,
Mi bien, estar escondido.

DON LUIS.

El caballo con Leonido
Dejo en aquellas paredes.
Iréle á avisar.

DOÑA ÁNGELA.

Yo haré
Que Carrillo vaya allá.
Aqueste gusto me da,
¡Por vida del.....

DON LUIS.

No me iré;

Digo que me quedo aquí.
Sin duda que me ha entendido.

DOÑA ÁNGELA.

Ya mis primas han venido.

DON LUIS.

¿Es aquél el coche?

DOÑA ÁNGELA.

Sí.
Aquí te quiero enviar
Algo que meriendes luego.

DÓN LUIS.

Si más disimulo el fuego,
Pienso que he de reventar.
Como niña tengo el pecho;
Doile fuego, mudo estoy.

DOÑA ÁNGELA.

¡Don Luis!

DON LUIS.

¡Señora!

DOÑA ÁNGELA.

Yo voy.

TEODORA.

Que se ha de volver sospecho.

DOÑA ÁNGELA.

Mira que al estribo has de ir
Conmigo, porque de noche
Podrás entrar en el coche.

DON LUIS.

De estribo quiero servir,
Ángela bella, á tus pies.

DOÑA ÁNGELA.

Ven, Teodora.

TEODORA.

Ven, que espera.

Vanse Ángela y Teodora.

DON LUIS.

¿Que esto mis desdichas quiera?
¡Que esto es ser pobre, esto es!
¡Ah pobreza, madre infame
De la bajeza y deshonra!
¡Oh madrastra de la honra,
Demonio el mundo te llame!
¡Que si para el cielo eterno
Ángel, guía y norte fuiste,
No te amando yo, caiste
Desde ese cielo al infierno!
Que el señor y la pobreza
Mal pueden juntos estar
Con quien ha de profesar
Capa y espada y nobleza.
Si aquí no fuera forzoso
Á quien amo obedecer,
Yo fuera, don Vasco, á hacer
Un hecho. ¡Ay, cielo piadoso!
¿Vivís vos, que viene aquí?

Entra D. Vasco.

DON VASCO.

En la huerta me he quedado
Corrido, necio y picado
De quien me ha tratado así.
Que quiero ver si esta fiera
Habla á don Luis; pero creo
Que ha cumplido mi deseo
Primero que le tuviera.
Ya me ha visto, no hay tratar;
Esconderme he; hablarle es justo,
Porque con mostrarle gusto
La iremos los dos á hablar.
¡Por acá, señor don Luis,
Á pie y solo! ¿No me habláis?
¿De qué tan suspenso estáis,
Qué miráis ó qué sentís?
¿Qué es lo que ese pensamiento
Orillas del Tajo fragua?
Porque á los tristes el agua
Es un divino instrumento.
¿Qué hacéis entre aquestas flores
Y hierba de olmos vestida?
¿Qué mal tenéis? ¡Por mi vida!
¿Es acaso mal de amores?
¿No respondéis?

DON LUIS.

¿Qué respuesta
Merece un hombre que ha sido
Conmigo amigo fingido?

DON VASCO.

¡Fingido amigo el que presta!
Pues yo pensé que os hacía
Más verdad en la amistad,
Que en una necesidad
Prestar al que lo pedía.

DON LUIS.

Cuando fueran mil ducados,
Y no treinta escudos fueran,
Como en el rostro se dieran
Quedaban harto pagados.
Que no os debo nada es llano;
Que quien cuenta el bien que hace,
Él mismo se satisface
Y se paga de su mano.
Y si esta paga se cuenta,
Aunque es infame su nombre,
¿Cuánto más lo será un hombre
Que lo cuenta por afrenta?
¿Pido yo los treinta escudos
Para mi afrenta? los nobles
Que no saben tratos dobles,
Del bien que han hecho son mudos.
Los que no lo son ni han sido,
Como nunca bien han hecho,
Váseles luego del pecho
Como es por fuerza adquirido.
¿Para no tener en calma,
Es bien que con tanta mengua
Hace ventana la lengua
Por donde se asome el alma?
¡Treinta escudos! ¡Gran caudal!
¡Gran prestar, gran acudir,
Para venirlo á decir

Á una mujer principal!
¿Hay de qué alabaros más?
¿Hay otra cosa en mi afrenta?
¡Que este número de treinta
Sabéislo vos muy de atrás!

DON VASCO.

Cuando con Ángela hablé
Fué corrido de pensar,
No de verla regalar
Mas de que á mi costa fué.
Túvela amor, ignorante
De que ella os lo tuvo á vos,
Y arrepentíme, por Dios,
De necedad semejante.
Si palabras enojosas
Las que aquí le dije han sido,
No fué mucho; que á un corrido
Se perdonan muchas cosas.
Si soy noble, otras grandezas
Dirán lo que hago y digo,
Porque vos no sois testigo
Para jurar en noblezas.
Que ella es mujer principal
Osaré negar también;
Pues á vos os quiere bien
Y á mí me quiere tan mal.
Lo que es número de treinta
No lo sabe mi linaje,
Y así no recibe ultraje,
De quien con la suya afrenta.
Que en linajes tengo brío
De hidalgo, con tanta ley,
Que serán treinta con rey,
Porque le ha habido en el mío.
Mas los treinta que decís,
Si á dineros los igualo,
Serán moneda de palo
Con que os mate.

DON LUIS.

¡Vos mentís!

DON VASCO.

Obras importan, villano.

DON LUIS.

¡Ése, don Vasco, sois vos,
Y danzaréisle, por Dios,
Huyendo por fuerza el llano!

Éntranse riñendo, y salen Teodora, D.ª Ángela y Carrillo.

DOÑA ÁNGELA.

Bien dije yo, que ellos son.

CARRILLO.

Tarde, señora, has venido.

DON VASCO.

Tú verás si noble he sido.

TEODORA.

¡Ah, señores, no es razón!

CARRILLO.

¡Tente, señor!

DOÑA ÁNGELA.

Vé, Carrillo,
Tras ellos. ¡Triste de mí!

TEODORA.

De lo sucedido aquí
Muy poco me maravillo.
Que muy grande necedad
Aquí el decíroslo fué:
Lo que en el campo se ve,
Sucederá en la ciudad.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ah, lengua! ¡Al fin de mujer!
¿Qué mal el mundo no tiene
Principio de ti?

TEODORA.

Ya viene.
Ya viene.

DOÑA ÁNGELA.

¡Torna, placer!

Sale D. Luis.

DON LUIS.

Él queda como merece;
Ánimo, mi bien; que agora
Tengo de saber, señora,
Quién me estima y aborrece.
Don Vasco queda tendido:
Carrillo corriendo fué
Por el caballo.

DOÑA ÁNGELA.

No sé
Si vivo ó tengo sentido.

DON LUIS.

Ángela, ¿sois mi mujer?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, mi bien.

DON LUIS.

Venid conmigo
Por los montes.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay, amigo!
También mi muerte ha de ser.

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA ÁNGELA.

De este sobresalto.

DON LUIS.

Ven á ayudarla á subir,
Teodora.

TEODORA.

Si importa huir,
El monte es espeso y alto;
Ánimo, pues quieres bien.

DOÑA ÁNGELA.

¡Qué dolores y qué enojos!

DON LUIS.

Si tú murieses, mis ojos,
Don Luis morirá también.

Vanse, y salen Tirrena y Belardo, villanos.

BELARDO.

Yo no sé qué puede ser

Tan temerario alboroto.

TIRRENA.

No las castréis de mi voto;
Son dadas á Lucifer.

BELARDO.

Verás cuál salen acá.

TIRRENA.

Desviar, padre.

BELARDO.

Aquesto es hecho,
Ya no serán de provecho.

TIRRENA.

Y Fileno, ¿dónde está?

BELARDO.

Pienso que le habrán comido.

TIRRENA.

¡Que tan pequeño animal
Pique y haga tanto mal!

BELARDO.

Tirrena, defiende el nido.
Si no hay cosa más cobarde
Que una gallina y defiende
Sus pollos, ¿de qué te ofende
Que una abeja su miel guarde?
Que es gente que tienen rey,
Y que en república están;
Que marchan con capitán
Y tienen gobierno y ley.
¿No has visto sus escuadrones?

TIRRENA.

¡Pardiez! no quisiera vellos,
Porque si al alba son bellos,
Después todo son traiciones.
Quien se las ve de las frescas
Flores al alba vestidas,
Con sus cueras guarnecidas
Y con sus calzas tudescas;
Quien se las ve los piquillos,
Pies y manos y pescuezos
Llenos de flores de brezos,
De romeros y tomillos,
Y quien se las ve enojadas
En iguales ocasiones
Con sus agudos lanzones
De furia y soberbia armadas,
Parecen indios de Chile,
Á fe, que guardan el oro.

BELARDO.

Pues ¿qué flecha de indio ó moro,
Puesto que hierbas se afile,
Deja más rabia y ponzoña.

Entra Fileno, puesta una máscara de castrar.

FILENO.

¡Ay! ¡Ay!

BELARDO.

¿Qué es eso, Fileno?

FILENO.

¡Ay! ¡Ay!

TIRRENA.

Todo viene lleno.

FILENO.

El colmenar se endemoña.
¡Ay! ¡Ay!

TIRRENA.

Dad con el gabán
Padre.

BELARDO.

Ya le doy con él.

FILENO.

Ofrezco al diablo la miel,
Y aun los que por ella van.

TIRRENA.

Dadle más recio.

BELARDO.

¡Ox allá!

FILENO.

Á las piernas tirad, tío.

TIRRENA.

¡Oh, pobre Fileno mío!
Comérsele tienen ya.

BELARDO.

¡Ox! Son el diablo.

FILENO.

Id de presto
Por el cura del lugar.

BELARDO.

Yo las haré conjurar.

Vase.

TIRRENA.

¿Fuése?

FILENO.

Sí.

TIRRENA.

Descubre el gesto.

Quítase la máscara.

FILENO.

Cuanto al gesto, con la red,
Como á monja me han tratado;
Que han hablado y no han tocado.

TIRRENA.

Dios te ha hecho gran merced.
¿Podréme llegar á ti?

FILENO.

Podrás, que ya se partieron.

TIRRENA.

¿Hiciéronte mal?

FILENO.

Hicieron
Cuanto pudieron en mí.
Parecen mucho al amor
Las abejas.

TIRRENA.

¿De qué suerte?

FILENO.

Que siendo niño, es tan fuerte
Y da tan grande dolor.

TIRRENA.

Enseñarán las mujeres
Á guardar su miel, Fileno.

FILENO.

Antes muestran que es veneno
Lo dulce de sus placeres.
El que va por miel contento,
Por más que entonces le agrada,
Á fe que le da picada
La abeja arrepentimiento.

TIRRENA.

Todos lo decís así,
Y no hay tormento ni pena
Que os eche de la colmena;
Pues algo bueno hay allí.

FILENO.

Con la hambre no se siente,
Tirrena, el daño esperado,
Porque antes de haber pagado
Ningún hombre se arrepiente,
Mas después.....

TIRRENA.

Deja la queja,
Que vanamente os quejáis;
Pues sin honra nos dejáis,
Como sin vida á la abeja.

Sale D. Luis.

DON LUIS.

Pastores de los montes de Toledo,
Muévaos á compasión la desventura.

TIRRENA.

¿Que es esto, vais perdido?

DON LUIS.

Á Dios pluguiera,
Que ése fuera mi mal; socorred presto
Una mujer que con dolor de parto
Expira entre los brazos de dos árboles.

TIRRENA.

¡Ay, pobre de ella! ¿Y era vuestra esposa?

DON LUIS.

Era mi esposa.

TIRRENA.

Quédate, Fileno,
Por si vuelve mi padre; que entretanto
La llevaré á la choza.

DON LUIS.

Vamos presto.

FILENO.

No echéis por las colmenas, que sería
Posible que os comiesen la criatura.
¿Hay cosa semejante?

Vanse, y sale Belardo.

BELARDO.

¿Qué hay, Fileno?

FILENO.

¡Pardiez! más mal de lo que pensamos.
Allá queda pariendo vuestra hija.

BELARDO.

¿Pariendo?

FILENO.

No pariendo, que otra pare;
Ayudando á parir pienso que digo.

BELARDO.

Aun eso es otra cosa.

FILENO.

¿Qué otra cosa?
¿No dicen que les dan penas iguales
Á los que hacen y á los que consienten?

BELARDO.

¿Pues quién pare, Fileno?

FILENO.

Una señora,
Que á la cuenta debió de ir de camino.

Entra Carrillo con un niño en brazos.

CARRILLO.

¿Es por aquí la choza, buena gente?

BELARDO.

Sin duda que es aquésta la criatura.
¿Parió vuestra señora?

CARRILLO.

Ya ha parido,
Mas puesto que parió, pariendo queda.

FILENO.

¿Pariendo queda? ¿Cómo si ha parido?

CARRILLO.

Apenas dió la luz al claro día,
Este niño que veis, cuando comienzan
Á darle otros dolores, y sin duda
Que otro le queda.

FILENO.

Ella es mujer de chapas;
De dos en dos los echa, cual si fuera
Para una isla.

BELARDO.

Presto la poblara.
Id, buen hombre, siguiendo aquesta fuente,
Que ella os pondrá en la choza.

CARRILLO.

Dios os guarde.

Vase.

FILENO.

Á fe que tenéis huéspedes.

BELARDO.

¿Qué quieres,
Si vienen á parir á aquesta casa?

Sale Tirrena con un niño.

TIRRENA.

¡Bendígante los ángeles mil veces!
¡Oh, qué lindo zagal! ¡Qué lindos ojos!

FILENO.

¿Otro muchacho?

TIRRENA.

Y lindo por extremo.

BELARDO.

Por lo menos serán cinco los huéspedes.

FILENO.

¿De tres se han vuelto cinco?

TIRRENA.

Todos fueran

Como el que agora veis. Dios te bendiga.
¿No parece que quieres decir taita?

FILENO.

¿Taita, Tirrena? No.

TIRRENA.

¿Pues qué, Fileno?.....

FILENO.

Ta, ta, ta, ta, que quiere salir otro.

TIRRENA.

Todo lo puede hacer quien más ha hecho
Del polvo de la tierra.

FILENO.

Ella es hermosa

TIRRENA.

Es un ángel, por Dios.

BELARDO.

Su esposo viene.

Sale D. Luis.

DON LUIS.

Apenas, labradores generosos,
Mi desdichada esposa, entre estos árboles,
Dió á luz esos dos niños que habéis visto,
El que llevó á la choza mi criado
Y el que tiene presente esta pastora,
Cuando siento venir en busca mía
La Hermandad y justicia de Toledo,
Ya sea por querella de su padre,
Ya por la herida ó muerte de don Vasco,
Competidor conmigo de esta dama.
Ruégoos, por Dios, que, en tanto que es forzoso
Huirme de esta tierra ó esconderme,
Le deis en vuestra choza acogimiento.

Vase.

BELARDO.

Si no se fuera el traidor,
¡Voto al soto! que le hiciera
Que sin pagar no se fuera
La muerte de mi señor.

TIRRENA.

¡Ay, tío! luego don Vasco,
El señor de aquesta hacienda,
¿Es muerto?

BELARDO.

Dame esa prenda,
Que estrelle en aquel peñasco.
Suelta, Tirrena.

TIRRENA.

¡Ay de mí!
¿Qué debe aqueste inocente?

BELARDO.

Parte, Fileno, á esa fuente,
Si ella dicen que está allí,
Y aunque venga muerta luego,
Sus hijos ha de tomar.

FILENO.

Pues voila luego á buscar.

TIRRENA.

No hagáis tal crueldad os ruego;
Padre, padre, sólo un día
Siquiera descanse aquí.

BELARDO.

¿Eso me dices á mí?

Vuelve á salir Carrillo con el niño.

CARRILLO.

Niño, con la sangre mía
Sabe Dios si os sustentara.
No lloréis, no puedo más.

BELARDO.

¿Dónde con el niño vas?
Detente, infame, y repara.

CARRILLO.

¿Infame? ¿Por qué razón?
Como tardasteis, volvía
Á ver si su madre había
Llegado.

TIRRENA.

¡Oh! Gran confusión.

BELARDO.

¡Perro, suelta el niño!

CARRILLO.

Toma.

BELARDO.

¡Que si armas trajera aquí!.....

CARRILLO.

¿Tú qué tienes contra mí?

BELARDO.

¿Posible es que no me coma
Estos niños de dolor?

CARRILLO.

¿Qué tienes, hombre?

BELARDO.

¿Qué tengo?

CARRILLO.

Pregunto.

BELARDO.

¡Si veo difunto
Á don Vasco, mi señor,
Hombre que yo le he criado
Y que mi mujer le dió
Sus pechos!

CARRILLO.

¿Quién te contó
Que don Luis muerte le ha dado?

BELARDO.

Huye, infame, que tras él
Viene la Hermandad.

CARRILLO.

¡Ay, cielo!
Defendedme.

BELARDO.

Nunca el suelo
Sufra tu dueño cruel.

Huye Carrillo y sale D.ª Ángela.

Estoy, Tirrena, por dar
Á un mastín estas criaturas.

TIRRENA.

¿Es posible que procuras
Á dos ángeles matar?

¡Padre! ¡Padre!

DOÑA ÁNGELA.

¿Adónde, di,
Quieres que te siga muerta?

FILENO.

Hoy tu desventura es cierta;
Que su gente viene aquí.

DOÑA ÁNGELA.

Señores, si sois cristianos
Y mi inocencia sabéis,
¿Cómo, decidme, ponéis
En dos ángeles las manos?
Matadme á mí, que ya estoy
Casi muerta, y con piedad
Llevadlos á la ciudad;
Que os quiero decir quién soy.
Mirad que tienen abuelo
Que os sabrá satisfacer.

BELARDO.

Ese tu galán, mujer,
Que parta un rayo del cielo,
Mató el señor de esta hacienda.
Juzga tú si es fuerte cosa
Tenerte aquí.

DOÑA ÁNGELA.

Es más piadosa
Que justa.

BELARDO.

¿Es bien que se entienda
Que yo fuí el encubridor?
Toma tus hijos, camina.

TIRRENA.

¡Padre!

BELARDO.

Tirrena, imagina
Que incitas más mi furor.

FILENO.

No seas cruel.

BELARDO.

¿También
Te me pones tú delante?
¡Qué bien parece, ignorante,
Que no le quisistes bien!
Toma tus hijos.

TIRRENA.

Señor,
Fileno los llevará.

FILENO.

Yo los llevaré hasta allá.

BELARDO.

¿No veis que fuera traidor
Al pan que comí en su casa
Más de treinta años?

TIRRENA.

Señora,
Sabe Dios que esta alma llora,
El mal que la vuestra pasa.
No puedo más; Dios os guíe;
Tomad el niño.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay de mí!

FILENO.

Y éste también, que de mí,
Por verme llorar, se ríe.
¡Dios os consuele! ¿Queréis
Que la guíe?

BELARDO.

Andad acá.

TIRRENA.

Ella presto morirá;
Terrible crueldad hacéis.

Vanse los tres, y queda D.ª Ángela, con los niños en los brazos.

DOÑA ÁNGELA.

Prendas del alma que os adora y ama,
Si vida el cielo en tanto mal concede
Á quien en las desdichas sola excede
Á cuantos por amor tuvieron fama.
Vamos los tres donde la suerte os llama,
Porque contenta de matarme quede
Fruto de mis entrañas, donde puede
Mejor el fruto que en la verde rama.
Venid conmigo, hermosas luces bellas;
Que llevando dos ángeles por guías,
Pondré gran esperanza siempre en ellas;
Esforzad contra el tiempo mis porfías,
Pues, en efecto, servirán de estrellas
En el tornar de las desdichas mías.

Den gritos dentro de regocijo, y salgan músicos cantando á la fiesta de una ermita, y dos ó tres hombres y una dama.

MÚSICOS.

Á la Virgen bella
De aquesta ermita
Cielo y tierra celebren
Su dulce día.

UNO SOLO.

A la bella Virgen,
Que á tantos guía,
Da salud, rescata,
Da gloria y vista.
Murcia, que la tiene
Por amparo, diga:
«Cielo y tierra celebren
Su dulce día.»

DAMA.

Entrémonos por aquí,
Mientras que á velar entramos.

HOMBRE 1.°

Cortemos algunos ramos.

HOMBRE 2.°

¿Haremos cabaña?

MÚSICOS.

Sí.

Salen otros músicos y Lucrecia de Vera, dama, don Lope, su marido, y criados.

Cantan:

Morenica me adoran

Cielos y tierra;
Que del Sol de mis brazos
Estoy morena.

UNO SOLO.

Tanto sol me ha dado
Del niño hermoso,
Que hasta el pecho amoroso
Tengo abrasado:
Todos me han llamado
Blanca azucena;
Que del Sol de mis brazos
Estoy morena.

DON LOPE.

Lucrecia mía, si aquí
Obrase milagro el cielo,
Ya por tu cristiano celo
Ó por consolarme á mí,
Y nos diese Dios un hijo,
De los dos tan deseado,
¡Cuál sería celebrado
Este común regocijo!
María, Reina del cielo,
Si un mayorazgo me dais,
Yo os prometo que tengáis
De plata asiento en el suelo.
Un trono os haré, señora,
Adonde pongáis los pies.

LUCRECIA.

¿Qué importa que voces des
Si no nos escucha agora?
Deja, don Lope, de hacer
Promesas; airado está
El cielo.

DON LOPE.

¿Comienzas ya
Tu soberbio proceder?
Si á un rey del suelo importuna
El que mercedes pretende,
Jamás el cielo se ofende
De importunación ninguna.

LUCRECIA.

No lo merezco. ¿Que haré?

Entra D.ª Ángela con un saco de peregrina y sus dos hijos en los brazos.

DOÑA ÁNGELA.

Siguiendo mi esposo amado,
¡Qué de montes he pasado
Y qué de leguas á pie!
Á Murcia me dijo un hombre,
Á quien contó su desdicha,
Iba llorando. ¡Qué dicha
Hallar señas de su nombre!
¿Si habrá pasado á Valencia,
Ó si á Cartagena fué
Para embarcarse?

LUCRECIA.

No sé
Si me ha de faltar paciencia.
¿Ves, don Lope, aquella pobre
De tantos hijos cargada?
¡Que una desdicha heredada
Tanto mayorazgo cobre,
Y que á treinta mil ducados
De renta falte heredero!

DON LOPE.

En Dios, mi Lucrecia, espero;
En él pongo mis cuidados.

DOÑA ÁNGELA.

Pediré limosna aquí;
Que éstos que á la Virgen velan,
Es muy cierto que se duelan
De mis hijos y de mí.
¡Ah, mi señora, por Dios
Que de esta pobre tengáis
Piedad!

LUCRECIA.

¿Dos hijos criáis?

DOÑA ÁNGELA.

Y de un parto son los dos.

LUCRECIA.

¿De un parto?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, mi señora.

LUCRECIA.

¿Sois casada?

DOÑA ÁNGELA.

Sí, lo fuí.

LUCRECIA.

¿Dos paristes?

DOÑA ÁNGELA.

Dos parí.

LUCRECIA.

¿Dos juntos?

DOÑA ÁNGELA.

Dentro de un hora.

LUCRECIA.

¿No fuistes honrada vos?

DOÑA ÁNGELA.

Bien sabe Dios que lo he sido.

LUCRECIA.

¿Dos juntos y de un marido?

DOÑA ÁNGELA.

Como esto puede hacer Dios.

DON LOPE.

Callad, señora, y mirad
Que Esaú y Jacob nacieron
De un parto.

LUCRECIA.

Esas cosas fueron
Por precisa voluntad
Del cielo.

DON LOPE.

¿Y qué sabeis vos
Lo que de éstos quiere hacer?

LUCRECIA.

¿Agora me hacéis creer
Que éste es milagro de Dios?
¡Una pícara bribona
Que así lo quiere decir,
Por milagro ha de parir!

DON LOPE.
Amiga, vete y perdona;
Que esa cara da á entender
Que eres honrada.
LUCRECIA.
Esa cara
Muestra bien, si se repara,
Cuán baja debe de ser.
DON LOPE.
Lucrecia, mira que es cosa
Fuerte aquesta condición.
LUCRECIA.
¿Milagros dicen que son
Infamias? ¡Graciosa cosa!
DON LOPE.
Mira, Lucrecia, que obra
Esto la naturaleza
Sin milagro.
DOÑA ÁNGELA.
¡Esta pobreza,
Qué mala opinión que cobra!
LUCRECIA.
¡Harta de andar hospitales,
Mesones, campos y tierras,
¡Hará milagros!
DON LOPE.
Tú yerras
En decir palabras tales.
LUCRECIA.
Digo que si yo pariere
Dos hijos, te doy licencia
Que me mates.
DON LOPE.
Ten paciencia.
DOÑA ÁNGELA.
Probar la que tengo quiere.
LUCRECIA.
Digo que sin más probanza,
Por adúltera me mates.
DON LOPE.
Que no digas disparates.
DOÑA ÁNGELA.
Si la maldición alcanza
De una mujer miserable
Á una mujer poderosa,
Plega á Dios y á su piadosa
Mano.....
LUCRECIA.
No dejes que hable.
DOÑA ÁNGELA.
Que de un parto tantos paras
Que tu lengua te condene.
LUCRECIA.
¿Esto sufres?
DON LOPE.
Razón tiene.
LUCRECIA.
Siempre tú la infamia amparas.
DON LOPE.
Ya se fué, Lucrecia mía,
Y ya la ermita está abierta;
Cantad todos, que á esta puerta
Nos lleva el Sol de María.

Cantan:

Morenica me adoran
Cielos y tierra;
Que del Sol de mis brazos
Estoy morena.

ACTO SEGUNDO.

Salen Lisandro, mercader, de camino, y Fabio, labrador.

FABIO.
Yo tuviera que comer,
Si, por ventura, supiera
Que tan buen huésped tuviera.
LISANDRO.
Antes me quiero volver;
Que sólo, Fabio, he venido
Á ver esta tempestad.
¿Hizo algún daño?
FABIO.
Pensad
Qué cuidado habré tenido.
Son los gusanos de seda
La cosa más delicada
Que hoy tiene el mundo criada.
LISANDRO.
Bien encarecido queda,
Con decir, si lo procuras,
Que vuelven á renacer
Al pecho de una mujer
Como si fuesen criaturas.
Del Fénix sabio se admira
El mundo, que á nacer vuelve
Del fuego en que se revuelve
Y que á nueva vida aspira.
Y no le da maravilla
Ver que el gusano de seda,
Muerto una vez, vivir pueda
De tan pequeña semilla;
Verle morir en la casa
Que labra, después que toma
Nueva forma de paloma
Y el aire volando pasa;
Sin otras cosas que callo
Porque las sabes mejor,
¿Á quién no admiran?
FABIO.
Señor,
Notables secretos hallo
En este animal pequeño.

LISANDRO.
En fin; ¿ninguno murió
En esta tempestad?
FABIO.
No;
Que soy cuidadoso dueño.
Con panderos y sonajas
Los hicimos tal ruido,
Que los truenos no han sentido
Ni se han movido en las pajas.
LISANDRO.
¿Ya les das hoja?
FABIO.
Ya comen.
LISANDRO.
Los morales, ¿cómo están?
FABIO.
Cien hojas por una dan,
Aun antes que se las tomen.
Apenas los acabamos,
Lisandro, de desnudar,
Cuando ellos vuelven á dar
Más hojas que les quitamos.
LISANDRO.
¿Quién te ayuda?
FABIO.
Fué desdicha
Estar mala mi mujer
De un preñado, aunque ha de ser
Para mi contento y dicha.
Mas recibe en su lugar
Una pobre con dos hijos,
Que todos estos cortijos
Los puede honrar y mandar.
Es bella, señor Lisandro;
Que si tú la ves, dirás
Que no podía ser más
La que dió muerte á Leandro.
Es discreta por extremo,
Gran gobierno, gran mujer.
LISANDRO.
Yo la quisiera tener.
FABIO.
¿Quiéresla por dicha?
LISANDRO.
Temo
Llevar celos á mi casa;
Que es mi mujer insufrible.
FABIO.
Pero no, que es imposible,
Si ese veneno le abrasa,
Que deje de darle celos,
Porque es mujer tan perfecta,
Gallarda, hermosa y discreta,
Como la han hecho los cielos.
Mi hijo su parte ayuda.
LISANDRO.
Y los suyos, ¿quién los cría?
FABIO.
Ella misma, aunque de día
Y de noche á todo acuda.
LISANDRO.
Yo paso, Fabio, adelante
Á ver la demás hacienda.
FABIO.
La que tengo en encomienda
Segura está, Dios mediante.
LISANDRO.
Pues él te guarde; que luego
Daré vuelta por aquí.
FABIO.
Fiad, Lisandro, de mí.

Vase.

Sale D. Luis en hábito de soldado pobre.

DON LUIS.
Cansado y con hambre llego.
Nueve meses puede haber
Que de mi enemigo huyendo
Pasé esta tierra, temiendo
De la justicia el poder.
Embarquéme en Cartagena
Para Orán, donde he vivido
Triste, ausente y perseguido
De aquella mi dulce pena.
Hábito pobre tomé,
Con nombre humilde viví,
Á los Alarbes salí,
Entre sus lanzas pasé.
Que mis penas y cuidados
Me daban pecho tan fuerte,
Que vi cómo huye la muerte
De los hombres desdichados.
No pude sufrirlo más:
Á España volví á saber
De mis hijos y mujer.
Ángela, si viva estás,
De tus ángeles me dí,
Ó si hacéis coro en el cielo,
Enviad de allá consuelo
Á quien no le tiene aquí.
Ayer me desembarqué
En Cartagena, y hoy llego
Á otro mar, en que me anego
De ver que en España entré;
Que si allá roto vivía,
En fin era tierra extraña:
Mucho lo siento en España,
Porque al fin es patria mía.
Quiérome aquí recostar
Antes que éntre en Murcia, y ver
Si me podrán conocer;
Que es éste insigne lugar.
Tiene, en razón de la seda,
Todo el trato que en Toledo,
Y ser conocido puedo.
FABIO.
Al pie de aquella arboleda
He visto un hombre sentarse,
De mala traza y vestido,

Algún soldado habrá sido
Enemigo de embarcarse:
De éstos que por las aldeas
Comen y dicen que van
Á las Italias, y están
Contando en las chimeneas
Que allá en Flandes ó en la China,
Mataron á Eneas Troyano,
En tanto que asa el villano
A su pesar la gallina.
Y en viendo el agua, se fragua
La vuelta al mismo cortijo;
Que un astrólogo les dijo
Que tienen peligro en agua.
¡Ah, mancebo! ¡Hola, soldado!
¿No escucháis? ¿No respondéis?

DON LUIS.

¿Quién es?

FABIO.

Yo.

DON LUIS.

¿Qué me queréis?

FABIO.

¿Háse, por dicha, embarcado
El señor capitán ya?

DON LUIS.

Yo, amigo, no voy; que vengo
De Orán á España, en que tengo
Padres.

FABIO.

Eso bien está.
Y ¿de dónde sois?

DON LUIS.

Manchego.

FABIO.

¿De qué pueblo?

DON LUIS.

De La Roda.

FABIO.

Buena gente toda.

DON LUIS.

Toda.

FABIO.

¿Cómo es vuestro nombre?

DON LUIS.

Diego.

FABIO.

Y ¿qué apellido?

DON LUIS.

Martín.

FABIO.

Un tío tengo yo allá
De ese nombre.

DON LUIS.

Y ¿cómo está?

FABIO.

No lo sé. Mas ¿á qué fin
Lo preguntáis? que en mi vida
Le vi.

DON LUIS.

Porque es padre mío.

FABIO.

Vos ¿sois hijo de mi tío?

DON LUIS.

Si acaso no se me olvida
Que así mi padre se llama.

FABIO.

¡Cosa que primos seamos,
Hombres que á la guerra vamos!

DON LUIS.

Pecho que las armas ama,
Nunca de padre se acuerdan,
Ni los parientes estiman;
Que á valer por sí me animan,
Puesto que la vida pierdan.
Ya pensaréis que os engaño.

FABIO.

No soy tan malicioso.

DON LUIS.

A nadie le es más forzoso
Buen vestido, seda ó paño,
Que al soldado, porque roto,
Aunque haya sido un Roldán.
Se burlan de él.

FABIO.

No lo harán
Los que fueren de mi voto.

DON LUIS.

Habrá soldado que venga
Lleno de plumas y galas,
Que sin ver dos noches malas,
Honra, oficio y premio tenga.
Y un roto, con mil heridas,
Irá á dar sus memoriales,
Por dicha, á los hospitales,
Donde se acaban las vidas.

FABIO.

Que seas mi deudo ó no,
No lo tratemos aquí.
Yo crío, y no para mí,
Seda que un hombre me dió.
Es la sazón en que cojo
La hoja: si vos queréis,
Pues estáis pobre, podéis,
Si no lo habéis por enojo,
Entreteneros aquí.

DON LUIS.

Sin salud vengo y no puedo
Caminar; con vos me quedo.

FABIO.

Pues alto; echad por aquí.

Vanse.

Entran D. Lope y D. Vasco.

DON LOPE.

Por carta supe de don Juan, mi primo,
Señor don Vasco, la desgracia vuestra;
Mas ya de la salud, que tanto estimo,
Os doy el parabién.

DON VASCO.

Bastante muestra

De la merced que siempre me habéis hecho,
Con que más confirmáis la amistad nuestra.
De vos, señor don Lope, satisfecho
Estoy; los cumplimientos aquí acaben;
La vida tiene un peligroso estrecho;
Sané de dos heridas, que me daban
Por términos la vida, de hora en hora,
Pero que en lo exterior del cuerpo estaban.
Mas las del alma vienen, porque agora
Las siento más que en su primero día.

DON LOPE.

Terrible amor que tras agravio adora.
¿Qué se ha sabido de ella?

DON VASCO.

Que seguía
Los pasos de su amante.

DON LOPE.

¿Y no otra cosa?

DON VASCO.

Fábulas grandes, en lisonja mía:
Que se embarcaron, nueva rigurosa;
Y que murieron en la mar.

DON LOPE.

Pues muera
El fuego si murió su causa hermosa.

DON VASCO.

Amor quiere que viva.

DON LOPE.

¿Pues qué espera?
No ha habido amor en esperanza.

DON VASCO.

Creo
Que vive; aqueste engaño considera.

DON LOPE.

En ese engaño estribará el deseo.
Buscad remedio.

DON VASCO.

¿Cuál?

DON LOPE.

El de casaros;
Haciendo en rica esposa honroso empleo.
Yo tuve mocedades que contaros
Pudiera agora, pero (1) todas ellas,
Como suelen del Sol los rayos claros
Las nubes deshacer, vine á perdellas.
Y mas si el cielo os da la paz que llaman
Del matrimonio en hijos ó hijas bellas.

DON VASCO.

Ya sé que entonces más se adoran y aman,
Y donde no está paz no vive el gusto,
La hacienda y la concordia se derraman.
Tenéisla vos, porque con gran disgusto
Mi señora Lucrecia, me decían
Estaba por su falta.

DON LOPE.

Y no era justo.
Mas ya los Cielos que perder se vían
Tan rico mayorazgo, nos han dado
Lo que nuestros deseos les pedían:
Preñada está Lucrecia, y ha llegado
Al mes del parto.

DON VASCO.

¡Por mil años sea!
¡Nazca un varón, y aumente Dios su estado!

DON LOPE.

Esta noche á cenar quiero que os vea.

DON VASCO.

La he de tener en Murcia, es imposible;
Mas porque el vuestro de mi amor lo crea,
Mañana pienso que será posible
Volver de Cartagena; y ese día
Veré á mi prima.

DON LOPE.

Hoy fuera convenible;
Que mañana en el monte andar querría.
Mas ¿cómo no pasáis de Cartagena?

DON VASCO.

Porque llevo hasta allí la compañía;
Allí se ha de embarcar, que así lo ordena
Toledo; que esta gente el Rey le ha dado.

DON LOPE.

Pues, don Vasco, volved en hora buena,
Que en mí tenéis un deudo y un criado.

DON VASCO.

¡Guárdeos el Cielo, y dé lo que deseo!

Vase.

DON LOPE.

Y á vos os libre, y ponga en el estado
Que con Lucrecia en tanto bien poseo.

Sale Beatriz, esclava.

BEATRIZ.

No há don Lope, mi señor,
Media hora que pensé
Pedirte albricias.

DON LOPE.

¿De qué?

BEATRIZ.

Pero ya cesó el dolor.

DON LOPE.

¿Pensastes que ya paría
Mi Lucrecia?

BEATRIZ.

Imaginélo.

DON LOPE.

¡Ay! ¡Dela el suceso el Cielo,
Cual es la esperanza mía!
¿Dicen que es parto?

BEATRIZ.

Sospecho
Que será entrada de mes.

DON LOPE.

¿Sin duda, Beatriz, lo es?

BEATRIZ.

Si mi deseo aprovecho,
Grandezas ha de tener.

DON LOPE.

Beatriz, si mi bien codicias,
Tu libertad será albricias.

(1) En la edición antigua *para*.

BEATRIZ.
Un mayorazgo ha de haber.
DON LOPE.
En fin; ¿el dolor cesó?
BEATRIZ.
Sí, señor.
DON LOPE.
¿Luego bien puedo
Ir hoy al monte sin miedo?
BEATRIZ.
Y mañana, ¿por qué no?
Que ya entiendo, que deseas
Que te vayan á buscar
Con las nuevas, por no estar
Adonde el suceso veas.
DON LOPE.
Bien dices; llama á Teodor,
Y haz que me den de vestir.
BEATRIZ.
¿Al monte al fin quieres ir?
DON LOPE.
Tengo al suceso temor.
BEATRIZ.
En fin; ¿tu vista le niegas?
DON LOPE.
¡Oh, qué mal mi temor mides!
BEATRIZ.
Dios te dé lo que le pides.
DON LOPE.
Por tu libertad le ruegas.

Sale Fabio con un palo, Ginés, su hijo, y Doña Ángela de villano.

FABIO.
Desvíate.
DOÑA ÁNGELA.
No le des.
GINÉS.
Déjala, Teresa, llegue.
Quizá que el diablo me ciegue.
FABIO.
Pues ¿tú amo?
DOÑA ÁNGELA.
Calla, Ginés.
GINÉS.
¿Cómo tengo de callar?
¿Soy roble que me varea?
DOÑA ÁNGELA.
Es tu padre.
GINÉS.
Aunque lo sea.
FABIO.
Dame, Teresa, lugar
A que siquiera le dé
Dos muertos en las costillas.
GINÉS.
¡Que yo no sufro cosquillas!
FABIO.
No, pues yo os las quitaré.
DOÑA ÁNGELA.
¿Sobre qué es esto?
FABIO.
Por ti.
DOÑA ÁNGELA.
¿Por mí?
FABIO.
Sí, que celos tiene.
DOÑA ÁNGELA.
¿De quién?
FABIO.
De cualquier que viene
Á esta casa. Y aun de mí.
DOÑA ÁNGELA.
No creo yo que Ginés
Me quiera á mí.
GINÉS.
Sí, la quiero.
FABIO.
Traje anoche un forastero,
Que mi deudo dice que es.
Que viene ahora de Orán,
Soldado, roto y enfermo;
Que estaba en un campo yermo,
Como las bestias lo están.
Y porque quiero que esté
Aqueste verano en casa,
De vivos celos se abrasa.
DOÑA ÁNGELA.
¿Celos de mí? ¿Pues de qué?
Ginés, ¿qué es tu pretensión?
¿No me ves de hijos cargada?
GINÉS.
¿Quiero yo con ellos nada?
Ya sé yo que vuestros son.
DOÑA ÁNGELA.
Pues ¿con quién?
GINÉS.
Con ella sola.
DOÑA ÁNGELA.
Por mal camino, no tal;
Por el camino real.
FABIO.
Las orejas y la cola
Le faltan para ser bestia.
Materéle. ¡Fuera, digo!
GINÉS.
¡Teneos, padre!
DOÑA ÁNGELA.
Fabio, amigo,
¿Tú sufres tanta molestia?
¡Desvíate!
GINÉS.
¿No ha de estar
El soldado en casa?
FABIO.
No.
DOÑA ÁNGELA.
¿Soldado? ¿Dónde durmió?
FABIO.
Allá durmió en el pajar.
Y la bestia anoche quiso
Ponerle fuego.

GINÉS.
Es verdad.
FABIO.
¡Quién hiciera tal maldad!
GINÉS.
¡Padre, mirad, que os aviso
Que le echéis, ó he de quemaros!
FABIO.
Ya no hay esperar. ¡Afuera!
GINÉS.
¡Tente!
DOÑA ÁNGELA.
Ya no quiero.
FABIO.
Espera.
GINÉS.
El diablo puede esperaros.

Vanse los dos.

DOÑA ÁNGELA.
¿Soldado y roto? ¡Ay de mí,
Que en viendo algún desdichado,
Se me acuerda el triste estado
En que estoy y en que me vi!
Las entrañas me ha movido
Á procurarle algún bien;
Quiero intentar que le den
Siquiera un pobre vestido.
Que tener compasión de él,
Será tenerla de mí,
Que como sin él me vi,
Me imagino á mí sin él.
Á la puerta del pajar
Con lágrimas he llegado,
¡Qué digo! ¡Ah, señor soldado!
¿No es hora de levantar?
Mire que ya es medio día.

Dentro.

DON LUIS.
¿Quién me llama?
DOÑA ÁNGELA.
Una mujer.
DON LUIS.
Mi muerte debe de ser.
DOÑA ÁNGELA.
Mejor dijera la mía.
Levántese de esas pajas.

Sale D. Luis lleno de pajas.

DON LUIS.
Ya me levanto con ellas,
Aunque tuve cama en ellas
Que hace á las ricas ventaja.
Si no salí luego dama
Por saeudillas, no os pese;
Que no es bien que alguien dijese
Que me llevaba la cama.
Pero creed que, aunque ha sido
Cama en pajas, juraré
Que en más de ocho meses fué
La más blanda que he tenido.
DOÑA ÁNGELA.
Mucho pasan en la guerra
Los hombres.
DON LUIS.
Mucho he pasado
En la guerra de un cuidado
Que me ausenta de mi tierra.
Anoche á Murcia llegué
Desembarcando de Orán.
Mis vestidos, que no están
Tan sanos como mi fe,
Me aconsejaron, señora,
Que hasta la noche aguardase,
Porque en su tiniebla entrase,
Y amanezco en vuestra aurora.
Que vuestro padre me halló
En el campo, y condolido
De mi pobreza y vestido
Esa posada me dió.
Donde han visto los pesares
Con quien mi desdicha encuentra,
Que el sol que en palacios entra
Entra también en pajares.
Y pues hoy un sol se ve
Dar luz en cosas tan bajas,
Que temo encendáis las pajas
Que de la cama saqué.
¿Sois hija, como lo pienso,
Del dueño de esta alquería?
DOÑA ÁNGELA.
Su hija soy.
DON LUIS.
Muy bien podría
Atreverme, cielo inmenso,
Á decir que ya cansada
Naturaleza de obrar
Cosas nuevas, estampar
Muchas por una le agrada.
Ese rostro he visto yo
En otra hermosa mujer.
¿Qué miráis sin responder?
DOÑA ÁNGELA.
Miro, soldado, que os dió
Muy sutiles pensamientos
La cama en que habéis dormido.
DON LUIS.
Duerme el rico en dulce olvido
En colgados aposentos,
El pobre dormir porfía,
No viene el sueño que llama,
Y así suele ser su cama
Su estudio y su librería,
Y aunque digo que dormí,
Toda la noche pensé
En esto mismo que hallé.
DOÑA ÁNGELA.
¿Pues qué habéis hallado en mí?

DON LUIS.

Mi retrato, que no puedo
Pensar que el original
Sea más propio é igual.

DOÑA ÁNGELA.

¿De dónde sois?

DON LUIS.

De Toledo.

DOÑA ÁNGELA.

De Toledo, y me porfía
Que sois primo de mi padre.

DON LUIS.

El serlo no es bien le cuadre.

DOÑA ÁNGELA.

Que temo yo vi algún día
Á Toledo en otro nombre
Del que tengo.

DON LUIS.

¡Santo cielo!
Hacéis que me cubra un velo
Y que de veros me asombre.
Ojos, si mi pensamiento
Me dice que viendo estáis
Aquel ángel que buscáis,
Dad vuestro consentimiento.
Decid que sí, tristes ojos,
Cielo, que aún puede ser
Que pueda el alma tener
Un bien tras tantos enojos.
Hermosa señora mía,
Sois vos; que si no sois vos,
No me dé contento Dios,
Ni de vida solo un día,
Ángela, ¿qué respondéis?

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay cielo, mi nombre oí!
¿Eres don Luis?

DON LUIS.

Mi bien, sí.

DOÑA ÁNGELA.

¡Ay ojos, no lo dudéis!

DON LUIS.

Esposa mía, aunque estoy
Tan triste y desfigurado,
Mira que el alma he guardado
Que con los brazos te doy.

DOÑA ÁNGELA.

Para tener en tu cuello
Alma tan hecha pedazos,
Pongo en tus hombros mis brazos.

DON LUIS.

Yo la mía en tu cabello.

Abrázanse, y sale Ginés.

GINÉS.

Teresa, dice señor.

DOÑA ÁNGELA.

¿Cómo qué?

GINÉS.

No dice nada;
¡Muy bien pagáis la posada!
¡Esa es la paga mejor!

DOÑA ÁNGELA.

Salió agora del pajar
Y rogóme le quitase
Las pajas.

DON LUIS.

Que me limpiase
No es justo os dé pesar,
Aunque los dos trabéis bodas.

GINÉS.

Sí, pero es limpiar muy fuerte
Quitar las pajas de suerte
Que se le han pegado todas.
Rondaba: si acaso aguardas
Limpiarte el brazo, aguardar,
Que uno con otro limpiar,
Mas es oficio de cardas.
Ahora bien; sólo te abone,
Ya que he visto lo que pasa,
Que quiere salir de casa
Quien se limpia y se compone.
Limpio estás, vete en buen hora.

DON LUIS.

¿Dónde?

GINÉS.

Donde tu camino.

DOÑA ÁNGELA.

¿Camino? Si anoche vino!
¿No ves que ya en casa mora?
¿No ves que de los morales
La hoja viene á coger?

GINÉS.

Y aun fruto pudiera ser
Con lindos descuidos tales.
Si él mora ya en tu moral,
Deshoje, derribe, coja.
¿Para qué quiero la hoja
Sin fruto?

DOÑA ÁNGELA.

No digas tal;
Que eres un necio, Ginés;
Haz amistad de soldado,
Pues á servirte ha llegado
Limpio de todo interés.

GINÉS.

Y tan limpio que trocara
Á sus pajas mi capote.

DOÑA ÁNGELA.

¿Eso es bien que te alborote?
Dale la cama y repara
En que yo te quiero bien,
Y que el soldado es un hombre
Que apenas sé yo su nombre.

DON LUIS.

Diego me llamo, y también
Martín, apellido en fin.

GINÉS.

El uno habéis de dejar,
Que si el Diego fué á limpiar
Querrá limpiar el Martín.

Soy vuestro amigo, más sea
Con condición si queréis
De que sucio siempre estéis.

DON LUIS.

¿Quién hay que mis dichas crea,
Ángela?

DOÑA ÁNGELA.

Mi bien.

GINÉS.

¿Qué es eso?
¿Quédaos algo por limpiar?

DOÑA ÁNGELA.

La mina.

DON LUIS.

¿Podréte hablar?

DOÑA ÁNGELA.

Después.

DON LUIS.

Dichoso suceso.
¿Mis hijos?

DOÑA ÁNGELA.

Vivos están.

DON LUIS.

¿Adónde?

DOÑA ÁNGELA.

Aquí.

GINÉS.

¿No venís?

DOÑA ÁNGELA.

Vamos, pues.

GINÉS.

¿Qué le decís?

DON LUIS.

¿Yo?

GINÉS.

Sí.

DON LUIS.

¿Que por dónde van?

GINÉS.

Por aquí, ¿no lo entendeis?
¡Por Dios que me he de acostar
Esta noche en el pajar
Por que después me limpiéis.

Vánse.

Salen Beatriz y Lucrecia.

LUCRECIA.

¿Cuándo vendrá tu señor?

BEATRIZ.

¿De la cama te levantas
Tan presto?

LUCRECIA.

¿De qué te espantas,
Beatriz, en tanto dolor?

BEATRIZ.

¿No me tengo de espantar
De que esta noche haya sido
Tu parto, y no hayas querido
Sola una hora sosegar?
¿No he de espantarme de ver
Que te encerraste conmigo,
Sin llamar otro testigo
Sino tu propia mujer?
¿De Don Lope, mi señor,
Eras, por dicha, su dama?
Vuelve, por Dios, á la cama,
Mira que es mucho rigor.

LUCRECIA.

Si me hubiera sucedido
Beatriz, como todas suelen,
Yo estuviera en mi regalo
Y descansara dos meses.
Yo le pidiera á Don Lope
Las cosas raras que tiene
El mar, la tierra y el aire,
Aves, ganados y peces.
Visitáranme, Beatriz,
Por momentos mis parientes,
Las señoras que hay en Murcia,
Que amor y sangre me deben.
Pero siendo mi desdicha,
De la manera que adviertes,
Me espanto que estés contenta,
Y descansar me aconsejes.
Y para que entiendas bien
Mis desventuras, atiende,
Beatriz, á mi historia triste.
Que si Dios no me tuviese
De su mano en este punto,
Mil pensamientos me vienen
De que con mis propias manos
Procure darme la muerte.
Yo me casé con Don Lope,
Caballero descendiente
De la ilustrísima casa
De los señores de Vélez,
Que esta tierra conquistaron,
De cuyas hazañas tienen
El apellido Fajardo,
De los Alfajares Reyes,
A quien mató en desafío
El Don Juan de quien descienden;
Que puesto que yo soy noble,
No tanto como él merece.
El mayorazgo y hacienda
De mis abuelos procede,
Vera, por parte de padre,
Y por mi madre, Meneses.
Viendo que Dios no me daba
Hijos que heredar pudiesen
Un mayorazgo tan rico,
Pedíselos muchas veces.
Y después que mil novenas
Tuve en partes diferentes,
Una tarde en una ermita,
Puede ser que tú te acuerdes,
Una mujer con dos niños
De sus pechos tiernamente
Asidos, como en la parra
Colgar sus racimos suelen;
Que con sus bocas de rosa

Bebiendo la blanca leche,
Como los tiernos corderos
En los arroyuelos beben,
Me pidió limosna humilde,
A quien yo soberbiamente
Traté mal, quizá de envidia
De ver que Dios se los diese;
Y que una mujer tan rica,
Que así lo permite y quiere,
Por los secretos que él sabe,
Mayorazgo no tuviese.
Y entendiendo que de un parto
Eran los dos inocentes,
La llamé mujer infame,
No creyendo que pudiese
Parir dos hijos de un hombre,
Siendo cosa que acontece
Por momentos en el mundo.
Y dije que si me hiciese
Preñada, y pariese dos,
Mi marido, justamente,
Como adúltera é infame,
Darme la muerte pudiese.
Maldíjome la mujer
Con lágrimas tan ardientes,
Que hasta el cielo penetraron,
Y el pecho de Dios encienden.
Pues esa noche, Beatriz,
Antes que á Murcia volviese,
Sin duda me hice preñada,
En mal punto, en triste suerte.
El encerrarme contigo
Fueron sospechas que siempre
Tuve de este mal suceso,
Viendo ensancharse mi vientre.
Tanto, que del cuello en bandas
Le traje asido tres meses,
Sin osar salir de casa,
Ni poder aunque quisiese.
Parí, Beatriz, como has visto,
No dos hijos, sino siete;
Siete de un parto, Beatriz,
No sé yo de quién se cuente.
¡Sin duda Dios me castiga!
Dios lo ordena, Dios lo quiere,
Por las soberbias que dije,
Y atrevimientos mil veces.
Pero, pues Don Lope es ido
A casa, á mí me conviene
Salir de aqueste peligro,
Con tu ayuda de esta suerte.
Toma una canasta grande,
Y como que ropas lleves
Al río para lavar,
Los seis de mis hijos siete
Pondré en medio de los paños,
Que echados en su corriente
Con piedras, el más hermoso
Querrá el cielo que me herede.
Vamos á esconder, Beatriz:
No diga mi esposo ausente,
Que fuí adúltera y me maten,
Ó los de Murcia me afrenten.
Porque no digan sus damas
Que Lucrecia de Meneses
De un hombre solo, y de un parto,
Parió, como puerca, siete.

BEATRIZ.

Enternecida de oirte,
Con lágrimas he bañado
Tu relación.

LUCRECIA.

Mi cuidado
No tiene más que advertirte.
Sácame de él; que tendrás
Libertad por premio luego.

BEATRIZ.

Que lo mires bien te ruego.

LUCRECIA.

¿Qué puedo mirarlo más?
¿No ves que será mi muerte
É infamia de mi linaje?

BEATRIZ.

Pues quiero mudar de traje
Y partirme á obedecerte.

LUCRECIA.

¿Para qué, pues has de ir
Como que vas á lavar?

BEATRIZ.

Segura puedes estar
Que te tengo de servir.
Ven á escoger el que dejas.

LUCRECIA.

El hermoso has de dejar.
Uno solías amar,
Y ya por muchos te quejas.

Vanse.

Salen D. Lope, de caza, y Lisandro, y Carrillo, lacayo de D. Luis.

DON LOPE.

Toda mi gente he perdido,
Pero más vengo admirado
Que Teodor me haya dejado.

LISANDRO.

Algo le habrá sucedido.
Y en la caza, es ordinario
El alejarse y perderse.

DON LOPE.

Y suele siempre ofrecerse
Cuando ha de ser necesario.
Dejé, Lisandro, á Lucrecia
Casi en días de parir,
Cosa que no osé decir,
Cuánto en mi casa se precia.
Y quisiérale enviar
Á saber cómo se siente,
Porque en habiendo accidente,
La pudiese regalar.
Por cuya falta he llegado
Casi de Murcia á la puente.

LISANDRO.
Si mal en volver se siente
Aquí tengo yo un criado;
Pero no sé si sabrá
Por ser en Murcia tan nuevo.
DON LOPE.
¿Pues de dónde sois, mancebo?
LISANDRO.
Desde ayer conmigo está.
CARRILLO.
De Toledo soy, señor.
DON LOPE.
Buena tierra.
CARRILLO.
Para mí
No fué muy buena.
DON LOPE.
Es así;
Siempre trata con rigor
La patria á sus propios hijos.
¿Qué érades allá?
CARRILLO.
Muy poco;
Pero de servir á un loco,
Que en fiestas y regocijos
Gastó su hacienda, fuí menos,
Pues llegué casi á morir.
DON LOPE.
Nunca pierden por servir,
Los que sirven á los buenos.
CARRILLO.
Halléme en una cuestión,
Donde si mano metí
La meta, señor, en mí
Un africano león.
Y del monte de Toledo,
La Hermandad, que me prendió,
Á su cárcel me llevó,
Donde encarecer no puedo
Lo que he pasado en diez meses.
DON LOPE.
La cárcel, cosa es sabida,
Que es purgatorio en la vida.
CARRILLO.
¡Si bien, señor, lo supieses!
Como supieron que yo
De los caballos sabía,
Quisieron que cierto día
(Nunca tal me aconteció),
Almohazase un potro rucio,
Que cinchándome con él,
Con agua, pelo y cordel,
No he visto espejo tan lucio.
Y hasta que se puso el sol,
Al són de aquella almohaza,
De contar me daban traza,
¡Ved que hermoso facistol!
Pero ya que de este punto,
Supuesto que es canto llano,
Sé que el verdugo es la mano,
Y la horca el contrapunto;
Y que á bien librar la penca,
Suelen llevar el compás,
Por no vestirme detrás
Lo que es palmilla de Cuenca.
La noche antes del tormento,
Pinté, y puse enfrente de él,
Con un carbón por pincel,
Que fué mi negro instrumento,
Una horca, un ahorcado,
Un verdugo encima puesto,
Con aquel bellaco gesto,
Y un cordel al cuello echado.
Después, cuando estaba asido
Al potro, y vueltas me daban,
Con que decir me obligaban
Verdad del dolor vencido,
El rostro con mil pasiones,
Volvía al verdugo feo,
Y decía, ya te veo,
Ya te creo, nones, nones.
El juez y el escribano
Pensaban que lo que vía
Era el demonio, y que hacía
Mil cruces, todo cristiano,
Hasta que con mayor miedo
Que yo tuve me quitaron
Del potro, y me desterraron
Por dos años de Toledo.
DON LOPE.
Él tiene gentil humor.
Por Dios que hubiera holgado
De que fuera mi criado.
CARRILLO.
Y yo de tan buen señor.
LISANDRO.
Cuando fuera un hijo mío
Me holgara en dárosle.
DON LOPE.
Acepto
La merced, porque en efecto
Es hombre de gusto y brío.
Ya está conmigo.
CARRILLO.
Esos pies
Me dad, señor, á besar.
DON LOPE.
Tu nombre.
CARRILLO.
Puede fiar
Del hombre; que hidalgo es.
DON LOPE.
¿Cómo?
CARRILLO.
Carrillo.
DON LOPE.
¿Pues eres
De los Carrillos?
CARRILLO.
Mejor.
Oye mi origen, señor,
Si saber mi nombre quieres.

Mi padre y madre vivían
En Illescas, y en su casa
Como en otras muchas pasa,
Un pozo entre dos tenían.
Contaban que un sacristán,
Que en la otra casa vivía,
Por aquel pozo salía
Desde una Pascua á San Juan.
Á curar, porque mi padre
Se iba al campo muchos días,
Algunas melancolías
De que era enferma mi madre:
Nací yo, y como pasaba
Por el carrillo el buen hombre,
No me pusieron el nombre
Del que entraba, ni el que estaba.
Porque el lugar, sin remedio,
Me llamó desde chiquillo,
Por el carrillo, Carrillo,
Que soy hijo de por medio.

DON LOPE.

El es propio para mí.
¿Sabes caminar?

CARRILLO.

Soy ave.

DON LOPE.

Vaya á Murcia; mas no sabe
Mi casa

CARRILLO.

¿Está en Murcia?

DON LOPE.

Sí.

CARRILLO.

¿Pues cómo se ha de esconder
La casa de un regidor
De vuestro nombre y valor?

DON LOPE.

Pues di que al anochecer
La cena esté prevenida.

CARRILLO.

Voy.

LISANDRO.

Y yo también me voy
Á la alquería.

DON LOPE.

Yo soy
Vuestro amigo.

LISANDRO.

Hacienda y vida
Á vuestro servicio están.

Váse Carrillo y Lisandro, ciudadano, por otra parte

DON LOPE.

Cuando mi amistad probéis
Veréis lo que en mi tenéis.

LISANDRO.

Honrando los nobles dan.

Vase.

DON LOPE.

Agora sí, mi dulce amada esposa
Nuestra amistad eterna confiada,
Queda inviolablemente ya apretada
En lazo de heredad y paz dichosa.
En vano quise atar alguna cosa:
Si no pusiese un nudo en su lazada,
No la dejaba firmemente atada,
Pero de desatarse peligrosa.
Es confuso edificio Babilonia,
El casamiento y su divino escudo,
Como de la experiencia testimonio.
La sucesión que hacerle gloria pudo,
Que supuesto que es lazo el matrimonio,
Mientras faltan los hijos falta el nudo.

Sale Beatriz, con una cesta grande cubierta, y dos guardas.

GUARDA 1.°

Digo que tengo de ver
Lo que en la canasta lleva.

BEATRIZ.

Quedo; que nadie se atreva,
Que aunque esclava, soy mujer.

GUARDA 2.°

Perra, si lo sabe ya,
¿Para qué se maravilla?

DON LOPE.

¿No es aquella Beatricilla?
Sí, por Dios, ¿adónde va?
Ellos vuelven á porfiar,
Ya querrán fiestas los guardas.

GUARDA 1.°

Suelta ya, perra, ¿qué aguardas?

BEATRIZ.

Quedo; que no han de llegar.

DON LOPE.

Algo lleva, pues porfía.

BEATRIZ.

¿Quieren no ser majaderos?

GUARDA 2.°

Suelta, galga.

DON LOPE.

¡Ah! Caballeros,
¿Saben que esta esclava es mía?

GUARDA 1.°

¡Oh, mi señor Regidor!
Si ella primero dijera
De quién era, nadie hubiera
Mostrado tanto rigor.
Pensamos, porque acontece
Por puntos, que aquí sacaba
Algo sin registro y daba
Tanta ocasión que parece
Que le importaba la vida
El no dejarlo mirar.

BEATRIZ.

Si no hablé fué por pensar,
Señor, que era conocida.

DON LOPE.

Todo lo que has dicho creo.

GUARDA 2.°
La porfía perdonad;
Que nos pone la ciudad
Para mirar.
DON LOPE.
Ya lo veo.
GUARDA 1.°
Y como con tal cuidado
Se alejaba de la puerta
De la ciudad, encubierta,
Mirando uno y otro lado,
Sospechamos con razón
Que era seda, y aun hurtada.
DON LOPE.
Esta mi esclava es honrada.
GUARDA 2.°
Ya le pedimos perdón.
DON LOPE.
¿Quieren algo?
GUARDA 2.°
Que nos mandes.
DON LOPE.
Vayan con Dios.
GUARDA 1.°
Él te guarde.

Vanse los guardas.

DON LOPE.
¡Á lavar, Beatriz, tan tarde,
Y por rodeos tan grandes!
¿Cómo te alejabas tanto
De la ciudad, ó qué llevas
Que á descubrir no te atrevas?
¿Qué te espantas?
BEATRIZ.
¡Dasme espanto!
DON LOPE.
¿Yo? Pues ¿de qué? ¡Vive Dios,
Que algo has hurtado, y ha sido
Lo que llevas escondido,
Pues lo escondes de los dos!
Y debías de buscar
Algún lacayo ó criado
Á quien dar lo que has hurtado:
Pues téngolo de mirar.
BEATRIZ.
¿Yo, señor? ¡Guarda, no llegues,
Que paños de sangre son!
DON LOPE.
¡Saltos me da el corazón!
¿Cómo que verlo me niegues?
¿Parió Lucrecia?
BEATRIZ.
¡Ay de mí!
Parió, señor.
DON LOPE.
Pues ¿qué esto?
BEATRIZ.
¡Oye; escucha y sabrás presto
Qué parió y qué llevo aquí!
Has de saber, señor mío.....
DON LOPE.
Habla.
BEATRIZ.
Y parió.....
DON LOPE.
¡Lo que tardas!
BEATRIZ.
¡Siete hijos!
DON LOPE.
¿Siete?
BEATRIZ.
¡Siete!
DON LOPE.
¡Santo Dios!
BEATRIZ.
La desdichada
Temiendo que la matases,
Sospechando alguna infamia,
Y que por Murcia no fuese
Afrentada de sus damas,
Con gran secreto metió
Los seis en esta canasta,
Escogiendo el más hermoso,
Que queda en brazos del ama.
Estos llevaba á arrojar
En el río.....
DON LOPE.
Tente, pára.....
¿Cómo en el río? ¿Qué dices?
¿Esa mujer es cristiana?
BEATRIZ.
Prometióme libertad.
Yo, porque no la mataras,
Iba á obedecerla, y Dios
Trajo trás de mí estas guardas.
Porque diesen ocasión
Á que de mí sospecharan
El hurto, con que has sabido
Lo que llevo y lo que pasa.
DON LOPE.
¡Milagros del cielo son!
Pues toda aquesta mañana
Ando alrededor del muro
Con salir al campo á caza.
Los esclavos he perdido
Que las ballestas llevaban;
Los perros desde ese arroyo
Pienso que se han vuelto á casa,
Y he topado mil amigos
Que me detienen y hablan;
¡Todo porque Dios quería
Que le gozasen seis almas!
Ven conmigo y toma en hombros
Esas prendas delicadas;
Que sin saberlo Lucrecia
Tendrán diferentes amas.
Por aquestas alquerías
Quiero esta tarde dejallas
Sin que sepan quiénes son;
Y por la cruz de esta espada,

Que si á Lucrecia le dices,
Ni de esto entiende palabra,
Que deje en el pecho el pomo
Y la punta en las espaldas.

BEATRIZ.

Yo te la doy, señor mío.

DON LOPE.

Pues sígueme, que si callas
Mejor tendrás libertad,
Cruel, Lucrecia, aunque casta.
Ángeles, en Dios confío
Que os dará vida tan larga
Que de vuestra historia quede
Eterno ejemplo en España.

Vanse, y entran con dos canastillas D.ª Ángela y Ginés.

GINÉS.

¿Quieres que la lleve yo
Porque no vayas cansada?

DOÑA ÁNGELA.

No, mi Ginés.

GINÉS.

¿Por qué no?

DOÑA ÁNGELA.

Porque aliviarte me agrada
Lo que descanso me dió.

GINÉS.

Pues ¿ámasme tú?

DOÑA ÁNGELA.

¿No ves
Lo que te quiero, Ginés,
Pues no te dejo llevar
La cesta?

GINÉS.

Quiérome echar
Con alma y cesta á tus pies.

DOÑA ÁNGELA.

¿Adónde Diego quedó?

GINÉS.

No habrá la suya henchido,
Porque más tarde llegó.

Sale D. Luis, en traje de villano, con cesta de hojas.

DON LUIS.

Basta, que sin mí se han ido,
Mas alcanzarélos yo;
Mas ¡ay cielo! ¿No es aquella
Mi luz, mi norte, mi estrella?

DOÑA ÁNGELA.

Á don Luis he visto allí.
¡Que esta bestia ande tras mí
Sin poderme librar de ella!

DON LUIS.

¡Que no la pudiera hablar
Sin testigos!

Habla con D. Luis, que está detrás.

DOÑA ÁNGELA.

Mi sol veo,
Mas no me deja llegar
La noche al bien que deseo.

DON LUIS.

¡Que nunca tengo lugar!.....

GINÉS.

¿Llámasme tu sol, Teresa?

DOÑA ÁNGELA.

Quien es mi sol bien me entiende;
Aunque como se atraviesa
La noche que lo defiende
De darme su lumbre cesa.
En mi vida, mi señor,
Me has parecido tan bien.

GINÉS.

Yo te agradezco el favor.

DOÑA ÁNGELA.

¡Que los ojos que te ven
Se están muriendo de amor!
Á no ser por el nublado,
Mi sol, los brazos te diera.

GINÉS.

¿Nublado? Habráste engañado;
Dámelos, Teresa.

DOÑA ÁNGELA.

Espera.

GINÉS.

Cielo azul y verde prado,
¿Adónde el nublado está?

Da una vuelta y vele.

Si tú estás, Martín, acá.....

DOÑA ÁNGELA.

Ese nublado decía.

GINÉS.

Más antes yo lo sería,
Si fué el sol que luz te da.
Ah, Teresa, ¡vive Dios!
Que yo soy mal adivino:
Vos tenéis amor los dos.

DON LUIS.

¿Qué hay, Ginés?

GINÉS.

Estoy mohíno.

DON LUIS.

Mohíno, ¿con quién?

GINÉS.

Con vos.

DON LUIS.

Déjate de eso, pues eres
Tan grosero, que has dejado
Que una mujer que tú quieres
El hombro lleve cargado;
No sabes servir mujeres.
Muestra á Teresa, que yo
Le quiero llevar por ti.

GINÉS.

Como llevar eso no;
Que la cesta le pedí,
Y la cesta me negó.

DON LUIS.

¡Suelta!

GINÉS.
¡No quiero!
DOÑA ÁNGELA.
Esperad;
Con dos lienzos os tapad
Los ojos.....
GINÉS.
¿Para qué apuesta?
DOÑA ÁNGELA.
Y el que acertase á mi cesta
La llevará.
GINÉS.
Pues atad;
Que yo sé que acertaré.
DON LUIS.
Átale bien.
DOÑA ÁNGELA.
¿Ves?
GINÉS.
No veo.
DOÑA ÁNGELA.
Ven, y callando estaré.
DON LUIS.
Hablarte, mi bien, deseo.
DOÑA ÁNGELA.
Echa por aquí.
DON LUIS.
Sí haré.
DOÑA ÁNGELA.
Este bosque es intrincado:
No nos hallará en un día.

Vánse los dos.

GINÉS.
Voy, pues estoy avisado.

Salen Fabio, D. Lope y Beatriz con el niño.

FABIO.
Dos niños Teresa cría.
DON LOPE.
Qué, ¿no los ha destetado?
FABIO.
Ya los quiere, por servir,
Dar á criar, y es mujer
De quien os puede decir,
Lo que es remitido al ver
No tenéis más que pedir,

Ginés coge á Fabio por detrás.

GINÉS.
¿Sois Teresa?
FABIO.
¿Qué es aquesto?
GINÉS.
¡Yo soy, Teresa!
FABIO.
¿Quién?
GINÉS.
¡Yo!
FABIO.
¡Bestia! ¿Quién así te ha puesto?
GINÉS.
¡Voto al sol que me engañó,
Y de cesta vuelto en cesto!
DON LOPE.
¿Quién es este labrador?
FABIO.
Mi hijo, que nunca fuera.
DON LOPE.
¿Vuestro hijo?
GINÉS.
Sí, señor.
FABIO.
¿Cómo estás de esta manera?
GINÉS.
Traigo la venda de amor.
¿No estaba Teresa aquí?
FABIO.
Esa busco.
GINÉS.
Pues con Diego
Se burlan de mí y de ti.
FABIO.
Que entréis en mi casa os ruego
Para que os sirváis de mí.
Que el uno de estos varones
Teresa le ha de criar.
DON LOPE.
Yo nunca pago en razones:
Con obras suelo pagar,
Fabio, mis obligaciones.
FABIO.
¿Cúyos son?
DON LOPE.
De una mujer
Principal; pero advertid
Que nadie lo ha de saber.
FABIO.
Ya entiendo.
DON LOPE.
Aquí aparte oid:
Cristiano lo habéis de hacer.
FABIO.
¿No lo viene?
DON LOPE.
No ¡por Dios!
Tanto importaba el secreto.
FABIO.
Si aquí me dejáis los dos,
De criárosle prometo.
DON LOPE.
Fabio, mi honor dejo en vos.
Da el niño á Beatriz.
FABIO.
Mostrad.
BEATRIZ.
Besarle quiero primero.
¡Dios te bendiga! Tomad.
FABIO.
¡Oh qué hermoso caballero!

DON LOPE.
Volvamos á la ciudad.
FABIO.
Enviadme el otro presto.
DON LOPE.
Yo tendré, Fabio, cuidado.

Vase y la esclava.

FABIO.
¿No vienes?
GINÉS.
Bueno me has puesto;
Mas justamente han dejado
Todas tres cestas á un cesto.

ACTO TERCERO.

Salen Carrillo y D.ª Ángela.

CARRILLO.
¡Vuélvame á abrazar, por Dios!
DOÑA ÁNGELA.
¡Mil veces quiero abrazarte!
CARRILLO.
Yo para cumplidas darte
Abrazos de dos en dos.
¿Cuánto habrá que no nos vemos?
DOÑA ÁNGELA.
Hará diez años y más.
Pues, Carrillo, ¿cómo estás?
CARRILLO.
Salud, gloria, á Dios tenemos.
DOÑA ÁNGELA.
¿Y siempre en Murcia has vivido?
CARRILLO.
Después de nuestro suceso
En que un año estuve preso,
Siempre á don Lope he servido.
Que como el santo prelado
De Toledo ganó á Orán,
De toda Castilla van
Hombres de alto y bajo estado
Á servir al rey allí,
Y yo llevaba este intento;
Mas mudé de pensamiento
Después que esta tierra vi;
La belleza de la cual
Me convida á estar en ella.
DOÑA ÁNGELA.
¡Es fértil, es noble, es bella!
CARRILLO.
No tiene España su igual;
Pero mejor lo dijeras
Si antes de agora te hallara,
Ó mi señor te enviara
Adonde verte pudiera.
¿Sabes algo, por ventura,
De don Luis?
DOÑA ÁNGELA.
Aquí está.
CARRILLO.
¿Contigo?
DOÑA ÁNGELA.
Y mi esposo es ya.
CARRILLO.
¡Para qué mi vida dura!
Ya que estáis juntos, la muerte
Corte el hilo de mis años.
DOÑA ÁNGELA.
Oye mis bienes y daños.
CARRILLO.
Dímelo, ¡por Dios!
DOÑA ÁNGELA.
Advierte.
Con los dos ángeles bellos
Que con aquel sobresalto,
En los montes de Toledo
Parí entre aquellos peñascos,
Vine caminando á Murcia,
Por ir siguiendo los pasos
De don Luis; mujer, á pie,
Y dos niños en los brazos.
Al cabo de algunos días
Llegué á sus hermosos campos;
En la sazón de la cría
De su seda, donde Fabio,
El dueño de aquesta hacienda,
Señalándome salario,
Me recibió en su servicio.
Serví, y al cabo de un año,
Vino don Luis por aquí,
Que, de Orán desembarcado,
Roto, enfermo, pobre y solo
Le halló Fabio al pie de un árbol.
También le trajo á su hacienda,
Donde con dulces abrazos
Se juntaron nuestros cuerpos
Y las almas descansaron.
Luego don Lope, que agora
Tienes, Carrillo, por amo,
Aquí con grande secreto,
Nos trajo estos dos muchachos,
Que al pasar de aquel arroyo
Los viste alegres, jugando
Con otros dos, porque son
Los de mi primero parto.
Criélos, y aquellos míos
Crió la mujer de Fabio;
Casámonos en efecto,
Donde después nos ha dado
El cielo tres hijas bellas;
Pero advierte que me llamo
Teresa, y Diego mi esposo,
Que con sayo tosco y basto
Sirve y cubre su valor,

Hasta que los dos sepamos
Que se ha olvidado en Toledo
La desgracia de don Vasco.

CARRILLO.

¡Notable historia es la tuya!
Pero si sólo aguardáis
Á lo que decís, ya estáis
Libres de la muerte suya.

DOÑA ÁNGELA.

¿Cómo?

CARRILLO.

Escapó de la herida.

DOÑA ÁNGELA.

¿Cierto?

CARRILLO.

Y á Orán se partió
Adonde presumo yo
Que pasa una triste vida;
Que la desesperación
Le hizo dejar su tierra.

DOÑA ÁNGELA.

Si él vive y está en la guerra,
No es imposible el perdón.

CARRILLO.

¿Cómo imposible? No hay cosa
Más fácil.

DOÑA ÁNGELA.

Luego ya puedo
Ir ó escribir á Toledo.

CARRILLO.

Bien puedes, Ángela hermosa;
Pero advierte en el recado
De don Lope mi señor.

DOÑA ÁNGELA.

¿Carrillo, es algo de amor?

CARRILLO.

Si de amor tiene cuidado
No me ha dicho nada á mí.
Sólo aquel papel me dió
Para Fabio, y me mandó
Que esto te dijese á ti.
Que el lunes años cumplía
El mayorazgo que tiene,
Y que una fiesta solene
Á sus parientes hacía.
Que allá con tu esposo fueses
Y los dos niños llevases,
Y para que te alegrases
Y allí sin pena estuvieses,
Llevases también los tuyos.

DOÑA ÁNGELA.

De muy buena gana iré;
Mas confieso que pensé
Que eran estos niños suyos.

CARRILLO.

¿Eso cómo puede ser,
Si es satisfacción bastante,
Que vayan á estar delante
De Lucrecia, su mujer?

DOÑA ÁNGELA.

Pues ¿de quién piensas que son?

CARRILLO.

De algún amigo ó pariente.

DOÑA ÁNGELA.

Pues dile que estaba ausente
Mi esposo en esta ocasión,
Y que en viniendo irá á hacer
Lo que nos manda.

CARRILLO.

En efecto,
Me voy sin verle.

DOÑA ÁNGELA.

El secreto
Te encargo.

CARRILLO.

No es menester.
Guárdete, señora, el cielo;
Dile á don Luis este amor;
Yo sé que en tanto dolor
Le servirá de consuelo.

Vase Carrillo.

Sale Luis en traje de villano, que es hijo de D.ª Ángela, y D. Pedro, otro muchacho, caballero con un palo tras él.

LUIS.

¡Malos años! ¿Vos matarme?.....
¡Madre, madre!

DOÑA ÁNGELA.

Luis, ¿qué es esto?

DON PEDRO.

¿En sagrado os habéis puesto,
Perro, después de afrentarme?

LUIS.

¿Perro yo? Mentís.

DOÑA ÁNGELA.

¡Don Pedro!
¡Perro á mi hijo!..... ¿Por qué?

DON PEDRO.

Si lo es ó no, no lo sé.

DOÑA ÁNGELA.

¿Esto de criarte medro?
¿Que así los pechos deshagas
En que te tuve dos años,
Con las penas y los daños
Que te he criado?

LUIS.

No hagas
Caso de ese necio.

DON PEDRO.

¿Así
Me tratáis? Yo os cogeré.

LUIS.

Coger allá, ¿para qué?
Buenos estamos aquí.
Suelta el palo, y tú verás,
Cuando aquese prado midas,
Bueno á bueno, á tres caídas,
Cuál de los dos puede más.

DON PEDRO.

Yo no tengo de luchar,

Que yo no soy labrador.

LUIS.

Debes de ser gran señor.

DON PEDRO.

¡Yo tengo de pelear
Con espada y con pavés,
Como caballero armado,
Y echar de moros al prado
Cabezas de tres en tres!

LUIS.

¡Pobres moros, cuál irán
Sin cabezas á sus casas!

DON PEDRO.

¿Búrlaste?

DOÑA ÁNGELA.

¿En burlas lo pasas?

LUIS.

Pues, ¡por Dios!, señor Roldán,
Que nunca mora enviude
Por vuestra merced allá,
Aunque las moras de acá
Con buen aire las sacude;
Que es el mayor comedor
De moras que vi en mi vida.

DON PEDRO.

Cuando el moral me convida
Y anda la seda en labor,
Como las moras con rabia
De los moros que han de ser
Los que me pienso comer,
Que hasta en el nombre me agravia.

LUIS.

¿De rabia?....., ¡de hambre, dirá!
Que, como se llama hidalgo,
Tiene más hambre que un galgo.

DOÑA ÁNGELA.

Calla, Luis; bueno está ya.

LUIS.

Cuando por disculpa dé
De las moras que ha comido,
Que por los moros ha sido
Enemigo de la fe;
Porque más que paja un buey
Come el muñidor del vino,
Sabiendo que es el tocino
Tan hidalgo como el rey.

DON PEDRO.

¿Hay más necios barbarismos?

LUIS.

Pero ya sé la razón.

DON PEDRO.

¿Y es?

LUIS.

Que los que hidalgos son
Siempre comen de sí mismos;
Pues yo quiero ser villano,
Señor don Pedro, y luchar;
Hacer del pan la cuchar,
Que es del pan, y aun de la mano;
Coma su sopa dorada
Con la de plata en su mesa;
Que me agrada una corteza (1)
Y un ajo tosco me agrada.

DOÑA ÁNGELA.

¡Déjalo ya; no seas necio!
¿Sobre qué fué la cuestión?

DON PEDRO.

Cosas de importancia son.

DOÑA ÁNGELA.

¿De qué importancia?

PEDRO.

De precio.

DOÑA ÁNGELA.

Dímelo, por vida mía.

DON PEDRO.

Jugaban nuestros hermanos
A la chucha en estos llanos;
Blas ganaba, y Juan perdía.
Por dar una bola, Blas
Empujó de tal manera
A Juan, que, por dicha, fuera
Veras el juego y aun más.
Sobre si fué bien ó no,
Luisillo y yo nos cogimos,
Porque en burlas nos sufrimos
Muchas cosas él y yo.
Mas porque, sin pensar mal,
Le llamé villano, afuera
Se hizo, y me dijo que era
Hijo de una tal por cual.
Ya entenderás lo que digo;
Pero aunque quién es no sé,
Basta que mi madre fué
Para que le dé el castigo.
Y por tu vida, Teresa,
Y así Dios me dé lugar
En que te pueda pagar
Lo que no poder me pesa,
Que me hagas tanto bien
De decirme quién ha sido
Mi madre, y que si he tenido
Humilde padre también.
No quiero ser arrogante,
Humildad quiero tener,
Pues no fué culpa nacer
De una mujer semejante.
Así va la humana ley,
Porque si á escoger se diera,
Al nacer ninguno hubiera
Que no quisiera ser rey.
Es el mundo ciego abismo,
Mas si es la virtud valor,
Yo sé que nace mejor
El que nace de sí mismo.

DOÑA ÁNGELA.

Pedro, así te guarde Dios,
Que no sé más de que aquí
Te trajo don Lope; á mí
Tenéis por madre los dos.

---

(1) Rima falsa, muy extraña en un poeta nacido en Castilla la Nueva.

Él dice que una señora
Te parió con gran secreto,
Él lo calla por respeto
De Lucrecia, á quien adora;
Pero el lunes lo verás,
Y antes podrá ser también.

DON PEDRO.

En fin, ¡que no sabes quién!

DOÑA ÁNGELA.

De él entonces lo sabrás.
Dale la mano, travieso,
Y sed amigos los dos.

DON PEDRO.

Si se desdice.

DOÑA ÁNGELA.

¡Por Dios,
Que no repares en eso!

LUIS.

¿Desdecir? De buena gana:
Desdígome de ofender
Á Dios, á quien debo el sér,
Á mis padres, á mi hermana.
Desdígome, si dijere
Mal de la virtud, ó bien
Del vicio, ó infamare á quien
Sin culpa alguna estuviere.
Desdígome, si pensare
Traiciones contra mi amigo
Y de ser falso testigo,
Aunque el mundo los ampare.
Desdígome boca y labios
Si á mi amigo revolviere
Cuando manos no tuviere
Para vengar mis agravios;
Pero hasta que estés desdicho
De haberme arrogante y vano
Llamado perro y villano,
Don Pedro, lo dicho dicho.

DOÑA ÁNGELA.

Luisillo, tiene razón;
Uno por otro se vaya.

DON PEDRO.

El agravio tiene á raya
Tu amor y mi obligación.
Doyle la mano.

LUIS.

Esto sí.

DON PEDRO.

Que tengas en mucho quiero,
La mano de un caballero.

LUIS.

Si hoy lo sois, ayer lo fuí.

DON PEDRO.

¿Tú? ¿Cómo?

LUIS.

Porque llevé
Una carga á mi padrino
Caballero en un pollino.

DOÑA ÁNGELA.

Sí, que caballero fué.
Venid; porque os quiero dar
De merendar á los dos.

DON PEDRO.

Yo sabré quién soy, ¡por Dios!
Por ver si puedo hablar.

LUIS.

Ven; jugaremos después.

DON PEDRO.

¡Yo saldré de este desprecio!
Porque no puede hablar recio
El que no sabe quién es.

Vanse, y sale D. Vasco y D. Lope.

DON LOPE.

¡Buena vuelta habéis hecho, por mi vida!
Diez años há, don Vasco, que pasando
Por Murcia, me dijisteis que mañana
Á honrar aquesta casa volveríades,
Y hoy es el día que en mi casa os veo.

DON VASCO.

Entré en la mar, don Lope, con intento
Sólo de ver las naves, y aquel día
Supe como en Orán don Luis estaba,
Puesto que disfrazado en pobres hábitos.
La venganza, la honra, el desatino,
El poder que llevaba y los consejos
De amigos mozos, cuerdos pocas veces,
Me llevaron á Orán, donde no sólo
Nuevas hallé, pero ni señas de ellos;
Allí he vivido honrado, y he servido
Tan bien al rey, que dando vuelta á España
Aquel año que fuisteis á Castilla,
Me ha hecho mil mercedes.

DON LOPE.

Eran todas
Dignas de vuestro mérito.

DON VASCO.

Con ellas
Volvía á Toledo, y alegré mi patria
Con galas de soldado, que no digo
Con las hazañas que de mí sabía.
Pero porque veáis qué vueltas tiene
El tiempo en sus mudanzas, y que influye
La que los cielos dan en los mortales:
Yo ví una hermana de don Luis, ¿qué digo?
Un ángel vi.

DON LOPE.

Vendréis apasionado.

DON VASCO.

Añadid, de casarme concertado.

DON LOPE.

Daros quiero mil veces mil abrazos,
Porque con ello cesarán las iras,
Vendrá don Luis, si es vivo, y como hermanos
Viviréis en Toledo en paz.

DON VASCO.

Sus deudos
Y el padre de doña Ángela han escrito
En varias partes en Italia y Francia,
Á quien, si los hallare, les refiera
La paz y el gusto con que soy su hermano.

DON LOPE.

¿Pues cómo si tenéis hecho concierto
De casaros, don Vasco, ó por qué causa
Volvéis á Orán?

DON VASCO.

Á Cartagena vuelvo,
Porque he tenido nuevas que ha llegado
Mi hacienda allí; que no me importa poco
Estar presente cuando tomen tierra
Los esclavos que traigo; y por mi vida,
Que os tengo de servir con una esclava
Que cautivé yo mismo, que pudiera
Cautivar algún libre su hermosura.

DON LOPE.

Bésoos las manos, que por ser despojos
De hazañas vuestras, las tendré en mis ojos.

Salen Lucrecia y Beatriz.

LUCRECIA.

No os habéis de ir esta vez
Sin que os vea, señor primo.

DON VASCO.

De lo que amo y estimo,
Hago á don Lope juez.
Dadme, señora, esos brazos
Merecidos de su amor.

LUCRECIA.

No quiero usar de rigor,
Por no perder los abrazos;
Que el enojo que tenía
Me quita el gusto de veros.

DON VASCO.

Por castigo de ofenderos
Baste la vergüenza mía.

LUCRECIA.

Así quiebran los soldados
Las palabras.

DON VASCO.

Si la di,
Ya vengo á cumplirla aquí.

LUCRECIA.

Tras tantos años pasados.

DON VASCO.

Desdichas, guerra, amor, mar,
Que cualquiera por sí solo
Puede, desde Polo á Polo,
Esta máquina alterar,
Fueron la causa, señora;
Y aunque con mucha os quejáis,
Mirad cómo me tratáis,
Que vengo casado agora.

LUCRECIA.

Eso sólo me moviera
Para que os diera perdón.

DON VASCO.

Y más siendo la ocasión
Paz de una guerra tan fiera.
Porque sabed que es hermana
De mi enemigo don Luis
Mi esposa.

LUCRECIA.

¿Qué me decís?
Cifróse el cielo en doña Ana.
Es un ángel; no ha nacido
En Toledo más belleza,
Más virtud, ni más nobleza.

LUCRECIA.

Habéis, primo, procedido
Como quien sois.

DON VASCO.

La ciudad
Ha hecho mil regocijos.

LUCRECIA.

Dios os dé, don Vasco, hijos,
Para más firme amistad;
Al nacimiento del mío
Hace don Lope una fiesta.
Ocasión de honrarme es ésta:
Que lo habéis de hacer confío.

DON VASCO.

¿Estáis ya tan temerosa
De la palabra?

LUCRECIA.

No estoy.

DON VASCO.

Á vos, Lucrecia, os la doy.

DON LOPE.

Mi ausencia ahora es forzosa.
Que voy á las alquerías
Donde cierta hacienda tengo;
Perdonadme si hoy no vengo
Á comer.

DON VASCO.

Pues estos días
Que tengo de estar aquí,
¿Queréis, don Lope, dejarme?

DON LOPE.

Vos podéis acompañarme
Si tenéis gusto.

DON VASCO.

Eso sí.
Vámonos ya, que mi prima
Dará licencia.

LUCRECIA.

El fiador,
Que es don Lope, mi señor,
Para que os la dé me anima.
Id en buen hora los dos.

DON VASCO.

Don Lope, es tierra de caza.

DON LOPE.

Famosa.

DON VASCO.

Pues demos traza
De entretenernos, por Dios.

DON LOPE.

Perros y escopetas creo
Que no los tenéis mejores.

DON VASCO.

Adiós, prima.

LUCRECIA.
Adiós, señores.

Vanse los dos.

BEATRIZ.
Triste y confusa te veo.
LUCRECIA.
Que estoy confusa confieso;
Mas si preguntas de qué,
Beatriz, sólo te diré
Que temo algún mal suceso.
Porque aquestas precauciones
No sé el efecto que tienen.
BEATRIZ.
Si de justa causa vienen,
¿Por qué confusa te pones?
LUCRECIA.
En tantos años no ha sido
Celebrado el nacimiento
De su hijo, aunque contento
Está de haberle tenido,
Y ahora sus deudos junta.
BEATRIZ.
Como es ya grande, señora,
Él mismo parece agora
Respuesta de tu pregunta.
LUCRECIA.
En partiéndose me avisa,
Beatriz, de que fuera están.
BEATRIZ.
Ya sospecho que se van.

Vase, y entra Carrillo.

CARRILLO.
¿Adónde con tanta prisa?
BEATRIZ.
Iba, Carrillo, á saber,
Si mi señor se partía.
CARRILLO.
Yo le vi cuando salía,
Y me procuré esconder.
BEATRIZ.
¿Pues cómo con él no vas?
CARRILLO.
Por quedarme donde vea
El bien que el alma desea;
Que está.....
BEATRIZ.
¿Dónde?
CARRILLO.
Donde estás.
BEATRIZ.
¿Vienes ya como otras veces?
CARRILLO.
¡Detente, Beatriz hermosa (1),
Escucha lo que mereces!
BEATRIZ.
Ya te he dicho que yo estoy
En otra parte empleada.
CARRILLO.
No serás tan estimada.
BEATRIZ.
Yo, á lo menos, suya soy.
CARRILLO.
¡Extraña resolución!
Pues, Beatriz del alma mía,
Este hierro me tenía
Traspasado el corazón.
Con buscar unas tenazas
Le sacaré como muela.
BEATRIZ.
¿Y si le duele?
CARRILLO.
Que duela.
BEATRIZ.
Pues pese á treinta almohazas,
Con el pícaro lacayo;
Piensa que ayer no lo vi
Con Inesilla.
CARRILLO.
¿Yo?
BEATRIZ.
¡Sí!
CARRILLO.
Hablaríala de soslayo,
Mas de medio á medio.
BEATRIZ.
Digo
Que lo vi, y la pellizcó.
CARRILLO.
¿Que he pellizcado á Inés yo?
BEATRIZ.
Y ella dijo: «quedo amigo.
Advierta ¡por vida dél!
Que para colgados son.»
Y él, haciendo el socarrón
Con la izquierda á lo cruel,
Le dijo muy puesto en calma:
«¡Ese botín colorado,
Inés, tú le traes calzado,
Y á mí me aprieta hasta el alma!»
No entendí bien lo demás;
Pero sé que la abrazó,
Y aun que la besó.
CARRILLO.
Eso no;
Beatriz, engañada estás.
Que á Inés le había caído
Una pajilla en un ojo,
Y como le daba enojo
Y yo soy su conocido,
Me dijo que la soplase
Y por eso me acerqué.
BEATRIZ.
Eso, por su vida, fué;
Pudo ser que me engañase.
CARRILLO.
Así Dios guarde á dos padres
Que tuve, como es verdad,

(1) Falta un verso á esta redondilla.

Y que toda la ciudad
Sabe que somos compadres.

BEATRIZ.

Pues diga, ¿hablarála más?

CARRILLO.

No te daré más enojos.

BEATRIZ.

¿Ni la soplará los ojos?

CARRILLO.

Ni la soplaré jamás.

BEATRIZ.

Venga á hablarme el lacayo
Á las dos, por donde sabe.

CARRILLO.

¡Oh mi Beatriz, más suave
Que cañafístula en Mayo!

BEATRIZ.

Adiós.

CARRILLO.

Guárdete los cielos.

BEATRIZ.

Á fe que otra vez le aceche.

CARRILLO.

No hay en el mundo escabeche
Como fregona con celos.

Vanse, y salen Fabio y D. Luis, en traje de labrador.

FABIO.

¿No me he de espantar de ti,
Que de una bestia hagas caso?

DON LUIS.

Si supieras lo que paso
No te espantaras de mí.

FABIO.

Digo bien; tengo entendido
Que Ginés te dará enojos.

DON LUIS.

Habla á Teresa en mis ojos.

FABIO.

Ya estoy de todo advertido.

DON LUIS.

Cuando estaba por casar,
Bien fuera que la sirviera;
Pero casada, ¿qué espera?

FABIO.

¡La vida me ha de quitar!
Si tuviera entendimiento,
Supiera el daño que hacía,
Que es un ciego á quien no guía,
Que va por la luz á tiento.
Bien creerás que he castigado
Como á bestia su porfía;
Pero apenas se desvía
Del camino comenzado.
Y así que conozca quiero,
Cuán hombre de bien nací,
Pues por no perderte á ti
No verle en mi vida quiero.
Aquí hace un capitán
Gente para África, Diego:
Ginés se ha de partir luego
Á ser soldado en Orán.
Ya le dí una espada mía,
Y él en la ciudad compró
Vestidos.

DON LUIS.

No pensé yo
Que tu enojo llegaría
Á desterrar á Ginés,
Ni á que pasase la mar;
En casa se ha de quedar,
Que es tu hijo, y justo es.
Yo y mis hijos y mujer
Será mejor nos vayamos,
Pues tanto enojo os damos.

FABIO.

Antes su muerte has de ver.
Vaya el bellaco á la guerra,
Quizá será hombre allá.

Sale D. Pedro.

DON PEDRO.

Ginés á la guerra va,
Y yo quedo en esta tierra.
Eso no, ¡viven los cielos!,
Que á Orán tengo de ir con él.

FABIO.

¡Qué perdición tan cruel
Ha nacido de tus celos!
Don Pedro, ¿qué espada es ésa?
¿Dónde de esa suerte vas?

DON PEDRO.

Á la guerra.

FABIO.

¿Pues no hay más?

DON PEDRO.

De que antes no fuí me pesa.

DON LUIS.

Pedro, sin licencia mía,
Que estoy en lugar de padre,
Y sin gusto de tu madre,
Pues es madre quien te cría,
¿Te quieres ir de esta suerte,
Y en tan tierna edad soldado?

DON PEDRO.

Ya vengo determinado,
Ni temo el mar ni la muerte.
¿Tú no lo fuiste?

DON LUIS.

Sí fuí.

DON PEDRO.

Pues déjame que lo sea.

DON LUIS.

Si tu valor lo desea,
Imítame, Pedro á mí.

DON PEDRO.

¿Cómo?

DON LUIS.

En ir cuando seas hombre.

Sale Luis, villano, hijo de D. Luis, con un sombrerillo de plumas de gallo y su espadilla.

LUIS.

No hay que detenerme, madre,
Que aunque le pese á mi padre,
Perdone el amor y el nombre.
Á la guerra tengo de ir,
Pues Pedro y Ginés se van.

DON LUIS.

¿Dónde vas, Luisillo?

LUIS.

Á Orán.

DON LUIS.

Por Dios, que me hacéis reir.
¡Á Orán! ¿Qué hierba pisastes
Que todos á Orán os vais?

LUIS.

Padre, no me detengáis,
Que vos también os soldastes.

DON LUIS.

¿Dónde vas?

LUIS.

Á matar moros.

DON LUIS.

¿Á matar moros?

LUIS.

¿Pues no?
Y aun de allá pienso traer yo
Sus riquezas y tesoros.

DON LUIS.

Plega á Dios que sea así.

LUIS.

¿Véis la que traigo ceñida?
No ha de quedar moro á vida

DON LUIS.

¿Conoces los moros?

LUIS.

Sí.

DON LUIS.

¿Quién son?

LUIS.

Unos hombres son
Azules y colorados,
Que viven por despoblados
Y adoran el zancarrón.
Basta enseñarles la cruz,
Basta darles una voz;
Que es gente que come arroz,
Pasas, higos y alcuzcuz.
Si bebieran vino casto,
Si comieran buen tocino,
No me pusiera en camino,
Pues para pasas yo basto.

FABIO.

¿Qué es vino casto, ignorante?

LUIS.

Vino virgen que en su vida
Trató con agua.

DON LUIS.

Escogida
Definición.

FABIO.

Es bastante.

Sale Ginés con un morrión de soldado á lo gracioso y una lanza.

GINÉS.

Fuera nadie me detenga.

FABIO.

¿Qué es esto, es mi hijo?

DON LUIS.

Sí.

GINÉS.

¿Son moros?

FABIO.

¿Estás en ti?

DON PEDRO.

Venga el mundo

LUIS.

El mundo venga.

GINÉS.

¿Son moros? Díganlo presto,
Porque hay muchos que matar.

FABIO.

¿Adónde vas?

GINÉS.

Á la mar.

FABIO.

¿Quién de esta suerte os ha puesto?

GINÉS.

Venga la mar luego aquí,
Y entremos en ella á prisa.

DON LUIS.

Fabio, ¿no te mueve á risa?

FABIO.

¿Á risa? ¡Pesar de mí!
¿Dónde vas mentecatón?

GINÉS.

No soy Catón, sino Hercules.

DON LUIS.

Mejor es que disimules.

LUIS.

¿Queréis que os dé un topetón,
Ó algún garrote en la cholla?

DON LUIS.

¿De ésto no tomas placer?

GINÉS.

He Dios, que tengo de ser
Como otro Mucio Scevola.

FABIO.

Éste causará mi muerte.

DON LUIS.

¿Esto tenéis por agravio?

FABIO.

¿Qué más mal?

DON LUIS.

Dejadle, Fabio,
Que se rompa de esta suerte;
Que estando una vez rompido
Será hombre, y no ignorante.

GINÉS.

¿Pues quién se pondrá delante,

Estando ya corrompido?

Sale Doña Ángela.

DOÑA ÁNGELA.

Don Lope, Fabio, está aquí.

FABIO.

Antes que éntre entráos allá,
Que después se tratará
De la guerra

GINÉS.

¿Iremos?

DON PEDRO.

Sí.

FABIO.

Entraos presto.

GINÉS.

Ya se irán.
Seguidme los dos.

DON PEDRO.

Camina.

LUIS.

¿Dónde vas?

GINÉS.

Á la cocina
Mientras que vamos á Orán.

Vánse, y salen D. Lope, D. Vasco y Teodor.

DON VASCO.

Notable admiración me das en verte
Ir recogiendo en tantas alquerías,
Tantos niños, don Lope, de esta suerte.
¿Están, por dicha, á cargo tuyo, y crías
Los expósitos que hay en Murcia agora?
¿Adónde vas con tantas niñerías?
Si supiera Lucrecia mi señora,
Que estos conejos tienes en Vivares
De la una, y otra madre labradora,
Diérale nuestra casa más pesares
Que los que suelen darle tus ausencias,
¡Por Dios, que lo que es ésto me declares!

DON LOPE.

Don Vasco, todas estas diligencias
Se dirigen á un fin que verás presto,
Con el justo laurel de mis paciencias;
Bien imagino lo que juzgas de ésto,
Pero es muy al revés, por vida tuya

DON VASCO.

Agora en confusión mayor me has puesto.

DON LOPE.

Y para que una cosa se concluya,
Al servicio de Dios tan importante,
Al bien de mi mujer, y á la honra suya;
Te suplico por Él, que si delante
Vieses de ti, mientras el fin te digo,
Los sombras que vió Osorio el estudiante,
No despliegues los labios.

DON VASCO.

Primo amigo,
Hermano ¡vive Dios! de estar á todo
Como una piedra, y que á callar me obligo,
Si viese descender del propio modo
Los cuartos de aquel hombre á media noche.

DON LOPE.

Vos veréis las desdichas que acomodo:
Teodor, ¿están los niños en el coche?

TEODOR.

Todos están en él.

DON LOPE.

Hoy volveremos
Á Murcia con los seis, aunque trasnoche:
¡Oh Fabio, Dios os guarde! ¿Qué tenemos
De nuevo por acá?

FABIO.

Sólo serviros.

DON LUIS.

Ángela, ¿de qué estáis haciendo extremos?

DOÑA ÁNGELA.

¿No miras aquel hombre?

FABIO.

Hay que deciros
Grandes cosas de Pedro y Juan.

DON LOPE.

¿Son cosas
Que obligan á sus padres á suspiros?

FABIO.

Antes son tan hidalgas, tan honrosas,
Y tan nobles, que son los dos soldados
En que se ven sus almas generosas,
Escucha á parte.

DON LOPE.

Di.

DON VASCO.

¡Cielos sagrados!
Doña Ángela, ¿no es ésta que aquí veo,
Y aquel don Luis? ¡Ay ojos engañados!
¿Es ilusión por dicha del deseo?
Mas no es engaño de mi fantasía,
Mirándolos estoy y no lo creo.
No sin razón don Lope me decía
Que callase si viese extrañas cosas.
Yo callaré si es honra suya, y mía,
Porque si al de Lucrecia son forzosas,
Alguna entre las cuatro está secreta.

DON LUIS.

Huir fueran hazañas vergonzosas.
Él es don Vasco, el alma lo interpreta,
Que Don Lope sin duda le ha traído,
No porque has sido de quien soy profeta
Sino porque Carrillo, mal nacido,
Le ha contado quien somos.

DOÑA ÁNGELA.

Estoy muerta;
Ya no hay huir, que ya eres conocido.

FABIO.

No es menester, señor, que se me advierta,
Tan por entero la intención que tienes;
Mañana estoy con ellos en la puerta.

DON LOPE.

Pues mira que si un punto te detienes,
Destruyes mi intención, ¡Diego! ¡Teresa!

DON LUIS.

¿Qué nos mandas, señor?

DOÑA ÁNGELA.
Que á prisa vienes.
DON LOPE.
Estos niños me llevo, aunque me pesa;
Id mañana á comer los dos conmigo,
Para que hagamos cuentas sobre mesa.
DON LUIS.
Iremos á servirte, ¿yo no digo
Que sabe ya quién somos?
DOÑA ÁNGELA.
De tu vida
Tengo recelo; moriré contigo.
DON LUIS.
Pues á comer, esposa, nos convida,
Ya sabe que no somos labradores.
DON LOPE.
Ya es tiempo que de todos me despida.
Adiós, amigo Fabio; adiós, señores.
DOÑA ÁNGELA.
¡Señores dijo, grande mal te espera!
Á Dios que os dé propósitos mejores.
DON LOPE.
Fabio, sacad los niños acá fuera.

Vánse D. Luis, D.ª Ángela y Fabio.

DON VASCO.
Mandado me habéis callar:
No quiero deciros nada,
Que bien había de hablar.
DON LOPE.
Mi honra tengo obligada
Y habeisme de perdonar.
DON VASCO.
No hay que tratar, ya callé,
Puesto que juntos los vi.
DON LOPE.
Juntos aquí los dejé.
DON VASCO.
¿Y han vivido siempre así?.....
Notable secreto fué.
DON LOPE.
Siempre los dos han vivido
Aquí con este secreto.
DON VASCO.
Yo he callado, aunque he sentido
Lo que Dios sabe, os prometo.....
DON LOPE.
Fuerza de mi honra ha sido.
DON VASCO.
Eso deseo saber.
DON LOPE.
Mañana lo habéis de ver,
Que juntos hemos de estar.
DON VASCO.
Respeto el estar casado
Con su hermana; callaré.
DON LOPE.
Pues eso, ¿qué os ha obligado?
DON VASCO.
¿Qué más queréis que lo esté
Estando ya concertado?
DON LOPE.
¿Qué tiene aquesto que ver
Con mis hijos? Mas no quiero (Aparte.)
Darle el secreto á entender.
DON VASCO.
Venganza pienso que espero,
Y es su hermana mi mujer;
Ó puede que haya creído
Que no los he conocido.
Don Lope, bien sé quién son.
DON LOPE.
No sabéis, aunque el perdón
De no lo decir os pido.
DON VASCO.
¿No queréis que esto yo entienda?
DON LOPE.
Yo sé que no lo entendéis.
DON VASCO.
Yo vi el galán y la prenda.
DON LOPE.
Bien sé que los niños veis.
DON VASCO.
No hayas miedo que le ofenda.
DON LOPE.
¿Ofender? ¿Á quién decís?
DON VASCO.
No quiero darle á entender
Que conozco á don Luïs.
DON LOPE.
Ya el uno me viene á ver.
No digáis lo que sentís.

Sale D. Pedro.

DON PEDRO.
Si me da ese caballero
Licencia, señor, de hablaros,
Hablaros aparte quiero.
DON LOPE.
¿Qué me queréis?
DON PEDRO.
Preguntaros
Cierta cosa.
DON LOPE.
Hablad: ya espero.
DON PEDRO.
¿Trajísteme vos aquí?
DON LOPE.
Yo os traje.
DON PEDRO.
¿Muy niño?
DON LOPE.
Sí.
DON PEDRO.
¿Y á mi hermano Juan?
DON LOPE.
También.
DON PEDRO.
Hombre soy, y hombre de bien.
¿Paréceos que esto es así?
DON LOPE.
Que sois hombre, ya lo veo.

Que seáis hombre de bien,
No lo sé, aunque lo deseo.

DON PEDRO.

Si vos lo sois, yo también.

DON LOPE.

No os enojéis; yo lo creo.

DON PEDRO.

¿Quien os me dió cuando era
Niño?

DON LOPE.

Una dama.

DON PEDRO.

¿Quién es?

DON LOPE.

Quiso que no lo dijera.

DON PEDRO.

¿No lo he de saber?

DON LOPE.

Después.

DON PEDRO.

Mucho ese después me altera.
Aquí quisiera saber
Si mi madre era mujer
De buena ó de mala fama;
Porque hay aquí quien la infama,
Y no lo debe de ser.
Si sois mi padre, ¡por Dios,
Señor, que me lo digáis,
Pues hoy me parto de vos!

DON LOPE.

¿Vos?

DON PEDRO.

Yo.

DON LOPE.

Iremos los dos
Á Murcia primero, donde
Á vuestros padres veréis;
Que ese valor corresponde
Á lo que de ellos tenéis.

DON PEDRO.

¿Por qué mi madre me esconde?
Que sé yo que no se precia
De tenerme por su hijo;
Si vos sois mi padre, es necia.

DON LOPE.

Quien la conoce me dijo
Que es casta como Lucrecia.

DON PEDRO.

Pues ¡vive Dios! que soy yo
Por mí mismo tan honrado
Como aquel que me engendró;
Y que á no tener pensado
Que sois vos quien sér me dió,
Dijera que lo era más.
Mas hijo á padre es vergüenza
Que se le atreva jamás;
Círculos son de compás
Que acaba donde comienza.
Y si con vos he de ir,
Palabra me habéis me dar
Que me lo habéis de decir.

DON LOPE.

Los dos os quiero enseñar.
Conmigo podéis venir.

DON PEDRO.

Pues con eso iré con vos.
Seguidme, don Vasco. Vamos.

DON VASCO.

¿Qué habéis tratado los dos?

DON LOPE.

De este secreto tratamos.

DON PEDRO.

Cosas humildes, á Dios.

Vanse.

Salen Lisandro y D. Juan de Salazar, corregidor de Murcia.

LISANDRO.

Esto me dijo al tiempo que se iba.
Y así vuestra merced esté avisado
De hacer lo que por éste le suplica.

DON JUAN.

Haré de buena gana lo que pide,
Lisandro, amigo, el regidor don Lope.

Lee así.

«Vuestra merced se halle en todo caso
En mi casa á comer, porque me importa
Al honor y la vida juntamente,
Algunos caballeros y testigos
Y un secretario.

DON JUAN.

Extraña cosa.

LISANDRO.

Extraña.

DON JUAN.

¿Qué quiere hacer don Lope con testigos,
Juez y secretario?

LISANDRO.

No lo entiendo.
No debe de ser cosa de disgusto,
Porque he visto su cara alborotada
Con regocijo, y fiesta, y aparato
De comida solemne.

DON JUAN.

¿Si son bodas?

LISANDRO.

¿Bodas, señor Corregidor? No creo
Que tenga hijos tan grandes.

DON JUAN.

Pues él llama
Juez, testigos, secretario y gente,
Por ventura disfraza su tristeza
Con la demostración de esta alegría;
Y por hacerme gusto, que vos mismo
Podréis mejor, iréis, Lisandro amigo
Á convidar á don Ginés de España,
Á Luis de Rocamora, Iván de Zúñiga
Y á don Diego Fajardo.

LISANDRO.

Iré dudoso
Hasta saber la causa que le mueve.

DON JUAN.
Pues hoy es el convite; el tiempo es breve.

Vanse.

Salen un mayordomo, Carrillo y Beatriz, teniendo por los lados una mesa.

MAYORDOMO.
Sacadme esa mesa aquí.
CARRILLO.
Ya está fuera.
MAYORDOMO.
Allegad bien
Los bancos.
BEATRIZ.
Ya están.
MAYORDOMO.
¿No hay quien
Os ayude?
BEATRIZ.
Basta así.
MAYORDOMO.
Muy bien de ese modo está.
BEATRIZ.
Mi señora sale ya.

Sale Lucrecia.

LUCRECIA.
¿Los músicos no han venido?
CARRILLO.
No es gente que faltará.
Su criado vino ya,
Y una tiorba ha traído (1).
LUCRECIA.
¿Qué es tiorba?
CARRILLO.
Un instrumento,
Que tiene, aunque largo y llano,
Más cuerdas que un cuerpo humano,
De dulce y suäve acento.
Su inventor, si bien te acuerdas
De que las cuerdas son pocas,
En tantas guitarras locas
Hizo un són de muchas cuerdas.
LUCRECIA.
Malicias no faltarán.
BEATRIZ.
Ya viene el Corregidor.
LUCRECIA.
Y don Lope, mi señor.
BEATRIZ.
Él y don Vasco vendrán,
Luego que juntos estén
Los señores convidados.

Salen el Corregidor, los caballeros y el Secretario.

DON JUAN.
¿Para qué somos llamados?
SECRETARIO.
Las mesas lo dicen bien.
DON JUAN.
¿No es más que para esto?
SECRETARIO.
No.
DON JUAN.
¡Oh mi señora Lucrecia!
LUCRECIA.
Mucho esta casa se precia,
Su dueño, señor, y yo
De que la honréis en tal día.
DON JUAN.
Vos, ella y él honrarán
Á cuantos en ella están.
Saber la causa querría.
LUCRECIA.
Es fiesta que al nacimiento
De don Sancho hace su padre.
DON JUAN.
Hijo de tan buena madre
Merece tanto contento.
CARRILLO.
Ya ha venido mi señor.

Salen D. Lope, D. Vasco y D. Sancho, y un niño aderezado, que es el mayor.

DON LOPE.
¡Qué mal pudiera este día
Tener perfecta alegría
Sin vuestro heroico valor!
DON JUAN.
Esta casa es tan honrada
De sus dueños generosos,
Que á huéspedes más famosos
Diera nobleza heredada.
LUCRECIA.
Dejemos los cumplimientos
Y tratemos de comer.
DON JUAN.
Aquí podremos tener
Todos iguales asientos.
DON LOPE.
Don Sancho esté junto á vos.
DON JUAN.
¿Es el mayorazgo vuestro?
LUCRECIA.
Vuestro esclavo é hijo nuestro.
DON JUAN.
Gran caballero por Dios.
DON LOPE.
Traigan luego de comer,
Y vosotros cantad algo.

Salen D.ª Ángela, D. Luis, Fabio y Ginés de villanos, y traen seis muchachos muy bien puestos, con D. Pedro.

DON LUIS.
En casa de un un noble hidalgo,
Teresa, no hay que temer.
DON JUAN.
Éste es, señor, mi lugar.
DON LOPE.
Caballeros, salgan todos.

(1) Estrofa de seis versos.

DON VASCO.

¿Por qué peregrinos modos
Don Lope me ha de obligar?
A la justicia ha traído,
Que ya don Luis está allí:
Pues vive justicia aquí,
Paces habrán pretendido.

DON LOPE.

¡Beatriz!

BEATRIZ.

¡Señor!

DON LOPE.

Esta llave
Toma, y trae de mi aposento
Aquel plato con gran tiento.

BEATRIZ.

Voy.

DOÑA ÁNGELA.

¿Qué es esto?

DON LUIS.

Dios lo sabe.

LUCRECIA.

Alzad aquesta toalla.

SECRETARIO.

Aún no hay principios aquí.

DON LOPE.

Yo le daré.

DON LUIS.

¿Cómo así?

DON LOPE.

Escucha, Lucrecia, y calla.

Trae Beatriz una cesta cubierta con una fuente.

¿Vienes, Beatriz?

BEATRIZ.

Sí, señor.

DON LOPE.

Pon en la mesa ese plato,
Que no me costó barato
De vida, sangre y honor.
Descubre.

DON JUAN.

Pues ¿cómo es esto?

DON LOPE.

¿Conoces aquesta cesta,
Lucrecia?

LUCRECIA.

¿Cómo en tal fiesta
Este disparate has puesto?

DON LOPE.

Caballeros que presentes
Y sentados á mi mesa
Os halláis aqueste día,
Que toda esta ciudad piensa
Que de don Sancho, mi hijo,
El nacimiento celebra
Mi casa por ser tan rica
Y ser de los cielos prenda;
Sabed que, estando una tarde
En una ermita Lucrecia,
Mi esposa, y yo, que á su imagen
Quisimos tener novenas,
Una pobre con dos hijos,
Llorando lágrimas tiernas,
Le pidió por Dios limosna,
Y ella, envidiosa de verla,
Sabiendo que eran de un parto,
La llamó infame y ramera,
Y adúltera á su marido,
Y jurando en mi presencia
Que si los pariese así
Le cortase la cabeza.
La pobre, vuelta los ojos
Al cielo, con inocencia,
Le pidió pariese tantos
Que al mundo fuesen vergüenza.
Oyóla el Cielo, y pariendo
Siete de un parto en mi ausencia,
Escogió á Don Sancho entre ellos;
Los demás puso en la cesta
Que en la mesa estáis mirando,
Y á esta esclava tan secreta,
Que lo ha callado hasta agora,
Que los eche le encomienda
En la corriente del río;
Mas Dios, cuya gran clemencia
Se dolió de sus seis almas,
Quiere que tope con ella
Al salir de la ciudad,
Donde, mirando por fuerza
La cesta, en sospecha de hurto,
Vi que mis seis hijos eran:
Amenacéla y llevé
Por las casas de estas huertas,
Donde los seis se han criado.
Todos los tengo aquí fuera:
Ya sabéis todos en Murcia
La calidad de mi hacienda;
Diga Lucrecia cuál de ellos
Este mayorazgo hereda;
Porque no es bien que don Sancho,
Si no es primero lo sea.
Corregidor sois, don Juan;
Esto os requiero en presencia
De todos estos señores;
Y para que así se entienda,
Testimonio os pido, y quiero
Que su Majestad lo sepa;
Y pues Lucrecia parió,
Como el animal que ceba
Su cuerpo del sucio lodo,
Quiero que mis hijos tengan
Desde hoy nombre de Porceles,
Para que el suceso sea
Inmortal mientras que el sol
Alumbre el cielo y la tierra.

DON JUAN.

Extraño caso.

SECRETARIO.

Notable.

DON JUAN.

¿Es esto verdad, Lucrecia?

LUCRECIA.
Sí, señor; verdad es todo.
DON LOPE.
Don Vasco, la historia es ésta,
Que entonces os encubría.
DON VASCO.
Es muy diferente y nueva
De la que yo imaginaba;
Pues tratando vos la vuestra
Pensaba yo que es la mía.
DON LOPE.
¿Cómo?
DON VASCO.
Doña Ángela es ésta,
Y éste don Luis.
DON LOPE.
¿Qué decís?
¿No veis que aquésta es Teresa,
La que crió mis dos hijos?
DOÑA ÁNGELA.
Puesto que á tus manos muera,
Doña Ángela soy.
DON LUIS.
Y yo
Don Luis.
DON JUAN.
Extrañas quimeras.
DON VASCO.
Tu cuñado soy, don Luis;
Tu hermana es mi esposa bella,
Que el deudo nos hace amigos.
DON LUIS.
Yo gano en que tú lo seas.
DON JUAN.
¿Quién son estos labradores?
DON LOPE.
Despacio quiero que sepas
Su historia, que son los dos
De Toledo la nobleza.
DOÑA ÁNGELA.
Yo fuí la pobre por quien
Tienes los hijos.
LUCRECIA.
La deuda
En que estoy pagaré presto;
Con que las hijas que tengas
Con mis Porceles se casen.
DOÑA ÁNGELA.
Tres tengo, como el sol bellas.
LUCRECIA.
Beatriz tenga libertad;
Carrillo, pues la desea,
La goce.
CARRILLO.
Seré su esposo.
DON LOPE.
Con mil ducados de renta.
Venid todos al jardín
Donde hay puestas otras mesas,
Y donde veréis mis hijos,
Que para comer esperan.
DON LUIS.
De los Porceles de Murcia
Aquí acaba la comedia.

FIN DE LOS PORCELES DE MURCIA.

ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas.
Observaciones preliminares	IX
La envidia de la nobleza	1
El Hidalgo Bencerraje	39
El Hijo de Reduán	85
Pedro Carbonero	125
El remedio en la desdicha	165
Los hechos de Garcilaso de la Vega y moro Tarfe	207
El Cerco de Santa Fe	229
Los Comendadores de Córdoba	259
Los guanches de Tenerife y conquista de Canaria	301
El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón	341
Las Cuentas del Gran Capitán	381
El Blasón de los Chaves de Villalba	421
La contienda de Diego García de Paredes y el capitán Juan de Urbina	461
Las Batuecas del Duque de Alba	503
Los Porceles de Murcia	541

PQ
6438
A1
1890
t.11

Vega Carpio, Lope Félix de
Obras

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY